Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/pucky5570unse

La Lectura Para Todos
Acción con Drama
Misterio Aventuras

PUCKY MAGAZINE

No. 701 TRAGICOS RECUERDOS

Marzo 5
de 1937
Buenos Aires

Por Richard Hunter

20 cts.

PUCKY MAGAZINE

Marzo 5 de 1937 — *Año XVII, No. 701*

SUMARIO

Trágicos Recuerdos — por Richard Hunter — 3

Intenso y dramático relato hecho por el protagonista de una espantosa aventura, durante el raid de un Zeppelin, que se incendia y cae, pereciendo toda su tripulación, con excepción del que refiere estos trágicos recuerdos.

Asesinos en la Sombra — por Edgar J. Wayne — 9

La muerte misteriosa de un hombre, plantea un difícil problema al detective Peter Rine. Ciertas circunstancias que rodean el hecho, parecen indicar que se ha suicidado; pero el detective hace interesantes observaciones que demuestran la existencia de un asesinato. Después de peligrosas investigaciones, en las que Peter Rine pone de manifiesto su capacidad, se comprueba el crimen y se descubre al criminal.

El Diablo en Palacio — 77

Novela histórica, en la que se revelan interesantes acontecimientos ocurridos en la corte del rey Felipe II, de España.

PUCKY
MAGAZINE
La lectura para todos
Aparece los viernes

VICTORIA 659
Dirección
U.T. 33, Avenida 0290
Administración
U.T. 33, Avenida 0415
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

CAPITAL E INTERIOR

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ por 6 meses (26 números)	„ 4.80
„ por 1 año (52 números)	„ 9.00

EXTERIOR

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países (1 año)	„ 12.90

Propiedad de la Editorial Manuel Láinez Limitada, S. A.

Trágicos Recuerdos

805
PU
v.55: 701-705
1937 Mr-Ap

Por

Richard Hunter

LOS que se embarcan, son estúpidos; pero los que suben en un dirigible son locos.

Heintz Ellerkamm, dueño de una agradable hostería, situada en un rincón de Schalachtertrasse, frente a la iglesia de San Miguel, en Hamburgo, repetía un dicho muy común entre los hombres que formaron el Servicio Aéreo Naval, durante la Gran Guerra.

Ellerkamm, el pacífico, el pesado posadero de hoy, había sido miembro activo de aquel servicio hasta que la invención de las balas incendiarias hizo del Zeppelin, inflado de gas, un arma de ataque inútil

Más aún: Heintz Ellerkamm, era el único hombre que había caído a tierra dentro de un Zeppelin incendiado y... podía contar el cuento.

—¿Mi escapada? — dijo Ellerkamm y sonrió ligeramente mientras daba una chupada a su pipa bávara, esculpida — Sí, se la contaré a usted, amigo mío, aunque no me agrada por lo general, recordar el suceso. Un grupo de mis compañeros murió aquella noche. Eran hombres valientes...

Guardó silencio un momento.

—Es natural que los ingleses odiaran a los que manejaban los Zeppelines, que bombardeaban sus ciudades fortificadas, como nosotros odiábamos los aeroplanos británicos que atacaban nuestras ciudades fronterizas; pero la guerra... es la guerra y las órdenes son órdenes. Se necesitaba algún valor para volar en un Zeppelín sobre el Mar del Norte, entre neblinas y tormentas y desafiar la artillería británica.

En el término de tres meses, entre la terminación del año 1916 y principios del 1917, fueron derribados seis dirigibles por nuestros enemigos, los cuales usaban ahora las balas incendiarias, que pegaban fuego a lo que tocaban.

El L 15, el L 10, el L 21, L 31 y L 34... todos habían caído envueltos en llamas. En Alemania se murmuraba que el dirigible, como arma de guerra ya no era más útil. Los que los manejaban eran llamados suicidas. Y sin embargo, seguíamos. En Alemania obedecemos.

La atmósfera de muerte se cernía pesadamente sobre la gran estación aérea de Nordholz, el día 16 de Junio de 1917. Lamentábamos la muerte de muchos camaradas; partíamos diariamente a nuestros "raids"; pero cada vez que los familiares cobertizos desaparecían a popa, entre la bruma, pensábamos que los veíamos por última vez. Nuestro decreto de muerte había sido firmado por el inventor de las balas incendiarias.

Sin embargo, como hacen los marinos, conservábamos buen ánimo. Recuerdo las risas y bromas que cambiamos aquel día, con la tripulación de tierra que sacaba el dirigible del gran cobertizo al brillante sol de mediodía. Era una risa forzada y las bromas lo mismo; pero había que hacer algo. No se podía estar con la cara larga.

Como siempre, la banda de la escua-

drilla estaba en su puerto, tocando una música alegre.

"El Almirante del Aire" era la costumbre cada vez que un dirigible partía.

El sol era fuerte y sudábamos con nuestra ropa de piel. El poderoso dirigible brillaba como plata bruñida.

Pero cuando nos elevábamos se oyó una nota sorda en la banda. El calor del sol había resquebrajado el parche del tambor. Para gente supersticiosa como los marinos, el presagio fué suficiente para mandar el corazón de cada hombre a sus botas.

Pero los motores cantaban una alegre canción y con nuestros elevadores en ángulo agudo ascendimos serenamente. No sé por qué aquel día tenía yo el presentimiento de que algo iba a suceder. Soy supersticioso. Hablé a Bloker e hice una innecesaria revisión de los motores, junto con él. No me incliné fuera de la ventanilla para mirar desaparecer los cobertizos. Sentía flotar en el aire una desgracia.

Horas más tarde, cuando volábamos sobre la isla holandesa de Borkun, el comandante Eichler, nuestro capitán, rompió las órdenes selladas, como es costumbre, y leyó sus instrucciones.

Se le ordenaba buscar al resto de la escuadrilla, veinte millas al sur, y luego proceder a un ataque, en círculo, sobre la ciudad de Londres.

SE alteró el rumbo y pronto el resto de la escuadrilla apareció como un rebaño de vastos cigarros de plata, flotando en el claro cielo de verano. Debajo nada se veía sobre la gran extensión azul del Mar del Norte. No había barcos; ni la más leve línea blanca que indicara el periscopio de un submarino. Sin embargo, cuando nos hubimos formado en una larga fila de veinte dirigibles experimenté un espantoso sentimiento de soledad.

¿Habrían mis plantas pisado tierra por última vez?

Indudablemente hay algo en estos presentimientos. El pobre Bloker, a quien yo gritaba observaciones de tiempo en tiempo, estaba destinado a ser barro frío dentro de pocas horas; el gallardo comandante Eichler, todos los otros hombres que iban a bordo de la bella aeronave iban a perecer entre las llamas.

Yo sólo debía salvarme. La providencia había decidido, en sus enigmáticos designios, obrar un milagro en mi favor. Iba a caer através de un espacio de tres mil pies, dentro de una rugiente hoguera... y vivir.

A las 16 llegamos a la costa inglesa, volando alto sobre una niebla de verano que lo oscurecía todo debajo. Pero seguíamos el rumbo por radio. Sabíamos exactamente donde estábamos y, según las órdenes, la escuadrilla se separó y tomó rumbos distintos, a fin de que al oscurecer, convergiera desde todos los costados sobre Londres.

El viento favoreció nuestra ruta y por algún tiempo, mientras la tarde moría, navegamos con los motores silenciosos, a fin de no delatar nuestra posición. Al llegar el crepúsculo bajamos, de manera que pudimos distinguir vagamente los detalles del paisaje entre la niebla.

Las órdenes de Eichler resonaron a través de la aeronave; los motores habían vuelto a funcionar para parar de nuevo y dejarnos llevar a la deriva.

Y luego, abajo, el imponente silencio fué interrumpido por el sonido de las sirenas que ordenaban a los habitantes ponerse a cubierto.

Era extraño eso. Nos dió una fría sensación de lo que nos esperaba. El crepúsculo... la tierra oscura abajo... un dirigible a cinco mil metros de altura sobre la gente que corría, los últimos rayos del sol dorando las alturas de su casco...

Dentro del casco todo estaba silencioso; solo se oía el crugido ligero de la aeronave. Enormes balonetas, infladas, llenaban el espacio entre el complicado cruzamiento de las vigas; en ordenadas hileras brillaban bombas de diez pies de altura, esperando la orden de ser soltadas a través del espacio, en aquella tranquila noche de verano, para desgarrarlo todo con sus explosiones.

La oscuridad llegó rápidamente. Los largos dedos blancos de los reflectores empezaron a explorar el cielo. Se movían bruscamente, cambiaban de dirección. Cuando venían hacia uno era como si repentinamente amaneciera; luego un blanco resplandor todo en torno nuestro y no se veía más el reflector, sino como un pequeño ojo, verde-blanquecino, que brillaba abajo, en la tierra oscura.

Dos veces fuímos tomados por el reflector y mi corazón se inmovilizó cuando miré por la ventanilla del departamento de motores y vi aquel ojo verde fijo en los míos. Pero en verdad, una

espesa capa de niebla impedía que nos vieran. Todos los motores funcionaban ahora y nosotros distinguíamos la serpiente de plata del Támesis y la seguíamos para dirigirnos directamente sobre el arsenal de Woolwich.

Desde que habíamos pasado los límites de la ciudad, los grandes cañones antiaéreos empezaron a funcionar. Pero todavía ninguno de los reflectores nos había localizado.

La puntería de los cañones era mala y las granadas estallaban a quinientos pies debajo o encima de nosotros.

Por el momento, la navegación era bastante tranquila. Parecía demasiado bueno para ser cierto. Las órdenes de Eichler se sucedían brusca y rápidamente, mientras ajustaba las miras de los lanza bombas y calculaba la desviación del viento, a fin de que las bombas cayeran sobre el arsenal.

De pronto resonó la orden:

—"Zwei bomben".

ALAS DE MUERTE

EL contramaestre, en la cámara de bombas, movió sus palancas. Se escuchó un leve zumbido, el dirigible se elevó al perder peso y el zumbar se fué convirtiendo en un alarido que atravesaba la atmósfera mientras dos grandes cilindros de acero emprendían su viaje.

Un doble relámpago abajo y luego un gran estruendo que, aún a aquella altura pareció estremecer la aeronave.

Más órdenes; el contramaestre se movía como una máquina soltando las grandes bombas que colgaban tan silenciosamente en sus vigas para, de pronto, desprenderse y desaparecer casi con misteriosa precisión.

Pero ahora las explosiones resuenan todo alrededor de la ciudad. Los reflectores se mueven frenéticamente. Quieren encontrarnos, aunque sea a uno, descubrir nuestra posición, Avanzamos, alzándonos vertiginosamente al aligerar la carga.

Y luego el reflector nos halló.

Un rayo pasó por delante de la proa de nuestra aeronave. La tripulación de abajo notó el resplandor; retrocedió la luz, moviéndose vacilantemente, Y después, la proa del L 48 quedó envuelta en el brillante resplandor blanco.

Como por obra de magia, los otros reflectores en aquel sector de la ciudad se encendieron en un segundo. Estábamos presos por uno de aquellos vívidos rayos. Viajaba con nosotros. Se gritan órdenes de dar a los motores suma velocidad.

Dos o tres millas a estribor enciéndose de repente otra luz, nos enfoca también de manera que nuestra aeronave produce el sorprendente efecto de tener dos patas luminosas. Pero la treta de nuestro enemigo es más hábil aún; el ángulo de intersección de los dos rayos le da nuestra altura exacta. Otra luz se enciende directamente a proa y permanece inmóvil; no tenemos más remedio que atravesarla. Así los artilleros enemigos de abajo pueden hacer un rápido y simple cálculo acerca de nuestra velocidad.

Después abren el fuego. Durante los primeros pocos minutos parece como si todas las baterías de Londres descargaran sus cañones contra nosotros: la puntería es magnífica. Estamos a una altura superior a los seis mil metros y nos movemos a una velocidad de setenta millas por hora; pero las granadas empiezan a estallar con lívida claridad a menos de cincuenta pies de nuestro casco.

Un motor es alcanzado y he tenido que abandonar mi cámara por la corta escalera que conduce al casco mismo. Por un momento quedo suspendido entre cielo y tierra. Fragmentos de metralla silban violentamente junto a mi cuerpo rebotan en las vigas y desgarran la delgada envoltura de las bolsas de gas.

Me hundo en la oscura pasarela de los gatos y me arrastro sobre las manos y las rodillas para cumplir mi deber de vigilar las reparaciones. La aeronave brilla sobrenaturalmente a causa de los reflectores. A cada lado mío veo rayos de luz, donde la cubiérta exterior está desgarrada.

Puedo ver las espectrales figuras del aparejador y su ayudante trepando por el envarillado, cortando una de las balonetas de gas. Está tan desgarrada que todo el gas se ha escapado y cuelga como un peso muerto. Hay que aliviar la aeronave de cada onza de peso superfluo. Tenemos que impedir ponernos al alcance de los aeroplanos, que ahora han subido en nuestra persecución.

Uno de los aparejadores lanza un grito y cae de su alta percha al interior de la aeronave. Entonces deseé que no estuviera mortalmente herido. Ahora, des-

pués de tantos años. deseo me hubiera muerto del golpe.

Entretanto, mi trabajo en el motor dañado es rápido; cuestión de cambiar el magneto y los tapones destrozados por la granada. A la luz de los reflectores trabajamos como locos y lo hicimos funcionar de nuevo. Nuestro comandante emprende una ruta tortuosa, haciendo zig zags en el cielo, subiendo siempre, no obstante la pérdida de gas. Se ha puesto fuera del alcance de los cañones. Las granadas estallan lejos.

Pero esos espantosos cohetes fosforescentes son todavía un gran peligro. Tienen una fuerza de vigilancia misteriosa.

En un momento de respiro, cuando el motor estuvo reparado, subo al camino de los gatos y, echándome de boca, miro hacia abajo; puedo ver venir las granadas; observo el pequeño punto luminoso, cuando abandonan la boca de los cañones... veo la luz crecer, convertirse en una antorcha que sube cada vez más alta, a increíble velocidad, dejando detrás una cola de cometa.

Lanzo una exclamación de angustia y me pongo de rodillas, porque se acerca... se acerca, parece dirigirse directamente a mi cara. Se convierte en una gran bola luminosa y al fin estalla en una lluvia verde amarillenta, cien pies debajo.

Luego mi corazón da un brinco; el fiero resplandor desaparece con extraña rapidez y se convierte en un brillo difuso.

Hemos hallado nubes. ¡Gracias al cielo por ello! El buen Herr Eichler había visto un montón de nubes y se dirigió a él. Encamina el maltrecho dirigible a su movible y protectora masa, en el mismo momento en que oímos el rugido de los Camels enemigos acercarse más y más, con sus balas de fuego y de muerte.

Seguimos avanzando por entre el banco de nubes. En mi cámara de motores la oscuridad es profunda porque todas las luces de la aeronave están apagadas con excepción de la pequeña lámpara verde que brilla sobre los compases, en la cabina de control.

La nube es fría y húmeda. Corta la respiración. Casi parece agua y se condensa en una humedad que lo cubre todo en la aeronave.

Pero la bendecimos. Es nuestra única esperanza de volver a la patria. Dentro de ella damos vueltas y vueltas, cambiando el rumbo una docena de veces, subiendo sobre la nube una o dos, a fin de que el vigía de la pasarela de los gatos pueda decirnos si hemos despistado a los Camels.

Así, después de una hora, más o menos, nos aventuramos a salir de la nube para enfilar directamente al Mar del Norte y... a la patria.

FUE cuando teníamos Harwich a la vista, volando alto, que oí la voz de mi buen amigo el oficial Ahrens, gritándome desde la pasarela de los gatos, en lo alto de la escalera que conduce a nuestra cámara.

—Buenas noticias, Heinie, "Chisp" acaba de recibir un mensaje del Departamento Meteorólogico. A los cuatro mil metros sopla fuerte viento sudoeste. Vamos a entrar en él ahora y eso nos empujará a casa.

Por un momento distingo vagamente su cara risueña en la oscuridad de arriba, antes de que siga su camino.

Y esa fué la última vez que vi a Ahrens; probablemente fueron ésas las últimas palabras que pronunció.

Pero fué aquel mensaje de la patria que firmó la sentencia de muerte del L 48.

A los cuatro mil metros estábamos al alcance de los Camels. Probablemente el comandante Heichler creyó haberlos despistado. Estaba escaso de combustible y no quedaba mucho gas en el dirigible. No hay duda de que era necesario aprovechar aquel viento favorable o exponernos a caer en el Mar del Norte.

Eran entonces como las tres de la mañana y el débil resplandor de la aurora iba coloreando el cielo. Nuestras esperanzas renacieron.

Y de pronto, cuando todo parecía ir en nuestro favor, oí el espantoso tableteo de una ametralladora próxima. En el mismo momento yo estaba en la escalera y llegaba a la pasarela de los gatos para mirar el termómetro del tanque de petróleo.

Dije a Bloker que se hiciera cargo de mi puesto hasta que yo volviera. Pero ahora, casi con la cabeza en la abertura de la pasarela de los gatos, distinguí el brillo momentáneo de unas alas plateadas que pasaban a menos de cincuenta yardas de mí, en el cielo del amanecer. En el mismo momento la ametralladora disparó otra vez.

El Camel atacante se alejó en la media luz y volvió, mientras yo luchaba pa-

ra subir a la pasarela de los gatos. Horrorizado oí la descarga de la ametralladora, mientras estaba todavía, sobre las manos y las rodillas, dentro del vientre de la aeronave.

Y luego me puse de pie, lanzando un grito. Un siniestro resplandor rojizo apareció de pronto entre las balonetas de arriba. Era como un farol chinesco. Se movió vacilantemente y luego se convirtió en una vasta masa de llamas que se internó rugiente en las mismas entrañas del dirigible.

La fuerza de la explosión me derribó y me lanzó a una docena de yardas de distancia sobre el angosto camino del costado del casco. Vi a uno de los aparejadores pasar junto a mí, con la cara descompuesta, gritando, mientras se dirigía a la cabina de comando.

Mi cerebro parecía aturdido por aquella primera explosión, por el calor de la hoguera bajo la cual me encontraba. En la caída me había lastimado contra una viga. Aun entonces, en aquel estado de semi estupor, sentía que me causaba dolor horrible el respirar.

El dirigible iba cayendo. Sentía el casco hundirse debajo mío. Frenéticamente traté de pararme; pero creo que tenía los pies enganchados en algún alambre porque sentía la espantosa impresión de que algo me sujetaba.

El rugido de la explosión se repitió una y otra vez y el fuego se iba extendiendo de baloneta en baloneta. La popa del dirigible bajaba en ángulo mareador.

Luego su velocidad aumentó bruscamente. Nos precipitábamos literalmente a través del espacio. Sin las balonetas, la aeronave tenía un peso muerto de 16.000 kilogramos. Y aquel peso, desaparecido todo poder de flotación, nos llevaba a tierra, como una piedra que cae.

Oía silbar el viento a través de las vigas enrojecidas y calientes. Mis ropas estaban incendiadas. Yo trataba frenéticamente de apagar las llamas y sentía ampollada la cara. Luchaba como un animal acorralado; mi único instinto era saltar fuera del fuego. Morir estrellado era preferible a perecer dentro de aquel infierno.

Luego el Zeppelín llegó a tierra. Cayó de popa y mi único recuerdo es de un golpe espantoso que me dejó sin respiración, mientras aparejos y vigas, calentadas al rojo blanco, caían sobre mi cabeza. Sin embargo, aún entonces no me di cuenta del milagro de hallarme vivo. El espantoso golpe, aquel caos, me había dejado sólo el instinto ciego. Luché como un loco, rompí los alambres ardientes, las varillas. y caí a diez pies de distancia sobre el pasto achicharrado, debajo de aquella vasta hoguera de acero retorcido.

Por un momento quedé jadeante, luchando para que mis sentidos recobraran algunos grados de normalidad. Luego un pánico espantoso me dominó. Encima, alrededor mío, rugía aquel infierno que una vez había sido el hermoso Zeppelín de plata, que tan serenamente había partido de Northolz; de pronto empezó a deshacerse en una lluvia de chispas y por un momento temí que toda la masa ardiente me cayera encima, envolviéndome entre ella. Solamente entonces me di cuenta del milagro de estar vivo cuando debería haber muerto. Y con un último esfuerzo desesperado, instintivo, me arrastré, alejándome de la hoguera, hasta que conseguí, ponerme de pie.

Recuerdo haber corrido para alejarme del calor, haberme revolcado sobre el pasto húmedo, para apagar el incendio de mis ropas. Tenía la cara negra y lívida. Si gritaba no lo sé.

PERO con esa extraña inconsecuencia que siempre afecta a los hombres en tales momentos, tengo dos recuerdos, claros como el cristal.

Una vez lejos del Zeppelín incendiado, me dejé caer de rodillas. Vi un apacible campo inglés, a la luz de la aurora, un caballo tordillo que se alejaba al galope, del incendio, y una bandada de patos salvajes que alzaban vuelo, asustados.

Vi un hombre que corría hacia mí, en mangas de camisa, la cara enrojecida por el resplandor del incendio. Lo oí preguntarme casi estúpidamente: "¿Es usted de ese Zeppelín?"

Con voz seca, quebrada, que debió ser poco más que un murmullo, empecé a balbucear en alemán. Lo que dije, no lo recuerdo. Pequeñas cosas como el pensamiento de que no me entendería o de que aquel hombre, probablemente asustado, era un enemigo, no se me ocurrieron. Allí había alguien que me auxiliaría, en mi horror. Era lo único que pensaba. Y en mi semi delirio murmuré los horrores por que acababa de pasar.

Mis recuerdos de los días siguientes son como fragmentos de un cuadro desgarrado. Recuerdo haber estado acostado en una cama, con aquel mismo hombre y una simpática mujer inclinados sobre mí; recuerdo haber sido llevado, en una ambulancia, al hospital. Pero por mucho tiempo, como después me contó el doctor, estuve en un estado muy próximo a la locura. Me dijeron que una y otra vez quise tirarme de la cama, gritando que tenía que salvar el libro de código y los papeles confidenciales del Zeppelín y destruirlos... como si algo hubiera podido quedar sin quemarse después de la terrible catástrofe.

Los ingleses fueron bondadosos conmigo. Me cuidaron hasta que recobré la salud y luego me enviaron a un campamento de prisioneros, donde se me permitió escribir a mi familia que, naturalmente, habiendo llegado a Alemania noticias del incendio del Zeppelín me lloraba muerto.

Sólo años después, terminada la guerra, cuando fuí repatriado a Alemania, me enteré de que otro cuerpo había sido retirado, aún con vida, del incendio.

Era el del teniente S. Meith, el oficial vigía; pero murió. Ignoro si los ingleses lo enterraron o no.

El posadero Heintz Ellerkamm quedó silencioso. Miraba su pipa. Se había apagado. Se levantó pesadamente.

—La guerra... — dijo. — ¡Cuánto valor... cuantas existencias consumidas por la locura del mundo !Los que murieron abandonados en los campos de batalla, sin una gota de agua que calmara la sed atroz producida por el desangre de sus cuerpos, son igualmente dignos de lástima; pero, por lo menos, no habrán experimentado la espantosa sensación de sentirse prisioneros dentro de un casco incendiado, como yo. Parece que la muerte, cuando se puede ver el cielo sobre nuestras cabezas, es menos espantosa. Pero morir en una cárcel de fuego es algo que, por un milagro, puedo afirmar no se compara a ningún otro tormento. ¡Y pensar que el mundo sigue todavía peleando... que las escenas dantescas se repiten y probablemente se repetirán hasta el fin de los siglos!

Como avergonzado de haberse dejado llevar por sus recuerdos y su sentimentalismo Ellerkamm, se inclinó sobre el mostrador y me tiró de la manga.

—¡Vamos, amigo! — dijo sacudiendo la cabeza como para espantar trágicas memorias. — Beba un vaso. ¿Carlsberg o Munich?

FIN

LUCHA A MUERTE

Es el título de la gran novela de aventuras en el Lejano Oeste, escrita por Charles Soldney, que aparecerá en el próximo número de

PUCKY

ASESINOS en la SOMBRA

Por EDGAR J. WAYNE

I

URANTE un paseo a caballo íbamos Graziella, Víctor, Sara Carruthers y yo, y nos encontramos a dos millas dal campamento, en un sendero ancho y agradable, que desembocaba en la carretera del Estado, allí donde formaba una curva, en el linde de la propiedad de los Lumsden.

Sara montada en "Andy", yo en "Bufón" y Graziella en "Luciérnaga", la montura de Carlos Lumsden, hermosa yegua zaina, qu no prestaba a nadie, excepto a ella.

De pronto "Andy" se paró y Sara rodó al suelo, despedida de la silla. Cayó de rodillas y se levantó en seguida. "Bufón" permaneció impasible y me apresuré a tomar las riendas de "Andy". Veía, con el rabillo del ojo, a "Príncipe Negro" pegando una serie de saltos.

Sara declaró que no se había lastimado y tomó de mis manos la brida de "Andy".

Victor gritó, entonces, con voz colérica:

—¿Está usted loco? ¡Podía hacerse matar! ¿A quién se le ocurre salir así de detrás de un matorral?

Un hombre mal vestido estaba de pie, en medio del sendero. Tenía el rostro anguloso, ensombrecido por un pelo enmarañado e hirsuto. Estaba en mangas de camisa y llevaba un cubo en la mano.

—¡Pues, señor mío! — rezongó, por toda contestación. — ¡Tengo tanto derecho como usted a estar aquí!

Sin replicar, Víctor hizo girar a "Príncipe Negro" y se nos acercó con tal ímpetu, que hubiera atropellado a aquel hombre, a no ser por el salto que dió a un lado. Sin embargo volvió a salir al sendero con aire tan amenazador, que espoleé a "Bufón" y me acerqué.

—¡Serenidad, amigo! — le dije.

Me miró con sus ojillos negros y brillantes.

—¿Qué se ha creído ése? — espetó, con los dientes apretados. — A mí nadie me pisotea, ¿sabe?

—¡No haga caso! — proseguí. — Sólo quería ver lo que le había sucedido a la señorita. Usted nos ha espantado los caballos y ella ha caído. ¡Ahora, lárguese!

Me miró fijamente y, recogiendo el cubo que le cayera de la mano, cruzó el sendero y desapareció entre los árboles, sin pronunciar palabra.

Haversley había desmontado y, rodeándole con el brazo la cintura, le preguntaba a Sara si estaba segura de encontrarse bien. Miré a Graziella, pero ésta simulaba arreglar la brida de su caballo, como si no se percatase de nada.

Dije entonces, con voz algo seca, a Victor:

—¡Ande usted con mayor cuidado cuando trate con gente desconocida, Vic! ¡Ese tipo me ba parecido de cuidado!

El se echó a reir, con su acostumbrada arrogancia, que tenía la virtud de enfurecerme.

—¿Qué quiere decir "de cuidado"?

—¡Ese hombre es un pistolero!

Victor retiró su brazo de la cintura de Sara y se volvió hacia mí como si le hubiese pegado un tiro.

—¿Un pistolero? — repitió, frunciendo las cejas. — Vamos, Pete, ¿bromea usted?

—¡Nada de bromas! ¿Acaso no se ha fijado en su gesto, al acercarse? Buscaba debajo del brazo izquierdo y allí es donde esa gente esconde sus herramientas personales. ¡No recordaría, de momento, que iba en mangas de camisa!

Turbado, Haversley no miraba ya a Sara, sino a su esposa.

—¡No sea tonto, Pete! — dijo Gra-

ziella. — ¿Qué quiere que haga un hombre de esos en los Adirodacks, a muchas millas de las ciudades?

Me encogí de hombros.

—¡Es, probablemente, uno de los huéspedes veraniegos de Jake Harper!

Víctor continuaba mudo. Su mujer fué la que preguntó:

—¿Y quién es Jake Harper?

Hank Wells, el "sheriff" del pueblo, me había hablado de Jake. Era uno de esos granjeros tronados — tenía bastante mala fama — que mientras imperó la ley seca, estuvo, a lo que se decía, de acuerdo con los contrabandistas de alcohol que introducían éste por la frontera canadiense. Según contaba Hank, la cabaña ruinosa de Jake, perdida en medio de los bosques en cuyo linde nos encontrábamos, era el punto de reunión de toda clase de visitantes misteriosos. Expliqué cuánto antecede, y Haversley, que había enrojecido de cólera, se volvió hacia su mujer.

—¿Por qué no me dijeron esto? — preguntó, con enfado. — ¿Por qué no me avisó Cárlos Lumsden?

Graziella se encogió de hombros.

—No creo que se le haya ocurrido siquiera. Debo confesar que no me había percatado de que estuviéramos fuera de los límites del campamento. Después de todo, Wolf Lake es bastante extenso para que no tengamos que salir de la propiedad.

Dejando a Sara abandonada a sus propias fuerzas para montar de nuevo Haversley se dejó caer en la silla.

—Si tuvieses por costumbre preocuparte tan sólo un poco de mí y de mis intereses, lo habrías sabido — replicó ásperamente. — ¡Siempre me están azuzando para que haga más ejercicio y cuando lo hago!... — Dejó la frase inacabada, para continuar diciendo: — ¿Qué sabemos de lo que este hombre busca por aquí? Es un pistolero, ¿verdad? ¡Un asesino pagado!...

La mano enguantada de su mujer se posó sobre su manga, intentando calmarlo:

—¡Vamos, Vic! — dijo. — No te lo tomes en serio. Ese hombre es, sin duda, un vagabundo. A Pete le gusta dramatizarlo todo... cosa natural en un escritor. ¿No es así, Pete?

—¡Eso es el mal de estar escribiendo un drama! — dije, riendo. — Uno se lo toma todo por el lado trágico. Además, no debemos creer como el Evangelio cuando Hank nos dice... ¡Considera que todos los forasteros abrigan propósitos funestos para la moral de los aldeanos.

Haversley no se dejó convencer.

—Está muy bien hablar así ahora! — replicó, enfurecido. — ¡Qué exagere o no, nunca se te había ocurrido que puedas correr al encuentro de un peligro! ¡Todo el día has ido y venido como una mujer hipnotizada y me parece que sé por qué!

Un ligero rubor asomó a las morenas mejillas de Graziella.

—¡Por favor, Vic! — murmuró

Pero ya había espoleado los flancos de "Príncipe Negro", alejándose al galope por el camino seguido al llegar.

Yo estaba aún en tierra ayudando a Sara a montar. Miré con curiosidad la figura que iba desapareciendo. Tenía la impresión de que Víctor estaba asustado y que su estallido de mal genio respondía a su deseo de disfrazar su temor. Eso me causaba asombro. Desde luego, se le suponía convaleciente de una fuerte depresión nerviosa, lo cual, en su caso, entendí no era sino un cortés eufemismo para calificar un abuso de la bebida... pues era indudable que consumía una cantidad respetable de "whisky". Pero, ¿por qué le trastornaría de tal manera un encuentro casual con un tipo. ¿Y a qué se refería, al decir que Graziella había ido y venido todo el día como una mujer presa de un sueño hipnótico?

Una vez que Sara estuvo en la silla, nada pudo contener a "Andy", que echó a correr en pos de "Príncipe Negro", como una exhalación. Graziella no hizo el menor esfuerzo para seguirlo, a pesar de que "Luciérnaga", demostraba vehementes deseos de galopar. Esperó que yo estuviese en la silla y juntos nos pusimos en marcha al paso.

II

VICTOR Haversley no me era simpático. Desde luego tenía celos de él, no tan sólo por su dinero, sino también por Graziella. Tenía mi edad, cuarenta y cinco años; pero mientras yo era un pobre diablo de escritor, sin dinero y con un pulmón estropeado, él gozaba de envidiable salud y era un rico cervecero del estado de Illinois. Desde la guerra, la suerte más negra acompañaba a mis pasos, pero a él... ¡cómo le favorecía! Carlos Lumsden me había explicado que la fortuna de que disfrutaba Víctor, la heredó de su padrastro. Su madre casó en segundas nupcias con Hermann Kummer, el cervecero que a su muerte le dejó el negocio. Al morir ella, Vic, era presidente de la sociedad, heredó los millones de los Kummer.

Y al pensar en Graziella es cuando más le envidiaba su dinero... De haber yo disfrutado de la centésima parte de su renta anual, me decía, hubiera podido hacer feliz a una mujer como ella.

Aquel paseo por los bosques la tarde a que me refiero, me proporcionó la primera oportunidad de hablar íntimamente con ella, a pesar de haber pasado la última quincena montando a caballo, nadando y jugando al "bridge" juntos. Es preciso decir que yo no pertenecía al grupo de huéspedes que se alojaban en la casa. Vivía en una cabaña que sólo comprendía una habitación y que los Lumsden me habían alquilado a orillas del lago. Allí dormía, escribía y comía, excepto cuando los Lumsden me invitaban a almorzar o a comer, lo cual ocurría varias veces por semana. Todas las mañanas las empleaba escribiendo mi drama y después del almuerzo, me llegaba a la casa para reunir-

me con los demás; pero el destino no parecía estar dispuesto a dejarme a solas con Graziella, que era de esas mujeres siempre solicitadas en una casa llena de invitados. Nuestros encuentros se realizaban, pues, ante una multitud de personas.

Sara tenía algunos años menos que Graziella, que contaba veintiocho; pero era mucho más artificial. Era el prototipo de la moderna neoyorquina, a caza de ratos divertidos que pasar. Venía de muy buena familia, pero sus padres perdieron mucho dinero en el "crash" y en la época a que nos referimos ayudaba a una amiga suya en la gerencia de una tiendecita de Madison Avenue.

Graziella poseía una suprema distinción y una gracia especial en el porte y el andar.

En el acto de verla por primera vez en el gran salón de los Lumsden, en el campamento, la noche de su llegada, descubrí que me gustaba más que ninguna de las otros mujeres que había visto hasta entonces.

Una vez hubimos cruzado la carretera, me coloqué a su lado.

—¿Qué le sucede a Vic? — le pregunté.

Pareció despertar de un ensueño.

—¡Vic está enfermo! No se ha repuesto aun de la depresión nerviosa que sufrió en la primavera. Los médicos de casa me dijeron que si no lo llevaban afuera inmediatamente, no aceptarían la responsabilidad de las posibles consecuencias. A propósito... — añadió, sonriendo, — gracias por ayudarme como lo ha hecho ahora mismo.

—¡Vic estaba asustado de veras! ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Vic tiene mucho dinero, ya lo sabe usted y eso le vuelve desconfiado ante los extraños. Se cometen muchos crímenes en la región de donde venimos, cerca de Chicago y Vic estaba siempre ojo avizor...

—¡Bien podría ser... pero no es motivo suficiente para gritarle a usted como lo ha hecho!

Graziella levantó su fusta y la dejó caer ligeramente sobre la reluciente grupa de "Luciérnaga". Un leve estremecimiento fué la única respuesta del caballo a su acto.

—Es usted joven... — proseguí atrevidamente — y tiene derecho a ser feliz. ¿Por qué ha de sufrir sus malos humores?

El encogimiento de sus hombros me contestó a las claras: — ¡Ya estoy acostumbrada a ello!

—No es asunto mío... — continué — pero usted me gusta, Graziella y me es odioso verla desperdiciar su vida. ¿Acaso no es evidente que no están hechos el uno para el otro?

Inclinó la cabeza, cuerdamente.

—¡No se puede decir eso! De todos modos, yo le convengo a él, pues depende mucho de mí. Verá usted, la vida no le ha preparado bien... Era hijo único y su padre murió cuando era muy niño. Su madre volvió a casarse con el viejo Kummer, tenía mucho dinero y mimó locamente a Vic. A veces le compadezco con toda el alma... Se parece a un muchachito que necesita el cuidado de una madre...

—Sí... y recibir un buen castigo con su zapatilla — le dije. — ¡Cualquier día alguien aplicará un buen "directo", a la mandíbula, de su muchachito.

—¿Bromea usted? — preguntó con los ojos fijos en mí.

—¡Tal vez...! Pero David Jarvis está muy serio. No le gusta ver como Vic corre detrás de Sara... no le gusta nada en absoluto. ¡Después de todo, son prometidos!

Tuve la impresión de que se sentía aliviada.

—Por otra parte, todo se lo debo a Vic. No poseía un céntimo cuando me casé con él y ha sido muy generoso... — Se detuvo y continuó de pronto: — Yo era su secretaria...

—Lo ignoraba — le dije.

Se echó a reír.

—A veces pienso que a eso se debe el que miss Ingersoll no me quiera...

De pronto, como si deseara prevenir nuevas preguntas, se volvió y posando la mano sobre mi muñeca, dijo:

—¡No hablemos ya de esto! Hablemos de usted. Edith dice que sufrió los efectos de los gases durante la guerra. ¡Cuéntemelo todo!

Se lo conté. No es una historia ni muy nueva ni muy alegre... se compone de una serie de altas y bajas en los hospitales militares durante dieciséis años. La fuí contando. A continuación quiso saber algo de mi drama. Le dije que Barret Mann, el "productor" de Broadway, había decidido pagarme quinientos dólares por adelantado sobre la presentación del primer acto completo de la obra y que Edith Lumsden había acabado de ayudarme, ofreciéndome una cabaña por un alquiler de diez dólares mensuales, hasta que estuviera escrito todo el drama.

—¡Desde luego, el alquiler lo fijó para salvar mi orgullo! — le dije. — ¡Ahí tiene usted una gran dama! Si el drama sale adelante, a ella tendré que agradecérselo...

—Estoy segura que tendrá éxito — declaró Graziella. — Me lo leerá usted, ¿quiere?

—Haré algo mejor que eso — le prometí — Cynthia... — era la hija de los Lumsden — desea ensayar el primer acto, haciendo leer los papeles por nestro grupo de amigos. Pues bien, usted será mi heroína. Dafné, ese es su nombre... tiene un papel estupendo.

Graziella demostró el mayor entusiasmo.

—¡Oh! — exclamó. — ¿Cuándo lo haremos?

—Hoy mismo, después de la comida.

III

He echado una mirada a mi diario para saber la fecha exacta de la llegada de Fritz Waters a Wolf Lake. Era el sábado 18 de agosto. La fecha es importante, no tan sólo porque al reflexionar veo ahora cómo los acontecimientos que se desarrollaron luego iban preparándose, sino también porque aquella tarde vi por primera vez a Peter Rine, que estaba llamado a desempeñar un

papel principal en los días terribles que pasamos. Eran las cinco cuando regresé de nuestro paseo a caballo y sin entretenerme en cambiar de ropa, tomé una de las canoas automóviles y crucé el lago hasta el pueblo, con el fin de hacer mi compra semanal. Un hombre joven, enfundado en un "sweater" blanco y pantalones cortos, se encontraba en la tienda de Hank Wells', examinando los dos estantes de andrajosas novelas de aventuras y misterios que constituye la librería circulante del pueblo y hablando con la señora Wells.

—¡Es una especie de diccionario, sabe usted! — estaba diciendo.

Minnie Wells, buena mujer gruesa y maternal, no sabía qué era lo que deseaba.

—Allí sólo hay novelas — contestó. — Un vendedor de libros que traía diccionarios, pasó por aquí hace un mes, pero el señor Wells no le compró nada.

De pronto, al verme, añadió:

—Este caballero es escritor también. Tal vez pueda ayudarle.

El joven se volvió.

—¿Un escritor? — repitió, con viveza. — Dígame, ¿tiene usted, por casualidad, un ejemplar de la enciclopedia de Roget?

Incliné la cabeza.

—Sí, lo tengo.

—¿Podría prestármelo? ¡Estoy escribiendo... una especie de tratado y no logro encontrar un sinónimo!...

—¡Con mucho gusto... pero tendrá que ir hasta Wolf Lake en su busca!

El joven respiró profundamente.

—Hoy es, sin duda, un día de suerte para mí — murmuró. — Es preciso que lo celebremos. Me llamo Peter Rine. ¿Y usted?

—Peter Blakeney.

Cambiamos un apretón de manos.

—Dígame, señor Blakeney — continuó mi nuevo conocido. — ¿No logra la palabra "cerveza", despertar una agradable conmoción en su organismo?

—No faltaba más — repliqué, en el mismo tono, y nos trasladamos al comedor contiguo.

Me explicó que había alquilado la vieja lancha automóvil de Hank para los días de su estada en el lugar y en vista de que no parecía conocer a nadie, aparte de los aldeanos, y era obviamente un joven de excelentes modales, le dije que viniera a verme al día siguiente por la tarde y que le presentaría a los Lumsden. Así tendría ocasión de jugar al tennis y al bridge. Rehusó inmediatamente.

—Es usted amabilísimo... — dijo, a la par que su rostro juvenil se sonrojaba — pero los americanos me aterran. ¡Son ustedes tan hospitarios y corteses!...

Me eché a reír.

—Sin embargo, soy americano y usted ha pagado la cerveza...

—¡Usted es distinto! Si no me veo obligado a vestir de etiqueta y a mostrarme amable, me gustaría muchísimo ir a echar un párrafo con usted de vez en cuando. Ante todo, usted es escritor, lo cual significa que es un ser humano y además, sabe algo respecto a nosotros los ingleses...

—¿Qué le hace pensar eso? — le pregunté, asombrado.

—Usted luchó con nuestros soldados durante la Gran Guerra, ¿no es cierto?

Estaba de veras extrañado, pues éste era un detalle de mi pasado que estaba seguro ignoraban todos en Wolf Lake, sin hablar del pueblo.

—Tiene razón — confesé. — Pero, ¿cómo lo sabe? Es usted demasiado joven para haberlo presenciado.

Se echó a reír.

—He asistido al colegio... — Me lanzó una mirada burlona a través de sus lentes. — Usted sufrió el efecto de los gases, ¿no es verdad? Y si me atrevo a conjeturar dónde fué, le diré que sobre el Canal de St. Quentin. ¿Me equivoco?

Le miré con fijeza.

—¡Perfectamente!...

—En setiembre... vamos a ver... el 28... en 1918. ¿No es así?

El 29, para ser exactos, el día que siguió la batalla. Pero, ¿cómo puede usted?...

Se echó a reír, suavemente.

—No cabe duda que usted fué a la Guerra... lo que lleva es una camisa de soldado americano.

Señalaba mi camisa kaki, ya bastante descolorida.

—Cuando ha encendido uno de mis cigarrillos, se ha puesto a toser. Su tos es característica de los gases. ¡A usted no le conviene fumar y lo sabe muy bien!

Asentí con la cabeza.

—Es cierto que me agarraron los gases, pero, ¿cómo sabe usted la fecha?

Contestó, sonriente:

—Cuando encuentro a uno que ha sufrido gases y lleva una insignia de Anzac en su cinturón, eso me recuerda, naturalmente, el famoso ataque en el cual los australianos ayudaron a nuestra 27.ª división...

Me toqué la cintura con ambas manos. No recordaba que llevaba mi viejo cinturón de cuero, recuerdo de la guerra y decorado con la insignia que un teniente australiano me había dado a cambio de la mía, en memoria de aquel día de carnicería sobre la línea Hindenburg.

—¡Todos los ejércitos... inglés, australiano y americano... estaban mezclados! — dijo Dene. ¡Había fraternidad general!

Me reí.

—Es usted muy observador y a pesar de no haber estado allí, me parece que sabe muchas cosas de la guerra...

—Mi padre murió en el Somme — contestó, brevemente. — Además, leo todos los libros que encuentro relativos a la guerra. En cuanto a ser observador, me gusta estudiar la gente. Es mucho más interesante que leer libros...

Se detuvo para echar el resto de la cerveza en nuestros vasos.

—Eso me recuerda que en el campamento tienen a un tal Haversley, ¿verdad?

—Sí, es verdad.

—¡Un millonario, según me dicen...!

—Así lo cuentan.

Se sacó del bolsillo una corta pipa ennegrecida por el uso y empezó a llenarla con el contenido de una petaca encerada.

—Le ví aquí hace unos días, cuando compraba anzuelos. ¿Qué le pasa?

Me eché a reír.

—Me parece que tiene demasiado dinero.

—Desde luego... y bebe demasiado. Un hombre de su edad no debería tener bolsas debajo de los ojos. Pero no me refería a eso... ¿De qué tiene miedo?

—¿Miedo? — Repetí la frase débilmente... Recordaba la escena de Víctor en el bosque, aquella misma tarde. — Se está reponiendo de un agotamiento nervioso, pero ignoro que...

Rine aplicaba una cerilla a su pipa.

—Eso también se ve a primera vista... Sus menores gestos lo denotan. Pero tampoco hablaba de eso. ¿Le ha mirado usted a los ojos?

—No puedo decir que lo haya hecho...

—Hágalo con insistencia cuando tenga ocasión. Son muy extraños. El lucha desesperadamente para no dejarlo ver, pero es evidente que teme por su vida. Si usted hubiese visto hombres condenados a muerte como yo, comprendería lo que quiero decir. ¡Palabra, me da un vuelco el corazón cuando le miro!

Echó una nube de humo.

Yo me encogí de hombros.

—Si lo que usted dice es exacto, estoy convencido de que nadie lo sabe en el campamento, pero creo que exagera...

Uno de los hijos de los Wells asomó la cabeza por la puerta en aquel momento para decir que había llevado más provisiones al bote. El detective se levantó; volvió a rehusar mi invitación para la tarde siguiente, pero añadió que si me encontraba en casa por la noche a eso de las diez, sería muy posible que fuera a beber una copa conmigo, recogiendo, de paso, mi enciclopedia.

IV

LOS Lumsden me habían invitado a comer aquella noche con el fin de leer mi drama después. Al regresar del pueblo, cambié mi traje por unos pantalones de franela y una americana azul y a eso de las siete y cuarto, subí a la casa.

Como todos los campamentos veraniegos, el de los Lumsden comprendía varios edificios. La casa principal, de madera barnizada como un chalet suizo, surgía a alguna altura. Detrás se extendían los bosques y delante, el jardín y el lago. El garage y la granja estaban al fondo. A la izquierda, un grupo de techos asomaba entre los árboles — eran: el "Bungalow" de los Solteros", reservado a los huéspedes masculinos que no tenían esposa, el "Pabellón Amarillo", alquilado por una amiga de los Lumsden; el "Bungalow" Blanco", donde se alojaban Sara Carruthers y otra muchacha y, más abajo, a la orilla del lago, la casita de los botes. Mi cabaña se encontraba en la dirección opuesta, en el extremo derecho del campamento, cerca del agua.

Un sendero situado en la parte trasera de mi cabaña llevaba a la puerta del extremo superior del jardín. Más allá de la puerta en cuestión, el sendero se bifurcaba a la izquierda para llevar a través de los bosques a la cabaña del "Cazador". Fué un viejo cazador de los Adirondacks, llamado Eben Hicks, quien primero descubrió los encantos de Wolf Lake. Allá en 1850 o 1860, se construyó una cabaña de troncos a alguna distancia del actual emplazamiento del campamento. Al comprar la propiedad, Lumsden encontró la cabaña ruinosa y le devolvió en cuanto le fué posible su aspecto primitivo, de manera que en la actualidad, tanto por dentro como por fuera, tenía un aire completamente Currier e Ives. Llegó al extremo de no consentir en instalar la luz eléctrica y la cabaña se alumbraba todavía por medio de lámparas. La empleaba como pabellón de caza en invierno, cuando la casa principal estaba cerrada. Víctor Haversley, que atendía numerosos asuntos de su negocio, deseó, al llegar, un sitio tranquilo para trabajar, alejado del ruido que armaban los muchachos y Carlos le ofreció la "Cabaña del Cazador", como se le llamaba siempre. Rodeada de bosques por tres lados, me causó la impresión de ser un lugar sombrío y melancólico; pero parecía gustar a Víctor. Allí pasaba buena parte de su tiempo, bien solo, bien con miss Ingersoll, la secretaria que le había acompañado a Wolf Lake.

Al acercarme a la bifurcación, allí donde el sendero se internaba en los bosques, vi a David Jarvis salir rápidamente de entre los árboles. Venía, sin duda, de la cabaña y entró en el jardín por la puerta.

—¿Por qué tanta prisa, David? — grité.

No pareció oírme y se alejó rápidamente hacia el "Bungalow de los Solteros", donde se alojaba. El batintín había sonado ya una vez para la comida y presumí que se daba prisa para ir a mudarse de ropa.

La salida y la puesta del sol son los mejores momentos del día en Wolf Lake. Entonces, el lago, rodeado de una cintura de bosques, semeja una hoja de cristal y el aire fresco está impregnado de la fragancia de los pinos y bálsamos. Las reuniones en la "veranda", antes de la comida, figuran entre mis mejores recuerdos de aquel verano excepcional. Vuelvo a ver a Carlos agitando la cocktelera y a los muchachos bromeando entre sí, mientras la puesta de sol incendiaba el cielo. Todos gozábamos de envidiable salud, estábamos tostados por el sol y el aire y ni la menor preocupación ensombrecía nuestro ánimo.

Los Lumsden eran un matrimonio ideal y los mejores huéspedes del mundo. Adoraban a sus hijos: Dickie, que estaba en su segundo año de estudios en el colegio de Princetown y Cynthia, que había regresado al hogar, terminada su educación... La felicidad que emanaba de su pequeña familia parecía extenderse a sus invitados.

Todos estaban reunidos en la "veranda" excepto los Haversley y el joven Jarvis. A mi llegada a Wolf Lake, cada sábado traía nuevos visitantes, pero al transcurrir el verano y establecerse el período usual de vacaciones, los huéspedes se hicieron más permanentes. A parte de los Haversley y de la señorita Ingersoll, que estaba allí para todo el verano, había la anciana señorita Ryder, arrendataria del "Pabellón Amarillo", para la temporada y el doctor Bracegirdle, compañero de pesca de Carlos Lumsden, quien parecía pasar una temporada indefinida en la casa. Sara Carruthers, sobrina de Edith Lumsden, estaba allí un mes y el joven Jarvis, llegó el sábado anterior con el fin de pasar con su prometida los quince días de vacaciones. El resto del grupo se componía de un muchacho fornido llamado Buster Leighton, amigo de colegio de Dickie, su primita Myrthe Fletcher, novia actual de Dickie y desde luego, el recién llegado Fritz Waters.

Aunque todos lo ignoraban, una tragedia inminente echaba su sombra negra sobre nuestro alegre grupo de amigos. Cuando recuerdo lo sucedido, pienso en un eclipse de sol que vigilé un día en New Jersey, a través de un telescopio. Veo de nuevo el disco negro como la tinta, arrastrándose irresistiblemente hacia adelante y la luz de la tarde palideciendo poco a poco hasta adquirir un color azafrán; pero el destino, distinto en eso de la naturaleza, rara vez acompaña sus convulsiones de síntomas precursores y aquella noche creo que todos estábamos de mejor humor que nunca. Sara llevaba un vestido verde brillante; Myrtle, Dickie y Buster ensayaban un nuevo juego de manos con una silla, el cual impliicaba grandes exclamaciones y una considerable exhibición de piernas desnudas por parte de las muchachas.

El viejo Bracegirdle, sonriente y arrugada la faz morena, charlaba con Waters, mientras en la hamaca, la señorita Ryder, que comía siempre con los de la casa, aunque dormía fuera, enseñaba a Edith Lumsden un nuevo punto de media.

El viejo Bracegirdle me llamó, deseoso de saber qué papel le había reservado en el drama.

—¿Yo seré la heroína, querido Peter? — me preguntó Sara, mimosamente.

Le dije que el papel estaba ya prometido a Graziella.

—Pero tengo otro excelente para usted, Sara — añadí. — El de una manicura descarada que empieza el drama. — Ya sabe usted, elegante y terriblemente moderna...

—¿Quién es el héroe? — inquirió Carlos, ofreciéndome un Martini.

—Verán... — dije. — No es precisamente un muchacho. Pensaba en usted o en Vic...

Los jóvenes Lumsden prorrumpieron en exclamaciones burlonas:

—¡Por Dios, papá no sabe actuar! — declaró Cynthia. — ¿Es muy sentimental?

—Bastante...

—¿Ha de besar a Graziella?

—¡Claro que sí!

—Entonces hay que descartar a Vic. No puede usted colocar a un marido en el trance de hacerle el amor a su propia mujer. ¿Por qué no lo hace usted mismo?

Me ruboricé como un colegial.

—No, no. Además, deseo escuchar...

—Entonces, ¿por qué no darle el papel a ése? — continuó, señalando con la cabeza a Waters. — Fíjese en su pelo ligeramente canoso en las sienes... ¡Es el tipo ideal!

El batintín que anunciaba la comida nos interrumpió. La señorita Ingersoll salió del interior de la casa. Anunció que el señor Haversley estaba firmando su correo. ¿Tendría la señora Lumsden la bondad de no esperarle para empezar a comer?

Edith se puso en pie.

—¿Dónde está Graziella? — preguntó. — ¿Y David?

—David no viene a comer — declaró Sara, con tono huraño.

Edith suspiró plácidamente.

—¿Otra vez reñidos? Vé inmediatamente a buscarle. ¿Me oyes, Sara?

Pero, tía Edith...

—Vé, te digo. No te entretengas...

Cynthia me había dado una idea perversa. En la función, Esteban, mi héroe, tenía que hacerle perder la cabeza a la heroína, Dafné y el telón caía sobre ellos, estrechamente unidos en un abrazo. Si Waters era el "áncora mayor" de que Graziella había hablado, ¿se traicionaría al tener que hacerle el amor? Me acerqué a él.

—¿Qué le parecería si le adjudicase el papel principal?

Sonrió y meneó la cabeza.

—Lo haría muy mal...

Pero Cynthia estaba a nuestro lado.

—¡Tontería! — le dijo. — Todos somos aficionados. Debe usted aceptar.

Water se encogió de hombros.

—¡Bien, bien! — dijo amablemente.

Vi de pronto su cambio de expresión... que me sugirió la comparación de unas luces encendidas bruscamente en un cuarto oscuro.

Graziella salía de la casa. Por un momento creía que si mis sospechas estaban fundadas, trataría de disculparse para no desempeñar el papel de la heroína, si él hacía el de héroe; pero cuando Cynthia le explicó lo que acabábamos de convenir, se limitó a sonreír cariñosamente, diciendo:

—¡Qué divertido, Fritz!

Sara llegó entonces con su novio, arisco pero amansado y después de reunírsenos Víctor, al cabo de unos segundos entramos todos en el comedor.

A nadie más puedo culpar sino a mí mismo de la escena que puso fin innoble a la representación de mi drama. Las palabras de Víctor en los bosques debieron hacerme comprender que sentía unos celos locos de Fritz Waters, pero estaba empeñado en realizar mi experimento y además, Víctor nos dejó inmediatamente

después de comer, con el fin de volver a su dictado. No sospeché entonces que volvería antes de que acabase nuestro ensayo.

Esto fué sin embargo lo que ocurrió. La suerte quiso que se reuniera con nosotros en el momento culminante de la escena amorosa entre Waters y Graziella. Yo había puesto todas mis facultades en esa escena y me interesaba ver la atención que despertaba en el pequeño auditorio. A pesar de ser meros aficionados y de leer sus papeles en hojas manuscritas, los dos protagonistas revelaban en su actuación una sinceridad notable, sobre todo Waters... Es preciso decir que la escena le pertenecía a él. Tenía una voz simpatica y leyó el largo monólogo en el cual declara su amor por la mujer de su amigo, con mucho talento. Se subiese oído la caída de un alfiler en el gran salón y creo haber sido el único en ver entrar a Víctor... Estaba sentado cerca de la entrada y oí el chirrido de la puerta de tela metálica cuando hizo su aparición.

Estaba pálido como siempre que había bebido y aunque mi atención se concentraba en el drama, mi ojo registró este detalle. Me hizo la impresión de que se quedaba de pie en el umbral de la puerta y casi inmediatamente, me olvidé de él, pues me sentía algo impaciente. El monólogo había tocado a su fin, la escena llegaba a su momento culminante y los actores dejaban decaer el interés, como ocurre siempre con los aficionados. Mi idea había sido presentar una escena sencilla y la representaban según mis indicaciones, sentados el uno al lado del otro en un sofá. En aquel momento, él pasaba un brazo alrededor de la cintura y la acercaba a su pecho de modo qua la mejilla de ella descansara sobre la suya.

—Si supieses... — decía. — ¡Durante todos estos años te he tenido así!

Y ella le contestaba:

—¡Lástima de años perdidos, Esteban mio!

—¡Perdidos, no, puesto que te han devuelto a mí! — replicó él, volviendo suavemente el rostro de ella hacia el suyo.

Entonces, de acuerdo con las indicaciones anotadas, debía besarla y, gritando: "¡Estéban!" ella caía en sus brazos, mientras el telón bajaba.

El rostro de Graziella, hermoso y sereno a la luz de la lámpara, estaba vuelto hacia arriba, esperando el beso; pero Waters vaciló y rompió el hechizo.

Myrtle empezó a reir nerviosamente y Dickie, que se había subido al brazo de su sillón, exclamó:

—¿Por qué no le da el beso?

Entonces fué cuando Victor se echó adelante. Con un grito de: "¡Maldito sea, Fritz Waters, suelte a mi mujer!", tomó a Graziella por la muñeca y la arrancó de sus brazos. Se volvió luego hacia Waters, insultándole con vehemencia. No recuerdo exactamente lo que dijo... En la honda humillación de esa clase de exhibiciones, uno trata, instintivamente, de olvidarlo y además, lo que más me preocupaba eran los rostros arrebolados y los ojos asustados de aquel grupo de adolescentes que se veían obligados a permanecer allí y a oírle. No duró mucho, pues Cárlos Lumsden le hizo callar mientras Edith acompañaba a Graziella al piso superior y el viejo Bracegirdle me ayudó a sacar los niños al pórtico. Mientras estábamos allí, Waters pasó a nuestro lado con el rostro contraído y lanzando chispas por los ojos. Desapareció en la obscuridad.

Sabía que merecía reproches por lo sucedido, pero decidí esperar la mañana siguiente para hacer las pases con los Lumsden. Di, pues, las buenas noches al viejo Bracegirdle y me encaminé a mi cabaña.

Sea como fuere, mi experimento había tenido éxito. Aquellos dos se amaban y Victor lo sabía.

V

AL día siguiente, domingo, recibí temprano la visita de Graziella, que llevaba un abrigo de sarga blanca sobre su traje de baño, un sombrero de anchas alas y sandalias.

—¿Vengo a estorbarle? — preguntó, mirando mi máquina de escribir.

Le dí la seguridad de que acogía gustosamente cualquier excusa para no trabajar y le ofrecí un cigarrillo.

Se sentó sobre la cama y cruzó las piernas.

—He venido a presentarle mis excusas por la escena de anoche — dijo, con cierto orgullo.

—¡Dios de bondad! No tuvo usted la culpa — le dije. — Si alguien merece reproches, soy yo.

Meneó la cabeza.

—Parecía inofensivo..., nunca soñé que Vic pudiese mostrarse tan mezquino y tan... vulgar. Sin embargo, debí suponerlo, Fritz Waters es amigo mío y a Vic nunca le gustan mis amigos. Además, tiene celos de Fritz, no tanto a causa de mi persona, sino de Fritz mismo. Es un hombre superior, recto e inteligente... A su lado, Vic queda empequeñecido...

Me lanzó una mirada de reojo.

—Tal vez no debí decir esto...

—Comprendo....

Bajó los párpados.

—Me pregunto si de veras comprende. Anoche hablé con Cárlos y Edith, para despedirnos..., pero fueron tan amables, que no quisieron oír nada de ello.

—¡Es lógico! Vic estaba embriagado y buscaba camorra.

Con expresión preocupada, Graziella prosiguió:

—¡Y los niños!... ¿Qué pensarán de mí?

Me eché a reír.

—Mire usted, Graziella, toda criatura educada bajo la ley inca es capaz de tomarse de un modo sensato cualquier exhibición como la de Vic anoche...

—¡Todos debéis creer que Fritz y yo somos amantes!

Sentí el peso de su mirada en mi rostro y me encogí de hombro

—Querida mía — contesté. — Usted no me debe a mí ni a nadie una explicación de lo ocurrido.

Graziella suspiró.

—Le aprecio mucho. Estuvo unos meses en Chicago esta primavera. Pasaba con nosotros los fines de semana... Yo atravesaba un periodo difícil con Vic y Fritz se mostraba bueno y comprensivo. ¡Si a una no le es permitido tener un amigo platónico...!

No pude menos de pensar que había muy poco de platónico en la expresión de sus rostros cuando se encontraban juntos; pero me limité a decir:

—La impresión pasará. ¿Cuánto tiempo se queda Waters?

—Sólo este fin de semana...

—¿Supongo que Vic presentará sus excusas a los Lumsden?

—Ya lo ha hecho.

—¿Y a Fritz?

Su mirada se ensombreció.

—Ahí está la cuestión. Odia a Fritz y Fritz le desprecia.

Suspiró y se inclinó para dejar caer la ceniza de su cigarrillo en el cenicero que se encontraba sobre la mesa. Con el gesto, su abrigo resbaló y ví un cardenal en su hombro, una mancha extensa y oscura en la parte alta del brazo.

La señalé con el dedo:

—¿Por eso es por lo que se baña tan temprano, antes que se levanten los demás? — pregunté severamente.

Se enderezó y quiso taparse con el abrigo.

—¡No sea usted tonto, Pete! Eso me lo hice ayer en el trampolín.

Agarré el abrigo, apartándolo.

—¡No mienta, Graziella!

Ella se ruborizó intensamente.

—Se perdió la llave de mi cuarto... El entró anoche cuando todos estaban en la cama... Deseaba pedirme perdón... y como no quise hablarle...

Calló, mordiéndose el labio.

Solté el abrigo, que cayó sobre mi cama. Ella no hizo esfuerzo alguno para recogerlo; permaneció inmóvil, mirando fijamente ante sí. Estaba horrorizado.

—¡Es una vergüenza! — estallé al cabo. — Y voy a decirle otra cosa. No es la primera vez que ocurre, ¿verdad?

—Unicamente cuando bebe — contestó, como excusándose. — Antes no solía beber. Sólo después de su enfermedad, pero ahora vuelve a las andadas...

—¡Pobrecilla! — exclamé. — ¡Cuánto habrá tenido que soportar con él! ¡Por Dios, me gustaría retorcerle el cuello!...

Graziella tomó rapidamente su abrigo y se lo puso, mientras fuera de la cabaña se oía la voz de la señorita Ingersoll.

—Señor Blakeney, ¿está ahí la señora Haversley?

Graziella iba a levantarse de un salto, pero con un ademán le hice estarse quieta... Ya la señorita Ingersoll abría la puerta metálica.

—Dispénsenme — se excusó con sus modales estirados. — He oído voces...

Y volviéndose hacia Graziella, añadió:

—El señor Haversley se queda en la cama esta mañana y desea que vaya usted a verle después de bañarse.

Miré a Graziella, que había asumido otra vez su acostumbrada actitud de ecuanimidad y serenidad.

—Muy bien, señorita Ingersoll — replicó, y la secretaria se retiró.

Graziella no dió señales de imitarla... Con un cigarrillo golpeaba en el dorso de su mano.

—Quería preguntarle una cosa — le dije de pronto. — ¿Qué le ocurre a Vic? ¿De qué tiene miedo?

Me miró gravemente.

—¿Lo notó usted durante el paseo de ayer?

—Sí, y en todas ocasiones.

Meneó la cabeza:

—No sé — dijo.

—¿Se lo preguntó usted?

—¡Oh, sí, pero siempre se enfurece!... — Se detuvo. — Por eso es por lo que me esfuerzo en soportarlo todo, Pete... Algo le preocupa... le ha empujado a la bebida... Estoy segura de ello y le compadezco en el alma. A veces, cuando piensa que nadie le ve, sus ojos son terribles.

—¿No sospechaba usted a qué se debe...?

—En casa se habló de cartas de amenaza..., dificultades con los obreros, sabe usted; pero Victor lo niega...

Me volví al oír pasos en el pórtico. Muy elegante, con un traje de playa, Fritz Waters nos sonreía desde el umbral.

—¡Buenos días! dijo, serenamente. — Siento llegar tarde, Graziella, pero la secretaria estaba huroneando por aquí...

La joven se había puesto en pie, ruborizándose levemente.

—Acaba de salir de aquí — exclamó. — ¿Espero que no le ha visto, Fritz?

Este meneó la cabeza, sonriéndole con afecto.

—No tema.

Graziella se volvió hacia mí.

—Pete, era preciso que le hablara a solas. Le dije que se reuniese conmigo aquí..., sabiendo que usted no se opondría. No se vaya — añadió, al verme dar un paso hacia la puerta. — Fritz — continuó. — Debe usted olvidar lo de anoche. Si lo deja usted en mis manos, arreglaré el asunto...

La mirada de Waters había adquirido dureza... la tenía fija en ella con aire implacable.

—Fritz — exclamó ella, con creciente agitación. — Sea usted razonable. No eche a perder nuestro fin de semana juntos.

El aludido meneó la cabeza como lo haría un oso.

—Anoche fué el límite — dijo, duramente. — He aguantado cuanto pienso aguartar de él y eso se refiere a usted también. Le dije que vendría aquí para hablarle a Víctor de

una vez para siempre, Graziella, y lo haré. Estoy resuelto a...

—¿Y qué sacará con ello? — exclamó la joven, con una especie de gemido. — Me llevará lejos de aquí y no volveré a verle.

—Puede usted dejarle, ¿no? — contestó Waters, con voz profunda. — Ya sabe que la espero, amada mía... siempre la esperaré...

—No puedo dejarlo mientras esté enfermo y asustado, Fritz, tenga compasión... no me torture así...

—El no se lo merece — dijo Waters. — No la aprecia... nunca la ha apreciado. ¿Cree, acaso, que puedo vivir lejos de usted, sabiendo que está ligada a ese bruto?

Debí salir en seguida y dejarles hablar a solas, pero la pasión contenida en sus voces me clavó al suelo.

Graziella le agarró por las solapas de la americana.

—Podría soportarlo, Fritz, si le viese alguna vez.

El volvió a denegar con la cabeza.

—No, Graziella. Usted vale demasiado para esos tapujos. Compréndalo, es preciso ser francos.

—¡No sea impaciente! — murmuró, con voz que era una caricia. — ¡Por el amor de Dios, Fritz, deme algún tiempo!

Fué entonces cuando dije:

—¿Y por qué se lo he de dar? Me gustaría saberlo.

Antes que pudiera evitarlo, le quité el abrigo. Con un leve grito, dió un paso atrás, doblando los brazos sobre el pecho para esconder el cardenal, de manera que dió la impresión de estar desnuda bajo su abrigo. Le aparté la mano:

—¡Mire esto! — exclamé. — ¡Se lo hizo anoche!

El rostro de Waters se congestionó; sacó hacia fuera la mandíbula inferior y los dientes le crugieron.

—¡Perro! — dijo. — ¡Le mataré por eso!

Con el rostro escondido entre las manos, Graziella se apoyó en su pecho y con ternura infinita, los brazos del hombre la rodearon... Yo salí de la estancia. Me gustaría poder decir que me impulsó un sentimiento de delicadeza, pero, en realidad, lo que me hizo salir bajo los ardientes rayos del sol, fué la comprensión, aguda como una puñalada, de que mi persona no representaba ni representaría nunca nada para Graziella.

La señorita Ingersoll estaba allí mismo, en el peldaño superior, frente a la puerta. Tuve el convencimiento de que había estado espiando. Noté que sus zapatos de tacones bajos tenían suelas de goma. Para alejarla, anduve por el césped, deteniéndome en la orilla del agua.

—Señor Blakeney — dijo, siguiéndome. — ¿Ha visto usted al señor Lumsden?

Miré hacia la cabaña... Graziella y Waters no estaban a la vista. Meneé la cabeza.

—Tal vez esté en la iglesia. ¿Qué pasa?

—El sheriff ha telefoneado...

—¿Hank Wells? ¿Qué deseaba?

—Se trata del hombre que encontraron estedes en los bosques ayer por la tarde.

Escuché estas palabras con interés. Así, pues, Vic había logrado que Carlos lanzara al sheriff sobre la pista del individuo aquel.

—La Policía Federal ha visitado la casa de Jake Harper — continuó diciendo la secretaria. — Pero Jake niega conocerlo. La Policía cree que se ha alejado...

—¿Saben quién es?

—Según la descripción del señor Havresley, la Policía de Utica está casi segura de que es un hombre llamado Ed Warton. Se trata de un pistolero neoyorquino y dicen que está escondido en Utica. Irrumpieron en su alojamiento el jueves; pero logró escapar...

—Un pistolero de Nueva York, ¿eh? Pues bien, eso debe tranquilizar a Haversley. Parecía creer que era algún "gangster" de su pueblo...

La señorita Ingersoll no hizo comentario alguno, limitándose a decir, con sus modales secos:

—Si ve al señor Lumsden, hágame el favor de avisarle. He de volver al lado del señor Haversley... No se levantará esta mañana.

La ví alejarse y fuí caminando hasta el desembarcadero. Allí permanecí hasta ver a Graziella y Waters cruzando el jardín. Volví entonces a mi máquina de escribir.

VI

AQUELLA noche me invitaron a jugar al "bridge", en la casa, después de la comida. Gracias a la hora de verano, era todavía completamente de día cuando, a eso de las ocho y media, penetré en el gran salón. Habían acabado de comer y formaban grupos, bebiendo café. Todo parecía normal y empecé a pensar que Graziella había cumplido su palabra, suavizando la situación.

Mi primera mirada fué para ella. Muy linda con un sencillo vestido negro, se inclinaba sobre un enorme rompecabezas que Edith Lumsden y la anciana Miss Ryder estaban reconstituyendo. Víctor, que parecía singularmente afable, y Carlos Lumsden, fumaban gruesos cigarros y se encontraban tras ellas. Víctor bromeaba con Sara y le señalaba las piezas mientras la joven, encantadora con un vestidito azul, apoyaba en la mesa los brazos, llenos de hoyuelos. Los demás muchachos armaban el bullicio natural. Discutían — buena ocasión tuvimos luego de recordarlo — una sarta de cuentas azules que Sara llevaba y que Buster Leighton declaraba de mal agüero. Busqué con la vista a Waters, y lo descubrí solo, delante de la enorme chimenea. Fumaba su pipa con aire preocupado.

Al verme, Vic se me acercó. Tuve en el acto la sensación de que deseaba alargarme la rama de olivo. Me preguntó, jovialmente, dónde había estado todo el día y le expliqué que trabajando. Asintió como aprobándome.

—Yo también. He estado en cama hasta la comida, pero la señorita Ingersoll ha tomado mi dictado toda la tarde. Aun está trabajando de firme...

Levanto los ojos al techo y oí, en el piso superior, el ruido metálico y lejano del teclado de la máquina de escribir.

—Hemos de enviar un informe larguísimo — declaró. — Me voy ahora mismo a la cabaña, a trabajar. Es una tarea pesada... Nos ha ocupado toda esta semana. He tenido que trabajar constantemente.

Se detuvo, contemplando el extremo de su cigarro.

—Eso me recuerda algo, amigo mío — continuó. — Le debo mis excusas por suspender la lectura de su drama, anoche. No puedo decirle gran cosa, a parte de que... vamos, había bebido demasiado...

—Bien, bien, Vic — contesté, muy molesto.

—Me porté como un idiota y lo siento — prosiguió. — No puedo decir nada más, ¿eh?

Me tocó el brazo con la mano:

—¿Me guarda rencor, Pete?

Estaba de un humor encantador, suave y amabilísimo... pero yo no podía menos de recordar el brazo magullado de su mujer.

—Ni una palabra más sobre esto — le dije, en tono algo seco, acercándome a Carlos y Graziella, que me esperaban para jugar al "bridge".

Vic no notó nada. Las emociones más violentas parecían correr sobre su persona como el agua sobre la espalda de un pato. Al cabo de unos momentos le ví ante la mesa del rompecabezas, inclinado sobre el hombro de Sara y rodeando el talle de la joven con el brazo. Afortunadamente, David había salido de la estancia con el fin de hablar al "chauffeur" de unos anzuelos que esperaba recibir por ferrocarril. Vic no se entretuvo mucho en el salón. Al cabo de un rato nos dió las buenas noches y, diciendo a Graziella que volvería tarde, se fué a trabajar.

Vic o Edith eran los que acostumbraban a jugar con nosotros. Edith rehusó dejar su rompecabezas y Graziella tuvo que recurrir a Waters — más bien contra su voluntad, a lo que me pareció — para organizar la partida. Los muchachos salieron a dar una vuelta sobre el lago. Sara declaró que tenía que escribir a su madre y se quedó atrás, con el rompecabezas. De pronto, el viejo Bracegirdle surgió en la veranda, frotándose las manos.

—¡Y bien, mi querido adversario! — dijo a la señorita Ryder. — ¿Está usted lista para nuestro encuentro nocturno?

Esta frase era el preliminar invariable del doctor a la partida de ajedrez que él y Miss Ryder jugaban todas las noches, después de la comida. Casi siempre salían a la veranda, si no llovía.

La señorita Ryder, mujercita alegre y activa, de rostro arrugado, se apresuró a contestar:

—¿Qué tantos tenemos, Oscar Bracegirdle? — inquirió, con su voz algo chillona.

—¡Veintiocho a diecisiete, querida amiga!

—Vamos — dijo ella, levantándose. — ¡Le aviso que esta noche le arruino!

—¿Qué mejor suerte puede caber a manos exquisitas como las suyas?

Eran una pareja extraña, siempre picoteándose y divirtiéndonos a todos.

—¡Calle, calle, bribón! — exclamó la señorita Ryder, encantada. Se alejaron juntos.

Me uní a Graziella contra Carlos y Waters. Este último se mostraba distraído, lo que molestaba Carlos, que ponía sus cinco sentidos en el juego de bridge. Graziella también estaba contrariada por la actitud de su galán y discutíamos después de cada mano. Edith acabó por irse a la cama.

David entró al poco rato.

—¿Dónde está Sara? — preguntó.

No la había visto salir, pero Waters dijo:

—Hace cinco minutos que se ha ido.

—Estará probablemente, en el "Bungalow" Blanco", David — añadió Graziella. — Habló de escribir cartas...

David volvió a dejarnos.

Al fin, tuvimos el gran salón para nosotros. Nuestro "bridge" no ofrecía interés alguno. Carlos y Waters discutían ásperamente y cuando al terminar una mano, Miss Ryder entró en busca de agua helada, me alegré de poder escapar y llevársela. Como la noche era calurosa, habían instalado su tablero de ajedrez en la esquina de la veranda, donde pasaba una ligera brisa. Una lámpara colocada encima de la mesa echaba su luz brillante sobre la calva del doctor, quien, la barba sobre el puño, en la actitud clásica del "Pensador" de Rodin, contemplaba absorto el tablero.

—¿Lo creería usted? — dijo la señorita Ryder, con acento resignado. — Hace veinte minutos que no ha movido una sola pieza... — Se echó a reír, con soma. — Esta noche le doy la gran paliza y él lo sabe.

Faltaban cinco minutos para las once en el reloj de la chimenea, cuando los muchachos regresaron. Acabábamos una partida y Waters deseaba retirarse.

—Estoy cansado esta noche — dijo. — Creo que el aire de la montaña es demasiado fuerte para mí. ¡Me voy a la cama!

Rehusando beber otra copa, nos dió las buenas noches y salió.

Carlos y yo dimos cuenta de una botella de cerveza. Alguien había enchufado la radio y los muchachos bailaban. Sara había regresado y danzaba entre los fuertes brazos de Buster. La estancia estaba llena de movimiento y ruido. De pronto ví que los jugadores de ajedrez abandonaban la veranda. La señorita Ryder había vencido al doctor en dos partidas y cantaba victoria mientras él le preparaba un débil whisky con agua. La radio tocaba fuertemente y los muchachos armaban tanta bulla, que Carlos gritó a su hijo:

—¡Un poco más de calma! ¿quieres? ¡Tu nadre se ha ido a la cama!

Nadie le hizo el menor caso.

Bebí mi cerveza y decidí retirarme. Pensaba cambiar unas palabras con Graziella antes de irme; pero cuando la busqué con la mirada, descubrí que se había marchado. En aquel instante, recordé de pronto a Peter Rine. — Dios me asista... — pensé. — Dijo que iría a ver-

me a eso de las diez y ya son las once y diez... Salí a escape.

No había luna y la oscuridad más completa reinaba fuera. Una luz brillaba en mi cabaña y al ver la canoa automóvil atada en el desembarcadero, comprendí que mi visitante me esperaba aun. Encontré a Rine tumbado en mi sofá y enfrascado en el estudio de mi enciclopedia. No quiso oír mis excusas y dijo:

—Dispense que me haya instalado como en mi casa.

—No le perdonaría lo contrario.

Saqué whisky y empezamos a hablar, discutiendo de libros. Eran exactamente las 12.40 — recuerdo que Rine consultó su reloj y dijo que ya era hora de que se fuera — cuando una serie de gritos terroríficos, interrumpidos por un chapoteo lejano, nos interrumpió. Rine se irguió, fingiendo burlonamente, estar asustado.

—¿Se trata de una insurrección india?

—Son los chicos, que se bañan a la luz de la luna — dije, mirando por la ventana. — Ve, la luna está saliendo.

Con un leve estremecimiento, mi compañero se reclinó más cómodamente sobre los almohadones.

—No seré nunca un adepto entusiasta del culto a la luna — observó, con tono convencido. — El sol me basta...

Cinco minutos después, mientras hablábamos envueltos en una nube de humo de tabaco, oí a Dickie Lumsden, que me llamaba:

—¡Pete, Pete!

Su voz tenía un acento alarmado, que me hizo correr a la puerta. Dickie y Buster, desnudos hasta la cintura, chorreando agua sus cortos "slips", estaban allí. La luna inundaba el horizonte de luz plateada y las sombras se recortaban con gran precisión.

Con el rostro arrugado, como si estuviera a punto de romper a llorar, Dickie dijo con voz velada:

—Pete, Vic está en la cabaña del cazador. ¡Se ha pegado un tiro!

III

UNA brisa fría se había levantado y los muchachos tiritaban bajo sus reducidos trajes de baño. Castañeteándole los dientes y corriendo a mi lado, Dickie explicó con voz entrecortada:

—Está hundido en su silla, delante de la mesa. Myrtle le ha encontrado allí. Nos habíamos bañado y las muchachas tenían frío al salir. Pensamos ir a pedir una bebida a Vic, si estaba levantado todavía. Acostumbra tener una botella de whisky en la cabaña y papá estaba en la cama... Lo último que hace por la noche es encerrar los licores... ¡Oh, Pete, es horroroso! Está sentado al lado de la lámpara y no se mueve...

—Myrtle se ha llevado una impresión tremenda — continuó Buster, que andaba al otro lado. — Corríamos todos hacia la cabaña y ella iba a la cabeza. Se le acercó de un salto... Al principio creyó que dormía: pero después vió un revólver en su mano...

—Le toqué la mano — interrumpió Dickie — y el revólver cayó al suelo. Papá y el doctor Bracegirdle están allí... Papá me ha enviado a buscarle a usted...

El sendero desembocaba frente a la pared lateral de la cabaña. Una ventana estaba abierta y sus cortinas flotaban impulsadas por la brisa, dejándonos ver la luz encendida en el interior. El claro estaba iluminado como si fuera de día por la luna que colgaba, cual enorme lámpara amarilla, sobre las copas de los árboles; el cielo estaba sembrado de estrellas. La cabaña, que se erguía en medio de una extensión de terreno cubierta de hierba, baja de techo y hecha de troncos, tenía un aspecto triste y abandonado. Un buho ululó rasgando el silencio. Al pie de la pendiente sembrada de guijarros, el lago semejaba una lengua de plata fundida.

Dimos la vuelta hacia la entrada. Las dos ventanas de aquel lado y la puerta, estaban completamente abiertas. Había dejado la chaqueta en mi cabaña y tenía la camisa pegada a la espalda... Advertí que el temor del espectáculo que me esperaba me hacía sudar... ¡Dios mío era una cosa horrible!

Sin traspasar el umbral, comprendí que estaba muerto... Hay algo en la rigidez de la muerte que no engaña. La mesa que usaba para escribir tenía la silla correspondiente colocada de espaldas a la puerta, pues él solía decir que la vista del lago le distraía. Estaba encorvado en la silla, con la cabeza caída adelante entre los papeles y la mano derecha colgando a lo largo del pie de la silla. Una vieja lámpara de parafina, de pantalla de cristal blanco, era la única luz de la cabaña. Estaba colocada en la mesa, a dos palmos escasos de la cabeza del muerto, y sus rayos hacían brillar los mechones de su cabello amarillento, bastante largo y peinado hacia atrás, para disimular su calvicie incipiente. Un objeto centelleaba a la luz de la lámpara sobre la piel de oso extendida debajo de la mesa. Era una pistola automática de metal oxidado y de gran tamaño.

Con la cabeza calva inclinada y la boca, excesivamente ancha y de gruesos labios, apretada convulsivamente, el doctor Bracegirdle examinaba el cuerpo, seguido por la mirada entristecida de Lumsden. Ambos hombres llevaban batín. Me causó cierta impresión ver allí a Graziella. Llevaba un salto de cama orlado de piel blanca y a su lado se encontraba Erith Lumsden, vestida con un kimono. Apoyada en el aparador, contemplaba en silencio la escena. Se había untado el rostro de crema como todas las noches, de manera que estaba completamente descolorido y su pelo reluciente aparecía recogido en un nudo flojo en la nuca. Este peinado y su vestimenta blanca le daban un aire de tragedia clásica... ¡Parecía Fedra! No se movió cuando el doctor Bracegirdle hizo una seña a Carlos. Levantando la cabeza del muerto, señaló un agujerito redondo en el centro de la sién derecha... Este agujero estaba ennegrecido en los bordes.

Carlos emitió una especie de gemido,

—¡Pobre, pobre chico! — murmuró, desviando los ojos.

Un reloj encerrado en un fanal de cristal pintado con la ingenuidad que caracteriza la época de los primeros colonos, lanzaba pesadamente su tic-tac regular. Con los ojos fijos en él, Bracegirdle dijo:

—¡Es ahora la una menos cinco! En mi opinión, hace dos horas que ha muerto; en otros términos, la muerte ha ocurrido alrededor de las once...

Bajó los puños de su batín y se frotó las manos.

—No tocaremos nada más hasta la llegada del sheriff. ¿Supongo que le habrá enviado a buscar?

Carlos asintió.

—He enviado al chofer en el bote más rápido. Llegarán de un momento a otro..

Señaló con el pie la pistola que yacía en el suelo.

—¿Dónde se procuró la pistola?

—La guardaba en el cajón de la mesa. Me reprocho... Nunca debí dejarla a su alcance. Pero no podía prever esto.

Se oyeron pasos precipitados y la señorita Ingersoll surgió ante nosotros. Envuelta en una bata estampada descolorida y con el pelo completamente echado atrás, apenas la reconocí.

—¡Ha habido un error! — gritó, con pasión. — No es cierto... no puede ser cierto...

Se volvió hacia Lumsden.

—No era hombre que se quitara la vida, señor Lumsden. Le conocía bien...

—Temo que no haya lugar a dudas, señorita Ingersoll — fué la respuesta algo seca que obtuvo. — Dígame, ¿le ha visto usted esta noche, después de la comida?

La secretaria denegó con la cabeza.

—Insistió en que no quería que se le molestara, pues debía acabar este informe... yo tenía una gran cantidad de notas que transcribir y si usted recuerda, no bajé a comer, sino que me hice subir una bandeja a mi cuarto. Al acabar mi trabajo, me fuí a la cama...

Mientras hablaba, se acercaba a la mesa.

—¡Miren! — exclamó. — ¡Estaba trabajando en su informe!

Dos hojas de papel, cubiertas de palabras escritas con lápiz, con muchas borraduras e inserciones, cubrían el tintero. La hoja de papel que reposaba bajo la cabeza del muerto me llamó la atención. Llevaba el número "3" y a la mitad, la escritura cesaba bruscamente. A través de una larga mancha rojiza, leí: "Tratando de evaluar la acción probable del Banco Federal de Reserva..." Aquí terminaba lo escrito.

Señalé el papel.

—Parece como si hubiera dejado la frase a medio escribir para pegarse un tiro...

—¡Por Júpiter, tiene usted razón! — exclamó Carlos, muy excitado. Y, volviéndose hacia el doctor:

—Oscar, ¿qué le parece esto?

Bracegirdle se encogió de hombros:

—La mayor parte de los suicidios son el resultado de un impulso repentino e irrefrenable, ya lo sabe usted.

Lumsden se sonó ruidosamente.

—¡Estaba tan alegre durante la comida! ¿Se acuerda Oscar? La escena desagradable de anoche parecía olvidada. Nos presentó sus excusas en debida forma a Edith, a mí y me dijo... — añadió, mirándome — que iba a presentárselas a usted, Pete...

—Así lo hizo. Habló conmigo antes de comer.

—Menciono este detalle — observó gravemente Carlos, — porque no deseo que nadie se figure que la escena que nos vimos obligados a presenciar anoche tiene relación alguna con esta tragedia. Sabrían ustedes que había otro motivo del cual nadie estaba enterado. Vic, pobre muchacho, me hizo guardar el secreto, porque estaba resuelto a ocultarle la verdad, Graziella...

Por respeto al muerto, hacia quien las miradas de todos volvían constantemente por instinto, había bajado la voz, hasta que no fué más que un murmullo.

Graziella habló entonces por primera vez... Parecía una estatua vuelta a la vida.

—¡La verdad! — dijo con voz insegura. — ¿La verdad sobre qué?

Los ojos de Lumsden se posaron sombríamente sobre el cuerpo hundido en la silla.

—Si nunca hubo hombre perseguido hasta la muerte, fué Víctor Heversley — declaró, frunciendo las cejas. — ¿Sabe usted por qué vino al Este, Graziella? Pues bien, porque su vida estaba amenazada... y la de usted también...

La joven le miró, consternada.

—Desde la revocación de la ley seca, la cervecería Kummer ha tenido disgustos con los "gangsters". Los canallas de Chicago, anteriormente ocupados en la venta de alcohol prohibido, han intentado arrancar dinero por mediación del chantage, a los cerveceros, asaltando sus camiones, propinando tremendas palizas y aun matando a los conductores. Vic intervino para enviar cinco de los individuos más destacados del grupo a presidio, para largos plazos. A partir de entonces la banda le ha perseguido...

Mis ojos buscaron la forma flácida sentada ante la mesa. Desde luego, aquello explicaba su escena en los bosques. No era de extrañar que el pobre diablo estuviera trastornado... Rine tenía razón. Y, a propósito, ¿qué había sido de Rine? Advertí que lo había olvidado... Debía haber regresado a mi cabaña.

Carlos prosiguió:

—Las amenazas llevían sobre él..., llamadas telefónicas anónimas, notas echadas debajo de la puerta. Su temor constante era que usted, Graziella, lo descubriese. Dos tentativas de hacer saltar la casa con dinamita fueron frustradas por la policía. Después de la segunda, Vic decidió darse por vencido. Sus nervios le traicionaron y no es de extrañar.

Cuán poco nos enteramos de lo que ocurre en el corazón humano, pensé. Era asombroso descubrir aquel rasgo inesperado de caballero-

sidad en Vic Haversley. No reparaba en emborracharse y maltratar a su esposa y sin embargo, para evitarle una preocupación, había llevado solo el peso de su secreto. Graziella parecía conmovida, o por lo menos continuó mirando a Carlos como confundida y aturdida.

—Si hubiese sabido esto, tal vez me habría sido posible ponerle remedio — rugió el doctor limpiándose los lentes. — La represión constante de cualquier emoción violenta, es fundamentalmente insana y lleva a toda suerte de perturbaciones mentales. La guerra nos lo enseñó. Lo que nos ha dicho explica muchas cosas, Carlos. El pobre chico luchó valerosamente, pero al cabo se dejó vencer...

Graziella exclamó con voz apasionada:

—¿Por qué no me lo dijeron? ¿Por qué no me lo dijeron?

—Por consideración a usted, hija mía — contestó Carlos. — Vic tenía sus defectos, pero la quería sinceramente. Por mi parte, pensé siempre que usted debía estar enterada y así se lo dije a su esposo, pero no quiso oírme...

Le rodeó la cintura con un brazo.

—Vamos, vamos, ya no podemos hacer nada aquí de momento. Voy a pedir a Edith que la meta en la cama...

Con estas palabras nos hizo salir a todos y cerró la puerta. Ante la cabaña la hierba áspera brillaba como seda a la luz de la luna. Una figura penetró en el claro. Al principio creí fuera Rine, pero no tardé en descubrir que se trataba de Waters. Estaba completamente vestido y llevaba los zapatos cubiertos de polvo. Al vernos agrupados delante de la choza, se detuvo en seco.

Graziella hablaba con la señorita Ingersoll.

—¿Estaba usted enterada de esas amenazas? — oí que decía.

La secretaria inclinó la cabeza, apretando los labios:

—El señor Haversley no tenía secretos para mí — replicó.

La frase carecía de tacto y Graziella se ruborizó.

—¿Se recibió alguna desde nuestra llegada aquí? — inquirió con fría entonación.

La señorita Ingersoll meneó la cabeza negativamente.

—No, señora Haversley.

Graziella calló. Lumsden discutía con el doctor.

—Pero si lo hizo a eso de las once, tal como usted sugiere, Oscar — decía. — ¿Por qué ninguno de nosotros oyó el disparo? Todos estábamos levantados, entrando y saliendo...

Buscó a Dickie con la mirada y dijo:

—Vosotros habéis estado sobre el lago esta noche... ¿No habéis oído nada?

—Nada que recuerde, papá — contestó el muchacho. — Aunque no sé si nos habríamos fijado. Oímos a menudo tiros al obscurecer... son los aldeanos que cazan conejos...

—Además, todos estábamos en casa a las once — añadió Buster.

Intervine para decir:

—Tiene razón y esto explica el misterio... me refiero al hecho de que no oyéramos nada. Después de las once los muchachos estaban reunidos en el salón, armando un barullo infernal con la radio, ¿no os acordáis? Aunque hubiesen disparado la "Gran Berta", no la habrían oído.

—¡Por Júpiter! Ha dado en el clavo, Pete — exclamó Carlos. — Pero, ¿y los que no estábamos en el salón?

Una voz áspera dijo de pronto:

—¡Yo he oído un disparo!

La señorita Ryder se nos acercaba, apoyada en el bastón en forma de muleta que llevaba siempre consigo. Un abrigo de paño inglés cubría su bata color de rosa y un gorrito de encajes escondía su pelo canoso y corto.

—¿De veras? — gritó Carlos. — ¿Cuándo? ¿Dónde?

—A las once y cinco minutos — fué la pronta contestación que obtuvo. — Sé que era exactamente esta hora porque consulté mi reloj, pensando que ya había pasado la hora en que me acuesto. Era antes de salir de la "veranda". Oscar y yo...

—¿Le pareció que el sonido llegaba del lado de la cabaña? — insistió Lumsden.

—Venía de los bosques, eso sí. Recuerdo haber pensado que debió ser cerca de la casa.

Carlos se volvió hacia el doctor Bracegirdle.

—Ahí tiene su confirmación, Oscar; pero espere un momento. Usted estaba en la "veranda" con la señorita Ryder... ¿cómo es que no oyó el disparo?

Con una risa corta y burlona, la señorita Ryder contestó por el doctor:

—Podía haberle disparado un tiro en el oído y no se habría enterado de nada. — Yo le daba jaque mate en aquel momento — dijo a Bracegirdle, — pero es usted tan obstinado, que no quería admitirlo... — Meneó la cabeza, mirando a Carlos. — Cuando este hombre está absorto en una jugada, ni el terremoto de San Francisco, lograría sacarle de su ensimismamiento.

El viejo Bracegirdle rió levemente.

—Me parece que tiene usted razón, Janet — confesó.

Lumsden alargó su reloj pulsera hacia la luna.

—Hanks tarda — murmuró nerviosamente. — ¿Supongo que es preciso avisar al "coroner", Oscar?

—Sin duda — contestó Bracegirdle.

Carlos se volvió hacia mí.

—¿Quiere usted cuidar de ello, Pete? Es el doctor Gavan, que vive en Newton's Corners. La central del pueblo le pondrá en comunicación...

A aquella hora de la noche, necesité un cuarto de hora para hablar con la casa del coroner. El doctor estaba fuera, llamado para un alumbramiento. La señora Gavan me dió esta explicación, pero prometió enviarnos su marido al campamento a primera hora de la ma-

ñana. El teléfono de la casa estaba en una cabina, en el salón. Al salir, encontré a Dickie y Buster envueltos en sendas batas y bebiendo ponche. Me dijeron que el "sheriff" había llegado y se hallaba en la cabaña con Lumsden y Bracegirdle. Graziella los acompañaba.

Rehusé un vaso de ponche y salí nuevamente a la luz de la luna. En la orilla del claro encontré a Waters. Del interior de la cabaña salían voces y Waters me dijo que Graziella estaba dentro. En aquel preciso instante, la joven salía al umbral. Tenía el rostro demudado y Waters dió un salto adelante.

—Graziella, ¿qué ocurre?

Con voz entrecortada, contestó:

—Algo muy extraño. ¡Dicen que no se trata de un suicidio!

VIII

CORRIO hacia Waters, instintivamente y me echó una mirada al hablar.

Waters frunció las cejas. Su rostro permanecía inescrutable.

—¿Quién dice eso? — preguntó rápidamente.

—Un hombre que el sheriff ha traído consigo. Es una locura, desde luego.

Y añadió, recurriendo a mí:

—Usted estaba allí antes, Pete y ha oído lo que ha dicho el doctor Bracegirdle...

En aquel momento, una voz de timbre bastante alto llegó a nuestros oídos a través de la puerta abierta de la cabaña.

—De momento, el motivo no me preocupa doctor — pronunciaba, clara y precisamente. — Sólo me ocupo por ahora de la evidencia ocular.

Me sobresalté. Allí estaba mi amigo Peter Rine. ¿Cómo diable había entrado? Recordé de pronto que conocía a Hank Wells... ¿Acaso no le había alquilado el bote? ¡Dios confunda al muchacho! Ensayar sus talentos detectivescos conmigo era una cosa, pero persuadir a Hank de que le dejara transformar una penosa tragedia doméstica en objeto de sus experimentos era otra muy distinta. Me sentía indignado... ¿No era yo el responsable de su introducción en el campamento de los Lumsden?

Me volví hacia Waters:

—Tengo que hablar a Lumsden del coroner — le dije. — Por favor, acompañe usted a Graziella a casa y cuide de que duerma unas horas.

Y mirando a la joven:

—No se preocupe, querida. Hank ha tropezado con uno de esos chiflados detectives por afición. Vaya a casa..., le hablaré en el transcurso de la mañana.

Esperé hasta verla alejarse del brazo de Waters y entré en la cabaña.

Era cierto... allí estaba Rine, delante de la mesa. La luz de la lámpara brillaba en sus lentes cuando movía la cabeza de un lado a otro, hablando. La cabaña estaba llena de gente. Hank Wells, el sheriff, tenía un físico notable. Era alto y fornido. Llevaba un viejo "sweater" azul, pantalones remendados y botas de cazador que escondían parte de sus medias de lana gris... Siempre le veíamos llevar la misma indumentaria.

Le acompañaban dos policías que se alojaban en "Los Cedros", muy elegantes con sus sombreros gachos, sus chaquetas grises y polainas negras. Uno de ellos, Frad Good, era antiguo soldado de marina y llevaba el revólver envuelto en un pañuelo. Rine había erguido el cuerpo en su silla y, sin hacer caso al parecer, de Cárlos ni del viejo Bracegirdle, que estaban al otro lado de la mesa, se se dirigía exclusivamente al "sheriff". El rostro del muerto estaba lívido a la luz de la lámpara... Ofrecía un espectáculo grotesco y horrible.

—Ha quedado establecido en gran número de casos... — dijo Rine, cuando entré — que es virtualmente imposible pegarle un tiro mortal en la sien con una pistola automática, a menos de sostener el arma al revés. Fíjese en que estoy hablando de una automática... Un revólver es algo distinto. Es cuestión del retroceso que, tal como sabe, en la automática se utiliza con el fin de que pase otro cartucho a la recámara. El retroceso desvía la pistola hacia arriba y hay muchas probabilidades de obtener tan solo una herida en el cuero cabelludo. De todos modos, la bala saldría por la parte superior del cráneo... ¡Pero mirele! ¡Su cráneo está intacto! Es probable que la bala se haya alojado en el cerebro...

Mientras hablaba, dejó con cuidado la cabeza del muerto sobre la mesa y dirigió su atención a la estancia. La lámpara alumbraba un interior típico de los primeros tiempos de la colonización americana. Con sus paredes de troncos, unidos entre sí por medio de musgo, su cama rústica, cubierta con una piel de búfalo, su chimenea de piedra con morillos y asador y su viejo aparador colonial, aquel lugar me recordaba siempre el grabado en color de una cabaña de colonizador que existía en un libro que hizo mis delicias en mi infancia: "Media de Cuero". El teléfono que colgaba de la pared era la única nota incongruente que se veía allí. Se encontraba al lado de la puerta, en el rincón que daba acceso al lavabo y a la cocina, que Carlos había hecho construir como dependencias del viejo edificio original.

El "sheriff" se pasó el dorso de una mano huesuda por la nariz y observó, mirando a Carlos y arrastrando la voz:

—¡Según mis noticias, no sostenía la pistola al revés cuando le encontraron!

—La llevaba en la posición normal, de eso no cabe la menor duda — dijo Lumsden, secamente. — Me he hecho enseñar por mi hijo cómo la tenía agarrada con un dedo pasado por el gatillo.

El viejo Braceguirdle se aclaró la garganta para añadir:

—Es inútil perder tiempo discutiendo teorías. Si hay verdaderamente alguna duda acerca de las circunstancias en que nuestro pobre amigo encontró la muerte, estoy convencido de

que la autopsia las disipará... Usted "sheriff", oyó hablar de las amenazas que el difunto recibía. Yo no era su médico de cabecera; pero le he observado constantemente durante la última quincena y le encontré en un estado de gran desequilibrio nervioso. Además, y ante todo, es muy posible que el encuentro casual de ayer con el pistolero, del cual no oí hablar hasta esta noche, le haya afectado más de lo que suponemos...

—Si fué casual — contestó el "sheriff" con acento nasal.

Carlos frunció las cejas.

—¿Habla usted en serio al sugerir que ese individuo llamado Wharton puede haberle matado? — balbuceó.

—No sugiero nada... me limito a hacer suposiciones — fué la respuesta imperturbable que obtuvo.

—Si hubiese el menor fundamento para una conjetura tan descabellada... — empezó el doctor.

Pero el "sheriff" le interrumpió.

—¿Cuánto tiempo hace que sobrevino la muerte? — inquirió.

Rine tocó la mano colgante del muerto.

—La rigidez no se ha apoderado todavía del cuerpo — declaró. — Pero el calor de la lámpara influye. La temperatura del local aporta siempre una diferencia.

—El doctor Braceguirdle opina... — interrumpió Carlos, con alguna sequedad — que la muerte debió ocurrir al rededor de las once.

Rine echó una mirada a Bracegirdle.

—Es usted más positivo de lo que muchos médicos se atreverían a serlo. Es difícil apreciar esas cosas, aunque desde luego sé por experiencia que algunos doctores lo logran mucho mejor que otros...

El viejo Bracegirdle se erizó.

—El caso es que mi cálculo no se aparta mucho de la realidad. El pobre hombre se ha matado precisamente a las once y cinco. La señorita Ryder, uno de los huéspedes del campamento, oyó el disparo...

Calándose las gafas, se enfrentó con el detective con aire de desafío.

El joven aprobó con la cabeza:

—¡Muy bien! ¡Le felicito, doctor! A las once y cinco, ¿eh? Me extraña no haber oído el tiro.

—¿Estaba usted por aquí a esa hora? — dijo Carlos.

—Ya lo creo — fué la decidida contestación que obtuvo. — Estaba esperando al señor Blakeney en su cabaña. ¿No es cierto, amigo mío?

Carlos me miró algo disgustado.

—¡Comprendo! — se limitó a decir.

—Esas pistolas automáticas hacen un ruido infernal — prosiguió Rine, — y la cabaña de Blakeney no está lejos de aquí, ¿no es cierto? Debí oír el tiro. Sin embargo, el sonido es un viajero caprichoso... Durante la guerra se hicieron algunos experimentos interesantes con zonas de silencio, según las llaman y aquí, en las montañas...

El viejo Bracegirdle, que iba impacientándose por momentos, le interrumpió de pronto:

—No veo la utilidad de prolongar esta discusión — dijo a Carlos. — Para mí y para todos, excepción hecha de este caballero, creo que los hechos son patentes. De todos modos, esperemos el resultado de la autopsia. ¿Supongo que el coroner se encargará de ella? — continuó, volviéndose hacia el "sheriff".

Hank asintió.

—Eso me recuerda algo — dijo a Carlos, señalando el teléfono. — No estaría de más llamar al doctor Gavan.

Levanté la voz para informarle que ya había cuidado del asunto y que el coroner llegaría al campamento durante la mañana.

—No acostumbra correr tanto — hizo observar el "sheriff" con su impasibilidad característica.

—¿Acaso es preciso que esperemos al coroner? — inquirió Carlos. — Me gustaría trasladar el cuerpo a casa sin más dilación, si a usted le da igual, Hank.

—Llévelo, si quiere — fué la tranquila respuesta del "sheriff". — Los muchachos han traido unas parihuelas... Me parece que las han dejado en el bote. ¡Vaya a buscarlas, Fred!

El policía Good se alejó y con la sangre fría que caracterizaba todos sus actos, Hank señaló con la cabeza al muerto.

—¿Cuándo ha sido visto vivo la última vez? — dijo a Carlos.

—Esta ha sido una de las primeras preguntas que me he hecho — replicó Lumsden — y según los informes recogidos mientras le esperábamos a usted, parece desprenderse que nadie le ha visto después de las nueve, cuando salió de casa para bajar aquí...

—¿Nadie le visitó entretanto?

—Aparentemente, no.

Una voz clara se dejó oír:

—¿Supongo que esto no presta lugar a duda alguna?

Rine era quien había hablado. Estaba de pie ante la mesa, mirando pensativamente los papeles que la cubrían.

—¡Que yo sepa, no! — contestó Carlos, con la misma sequedad de antes. — Sin contar al pobre Haversley, somos trece en el campamento. Esta noche, cuatro de entre nosotros, Blakeney, aquí presente, la señora Haversley, el señor Waters y yo, jugábamos al "bridge". Mis chicos, la señorita Fletcher y el joven Leighton han salido al lago. El doctor Bracegirdle y la señorita Ryder estaban en la "veranda" y la señorita Ingersoll, la secretaria del señor Haversley, escribía a máquina en su cuarto.

—Eso hace tan sólo once — indicó Hank.

—Déjeme pensar. ¿Quién más hay? — dijo Carlos, rascándose la cabeza. — ¡Ah, sí, la sobrina de mi esposa, la señorita Carruthers... estaba en su "bungalow", escribiendo cartas y también hay David Jarvis. David tomó un bote de remos, salió al lago y se fué a la cama temprano. De todos modos — continuó diciendo — tanto mi esposa como yo nos cuidamos de hacer preguntas a los miembros de nuestro grupo sobre el empleo de su tiempo y estoy convencido

de que nadie se ha acercado a esta cabaña en toda la noche.

El policía Good llegó con las parihuelas. Con ayuda de sus camaradas, colocó el cadáver encima y, silenciosamente, le sacaron a la luz de la luna.

—Estaré en casa cuando me necesite, Hank — dijo Carlos al "sheriff". — Y usted, Pete — añadió, dirigiéndoseme. — ¡Lo mejor que puede hacer es irse a la cama!

—¡Lo mismo le digo a usted, señor Lumsden! — observó Hank. — No puedo hacer nada esta noche. Ahora cambiaré dos palabras con Peter... — prosiguió, señalando a Rine con un dedo. — Y a primera hora aquí me tendréis. El individuo que se cuida de las huellas dactilares en el cuerpo de policía de Springsville vendrá a buscarme durante la mañana. Voy a cerrar esta cabaña y traeré la llave al volver...

—Bien, Hank. Venga. Oscar...

Con aire cansado, Carlos saludó con una inclinación de cabeza y, seguido del doctor, salió en pos de los policías y de su fúnebre carga.

IX

EL "sheriff" de Springsville Country era famoso en varias millas a la redonda por su sagacidad y gran independencia de carácter Habitante de los bosques desde su adolescencia, dejaba el cuidado de la tienda a su mujer y pasaba la mayor parte de su tiempo escoltando grupos de cazadores y de pescadores en el interior de los bosques. Con su figura delgada, derecha como un huso a pesar de sus sesenta y tres años, su cabello plateado cortado a la Will Rogers y su enunciación lenta, deliberada y levemente cínica, era un tipo sacado de las páginas de Mark Twain. Sus ojillos, que no conocían el miedo, brillaban de malicia bondadosa; su boca. siempre recién afeitada, de labio superior bastante grueso, era firme y estaba rodeada de hondos surcos como la de un comediante, mientras una nariz bulbosa, bajo cuya piel se dibujaban numerosas venitas, daba a su rostro un aire completamente Bardolfiano.

Me llamaba poderosamente la atención el hecho de que no se hubiera unido a Carlos y al doctor rechazando la sugestión de Rine. Al mismo tiempo, era presa de un curioso recelo. ¿Quién era aquel señor desconocido que se permitía exponer sus fantásticas teorías de semejante modo y por qué lo soportaría Carlos? Busqué a Rine con la mirada. Continuaba clavado ante la mesa de escribir, contemplando los papeles sobre los cuales la cabeza del muerto había descansado.

—¿En qué está usted pensando, hijo mío! — dijo pausadamente el "sheriff".

El joven no contestó y, viendo que Hank se acercaba a la mesa, le imité. No me pareció haber allí otra cosa que los usuales objetos de escritorio... A la izquierda de la lámpara encendida había un jarrón de cristal que contenía algunas rosas; a su lado el tintero de bronce, escondido a medias por las hojas del manuscrito de Vic, una cestita metálica para las cartas, un cenicero de porcelana y, a la derecha, una caja de cigarros. Las esquinas de un papel secante montado sobre cuero sobresalían debajo de los papeles.

Rine habló finalmente:

—Haversley fumaba, ¿verdad?

Hank me miró y contesté:

—Claro.

Rine señaló la caja de cigarros.

—¿Fumaba cigarros?

—Y nada más. El médico le había prohibido fumar más de cuatro al día; pero no creo, le hiciese caso...

Rine no contestó... estaba mirando al suelo. Lo que buscaba era la papelera. La sacó a la luz. Era una papelera de alambre dorado y sólo contenía algunas hojas de papel arrugado. Las alisó, les dió una ojeada breve y volvió a dejarlas caer en la cesta. Noté que escudriñó la piel de oso sobre la cual se encontraba, antes de volverla a dejar en la misma posición de antes, a la derecha de la mesa.

—¡Miren ustedes esto! — dijo, finalmente, Señalaba el cenicero, que no tan solo estaba vacío, sino limpio. El joven meneó la cabeza.

—Aunque un hombre se vea racionado a cuatro cigarros al día, guarda uno para fumarlo por la noche después de la comida — sugirió. — Y con mayor motivo si tiene que escribir un informe...

Tuve un curioso presentimiento.

—Ahora recuerdo — interrumpí — que estaba fumando un cigarro cuando me reuní con los demás en el salón, después de la comida.

—¿Qué clase de cigarro? ¿Grueso? ¿Pequeño? ¿Un Habano? ¿Nacional?

—Uno de los gruesos Coronas que siempre fumaba. Creo que se los mandaban especialmente de Cuba. Están ahí, en esa caja...

Envolviéndose la mano en un pañuelo, Rine levantó la tapa de la caja de cigarros y arrugó los labios como para silbar.

—Parecen carísimos y se neesita por lo menos una hora para fumar uno de ellos. ¿A qué hora le ha visto usted con un cigarro?

—Poco después de las ocho y media.

—¿Y vino aquí alrededor de las nueve? ¡Sin embargo, no hay ceniza ni en el cenicero ni en la papelera!

Cerró la caja.

—Tendrá usted que examinarla en busca de huellas dactilares, Hank — sugirió tranquilamente, y a continuación señaló el jarrón de rosas.

—¡Este florero! ¿No le nota nada de particular?

El "sheriff" dió un paso adelante.

—¡Unicamente está lleno de agua hasta la cuarta parte!

—¡Mire usted la mesa, hombre!

La mesa estaba cubierta de piel de un rojo oscuro. Una presión circular y leve era visible frente al sitio donde el jarrón reposaba en aquel momento. Hank miró la señal y, alar-

gando un dedo nudoso, tocó con precaución la piel.

—Este jarrón ha sido derribado... la piel está húmeda todavía — exclamó. — Supongo que lo habrá tocado con la cabeza al caer adelante.

—Es lo que creo yo también, pero ¿quién ha vuelto a enderezarlo? ¿No nos aseguró Lumsden que no se había tocado nada de la mesa? En ese caso el jarrón debía estar de pie, tal como lo vemos ahora, cuando se ha descubierto el cuerpo.

El "sheriff" se tocó pensativamente la barba.

—¿Quiere usted decir que alguien ha entrado cuando ya era cadáver, ha vaciado el cenicero y recogió el agua de la mesa, ordenándolo todo de un modo general?

—Eso me estoy preguntando — fué la contestación serena que obtuvo.

Su aire modesto, sus modales casuales, no me engañaban. Estaba harto del señorito Rine. Aquel sistema de deducciones está muy bien en las historias de detectives, pero en la vida real me desagrada soberanamente. Había advertido que Carlos presentía la presencia del forastero, no tan sólo porque éste había ofendido gravemente al doctor Bracegirdle, que era un viejo inofensivo, sino también porque estaba llenando el cerebro de Hank Wells, chismoso redomado, de sus locas teorías. En realidad, ¿sobre qué se basaba Rine para establecer su monstruosa suposición de que Haversley había sido asesinado? A parte de su altamente técnica jerigonza respecto a la posición de la pistola, no tenía nada más convincente que un cenicero vacío, un florero tumbado y vuelto a colocar en su sitio... incidentes de los cuales el muerto, al igual que cualquiera otra persona, podía muy bien ser responsable.

Considerblemente exasperado por estas reflexiones, eché una ojeada a la estancia, sin descubrir la menor huella que corroborara la insinuación de Rine. No ofrecía a la vista señales de lucha alguna. En la cabaña reinaba un orden perfecto. Ni uno solo de los platos del aparador, delante del cual el joven se había detenido, estaba fuera de su sitio. Tampoco se había hecho uso de los tres vasos que, junto con una botella de "whisky", un bol para el hielo y un sifón, se encontraban en una bandeja. No obstante, Rine levantó los vasos uno a uno, con ayuda de su pañuelo, los examinó y volvió a colocarlos en su sitio.

El hogar estaba limpio, pero nuestro curioso compañero se inclinó con el fin de examinar los leños dispuestos para ser encendidos de un momento a otro y las losas desnudas de debajo. Hasta lanzó una ojeada al interior de la chimenea y aunque la cama rústica no presentaba ni un pliegue, se entretuvo un buen rato moviendo los tres o cuatro almohadones de piel echados sobre la misma, acabando por dedicar su atención a la piel de búfalo que la cubría. Miré a Hank para ver lo que le parecía esta actitud, pero el rostro curtido del "sheriff" parecía esculpido en madera y miraba al joven sin traducir expresión alguna. No parecía sino que estuviese jugando al "poker" en casa de Al Green, el barbero del pueblo, donde organizaban una partida todos los domingos por la noche.

Rine concluyó de rodillas, buscando debajo de la cama. Se levantó finalmente y, pareciendo ver por primera vez la puerta que daba a la cocina, desapareció prontamente por ella.

Me volví impaciente hacia Hank:

—¿Qué significa esto y quién es ese chiflado que ha soltado usted entre nosotros? ¿Hawkshaw el detective o bien...?

El "sheriff" emitió un sonido burión:

—¿No me dirá usted que lo ignora todavia?

—Si lo supiese ¿acaso se lo preguntaría?

Una alegría silenciosa le sacudió:

—¡Que el diablo me lleve si esto no es el colmo! ¡Y pensar que le visitaba a usted precisamente antes de que me lo encontrase en el desembarcadero! ¡Por vida de...! ¡Qué callado y picado es el niño ese...!

—¡Voto a...! — Contésteme, Hank. ¿Quién es él?

El semblante del sheriff adoptó de pronto una expresión de seriedad.

—¡No lo repita usted por ahí, Pete! Es de Scotland Yard.

Le miré con gran asombro.

—¿De Scotland Yard? ¿Pertenece a la policía de Londres?

—Sí, señor. Es de aquel Scotland Yard de Londres, Inglaterra, del cual se leen tantas cosas en las novelas de detectives.

Me eché a reír.

—¡Desatina usted! ¡Ese chiquillo formar parte de Scotland Yard! ¡Le ha tomado el pelo!

—Es tal como le digo, Pete — insistió Hank, con gran sangre fría. — Phemie Miller, de la estafeta de Correos, ha visto su pasaporte... Fué a recoger un paquete certificado. ¡Y pensar que hemos pasado diez días juntos en los bosques, pescando y caminando, sin que me soplara una sola palabra de eso! Después me enseñó su tarjeta. Dice: "Sargento Detective Rine, de la sección de Huellas Dactilares", o algo por el estilo. Por eso, al saltar del bote esta noche y al verle sentado en el embarcadero, más quieto que un corderillo, le he traído conmigo.

—¿Lo sabe el señor Lumsted?

Hank tradujo su culpabilidad en su actitud.

Pues... todavía no, porque Rine prefiere no aparecer aun de modo oficial, ¿comprende? Sólo le he dicho que era un detective inglés, amigo mío.

Estaba completamente trastornado. Lo que acababa de saber echaba una luz distinta sobre la actitud de Rine, eso lo comprendí en el acto. Ya no se trataba de fantasías nacidas en la mente de un aficionado, sino de la opinión valiosa de un perito... Sus dudas respecto a las circunstancias que rodeaban la muerte de Víctor Haversley estaban, seguramente, basadas sobre algo más poderoso que una sencilla suposición. Le miré fijamente al verle salir de la cocina. Aquel mozalbete de aire lánguido, cutis sonrosado y pelo enmarañado no respon-

día a la idea que cualquiera se forma de un miembro de Scotland Yard, pero al estudiarlo, me di cuenta de un cambio sutil en su persona. Sus ojos eran pensativos, su expresión grave. Había desechado sus modales afables y me parecía más viejo.

Sin fijarse en nosotros, se acercó a la mesa y después de consultar su reloj pulsera, empezó a hacerle algo a la lámpara con un lápiz y un pedazo de papel. Tuve la impresión de que estaba marcando la altura del petróleo en el depósito.

Le miré en silencio unos momentos y le dije de pronto:

—¿Pertenece usted a investigaciones?

Asintió pensativo.

—¿Por qué no me lo dijo?

Se encogió de hombros, jugueteando con el lápiz y el papel.

—¿Por qué había de hacerlo? Estoy aquí de vacaciones, ya lo sabe. La verdad es que no debería inmiscuirme en este asunto. Es ese demonio de Hank quien me ha arrastrado. Estoy dispuesto a desaparecer de un momento a otro.

El sheriff abrió la puerta y la luz gris del alba penetró en la cabaña.

—¿Ha terminado aquí, Peter? — preguntó

Rine asintió y se metió el lápiz y el papel en el bolsillo.

—¿Apagó la lámpara? — inquirió.

—Claro, pero no deje huellas con los dedos.

Sus ojos tropezaron con los míos, meneó la cabeza en señal de duda y dijo en voz baja:

—¡Es un asunto misterioso, Blakeney!

Miró nuevamente su reloj, e inclinándose apagó la luz soplándola con fuerza.

El día nacía, los pájaros empezaban a agitarse en los árboles y al pie del jardín, el lago humeaba misteriosamente al evaporarse las nieblas nocturnas. Miré la pequeña canoa automóvil que se alejaba resoplando en la luz gris, llevándose a mis dos compañeros y frío y deprimido, me metí en la cama en busca de sueño y descanso.

* * *

Abrí los ojos y encontré mi cabaña bañada de sol y a Graziella de pie ante mi cama. Me incorporé sobre un codo.

—¡Graziella! ¿Qué hora es?

—Las diez dadas. ¡Vístase, Pete, deseo hablarle!

X

LLEVABA un vestido de percal estampado con ramitas azules, que ya le había visto otras veces (supongo que no tendría un traje negro de tarde en su equipaje) y uno de los sombreros de anchas alas que usaba para protegerse del sol. Era un traje alegre y muy bonito, que contrastaba con la grave expresión de su rostro, que me conmovió. Estaba serena, pero grandes ojeras oscuras subrayaban sus ojos y tenía a ambos lados de la nariz unas arrugas que demasiado a menudo había podido ver en los hospitales de sangre, donde llevaban a los que habían sufrido los efectos de un bombardeo. Era evidente que dominaba sus nervios, con el fin de aparentar sangre fría.

Me di prisa en echarme agua fría al rostro y sobre las manos, pasarme el peine por el cabello y ponerme una camiseta y pantalones blancos antes de reunirme con ella en el pórtico. Estaba fumando un cigarrillo con una de las largas boquillas que usaba siempre y contemplaba las aguas azules del lago.

—¡Oh, Pete! — dijo, esforzándose por hablar tranquilamente. — Si le hacen preguntas, no se creerá obligado a decir nada de lo que Fritz Waters y yo discutíamos en su cuarto ayer por la mañana, ¿verdad?

—Espero que no — contesté.

—¿O de la escena durante el ensayo? El pobre Vic había bebido y de todos modos Carlos y Edith saben que sus sospechas no tenían fundamento. Carlos me ha prometido avisar a los demás para que no mencionen el incidente...

—Haré lo que usted quiera, querida — le prometí. — Pero creo sinceramente que esas preguntas no surgirán.

Me detuve, mirándola fijamente.

—No sé si usted se da cuenta de ello, pero parece haber bastantes dudas de que Vic se suicidó.

Recordando su actitud de la noche anterior, creí que protestaría y me sorprendió oírla contestar gravemente:

—Así, pues, ¿ha oído usted lo del coroner?

—¡No! ¿Acaso ha llegado?

—Hace hora y media. Van a llevarse al pobre Vic al hospital de Springsville para la autopsia.

Vaciló y continuó diciendo:

—El doctor Gavan ha dicho a Carlos que después de un primer examen, cree que la hipótesis de un suicidio queda completamente descartada.

—¡Ha dicho eso! Pues bien, creo poder reconocer a ese individuo que se llama Wharton y puedo dar fe de que amenazó a Vic, haciendo ademán de buscar un arma...

—¡Desde luego! — interrumpió. — ¡Desde luego, pero prométame, Pete, que no les dejará sonsacarle respecto... respecto a Fritz Waters y a mí!

—¿Por qué diantre han de intentarlo?

—El sheriff... Hank, creo que se llama... hacía preguntas a Carlos ahora mismo y deseaba saber si Vic estaba enemistado con alguien del campamento. Carlos no le ha dado importancia a la cosa, pero yo opino que el sheriff no está completamente satisfecho.

Calló, dando vueltas al sello que llevaba en un dedo.

—No quiero que haya escándalo, Pete. No he de esconder nada, pero Fritz tiene una buena posición en New York y las habladurías de este género... ¿Por qué me mira usted de ese modo? ¿Por qué no dice nada? Me mira como ese sheriff... como si creyese que yo he sido quien ha matado al pobre Vic...

Su acusación me hirió vivamente y di un

respiego. Aunque sin fundamento y tan débil como una pluma empujada por el viento, una sospecha... una terrible sospecha había surgido en mi cerebro. Recordé la cólera fría de Fritz Waters cuando le enseñé los cardenales del brazo de ella y su exclamación sorda:

—¡Perro! Le mataré por eso.

Me trastornó de tal modo, que durante unos segundos no pude articular una sola palabra.

Graziella me miraba con una especie de reto y desesperación en los ojos que me inspiró honda lástima. Mucho hubieso dado por poder tomarla entre mis brazos, diciéndole que creyese, el sheriff lo que creyere, yo no la querría menos. Viendo su estado de agitación, intenté calmarla.

—Sabe usted muy bien que no creo nada de eso — le dije. — Y tampoco Hank, créame. Lo que pasa es que se trata, probablemente, del primer caso de esta naturaleza que viene a parar a sus manos y es natural que sienta su importancia. Sólo quiero preguntarle una cosa respecto al amigo Waters. ¿Supongo que podrá dar cuenta del empleo de su tiempo después de despedirse de nosotros, anoche?

Me lanzó una mirada asustada a través de sus largas pestañas.

—¿Por qué me le pregunta? — inquirió con voz forzada.

—¿Recuerda usted el individuo que el sheriff trajo con él anoche? Pues bien, es un detective.

—¿Qué ha venido a buscar aquí?

—Se aloja en el pueblo y se llama Peter Rine. Le conocí en la tienda y le invité a tomar algo conmigo. La casualidad quiso que estuviera aquí ayer cuando Dickie vino a buscarme. Ignoraba que fuera un profesional cuando usted me habló; pero ahora, desde luego, la cosa es más seria. Verá usted, resulta que ha descubierto que alguien ha estado en la cabaña además de Vic... Ha encontrado huellas...

—¿Huellas? — repitió con viveza. — ¿Qué huellas?

Me encogí de hombros.

—Se ha vaciado el cenicero y hay señales de que un jarrón ha caído y ha sido colocado otra vez en su sitio...

—¡Es un desatino! Carlos ha preguntado a todo el mundo y nadie estuvo cerca de la cabaña hasta que Dickie y los demás encontraron a Vic muerto...

Hablaba perentoriamente, con voz apasionada y brillándole los ojos. Su interés en negar me hizo el efecto de una ducha fría.

—No dice que sea nadie del campamento — insinué.

Una oleada de sangre le subió al rostro.

—¿Qué se ha creído, metiéndose en nuestros asuntos?

—No se meta en nada, Graziella. Hank le ha traído... Es amigo suyo... — Callé. — A lo que voy es, que si se hace cargo de las investigaciones, es muy probable que nos pregunte el empleo de nuestro tiempo anoche...

El zumbido de un motor llegó a nuestros oídos y reconocí el ruido característico de la canoa automóvil de Hank. Cortando las bajas olas, el bote se acercaba rápidamente por el lago, llegando en línea recta al sitio donde estábamos sentados. Alguien, sentado al timón, levantó un brazo para saludarnos.

—Aquí tenemos a Rine — dije a Graziella.

Se levantó de un salto:

—No quiero verle...

—Es un muchacho simpático y lleno de tacto...

—¡Tanto me da!... No quiero tenerle aquí.

—Creo que esto es cosa de Hank...

—De todos modos, no está obligado a recibirle...

—No sé cómo evitarlo.

—Puede muy bien hacerlo diciéndole que sus visitas no son convenientes por ahora.

—¿Acaso es cuerdo decir eso? Quizá pensara que tenemos algo que esconder.

—Que piense lo que piense. Es monstruoso tener extranjeros espiando nuestros asuntos particulares de esta manera... Voy a hablar de ello con Carlos...

Con el rostro arrebolado a impulsos de la cólera que le embargaba, bajó corriendo los peldaños del pórtico y desapareció en dirección a la casa.

El bote se acercaba a la orilla, ya con el motor parado.

—¿Quién era? — preguntó Rine, al subir por el sendero.

—La señora Haversley.

Me miró enarcando las cejas.

—No deseaba verme, ¿eh?

—¿No pretenderá usted haber oído lo que decíamos por encima del ruido infernal que armaba ese motor?

Se echó a reír:

—La silueta de una mujer enojada es elocuente. Todos los cuadros dicen su historia y las acciones hablan más alto que las palabras. A propósito, ¿cuál es su color?

—¿Su color?

—El de su cabello, etc... No he podido verlo bajo ese gran sombrero...

—Es rubia.

Me mostraba seco con él, a pesar de decirme que sería fatal disgustarlo. No tardó en edivinar lo que me pasaba y se detuvo para mirarme.

—¿Le molesto? — preguntó con su impertinencia usual. — ¿Está extendida la alfombra encarnada y adornado el umbral con laurel? Recuerde que no figuro en esto oficialmente, a pesar de que nuestro amigo el sheriff habló de que le prestara mi ayuda. ¡Una palabra de usted y desaparezco!

—No haga usted caso — le dije. — Entre..., voy a desayunarme.

El ya lo había hecho, según me dijo; pero me siguió a dentro.

—¿Hank no ha llegado todavía? — preguntó, mientras preparaba el café.

—¿No está en la casa?

—Ha llegado a primera hora con el perito de la sección de huellas dactilares y debía decirme a qué hora me reuniría aquí con él, pero

el policía Good me ha telefoneado hace un momento para advertirme que Hank había sido llamado fuera y que si quería me vendría a buscar a su cabaña de usted. ¿Dónde se encuentra el lugar llamado Red Falls?

—Es una aldea a unas veinte millas al Norte de aquí. ¿Por qué?

—Allí es donde Hank ha ido... ¡Dios sabe por qué! A propósito. Good me ha dicho que el coroner opina lo que yo.

—Parece ser que usted adivinó anoche — hice observar, mientras ponía la mesa.

Levantó la mano en señal de protesta... Tenía las manos de un cirujano, de largos dedos afilados.

—¡Adivinar! ¡Querido amigo! ¡La criminología es una ciencia exacta!

—Desgraciado asunto — continué, exprimiendo el zumo de una naranja. — Esto nos vuelve a la época de los Borgia. Me pregunto cuánto le pagaron...

—¿A quién?

—Pues a Wharton, desde luego... para matar a Haversley.

—¡Ya! ¿Está usted seguro de que Wharton es el asesino?

—No sé quién más podría ser. ¿Acaso existe alguna duda respecto a ello?

Se había sentado sobre mi cama y, recostándose en la pared, con las piernas cruzadas, chupaba alegremente un cigarrillo.

—Me parece que hay muchísimas dudas — replicó, con su precisión habitual.

Con el colador en la mano, me quedé contemplándole.

—Siga hablando — dije, para animarle.

Sonrió modestamente.

—No tengo experiencia en esos crímenes de "gangsters", pero algo característico en todos es que el asesino rara vez hace un serio esfuerzo para esconder las huellas del crimen. Otra particularidad es que la víctima recibe casi invariablemente el tiro por la espalda. Considere usted los puntos siguientes: El asesino pagado tiene por único objeto hacer su trabajo y ganar su dinero tan rápida y fácilmente como le sea posible. Wharton es un asesino pagado... lo que llaman ustedes un "hombre del gatillo" o un "torpedo". Pues bien, ¿por qué emplear la pistola de Haversley cuando con la suya propia podía matar al pobre diablo desde la puerta, con relativa seguridad? ¿Y por qué no usó un silencioso, permitiendo que el fuerte disparo se oyera hasta en la casa? ¿Es esto lógica o no?

—¡Es lógica, pura y sencilla!

—¡Eso es sentido común, hombre de Dios! Uno de los mejores criminalistas prácticos de Europa, el viejo Boulot, antiguo jefe de la Sureté de París, dijo en cierta ocasión que el descubrir criminales no es otra cosa que una capacidad infinita para pensar claro. Si Wharton es el hombre que buscamos, ¿por qué tanta presentación para hacernos creer en un suicidio? Los bosques estaban a la puerta. ¿Por qué no huyó tan de prisa como sus piernas podían llevarle? Otra cosa todavía: Haversley había visto al individuo, ¿no es cierto? Pues bien, si Wharton es el criminal, deben haberse encontrado cara a cara... la herida de la sién es prueba de ello. ¿Hemos de creer que Haversley... sobre aviso desde hacía meses, pues temía un atentado... le dejó entrar, tomar la pistola y pegarle un tiro sin lanzar un grito pidiendo socorro? Eso no pega, amigo mío, no pega...

Tenía la garganta seca de aprensión... Pensaba en Graziella y en la visita que me había hecho.

—¡Si no es Warthon...! — dije.

Pensativo, mi compañero inclinó la cabeza a un lado.

—La pistola es el eje central del asunto. Haversley la tenía sin duda preparada... Es probable que estuviese sobre la mesa. Una cosa me extraña y es que, nervioso como estaba y sabiendo que ese pistolero andaba por los alrededores, desease pasar la velada solo en la cabaña...

Se detuvo y añadió, como hablando consigo mismo:

—¡Eso, si estaba solo!

Continuó de pronto:

—¿No ve usted, Blakeney, que quienquiera que entrase en la cabaña y se apoderara de la pistola era, sin duda, "alguien conocido de Haversley"? Por lo que vi del desgraciado, el menor sonido sospechoso, el crujido de una tabla, por ejemplo, le habría hecho volverse con la pistola en la mano hacia la puerta. Sin embargo, no hay rastro de lucha, nada fuera de su sitio. No hay...

"¡Alguien conocido de Haversley!" ¿Sería Waters? Recordé, de pronto, el momento en que apartó su silla de la mesa y nos dejó a los tres ante la mesa de "bridge". Debió ser un minuto o dos antes de dar las once... y tuvo, por consiguiente, tiempo de sobra para llegar a la cabaña del cazador y disparar el tiro oído por la señorita Ryder a las once y cinco.

Comprendía muy bien a lo que Rine iba, pero quise poner los puntos sobre las "íes".

—¿Alguien que Haversley conocía? — balbuceé. — ¿Se refiere usted a alguien del campamento?

No me miró a los ojos y su expresión no tradujo sus pensamientos.

—Este suicidio simulado — dijo, con voz severa — revela un conocimiento del estado mental del pobre hombre, que difícilmente encontraremos fuera del campamento.

Meneó la cabeza y apagó el cigarrillo bajo la suela de su zapato.

La puerta se abrió de pronto, dando acceso a la señorita Ingersoll. La secretaria era una de esas muchachas pelirrojas que tienen el cutis lechoso y los ojos azul pálido. Sin hacerme el menor caso, se acercó en línea recta a Rine.

—Es usted el detective de Scotland Yard, ¿verdad? — dijo, bruscamente. — Yo soy Bárbara Ingersoll... Era la secretaria del señor Haversley y he oído a la señora Haversley hablar de usted con la señora Lumsden. Desea que ella le aleje de aquí...

Esta descarada tentativa de provocar disgustos me indignó y exclamé secamente:

—Creo que no ha interpretado usted bien lo que ha dicho la señora Haversley... No soñaría siquiera en decir semejante cosa y, de todos modos, al señor Lumsden le toca decidir.

—El señor Lumsden ha ido a Springsville con el coroner — contestó agriamente, volviéndose otra vez hacia Rine. — ¡No permita que le alejen, señor Rine! Aquí hay trabajo para usted. ¿Ha oído lo de Wharton?

Tuve el presentimiento de una catástrofe, y dije con voz contenida:

—¿Qué ha pasado?

—¡Le arrestaron en Red Falls ayer, a las ocho de la noche!

Rine se quitó los lentes con suma lentitud, los dobló y se los metió en el bolsillo.

—Y Haversley aun estaba vivo una hora después — observó, tranquilamente. — ¡Muy interesante!

XI

La declaración de la señorita Ingersoll me anonadó por completo.

—¿Dónde ha sabido eso? — le pregunté, con incredulidad.

—El sheriff ha telefoneado desde el pueblo, a su regreso de Red Falls. Wharton fué detenido al apearse de un tren de carga, alrededor de las ocho, anoche. Uno de los guardas de la compañía le identificó con la descripción circulada y lo arrestaron en el acto. Admite que es el hombre a quien el señor Haversley encontró en los bosques y esto no es todo. El señor Haversley se enteró de su detención anoche...

—¡Oh! — interrumpió Rine. — ¿Cómo fué eso?

—Red Falls comunicó la detención a Utica y la policía de Utica dijo al sheriff que el señor Haversley les llamó a eso de las nueve, anoche, para pedir noticias de Wharton, enterándose entonces de que le habían arrestado...

—Hay un teléfono en la cabaña, ¿no es verdad? — dijo el detective.

— ¿Habló desde allí o desde la casa?

—Desde la cabaña. Lo he sabido en la central del pueblo. Transmitieron la llamada a las nueve y once minutos...

Rine me miró fijamente:

—¡Eso descarta el motivo del suicidio! — dijo.

—Nunca se ha tratado de un suicidio — interrumpió la señorita Ingersoll, con pasión. — Le he visto casi a diario durante estos últimos tres años y le conocía mejor que nadie... incluso que su mujer. Desaprobaba el suicidio... decía que era una cobardía, una cosa despreciable. Se lo oí decir cientos de veces. Le gustaba la vida, la belleza, el aire libre. Deseaba vivir. No era un carácter muy fuerte... La vida fué siempre demasiado fácil para él. Estaba asustado y bebía para olvidar. Pero no era de los que se dejan vencer. Me hablaba a menudo de esas cosas. "Bing, decía... era un nombre que me daba. Bing, ese Waters..." Eso fué cuando el señor Waters pasó una temporada con ellos "...ignora lo que es el miedo. ¡Yo estoy asustado y no me importa que lo sepan, pero no han acabado todavía conmigo!"

El detective asintió con la cabeza:

—Es una forma del valor, como cualquiera otra...

El pálido rostro de la muchacha se transformó, sus facciones sin atractivo se cubrieron de una expresión de éxtasis, que por un momento le prestó hermosura.

—Es lo que yo digo — declaró, con voz cálida. — Si hubiese encontrado simpatía, comprensión, en su vida conyugal, para soportar...

—Eso es una tontería — interrumpí, secamente. — Haversley no habló nunca a su esposa de esas amenazas — dije a Rine. — Se lo ocultaron, siguiendo sus instrucciones formales, y la señorita Ingersoll lo sabe muy bien...

Se mordió los labios y desvió la mirada. Tuve la impresión de que las lágrimas estaban peligrosamente cerca de la superficie. La naturaleza humana es el estudio constante de los escritores y se me ocurrió que en nuestra vida moderna, un hombre puede poseer dos aspectos totalmente distintos... el que ofrece en casa y el que su secretaria particular ve en la oficina. Comprendí que la señorita Ingersoll estaba pintándonos un retrato nuevo de Víctor Haversley. Evidentemente, la debilidad del hombre había despertado el instinto maternal de ambas mujeres, tanto de la señorita Ingersoll, como de su predecesora, con quien casó. Cuando iba a la oficina, Graziella debió, también, verle bajo aquel aspecto. Era asombroso advertir cómo el matrimonio había borrado la imagen de tal modo, que ahora tenía la sensación de verme ante dos hombres distintos. También adiviné que la señorita Ingersoll había amado a Vic.

Si sentía ganas de llorar, supo dominarse. El rostro que volvió hacia nosotros estaba seco. Dejando mi protesta sin contestación, dijo a Rine:

—¿Sabía usted desde el principio que no era suicidio?

Nuestro compañero se encogió de hombros:

—Unicamente me tomé la libertad de poner en tela de juicio las aserciones del doctor Bracegirdle.

—¡El doctor Bracegirdle! — repitió con impaciencia. — Pero si hace veinte años que no ha practicado. El mismo lo admite...

—Sin embargo, como yo no soy médico... — contestó, serenamente, Rine — Hemos de esperar el resultado de la autopsia...

—Si en realidad se quitó la vida — dijo, sombríamente, la muchacha, — se vió impulsado a ello.

—¿Por esas amenazas?

Denegó con la cabeza.

—¿Cómo entonces?

—Más vale que se lo pregunte a la señora Haversley.

—Por favor, señorita Ingersoll — exclamé. — ¡No diga usted esas cosas!

—Es la pura verdad — repuso, con pasión.

— No tiene miedo de recibir a su amante aquí abrazándole y besándole delante de todos...

Un escalofrío helado recorrió mi espinazo al advertir que ella había presenciado el desdichado ensayo de mi drama. Estaba a punto de contestar con enojo, cuando pensé, además, que la había encontrado delante de la puerta de mi cabaña mientras Graziella y Fritz Waters estaban enfrascados en un apasionado altercado en el interior. ¿Qué había oído?

Me eché a reír y dije a Rine:

—La señorita Ingersoll se refiere a algo que ocurrió en la casa el otro día. Estábamos ensayando el primer acto de mi drama. La señora Haversley y el señor Waters, que pasa unos días en el campamento, leían los papeles de dos enamorados. Haversley llegó borracho y armó un escándalo; pero se excusó al día siguiente. No sé por qué la señorita Ingersoll resucita ese estúpido incidente.

—Eso no es todo y el señor Blakeney lo sabe muy bien — interumpió la secretaria, alargando en mi dirección un dedo acusador.

—¡Pregúntele lo que pasó ayer por la mañana en este mismo cuarto! — dijo a Rine.

El detective no contestó. Nos escuchaba con atención, volviendo la cabeza de un lado a otro, como los espectadores de un partido de tennis. La secretaria me miraba como retándome, con expresión de triunfo pintada en el rostro. Con gusto la hubiese aplastado a mis pies; pero me dominé. Tenía que sacar a Graziella de aquel mal paso. ¡Si sólo hubiese sabido lo que la maldita mujer había oído!

Dirigiéndome a Rine, dije:

—Es muy sencillo. El señor Waters estaba naturalmente preocupado por lo ocurrido y se encontró aquí en mi presencia con la señora Haversley para hablar de lo que les convenía hacer...

—¿Acaso no le dijo que la esperaba, que siempre la esperaría? — exclamó la secretaria con calor. — ¿Acaso no habló de que estaba "atada a aquel bruto"? ¿No dijo... no dijo que quisiera matarlo?

Al oír estas palabras, perdí la serenidad:

—¡Demonio! — grité. — ¿Quiere usted callar?

—¿Lo niega usted? — gritó ella. — ¡No, no lo niega, porque no puede!

Me volví a Rine.

—Lo que puedo negar y niego — dije, enfáticamente, — es una maliciosa y falsa relación de una discusión completamente inocente, hecha por una persona despechada y celosa que no se avergüenza de escuchar a las puertas.

—¡Es su amante! — declaró la secretaria con pasión. — ¡Hace meses que es su amante!

—Comprenderá usted — dije, dirigiéndome a Rine, — que la señorita Ingersoll interpreta equivocadamente una amistad inocente en absoluto entre la señora Haversley y ese caballero, cuando le diga que siente celos insensatos de la señora Haversley y que siempre los ha sentido.

El pálido rostro de la secretaria se cubrió de rubor.

—¡Eso es una mentira! — exclamó con voz ahogada. — ¿Cómo se atreve usted a decir semejante cosa?

—Verá usted — proseguí sin hacerle caso. — ¡La señora Haversley era anteriormente la secretaria del señor Haversley y la señorita Ingersoll no ha podido todavía reconciliarse con esta idea!

Me lanzó una mirada de rabia tal, que por un momento creí que iba a pegarme. Una llamada en la puerta nos interrumpió. Era Marta, la vieja camarera de los Lumsden. Dijo que el sheriff deseaba ver al señor Rine y que el señor Lumsden celebraría que yo le acompañase a la casa. Añadió que el señor Wells estaba en el salón con el señor Lumsden.

Con la sensación de que se aproximaba una crisis, salí de mi cabaña, abriendo la marcha.

EL jardín dormía al calor del mediodía y el aire estaba cargado de perfumes. En el campamento reinaba gran quietud. Excepción hecha de nuestro huésped, todos los habitantes de la casa habíanse reunido en la "veranda". Allí estaban Graziella, Waters, todos en una palabra. Nadie hablaba; estaban sentados y parecían esperar algo. Sentí una extraña opresión al ver cuán deprimidos estaban. Creí ver que la expresión de Graziella cambiaba al ver a la señorita Ingersoll subir los peldaños de la "veranda", con nosotros y que cruzaba una mirada rápida con Waters, que estaba de pie al lado de su silla. Creo que a la secretaria le hubiese gustado acompañarnos al salón, pero al último momento cambió de pensamiento y se quedó atrás con los demás.

Carlos estaba en el gran salón, donde reinaba una temperatura fresca y agradable y se paseaba nerviosamente de arriba abajo. Su rostro, casi siempre sereno, denotaba preocupación. Hank, a horcajadas en una silla, en un extremo de la estancia, tenía la mirada fija en un policía federal — no era ninguno de los dos del pueblo — inclinado sobre una bandeja cargada de botellitas y platitos. Se trataba evidentemente, del perito de la sección de huellas dactilares. Al vernos entrar, el sheriff se levantó y se acercó.

Sólo con verle, mi sensación de inquietud aumentó. Me pareció había perdido su aspecto benévolo. Había una severidad desconcertante en su expresión cuando dirigió la palabra a mi compañero. Le oí como en un trance... La autopsia estaba hecha. El doctor Gavan y el cirujano de Sprigsville eran unánimes en sus conclusiones. Hank nos tuvo en suspenso mientras se extendía sobre el mérito excepcional del coroner, explicando que en otra época el doctor Gavan había realizado numerosas autopsias en Bellevue. Ambos médicos declaraban que no se trataba de un suicidio. El difunto había muerto a consecuencia de un tiro disparado a una distancia de por los menos cuatro pies. La bala siguió una trayectoria descen-

dente, hasta alojarse en los músculos del cuello. En cuanto al cartucho vacío que Hank había descubierto en el suelo de la cabaña la noche anterior, el perito armero de la policía federal declaraba sin vacilar que fué disparado con la automática 138 encontrada en la mano de Haversley. La pistola era de siete tiros. El hecho de que el cargador estuviese lleno y el cañón revelara marcas frescas de pólvora patentizaba que hubo un cartucho en la recámara.

—Suponen que el criminal estaba frente a Víctor Haversley cuando le pegó el tiro — dijo Hank. — Me parece que el pobre diablo no tuvo la menor probabilidad de salvarse.

Lanzó una mirada sombría a Rine.

El detective, miró al policía que continuaba manipulando sus botellas.

—¿Qué dicen las huellas dactilares? — inquirió.

—No se encuentran más que las de Haversley. El señor Gray lo ha mirado todo, tal como usted dijo: silla, caja de cigarros, etc.

—¿Y la pistola?

—La pistola también. ¿Se ha enterado de lo de Wharton?

Rine asintió brevemente.

—En vista de que hay que descartarlo — dijo el sheriff, — he pedido al señor Lumsden que reuna a todo el mundo de manera que usted y yo podamos preguntarles lo que hicieron anoche.

Carlos hizo una mueca significativa.

—Ya le he dicho, Hank, que nadie tiene nada que esconder, pero he de añadir que presiento se ha insinuado que alguien del campamento conoce alguna cosa respecto a este terrible asunto.

Miró a Rine.

—Usted es de investigaciones, según tengo entendido.

—¡Ya está! — dijo, melancólicamente, el sheriff. — ¡Ya lo saben! ¡Yo no he dicho nada!

Comprendí entonces que Graziella había protestado y fracasado.

—No se preocupe, Hank — contestó el detective. — El señor Lumsden comprenderá que no estoy aquí oficialmente, sino por ser amigo de usted.

Sonrió amablemente al decir esto.

—Agradezco su cooperación, señor Rine — contestó Carlos, con alguna sequedad. — Pero admito que siento curiosidad por saber en qué se basan usted y Hank para imaginar que yo o cualquiera de mis huéspedes tenemos algo que ver con esta tragedia.

—No nos apresuremos, señor Lumsden — interrumpió Hank. — Procederemos con metodo, si usted quiere. Aprovechando la presencia de mi amigo, me gustaría hacerle una o dos preguntas...

Frunció las pobladas cejas, con aire de importancia.

—Me ha dicho usted que no se movió de esta habitación en toda la velada y que jugó al bridge. Con usted estaban Pete Blakeney, la señora Haversley y el señor Waters. Ahora bien, ¿qué hora era cuando se separaron?

Poco antes de las once.

—Bien. La señorita Ryder, que se encontraba en la veranda, oyó el disparo a las once y cinco ¿verdad? ¿Dónde estaban usted y Pete Blakeney a las once y cinco?

—Permanecí en esta habitación hasta las once y media, hora en que me fuí a la cama.

—¿Y usted, señor Blakeney?

—Me quedé bebiendo cerveza con el señor Lumsden y recordando de pronto que el señor Rine estaría esperándome en mi cabaña, me apresuré a reunirme con él. Eso sería a las once y diez.

—Conformes — dijo Rine. — Llegó usted corriendo antes de las once y cuarto.

—A las once y cinco, cuando el tiro fué disparado, ¿quién había en este salón, a parte de ustedes dos? — fué la nueva pregunta de Hank.

Me miró al hablar, pero creí comprender que se dirigía a Carlos. No deseaba contestar, pues recordaba muy bien haber buscado a Graziella al irme, sin encontrarla.

Carlos respondió inocentemente:

—Eso no es difícil de contestar, ¿verdad, Pete? Déjeme pensar... Los muchachos estaban todos ahí... es decir — explicó a Rine, — mis dos hijos, la señorita Fletcher, el joven Fletcher, el joven Leighton, la sobrina de mi esposa, Sara Carruthers y su prometido, David Jarvis... No, espere un minuto, no creo que David estuviera presente.

—¿Y la señorita Ingersoll? — inquirió Rine.

La pregunta era inesperada; le miré, pero su rostro era tan impasible como siempre.

—Estaba escribiendo a máquina en su cuarto. No compareció en toda la noche — contestó Carlos.

—¿Y la señora Haversley? ¿Estaba allí también? — inquirió Hank.

Carlos se detuvo, reflexionando.

—No recuerdo haberla visto... Creo que estaba fuera, en la veranda. De todos modos, recuerdo que entró cuando me iba a la cama.

—¿A las once y media?

—Exactamente.

El sheriff se tiró de la oreja.

—¿Nadie más que la señorita Ryder oyó el disparo?

—¡Eso es! ¿Por qué?

—Si la señora Haversley estaba en la veranda debió oírlo lo mismo que la vieja señora, ¿no es cierto?

Carlos adoptó una expresión vaga:

—Creo que sí... Tendrá usted que preguntárselo. No me dijo nada de eso al entrar... Sólo me preguntó si había visto a Waters.

El detective interrumpió de pronto:

—¿El no estaba en la estancia?

Sentí una nueva puñalada de miedo.

—No. Salió tan pronto como concluímos una partida. Creo que se fué a la cama.

A partir de aquí, perdí el hilo de su conversación. Era claro que Waters había salido de

la casa diez minutos antes de ser disparado el tiro y que Graziella no había perdido tiempo en seguirlo. El hecho establecido de que ambos estuvieran ausentes en el momento fatídico, zumbaba en mi cabeza como una mosca contra el cristal de una ventana, de manera que descubrí de pronto, con alguna sorpresa, que Hank y el detective, habían acabado con sus preguntas y que los ocupantes de la casa desfilaban por el salón.

XIII

HANK abrió la sesión con estas palabras:

—Creo que todos ustedes saben lo que dice el doctor Gavan. No se trata aquí de un suicidio, sino de un crímen, y en consecuencia, me incumbe a mí, en calidad de "sheriff" de esta región, investigar el asunto con el apoyo y la cooperación de mi amigo Peter Rine, aquí presente, famoso detective. Ahora bien, señores, en caso como el presente. no hay más que un camino para llegar a la verdad y es establecer ante todo quién tiene una coartada y quién no la tiene. Lo que deseo descubrir es dónde estaban ustedes a las once y cinco de anoche, cuando sonó el disparo. Podemos descartar al señor Lumsden y a Pete Blakeney, que a las once y cinco estaban en este salón, a la señora Lumsden, que se había ido a la cama, a la señorita Ingersoll, que escribía a máquina en el piso superior, al doctor Bracegirdle y a la señorita Ryder, que jugaba al ajedrez en la "veranda", pero queda por saber lo de los demás. A ver, Dickie, su padre dice que algunos de ustedes salieron al lago anoche. Déme algunos detalles.

Hank y los hijos de los Lumsden eran viejos amigos y Hank le había dado a Dickie su primera lección de tiro al blanco. Dickie explicó que iban cuatro en la lancha: además de él, iban Myrtle, Buster y Cynthia. Regresaron a eso de las diez y media, porque Myrtle sentía frío. La muchacha fué a buscar un "sweater" y volvió a embarcar con Dickie. Buster y Cynthia se quedaron atrás esta vez. Pero antes de las once, Myrtle y Dickie volvieron y, reuniéndose con Cynthia y Buster en el embarcadero, entraron juntos en la casa.

—¿Qué hizo usted con su compañero, Cynthia? — preguntó el "sheriff", señalando con la cabeza al joven Leighton.

Cynthia se ruborizó levemente:

—Fuimos a dar un paseo.

—¿Dónde?

—Sólo hasta los abedules que hay detrás del "Bungalow de los solteros".

—No se acercó a la cabaña del cazador. ¿verdad, Cynthia?

—No, Hank.

—Ninguno de nosotros fué por ahí — exclamó Dickie.

Las tres muchachas estaban sentadas juntas en el sofá. Dickie y Buster se colocaron a cada lado de éste y David Jarvis se sentó en el suelo, a los pies de Sara.

Contemplándolas alternativamente, las miradas de Hank cayeron sobre este último.

—El señor Lumsden dice que usted sacó un bote de remos al lago — hizo observar. — ¿A qué hora fué eso?

El joven se encogió de hombros:

—A las nueve y media, no lo sé a punto fijo.

—Estaba usted aquí dentro buscando a Sara alrededor de las nueve y media, David — recordó a Carlos. — ¿Salió al lago después?

—¡Sí!

—Solo, ¿verdad? — inquirió el "sheriff", mirando a Sara.

—Es cierto.

—¿Y a qué hora regresó?

—No puedo decirlo exactamente, pero fué después de salir la lancha por segunda vez...

—Fui a su cuarto del "Bungalow de los Solteros" al subir a la casa... — intervino Buster — y estaba leyendo en la cama.

—¿No volvió usted a salir? — preguntó Hank a Jarvis.

El muchacho negó con la cabeza.

—Buster volvió más tarde para invitarme a nadar con ellos, pero yo continuaba en la cama. ¿Se acuerda, Buster?

—Claro. Estaba leyendo "Anthony Adverse".

—¿Tampoco fué a ver al señor Haversley? — interrogó el "sheriff".

—No — fué la respuesta, más bien hosca, que recibió.

Hank no hizo comentarios. Con el rostro tan inexpresivo como el de un indio, se volvió hacia Sara:

—¿Y usted, señorita?

—¿Yo? — dijo Sara, con voz zalamera. — Estaba en mi cuarto, escribiendo cartas.

—¿En esta casa?

—No; Myrtle.... es decir, la señorita Fletcher.... y yo, dormimos en el "Bungalow Blanco".

—¿Pasó usted la velada allí?

—¡Sí, sí!

—Pero usted subió a la casa con los demás cuando salieron del agua. ¿Es esto exacto?

—Sí. La señorita Fletcher vino a buscarme. Cuando los demás se pusieron a nadar, me fuí a la cama.

—¿Qué hora era cuando bajó usted por primera vez a su cuarto? — preguntó inesperadamente, Rine.

Miró con alguna condescendencia hacia el detective, que se apoyaba en la chimenea.

—¿Quiere usted decir después de la comida? Supongo que serían las nueve y diez minutos.

—¿Fué usted directamente a su cuarto?

Al ver que no contestaba en seguida, Hank tomó de nuevo la palabra:

—Quiere decir, ¿no fué usted a hacerle una corta visita al señor Haversley, por el camino?

La muchacha negó con la cabeza, diciendo:

—No.

—Así, pues, desde las nueve y diez hasta pocos minutos antes de las once, usted se encontraba en su cuarto del "Bungalow Blanco"? — dijo Rine.

—Precisamente.

—Gracias, señorita Carruthers.

—¡Señora Haversley!

El ojo perspicaz del "sheriff" se posó sobre Graziella, sentada en un taburete bajo, al lado de Edith Lumsden.

—Siento molestarla en semejante ocasión, señora, pero debo hacerle una o dos preguntas...

Se detuvo, mirando fijamente sus manazas peludas.

—Creo comprender que usted no estaba en el salón cuando se oyó el tiro.

—No sé — contestó, en voz baja. — De todos modos, no oí ningún tiro.

—¿Adónde fué usted después de la partida de "bridge"?

—El señor Waters y yo habíamos hablado de salir juntos a caballo esta mañana, antes del desayuno, pero sin fijar hora. Antes de irme a dormir, quise dejar un recado a Earl (Earl era el palafrenero) respecto a los caballos y fuí en busca del señor Waters....

La voz de barítono de Waters la interrumpió:

—La señora Haversley bajó al "Bungalow de los Solteros para verme, pero mi habitación estaba a oscuras, puesto que fuí a dar un corto paseo antes de meterme en la cama.

—¡Un momento! — le dijo Hank. — En seguida me ocuparé de usted. Cuando descubrió que no estaba en el "bungalow" — dijo a Graziella, — ¿qué hizo?

Vaciló antes de replicar.

—Pues bien, le busqué un rato y acabé por volver aquí.

—¿Y dónde le buscó usted, señora?

—A orillas del lago... en el jardín...

—No fué usted hasta la cabaño del Cazador, ¿verdad?

Negó con la cabeza, diciendo con firmeza.

—No.

—Estuvo usted ausente bastante tiempo — indicó, de pronto, el detective en tono amable. — Cerca de media hora...

—¿De veras?

El tono de la joven era altanero.

—No regresó hasta las once y media, según dice el señor Lumsden...

—Si el señor Lumsden lo dice así, supongo que tiene razón.

—Estaba usted fuera, lejos del ruido del salón, y sin embargo no oyó el disparo. Es extraño, ¿verdad?

—Puedo haberlo oído sin hacer caso. Los aldeanos salen a veces de noche para cazar conejos.

—Nunca, en la oscuridad — comentó el "sheriff". — No había luna anoche... por lo menos no hasta medianoche.

El detective levantó la vista con súbito interés.

—Gracias, Hank. Esto es interesante.

Pensativo, empezó a llenar su pipa.

El "sheriff" se dirigió luego a Waters.

—Usted dijo al señor Lumsden y a los demás que se iba a la cama, pero en cambio dió un paseo. ¿Es esto cierto? ¿Y adónde fué?

—Seguí la orilla del lago por la carretera que lleva a la aldea.

Waters estaba sereno y seguro de sí. Prosiguió diciendo:

—La noche era tan hermosa, que no me decidí meterme en la cama y me alejé más de lo que había pensado. Regresé al campamento cuando mayor era la excitación...

—Esa carretera es la que empieza detrás de la casilla de los botes, ¿verdad? Debió usted, pues, encontrar a los muchachos que subían del lago.

Hubo una pausa embarazosa.

—¿No es así? — insistió Hank.

Con aire terco, Waters se metió la pipa en la boca:

—No — contestó. — No puedo decir que los haya visto.

—Creo poder explicarlo — interrumpió Buster Leighton. — El señor Waters no nos vió porque no bajó por el sendero, sino que atravesó el jardín. Lo vi al salir del "Bungalow de los Solteros", donde había estado hablando con David. Creí que iba a la cabaña de Pete cuando oí crujir la puerta.

Sentí un estremecimiento de temor. Aquella puertecilla daba al sendero que bajaba hasta la parte trasera de mi cabaña, pero también era el único camino de la casa a la carretera que atravesaba el bosque y llevaba a la cabaña del Cazador.

Waters contestó, diciendo:

—Ahora que pienso en ello — hizo observar, impasible. — Recuerdo haber atravesado el jardín.

—¿Por qué? — dijo, secamente, Hank. — Ese no es el camino más rápido para llegar a la carretera de la orilla del lago.

Waters se encogió de hombros:

—Más vale que sea franco con usted. Pensé ir a ver a Haversley; pero cambié de idea.

El "sheriff" gruñó por lo bajo.

—Le sorprenderá, sin duda, saber que el señor Haversley tuvo un visitante en la cabaña, anoche.

Carlos se sobresaltó.

—¿Quién dice eso? — preguntó indignado.

Hank señaló a Rine.

—Pregúnteselo a él.

—No queda duda alguna sobre este punto, señor Lumsden — dijo, tranquilamente, el detective. — Un jarrón de la mesa fué derribado y vuelto a colocar, el cenicero vaciado y dos de los vasos del aparador llevan huellas de haber sido usados. Fueron lavados rápidamente y mal secados. Además, el sifón estaba medio vacío y una tercera parte del "whisky" ha sido bebida. Tendré que hablar con la camarera que se cuida de esas cosas para saber si el sifón y la botella del "whisky estaban llenos al anochecer. Eso no es todo. En el cubo para la ceniza de la cocina, encontré una colilla del cigarro y las dos terceras partes de un cigarro parcialmente fumado, junto con varios cabos de cigarrillos y cerillas gastadas.

—¿No podían haber sido tiradas allí antes? — dijo Carlos.

—Es posible; depende de la hora en que se vacía el cubo de la ceniza. En aquel momento, sólo contenía cosas que yacían en el fondo. Los cigarros estaban todavía húmedos y tenían el extremo chupado y destrozado. Notó usted cómo Haversley fumaba sus cigarros, ¿verdad? Me fijé un día que le vi en la tienda. Los mascaba hasta deshacerlos...

—¿No pudo limpiar la cabaña él mismo?

Su interlocutor negó enfáticamente con la cabeza.

—El hombre estaba redactando un informe importante. ¿Vamos a suponer que dejó una frase inacabada para ir a vaciar el cenicero, tirar un cigarro a medio fumar y lavar su vaso y el de su visitante? No, señor Lumsden. — El tono del joven se hizo más severo. — Todos los indicios tienden a demostra que quien limpió eso intentó borrar todas las huellas del hecho de que Haversley tuvo un visitante, con objeto de reforzar la apariencia de un suicidio...

Su mirada, impersonal y fríamente analítica, se posó sobre Waters.

—¿Me equivoco al suponer que no había mucho afecto entre usted y el difunto? — preguntó.

Waters no se inmutó:

—Tiene usted razón. Haversley no me era simpático y tampoco se lo era yo a él.

—Le disgustaban sus atenciones para con su esposa, ¿verdad?

—En tal caso, era sin justificación alguna.

El detective se volvió hacia el sheriff.

—Parece que el señor Haversley hizo una escena con motivo de su mujer y del señor Waters, la otra noche. Voy a rogar al señor Lumsden que se la refiera...

Carlos hizo cuanto pudo, pero viniendo después de lo que había dicho, el episodio adquiría unas proporciones terribles y vi la boca de Hank contraerse hasta no quedar de ella más que una raya delgada.

Apenas hubo concluído el relato, cuando una voz chilló:

—¡Eso no es todo!

Nos volvimos hacia la señorita Ingersoll, que se había levantado de la silla que ocupara, con las manos cruzadas, durante el interrogatorio.

—¡Le amenazó! — denunció, alargando un dedo acusador hacia Waters. — Dijo: "¡Perro! ¡Le mataré por eso!" Fué en la cabaña del señor Blakeney, ayer por la mañana. Yo lo oí... Estaba fuera, en la puerta... y el señor Blakeney también. ¡Pregúnteselo!

En el profundo silencio que reinaba, su voz resonaba vibrante.

Hank posó la mirada brillante de sus ojos sobre mi persona.

—¿Es cierto lo que dice?

—¡Qué se yo! — mentí, desesperado. — Era una conversación privada. Me abstuvo de escucharla...

—¡Tanto da, Blakeney! — interpuso la voz profunda de Waters. — No recuerdo lo que dije... — explicó al sheriff, — pero, desde luego, estaba bastante excitado. Sepa usted... — Y su voz se veló levemente — que la había maltratado. — Se detuvo y añadió, de pronto: — ¡Pero yo no lo maté!

La boca de Hank chasqueó como una de sus trampas de acero.

—¡Más vale que se lo diga al fiscal del distrito! — declaró, severamente. — Ahora mismo me acompañará usted a Springsville. Y, levantando la voz con el fin de que le oyera el resto de los asistentes, añadió:

—Está bien. Ya pueden retirarse.

Graziella se puso de pie, mirando con desesperación a Waters. Sin resistirse, dejó que la llevase fuera y no habló hasta que nos sentamos en un rincón de la rosaleda, lejos de todos.

—Van a detenerlo, ¿verdad? — dijo en voz baja.

Me encogí de hombros.

—Es inútil querer engañarnos, querida mía. Han descubierto un buen motivo y Waters no tiene coartada. Comprendo que lo hiciera; lo que me desconcierta es que intentara hacer creer en un suicidio, limpiando el cuarto... etc. No me hace el efecto de pertenecer a esa clase de individuos...

—¡No lo es! — dijo ella. — ¡Y no limpió la cabaña! ¡Yo lo hice!

XIV

USTED! — repetí. Nuevamente me sentí perdido en un mar de confusiones. ¿Acaso se renovaba la vieja historia de la esposa y del amante que conspiran para deshacerse del marido molesto? Pero sus palabras me desarmaron.

—Ya supongo lo que estará pensando — murmuró, con amargura. — Porque adivine lo que todos pensarían, guardé silencio y ahora mismo no podría decir nada que no empeorara las cosas para el pobre Fritz. ¡Dios mío! — exclamó. — Casi deseo que fuera cierto. De este modo estaría segura. Todo es preferible a esta horrible incertidumbre. ¡Oh, Pete, tengo que hablar con alguien en quien pueda confiar, o me volveré loca!...

Cubrí su mano con la mía.

—Confíe en mí, Graziella... Puede hacerlo y lo sabe.

—Sin embargo, está dispuesto a creer que conspiré con mi amante para matar a mi marido.

Negué con la cabeza.

—No. Además, usted me dijo que no era su amante... y me basta su palabra. Creo que usted sabe que no ha matado a Vic, nada más.

Movió tristemente la cabeza:

—¡No lo sé... y eso me vuelve loca! Tiene usted razón cuando dice que no es hombre que se rebaje a simular un suicidio; por lo menos así lo creía. Y sin embargo, si usted supiese lo que sé, pensaría que no puede rechazar el testimonio de sus sentidos y que ha de creer que es culpable. Sí, ya sé que Vic era mi marido y que debe horrorizarse al verme llena de indulgencia para el hombre de quien se sospecha que lo haya matado, pero no puedo

remediarlo. Dios sabe que intenté mantenerles separados, suplicando a Fritz que tuviese paciencia... Usted mismo me oyó. Ayer por la tarde, sobre el lago, le rogué que si me quería, no precipitara una crisis y creí haberle convencido de dejar las cosas como estaban. Ahora sí, como parece, se vieron después, disputaron y Fritz mató a Vic, no encuentro en mi corazón el valor de condenarlo como debiera hacerlo, porque, verá usted, Pete... — continuó con lágrimas en los ojos y en la voz — le amo, no puedo menos de amarle y si algo le sucede por mi culpa, creo que me moriré...

—Hija mía — le dije, suavemente. — No sé por qué tiene la menor culpa en todo esto...

—Yo, sí — contestó, muy abatida. — Fui débil. No podía soportar la idea de dejarle marchar. Debí entregarme a él... o despedirle.

La rodeé con un brazo:

—Cuéntemelo todo.

Se enjugó los ojos con su pañuelo.

—Usted ha traído aquí a ese detective de Scotland Yard. ¿Quién me dice que no irá a repetírselo todo?

—Tal vez sería lo más indicado — le repliqué con firmeza. — Es una persona muy humana. No quiero asustarla, pero ahora es cuestión de encontrar circunstancias atenuantes.

Se apartó de mí.

—¿Cree usted, pues, que Fritz le mató?

—Ignoro quién más pudo ser. ¿No opina lo mismo que yo?

—No sé — contestó, como asustada.

—¿Se lo preguntó usted directamente?

Negó con la cabeza.

—Sólo le vi a solas un minuto, anoche, cuando le pidió usted que me acompañara a casa. Se mostró tierno y lleno de atenciones conmigo, como se hace con una criatura; pero creí advertir que me miraba de un modo extraño... No sé, pero fué como si hubiera una barrera entre nosotros. Quería preguntarle si había ido a la cabaña a ver a Vic, pero no me resolví a hacerlo. Luego, Edith salió a nuestro encuentro y me llevó a la cama, y hoy él parece evitarme...

—¿Qué le hizo creer que había ido a la cabaña?

Guardó silencio y prosiguí:

—Usted le vió levantarse de la mesa de "bridge" y pensó que iba a ver a Vic, ¿verdad? ¿Le siguió usted?

Suspiró profundamente y asintió con la cabeza.

—¿Se acuerda usted de lo distraído que se mostró jugando al "bridge?" Tenía el desagradable presentimiento de que estaba proyectando hablar con Vic, a pesar de lo que le había dicho aquella tarde. Ya sabe usted que vino a Wolf Lake con la intención de decir a Vic que se divorciara de mí...

Calló de pronto.

—¿Y?...

—Le busqué ante todo en el "Bungalow" de los Solteros", pero en su cuarto no vi luz, de manera que me fuí a la cabaña. La noche era muy oscura; pero llevaba una lámpara eléctrica de las que hay siempre en la veranda para los que bajan a los "bungalows", de noche. Vi un cigarrillo que alguien había tirado en el sendero, al pie de los árboles. Todavía estaba ardiendo y comprendí que encontraría a Fritz con Vic. — Calló otra vez.

—Dígame...

Se estremeció levemente.

—Vic estaba solo... muerto en su silla, con la pistola en la mano, tal como los muchachos le encontraron...

—¡Hija mía!

—Desde luego, pensé que se había matado — dijo, sombríamente. — Desde que nos casamos y aun antes, cuando trabajaba con él, dependía completamente de mí. Por eso es por lo que intenté evitar que Fritz le hablara de nosotros... Quería esperar hasta que se hubiera repuesto del todo. Me torturaba el pensamiento de que haría una locura una vez creyese que iba a abandonarle... ¿Recuerda que se lo dije? Cuando ví aquel jarrón derribado, tuvo por cierto que él y Fritz habían tenido una escena y que Vic se había pegado un tiro en un arranque de desesperación, después de marcharse Fritz. Pensé en el escándalo que habría si los hechos se conocieran. Ví mi nombre unido al de Fritz en las primeras páginas de todos los periódicos y pensé que puesto que tenía la culpa de que Fritz se viera metido en aquel lío, era preciso que hiciera algo para evitar que se mencionara su nombre.

—Pensó usted en hacer desaparecer todas las huellas del paso de un visitante, ¿no es así?

Asintió, diciendo:

—El pánico se apoderó de mí. Pensé en las huellas dactilares y lo toqué todo con mi pañuelo. Además del vaso de Vic, había un vaso sucio en el aparador. No sabiendo a punto fijo cual era el de Fritz, lavé ambos. Vic no fumaba cigarrillos, pero había puntas de cigarrillos en el cenicero, de manera que lo vacié y también recogí el agua de la mesa...

—Dene dice que Vic derribó el jarrón con la cabeza al caer adelante...

—Comprendo — dijo la joven, lentamente. — Claro que sería así... Nunca se me ocurrió...

—¿No vió usted rastro alguno de Waters, mientras estuvo en la cabaña?

—No.

—Niega haberse acercado a la cabaña y dice que dió un paseo...

—¡Eso fué para protegerme, Pete!

—O para protegerse a sí mismo...

Suspiró lentamente.

—Mientras creí que se trataba de un suicidio, mi deber parecía indicado. Vic había muerto y nada que pudiese hacer le devolvería la vida, pero podía ayudar a Fritz. Cuando descubrí que no era suicidio, si no crimen, quedé horrorizada... me pareció haber ayudado y protegido al asesino de mi marido. Desde el momento en que oí el informe del coroner, me pregunté lo mismo: lo que habría hecho, si

desde el principio hubiese sabido que Fritz había matado a Vic.

—¿Y cuál es la respuesta?

Se estremeció:

—No la he encontrado todavía, pero de algo estoy segura y nada que pueda decir me hará cambiar de idea: Si Fritz juzgó necesario simular un suicidio, fué con el fin de salvar mi reputación.

—Es lástima que no pensara en ello antes — no pude menos de decir. — Mientras tanto, Graziella, me acompañará usted ante Rine, a quien repetirá todo esto.

Negó con firmeza:

—No, Pete... por lo menos hasta que haya hablado con Fritz...

—¿No comprende usted que probablemente estará en la cárcel del condado a estas horas?

—Pues lo veré en la cárcel.

—Sea razonable — le supliqué. — Gracias a la señorita Ingersoll, Rine sospecha de usted. Si descubre por su cuenta que usted estuvo anoche en la cabaña, ¿no comprende que forzosamente llegará a la conclusión de que usted y Fritz Waters eran cómplices?

—No me importa lo que crea. No le diré nada hasta haber hablado con Fritz y eso reza con usted también. Pete. Me ha dicho que podía confiar en usted... Tengo su palabra, ¿no es cierto?

—La tiene, pero creo que cometen una terrible equivocación.

—He cometido tantas... — contestó, tristemente, a la par que se levantaba, — que una más no puede hacer mucha diferencia.

Con estas palabras me dejó y regresé a mi cabaña.

Después de su actuación de aquel día, creí que la señorita Ingersoll se mantendría a respetuosa distancia de mí, pero al llegar a mi casita, allí la encontré, meciéndose nerviosamente bajo el pórtico.

—Bien — le dije, de buenas a primeras. — ¡Espero que estará satisfecha!

Se encogió de hombros.

—Le he visto con la señora Haversley en el jardín, ahora mismo. Me gustaría saber qué es lo que le estaba diciendo.

—¿No ha podido usted acercarse lo suficiente para oírlo?

El sarcasmo la hirió y se ruborizó.

—Me extraña que pierda el tiempo con esa gente — dijo, en tono severo.

—No sé a quien se refiere con "esa gente". La señora Haversley es amiga mía.

—Es un parásito, al igual qu su amigo Waters. Los trabajadores como usted y yo, somos demasiado buenos para ellos.

—¡Hable por usted sola! — le dije, dando media vuelta para penetrar en la casa.

—No le soy simpática, ¿verdad? — insistió. — ¡Pues bien, usted está quivocado! Podríamos congeniar. Considero escandaloso que un hombre que ha sacrificado su salud y su carrera a su país, trabaje y se esclavice para vivir mediocremente en medio de esta vulgar exhibición de riquezas. Sé que usted no se queja nunca, pero, ¿acaso no se rebela interiormente? ¡Yo sí! ¿Cree usted que me gusta quedarme encerrada entre cuatro paredes todo el día, escribiendo a máquina por treinta y cinco dólares semanales y con sólo dos vestidos baratos, cuando veo chiquillas frívolas y superficiales, como esa Sara Carruthers y esa Myrtle, dueñas de baúles enteros llenos de hermosos vestidos y divirtiéndose al aire libre? Sé que no soy tan joven ni tan bonita como ellas, pero sí dos veces más inteligente. ¿Acaso es esto justo?

Quizá por primera vez, desde su llegada a Wolf Lake, examiné a la señorita Ingersoll con algo más que una mirada superficial. Ahora se había quitado los horrorosos lentes de montura octogonal que llevaba siempre, no resultaba fea del todo. Tenía un cutis bonito y su cabello castaño, que brillaba como cobre al sol, estaba peinado con cuidado. Sus manos, grandes pero esbeltas, estaban también muy cuidadas y me fijé en que se abstenía de pintarrajear sus uñas de rojo sangre, como Sara y Mirtle. El vestido negro que llevaba, sencillo y adornado de percal blanco en el cuello y los puños, le caía bien y era innegable que tenía una buena figura.

—No podemos remediarlo — le contesté. — Además se equivoca usted si cree poder reformar la injusticia social destilando su despecho sobre algunos individuos...

—No es cierto — dijo, secamente.

—Usted sabe tan bien como yo que siente celos de Graziella Haversley y que la ha perseguido con su rencor. ¿Qué ha sacado con ello? Se las ha arreglado para hacer detener a Fritz Waters, pero, ¿qué bien le hace usted?

—Usted cree que estaba enamorada de Víctor Haversley, ¿verdad? — contestó, ruborizándose nuevamente. — Pues bien, no es verdad, pero fué bueno conmigo, comprensivo y atento... Casi puedo decir que es la única persona que ha sido buena conmigo en mi vida. Su esposa no le tenía el menor afecto. Se casó con él por la posición que podía darle y ahora que está muerto creo que soy la única que concede un pensamiento a su memoria. Por lo menos, le he vengado. ¿Acaso no es algo?

—Ciertamente, si está usted segura de no cometer un error. Prefiero que la responsabilidad sea suya y no mía.

Se echó a reír desdeñosamente.

—Desde luego, su amiga, la señora Haversley, proclama la inocencia de ese hombre.

Su reflexión me irritó y paradójicamente, me encontré dispuesto a salir en defensa de Waters.

—Por ahora... — dije — lo único que hay contra él es el hecho de que no puede presentar una coartada, pero eso reza también con otras personas del campamento... con usted, por ejemplo.

Pareció aniquilada.

—¡Yo! — exclamó. — ¿Por eso era por lo que ese detective, me hacía preguntas hace un momento?

—¿Qué deseaba saber

—Me preguntó si acostumbraba llevar joyas y le dije que no tenía ninguna, excepto este reloj... — Levanté la muñeca, — que el señor Haversley me regaló para Navidad. ¿Qué supone quiso decir con ello?

—No tengo la menor idea; pero nos demuestro que no ha llegado todavía a una conclusión definitiva. ¿Ha hecho preguntas al joven Jarvis?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué?

—No estaba en casa cuando se disparó el tiro. Dice que estaba en la cama...

Me miró fijamente

—¿Jarvis? — repitió.

Me eché a reír.

—Distinto en eso de usted, no considero parte de mi deber formular acusaciones contra nadie; pero al joven Jarvis le disgustaban sobremanera las atenciones del Haversley con la señorita Carruthers. No sé si llegaron a las manos; de todos modos, Fritz Waters no era el único en el campamento que sentía animosidad por Haversley.

Se había levantado de la mecedora y su rostro expresaba perplejidad. De pronto y sin hablar, bajó la escalera del pórtico, dejándome solo.

La miré alejarse sin verla. De lo más recóndito de mi memoria, el rostro moreno y hermoso de David Jarvis, surgía con la expresión resentida y la mirada llena de aversión, que le había visto dirigir a Vic cuando éste dedicaba sus ardientes atenciones a Sara. Paso a paso, algo estaba tomando consistencia. Recordé también la tarde de nuestro paseo a caballo, el día de la llegada de Waters. Vic y Sara estaban hablando, esperando que trajeran los caballos detrás de la casa y Sara decía mientras Vic ajustaba sus estribos:

—David se pondrá furioso; le había prometido jugar al tennis con él.

Vic contestó:

—No se preocupe, querida. Tiempo le quedará de jugar una partida con él antes de la comida.

¿Habría estallado David, tal como predije a Graziella que haría? La pregunta surgió en mi mente mientras recordaba haberle visto salir del sendero que llevaba a la cabaña del Cazador cuando, más tarde, aquel mismo día, subí a comer. Le llamé; pero no me hizo caso y dejó de reunirse con nosotros a la hora del cocktails porque, según confesión de Sara a Edith insistió entonces para que Sara fuera a buscarlo.

He ahí una nueva pista, sutil, tal vez y tenue como el hilo de la araña que, colgada de la viga, trepaba enredándose en torno a los pilares del pórtico, pero lógica. Era preciso someterla a Peter Rine. ¿Y si la historia de Waters fuera verídica? ¿Y si, guardando la palabra dada a Graziella, no se había acercado a la cabaña del cazador? Recordé la brusquedad, la dignidad con que nos declaró:

—¡No lo maté!

Tenía la convicción de que el nombre del joven Jarvis había despertado un eco en la mente de la secretaria. Recordé su mirada de duda al huír de mi lado, disipada toda su confianza en mí. Miré en dirección al pequeño embarcadero, cuyas aguas brillaban al sol, a la cintura de árboles de tonos que variaban desde el azul pálido de los abetos hasta los matices más negruzcos de los pinabetes y pinos y sentí una honda rebelión, pensando que en medio de aquella belleza, se escondía un criminal.

Di media vuelta, apartándome voluntariamente de la escena y entré en casa, encaminándome a mi máquina de escribir.

XV

FUE la señorita Ryder quien me trajo la noticia de la detención de Waters.

La tarde, larga y calurosa, iba declinando cuando los golpes secos de su bastón sobre la puerta de alambres de mi cabaña hirió mi subconsciencia. Desde el momento en que la señorita Ingersoll se fuera, no me había movido de la máquina. Que se hubiese o no cometido un crimen, tenía establecido por contrato que debía entregar el manuscrito completo de mi drama el último día del mes. Estábamos a 20 y no había hecho más que esbozar mi tercer acto. En el estado de confusión y ansiedad de mi espíritu, el trabajo obró como un calmante y había escrito sin detenerme para almorzar, olvidándome de la hora, cuando la señorita Ryder apareció.

Me alegré de la interrupción. Por otra parte, Janet Ryder me era bastante simpática. Era una solterona que no resultaba ni timorata ni avinagrada. Su rostro, pequeño, arrugado y de expresión inteligente como el de un simio, denotaba entereza y fuerza de voluntad. Todo lo ignoraba de ella, a parte del hecho de que era amiga de Edith Lumsden, en Nueva York, donde vivía, como miles de otras mujeres solitarias, en uno de los numerosos y pequeños hoteles que se encuentran al oeste del parque. Me preguntaba, a menudo, cuál habría sido su pasado. Su brusquedad al dirigirse a uno, sus comentarios agudos sobre la vida, sugerían la idea de un gran conocimiento del mundo.

Declaró que prefería sentarse bajo el pórtico y se instaló en mi mecedora, alargando delante de ella sus pies grandes y calzados con abarcas. Me dijo que Bracegirdle, que había acompañado al sheriff a Springsville, había telefoneado, diciendo que el fiscal del distrito decidía detener a Waters bajo la inculpación de homicidio.

—¡Y no me extraña! — añadió, secamente con su voz chillona.

La miré, consternado.

—¿Acaso ha confesado?

Llevaba un ramillete de flores en su viejo sombrero de paja que la defendía del sol, y meneó la cabeza hasta que las florecillas bailaron locamente.

—No. Continúa protestando de su inocencia, según dice Oscar, aunque le han estado mareando horas enteras; pero que esto no le en-

gañe a usted. Lo que busca ahora es cubrir a la mujer.

Sus ojos, redondos y negros, como botones de zapatos, me lanzaron una mirada penetrante.

—¡Lo que me gustaría saber es quién arregló la cabaña! — declaró, severamente.

Sentí que cambiaba de color.

—¿Acaso no fué Waters... para simular un suicidio?

—Un hombre no habría cometido el error de tirar el cigarro de Haversley. Además, ella se ausentó de la casa durante más de media hora. ¿Qué hizo mientras tanto? ¿Puede usted decírmelo?

Su insistencia me irritaba y sentía un vago temor, pues me miraba fijamente. No sería fácil engañar a tan perspicaz anciana. Decidí que la mejor política a seguir sería el ataque.

—No sé más que usted — repliqué, con tono decidido. — Pero conozco a Graziella y no le permito que la acuse de complicidad en el asesinato de su marido.

—¡Bien, bien, joven! Muéstrese siempre adicto a sus amigos... pero si ella no arregló aquella habitación, ¿quién lo hizo?

Una vez más, su mirada penetrante escudriñó mi rostro.

—¿Qué es lo que le preocupa ahora a ese detective? — preguntó repentinamente.

Me eché a reír.

—Lo siento, pero no me ha hecho confidencias, señorita Ryder.

Su expresión reveló incredulidad.

—¿Qué tiene contra la señorita... ¿cómo se llama?... la secretaria — prosiguió.

—¿La señorita Ingersoll? Lo ignoro. Me ha dicho que le habían hecho algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Quería saber si llevaba joyas.

—En otros términos, si Vic Haversley le había hecho regalos. ¿No es eso?

—Lleva un reloj pulsera que él le dió, nada más...

—¡Hem! Entonces, ¿qué buscaba ese señor en su habitación?

—¿Quién? ¿Rine? ¿Cuándo?

—Después de reunirnos a todos esta mañana, poco antes de que se fueran a Springsville. Subió al primer piso con Edith. La señorita Ingersoll duerme en ese piso, al extremo del rellano. Me escondí y le vi deslizarse en el cuarto de Cynthia, que es el primero y luego en el de la señorita Ingersoll, al extremo. ¿Qué cree usted que buscaría?

Meneé la cabeza.

—No tengo la menor idea — respondí.

Se echó a reír y me dió un golpecito con el "pay-pay" que llevaba en la mano

—¡Qué discreto es usted!

—Le aseguro... — empecé diciendo.

—No se preocupe — contestó. — ¡Aquí tenemos a Oscar!

El doctor Bracegirdle parecía acalorado y su traje de alpaca negro estaba cubierto de polvo.

—¡Suerte tiene de estar lejos de esa muchedumbre que rodea la casa! — rezongó, subiendo pesadamente la escalinata.

—¿Qué muchedumbre? — inquirí.

—Son los periodistas y los fotógrafos — contestó en su lugar la señorita Ryder. — He ido a dar un paseo — dijo, astutamente, al doctor.

Bracegirdle asintió con la cabeza.

—Bien hecho. A su edad no podemos permitir que salga retratada en los rotativos, ¿eh, Janet...? Wilson — era el agente de Lumsden y el factótum de la casa — los ha reunido a todos en su casa y Carlos ha ido allí a hacerles una declaración.

El doctor se quitó el panamá y se enjugó el cuello con un inmenso pañuelo encarnado.

—¿Qué me dice de Waters? — pregunté.

—Está en la cárcel — contestó, lacónicamente, sin dejar de secarse.

—¿Y Graziella?

—Se ha encerrado en su cuarto al llegar la Prensa, según dice Edith — suspiró y prosiguió: — ¡Lo siento por esa chica!

—¿Ha vuelto Rine con usted, doctor?

El solterón se irguió, dándome la impresión de que su encuentro con Rine en la cabaña, la noche anterior, continuaba escociéndole.

—Sí. Edith le ha invitado a tomar el té.

Se detuvo y prosiguió al cabo de un instante.

—No creo haber visto, antes de ahora, a un criminalista científico y moderno, en el ejercicio de sus funciones — hizo observar agriamente; — pero si ese joven es un ejemplar del gremio, es preciso confesar que dan muy poca cosa por supuesto. Habría dicho que la culpabilidad de Waters estaba casi probada, pero su amigo Rine no parece aceptar nada que no haya establecido él en persona.

La señorita Ryder me lanzó una mirada como queriendo decirme:

—¿Qué le dije?

—¿Como por ejemplo...? — preguntó al galeno.

Bracegirdle levantó sus anchos hombros.

—No crea que le guardo rencor porque probó mi error. Es obvio que en cuestión de medicina forense tiene una experiencia que no pretendo poseer — hizo observar, con cierta afectación. — Pero yo fuí el primero en llegar al lugar del crimen y mi declaración de la hora de la defunción fué tomada en consideración; sin embargo no resultó bastante buena para su amigo, Pete.

—¿Qué quiere usted decir con "no fué bastante buena"?

—El doctor Gavan, el coroner, me confió que Rine había ido a verle, para pedirle su opinión respecto a la hora aproximada de la muerte. Gavan indicó que Haversley era cadáver desde unas doce horas antes de que él examinara su cuerpo y, de un modo muy apropiado, le indicó se dirigiese a mí. ¡Y eso no es todo! Ha estado molestando a todo el mundo; al fiscal, al sheriff, a la policía federal, con sus preguntas...

—¿Qué clase de preguntas?

—No sé... acerca de las condiciones atmosféricas de anoche, de la temperatura, de la hora en que se hizo de noche, de cuando salió la luna... una serie de cosas.

Dió un golpecito en su sombrero y miró amistosamente a la señorita Ryder.

—Pues bien, amiga mía, ¿qué le parece una taza de té?

—No me dice nada — fué la brusca contestación que obtuvo. — Lo que necesito es un vaso de algo reconstituyente. Una copa no le haría daño tampoco a Pete, se le conoce en la cara.

—Excelente idea — le dije, y nos alejamos los tres en dirección a la casa.

XVI

EL viejo Bracegirdle escudriñó el cielo, a la par que se abanicaba con su sombrero. Se acerca una tormenta! — dijo sabiamente.

—No me extrañaría que acertara — declaró la señorita Ryder. — El barómetro lo está indicando desde el almuerzo. Esperemos que atenuará un poco el calor.

Yo conocía bien esas tempestades de los Adirondacks. Habíamos tenido una serie de ellas en el transcurso del verano. Amenazaban largo tiempo, tardaban en llegar y al estallar resultaban terroríficas por su duración e intensidad. La tarde era bochornosa. Las flores caían marchitas bajo el soplo espasmódico de un viento fiero y tórrido que silbaba entre las pérgolas y, de vez en cuando, unos nubarrones oscuros escondían el sol, prestando un color plomizo a la luz. El lago tenía el aspecto de esas pinturas chinas que se hacen sobre el cristal. Los más débiles ruidos resonaban con claridad exagerada en la calma opresiva... como los ladridos del viejo perrito pequinés de la señorita Ryder, encerrado en su "bungalow" y el rechinamiento rítmico de la bomba Bowser en el garage.

La atmósfera pesada y la falta de aire me trastornaban. La comparación con nuestra propia situación se imponía. Parecida a la amenaza de la tempestad, sentía la sombra de la tragedia de Víctor Haversley suspendida sobre nosotros, ennegreciendo nuestro horizonte y teniéndonos en suspenso, hasta que se desarrollaran los acontecimientos.

Tenía unas ganas tremendas de hablar a solas con Rine. Mi confianza en el joven iba aumentando. Su tenacidad, su manera de perseguir un fin sin parar mientes en los sentimientos de los demás, me causaban gran impresión. Según lo que Bracegirdle me había dicho, era evidente que a pesar de la detención de Waters, el detective no se había formado aún una opinión definida. Estaba ardiendo en deseos de descubrir en qué dirección le habían llevado sus indagaciones. Si le alejaban de Waters, la fatal intrusión de Graziella podía todavía explicarse sin peligro.

¿Acaso sospechaba de la señorita Ingersoll? Me lo parecía y la idea no era tan descabellada como se podía creer. Ante todo, carecía de coartada, y a pesar de sus negativas, continuaba persuadido de que había amado a Vic. ¿Hubo algo entre ellos? No había sido el primer hombre de negocios que tiene relaciones amorosas con su mecanógrafa. Suponiendo que el deseara romper con ella y ella le matara de un tiro, la idea de un suicidio simulado se le habría ocurrido más naturalmente a ella que a cualquier otra persona...

La hora del té era casi siempre animada en Wolf Lake. El correo más importante del día llegaba a eso de las cinco y todos se reunían para beber una taza de té, comer un pastelillo y discutir su correspondencia, así como los periódicos de Nueva York. Aquella tarde, sin embargo, reinaba un aire de suma depresión. Sentada ante la mesita de té, Edith conversaba cortesmente con Trevor Rine quien, taza en mano, daba la espalda a la chimenea, como si estuviera en un salón londinense. Los demás estaban diseminados: Cynthia, sentada en un diván, parecía enfrascada en la lectura de una revista. Buster Leighton y Dickie leían juntos una carta. El joven Jarvis, instalado al otro extremo de la estancia, se entretenía con la sección de deportes de "The Times". No vi a Graziella en ninguna parte.

Mientras Edith llevaba una taza de té al doctor, detuve a Rine.

—Salga tan pronto como pueda y baje a mi cabaña. Tengo algo que decirle — le murmuré.

—Bien — contestó con su sangre fría usual, y me acerqué al aparador, para preparar la bebida de la señorita Ryder.

Se la llevé y me preparé otra. Al dar media vuelta nuevamente, ya no vi a Rine.

Lo encontré en la "veranda", llenando su pipa y, apurando mi vaso de un trago, lo dejé en una mesa.

—¡Venga conmigo! — le dije. — Hemos de hablar.

—Un momento, nada más — me contestó.

Myrtle y Sara llegaban del lago por el sendero. Formaban un contraste sorprendente, pues sus tipos eran diametralmente opuestos. Myrtle era muy morena, mientras Sara, mucho más rubia, poseía unos rizos bronceados y una piel blanquísima. Su traje de baño, verde, sin espalda, realzaba su hermosa figura. Arrastraba detrás de ella un albornoz de brillante color anaranjado. En cuanto a Myrtle, no resultaba menos atractiva con un pijama azul eléctrico, de anchas perneras y tirantes cruzados sobre la desnuda y morena espalda.

—¡Tenga usted lástima de nosotros, hombre de Dios! — gemí. — Si esas dos empiezan, no podremos escapar.

Sin embargo, no se movió. Aun en aquellas trágicas circunstancias, supongo que un nuevo elemente masculino introducido en el campamento y en particular uno que tuviera la romántica personalidad de Rine, resultaba un acontecimiento a los ojos de aquellas chicas. Las vi erguirse al subir la escalera. En cuanto al detective, me dí cuenta, con la consiguiente exasperación, que era bastante joven para dejarse seducir por un rostro bonito... Por lo menos, parecía incapaz de apartar los ojos de Sara.

—El té está servido — les dije. — ¿Viene usted? — pregunté a Rine.

Myrtle se dejó caer sobre la hamaca.

—Hace demasiado calor para beber té — exclamó. — Sea usted un encanto de hombre, querido Pete, y tráigame una enorme bebida que contenga un océano de hielo. ¿Y para tí, Sara?

—¡Un Tom Collins, me parece! — dijo Sara.

—Excelente idea — añadió, tranquilamente, Rine. — Traiga tres, ¿quiere, amigo Pete?

Le eché una mirada expresiva; pero entré en la casa. Al abrir la puerta de alambre, oí que Myrtle decía:

—¿Es cierto lo del señor Waters?

Y Sara que exclamaba:

—Por lo que más quieras, Myrtle, ¿no se puede hablar de otra cosa en esta casa?

Su voz agria hizo surgir en mi pensamiento la imagen de Jarvis. Busqué al muchacho al entrar en el salón. Continuaba con el diario en la mano: pero no leía. El papel yacía sobre sus rodillas y miraba hacia adelante, fijamente y con una expresión rencorosa pintada en las facciones.

Preparé las bebidas y las saqué fuera. Era evidente que las muchachas habían sonsacado a Rine respecto a su persona... por lo menos oí la suave risita de Sara, al exclamar Myrtle:

—Los únicos "polis" que he conocido eran irlandeses o judíos. ¡Nunca había oído hablar de uno que hubiese pasado por Cambridge!

Rine reía, chupando su pipa. Al verle allí, cómodamente instalado en uno de los largos sillones de mimbre, se habría dicho que estaba dispuesto a departir con las muchachas todo lo que quedaba de tarde... ¡Le habría estrangulado!

Cubriendo el tintineo del hielo y el ruido de aspiración por medio de pajas, se oyó la voz de Rine, que decía lánguidamente.

—¿El profesor Carruthers es pariente de usted?

Sara negó con la cabeza y entreabrió los rojos labios para contestar:

—Temo que los profesores no sean la especialidad de nuestra familia. ¿Quién es él?

—¡El egiptólogo! ¿Recuerda la tumba de Tut...? Pues bien, fué uno de los peritos que tomaron parte en las excavaciones. Le oí dar conferencias en Londres...

Myrtle se incorporó en la hamaca.

—¿Cree usted que las cosas sacadas de las tumbas traen mala suerte, señor Rine? — preguntó perezosamente.

Sara le interrumpió con presteza:

—¿Quieres callar, Myrtle?

El detective se encogió de hombros.

—He oído extrañas historias; pero personalmente creo que son tonterías.

Myrtle se sentó del todo y con una mirada a Sara, dijo con énfasis:

—Sara tenía una sarta de cuentas que provenían de una momia. Dicen que perteneció a una dama de compañía de la reina... reina... dile tú el nombre, Sara.

Al ver que Sara no contestaba, tomé la palabra:

—La reina Hatshepsut. Fué una especie de Reina Victoria de su época, ¿sabe? — dije a Rine.

—Sara las llevaba anoche — prosiguió Myrtle, con aire misterioso. — Es extraño, ¿no le parece, señor Rine?

—Son desatinos — exclamó Sara. — Es un viejo collar que alguien me regaló por Navidad... muy probablemente falso.

Su lindo rostro brillaba de indignación. Estaba muy contrariada.

—Debieras cuidar de tus asuntos, Myrtle — añadió poniéndose de pie y recobrando su albornoz.

Rine pareció no darse cuenta de su mal humor, y yo empecé a preguntarme si no poseía el tacto exquisito que le atribuía.

—Podría, probablemente, decirle si es auténtico o no — dijo, gravemente, levantándose a su vez. — Entiendo un poco de antigüedades egipcias. ¿Por qué no me lo enseña?

—Lo haré — contestó despreocupadamente, la muchacha, — cuando usted quiera; más, por desgracia, se ha roto el hilo y tendré que volverlas a montar. Ahora supongo que lo más indicado será irnos a vestir. Gracias por la bebida, Pete. ¿Vienes, Myrtle?

Myrtle se levantó a regañadientes.

—¡Bueno!

Nos saludó con la mano y echó a correr detrás de Sara.

Rine me miró con una mueca semi cómica.

—Ignoraba que fuera egiptólogo, amigo — hizo observar.

Me eché a reír.

—No lo soy; pero escribí en cierta ocasión una historia en fascículos para una revista. Se llamaba "La maldición de los Faraones", y leí cuanto pude encontrar sobre la tumba de Tut. Recuerdo que Breasted, Winlock y algunos de sus compatriotas de usted, como Newberry y Alan Gardiner, ayudaron a Howard Carter; pero que me maten si recuerdo a su profesor Carruthers. ¿Es muy conocido?

—¡Completamente imaginario, querido amigo! — replicó Rine, mirándome fijamente.

Le devolví la mirada y, sin inmutarse, él prosiguió, hundiendo la mano en el bolsillo del chaleco:

—¿Conocería usted esas cuentas si las viese?

—Creo que sí; no hay otro collar como ése en el campamento.

Abrió la mano, en cuya palma vi dos cuentas cilíndricas azules. Volvió a cerrarla y las cuentas desaparecieron en su bolsillo.

—¿Son éstas?

Asentí con la cabeza.

—En efecto. ¿Dónde las encontró?

—En la cabaña.

Le miré horrorizado.

—¡Caramba!

—Una estaba debajo de la cama y la otra sobre la hierba, delante de la puerta.

Me eché a reír.

—La ha interrogado usted con mucha habilidad, pero, ¿cómo sabía que le pertenecían?

Metiendo los dedos en otro bolsillo, sacó un sobre. Echó una mirada circular antes de re-

velar lo que contenía: un cabello de color cobrizo.

—Lo recogí en uno de los cogines de la cama — me dijo, encerrándolo nuevamente en el sobre. — Tenía que ser de ella o de la secretaria — explicó. — Las dos tienen el cabello del mismo color.

—¿Cómo sabe usted que no es de la señorita Ingersoll?

—No es bastante rojo. Lo he comprobado con un cabello de la señorita agarrado en su tocador.

Así, pues, eso era lo que había buscado en el cuarto de la señorita Ingersoll.

—Hablando de esa señorita... — empecé, pero sentí de pronto que sus dedos me apretaban la muñeca como tenazas.

La puerta del salón se abrió y la señorita Ingersoll apareció de pie en el umbral, mirando fuera.

—¡Aquí está! — dijo por encima del hombro, desapareciendo seguidamente.

La robusta figura de Hank la reemplazó en el marco de la puerta.

—¡Estamos! — gritó Rine.

—Estoy a su disposición — contestó éste, vaciando su pipa. — ¿Se han ido ya los periodistas?

—¡Ya!

—¿Ha rogado usted que no mencionen mi nombre?

—¡Sí!

El sheriff suspiró.

—Está usted cometiendo un error, hijo mío. Le habrían hecho justicia.

Rine se volvió hacia mí.

—El coroner me espera a las seis y medio. No puedo entretenerme, pero intentaré ir a verle después de la comida. Entretanto — se tocó el bolsillo, — ¡ni una palabra!

—¿Y Waters?

—¿Waters? — me contestó, riendo. — No se preocupe de él.

—Está en la cárcel, ¿verdad?

—Sí, pero no tardará en salir.

—¿Quiere usted decir que el fiscal no está decidido a guardarlo?

Apoyó un dedo sobre mi pecho.

—Sí; pero el fiscal ignora algunas cosas, de manera que, ¡punto en boca!

Se llevó la mano a la cabeza, saludándome con gran seriedad y echó a andar detrás del sheriff.

XVII

REHUSE la amable, aunque poco entusiasta invitación de Edith a comer con ellos, con la excusa de mi urgente trabajo y regresé a mi solitaria cabaña en un estado de nerviosidad indescriptible... La tempestad inminente, la tristeza que reinaba en el campamento y el secreto que Graziella me había confiado, se confabulaban para deprimir mi ánimo, hundiéndome en un abismo de depresión. Consideré que el descubrimiento de Rine de que Sara había estado en la cabaña no podía menos de convencerle de que ella era quien había ordenado la casita. Sería preciso confesarle la verdad para evitar nuevos y graves errores; pero había dado mi palabra a Graziella y sabía que no me relevaría de la misma hasta tener la seguridad de que Fritz Waters sería absuelto. ¿Podría Rine libertarlo sin hacer esas revelaciones vitales? Me parecía que sí; pero me apremiaba verle y saber de su boca la extensión de sus sospechas respecto a Sara y a la señorita Ingersoll.

No podía comer, no podía escribir... La tempestad continuaba lejana y me senté bajo el pórtico, fumando un cigarrillo tras otro y tosiendo como si quisiese escupir mis pulmones. Mis oídos acechaban el ruido de la canoa automóvil, pero la noche cayó, negra como la tinta, acompañada de un viento caprichoso que estremecía los juncos de la ribera. Dió la medianoche y al ver que Rine no llevaba trazas de visitarme, me metí en la cama.

Un trueno formidable y prolongado me despertó. La lluvia azotaba los cristales de las ventanas y a través de la puerta abierta de la cabaña, vi recortarse la línea sombría de los bosques, al otro lado del lago, a la luz fugitiva de un relámpago. El ruido era tremendo y los relámpagos desgarraban de continuo el cielo lívido. Pensé en Víctor Haversley, de cuerpo presente en su dormitorio de la casa central y sentí un pavor entreverado de respeto... ¡Era como un maravilloso requiem!

Me levanté y fuí hasta la puerta. El aire estaba saturado de electricidad y olía a tierra mojada. Estuve mirando fuera un momento y de pronto la cabaña del Cazador fué imponiéndose en mis pensamientos. Mi vida ha estado demasiado llena de la más dura realidad para permitirme ser supersticioso; pero de repente tuve la conciencia de un impulso que me mandaba ir a la cabaña. Me dije que salir de casa con aquel tiempo era una locura: Correría el peligro de ahogarme bajo aquella lluvia torrencial, a parte de ser alcanzado por un rayo entre los árboles. No obstante, la sensación persistía: un imán parecía atraerme. En vista de lo que sucedió, no puedo explicarlo, a menos de que la descarga de grandes cantidades de flúido eléctrico en la atmósfera galvanice más o menos nuestro poder subconsciente. El impulso era tan fuerte, que por fin anduve hasta el extremo del pórtico e, inclinándome hacia fuera, miré a través del jardín hacia el lugar donde, encima de la puerta de hierro, la lámpara que ardía toda la noche señalaba el principio del sendero que llevaba a la cabaña.

¡Cuál no sería mi asombro al ver una débil lucecita moverse a través del jardín. Sorprendí el brillo de las hojas húmedas... era una lámparita eléctrica. Un relámpago me reveló una figura negra que corría... Llegó a la puerta y la bombilla que colgaba de ésta reveló alguien enfundado en un impermeable y un sombrero de pescador.

Fué cosa de un instante ponerme el impermeable encima del pijama, introducir mis pier

en un par de zapatos de goma y apoderarme de mi lámpara de bolsillo. La lluvia tibia caía como una cortina espesa sobre mi cabeza desnuda. El sendero, detrás de mi cabaña, estaba transformado en un riachuelo. Los truenos resonaban, arrancando ecos de las colinas y los relámpagos eran terroríficos. En una ocasión, un rayo cayó cerca de mí con horripilante estrépito, que sacudió desagradablemente mis nervios maltrechos desde la guerra y oí el crujido de un árbol que se desplomaba.

De pronto, los relámpagos me revelaron la cabaña, desolada y barrida por las aguas en su pequeño claro, al extremo del sendero. Vi sus ventanas, herméticamente cerradas, pero la puerta estaba entreabierta y se veía un rayo de luz al interior.

La hierba y los zapatos amortiguaban el ruido de mis pasos y me acerqué de puntillas. No se apartaba de mi mente el pensamiento de que la cabaña había sido cerrada y que el sheriff era quien poseía la llave, pero, ¿qué haría Hank allí, a semejante hora y con semejante noche? Sin hacer ruido, abrí completamente la puerta... y recibí el mayor susto de mi vida.

Víctor Haversley estaba ante la mesa de escribir... o por lo menos tal fué mi primera y terrible impresión. El impermeable y el sombrero fueron lo que me engañó. No eran negros ni color mostaza como se ven generalmente, sino de un verde oscuro y de esa goma transparente que parece pergamino. El impermeable verde de Vic era el único de su género que había en el campamento.

El sentido común me dijo inmediatamente que no se trataba de Vic, sino de alguien que se había puesto su sombrero y su abrigo. De todos modos, tuve una desagradable sorpresa... Hacía muy mal efecto verle aparentemente allí, lamparilla en mano, buscando algo en un cajón. No encendí mi lámpara pero, preparándola, permanecí inmóvil y esperé. ¿Quién era? ¿Hombre o mujer? No hubiera podido decirlo. Embutida en el abrigo sin forma y cubierta la cabeza con el sombrero de pescador, aquella persona era una mancha deforme al lado de la lámpara, cuidadosamente cubierta con su pantalla.

Cerró un cajón, abrió otro y prosiguió su búsqueda. La lluvia tamborileaba sobre el techo, los truenos se sucedían; pero en el interior de aquella cabaña de ventanas cerradas con postigos, los relámpagos perdían su importancia y semejaban anuncios luminosos como los de las calles de Nueva York. Yo contenía la respiración. El segundo cajón se cerró y la forma misteriosa se inclinó sobre el tercero. Oí de pronto un suspiro y la vi dar media vuelta. Al mismo tiempo, encendí mi lamparilla.

Era la señorita Ingersoll. A la luz de la lamparilla, vi sus ojos claros ensancharse de terror. Quiso dar un salto atrás, pero la mesa le cerraba el paso. Tenía un papel en la mano. Me abalancé sobre ella y se lo arranqué antes de que pudiera hablar

—Me gustaría saber lo que está haciendo aquí — le dije.

—¡Devuélvame esa factura! — murmuró, roncamente.

—¿Factura? — dije, inclinándome sobre la mesa, con el fin de examinar el papel.

Intentó recuperarlo, pero lo evité.

—No es nada que le importe — gritó, luchando conmigo. — No quiero que lo lea. ¡Devuélvamelo!

—Antes, he de ver lo que es — le dije, manteniéndolo fuera de su alcance.

—Por favor... se lo suplico — rogó con lágrimas en la voz. — Ese detective sospecha ya de mí. Si ve esta factura...

Pero yo había puesto la mesa entre nosotros. Dejando el papel sobre la misma, lo alumbré con la lámpara. Lanzando un grito que más bien parecía un sollozo, ella escondió el rostro entre las manos.

Era una factura de la casa Cartier referente a una ajorca de diamantes valorada en 1.650 dólares, extendida a nombre de Víctor Haversley. Esq., Wolf Lake, N.Y.

Miré a la secretaria... Había dejado su lámpara encendida sobre la mesa y su luz me permitió ver las lágrimas que mojaban sus pestañas. Parecía completamente desanimada.

—Un pequeño recuerdo para una amiguita ¿eh? — dije. — Por eso se mostró usted tan decidida al denunciar a la señora Haversley.

No contestó y continuó mirándome con la misma expresión de desaliento.

—¿De manera que usted no tenía más joyas que un reloj pulsera? — continué con sorna. — ¡Pero también le regaló esto...!

Movió la cabeza, negando tristemente.

—Esa ajorca no era para mí. No sé nada de ella, excepto que llegó hace dos días y firmé el recibí. Poco después, el señor Haversley me la enseñó y creí que quería dar una sorpresa a su mujer, pero he buscado en su joyero sin encontrarla. Tampoco la tiene en ninguna parte. No está aquí... la he buscado en todos los rincones. El la dejó en ese cajón...

Me señaló el cajón de en medio.

—¡Anda, anda! — contesté. — ¡A mí con esas!

Respiró entrecortadamente:

—¿Por qué me odia usted tanto? — inquirió con melancólica entonación.

—Porque ha perseguido a una mujer inocente con su despecho... — le dije, brutalmente — y porque es responsable del encierro de un inocente con el fin de salvar su propia piel.

—¿Cree usted que maté al señor Haversley? — preguntó, gravemente.

—Fué usted o Sara Carruthers. Se echa de ver que Haversley estuvo jugando con ambas.

Me lanzó una mirada penetrante.

—¿Sara Carruthers? — repitió, con voz insegura. — ¿Por qué la menciona usted?

—¡Ya lo sabe!

Hablaba con calor, pero una vez más, hizo

caso omiso del enojo que delataba mi tono. Asintió con la cabeza y contestó:

—Acabo de pensar en ello. No se ha examinado todavía nada de esta mesa... el sheriff quería que le ayudase a leer los papeles mañana. Cuando descubrí que esa joya había desaparecido, comprendí que el señor Haversley quería regalarla a Sara...

—Entonces, ¿por qué creyó usted necesario venir aquí, en medio de la tempestad para llevarse la factura?

—No comprende usted — me dijo. — No he sospechado de Sara hasta buscar la joya en los cajones y no encontrarla. Lo único que pensé es que su amigo Rine trataba de achacarme este crimen. No sé cómo se enteró de lo de la ajorca, pero me preguntó si llevaba joyas...

Por entonces sabía que las preguntas de Rine se referían a las cuentas del collar de la momia, pero no quise desengañarla.

—¿Así, pues, pensó en destruir la factura?

Se ruborizó levemente.

—¡No puedo negarlo! ¡Es verdad, sí! Le repito que nunca he tenido la ajorca en mi poder y que no tengo nada que ver con el asesinato del señor Haversley. ¿Por qué habría de matar a un principal bondadoso y considerado? Pero, ¿se da cuenta usted de lo que le ocurre a alguien como yo, cuando cae en manos de la policía? ¡Ya estoy sin colocación! ¿Quién me empleará nuevamente, después que mi nombre se haya publicado en todos los diarios de América, como sospechosa en el crimen Haversley?

—Pide usted piedad — le dije, con amargura. — Pero no tuvo ninguna con Graziella Haversley y su amigo Waters...

Bajó la mirada:

—Tal vez me haya apresurado demasiado, pero era adicta al señor Haversley y me sublevó verlos a todos unidos contra él. Quisiera saber por qué ha mencionado a Sara ahora mismo...

Estaba excitado... la tempestad, que continuaba desencadenando sus furores fuera de la cabaña y el extraño lugar donde nos encontrábamos, me afectaban los nervios y confesé la verdad.

—¡Porque visitó a Haversley aquí mismo anoche! — repliqué.

Abrió desmesuradamente los ojos:

—¿Está usted seguro? — preguntó muy bajito.

—Rine lo está.

—Entonces, ella tiene la ajorca. ¿No comprende usted que el señor Haversley debió dársela anoche? Es verdad que flirteaban, pero nunca habría creído que le permitiese hacerle un regalo de tanto valor...

Calló pensativa.

—Es vana y mimada, ¿pero no la creerá usted capaz... de haberle matado?

—Poco importa lo que pienso. Es imposible negar los hechos. A las once y cinco, cuando la señorita Ryder oyó el disparo. Sara estaba con nosotros en casa.

—Y usted me dijo que su prometido, el señor Jarvis, estaba en la cama, en su "bungalow".

—Sí. El joven Leighton estuvo en su cuarto un minuto o dos antes de las once.

Suspiró y prosiguió:

—Es natural que sospeche de mí. Nadie me vió anoche... no tengo coartada.

Su franqueza y la limpidez de su mirada no dejaron de causar efecto sobre mí. La mujer estaba sola, a Dios sabe cuántos miles de millas de su casa y de su familia, puesto que suponía que venía del Oeste como los Haversley, y yo la había desafiado, le había increpado duramente. Me sentí de pronto avergonzado de mí mismo.

—Eso es cosa de Rine — respondí, evasivo, pero con tono más suave. — Tendré que entregarle esta factura y explicarle lo de la ajorca. — Miré severamente a la secretaria. — ¡Ha sido una loca saliendo con semejante noche! ¿Qué lleva debajo de ese impermeable?

Juntó las manos, encorvando los hombros como una niña tímida.

—Mi camisa de dormir.

—Es el abrigo de Haversley, ¿verdad?

Asintió con la cabeza:

—Lo he encontrado en el vestíbulo.

Me eché a reír.

—Al llegar creí que era él..., con el consiguiente susto.

La examinaba con mi lamparilla, cuyo haz de luz cayó sobre sus pies. Sus zapatillas estaban empapadas de agua.

—Mire sus pies. ¡Caerá enferma!

Por primera vez, la muchacha me sonrió y sus dientes brillaron blancos y perfectamente alineados a la luz de la lámpara. Miró hacia la puerta y dijo:

—No me pasará nada. Ya ha cesado de llover.

—¿Cómo ha entrado aquí? — inquirí.

—El señor Haversley me hizo dar una llave.

—Hará bien entregándomela, si le es igual.

Hundió la mano en el inmenso bolsillo de su impermeable y la sacó.

—Ahora voy a acompañarla a casa y se meterá en la cama — declaré. Le di su linterna, que yacía sobre la mesa y tomándola del brazo, la llevé hacia la puerta.

Un violento ataque de tos me sacudió cuando íbamos a salir.

—Usted es quien debiera cuidarse ese pulmón — me dijo. — Ha fumado otra vez, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y me volví a cerrar la puerta. La tempestad se había disipado. A través de una guirnalda de nubarrones, la luna brillaba sobre las ramas que goteaban todavía y sobre la hierba empapada de agua.

Tímidamente, me puso la mano sobre el brazo:

—Usted necesita que alguien le cuide — dijo. — ¿No tiene parientes? ¿Ni una sola hermana?

Me eché a reír:

—Si la raza humana entera desapareciera mañana... — le dije — no me encontraría ni peor ni mejor.

No contestó; pero me pareció que la presión de su mano sobre mi brazo aumentaba. Al atravesar el claro, la luna alumbró de lleno nuestros rostros y vi una lágrima solitaria rodar por su mejilla, perdiéndose en el alto cuello de su impermeable. No volvimos a hablar, a parte de un breve: "Buenas noches". Pero al reemprender el camino de mi cabaña, pensé que era la primera vez que una mujer había derramado una lágrima por mí, desde el día en que me trajeron, ensangrentado, maltrecho y luchando para respirar, al hospital militar, el día en que caí herido y la joven enfermera recién llegada de su casa que me prestó sus cuidados, lloró silenciosamente al doblar sus franelas.

XVIII

La mañana siguiente transcurrió sin noticias de Rine. Estaba sumamente desconcertado. Mientras él creyese en la inocencia de Fritz Waters, tenía el alma relativamente en paz respecto a la confidencia de Graziella; pero el episodio de la ajorca era algo muy distinto. Ahí había una nueva pista que era preciso transmitir sin pérdida de tiempo al "sheriff" o al fiscal, a quienquiera tomara oficialmente cargo de la investigación. Sin embargo, me resistía a dar ningún paso sin consultar a Rine y a eso de las diez, me encaminé a la casa para telefonear a "Los Cedros".

Carlos estaba en la veranda, fumando pensativamente un cigarro después del desayuno. Me dijo que la encuesta tendría lugar a las once en el salón de baile de Hartigan, en el pueblo. Unicamente él y el viejo Bracegirdle pensaban asistir a la misma, puesto que se trataba de una pura formalidad. Aparte de la identificación del cuerpo, no se prestarían declaraciones y Hank iba a solicitar una prórroga de una semana con el fin de completar sus investigaciones. Entretanto, Walters había sido llevado a última hora, la víspera, ante el juez de Springsville, con la acusación de asesinato. Excepto negar la acusación no había prestado declaración alguna. Pregunté entonces lo que se había hecho para asegurar los servicios de un abogado que le defendiera.

—Walter Lauff, el apoderado de Haversley en Chicago, llegará a Red Falls en el tren de las diez — Contestó Lumsden. — A petición de Graziella, le llamé ayer por la mañana y me dijo que tomaría el aeroplano de la mañana para Nueva York. Graziella piensa consultarle respecto a la defensa de Waters.

Clavó los dientes con fuerza en su cigarro.

—Intenté hacerle comprender que, dadas las circunstancias, era quizá más indicado no intervenir en el asunto; pero las mujeres son tan testaruda, que no quiso hacerme caso. Temo que ambos se encuentran en un aprieto; pero no podrán decir que no hemos hecho lo que hemos podido por ellos... sobre todo usted, Pete, aunque tenga en cuenta que no apruebo el hecho de haber guardado el secreto sobre esa amenaza de Waters dirigida a Vic.

Me encogí de hombros:

—Aún ahora, no hay pruebas definitivas de su culpabilidad, admítalo.

Carlos se volvió rojo de cólera. Como muchas personas buenísimas, se enojaba fácilmente.

—Es culpable, de eso no me cabe duda alguna. No le unía la menor simpatía a Vic... lo amenazó y estaba loco por Graziella. Oscar y Janet Ryder lo comprendieron la misma tarde de su llegada.

—La señorita Ryder posee unas uñas temibles. Al oírla hablar, se creería que Graziella le aconsejó e instigó...

—Oscar Bracegirdle es uno de los hombres más perspicaces que conozco y cree en la culpabilidad de Waters.

—Eso es porque está predispuesto contra...

—¿Por qué? ¿Qué le ha hecho Waters?

—No se trata de Waters, sino de Rine... porque Rine probó que se había equivocado respecto a la teoría del suicidio y ahora, únicamente porque Rine pide pruebas, su amigo Bracegirdle proclama la culpabilidad de Waters a quien quiere oírle...

Ambos nos habíamos acalorado. De pronto comprendí la futilidad de ello y dije:

—No disputemos por eso, Carlos. Tenemos los nervios desequilibrados y no me sorprende.

Suspiró:

—Creo que tiene razón...

—¿Ha visto usted a Rine, esta mañana?

Negó con la cabeza:

—Ha ido a Red Falls para ver al apoderado. Ha telefoneado pidiendo que dejara el coche esperándole en el pueblo...

—Se trata del consejero de los Haversley, ¿verdad? ¿Qué querrá de él?

Carlos me miró, pensativo.

—Tengo una idea... que le comunicaré si me promete no divulgarla.

—Desde luego.

—Creo que es para comprobar una información que le dí ayer. Quería saber cómo la muerte de Vic dejaba a Graziella económicamente...

Me sobresalté, pues no me había dicho una palabra de ello. ¡Qué callado resultaba el mozo!

—Por Dios, Carlos — exclamé. — No quiso implicar que...

Mi compañero sonrió al notar mi tono horrorizado.

—Afortunadamente para Graziella, pude decirle que, exceptuando los regalos metálicos que Vic pueda haberle hecho mientras vivía, su muerte la deja sin un céntimo, en lo que se refiere al capital de Haversley. Ya sabe usted que heredó por conducto de su madre de su padrastro, el cervecero Hermann Kummer.

—Sí. Edith me lo dijo.

—Resulta que Kummer dejó el usufructo de su fortuna a su viuda, la madre de Vic y a Vic, después de ella, con la condición de que si éste moría sin descendencia, el dinero volviese al

más próximo pariente del viejo Kummer. ¡Como Graziella no tiene hijos!...

Asentí con la cabeza.

—Comprendo... lo pierde todo. Me gustaría que dijera eso a la señorita Ryder.

Carlos se encogió de hombros:

—No tiene gran importancia. Según Vic me dijo, Waters tiene fortuna.

Sacó su reloj y añadió:

—Las diez y cuarto. Iré a ver si Oscar ha acabado de desayunarse...

* *

—¿Un motivo? — gruñó Rine, con impaciencia. — ¡Si sólo fuera eso! Pero no resolverá usted ningún crimen con tan sólo un motivo. El motivo no es factor que valga nada. Durante la vista de una causa criminal en Londres, el otro día, el juez dijo al jurado que no se puede probar que A mató a B, únicamente con la prueba de que A saldría ganando haciéndolo, y prosiguió diciendo que el uso del motivo es únicamente para facilitar al jurado la tarea de aceptar otras pruebas tendientes a incriminar al acusado. ¿Un motivo? Entre lo que acaba usted de decirme, Pete, y lo que Hank y yo hemos deducido, lo de Waters y su viuda, la muchacha Carruthers y la secretaria... ¡me parece que tenemos para escoger! ¿Pero de qué me sirve un motivo, si no se tiene una prueba evidente que lo refuerce? Ahí está el obstáculo... algo que no encaja. El cuadro está deformado. ¡Debiera formar un dibujo simétrico, regular como un cuadrángulo o un rectángulo equilátero en geometría, pero en vez de eso, ¿qué obtengo? un maldito romboide.

No se había presentado hasta las primeras horas de la tarde. Por encima del tecleteo de mi máquina portátil, llegó a mis oídos el ruido espasmódico de la decrépita embarcación de Hank y me apresuré a bajar a la orilla del lago. Rine parecía otro hombre: sin afeitar, con una camisa sucia, la expresión preocupada y los modales bruscos. Hank, impasible como siempre, le acompañaba. Se limitó a saludarme con la cabeza, mientras ataba el bote al embarcadero, y me sentí presa de cierta inquietud.

No habían almorzado y mientras comían carne en conserva y bebían cerveza que les ofrecí, les relaté mis aventuras de la noche anterior. Hank me escuchaba con atención, mirándome con sus ojillos penetrantes y mascando rítmicamente; pero Rine no pareció hacerme caso, limitándose a contemplar absorto el reflejo del sol sobre el lago. Aun para la factura de la casa Cartier no tuvo más que una ojeada distraída.

Me acaloré hablando y empecé a explicar mis sospechas respecto al joven Jarvis. Había tenido tiempo aquella mañana para reflexionar tranquilamente y me tenía contrariado mi conducta para con la señorita Ingersoll. Al recordar lo sucedido, descubrí que la había maltratado abominablemente y se me ocurrió de repente, que tenía la ocasión de reparar lo hecho, suponiendo que Rine continuara sospechando de ella. ¡Pobre mujer! Tenía sobrada razón al querer sustraer la factura y hasta la joya. Empezaba a comprender lo desamparada que se había sentido, su temor a la publicidad funesta que habría rodeado su nombre, para haber tenido el valor de hablar en plena tempestad a la cabaña solitaria y siniestra. Paso a paso, construí mi caso: las atenciones de Vic para con Sara; el resentimiento de David, su disputa con Sara la noche que precedió a la del crimen y mi encuentro con Jarvis, cuando éste regresaba, sin duda, de la cabaña del cazador.

—En cuanto al motivo — les dije. — Suponiendo que Jarvis descubrió que Vic había regalado la ajorca a Sara, suponiendo que fué a la cabaña anoche y los encontró juntos, es preciso confesar que tenía derecho a estar resentido con Vic, por lo menos lo bastante para promover una lucha entre ambos hombres.

Esta última reflexión provocó un estallido en Rine. Su vehemencia me agarró desprevenido, pues hasta entonces había permanecido silencioso y meditabundo. Me quedé, pués, mirándole boquiabierto.

—Es un verdadero romboide — afirmó con violencia. — ¡No tiene sentido común!

Hank se inclinó adelante y escupió tranquilamente por la puerta.

—Vamos, Rine — hizo observar, con sorna. — Me parece que es usted el que no tiene sentido común. ¿Qué tiene que ver el baile con todo eso?

El detective le miró como si quisiera aniquilarlo.

—¿El baile? — dijo, secamente. — ¿Quién ha hablado de bailar?

—Usted — fué la serena contestación que obtuvo. — ¡Sé lo que es una rumba! ¡Las tocan por la radio!

Como por ensalmo, la mueca de furor desapareció del rostro de Rine, que se echó a reír a carcajadas.

—¡Hank, es usted único! ¡No es rumba... sino romboide... un paralelógramo irregular!

El sheriff me miró sin desconcertarse.

—No podéis engañarme cuando se trata de rumbas — declaró. — A la señora Wells le gustan una barbaridad y cuando transmiten algo de Cab Calloway, no lo deja escapar.

Rine se levantó de un salto. Había recobrado ya su buen humor habitual.

—Acompañadme los dos a la cabaña y trataré de haceros ver mi punto de vista. Si usted logra sacar algo en claro, Hank, me pintaré la cara de negro y bailaré una rumba para usted y su señora.

Hank guiñó un ojo y contestó sin inmutarse:

—La vieja es muy ágil todavía, a pesar de sus años... y la creo capaz de bailarla con usted.

XIX

AHORA que se había desahogado, mi joven amigo estaba más alegre. Departió amablemente con Hank mientras nos trasladábamos a la cabaña. Hablaban de un prisionero que se había escapado aquella mañana de Dannemora, la gran cárcel del Estado, situada al Norte del campamento. Un presidiario condenado a cadena perpetua y llamado Jorge Martín, se había fugado y la noticia se había divulgado rápidamente. Fueron en busca de Hank mientras se celebraba la encuesta y el sheriff lamentaba que el incidente significara la partida del policía Good, que enviaban a vigilar la casa de Jake.

—Si continúa así, acabaremos por visitarnos regularmente, Jake y yo — comentó.

Eran ya más de las dos. En la casa central los habitantes estarían acabando de almorzar y teníamos los bosques para nosotros. En el pequeño claro, los grillos cantaban alegremente... Hank abrió la puerta de la cabaña y, entrando el primero, abrió de par en par ventanas y postigos. Rine se sentó ante la mesa, en la silla del muerto, y alargó las manos sobre el secante, doblando sus largos dedos. El policía Gray parecía haber hecho su trabajo sin mover nada de su sitio... la lámpara, el jarrón de flores, el tintero cubierto de las hojas del informe de Vic, todo continuaba igual que lo había visto la última vez. El sheriff se sentó sobre la cama y, sacando un cuchillo de su vaina, metida en su bota, procedió a cortar un pedazo de tabaco para mascar. Acerqué una silla al otro lado de la mesa y me senté frente a Rine.

El detective dijo:

—Voy a pediros que aceptéis los datos que os expondré como correctos — declaró. — Podéis tener la completa seguridad de que cuanto diga ha sido comprobado una y varias veces. ¡Eso es algo que nos enseñan en la Policía Metropolitana... precisión!

Al hablar, sacó del bolsillo una hoja de papel y, dejándola sobre la mesa, agarró la lámpara en la mano.

—Recordaréis — prosiguió, dando golpecitos en el depósito del petróleo con sus lentes, — que esta lámpara estaba ardiendo cuando se encontró a Haversley. Continuó encendida hasta que la apagué. — Se puso los lentes y agarró el papel en la mano. — Era entonces, la 1'29 de la noche.

Tras una corta pausa, continuó diciendo:

—Al anochecer, el depósito de la lámpara estaba lleno. He interrogado a Inés, la camarera que cuida de la cabaña, y resulta que formaba parte de la obligación llevarse la lámpara por la mañana, cuando limpiaba y ventilaba la cabaña y traerla por la noche, cuando Haversley estaba comiendo. Anoche, a las ocho en punto, trajo la lámpara limpia y llena de petróleo.

Apartó la lámpara y, juntando las manos sobre la mesa, continuó con énfasis:

—Esta lámpara fué comprada, según Hank podrá decirlo, en su almacén. La señora Wells me informó que este modelo arde, una vez lleno el depósito, durante seis horas consecutivas, dato que he comprobado telegrafiando a los fabricantes, en Kansas City. El policía Gray tuvo la bondad de vaciar el depósito y medir su contenido o, mejor dicho, el resto de su contenido, después que apagué la lámpara anoche y, sin querer emplear términos técnicos, puedo decir que quedaban aproximadamente las 5|12 partes del petróleo... es decir, que las 7|12 partes, o sea más de la mitad del depósito se había gastado. Ahora bien, si el depósito lleno sirve para seis horas, un sencillo cálculo nos demuestra que las 7|12 partes de éste equivalen a tres horas y media. ¿Estamos? Creo que podemos asegurar, en ausencia de pruebas que tiendan a indicar lo contrario, que la lámpara ardió continuamente después de ser encendida... Así, pues, y en vista de que fué apagada a la 1.29 de la mañana, un sencillo cálculo aritmético nos indica que fué encendida tres horas antes... es decir, a las 9.59 de la noche o, para redondear la cifra, a las 10. ¿Es esto claro?

Mascando imperturbablemente, Hank asintió. Permanecí silencioso. Escuchaba con demasiada atención para hablar.

Rine miró a Hank.

—Camarada — dijo. — Usted dijo ayer algo que me dió que pensar. Me indicó que, la noche del crimen, no hubo luna hasta medianoche. Recordé entonces que al salir del pueblo a las diez y cuarto, para ir a visitar a Blakeney, la mayor oscuridad reinaba sobre el lago. Ayer pude consultar el calendario en la Biblioteca Pública de Springville y me enteré de que la hora exacta de la salida de la luna era las 12.42, horario de verano.

Hank asintió.

—¡Eso es! Cuando dije medianoche, pensaba en la hora antigua, como lo hacemos casi toda la gente del campo.

—La noche del crimen — continuó Rine, con la misma concisión que caracterizaba su relato, — el sol se puso a las 7.57 de la tarde, horario de verano. Mi calendario me señala que el crepúsculo acabó a las diez y veinte, lo cual implica que a las nueve y media reinaba la oscuridad.

—Es cierto — convino el sheriff. — A las 9.30 no hay bastante luz para leer el diario en mi tienda, en esta época del año...

—¡Ah! — dijo el detective, con interés. — Y a las diez, Hank, ¿qué le parece a las diez?

—¿En casa?

—¡Claro! Estoy pensando en esta cabaña.

—¿Antes de salir la luna? — recalcó Hank.

—¡Sí, hombre, sí! Hablamos de anoche.

Hank dió media vuelta, apoyado sobre un codo y lanzó un salivazo por la ventana abierta, antes de contestar:

—¿Aquí? ¿A las diez de la noche y sin luna? No vería usted la punta de su nariz — declaró perentoriamente.

El joven suspiró hondamente. Su rostro delataba su excitación.

—Era todavía de día cuando Haversley llegó aquí después de la comida, a poco más de las nueve; pero en el interior de la cabaña, em-

pezaba a ser oscuro. Sin embargo, dejando la puerta y las ventanas abiertas con el fin de aprovechar la luz del exterior, pudo ver lo suficiente para escribir sin encender la lámpara; pero eso no pudo hacerlo mucho después de las nueve y media. ¿Conformes?

Hank asintió:

—¡Casi seguro, Peter! Una vez el sol se va, aquí en los bosques, la luz falla casi en seguida. Abajo, en la tienda, no hay nada entre nosotros y el otro lado de la Calle Mayor, pero en esta cabaña metida entre los árboles, a las nueve y media, uno se encuentra a oscuras, lo juraría.

Con un ruido que me hizo dar un respingo, Rine dió un fuerte puñetazo en la mesa.

—Precisamente y ¿qué hacía Haversley aquí, solo en la oscuridad, entre las nueve y media y las diez? ¡Eso es lo que me desorienta!

Imponía la idea de que Vic hubiese permanecido en la oscuridad completa que reinó en la cabaña cuando Rine sopló la lámpara la noche anterior. ¡No era posible figurárselo! Vic, tal como le había conocido, era una masa de energía intranquila, un manojo de nervios... era imposible identificarle con un papel tan pasivo. Pudo dormirse, pero no parecía probable. Había pasado el día descansando y estaba completamente sereno al dejarnos, después de la comida. Además, tenía que escribir su informe.

—La experiencia adquirida en las investigaciones criminales — dijo Rine, hablando con más calma, — nos enseña que, a menos de tener pruebas de lo contrario, se puede tener casi siempre por descontado que los acontecimientos se han sucedido normalmente antes que anormalmente. Nada tiende a probarnos que Haversley salió de la cabaña. Sabemos que lo primero que hizo al llegar aquí después de la comida, fué telefonear a la policía de Utica, que le informó de la detención de Wharton. Tranquilizado, se sienta para realizar el trabajo que tenía proyectado para aquella noche. Eran las nueve y cuarto, según la conferencia con Utica nos prueba y todo lo más quedaba un cuarto de hora de luz del día en la cabaña. A las nueve y media, tal como dice usted, era de noche en esta estancia. ¿Encendió la lámpara? No. Y ¿por qué?

Hank se rascó la cabeza:

—Si pasó lo que usted supone, tal vez la muchacha Carruthers vino a visitarle y se sentó con ella un rato...

—¿A oscuras?

El "sheriff" se echó a reír.

—¡Así es como las gastan cuando se hacen el amor, hijo!

—Nos dijo que salió de la casa a las nueve y diez — declaró Rine, con impaciencia. — He descubierto, interrogando a Lumsden, que más bien eran las nueve y veinte, pues salió poco antes de entrar Jarvis, que compareció a las nueve y media. Si fué a su cabaña, no pudo llegar allí mucho antes de las nueve y veinticinco, cuando a cada minuto la oscuridad iba aumentando. A las diez y cuarto, aquí debía reinar la mayor oscuridad. Ahora bien, aunque Haversley no era lo que puede describirse como un joven romántico, me atrevo a decir que, al igual que el resto de nosotros, no habría sentido pasar un rato al anochecer al lado de una mujer bonita. Estoy incluso dispuesto a creer que le dió la ajorca, como Blakeney sugiere y que le preparó una bebida, sin esperar a encender la lámpara; pero lo que me resisto a creer es que la pareja estuviera sentada un cuarto de hora o veinte minutos en completa oscuridad, cuando sólo con encender una cerilla podían obtener una luz discreta y agradable. Además, Sara no es tonta. Cualquiera podía pasar por allí y ¿qué hubiera dicho, ella, muchacha comprometida para casarse, al ser tomada amartelada con un hombre casado y a oscuras?

—Es posible que Jarvis los pescara — me atreví a asegurar.

—¿Y le mató? — contestó secamente Rine.

—¡A eso voy!

—Eso no puede ser, amigo — dijo Hank. — No murió hasta las once y cinco y a esa hora David Jarvis estaba en cama.

—¡Como si no lo supiera! — exclamó el detective con aire exasperado. — Por eso os digo que el asunto es un verdadero rompecabezas. Si no fuera por el maldito tiro que la señorita Ryder oyó, habría una explicación posible...

—¿Cuál? — inquirió el "sheriff".

Rine vaciló.

—Suponga un momento que Haversley no encendió la lámpara porque no podía hacerlo — contestó lentamente. — Suponga también que la señorita Carruthers le dejó antes de que fuera completamente de noche en la cabaña. Suponga... — se detuvo nuevamente, — que le mataran, no a las once, sino antes de las diez.

—¿Y el tiro? — exclamé.

El detective frunció las cejas.

—Ahí está la clave del asunto. Sin embargo — continuó, — veremos lo que la joven Sara pueda decirnos acerca de ello. Y esta vez — añadió, apretando fuertemente su pipa entre sus dientes — me parece que vamos a saber la verdad. ¿Cree usted que le será posible encontrarla y traérmela aquí, Hank? También me gustaría hacer subir al joven Jarvis.

—Claro — dijo el "sheriff", poniéndose en pie y alejándose.

Rine buscaba frenéticamente en sus bolsillos.

—¡Maldito sea! — rezongó. — Me he dejado el tabaco en su casa...

—No se preocupe, se lo traeré — le dije.

Acababa de poner el pie en mi cabaña cuando oí un disparo. Su eco rasgó la paz de los bosques y en menos tiempo que se necesita para decirlo, di media vuelta y eché a correr a lo largo del sendero, en dirección a la cabaña, de donde había llegado el sonido.

XX

HASTA oír el disparo, no me dí cuenta de la tensión nerviosa que todos sufríamos. Me sentía mareado y representándome mi imaginación a Rine, solo en la fatal cabaña, a merced de cualquier asesino escondido en los bosques, el sólo temor de lo desconocido me revolvía el estómago. Cualquier ejercicio violento perjudica terriblemente mi único pulmón bueno; pero a pesar de sentir un dolor que sólo podía compararse con el que me habría causado un hierro candente al serme hundido en el pecho, corría por el sendero, moviendo las piernas como un autómata.

La repercusión del disparo no se había disipado todavía cuando el campamento, hundido momentos antes en la quietud de la hora de la siesta, despertó a una vida intensa. Se oyeron gritos y voces excitadas en la casa principal. Un silbido resonó tres veces y al pasar por la puerta del jardín, siguiendo el sendero del bosque, vi a varias personas correr entre las pérgolas, en dirección a la puerta.

Unos ladridos desesperados me acogieron al desembocar en el claro. Chang, el pekinés de la señorita Ryder, se había plantado delante de la puerta de la cabaña, ladrando sin cesar. Al otro lado del claro, al principio del sendero, la señorita Ryder estaba de pie, apoyada en su bastón.

Me era imposible hablar y me detuve al verla. Las fuerzas me traicionaron y el dolor que sentí en el pecho fué tan intenso, que únicamente con un esfuerzo de voluntad no me desplomé de bruces.

Con voz ronca y brusca, la anciana me dijo:

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado?

La miré y advertí que temblaba y que su rostro moreno y surcado de arrugas estaba transformado por el miedo.

—¿Quién está ahí? — exclamó, señalando la puerta cerrada de la cabaña con su bastón de ébano. — Era un tiro... Estaba paseando por el bosque con Chang y lo oí. ¿Qué ha ocurrido? ¡Maldito sea! ¿Por qué no me contesta?

Me ahogaba, y mi pulmón semejaba una bola de fuego. Sólo pude menear la cabeza con las manos apretadas contra el pecho y levantar los ojos con mirada suplicante; pero no encontraron simpatía alguna en aquel rostro marchito, cuyos ojos miraban fría y fijamente, y cuya boca estaba contraída por el temor y la duda. A pesar de la tortura que sufría, mi cerebro trabajaba activamente... hasta parecía que el dolor aguzaba mis sentidos... y comprendí, de pronto, que en el fondo, la señorita Ryder era una anciana ruda y vulgar que sabía, al presentarse la ocasión, lanzar juramentos dignos de un carretero. La puerta de la cabaña se abrió de repente, y Rine miró tranquilamente afuera. Al mismo tiempo, Dickie y Hank, este último con el pito todavía en los labios, penetraron corriendo en el claro, seguidos, a corto intervalo, de los dos policías que vigilaban en la casa y de Carlos.

Por primera vez me fué dable ver al "sheriff" excitado.

—¿Sin novedad, hijo? — preguntó a Rine.

El detective se echó a reír. Sostenía una pistola automática en la mano y detrás de él una pequeña nube de humo azul, que subía formando espiral, era visible en un rayo de sol que penetraba por la ventana de la casita.

—¡No ha pasado nada, Hank! — contestó con gran serenidad. — ¡Es tan solo un pequeño accidente!

La señorita Ryder lanzó una especie de bufido.

—¿Un accidente? — repitió con su voz estridente. — ¿Qué quiere usted decir con un accidente?

El claro estaba lleno de gente, Edith, Graziella, la señorita Ingersoll, el viejo Bracegirdle, una de las camareras, Alberto, el chofer; todos ellos acalorados y respirando fatigosamente, estaban reunidos allí.

—Estábamos hablando en la "veranda" Fred Good, el señor Lumsden y yo — declaró Hank, — cuando, de pronto, ¡Pam!, oímos un disparo. Caray, dije...

Goteándole el sudor por la frente, el doctor Bracegirdle dió un paso adelante.

—¿Un accidente? — repitió, con aire de reto y parpadeando al mirar a Rine. — ¿Cómo? ¡Explíquese, joven!

—Sí — añadió Carlos, con tono levemente agrio. — ¿Nos hará el favor de decirnos qué es lo que ha pasado? ¡Se las ha arreglado usted para darnos a todos un susto mortal!

Rine no se inmutó y con su aire más impasiblee, escudriñó el círculo de rostros alarmados.

—Mi pistola se ha disparado — declaró, enseñando el arma.

—¿Quiere usted decir que se ha descargado accidentalmente? — inquirió Carlos.

El detective asintió con aire contrito.

—Lo siento; pero estaba examinando el gatillo y temo haber olvidado que había un cartucho en la recámara...

El viejo Bracegirdle le miró con enojo.

—¡Y por eso ha interrumpido mi siesta!...

La señorita Ryder tomó la palabra:

—¡Es inútil tomárselo de ese modo, Oscar! — hizo observar agriamente. — Los accidentes suelen ocurrir cuando menos se piensa y, ¡qué le vamos a hacer!

El doctor rezongó:

—¡Yo suponía que enseñaban el manejo de las armas en la policía londinense!

La anciana dejó oír su risita desagradable:

—No le haga caso, señor Rine — dijo al inglés. — Este calor le pone de mal humor...

Se colgó del brazo de Bracegirdle.

—Venga, amigo. Daremos una vuelta por el lago y eso nos refrescará.

Parecía haber recobrado toda su ecuanimidad, y la expresión de su rostro sonriente era amable otra vez.

Cárlos Lumsden se enjugó el sudor de la frente con la mano.

—¡Pff! — dijo, pasándose el pañuelo por

la cara. — ¡En fin, me alegro que no haya sido nada! — declaró algo bruscamente a Rine. — ¡De momento hemos pensado que ese presidiario fugitivo le había atacado!

—¿Un presidiario fugitivo, papá? — exclamó Dickie, con interés. — ¿Cuál?

—Un individuo que se ha escapado de la prisión de Dannemora esta mañana, a primera hora — le contestó el padre. — El policía Godd... prosiguió, volviéndose hacia el aludido, que se encontraba a su lado — dice que le ha visto de lejos en los alrededores de la cabaña de Jake Harper; pero que ha desaparecido en el bosque antes que pudiera disparar sobre él...

—¡Caramba! — exclamó Dickie, muy impresionado. — ¡Eso es interesantísimo! En Dannemora es donde encierran a los tipos peligrosos, ¿eh? ¿Quién es ese tío? ¿Un criminal?

Carlos se encogió de hombros.

—¡Está condenado a cadena perpétua y se llama Jorge Martín! Hank sabrá, probablemente, lo que hizo...

Apuntando con cuidado un lugar determinado, el "sheriff" lanzó un enorme salivazo.

—Mató un policía, ¿eh, Fred?

—Sí... fué en un atraco, en la Tercera Avenida...

De pronto la voz de Dickie exclamó:

—¿Qué le pasa a la señorita Rider?

La anciana señorita y el doctor se encontraban en la entrada del sendero que llevaba al jardín. La vimos apoyada en un árbol, con los ojos cerrados y el rostro demudado. Bracegirdle le daba golpecitos en la palma de las manos y la llamaba por su nombre:

—¡Janet, Janet!

Todos nos precipitamos hacia ellos. La señorita Ryder abrió los ojos y sonrió débilmente con los labios entreabiertos. Una de sus manos subió en un gesto muy femenino e instintivo hacia su sombrero, que se había ladeado.

—Iba a desmayarse — dijo Bracegirdle; — pero lo he evitado a tiempo. Es el corazón... ya ha tenido esos ataques antes de ahora. El tiro la ha asustado y no es de extrañar. Atrás, por favor, déjenla respirar.

Nos apartamos todos, y la señorita Ryder gimió levemente, diciendo, con dificultad:

—Estoy bien, déjenme, ¿quieren?

El policía Good se sacó un frasco del bolsillo y el doctor lo llevó a sus labios.

—Ha pasado un susto tremendo — expliqué, en voz baja, a Carlos. — Paseaba por el bosque con Chang y debía estar muy cerca cuando he llegado y me ha llamado la atención verla medio muerta de espanto.

—¡Que el diablo se lleve a su amigo el detective, Pete! — rezongó Carlos entre dientes. — ¡Parece mentira que haga esas locuras! ¡Hacernos venir corriendo a Bracegirdle y a los demás con el calor que hace! ¡Usted no puede más y Oscar tampoco me parece esté muy firme sobre las piernas!

Era cierto que el doctor parecía trastornado.

Rine estaba algo apartado, hablando con Hank.

—Han tomado el guardacostas y han ido al pueblo — oí que decía el sheriff. — Pero no tardarán en volver... El joven Leighton y las chicas les han seguido.

Me volví y encontré a la señorita Ingersoll a mi lado. Me llevó a parte.

—¿Le ha hablado de la ajorca? — murmuró, señalando a Rine con la cabeza.

—Sí — le contesté.

Suspiró y continuó diciendo:

—¡Ahora ha enviado a buscar a Sara! Quiere interrogarla, ¿verdad?

Me encogí de hombros sin apartar los ojos de su rostro.

—Al parecer, ¿no?

—Y si niega todo conocimiento de la joya, creerá que el señor Haversley me la dió a mí... es indudable.

Su acento traicionaba su temor.

Un ataque de tos me sacudió y no pude contestar. Me lanzó una mirada de reproche y sus ojos me tradujeron su compasión.

—¿Ha venido corriendo como nosotros? ¡Oh, Pete! ¿Acaso no aprenderá nunca a cuidarse? ¡Enséñeme ese pañuelo!

Antes de que pudiera detenerla, me había quitado el pañuelo que sostenía sobre mis labios. Señaló con indignación un punto rojo sobre el lienzo blanco y me lo devolvió.

—¡Está usted loco! — gritó, con voz conmovida. — Aquí estoy hablándole de mí y de mis asuntos, cuando está a punto de sufrir una hemorragia.

—No es nada — dije, con voz entrecortada. — Dentro de un momento estaré bien. — Y la aparté de mí.

Todos iban saliendo del claro. Bracegirdle y Carlos sostenían a la señorita Ryder entre ellos. Unicamente Hank y los dos policías quedaban rezagados. De pronto, Rine llamó a Graziella.

—¡Un momento, por favor, señora Haversley! — dijo, con acento perentorio.

En la mano sostenía la factura de Cartier. Desde lejos pude ver el membrete de la firma.

Alargó el papel.

—¿Está usted enterada de esto? — preguntó.

En silencio, ella tomó la factura. Hank y los dos policías la miraban impasibles. Me di cuenta de que a mi lado la señorita Ingersoll estaba inmovilizada en una especie de tensión nerviosa.

Graziella meneó la cabeza, altanera y dueña de sí.

—¡No! — dijo.

—¿No le regaló su esposo esa ajorca?

Volvió a negar con la cabeza.

—¡Es la primera vez que oigo hablar de ella!

Sus ojos grises y fríos buscaban la figura que se encontraba a mi lado.

—¿Tiene usted idea de quién debía recibirla de su esposo?

Se ruborizó y su rostro se endureció.

—Ninguna — contestó con firmeza. — Pero ¿por qué no se lo pregunta usted a la señorita

Ingersoll? Estaba mucho más enterada que yo de los asuntos del señor Haversley.

Plegó desdeñosamente los labios, dejando comprender con su acento que se refería a los asuntos amorosos de su marido, antes que a los comerciales.

El rostro pálido de la secretaria se cubrió de púrpura. Pensé que las mujeres se muestran implacables unas con otras. Sentía compasión por la señorita Ingersoll, sola y sin defensa y estaba convencido de que era completamente inocente; pero Graziella no pensaba en eso. Lo único que veía — evidentemente — era que se debía a la señorita Ingersoll la detención de Fritz Waters y estaba decidida, en consecuencia, a llevar la guerra al campo enemigo.

Impasible, el detectivo se volvió hacia la muchacha, que permanecía a mi lado.

—Usted firmó al recibir esta joya, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo llegó?

—El sábado por la tarde. El señor Haversley estaba paseando a caballo. Cuando regresó le entregué la caja...

—¡La abrió y le enseñó la ajorca, ¿no es así?

—Sí y creí que quería dar una sorpresa a la señora Haversley. Me la puso sobre el brazo y dijo bromeando: "¿Qué le parece esto, Bing? ¿No lo encuentra estupendo?" Luego, la guardó en el cajón de la mesa de escribir...

—¿Y cuando la buscó anoche, había desaparecido?

—Sí.

—¿Está segura de que no era un regalo para usted?

La secretaria se irguió.

—¡Claro que no! ¡No habría aceptado un regalo tan valioso del señor Haversley!

El policía Good habló en aquel momento desde el linde del bosque:

—¡Ya llegan sheriff!

En efecto, vimos a Sara y a David acercarse entre los árboles. Rine se volvió hacia Graziella:

—¿Entraremos para guarecernos del sol?

Empujó la puerta de la cabaña, abriéndola. Graziella entró seguida de la señorita Ingersoll y de mí. Rine permaneció fuera para cambiar unas palabras con Hank. Le vi murmurar algo al oído del sheriff, a la par que llenaba su vieja pipa.

Mis ojos cayeron sobre su saquito de tabaco, que sostenía en la mano. Lo llevaba encima y sin embargo, me había enviado a mi cabaña en su busca... Sin duda se trataba de una estratagema suya para desembarazarse de mí. Su historia respecto a la pistola que se había descargado accidentalmente no me había convencido. Mi joven amigo, siempre alerta cuidadoso y metódico, no era de los que "ignoran que el revólver estaba cargado".

De pronto me pareció ver claro en el asunto. Tan confundido me dejaron las reflexiones que se sucedieron en mi cerebro, que la puerta de la cabaña se cerró y David y Sara se enfrentaron con Rine y el sheriff antes de que me diera cuenta de ello.

XXI

SARA Carruthers llevaba una camisa de polo, color azul eléctrico, pantalones blancos, cortos y sandalias que dejaban al descubierto las uñas de sus pies, pintadas de rojo vivo. Estaba contemplando al sheriff con una especie de curiosidad lánguida. Su cabello rubio cobrizo, despeinado por la brisa que soplaba sobre el lago, caía en mechones que iba sujetando y aplastando con ambas manos y sostenía entre los labios el cigarrilo que fumaba.

Dueña de sí, fría y dura como el acero, parecía un figurín viviente. A su lado, Jarvis, más huraño que nunca, lanzaba miradas de reto, llenas de recelo. Había algo insolente en la actitud de la muchacha. Comprendí por la mueca de los labios de Hank que a él también le causaba esa impresión. El viejo Hank estaba chapado a la antigua; la mirada que echó a las rodillas morenas y a las uñas rojas de Sara estaba cargada de censura. Yo sabía también que le era odioso ver fumar a las jovencillas, sobre todo en aquella región que sufría a menudo los tremendos efectos de los incendios forestales. A menudo, la había oído criticar, en la tienda de Al Green, el barbero, donde los veteranos del pueblo se reunían por la noche, "a esas muñecas modernas que se pintan como monas y fuman como hombres".

Sacudiendo la ceniza de su cigarrillo, sobre la piel de oso, Sara dijo, con tono ligero, mirando al sheriff y a Rine:

—¿Ha ocurrido algo nuevo? ¿Por qué tanta prisa? Íbamos al pueblo a comprar cigarrillos; pero Buster ha venido a decirnos que subiéramos inmediatamente...

—Siéntese, señorita — contestó Hank, despidiendo a los soldados con un gesto de cabeza.

La muchacha se dejó caer sobre una silla, cruzando las piernas desnudas. Con los brazos cruzados, David Jarvis se apoyó en el aparador, cerca de ella. La puerta se iba cerrando cuando bajo una presión exterior volvió a abrirse y Carlos, acompañado del doctor Bracegirdle, asomó su rostro congestionado y enojado. Se acercó en línea recta a la mesa.

—Me parece que podía haberme avisado que quería hablar con la señorita Carruthers, Hank — dijo, resueltamente, al "sheriff". — Se trata de una huéspeda nuestra, joven, soltera y sobrina de mi esposa. Soy responsable de ella ante sus padres y si tiene algo que preguntarle, ha de hacerlo en mi presencia. ¿Es esto claro?

Este ataque dejó impasible al "sheriff".

—¡Claro, señor Lumsden! — dijo lentamente. — Pero no se equivoque usted. Sólo se trata de una reunión amistosa, con el fin de aclarar una o dos cosillas.

—¡Bien, bien! — contestó nuestro huésped, algo calmado. — De todos modos, debió informarme. A no ser por el doctor Bracegirdle, no

habría sabido una palabra de ello...

—La casualidad ha querido que me encuentre con ellos en el embarcadero al regresar del "bungalow" de la señorita Ryder — explicó el doctor, quitándose los lentes, — y el joven Leighton me ha dicho que...

Sara se echó a reír.

—No se preocupe por mí, tío Carlos — declaró. — No tengo la menor idea de lo que puedo decir al "sheriff"; pero estoy dispuesta a contestar a todas las preguntas que tenga que hacerme, y David también, ¿verdad, David?

Alargó la mano hacia Jarvis.

—¡Deme un cigarrillo, por favor!

Jarvis se lo dió y Carlos se sentó al lado de Graziella, que le hizo sitio sobre la cama rústica, mientras el doctor ocupó una silla al lado de la señorita Ingersoll. Yo permanecí ante la ventana abierta. Hacía mucho calor en aquella estancia de pequeñas dimenciones y deseaba respirar libremente. Desde allí veía a los dos policías y a los chicos que esperaban en el claro.

Hank tomó la palabra con su impasibilidad usual:

—¿El señor Haversley le hizo un regalo desde su llegada aquí, señorita? — preguntó a Sara.

Miré a Rine. Este había logrado borrar su presencia, como siempre. Detrás de sus gruesos lentes, su rostro juvenil no expresaba nada; pero no tenía la menor duda de que, aunque fingía entretenerse dibujando círculos sobre el secante, vigilaba a la muchacha como un ave de rapiña. Advertí que la pausa infinitesimal que ella hizo al quitarse el cigarrillo de los labios y arrancar un pedacito de papel que se había prendido en ellos, no le escapó.

—¿Un regalo? — repitió; luego, moviendo negativamente la cabeza, prosiguió: — ¡No!

—¡Una ajorca de diamantes, por ejemplo!— insistió el "sheriff".

Se ruborizó rápidamente.

—¡Claro que no!

Durante un segundo, sus ojos buscaron a Graziella, que tenía la vista fija en el suelo.

—No acostumbro a recibir regalos de los hombres casados — añadió, desdeñosamente.

La expresión de Hank no sufrió cambio alguno.

—El señor Haversley la encargó en Nueva York — explicó. Llegó el sábado y no estaba destinada a su esposa. Así, pues, ¿para quién era? ¡Tampoco la encontramos por ninguna parte!

La muchacha se encogió nerviosamente de hombros.

—Temo no poder ayudarle. ¡Le digo que no sé nada de eso!

Pensativo, Hank se acarició la barbilla.

—Usted y Haversley eran bastante amigos, ¿verdad? — sugirió.

Sara se echó a reír con indiferencia.

—Es bastante usual fomentar amistades entre los huéspedes de una misma casa.

El sheriff la miraba fijamente.

—Me parece haberlos vistos juntos sobre el agua y de noche una o dos veces, ¿no?

Miró a los demás y se echó nuevamente a reír.

—¡Es muy posible!

—¿No subió usted con él a la Montaña del Lobo, una tarde de la semana pasada?

Una vez más sus mejillas se incendiaron bajo la piel, levemente curtida por el sol.

—¿Acaso existe algún motivo por el cual no debiéramos hacer esa ascensión?

—Subieron los dos solos a eso de las dos, yo les ví — fué la imperturbable contestación que obtuvo. — El sol se ponía cuando bajaron, según me dijo uno de los muchachos...

Sara se recostó en su silla, cigarrillo en boca.

—¡No sé qué quiere usted decir con eso! — replicó, con altanería. — Pero no puedo menos de hacerle observar que es usted bastante ofensivo...

—¡Por favor, Sara! — intervino Carlos, volviéndose a continuación hacia el sheriff.

Pero Hank prosiguió como si tal cosa:

—No quiero decir nada, señorita, a parte de que usted y él eran bastante amigos — Se detuvo y la mirada de sus ojos azules se suavizó. — Usted es joven y las muchachas jóvenes se asustan fácilmente. Nos dijo ayer por la mañana que la noche del domingo, la noche del crimen... estuvo en su cuarto entre las nueve y las once, escribiendo cartas. Pues bien, tal vez estaba trastornada cuando dijo eso y le gustaría cambiar algo en su declaración. ¡No es demasiado tarde!

—¿Está usted insinuando que dije una mentira? — exclamó, con violencia, la muchacha.

El franco rostro del sheriff se endureció. Inclinando lentamente la cabeza, Hank dijo, con su voz profunda:

—¡Sí, señorita... eso mismo!

Sara se levantó de un salto, con los ojos centelleantes.

—¡Tío Carlos! ¡David!

Carlos estaba muy turbado y levantó la mano.

—¡Un minuto, Sara! — suplicó a la joven, y, volviéndose hacia Hank, exclamó: — Hemos sido amigos muchos años, Hank — dijo, — y sé que no es capaz de proferir semejante acusación contra un huésped de mi casa, a menos de creer que es la verdad. ¡Pero, en realidad..!

—Es completamente cierto, señor Lumsden — continuó el sheriff, volviendo a mirar a la muchacha; pero esta vez sus ojos no revelaban la menor compasión. Su voz resonó fuertemente en el silencio que reinaba en la cabaña.

—¿Qué hacía usted en esta cabaña la noche del crimen? — preguntó a Sara.

Esta lo miró como desafiándole con la mirada.

—No estaba aquí. Ya le he dicho dónde estaba... en el "Bungalow" Blanco", escribiendo cartas.

Se volvió hacia el hombre que permanecía inmóvil y enfurruñado a su lado.

—David, ¿permitirás que ese hombre me insulte? ¡Salgamos de aquí!

Ví la mano morena de Jarvis posarse so-

bre la suya, apretándola. Era un gesto que aconsejaba calma y dominio de sí, antes que ofrecer apoyo. No dijo nada y me pareció que su prolongado silencio resultaba más acusador que cuanto el sheriff había dicho.

Hank volvió a tomar la palabra.

—¿Qué se ha hecho de las cuentas que llevaba?

La pregunta la agarró desprevenida y pareció conmoverla.

—¿Cuentas? — repitió débilmente.

Rine aclaró la pregunta.

—¡Su collar de la momia, señorita Carruthers! — dijo, tranquilamente.

Dueña de sí, la muchacha replicó:

—Está en mi cuarto. ¿Por qué?

—Nos gustaría verlo — dijo el sheriff.

—No sé dónde está metido — repuso inmediatamente. — Además, el hilo está roto...

—¡Lo veremos de todos modos! — insistió Hank.

La serenidad de la jovencilla era notable. Miró rápidamente a su alrededor, primeramente al joven Jarvis, que continuaba ceñudo a su lado, y luego a los hombres que rodeaban la mesa, pero no se movió. Hank se levantó y se me acercó.

—¿Dónde está esa muchacha, Fletcher? — rezongó.

Llamé a Myrtle por la ventana; y Rine y Hank salieron a su encuentro. Carlos rasgó el silencio opresivo que siguió.

—Sara — dijo, severamente. — ¿Hay algo de cierto en esa acusación de Hank? Necesito saberlo.

—Es una tontería — replicó la chica, volviéndose hacia Jarvis. — ¿Qué tienes? — le preguntó con enfado. — ¿Has perdido la lengua? ¿Cómo es posible que le permitas a ese individuo decirme tales cosas?

Me causó la impresión de que un buen trabajo esperaba a Hank para arrancar una confesión de aquella muchacha decidida, que se pasaba de lista. David no protestó; miraba ante sí como si no la hubiera oído.

—¿Y esas cuentas tuyas? — insistió Carlos.

—No recuerdo cuando rompí el hilo — replicó ella con irritación.

—Si hubiese estado aquí aquella noche, ¿cree que no se lo diría?

Muy molesta, tomó un cigarrillo del paquete de David, que se encontraba sobre la mesa, y el silencio volvió a reinar en la estancia.

La mirada de Graziella estaba fija en mí. Me preguntaba si estaría pensando, como yo, que antes de terminarse la entrevista el asunto del arreglo de la cabaña no dejaría de ventilarse. La señorita Ingersoll miraba a Sara con franca hostilidad. En cuanto al viejo Bracegirdle, semejaba, con su nariz ancha, sus ojillos y su rostro cetrino una imagen de Buda.

Nos pareció haber transcurrido una eternidad antes de que Rine y Hank regresaran. El detective de Scotland Yard se sacó, en silencio, del bolsillo las dos cuentas que me había enseñado y los dejó sobre el secante. Continuó callado y fué Hank quien dijo a Sara:

—¿Conoce usted estas cuentas, señorita?

Lánguidamente, se inclinó sobre la mesa, pero ni siquiera parpadeó.

—Es cierto que se parecen a las mías — declaró.

Hank se sacó entonces un sobre de detrás de la espalda y parte del collar azul junto con una lluvia de cuentas sueltas cayó sobre el secante.

—Esas dos cuentas — dijo, señalando las dos que Rine había mostrado — pertenecen a este collar. No cabe ninguna duda de ello, ¿verdad?

Sara se echó a reír, desdeñosamente.

—No lo niego...

—Las recogió en este cuarto la noche del domingo — explicó, señalando con la cabeza al detective. — Fué una hora o dos después de encontrar muerto a Haversley. ¿Quiere usted decirme cómo vinieron a parar aquí?

—¡Qué sé yo! — dijo la umchacha. — Todos hemos estado aquí muchísimas veces. Pude perder esas dos cuentas cualquier día desde mi llegada al campamento.

—¿Cuándo se rompió el hilo? — preguntó bruscamente el sheriff.

—No tengo la menor idea. Hace varios días...

Fría como el hielo, la voz de Graziella dijo, de pronto:

—No; usted llevaba el collar durante la comida, el domingo por la noche, y el hilo no estaba roto entonces.

—Ese hilo se rompe a cada paso — declaró Sara; añadiendo con paciencia: — Es inútil que intente hacer creer que vine aquí aquella noche, Graziella, porque no es cierto.

Hank lanzó una mirada a Rine y se sentó.

Rine pareció despertar repentinamente. Dirigiéndose a Sara, dijo, con gran calma:

—Creo conocer su motivo, señorita Carruthers; pero debe darse cuenta que esas repetidas negativas suyas no harán ningún bien a su amigo, el señor Jarvis...

—¿Jarvis? — interrumpió Carlos, asombrado.

Ya el detective se encaraba con David.

—Creo que usted vino a ver al señor Haversley a esta cabaña, poco después de su regreso del paseo que dió a caballo el sábado por la tarde.

El muchacho contestó, más ceñudo que nunca:

—Es verdad.

—¿Qué ocurrió durante la entrevista?

—No le contestes, David — interrumpió la muchacha, con voz autoritaria. — No quiero verme metida en todo esto, ¿me oyes? ¡No quiero!

El joven se encogió lentamente de hombros.

—Se trataba de un asunto particular entre Haversley y yo — dijo al detective. — No tenía nada que ver con el caso.

—¡Tonterías! — exclamó, secamente, Carlos. — Acabo de recordar que mi mujer mencionó, el sábado por la noche, que usted y Sara habían reñido y que usted no se habría sentado a la mesa si no le hubiese ordenado a Sara que lo buscase. Su riña fué el resultado

de la entrevista con Vic, es indudable... y se trataba de Sara, ¿verdad?

David se irguió y contestó:

—Lo siento, señor Lumsden, pero prefiero no hablar de ello.

Carlos se volvió rojo de cólera.

—A mí no me venga con esas, David. Contésteme de una vez...

Jarvis negó con la cabeza y replicó:

—No.

—¡Maldito sea! — estalló nuestro huésped. — ¿Quiere que pensemos que tiene algo que esconder?

Encogiéndose nuevamente de hombros, el muchacho se enerró en un silencio arisco.

—¡Ya lo creo que tiene algo que esconder! — gruñó el sheriff, frunciendo las cejas y mirando fijamente a Sara. — Ahora oígame usted — dijo a ésta. — Usted tenía esa ajorca de diamantes y además vino aquí el domingo por la noche, que fué cuando el difunto se la dió...

—¿De qué le sirve repetir algo que ya le he dicho que no es cierto? — replicó la muchacha, acaloradamente.

—¡No diga tonterías! Usted vino aquí y su novio — añadió, señalando a Jarvis — la sorprendió con el otro y lo mató. ¿Acaso no fué así?

La risa de Sara estalló, burlona.

—No puedo evitar que diga locuras si eso le divierte. Por favor David, dile algo, dile que se equivoca...

—Oiga, sheriff — declaró el joven, con voz velada. — No tenemos nada que ver con este crimen; de ello le doy mi palabra. Caramba, hombre, ¿no ve usted que a las once y cinco, cuando la señorita Ryder oyó el disparo, la señorita Carruthers se hallaba en casa con los demás, mientras yo estaba en cama, en el "Bungalows de los solteros"?

—Claro — dijo triunfalmente Sara, añadiendo al mirar a Lumsden:

—Tío Carlos, usted sabe que esto es la verdad, ¿no?

—Nadie le ha acusado de haberle matado entonces — contestó Hank, dirigiéndose a Jarvis y haciendo caso omiso de la interrupción. — Pudo venir aquí poco antes de irse el joven Leighton, cuando subió a la casa con los demás muchachos. Faltaban entonces pocos minutos para las once..., tenía tiempo de sobra para llegar hasta la cabaña y regresar.

—Le digo que no salí de mi cuarto — gritó Jarvis.

—¡Se lo dirá al juez! — fué la severa contestación que obtuvo.

Carlos dió un respingo.

—Hank, ¿habla usted en serio? ¿Va a detenerles?

—Voy a detenerles a ambos — declaró el sheriff, siempre impasible. — Ella vino aquí y recibió esa joya. Cuando se la descubre, lo único que sabe decir es una sarta de embustes. Pues bien, tal vez el fiscal la crea. Lo veremos. ¡Andando los dos!

Sara palideció intensamente. No contestó, pero echó una mirada asustada al círculo de rostros que contemplaban la escena.

De pronto Rine habló, levantando sus lentes sobre su frente, con un gesto levemente aburrido.

—Vamos, querida — hizo observar. — Todo esto no la llevará a ninguna parte. El sheriff Hank tiene bastantes pruebas para detenerles a los dos como sospechosos y usted sabe muy bien lo que eso significa... publicidad, escándalo y Dios sabe qué más.

La miró sonriendo.

—Ya sabe usted que vino aquella noche. ¿Por qué no confesarlo? Y usted tenía esa ajorca ¿eh?

Perpleja, la muchacha se mordió el labio.

Jarvis fué quien contestó:

—¡Por lo que más quieras, díselo Sara! Siempre te he dicho que tendrías que explicarlo, tarde o temprano.

—Bien — accedió ella, sin perder la serenidad. — Sí, es cierto que entré aquí un minuto después de comer el domingo, para ver a Vic.

—¡Ah!

La exclamación partía de Hank, que la miraba con indignación.

—Habría hablado antes — explicó la muchacha; — pero no quería apenar a la pobre Graziella.

Graziella se irguió.

—¿Apenarme? ¿Qué tiene esto que ver con el asunto? — inquirió.

—Fué una tontería — dijo Sara, con tono ligero. — Vic me encontró dormida una tarde en el campo de tennis y me dió un beso. Ya saben que la costumbre exige que cuando un hombre besa a una muchacha mientras ésta duerme, le haga un regalo. Vic me dijo el sábado por la noche que había recibido mi regalo; pero que era un secreto entre los dos y que tenía que ir a la cabaña a recogerlo una noche después de la comida, cuando nadie se diera cuenta. No pude ir aquella noche, porque leíamos el drama de Pete; pero fuí a la siguiente...

—¿El domingo? — precisó Rine.

—Sí. Vic me ofreció un vaso de whisky y...

—Un momento — interrumpió Rine. — ¿A qué hora ocurrió eso?

Se detuvo para reflexionar.

—No lo sé de fijo; pero eran las diez menos veinticinco en mi relojito de pulsera cuando regresé al "Bungalow Blanco" y supongo que estaría unos diez minutos con Vic.

—¿Estaba encendida la lámpara cuando entró?

—¿La lámpara? Ahora que pienso en ello, no. Lo recuerdo, porque se hizo de noche antes de irme y le pregunté por qué no encendíamos la luz. Me contestó que no corría prisa.

El detective asintió con la cabeza.

—Bien. Prosiga.

Vaciló.

—No me gusta mencionar todo esto — contestó, lanzando una mirada de reojo a Grazie-

lla. — Pero supongo que no hay más remedio. Pues bien, Vic me preparó un whisky con soda y me hizo sentar a su lada en la cama... Me pidió que cerrase los ojos y al abrirlos, vi la ajorca en el brazo.

Hank lanzó una especie de grito ahogado.

—¡Ah! ¿La tenía usted, pues? — exclamó.

Meneó la cabeza modestamente.

—No. Me... vamos... me puso condiciones — se detuvo nuevamente y volviéndose hacia Graziella, dijo como excusándose: — Lo siento Graziella; en realidad, fué algo muy crudo. Cuando le contesté que no había nada que hacer, intentó tomarme entre sus brazos. Mi collar se rompió, yo agarré mis cuentas y me escapé...

—¿Dejándole allí...? — La pregunta salía de Rine.

—Sí. Creo que no se atrevió a seguirme, por temor a que alguien nos viese.

—¿Y la joya, señorita? — preguntó Hank.

—Se quedó en la cama, donde la dejé.

—¡Se quedó en la cama! — repitió, en tono sarcástico, Hank.

Parecía francamente incrédulo y he de confesar que compartía su punto de vista. Aquella muchacha era de cuidado y sin duda, lo bastante lista para aceptar la joya que le ofrecía Vic, manteniéndole a prudente distancia. Por mi parte, no creía que nadie pusiese en duda su declaración de que había resistido a las pretensiones de Vic. Con mujeres como Sara Carruthers, o hay boda o no se logra nada.

—¿Y por qué decirnos tantas mentiras? — preguntó Hank.

Le lanzó una mirada expresiva a través de sus largas pestañas.

—¡Ya se lo he dicho! Ha sido para ahorrar a la señora Haversley...

—¡A otro can con ese hueso! — exclamó el sheriff. — Fué para ocultar a su novio. Usted sabía que veinticuatro horas antes había reñido a muerte con Haversley a causa de usted. ¿No es verdad? — preguntó al joven, volviéndose hacia él.

—Sí — dijo, inesperadamente David. — Tuve una explicación con él, el sábado por la tarde. Sara me había prometido jugar al tennis conmigo, pero en vez de eso, él la convenció para dar un paseo a caballo. Le dijo que la dejara en paz o le retorcería el pescuezo. Sara se enfureció cuando se lo conté.

—Naturalmente — exclamó, indignada, la muchacha. — No quería que hubiese escándalo en el campamento, sobre todo cuando yo no había hecho nada malo...

Carlos lanzó una especie de bufido.

—¡Nada malo, eh! ¡Es preciso confesar que te tomas eso bastante a la ligera, Sara!

Hank no parecía hacer caso de tantas interrupciones y se volvió nuvamente hacia David:

—Sin embargo, usted los encontró juntos la noche siguiente, ¿no es así?

El joven negó con la cabeza y exclamó:

—No. Déjeme explicarle... Después de comer, al no encontrarla en el "bungalow", supuse que estaría en el lago con los demás. Estaba furioso con ella... Pensé que pudo haberme esperado puesto que sabía que sólo había ido hasta el garage... de manera que saqué un bote para mí solo y al regresar me metí en la cama sin volverla a buscar. Cuando Buster Leighton se presentó en mi cuarto, poco antes de las once, ya estaba en cama y descubrí que no había salido con ellos. Pensé entonces que debía estar en alguna parte con Vic...

—¿Qué hizo usted, pues? — preguntó el "sheriff".

Se encogió de hombros.

—Nada. No podía hacer nada, pero cuando Dickie me despertó y me dijo que Vic estaba muerto, fuí en línea recta a buscar a Sara y ella me contó lo que acababa de decirle a usted.

—¿Y esa fué la primera noticia que tuvo de que ella había ido a la cabaña? — preguntó Hank, con voz levemente irónica.

—¡Claro!

—Entonces, ¿por qué tuvo ella que ir a poner orden en el cuarto?

—¡No fuí yo! — exclamó Sara, con presteza. ¡No es verdad! No volví aquí.

El "sheriff" ladeó la cabeza para declarar:

—¡Una mujer lo hizo! Fué tirada la bebida del muerto así como su cigarro... ¡Ningún hombre, en sus cabales, cometería semejante torpeza!

—No puedo decirle otra cosa — insistió Sara. — No sé nada de eso. Además, estaba en la casa cuando le dispararon el tiro a Vic.

—Usted estuvo en la casa, es verdad — convino Hank. — Pero sólo hasta que los demás salieron a nadar. Eso era alrededor de las doce y media. No sabía que los chicos iban a pasar por allí al regresar y pudo ir entonces a ponerlo todo en orden...

Yo no había cambiado una palabra con Graziella desde nuestra conversación en la rosaleda la mañana anterior. Ella evitaba encontrarse conmigo, temiendo, desde luego, que la molestase para convencerla de hablar a Rine de su visita a la cabaña. Traicionarla en aquel momento, sin su autorización, equivalía a romper la amistad que nos unía. Además, el resultado inevitable de ello sería alejarla todavía más de mí, exculpar a Fritz Waters.

Pero no pude contenerme. Sabía ya que no sería nunca para mí y me encontraba con ánimos de reírme de mí mismo por haber abrigado alguna vez la ilusión de que una mujer excepcional como ella, pudiese tener otra cosa que una mirada de compasión pasajera por un pobre escritor famélico. Sin embargo, mi ternura por ella no había cambiado y comprendía que había sonado la hora de hablar. De no estar convencido de la culpabilidad del joven Jarvis, tal vez habría procedido de distinto modo, pero me pareció que la mejor manera de exculpar a Fritz Waters era hablar claro. Latiéndome con fuerza el corazón, hablé, pues:

—Un minuto, Hank — dije. — Sara no arregló la cabaña. Eso lo hizo la señora Haversley. ¿No es así, Graziella?

XXII

AL ver la mirada que me lanzó, me asusté al pensar en lo que había hecho. Es curioso pensar en el poder que tiene el parpadeo de una mujer para que uno se sienta el último de los majaderos, aunque haya obrado impulsado por el mejor motivo del mundo. Hubo una pausa terrible, que Carlos, Dios lo bendiga, rompió al fin. ¡Pobre Carlos! Para un hombre amante de la vida tranquila, recibía una serie de rudos golpes, uno tras otro...

—¡Graziella! — exclamó con voz ahogada. Y, volviéndose, me miró con severidad. — ¡Pete! ¿Sabe usted lo que ha dicho?

La voz de Rine se elevó, diciendo:

—¡Por favor, señor Lumsden! ¿Es esto cierto? — preguntó, severamente, a Graziella.

El hermoso rostro de la joven viuda estaba impasible.

—No tengo nada que decir — replicó. — Hablaré cuando pongan en libertad al señor Waters. Antes, me niego a hacerlo. ¿Por qué encierran ustedes lejos de sus amigos a un hombre inocente?

El detective se encogió de hombros:

—Obtendrá usted, sin duda, permiso para visitarle — hizo observar, lanzando una ojeada a Hank.

—He telefoneado al fiscal y rehusa el permiso — contestó ella, fríamente. — Mientras Fritz..., el señor Waters..., rehuse contestar a las preguntas que le hacen, no tendrá visitas. Supongo que esperan que torturándole, interrogándole horas enteras sin descanso, le obligarán a confesar un crimen que no ha cometido. ¡Es... es horrible!

Se ahogaba y su voz vibraba.

Hank estaba muy molesto.

—¡Vamos, vamos, señora! — dijo, lentamente. — Ha podido hablar con su abogado. El señor Lauff está en la cárcel ahora mismo. Usted lo vió... pudo darle un mensaje para el caballero.

—No quiero enviar mensaje alguno por el abogado — exclamó Graziella, con vehemencia. — ¡Hablaré con el señor Waters en persona!

Rine encogió los hombros de un modo imperceptible y, reclinándose en su silla, murmuró algo al oído del "sheriff".

Asintiendo con la cabeza, Hank dijo a Carlos:

—Deseamos hablar a solas con esta señora, señor Lumsden. Usted y sus amigos pueden retirarse; pero nadie debe salir del campamento sin mi permiso. ¿Entendidos?

Me miró, añadiendo:

—¡Usted se queda, Pete!

A Carlos le habría gustado quedarse también y, aunque sólo fué una mera suposición mía, me pareció que Bracegirdle, su fiel perro de guardia, le animaba en esta idea.

—Es su huéspeda, amigo mío — oí que murmuraba. — Si van a torturarla a preguntas, debe ser delante de nosotros.

Su mirada se posó sobre Rine sin traducir mucho amor... Era evidente que recordaba sus anteriores discusiones; pero el detective dijo dos o tres palabras a Carlos en un rincon de la estancia y a continuación los dos amigos siguieron a los demás, saliendo fuera. El viejo Bracegirdle exteriorizaba su contrariedad.

—Señora Haversley — empezó Rine, cuando estuvimos solos los cuatro. — Voy a descubrir mi juego. Hay muchas probabilidades de que pueda exculpar a su amigo Waters..., pero usted debe ayudarme.

El rostro de Graziella se transformó.

—¿Habla usted en serio?

Su tono era incrédulo. Rine asintió con aire serio.

—Muy en serio; pero únicamente si logro poner en claro lo que hay de cierto en aquella maraña de falsas declaraciones que algunos de ustedes han creído necesario prestar, podré llegar a la verdad. Para probar la inocencia de su amigo, hay que encontrar al verdadero criminal. Ahora se trata de saber si usted lo comprende también.

Graziella inclinó la cabeza:

—Sí.

—Dígame, pues, la verdad.

Todavía vaciló:

—Usted cree que Jarvis le mató, ¿verdad?

Rine había recogido su pipa, llena, pero olvidada durante la larga sesión, y la estaba encendiendo:

—No se preocupe de lo que pienso — murmuró. — Dígamelo todo y déjeme ver si concuerda con una idea o dos que tengo en la mollera.

Y la miró sonriendo.

Era indudable que aquel muchacho sabía ganarse la voluntad de los demás. Tenía un carácter alegre por excelencia. Siempre, aun en los momentos en que más serio estaba, la sombra débil de una sonrisa vagaba en sus labios. Graziella vaciló, pero veía que su rencor y sus sospechas se disipaban como nieve bajo el sol. El detective la contemplaba a través de una nube de humo azul y por último ella sucumbió, aunque se conocía que estaba muy preocupada.

—¡He obrado muy mal engañándole, lo sé! — tartamudeó. — Pero aquella noche, cuando vine aquí en busca de Waters...

Se detuvo, estremecida.

—Lo sé.

La voz del detective era muy suave.

—Pensó que Waters le había dicho a su marido que usted quería divorciarse y que como resultado de ello Haversley se había pegado un tiro. Después, calló, temiendo agravar la situación de Waters, ¿no es así? ¡Ahora, explíquemelo todo desde el principio!

Le contó su historia en los mismos términos que empleó para decírmela. Con una o dos preguntas hábiles, Rine llenó los huecos y cuando ella concluyó, dijo:

—Aquí tiene el cuadro que veo según su declaración... deténgame si me equivoco. Son las once. Usted ha concluído de jugar al "bridge". Los muchachos van llegando y arman un ruido infernal en el salón. Usted está preocu-

pada a causa de Waters, que se ha mostrado distraído toda la noche. No cree que se haya ido a la cama, sino a la cabaña para tener una explicación con su marido. Usted va ante todo al "Bungalow de los Solteros" para ver si Waters está realmente en su cuarto. Todo está a oscuras y no obtiene respuesta cuando echa unas piedrecitas contra su ventana, de manera que sigue hacia la cabeña, ¿no es así?

Graziella inclinó la cabeza.

—En el sendero, al pie de los árboles, usted encuentra un cigarrillo encendido...

—¡Ah, Fritz! — se dice usted, y sigue adelante, pero aunque la luz está encendida en la cabaña, ve a su marido caído sobre la mesa con una pistola en la mano. Usted le toca... sus manos están heladas. Pone el espejito de su monedero ante sus labios... No respira... está muerto.

—Un momento, Rine — interrumpió Hank. — Dice que ella le encuentra las manos heladas... Ahora lo que quiero saber es...

—¡En seguida, Hank déjeme acabar!

—¡Pero esto es importante, hijo mío!

—Sin duda, pero me hace usted perder el hilo de mis pensamientos. Un momento de paciencia y podrá hacer cuantas preguntas quiera. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! No hay huellas de lucha, pero sí de que Haversley ha tenido una visita... Hay un vaso de "whisky" en la mesa, otro en el suelo, al lado de la cama... uno de los cojines está aplastado como si alguien se hubiese recostado sobre él. ¿Es esto exacto?

—Absolutamente — asintió Graziella.

—Convencida de que su marido se ha suicidado, su primer pensamiento va hacia Waters. Presa de pánico arregla el cuarto, pues su única idea es esconder el hecho de que Haversley ha tenido una visita... Sin reflexionar, echa incluso el cigarro a su marido y vacía su vaso en el fregadero de la cocina. Tal vez estuvo diez minutos en la cabaña y durante ese tiempo no oyó ningún ruido. Yendo y viniendo, no encontró a nadie. ¿No es así?

Graziella asintió.

—¿No oyó usted un disparo?... ¿Está segura de ello?

—Sí, sí.

—¿Dónde piensa que estaría a las once y cinco, cuando se disparó la pistola?

—Probablemente en el "Bungalow" de los Solteros". Estuve allí varios minutos intentando hacerme oír de Fritz Waters.

—¿No oyó el tiro?

—No, pero el "Bungalow" de los Solteros" está alejado de aquí.

Se detuvo y, dando nerviosamente vueltas a la sortija que llevaba en un dedo, añadió:

—El sheriff sugirió que David Jarvis volvió alrededor de las once y mató a Vic. ¿Comprende usted que mi declaración le exculpa? Debí encontrarme con él al salir del "Bungalow" de los Solteros" o al regresar de la cabaña...; pero no ví a nadie.

Hizo una nueva pausa.

—Se lo he dicho todo, porque me ha prometido ayudarme a exculpar a Fritz, pero no veo de qué ha de servirle. Quisiera que me lo explicara... Me parece que David decía la verdad cuando declaró que estaba en cama cuando fué disparado el tiro.

Rine meneó su cabeza.

—¡No hubo ningún tiro! — declaró.

Fruncía las cejas y tenía los labios contraídos.

XXIII

NO hubo tiro! — repitió Graziella, asombrada.

Rine se había vuelto hacia Hank.

—Ahora, haga su pregunta — le dijo.

Con rostro impasible, Hank miró a Graziella.

—Usted acaba de decirnos, señora, que tocó las manos de su marido y que éstas estaban frías... Se supone que le mataron a las once y cinco. ¿Comprende usted que haría tan sólo cinco minutos que estaba muerto, cuando usted entró? ¡Sus manos debían estar, pues, tan calientes como las suyas?

Graziella le miró con sorpresa.

—¡Estaban frías, pegajosas... era horrible! ¿Cree usted que puedo equivocarme respecto a un detalle como ése?

—Usted no se equivoca, señora Haversley — dijo, suavemente, Rine. — ¡Cuando usted le encontró, su esposo hacía una hora que había muerto!

Las mujeres poseen una extraordinaria unidad en sus propósitos. Su cerebro sigue un camino único... Mientras Hank y yo permanecíamos alejados al reflexionar en las consecuencias de la declaración que el detective acababa de hacer, Graziella gritó muy excitada:

—Así, pues, Fritz tiene una coartada, porque esto nos vuelve atrás, a las diez de la noche, cuando estaba sentado con nosotros a la mesa de "bridge".

—¡A las diez o tal vez antes! — dijo, gravemente, Rine.

Hank tenía las cejas contraídas, como le sucedía siempre que los acontecimientos se desarrollaban demasiado de prisa para su comprensión.

—¡Un minuto, Peter! — gruñó. — ¿Qué hacemos, pues, con la declaración de la vieja? Oyó un tiro, ¿no? Fué a las once y cinco... ha precisado la hora exacta sin variarla nunca, según me dijo el señor Lumsden.

—¿Y el doctor Bracegirdle? — no pude menos de decir. — Declaró, independientemente de la señorita Ryder... en realidad, antes de que ella saliera a escena... que Vic fué muerto alrededor de las once. Carlos Lumsden y yo estábamos presentes y se lo oímos decir...

Por primera vez, el detective perdió la paciencia. Arrancándose los lentes, los tiró con aire de disgusto sobre el secante.

—¡Me importa un bledo lo que la vieja señorita cree haber oído, y en lo que se refiere al médico, es un burro incompetente y entrometido! Les repito que no hubo tiro alguno. — Y dió un puñetazo en la mesa. — No hubo tiro, porque no pudo haberlo...

—¿Quiere usted decir que la señorita Ry-

der se equivocó, al mencionar la hora? — pregunté.

—Quiero decir que no pudo haber un tiro en las circunstancias que ella describió, ni entonces ni antes. Y cuando digo "tiro", me refiero a un disparo bastante fuerte para que se le oyera fuera de este cuarto.

Exasperado, se pasó la mano por el cabello.

—¡Cuando pienso que desde el principio, toda la investigación ha descarrilado a causa de las declaraciones erróneas de una vieja tonta y de la vanidad de nuestro amigo Bracegirdle!...

El sheriff se rascó la cabeza:

—Me parece que va a decirnos que la declaración del médico era equivocada, ¿eh?

Rine suspiró y recogió sus lentes.

—Mi querido Hank... — dijo, secamente. — Su perspicacia echa luz sobre el tenebroso asunto. Esto es precisamente lo que estoy intentando hacerles comprender. Miren ustedes — prosiguió, recobrando gradualmente su acostumbrado buen humor, como si aquella explosión le hubiese aliviado. — A partir del momento en que empecé a ocuparme de este caso, me preocupó la idea de ese tiro disparado en la noche, en la quietud de las montañas, a una milla escasa de un grupo de casas llenas de gente y que únicamente una sola persona oyó. Por eso disparé mi revólver esta tarde en la cabaña.

Hank se echó a reír y exclamó:

—Ya me extrañaba ese supuesto accidente...

Reí a mi vez, añadiendo:

—Me ha pasado lo mismo. Suponía que se trataba de una prueba.

—No somos tan descuidados con las armas de fuego en la Policía Metropolitana, como el amigo Bracegirdle parece creer — dijo Rine. — Sí, fué una prueba que dió su resultado. Ya vieron lo que sucedió: de todos los puntos del campamento, la gente llegó corriendo y alarmada, aun los del "Bungalow" de los Solteros"...

—Eso fué el viejo Bracegirdle — precisé. — Dice que usted le despertó cuando dormía la siesta...

—Precisamente — replicó el detective. — Pues bien, la señora Haversley estaba en el "Bungalow" de los Solteros" aquella noche, a la hora en que la señorita Ryder declara haber oído el disparo, pero ella no oyó nada. Además, Waters, que debía estar en los alrededores a la misma hora, no oyó nada... hemos logrado que nos diga esto... y yo que estaba esperando en la casita de Blakeney, tampoco oí nada. ¡Nadie oyó el maldito tiro, excepto la señorita Ryder!

—Entonces, ¿qué fué el disparo que oyó? — preguntó Graziella.

Rine alargó las manos.

—¡Quién sabe! Un cazador furtivo, el escape libre de un automóvil, es difícil precisarlo. De todos modos, debió llegar de lejos.

—Dijo que le parecía venir de las inmediaciones de la casa — hizo observar.

El detective se echó a reír, secamente.

—Si usted tuviese mi experiencia en estos asuntos, sabría algo de la invencible inexactitud de las declaraciones de los testigos, sobre todo si éstos son solteronas de alguna edad. Además, sean de uno u otro sexo, es cosa fatal cuando un testigo cree que su declaración es importante. Diría entonces cualquier cosa. Es cuestión de vanidad... podría contarle varias historias. Tome usted por ejemplo a Bracegirdle. Lo más difícil, y cualquier cirujano del Cuerpo de Policía se lo dirá, es fijar, aún aproximadamente, la hora de la muerte de una persona pero el viejo Bracegirdle no vacila. Tira adelante y anuncia que el hombre fué muerto a las once. Lo declara con gran serenidad y no puedo corregirle. El cuerpo se estaba enfriando cuando lo descubrimos y yo, no siendo médico, no puedo decir el momento exacto en que ocurrió la muerte. La tragedia fué que pasaron horas... en realidad fué al día siguiente... hasta que un cirujano competente tuvo ocasión de hacer un examen detenido. Ademas, el doctor de Springsville se dejó impresionar por la seguridad expresada por nuestro amigo.

Se encogió de hombros y vació su pipa.

—Pues bien, ahora volvamos a empezar.

Hank asintió, impasible como siempre y como si el tiempo no tuviese importancia en su plácida existenca de cazador y guía. De pronto, preguntó:

—¿Qué le hace decir a la señora que le mataron a las diez o tal vez antes?

—¡La lámpara, hombre! — fué la pronta contestación que obtuvo. — Fué encendida a eso de las diez y la señorita Carruthers, usted se lo ha oído decir, estaba de regreso a su "bungalow" a eso de las nueve y treinta y cinco, lo cual implica que salió de la cabaña a eso de las nueve y media. Empezaba a ser de noche en la cabaña cuando se fué y no hay motivo alguno para sospechar que Haversley permaneciera sentado a oscuras después de que se hubo marchado.

—¡Quiere usted decir que si el muchacho Jarvis la había seguido...! — empezó el sheriff, deteniéndose de un modo significativo.

El detective asintió:

—Hemos de encontrar esa ajorca, Hank — dijo, nerviosamente.

—Sara debe tenerla — insinuó Graziella.

Rine meneó la cabeza:

—He buscado en su cuarto hace un momento, cuando hemos ido a buscar las cuentas y Hank ha aprovechado la oportunidad para remover el de Jarvis. ¡No hay rastro de la joya en ninguno de los dos!

En aquel instante, llamaron a la puerta. Alberto, el chofer de los Lumsden, se encontraba en el umbral. Eramos buenos amigos, pues se trataba de un hombrecillo cortés y franco, dueño de un rostro redondo y de una nariz achatada que había servido en mi división, allende los mares. Echábamos a menudo un párrafo. Hacía años que era chofer de los Lumsden y factótum del campamento.

—Dispense, señor Blackeney... — dijo, cuando le abrí — pero deseo decirle dos palabras a Hank.

Entró y viendo a Grazielia, saludó llevándose la mano a la gorra.

—¿Viene a decirme que la batería vuelve a estar descargada, Alberto? — preguntó el sheriff.

El chofer sonrió débilmente... Se trataba, evidentemente, de una broma muy gastada entre ellos.

—Esta vez no se trata de la batería, Hank. Hay algo en el lago que me gustaría que viese. El señor Lumsden ha ido a Springsville para vez al señor Lauff, el abogado, de manera que he pensado en usted...

—¿Algo en el lago? — repitió Hank. — ¿No les habrá ocurrido nada a los chicos, Alberto?

El hombrecillo negó con la cabeza.

—Nada de eso; pero, de todos modos, es algo extraño...

—¿Qué pasa? — preguntó el sheriff.

Alberto no era de los que se expresan con suma facilidad.

—Verá usted — dijo, pesadamente. — Fué así... La señorita Cynthia y su amiga, la señorita Fletcher, querían ir a pescar esta tarde. Advertí a la señorita Cynthia que las truchas no picarían mientras el sol diera de lleno sobre el agua y que sería preferible esperar a que se pusiera... Fué inútil, querían salir en seguida, de manera que fuí a buscar un par de cañas y llevé a las señoritas en el bote plano hasta la roca que hay al otro extremo del lago... ¡Ya sabe usted, allí donde el amo y el señor Bracegirdle pescan casi siempre!

—No es necesario que me diga a mí dónde se pescan las truchas en Wolf Lake, Alberto Hunt — interrumpió Hank con impaciencia. — ¡Adelante, al grano!

—Allá voy — contestó el chofer, sin inmutarse. — Hay una boya al otro lado de esa roca, donde atan los botes cuando pescan. Es un pedazo de jaula atada con alambres y sujeto por el peso al fondo. ¿Se acuerda usted?

—¿A mí me lo cuenta, cuando yo fuí quien lo puso allí para su amo, antes de vuestra llegada? ¿Cree usted que vamos a estar escuchándole toda la tarde? Conozco esa boya, desde luego. ¿Qué pasa con ella?

Era imposible darle prisa a Alberto.

—No me fijé en ello al atar el bote, pero cuando íbamos a marchar, pues las señoritas se cansaron pronto de estar sentadas sin ver un sólo pez, vi un trozo de hilo de pescar atado a la boya. Tiré de él y saqué del agua una especie de paquete envuelto en seda impermeable.

Rine levantó la vista con interés.

—¿Un paquete? — Alargó la mano. — ¡Veamos!

El chofer meneó la cabeza con el aire de un conspirador.

—Lo he dejado tal cual, señor. Fred Good, el policía, había hablado de una joya de gran valor que desapareció y pensé que quizá... — Dejó la frase inacabada. — Lo que iba a decir es que no estaba allí el sábado por la tarde cuando fuí a la roca con el amo y me pregunto... — volvió a callar.

—¿Cómo es de grande el paquete? — inquirió Rine.

El hombre juntó casi completamente las manos dándoles una forma cuadrada.

—Muy pequeño, pero pesa. Cuelga en el agua, escondido.

Los ojos azules de Hank se posaron sobre Rine.

—Creo que tiene razón, Rine. ¡Es la joya que buscamos!

El detective asintió.

—Eso explicaría lo que Jarvis estaba haciendo en un bote el domingo por la noche — hizo observar.

Triunfante, el sheriff dió con una mano un puñetazo en la palma callosa de la otra.

—¡Caray, no había pensado en eso!

Se volvió al chofer.

—¡Vamos, Alberto, queremos echarle un vistazo a ese paquete!

—Les pasaré en la canoa automóvil — dijo Alberto y en silencio, salimos los cuatro

XIV

EL claro estaba desierto, pero cuando dejamos el sol que lo inundaba para internarnos bajo los árboles, vimos a Jorge Wilson, el mayordomo de Lumsden, hombre de cabellos canos, que se nos acercaba corriendo por el sendero. Un muchacho, cuyo aspecto me era vagamente familiar — era uno de los mozos que había visto trabajando en la propiedad — le acompañaba y ambos llegaban sudorosos.

—¡Oh, Hank! — dijo el mayordomo, enjugándose el rostro. — Llego del pueblo, donde un policía que llegaba del Cuartel General, preguntaba por usted. Le he dicho que estaba en nuestra casa y me ha dado esto para que se lo entregue.

Al mismo tiempo, alargó al sheriff un sobre de papel grueso y de gran tamaño.

—¡Es la fotografía de ese tío que se ha escapado de Dannemora ,a primera hora! — explicó, confidencialmente.

—¡Gracias, Jorge!

Hank iba a meterse el sobre en el bolsillo, sin abrirlo, cuando el mayordomo le detuvo.

—Si le da igual, me gustaría que Enrique... — Dió un empujón hacia adelante al joven que le acompañaba — viese el retrato. Cree haber visto al fugitivo en la carretera que pasa cerca de la propiedad de los Green, hace escasamente una hora.

—¡En seguida, Jorge, en seguida! — contestó bruscamente, Hank. — ¡Estoy ocupado!

E hizo ademán de pasar de largo. Vi que Rine también estaba impaciente, pero el corpachón del mayordomo cerraba el paso.

—¡Vaya, Hank !— exclamó. — Si Enrique no se equivoca, ¿sabe usted lo que esto significa? Ese individuo tiene tan sólo que cruzar la carretera para penetrar en la propiedad. Y

lo que es peor, lo sabe. Anda... — dijo al muchacho, empujándole. — ¡Díselo, Enrique!

—¡Maldito sea! — exclamó el sheriff, con enojo. — ¿Por qué diablo ocurrirá todo a la vez? Aquí estoy, con más trabajo del que puedo hacer y los carceleros de Dannemora no son siquiera capaces de conservar sus bichos detrás de los barrotes de sus jaulas. ¡No hagas caso, hijo, no es tuya la culpa! — añadió al chico. — ¡Desembucha!

El muchacho relató su historia de un modo bastante inteligente. Había ido a casa de la señora Green con el fin de traer huevos para el cocinero y volvía por la carretera que rodea el campamento, cuando, sin previo aviso, un hombre salió del bosque y se le enfrentó. Llevaba una chaqueta sobre un traje de coti, pero lo que le llamó la atención a Enrique fué el hecho de que no llevara sombrero y que algunas pajas estuviesen adheridas a su cabello, como si se hubiese echado a dormir en una granja. Llevaba un cigarrillo en la boca y pidió una cerilla a Enrique, quien se la dió. A continuación, el hombre deseó saber a qué distancia se encontraba del campamento de los Lumsden y al indicarle Enrique que la propiedad empezaba al otro lado de la carretera, el forastero le saludó con la mano y desapareció en el bosque de donde había salido.

—¡Era un hombre delgado, de cabellos grises y que miraba de un modo extraño! — describió el muchacho.

Sin hacer comentarios, Hank rompió el sello del sobre. La tarjeta que estrajo llevaba la fotografía usualmente tomada por la policía, en tres posiciones, de frente y los dos perfiles. Como ocurre casi siempre con esas fotografías, no tenía relieve alguno y carecía de expresión, pero las mejillas hundidas del sujeto y el brillo excepcional de sus ojos resultaban característicos.

El muchacho no vaciló y señaló con el dedo una cicatriz visible en la sien derecha del hombre, en la fotografía que lo representaba de frente.

—¡Es él! — declaró al sheriff. — Lo conozco por esa señal de la frente, señor Wells y ése es su modo de mirar a la gente... ¡Como si sus ojos le quemasen a uno!

Rine pasó en silencio el índice debajo de una frase de la descripción del fugitivo que venía estampada al pie de la fotografía: — "...Una señal honda o depresión débilmente rojiza, en la sien derecha..."

Hank rezongó:

—¿Dónde están mis muchachos?

—Cuando los he visto la última vez, estaban bebiendo una taza de café en la cocina — dijo Alberto.

—Ponga el bote en marcha..., vuelvo en seguida!

Se alejó rápidamente con Wilson y Enrique. Me fijé en que Graziella ya no nos acompañaba. Rine se había adelantado solo y acompañé Alberto a la casita de los botes.

Graziella estaba ya en la lancha, bajo el alto techo de la casita de los botes, donde reinaba una semi-oscuridad. Me senté a su lado, mientras Alberto se colocaba delante del motor. Hank no tardó en llegar y, dejándose caer sin decir una palabra, al otro lado de Graziella, se apoderó del timón. Un minuto después, nos deslizábamos sobre el lago en pleno sol.

La tarde era espléndida, la superficie del lago lisa como la mano, la luz dorada, el aire saturado de perfumes que subían del bosque. Nadie nos hacía caso a Graziella y a mí, pues Alberto estaba absorto en el motor. Hank hacía de timonel y Rine, que se había colocado a proa, miraba al agua, en apariencia enfrascado en sus pensamientos. Me apoderé de una de las manos de Graziella.

—¿Perdonado? — le pregunté.

Se ruborizó y asintió, dejando sus dedos frescos entre los míos.

—¡Querido Pete, cuánto lo siento!

—Querría que esto significase que siente no haberme conocido antes — exclamé. — Desgraciadamente, sé a lo que se refiere. Me está recordando que ama a Waters. Se casará con él, ¿no?

Asintió:

—Si todavía me quiere; pero, querido Pete, yo no haría nunca feliz a alguien como usted. ¡El dinero me ha echado a perder, pero usted... ha sufrido, ha pasado por el fuego! ¡La mujer que le tenga por esposo será feliz!

Era una tontería hablar de ese modo y ella lo sabía... así se lo dije. Sólo lo consigno aquí para hacer constar con cuánta delicadeza intentó suavizar mi dolor.

—No hace tres días que enviudé — prosiguió, — y sin embargo me parece que soy una recién casada. No diría esto a nadie que no fuera usted, porque no me comprenderían, pero creo que usted me entenderá. ¡Le diré que estoy contando las horas hasta volver a ver a Fritz, oír su voz, sentir sus brazos en torno a mis hombros! Lamento la muerte de Vic. Nunca le amé y sin embargo le agradezco lo que hizo por mí... siempre se lo agradeceré... y es horrible pensar que ha muerto de esa manera; pero trato de ser honrada conmigo misma y comprendo que ahora puedo pensar con pena y sentimiento en mi esposo muerto, únicamente porque ya no siento tanta ansia respecto a Fritz...

Lanzó un breve suspiro.

—¡Ya lo ve, soy muy mala en realidad, Pete! ¡No valgo bastante para usted ni para un hombre como Fritz!

Me eché a reír... siempre es fácil reír cuando se acostumbra uno a ello.

—¡En cuanto a mí, estoy dispuesto a correr el riesgo! — le dije.

Largo rato sus ojos miráronse en los míos con afecto.

—¡Querido Pete! — murmuró, apretando mi mano. A continuación la soltó. Lo ignoraba entonces; pero debían ser las últimas palabras que cambiaríamos sobre el asunto.

Suspiró:

—La vida es curiosa. Ha habido un crimen y el criminal continúa en libertad; sin embargo, aquí estamos hablando como si nada hu-

biese ocurrido. ¡Mire usted a esa pareja!

Mis ojos siguieron la dirección de su dedo. Cerca de la ribera y debajo de los árboles plantados a la orilla del lago, una barca se alejaba lentamente de nosotros. El viejo Bracegirdle, en mangas de camisa y reluciente la calva al sol, remaba acompasadamente, mientras la señorita Ryder, sentada a popa con una labor de punto en las rodillas, dejaba colgar una mano en el agua. Tras la opresión del nuevo enigma que surgía a nuestro paso, encontré encantadora aquella escena plácida y doméstica... Los ancianos parecían muy descansados y felices, haciéndose mutuamente compañía en su bote.

—¡Extraña pareja! — comenté. — En fin, me alegro de ver que la seoñrita Ryder se encuentra mejor. Me gusta esa mujer... tiene mucho carácter.

La sonrisa de Graziella se hizo traviesa...

—¡Pobre señorita Ryder! Su amigo Rine se ha mostrado bastante duro con ella, ¿no? ¡Tampoco se ha mostrado indulgente con el doctor!

La mención del nombre de Rine pareció recordarle a Jarvis.

—¡Oh, Pete! — añadió, estremeciéndose levemente. — ¿Y David? Quieren detenerle, ¿verdad?

—Me parece que sí.

Volvió a estremecerse.

—Es horrible pensar que durante tantos días hemos tratado y comido con un criminal. Espero que obrarán rápidamente... no creo tener la fuerza de volverle a ver. ¿Y Sara? ¿Van a detenerla también?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. No logro adivinar el pensamiento de Rine. Sería de creer que el caso de Jarvis es claro y patente y, sin embargo, tengo la impresión de que Rine no está del todo convencido. Aunque si ahora encontramos la joya, tendremos una prueba decisiva.

El detective exclamó de pronto, desde proa:

—¡Basta, basta!

Al mismo tiempo, el motor se paró y continuamos avanzando con la velocidad adquirida. Tenía los nervios en tensión... Habíamos llegado a la boya. A proa, la roca asomaba su cabeza gris y puntiaguda sobre la superficie del lago.

En medio de un silencio opresivo rodeamos los cuatro a Rine. Con una mano éste agarró la boya y con la otra tiró del hilo que estaba atado a la misma. Hank sacó un cuchillo, pero Rine le dijó rápidamente:

—No lo corte. Lo sacaremos así mismo del agua. Ya lo tengo.

Un paquetito cuadrado, envuelto en seda impermeable amarilla y fuertemente atado con hilo de pescar reposaba entre sus manos. Alberto tomó el hilo y lo examinó.

—Esto es un pedazo del hilo nuevo que el señor Lumsden ha traído de Nueva York al llegar — declaró y, con un fuerte estirón, echó la boya y el peso de hierro al cual estaba atada, al interior del bote.

—Muy bien, Alberto — dijo Rine. — Ahora, volvamos a la orilla.

—¿No vamos a abrirlo? — preguntó el sheriff, a la par que señalaba el paquete.

—Aquí no — replicó Rine. — ¿Dónde podríamos meternos para que no nos molesten? ¡En su casa, Pete!

—Conforme — contesté.

El motor dió algunas explosiones. Hank hizo virar a la embarcación y emprendimos el camino de regreso. Exceptuando el bote que contenía la pareja de ancianos, que se iba acercando al desembarcadero, teníamos el lago para nosotros.

—¿Le vieron las muchachas encontrar este paquete? — preguntó Rine al chofer.

—No, señor — se apresuró a contestar Alberto.

—¿Les ha hablado de él?

—¡Ni una palabra, señor Rine!

—¡Entonces, oíganme todos! — nos dijo colectivamente. — Ni una palabra de esto a nadie del campamento. ¿Entendidos?

Murmuramos nuestro asentimiento y a continuación, Rine, Hank y Alberto, juntaron sus cabezas a proa. Me pareció que estaban estudiando el nudo por el cual el hilo que sostenía el paquete estaba atado a la boya.

No había nadie a la vista cuando desembarcamos al pie de mi cabaña. El campamento dormía en el calor de aquella tarde de verano. Rine tomó el paquete, Alberto se echó al hombro peso y boya y subimos a la casita.

Alberto dejó caer su carga en la veranda. Hank sacó su cuchillo; pero el detective insistió en deshacer con los dedos el nudo que ataba el paquete al hilo de pescar. A duras penas contenía mi impaciencia al verle luchar con el hilo mojado, como si dispusiese de un día entero para hacerlo.

Finalmente lo consiguió y el hilo cayó al suelo. Llevando el paquete en la mano, penetró en el interior de la cabaña. Se oyó un leve crugido cuando desgarró la seda impermeable, dejando al descubierto una cajita de cartón que llevaba la inscripción: "Cartier, Quinta Avenida, Nueva York".

—¡Ah! — exclamó triunfalmente el sheriff y, apoderándose de la caja, le quitó la tapa. Vimos una capa de papel de seda que Hank quitó inmediatamente. Cambió de expresión, hundió los dedos en la caja y sacó, no el estuche de piel que esperábamos ver, ni la ajorca, sino un pequeño cilindro de metal, oxidado y oscuro.

Lanzando una exclamación, parecida a un rugido, el detective se lo arrancó de la mano.

—¡Por Júpiter! — gruñó entre dientes. — Andaba buscando un chisme de estos, pero no esperaba encontrarlo. — Y lo dejó caer sobre la mesa.

—¿Qué es? — pregunté.

Pero Rine no estaba de humor para contestar. Estaba loco de exitación.

—Sabía que la vieja se equivocaba — vociferó. — Dije que no había oído un tiro procedente de la cabaña a la hora que indicó; pero esto nos dice que a ninguna hora se pudo oír

disparo alguno. ¡Gracias a Dios, ahora vamos a poder trabajar!

Hank le había tomado por la americana e intentaba en vano atraer su atención.

—¿Qué diablos dice usted? — preguntó ásperamente.

El joven pareció volver en sí.

—Perdóneme, Hank. ¡Es un silencioso! ¿Quiere usted decirme que hasta ahora no ha visto ninguno?

Una voz habló desde el umbral.

—¿Celebran aquí un consejo de guerra o le es permitida la entrada al público?

XXV

ERA el doctor Bracegirdle. ¡No sé si había en el mundo otra persona a la que tuviera menos deseo de ver en aquel preciso momento...! Empezaba a encontrarle aburrido, pesado y entrometido. Sabía que a Rine le pasaba lo mismo. Pensé para mí que no entraría en explicaciones mientras el doctor estuviese presente y me apremiaba oír de labios de mi joven amigo su explicación de nuestro sorprendente descubrimiento.

—Me paseaba en barca con la señorita Ryder — prosiguió Bracegirdle, haciendo caso omiso del silencio súbito que saludó su entrada en la estancia. — Les hemos visto precipitarse sobre la roca, de manera que he pensado hacerles una pequeña visita para saber de qué se trata. ¿Por qué han sacado a flote la boya y qué es ese paquete que parece atado a la misma?

—¿Qué sabe usted de paquetes? — preguntó, bruscamente, Hank. — ¿No me dirá usted que estaba bastante cerca para ver lo que hacíamos?

El anciano caballero sonrió y se sacó a medias del bolsillo de su chaqueta de alpaca unos gemelos.

—Tenía esto conmigo. Siempre me los llevo cuando salgo al lago, porque me gusta estudiar los pájaros. Espero no haber sido indiscreto...

Calló al ver el cilindro metálico que yacía en medio de un pequeño charco de agua, sobre la mesa.

—¡Caramba! — exclamó. — Esto es un silencioso!

Señaló con la mano el pedazo de seda que había caído sobre una silla.

—Envuelto en seda impermeable y atado a la boya. Esto es un escondite muy original...

Miró a Rine:

—¿Puedo examinarlo?

—¡Como usted guste! — dijo Rine, con tono bastante amable. — Todas las huellas dactilares han sido limpiadas hace tiempo, puede usted tenerlo por seguro.

El doctor tomó el silencioso y lo examinó con interés.

—¡Es sorprendente! — hizo observar al cabo. — Según las circunstancias en las cuales se ha descubierto, hemos de deducir que el criminal lo ha usado y en este caso, ¿qué hacemos con el disparo que la señorita Ryder oyó?

—No oyó ningún disparo, doctor... o por lo menos no fué el disparo que mató a Haversley — ontestó Rine, con serenidad. — Verá usted, fué asesinado una hora antes de lo que usted nos dió a entender...

El anciano se irguió, poniéndose a la defensiva en el acto.

—¿Quién dice eso? — preguntó frunciendo las cejas.

—La señora Haversley ha establecido definivamente ese punto.

Miró al que hablaba, arrugando la frente.

—¿La señora Haversley?

—Ella fué quien limpió el cuarto, bajo la impresión de que su esposo se había suicidado, de resultas de la escena de Waters. Cuando encontró a Haversley a eso de las once, el cuerpo se había enfriado ya.

El doctor Bracegirdle parecía anonadado.

—¡Me deja usted asombrado! ¿Cómo es posible que me equivocara de tal manera? Hubiese jugado mi reputación profesional...

Me sorprendió ver a Rine sonriendo amablemente.

—¡Todos cometemos errores, caballero!...

—Sí, pero cuando pienso que les he desconcertado a todos sin quererlo. ¡Le debo mis excusas, joven, y a usted también, "sheriff"!...

Sonrió tristemente.

—Amigos, pronto cumpliré setenta años y con la edad las facultades se embotan. Nosotros los médicos, sabemos que un hombre está dotado de cierta cantidad de vitalidad y que cuando ésta se agota... — Meneó la cabeza. — ¡Estoy confundido..., no sé qué decirles!

Lanzó una mirada penetrante a Rine con sus ojillos perspicaces.

—Esto presta un nuevo aspecto al asunto. Para serle franco, amigo Hank — prosiguió, volviéndose hacia el sheriff, — no me convenció su idea de que Jarvis tenía tiempo de dejar la cama, bajar a la cabaña del Cazador y cometer el crimen, todo esto entre las once y cinco; pero ahora que se descubre que el crimen se cometió a las diez, su coartada no tiene ya base que la sostenga, pues a esa hora, confiesa que estaba fuera y solo... en el lago, según dice. Es claro, ¿no?

Miró triunfalmente en torno suyo.

—¡Claro como el agua de una zanja! — rezongó el sheriff, con aire disgustado. — El muchacho no es ningún gangster, a pesar de trabajar en Wall Street, según me han dicho. Pues bien, ¿de dónde diablos ha sacado esto?

Señalaba con severidad el silencioso.

—¡Su venta está prohibida por la ley...! y por eso los gangsters y pistoleros los tienen. Por eso también, yo que soy sheriff de un país decente que respeta las leyes, si se exceptúan las fechorías de los cazadores furtivos, no había visto nunca ninguno antes de hoy.

Se detuvo para pasarse la mano debajo de la nariz y aspirando con fuerza, continuó:

—Esto... — Y daba golpecitos en el silencioso. — Esto significa premeditación en el

crimen, ¿comprende? ¿Me dirá usted ahora que el muchacho es capaz de haber traído este chismo en su equipaje? A mí me parece que tiene el genio pronto y le creo capaz, si los hubiese agarrado juntos a su novia y a Haversley, de haber arreglado el asunto a tiros. Puede usted contestarme que estaba espiando el momento oportuno con el silencioso preparado; pero nos dijo que no volvió a dejar la cama cuando volvió del lago, a eso de las diez y media, ¿no es así?

—¡Creo que eso fué lo que declaró! — dijo el doctor, con cierta altanería.

Hank dió dos o tres golpecitos en la mesa, con el índice.

—Si él es el culpable, es también el único en saber que Haversley no murió a las once, ¿no es así?

—Lo supongo.

—Entonces, ¿por qué tanto empeño en prepararse una coartada para las once?

—Desde luego, porque sabía que todos creíamos que Haversley había sido asesinado a las once — replicó el doctor, tozudo.

—Para mayor seguridad, ¿no se habría preparado una coartada para la hora exacta del crimen? En vez de esto, confiesa que no la tiene. ¡Eso carece de sentido común!

Rine no había tomado parte en la discusión. Se había tumbado en mi cama y apoyándose en un codo, contemplaba el techo, fumando su pipa. Evidentemente había escuchado lo que se decía, pues observó "sotto voce":

—¡Bien razonado, Hank!

El viejo Bracegirdle, gruñó.

—Bien — continuó, sin dar su brazo a torcer. — Después del descubrimiento de esta tarde, lo único que puedo decir es que encuentro extraño que tuviese necesidad de sacar una embarcación aquella precisa noche y si David Jarvis no es el criminal, ¿me dirá usted quien es él?

Hank se encogió de hombros:

—He estado reflexionando. Hay alguien cuyas idas y venidas durante la noche del domingo, sería interesante investigar.

El doctor se echó a reír:

—¿No se trata de Pete, supongo?

El sheriff no tenía ganas de bromear.

—No es Pete — contestó ásperamente. — Ni usted tampoco, doctor. ¡Es la señorita Ingersoll!

Esta declaración me causó fuerte impresión. Con un sentimiento de remordimiento, comprendí que tenía la culpa de que los pensamientos del sheriff se volvieran hacia ella. La historia que les había contado a él y a Rine de mi encuentro nocturno con la secretaria debió comprometerla grandemente, pero no dije nada de momento. El hecho de que me había hecho su confidente... de que me había pedido alianza... sellaba mis labios. Esperé con impaciencia lo que seguiría.

Bracegirdle, viejo pelmazo, no dió a Hank la oportunidad de desarrollar su idea.

—La señorita, Ingersoll, ¿eh? — exclamó — Esto es muy interesante. Se trata de una mujer joven, competente, autoritaria... pelirroja... tiene el tipo celoso clásico, que acompaña siempre o casi siempre ese color de cabello. Desde luego, era adicta al pobre Haversley; pero creo que habría sentido mucho cualquier usurpación de su influencia sobre él...

—No estaba enamorada de él, si se refiere usted a eso — dije.

Se echó a reír.

—Querido amigo, todas las mujeres se dejan conquistar por los hombres galantes como Haversley.

—No sé nada del tipo de esa mujer — declaró Hank. — Todo lo que sé es que viene de Chicago o de los alrededores de la ciudad y sabido es que los gangsters de Illinois poseen arsenales completos de pistolas silenciosos, fusiles ametralladoras, etc... La joya parece indicarla también... Estaba enterada de su existencia, puesto que firmó el recibí, a parte del hecho de que Haversley se la enseñó. ¡Además la muchacha Carruthers no la tiene, como tampoco Jarvis!

—Es extraño que mencione usted su nombre — intervino el doctor. — Pues ya sabe usted que fué ella la primera en acusar a Waters...

El sheriff pareció impresionado.

—¡Es verdad y fué la primera en hablarnos de la ajorca! Pete la agarró en la cabaña del Cazador, a medianoche. Dijo que buscaba la joya; pero creo que lo que iba a recoger era la factura, con el fin de destruirla.

—¡Caramba, caramba! — dijo el anciano, muy agitado. — No tenía la menor idea de esto. Y, desde luego, no tiene coartada .. nos dijo que estaba arriba la noche de autos, escribiendo a máquina en su cuarto. ¿Ha hecho usted pesquisas en éste...? ¡Para buscar la ajorca, claro!

—Todavía no — contestó Hank. — Pero creo que lo haremos. ¿Qué le parece?

Volveremos a hablar de ello — dijo Rine, mirando por la puerta abierta. — Aquí tenemos a Lumsden y al abogado..., creo que andán buscándole, Hank.

Recordé que Lauff, el abogado de Chicago y Rine, se habían visto ya en la estación. El abogado saludó afablemente a Rine. Era un hombre elegante, regordete, que llevaba lentes sin montura y un terno gris. Se mantuvo algo apartado, mientras Carlos hablaba con el sheriff.

—¿Qué es eso que Wilson me dice de un presidiario escapado que ha visto en la carretera? — preguntó Carlos con agitacion. — Hay una lluvia d emalhechores en esta región... Es el segundo caso que tenemos en tres días. ¿Qué vamos a hacer?

Hank empezó a detallar las medidas que había tomado... patrullas en la carretera, etc. No le escuché. Estaba pensando en la señorita Ingersoll. Bracegirdle tenía aparentemente razón. Era ella, nadie lo sabía mejor que yo, quien había, con sus violentos ataques dirigidos contra Graziella, desencadenado la investi-

gación respecto a las idas y venidas de Waters durante la noche del crimen y ella también quien, cuando el caso de Waters parecía a punto de derrumbarse sin base segura, había hecho uso de mí... me daba cuenta de ello en la actualidad... para echar las sospechas sobre los hombros de Sara, con respecto a la ajorca. Recapacité. Sí, pudo oír a Rine diciéndome que Waters sería probablemente puesto en libertad. Estábamos hablando un instante antes de su llegada a la veranda. No podía prever que la sorprendería en la cabaña; pero al ser tomada, supo inmediatamente transformar la situación a su favor. Me sentía más preocupado a cada momento que pasaba.

Hank sacó la fotografía del fugitivo y la enseñó a Carlos. Lauff se acercó para dirigirle una mirada. De pronto, lanzó una exclamación.

—¡Dios de bondad! — dijo con asombro. — ¡Es Enrique Kummer!

XXVI

RINE dió un respingo, exclamando:

—¿Qué dice? ¿No es el sujeto de quien me ha hablado... el que hereda la fortuna de Haversley?

—¡El más próximo pariente de Hermann Kummer! — añadió Carlos. — Pero este hombre es un presidiario, condenado a cadena perpetua. ¡Debe haber un error!

—Sé lo que digo — declaró el abogado, con gran firmeza. — Hace veinte años que no le he visto y está más delgado y envejecido, pero no cabe duda que se trata de Enrique Kummer, del primo del viejo Hermann y único Kummer que queda. Lo conocería en todas partes a causa de la cicatriz que lleva en la sien. Allí fué donde su caballo le dió una coz cuando era todavía niño... Siempre he pensado que le trastornó el cerebro, a juzgar por la conducta que llevó a partir de entonces. Hacía años que no tenía noticias suyas y le creía muerto, desaparecido durante la guerra o algo por el estilo.

Volvió a mirar la fotografía.

—De manera que ha ido a parar a la cárcel para toda la vida, ¿eh? y bajo otro nombre. Eso no me sorprende... siempre fué muy alocado. Suerte tiene que el viejo Kummer perdiera la razón tres o cuatro años antes de morir, pues de lo contrario, habría sin duda, cambiado las disposiciones de su testamento. ¡Pobre viejo! ¡Si supiera que este presidiario hereda todo su dinero...! ¡En fin, ya le decía a Vic que le convenía tener un hijo...!

—Pero ¿qué ha venido a hacer aquí? — preguntó Carlos. — Es de suponer que ha oído hablar de la muerte de Haversley, aunque me pregunto cómo...

—En presidio reciben diarios — aclaró el sheriff.

—Aun así, ¿por qué correr el riesgo de escapar del presidio? No se pensará que puede presentarse aquí y embolsar unos cuantos millonceros antes de que haya abierto y leído públicamente el testamento?

—Me parece que ni siquiera sabe que es el heredero del viejo Kummer — hizo observar Lauff. — Creo que estaba en Australia cuando Kummer murió y nuestras cartas nos fueron devueltas sin abrir.

—Lo sabía — declaró, sombríamente, Hank. — Este no es el primer crimen que se ha planeado en presidio, ya lo sabe usted, señor Lauff.

—No sé cómo pudo matar al pobre Haversley si es a eso a lo que usted se refiere — replicó el abogado, — puesto que no ha escapado antes de esta mañana.

—No me refiero a eso — contestó tercamente el sheriff. — Usted mismo nos dice que sólo había Haversley entre ese presidiario y los millones de Kummer. Enrique estaba en Dannemora, pero pudo tener un cómplice en el campamento, ¿no?

—¿Un cómplice en el campamento? — repitió Carlos, con gran indignación. — ¿Qué está usted diciendo, Hank?

Después de su primera exclamación, Rine quedó silencioso, inmóvil como una estatua y mirando el lago con las cejas contraídas. De pronto, intervino en la discusión para decir:

—El sheriff ha sugerido con mucho acierto que sería interesante investigar las idas y venidas de la señorita Ingersoll, la noche del crimen...

Carlos dió un paso atrás, alejándose de él.

—¡La señorita Ingersoll! ¡Dios mío! — murmuró.

—Todo tiende a indicar que el crimen se cometió con ayuda de este silencioso — prosiguió Rine, señalando la mesa. — Lo hemos descubierto esta tarde, estaba escondido en el lago. Tal como Hank hace observar, únicamente los criminales profesionales parecen gozar de la oportunidad de hacerse con esos diabólicos chismes, cuya venta está prohibida por la ley.

En consecuencia, este silencioso resulta un indicio que tiende a indicar, sino directamente a Kummer, que estaba en la cárcel, por lo menos a sus compañeros en el crimen, que estaban libres. Del hecho de haber visto a Kummer en los alrededores del campamento, podemos sacar la sugestión de que tiene un cómplice aquí, tal como dice el sheriff. Ahora bien, desde el principio, la señorita Ingersoll se ha dedicado a acusar a una persona tras otra, sin dar una explicación satisfactoria del empleo de su tiempo, la noche del crimen. Tenemos todavía que descubrir qué conexión existe entre ella y Kummer; pero es muy posible que fuese ella quien, por ser secretaria particular de Haversley, descubriese que Kummer era el más próximo heredero. Pueden ser antiguos conocidos o ella puede haber averiguado su paradero, enviándole la noticia a presidio. ¡Eso, no puedo

decirlo, pero estoy virtualmente seguro y creo que el doctor Bracegirdle está de acuerdo conmigo — buscó con la mirada al anciano médico, que parecía preocupado, — en que por fin hemos encontrado la buena pista!

Aunque yo no era el abogado defensor de Bárbara Ingersoll, tuve que hablar en su nombre. Estaba sola, sin defensa y todos se levantaban contra ella. La expresión severa que traducían todos los rostros me lo probó a las claras. Mi imaginación me la representó, serena y resuelta. Era el rostro de una mujer que tuvo que abrirse paso en el mundo, deseosa de estar al abrigo de la necesidad, anhelando la felicidad, imperiosa, dominante, quizá, tal como Bracegirdle había dicho, celosa, eso sí... ¡pero no embustera!

—Eso suena muy bien y parece muy plausible, tal como lo explica Rine — declaré. — Pero, créame; está cometiendo un error tremendo. La señorita Ingersoll ha perdido un buen empleo y cuanto ha hecho o dicho para entorpecer esta investigación, ha sido debido a su terror de caer en manos de la policía y serle imposible encontrar otro. ¡Es una muchacha respetable, de altos ideales y es completamente imposible asociarla con criminales!

Con ferocidad inesperada, el detective se volvió hacia mí. Su brusco ataque me cortó la respiración.

—¡No se meta usted en eso, Blakeney! — dijo ,agriamente. — ¡Ya se ha entrometido bastante! Usted ha animado a su amiga la señora Haversley para que callara cosas de importancia vital y todavía me queda por saber qué hay en el fondo de su encuentro nocturno con la señorita Ingersoll. ¡Comprenda usted de una vez para siempre que es algo muy serio poner trabas a una investigación de la policía! El sheriff se lo dirá igual que yo y si quiere seguir mi consejo, ande usted con cuidado. Otra cosa todavía... ¡Una sola palabra a la señorita Ingersoll respecto a lo que ha oído esta tarde y se encontrará allí donde no pueda estorbar!

Me volvió bruscamente la espalda y la sangre me subió al rostro. ¡Qué atrevimiento el de aquel muchacho! ¡Hablarme a mí en ese tono! Antes de poder contestarle, sentí que alguien me tomaba el brazo. Era Carlos.

—¡Ahora no, amigo mío! — me susurró al oído.

—¡Pero no tiene derecho a hablarme así!

—¡Hágame este favor, Pete..., le pedirá una explicación luego!

Me fijé en que Hank permanecía silencioso. Ni siquiera me miró. Me pareció que deseaba no verse asociado al ataque de Rine, de manera que me encogí de hombros y callé.

Bracegirdle habló entonces.

—La ajorca nos daría una pista excelente — dijo a Rine. — Pero es menester encontrarla. Debe tenerla escondida en algún rincón, a menos que la haya expedido fuera.

—He visto a la encargada de correos — interpuso Hank. — Nadie del campamento ha enviado un paquete por el pueblo desde hace más de una semana.

—En tal caso, sigue aquí — afirmó el doctor. — ¿Registrará usted su cuarto? — preguntó a Rine.

Carlos, abrumado por el peso de su responsabilidad de dueño de la casa, parecía muy contrariado.

—¿Supongo que es inevitable? — preguntó.

El detective asintió.

—Sí, pero es esencial que ella no sospeche nada hasta que haya podido realizar una investigación respecto a su pasado. Iré al pueblo ahora mismo y entretanto lo mejor sería que la alejasen de la casa y usted y el doctor hiciesen un registro completo.

—Me parece que lo más indicado es que les acompañe — dijo Hank.

—Amigo mío — gritó Rine, muy agitado. — Usted viene conmigo. ¿Tiene el coche aquí?

—¡Claro!

—¡Vamos, pues!

Se volvió hacia Carlos.

—No pase usted nada por alto, ¿quiere? ¡Y sobre todo, que ella no se dé cuenta de nada! Regresaré más tarde.

Apoderándose del brazo de Hank y recogiendo de paso el silencioso y la caja salió como un torbellino.

XXVII

LOS criminalistas nos dicen que el crimen es la consecuencia de tres pasiones: amor, venganza, o codicia y que de estas tres causas, la última es la más frecuente. Tuve que confesarme que todas las teorías que había formado sobre aquel caso iban derrumbándose por falta de base. Con la aparición en escena del misterioso Jorge Martín y su identificación con Enrique Kummer, el heredero del asesinato, un motivo completamente nuevo y mucho más poderoso que los que habíamos examinado, quedaba al descubierto, puesto que con cada paso que avanzábamos, se hacía más patente que no se trataba de un "crime passionel", ni de un homicidio cometido en un momento de locura pasajera, sino de una fría y sabia conspiración para deshacerse del desgraciado Haversley con el fin de heredarle.

El poeta que escribió lo de encontrar "el crimen a su paso", no sabía lo que decía. No habría conocido un criminal si hubiese surgido a su lado. Yo ya sabía que un criminal no tiene una cara especial. Uno de los huéspedes de Wolf Lake había derramado sangre; sin embargo, seguíamos todos comiendo, bebiendo, durmiendo, yendo y viniendo, sin que nada nos indicara quién era el culpable. Con una duda que me hirió a lo vivo, comprendí de pronto que podía estar totalmente equivocado respecto a la se-

ñorita Ingersoll. En todos los casos criminales hay una serie de "primos" y yo no sería el primero en dejar adormecer mis sospechas o en dejarlas arrancar de cuajo por una mujer listísima y sin escrúpulos. Al pensar en esta posibilidad, deseé en el fondo de mi corazón no haber ido nunca al campamento ni haber visto jamás a ninguno de sus habitantes, incluyendo a Graziella.

A la llegada de Carlos y del doctor, Alberto se había deslizado fuera y, finalmente, quedamos solos en la cabaña. Viendo que mis dos compañeros estaban hablando animadamente, me acerqué al aparador y me preparé un buen vaso de whisky. Bracegirdle estaba hablando a Carlos del descubrimiento del silencioso y de las deducciones que Rine basaba sobre esta pista, respecto a la hora en que se cometió el crimen. Fuerza me es confesar que el anciano se mostró muy franco en lo que se refiere al error que sufrió. Carlos quiso saber en qué quedábamos respecto al tiro que la señorita Ryder decía haber oído. ¡O hubo tiro o no lo hubo... no puedo imaginarlo! Bracegirdle se mostró vago. Era preciso preguntárselo a ella; pero al día siguiente y no aquella misma noche, pues no estaba completamente restablecida de su ataque, aunque había insistido en dar una vuelta sobre el lago con el fin de respirar un poco de aire fresco. Tenía el corazón débil y tantas emociones la habían trastornado.

Carlos se me acercó de pronto.

—No haga caso de lo que dice Rine. Está nervioso y no es de extrañar...

—Graziella me confió su historia, pidiéndome que guardara el secreto — contesté. — ¡No me era posible traicionarla!

—Lo sé. — Carlos era un excelente amigo, un hombre entre mil. — Pero, amigo Pete, ahora debe ayudarnos. Voy a decirle a la señorita Ingersoll que desea hablarle aquí... Encontrará usted un pretexto cualquiera... y mientras está con usted, registraremos su cuarto.

—Y entonces, si no descubren la joya, Rine me acusará de haberla puesto sobre aviso. ¡Gracias!

—Rine es razonable... debe saber, lo mismo que nosotros, que quien tuviera esa ajorca, se habrá desembarazado de ella hace tiempo.

—Lo siento, Carlos; pero prefiero no tener nada que ver en todo eso.

—¡Lo arreglaré con Rine, se lo aseguro!

—No estoy pensando en Rine, sino en la muchacha. Aunque Vic le diese la joya, ¿es acaso prueba de que lo mató?

—Sería un indicio tremendo a favor de esta teoría. ¿Y qué me dice de la caja?

—¿Qué caja?

—La que contenía el silencioso. Viene de la casa Cartier, ¿verdad? ¿No ve usted, hombre, que es el eslabón que reune la joya con el crimen?

Tenía razón, no me había fijado en ello. Carlos continuó diciendo con firmeza:

—Voy a registrar su cuarto y si la joya no está allí, registraré toda la casa. Si me hubiesen dejado hacer, la habría llamado, acusándola sin rodeos del crimen, pero supongo que tengo que dejar eso en manos de Rine. ¡Venga, Pete, nos ayudará usted, lo sé!

Su mirada se posó sobre mi máquina portátil.

—¡Puede decirle que tiene que darle algo que copiar!

El viejo Bracegirdle metió baza, diciendo:

—¡Es un deber social, hijo mío! ¿No cree usted que el pobre Haversley merece un pensamiento? Lo menos que podemos hacer es dejar a un lado toda consideración personal e intentar descubrir su asesino.

—Esa muchacha no es nada para mí...

Empezaba a sentirme enojado, cuando alguien llamó a la puerta. La abrimos, y en el umbral apareció el policía Good.

—Señor Blakeney — anunció. — El sheriff me ha enviado en busca de la boya.

Al hablar, me guiñó el ojo izquierdo.

—Está en la veranda, Fred; llevaré el hilo para que no se le enrede — dije, saliendo con él.

El policía echó una mirada por encima de mi hombro y, abriendo la mano, me dejó entrever un pedazo de papel. Cerrándola nuevamente, me dijo:

—No necesita el peso — y se inclinó para desatarlo.

Mientras estaba en esta postura, me susurró sin mover apenas los labios:

—¡Es del señor Rine! Me ha dicho que no lo dejase ver a nadie. Acompáñeme un rato por la orilla del lago y se lo daré a escondidas.

Grandemente asombrado, obedecí. Allí donde los árboles nos ponían al abrigo de las miradas indiscretas, Fred me entregó la nota y llevando la boya, continuó hacia el pequeño muelle donde se divisaba la alta figura del sheriff arengando a un grupo de agentes. Era una hoja de papel delgado, arrancada de un cuaderno, doblada de arriba abajo y vuelta a doblar muchas veecs, como las notas que los colegiales se pasan entré sí durante las clases.

Lo desdoblé y leí lo que sigue:

"Ha hecho muy bien defendiéndola, pero apuesto diez dólares o libras, contra uno, como usted quiera, a que encontrarán la ajorca en su cuarto. No se lo diga a nadie, pero vea si tengo razón.

P. R.

P. S. ¿Sabe si pesca?

Me sentí aliviado al leer esta extraña comunicación, adivinando que, a su manera, el detective ponía en mi conocimiento que había descubierto la existencia de la joya en poder de la señorita Ingersoll. Recordando su carácter cauteloso, estaba convencido de que no se habría atrevido a hacer semejante declaración

sin buenos motivos y los últimos vestigios de mi fe en la secretaria se desvanecieron lentamente. Tampoco me disgustaba volver a gozar del favor de Rine, aunque no dejaba de intrigarme la brusca transición entre el tono amenazador que había empleado para hablarme antes y el bastante genial de su notita. Volví a leer ésta y la hice pedacitos, que eché en una conejera.

Carlos y el doctor me esperaban con impaciencia evidente.

—Subirá a vestirse dentro de media hora — dijo Carlos, — y quiero concluir antes de comer. ¿Qué decide usted, Pete? ¿Nos ayuda o no?

—Bueno — le dije. — ¡Envíemela!

Y me bebí otro vaso de whisky.

Necesitaba un estimulante, porque el papel que me habían asignado me repugnaba. Sentado allí, me comparaba a Judas esperando al Señor en el jardín. Era el único amigo que la muchacha tenía en la casa; me había dado su confianza y su simpatía y a cambio iba a traicionarla... a dormirla en una falsa seguridad, mientras Carlos y aquel fantoche de Bracegirdle registrarían sus ropas y efectos. Pues bien, era demasiado tarde para volverse atrás. Nada de medias tintas... tendría que llevar el asunto hasta el final. Después de todo, ella tenía la ajorca. Rine parecía convencido de ello y sabía lo que decía. Eso significaba que me había mentido continuamente. En tal caso, no era merecedora de compasión... Bebí otro vaso.

Estaba ante el aparador, cuando oí sus pasos fuera de la cabaña.

—El señor Lumsden dice que desea verme para darme algo que copiar — dijo, desde el umbral.

—¡Eso es! — contesté. — Entre y siéntese. Se trata de la primera mitad del tercer acto. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias.

Se sentó ante la mesa y miró mi máquina portátil.

—¿Esto es lo que escribe? — preguntó, mirando una hoja metida en el carro de la máquina.

—Sí.

Severamente, corrió el dedo por los tipos.

—¿Ha limpiado alguna vez esta máquina?

—Me parece que no.

Meneó la cabeza.

—Las fábricas de máquinas de escribir pagan dividendos gracias a la gente como usted. ¿Tiene un cepillo?

Le dí la caja de las herramientas y, arremangándose, empezó a limpiar la máquina.

—¿Que van ustedes a hacer con David Jarvis? — preguntó, mientras cepillaba con ardor.

Me encogí de hombros.

—No tengo la menor idea. Hank y Rine se han ido juntos, no sé a dónde.

—¿Acaso han descubierto algo nuevo?

—¡No se lo podría decir!

—¿Sacaron algo de su amiga, la señora Haversley?

—¡Lo ignoro! ¿No podríamos hablar de otra cosa para variar? Estoy cansado y asqueado de todo eso!

Mi tono debió de ser bastante brusco; pero sin levantar la vista de su tarea, observó tranquilamente:

—Estoy segura de que el whisky es malo para su pecho...

Me eché a reír:

—¡Primeramente mis cigarrillos y ahora, el whisky! ¡Trabajo se le prepara si trata de reformarme, querida mía!

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, mientras daba vueltas al carro.

—¡Es hora de que alguien le tome a usted por su cuenta!

Continuó limpiando en silencio.

—Ahora verá usted cómo escribe mejor — dijo, finalmente. — ¿Qué es lo que desea que copie?

Le alargué mi manuscrito, metido en una carpeta.

—¿Puedo leerlo? — preguntó.

—¿Por qué no? ¡Tendrá que hacerlo de todos modos si lo ha de copiar!

Mi tono era más adusto de lo que quería que fuese, pero la situación empezaba a atacarme los nervios. La muchacha me miró a los ojos:

—¿Quiere darme un cigarrillo?

Le dí mi paquete.

—¿No cree que le harán daño? — dije, secamente.

Sonrió:

—¡No tengo un pulmón enfermo!

Se inclinó para encender el cigarrillo a la llama de la cerilla que encendí para ella y, poniéndose sus horribles lentes, empezó a leer.

Estaba consumido por febril impaciencia. Me figuraba a Carlos y al doctor abriendo armarios, buscando en los cajones de las mesas y esperaba ver llegar a uno de ellos de un momento a otro, llamándome silenciosamente afuera. Finalmente, incapaz de aguantar la espera un momento más, empecé a caminar de arriba abajo.

La muchacha levantó los ojos instantáneamente.

—¡Por favor! — murmuró. — ¿No puede estarse quieto? Casi he concluido...

—¡Deje eso! — le contesté. — Tiene tiempo de sobra para leerlo. Quiero hablarle... — Pero recordando de pronto la post-data de Rine, añadí: — ¡Dígame algo de usted! ¿Por qué se interesa particularmente?

Se encogió de hombros:

—¡Por mi trabajo, por conservar mi empleo!... ¿Por qué?

—Me refiero a las diversiones. La pesca, por ejemplo. No la he visto pescar aquí, ¿verdad?

—No estoy aquí en calidad de invitada, co-

mo usted — contestó, riendo. — ¡Soy abeja, no zángano!

—Pero, ¿pesca usted?

Se rió con incredulidad:

—¡Yo! Lo único que he pescado en mi vida han sido colocaciones. — Puso la mano sobre mi manuscrito. — ¿Por qué no me dijo que sabía escribir así?

—¿Cómo?

Sin inmutarse, prosiguió:

—Esta escena de amor al principiar el acto, amigo mío, es encantadora. ¡Tan tierna... tan intuitiva! Y las frases de Esteban para explicar a Dafne la causa de su amor... tienen una sinceridad que convence, que conmueve. Sólo con leerlo me he sentido un nudo en la garganta. ¡No sabía que fuera capaz de escribir esto!

—¡Tal vez es un caso de satisfacción vicaria, como el de esas solteronas que escriben libros sexuales!

Suspiró:

—¡Me gustaría que no fuese siempre tan cínico! Creo que es espléndido que un hombre que ha pasado por lo que usted ha pasado haya conservado sus ideales.

—¡Los ideales de la juventud son los dioses falsos de la edad madura!

Me miró severamente:

—¡Esto es un buen epigrama para una comedia, pero no es cierto!

Y antes de darnos cuenta, nos enfrascamos en una discusión sobre el amor.

Me había alabado, alabando lo que escribía y era agradable hablarle. Sabía escuchar a uno sin interrumpir, comprendía en seguida lo que se le decía. No diré que olvidé la sombra que pesaba sobre ella; pero la animé a hablar, porque me impedía vigilar la marcha de las agujas de mi despertador, que se acercaban inexorablemente a la hora de vestirse para la comida. Me sobresalté cuando finalmente, al dar las siete, oí los pasos de Carlos en la "veranda". Al mismo tiempo, se oyó el primer toque de batintín en la casa.

Carlos entró. Llegaba solo y su expresión no me dijo nada. Disimulaba perfectamente. Al oír el batintín, la señorita Ingersoll recogió mi manuscrito y, al ver a Carlos, se encaminó rápidamente a la puerta...

—Vengo a ver si decido a Pete a comer con nosotros — dijo Carlos, del modo más natural, cuando pasó por su lado.

Pero cuando hubo salido, dejó caer la máscara. Abrió en silencio la mano y vi algo brillante sobre sus dedos.

—Hemos revuelto todo — dijo, — pero finalmente la hemos encontrado. Estaba escondida en el fondo del saco para la ropa sucia que colgaba en el cuarto de baño.

XXVIII

MIENTRAS viva, recordaré aquella velada interminable. Todos sus detalles han quedado en mi memoria. Creo que todavía podría detallar el menú de la comida... sé que hubo una trucha pescada en el lago y pollo en "casserole", a más de uno de los mejores postres del cocinero, en el cual figuraban melocotones, mantecado y jalea de frambuesa. Siguiendo la orden del doctor Bracegirdle, la anciana señorita Ryder guardaba cama y Fritz Waters continuaba, desde luego, ausente; pero, aparte de estas excepciones, todos los demás nos encontrábamos en torno de la mesa: Graziella, Sara y David, la señorita Ingersoll y también el abogado, que pasaba allí la noche. Eso se debía, sin duda, a Edith. Siendo Lauff forastero, era digno de ella insistir para que todo el mundo hiciera un esfuerzo en su presencia. Tomaba su deber de ama de casa muy seriamente.

La comida fué una horrible prueba, no tan sólo por mí, sino para todos. Con sólo cerrar los ojos vuelvo a ver la escena... la mesa ovalada, en el extremo del espacioso salón, con sus bujías adornadas de pantallas y su mantel de encajes... oigo el ruido de los cuchillos y de los tenedores, la tocesilla nerviosa que de vez en cuando rasgaba el inevitable silencio que caía sobre cualquier tentativa de iniciar una conversación. La casualidad quiso que la señorita Ingersoll se sentara frente a mí. Después de lo ocurrido entre nosotros cuando nos encontramos en la "veranda", inmediatamente antes de la comida, debía encontrar la posición tan intolerable como yo.

Había aceptado la invitación de Carlos, no porque me gustara la idea de pasar la velada en compañía de la muchacha, sino a causa de mi humor, para el cual cualquier compañía era preferible a la mía propia. Además, deseaba estar cerca cuando Hank y Rine regresasen. Carlos había enviado a Alberto al otro lado del lago con una nota para el "sheriff", dando cuenta del descubrimiento de la joya. Mientras tanto, sólo podíamos esperar.

Cuando llegué a la casa, acababan de tomar el "cocktail" y los invitados pasaban de la "veranda" al comedor. Había tomado otro "whisky" en mi cabaña, con Carlos y, comprendiendo que ya había bebido bastante, me alegré al llegar tarde para ingerir otro. Seguía a los demás al interior de la casa, cuando la puerta metálica del salón se abrió y la señorita Ingersoll salió.

Con voz angustiosa, me dijo:

—¡Espere un minuto! ¡Quiero hablarle!

Y, mirando atrás, hacia las luces de la mesa que brillaban a través de las ventanas abiertas, me llevó consigo al otro lado de la "veranda".

—Han registrado mi cuarto — exclamó, trémula, y repitió: — ¡Han registrado mi cuarto! ¡Oh, Pete! ¿Qué haré?

¡Desde luego, echaba de menos la ajorca! Tal vez el "whisky" que había bebido ejercía su influencia sobre mí; pero lo único que hice fué mirarla fijamente, sin decir palabra. La noche caía en la "veranda" y el traje de noche negro que se había puesto se confundía con las sombras, de manera que sólo su rostro era visible.... un óvalo pálido, alumbrado por unos ojos suplicantes. Estos se llenaron de consternación tras unos segundos de fijar su mirada en los mios.

—¿Por eso me envió usted a buscar? — murmuró finalmente y, dando media vuelta, entró en la casa.

Creí que, sabiéndose sospechosa, encontraría una excusa cualquiera para no comer con los demás; pero, no, al entrar en el salón, la ví sentada a la mesa con todo el mundo. Era evidente que no tenía nada que perder ya y que fuese lo que fuere lo que la esperaba, tenía intención de hacer frente a la situación. No pude menos de admirar su valor.

Ni una sola vez me miró durante la comida, aunque cada vez que levanté los ojos de mi plato, se posaron sobre su rostro.

Una vez más la duda me asaltó de que ninguna mujer que hubiese planeado y ejecutado aquel crimen horrible, tendría su aspecto. Libres de sus lentes, que la desfiguraban, sus ojos eran límpidos y serenos y su vestido negro le daba un aire distinto, mientras la luz de las velas realzaba la blancura de su piel. Mientras bebía mi jerez, reflexioné que su cabello tenía exactamente el mismo color que el amontillado de Carlos; pero al examinarla me pareció ver aquella ajorca de diamantes en torno de su muñeca y sentí un dolor punzante. ¿Cómo era posible cerrar los ojos ante la prueba convincente de la ajorca?

Servían la fruta cuando llamaron a Carlos al teléfono. Estaba demasiado lejos para oír el mensaje que la doncella trajo; pero el viejo Bracegirdle lo oyó evidentemente, puesto que se levantó en el acto y siguió a Carlos fuera de la estancia. Adiviné que Hank o Rine se encontraban al otro extremo del hilo. Abandonamos la mesa para tomar el café, y al ver que Carlos y el doctor no regresaban, fuí a buscarles. Carlos tenía una especie de despacho reducido a un lado del "hall". Los encontré allí.

—¡Bonito asunto, Pete! — me dijo Carlos. — Rine acaba de telefonearme. No volverán esta noche, ni él ni Hank.

—Sabe lo de la joya, ¿verdad?

—Claro; pero dice que no ha acabado de tomar informes acerca de la muchacha y que no piensa hacer nada respecto a interrogarla hasta mañana por la mañana. Creo adivinar que a Hank le asusta cometer un nuevo error al detener a alguien. Pues bien, aquí estamos con un criminal en casa. Voy a decirle algo... Esta noche estaré de guardia ante su puerta. Le apuesto cualquier cosa que sabe que se sospecha de ella. ¡Lo comprenderá tan pronto como eche de menos la joya!

—Sabe que han registrado su cuarto... me lo ha dicho antes de comer. ¿Está usted seguro de no haber dejado todo revuelto?

Carlos se sonrojó.

—Teníamos que obrar de prisa... no sabíamos cuánto tiempo lograría retenerla; pero, tanto da... ya le dije a Rine que se daría cuenta de la desaparición de la ajorca.

Súbitamente, su voz se hizo quejumbrosa.

—No sé lo que les ha pasado a esos dos. Hank había dejado tres policías para patrullar el campamento, por si ese sujeto llamado Martín volviese a aparecer. Pues bien, Alberto acaba de llegar diciendo que Hank les ha quitado de ahí, explicando una historia disparatada acerca de haber sido visto el individuo aquel subiendo a un tren que va hacia el Sur. Hank estaba ausente cuando he hablado con Rine. He protestado, pero Rine dice que no puede intervenir.

Me encogí de hombros

—¿Así, pues, suspendemos la sesión hasta mañana?

—¡Qué remedio nos queda! — rezongó Carlos.

El doctor, que nos escuchaba, se sacó el reloj del bolsillo.

—He prometido a Janet que iría a verla en el Pabellón Amarillo, después de comer, para ver cómo se encuentra — declaró. — Luego, creo que me iré a acostar... El día ha sido agitado. ¡Buenas noches, Carlos!

—Le acompañamos hasta la veranda, Oscar — contestó el dueño de la casa, y volvimos a entrar en el salón.

Un fuego de troncos de encina que ardía en el espacioso hogar de piedra, nos recordó que el verano iba tocando a su fin. En el salón, reinaba un silencio inusitado. De pronto, me dí cuenta de que Edith había congregado a todos los huéspedes de la casa, para qeu la ayudaran a acabar su rompecabezas, formidable pasatiempo que contaba la friolera de 1.200 piezas y sobre el cual, ella y la señorita Ryder, ayudadas a ratos por los demás, habían trabajado durante el día. El grupo reunido en torno a la del rompecabezas hablaba poco. Todos estaban enfrascados en aquel trabajo, de manera que el alegre "¡Buenas noches!" del doctor, sólo obtuvo una distraída contestación.

Fuera, la temperatura había bajado y el fuerte viento ponía en danza las hojas muertas que cubrían el suelo de la veranda. La noche era oscura y tempestuosa y la luz colgaba en el pórtico del "Bungalow" de los Solteros" parecía subir y bajar según las oscilaciones de las ramas de los árboles que nos separaban de él. Más abajo y a lo lejos, allí donde una extensa mancha oscura señalaba la presencia del lago, se veía un pequeño cuadro de luz brillante. Era una ventana iluminada del "Pabellón Amarillo", situado frente al agua. El viejo Bracegirdle nos lo hizo notar.

—Janet no duerme todavía — observó. — ¡Adiós a los dos! Le veré mañana por la mañana, Carlos.

Abrochándose la chaqueta, desapareció por el sendero.

Volvimos a entrar en el salón. Los demás trabajaban en el rompecabezas por grupos, uno en los lados, otro hacia el cielo, un tercero las figuras, etc. Vi a la señorita Ingersoll, que se había unido a Lauff y a Dickie Lumsden. Estaba serena y aparentemente absorta en el trabajo. El batir de sus párpados, que dejó caer rápidamente sobre sus ojos al verme llegar, fué el único indicio que recogí de que se había dado cuenta de mi presencia.

De pie, a alguna distancia, les contemplé pensativamente. De vez en cuando y con un pequeño "¡Ah!" de satisfacción, alguien colocaba una pieza en su sitio. De pronto empecé a pensar en Rine. Allí fuera, en la oscuridad de la que acabábamos de salir, él también estaba ajustando las diversas piezas de un rompecabezas. Los hilos del telégrafo estarían zumbando de Nueva York, Chicago y Dannemora hacia el Norte. En los centros policíacos de ambas ciudades y en los archivos de la cárcel, estarían compulsando papeles y documentos, y al transcurrir las horas y recibir gradualmente los informes; el rompecabezas de Rine, al igual que el de Edith, iría tomando forma. Me parecía verle escogiendo piezas, probándolas, una tras otra, hasta encontrar la que cayese sin dificultad en su sitio.

¿Pero qué figura, qué rostro, iba a revelar el cuadro completo? ¡Para saberlo era preciso esperar el día siguiente!

Viendo que todos estaban absortos en su tarea, no me tomé la molestia de darles las buenas noches, sino que salí sigilosamente para irme a la cama.

XXI

De las profundidades de un pesado sueño pasé a la superficie de un despertar consciente. Una mano me tapaba la boca. Alguien me sacudía levemente y una voz me decía:

—¡Pete, Pete, despierte!

La cabaña estaba hundida en la mayor oscuridad, y la noche, negra como la tinta, no enviaba luz alguna a través de las ventanas. Aparté la mano con un movimiento brusco y tomé mi lámpara eléctrica, que guardaba debajo de la almohada; pero en el acto de encenderla, me fué arrancada, y la oscuridad volvió a rodearnos.

—¡Sin luz, por lo que más quiera! — susurró la voz.

Era Rine.

Me incorporé y pude divisar su silueta al lado de mi cama.

—¿Qué hora es? — pregunté.

—Las doce y media. Hable en voz baja, ¿quiere? ¿Por qué se ha metido en la cama tan temprano?

—Usted dijo a Lumsden que no volvería. ¿Qué sucede?

—¡Nada! Si no le importa, me gustaría estar aquí con usted un momento... Estoy esperando un mensaje.

—¿Quiere beber algo?

—No vendría mal, si puede encontrar un whisky a oscuras.

—¡Espere!

Me fuí a tientas hasta el aparador, encontré la botella y el sifón del mismo modo y le preparé un vaso lleno.

—¿Hank le acompaña? — murmuré, alargándoselo.

—¡Luego vendrá! ¡A su salud!

Oí un gorgoteo, un suspiro de satisfacción, y Rine dijo en voz baja:

—¿Ha recibido mi nota?

—Sí. Le debo un dólar, ¿no? ¿O es una libra?

Una risa contenida llegó a mis oídos en la oscuridad y sentí el calor de su mano sobre la mía.

—¿No está enojado conmigo por haberle tratado de esa manera?

—No era necesario.

Volvió a reír.

—Así, pues, ¿era la señorita Ingersoll?

—Más vale no hablar ahora, si le da igual — susurró. — Echese nuevamente a dormir, si quiere, o si prefiere ver toda la función conmigo, vístase. ¡Fuera hace fresco! Pero, sobre todo, no haga ruido.

Recogí mis vestidos y me los puse como pude en la oscuridad, rodeándome el cuello con una bufanda de lana para protegerme contra el viento frío. Me senté luego a su lado, sobre la cama. Con el rostro vuelto hacia la pared, esperamos.

Al reinar un completo silencio en la cabaña, todos los ruidos nocturnos de los bosques empezaron a ser audibles. Por encima del canto incesante de las ranas, a orilla del lago, gritos y alaridos fantásticos llegaban espasmódicamente a nuestros oídos. El crimen y la muerte acechaban en los bosques de noche y mientras iniciábamos nuestra vigilia en la oscuridad, pensé en formas furtivas que se abrían paso entre la maleza, en ojos verdes y centelleantes, en labios contraídos por un rictus horrible sobre colmillos puntiagudos y crueles. Al amparo de la noche... pensé, con un estremecimiento de repulsión... el asesino de Haversley se había arrastrado hasta su víctima.

La inmovilidad de Rine era extraordinaria... Ni un músculo de aquel hombre se movía. Sin embargo, con el paso del tiempo, comprendí que a pesar de su aparente estolidez, tenía los nervios tirantes hasta el punto de romperse... Se parecía a un corredor agachado, esperando el tiro que da la señal para emprender la carrera. Eran tal vez la obscuridad y la quietud lo que me hacían indebidamente susceptible para esas influencias; pero sentí como un flúido magnético emanar de la figura inmóvil junto a mí y lanzar vibraciones que me cubrían de onda tras onda de excitación, hasta que el ner-

viosísmo de aquella espera me hizo entrar unas tremendas ganas de gritar. Pero la serenidad del detective era inexorable y con un esfuerzo, me dominé.

Haría cosa de una hora que estábamos sentados, cuando oímos tres veces consecutivas el grito de la lechuza, seguido de dos más, que venían de cerca. Inmediatamente, Rine se puso en pie y la presión de su mano sobre mi pierna me dijo tan claramente como si hubiese hablado: — ¡Quédese ahí! — Sigilosamente, se acercó de puntillas a la puerta y salió.

Al cabo de un momento, la puerta chirrió suavemente y su ¡Pstt...! llegó a mis oídos, débil como un suspiro. Al reunirme con él en la veranda, vi una figura alta y flaca alejarse por el césped hacia el sendero que serpenteaba a lo largo de la orilla del lago. No había error posible respecto a aquella silueta... era Hank. Aunque sólo estaba a doce pasos de mí cuando le vi, al cabo de un segundo había desaparecido sin hacer ningún ruido, tragado por aquella intensa oscuridad.

Nunca había visto una noche tan negra desde mi vuelta del frente. Debía de haber luna; pero grandes masas de nubes la obscurecían, borrando las estrellas. Como un paño mortuorio de terciopelo negro, la noche cubría las aguas del lago.

Rine acercó los labios a mi oído.

—Hank — dijo, — encenderá una luz a través de los árboles, allí donde desea que vayamos. — Señaló luego en dirección al muelle. — Lo mejor será dejar la puerta bierta para ver su señal desde el interior. ¿Dónde está aquel peso?

—¿Qué peso?

—El peso al cual estaba atada la boya. Estaba aquí. ¿Se la ha llevado, acaso, el agente?

—No, y estaba aquí esta noche, cuando me fuí a la cama. ¡Lo vi!

Busqué a tientas en el suelo... El peso había desaparecido.

Volvimos a oír el grito del buho. Venía de la entrada del sendero. Rine se volvió y bajó los escalones del pórtico con la velocidad de un rayo. Le seguí sin vacilar y en el primer recodo del sendero topamos de manos a boca con dos figuras indistintas. Una de ellas era Hank. El ruido metálico de sus espuelas nos reveló la identidad de la otra: era el policía Good.

El sheriff nos dijo, muy bajito:

—He encontrado a Fred y he vuelto porque no nos atrevemos a encender una luz. Dice que han sacado un bote...

—¿Un bote? — murmuró Rine, muy agitado. — ¿Quién?

—No he visto nada; la noche es tan negra... — contestó el policía, en voz baja. — Y no me he atrevido a acercarme mucho, por temor a que me vieran. He recordado lo que usted y el sheriff decían, pero les he oído hablar detrás del "Pabellón Amarillo" y luego el ruido de dos remos... — Levantó la mano. — Escuchen, todavía pueden distinguirlo.

En el silencio de muerte que siguió, el ruido rítmico de los remos hundiéndose en el agua llegó a nuestros oídos.

—¿Un bote? — repitió el detective, que parecía asombrado. De pronto me tomó el brazo. — ¡Dios mío! — murmuró entre dientes. — ¡El peso! — Agarro al sheriff por las solapas.

—¡Vamos, Hank, es preciso seguirles!

—¿Qué peso? — preguntó Hank.

—No perdamos tiempo discutiendo — exclamó Rine. — Vaya adelante, Fred Good y ponga en marcha la mayor de las canoas automóviles de los Lumsden.

—¿La lancha? — murmuró el sheriff, con aire dubitativo. — Nos oirán, hijo. Los asustará, sea lo que sea lo que andan haciendo. Más vale tomar una canoa... Con una canoa podríamos llegar a su lado sin que se diesen cuenta.

—¡Y será demasiado tarde! — gruñó el detective. — ¿Tendré, acaso que sacar esa maldita lancha yo mismo? Adelántese, Fred, ¿qué diablos espera?

El policía no necesitó que le apremiaran. Los tres echamos a andar por el sendero en pos de él. No tardó en adelantarse bastante y oímos el ruido de sus pasos sobre las maderas de la casa de los botes, al llegar al muelle. La luz del desembarcadero estaba apagada y el lago estaba envuelto en las tinieblas más profundas. En vano nos esforzamos en divisar algo por encima del agua... allí no se veía el menor movimiento; pero en el silencio general, el ruido rítmico de los remos resonaba todavía débilmente.

Entramos a tientas en la casa de los botes. La forma alargada y blanca de la lancha brillaba débilmente en su anclaje. El policía estaba ya ante el motor y al acercarnos, éste se puso en marcha con un rugido parecido a un trueno. Fred había desligado ya la amarra y en menos de un segundo salimos disparados sobre Wolf Lake.

Con su impasibilidad usual, el sheriff se sentó a popa y se apoderó del timón. Rine y yo permanecimos en medio de la embarcación, agarrados a la borda, pues al adquirir velocidad, la lancha cabeceaba con fuerza. Una voz dijo, tranquilamente, a nuestras espaldas:

—Hay un proyector a proa, si quieren encenderlo...

Simultáneamente, el detective y yo, dimos unos pasos hacia adelante; pero la mano de Fred estaba ya sobre el conmutador. Un rayo de luz deslumbrante rasgó la oscuridad, moviéndose de un lado a otro sobre el agua y posándose finalmente sobre un bote que estaba parado en mitad del lago. Lo reconocí inmediatamente por su color rosado. Era el esquife que pertenecía al "Pabellón Amarillo"... Había visto a la señorita Ryder en él una docena de veces.

Un hombre estaba de pie en el esquife... figura baja y rechoncha, cubierta la cabeza con

una gorra. Estaba agachado cuando la luz cayó de lleno sobre la embarcación; pero al cegarle su resplandor, se incorporó y se volvió. No estábamos entonces a más de cien yardas de distancia y todos vimos su rostro cetrino, demudado por el terror y su ancha nariz asiática.

Era el doctor Bracegirdle y no estaba solo. Sentada a popa y agarrada a ambos costados del bote, para equilibrarlo, se encontraba la señorita Ryder.

El agua se arremolinó cuando Hank movió bruscamente el timón para no abordarles.

Rine, gritó a Good:

—¡Pare, en seguida!

Saltó hacia la luz cuando el policía la abandonó, obedeciendo la orden y volvió el proyector, hasta que una vez más, su luz bañó despiadadamente nuestra presa.

Lo que ocurrió entonces fué cosa de unos segundos. Al pararse el motor, algo silbó en mis oídos y simultáneamente, el ruido de un disparo resonó con fuerza sobre el agua. Una bala se aplastó contra el casco de la lancha y três más silbaron, perdiéndose a lo lejos; pero aunque nos precipitamos sobre ellos con la fuerza adquirida en nuestra loca carrera emprendida desde la orilla, el haz de luz no los dejó ni un instante; Rine cuidó de ello. Agachado al lado del proyector bajo aquella lluvia de balas, mantuvo el proyector firme y a su luz, vi claramente el rostro de Bracegirdle cuando pasamos a su lado. Con un revólver humeante en la mano, su faz era la de un demonio enloquecido por el furor. Al mismo instante, una explosión que sonó a mi oído me ensordeció y el doctor cayó adelante sobre el banco del bote, desapareciendo a nuestra vista.

Miré hacia atrás. Hank estaba de pie y sujetaba el timón con la rodilla, mientras con la mano derecha sostenía un revólver. El cañón del arma estaba vuelto hacia arriba y una delgada columna de humo subía del mismo, formando espiral. A la luz del proyector, el rostro del sheriff parecía de piedra y sus mandíbulas se movían rítmicamente.

Otro movimiento del timón y al dar media vuelta la lancha dijo, impasible como siempre:

—¡Preparen los revólveres, muchachos! ¡Vamos al abordaje!

La luz describió un semicírculo, pues Rine la había soltado y revólver en mano, esperaba para agarrar la borda del esquife cuando estuviésemos bastante cerca del mismo.

Me acerqué a la luz y volví a enfocarla sobre el bote. Bracegirdle estaba tumbado en el fondo y su calva brillaba como marfil bajo la luz brillante del reflector. Había sangre sobre la madera.

Erguida y con las manos cruzadas sobre la falda, la señorita Ryder iba sentada a popa. Sus facciones estaban rígidas, sus labios fuertemente contraídos. Parpadeó bajo el chorro de luz que la inundaba; pero no hizo otro movimiento.

—¡Salga de ahí! — le ordenó el detective con brusquedad.

Se levantó en seguida y recogiendo su falda con dignidad, puso un pie sobre el banco, al lado del cuerpo inmóvil del doctor y tomó la mano de Rine para pasar a la lancha.

Por encima de su hombro, Rine dijo:

—¡Las esposas, Fred!

Luego, mientras me inclinaba y aguantaba el equilibrio del esquife, se trasladó a éste. La escena estaba tan brillantemente iluminada como si hubiera sido de día. Le vi inclinarse sobre el cuerpo, levantar la cabeza y soltarla en seguida.

—¿Qué? — preguntó el "sheriff" que estaba a mi lado.

—La bala le ha tocado en los ojos — dijo Rine. Rodeó con los brazos el cuerpo y lo acercó al costado del esquife. — ¡Que uno de ustedes me ayude a levantarlo!.. Aquí hay algo que quiero examinar.

Hank y yo nos inclinamos y entre los tres, trasladamos al doctor a la lancha, dejándolo sobre el banco. Tenía el rostro cubierto de sangre y estaba muerto.

—Hank — dijo lentamente Rine. — ¡Venga acá un momento!

Vimos entonces lo que el cuerpo del doctor ocultara. Cubierto a medias por un impermeable, un cadáver yacía de espaldas en el fondo del bote. Los ojos le salían de las órbitas y la lengua de la boca. Una tira estrecha de algo brillante, que parecía seda, estaba tan estrechamente atada al rededor de su cuello, que casi desaparecía en la carne y, a su lado, sobre la madera y sujeto a un pedazo de alambre que le ataba la muñeca, se encontraba el peso que habíamos echado de menos.

Agachándose, el detective volvió el rostro del muerto, de manera que se viera la sién derecha.

—¡Miren! — dijo, señalándola.

Vimos entonces una señal rojiza.

Una voz ronca habló a nuestras espaldas. La señorita Ryder había roto el silencio que mantuviera hasta entonces. Estaba de pie en la lancha, con las manos juntas y el rostro simiesco duro y contraído.

—¡Bah! — dijo, con desprecio. — ¡Sólo tiene su merecido, asqueroso chantagista!

XXX

RINE se echó a reír suavemente y largó la amarra del esquife a Good.

—Desde luego, usted estará bien enterada, Aggie — hizo observar, volviendo a embarcar en la lancha.

—¿Por qué me da usted ese nombre? — contestó ásperamente. — Me llamo Janet.

La examiné con interés. Se echaba de ver que poco le importaba que su amigo el doctor hubiese pasado a mejor vida. Su rostro pequeño y moreno estaba impasible, sus ojos, semejan-

tes a dos cabezas de alfileres negros, continuaban tan serenos y límpidos como cuando la había visto trasladarse del "Pabellón Amarillo" a la casa a la hora de la comida; pero había una sutil diferencia en sus modales. Detrás de la máscara, estaba insensible, nos desafiaba y observaba. Lo adiviné, pues ya en otra ocasión y para precisar, la tarde anterior, había dejado caer la máscara un momento, permitiéndome entrever la vieja harpía que era en realidad. Comprendí también lo que en tal ocasión le había hecho desmayarse. No era el tiro de Rine, como todos creyeran. sino la revelación hecha por Carlos de que el hombre que se había escapado de Dannemora no era otro que Jorge Martín, el desgraciado que yacía estrangulado en el fondo del esquife.

Rine meneó la cabeza.

—¡No siempre Janet! Al nacer, usted era Inés Bonnet y se casó con un encubridor llamado Danbury. Entonces fué cuando conoció a Bracegirdle, jefe de una organización criminal y que lo disimulaba ejerciendo la medicina en los suburbios de Chicago. Cuando Danbury ingresó en la cárcel para una temporada, usted se juntó con el doctor, a quien había conocido durante veinte años. Fué en 1930. Ocurrió la baja repentina de los valores, las cosas os iban mal y el doctor se trasladó al Este, metiéndose a prestamista. Fué una idea genial, puesto que nadie pensaba en relacionar al médico retirado que vivía quietamente en una pequeña quinta de Felham y a su anciana amiga, con la "Mutua de Accionistas" y la "Corporación de Contraseguro de Broocklyn", o sea lo que fuera lo que lo llamaseis...

—El doctor es un viejo amigo mío, no tengo por qué negarlo — declaró la vieja, en tono áspero. — Pero no tuve nada que ver con sus negocios e ignoro cómo ganó su dinero...

—¿Ni que prestaba fondos a criminales? ¿Ni que su seudo-banco respaldaba algunos de los atentados más criminales del Este?

—¡Le repito que no sabía nada de todo eso!

—No negará usted que varias veces ha dado con sus huesos en la cárcel, ¿eh?

El rostro marchito se ensombreció todavía más.

—Y aunque así sea, ¿qué prueba? ¡No me asusta usted! ¡No tiene nada contra mí y lo sabe!

El detective meneó la cabeza con aire dubitativo.

—¡No es usted tan joven como antes, Inés... va perdiendo la memoria! "Janet Ryder", es uno de sus viejos alias... lo había olvidado, ¿verdad? Pero Ed Dambury se acuerda. ¡Continúa en Sing Sing y recuerda muchas cosas!

Después de esto guardó silencio y Rine se volvió. Se veían luces en la orilla... Era evidente que los tiros habían sembrado la alarma en el campamento. Con el cadáver de Bracegirdle, que se tambaleaba sobre el banco, y remolcando el esquife y su horrible carga, nos encaminamos al desembarcadero.

De pronto, un brazo se deslizó en el hueco del mío.

—¿Reina paz entre nosotros? — inquirió Rine.

Me eché a reír.

—Comprendo ahora que su ataque fué fingido al igual que su mensaje de que no regresaría esta noche; pero, ¿por qué escoger a la pobre señorita Ingersoll por víctima?

—Porque resultaba tan sospechosa como el que más y Bracegirdle se ensañaba con ella. ¡Además, quería ver si se atrevía a aprovechar la oportunidad que pensaba darle para meter las joyas entre sus efectos!

—¿Por eso, pues, me escribió la nota? ¿Sabía que llevaba la ajorca encima?

—Si no la hubiese llevado, todas mis teorías se habrían venido al suelo.

—Pero ¿por qué alejarme y luego confiar en mí?

Se echó a reír.

—En parte, fué cuestión de vanidad profesional... No podía permitir que me creyese tan increíblemente ingenuo que pensara que una muchacha encantadora como la señorita Ingersoll podía ser el alma de esa monstruosa conspiración...

Sentí el rubor cubrirme la frente; pero por fortuna, no se dió cuenta de ello en la oscuridad de la noche.

—Además — dijo. — ¡Al escribirle una nota en tono burlón, esperaba que comprendiese que continuábamos en buenos términos!

Rió nuevamente.

—¡Valía la pena ver su expresión cuando le embestí! ¡De momento creí que iba a darme un puñetazo!

—¿Por qué preguntó si pescaba?

—¡Ah! — replicó Rine. — No estaba seguro que no fuese cómplice del criminal. ¡El nudo de la boya era un nudo de pescador!

—Bracegirdle era un gran pescador... ¿Fué por eso por lo que dudó de él?

Negó con la cabeza.

—Había formado teorías, pero no empezaron a cristalizar hasta descubrir el silencioso. Comprendí entonces que nos encontrábamos ante un maestro...

—¿Por qué? Me gustaría que me lo explicase.

Se echó a reír.

—Más tarde... No hay tiempo ahora

Miré hacia la señorita Ryder, que estaba sentada al lado del policía.

—¿Cree usted que hablará?

Sombríamente, me contestó:

—Hablará, eso sí, pero no dirá la verdad. La vieja era el cerebro de la banda o mucho me equivoco. Bracegirdle era tosco, hacía disparates. El único error de ella fué usar uno de sus viejos nombres. Su única idea ahora es salvar la piel y si la suerte la acompaña, lo logrará... No es tonta. ¡Sólo sabremos la verdad, adivinándola!

... ...

Recuerdo después una enorme confusión de luces móviles, de voces asustadas, de pisadas rápidas bajo el alto techo de la casa de los botes, donde atracamos, y el rostro del pobre

Carlos, en el cual estaba pintada una expresión de horror e incredulidad. Mi memoria enfoca con mayor claridad el pequeño despacho de Carlos y allí, el rostro de Rine, que nos hablaba con animación. En la mano sostenía un telegrama que un policía había traído al sheriff desde el pueblo. Hank, Carlos, Lauff el abogado y yo componíamos su auditorio.

—La Policía de Nueva York — dijo, enseñando el telegrama, — ha tomado declaración esta noche a una hechura de Bracegirdle, un tal Manny Benson. Parece ser que hace unos años, ese borracho y perdido, Martín, se dirigió a ellos para un préstamo y al tomar sus informes, Bracegirdle, que tenía conexiones en Chicago, descubrió que Martín era el heredero de Víctor Haversley. Martín lo ignoraba, estaba casi siempre bajo la influencia de la bebida y de las drogas, según dicen, y firmó, alegremente, un documento haciendo donación a Bracegirdle, a cambio de una suma insignificante, de lo que le legaba el testamento de Hermana Kummer. Casi inmediatamente, se vió encarcelado y condenado a cadena perpetua y huelga decir quién se encontraba detrás del asunto...

Se detuvo.

—Si hubiésemos obtenido esta información antes — prosiguió, gravemente, — se habría salvado la vida de ese desgraciado. Yo estaba convencido que su presencia aquí se debía al deseo de ver a Bracegirdle; pero creía que era cómplice del doctor y no su víctima. Pretendiendo suprimir toda vigilancia, esperábamos agarrarlos juntos. Desgraciadamente, ignorábamos que a las ocho y media, cuando el sheriff llamó a los policías, Martín estaba ya en el "Pabellón Amarillo". Es probable que se deslizase hasta allí en el crepúsculo. Nuestro plan era vigilar, al caer la noche, el alojamiento del doctor y el "Pabellón Amarillo". Tal vez la Rider consienta en decirnos la hora exacta en que mataron a Martín; pero a la una y media de esta mañana, cuando Good vió a Bracegirdle salir de su cuarto y entrar en el "Pabellón Amarillo", es indudable que Martín estaba muerto. Haremos entrar a la mujer ahora y mientras Hank va en su busca, quizá usted, señor... — y se volvió hacia Carlos — tenga interés en leer ,sus antecedentes criminales junto con lo que la policía de Nueva York y Chicago nos dice del doctor.

Se sacó un pequete de telegramas del bolsillo y lo dejó delante de Carlos.

Hicieron entrar a la anciana. Continuaba con las manos esposadas; pero se presentó con aplomo y pareció totalmente inconsciente del aire abatido del pobre Carlos. El sheriff le dió el aviso usual; pero con gran serenidad se declaró dispuesta a declarar.

—Habéis desenterrado mi archivo — dijo, con voz ronca — y no voy a gastar saliva desmintiéndolo, pero hace cerca de diez años que no he estado "a la sombra" y desde entonces he vivido de un modo respetable. ¡Cambiar de nombre no es ningún crimen! Soy una mujer inocente, caballeros, la víctima de un tunante sin entrañas. Siempre logró escapar de la Justicia, pero conocía mis antecedentes y tuve que hacer su voluntad...

Respiró hondamente.

—Dios me es testigo que lo ocurrido fué idea del doctor del principio al final. El fué quien estranguló a ese Martín, lo mismo que sangró al necio de Haversley...

La miré con interés. Bajo la influencia de la situación, estaba sufriendo una transformación radical. El habla del hampa caía con naturalidad de sus labios. Se había desprendido de su "pose" como una serpiente lo hace de su piel. Ya no era la señorita Janet Ryder, la relamida solterona de Central Park West, sino Aggie Danbury, esposa de un criminal y amante de otro, devuelta a su ambiente normal

XXI

RINE tenía razón. Según la historia que contó, bastante precisa y probablemente exacta, cuando a ella le convenía, como, por ejemplo, en ciertos detalles de ambos asesinatos, Bracegirdle resultaba el villano de la tragedia y ella el instrumento renuente de sus maquinaciones. No sabía nada del complot. Había aceptado el papel que él insistió en que desempeñara en Wolf Lake, creyendo que estaba preparando una estafa, un golpe en la Bolsa, o algo por el estilo. No fué sino después de la muerte de Haversley cuando sus ojos se abrieron. A las diez menos veinte de la noche de aquel domingo, mientras jugaban al ajedrez en la veranda, Bracegirdle le dijo que tenía que ausentarse un momento; pero que si le hacían preguntas más tarde, ella tendría que jurar que no le había quitado la vista de encima. Cuando volvió y le dijo que Haversley se había suicidado, añadiendo que ella tendría que ayudarle a conseguir una buena coartada, adivinó la verdad. El lo tenía todo preparado de antemano y la única parte que ella tomó en el crimen fué, Dios le era testigo, repetir como un loro la historia que Bracegirdle le ordenó que contara. No sabía nada de un silencioso y si Bracegirdle se había apoderado de la ajorca, era la primera vez que oía algo de ello.

Conoció a Jorge Martín en casa de Bracegirdle, algunos años antes, y aquel hombre era un borrachín perdido. Riñó con el doctor y la verdad del asunto era que Bracegirdle le había hecho detener, siendo él inocente. No sabía nada de que fuera el heredero de Víctor Haversley. Al saber que se había escapado de presidio y que se le había visto cerca del campamento, sintió una alarma muy natural, puesto que adivinó inmediatamente que deseaba tener una explicación del doctor.

—Eran aproximadamente las nueve y se hacía de noche — dijo, — cuando, echada en mi cama en el Pabellón, me pareció oír pasos en el salón. Encontré allí a Jorge Martín. Su pelo era más canoso, estaba más delgado, completamente sobrio también, lo cual aportaba una gran diferencia en su aspecto; pero le conocí en seguida y él me conoció a mí. Me dijo: "¡No preguntes nada, Aggie, pero trae algo de comer y déjame descansar aquí un par de días!

Cuando me hayas traído la comida, ve a buscar a Oscar Bracegirdle, porque él y yo hemos de hablar un ratito de negocios!". Mientras hablábamos, el doctor Bracegirdle entró inopinadamente. Al ver a Martín, se detuvo en seco como si hubiese echado raíces en el suelo. "¡Mi viejo amigo!" cantó Martín. — "Entre, doctor y venga esa mano, que el que se la aprieta es un millonario!". Luego, el doctor me hizo salir y un momento después le oí marcharse.

Me dijo que iba a su cuarto en busca de whisky para Jorge... Yo no tenía una sola gota de licor en casa. Al cabo de un minuto volvió, entró en el salón y cerró la puerta. No tardó en entrar en mi cuarto, diciendo que Jorge dormía y que no se le debía molestar. Me enseñó la llave. Le había encerrado. Le pregunté: "¿Se presenta alguna dificultad?" Y me contestó: "Bastantes. Jorge quiere probar la suerte como chantagista; pero no va a poder conmigo". Añadió que regresaría más tarde, cuando Jorge hubiese descansado un rato y vería lo que se podía hacer. Se fué y me dormí.

Aquí y por primera vez, se detuvo y sus ojillos brillantes nos miraron de soslayo, como si deseara darse cuenta de la impresión que estaba causando. Nadie dijo nada y continuó en seguida:

—No sé cuánto tiempo dormiría, pero al despertar encontré al doctor al pie de mi cama. Me dijo que me vistiera... Iba a salir al lago y tenía que ayudarle. Era la una y media y le contesté que estaba loco si creía que iba a salir con él a semejante hora. Al oír esto, se acercó a la puerta del salón y abriéndola, me dijo por encima del hombro:

—¡Mira por aquí un minuto!

Allí estaba Martín, muerto sobre el canapé, con la corbata roja y azul del doctor hundida en el cuello. Aquello me convenció; pero le dije que él se había metido en el lío y que saliera del mismo como pudiese. No quería arriesgar la piel para ayudarle. Me contestó que no había más remedio... Si Martín hubiese hablado, la silla eléctrica nos esperaría a ambos. Le pregunté cómo se las había arreglado para hacerlo tan quietamente y contestó que había metido algo en la bebida de Jorge y que después la cosa no había ofrecido dificultad. Había traído un pedazo de hierro para lastrar el cuerpo y me obligó a ayudarle para trasladar a Martín al bote.

El tono indiferente en que hablaba, desarrollando aquella relación horripilante, realzaba su horror. Rine no se había equivocado. Aquella anciana de ojos de basilisco era el cerebro de la conspiración. Recapacité mientras hablaba y vi de pronto, como a cada paso una mano invisible se había alargado para trabar y complicar la investigación. Recordé que la noche del domingo había entrado en el salón donde estábamos jugando al bridge, en busca de agua helada. Recordé, también que eran las diez, puesto que consulté el reloj de la repisa de la chimenea... en otras palabras aquello fué casi inmediatamente después del regreso de Bracegirdle de su horrible excursión a la cabaña. Me hizo llevarle el jarro fuera, burlándose del doctor en mi presencia por haber empleado, según declaró, más de veinte minutos para mover una pieza. Veinte minutos... aquello hacía retroceder la hora a las nueve cuarenta, la hora en que Bracegirdle dejó la veranda. El fin que se proponía era patente. Era el de establecer firmemente en mi mente la idea de que Bracegirdle estaba jugando al ajedrez en la hora del crimen, para el caso de que se descubriera ésta.

Se echaba de ver que hacía meses habían formado sus planes. ¡Con qué habilidad habían esperado la hora propicia! La escena ocurrida durante el ensayo de mi drama, debió decidir la fecha del crimen. Waters debió ofrecérsele como un sospechoso excelente para el caso de que se viera más allá de un mero suicidio. La señorita Ingersoll había sido la primera en dirigir las sospechas hacia él: pero tenía el convencimiento que tan sólo se adelantó a los dos conspiradores.

Por todos lados distinguía ya su rastro. La tentativa de Bracegirdle para desacreditar a Rine, cuando éste vió claro a través de la teoría del suicidio... La visita de la señorita Ryder a mi cabaña, obviamente para sonsacarme respecto a la extensión de los descubrimientos de Rine, la curiosidad intempestiva del doctor y el empleo que hizo de su intimidad con Carlos para estar presente en todas las etapas de la investigación; su tentativa de incriminar a David Jarvis y al fallar, a la señorita Ingersoll... El colocó el silencioso en lugar estratégico y casi inmediatamente después la joya, para reforzar su teoría... pieza a pieza... como en el rompecabezas de Edith, las sucesivas maquinaciones caían suavemente en su sitio.

Pero en todo eso discernía la mano de la mujer y no de Bracegirdle. Me refiero a los planes y no a su ejecución. Bracegirdle era un títere..., ella permanecía en segundo plano, dirigiendo sus movimientos. Tal como Rine dijera... y una sola mirada a su rostro astuto y decidido me lo confirmó... no era de las que cometen errores. Las equivocaciones del doctor les perdieron... el nudo de pescador... su torpeza al tragarse el anzuelo de Rine en el asunto de la ajorca... No podía figurarme a la señorita Ryder cayendo en aquella trampa.

Las esposas sonaron al mover ella las manos en gesto vagamente suplicante.

—¡Esta es la historia, caballeros y es la pura verdad...! Ayúdenme...

Llamaron a la puerta y Good asomó la cabeza.

—Telefonean de Sprigsville, sheriff — anunció. — ¡El fiscal quiere saber si se la lleva usted para allá!

—En seguida voy — dijo Hank. — ¡Llévela al coche, Fred!

La señorita Ryder se levantó con viveza.

—Me gustaría telefonear a mi abogado de Nueva York — hizo observar con dignidad.

—¡Necesitará un buen abogado para que la saque de esto, hermana! — replicó, flemático, el sheriff.

—Le he dicho la verdad, ¿qué más puedo hacer? — exclamó.

—Me gustaría tener la opinión del doctor sobre su declaración — fué la impasible contestación que obtuvo.

Por primera vez su rostro arrugado se encendió de cólera.

—¡No es mía la culpa si ha escapado a la silla, el majadero! ¡La mala suerte de usted lo ha querido!

—¡Vamos, Fred! — dijo el sheriff, señalando la puerta con el pulgar y el policía la hizo salir.

—Lo que quiere decir es su buena estrella — hizo observar Rine, al cerrarse la puerta tras de ellos.

—O su buena puntería, sheriff — sugirió Lauff.

Rine se echó a reír.

—¡Si salva el pellejo, se lo deberá a Hank!

—Caramba, Rine — dijo el sheriff, mortificado. — ¡Ese tío nos estaba tirando al bulto! Me vi obligado a apuntarle...

El detective le dió una palmada en la espalda.

—¡No me refiero a aquel tiro... sino al segundo!

—Pero no disparé más que uno — recalcó Hank.

—¡Por eso mismo! — repuso Rine.

—¡Quiere decir que debió usted completar el trabajo! — explicó el abogado, con su sequedad característica.

XXXII

NOS separamos casi en seguida. Los demás iban a acompañar a Hank y su prisionera a Springsville, pero yo me encaminé a mi cabaña. Estaba muerto de cansancio y el pecho me dolía. El salón estaba brillantemente iluminado. Era evidente que todos los habitantes de la casa estaban reunidos allí. No me sentí con valor para enfrentarme con ellos, sobre todo con la joven Ingersoll y en consecuencia me fuí a la cama.

Pasé una de mis peores noches, tosiendo sin interrupción y cuando por último pude dormirme, caí presa de una pesadilla tan terrible como las que me recordaban la guerra. Soñé que estábamos atacando una trinchera parapetada por montones de cadáveres. Una ametralladora nos escupía su fuego a la cara y el rostro que veía bajo el casco del que la disparaba era el de Bracegirdle. Desperté al oír un ruido distante y encontré el cuarto inundado por los rayos del sol. Por la ventana abierta vi acercarse la canoa automóvil de Rine. Consulté mi reloj... eran las nueve y media.

Me sentía completamente agotado y mi pulmón estaba peor que nunca. Cuando, un minuto después, Rine apareció, no me dejó levantar; pero insistió para preparar el desayuno de los dos. Me dijo que no se había metido en la cama; pero estaba descansado y elegante como un novio con su terno de sarga azul y su sombrero gris. Concluído el desayuno, me dió las noticias. Habían puesto a Waters en libertad y se reuniría con Graziella y el abogado en la estación de Springsville para volver con ellos a Chicago... Habían salido del campamento a las ocho con el fin de llevarse el cadáver de Víctor a su casa para el entierro. La señorita Ryder había firmado su declaración y estaba alojada en la cárcel del condado, esperando un nuevo interrogatorio del fiscal del distrito.

—Mucho bien sacará de ello — hizo observar, filosóficamente, mi compañero. — Esa vieja le da cien vultas a cualquier hombre de leyes y se mantendrá firme en su historia hasta el fin del mundo.

—¿No sabremos, pues, nunca, cual de los dos mató a Haversley y al otro sujeto? — dije.

—Me parece que con Martín acabaron juntando sus fuerzas. La idea de envenenar su bebida tiene un toque de genio que huele a la vieja. Creo que el doctor ejecutó a Haversley solo y le diré por qué. Ella no le habría permitido nunca a Bracegirdle meter la joya entre la ropa de la señorita Ingersoll del modo que lo hizo. En consecuencia, deduzco que ignoraba que él la tuviera en su poder.

—¿Quiere usted decir que él la guardó como una especie de propina particular?

—Exactamente. Ella se figuró, evidentemente, que Sara o la señorita Ingersoll tenía la joya. Bracegirdle debió pretender no haber encontrado más que la caja. La idea de encerrar el silencioso en la caja en cuestión, era muy ingeniosa también y nos recuerda a nuestra amiga Aggie, puesto que unía el silencio, es decir, el crímen, a quien tuviese la joya en su poder.

—El mal de este caso...—prosiguió, echándose café — es que empezamos no con una, sino con dos series de falsas aserciones. Supusimos que el asesinato de Haversley era un crímen sin premeditación o por lo menos un crímen pasional y aceptamos la declaración de un testigo aparentemente desinteresado respecto a la hora en que ocurrió. No diré que sospeché del doctor desde el principio, pero me llamó la atención que diese la hora de la muerte, cosa siempre muy delicada y difícil de definir con tan extraordinaria precisión, teniendo en cuenta la declaración de la señorita Ryder respecto al tiro.

—¿Fué por eso por lo que hizo aquel experimento con la lámpara?

Se echó a reír.

—Para ser honrado, he de decir que no..., fué cuestión de rutina. Aun cuando me convencí de que Bracegirdle y la señorita Ryder se equivocaban, no sentí un impulso urgente de comprobar la exactitud de su coartada, seguramente porque me cegaría mi idea fija de que se trataba de un crímen pasional. Pero si, tal como mi examen de la lámpara lo indicaba, el crímen había tenido lugar más temprano, se

debió oír un tiro, a menos de haberse usado un silencioso y no podía asociar la idea de un silencioso, ese "bibelot", de los gangsters, con la atmósfera de lujo del campamento. Ese me hizo preguntarme si nuestras aserciones primitivas eran exactas. Me decidí a indagar en los asuntos de Haversley y fuí a ver a Lauff.

Sacó su pipa y la llenó.

—Lo que me dijo me sugirió un motivo enteramente nuevo para el crímen — prosiguió encendiendo su pipa. — Mi vaga duda de Bracegirdle, engendrada por la extraña sincronización de su declaración con la de la señorita Ryder, subió a la superficie en mi cerebro. Mi primer pensamiento fué comprobar la exactitud de la historia de la señorita Ryder respecto al disparo y ya sabe usted lo que ocurrió. Luego, vino la declaración de la señora Haversley, que probó definitivamente que yo tenía razón y no ellos; pero estaba todavía muy lejos de creerles culpables, puesto que los testigos suelen cometer los errores más extraños. Fué el doctor en persona quien me convenció, finalmente, que seguía la buena pista...

Lanzó una nube de humo.

—¿Cómo? — inquirí, con gran interés.

—Fué ayer por la tarde, cuando se nos cayó encima en su cabaña después del descubrimiento del silencioso. En primer lugar, no cabía duda que nos estaba espiando... Eso podía pasar, tratándose de un viejo entrometido. En segundo lugar, identificó inmediatamente el silencioso, dando a comprender que esos artefactos no le eran desconocidos. Eso no era una prueba convincente en sí, puesto que es relativamente fácil verlos por el mundo, pero me fijé en el nudo de pescador de la boya y empecé a reflexionar seriamente. De momento, parecía convencido de que Jarvis era el criminal, pero cuando Hank empezó a atacar a la señorita Ingersoll, en un santiamén cambió de opinión y nos recordó que ella había sido la primera en acusar a Waters. Esa observación suya me hizo recordar cosas... no sé por qué. Empecé a discernir una especie de ritmo especial en cada fase nueva del asunto... ¡No sé si comprende usted a lo que me refiero!...

—Perfectamente. La misma idea se me ocurrió anoche mientras la señorita Ryder declaraba. Tan pronto como un sospechoso quedaba descartado, otro surgía... Eso es lo que quiere decir, ¿eh?

Asintió.

—Todo ocurría con demasiada facilidad. En la realidad, no sucede así. Tan pronto como las sospechas recayeron sobre Jarvis, el silencioso fué descubierto, junto con la caja de Cartier para ayudar a unir el nombre de Sara con el crimen. Tan pronto como Hank expresó sus dudas respecto a la señorita Ingersoll y Bracegirdle le hizo coro, tuve la seguridad que otro nuevo descubrimiento era inminente y cuando el doctor nos apremió para registrar el domicilio de la muchacha, estaba tan convencido de que metería allí a la joya, como si le hubiese agarrado "in fraganti". Le dejé hacer, me fuí en línea recta al teléfono de Hank y llamé a Nueva York, Chicago, Dannemora y a todos los lugares que a Hank y a mí se nos ocurrieron. Tengo que confesar que nos ayudaron estupendamente bien. El resto, ya lo conoce usted... — Calló y se levantó. — ¡Ahora he de decirles adiós, Pete. Tomo el tren de la mañana para Nueva York.

Un furioso ataque de tos me cortó la respiración y me fué imposible hablar.

—¡Hay que cuidar esa tos, amigo mío! — me dijo.

—¡Demasiados cigarrillos! — logré murmurar.

Asintió gravemente.

—Eso es lo que la señorita Ingersoll me decía hace un momento. Estaba en el muelle cuando he llegado y me he parado para cambiar dos palabras con ella. Es una muchacha sin par, Pete. ¡Debería usted casarse con ella y poner casa!

—¡Ella no querrá, después de lo que ocurrió ayer.! — le dije.

Se echó a reír.

—¡Tonterías! Sabe ahora que la culpa fué enteramente mía. Además, considera que todos los hombres son criaturas débiles y sin defensa. ¡Adiós, amigo, tengo que irme o perderé el tren.

Nos dimos un fuerte apretón de manos. El dolor que sentía en el pecho fué de repente tan agudo, que cerré los ojos y al abrirlos, vi que Rine se había ido. En su lugar se encontraba la señorita Ingersoll.

—¡Traigo estas copias!... ¡Las hice anoche! — anunció.

—Muchas gracias — pude susurrar. — Ahora podré continuar mi drama. Estoy terriblemente atrasado.

E intenté apartar la ropa de mi cama.

Me lo impidió con un gesto imperioso de la mano.

—Usted se queda donde está. Cuando se le haya calmado la tos, podrá dictarme, pero ante todo voy a arreglarle el cuarto y le haré un vaso de limonada para aliviarle el pecho.

En la lejanía oía el zumbido del motor de la embarcación que se llevaba a Rine. La mañana era espléndida y por la ventana abierta veía las azules aguas del Wolf Lake que centelleaban al sol como millares de pequeñas bayonetas. Tumbado en el lecho, contemplé la pulcra figura que se movía silenciosamente en mi cuartito y me pareció que por primera vez después del horror y de la tensión de los últimos días, conocía la paz. Se acercó a mi cama con un vaso en la mano y al mirarla a los ojos, sentí que el consejo de Rine era bueno.

Dejándome vencer por el sueño, con sus frescos dedos entrelazados con los míos, me prometí a mí mismo no dejar de seguirlo si mi drama tenía éxito.

F I N

EL DIABLO EN PALACIO

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Como consecuencia de una intriga palaciega, es asesinado el marqués de Poza adicto al príncipe don Carlos. Muere envenenado el marqués de Bergen. Ruy Gómez desobedece al rey. Este, bajo la sugestión de la princesa de Eboli, organiza una fiesta campestre. Fracasa el intento de fuga del barón de Montigny. La esposa de Ruy Gómez se une al cardenal Espinosa, para combatir al príncipe don Carlos. Una carta comprometedora para la de Eboli, va a parar a manos del rey. Al príncipe don Carlos le roban documentos comprometedores. El paje Luis, prepara la fuga de don Carlos, pero fracasa en su intento. Se sospecha, que Luis sea el misterioso personaje, que llaman El Diablo. Los inquisidores le tienden una celada al paje. Este, a su vez, logra encerrar a su enemigo, fray Bernardo. El comendador Maldonado es víctima de una intriga del paje. Fracasa la tentativa de fuga del príncipe don Carlos; muere éste y Luis y doña Blanca huyen, después de descubrirse quien es el diablo de Palacio. Muere envenenado Ruy Gómez. El marqués de Poza, al que creían muerto sus enemigos, aparece de nuevo y se dispone a buscar a doña Blanca y a Luis. Este provoca un desastre en las tropas españolas que luchaban en Flandes. El marqués de Poza se encuentra con don Juan de Austria.

INES seguía mirando a la princesa y aguardando a que ésta le dirigiese la palabra para tener ocasión de hablar, porque el silencio era para la doncella un tormento tan cruel como el hambre.

Doña Ana, después de haber gozado con la idea de los nuevos triunfos que iba a proporcionarle su ida a la corte, quiso convencerse de si Inés era, como se la habían pintado, moza de ingenio y travesura, y le dijo:

—En el primer descanso que hagamos sacarás de los cofres más abrigo, porque la mañana está fría.

—A propósito he dejado fuera otro albornoz de paño más fuerte que el que lleváis, y lo tengo aquí — contestó Inés señalando un lío de ropa.

—Eres prevenida.

—¿Queréis cambiar de albornoz?

—Sí.

La doncella quitó a su señora el abrigo y le puso otro de paño verde forrado de seda negra.

—¿Cuántos años tienes? — repuso la princesa.

—Veinticuatro según la cuenta de mi madre, ajustada con el rosario; veinte, según mis deseos y quince, según lo que afirman los aduladores enamorados.

La princesa se sonrió.

—Me agrada esta muchacha — dijo para sí.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Y cuál es la verdad de esas tres edades?

—Nadie mejor que vos puede decirlo.

—¿Cómo, si nunca te conocí?

—Porque mi verdadera edad es la que represento. ¿Qué importan los años que pasaron, si aunque sean ochenta o ciento no salen al rostro para ahuyentar galanes?

—Eres ingeniosa — repuso la dama.

—Pero soy pobre.

—¿Acaso eres ambiciosa?

—No, señora, porque deseo lo que no puedo alcanzar.

—Mucha es tu prudencia.

—Mi egoísmo, porque quiero vivir tranquila y alegre: el que desea y no consigue, se desespera y muere rabiando antes de tiempo.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—La experiencia.

—Lo que prueba que antes has ambicionado sin alcanzar tu deseo.

—Y harto me pesa — repuso Inés con su natural verbosidad. — Una vez me empeñé... pero vamos, esto no viene al caso... Perdonadme, señora; a veces se mueve mi lengua en contra de mi voluntad, como si le acometiese una convulsión.

Doña Ana no pudo contener la risa.

—Prosigue — dijo, — que tengo curiosidad por saber cuál ha sido el único deseo que has tenido en tu vida y que no has visto satisfecho.

—Pues bien, mi empeño fué que un hombre me dijese algún requiebro, y él, con la obstinación del que trata de ganar una apuesta, frustró mi deseo.

—Refiéreme la aventura, que debe ser curiosa.

—Servía yo a doña Juana Meléndez, la esposa del oidor don Antonio de Galvez, y todos los días iba a llevar flores a mi señora un jardinero, mozo de agradable presencia; pero rudo, zafio y de corazón tan frío como el agua con que regaba sus flores. Tenía fama entre mis compañeras de no haberse enamorado nunca, y por eso me entraron más ganas de que se enamorase de mí o de que siquiera una vez me requebrase, cosa que no había hecho con ninguna mujer.

—¿Y qué hicistes para conseguir tu deseo?

—Empecé por mirarlo de cierta manera que me ha enseñado el espejo.

—Bien.

—Luego procuré encontrarme con él a solas y ponerme colorada como si me avergonzase.

—¿Y él?...

—Siempre indiferente; parecía no ver mis mejillas cubierta de rubor, ni advertir esa turbación que hace turbar a los hombres.

—El tal jardinero debía ser demasiado rústico para apercibirse ni comprender semejantes cosas.

—Lo mismo pensé y entonces puse en juego cuantas coqueterías podéis imaginaros.

—¿Tampoco dió resultado?

—Tampoco, y entonces me presenté de otra manera. Lo miré frente a frente, no me puse colorada ni me turbé y...

—Adivino que fué inútil tu nuevo plan.

—Completamente inútil, señora.

—¿Y te diste por vencida?

—Eso, jamás.

—Sepamos lo que hiciste.

—Le pedí flores.

—¿Te las llevó?

—Sí, señora; pero me las dió con el mismo aire que hubiese podido tener con el cura de la parroquia.

—¿Y qué te dijo?

—¿Qué?... No quisiera acordarme. Me dijo: "Tomad, son todas las que han sobrado de los ramilletes de hoy; si es que necesitáis todos los días, os guardaré cuantas queden de deshecho".

—Entonces sí que debiste ponerte colorada.

—Hasta entonces no pude concebir cómo se tenía valor para matar a un hombre.

—¿Le arrojarías las flores a la cara?

—Tuve bastante prudencia para contenerme y disimular: necesitaba vengarme.

—Veamos.

—Desde aquel día lo perseguí poniéndolo mil veces en el compromiso de que me requebrase.

—¿Y al fin?

—Al fin, viendo que nada conseguía, le dije claramente que estaba enamorada de él.

—Así triunfarías aunque no fuese más que por una hora.

—No sabéis lo que es un hombre que de tal no tiene más que la figura.

—Puede ser — repuso la princesa a la vez que palidecía, porque las palabras de Inés le habían recordado el desprecio de un hombre.

—Cuando le declaré mi fingida pasión — prosiguió la doncella, — se sonrió estúpidamente, y al volverme la espalda me dijo: "Siempre estáis de broma, señora Inés".

—Entonces perderías la paciencia.

—Me quedé tan aturdida, que no volví en mi hasta después de mucho rato, y el coraje que sentí fué tal, que a la media hora me acometió una fiebre que me tuvo tres días en cama.

—Pudiste haber sacado partido de ese incidente.

—Traté de hacerlo, y dije que le hiciesen entrar en mi cuarto so pretexto de encargarle unas flores. Le dije que él era la causa de mi enfermedad, que

la pasión me mataría y que siquiera por lástima me correspondiese. Pero volvió a tomarlo a broma, y su risa estúpida me desesperó hasta el punto de que, ciega de cólera, le tiré a la cabeza el mueble que había más cerca de la cama, y que tenía opuestas condiciones a las flores que cultivaba.

—Y que sin duda te devolvió para castigar tu atrevimiento — dijo la princesa riéndose de la mejor gana.

—No, señora. Salió del aposento con su maldecida calma, y encargando a los demás criados que no entrasen, porque la fiebre me había producido un delirio que me tenía furiosa.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Chistoso lance! — repuso la princesa a quien la risa le hizo perder su orgullosa gravedad.

—Ya veis, señora —dijo Inés, — si debí quedar escarmentada, pues si el deseo tan sencillo de ser requebrada, y al parecer tan fácil de alcanzar por una mujer joven y no del todo fea, me dió tan malos ratos, qué de tormentos no me haría sufrir la ambición no satisfecha de cosas de más importancia y que están más lejos de mí, como son las riquezas u otras parecidas.

Inés, quizás sin saberlo, había puesto el dedo en la más dolorosa llaga del corazón de la princesa.

—La historia que me has referido— dijo doña Ana, — tiene una morajela no despreciable.

—Y que aprovecho.

—¿De manera que no habrás vuelto a desear las galanterías de ningún hombre?

—Han pagado justos por pecadores, porque a muchos que decían morirse por mí, les he vuelto la espalda con la misma indiferencia que me la volvió el jardinero.

—Pero no habrá sido a tocos.

—No recuerdo si alguno habrá sido más afortunado — contestó Inés con maliciosa sonrisa.

—Confiesa la verdad.

—Lo que es en el día, puedo asegurarros que ninguno es dueño de mi corazón.

—¿Ni hay quien lo solicite?

—Sí, señora; pero no me fío.

—¿Por qué?

—Porque a mí no puede quererme de veras sino algún ayuda de cámara lo más.

—¿Y te solicita algún caballero?

SIMPLE hidalgo, y aunque feo y pobre, hidalgo es al fin, y no ha de casarse sino con quien le lleve al menos una ejecutoria, ya que otro dote no tenga; y ya veis, yo no tengo más armas de familia que las tijeras, porque mi madre fué también doncella y mi padre sastre de una aldea, ni puedo llevar más dote que mis ojos, que quizás por demasiado negros y alegres no inspiren a un marido toda la confianza que es de desear.

—¿Es algún hidalgo de tu pueblo?

—No, señora; lo he conocido en Madrid, sirviendo yo en casa de la señora marquesa del Valle, a quien está recomendado para sus pretensiones.

—¿Y dices que no te inspira confianza?

—No, señora; por lo que os he dicho, y porque tiene cara de avariento y miserable. Dicen que ha tenido una mediana fortuna que perdió hace dos años por querer aumentarla mucho, y que estuvo al servicio del príncipe don Carlos.

—¡Al servicio del príncipe !— dijo doña Ana. — Yo debo conocerlo.

—Es verdad, puesto que habéis vivido en palacio.

—¿Cómo se llama?

—Antonio de Mena.

—¡Antonio de Mena! — repitió la dama haciendo un gesto de sorpresa.

—Sí; señora.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Si no te quiere, te querrá, es decir, se casará contigo.

—¿Cómo podéis saberlo?

—¿Qué te importa, con tal que no me equivoque?

—¡Es tan feo!...

—Mejor, así no te apasionarás, y siempre serás dueña de tu voluntad.

—Pero...

—¿Y sabe que ibas a entrar en mi servidumbre?

—Sí, señora; yo quería ocultárselo, pero es tan testarudo, tan pesado, que al fin consiguió saber...

—¿Y nada te dijo de mí?

—Que os había conocido en la corte.

—¿Nada más?

—Nada, sino que si tuviese vuestra protección, sería feliz como otros muchos que os deben su suerte

—Y lo protegeré.

Inés miró con alguna sorpresa a doña Ana.

—Lo protegeré — repuso la princesa — porque veo que eres buena mu-

chacha, me agrada tu carácter, y como te quiere. . .

—Sí, pero yo. . .

—Ya te he dicho que se casaría contigo, y me fundo en que cuando estaba él en el alcázar, supe que decía a todo el mundo que no había de casarse sino cuando encontrase una mujer bonita, virtuosa y que no fuese noble.

—¿Y pobre?

—También.

—Soy la misma que buscaba; pero no es él por cierto el marido que más puede halagar la vanidad de una mujer que tiene veinticuatro años, que dice que tiene veinte y que aparenta quince a los ojos de los galanes.

—Harás lo que más te plazca; pero de cualquier modo yo protegeré al señor Antonio de Mena porque le tengo lástima: ha perdido su caudal, quizás ganado a costa de muchos sacrificios — añadió la princesa con una ironía que no acertó a comprender la doncella.

Y por si no recuerdan nuestros lectores, diremos que este señor Antonio de Mena, fué el mismo que robó al príncipe don Carlos la correspondencia, y que por esta villana acción recibió de doña Ana una crecida suma de escudos de oro de buena ley.

La princesa quedó pensativa algunos momentos, y queriendo ver hasta que punto podía fiarse de Inés, le dijo:

—No sé cómo has dejado la casa de la marquesa del Valle.

—Por que me declaró la guerra el ayuda de cámara del señor marqués; y como siempre se rompe la soga por lo más delgado. . .

—Pero habrás sentido el salir de la casa.

—Mucho, porque la señora marquesa es un ángel.

—Y además tendrías allí muchos regalos.

—Por la Pascua, por San Juan, los días de santos de los señores.

—Y otros extraordinarios.

—Ninguno más.

—¿Y las comisiones reservadas?

—Ninguna me encargaron.

—Pues no faltaba quien enviase a la marquesa bonitos ramos de flores.

—Todos los compraba el señor marqués.

—Amigos que le escribiesen.

—Mientras estuve allí no recibió un solo billete, a no ser las cartas que su hermano el señor conde le escribía desde Galicia.

—No dices la verdad, Inés.

—Os aseguro que sí.

—Vaya, habla con franqueza, que así entretenemos el tiempo.

—Si queréis os referiré la historia de todos mis amores; pero en cuanto a los demás, he tenido la desgracia de no servir a ninguna señora que sea galanteada y esto me ha privado de tener ciertos provechillos con que otras de mi oficio suelen hacer su fortuna.

—Me desagradaría que fueses hipócrita y embustera.

—Pues lo soy; no quiero engañaros.

La princesa sonrió maliciosamente.

—Veo que eres discreta.

—¿También os desagrada esa cualidad?

—A veces.

—Yo sé hacer uso de la discreción con algún acierto.

—Voy a darte una orden.

—Tengo el deber de obedeceros.

—En cuanto lleguemos a Madrid avisarás al señor Antonio de Mena.

—Es decir, le daré una cita amorosa lo que nadie podrá extrañar, puesto que me galantea.

—Me has comprendido.

—Y una vez que esté dentro de casa, vos haréis la veces de novia.

—Veo que no necesito decirte una palabra más.

Doña Ana guardó silencio, y la doncella se lisonjeó de haber ganado tan pronto la confianza de su nueva señora.

El coche siguió rodando lentamente y a las cuatro de la tarde se encontraron los viajeros a la puerta de un mesón donde debían pasar la noche.

El posadero, gorro en mano y haciendo profundas reverencias, condujo a doña Ana a un aposento del piso principal en cuyo aposento había dos grandes ventanas que daban al camino.

La princesa se dejó caer en un sillón que había junto a una de las ventanas, y esperando que le preparasen la comida, fijó distraídamente sus miradas en el camino.

Pocos momentos después vióse a lo lejos un remolino de polvo, y luego, aunque confusamente, se divisó un grupo de hombres a caballo.

Doña Ana llamó a su doncella.

—Repite — le dijo — a todos los criados la orden de que no digan a quien acompañan, y la de que averigüen quiénes sean cuantos lleguen al mesón.

Cuán acertada anduvo la princesa de Eboli al dar esta orden, y quiénes eran

los jinetes que había divisado, lo sabrá el lector en el siguiente capítulo.

Capítulo XI

QUIENES ERAN LOS CABALLEROS QUE SE APROXIMABAN AL MESON

LOS jinetes que habían llamado la atención de la princesa, no eran otros que don Juan de Austria, el marqués de Poza y sus tres escuderos.

Aunque bastante cansados porque apenas habían dormido las dos noches anteriores, seguían animada conversación, y don Juan no cesaba de contestar a las multiplicadas preguntas del marqués sobre todos los asuntos de la corte. Parecíale al noble mancebo que resucitaba o despertaba de un sueño larguísimo, y crecía por momentos su admiración pasando de sorpresa en sorpresa al saber el cambio que todos los negocios habían sufrido.

De pronto el marqués interrumpió la conversación y refrenando su yegua, dijo a don Juan:

—Allí se divisa una posada.

—Donde algunas noches he dormido — contestó el de Austria, deteniendo también su cabalgadura.

—Es aún muy de día, puede suceder que alguno me conozca, y os comprometería si me viesen con vos.

—No me importa, sigamos.

—Bien está que vos penséis así, pero yo no debo comprometeros.

—Esta posada está siempre desierta, amigo mío, y además, aunque el posadero me conoce por las muchas veces que me he alojado en su casa, no sabe quien soy, o mejor dicho, me tiene por un capitán retirado del servicio, simple hidalgo de mediana fortuna y me llama el señor Gonzalo cuando no hago más que dormir en su casa, y don Gonzalo cuando duermo y como.

—Pero os repito que la gente que se aloje en el mesón puede conoceros y conocerme.

—Seguro estoy de que a estas horas no habrá un solo viajero.

—¿Acaso no divisáis desde aquí lo que hay a la puerta de la posada?

—Tenéis razón, señor marqués; si no me equivoco debe ser un coche lo que se ve.

—Y lo que prueba que en el mesón descansa gente de rango, quizás de la corte, y que nos conocerán al primer golpe de vista.

—No será extraño.

Lo más prudente es que nos separemos.

—Como gustéis, pero a condición de volver a reunirnos.

—Vos — repuso el marqués — seguiréis el camino que llevamos, y yo tomaré esa senda: así llegaremos por distintos lados, y si después de estar en la posada vemos que no hay peligro, comeremos juntos y volveremos a emprender la marcha para dormir en Burgos esta noche.

—¿Y si no sucediese así?

—Comemos cada cual en su habitación, salimos con intervalo de un cuarto de hora, y el último alcanzará al primero antes de entrar en la ciudad.

—Perfectamente.

—Id, pues, con Dios, que no es prudente detenernos más tiempo, no sea que nos observen desde la posada.

—No habéis sido nunca tan previsor.

—Si os muriéseis y resucitáseis, no obraríais como ahora.

Separáronse los viajeros.

Don Juan siguió el camino real, y el marqués tomó un estrecho sendero que rodeaba un montecillo. Doña Ana, resguardada por las hojas de la ventana, viendo sin que pudiese ser vista, continuaba en acecho; pero no pudo distinguir la maniobra de los caminantes, y fija su atención en los que se acercaban a la venta, no vió tampoco a los que se alejaban por la parte del montecillo.

Don Juan llegó a la puerta de la posada y detuvo su corcel.

La princesa dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¡Inés! — gritó.

—¿Me llamáis? — preguntó la doncella al entrar.

—Acércate a la ventana... mira... ¿Conoces a ese caballero que se apea de su caballo alazán?

Inés, que se había asomado a la ventana y había examinado las facciones del viajero, contestó.

—¿Quién no le conoce? Es don Juan de Austria.

—Baja, observa y procura averiguar de sus escuderos a dónde se dirige.

—Bien, señora — contestó la doncella.

Y de un brinco se puso fuera de la habitación.

—Casi sólo — murmuró doña Ana; — en ese traje... ¿Adónde irá? No será a

Flandes... Y bien puede ser también... Hoy es día de sorpresas. Dejemos a Inés averiguar, y continuemos en acecho ya que la fortuna nos favorece.

La princesa volvió a mirar al camino y por la parte opuesta a la en que había aparecido don Juan, vió dos jinetes, delante el uno, detrás el otro, como si fuese un escudero.

—Parece que viene de Burgos. ¿Será también algún conocido?

Los nuevos caminantes eran el marqués y su criado.

Después de algunos minutos llegaron a la puerta del mesón.

Doña Ana fijó su mirada escudriñadora en el mancebo, y su rostro palideció mortalmente.

—¡Qué semejanza! — murmuró a la vez que se estremecía.

Y se pasó las manos por los ojos y volvió a mirar.

—O yo sueño... Imposible — repuso.

La princesa se oprimió el pecho porque su corazón latía con violencia y desigualdad. Por su frente pálida corrieron algunas gotas de frío sudor, y sus ojos se abrían más y más con espanto.

Su afanosa mirada se fijó nuevamente en el viajero, y sin saber lo que hacía sacó la cabeza fuera de la ventana, y luego los brazos y medio cuerpo.

El marqués de Poza se había detenido a preguntar al posadero si tenía donde alojarlo y comida que darle, y esta detención permitió a la princesa examinar escrupulosamente el rostro y el cuerpo del recién llegado.

—¡Juan! — gritó el marqués a su criado. — Da abundante pienso a las yeguas, no quites las sillas, y procura que la comida esté pronto dispuesta.

Gran trabajo costó a la princesa contener un grito: aquella voz había vibrado en su alma, no podía equivocarse con ninguna otra.

—¡Vive! — exclamó a la vez que se quitaba de la ventana. — ¡Oh!... Pero es imposible... lo asesinaron, se le encontró muerto, lo enterraron...

Al decir esto se detuvo la dama, colocó el extremo del índice de la mano derecha en los labios, y quedó pensativa algunos instantes.

—Lo enterraron — prosiguió — y... no lo sé; hasta ahora no se me había ocurrido pensar en semejante cosa. Nadie habló de su entierro, nadie asistió a él, por lo menos que yo sepa... ¿Habrá sucedido?... No, porque Blanca lo llora, y si no hubiese muerto... ¿Pero quién sabe lo que puede haber sucedido? Y viene de Burgos, quizás de verla, tal vez en mi seguimiento... Yo lo sabré todo, y si mi sospecha se convierte en realidad, entonces... ¡Oh!... La lucha será terrible... Peor para él; si no ha muerto, morirá.

Los ojos de la dama brillaron y se asomó a la puerta de la habitación

—¡Ginés! — gritó.

Poco después se presentó uno de los criados que la acompañaban.

Era éste un mozo de mediana estatura; de ojos pequeños y vivos y de mirada aviesa: de moreno rostro, de abultadas facciones excepto los labios: de negra barba y cabellos del mismo color, y que tenía la costumbre de no mirar de frente a las personas con quienes hablaba.

—¿Qué mandáis? — preguntó.

—¿Has visto a ese hidalgo o caballero que acaba de llegar a la posada?

—Lo he mirado con mucha atención.

—¿Lo conoces?

—Hace doce años, y por cierto que me debe la oreja que me falta y que me quitó de un tajo en cierta noche.

Efectivamente, a Ginés le faltaba la oreja izquierda.

—¿Quién es? — repuso con marcada emoción la princesa.

—El marqués de Poza.

—¡El marqués de Poza !— repitió doña Ana. — No puede ser; hace seis años que lo asesinaron.

—Así se dijo.

—¿Lo dudas? ¿Tienes alguna razón para creer?...

—La tengo.

—Habla, habla — repuso la princesa precipitadamente.

—Lo vi enterrar.

—¿Y en eso te fundas para creer que no ha muerto?

—Precisamente.

—Explícate.

—Fuí a ver enterrarlo para convencerme de que no tenía a quién reclamar mi oreja. Lo llevaron a San Justo, sin más acompañamiento que el comendador Maldonado, y al hacer la entrega al sepulturero mayor, abrieron el ataúd, y...

—¿No era él? — interrumpió la princesa acercándose a su sirviente.

—No lo sé.

—¿Pues no estabas presente?

—Sí, señora; pero el cadáver tenía el rostro desfigurado como si hubiera recibido un golpe muy fuerte, y no se le po-

día conocer. Tenía las narices aplastadas, desbaratada la boca y medio reventados los ojos, y estaba tan lleno de sangre que era imposible conocerlo.

—¿Y no llamó la atención esa circunstancia? — observó doña Ana de Mendoza.

—Preguntó el sepulturero por curiosidad, pero el señor comendador dijo que cuando habían asesinado al marqués había éste caído boca abajo y recibido en la cara contra una piedra el golpe que lo había dejado de aquel modo. Me pareció que había menguado su estatura y que había engruesado; pero entonces no di a esto la menor importancia.

—Pero como no puede enterrarse a nadie sin que un médico certifique...

—Todo estaba previsto, porque el comendador entregó al cura un papel diciéndole que era el certificado del doctor... no me acuerdo del nombre.

La princesa reflexionó algunos instantes y luego repuso:

—Observa a ese hombre hasta convencerte de que es el mismo marqués de Poza ...

—Estoy bien convencido.

—Pues bien, entonces intenta hacer hablar al criado que lo acompaña, y sea cualquiera el resultado de tus averiguaciones, ten preparado el caballo para seguirlo disimuladamente.

—¿Hasta dónde?

—Hasta Madrid, si es allí a donde se dirige, y una vez que lleguéis, te enterarás del lugar de su alojamiento y seguirás espiando hasta mi llegada.

—¿Y si no va a Madrid?

—Desde cada pueblo en que tengas proporción de mandarme un aviso lo haces a toda costa y sigues adelante hasta el fin del mundo.

—Bien.

—Creo que te basta con lo dicho.

—¿Y si tengo ocasión de que me pague la deuda de la oreja?

—La cobras bajo tu responsabilidad.

—Entonces le cortaré las dos.

—¿Pero el marqués no te conoce?

—No, señora: el lance a que me refiero sucedió de noche y fué inesperado...

—Comprendo.

—Los que acometimos al marqués le conocíamos — repuso Ginés, — pero él a nosotros no, lo que no fué obstáculo para que matase a uno de mis camaradas, hiriese a otro y me despojase de mi oreja como el ladrón que se lleva la bolsa ajena.

—Tanto mejor si no te conoce. Vete, pues; averigua y haz cuanto acabo de decirte.

La princesa volvió a sentarse y quedó sumida en profundas meditaciones.

Entre tanto Ginés bajaba la escalera pensando cómo podría averiguar lo que deseaba del criado del marqués.

Capítulo XII

DE COMO JUAN ERA EL MAS LADINO DE LOS ESCUDEROS

EN tanto que la princesa de Eboli hablaba con Ginés, el escudero de Poza, después de haber entrado las yeguas en la cuadra, entablaba el siguiente diálogo con el mesonero que, en el zaguán, esperaba a que estuviese la comida para servir a los recién llegados.

—A poco más — decía Juan — no tendréis en donde alojar a vuestros huéspedes.

—Pues nunca se ha visto mi casa tan desierta — le contestó el mesonero, a quien el orgullo hizo mentir descaradamente.

—Y es gente de provecho, a juzgar por lo que se ve — repuso Juan, señalando el carruaje de doña Ana.

—Lo ignoro, señor escudero, y lo que puedo únicamente asegurar es, que la señora que ha venido en ese coche es la más hermosa que he visto en mi vida, y que su doncella tiene unos ojos y una risita capaces de dar tentaciones a un cartujo.

—¿Con que es una dama la que camina en ese hermoso coche?

—Ni más ni menos.

—¿Y no la acompaña nadie más que su doncella?

—Y tres escuderos que montan tres hermosísimos caballos... Mirad; allí tenéis a dos de ellos.

Y el posadero señaló a dos de los sirvientes de la princesa que descansaban medio recostados en un banco que había cerca de la escalera por donde se subía al piso principal.

—¿Y el otro? — preguntó Juan.

—Lo ha llamado su señora y pronto lo veréis. Podréis conocerlo fácilmente, porque le falta la oreja izquierda y tiene cara de pocos amigos. En cuanto a la doncella.. allí la tenéis, aquella muchacha que sale de la cocina...

—Tenéis razón: es bonita como una

estrella y dudo que su señora lo sea más

—Pronto lo habéis dicho.

—Tan pronto como la he visto — repuso Juan.

—Pues os digo, señor escudero, que la dama es más hermosa aún.

—Es imposible, porque no puede haber ojos más hechiceros, ni boca más graciosa, ni talle más gentil que el de la doncella, y lo que no puede ser es, y esto os probará que la dama no vale más que su sirviente.

—Que no entren en mi posada sino mendigos y ladrones si miento.

—No la habéis mirado bien — replicó Juan, que pensaba sacar partido de semejante altercado tan sin provecho en apariencia.

—¡Por San Blas que sois testarudo como un suizo! — exclamó el mesonero algo picado, al ver tan tenazmente contrariada su opinión sobre buen gusto.

—Y no conseguiréis hacerme variar de parecer, porque estoy convencido de que os equivocáis.

—No puede darse caso más extraño: disputáis sin haber visto a la dama.

—Y tan convencido estoy de que tengo razón, que aun me atrevo a apostaros una respetable cantidad.

—¿También eso?

—Cinco ducados — repuso Juan, a la vez que enseñaba al mesonero algunas monedas de plata.

Los ojos del huésped brillaron, porque semejante suma era para él cosa respetable.

—No puedo — dijo, — exponerme a perder tanto dinero.

—Mis cinco ducados contra uno — replicó el escudero, fingiéndose picado.

—Contra uno...

—Sí.

—Acepto.

—No hay más que hablar.

—Una cosa se me ocurre.

—¿Cuál es?

—Si obraréis con legalidad, porque insistiendo vos en que es más bonita la doncella...

—Y vos en que es más hermosa la dama...

—De nada servirá la apuesta. Yo ya tengo mi opinión, y sólo se trata de que vos confeséis lealmente la que os parece mejor.

—Os lo prometo.

El posadero movió la cabeza con aire de duda.

—¿Pensáis que os engañaré? — repuso Juan.

—No, pero...

—Hay un medio.

—¿Cuál?

—Que otro decida.

—¿Y quién?

—Mi señor.

—Ese os favorecerá.

—Pues nombrad vos otro que os represente, y sometámonos a su fallo.

—Me parece bien — dijo el posadero. — Rogaré al señor Gonzalo, que es hombre que ha corrido muchos tierras y visto muchas mujeres, que decida de acuerdo con vuestro amo.

—¿Y quién es ese señor Gonzalo?

—Un hidalgo de tan buena sangre como el que os mantiene. Llegó pocos momentos antes que vosotros; lo acompañan dos escuderos... Ya veis que no será ningún cualquiera.

—Me conformo.

—Entonces... ¿Pero cómo ha de hacerse para que la vean?

—¿No tenéis — preguntó Juan, — otro aposento tan bueno o mejor que el que ocupa la dama?

—Sí, otro mejor.

—Pues bien, decidle que se pase a él vendiéndole la fineza de que es por su comodidad; y cuando salga del uno para entrar en el otro...

—No soy tan torpe — interrumpió el mesonero. — Me basta esa indicación.

—Pero es menester que los jueces que han de fallar están ocultos para que tengan libertad de examinar detenidamente a la dama.

El posadero reflexionó algunos instantes, cosa que por primera vez hacía en su vida, y luego dijo:

—No hay ningún inconveniente.

—Quedamos convenidos, y después de comer...

—Perfectamente...

—Pues dáos prisa a servirnos.

Entró en la cocina el mesonero, y Juan dijo para sí:

—Si por este medio no averigua el señor marqués quién es la persona que ha venido en ese coche, no sé cómo hacerlo. Sus criados no quieren decir quién es, y los demás lo ignoran. Tal vez conozca mi señor a la misteriosa dama, y si no, la conocerá el señor don Juan de Austria, mi real tocayo.

Así pensaba el escudero mientras dirigía distraidamente sus miradas al camino, cuando Ginés entró y dijo en voz baja al pasar junto a sus compañeros:

—No me conocéis.

—Descuida — le contestaron.

Y luego se acercó a Juan, y tocándole la espalda, le dijo:

—Me parece, amigo mío, que no es la primera vez que os veo.

El escudero del marqués lo miró detenidamente, y notando la falta de la oreja, conoció que era el criado de la dama nombrado por el mesonero.

—Tal vez — contestó, — porque he corrido muchas tierras y no sería extraño que me conociéseis.

—¿Habéis sido soldado? — le preguntó Ginés.

—Sí.

—Yo también.

—Entonces...

—¿Habéis estado en Italia?

—Y en Flandes.

—Pues seguramente os he visto allá.

—Juan examinó nuevamente el rostro de Ginés y dijo para sí:

—Este busca un pretexto para entablar conversación, ¿Habrán conocido al señor marqués?

Y luego añadió en voz alta:

—¿Y hace mucho tiempo que habéis dejado el servicio de su majestad?

—Seis meses y arrepentido, porque no me ha sido posible encontrar un buen amo que me admita como escudero; y como no tengo otro patrimonio que el de mis manos, pienso volver a engancharme en los tercios de Italia.

—¿Con qué a nadie servís?

—A nadie.

—Empieza por mentir — dijo para sí Juan. — Aquí hay misterio, pero no sabe este bribón que es difícil engañarme.

—Vos — repuso Ginés, — habéis tenido mejor suerte.

—Sí...

—Habéis encontrado un buen amo... Y a propósito, ¿sabéis que en Italia corrió la voz de que lo habían asesinado?

Juan soltó una estrepitosa carcajada.

—¿De qué os reís? — le preguntó Ginés.

—De lo que habéis dicho... ¡Ja, ja, ja!...

—No os comprendo...

—La manía de todos.

EL criado de doña Ana miró con sorpresa a Juan.

—Como si habláseis en latín — repuso a la vez que se encogía de hombros con la mayor naturalidad del mundo.

Iba Juan a contestar, pero los interrumpió el mesonero para decirles que podían entrar en la cocina a comer.

—¿Queréis acompañarme? — dijo entonces el escudero del marqués al de la princesa.

—Con mucho gusto —le contestó éste. — ¡Hola, maese posadero, ponednos aparte la comida y donde estemos solos, porque queremos vaciar tranquilamente un par de botellas, que cuidaréis no sean de vinagre!

—Tengo del vino más superior — contestó el mesonero, — pero es algo caro.

—No importa.

Algunos momentos después, ambos sirvientes se sentaban delante de una mesa en que había dos vasos de estaño, dos botellas y una fuente donde humeaba la mitad de un cabrito con salsa que trascendía desde muy lejos a pimienta y ajos.

—Un trago ante todo — dijo Ginés.

Llenáronse los vasos y se vaciaron tras un brindis al buen vino.

—¡Por Santiago, que no ha mentido el posadero! — exclamó Juan, limpiándose el bigote con el dorso de la mano.

—No dejaremos enfriar el cabrito porque huele como si hubiese sido guisado en la cocina de San Pedro que, según cuentan, fué el rey de todos los glotones.

—Y añaden que tuvo tentaciones de comerse el gallo que cantó en casa de Pilatos — repuso Juan, destrozando el cabrito con el puñal.

—Ahora, mi camarada y amigo, me explicaréis el motivo de vuestra risa, porque soy muy curioso, y tanto, que en cierta ocasión la curiosidad me costó esta oreja que me falta.

—Os parecéis a mi, con la diferencia de que siempre he satisfecho mi curiosidad sin que me cueste tan cara como a vos. Así, pues, os suplico que cuando yo os haya explicado la causa de mi risa me contéis la aventura de la pérdida de vuestra oreja.

—Lo haré de la mejor gana... Se me secan los labios.

—A mi también.

Volvieron a llenarse y vaciarse los vasos.

—Os escucho.

—Habéis de saber — repuso Juan, pegando con su vaso en la cabeza al gato negro que lo importunaba, — habéis de saber que por... no sé por qué, y fuera de malicia, pero es el caso que

según aseguran, mi amo el señor Alonso de Burgos se parece como un huevo a otro huevo al marqués de Poza.

—¿Os chanceáis? — preguntó Ginés mirando fijamente a Juan.

—Os hablo seriamente, y sabed que la tal semejanza ha costado a mi amo algún disgusto y le han proporcionado muchos ratos de broma.

—Sin duda os burláis.

—Os referiré un caso y no atestiguo con muertos.

—Sepamos.

—Cuando asesinaron a ese marqués, nos hallábamos en Flandes, y cata que a pocos días de recibida allí la noticia, íbamos por una de las principales calles de Bruselas cuando encontramos manos a boca al mismísimo duque de Alba, seguido, como tenía de costumbre, por muchos caballeros españoles y flamencos. Al ver a mi amo, se detuvo, dió un grito y tomándole por un brazo, le dijo: "¿Así os pasáis de largo, señor marqués sin saludar a vuestros amigos?" Mi amo lo miró con sorpresa; pero como tenía noticia de la maldita semejanza, se repuso y contestó: "Vuestra excelencia se equivoca, señor duque". Volvió éste a contemplarlo y replicó: "Supongo, señor marqués, que no intentaréis burlaros de mí. El príncipe de Eboli me escribió la ocurrencia, pero sin duda se creyó que era mortal vuestra herida y se equivocaron puesto que os veo aquí. Me alegro que hayáis escapado con vida, porque sabéis la estimación que os tengo; pero como al noticiarme lo que en aquellos primeros momentos se creyó vuestra muerte, se me hicieron ciertas observaciones, me veo precisado, con sumo disgusto, a deteneros y dar parte a su majestad. Habéis sido muy imprudente no quedándoos en Francia o en Inglaterra". Mi amo no pudo menos de sonreirse y contestó: "Soy Alonso de Burgos, pero la naturaleza ha querido que desgraciadamente me parezca al marqués de Poza como si fuese el mismo. No es vuecencia el primero que me toma por el marqués". El duque no se convenció, y dos o tres de los caballeros españoles que lo acompañaban, aseguraron que mi amo era el marqués en persona. Negaba el uno y el otro se irritaba, concluyendo por llevarnos presos a mi amo y a mi.

—¿Y cómo salísteis del apuro? — preguntó Ginés que estaba sorprendido y empezaba a dudar.

—El duque escribió a Madrid, y el cura de San Justo certificó haberse enterrado en la bóveda de su iglesia al marqués.

—No es bastante.

—Eso mismo dijo el duque.

—¿Y entonces?...

—Tuvo mi amo que ponerse en cueros, se le reconoció escrupulosamente y no encontraron en todo su cuerpo la más leve señal de haber recibido ninguna herida.

—¡Conque no encontraron señal!...

—Ninguna, y ya veis, que a ser el marqués tendría la cicatriz de la herida que le hicieron.

—¿Se convenció el duque?

—Forzosamente; y creo que vos estaréis convencido.

—Sin embargo, tanta semejanza... el rostro, el cuerpo, las maneras, la voz...

—Está visto que al fin me haréis hablar — interrumpió Juan a la vez que vaciaba su vaso y llenaba el de Ginés.

Este lo imitó.

Cualquiera hubiese dicho que Juan empezaba a sentir los efectos del vino, al ver la movilidad de sus ojos, la vaguedad de sus miradas y sus algo inciertos ademanes; pero era todo puro fingimiento.

—¿Conque hay misterio? — dijo entonces Ginés a la vez que se sonreía maliciosamente. — Bien, camarada, bebamos otro vaso, y proseguid vuestra historia, porque tenéis una manera de contarla que me agrada en extremo.

Juan bebió nuevamente y repuso:

—Cuando entré al servicio del señor Alonso, había en su casa una vieja que ya murió, charlatana y murmuradora como todas las viejas.

—Buen principio.

—No es tan bueno el fin.

—Proseguid.

—La maldita sesentona, que había visto nacer a mi amo, tuvo el capricho de enamorarse de mí, y me obsequiaba y me adulaba como no podéis figuraros.

—Sois hombre de suerte.

—Este amor me valió vivir regaladamente algunos meses, y ponerme al corriente de todos los secretos de la casa. Un día, hablando de la semejanza que se decía tener el señor Alonso con el marqués, la vieja murmuradora se sonrió maliciosamente, y preguntándole yo la causa de su risa, me dió a conocer la del parecido que tanto llamaba la atención.

Estas palabras produjeron mucho efecto en Ginés, que empezaba a dudar si efectivamente sus ojos no le habrían engañado.

—Remojad el tragadero, amigo mío — dijo a Juan, — y proseguid.

—Dos palabras me restan que decir.

Y Juan miró a todos lados como si temiese ser oído.

—La madre del señor Alonso — prosiguió, — estuvo en la corte con ciertas pretensiones, y fué recomendada al padre del marqués, es decir, al que era entonces marqués de Poza.

—¿Era bonita la madre del señor Alonso? — interrumpió Ginés con tono de refinada malicia.

—La mujer más hermosa de Toledo.

—Ahora comprendo esa semejanza.

—Por ella abandonó a su mujer el padre de mi amo.

Ginés quedó pensativo algunos instantes, y luego dijo:

—¿Habéis querido chancearos?

—¿Y con qué fin había de hacerlo?

—¿Camináis hacia Madrid? — repuso Ginés.

—Mi amo es demasiado loco para que yo pueda satisfacer vuestra pregunta.

—No os comprendo.

—Quiero decir que ni él mismo sabe a donde va.

—Os entiendo menos

COMO es enteramente libre y tiene con qué vivir desahogadamente, corre de aquí para allá, y en muchas ocasiones ha sucedido salir con dirección a un punto y luego ir a parar al opuesto. Una vez salimos de Valladolid pensando ir a Andalucía, y al llegar a Madrid emprendimos el camino de Francia y no paramos hasta Flandes. Desde allí quiso pasar a Inglaterra, pero el viaje concluyó en Sevilla. Otras veces vuelve atrás a la mitad del camino de un pueblo a otro y dormimos donde habíamos almorzado. Esta tarde al divisar esta posada me dijo que quedaríamos aquí esta noche, y al llegar a la puerta me mandó que no quitase las sillas porque habíamos de ponernos en camino al instante. ¿Podría yo decir si hemos da pasar aquí una semana, si iremos a Madrid a toda prisa o volveremos a Burgos, de donde hemos salido hoy? No lo sé.

Ginés quedó pensativo.

—¿Se estará burlando de mí? — se preguntó.

El posadero entró en aquel instante y dijo al escudero del marqués

—Vuestro amo os llama.

Como había concluído la comida, levantáronse ambos criados. El de la princesa fué a dar cuenta a su señora de cuanto había sucedido, y Juan a su señor de la escena que acababa de tener lugar.

—Al momento voy a buscaros para lo de la apuesta — dijo el mesonero a Juan cuando hubo desaparecido Ginés.

Efectivamente, pocos momentos después, y cuando apenas Juan acababa de decir al marqués que lo habían conocido y que lo espiaban, y el medio de que se habían valido para intentar conocer a la misteriosa dama, entró el mesonero.

—¿Queréis ver a la dama? — preguntó al de Poza.

—Sí.

—El señor Gonzalo ya está en el escondite, y ahora es ocasión de que vayáis sin que nadie os vea, porque el escudero que ha comido con vos está hablando con su señora, y los otros le ensillan su caballo.

—¡Le ensillan su caballo! — dijo el marqués. — ¿Acaso se marcha la dama?

—No, señor; pero dicen que el escudero desorejado ha de partir esta misma tarde.

El marqués echó a Juan una mirada significativa.

—Bien — repuso, — vamos a verla.

—¿Y la apuesta? — dijo el mesonero.

—Me conformo con lo que decidan los señores, y así juzgaréis bien de mi imparcialidad.

Juan era mozo ladino como pocos, y seguramente el marqués no podía haber hecho mejor adquisición.

—Sin duda ese bribón trata de seguirnos — dijo cuando estuvo solo, — pero no sabe con quién se las da.

Y se dirigió a la cuadra, donde vió ensillado uno de los caballos de los tres escuderos de la princesa.

—Buen chasco te vas a llevar... no te harán correr mucho, pobre animal — repuso acariciando al negro corcel.

Luego sacó su afilado puñal y en un segundo cortó las cinchas, no del todo, pero de manera que a poco esfuerzo se rompiesen.

Entre tanto el mesonero había conducido al marqués al piso superior, y después de atravesar un pasillo le hizo entrar en un reducido aposento in-

terior y oscuro, y en donde ya se encontraba don Juan de Austria.

Sobre la puertecilla del aposento, y sin duda para dar a éste alguna ventilación, había una ventana.

—Desde aquí podréis verla bien — dijo el posadero. — Cerráis la puerta, os subís en esa silla y desde esa ventana...

—Perfectamente — interrumpió el marqués.

—Os ruego, señores, que seáis imparciales, porque...

—Lo seremos a fe de hidalgos.

El posadero salió y sin detenerse entró en el salón donde estaba doña Ana.

—¿Qué buscáis? — le preguntó la princesa con acritud.

—Vengo a guiaros a vuestro aposento...

—¡A mi aposento!

—Os hice entrar aquí para que descansáseis y comiéseis; pero como véis, ni tenéis aquí cama ni nada de lo que podéis necesitar...

—Estoy bien aquí.

—¿Y dónde os acostaréis?

Doña Ana hizo un gesto de mal humor, y dijo a su criado:

—Nada más tengo que añadir.

Ginés salió.

—¿Tiene ventanas al camino ese otro aposento? — preguntó la princesa al mesonero.

—Dos, señora.

—¿Hay mucho que andar para llegar a él?

—Diez pasos.

—¿Y los demás viajeros, dónde están?

—Comiendo para marchar.

—Vamos y en seguida llevadme un tintero y papel.

—Allí lo encontraréis, porque nada falta en la habitación que os he destinado: sólo la ocupan las personas de cierto rango, y...

—Vamos, vamos — interrumpió la dama, poniéndose en pie.

Y salió guiada por el mesonero que marchaba con tardo paso, a fin de que pudiesen verla bien nuestros amigos.

Necesitó el marqués hacer un esfuerzo sobrenatural para no dar un grito al conocer a doña Ana de Mendoza.

Al verla se sintió desfallecer, pero al instante recobrando sus fuerzas, hizo un movimiento para salir del cuarto y correr tras la dama.

Don Juan lo detuvo.

—¿Qué intentáis? — le dijo. — ¿Habéis perdido la razón?

Difícilmente se contuvo el mancebo. Al ver a la que había mandado asesinarlo, a la que había hecho infeliz a Blanca sintió afluir a su cabeza toda su sangre.

Cuando salió con don Juan del aposento, su rostro estaba pálido como el de un cadáver, y su cuerpo temblaba convulsivamente a impulsos de la ira.

—Partid al instante — le dijo, — don Juan.

El marqués llamó a su criado y le mandó sacar de la cuadra las cabalgaduras.

Diez segundos después montaban en sus fogosas yeguas.

—Señor — dijo el mesonero, — os olvidáis...

—Habéis ganado — le dijo el marqués. — Tomad.

Y le arrojó una moneda de oro.

—No hubiese necesitado verla — añadió. — si me hubiéseis dicho que era la princesa de Eboli.

—¡La princesa de Eboli, santo Dios! — exclamó el posadero. — ¡Y no le he dado tratamiento!

El posadero, aturdido con semejante noticia, corrió hacia el aposento de doña Ana, para pedirle perdón por haberla tratado con tan poca ceremonia.

Entretanto Ginés salió de la posada y montó a caballo.

—¡Vuelven hacia Burgos! — dijo para sí al ver al de Poza y a su escudero que se alejaban al trote.

Y los siguió al mismo paso y a no muy larga distancia.

Empezaba a oscurecer.

Buen trecho de camino anduvieron espiados y espía.

Dieron vuelta a un montecillo.

—¿Queréis verlo ya rodar? — preguntó Juan al marqués.

—Sí, porque ya por pronto que vuelva a la posada y salgan otros en nuestro seguimiento, no podrán alcanzarnos.

—Bien.

—¿Estás seguro de que se romperán?

—Ya lo veréis.

—Probemos.

Picaron la espuela el marqués y Juan y las yeguas partieron a todo escape.

—¡Quieren dejarme atrás! — dijo entonces Ginés.

Y obligando a su caballo, imitó a los que perseguía.

Pocos pasos pudo dar el noble bruto en su veloz carrera, porque a los primeros esfuerzos rompiéronse las cin-

chas y perdiendo el jinete el equilibrio, cayó.

El pie izquierdo de Ginés quedó enganchado en el estribo y fué arrastrado por el corcel, que gracias a su buen instinto se detuvo a los pocos pasos. Pero el escudero estuvo largo rato aturdido y sin poderse mover.

Cuando volvió en sí advirtió que se había hecho algunas heridas en la cara; y al levantarse trabajosamente le arrancaron un ¡ay! los dolores que en todos sus miembros sentía.

Aunque la noche había cerrado ya, no estaba del todo oscura, y a favor de los resplandores de la luna, pudo ver Ginés la causa de su caída.

—Están rotas las cinchas, pero.... ¡Oh!... las habían cortado... ¡Voto al mismo Satanás, que se han burlado de mí!

Ginés apretó los puños y desahogó en imprecaciones su coraje; pero convencido de que le era imposible seguir al marqués y mucho menos alcanzarlo, determinó volver a la posada y dar cuenta a su señora de lo ocurrido.

Cabizbajo y pensativo volvió atrás el escudero, llevando del diestro su caballo y exhalando algún otro quejido o maldición producido por los dolores que lo atormentaban.

Mientras sucedía lo que acabamos de referir, doña Ana de Mendoza, sentada delante de una mesa de pino sobre la que ardía un enorme velón de cobre, escribía la siguiente carta:

"No solamente mi vida, sino también la de su majestad, peligran desde hoy. El marqués de Poza vive y esto no es un cuento: yo misma lo he visto y acaba de tomar el camino de Burgos de donde parecía venir hace una hora".

Aquí llegaba la princesa cuando la puerta se abrió entrando el mesonero.

—¡Señora princesa de Eboli! — exclamó, juntando las manos con ademán suplicante. — ¡Ilustre señora, perdón!

Al oír doña Ana su nombre hizo un gesto de sorpresa, dejó caer la pluma, y con severo tono dijo:

—¿Qué buscáis?

—¡Perdonadme! — repitió el mesonero.

—¿Quién os ha dicho?...

—Perdone vuestra señoría.

—¡Miserable — exclamó arrebatadamente la princesa.

El posadero creyó que ésta se enojaba porque no le daba el tratamiento correspondiente, y repuso:

—Vuecencia perdonará.... vuestra alteza...

—¿Quién os ha dicho mi nombre? — interrumpió doña Ana.

—El nombre de vuestra se... de vuestra excelencia..

—¡Acabad!...

—El nombre...

—¿Os burláis? — repuso la princesa, poniéndose en pie y clavando en el mesonero una terrible mirada.

—Me lo ha dicho ese hidalgo... el señor Alonso de Burgos...

—¿Cómo lo ha sabido?

—Lo ha sabido... no sé cómo... conocerá a vuestra señoría.

—¿Me ha visto acaso? Decid la verdad; si no, os acordaréis de mi.

Comprendió el mesonero que si doña Ana descubría la broma de la apuesta no había de pasarlo muy bien, y contestó:

—No ha podido veros... ver a vuecencia, porque no ha salido...

—Mis criados no se lo han dicho...

—Uno de vuestros escuderos ha comido con el de ese hombre y han vaciado algunas botellas y como el vino era de buena calidad...

—Pero no le ha dicho mi nombre.

—Entonces...

—¿Y don Juan de Austria sabe también quién soy?

—¡Don Juan de Austria! — repuso el mesonero admirado. — ¿Qué tengo yo que ver con don Juan?

—¿Acaso no está en vuestra posada?

—¡En mi posada el hermano del rey!

—Ese caballero que llegó con dos criados...

—Bah, bah!.... Es un hidalgo a quien conozco hace mucho tiempo: trazas tiene de ser un príncipe.

—Es que siempre viaja de incógnito.

—¡Gran Dios — exclamó el posadero con espanto.

—Contestad, bellaco. ¿Me conoce también don Juan?

—Lo ignoro.

—Averiguadlo.

—Haré lo posible.

Doña Ana quedó pensativa.

—¿Cómo ha podido saber quién soy? — dijo para sí, — A menos que el marqués venga de Burgos y haya visto a Blanca... Y no ha seguido el camino que llevaba, ha vuelto atrás...

Y luego añadió, dirigiéndose al posadero:

—¿Ha visto don Juan de Austria a

ese fingido hidalgo que os ha dicho mi nombre?

—No, señora.

—Idos.

—El mesonero salió.

—Comienza la lucha — dijo la princesa.

Y sentóse nuevamente y siguió escribiendo lo que sigue:

"Según las noticias que he podido adquirir; el marqués sanó de su herida y se enterró a su criado, suponiendo que era él. Su antigua dama está en el convento de las Huelgas y hasta hoy no lo he sabido; es la pensionista misteriosa que os tengo hablado. Hoy ha recibido una carta del paje en que le anuncia su pronta venida.

"Os escribo, porque esta carta irá más de prisa que yo puedo hacerlo.

También he visto a don Juan que caminaba de incógnito.

"Estad alerta, que los enemigos de su majestad, y por consiguiente los nuestros, conspiran".

Firmó doña Ana esta carta, la cerró y puso el sobrescrito al señor Antonio Perez, primer secretario de Estado de su majestad.

Luego llamó a uno de sus criados y le dijo:

—Toma esta carta, monta a caballo, corre, vuela hasta llegar a Madrid, y sin perder un instante, a cualquier hora aunque sea la media noche, entrégala en propia mano al señor Antonio Pérez.

Salió el escudero, y un momento después volvió a entrar el posadero.

—Don Juan de Austria — dijo, — acaba de partir.

—¿Y habéis averiguado?...

—Fácilmente: lo llamé por su nombre, me miró de un modo que me hizo temblar, y me contestó: "Decid a la señora princesa de Eboli que no tengo que ocultar mi nombre".

—¿Nada más?

—Pagarme como quien es y alejarse.

—Dejadme sola.

Doña Ana apoyó la cabeza entre las manos y quedó inmóvil.

Reinó el más profundo silencio.

Largo rato transcurrió y oyéronse fuertes golpes dados a la puerta de la posada.

La princesa se estremeció.

Algunos momentos después entró Ginés con los vestidos rotos y la cara y manos ensangrentadas.

Doña Ana al verlo, no pudo reprimir un grito.

—¿Qué sucede? — preguntó precipitadamente.

Ginés refirió el desgraciado suceso de su caída, y la inutilidad de sus esfuerzos para espiar al marqués.

—¡Se han burlado de ti! — exclamó doña Ana. — ¿De qué te sirve esa astucia que tanto te envanece? Para nada me sirves, vete.

—¡Oh! — exclamó Ginés, apretando los puños y rechinando los dientes. — Me iré, señora, pero no me quedaré sin vengarme. Este negocio lo tomo como mío: ya me debía el marqués una oreja, y ahora me debe una burla, que es cosa de más importancia.

—Te vengarás y me vengaré. No te despido, pero que te sirva de lección.

—¡Yo os juro que he de hacer del pellejo de esos tunantes cinchas para mi caballo!

—Hemos salido perdiendo en esta partida... Ginés, qué enganchen inmediatamente.

—¿No queréis pasar aquí la noche?

—He dicho que enganchen.

Un cuarto de hora después se alejaba del mesón doña Ana de Mendoza, revolviendo en su cabeza mil proyectos de intrigas.

Ginés maldecía y juraba como un condenado.

—¿Qué te sucede? — le preguntaban sus compañeros.

—¡Cuernos de Lucifer...! ¡Una burla!... Esto vale más que la oreja.... ¡Mil rayos!... No seré feliz sin tomar la revancha.

Capítulo XIII

RECUERDOS

APENAS el primer crepúsculo matutino anunciaba con su ténue claridad un nuevo día, a la hora en que el rocío con sus líquidos diamantes borda las verdes hojas y la azulada arena; cuando aún el jilguero no ha sacudido sus pintadas alas para responder con sus trinos al canto del gallo madrugador. Blanca, postrada de hinojos ante una imágen de la madre del divino Crucificado, oraba con todo el fervor de su acendrada fé, con toda la ternura y el dolor de sus pesares.

Las mejillas de la doncella estaban en extremo pálidas, descoloridos sus la-

bios y humedecido el cristal de sus negros ojos por alguna lágrima que, después de haber oscilado uno o dos segundos pendiente de las rubias y largas pestañas, rodaba del rostro al agitado seno como si buscase el dolor que la había producido. Algún estremecimiento agitaba de vez en cuando sus manos, cruzadas y apoyadas en el reclinatorio que tenía delante; algún entrecortado suspiro solía mezclarse a las palabras de súplica de su oración; pero ésta fué sosegando poco a poco su espíritu y calmando sus dolores.

Más tranquila ya, como si el rezo hubiese endulzado sus pesares, secó el llanto, levantóse y se acercó a la ventana.

El aire puro y frío de la mañana pareció reanimar las fuerzas de la joven. Su mirada recorrió la extensa huerta del convento, después la campiña, los vecinos montes, y por último contempló los resplandores de la aurora. que engalanada en el oriente con la diadema de los primeros aunque lejanos rayos del sol, recibía los cantos de las inocentes aves y el primer aroma de las pintadas flores. Algún ladrido resonaba ya en la campiña: algún balido se repetía en el valle; el enérgico reclamo de la perdiz se apagaba entre los tomillos y las encinas del monte, y mientras la abrasadora melena del astro del día colocaba sus cabellos de fuego en el más elevado pico de alguna roca, abría el capullo tierno de la rosa, desplegábanse las blancas hojas de la aromática azucena, murmuraba el arroyo trenzando y destrenzando sus cristales. y la paloma repetía su amoroso arrullo sobre las pizarras que cubrían la techumbre del convento.

La contemplación de la naturaleza al despertar con sus cantos, sus aromas y sus murmurios dilató el corazón de la doncella, exhalando un tierno suspiro, que sin duda lo recibió entre sus morados pétalos algún melancólico lirio como si fuese el beso amoroso del céfiro matinal.

¡Cuántos recuerdos se agolparon a la imaginación de la doncella! Muchas mañanas, como aquella, tan puras, había contemplado, desde un balcón del alcázar real el tranquilo Manzanares, y las verdes praderas y espesos arbolados que se extienden a sus orillas, mirando afanosamente con el alma gozosa y el corazón henchido de amor a un jinete que recorría el anchuroso campo, ya perdiéndose entre la espesura, ya trepando los montecillos o atravesando velozmente la llanura. Su blanquísimo corcel piafaba orgullosamente; ora rompiendo el tallo débil de alguna silvestre flor, ya hundiendo bajo la tierra el menudo césped o levantando espesos remolinos de finísima arena. Si el caballo se encabritaba, si en la impetuosidad de su carrera salvaba de un salto el arroyo o la maleza, la joven extendía los brazos y exhalaba un grito; pero cuando el bruto, marchando acompasadamente, lucía su maestría con la elegancia de sus movimientos. entonces la sonrisa más dulce hacía entreabrir los rosados labios de la doncella y sus negros ojos brillaban con la luz del contento más inocente.

Empero ya el Manzanares no serpenteaba a sus pies. ya no podía exparcir su mirada por las verdes praderas ni los espesos bosques de la Florida, y cuando se asomaba a la ventana de su estrecha celda, no divisaba a su amante, fatigando a su blanco corcel. Una cadena de áridas montañas, muchas veces cubiertas de nieve, se presentaba a su vista, sin que atravesase el ancho campo más que algún fatigado viajero sobre su parda mula o su flaco rocín.

¿Qué se habían hecho tantas ilusiones, tanta esperanzas? En un instante, en un solo instante habían desaparecido, Tras aquellos días de felicidad, de completa felicidad habían pasado muchas de amargo dolor, en que habían salido de los labios tantos ayes como antes dulces palabras de amor, en que los ojos habían vertido más lágrimas abrasadoras que sonrisas habían animado el semblante en otros tiempos.

—¡Qué pasajera fué mi dicha! —murmuró la doncella. — ¡Ah!... Sí, muy pasajera porque cuando la felicidad hace sonreir no se cuentan los días; pero cuando el dolor hace llorar se cuentan las horas, los minutos, los instantes.

Largo rato permaneció la joven silenciosa e inmóvil como una estatua. Su mirada no se apartaba un instante del sitio en que la había fijado últimamente como si examinase con afán algún objeto; pero casi podía asegurarse que nada veía, según estaba de absorta en sus pensamientos. Comparaba su pasada dicha con sus presentes dolores. ¡Horrible comparación! Mucho sufría en aquellos momentos, y sin embargo na-

die lo hubiese sospechado al ver su aparente tranquilidad.

De pronto, en una tortuosa vereda que iba a perderse a la vuelta de un montecillo, aparecieron cinco jinetes, dos delante, tres detrás, aquéllos graves y silenciosos, estos alegres y entretenidos en animada plática. Blanca no podía distinguir las facciones de los caminantes porque la distancia era mucha; pero al ver el caballo blanco que iba a la izquierda de los de delante, no pudo contener un grito.

—¡Cómo aquel, cómo aquel! — exclamó la doncella.

Y sus mejillas se encendieron para tornarse después más pálidas que antes estaban.

—Su misma estatura, su mismo aire.. ¡Oh!... ¡Detente, caminante, detente! ¡Déjame contemplar tu blanquísimo corcel!...

Los viajeros no eran otros que el marqués y don Juan.

—Prefiero — decía éste, — que habléis mucho. Hoy estáis más triste que ayer.

—Decidme, don Juan — preguntó el de Poza, volviendo atrás la cabeza, — ¿qué edificio es aquel que dejamos a nuestra espalda?

—Es el convento de las Huelgas donde ha estado encerrado doña Ana de Mendoza.

El marqués se detuvo.

—Dejadme que lo contemple. La palabra convento es ahora para mí de mucha importancia.

—Reparad en aquella ventana, la quinta empezando a contar desde la izquierda.

—Sí, una monja...

—Parece que nos observa.

—¿Sabéis lo que me trae a la memoria esta mañana serena, aquella mujer que nos mira y mi yegua blanca?

—¿Volvéis a vuestras comparaciones?

—Como sólo vivo de recuerdos...

—¿Y cuál es el de ahora?

ES el de las mañanas en que sobre mi potro blanco, que me quisísteis comprar con tanto empeño, paseaba yo por las orillas del Manzanares y mientras Blanca me miraba desde un balcón de palacio.

—Pero esa mujer es una monja.

—Pero es una mujer que me mira, que no se mueve... Fijad bien en ella vuestra atención.

El marqués obligó a encabritarse su yegua y Blanca extendió involuntariamente los brazos.

—¡Como ella, lo mismo que ella!... ¡Y la he perdido! — exclamó el mancebo.

Y bajó tristemente la cabeza.

—¿Dónde estará? ¿Qué hará en este momento? ¿Se acordará de mí?

Los mismos recuerdos, las mismas ideas que desde largo rato hacían sufrir a la doncella, atormentaron también al marqués. Emprendía un viaje para saber del paradero de Blanca, y la tenía tan cerca y lo ignoraba, la estaba mirando y no la conocía.

Transcurrió largo rato de profundo silencio.

—La mañana avanza — dijo don Juan.

—No sé por qué no quisiera alejarme de Burgos — respondió el marqués.

—Fácilmente se comprende, amigo mío. Habéis visto a esa monja que por casualidad nos mira, que por casualidad extiende los brazos al encabritarse vuestra yegua, y esto evoca ciertos recuerdos, os hace forjaros la ilusión de que estáis en otros días más felices, y no queréis moveros de aquí para no despertar de vuestro sueño.

—Es verdad.

—Pero como el día avanza y vuestros enemigos pueden querer probar nuevamente fortuna para espiaros, es prudente alejarnos de aquí.

—Tenéis razón — contestó el marqués.

Y echando una última mirada a la religiosa, y al sentir humedecidos sus ojos sacudió la cabeza, clavó el duro acicate en el vientre de su cabalgadura y partió veloz.

—¡Se aleja !— murmuró tristemente Blanca.

Y una lágrima salió de sus ojos, y luego miró al cielo.

Empero no era en la mansión de los espíritus donde debía buscar a su amante, porque corría delante de ella como seis años atrás a orillas del Manzanares.

Mundanos pensamientos agitaron el corazón de la doncella.

Sonó una campana.

—A coro — dijo distraídamente.

Intentó borrar con la oración el recuerdo del caballero del blanquísimo corcel, y apagar el fuego de su pasión que se había reanimado aquella mañana; pero fué en vano.

Los siguientes días, al despuntar la aurora, se asomaba la doncella a la ventana y permanecía hasta la hora de entrada en el coro con la vista fija en la tortuosa vereda; pero el caballero del nevado corcel no aparecía, y ella se retiraba pensativa, con el llanto en los ojos y la tristeza en el semblante.

Capítulo XIV

DONDE SE DA A CONOCER A ANTONIO PEREZ

YA hemos dado al lector una ligera idea del estado en que se encontraban los asuntos de Flandes, y sólo nos faltaba hacer algunas indicaciones sobre el aspecto que presentaba la corte de Felipe II y sobre algunos de los personajes que figuran en esta segunda parte de nuestra diabólica historia, no dados a conocer.

Antonio Pérez, el ministro que tan escandalosamente abusó de su influencia y que concluyó siendo víctima de todos los abusos, había heredado con creces el inmenso favor real de que gozara en otro tiempo Ruy Gómez de Silva, y aunque sin hacerse dueño de la voluntad del monarca, porque Felipe II no se dejó nunca dominar por ningún hombre, por ninguna afección, por ningún sentimiento, puede decirse que aquel ministro era una segunda autoridad suprema a cuyo nombre todas las frentes se doblaban. Jamás favorito alguno se ha visto tan adulado ni ha sido tan temido como lo fué el célebre secretario del prudentísimo rey de dos mundos; pero es verdad también que pocos, muy pocos han alcanzado de la naturaleza el don de un talento tan elevado, de un tacto tan delicado en los graves negocios de la tenebrosa política de aquellos tiempos, ni han sabido estudiar el corazón humano como Antonio Pérez.

De imaginación ardiente, viva y fecunda, y educado en Italia, emporio de la ciencia política en los siglos XV y XVI, había completado Antonio Pérez su sabiduría con los consejos de su experimentado padre, y en pocos años logró elevarse a una altura desde la cual miraba desdeñosamente a los más poderosos magnates del reino.

El soplo de la fortuna lo remontó en sus doradas alas; empero como cada hombre tiene un diablo tentador que lo precipita desde el risueño camino de la bienandanza al negro abismo de su terrenal purgatorio, lo fué el de Antonio Pérez la ciega vanidad que picó la envidia de los ricos, hirió el orgullo de los nobles de sangre, y le procuró tantos enemigos cuantos señores se acordaban y lo eran todos, de que el secretario de su majestad era el fruto de unos amores ilícitos, que no podía anteponer a su nombre un don, y que se llamaba simplemente el señor Antonio Pérez.

Más sin don ni árbol genealógico que diese principio en un conde godo, el señor Antonio Pérez daba suntuosos banquetes, gastaba con la esplendidez de un príncipe, levantaba la cabeza con un orgullo de un grande de España, pagaba con ligeros saludos las humildes reverencias de los cortesanos y devolvía sonrisas de monarca por las adulaciones con que se veía lisonjeado. Y la torpe vanidad, como a todos los hombres, no le dejó conocer que son de cera las alas de la ambición y que más pronto se derriten cuanto más cerca se agitan del astro del poder.

A más de la vanidad, otro abismo se abría bajo los pies de Antonio Pérez, y era la pasión criminal que sentía por doña Ana de Mendoza, de la que, como ya saben nuestros lectores, estaba también enamorado Felipe II. No pensó el favorito que los celos del monarca habían encerrado en una prisión al príncipe don Carlos, y que podían ser también su ruina, y puso en juego toda su habilidad para conseguir que la de Eboli volviese a la corte, y al fin llegó a creer Felipe II que seis años de encierro eran suficiente castigo para las intrigas de la dama.

Fácilmente se comprende que si el tiempo hubiese extinguido la ardorosa pasión del monarca, no hubiese juzgado tan blandamente a su antigua querida; pero quedaban aún chispas del primitivo fuego, y una mañana, después de meditar a solas un buen rato, dijo:

—Es cierto que la princesa fué la causa de la muerte del marqués de Poza; pero con esto gané en tener un enemigo menos, y si aconsejó a su esposo que se escudase con mi nombre, fué impulsada por el natural instinto de conservación. Dicen que está más hermosa que nunca... venga, pues, que la corte es el cielo de la monarquía y no debemos robar al cielo ninguna de sus estrellas.

Para conseguir Antonio Pérez su deseo, había constantemente hablado en contra de la princesa, aunque arguyen-

do con notable flojedad, y por eso el monarca añadió a las anteriores palabras las siguientes:

—Antonio Pérez no es partidario de doña Ana, porque sin duda teme la influencia que ésta puede ejercer en mi ánimo y que disminuirá la suya; pero esto es una razón más para que ella vuelva a la corte, así ninguno de los dos podrá ser jamás dueño absoluto de mis favores.

Y como ya sabemos, doña Ana obtuvo el permiso para volver a Madrid.

Envanecíase Antonio Pérez por haber tenido bastante habilidad para hacer que el monarca permitiese la vuelta de la princesa, mientras que Felipe II se regocijaba, persuadido de que había dado a su favorito un golpe fatal.

Entre tanto los cortesanos murmuraban a su placer, y los más atrevidos galanteadores se disponían a emplear todas sus fuerzas para obtener los favores de la dama cuyo influjo en la corte había sido en otro tiempo de tanta valía Preguntábanse los unos a los otros cuándo llegaba la princesa porque todos hubiesen querido ser los primeros en recibir una de sus sonrisas y en rendirse ante su poder y su hermosura; pero nadie había podido averiguar el día de la vuelta de la desterrada y se creía que el rey había dispuesto que se ocultase para librarse de importunos en los primeros días.

Empero el empeño de los cortesanos era tal, que algunos habían despachado mensajeros a Burgos, y no faltaba alguno que hiciese espiar día y noche junto a la casa de doña Ana, y aún él mismo pasase gran parte de la noche midiendo con lentos pasos la parte de calle de la Almudena en que se levanta el templo de Santa María. Y es lo más extraño que todos ellos, seis años antes, se habían mostrado a porfía enemigos de la princesa y habían manifestado un horror a sus crímenes, que a juzgarla por su voto debía habérsela quemado viva en una hoguera como al hereje más atroz. Pero entonces estaba caída; salía de la corte sin más acompañamiento que los esbirros que la vigilaban, y ahora volvía triunfante, acompañada de numerosos lacayos que la guardasen y la sirviesen; y esta era la razón porque antes la maldecían como al último de los criminales, y después la compadecían como a la más interesante de las víctimas.

No habían dado aún las siete de la mañana, y ya, en un espacioso salón del alcázar real, hallábanse reunidos muchos caballeros, formando desiguales grupos, en los que se hablaba a porfía, o más bien dicho, rodaban de boca en boca, quedando muy mal paradas, las reputaciones de los ausentes. Referían los enamorados de oficio sus nocturnas aventuras, abultándolas a su placer, los ambiciosos se quejaban de su mala estrella, enumerando sus merecimientos, y los envidiosos clamaban contra la falta de equidad del soberano que otorgaba mercedes a quien no las merecía.

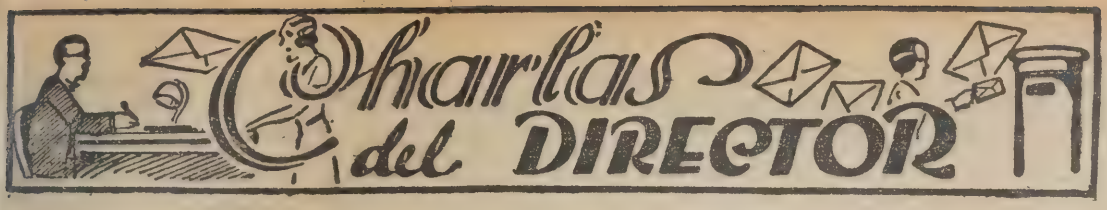
En uno de aquellos grupos, el que estaba más cerca de la puerta de entrada, habíanse tocado ya todos estos puntos y preparábase la discusión de otro; cuando entró un nuevo personaje vestido de terciopelo azul con profusión de bordados de oro, y que a pesar de sus cuarenta años demostraba en sus estudiadas maneras; en sus palabras dulces y en sus sonrisas, que era uno de esos hombres a quienes la edad no quita la costumbre de requebrar a todas las mujeres, de enamorarse de todas y de no ocuparse sino de galanteos.

ERA el personaje en cuestión enjuto de carnes, de nariz larga y aguileña, aunque no muy desproporcionada, de azules ojos y cabellos y barba gris peinada con sumo esmero y perfumada. Por donde quiera que pasaba hacía saludos y repartía sonrisas, aunque sin dejar por eso la grave apostura de su elevada jerarquía ni el aire cortesano que era consiguiente a quien pasaba más parte del día en palacio que en su casa. Era, aunque poco, de vista corta, y esto le obligaba a inclinarse hacia las personas a quienes se dirigía; pero este motivo lo ejecutaba con toda la coquetería de una doncella de flexible talle.

Cuando llegó cerca del grupo de que hemos hablado, hizo un saludo, inclinando el cuerpo hacia la derecha y ya se disponía a pasar de largo, cuando lo detuvo uno de los que allí estaban, diciéndole:

—¿Así os váis, señor barón, sin decir una palabra a vuestros mejores amigos? A fe mía que si fuésemos de distinto sexo no haríais otro tanto.

(Continuará)



LOS lectores no habrán olvidado al gran detective Norman Clay, el hombre capáz de descubrir un misterio con el menor indicio, y a quien su amigo el inspector Eagle recurre cuando fracasa en sus tentativas para solucionar un asunto difícil. Ambos personajes vuelven a figurar en "Una Desaparición Misteriosa", por John S. Clark, que se publicará en el próximo número de PUCKY.

El argumento de este interesante cuento policial es el siguiente: un agente de propiedades, al visitar la casa de uno de sus clientes para hacer las reparaciones necesarias, halla que toda la familia y hasta los criados han desaparecido, dejando la comida a medio terminar. Sobre la mesa hay un misterioso cofrecito de sándalo y al inspector Eagle, cuñado del agente, enterado del caso, piensa que se ha cometido algún crimen o que una razón misteriosa ha hecho huír a aquella familia.

No pudiendo descubrir su paradero, recurre a Norman Clay.

Este se interesa enseguida y se dirige a la casa teatro del extraño suceso.

Desgraciadamente halla que, por torpeza del agente, la pieza donde comía la familia cuando desapareció, ha sido limpiada, tirado los restos de la comida, etc.

Al principio se desalienta Norman Clay, hasta dar con una pista que lo conduce a la solución del problema.

El desenlace no satisface enteramente al inspector Eagle y mucho menos. . . al agente de propiedades.

* *

OTRA gran novela de aventuras en el Lejano Oeste se publicará en la edición de PUCKY correspondiente al próximo viernes.

Se titula "Lucha a Muerte", y con decir que es de Charles Soldney, y que su trama se desarrolla en Arizona, queda hecho el mejor elogio de esta obra.

Todavía el Arizona seguía siendo lo que era cuando se llamaba Cibola, en la época en que la descubrió Cabeza de Vaca, es decir, una comarca misteriosa, cuajada de leyendas siniestras y de prodigios espantosos; poblada por animales ignorados y feroces; y con un suelo revuelto y lleno de ruinas de todas clases, dejadas por pueblos desconocidos.

Aquellos desiertos inexplorados que se extienden hasta lo infinito, contenía una numerosa población nómada, compuesta de los elementos más heterogéneos, hostiles unos a otros y que se hacían una guerra implacable.

La población de Arizona está compuesta por descendientes de indios y ganaderos que se han posesionado del terreno; vienen luego, los cazadores y tramperos; los bandidos de las sabanas, en su mayoría mestizos, feroces ladrones y asesinos, que no temen a nada ni a nadie; y por último, los náufragos de las civilizaciones del viejo y del nuevo mundo. Y no obstante, aquella comarca es la más rica y bella del mundo; admirable en su clima, su flora y fauna son incomparables; sus minas de oro, de plata y de cobre inagotables.

En este ambiente selvático se desenvuelve la dramática acción de "Lucha a Muerte", en cuya narración, Soldney ha puesto sus mejores cualidades de escritor estudioso, que conoce todo el valor que tiene la inspiración creadora, cuando ajusta su labor a los hechos reales que se producen en la naturaleza.

Efectivamente: Charles Soldney, ha inspirado su novela en hechos que han ocurrido en aquella región, tan admirablemente estudiada por él.

Un viejo rencor entre dos hombres, va acumulando odio y deseos de venganza, no solamente entre ambos, sino en los miembros de sus respectivas familias y entre los amigos de los adversarios, hasta que por fin estalla en una espantosa contienda que siembra la muerte y la destrucción, aniquilando cuanto encuentra a su alrededor. Este odio terrible, ante cuyo maléfico influjo todo cae tronchado, no puede sin embargo destruir un sentimiento nacido en dos de los protagonistas, a los que la fatalidad colocó en campos adversarios, pero a quienes el destino señaló para realizar la más bella y noble aspiración de la vida: el amor.

Nada más conmovedor, que ese sentimiento amoroso que ambos protagonistas pretenden en vano ahogar con el odio de sus padres. La sangre corre a torrentes; ninguno de los adversarios pide ni da cuartel; se persiguen unos a otros como fieras enloquecidas, que no ven ante sí, más que a enemigos implacables, dispuestos a matar o morir.

Hasta que llega un momento, el más culminante del espantoso drama, en que los dos seres a quienes un destino fatal pareció condenar a odiarse, caen el uno en brazos del otro, impulsados por la fuerza afectiva que desde el primer día que se vieron los unió.

EL DIRECTOR.

SU HOGAR...
SU MUNDO...

Se equivoca quien cree que la CASA PROPIA, sana, linda, y alegre implica un lujo. Vivir en lo suyo es la aspiración de todos. Si fué siempre una inclinación natural del hombre, es hoy más que nunca una imperiosa necesidad económica.

¡no tire su dinero en ALQUILERES!

ARCA

Asociación Recíproca de Crédito Argentino S. A.
Av. P. R. Sáenz Peña 943
BUENOS AIRES

ARCA

mediante un sistema desconocido aquí pero consagrado en Europa desde hace más de 150 años, le proporciona SU CASA PROPIA, AUNQUE USTED NO TENGA HOY DINERO NI TERRENO.

ARCA

NO CONSTRUYE

USTED PUEDE EDIFICAR DONDE QUIERA Y EN LA FORMA QUE MAS LE GUSTE

DESDE EL PRIMER MOMENTO, USTED ES EL DUEÑO EXCLUSIVO DE LA PROPIEDAD

ARCA

NO COBRA INTERESES

Envíe hoy mismo este cupón

Sr. Gerente de ARCA
Av. P. R. S. Peña 943

Estimaré me remita los informes ofrecidos

Sr. .....

Calle .....

Localidad ..... F. C. .....

UNA DESAPARICION MISTERIOSA

Por JOHN S. CLARK

PUCKY

MAGAZINE

La Lectura Para Todos
Acción — Drama
Misterio Aventuras

No. 702

Marzo 12 de 1937

Buenos Aires

20 cts.

PUCKY MAGAZINE

Marzo 12 de 1937 — *Año XVII, No. 702*

SUMARIO

Una Desaparición Misteriosa por John S. Clark 3

Un agente de propiedades, al visitar la casa de uno de sus clientes para hacer las reparaciones necesarias, halla que toda la familia y hasta los criados han desaparecido dejando la comida a medio terminar. Sobre la mesa hay un misterioso cofrecito de sándalo que intriga al inspector Eagle. ¿Se ha cometido un crimen? si no, ¿a que se debe la misteriosa desaparición de aquella familia? Es el problema que resuelve el detective Norman Clay.

Lucha a Muerte por Charles Soldney 8

Un viejo rencor entre dos hombres, va acumulando odio y deseos de venganza, no solamente entre ambos enemigos, sino en los miembros de sus respectivas familias y entre los amigos de los adversarios, hasta que por fin se produce una espantosa contienda que siembra la muerte a su alrededor. Sin embargo, este odio terrible, no puede destruir el sentimiento amoroso que ligó a dos de los protagonistas, a quienes el destino colocó en campos adversarios.

El Diablo en Palacio 80

Novela histórica, en la que se revelan interesantes acontecimientos ocurridos en la corte del rey Felipe II, de España.

PUCKY
MAGAZINE
La lectura para todos
Aparece los viernes

VICTORIA 659
Dirección
U.T. 33, Avenida 0290
Administración
U.T. 33, Avenida 0415
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

CAPITAL E INTERIOR

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ por 6 meses (26 números)	„ 4.80
„ por 1 año (52 números)	„ 9.00

EXTERIOR

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países (1 año)	„ 12.90

Propiedad de la Editorial Manuel Láinez Limitada, S. A.

UNA DESAPARICION MISTERIOSA

ORMAN Clay, el famoso detective, hombre de vigorosa constitución, se tironeó la barba rubia y miró al inspector Eagle, que estaba sentado al otro lado de la mesa, en el estudio del primero. Mismo entre los dos había una pequeña caja cuadrilonga, tallada con dibujos indios, y que despedía el olor característico de la madera de sándalo.

A primera vista parecía una de esas cajitas de fantasía, que pueden comprarse en cualquier bazar por unos cuantos chelines; pero examinándola con más detención se notaba algunas diferencias esenciales. El trabajo era muy delicado; el grabado representaba la encarnación de Vishnu, en relieve, y las uniones estaban tan bien hechas que la caja parecía fabricada de un solo trozo de madera.

—¿Qué piensa de ella, Norman? — preguntó el inspector Eagle sonriendo.

—Un buen ejemplar de trabajo Benarés — contestó Clay. — ¿Dónde la consiguió?

—No lo adivinaría usted en cien años — dijo Eagle. — Es la cosa más extraña con que he tropezado en mi carrera. Vine a verlo sabiendo que le interesaría...

—Y porque usted ha llegado a una pared lisa en sus investigaciones, ¿no?...

—Tiene razón hasta cierto punto; pero lo más curioso es que no hay nada que pueda investigar la policía. Por lo que hemos podido averiguar hasta ahora, no se ha cometido ningún crimen y sin embargo... Bueno, todo es muy misterioso.

—¿Tiene inconveniente en empezar por el principio y decirme todo lo que sabe? — dijo Norman Clay mirando significativamente su reloj.

—A eso iba. Yo estaba pasando unas pequeñas vacaciones en Dorsetshire. Mi cuñado es agente de propiedades en Woodschester; y se ocupa de la cobranza de alquileres y demás. Fué así como me enteré del asunto. Mismo fuera del pueblo hay una casa anotada en sus libros. Es propiedad de un viejo coronel del ejército de la India que pasa la mayor parte de su tiempo en el extranjero y hace cosa de tres meses fué alquilada, con contrato por cuatro años, a un cierto señor Paul Frinley, ex plantador de te. Un hombre decente, simpático, casado y con dos hijos, según dice mi cuñado. Lo único extraño en él fué su negativa a tomar sirvientes ingleses. Decía que eran perezosos y atrevidos. Supongo que esto se debía a haberse acostumbrado a los sirvientes negros. Sea como fuere, su

Por John S. Clark

pequeña servidumbre se componía de dos hombres y una mujer, originarios de Ceilán, según me dijo mi cuñado. Luego hace diez días desapareció, con sirvientes y todo.

—¡Es curioso! — exclamó Norman Clay pensativo.

—Sí. Había pagado un año de alquiler adelantado y aparentemente estaba en buena posición. Hace cosa de una semana mi cuñado fué a visitar la casa para hacer algunas reparaciones que el señor Frinley deseaba. Fué a eso de las veinte y treinta y le sorprendió hallar el gas encendido en el comedor. Mirando por la ventana vió el servicio de mesa aun sobre ésta. Estaba el asado que, evidentemente, el señor Frinley había trinchado, porque frente a él se veían tres platos vacíos. Al lado opuesto de la mesa estaba un plato con carne, el cuchillo y el tenedor, donde habían sido dejados. En cada sitio una servilleta abandonada. Sobre el aparador estaba el queso y el postre sin tocar. Eso es todo, Norman. ¿Qué piensa de ello?

Norman estaba pensativo.

¿Qué extraño acontecimiento, reflexionaba, se había presentado en la vida de aquellas cuatro personas que las había hecho huir sin terminar la comida, junto con sus sirvientes, desaparecer como si nunca hubieran existido?

—Pero y la caja... — dijo ansiosamente — ¿qué papel desempeña la caja?

—La caja, tal cual usted la ve, se hallaba sobre la mesa.

Norman se inclinó hacia adelante y la tomó en sus manos.

—Es extraordinariamente pesada — dijo. — ¿La ha abierto usted, naturalmente?

—No — contestó Eagle sonriendo. — No la he abierto. Deseaba que usted la viera, tal como está.

Norman miró al inspector curiosamente, Conocía demasiado bien a Eagle para creer esta última afirmación; pero, sin comentarios, dedicó su atención a la caja. Luego comprendió lo que el otro había querido decir. No había manera de abrirla.

—¿Usted mismo levantó esta caja de la mesa? — preguntó.

—No. Fué mi cuñado.

—¿Entonces el cuñado de usted entró en la casa?

—Naturalmente. Cuando vió el gas encendido y las puertas abiertas, entró.

—¿Las puertas abiertas dice?

Mientras hacía la pregunta pensaba en otra cosa. Tenía los labios apretados y un pliegue profundo entre las cejas. Se tironeó más fuertemente de la barba.

—Bueno... y ahora. ¿cuál es su teoría? — preguntó Eagle.

Norman Clay dejó la cajita de sándalo sobre la mesa.

—Yo no formo teorías, Eagle, Eso lo dejo para los de su profesión. Si yo fuera rico, fundaría una escuela de deducciones científicas en beneficio de los antiguos miembros del Departamento de Investigaciones Criminales.

—Hoy debe soplar viento Este — dijo humorísticamente Eagle. — Pero... ¿a qué deducciones ha llegado?

—Hasta ahora, por lo que usted me ha dicho y por lo que he visto, sólo a una. Pero es un eslabón de la cadena.

—¿Puedo preguntarle cuál es?

—Esta: que el señor Frinley, su esposa, sus hijos y criados, han huído y que la razón de su fuga fué...

Norman se detuvo y miró gravemente la caja.

—Continúe... continúe...

—Miedo... miedo terrible, desmoralizador.

Norman Clay se levantó y consultó un itinerario.

—Hay un tren para Woodchester a las catorce y quince — dijo. — ¿Puede venir? El caso promete ser interesante.

—Muy bien — replicó el inspector.— Me reuniré con usted en Paddington.

Tan pronto como Eagle se marchó, Norman Clay agarró la caja y la examinó con gran cuidado. Oprimió con los dedos varias protuberancias en la esperanza de hallar un resorte oculto, Por algún tiempo nada logró; pero al fin se abrió la tapa. Quedó explicado el peso de la caja. Contenía un estuche de plata de media pulgada de grueso. En el fondo se veía una pequeña tarjeta. Norman la sacó, leyó las pocas palabras escritas en ella y sonrió. Volvió a poner todo como estaba y cerró la caja.

II

NORMAN Clay estaba parado fuera de la casa y miraba por la ventana del comedor donde había estado por última vez la familia desaparecida. Lo acompañaban Eagle y el cuñado de este último, una persona de aspecto impasible y no muy inteligente.

—Palabra, Eagle, — dijo Clay —que

aquí nada se puede hacer. Me vuelvo al pueblo.

Eagle se volvió furiosamente a su cuñado.

—¿No te dije que lo dejaras todo como estaba?

El agente de propiedades lo miró opacamente.

—La carne estaba podrida — dijo.— Le dije a la vieja que la tirara. No creí que tuviera importancia...

—Y toda huella ha desaparecido al mismo tiempo — dijo Clay con amargura. — Eagle, tenía mejor opinión de usted.

Juntos entraron en la pieza. Norman Clay revisó con cuidado una vieja guía rural que se hallaba sobre una mesa; pero no encontró nada de interés. No solamente habían retirado los restos de la comida, si no que la pieza había sido barrida y sacudida. Dejó a los dos hombres, el uno rezongando, al otro procurando justificarse y fué a interrogar al cartero del pueblo. Lo encontró lleno de teorías y deseoso de exponerlas.

—¿Cuándo entregó usted el paquete? — preguntó cortando bruscamente sus explicaciones.

—A eso de las diez y nueve. Yo empezaba el último reparto. Ellos estaban comiendo. Una hora después volví a pasar y las luces de la pieza estaban encendidas todavía: pero los pájaros habían volado.

—¿Quién recibió el paquete?

—El sirviente negro, un viejo. El paquete era certificado y tuve que esperar el recibo. Cuando me lo trajo, le entregué el otro paquete, uno pequeño, que tenía en la valija.

—¿Entonces entregó dos paquetes?

—Si; uno grande y otro muy pequeño, sin certificar.

Las facultades del detective se pusieron una vez más alerta. El rastro que casi había considerado perdido, se acentuaba. Una vez más volvió a la casa; pero no entró, Al fondo había un pequeño patio y en él, en un rincón, un tacho para la basura.

Miró cuidadosamente alrededor del patio; pero la limpiadora había hecho a conciencia su trabajo y estaba bien barrido. Dedicó su atención al tacho de basura; era una tarea desagradable; pero la cumplió animosamente. Arriba había una cantidad de ceniza, debajo de la ceniza, los restos de la comida del comedor. Sacado eso encontró un papel marrón, que colocó a un lado. Luego vino una pequeña cantidad de algodón, otro pedazo de papel madera y un tubo, roto en pedazos.

Agarró los restos del tubo y el algodón, llevándolos al comedor. Sacando su lente de aumento examinó el tubo roto con gran cuidado. El vidrio era extremadamente delgado y frágil, tan frágil en verdad, que bastaba la menor presión para romperlo. Luego agarró el algodón y lo examinó con igual cuidado. Colocado sobre la mesa se vió que ostentaba una depresión redondeada donde había estado el tubo. En ésta y alrededor estaba manchado de amarillo y la substancia, fuere lo que fuere formaba una línea seca amarilla, dibujando el contorno del tubo. Sobre el tubo había una pequeña etiqueta con caracteres indostánicos.

—El miedo, — se dijo a sí mismo Norman — el miedo solamente puede explicar la fuga repentina de toda la familia y el miedo se ha extendido hasta los sirvientes. Ahora bien, ¿qué tiene que ver este tubo con el problema?

Volvió su atención a la envoltura. El pedazo más grande de papel, que evidentemente había contenido la caja, estaba dirigido: "Señora Frinley, Los Alamos, Woodchester, Inglaterra". La estampilla de correo era de "Trincomalle". Norman colocó a su lado el papel y agarró el más pequeño que todavía conservaba la forma redondeada de lo que había contenido. La manera como estaba dirigido era tan curioso que hubiera hecho sonreír a cualquiera. Pero la cara de Norman Clay parecía tallada en granito.

La dirección decía lo siguiente:

"De Ramchitir Chinatri, con afectos y en recuerdo de tantas bondades".

"Al señor John Frinley, Esqre, Woodchester, Dorset. Inglaterra".

El mata sello indicaba la procedencia; un pequeño pueblo de la India, cerca de la boca del Ganjes.

Ante la ventana abierta del pequeño hotel donde paraba, Norman Clay fumó aquella noche muchas pipas de tabaco; lo que más lo intrigaba era, ¿qué había sido de los fugitivos? ¿Y cómo se habían marchado? Por tren no. Había averiguado eso. Tampoco había sido usado ninguno de los medios de locomoción locales. Y sin embargo... se habían ido.

La conclusión lógica era, pues, que se habían marchado a pie. Pero nuevamente... ¿por qué? Los Frinley eran gente de buena posición; podían permitirse cualquier medio de transporte.

¿Por qué no habían pedido un auto al hotel? La única hipótesis era que su partida debió ser instantánea. Ni siquiera se atrevieron a perder tiempo pidiendo el auto. Siguiendo esta línea de argumentación, no podían haber ido muy lejos, a no ser que hubieran tomado un tren en otro punto de la línea.

Ahora bien: un hombre, una mujer, dos niños y tres sirvientes negros no podían pasar inadvertidos. Encontrarlos tenía que resultar muy sencillo.

La dificultad estaba en hallar la razón tangible de la fuga. La idea de que siete personas hubieran desaparecido de Inglaterra como si se hubiesen evaporado era ridícula.

A la mañana siguiente, Norman Clay dejó una nota para Eagle y tomó un tren de primera hora para Londres. Llevaba consigo el tubo roto y sus envolturas. A eso de las once se dirigió al Instituto Médico Militar y mandó su tarjeta al mayor Brookyn. Este último, una de las más grandes autoridades científicas en enfermedades de los trópicos, estaba en su laboratorio y recibió a Norman Clay, de quien era amigo, con la mayor cordialidad.

—¡Hola, Norman! — dijo. — Encantado de verlo. ¿Qué le pasa?

—Me alegraría saber su opinión sobre un paqueño asunto, si puede concederme un minuto o dos — contestó Norman. Sacó el tubo roto y sus envolturas, pasándoselos al mayor.

—¿Podría decirme que significan estos geroglíficos?

Brooklyn miró lo que estaba escrito en la etiqueta y su cara se alargó.

—Oiga, viejo, ¿de dónde demonios sacó esto?

—¿Qué quiere decir lo que está escrito ahí? — preguntó Norman notando la gravedad del otro.

—Significa el más terrible descuido de parte de alguien, a no ser que se trate de un designio diabólico. Aguarde un momento.

Brooklyn se puso a trabajar unos momentos en un rincón del laboratorio. Cuando volvió, su expresión ansiosa se había trocado en una sonrisa.

—Me dió usted un buen susto, Norman — dijo.

Los dos hombres conversaron un rato. Luego Norman, agarrando una vez más el tubo y su envoltura, salió del laboratorio. El asunto le resultaba claro ahora. Volvió por la tarde Woodchester y visitó al agente de propiedades.

Eagle estaba presente y deseaba hacer preguntas; pero Norman lo interrumpió.

—Cuando el señor Frinley le pagó el año de alquiler adelantado — le dijo. — ¿Lo hizo por cheque?

—Sí — contestó el agente un poco intrigado.

—¿Recuerda el banco contra el cual estaba dirigido el cheque?

—¡Oh sí! A la sucursal del London y Provincial, en Portland.

—¡Gracias! — dijo Clay. — Creo que mañana a esta hora le habré solucionado su misterio, Eagle.

No quiso decir más, a pesar de las súplicas del inspector y se marchó dejando a éste intrigado y de bastante malhumor; pero conociendo el carácter de su amigo, juzgó que era inútil importunarlo más.

Como a la misma hora del día siguiente un auto se detuvo ante la residencia del agente de propiedades y de él descendió Norman Clay, seguido por un hombre alto, delgado y de aspecto nervioso.

—No necesito presentarle a usted a este caballero — dijo Norman al agente de propiedades. — Eagle, éste es el señor Frinley, cuya desaparición misteriosa lo ha preocupado a usted tanto.

El agente de propiedades estaba visiblemente molesto.

—No sé hasta que punto está usted complicado en el asunto señor Belcher — dijo Norman dirigiéndose al agente de propiedades, ni hasta que punto lo molestará la justicia, si el señor Frinley quiere entablar demanda. Usted sabía, sin embargo, que el coronel Coulterage deseaba recuperar la casa que había alquilado con contrato de cuatro años al señor Frinley. Usted visitó a éste varias veces con ese motivo, sin obtener resultado favorable a sus gestiones. No habiendo conseguido su objeto, el coronel se ha hecho culpable de una acción indigna, Conociendo las condiciones de salud del señor Frinley, y sabiendo que, debido al tiempo que pasó en la India tenía por el cólera un miedo que rayaba en obsesión, imaginó un plan para verse libre de él.

Hizo mandar un paquete desde una localidad infectada por el cólera; dicho

paquete contenía un tubo que parecía lleno de gérmenes cultivados de cólera... un tubo tan frágil que estaba casi seguro se rompería al abrirlo. Escrito en lenguaje indostano, en la etiqueta, había una declaración de laboratorio, como que el tubo contenía microbios de cólera. Y no solamente eso sino que en la envoltura venía un mensaje de cierto individuo a quien el señor Frinley tenía motivos para mirar como enemigo suyo.

El coronel, siento decirlo, considera todo esto como una buena broma. Eso prueba que o es un malvado o un irresponsable. Si no hubiera sido por usted, Eagle, a quien el señor Frinley debe el mayor agradecimiento, los resultados pudieron ser muy graves, porque como dice el viejo adagio hindú: "El cólera mata a mil y el miedo a diez mil". Cuando el señor Frinley se dió cuenta de lo que contenía el tubo de cristal — o mejor dicho lo que creyó que contenía — experimentó un gran pánico, no solamente por sí mismo, sino por su familia. Insistió en que abandonaran la casa enseguida. La casa no tenía teléfono, por eso no se detuvo a pedir un auto. Reuniendo apenas lo más necesario el señor Frinley, su familia y criados echaron a andar y caminaron dos millas hasta el Woodchester Arms Hotel, donde yo los encontré. Pasado el primer momento de temor, pensó en avisar a la policía, para que la casa fuera debidamente desinfectada y se disponía a hacerlo cuando yo llegué, asegurándole que el tubo no contenía tales gérmenes como había podido yo averiguarlo por el examen hecho en el Instituto Médico Militar. El coronel sólo había querido asustarlos para que dejaran la casa.

Pero con todo considero, como antes dije, que es una acción indigna y, si el señor Frinley quiere presentarse a la justicia con su queja, no dudo de que ese mal bromista será debidamente castigado.

—¿Y eso es todo? — preguntó el inspector Eagle a quien la inquietud de su cuñado parecía divertir. Evidentemente tenía algún motivo para no profesarle gran amistad y tal vez lo creía cómplice de aquella cobardía, más bien por estupidez que por maldad.

—Todo lo que yo sé, al menos — contestó Norman Clay.

—¿Y la caja de sándalo, qué tiene que ver en el asunto? — insistió el inspector.

—La caja, como le dije antes, es un bello ejemplar de trabajo Benarés — respondió Norman Clay sonriendo. — Y, a juzgar por la tarjeta que había adentro, un inofensivo regalo de alguna amiga a la señora Frinley, que acaso olvidaron o que acaso no quisieron llevar, temiendo que contuviera algún otro horror. Pero, como las flores que nacen en primavera, nada tiene que ver en el caso.

Fué así como el gran Norman Clay descubrió el motivo de aquella misteriosa desaparición de toda una familia que había hecho pensar a Eagle en algún crimen espeluznante. Acaso no sería exagerado decir que Eagle, aunque contento por haber hallado la solución del caso, se sintió un poquito decepcionado..

FIN

LAS MUÑECAS QUE ASESINAN

Por James Humphrey

●●● Es la novela de misterio más extraordinaria que se ha escrito hasta hoy.

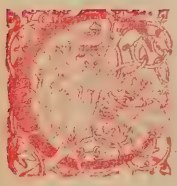
●●● En sus admirables páginas se relatan hechos extraños, que entran en los dominios de lo que la ciencia rechaza como absurdo, y el vulgo acepta como sobrenatural y maravilloso.

●●● Lea, en el próximo número de PUCKY esta magnífica novela.

LUCHA A MUERTE

Por

CHARLES SOLDNEY



UANDO Juan Isbel terminó la tarea de instalar su campamento, habíase hecho de noche y los coyotes empezaban a ladrar. Juan escuchó los ladridos de las fieras y el quejido del viento fresco en los cedros con la satisfacción de quien está familiarizado con las selvas. La fogata ardía chisporroteante y el olor de la madera quemada era nuevo y agradable para el viajero.

—Tal vez llegue a encariñarme con Arizona — musitó Juan. — aunque prefiero oír el ruido de cascadas y ver el verdor de los bosques de Oregón. Debe de ser la sangre india que corre por mis venas... De todos modos, papá me necesita y me parece que habré de quedarme en esta región para siempre.

Echó Juan algunos trozos más de leño de cedro en la fogata y a su viva luz sacó la carta de su padre, esperando que con leerla otra vez lograría penetrar más en el oculto sentido de sus palabras. La carta había tardado dos meses en llegar a sus manos. Escrita a lápiz en una hoja arrancada de un viejo libro de cuentas, la mala letra dificultaba más su lectura.

—La letra de papá siempre ha sido mala, pero jamás me ha parecido tan temblorosa — dijo Juan, dando voz a sus pensamientos.

"Valle Herboso, Arizona.

Hijo mío, Juan: Vente ya a casa. Aquí está tu casa y aquí te necesitamos. Cuando nos marchamos de Oregón, creímos todos que no tardarías en seguirme. Yo ya me estoy volviendo viejo y tú, al fin y al cabo, siempre has sido de mis hijos el más fuerte. Tu carácter te hace parejo con los bosques. Tú tiras a tu madre y tus hermanos Bill y Guy, a mí. Es la mezcla de la raza blanca con los indios. Tú tienes la parte de los pieles rojas, Juan y al indio es al que creo que voy a necesitar mucho. Soy rico en ganado vacuno y caballar. Y el terreno de pastos que tengo es el mejor que he conocido en todos los días de mi vida. Unicamente hemos tenido pérdidas en el ganado, mas esto no es vtancia. Los ovejeros han invadido la región del Tonto y llevan su ganado Valle Herboso abajo. Pero los vaqueros y los ovejeros no pueden estar nunca juntos en este país, por lo que barrunto que se preparan malos tiempos. Creo que yo, más que otros, tengo motivos para preocuparme y para desear tu ayuda, aunque es preciso que esperes a saberlos hasta que estés aquí y pueda contártelo personalmente. Deja todo lo que tengas y hagas en esa y ponte inmediatamente en camino, a fin de que estés aquí en primavera. Te ruego que también te traigas algunos revólveres y rifles y todas las municiones que puedas. Escóndelo todo muy bien en tus alforjas. Si encuentras a alguien cuando bajes a la región nuestra, escucha más que hables. Y que no haya nada que te detenga en Oregón. Si tienes novia, como supongo que tendrás, tráetela aquí. Con cariño de tu padre:

Gastón Isbel".

Juan volvió a meditar sobre aquella carta, que, dado el recuerdo que guardaba de su padre, siempre tan valiente y con una absoluta confianza en sí mismo, había sido para él una gran sorpresa. Durante largas semanas de viaje no había podido aún descubrir lo que leía entre líneas.

—Sí, papá se vuelve viejo — se dijo Juan, un poco triste y compasivo. — Ya debe de tener más de sesenta años, aunque no tenía aspecto de viejo... De modo que ahora es rico todo lo que me sucede ni tiene gran importancia y pierde ganado y por añadidura los ovejeros parece que invaden sus terrenos. Estoy seguro que a papá no le importaría el robo del ganado vacuno, lo que no tolerará nunca es que los ovejeros le quiten el sitio.

La emoción de Juan convirtióse en fría serenidad, como había sucedido siempre, después de leer aquella carta singular de su padre.

La acre fragancia de la artemisa y de los cedros llegaba a él mezclada con el humo de la fogata; Juan se arropó mejor con las mantas, y todo a su alrededor parecía dispuesto a rendir su voluntad sumiéndole en el sueño.

Al amanecer se desembarazó de las mantas, se puso las botas y empezó el día con maravilloso afán para el trabajo que le había de acercar al añorado porvenir.

Sentía gran regocijo, como si hubiese bebido vino fuerte y dulce. Su caballo y su mula habíanse repuesto durante la noche, refrescados por la hierba y el agua de aquel delicioso barranco

Juan montó a caballo y penetró en el bosque de cedro con la alegría de haber dejado por fin atrás las interminables leguas de áridas tierras.

Hacia el mediodía descansó el viajero junto a un charco de agua, poco hondo, procedente tal vez de nieve fundida; y abrevó sus animales. En el fango vió algunas huellas de venado y otros de algún pájaro grande, desconocidas para él. Juan se dijo que debían ser las huellas de los pavos silvestres.

Junto al charco la vereda se bifurcaba y Juan no sabía a cuál de las dos nuevas sendas seguir. Con un "tanto importa", se acercó a su caballo para montarlo, cuando vió que el animal enderezaba las orejas, volviendo los ojos hacia atrás. Juan oyó a poco el ruido de cascos de caballo y luego vió a un jinete.

Juan hizo como si quisiera apretar las cinchas de la silla, para espiar por encima del lomo del caballo al desconocido que se acercaba. Tratábase de un hombre alto y flaco, muy erguido en la silla y que llevaba un enorme sombrero negro y un pañuelo rojo, sucio, al cuello. Aproximábase a paso lento y se detuvo a poca distancia de Juan.

—Hola, forastero — dijo secamente.

—Hola — respondió Juan, comprendiendo por instinto que aquel encuentro era significativo.

Los ojos de aquel hombre mirábanle de hito en hito, a él y a su equipajo. Todo su aspecto atestiguaba en él las duras experiencias de la vida del Oeste, aunque por su edad, no era viejo. Al apearse, vió Juan que el desconocido era aún más alto que la generalidad de los nativos de Arizona.

—Más abajo he encontrado sus huellas — dijo, arreglando el freno del caballo, para que éste pudiese beber. — ¿Adónde va?

—Me parece que ando un poco perdido. No conozco esta región.

—Así debe de ser. Se ve por sus huellas y las señales de su último campamento. ¿Adónde iba usted, antes de perderse?

—Al Valle Herboso. Soy Isbel — respondió lacónicamente.

El jinete desconocido ocupóse de su caballo, al que volvió a poner el bocado; luego subió a la silla de una zancada de sus largas piernas.

—Me figuraba que sería usted Juan Isbel — dijo. — Todos en el Tonto hemos oído que el viejo Gass Isbel ha mandado buscar a su hijo.

—¿Por qué me lo ha preguntado, pues? — le interrogó Juan, con franqueza.

—Quería ver qué diría.

—¿Ah, sí? Bueno, bueno. De todos modos, poco me importa lo que usted pueda decir.

Sus miradas se cruzaron y los dos se midieron en muda lucha de inteligencias.

—Claro, hombre, claro — repuso el jinete, hablando con voz pausada. Los movimientos de sus manos morenas liando un cigarrillo eran tan lentos como su voz. — Mas siendo usted uno de los Isbel, diré lo que tengo que decir, le guste o no. Soy Colter y pertenezco a los ovejeros con los que Gass Isbel está enojado.

—Colter, muy bien; me alegro conocerlo — testó Juan. — Y me parece que quien enoja a mi padre, me enoja a mí.

—¡Naturalmente!; de lo contrario, dejaría usted de llamarse Isbel — repuso Colter, con acerba risita. — No es difícil ver que aun no ha tropezado usted con nadie en la Cuenca del Tonto. Sólo quiero decirle que su padre ha estado chariando con una mujer en Valle Herboso. Se ufana de lo bien que sabe usted pelear, de su seguridad en los tiros, de su destreza en seguir las huellas de hombres y animales. Se ufana de que usted va a desterrar de nuevo al Rim a todos los ovejeros... Y eso lo digo para que sepa cómo estamos. Porque nosotros queremos criar ganado ovejuno en el Valle Herboso.

—¡Ah! ¿Quienes son "nosotros"? — preguntó Juan.

—¿Nosotros? Pues, los ovejeros que tienen por pastos este Rim desde Black hasta el territorio de los Apaches.

—Colter, yo aquí en Arizona soy forastero — dijo Juan, lentamente. — Poco sé de vaqueros ni de ovejeros. No tengo la culpa de que mi padre se haya jactado ensalzando mis cualidades; pero sea como sea, si la razón le asiste en su enojo contra los que crían ovejas, contra ustedes, pues, haré todo lo que pueda para cumplir sus jactancias.

—Comprendido. Sí, sí, usted y yo nos entendemos, y esto es una ayuda. Y dígale a su padre lo que acabo de decirle — contestó Colter, guiando su caballo hacia la izquierda. — La senda del sur es el camino de usted. Cuando lleguen a Rim verá en la Cuenca una mancha escueta. Es el Valle Herboso.

Colter espoleó su caballo y desapareció a poco en el bosque. Juan apoyóse, pensativo, en su caballo.

—¡Caramba! — suspiró el joven. — ¡Adiós caza y pesca! Mi padre me da trabajo de hombre.

Una hora más tarde encaminaba los pasos de su caballo hacia la cima de una ancha ladera que parecía un parque y donde la hierba verde y las flores abundaban.

Advirtió Juan el ruido melodioso de las campanillas y el valido de las ovejas y corderos. Detrás de un soto de encinas tropezó Juan con un muchacho mejicano que llevaba una carabina. Tenía el chico un rostro simpático y contestó al saludo de Juan con un buenos días. Juan sabía muy poco español y todo lo que pudo entender era que el muchacho no estaba sólo allí y que aquella era la época de la cría.

Juan se apeó de su montura y, llevándola de la brida, se dirigió al campamento, donde tenía alguna esperanza de encontrar otro mejicano de más edad, del que tal vez podría obtener alguna información. El muchacho le acompañó. En aquel momento no se percibía tan fuerte el valido de las ovejas.

—Buenos días, forastero — dijo una muchacha que salió de detrás de un abeto. Llevaba un rifle. Tenía el rostro atezado, más no era mejicana. Esto y la convicción de que la joven le había espiado, desconcertó a Juan.

—Perdón... señorita — balbuceó. — No esperaba... ver a una... joven. Estoy buscando el Rim... me he extraviado, mejor dicho... creí que hallaría un pastor que pudiese indicarme el camino.

Mientras hablaba, creyó advertir que del rostro de la muchacha se desvanecía cierta ansiedad, desapareciendo al mismo tiempo la expresión hostil.

—Yo misma se lo enseñaré — repuso ellla.

—Muchas gracias, señorita. Ya estoy más tranquilo — contestó Juan. — El camino desde San Diego hasta aquí es largo y se pasa mucho calor.

—¿San Diego ha dicho usted? ¿Viene de la costa?

—Sí.

Juan, al ver a la joven, habíase quitado el sombrero, y lo llevaba aun en la mano, con actitud de humildad. La muchacha reparó en ello.

—Haga el favor de cubrirse... No recuerdo ya que se descubriese alguien delante de mí. — La joven le dijo con cierta risita en la que se advertía asombro y franqueza, con un dejo de amargura.

Juan se sentó, apoyándose en el tronco de un abeto; puso el sombrero a su lado y miró francamente a la joven movido por una extraña curiosidad, como si quisiera confirmar su primera impresión con un atento escrutinio.

—Usted debe ser de Tejas — dijo Juan, a poco.

—Sí, señor — repuso ella con el acento pausado, arrastrado y dulce de los tejanos. — ¿Cómo lo ha adivinado?

—No es posible confundir a los tejanos. En la región de donde vengo, había muchos exploradores y rancheros del viejo Estado en cuya bandera luce una estrella solitaria. Y, si lo pienso bien, nada me gusta tanto como oír hablar a una muchacha tejana.

—¿Ha conocido usted a muchas muchachas tejanas? — preguntó la joven, volviéndose otra vez hacia Juan.

—Creo que sí... a bastantes.

—¿Iba usted con ellas?

—¿Que si iba con ellas? Ah, sí, usted quiere decir que si las acompañaba, ¿verdad? Pues bien, sí, de vez en cuando — repuso Juan, riendo. — Los domingos y alguna vez a algún baile, pero muy de tarde en tarde, y también a paseo a caballo.

—Entonces me lo explico — dijo la joven, pensativa.

—¿Qué es lo que se explica usted?

—El que sea usted tan caballero — replicó ella, haciendo un esfuerzo. — Y no crea que he olvidado esas cosas. Yo también he tenido amigos cuando vivíamos en Tejas... hace de eso tres años. ¡Tres miserables años en este maldito país!

Luego se mordió los labios, al parecer para reprimir otras manifestaciones involuntarias ante aquel hombre desconocido. El gesto hizo que Juan se fijase en su boca, de finas curvas, bella en su plenitud y en color; más no ocultaba un rictus de tristeza y amargura. Juan vió de pronto aquel rostro de un modo distinto. Observó que era joven, revelando pasiones refrenadas, lleno de un poderoso encanto que empezaba a influir en él.

—Me parece que está usted lisonjeándome — dijo Juan, con la esperanza de librarla de su embarazo. — Yo no soy más que simple cazador y pescador, además de leñador y rastreador de caballos. En cuanto a instrucción me han dado menos de la que me hacía falta... ni tampoco he tenido toda la compañía de muchachas, lindas como usted, que me convendría.

—¿Es que soy linda? — preguntó ella, rápidamente.

—¡Ya lo creo! — repuso Juan, sonriendo.

—¿Con estos harapos? — exclamó ella con repentina pasión, que emocionó a Juan. — Fíjese en los agujeros. — Y diciendolo, mostró lo raído de las mangas. — Cuando tengo algo con que coser, me lo remiendo... Fíjese en mi falda... un harapo indecoroso. Y sólo tengo una más para cambiar... ¡Fíjese bien! — Otra vez tiñéronse de rojo sus mejillas, dando un mentís a sus palabras, más tampoco la vergüenza pudo apagar su cólera. Parecía dominarla una amargura largo tiempo reprimida. Con rápido ademán alzó las faldas hasta las rodillas. — ¡Sin medias! ¡Sin zapatos!... ¿Cómo puede una muchacha ser linda, si no tiene vestidos decentes que ponerse?

—Perdóneme, señorita — empezó Juan, — si soy la causa inocente de su enojo y si me meto en lo que no me atañe. Creo que comprendo sus exclamaciones... pero, usted se equivoca. La cuestión de los vestidos y de las mujeres no es tan sencilla. La mayoría de las mujeres gusta de vestirse bien y cree que los trajes hacen que sean más hermosas, pero eso no es verdad. Puede que sea pedir demasiado a una mujer como usted, ser feliz sin vestidos. Pero a pesar de ello puede usted ser tan linda y tan respetable... hasta diré más, puede usted ser así mucho más... seductora para algunos hombres.

—Le ruego me perdone mi mal humor y mi furia — contestó la muchacha, ya más compuesta. — He hecho mal, por no decir otra cosa. Y no quiero que nadie piense mejor de mí de lo que merezco. Mi madre murió en Tejas. Yo he vivido aquí en esta región selvática... una muchacha sola entre hombres rudos. Sólo hoy, al encontrarme con usted, comprendo en qué compañía vivo... y el mal que se me hace.

Juan refrenó su curiosidad y trató de desterrar de su corazón la creciente simpatía por la joven.

—¿Usted cuida las ovejas? — preguntó.

—Sí, de vez en cuando. Mi padre vive por allí en un "cañón". Se dedica a la cría de ovejas. Nos han herido últimamente a algunos pastores disparando sobre ellos, y por eso nos falta gente y he de ayudar. Me gusta cuidarme de las ovejas, amo los bosques, el Rim Rock y todo el Tonto. Con esto sólo sería feliz.

—¿Dice usted que han disparado sobre los pastores? — Juan, al preguntarlo, frunció el ceño. — ¿Quién? ¿Por qué?

—Hay enemistad entre los vaqueros de la Cuenca y los ovejeros del Rim. Mi padre dice que pronto se desatarán las furias del infierno. Yo le he dicho que espero que los vaqueros le obliguen a irse otra vez a Tejas.

—¿Entonces usted es partidaria de los vaqueros? — preguntó Juan, simulando un interés casual.

—No. Siempre estaré al lado de mi padre — repuso ella, vivamente. — Pero es preciso confesar... creo que los vaqueros tienen la razón de su lado.

—¿Por qué?

—Porque hierba la hay en todas partes. No veo por qué han de apartarse los ovejeros de su camino para echar a los vaqueros de sus pastos. Esto es el motivo de la enemistad. Sabe Dios cómo terminará. Porque casi todos los de aquí son de Tejas.

—Así me lo han dicho — observó Juan. — Y he oído también que la mayoría de esos tejanos han sido echados de Tejas. ¿Hay algo de verdad en eso?

—Sí, algo de eso hay. Mas, podría perjudicar su salud, joven, que lo dijera usted por ahí. Mi padre, por ejemplo, no fué echado de Tejas. Aunque, la verdad, no sé por qué ha venido aquí. Tiene muchas ovejas ahora, pero no es rico ni lo pasa tan bien como en nuestra casa de antes.

—¿Piensa usted quedarse siempre aquí? — preguntó Juan de pronto.

—Tal vez... pero sólo en la tumba — contestó ella, con sentido obscuro. — Mas ¿para qué pensar en eso? La gente permanece en los sitios hasta que la casualidad la lleve a otro lugar. ¿Quién puede saber las cosas?... Pero... mi charla le detiene.

Pareció disgustada, y en su voz había un dejo de despego. Juan se levantó al punto y se fué hacia su caballo. Si la muchacha no tenía ganas de continuar la conversación, no sería él quien la enojase.

—¿Hacia dónde cae el Rim? — pregunto, ocupándose con las cinchas.

—Hacia el sur. Sólo hay una milla, poco más o menos. Le acompañaré... ¿Va usted camino del Valle Herboso?

—Sí, tengo parientes allí — repuso Juan, temiendo que la muchacha hiciera otra pregunta, qeu seguramente se referiría a su nombre. Mas ella guardó silencio. Recogiendo la carabina, la joven echó a andar y Juan se colocó a su lado, diciendo: — Puesto que usted va a pie, lo haré yo también.

Así se halló al lado de un muchacha que tenía el paso ligero de la gente de la montaña. Su cabeza era bien pequeña y hermosa, de gracioso continente, y su espesa cabellera era de un rubio obscuro,, suave y brillante. Llevábala recogida en una trenza, un poco desgreñada, pensó Juan, y la tenía atada con una correa. El aspecto de la muchacha era, en conjunto, de extremada pobreza.

Juan dejó languidecer la conversación durante cierto tiempo. Deseaba pensar en lo que podría decir y además sentía un vago placer en caminar a su lado. El perfil de ella era deliciosamente flexible en sus líneas. La suave curva de sus labios quedaba oculta desde aquel lado. A poco, y habiendo ya decidido por dónde llevar la conversación, dijo de pronto:

—Me gusta la aventura. ¿Y a usted?

—¿Aventura ha dicho usted? ¿Encontrarme a mí en el bosque? — La muchacha se echó a reír con la gloriosa risa de la juventud. — Pues ¡sí que debe usted andar mal de aventuras, forastero!

—Pregunto si le gusta a usted — insistió él, clavando la mirada en la cara medio oculta.

—Tal vez — contestó ella, con franqueza, — si no hubiese cometido la torpeza de dejarme llevar por el mal humor. No encuentro nunca a nadie con quien me sea agradable hablar. ¿Por qué no me había de gustar, pues, hallar a alguien que es forastero en esta selvatiquez?

—Somos como somos — observó Juan con sencillez. — Para mí no cometió usted ninguna torpeza. Si lo pensase, ¿podría desear volverla a ver?

—¿Lo desea usted? — Su rostro moreno brilló con súbita alegría y sorpresa.

Y Juan, deseando permanecer tranquilo y no aparecer demasiado ávido, se negó el placer de mirarse en sus ojos cambiantes.

—¡Vaya si lo deseo! Y me parece que soy atrevido, ya que nos conocemos desde hace tan poco. Sin embargo, puede que no se me ofrezca otra ocasión, de modo que no se enoje conmigo.

Hecha la declaración, Juan sintió cierto alivio. Había temido no tener valor para decirlo. La muchacha continuó a su lado con el mismo paso, la cabeza un poco inclinada y bajando la vista.

—Muchacha, — continuó Juan — usted y yo no nos conocemos, mas ¿qué importa? Nos hemos encontrado por casualidad y le digo que para mí tiene una gran significación. He conocido a muchas muchachas durante largos meses y nunca sentí hasta ahora nada semejante. No sé quién es usted, ni me importa. Usted me ha revelado muchas cosas. ¿No es usted feliz, además, solitaria. Y si no quisiera volverla a ver por interés propio, lo desearía por el suyo. Algunas de las cosas que usted me ha dicho las olvidaré difícilmente. Yo tengo una hermana y sé que usted no tiene ningún hermano. Y creo que...

En aquel momento, llevado por su entu-

siasmo, y sin pensarlo, tomó la mano de ella. El contacto detuvo sus palabras aturdiéndolo por la temeridad que el hecho significaba para él. Mas la muchacha no hizo ningún esfuerzo por retirar la mano. Así, Juan, haciendo una profunda inspiración, continuó andando sin inmutarse. Imagínose que ella le correspondía con débil y cálida presión. Era joven, no tenía amigos, y era humana, al fin y al cabo. Y, precisamente, cuando Juan iba a hablar de nuevo, la muchacha se desasió.

—Ya hemos llegado al Rim — dijo. — Ahí tiene usted la Cuenca del Tonto.

Juan sólo había pensado en la muchacha. Al oír sus palabras, dijo:

—Muchacha, prométeme que nos volveremos a ver aquí — dijo con voz vibrante.

—Sí, lo haré — respondió la joven suavemente; y se volvió hacia él.

Fué como si Juan viera por primera vez aquel rostro. Era bello, con una belleza desconocida. Hallándose como se hallaba, teniendo por fondo el paisaje, daba vida a éste, vida adorable, joven y selvática, cuya notable significación le perseguía siempre más efusiva. Aquella selvatiquez era el cuadro adecuado a la muchacha, aquel era su sitio.

Luego entreabriéndose sus labios bermejos. El gesto lleno de vida era como un irresistible imán para Juan. Una fuerza invisible obligóle a inclinarse para besar aquellos labios frescos. La ruda e inconsciente acción rompió el encanto.

Juan se echó atrás como si temiera recibir un golpe.

—Muchacha... yo... yo... — dijo balbuceando, maravillado y contrito, — juro que no era mi intención... no he pensado un momento...

La ira que Juan temiera no se manifestó. El se quedó inmóvil, jadeante, alargando la mano en muda súplica. El mismo encanto que un instante antes había transformado a la muchacha, prestábale ahora de nuevo un aspecto de más madurez.

—¡Ah, creo que me he precipitado un poco al llamarlo caballero! — dijo la joven con un dejo de sequedad y amargura. — Es usted muy precipitado.

—¿Se siente usted ofendida? — se apresuró a preguntar Juan.

—Oh, no es la primera vez que me besan. Los hombres todos son iguales.

—No — replicó Juan, acalorado por un sentimiento de decepción que obscurecía su ilusión.

—No me compare usted con los hombres que la han besado. No estaba en mis cabales, y hubiérame puesto de hinojos ante usted para suplicar su perdón.

La muchacha desvió la mirada y, señalando hacia la cuenca, dijo:

—Allí está Valle Herboso. Aquella mancha grisácea oblonga en medio de las negruras. Hay unas quince millas hasta allí. Recorra usted el Rim en esta dirección hasta llegar a una senda que es inconfundible. Allí puede usted bajar.

—Le estoy muy reconocido — repuso Juan, interpretando las palabras de ella como despido, al que se sometió a desgana.

Hizo girar a su caballo, puso un pie en el estribo, vaciló, mirando a la joven por encima de la silla.

—Ha llegado, pues, el momento de separarnos — dijo Juan.

—"Adiós señor" — repuso ella volviéndose de nuevo hacia él. Al mismo tiempo, colocándose la carabina en la flexión del brazo, pareció dispuesta a lejarse.

—Adiós... ¿hasta cuándo?

—Hasta mañana o hasta siempre... como usted quiera tomarlo.

—¿Nos volveremos a encontrar pasado mañana? — Juan hablaba con avidez, impulsivo, sin reparar en el incomprensible cambio que se había operado en él.

—¿Es que le he dicho que no?

—Creí que había perdido usted las ganas, después de... — Juan se interrumpió azorado.

—Tendré un gran placer en hallarle de nuevo. Pasado mañana a media tarde, aquí en este mismo sitio. Tráigame usted noticias de Valle Herboso.

—Está bien. Muchas gracias — contestó Juan, lleno de entusiasmo y emoción. Antes de desvanecerse la sensación, ésta le sorprendió, haciéndole perder la seguridad en sí mismo, y dándole qué pensar.

—Forastero, no recuerdo que me haya dicho su nombre.

—Es verdad, no se lo he dicho — repuso Juan. — ¿Qué importa un nombre? A mí no me importaba ni qué ni quién fuese usted. ¿No puede usted sentir lo mismo tratándose de mí?

—Sí... así lo creí hasta hace poco — contestó ella un tanto confusa, mirándole fijamente. — Mas ahora estoy pensativa.

—Nos encontraremos de nuevo sin saber nada más de nosotros de lo que sabemos ahora.

—Sí. A mí me es igual. ¿Qué es un nombre? Le diré forastero y estaré satisfecha de llamarle así, si usted me asegura que es honrado callarme su nombre.

—¿Honrado? No, eso no lo sería — exclamó Juan, viéndose obligado a confesar la verdad. — Soy Juan... Juan Isbel.

—¡Isbel! — La muchacha pareció sobrecogida. — No puede usted ser hijo del viejo Gass Isbel... He visto a sus dos hijos.

—Tiene tres hijos — repuso Juan, con gran alivio ahora que había revelado el secreto. — Soy el más joven. Tengo veinticuatro años y hasta ahora no había salido del Estado de Oregón. Me hallo camino de...

Lentamente, desapareció el color atezado del rostro de la muchacha, que se puso pálida como la muerte, y en sus ojos empezó a arder una extraña llama. Al mismo tiempo irguióse el ágil cuerpo.

—Yo soy Ellen Jorth — pronunció con voz apasionada. — ¿No le dice nada mi nombre?

—No lo he oído en la vida — contestó Juan.

—Sí, me figuraba que usted pertenecía a los ovejeros que tienen enemistad con mi padre. Por eso me he visto obligado a decirle que soy Juan Isbel... Ellen Jorth. ¡Qué nombre tan

raro y lindo...! Mas no por eso será necesario que deje de ser... su buen amigo...

—Ningún Isbel puede ser amigo mío — dijo Ellen Jorth con amarga frialdad.

Desprovista de su ecuanimidad, de su dulzura, quedóse un momento ante él; una muchacha distinta, un enemigo hostil. Luego dió media vuelta y se alejó hacia el bosque.

Juan, aturdido, estupefacto, la vió marcharse con paso gracioso y ligero; sentía el deseo de seguirla, de llamarla; mas el enojo que la hostilidad de ella promoviera, le paralizó la lengua y le dejó clavado en el sitio. Y cuando la gentil figura hubo desaparecido tras el muro pardo y verdoso del bosque, luchó de nuevo con el persistente deseo de seguirla, y luchó en vano.

II

MAS los ingrávidos pies de Ellen Jorth, calzados de abarcas de piel de gamo, no dejaban huella perceptible en la clásica capa de agujas de pino del suelo y Juan no pudo seguirla.

Una breve y vana búsqueda enfrió su ardor, despertando su orgullo. Juan volvió a su caballo, lo montó y empezó a cabalgar, obligando a la acémila a ir delante. Pronto sintió el alivio que le causó la decisión y la actividad.

Por fin llegó a lo que había de ser su futuro hogar. Juan se emocionó. La casa de su padre era una cabaña de troncos enormes, de techo bajo, construida sobre una elevación al borde del valle donde había mucho bosque. En el fondo veíanse los corrales, los graneros y cobertizos. En la parte anterior de la casa había extensos pastos en los que pacían innumerables caballos y vacas. La puesta del sol envolvía todo en fantásticos colores. El aspecto del rancho era de bienestar, abundancia y paz; los gritos fuertes de los mulos y los mugidos de las vacas parecían a Juan saludos de bienvenida. El cérro de la noche refrescábale las mejillas, trayéndole el aroma del humo de madera y de las lonjas de jamón de las sartenes.

Los caballos acercáronce raudos a la cerca, relinchando al nuevo personaje. A alguna distancia, en la suave pendiente, vió Juan la alta figura de su padre... tal como lo había visto miles de veces, sin nada a la cabeza, en mangas de camisa, avanzando con paso largo y rápido. Juan le hizo seña con la mano y lo saludó gritando.

—¡Hola, hijo pródigo! — fué la respuesta, la voz de su padre, y con ella surgían como relámpagos los recuerdos de su infancia. Juan espoleó su caballo para que corriese pronto la distancia que aun faltaba. No, no, su padre no era el mismo. Su cabello era completamente gris.

—Ya estoy aquí, papá — exclamó Juan, apeándose de un salto.

—Hijo mío, grande es mi alegría al volverte a ver — repuso su padre, abrazándole. — ¡Y qué alto eres! ¡Estás hecho un hombre! ¡Cuánto te pareces a tu madre!

En el fuerte abrazo, en la mano férrea con que estrechaba la suya, en la cabeza erguida, en los ojos agudos y penetrantes, advirtió que el ánimo valeroso de su padre no había cambiado, más la simpática sonrisa no podía ocultar las arrugas y las sombras de su rostro querido.

—Papá, yo estoy tan contento como tú — contestó Juan cariñosamente. — Largo me ha parecido el tiempo que hemos estado separados, ahora que vuelvo a verte. ¿Estás bien de salud y de todo, papá?

—No puedo quejarme, hijo. Sigo cabalgando aún tanto como antes... Ven. No te preocupes de los caballos, ya cuidarán de ellos. Ven a saludar a la familia. Gracias a Dios que estás aquí por fin.

En el porche de la casa esperaba a Juan un grupo de personas, un poco calladas, al parecer. Había allí niños de ojos muy abiertos, tímidos y expectantes. El obscuro rostro de su hermana correspondía al recuerdo que Juan conservaba de ella. Parecióle más alta, más mujer, cuando le saludó con un abrazo, diciendo:

—¡Cuánto me alegro, Juan, de que hayas venido!

Advirtió Juan en su voz la femenina ansiedad por el presente y el eco del cariño pretérito. Recordaba Juan muy bien a su tía Mary, a la que, sin embargo, no había visto en muchos años. Sus hermanastros Bill y Guy habían cambiado poco, excepto tal vez que eran ahora más fuertes y más delgados. Bill parecíase a su padre, con ojos relucientes en el rostro atezado y quieto. Tenía las piernas torcidas de los ganaderos. Los dos habíanse casado en Arizona. Katie, la mujer de Bill, era una mujer pequeña, rechoncha, bastante agraciada, y madre de tres niños. La mujer de Guy era aún joven, una muchacha fuerte, de cabello rojo, la cara llena de pecas, surcada por arrugas extrañas, que hablaban de penas y de fortaleza de ánimo. Al verla Juan, recordó que le había contado la tragedia de su vida: los apaches asesinaron a toda la familia de ella cuando aún contaba muy pocos años... Acercáronse después los pequeños para saludar a Juan, todos muy tímidos y emocionados a causa de la extraña significación de su presencia.

Juan se sintió invadido por el calor y la intimidad de los sentimientos de vida familiar tantos años olvidados. Era muy dulce para él volver a su casa, a sus parientes que le querían y le saludaban con serena alegría. Mas no fué eso todo, pues en las miradas de las mujeres vió Juan ciertas sombras a la vez que un destello de alivio a causa de su llegada.

Después de la abundante y bien servida cena fuéronse los hombres a la habitación contigua, al parecer la más agradable y cómoda de la estancia de la casa. Era muy grande, situada en el centro del edificio, con un enorme hogar de piedras, techo bajo de troncos labrados y paredes iguales. Las ventanas eran pequeñas con postigos en el interior. Las mesas, las sillas y las alfombras eran de confección casera.

—Bueno, Juan, ¿recuerdas aún esos hierros?

— preguntó el ranchero señalando a un sitio encima del hogar.

En la cornamenta de un ciervo había dos fusiles.

—¡Ya lo creo, papá — repuso Juan — y a propósito de armas, he traído algunas. Por poco deslomo a mi mula con el peso de las municiones y de los fusiles. ¿Qué idea te dió, papá, al encargarme que te trajera todo un arsenal?

—Hijo mío, las armas de fuego tienen ahora un gran aprecio en el Tonto — contestó su padre.

Juan procedió a desatar un paquete, quitando las envolturas. Puso aparte tres rifles envueltos en tela y un paquete muy pesado, atado entre dos tablas y que hizo un ruido metálico. Luego abrió Juan un paquete largo y plano enseñando a los niños una serie de maravillas que no habían ni soñado: libros de cromos, armónicas de boca, muñecas, rifles y pistolas de juguete, un pito descomunal, una corneta y por último, una caja llena de dulces. Arrodillados ante tales tesoros estaban los dos chiquillos y su hermanita, sin atreverse a tocarlos. Mas, a pesar de aquel instante precioso de alegría, sintió Juan cernerse una sombra amenazadora sobre los inocentes niños, que nacieron por la fatalidad del destino en una época ruda y en una región selvática.

Después entregó a su hermana los regalos traídos para ella: un corte de buena tela para un vestido, muchas cintas y encajes, pañuelos, botones, algunos metros de lienzo, una caja con todo lo necesario para coser, un estuche lleno de carretes de hilos, un peine, un cepillo y un espejo y por último, un broche español con granates.

—Ahí lo tienes todo, Ana — dijo Juan. — Confieso que no ha salido todo de mí, pues consulté a una amiga mía del Estado de Oregón para saber qué es lo que se puede regalar a una chica como tú.

Al parecer, los gustos de las muchachas variaban poco. Ana estaba atónita ante tanta munificencia y después, saliendo de su asombro, abrazó a su hermano hasta quitarle el aliento. Tía María miró a Juan con ojos compasivos.

—No has podido complacer mejor a Ana — dijo. — Tiene novio y cuando una muchacha tiene novio, no hay nada como las cosas para engalanarse... Ana, con ese vestido te vas a casar — y señalaba a la magnífica tela que la muchacha estaba acariciando.

—Aquí, tía María, hay también algo para ti y mis nuevas hermanas.

Los regalos dejaron a las cuatro mujeres tan satisfechas y contentas como a los chiquillos. Quedaba en el bulto otro paquete y Juan al levantarlo, iba a hablar, cuando de pronto le vino algo a la memoria que lo obligó a callar. Vió otra vez dos piececitos cuyos dedos desnudos salían de las abarcas rotas y los tobillos perfectos, desnudos, arañados por las matas. Después recordó la pasión del rostro de Ellen Jorth. Y, sin hablar, tornó a poner el paquete en el suelo.

—Papá — dijo con cierto apresuramiento, — para ti y para mis hermanos poca cosa he podido traer. Algunas navajas, pipas y tabaco y luego, las armas.

—Vaya, hijo, si con lo que has traído pareces uno de los tres Reyes Magos — repuso su padre. — Fíjate en los niños, fíjate en tu tía. Y no digo nada de Ana, que está que no cabe en sí de gozo. Vaya, vaya, me estoy volviendo viejo y me he olvidado por completo de todas esas chucherías que tan felices hacen a las mujeres. Estamos aquí muy alejados del mundo y ahora me alegro de ello, porque así, tu regreso significa mucho. No sabes cuánto te agradezco todo. Yo siempre estoy pensando en las cosas serias de la vida... y la verdad, es bueno también olvidarlas y ver las caras alegres de las mujeres y la alegría de los niños.

En aquel instante penetró en la estancia un joven alto, con traje de jinete. Todo en él, hasta sus facciones, excepto los ojos, parecía viejo; sólo su mirada era de juventud y de animación.

—Buenas noches a todos — dijo lisamente.

Ana se levantó. Juan no tuvo necesidad de que le dijesen quién era aquel hombre.

—Juan, te presento a mi amigo Andrés Colmor.

Cuando Juan correspondió al apretón de manos de Colmer y vió su mirada aguda, se alegró de que su hermana hubiese entregado su corazón a un hombre del temple de los Isbel.

Los niños, cargados de sus tesoros, fueron llevados a la cama, en una parte alejada de la casa y de cuando en cuando seguía oyéndose su ruidosa alegría. Juan se vió entonces rodeado de un auditorio muy ávido de noticias, pues aquellos solitarios colonizadores oían poco del mundo exterior. Juan habló hasta enronquecer. Los oyentes también le refirieron a su vez cosas que no cabían en las escasas cartas que de los suyos rebiciera estando en Oregón. Mas nadie dijo ni una palabra siquiera acerca de los ovejeros, ni tampoco sobre los robos de ganado. Juan advirtió tal omisión y ello le hizo pensar muy seriamente en el porvenir. Con todo, la velada transcurrió agradable, siendo una feliz reunión de familia, presentes todos los miembros de ella, un hecho que, según observó Juan, comprobó su padre con una alegría extraña, casi miedosa, y sobre el cual volvía con frecuencia.

Por fin quedó Juan a solas con su padre.

—Creo que tú estarás acostumbrado a pernoctar al aire libre, ¿verdad? — preguntó el ranchero inopinadamente.

—Sí, casi siempre.

—Sitio hay suficiente en casa, pero me gustaría que durmieses fuera. Ven toma tus mantas y tu fusil. Te llevaré.

Salieron al porche, de donde tomó Juan la lona de su tienda y sus mantas. Su fusil, aun en la funda de la silla de montar, estaba junto a la puerta. Su padre lo tomó.

—Conque un veinticuatro, ¿eh? Bien, bien, no hay nada mejor si se tiene una mano segura... — En aquel momento acercóse un pe-

rro grande de pelo gris. — Es tu compañero por la noche. Se llama "Shepp". Es medio lobo. Su madre era mi preferida, una perra pastora; su padre, un lobo de los bosques que me costó dos años cazar.

La noche era quieta y fría, vagamente iluminada por la luz de la luna y de las estrellas.

—Hijo mío, tu tío Juan fué escucha de Liggett, uno de los más famosos rebeldes del sur, — dijo el ranchero. — Y tú vas a serlo de los Isbel de Tonto. Creo que el oficio te parecerá tan peligroso como a tu malogrado tío... Hazte la cama allí, bajo esas ramas. Desde allí lo puedes ver todo sin que te vean a tí. Ha habido aquí últimamente cosas muy raras. Si "Shepp' pudiese hablar, tendría mucho que contarnos. Mill y Guy han dormido también afuera, han rastreado huellas de caballos extraños y todo eso, más creo que quien ronda por aquí debe de ser más listo que tus hermanos. Hay gente selvática muy astuta por aquí. Juan Hace tres días, por la mañana, un poco después del alba, salgo por la puerta trasera de nuestra casa, y una de esas víboras de que te hablo ha disparado sobre mí. Unos milímetros más y me da en la cabeza. Mañana te enseñaré el agujero en la jamba de la puerta. Verás cómo aún quedan allí adheridos unos pocos pelos míos.

—¡Caramba, papá! — exclamó Juan alargando la mano. — Eso es horrible. Me asustas.

—No hay tiempo para asustarse — repuso su padre con mucha calma. — Estoy seguro que me matarán. Por eso quise que volvieses.. Ahora métete ahí dentro y duerme. Puedes confiar en "Shepp". Te despertará si nota algo. Buenas noches, hijo mío. Te digo que esta noche voy a dormir tranquilo.

Juan murmuró unas palabras de buenas noches y se quedó viendo como su padre se alejaba. Luego desapareció su alta figura, cerróse una puerta y todo quedó quieto. "Shepp" le lamió la mano, y Juan sintió con agradecimiento la fidelidad del perro. Durante un rato se quedó sentado sobre el rollo de mantas, pensando aún en la terrible revelación de su padre al decir: "Estoy seguro que me matarán". Después metió las mantas en el hoyo obscuro, entre los troncos de los árboles, las desenrolló, se arregló la cama y se durmió.

III

LA estrella de la mañana, de intensa luz blancoazulada, magnífica en su aspecto dominante, estaba sobre las obscuras y vagas cimas de la montaña. La luna había desaparecido y los demás astros del firmamento eran sólo pálido reflejo de su nocturno esplendor.

De proto el agudo oído de Juan percibió como un lejano estruendo de muchas pezuñas, que llegaba del valle, a lo largo de la ladera del sur. "Shepp" movíase intranquilo como si sólo esperase la palabra de su amo para echar a correr. "Quieto, Shepp", murmuró Juan. Rápidamente, se puso las botas y la chaqueta, tomó su fusil y se deslizó fuera. "Shepp" parecía muy bien enseñado, pues era evidente que le consumía un fuerte e instintivo deseo de correr tras la causa de su inquietud. Juan tenía cada vez por más cierto que el perro olfateaba alguna fiera. Si hubiesen sido hombres los que rondasen durante la noche por los alrededores del rancho, seguramente el can hubiérase mostrado tan alerta y vigilante, más poco o ningún deseo hubiera mostrado para alejarse de su amo.

En la quietud de la madrugada le costó a Juan casi un minuto antes de apreciar la dirección del viento, que era muy flojo y venía del sur. Y era en efecto aquella suave brisa la que le llevaba el ruido del galopar de peñuñas. Juan dió la vuelta a la casa por el lado derecho y se mantuvo pegado a la linde de los cedros en la ladera. De cuando en cuando, se detuvo para escuchar. Los objetos no eran visibles en la penumbra hasta llegar a ellos. "Shepp" mostraba cada vez más el deseo de precipitarse en la obscuridad. Al alejarse Juan a cosa de media milla de la casa percibió claramente el desigual correr de un hatajo de ganado y más lejos aún el balido ahogado de una ternera.

—¡Ajá! — murmuró el joven. — Una fiera que está destrozando la ternera... — y luego disparó su fusil al aire, gritando a la vez con toda la fuerza de sus pulmones.

Luego echó a correr valle abajo de un lado para otro a fin de hacer huir a la fiera que había espantado al ganado, buscando al mismo tiempo la ternera. Más de una vez oyó el ruido del hatajo que corría, más sin alcanzarlo. Soltó el perro en la esperanza de que éste supiese hallar la pista, pero "Shepp" no dió ninguna señal ni regresó. Ya empezaba a clarear el día cuando tropezó Juan por fin con la ternera muerta, que yacía en un surco seco por el que en tiempo lluvioso corría el agua.

—Se trata de lobos — dijo Juan al arrodillarse y midiendo una de las huellas con la mano. — También en Oregón había lobos, pero no tan grandes como estos de aquí... Me gustaría saber adónde habrá ido ese' 'Shepp"; como tiene sangre de lobo no sé si uno puede fiarse de él tratándose de lobos. Me parece que no, si hay por aquí cerca alguna loba.

Juan siguió las huellas de dos lobos que a poco se perdieron en la hierba. Dejó el joven la búsqueda y descansó en la cima de un pequeño promontorio, desde el cual observó la salida del sol.

Al regresar, acercóse a su casa por el lado del valle a fin de contemplar aquella a la luz del día.

—Buenos días, hijo mío — exclamó una alegre voz desde el porche de la casa. — Todos hemos oído el disparo de tu fusil y créeme, la detonación nos causó mucha alegría.

Bill Isbel alzó la mirada desde las cinchas en que estaba trabajando y preguntó en broma si Juan dormía alguna vez de noche. Guy Isbel se echó a reír y en la mirada con que observaba a su hermanastro veíase una calurosa admiración.

—¡Viejo indio! ¿Has logrado hacer blanco en algo?

—No; disparé para ahuyentar a los que luego resultaron ser lobos — repuso Juan. — Oí cómo destrozaban una ternera. Encontré después las huellas de dos enormes fieras y también el cuerpo de la ternera muerta. Creo que se puede salvar la carne. Creo, papá, que debes perder mucho ganado aquí.

—Has dado en el clavo, hijo — contestó el ranchero. — Entre los pumas, los osos, los lobos... y las fieras bípedas de otra especie, me han hecho perder cinco mil dólares de ganado el año pasado.

—¡Caramba, papá! ¿Lo dices en serio? — Para Juan aquella suma era una pequeña fortuna. — Eso es terrible. ¿Y dónde estaban tus vaqueros, dónde Bill y Guy?

Bill Isbel amenazó a Juan con el puño y, sintiéndose herido, dijo con mucha seriedad:

—¿Qué dónde hemos estado Guy y yo? Pues, hemos estado aquí y que durante bastantes años no hemos dormido un día con otro más que tres horas diarias... que hemos estropeado mucho calzado... pero no ha sido posible evitar las pérdidas.

—Juan, esta región te tiene preparada una gran sorpresa — afirmó Guy con simpatía.

—Escúchame, hijo mío — intervino el ranchero. — Es preciso que conozcas algunas cosas antes que te preocupes. Hay aquí dos o tres manadas de lobos, y durante el invierno nos acosan de lo lindo. También hay muchos pumas que se vuelven peligrosos cuando llega la nieve. Los osos suelen matar de cuando en cuando alguna vaca. Luego tenemos el zorro plateado que en cuanto cruza los Mazatzals, empieza a matar ganado. Yo estoy aliado con una docena de ganaderos; trabajamos juntos, pero no podemos con las fieras. Hay otra cosa además; hace dos años ha aparecido aquí la banda llamada de Machete.

—¿La banda de Machete? ¡Vaya un nombre! — exclamó Juan. — ¿De qué se trata?

—Ladrones de ganado, hijo mío, y para agravar la cosa, de Tejas. El suelo del viejo Estado de la Estrella Solitaria resultó demasiado peligroso para ellos y siguieron las huellas de un sin fin de otros tejanos que buscaron también un clima más saludable. Hay unos doscientos tejanos por aquí, Juan, y en total sumarán los habitantes del Tonto unos trescientos, malos y buenos. Creo que hay la mitad de cada clase.

Una voz alegre de la cocina interrumpió la charla de los hombres.

—¡El desayuno!

El ranchero habló con Guy y Bill durante la colación acerca del trabajo del día, enterándose Juan así, más o menos, de la extensión del negocio de su padre. Terminado el desayuno, sus hermanos manifestaron un gran interés en los rifles nuevos. Para probarlos, los extrajeron de sus fundas, los limpiaron bien y se fueron al exterior. Los tres eran Winchester del calibre cuarenta y cuatro, una clase de arma que para Juan era la más valiosa. Fué él quien disparó con ellos los primeros tiros de prueba y su buena puntería asombró a sus hermanos. Bill había usado hasta entonces un viejo rifle Henry; Guy no tenía preferencia por ninguno; en cuanto al ranchero, éste sólo tenía fe en el famoso rifle Búfalo, de un solo tiro, llamado corrientemente fusil de aguja.

—Bueno, yo me atengo a mi viejo rifle — dijo. — No es posible enseñar a perro viejo trucos nuevos. Pero vosotros podéis usar los Winchester. Ponéroslos en la silla de montar y hacer prácticas en cuanto veáis un coyote.

Juan halló difícil convencerse de que aquel interés en las armas y en la buena puntería tuviese por causa un motivo siniestro. Su padre y sus hermanos habían sido siempre así. Los fusiles eran, para los colonizadores, tan importantes como el arado, y la habilidad en su manejo era una cosa que todos los hombres de la frontera trataban de obtener. Entre los miembros de la familia Isbel siempre había existido una amistosa rivalidad; hasta Ana Isbel tenía buena puntería. Juan empezaba a esperar que el tenor de la carta de su padre fuese exagerado y, sobre todo, que las palabras fatídicas de la noche anterior; "Naturalmente, me matarán", eran sólo debido a un momento de depresión en que se teme lo peor. Mas hasta en el momento en que procuraba convencerse de tales esperanzas, recordó los muchos indicios que tenía de la fama peculiar de los tejanos, debida a su hábil manejo de armas, a sus contiendas y a sus odios enconados.

—Bueno, Juan, vete a recorrer a caballo el rancho en compañía de tus hermanos — dijo al fin su padre. — Visita a algunos de nuestros vecinos, sobre todo a Jim Blaisdell. Fíjate también en el ganado y, por último, escoge unos cuantos caballos para tu uso.

—Ya he visto uno — declaró Juan rápidamente. — Uno negro con la nariz blanca. Tomaré ese.

—Se ve que conoces los caballos. Para mí es uno de los mejores, pero tus hermanos no piensan igual. A Ana, en cambio, le gusta y sabe montarlo. Bien, bien, pruébalo esta mañana y diviértete, hijo mío.

Siguiendo a la primera impresión, Juan dió al caballo negro el nombre de "Morro blanco" y se encariñó con él aun antes de montarlo. "Morro blanco" parecía muy vivo, pero al mismo tiempo manso. En lugar de domarlo por la fuerza bruta, habíanlo adiestrado. No conocía ni los golpes ni el acicate de las espuelas y cedía sin esfuerzos a la voluntad del jinete que lo montara.

Pacían en el prado más de cien caballos, y al penetrar en él con su montura admiró Juan la fiereza de algunos garañones que erguían la cabeza o relinchaban. Manadas, de potros y caballos jóvenes corrían por el llano con las crines y las colas al viento.

Más allá del prado estaban las vastas extensiones de los pastos, cuyo ondulante verdor aparecía moteado de miles de cabezas de ganado vacuno. Juan se entusiasmó ante aquel espectáculo y se dejó llevar a todas partes por

sus hermanos. Encontraron en su correría a algunos jinetes y vaqueros empleados del rancho, entre ellos a un hombre fornido, de pelo cano y de ojos pequeños y enrojecidos por el viento, el sol y la arenilla. Llamábase Everts y era padre de un muchacho. Everts estaba ocupado en despellejar la ternera muerta por el lobo.

—Oiga usted, Juan Isbel — le dijo Everts, — ya era hora de que viniera usted aquí. Nos han dicho que tiene usted muy buenos ojos para las huellas, y así podrá dar con ese maldito lobo, una fiera solitaria que ha destrozado a esta ternera. Durante los últimos dos meses ha muerto nueve terneras, por lo que yo sepa. Y eso que aun no hemos hecho el rodeo de la primavera para saber lo que falta.

El Valle Herboso agrandábase hacia el sudeste. Juan no se hubiese atrevido a calcular el número de millas cuadradas que abarcaba; y no era tan sólo la enorme extensión, sino el abundante pasto que daba tan maravilloso aspecto al valle. En la ladera del oeste había varios ranchos, y los hermanos de Juan dijeron a éste que los pequeños valles de las estribaciones, los barrancos donde había agua y hierba, estaban ocupados por rancheros y que cada verano se aventuraban a venir algunas familias más.

Juan admiró a Blaisdell como si fuera el perfecto tipo del león de Tejas, tanto por sus anchos hombros, su rostro curtido, su cabeza enorme en la que lucía una cabellera leonada y greñuda, como por su recio hablar y sus modales, que revelaban la bondad de su corazón. No era tan viejo como el padre de Juan. Su voz era atronadora, con la misma cadencia que caracteriza a todos los tejanos, y en sus ojos azules aún brillaba el fuego del valor juvenil. Era en conjunto un notable contraste con los tejanos enjutos, huesudos, de mentón pronunciado y ojos penetrantes que Juan conocía.

—¡Caramba, se parece usted mucho a su hermana! — dijo Blaisdell a Juan después de mirarlo de hito en hito. — Puede usted aceptarlo como un cumplido. Los dos se parecen a su madre, aunque sean, desde luego, por lo demás, verdaderos Isbel. Allá, en el Estado de Tejas, hay hombres que nunca llevan enguantada la mano derecha, y si uno de ellos tropezara de improviso con usted, seguramente creería que las tumbas se han abierto, y buscaría rápidamente el revólver.

La risa de Blaisdell sonó profunda y agradable, causando en la impresionable mente de Juan un extraño cuadro acerca de sus malogrados parientes, los Isbel de Tejas.

—Tejas estaba demasiado llena de hombres malos y de ganado bueno — acabó diciendo Blaisdell. — La mayoría de los primeros y parte del último se han trasladado al Tonto. Los propietarios de ganado ovejuno ahora tienen puntos de distribución para lana y ovejas en Maricopa y en Phoenix. Se están haciendo fuertes y atrevidos.

—¿Y cuál le parece a usted que será el resultado de todo este jaleo? — preguntó Juan.

—Pregúnteselo a su padre — replicó Blaisdell.

—Lo haré. Pero le agradecería que me diera usted su opinión.

—Pues mire, para decirlo en pocas palabras, mi opinión es ésta: los propietarios de ganado vacuno de Tejas jamás consentirán que los propietarios de ganado ovejuno invadan los pastos que ellos poblaron de ganado.

—¿Quién es Greaves? — continuó Juan.

—Greaves es un individuo difícil de comprender. Es de cuidado en sus tratos. Pero parece ser bueno para los pobres de estos contornos. Dice que es del Estado de Missouri. ¡Ja, ja! Es tejano como yo. Vino a la Cuenca del Tonto sin equipaje alguno, ni una mala mochila. Y hete aquí que al poco tiempo construye su casa de mampostería y trae existencias de Phoenix. Parece comprar y vender mucho ganado. Durante algún tiempo, parecía que intentaba seguir un curso medio entre ovejeros y ganaderos. Ambos bandos hacían de su salón punto de cita donde él escuchaba las quejas de ambos. Ultimamente parece inclinarse a favor de los ovejeros. Aun no ha habido quien lo acuse de ello. Pero ya es hora que algunos ganaderos le obliguen a enseñar la cara.

—¿Supongo que habrá ovejeros honrados y justos en la Cuenca? — dijo Juan.

—Sí, y algunos de ellos no dejan de ser razonables. Pero con los que hemos de chocar, son los que han llegado al Tonto en estos últimos años.

—¿Y ese ovejero Jorth? — continuó Juan titubeando como si se viera obligado a preguntar lo que hubiera preferido no saber.

—Jorth debe de ser el jefe de esta facción de ovejeros que nos está molestando a los ganaderos. No amenaza ni ruge a nuestro alrededor como hacen otros. Pero continúa criando y comprado más ovejas. Y sus pastores han traído a sus rebaños a pacer a nuestro alrededor durante todo el invierno. Jorth es persona a quien hay que tener en cuenta.

—¿Quién es ese individuo?

—¡Hombre! No sé lo bastante de él para poder hablar sobre el asunto. Su padre de usted nunca lo dijo, pero creo que él y Jorth se conocieron en Tejas hace muchos años. Sólo he visto a Jorth una vez en mi vida. Eso fué en el salón de Greaves. Su padre y Jorth se encontraron un día allí, por primera vez en este país. De algo ha de servirme mi experiencia de los hombres. Se quedaron parados, los nervios en tensión, y se miraron de hito en hito. Su padre estuvo a punto de sacar el revólver. Pero Jorth no hizo la menor señal de querer sacar el suyo.

Juan vió cómo crecían, se entrelazaban y se hacían más gruesos los hilos de la madeja en que ya se veía envuelto, y la única punzada de sentimiento que experimentó no era del todo debida a sus simpatías por su propia familia.

—El otro día, en la selva, allá en el Rim, me encontré con un ovejero que dijo llamarse Colter. ¿Quién es?

—¿Colter? Pues ese es uno nuevo. ¿Qué aspecto tenía?

Juan describió a Colter con una facilidad que decía mucho de la vividez de sus impresiones.

—No le conozco — replicó Blaisdell. — Pero eso solo va a demostrar lo que yo digo... que cualquier individuo que ande suelto por la selva puede decir que es ovejero.

—Colter me sorprendió llamándome por mi nombre — continuó Juan. — Nuestra charla no fué amistosa ni mucho menos. Comentó largamente el que hubiera sido yo llamado para echar a los ovejeros del país.

—Pues mire, se acabó — replicó Blaisdell con gravedad. — Ya es usted hombre marcado.

—¿Quién hizo correr ese rumor?

—No fuí yo. Pero no se toma como rumor. Los propietarios de ganado ovejuno lo han tomado como el Evangelio.

—¡Ah! Ahora me explico el porqué estuviera Colter tan escocido. Dijo que iban a echar sus rebaños al Valle Herboso y que podía darle esa noticia a mi padre.

—¡Eso dijo! — exclamó asombrado y enfurecido.

Juan comprendió el efecto devastador que su aseveración había producido en el viejo ranchero.

—Hace dos años — dijo con voz tranquila — declaré yo el juego. Esto significa guerra en el Valle Herboso.

No abordó el padre de Juan el asunto que más le preeocupaba, hasta bien entrada la tarde. Entonces, en el momento oportuno, se llevó a Juan fuera de la vista, entre los cedros.

—Hijo — dijo con señales evidentes de agitación. — No sabes cuánto siento el tener que recibirte a tu regreso al hogar con noticias poco felices, pero que Dios me sea testigo de que no tengo otro remedio qeu hacerlo.

—Papá, me llamaste Hijo Pródigo, y creo que tenías razón. No he cumplido mi deber para contigo. Ahora estoy dispuesto a remediar esa falta de cumplimiento — replicó Juan sentidamente.

—¡Caramba, caramba! Eso está muy bien hablado, muchacho... Sentémonos aquí y hablemos detenidamente. En primer lugar, ¿qué te dijo Jaime Blaisdell?

Juan narró en breves palabras la conversación que había tenido con el vecino ranchero. Luego contó lo que le había ocurrido con Colter y acabó en la forma en que Blaisdell había recibido la noticia de la amenaza del ovejero. Si Juan esperaba ver a su padre alzarse iracundo como un león, sufrió una gran equivocación. Esta noticia de Colter y de lo que había dicho no excitaron ni una sola chispa de Gastón Isbel.

—Mira... — comenzó pensativamente. — Creo que sólo hay dos cosas de la conversación de Jaime sobre las que es necesario que hable. Es seguro que habrá guerra en el Valle Herboso. Y la idea de Jaime sobre lo que motivará la guerra, parece ser poco más o menos igual a la de todos los demás rancheros. Pasará a la historia de la Cuenca del Tonto, negro borrrón en una de sus páginas, como una guerra entre ovejeros y vaqueros rivales. ¡La eterna lucha por el agua y por los pastos!... Juan, hijo mío, eso no es verdad. No será una guerra entre ovejeros y vaqueros. ¡Será una guerra entre rancheros honrados y abigeos que se ocultan bajo la máscara de ovejeros!... Compréndeme, no es que desconsidere las querellas entre ovejeros, es vital, y es grave. Serán necesarios la ley y el orden para enderezar la cuestión de los pastos. Llegará día en que el Gobierno evite qeu las ovejas se metan en los pastos de ganado vacuno... Conque entiende bien las cosas, hijo mío. Puedes confiar en que tu padre te dirá la verdad absoluta. En esta lucha, que hará desaparecer a muchos de los Isbel, quizá a todos, tú estás al lado de la justicia y del derecho. Sabiendo esto, un hombre puede luchar cien veces mejor que cuando sabe que es un embustero y un ladrón.

El viejo ranchero se limpió el sudoroso rostro y respiró despacio y hondamente.

—Ahora, veamos lo que Jaime dijo sobre haber sido llamado para echar a esos ovejeros del valle. Juan, fuí yo el que propaló esos rumores. Tenía mis motivos para ello. Conozco a estos abigeos ovejeros, y sé el respeto que los tejanos sienten hacia un "gun-man". Algunos dicen que me jacté. Otros dicen que soy un viejo imbécil en plena chochez que delira sobre su hijo favorito. Pero son gente que me odia, y tienen miedo. Verdad es, hijo, que hablé con cierta intención, pero puedes tener la seguridad de que estaba completamente tranquilo cuando lo hice. Me figuraba que tú harías lo que yo hubiera hecho si hubiese tenido treinta años menos. No, me figuré que harías más. Porque conté con tu sangre, Juan, eres indio, tejano y francés, y te has ejercitado en los bosques del Oregón. Cuando no eras más que un niño, pocos tiradores que yo haya conocido podían ganarte, y jamás ví tu igual en cuanto a vista y oído, para seguir las huellas de un caballo, para todas las cosas que hacen al perfecto hombre habituado a las selvas y los bosques.

Pues, recordando esto y viendo los malos tiempos que había en perspectiva para los Isbel, me desaté siempre que tuve ocasión. Me jacté ante hombres que tengo motivo para creer tomarían a pecho mis palabras. Por ejemplo, no hace mucho eché de menos algún ganado y, entrando en el salón de Greaves un sábado por la noche, hablé alto y por los codos. Su salón estaba lleno de hombres, y algunos de ellos se encontraban ya en mi lista negra. Greaves tomó mis palabras con algo de enfado. Dijo: "Bien, Gass, quizá tenga razón en eso de que algunos de los ladrones de ganado vivan entre nosotros, pero ¿no es tan probable que sean parientes de usted como de Ted Meeker o míos o de cualquier otra persona de los alrededores?" Fué entonces que Greaves y yo regañamos. Le dije: "¡No, por Dios! ¡Eso sí que no! Mis antecedentes y los de mi familia son conocidos. Lo menos que puedo decir de usted, Greaves, y de su pandilla, es que sus antece-

dentes se pierden por nebulosos senderos." Entonces dijo él con bastante mala intención: "Pues si pudiera usted seguir todos los senderos nebulosos que hay en el Tonto, se iba usted a llevar una sorpresa". Entonces me desaté. Era ésta, efectivamente, la ocasión que había yo estado esperando. Le juré que los senderos de que hablaba serían seguidos hasta las guaridas de los abigeos que los habían hecho. Le dije que te había mandado llamar y que, cuando llegaras, estos ladrones elusivos y misteriosos, fuesen los que fuesen, iban a pagar con creces. Greaves dijo que así lo esperaba, pero que temía que era yo demasiado parcial hacia mi hijo indio. Entonses tuvimos palabras gruesas. Blaisdell se puso entre los dos. Cuando me marchaba, le solté un saetazo de despedida. "Greaves, debía usted conocer a los Isbel, puesto que es usted de Tejas. Quizá tenga usted motivos para burlarse de lo que digo de mi hijo Juan. Sí, es medio indio y eso será peor aún para los que tengan que encontrarse con él. Le digo, Greaves, que Juan Isbel es el perdido de la familia. Si sigue usted sus antecedentes, se encontrará usted con que va camino de ser otro Poggin, o Reddy Kingfisher ,o Harding o cualquiera de los "gunmen", tejanos que debía usted recordar perfectamente... ¡Greaves, hay hombres que se codean con usted en este momento a quien mi hijo indio seguirá la pista!"

Juan inclinó la cabeza atontado por la notoriedad con que había afrontado su padre a todo hombre de la Cuenca del Tonto de quien tenía sospechas. ¡Con qué fama más terrible le había cargado! ¡Qué confianza tan grande había depositado en él!

—Hijo, si hubiera podido ver en perspectiva cualquier cosa menos el derramamiento de sangre, jamás se hubiera dado semejante nombre que sostener — continuó el ranchero. — Lo que te voy a decir ahora, es mi secreto. Mis otros hijos y Ana no han sabido jamás nada de esto. Jaime Blaisdell sospecha que hay algo raro, pero no lo sabe. Jamás se lo diré a nadie más que a ti. Y has de prometerme que guardarás el secreto ahora y después de que me haya muerto.

—Lo prometo — dijo Juan.

—Bien, ahora, a sacármelo de dentro — comenzó su padre respirando fatigosamente. Su rostro adquirió temblores convulsivos y sus puños se cerraron con fuerza. — El ovejero con quien tengo que habérmelas aquí, es Lee Jorth, enemigo mío de toda la vida. Nacimos en la misma ciudad, jugamos juntos cuando niños, y nos peleamos cuando éramos muchachos. Jamás nos llevamos bien juntos. Y los dos nos enamoramos de la misma muchacha. Durante algún tiempo, ninguno de los dos adelantaba más que el otro. Elena Sutton pertenecía a una de las familias más antiguas del sur. Era una belleza y tenía muchos pretendientes y supongo que le era difícil escoger. Pero yo la gané y fuimos prometidos. Entonces empezó la guerra. Me alisté con mi hermano Juan. Me aconsejó que me casara con Elena antes de irme, pero no quise. Esa fué la mayor equivocación de mi vida. Poco después de nuestra despedida, las cartas dejaron de venir. Pero yo no desconfiaba de ella. Aquella era una época terrible y todo era confusión. Por entonces me hirieron y fuí llevado a un hospital. Y al año, o cosa así, me volvieron a mandar a casa.

Desde ese momento Juan se abstuvo de mirar al rostro de su padre.

—Lee Jorth se había salvado de ir a la guerra — continuó el ranchero en voz baja y ronca. — Se había casado con mi novia Elena... Supe la historia mucho antes de ponerme bien. Había corrido tras ella como un galgo tras una liebre... y Elena se había casado con él. Pues bien, cuando pude moverme, fuí a ver a Elena y a Jorth. Los confronté. Necesitaba saber por qué me había traicionado. Lee Jorth no había cambiado ni pizca, a pesar de su buena suerte. Había hecho a Elena creer en mi deshonra... Pero creo que, con mentiras o sin ellas, Elena Sutton me había hecho traición. En mi ausencia, me la había arrebatado. Y vi que ella le quería a él como jamás me había querido a mí. Creo que eso fué lo que mató en mí todo sentimiento de generosidad. Si hubiera sido engañada, si me la hubieran arrebatado por medio de embustes y ella me hubiera llorado un poco, quizá hubiera yo perdonado. Pero ella le adoraba. Era su esclava. Y yo... yo aprendí lo que era odiar.

"La guerra arruinó a Sutton igual que a muchos otros sureños. Lee Jorth se dedicó a criar ganado. Tenía los pastos de Sutton y al cabo de algunos años comenzó a acumular ganado. En aquellos tiempos todo ganadero tenía algo de ladrón. Todo ganadero entraba y marcaba vacas que no hubiera podido asegurar fueran suyas. Los Isbel eran los ganaderos más fuertes de la región. Y yo preparé una trampa para Lee Jorth, le pillé en el momento en que ponía su contraseña sobre terneras mías que yo ya había marcado y le descubrí como ladrón. Le convertí en abigeo, le arruiné. Nos encontramos una vez. Pero Jorth no era tejano rápido en el manejo del revólver, al menos frente a un Isbel. Salió del país a emprender de nuevo la cría de ganado. Pero comenzó a jugar y se mezcló con una pandilla de gente sospechosa. Fué de mal en peor y entonces, regresó. Cuando vi el cambio que se había operado en la orgullosa y bella Elena Sutton y como seguía adorando a Jorth, casi me volví loco entre la lástima y el odio... Creo que en un tejano el odio dura más que ningún otro sentimiento. La rueda de la fortuna dió una vuelta inesperada y mi suerte cambió. Como casi todos los jóvenes de mi época, yo bebía y jugaba. Y una noche me crucé con Jorth y un amigo suyo, jugador de ventaja. Me peleó y reñimos. Salieron a relucir los revólveres. Maté a mi hombre... Fué por aquella época que se crearon los "Texas Rangers"... e... hijo, cuando te dije que jamás me habían echado de Tejas, no decía toda la verdad. Salí de allí a caballo.

Me fuí a Oregón. Allí me casé pronto y allí

nacieron Guy y Guillermo. Su madre no vivió mucho tiempo. Luego me casé con tu madre, Juan. Tenía algo de sangre india, cosa que a mí me la hizo parecer más hermosa. Era una mujer maravillosa y me proporcionó la única felicidad que he conocido en mi vida. Naturalmente, te acordarás de ella y de aquellos días en nuestro hogar de Oregón. Creo que cometí otra equivocación al venirme a Arizona. Pero el país ganadero siempre me llamó. Había oído hablar de esta selvática Cuenca del Tonto y de que los tejanos iban colonizándola. Y Jaime Blaisdell me mandó llamar... me dijo que éste era, sin duda alguna, un bello jardín del oeste. Pues bien, lo es. Y tu madre había muerto...

Hace tres años, Lee Jorth se dejó caer en el Tonto. Y, cosa rara, cosa de un año o así de su venida, La Banda del Machete llegó aquí de Tejas. Jorth se dedicó a criar ovejas. Con otros ovejeros, vive en los barrancos del Rim. Por allá, en el fondo de las selváticas riscosidades, se encuentra la guarida de la Banda del Machete. Nadie más que yo, al menos así creo, asocia al Coronel Jorth, como le llaman, con Daggs y su banda. Quizá Blaisdell y unos cuantos más tengan sospechas. Pero esto no importa. Como ovejeros, Jorth tiene una queja legal de los vaqueros. Pero Jorth jamás arreglará lo que se puede arreglar mediante un estudio justo del asunto para bien de todos y del porvenir. Jamás lo arreglará, pero ha dejado de ser un hombre honrado. Está de acuerdo con Daggs. No puedo probar esto, hijo, pero lo sé. Lo vi en la cara de Jorth aquel día en que le encontré en el salón de Greaves. Vi más Vi claramente lo que pretende. Jamás me confrontaría y se arriesgaría a una lucha cara a cara conmigo. Está empeñado en usar esta discordia entre ovejeros y vaqueros para arruinarme a mí y a mi familia, de igual manera que yo le arruiné a él. Pero quiere más, Juan. Esta será una guerra entre tejanos y guerra sangrienta. Hay malos hombres en esta Cuenca del Tonto... algunos de los peores, que no murieron en Tejas. Jorth traerá a alguno de estos individuos... Ahora bien, ¿vamos a esperar a que nos echen de nuestros pastos con ovejas y a que nos asesinen en emboscadas?

—No, no esperaremos — replicó Juan con calma.

—Bueno, vamos para casa — dijo el ranchero; y abrió el camino sin hablar hasta que llegaron a la puerta. Allí colocó el dedo sobre un agujero pequeño practicado en la madera a la altura de la cabeza de un hombre. Juan vió que era el agujero producido por una bala y que aun había unos cuantos pelos grises adheridos a los bordes. El ranchero se acercó aún más al umbral de la puerta, de manera que su cabeza quedara a una pulgada de la madera. Luego miró a Juan con ojos en que centelleaban puntos de fuego, como chispas salvajes.

—Hijo, este disparo me fué dirigido hace tres mañanas. Recuerdo haber movido la cabeza en el preciso momento en que oí el ruido de la detonación. Quedé sorprendido. Pero me metí para adentro a la carrera.

Juan apenas oyó la última frase de su padre. Parecía haberse doblado interiormente por las convulsiones frías y calientes de cambiantes emociones. La terrible presa hecha en su conocimiento, estaba a punto de romperse y dejarle en libertad. Se había hecho el primer disparo y él era un Isbel. La sangre llama. Su padre no hablaba a oídos sordos. Esta lucha de nacientes tumultos, que sentía en su pecho, parecía efecto de los años de calma, de paz en los bosques, de soñadora espera por algo que no sabía definir. Era la vida primitiva, apasionada, que se había despertado en él a la llamada de los lazos de la sangre.

—Creo que eso viene a ser todo, hijo — acabó el ranchero. — Ahora comprenderás por qué tengo el presentimiento de que me van a matar. Lo siento aquí. — Con gesto solemne colocó su ancha mano sobre el corazón. — Y Juan, oigo de noche susurros singulares. Parece como si tu madre me llamara e intentara avisarme de algún peligro. No puedo explicar estos susurros extraños. Pero sé que los oigo.

—Jorth tiene sus secuaces. Tú debes tener los tuyos — replicó Juan en tensión.

—Seguro, hijo y puedo escoger entre los mejores hombres de aquí — replicó el ranchero con orgullo. — Pero no haré eso. Les expondré el asunto y les dejaré escoger. No creo que sea una lucha prolongada. Será corta y sangrienta, a estilo tejano. ¡En ti confío, Juan, para que te encargues de que el último hombre sea un Isbel!

—¡Gran Dios, papá! ¿No hay otra solución? ¡Piensa en mi hermana Ana... en las esposas de mis hermanos... en... en otras mujeres! Papá, estas malditas discordias tejanas son crueles... horribles! — exclamó Juan en apasionada protesta.

—Juan, ¿sería mejor para nuestras mujeres que permitiéramos que esos hombres nos asesinaran a sangre fría?

—¡Oh, no... no, comprendo, no hay esperanzas de... de...! Pero, papá, no pensaba en mí. A mí no me importa. una vez empiece, seré... seré lo que te has jactado que soy... Pero papá, es duro para... los... los jóvenes — dijo con amargura. — Los pecados de los padres, como dice la Biblia. Y el otro bando... ¿qué de Jorth? ¿Tiene hijos?

¡Qué brillo tan curioso de sorpresa y conjetura encontró Juan en la mirada de su padre!

—Tiene una hija, Elena Jorth. Le pusieron el nombre de su madre. La primera vez que vi a Elena Jorth, creí que era el fantasma de la muchacha a quien yo había querido y perdido. El verla fué para mí como si me clavaran un puñal en el costado. Pero lo que parece y lo que es... es exactamente igual. Viejo como soy, mi corazón... ¡Bah! ¡Elena Jorth es una cualquiera!

Juan Isbel se internó entre los cedros. El haber cedido y haberse resignado con las creencias de su padre, debiera haber acabado con su perplejidad y su preocupación.

Miró a su alrededor como si fuera perseguido o rodeado de ojos, de instintos, de temores, de cosas incomprensibles.

—¡Ah! Eso debe de ser lo que me pasa — murmuró. — Esa mirada suya... y ese beso... me han hecho daño. Jamás debí detenerme a hablar. Y voy a matar a su padre y dejarla a merced de Dios sabe qué.

Algo raro ocurría. Juan se olvidó por completo de que no hacía una hora que había empeñado su palabra de ofrendar su hombría, su vida, a una venganza que sólo podía borrarse con sangre. Si se hubiera comprendido a sí mismo, se hubiera dado cuenta de que su juramento no era más emocionante ni ininteligible en sus posibilidades que este instinto que le atraía irresistiblemente.

—¡Ellen Jorth! Conque ¡mi papá le llama una cualquiera! Conque... eso explica... su forma de obrar... ¡si ni siquiera me pegó cuando la besé! Y sus palabras... tan fáciles... tan tranquilas... ¡Una cualquiera! Eso significa que es mala... ¡Mala! Me desprecia... ¡quizá le desencantara el que mi beso fuera inocente! Lo era, lo juro. Y lo único que dijo fué: "Oh, no es la primera vez que me besan".

Juan se enfureció consigo mismo por la nueva sensación que se apoderaba de su pecho, que ahora parecía oprimirle. ¿Se habría enamorado, en un solo día, de esta Ellen Jorth? ¿Sentía celos de los hombres que tenían el privilegio de sus besos? ¡No! Pero su respuesta estaba llena de vergüenza, de incertidumbre. Lo que parecía ocurrir, estaba fuera de él. El equivocarse no era un crímen. El sentirse atraído hacia una muchacha bonita de los bosques... el ceder a un impulso, no era una deshonra, no era un mal.

Entonces repercutieron en su cerebro las amargas palabras de su padre, la reveladora frase: "¡Pero lo que parece y lo que es... es exactamente igual!" En el significado de estas palabras se ocultaba el mal que le preocupaba. Ponderó ensimismado estas palabras.

—Lo que parece. Sí, era bonita. Pero no me di cuenta al principio. Estaba... estaba algo excitado. Me gustaba mirarla, pero no pensé.

Aquella misma tarde buscó el momento de hablar a solas con la hermana.

—Ana, ¿has hablado alguna vez con Elena Jorth? — preguntó.

—Sí, pero no últimamente — replicó Ana.

—Pues me la encontré ayer cuando venía hacía acá. Cuidaba de los rebaños — continuó Juan rápidamente. — Le pedí que me enseñara el camino al Rim. Y ella me acompañó una milla, aproximadamente. No puedo decir que el encuentro no fuera interesante, al menos para mí... ¿Me quieres decir todo lo que sepas de ella?

—Claro, Juan — replicó su hermana, fijando sus obscuros ojos en el rostro turbado de su hermano, pensativa y bondadosamente. — He oído muchas cosas, pero en esta Cuenca del Tonto, no creo todo lo que oigo. Lo que sé, te lo diré. Conocí a Ellen Jorth por primera vez hace dos años. Ninguna de las dos sabía entonces cómo se llamaba la otra. Era la muchacha más guapa que he conocido en mi vida. Simpaticé con ella. Ella simpatizó conmigo. Parecía poco feliz. Cuando nos volvimos a ver fué en un rodeo. Había otras muchachas conmigo, y la despreciaron. Pero las dejé y me fuí con ella. El desprecio aquel le llegó al alma. Se sentía muy sola. No tenía amigas. Habló de sí misma...; ¡cómo odiaba a la gente, pero cuánto amaba a Arizona! No tenía nada que ponerse. No hizo falta que me dijera que estaba acostumbrada a mejores cosas. Cuando parecía que íbamos a ser amigas, me dijo su nombre y me preguntó cómo me llamaba yo. Se lo dije. Juan, no le hubiera podido hacer más daño si le hubiera cruzado la cara. Se puso pálida. Se quedó con la boca abierta de sorpresa. Luego se marchó corriendo. La última vez que la ví, fué hace un año. Tomaba un atajo para llegar al rancho de una amiga. Y me encontré a Ellen Jorth cabalgando al lado de un hombre a quien jamás había yo visto. El atajo pasaba bajo árboles frondosos que proyectaban sus sombras sobre el camino. Cabalgaban muy juntos y no me vieron al principio. El hombre le ceñía el cuerpo con su brazo. Ella le apartó de un empujón. La ví reirse. Luego la volvió a agarrar y la estaba besando cuando su caballo se espantó al ver el mío. Pasaron a mi lado entonces. Ellen Jorth alzó orgullosamente la cabeza y ni me miró siquiera.

—Ana, ¿crees tú que es una mala muchacha? — preguntó Juan, sin rodeos.

—¿Mala? ¡Oh, Juan! —exclamó Ana, sorprendida y con embarazo.

—Papá dijo que era una cualquiera.

—Juan, papá odia a los Jorth.

—Hermana, te pregunto qué es lo que piensas tú de Ellen Jorth. ¿Serías amiga suya si pudieras?

—Sí.

—Entonces, ¿no crees que sea mala?

—No. Ellen Jorth se encuentra muy sola y no es feliz. No tiene madre. Vive sola entre hombres rudos. Una muchacha así no puede evitar que los hombres la besen. Quizá sea demasiado libre. Quizá sea un poco loca. Pero es honrada, Juan. Confía en una mujer para saberlo. Cuando pasó a mi lado aquel día, su rostro estaba pálido y orgulloso. Ella era una Jorth, y yo era una Isbel. Se odiaba a sí misma... me odiaba a mí. Pero ninguna muchacha mala podía tener esa expresión. Ella sabe todo lo que se dice en el valle. Pero no le importa. Ella fomentaría el comadreo por su parte.

—Gracias, Ana — replicó Juan, conmovido. — Haz el favor de guardar el secreto de este.. este encuentro que tuve con ella. ¿Lo harás así?

—¡Claro, Juan, claro que sí!

Juan se alejó de nuevo, singularmente agradecido a Ana por resucitar y sostener ese algo suyo que parecía formar una parte oscilante de lo mejor de su ser... una caballerosidad que

había solicitado morir, si morir debía, por el juicio de una mujer de bien.

—Creo que eso es todo, como dice papá —se dijo para sí.

Pero, ¿era verdaderamente eso todo? Se paseó febrilmente bajo los cedros. Contempló la puesta de sol. Escuchó el ladrido de los coyotes. Siguió errando por allá, no obstante habérsele llamado para la cena; hasta que del tumulto de sus emociones en pugna y de sus meditaciones, surgió el convencimiento sorprendente de que tenía que ver a Ellen Jorth otra vez.

IV

ELLEN Jorth se apresuró a internarse en el bosque, grandemente resentida del accidente que la había puesto en contacto con un Isbel.

Estaba disgustada consigo misma... disgustada porque había sido amable para con uno de la odiada familia que había arruinado a su padre. La sorpresa de este encuentro no le alcanzó mientras se hallaba bajo el dominio de un sentimiento más fuerte. Pasó bajo los árboles rápidamente, con la cabeza muy alta, mirando solamente hacia el frente, y cada paso parecía proporcionarle un alivio.

Al llegar al campamento, distrajo su atención de sí misma. Pepe, el muchacho mejicano, intentaba reunir las ovejas en un rebaño más compacto, con la ayuda de dos perros, para salvarlas de los coyotes. Ellen amaba a los borreguitos lanosos, que apenas podían andar aún, y, en esta estación, odiaba a todos los animales qeu merodeaban por la selva.

Habiendo acabado el trabajo de la jornada. Ellen se sentó frente a un chisporroteante fuego y halló que sus pensamientos volvían a girar en torno a la aventura que le había acaecido. Desdeñándolos, intentó pensar en otra cosa. Pero nada había que pudiera desvanecer el interés de su encuentro con Juan Isbel. En vista de lo cual, se entregó impacientemente al recuerdo y volvió a repasar en su memoria toda palabra y acción que podía recordar. Y durante esta meditación, llegó a una acción suya cuyo recuerdo trajo el rubor a su cuello y sus mejillas, de manera tan poco corriente y tan ardiente, que se cubrió las mejillas con las manos. "¿Qué habrá pensado de mí?", se preguntó, dudosa. No importaba lo que hubiera pensado, pero no podía menos de preguntárselo. Y cuando recordó su beso, sufrió más que la sensación ardiente de sus mejillas. Exclamó, con desprecio y amargura en su voz: "Seguro que no pensaría gran cosa de mí".

La media hora que siguió a esta reminiscencia, distó mucho de ser agradable. Ellen Jorth, orgullosa, apasionada, de fuerte voluntad, se halló víctima de emociones opuestas que pugnaban entre sí. Lo sucedido era aún demasiado reciente. No lograba comprenderlo. El disgusto, el desdén y el desprecio, no podrían hacer como si este encuentro con Juan Isbel no hubiera tenido nunca lugar. El orgullo no lo borraría de su mente. Cuanto más reflexionaba sobre el asunto, cuanto más intentaba olvidar, más fuerte se hacía el significado de su interés. Y cuando se dió cuenta de algo de esto, tanto la resintió que, enfurecida, diseminó las ascuas del fuego, y entró en la tiendecita de campaña para echarse, envuelta en sus mantas.

Así, caliente y cómoda, con un perro durmiendo a la puerta de la tienda de campaña, cerró los ojos y pidió confiadamente al sueño que pusiera fin a sus perplejidades.

Ellen se despertó tarde y sin nada de su energía habitual. José y el perro parecían contemplarla con sorpresa y solicitud.

—José, ¿cuándo vuelve Antonio?—preguntó.

El muchacho no podía darle una respuesta satisfactoria. Ellen había tomado el puesto del pastor voluntariamente para unos días, pero ahora estaba impaciente por volver a casa. Miró por las naves de parduscos y verdes tonos hasta cansarse. Antonio no volvía. Ellen pasó el día con las ovejas y en la tarea de atender y cuidar a los miles de borregos recién nacidos, se olvidó de sí misma. Este día era el último del tiempo de cría de la temporada. La selva repercutía con una ensordecedora babel de balidos. Cuando llegó la noche, se echó agradecida en la cama.

A la mañana siguiente se despertó temprano, alegre, anhelante, expectativa, llena de vida, dándose singular cuenta de la belleza y la dulzura de la selva perfumada, singularmente consciente de un estímulo indefinido en sus sentimientos.

No tardó Ellen en asociar esta nueva y deliciosa variedad de sentimientos con el hecho de que Juan Isbel había fijado este día para cabalgar hasta el Rim para verla. La alegría de Ellen desapareció; sus sonrisas se evaporaron. La mañana primaveral perdió su mágico brillo.

—Es inútil intentar engañarme a mí misma —se dijo, pensativamente. — Es raro... ¡Debo de encontrarme muy sola, para alegrarme de ver a Isbel, aunque se distinto!...

Aceptó sobriamente la sorprendente realidad. Su confianza murió con su alegría; su vanidad comenzó a sufrir. Al darse cuenta de su propia admisión de que Juan Isbel era diferente, se resistió sorprendida; la ridiculizó; se rió de su ingenua confesión. No podía llegar a otra conclusión que la de que era una tontuela de débil voluntad, voluble e inexplicable.

Pero, a pesar de todo esto, se dió cuenta de que su mente había llegado a una decisión sin su consentimiento o deseo, antes de siquiera consultar su voluntad; y que inevitable e inalterablemente tenía intención de volver a ver a Juan Isbel. Durante mucho tiempo luchó con esta extraña imposición. Tan pronto salía victoriosa sobre este nuevo ser suyo, como perdía la batalla. Y, al fin, de su conflicto surgieron unas cuantas convicciones que le dejaron algunos jirones de amor propio. Odiaba a todos los Isbel, odiaba a cualquier Isbel, y, en particular, odiaba a Juan Isbel.

Sólo se sentía curiosa... intensamente curiosa de ver si volvería, y, si es que volvía, qué haría. Sólo quería vigilarle desde algún sitio oculto. No se acercaría a él, no le dejaría verla ni que sospechara siquiera su presencia. Así se suavizó la herida de su vanidad... así ahogó sus miserables dudas.

Mucho antes de que el sol comenzara a inclinarse hacia el oeste allá a mediados de la tarde que Juan Isbel había fijado para la cita, Ellen dirigió sus pasos a través de la selva, hacia el Rim.

Su oído era como el de un venado en acecho, y sus ojos se volvían continuamente hacia los espacios abiertos del Rim. Al principio, en su excitación, el tiempo volaba. Gradualmente, sin embargo, a medida que el sol viajaba hacia el oeste, comenzó a intranquilizarse. Sus oídos percibieron muchas veces el golpe suave producido por las piñas al caer, el sonido de las ardillas al arrastrarse por los abetos de rugosa corteza, el rajarse de los trozos de roca hechos frágiles por el tiempo y los elementos, y cada vez que percibía estos ruidos, se alzaba y se emocionaba. Al fin oyó un sonido que se semejaba al producido por un casco de caballo sin herradura al chocar con piedra. Entonces, con cuidado, tomó su carabina y atravesó el macizo de pinos hasta llegar al lugar que había escogido. Los pequeños pinos estaban tan juntos que tenía que deslizarse boca abajo por entre sus troncos. El suelo estaba cubierto de un blando lecho de agujas de pino, morenas y fragantes. En sus prisas, se pinchó la desnuda mano con una piña aguda y se hizo sangre. Se chupó la pequeña herida.

—¿Augurará esto algún mal? — murmuró pensativa.

Luego reanudó su marcha cautelosa hacia la linde del macizo, y no tardó en alcanzarla.

Ellen yació quieta durante un momento para recobrar el aliento, luego se enderezó sobre los codos.

Una hora larga pasó. El sol había descendido a una oblicuidad equidistante entre el cenit y el horizonte. De pronto, un pensamiento se apoderó de Ellen Jorth.

—No viene — murmuró.

En el momento en que se le ocurrió semejante idea, experimentó un sentimiento vago... algo que debía ser desilusión.

El agudo resoplido de un caballo sonó cerca. Ellen enderezó su cuerpo con sorpresa. Luego tembló un poco y sus sentimientos sufrieron una variación rápida. Cautelosamente y sin ruido se enderezó sobre los codos y miró por el claro en la maleza. Vió a un hombre atar su caballo un poco más allá del Rim. Sacando una carabina de la funda del arzón de su silla, se la colocó en el hueco del brazo y se acercó al borde del precipicio. Miró a través de la Cuenca y pareció perderse en una contemplación meditativa. Luego se volvió para dirigir su mirada a la selva, como si esperase a alguien.

Ellen reconoció la flexible figura, la cara morena tan parecida a la de un indio. Era Isbel. Había venido. Sin saber por qué, su venida parecía maravillosa y terrible. Elena temblaba mientras yacía allí apoyada sobre los codos. Juan Isbel, cumpliendo su palabra, a pesar de su desprecio, había vuelto para verla. El hecho parecía monstruoso. Era enemigo de su padre. Tiempo hacía que el rumor había corrido de boca en boca... el viejo Gass Isbel había mandado llamar a su hijo indio para luchar contra los Jorth. Juan Isbel... hijo de un tejano... tirador sin igual... rastreador formidable... hombre malo y peligroso. Entonces atrevesó un pensamiento ardiente la mente de Ellen. Si era verdad, si era enemigo de su padre, si era inevitable una lucha entre Jorth e Isbel, debía matar a este Juan Isbel allí mismo, mientras él la esperaba osada y confiadamente. ¡Qué imbécil había sido al creer que ella acudiría! Elena se dejó caer y bajó la cabeza hasta que el extraño temblor de sus manos hubo cesado. El pensamiento obscuro y terrible había retrocedido. Ella no había venido a matar a un hombre desde una emboscada, sino sólo a vigilarle, a intentar ver lo que quería, lo que pensaba, para satisfacer una extraña curiosidad.

Después de un rato volvió a mirar. Isbel estaba sentado en un trozo sobresaliente del Rim, en una posición cómoda, desde la cual podía vigilar los claros de la selva y mirar también a través de la curva oeste de la Cuenca hasta los Mazatzals. Se había preparado a esperar. Estaba vestido con un traje de piel de ante, bastante nuevo y, desde luego, resaltaba favorablemente comparado con el traje andrajoso y sucio que Ellen recordaba. No parecía muy grande. Ellen estaba acostumbrada a ver los hombres de Tejas y de Arizona, altos y delgados. Aquel hombre era de una contextura diferente. Tenía los hombros mucho más anchos que todos los hombres que ella había visto en su vida, y esto le hacía parecer más bien bajo. Pero por sus poderosos y flexibles miembros demostraba que no lo era; cuando quiera que se movía, sus músculos se contraían.

Ellen se dijo: "Ya le había visto bien el otro día, pero no quería admitirlo. ¡El hombre más guapo que he visto en mi vida ha de ser precisamente uno de esos condenados Isbel! ¿Y para esto he venido aquí?

Volvió a tenderse en el suelo y, cruzando los brazos bajo su pecho, se reclinó cómodamente sobre ellos buscando un hueco más pequeño por donde pudiera espiar a Isbel. Y mientras le observaba, un nuevo y desconcertante aspecto de su cerebro trabajando activamente. ¿Por qué había vuelto Juan? ¿Qué quería de ella? La amistad entre ellos era imposible. Había sido afectuoso y deferente para ella de una manera que le había complacido extrañamente, hasta el momento en que la había besado. Aquello había interrumpido sus placenteros ensueños con una sensación que no había experimentado antes. Todos los hombres que había conocido en aquel país salvaje, eran rudos y atrevidos La mayor parte de ellos habían querido casarse con ella, y no habiendo tenido éxito en su pretensión, habían persistido en sus amorosas atenciones, ni muy halagüeñas ni muy

honorables. Era mala gente y el contacto con ellos había embotado su sensibilidad. Pero este Juan Isbel parecía un caballero. Ellen trataba de ser justa y de olvidar las razones de su antipatía, tanto para conceder a Juan el debido crédito, como para entenderse a sí misma. Era cierto que la había besado, rudamente y a la fuerza, pero aquel beso no había sido un insulto; Ellen así lo sentía. Recordaba la sincera vergüenza y contricción con que había tratado de explicar su atrevimiento. También recordaba el rápido cambio que se había operado en él a sus palabras: "¡Oh!, ya me han besado otras veces". Se alegraba de haberlas dicho, pero ¿de veras se alegraba?

Continuó acechándole.

De pronto, Ellen se sintió invadida por un escalofrío. Los ojos penetrantes de Isbel se fijaban directamente en su escondite. El corazón dejó de latirle. Si la descubría se moriría de vergüenza. Un grajo graznaba sobre ella en la rama de un pino y una ardilla charlaba por allí cerca. Aquellos dos habitantes del bosque eran capaces de espiar al cazador más astuto y denunciarlo a los de su especie. Ellen tenía más que miedo a que aquel indio de ojos y oídos agudizados pudiera descubrirla a través de la espesa maleza o a que oyera los latidos de su corazón. Sintió un inmenso alivio cuando le vió volver la vista hacia otro lado y levantarse para pasearse con la cabeza inclinada y las manos cruzadas por la espalda. Se detuvo un momento a contemplar el bosque; después se volvió hacia el oeste, y por la luz del sol reflejándose en su cara, Ellen vió que éste estaba próximo a su ocaso.

Isbel se dirigió a su caballo y empezó a desatar algo que tenía colgado en el arzón de la silla. Cuando volvía, Ellen vió que llevaba en la mano un pequete y que se dirigía a través del bosque hacia su campo. Pronto desapareció en la espesura.

Durante algunos momentos Ellen se quedó asombrada. Sus conjeturas se multiplicaban ahora. "¿Dónde va Juan Isbel? No me lo explico", se dijo. "¡Qué llevará en ese paquete y qué querrá hacer con él?"

Necesitó un gran esfuerzo de voluntad para permanecer donde estaba y no dejarse llevar de su impulso de seguir su rastro por el bosque, pero aun sobre ella tenía poder su reputación y no se atrevió a competir con él en astucia. Sería mejor esperar hasta que volviese a recoger su caballo. Así decidida, se volvió a tender en su escondrijo y dejó a su imaginación ponderar sobre lo que había despertado en ella tanta curiosidad. Isbel volvió más pronto de lo que ella esperaba y con las manos vacías. No se había llevado su rifle, que Ellen veía apoyada en una roca. Realmente, aquel día Isbel no estaba movido, ni mucho menos, por intenciones hostiles. Se dirigió rápidamente a su caballo, le desató y montó. Ellen vió su figura recta y la gracia y desenvoltura de sus movimientos. Vió cómo volvía la cabeza para mirar por última vez, como para recordar el lugar en que había estado esperando, y se alejó. Le vió desaparecer. ¿Qué era lo que la afligía? Algo le pasaba, pero ella no quería reconocerlo.

Cuando hacía bastante tiempo que Isbel se había ido, Ellen salió de su acechadera. El sol se ocultaba detrás de un picacho inundando el valle de luz dorada. Los vastos promontorios de piedras parecían arder con llamas doradas. El fondo del valle se inundaba de sombras obscuras y azuladas para dormir por la noche. Ellen llegó casi sin aliento a su campo. Dos paquetes y una pareja de burros atestiguaban la llegada de Antonio. Estas eran buenas noticias para ella. Oía el balido de los corderos y el tintineo de las campanillas que se aproximaban, y se alegraba de que Isbel, si había visitado su campo, lo hubiera hecho durante la ausencia de sus pastores.

A la primera ojeada que echó a su tienda descubrió el paquete que Isbel llevaba en la mano. Estaba sobre su lecho. "¡Qué insolente!", murmuró, y a puntapiés sacó el paquete de la tienda. Sus palabras y sus acciones parecían el reflejo de una grande irritación. Volvió a golpear el paquete con el pie y pensó llevarlo a puntapiés hasta la hoguera, pero algo la detuvo y dejó la cosa donde estaba en el suelo.

Pepe y Antonio estaban a la vista conduciendo el rebaño. Ellen no quería que viesen el paquete, así es que con desprecio de sí misma y un poco menos enfadada volvió a llevar el paquete a la tienda por el mismo procedimiento que lo había sacado. ¿Qué sería? Lo contemplaba devorada por la curiosidad. Paquetes tan limpios y tan bien hechos como aquel no se veían muchos en el Tonto. Ellen decidió esperar hasta después de cenar para arrojarlo al fuego en un momento favorable. ¿Qué le importaba lo que contuviese? Indudablemente era un regalo, y se decía a sí misma que estaba extremadamente furiosa con aquel insolente de Isbel, que había tenido la osadía de acercarse a ella con un obsequio.

Antonio, habitualmente alegre y animado, había vuelto sombrío y taciturno. Todo lo que Ellen pudo sacarle fué que el oficio de pastor de ovejas había tomado aspectos que no convenían a los pacíficos mejicanos. Había debido oír algo que no quería decir. Ellen le ayudó a preparar la cena que comió en silencio. También ella tenía sus preocupaciones particulares. Antonio le dijo después de cenar que su padre había dispuesto que no volviese a su casa después del obscurecer. Después de cenar los pastores se metieron cada uno en su tienda, dejando a Ellen sola. Inmediatamente tomó el paquete y lo trajo a la hoguera para quemarlo. La curiosidad femenina ardía en su pecho. Sucumbió a ella hasta el punto de romper el papel del envoltorio por una esquina y vió algunas palabras escritas en lápiz: "Para mi hermana Ana." Ellen apreció la letra grande y bien hecha, y de pronto despojó al paquete completamente de su envoltura externa. De las palabras impresas en el interior dedujo que procedía de San Francisco.

—Parece que se trajo a casa una porción de regalos para sus parientes, para su hermana y sus sobrinos — murmuró Ellen. — Eso está

bien. Y esto, sea lo que sea, lo tenía destinado a su hermana Ana. Ana Isbel. Debe de ser aquella muchacha de ojos negros que me gustó tanto hasta que supe que era una Isbel... ¡Su hermana! — Y por segunda vez Ellen depositó el paquete en su tienda. No podía quemarlo en aquel momento. Sentía otras emociones además de odio y desprecio. El recuerdo de aquella dulce muchacha mitigaba su resentimiento. — ¿Será él igual a su hermana? — se preguntó pensativa. — Y, ciertamente, Juan Isbel se parecía a su hermana. — ¡Qué lástima que pertenece a la familia que ha arruinado a papá!

Ellen se acostó sin abrir el paquete ni quemarlo. Y con gran enojo le parecía que de cualquier manera que se acostase no podía dejar de tocarlo. No había mucho espacio en la pequeña tienda.

Se quedó dormida para soñar que el paquetito era una mano acariciadora que buscaba las suyas, que apretaba con fuerza y ternura. Despertó con la más extraña sensación en su mano derecha; la sentía húmeda y caliente, y el contacto de ella contra su mejilla era muy agradable.

Luego su pensamiento volvía a Isbel y a su regalo. Hacía muchos años que nadie la había hecho un regalo. ¿Qué podía ser aquél? No importaba; lo extraordinario era que Juan Isbel se lo había traído y que ella se sintiese tan perturbada por ello.

—Lo destinaba a su hermana, así es que me juzga bien — se dijo finalmente.

Con la mañana, nuevas vacilaciones asaltaron a Ellen. Por fín envolvió el odioso paquete entre las mantas y se dijo que cuando llegase a casa lo arrojaría alegremente al fuego. Antonio cargó su paquete en un burro. No tenía ni un caballo y, por consiguiente, tendría que andar las varias millas que la separaba del rancho de su padre.

Partió por fin con paso vivo conduciendo al burro y llevando su rifle y pronto se internó en la fragante floresta. La mañana estaba clara y fresca y la escarcha chispeaba a la luz del sol haciendo que la hierba pareciese cuajada de diamantes. Ellen se sentía fresca, boyante y singularmente llena de vida. Su juventud triunfaba de todos sus pesares.

Absorta y feliz en sus ensueños. Ellen cubrió las millas de bosque y pronto llegó al sendero que llevaba a las profundidades del "Cañón" de Chevelon. Era una mala senda poco propicia a las dulces divagaciones de su mente ilusionada; poco a poco Ellen fué volviendo a la realidad. Pronto empezó a sentir una sensación familiar que siempre le asaltaba cuando volvía al rancho de su padre, una especie de repugnancia, un amargo descontento, una lucha leal contra el sentimiento de que no todo lo que se hacía estaba bien hecho.

A un extremo de aquel "Cañón", en un pequeño y verde prado, se levantaba una tosca cabaña de madera de una sola habitación, que era el domicilio de un viejo extraño que hacía muchos años que vivía allí. Se llamaba John Sprague y se dedicaba a la cría de burros. Nunca poseyó ni vacas, ni caballos, ni ganado de ninguna especie, ni siquiera un perro. Había rumores de que Sprague era uno de los muchos que habían venido al país en busca de la mina de oro del Holandés Perdido. Sprague sabía de la Cuenca del Tonto y del Rim más que ninguno de los pastores y rancheros. Desde el Cerro Negro a Cibique y desde el Cerro Chevelon al Paso de Remo, conocía todos los senderos, "cañones", colinas y manantiales y sabía encontrar los caminos hasta en la noche más obscura. Su fama, sin embargo, dependía más que de nada de su especialidad: la crianza de burros, y precisamente la crianza de burros negros con la cara blanca. Sus burros eran los mejores de la Cuenca y muy solicitados. Sprague vendía algunos todos los años y una vez había regalado uno a Ellen, aunque le dolía mucho desprenderse de ellos. Aquel viejo era el único amigo de Ellen.

Cuando venía al Rim con el ganado el tío John, como Ellen le llamaba, estaba fuera en una de sus poco frecuentes visitas al Valle Herboso, y ahora se alegraba al ver la columna de humo que se escapaba de la chimenea de la cabaña y al oír los discordantes rebuznos de los burros. Apenas salía al claro, Sprague la vió desde la puerta de su cabaña.

—¡Hola, tío John!

—¡Toma, si es Ellen! — replicó el tío John con alegría. — En cuanto he visto al borrico de la cara blanca, ya sabía yo quién venía detrás. ¿Dónde has estado, muchacha?

Sprague era un viejo de pequeña estatura, un poco encorvado, con la cabeza gris y ojos astutos. A Ellen no le gustaban sus barbas manchadas de tabaco ni el astroso y maloliente traje que llevaba, pero ya había cejado en su inútil empeño de hacerle un poco más aseado.

—He estado cuidando las ovejas — contestó Ellen. — ¿Y usted, dónde ha estado? Cuando venía para acá le he echado de menos.

—He estado haciendo provisiones y creo que me he detenido en el valle más de lo que acostumbro, pero, era natural, teniendo en cuenta...

—¿Qué? — preguntó Ellen viendo que el viejo no seguía.

Sprague sacó una pipa negra del bolsillo y empezó a acariciar el hornillo con los dedos, fijando en Ellen una mirada pensativa y tan amistosa que Ellen temió fuese compasiva. Ellen preguntó entonces con insistencia las novedades que había por el poblado.

—Entra y siéntate.

—Gracias, prefiero sentarme aquí — contestó Ellen, acomodándose en un tronco. — Y cuénteme, tío John, lo que pasa ahora por el valle.

—No mucho todavía. Nada más que charla, y de eso sí que hay bastante.

—¡Bah! Siempre se ha hablado mucho — declaró Ellen con desdén. — Ese Valle Herboso es una cueva de murmuradores.

—Ellen, vamos a tener guerra. Una guerra sangrienta en la Cuenca del Tonto — continuó Sprague con seriedad.

—¿Guerra? ¿Entre quiénes?

—Entre los Isbel y sus enemigos. Creo que la mayor parte de los vecinos del Valle, y desde luego, todos los rancheros, estarán al lado del viejo Gastón. Blaisdell, Gordon, Fredericks, Blue, todos se meterán en la cosa.

—¿Y con quién van a combatir?

—Se dice que los pastores tendrán la culpa de esta guerra, pero también se dicen, con reserva, otras cosas que no creo sea muy saludable repetir por aquí.

—Tío John, no tiene usted que tener miedo de contarme a mí lo que pasa. Yo nunca le delataré, después de haber sido tan buen amigo mío.

—Y lo quiero seguir siendo, Ellen — afirmó el viejo. — No es fácil quedarse callado cuando se le tiene a uno en la estima que yo te tengo a tí. Quisiera saber una cosa. ¿Tienes parientes en alguna otra parte, lejos de aquí, con quienes te puedas ir mientras dure la lucha?

—No. Todo lo que tengo, por lo menos que yo sepa, está aquí.

—¿Ni amigos?

—No tengo ninguno, tío John — suspiró Ellen con tristeza.

—Lo siento; esperaba que pudieras marcharte a alguna otra parte.

—Desde luego, no esperaría usted que me marchase y dejase a mi padre solo en la lucha.

—Pues espero que lo hagas así.

—Soy una Jorth — dijo Ellen sombríamente. Sprague estaba evidentemente perplejo y preocupado.

—¿Querrías venirte conmigo? — preguntó; — podríamos marcharnos a Mazatzals y vivir allí hasta que todo esto se acabase.

—Gracias, tío John, es usted muy bueno conmigo; pero las dificultades de mi padre son mías también.

—Ya debía habérseme ocurrido eso. ¿Y qué opinas tú de la cuestión del ganado y las ovejas?

—Creo que unos y otros tienen los mismos derechos. Yo prefiero el ganado a las ovejas, pero no es ésta la cuestión. El valle es libre, Suponga usted que yo tuviera ovejas y usted ganado; los dos seríamos perfectamente libres de apacentar nuestros rebaños en cualquier parte.

—Muy bien. Pero imagínate que tú sueltas tus ovejas alrededor de mi rebaño, de manera que mi ganado tuviera que marcharse a otro lado o morirse de hambre.

—Pero yo no soltaría mis ovejas en su rancho — declaró rotundamente Ellen.

—Muy bien; ya has contestado la mitad de la pregunta. Y ahora supón que mi ganado fuese robado por cuatreros y que respetasen tus ovejas. ¿Qué pasaría entonces?

—Pues creería que los ladrones no encontraban ningún provecho en las ovejas.

—Exactamente. Pero, ¿no te extrañaría un poco el hecho?

—No lo sé. ¿Por qué me iba a extrañar? ¿Qué quiere usted decir, tío John?

—¿No tendrías una como sospecha de que los cuatreros eran un poco, digamos un poco benévolos con los ovejeros?

Ellen sintió una vibrante conmoción. La sangre acudió a sus mejillas y se levantó temblando.

—¡Tío John! — gritó.

—Bueno, muchacha, no lo tomes con tanta furia. Siéntate y no...

—Se atreve usted a insinuar que mi padre ha...

—Ellen, yo no insinúo nada — interrumpió el viejo. — No hago más que hacerte pensar un poco. Esto es todo. Tú ya eres una mujer y debes tener sentido. Se presentan malos tiempos y no me gustaría verte mezclada en ellos.

—Sí, me hace usted pensar y me hace usted disgustarme. Ya sé que no quieren a mi padre en este país de ganaderos, pero no es justo — contestó Ellen con lágrimas en los ojos. — Quisiera que a mi padre no se le hubiese ocurrido meterse a criar ovejas. Siempre ha sido ganadero, hasta que vinimos a este país. Tiene enemigos que le han arruinado, y siempre le ha perseguido la mala suerte; pero, tío John, mi padre es un hombre honrado.

—¡Bueno, criatura, bueno! Yo no quería decir... no quería hacerte llorar — dijo el viejo con simpatía y evitando su mirada. — No te preocupes de lo que dije. Y, además, lo que digamos no evitará que pase lo que va a pasar. Si no fueses tú una muchacha... ya volvemos a lo mío. Ellen, piensa en tu porvenir y ábrete el camino. Todos los jóvenes tienen que hacerlo así, y del camino que emprendan depende que sean buenos o malos. Pero tienes que conocerte; quiero decir, tienes que encontrar en tí lo mejor de tu ser y conservarlo y morir luchando por ello. Tú eres una mujer y una mujer guapa, lo cual quiere decir que tienes que luchar con más tesón. Este país no es bueno para una mujer cuando la calumnia la ha marcado.

—¿Y qué me importa a mí lo que digan en el Valle? — replicó Ellen. — Ya sé que creen que soy una pícara, pero no me importa; que piensen lo que quieran. Yo misma les he hecho creerlo así.

—Mal hecho — dijo Sprague con seriedad. — Soberbia y mal genio. No debes dar lugar a que nadie piense mal de tí. Ellen, eres una niña indómita y precipitada.

Y muy imprudente y ciega al dejar que los hombres te besasen y abrazasen siendo ya una mujer hecha y derecha.

—Sí, así lo he hecho — murmuró Ellen.

—¿Y por qué lo has hecho?

—No lo sé, no pensaba... Los hombres no me dejaban nunca en paz, nunca ,nunca, y yo estaba cansada de andar siempre a empujones con ellos, y algunas veces, cuando se portaban bien, puesto que en mi soledad sentía el ansia de alguna relación, y no me ponía seria, alguno se acercaba con alguna tontería. Nunca pensé, nunca ví las cosas como usted me las hace ver... Las pocas veces que he pasado por el Valle, tal vez mi excesiva franqueza les haya

dado ánimos... Quizás tengan razón, quizás soy una pícara sinvergüenza.

—Evita esas murmuraciones — dijo el viejo tomando una de sus manos. — Eres joven y estás sola en medio de una partida de hombres rudos. No tienes madre ni amigas ni nadie. Lo extraño es que te hayas conservado buena en tales condiciones. Pero ahora abre los ojos, Ellen; esos hermosos y valientes ojos, y con su luz y un poco de ánimo saldrás con bien de todos los apuros. Serás feliz, no tengas la más pequeña duda. La vida es dura, pero fiel a los que son buenos.

—Tío John, es usted tan amable conmigo que me hace concebir esperanzas. ¡Tenía tan pocas ilusiones...! pero no volveré a ser cobarde, ni loca; me acordaré de sus palabras, y creo que el futuro encierra cosas buenas para mí. Ya encontraré lo que haya en mí de bueno y lucharé por ello venga lo que venga. Sólo tengo dieciocho años y espero que no pasaré aquí toda mi vida. Quizá estalle esta guerra entre los ganaderos y los ovejeros, pero ya encontraré alguna buena muchacha que quiera ser mi amiga, quizás una hermana para mí, y algún hombre que crea, a pesar de todo lo que dicen, que no soy una pícara.

—¡Ah! Ahora recuerdo lo que quería decirte cuando llegaste. Ayer estaba yo en una taberna donde había un hombre que armó la gran trapatiesta porque alguno insinuó que no eras como debías ser. Por poco no mata a uno y a otro le hizo tragar sus palabras a puñetazo limpio y a los demás los dejó helados del susto.

—¿Quién era?

—Un forastero que acaba de llegar a esta tierra; un tal Isbel, Juan Isbel.

—¡Oh! — suspiró Ellen.

—En una taberna llena de hombres, todos simpatizantes con los ovejeros y casi todos partidarios de Jorth, este Juan Isbel se ofendió porque insultaron a Ellen Jorth.

—¡No! — gritó Ellen. Algo tremendo estaba pasando por su corazón y su cabeza.

—¡Ya lo creo! — replicó el viejo. — y te vas a alegrar cuando oigas cómo fué.

V

EL viejo John Sprague se lanzó a su narración con evidente placer.

—Me he pasado en la casa de Greaves casi dos días y he oído una porción de cosas. Algunas eran, sin duda, chismes de viejos, pero creo que he penetrado el secreto de lo que pasa en el Valle. Ayer por la mañana estaba cargando mis burros en el corral de Greaves y entraba en la tienda a recoger las provisiones. Una de las veces vi allí a un forastero, joven, con el cabello tan negro como mis burros y ojos penetrantes; parecía un indio. Llevaba un rifle y una cosa envuelta en un papel que cuidaba particularmente. Llevaba un cinturón y en él un cuchillo como el que llevan los indios. Aquello me pareció raro y creo que a los demás también. Nadie dejó de notar el revólver que llevaba al estilo de Tejas. Yo no tenía la menor idea de que aquel tipo fuese un Isbel hasta que oí a Greaves llamarle por este nombre.

—"Isbel — dijo Greaves. — Tu dinero es falso aquí y no puedo venderte nada.

—"Nada de falso — contestó el joven haciendo sonar el oro que llevaba en el bolsillo. — Esto es un negocio y yo necesito una latiguera".

Greaves estaba particularmente hosco aquella mañana. Yo le había estado observando durante dos días. Había dormido poco: yo dormía en la trastienda y durante toda la noche oí como le llegaban visitas que celebraban largas conferencias con él. Cualquier cosa que fuese lo que pasaba, él no estaba muy contento y yo calculé que la visita del joven Isbel no era la más agradable para sus irritados ojos, pero no le hizo caso y siguió como si no hubiera oído al otro pedir la latiguera. Yo estaba dentro de la tienda en aquel momento; allí había una cuadrilla de individuos a quienes conozco de vista. Había una partida de naipes y desde luego, todos bebían. Pronto percibí que la atmósfera no le era muy favorable a Juan Isbel y él también se había dado cuenta de lo mismo, pero no se iba. Entre nosotros, te diré que empezaba a gustarme el mozo y empecé a observarle lo mejor que podía sin que él se diese cuenta. Creo que todos los presentes hacían lo mismo. A primera vista nadie hubiera dicho que en aquella tienda pasaba nada de particular, pero nosotros todos sabíamos que iba a pasar algo. Por todo esto me enteré de que la mayor parte de los que allí habían eran ovejeros o amigos de ovejeros. El día antes yo había oído hablar mucho de aquel joven Isbel, de lo que había venido a hacer al Valle y de lo mal "hombre", que era y al verle me incliné a creer que merecía su reputación.

No tardaron en entrar dos individuos más a quienes yo conozco y tú también, cosa que siento bastante, pues estoy llegando a cosas que te van a hacer temblar. El primero de los dos hombres era el peón mejicano de tu padre, Lorenzo y el otro era Simm Bruce. No es que Bruce estuviera borracho, pero desde luego, había por lo menos, olido algunas copas. Cuando vió a Isbel se hinchó como un pavo en celo. "Greaves", dijo, "si aquel individuo es Juan Isbel, no es precisamente recomendable la compañía de que te rodeas"; y señaló a Isbel con el dedo sin el menor disimulo. Greaves estaba de muy mal humor y contestó con sequedad: "No tenemos muchos donde escoger en este lugar. Ciertamente, éste es Juan Isbel y te agradeceré que trates de convencerle de que sus visitas no las necesitamos por aquí".

Juan Isbel estaba sentado en el mostrador y lo oyó todo, pero no dijo nada y miraba a Bruce de una manera que presagiaba una sorpresa inminente. He mirado a muchos hombres y puedo decir siempre cuándo va a pasar algo. Bruce se bebió una copa y se plantó delante de Isbel.

—"¿Es usted Juan Isbel, hijo de Gastón Isbel?" — preguntó contoneándose y con las manos en el cinturón.

—"Sí, señor, me acaba usted de identificar — contestó Juan Isbel muy fino.

—"Pues yo soy Bruce; tengo algunas ovejas por aquí y estoy interesado en los negocios del Coronel Jorth.

—"Tanto gusto, señor Bruce. ¿Cómo está usted? — contestó el otro muy frío y muy cortés. Bruce tenía un ojo en los espectadores, que ahora miraban y escuchaban con atención, y se acercó más a Isbel.

—"Hemos oído que ha venido usted a la Cuenca del Tonto para echarnos a los ovejeros. ¿Qué hay de eso?

—"Les han informado mal — dijo Isbel con calma. — He venido para trabajar con mi padre y mi trabajo dependerá de lo que ocurra.

Bruce empezó a ponerse encendido y a agitar las manos delante de la cara de Isbel.

—"Le advierto a usted que ya ha ocurrido bastante para que lo echemos a usted de Arizona.

—"No sea exagerado. ¿Qué es lo que he hecho? — pregunto Isbel con ironía.

Esto hizo a Bruce estallar resoplando y escupiendo.

—"¿Qué ha hecho? Pues te echaremos de aquí, ¡maldito mestizo!' por hacerle el amor a Ellen Jorth. ¡Eso no se tolera en este país, por lo menos no se le tolera a un Isbel!

—Miente usted — contestó Isbel; y saltó de la banqueta en que estaba sentado, ágil como un gato. Yo oí sus pasos y aposté conmigo mismo a que era tan peligroso como ligero; pero ni su voz ni su aspecto cambiaron en lo más mínimo.

—"No miento — contestó Bruce. — y te haré tragarte esas palabras. Puedo probar lo que digo. Te vieron con Ellen Jorth, anteayer. Te observaron y vieron cómo le hacías el amor y la conquistabas y te digo Isbel, que estás en la lista negra.

—"¿Quién me vió? — preguntó Isbel frío y sereno; pero yo observé que se había puesto pálido.

—"No puedes negarlo — aulló Bruce agitando las manos, descompuesto. — Te hemos agarrado, Isbel; Lorenzo te vió y te siguió — y Bruce señaló al mejicano. — Y Lorenzo es un peón del Coronel Jorth y cuando se lo diga a él y a Tad Jorth y a Jackson Jorth, el infierno va a ser un lugar fresco comparado con este valle.

Greaves y su cuadrilla se habían acercado para oír mejor aquella bronca. Pude notar que eran todos lo bastante tejanos para no intervenir en caso de que Juan Isbel y Bruce llegasen a las manos. Juan Isbel miró a Lorenzo y con un rápido movimiento le echó mano y le levantó del suelo. Lorenzo dejó su sonrisita y no pareció sentirse muy bien, pero se veía claro que la razón estaba de su lado.

—"¿Tú me viste? — preguntó Isbel.

—"Sí, señor — replicó Lorenzo.

—"¿Y qué viste.

—"Vi al señor y a la señorita y vi que el señor le gustaba a la señorita y que el señor la besaba. Ella...

Isbel le dió entonces a Lorenzo un revés en la boca que le mandó por encima del mostrador y le dejó tendido en el suelo como un saco.

—"Señor Bruce — dijo entonces Isbel — y todos ustedes señores, los que han oído a este sinvergüenza, confieso que me encontré con Ellen Jorth y que perdí la cabeza y la besé... pero fué un accidente, no quise insultar a nadie. Después me excusé y traté de explicar mi tontería y esto fué todo. Ese mejicano ha mentido. Ellen Jorth me enseñó amablemente el camino del Valle y hablamos un poco y supongo que como es tan joven y tan bonita, perdí la cabeza... y nada más. Ese sinvergüenza dijo una mentira como una casa cuando afirmó que yo le gustaba a ella. El hecho es que me despreció. Así me lo dijo y cuando supo que yo era un Isbel me volvió la espalda y se marchó.

En este punto de su narración el viejo John se detuvo como para impresionar a Ellen, no solamente con lo que ya llevaba dicho, sino con lo que aun le faltaba por decir. Se había animado con su relato. Parecía cargado con el peso de un secreto que ansiaba divulgar. Ellen por su parte estaba sin aliento. Todas sus emociones esperaban para el final. Rogó a Sprague que se apresurase.

—Quisiera pasar por alto el capítulo que sigue para contarte el último — dijo el viejo poniendo una pesada pero cariñosa mano sobre las de ella. — Bruce se echó a reír cada vez más fuerte: "Mira Isbel — dijo con la mayor insolencia. — Aquí todos somos perros viejos para que tú vengas con esos cuentos. Ya sabemos lo que es Ellen Jorth; pero no fuiste muy listo diciéndole que eras un Isbel.

Isbel dirigió su mirada sorprendida de Bruce a Greaves y a los demás de la partida. Creo que estaría preguntándose si había oído bien y me parece que determinó asegurarse.

—"¿Por qué no fuí muy listo? — preguntó.

—"Claro que no fuiste listo, si querías ser uno de los amantes de Ellen Jorth — dijo Bruce haciendo una mueca. — Y si no te hubieras delatado tú mismo, eso hubiera sido muy fácil.

Ahora no cabía duda respecto de lo que Bruce quería decir y cuando lo dijo, algunos de los presentes se echaron a reír. Isbel los miró a todos, uno por uno y luego, dirigiéndose a Greaves, dijo: — Greaves, este borracho de Bruce ha dicho lo bastante para que le pegue. Creo que todos ustedes son ovejeros y que están de parte de Jorth en el asunto de las ovejas.

—"Has acertado, Isbel — contestó Greaves secamente; y extendió sus grandes manos como para indicar a los demás que podían dar el pleito por empezado.

—"Muy bien. Todos sois partidarios de Jorth. ¿Tiene alguno de vosotros algo que decir en defensa de Ellen Jorth? Os aseguro que el mejicano mintió. Que me creais o no, importa po-

co, pero este canalla de Bruce ha dicho algo contra el honor de una muchacha.

Otra vez volvieron a reirse los presentes, pero no tan fuerte y todos estaban un poco nerviosos. Isbel tenía un aspecto extraño El cuello se le había hinchado y los ojos le brillaban como dos carbones encendidos. Greaves volvió a extender las manos como si se las lavase de lo que pudieran ser responsable de la parte fea de aquella discusión.

—"Cuando se trate de mujeres, yo paso y mucho más si se trata de jugar por un gato montés como la hija del Coronel Jorth. Bruce seguramente debe conocerla bien, pues según se dice por aquí y según dice él mismo, Ellen Jorth es su amante desde hace dos años.

Isbel se volvió entonces hacia Bruce y yo por mi parte empecé a temblar.

—"Cuéntame eso a mí — le dijo.

—"Claro que lo es y por eso voy a echarte de este país.

Isbel se lanzó sobre Bruce, gritando: — ¡Canalla, borracho, embustero! ¡Yo seré un Isbel, pero delante de mí no hay quien difame a esa muchacha! — Se movía tan ligero que no pude ver lo que hacía, pero oí cómo le daba un puñetazo a Bruce, tan tremendo que sonó como un mazazo en la cabeza de un buey. Bruce cayó redondo al suelo. Cuando se levantaba, gritando y escupiendo dientes, Isbel miró a los demás presentes y dijo: — Si alguno de vosotros se mueve empiezo a tiros.

Nadie se movió. Ninguno de los que estaban llevaba armas de fuego, por lo menos a la vista. Cuando Bruce se acabó de levantar, Juan Isbel repitió el golpe y lo mandó contra el mostrador. Se conoce muy bien cuando le han hecho daño a un hombre, por la manera de anllar que tiene. Bruce recibió el segundo mamporro en su narízota... No he visto a nadie tan ligero como Isbel. Saltó por encima del mostrador y sin quitar ojo de Greaves y su cuadrilla, empezó a vapulear de derecha a izquierda a Bruce haciéndole golpear con la cabeza contra las tablas. Cuando cayó al suelo como un saco, chorreando sangre por toda la cara, Isbel volvió a saltar por encima del mostrador limpiándose las manos con el pañuelo que después tiró a Bruce a la cara. Este no estaba muerto ni mal herido. Se quejaba y gruñía. Isbel le dió con el pie, no fuerte, sino con desprecio y se dirigió a los espectadores: — Greaves, esto es lo que yo hago con vuestro Bruce. Decidle que cuando me vuelva a ver que corra o que saque algún arma. — Y tomando su paquete y su rifle de encima del mostrador se marchó sin siquiera volver la cabeza. Yo le vi montar en su caballo y salir trotando. ¿Qué me dices de todo esto, muchacha?

Ellen no pudo decir más que "adiós" y la palabra fué tan baja que apenas se la oyó. Corrió hacia su burro. Apenas veía a través de las lágrimas que llenaban sus ojos; y las manos le temblaban. Tenía que escaparse a cualquier parte; no escaparse del viejo Sprague, sino de sí misma, de aquel ser palpitante que avanzaba tropezando por el sendero. Todo había acabado para ella. Durante el curso de aquella interminable historia se había sentido a cada minuto destrozada por sentimientos que nunca había sospechado. Aquella Ellen Jorth era una criatura diferente y desconocida. Sollozaba tirando del burro por el sendero del "cañón". Se sentaba para levantarse en el acto y corría para detenerse inmediatamente. Perseguida y sitiada sin un resquicio por donde escapar de los pensamientos rápidos, de los que no tenía ni tiempo ni voluntad de escapar. Era como la muerte de su adolescencia; el descorrer del velo que ocultaba misterios apenas sospechados por instinto. La árida y sórdida verdad de su vida, vista por ojos mejor iluminados; la amarga revelación de la villanía de los hombres de su clase en contraste con la hombría y caballerosidad de un enemigo; la tristeza de una reputación inalterable, creada por la difamación y alimentada por la bajeza, todas éstas eran las fuerzas del cataclismo que se producía en su corazón y que le arrastraba en un remolino para colocarla frente a la realidad, e infundirle sospechas y desconfianzas hacia todo lo que hasta entonces le había parecido bueno; prevenirla del horror de un trágico y sangriento combate y por fin enseñarle la suprema verdad, a la vez gloriosa y terrible, de que ella no podía escapar de las leyes naturales. Hacia mediodía llegó Ellen a la loma donde estaba situado el rancho de su padre. Tres "cañones", se juntaban allí para formar uno mayor La loma era una colina simétrica situada en la boca de los tres "cañones", cubierta de maleza y de cedros con algunas rocas que asomaban por encima de la maleza. Al pie de la loma había un ancho y verde prado, a través del cual corría un torrente bordeado de robles. El agua corría abundantemente en aquella estación y los profundos arroyos que bajaban de las montañas atestiguaban la frecuencia de las tormentas y chubascos. Este valle estaba poblado de caballos y ganado y se prolongaban entre laderas hasta perderse en una verde curva. Un singular aspecto de este "cañón", era que la ladera del lado noroeste estaba cubierta de un espeso bosque de abetos y en cambio en la opuesta, bañada por el sol y menos expuesta por lo tanto a la nieve en invierno, sólo crecían algunos pinos amarillos. La vivienda del rancho del Coronel Jorth estaba en una esquina del mayor de los tres "cañones", bien escondida y sin alterar, con sus toscas y abandonadas cabañas de leños, sus escuálidos alrededores y sus cenagosos corrales, la belleza del risueño valle.

Ellen Jorth se aproximaba a su casa despacio y de mala gana. Nunca, durante aquellos tres infelices años de su existencia, le había parecido el rancho tan desnudo, descuidado y repugnante. Lo mismo que se había visto a sí misma, con ojos de iluminada, veía ahora su casa. La cabaña en que vivía Ellen con su padre no tenía más que una habitación, de unos veinte pies cuadrados, con una puerta y sin ventanas.

Al detenerse Ellen delante de la puerta para

descargar al burro, oyó dentro la fuerte y perezosa risa de algunos hombres. Había otra cabaña al lado y entre las dos una especie de porche. La puerta de las dos cabañas estaban una enfrente de otra y en una de ellas había en pie un hombre alto. Ellen reconoció a Daggs, un ovejero vecino, que evidentemente pasaba más tiempo con su padre que en su propia casa, dondequiera que ésta estuviese; Ellen no lo sabía. — Jorth, aquí está tu hijita — oyó que decía.

Ellen metió su lecho en la cabaña y lo desarrolló sobre una yacija de leños que tenía en un rincón. Se había olvidado del paquete de Juan Isbel que cayó al suelo bajo sus ojos. Lo ocultó rápidamente. Una mejicana, pariente de Antonio y única sirvienta de la casa, estaba delante del fuego en cuclillas, a la manera india, cuidando una cazuela de judías. No se llevaban muy bien Ellen y esta mejicana y cruzaban muy pocas palabras. Ellen había colocado una cortina de lona formándose así un pequeño gabinete triangular en el rincón que le proporcionaba un poco de retiro. Poseía muy pocas cosas: una tosca mesa que se había construído ella mismo. Sobre ésta tenía un viejo espejo, un cepillo, un peine y un viejísimo estuche de caoba lleno de objetos heterogéneos, cuya vista ponía siempre en los labios de Ellen una sonrisa de compasión hacia sí misma. Bajo la mesa tenía un baúl de cuero. Había venido con ella desde Tejas y contenía vestidos y cosas de su madre. De unos ganchos sobre la cama colgaba su escaso guardarropa y en una tabla tenía algunos libros viejos.

Cuando su padre dormía en la cabaña, que eran pocas veces, excepto en invierno, ocupaba una cama en el rincón opuesto. Al lado del hogar se había construído un armario que contenía útiles y provisiones. En el centro estaba la mesa y dos bancos. La cabaña estaba obscura y olía a humo, a restos de comida mal guisada y madera podrida. Algunos rayos de luz mostraban en el techo dónde las vigas toscamente labradas se habían separado por la acción del tiempo. Una lonja de tocino colgaba a un lado del armario y al otro una porción de carne de venado. Ellen detestaba a la sirvienta porque era muy sucia. El interior de la cabaña presentaba el mismo aspecto descuidado de siempre que Ellen estaba algunos días fuera. Ellen había perdido muchas cosas en el descenso de los Jorth, pero había conservado sus hábitos de limpieza y se puso a trabajar tan pronto como llegó.

La mejicana salió de la cabaña de mal humor y Ellen quedó libre para trabajar a su satisfacción. Su cerebro estaba tan ocupado como sus manos. Oía las voces de los hombres, las pisadas de los caballos herrados y los cencerros del ganado. Pasó bastante tiempo sin que nadie la molestara.

Una elevada sombra obscureció la puerta.

—¿Qué tal, pequeña? — dijo una voz perezosa y ceceante. — ¿Por fin has vuelto a casa?

Ellen se enderezó. Un hombre de magnífica humanidad estaba apoyado contra la jamba de la puerta. Como la mayor parte de los tejanos, era rubio, de un rubio claro, con los ojos azules. Su cara era dura y angulosa. Un bigote amarillo ocultaba su boca. Calzaba botas altas con espuelas y llevaba un revólver colgado muy bajo sobre la cadera. Causó a Ellen una impresión enteramente nueva. Todo lo veía diferente, de un modo extraño.

—Hola, Daggs! — contestó. — ¿Dónde está mi padre?

—Está jugando a los naipes con Colter y Jackson; está jugando mal y se le ha calentado la cabeza.

—¿Están jugando mucho dinero?

—¡Pero, hija mía! ¿Cuándo ha jugado el Coronel Jorth por distraerse nada más? — dijo Daggs con una risa perezosa. — Tienen un montón de oro sobre la mesa y me parece que se lo llevará tu tío Jackson. Colter no está de suerte tampoco.

Daggs entró en la cabaña. Sus movimientos eran lentos y graciosos; sus largas espuelas tintineaban.

—Venga, chiquilla, denos usted un beso — dijo apoyando en el hombro de Ellen una mano bastante pesada.

—Déjame en paz, Daggs — contestó Ellen, escapándose de bajo aquella mano.

Entonces Daggs la tomó por la cintura, no con violencia, sino con una indolente confianza. Ellen, sin embargo, tuvo que hacer un gran esfuerzo para salirse de aquel abrazo y colocando la mesa entre los dos, dijo mirándole fijamente a los ojos:

—Daggs, haz el favor de no ponerme las garras encima.

—Oye, oye, que no soy un oso — exclamó él. — ¿Qué te pasa ahora chiquilla?

—No me pasa nada, ni soy ya una chiquilla; y que te guardes tus manos para ti, esto es todo.

El trató de alcanzarla por encima de la mesa. Sus movimientos eran lentos y perezosos y su sonrisa y su voz acariciadoras y marrulleras.

—Pues el otro día bien te sentabas en mi rodilla. ¿No te acuerdas?

Ellen sintió toda su sangre en sus mejillas

—Era una chiquilla — replicó.

—Bueno, ¡oigan esta mujercita hecha y derecha en pocos días! No tengas mal genio, Ellen, y dame un beso.

Ellen le miró con atención a los ojos. Eran claros y duros como los ojos de un águila, animados por la cuestión del momento, pero sin una chispa de inteligencia que probase que la entendía. Aquellos instantes separaban a Ellen a una distancia inconmensurable de él y de todos los de su calaña.

—Daggs, yo era una chiquilla — dijo. — Estaba sola y sentía la necesidad de afecto. Era inocente y descuidada, debía haber pensado un poco más. No os conocía a vosotros, a los hombres. Ahora os conozco y sé lo que queréis y sé lo que habéis hecho a la gente creer de mí.

—¡Ah, ah! Ya entiendo — contestó él con un cambio de tono. — Pero yo te pedí en matrimonio.

—Sí; así lo hiciste al darte cuenta de que conmigo no te valían tus marrullerías, pero para ti casarte no quería decir nada.

—Pues ya hice más que Bruce y Colter; esos nunca te han propuesto el matrimonio.

—No; y si pudiera respetarlos por algo los respetaría por eso.

Daggs rezongó algo, acariciándose los bigotes.

—Y les diré a ellos lo que te he dicho a ti — Prosiguió Ellen. — Y le diré a mi padre que haga que todos me dejéis en paz. No me casaría con ninguno de vosotros, vagos, por nada del mundo. Tengo mis sospechas: yo creo que no sois buena gente.

Doggs cambió de aspecto. Toda su indolencia se desvaneció en un instante.

—¿Quiere usted decir que somos malos ovejeros? — inquirió en el frío y flúido dialecto de los tejanos.

—No — contestó rápidamente Ellen. — No digo ovejeros, digo mala gente.

Daggs lanzó una interjección como si estuviera hablando con un hombre, y dando media vuelta salió de la cabaña. Fuera encontró al padre de Ellen y ésta les oyó hablar.

—Lee, ahí está ya de vuelta tu gatito montés, y te advierto que alguien ha hablado con ella.

—¿Quién? — preguntó su padre; y por su voz opaca conoció en seguida que había estado bebiendo.

—Sólo Dios lo sabe, pero, desde luego, no ha sido ningún amigo nuestro.

—No podemos atarles la lengua a las gentes — dijo Jorth con resignación.

—Yo no estoy tan seguro de eso — contestó Daggs con su risa fría y perezosa. — No recuerdo haber oído nunca moverse la lengua de un muerto.

Luego, el armónico tintineo de sus espuelas se perdió en la distancia, y un momento después su padre entraba en la cabaña. Su cara siniestra y sombría se animó al ver a su hija. Ellen sabía que ella era la única persona que le quedaba y estaba segura de su cariño. Su presencia siempre le convertía en un hombre diferente. Y al pasar de los años, cuando más crueles eran sus desgracias y se alejaban más de los días felices, más le quería.

—¡Hola, Ellen! — dijo abrazándola. Cuando había bebido nunca la besaba. — Cuánto me alegro de tenerte otra vez aquí. Este agujero es malo en cualquier época, pero cuando tú no estás, es mucho peor... Tengo hambre.

Ellen puso la comida en la mesa, y durante algún tiempo estuvo sin mirarle directamente a los ojos.

Ellen contemplaba cómo comía su padre, y esperaba que él hablara primero.

—¿Ellen, qué le pasaba a Daggs? — inquirió su padre. — Estaba furioso.

Hacía bastante tiempo que Ellen había denunciado a su padre una indignidad que había sufrido de manos de un hombre y su padre estuvo a punto de matarle. Desde entonces había guardado sus disgustos para sí. Si su padre no hubiera estado tan absorto en sus pensamientos, hubiera visto mil cosas suficientes para inflamar su soberbia meridional.

—Dagges me volvió a pedir que me casase con él y yo le dije que no, que él pertenece a una mala gente — replicó.

Jorth se echó a reír con desprecio. — ¡Imbécil! ¡Por Dios, Ellen! Debo haberte colocado muy bajo cuando cualquier miserable... ovejero, piensa que puede casarse contigo.

Pequeños detalles que nunca notaba antes tenían ahora un significado fascinador, y Ellen bajó los ojos cuando su padre tartamudeó y dejó una palabra incompleta.

—No importa, papá; no se casará conmigo ninguno.

—Daggs dice que alguien te ha hablado. ¿Qué hay de eso?

—El viejo Jorth Sprague, que acaba de regresar del Valle Herboso — dijo Ellen. — Entré a verle en su cabaña y me contó todos los chismes del lugar.

—¿Algo que pueda interesarme? — inquirió Jorth sobriamente.

—Sí, papá; me temo que haya bastante que te interese — dijo ella con vacilación y, siguiendo la decisión que se había formado, le contó los rumores de guerra entre ovejeros y ganaderos. Le dijo que Gordon, Frederisks, Blaisdell, Blue y otros rancheros muy conocidos, estarían del lado del viejo Isbel, que además tenía con él a su hijo Juan, que había venido de Oregón con una gran reputación de valiente y diestro en toda clase de combates. Que no era un secreto que el Coronel Jorth era el jefe de los ovejeros y que se esperaba una guerra sangrienta.

—¡Bah! — exclamó Jorth con unas manchas rojas en sus pálidas mejillas — nada de eso es nuevo para mí; ya lo sabía.

Ellen se preguntó si ya le habrían contado su encuentro con Juan Isbel. Si no, lo sabría tan pronto como Bruce y Lorenzo volviesen, y decidió adelantarse.

—Papá, yo he encontrado a Juan Isbel. Llegó a mi campamento y me preguntó el camino del Rim, que yo le enseñé. Hablamos un poco, y ya nos estabamos haciendo amigos cuando me dijo quién era y le dejé, volviéndome corriendo al campamento.

—Colter se encontró a Isbel en el bosque — contestó Jorth pensativo; — dice que parece un indio, un parroquiano de cuidado.

—Y yo puedo rectificar lo que dice Colter — afirmó Ellen secamente.

—¿Qué impresión te ha causado este Isbel? — inquirió su padre mirándola con atención.

Ellen sintió que el rubor de algo que la inculpaba se le subía a la cara. No podía evitarlo, pero su padre, evidentemente, no se daba cuenta de ello. La miraba sin verla.

—Me causó una impresión diferente de los hombres que hay aquí — balbuceó.

—¿Te ha contado algo Sprague de este mestizo y de su reputación?

—Sí.

—¿Te pareció acostumbrado a los bosques?

—Sí, mucho. Estaba en el bosque como en su casa. Tiene los ojos tan negros como la noche, tan penetrantes como el relámpago. Estoy segura de que veía todo lo que había que ver.

Jorth se mordió el bigote y se perdió en sus pensamientos.

—Dime, papá, ¿es cierto que tendremos guerra? — preguntó de pronto Ellen.

¡Qué extraño relámpago brilló en los ojos de su padre!

—Sí. Ya es hora de que lo sepas.

—¿Entre ovejeros y ganaderos?

—Sí.

—¿Contigo a la cabeza de una de las facciones y Gastón Isbel a la cabeza de la otra?

—Sí, hija mía, precisamente...

—¿Y no podría evitarse, papá?

—¡Te olvidas de que eres de Tejas! — replicó Jorth.

—¿No puede evitarse? — insistió ella con terquedad.

—No — declaró él con pasión.

—¿Por qué no?

—Porque nosotros los ovejeros pensamos llevar nuestras ovejas por donde nos plazca, y los ganaderos no lo toleraran.

—Pero, papá, eso es una tontería — declaró Ellen con serenidad. — Vosotros no tenéis por qué llevar vuestras ovejas donde los ganaderos tengan sus ganados.

—Pues las llevaremos.

—Papá, eso no es argumento, por lo menos para mí; yo conozco el país y sé que tenéis sitio de sobra, ganaderos y ovejeros, para no estorbaros mutuamente en muchos años Y si alguna parte es mejor que las demás, por los pastos o el agua, entonces aquel que llegue primero es él que tiene más derecho. Eso es lo justo y lo que dicta el sentido común.

—Ellen, me parece que algún ganadero te ha llenado de prejuicios — dijo Jorth con amargura.

—¡Papá! — gritó ella con calor.

Jorth parecía estar pasando por una severa prueba. Su aspecto demostraba la lucha que se libraba en su interior y con los ojos bajos y la barbilla temblorosa empezó a hablar.

—Atiende y escucha, muchacha. Hay una partida de rancheros en la Cuenca, todos esos que tú has nombrado con Isbel a la cabeza que se resienten porque los ovejeros venimos al valle que quisieran para ellos solos. Esta es la razón. Claro que aun hay otra. Todos los Isbel son mala gente, ladrones de caballos y ganado, lo han sido toda la vida. Gastón Isbel siempre ha sido cuatrero y ahora que se está haciendo viejo y que ya es rico, quiere ocultar su pista y echarnos la culpa de todos los robos a los ovejeros, para que nos expulsen del país.

Ellen Jorth estudió con gravedad la cara de su padre y el nuevo poder de penetración de sus ojos no le falló aquella vez. En parte, quizás en todo, su padre mentía. Se estremeció, luchando legalmente contra sus insidiosas convicciones. Quizá al pensar en sus fracasos y disgustos su padre se inclinaba a juzgar mal. Ellen no podía suponer deshonra en los motivos y acciones de su padre y temía que estaba llegando a alguna revelación y a pesar de su determinación de indagar, tenía miedo.

—Papá, mamá me dijo antes de morir que los Isbel te habían arruinado — dijo Ellen muy bajo; pero apenas pudo seguir al ver que su padre se cubría la cara con las manos. — Si te arruinaron a ti nos arruinaron a todos. Yo ya sé lo que hemos tenido y lo que hemos perdido una y otra vez y ya veo a lo que hemos llegado ahora. Mamá odiaba a los Isbel y me enseñó a mí a odiarlos también. Pero nunca he sabido cómo te arruinaron y cuánto y por qué y quiero saberlo ahora.

No fué ahora la cara de un embustero la que descubrió Jorth. El presente estaba olvidado. Vivía en el pasado. Con la llamarada revivificante de odio, que hacía radiar su cara, parecía más joven. Las arrugas desaparecieron; la pasión le devolvía el espíritu de la juventud.

—Gastón Isbel y yo éramos dos muchachos amigos y vivíamos en Weston, en Tejas — empezó. — Fuimos a la escuela juntos y los dos estábamos enamorados de la misma muchacha, tu madre. Cuando empezó la guerra, ella tenía relaciones con Isbel. La familia de ésto era rica y había convencido a la de ella, pero cuando Isbel se marchó a la guerra, ella se casó conmigo. Cuando Gastón volvió tuvimos una escena que nunca olvidaré. Isbel me acusó de haber ganado a tu madre con mentiras, pero ella le convenció de lo contrario... Isbel nunca se lo perdonó y me persiguió hasta la ruina. Me hizo un tahur que estafaba a sus mejores amigos; me deshonró. Me llevó ante los tribunales y me acusó de cuatrero haciendo que me desterrasen de Tejas.

La cara de Jorth, sombría y contraída, era un espectáculo que despertaba en Ellen la desesperación y el odio. La verdad de la ruina de su padre y la suya era suficiente. ¿Qué importaba lo demás? Jorth golpeaba la mesa con manos lánguidas que a Ellen le parecían más significativas por su falta de fuerza física.

—¡Y esto se tiene que lavar con sangre!

Esta fué su respuesta a la nobleza de Ellen, que no supo qué añadir. Se retiró a su rincón, detrás de la cortina, y allí yacía en la semiobscuridad con el corazón torturado y un tumulto en la cabeza. No se levantó hasta la mañana siguiente.

Cuando despertó le pareció que no podría levantarse, pero la vida parecía haberse multiplicado en ella y la inacción era imposible. En lugar de la joven suave y risueña que saludaba al sol otras mañanas, había una mujer de sombrías pasiones, que quería saber y observar; esperar lo que pudiera venir y sobrevivirlo.

Después del desayuno, que tomó sola, decidió retirar de su vista de una vez el paquete de Isbel qeu le enojaba constantemente. En el momento en que lo tomé la asaltó la curiosidad.

—De todas maneras veremos lo que es — murmuró, y deshizo el paquete descubriendo dos pares de zapatos de una forma que ella

nunca había visto y cuatro pares de medias, dos de fuerte tejido de lana y dos más finas. Ellen miraba los presentes con asombro. De todas las cosas del mundo éstas eran las que menos se esperaba encontrar, y eran las que más deseaba y necesitaba. Ellen incurrió en la equivocación de tomarlas en sus manos para sentir su suavidad.

—Claro, vió mis piernas desnudas y me trajo estas cosas que destinaba a su hermana. Me compadecía y se avergonzaba de mi aspecto... ¡y yo que creí que me miraba con los atrevimientos a que estoy acostumbrada de los hombres de por aquí! Isbel o no, me compadece...

Pero Ellen Jorth no podía proclamar en alta voz la convicción que su inteligencia la dictaba.

—Sería una lástima quemarlas. No, no lo puedo hacer. Un día u otro se las podré enviar a Ana Isbel.

Y las volvió a empaquetar y las escondió en el fondo de su viejo baúl, murmurando sordamente. — ¡Juan Isbel, le odio!

Más tarde, al salir de la cabaña, Ellen llevaba su rifle, a lo cual no acostumbraba si no pensaba llegar al bosque.

La mañana era calurosa y soleada. Un grupo de hombres en mangas de camisa estaba en el porche entre las dos cabañas. Su padre se paseaba, hablando con energía. Ellen oía su ronca voz, pero cuando se acercó dejó de hablar, y los oyentes se volvieron a ella. Ellen pasó rápidamente revista a todos: Daggs, con su soberbia cabeza de halcón descubierta al sol; Colter con su mirada esquiva y su bigote color de arena; Jackson Jorth, su tío, grande y fuerte, con cabellos blancos en su barba negra y el fuego de un vampiro en sus ojos; Tad Jorth, otro hermano de su padre, más joven, con los ojos y las narices enrojecidos por la bebida, y tres tejanos más, socios de Daggs, de aspecto singularmente parecido, los tres rubios de ojos azules y quemados por el sol. Todos pretendían ser ovejeros, pero lo que Ellen sabía era que Rock Wells pasaba la mayor parte del tiempo allí sin hacer otra cosa que acechar la ocasión de sorprenderla sola; Springer era un tahur, y el tercero, que contestaba al extraño nombre de la Reina, era un hombre observador y perezoso que nunca estaba sin un revólver al alcance de su mano derecha.

—¿Qué tal, Ellen? ¿Seguro que no querrás dar los buenos días a esta mala gente? — dijo Daggs con amable ironía.

—¿Por qué no? Buenos días, industriosos y trabajadores ovejeros... cuando lo seáis — contestó Ellen con frialdad.

Todos se sorprendieron de un saludo tan diferente de todo lo que tenían costumbre de oír de ella. Jackson Jorth dejó oír una risa rara, algunos se quitaron el sombrero y Rock Wells contestó con un perezoso y cortés "buenos días". El padre de Ellen fué el que más se sorprendió por aquel saludo y al que menos gracia le hizo.

—Ellen, no me gusta tu manera de hablar — dijo por fin, frunciendo el ceño.

—Papá, ¿no le llamas tú al pan, pan, y al vino, vino?

—Claro, como todo el mundo.

—Pues es lo que hago yo: al pan, pan, y al vino, vino.

—Bueno — contestó Jorth bajando furtivamente los ojos. — ¿Dónde vas con el rifle? Me gustaría que te quedases por aquí hoy.

—Creo que es preferible que me acostumbre a llevar siempre el rifle — replicó Ellen. — Así se acostumbran todos a tratarme un poco más como a un hombre.

En aquel momento se realizó lo que Ellen había estado esperando toda la mañana. Bruce y Lorenzo aparecieron en la falda de la loma trotando hacia la cabaña. El interés por Ellen fué relegado por todos a segundo término.

—Vienen reventando de noticias — declaró Daggs.

—Han debido correr mucho — notó otro.

—Bruce tiene una cara bastante rara. Vamos, me parece a mí...

—El aguardiente — dijo sentenciosamente Tad Jorth. — Ya sabéis de qué calidad es el que sirve Greaves.

—No; Bruce no está borracho — afirmó Jackson. — Fijaos que trae la camisa manchada de sangre.

La fría indolencia del grupo se desvaneció al notar el color rojo que señalaba Jackson. Daggs se enderezó. La cara que Bruce presentaba a Jorth estaba hinchada y cubierta de heridas. Donde debía tener el ojo derecho, presentaba una bolsa purpúrea. El otro ojo le brillaba con un resplandor colérico y maligno. Extendió a Jorth una mano temblorosa.

—Ese Isbel por poco me mata a golpes — rugió.

Jorth contempló la trágica y casi grotesca figura que tenía delante, pero no consiguió articular palabra. Daggs fué el primero que contestó a Bruce:

—Bien, Bruce, que me cuelguen si no se te nota.

—¿Qué te pegó? ¿Con qué? — explotó por fin Jorth.

—Yo creí que tenía un martillo, pero Greaves jura que fué con la mano — barbotó Bruce con furor y vergüenza.

—¿Dónde astaba tu revólver?

—¡En el infierno! — rugió Bruce. — Pregúntenle a Lorenzo. El tenía también un revólver y se ganó un sopapo antes de que a mí me llegase la vez. Preguntadle.

La atención general se dirigió entonces hacia el mejicano, que presentaba una hinchazón descolorida en uno de los lados de su cara cetrina. Lorenzo estaba serio nada más.

—¡Habla de una vez! — gritó Jorth con impaciencia.

—El señor Isbel me pegó con mucha rapidez y yo ví las estrellas y luego todo negro.

Algunos de los hombres de Daggs se echaron a reír al oírlo. En la cara de Daggs también se dibujaba una sonrisa, pero para el coronel Jorth no tenían gracia ninguna aquellas cosas.

—Cuéntanos cómo pasó. ¡Pronto! — ordenó

nó. — ¿Dónde fué? ¿Por qué? ¿Quién lo vió? ¿Qué hiciste?

—Entré en la tienda de Greaves y allí encontré a Juan Isbel. Le estaba buscando y ya tenía decidido lo que haría tan pronto como le encontrase, pero tuve que sacar a relucir las palabras en lugar del revólver. Le insulté y le dije todo lo que se susurraba por el valle y que le íbamos a expulsar de la Cuenca del Tonto. Creo que me estaba calentando cuando de repente aconteció la cosa. Le dió una a Lorenzo y Lorenzo desapareció tras el mostrador y allí se quedó durmiendo, y antes de que yo pudiera pensar en sacar el arma, le tenía encima. Me hizo escupir dos dientes y tragarme uno.

Ellen, que estaba en la sombra detrás de los hombres, no se juntó a la risotada que siguió a las palabras de Bruce. Sabía que Bruce mentiría. No sabía aún lo que ella misma haría, pero cada vez más furiosa ante su extremada bajeza, esperaba a que dijese más.

—¿Qué deduce usted de esta pelea? — preguntó Jorth a Daggs.

—No sé — contestó este perplejo. — No acostumbran los tejanos a ser los primeros en empezar. Puede ser que este joven Isbel sea en realidad lo que su padre afirma que es. ¡Claro que Bruce no es hombre para un tipo así! Ese Isbel acquinó a Greaves y sus hombres sin siquiera sacar un arma.

—Puede que no quiera que digan que él fué el primero en verter sangre — sugirió Jorth.

—Eso sería muy propio del viejo Gastón. Yo trabajé para él una vez en Tejas.

—Dime, Bruce — preguntó Daggs. — Esta disputa entre Isbel y tú, ¿ha sido sobre el mismo asunto de siempre? ¿Sobre el rancho de su padre y, especialmente, sobre las ovejas?

—Gritamos mucho — declaró Bruce con vacilación. — Pero no recuerdo bien lo que dije; desde luego, fué por lo mismo que cada día nos acerca más a un pleito.

Daggs separó su mirada de halcón de Bruce.

—Bueno, Jorth, todo lo que yo tengo que decir sobre esto es lo siguiente: Si Bruce dice la verdad, no tenemos que temer gran cosa de este joven Isbel. He conocido a muchos bravos en mi vida y éste no se porta como acostumbran los de esta clase. Ninguno que lo sea de verdad se expone a romperse una mano pegándole a nadie.

—Podéis creerlo o no, como queráis — interrumpió Bruce de mal humor. — Pero este Isbel es capaz de hacer con cualquiera de vosotros lo mismo qeu ha hecho conmigo, y con la misma facilidad...

—¡Deja de decir tonterías — ordenó Jorth — y contéstame! ¿Fué la bronca en la taberna de Greave a causa de las ovejas?

—¿No he dicho ya que sí? — gritó Bruce.

Ellen se adelantó por entre los hombres que la ocultaban.

—Bruce, eres un embustero — afirmó con energía.

La sorpresa de su repentina aparición dejó helado a Bruce. Todas las partes de la cara que no tenía hinchadas se le pusieron blancas. Contuvo un momento la respiración para respirar luego más fuerte. Sus esfuerzos para recobrase de su sorpresa eran manifiestos. Empezó a balbucear cosas incoherentes.

—Y eres más que embustero — siguió Ellen mirándole con ojos encendidos y apretando el rifle con las dos manos, de una manera que parecía afirmar sus amenazadoras intenciones. — Esa bronca no ha sido a causa de las ovejas, Juan Isbel no te pegó por nada de eso... El viejo John Sprague estaba en la taberna y te oyó y vió cómo Isbel te pegó, y me ha contado todo lo demás que hubo.

Ellen vió que Bruce temblaba de miedo y a pesar de su furor se sintió llena de desprecio. Comprendió que Bruce temía más la cólera de su padre que la suya.

—¿Qué estás diciendo, muchacha? — preguntó Jorth con asombro.

—Déjame esto a mí, papá — respondió ella.

Daggs se colocó al lado de Jorth y le aconsejó con frialdad:

—Déjela sola: parece que tiene algo que decirle a Bruce.

—¡Te atreviste a manchar mi nombre con tus palabras! — siguió gritando Ellen con pasión.

Daggs agarró fuertemente a Jorth del brazo derecho.

—Precisamente lo que yo suponía. No haga usted nada, Lee; vamos a ver cómo le hace cantar la niña.

—Por eso te pegó Juan Isbel, por difamar a una mujer que no estaba allí. ¡Embustero, canalla!

—No todo eran mentiras, Ellen. Yo estaba medio borracho y terriblemente celoso. Tú sabes que Lorenzo vió cómo Juan Isbel te besaba en el bosque. Te lo puedo probar.

Ellen sintió que una ola escarlata de ira y de vergüenza le subía al rostro.

—¡Sí! — gritó. — Juan Isbel me ha besado una vez y ha sido el único beso decente que me han dado en muchos años. No quiso insultarme. Yo no sabía quien era y por aquel beso he aprendido la diferencia que hay entre los hombres. Hiciste que mintiese Lorenzo y si me quedase siquiera un poco de buen nombre en el valle, tú lo habrías deshonrado. ¡Le hiciste creer que yo era tu amante! ¡Maldito seas! ¡Debía matarte! ¡Retira tus palabras, retíralas o te dejaré lisiado para toda tu vida! — Y Ellen bajó el rifle apuntándole a los pies.

—Sí, Ellen, todo lo retiro — balbuceó Bruce mirando el rifle de Ellen y luego la cara de su padre. El instinto le decía dónde estaba el peligro que más debía temer.

Aquí Daggs, frío y diplomático, se hizo dueño de la situación.

—Bueno, Ellen, Bruce estaba borracho y no sabía lo que se decía. Ya le hicieron comerse sus palabras y ahora las retira él y nosotros no queremos lisiados en este campamento. Déjale. Tu papá me ha traído aquí para dirigir los asuntos de los Jorth. Bruce, eres un embustero y un canalla y si no dejas en paz a Ellen te las vas a entender conmigo. Jorth, no sería

tan mala la idea de que se olvidase usted por ahora de que es tejano, hasta que se serene un poco y deje a Bruce para que detenga algunos de los plomos de los Isbel. La guerra está a punto de estallar y me parece que, a creer lo que el viejo Gastón dice de su hijo, vamos a tener que espabilarnos.

I

DESDE aquel momento, Ellen puso toda su inteligencia, recientemente despierta, en la consecución del único fin que parecía encerrar la sola salvación posible para ella. No quería estar ciega ni sentirse débil en la crisis que se acercaba. Los ensueños y la indolencia, hábitos que se habían desarrollado en ella y que le habían servido casi de consuelo cuando se sentía sola, no convenían en las duras pruebas que adivinaba y temía. En la lucha que su padre sostenía, su puesto estaba a su lado cualesquiera que fueran los resultados. En lo que respectaba a sus principios, a su alma, seguía estando enteramente sola.

Por consiguiente, Ellen dejó los ensueños a un lado y la indolencia de cuerpo y espíritu detrás. Encontró muchas tareas diferentes y cuando éstas estaban hechas seguía dedicándose activamente a otras cualesquiera, ganando así el aquilibrio y la paz del trabajo.

Jorth se ausentaba todos los días, unas veces con uno o dos de sus hombres y otras con mayor número. Si alguna vez le contaba las visitas que hacía a los ranchos vecinos y a las diversas majadas de ovejas. Con frecuencia, no volvía en todo un día y cuando al día siguiente aparecía olía a aguardiente y estaba agobiado por la falta de sueño. Sus caballos estaban siempre sudorosos y empolvados. Durante sus ausencias, Ellen permanecía presa de las mayores inquietudes hasta que regresaba.

Un día Jorth llegó a su casa por la mañana temprano, después de una ausencia de dos noches. Ellen oyó las pisadas de los caballos mucho antes de verlos.

—¡Hey, Ellen! Sal — llamó su padre. Ellen dejó su trabajo y salió. Un extraño había llegado con él, un joven gigante de cara afilada marcada por dos ojos de zorra y una barba fina y rubia. Era muy alto, delgado y con los pies y las manos mayores que Ellen había visto en su vida. Traían un caballo negro que a Ellen le pareció una preciosidad.

—Ellen, aquí te traigo un caballo para ti — dijo Jorth con algún orgullo. — Lo había comprado para mí, pero es demasiado bonito y quizá un poco pequeño para mi peso.

Por primera vez en muchos días, Ellen se sintió contenta. Pocas veces había tenido un buen caballo y nunca uno tan bueno como aquel.

—¡Oh, papá! — exclamó con gratitud.

—Tuyo es, con una condición.

—¿Cuál?

—Que no tienes que salir con él fuera del "cañón".

—Convenido... Y es todo negro, excepto la cara, que es blanca. ¿Cómo se llama papá?

—No me acordé de preguntar — contestó Jorth empezando a desensillar su propio caballo. — ¿Cómo se llama? ¿Lo has preguntado tú, Slater?

El gigante se sonrió.

—Creo que "Espadas".

—¿"Espadas"? — murmuró Ellen. — ¡Vaya un nombre! Bueno, lo mismo da un nombre que otro.

—Ellen, tenlo trabado cuando no montes — fué el consejo de su padre al alejarse con el nuevo huésped.

"Espadas" estaba húmedo y polvoriento. Con sus ojos inteligentes, observaba todos los movimientos de Ellen. Ya sabía ésta cómo su padre y sus amigos acostumbraban a conducir los caballos por los bosques y por los ásperos senderos. No tardó en descubrir que aquel caballo había estado siempre muy bien cuidado. Ellen lo limpió y lo cepilló y le dió de comer. Después arregló una brida que viniera bien a su cabeza y le ensilló. Dió un corto paseo y descubrió que tenía el paso más cómodo y llano que todos los caballos que había montado en su vida.

—"Espadas", has desbancado a mi burro; las mujeres somos caprichosas.

Al día siguiente se dió un paseo por el "cañón", para enseñar a su nueva cabalgadura a su amigo Sprague. El viejo no estaba en casa, pero como encontró la puerta abierta y el fuego encendido, Ellen dedujo que no tardaría en volver y decidió esperarle. Dejó a "Espadas" que paciese a su sabor en la verde hierba del prado. La tosca cabaña y el pequeño calvero acentuaban más la soledad de la selva. A Ellen le gustaba aquel lugar y tenía la costumbre de visitar con frecuencia a su amigo Sprague, pero en los últimos días había dejado de venir, porque las noticias que le daba el viejo y su compasión hacia ella la deprimían.

No tardó en oír las pisadas de un caballo sobre el duro sendero que conducía al fondo del "cañón", el mismo por donde ella había venido. No era probable que Sprague volviese por aquella dirección. Ellen creyó que su padre habría mandado detrás de ella a alguno de sus pastores, pero cuando percibió al jinete en la distancia no pudo reconocerle. Cuando estuvo un poco más cerca detuvo el caballo. Probablemente la había visto. Ellen observó que miraba atentamente al suelo como si buscase algo y que luego seguía su camino hacia ella, un poco más despacio. Por fin llegó al claro y Ellen reconoció los anchos hombros y la obscura tez de Juan Isbel.

Ellen se sintió presa de la más extraña emoción que jamás había sentido y tuvo que ejercitar violentamente el nuevo espíritu que había nacido en ella para dominar aquel sentimiento. Isbel cruzó con lentitud el claro dirigiéndose hacia ella. A Ellen el paso de Juan le pareció extraordinariamente rápido. Cuando estuvo bastante cerca para poder observar su cara, Ellen experimentó una repetición del mis-

mo sentimiento que había sentido cuando le había visto a lo lejos. No era el mismo; la luz de la juventud había desaparecido de su rostro.

Isbel detuvo el caballo. Ellen, que estaba en pie cerca del tronco de un pino, se apoyó en él instintivamente. ¡Cómo le temblaban las piernas! Isbel se quitó la gorra, que estrujó nerviosamente entre sus manos.

—Buenos días, señorita Jorth — dijo.

Ellen no contestó a su saludo, sino que inquirió casi sin aliento: — ¿Ha venido usted por nuestro rancho?

—No; le he dado la vuelta — replicó él.

—¿Qué busca usted aquí, Juan Isbel?

—¿No lo sabe usted?

Le miraba fijamente con ojos que parecían más negros y penetrantes que nunca. Sostener aquella mirada era para Ellen una prueba que sólo su creciente furor la hacía resistir.

Ellen sintió en sus labios una picante alusión a sus rasgos de mestizo y a la reputación que le había precedido en el Valle, pero no pudo decirla.

—No — contestó sencillamente.

—Es muy duro llamar a una mujer embustera — contestó el con amargura, — pero debe usted serlo teniendo en cuenta que usted es una Jorth.

—¡Embustera! No con usted, Juan Isbel No le mentiría a usted ni aun por salvar mi vida.

El la estudió con atención. El obscuro fuego de sus ojos la estremecía.

—Me alegro, si eso es verdad.

—Sí que es verdad. No tengo idea del por qué de su venida. — A pesar de esta afirmación, en la mente de Ellen se empezaba a formar una idea que no podía desechar. Pero si admitía esta idea no tendría fuerza para mantener la actitud de desprecio y odio que quería mostrarle a aquel hombre.

—¿Vive aquí el viejo Sprague? — preguntó Juan.

—Sí. Espero que regresará pronto. ¿Ha venido usted a verle?

—No... ¿Le ha contado Sprague algo de la riña en que me vió el otro día?

—No, no me ha dicho nada — contestó Ellen mintiendo con los labios tiesos, ella que acababa de jurar que no podría mentir. Sintió que la sangre dejaba su corazón y se le subía al rostro en una ola caliente. ¿Qué tenía ella que ocultarle a Juan Isbel?, se preguntaba y una voz le respondía que tenía que ocultar a Juan Isbel la Ellen Jorth que le había estado esperando aquel día escondida en la espesura del bosque, que le había observado y que guardaba como un tesoro aquel regalo que no podía destruir; la Ellen Jorth que en el fondo de su corazón acariciaba la idea de que un día él se había batido por su buen nombre.

—Me alegro — decía Juan pensativo.

—¿Ha venido usted aquí a verme? — le interrumpió Ellen. Comprendía que no podría resistir sus reiteradas muestras de consideración. Se vendería; dejaría comprender lo que ella misma no acababa de comprender. Tenía que hablar de otras cosas y nada mejor que el pleito entre los Jorth y los Isbel.

—No, señorita, le aseguro que no había venido a eso — contestó humildemente Juan. — Le diré en seguida a lo que he venido... pero eso no importa. No quiso usted venir a verme el otro día en el Rim.

—¿Para qué? — contestó ella con frialdad. — Tampoco creo que usted fuera a la cita.

—Pues fuí — contestó él con sus ojos penetrantes fijos en ella. — Y dejó una cosa en su tienda aquel día. ¿No la encontró usted?

—Sí — replicó Ellen con la misma fría indiferencia.

—¿Qué hizo usted con ella?

—Tirarla, desde luego.

—¿Sin abrir el paquete?

—Sin abrirlo. ¿No conoce usted a la gente? Claro, usted, aunque es un Isbel, no nació en Tejas.

—No, gracias a Dios. Yo nací en un hermoso país de verdes prados, profundas selvas y anchos ríos, no en un páramo desierto donde los hombres crecen secos como los cactus. En mi tierra los hombres no viven del odio... pueden perdonar.

—¡Perdonar...! ¿Podría usted perdonar a un Jorth?

—¡Claro que sí!

—Sí, es fácil decir eso cuando todos los agravios están de su lado — declaró Ellen con amargura.

—El primer agravio vino de ustedes, Ellen Jorth — contestó Juan. — Su padre le quitó la novia al mío, con mentiras e infamias.

—¡Falso! —gritó Ellen con pasión.

—No es falso, no — afirmó Juan solemnemente.

—Le digo a usted que miente, Juan Isbel.

—Le digo a usted que la han engañado — tronó Juan Isbel.

La convicción de Ellen se debilitó.

—Pero mamá quería más a mi padre.

—Después no es extraño. ¡Pobre mujer! Pero ha sido la acción de su padre y de su madre lo que ha arruinado todas estas vidas. Tiene usted que saber la verdad, Ellen Jorth. Todos estos años de odio han dado su fruto y ni el poder de Dios puede salvarnos ahora. Hay que verter sangre. Los Jorth y los Isbel no pueden vivir juntos en la misma tierra. Tiene usted que saber la verdad, Ellen Jorth, porque lo peor de ella caerá sobre nosotros dos.

—No quiero saber la verdad de usted, Juan Isbel; no quiero compartir con usted ningún destino...

Isbel se apeó del caballo y permaneció en pie delante de ella con las bridas en la mano

—¿Por qué me odia usted así? — preguntó

—¿Porque soy hijo de mi padre? Yo nunca le he hecho mal a usted ni a ninguno de los suyos. La he conocido y... me he enamorado de usted... no me he dado cuenta de ello hasta después... ¿Por qué me odia usted de una manera tan terrible?

Ellen sintió una opresión en el pecho.

—Usted es un Isbel... no me hable usted de amor a mí...

—No pensaba, pero su odio no me parece natural... Probablemente no nos volveremos a ver más, pero yo no lo puedo remediar. La amo a usted desde que la vi. Juan Isbel y Ellen Jorth. ¿Qué extraño, no es verdad? Todo fué muy extraño. El encontrarla tan sola y tan infeliz; verla tan dulce y tan bonita y creyéndola tan buena, a pesar de todo...

—Muy extraño, sí — interrumpió Ellen con una risa de desprecio. Había encontrado por fin su defensa. Hiriéndole a él podría ocultar sus propias heridas. — Creyéndome tan buena, a pesar de todo... a pesar de que le dije que ya me habían besado antes.

—Sí, a pesar de eso.

Ellen no se sentía con fuerzas para mirarle a la cara. Todo lo que acudía a sus labios era falso.

—Y me han vuelto a besar muchas veces desde entonces. Me río de lo que usted llama amor, Juan Isbel.

—Ríase si quiere, pero la aseguro que era honrado — contestó él, con profunda seriedad.

—¡Bah!

—Debe usted ser diferente de lo que yo creía — exclamó Isbel, secamente.

—Sí y si no lo fuese, me haría yo misma serlo. Y ahora, señor Isbel, váyase.

Con estas palabras de despedida, Ellen se atrevió a levantar la cabeza y mirarle con sus ojos velados. Su aspecto la preparó para recibir otro golpe.

—¡Qué caballo tan bonito!

—Sí — replicó Ellen, secamente.

—¿Le gusta a usted?

—Muchísimo.

—Pues entonces se lo regalo. Tendrá menos trabajo y mejor trato que si yo lo usase.

—¿Usted regala...? — cuchicheó Ellen.

—Sí ,es mío — replicó Isbel; silbó y el caballo levantó la cabeza y salió trotando, aumentando su velocidad cuanto más se acercaba. Si Ellen no había visto nunca el gozo de un caballo que encuentra a su amado patrón, entonces lo vió. Isbel acarició con la mano el cuello del animal y se volvió a Ellen, diciendo: — Lo elegí entre los mejores caballos de mi padre. Nos llevábamos bien. Mi hermana Ana lo ha montado muchas veces. Nos lo robaron anteayer del prado en que pastaba y le he seguido el rastro hasta aquí.

—¿Robado... pastos... seguido el rastro hasta aquí ?— murmuró Ellen, sin ninguna señal de emoción. Parecía haberse vuelto de piedra.

—No era difícil seguir el rastro. Hubiera preferido que fuera imposible, por usted.

—¿Por mí? — contestó ella, en el mismo tono de antes.

Evidentemente aquel tono irritaba a Isbel lo indecible. No lo comprendía. Con una mano que nada tenía de suave, le hizo levantar su inclinada cabeza, de manera que él pudiera mirarla a los ojos.

—Sí, por usted — declaró, con asperaza. — ¿No es usted capaz de comprenderlo? ¿Qué clase de juego se cree usted que puede jugar conmigo?

—¿Juego? ¿Juego de qué?

Cualquiera: un juego de inocencia o de ignorancia, como los empleados por las mujeres de otro tiempo para engañar a un hombre que quiere ser decente.

La muda interrogación que se leía en la cara de Ellen, inflamó a Isbel.

—¡Usted sabe que su padre es un cuatrero! — tronó. Exteriormente Ellen permaneció la misma. Estaba preparada para cualquier golpe, por terrible que fuese, y el golpe había llegado. Su cara y sus manos, todo su cuerpo, sostenido por la fuerza de la soberbia, no dejaba traslucir la ruina de su alma. Inmóvil contemplaba los negros ojos de Isbel, en los que leía un terrible y justo desprecio. La verdad desnuda pasó como un relámpago por delante de sus ojos. La fe que había acariciado murió de repente. Mil problemas quedaban resueltos en un segundo.

—¡Ellen Jorth, usted sabe que su padre pertenece a la Banda del Machete! — tronó Isbel.

—¡Claro! — replicó ella, con la frialdad de los tejanos.

—Y sabe usted que ha llamado a Daggs para que sea el jefe de la facción de los Jorth contra los Isbel.

—Seguro.

—Y sabe usted también que todo lo que se dice de ovejeros y ganaderos son pretextos.

—Seguro — reiteró Ellen una vez más

Isbel la contempló sombríamente, dispuesto a dar por terminada la entrevista, pero algo en su aspecto le fascinaba, algo incomprensible que emanaba de ella. Sacudió la cabeza y se llevó al pecho una de sus anchas manos, haciendo con la otra un gesto de desesperación. — ¡Y pensar que me he enamorado de una como usted!

Ellen sentía un infierno dentro sí. Despreciada y humillada por un Isbel y, sin embargo, amada por él. Una fiera pasión la impulsaba a herir, a humillar, a devolverle la misma agonía. Pensamientos como latigazos la asaltaban. ¡Orgullo de los Jorth! ¡Orgullo de su vieja sangre azul de tejana! Todo aquello yacía a sus pies destrozado por el desdén del último vástago de aquella familia a quien ella debía su degradación. ¡Hija de un cuatrero, de un ladrón! La desesperación le hacía aceptar su destino y revolverse contra sus enemigos, fiel a su sangre de Jorth. La hija debía defender los pecados del padre.

—Seguro que me podría usted haber obtenido aquel día en el Rim, si no me hubiera usted dicho su nombre — dijo con indiferencia, mirándole a los ojos con todo el misterio de la naturaleza de mujer.

La poderosa estructura de Juan se estremeció.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que si no se hubiera usted descubierto tan pronto... me hubiera gustado variar con usted de amante.

—¡Mentira! — rugió él con aspereza.

—Sí; ya estaba cansada de ser un trapo y un juguete en manos de todos estos cuatreros, y necesitaba uno nuevo...

Juan Isbel se movió con tanta rapidez que Ellen no comprendió su intención hasta que sintió su dura mano sobre sus labios e inmediatamente el sabor de sangre caliente que brotaba de ellos.

—¡Calle usted! ¿O es que no tiene usted vergüenza? Mi hermana Ana me ha hablado bien de usted y la ha excusado, compadecido...

Para Ellen fué éste el golpe culminante que apenas pudo resistir. Pero aún pudo mantener durante un momento más la terrible decisión que había adoptado.

—Juan Isbel, déjeme usted en paz. Estoy esperando aquí a Bruce.

Por fin, había conseguido herirle en el corazón. Instintivamente, Ellen había encontrado las palabras que podían ofender más a Juan. ¡Pero el golpe la hirió a ella también! Un brazo como una banda de acero rodeó su cintura y otro no menos duro le obligó a levantar la cabeza. Trató de librarse, pero no le era posible apenas moverse. Su obscura faz se inclinaba cada vez más hacia ella y Ellen cesó de luchar. Se sentía paralizada, hipnotizada como un pájaro por los ojos de una serpiente. A pesar de su terror, si era la muerte para ella, la bendecía.

—¡Ellen Jorth, estoy pensando todavía que mientes! — dijo en voz baja, que silbaba entre sus dientes.

—No, no — gritó Ellen. Y allí se rompió su resistencia. No pudo seguir aguantando la mirada de aquellos terribles ojos negros.

—Pues tengo que conseguir alguna cosa de ti, de cualquier manera — murmuró Isbel.

Ella vió cómo la sangre hinchaba las venas de su poderoso cuello y cómo su cara morena y ahora terrible se inclinaba más y más hacia ella. Sintió sus músculos contraerse y sujetarla como gigantescos nudos de cuerda elástica. Luego, con fuerza salvaje, su boca se juntó con la de ella. Se sofocaba y se sentía desvanecer. El espasmo pasó y el sabor de la sangre la hizo volver a la aguda y terrible realidad. En aquel interminable período de un segundo. Isbel la había estrechado de modo que casi estaba quebrantada. Sus besos le habían quemado los labios y después, pasando violentamente a su cuello, eran tan fuertes que la hacían jadear.

Súbitamente, los abrazos salvajes y los ardientes besos se aflojaron. Isbel la dejó escapar y ella vió cómo retrocedía sin apartar de ella su mirada aguda. Su cara, que había sido purpúrea, estaba ahora blanca.

—No, Ellen Jorth, no — murmuró. — No quiero nada de ti de esa manera. — Y se dejó caer en un leño, cubriéndose la cara con las manos. — Lo que yo quería de ti era lo que me creía que eras.

Como un gato montés, Ellen saltó sobre él golpeándole con los puños con ciega furia. Isbel no hizo el más ligero movimiento para detenerla, y su violencia se acabó con su fuerza. Se apartó de él temblando de manera que apenas podía sostenerse en pie.

—¡Maldito Isbel! — exclamó, con voz ronca. — Has sido capaz de insultarme así.

—¿Insultarte? — contestó éste, con amargo desdén. — Es difícil insultarte.

—¡Te mataré! — silbó.

Isbel se levantó limpiándose los rojos arañazos que tenía en la cara.

—Adelante. Ahí está mi rifle — dijo, señalando su arma. — Alguien tiene que empezar esta guerra de los Isbel y los Jorth. Va a ser un negocio repugnante, y ya estoy cansado de él antes de empezar. Mátame. Que empiece Ellen Jorth.

Las falsas fuerzas que animaban a Ellen la abandonaron de repente. Se quedó mirando el rifle de Juan. — Mátale — cuchicheaban aún las voces del odio que la abandonaba. Pero no podía. Le parecía estar aún en el abrazo de gigante de Juan

—Quisiera matarle, pero no puedo — cuchicheó. — Déjeme.

—Usted no es una Jorth, lo mismo que yo no soy un Isbel — dijo sombríamente Juan. — Lo siento más por usted que por mí mismo. Usted es una muchacha que una vez ha tenida una buena madre y un hogar decente. Y esta vida que está usted llevando aquí, infame como ha sido, no es nada comparada con la que le espera de ahora en adelante. ¡Malditos sean los hombres que la han traído a ella! Voy a matar a algunos de ellos.

Y sin más, montó y se alejó. Ellen le llamó para que se llevase su caballo, pero él ni se detuvo, ni volvió siquiera la cabeza. Volvió a llamar, pero su voz ahora era más débil y Juan se alejaba al trote. Se apoyó en el árbol. El se dirigió al sendero que se internaba en el "cañón". ¡Qué extraño consuelo sentía Ellen! Le contemplaba alejarse entre los jarales y empezar a subir una loma para desaparecer por fin entre los pinos. Algo que había sido de ella se alejaba con Juan. Un dolor en la cabeza obscurecía todos sus pensamientos. No veía bien; sus ojos estaban cansados. ¿Qué le pasaba? Tenía sangre en las manos. ¡Sangre de Isbel! Se estremeció. ¿Sería un presagio? Se desplomó al pie del árbol, cerrando los ojos.

El viejo Sprague no volvió. Las horas pasaban, horas obscuras para Ellen Jorth, que yacía postrada al lado del árbol. Poco a poco el letargo de la desgracia y la desesperación fué desvaneciéndose y Ellen volvió gradualmente a la coherencia.

¡Cuánto había aprendido! La vista del caballo negro se lo recordaba todo. "Espadas" era de Juan Isbel y había sido robado por su padre o por uno de los cómplices de su padre. La pericia de Isbel como rastreador no era una ociosa fanfarronada. Su padre era un ladrón, un cuatrero, un cómplice de Daggs, el capitán de la Banda del Machete. Ellen recordaba bien la mala reputación de aquella banda en Tejas, hacía algunos años. Su padre había ingresado en aquella famosa banda de malhechores para conseguir mejor sus fines. El exterminio de

los Isbel. Era ahora claro como la luz para Ellen.

—¡Hija de un cuatrero y de un bandido! — murmuró. Y sus pensamientos retrocedieron hasta los días de su niñez. Solamente las primeras fases de aquella vida habían sido felices. A la luz de la revelación de Isbel, los frecuentes cambios de residencia, los repentinos traslados a partes deshabitadas de Tejas, los períodos de pobreza y prosperidad, y aquel viaje final al Arizona maldito de Dios, todo lo veía ahora con su verdadero significado. Hasta donde ella podía recordar, su padre había sido un mal hombre y su madre lo había sabido. El la había arrastrado a su ruina y la degradación la había matado. Ellen lo comprendía ahora con terrible dolor y con un sentimiento de rebeldía hacia su padre. ¿Había realmente Gastón Isbel lanzado a su padre por el camino de la perdición? Ellen dudaba. Odiaba a los Isbel con indecible y creciente odio, pero pensaba y ponderaba argumentos en su favor. Se debía a sí misma esta lealtad. ¿Pero qué importaba quien fuera el culpable de la cuestión entre Jorth e Isbel? Ellen se veía obligada a confesarse que tenía una importancia terrible. Para ser fiel a sí misma, a aquella que nadie más que ella conocía, debía tener la justicia de su parte. Si eran los Jorth los culpables y ella se atenía a ellos y a su credo, tendría que ser uno de ellos.

—Pero no lo soy — pensó en alta voz. — Me llamo Jorth y me parece que tengo mala sangre en las venas, pero nunca ha aparecido en mí hasta hoy. He sido siempre honrada y buena; sí, buena como mi madre me enseñó a ser..., a pesar de todo. Mi soberbia me ha cegado y ahora ¿puedo elegir? Soy una Jorth y debo estar al lado de mi padre.

Todas estas reflexiones, sin embargo, no tenían nada que ver con la angustia que sentía en su pecho.

¿Qué había hecho aquel día? Y la respuesta sonaba en sus oídos como los golpes de un martillo. En las agonías de su vergüenza y de su odio, había sido perjura. Había manchado su honor; se había envilecido estrujando sin piedad el gran corazón de un hombre que la amaba.

Ellen volvió al rancho. Hizo correr a "Espadas" como el viento, y cuando llegó al claro su aparición conmovió enormemente a los hombres que estaban en la puerta de la cabaña. Entró en el prado a galope tendido.

—¿Quién viene detrás de ti? — gritó su padre, cuando se detuvo. Jorth tenía un rifle en las manos; Daggs, Colter y los otros Jorth estaban también armados y vigilantes.

—Nadie viene detrás de mí — replicó Ellen. — ¿Es que no puedo correr sin que venga alguien persiguiéndome?

Jorth se tranquilizó y se enfadó al mismo tiempo. — ¿Y por qué corrías de esa manera que por poco nos atropellas? No me gusta tu manera de proceder de estos días; la encuentro extraña.

—Los tiempos es lo que son extraños para los Jorth — contestó Ellen, con sarcasmo.

—Daggs ha encontrado huellas de un caballo en el prado — dijo Jorth. — Y estábamos preocupados pensando que alguien rondaba el rancho, y cuando te hemos visto llegar corriendo de esa manera, creímos que alguien te perseguía. ¿Has visto el rastro de un caballo?

—Sí, y además sé de quien era el caballo.

Jorth y todos los presentes se irguieron, en actitud expectante.

—¿Quién? — preguntó Jorth.

—Juan Isbel — replicó Ellen, con frialdad. — Venía siguiendo el rastro de su caballo negro.

—Juan Isbel siguiendo el rastro de su caballo negro — repitió su padre.

—Sí. No han exagerado su habilidad de rastreador.

Se hizo un silencio embarazoso. Ellen dirigió una lenta mirada circular a su padre y a los demás y empezó a soltar las cinchas del caballo. Jorth rompió el silencio con una maldición, a la que siguió una de las risas sardónicas de Daggs.

—¿Qué le había dicho yo, patrón?

Jorth se dirigió a Ellen y le hizo rudamente volver la cara. — ¿Has visto a Isbel?

—Sí — contestó Ellen, con la misma sequedad que su padre había preguntado.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Qué buscaba por aquí?

—Ya te lo he dicho. Venía siguiendo el rastro de su caballo, que vosotros le habéis robado.

Jorth dejó caer sus brazos con desaliento. Su cara, de pálida, se tornó lívida. Al asombro siguió el desconcierto y a éste el furor. Uno de los largos brazos de Daggs le interrumpió, sujetándole por la muñeca. Luchando para soltarse, Jorth maldecía en voz baja.

—¡Déjame, Daggs! — gritó. — No estoy borracho para que nadie tenga que sujetarme.

—No está usted borracho, pero está usted bajo la influencia de otras cosas que le diré cuando estemos solos.

Jorth se compuso, pero era evidente que estaba fuera de sí.

—Ellen, ¿vió Juan Isbel este caballo?

—Sí, y me preguntó que cómo lo había adquirido, y yo se lo dije.

—¿Y dijo que "Espadas" era suyo?

—Seguro; y lo probó, además. Se conoce cuando un caballo quiere a su amo.

—¿Le ofreciste devolvérselo?

—Sí, pero él no ha querido tomarlo.

— ¿Y por qué no?

—Dijo que era mejor que yo me lo quedase, porque él iba a empeñarse en un negocio sucio y sangriento que no le dejaría tiempo para cuidar como es debido a un buen caballo. Yo tampoco quería quedarme con "Espadas"; se lo quería devolver a Isbel, pero él se marchó sin hacerme caso... y esto es todo.

—Pues puede que no sea esto todo — replicó Jorth, mordiéndose el bigote. — Ya te has encontrado con este Isbel dos veces.

—No he tenido yo precisamente la culpa.

—He oído decir que es muy galante contigo. ¿Qué me dices a esto?

Ellen se avivó bajo la ola de sangre que desde el cuello le subía por el rostro hasta las sienes. Pero eran sólo sus recuerdos los que la avergonzaban. Lo que su padre y sus compañeros pudieran pensar, le era completamente indiferente, y sostuvo sus miradas de sospecha con ojos llameantes.

—Yo ne oído lo que dicen Bruce y Lorenzo — siguió su padre. — Y Daggs ha oído...

—Daggs no ha oído nada — interrumpió este digno camarada. — No me metan a mí en este lío. Daggs no ha oído nada ni sabe nada.

—Sí, papá. Juan Isbel era galante conmigo, pero ya no lo será más — contestó Ellen en voz baja y, sin añadir más, quitó la silla a "Espadas", la cargó sobre le hombro y entró en la cabaña.

Su padre la siguió inmediatamente.

—Ellen, yo no sabía que este caballo era de Juan Isbel — empezó a decir con la voz ronca, baja y persuasiva que era tan conocida de Ellen. — Te juro que no lo sabía. Lo compré con Slater y te aseguro que no tenía la más ligera idea de que fuese robado... Cuando has dicho "el caballo que vosotros habéis robado", me ha parecido que me dabas una cuchillada.

Ellen escuchaba sentada al lado de la mesa, mientras su padre se paseaba de arriba abajo por la cabaña. Y su nerviosidad y apasionado discurso le pusieron en un estado de frenesí. Hablaba incesantemente, como si el silencio de su hija fuera condenatorio y sólo su elocuencia pudiera convencerla de su honradez. Ellen creía ver y oír con facultades más agudas que nunca. Veía que su padre necesitaba su respeto; no tanto su amor, lo adivinaba, y no quería que ella supiese cuán bajo había caído.

Le compadecía con todo corazón.

—No sigas, papá — dijo Ellen, interrumpiendo las declamaciones de su padre. — Seré fiel a tí como lo fué mi madre... Soy una Jorth y mi puesto está a tu lado... No me hables más del pasado. Si Dios nos deja salir con vida de esta guerra, nos marcharemos a otro país donde nadie haya oído hablar de los Jorth, y empezaremos de nuevo nuestra vida... y si no, por lo menos, nos dejaremos los dientes en las heridas de esos malditos Isbel.

VII

DURANTE el mes de junio Juan Isbel no se alejó del Valle Herboso.

Otra vez se había atentado contra la vida de Gaston Isbel. Otro disparo cobarde había sido hecho, esta vez desde los jarales que bordeaban el camino que conducía al rancho de Blaisdell. Blaisdell oyó aquel disparo, que se hizo desde muy cerca de su casa, pero no se pudieron encontrar ni rastros del oculto enemigo. El suelo, por todos aquellos alrededores, estaba cubierto de agujas de pino que no conservaban huellas de ninguna especie. Las suposiciones eran que este cobarde atentado había sido perpetrado, o por lo menos instigado por los Jorth, pero no había pruebas y Gastón Isbel tenía en la Cuenca del Tonto muchos enemigos que no eran precisamente ovejeros. El viejo rugía como un león ante este segundo ataque y su amigo Blaisdell le aconsejó qeu inmediatamente reuniese a sus parientes y amigos.

—Suspendamos el trabajo hasta que este resuelto este asunto — dijo. — Salgamos al encuentro de esa gente a mitad del camino. No ganaremos nada ninguno esperando a que nos peguen un tiro por la espalda. — Y muchos de los partidarios de Gastón le dieron los mismos consejos.

—No; esperaremos hasta que estemos seguros — era la respuesta del testarudo ganadero a todas aquellas instancias.

—¡Seguros! ¿De qué diablos vamos a estar seguros? ¿No encontró Juan su caballo negro en el rancho de Jorth? — preguntó Blaisdell, furioso. — ¿Qué más quieres?

—Juan no podría jurar que Jorth ha robado ese caballo.

—Ya lo juraré yo — gruñó Blaisdell. — Y todos los días perdemos ganado. ¿Quién lo roba?

—Siempre, desde que empezamos a trabajar aquí, hemos perdido ganado.

—Gastón, me parece que lo que quieres es que Jorth empiece la guerra.

—Y no tardaremos mucho en empezarla — fué la sombría respuesta de Gastón Isbel.

Juan Isbel no había fracasado en sus rastreos de ganado perdido o robado. Las circunstancias habían estado en contra suya y había algo desconcertante en aquellos robos. Las tormentas de verano habían empezado pronto aquel año y había tenido la desgracia de que fuertes lluvias borrasen los rastros que él pudiera haber seguido. El rancho era grande y el ganado andaba por todas partes, de manera que algunas veces no se daban cuenta de las pérdidas hasta varias semanas después.

No quedaban en el rancho más hombres que los hijos de Gastón Isbel. Dos de los vaqueros se habían despedido por temor a la contienda qeu se preparaba, y Gastón Isbel había despedido al otro.

El aliado de Juan, el perro de agudos dientes, había desaparecido un día y no había vuelto más.

Una mañana, Juan se dirigió a través del valle hacia un pequeño rebaño de ovejas que su padre poseía y que todavía no habían sido conducidas al Rim, donde se mandaban todas las ovejas del país durante el cálido verano de la cuenca del Tonto. El joven Evarts y un muchacho mejicano llamado Bernardino, estaban encargados de aquel rebaño. El pastor mejicano, hombre de experiencia y saber, había dejado el rancho, y aquellos muchachos no podían arriesgar el ganado en territorio enemigo.

Este rebaño estaba pastando en un pequeño prado, un poco retirado del Valle Herboso, donde los jarales ofrecían alguna protección contra los rayos del sol y había buenas aguas y algunos pastos. Antes de llegar a su destino, Juan oyó un tiro. No era un tiro de rifle, y esto

causó a Juan alguna preocupación, pues aunque Evarts y Bernardino tenían rifles, no disponían, que él supiera, de armas cortas. Juan se dirigió a una de las colinas que se levantaban en la parte sur del Valle Herboso y desde allí inspeccionó el país cuidadosamente. A primera vista sólo vió ganado, prados desnudos y colinas, pero no tardó en descubrir un grupo de hombres a caballo que se dirigían hacia la aldea. No podía decir su número. La obscura masa le pareció a Juan un misterio y una amenaza. ¿Quiénes eran? Estaban demasiado lejos para conocerlos. Audaban rápidamente. Juan los observó hasta que se perdieron de vista y después siguió su camino. Un grupo de jinetes como aquel era una cosa rara en el Valle. Juan experimentó una sensación de temor nueva en él. Pensando en esto, llegó adonde estaban las ovejas. Al llegar a la vista del campamento oyó un grito, y el joven Evarts apareció corriendo frenéticamente. Juan hizo galopar a su caballo, que pronto cubrió la distancia que los separaba. Evarts estaba fuera de sí de terror.

—¿Qué pasa, muchacho? — inquirió Juan, apeándose rifle en mano del caballo y examinando la cara descompuesta de Evarts y el campo.

—¡Bernardino, Bernardino! — tartamudeó el muchacho, señalando.

Juan salvó rápidamente los pocos pasos que le separaban del campo y vió una hoguera medio consumida y los restos de una comida y al mejicano tendido de espaldas en el suelo con un agujero de bala en la cara. A su lado yacía un viejo revólver.

—¿De quién es esta arma? — preguntó Juan, recogiéndola.

—De Bernardino — replicó Evarts — La consiguió hace pocos días.

—¿Se le disparó y se mató por accidente?

—No.

—¿Pues quién le ha matado entonces?

—Unos hombres, una partida a caballo que ha venido.

—¿Sabes quiénes eran?

—No. Cuando los ví venir me asusté. Bernardino había ido por agua y yo me escapé corriendo. Quería gritarle a Bernardino, pero estaban demasiado cerca, tan cerca que los oía hablar. Bernardino volvió y hablaron; parecían amigos y yo me levanté un poco para ver, pero no podía ver bien. Oí que uno de ellos pedía a Bernardino el revólver para verlo. Bernardino se lo dió y el otro se echó a reír; luego tiró el revólver a lo alto y cuando volvió a caer en su mano se disparó y mató a Bernardino. Me asusté tanto, que he estado escondido hasta que le he visto a usted venir.

—¿Tienes un caballo? — preguntó Juan.

—No, pero puedo montar en uno de los burros de Bernardino.

—Sí; monta en uno y corre al rancho de Blaisdell y dile que mande recado a Blue, a Gordon y a Fredericks, de que vayan corriendo todo lo que puedan al rancho de mi padre. ¡Corre tú ahora!

Evarts, sin replicar, se marchó corriendo. Juan se quedó contemplando la flácida y patética figura del mejicano.

—La guerra Isbel Jorth ha empezado — exclamó sombríamente. Asesinato deliberado y a sangre fría. Apostaría a que fué Daggs el que lo ha hecho. Es el jefe y el que ha empezado el asunto. Bernardino, eres un muchacho fiel, y te aseguro que tu muerte no tardará en ser vengada.

No había tiempo que perder. Arrancó de la tienda una lona y la extendió sobre el cuerpo de Bernardino. Después montó a caballo y volvió al valle a galope tendido.

* * *

ALGUIEN vió a Juan acercarse al galope, y Bill y Guy aparecieron con su padre en el porche. Juan vió cómo hacían volverse al interior a las mujeres y salían a su encuentro. Bill y Guy llegaron a su lado y todos le miraron atentamente. Sin hablar una palabra, cada uno sabía lo que había en la mente de los demás. Una chispa de fiereza idéntica brillaba en los ojos de todos.

—Parece que tenías prisa — observó el padre.

—¿Qué diablos pasa — inquirió Bill.

Guy Isbel no dijo nada, pero se puso ligeramente pálido.

—Acaban de matar a Bernardino; de asesinarlo con su propio revólver.

Gastón Isbel respiró con fuerza. Una chispa brillante y fría como el reflejo del sol en el hielo apareció en sus ojos azules.

Ninguno de los tres hombres preguntó quién había sido el asesino.

—Bueno, con esto ya estamos en danza — dijo el padre. — Me hubiera gustado tener más tiempo. Creo que hubiera hecho mejor atendiendo vuestros consejos y teniendo a mis hombres más cerca. Jacobo acaba de llegar, con lo cual somos cinco y además las mujeres.

—¿No crees que nos sitiarán en la casa? — preguntó Guy Isbel.

—Siempre me he temido que lo hicieran — contestó el viejo. — Pero en realidad nunca creí que se atreviesen. Debía haber juzgado mejor a Daggs. Todos los disparos que me hacían desde la espesura eran cosas dignas de Jorth. Creo que ahora tendremos que combatir sin nuestros amigos.

—No te preocupes. He mandado llamar a Blaisdell, Blue, Gordon y Fredericks; puede ser que lleguen a tiempo, pero si no llegaran, no tenemos que preocuparnos mucho. Nosotros podremos resistir dentro más de lo que la banda de Daggs puede resistir fuera. Necesitamos bastante agua y provisiones.

—Ya me ocuparé yo de eso — dijo el padre. — Juan, tú colócate en algún sitio no lejos de casa, desde donde puedas vigilar y ver si viene alguien.

Juan se dirigió a una pequeña colina a poca distancia de la casa, y allí se situó de manera que pudiera vigilar por todas partes. Pasaban los minutos, y al cabo de una hora, Juan empezó a esperar que Blaisdell llegaría a tiempo.

Sus esperanzas estaban bien fundadas. Pronto oyó el golpear de los cascos de un caballo y no tardó en ver al fiel amigo acercándose al galope en un caballo blanco. Blaisdell llevaba un rifle en la mano, cuya vista animó a Juan. Vió cómo los dos amigos se encontraban en la puerta de la casa y hasta él llegó el rugido de ira de Blaisdell. Era uno de los tejanos que caerían al lado de los Isbel.

Luego en la llanura del valle, donde se levantaba el pueblo, apareció el pelotón de jinetes acercándose en línea recta hacia el rancho de Isbel. Juan se estremeció. La sangre empezó a correr en sus venas con más rapidez. El grupo se acercaba por el camino del rancho, sin subterfugios ni ocultaciones.

Juan contempló un momento más al enemigo y corrió hacia el rancho.

—Ya vienen, padre — dijo con voz sombría. ¡Cuánto le costaba decirle aquello a su padre! El viejo amor de su infancia se había despertado en él.

—¿Por dónde?

—Por el camino del valle. No los puedes ver desde aquí.

—Bueno; entremos a prepararnos.

La casa de Isbel no había sido construída con la idea de repeler agresiones de nadie. El amplio comedor del edificio principal era el que se había seleccionado para la defensa. Esta habitación tenía dos ventanas y una puerta que miraban al prado, y una puerta a cada extremo que conducían respectivamente a la cocina y a la cabaña que se había edificado después. Los leños de que estaba construída esta cabaña eran largos y gruesos, y las ventanas cerraban bien con gruesas hojas que aseguraban una protección eficaz contra las balas.

Cuando Juan entró, las caras pálidas de las mujeres se volvieron hacia él. Su hermana, sus cuñadas y los niños le observaron en silencio.

—Bien, Blaisdell, Juan dice que Jorth y su cuadrilla de bandidos se acerca — anunció el ranchero.

—Mal día ha amanecido para Lee Jorth — declaró Blaisdell.

—Despejad esa mesa — ordenó Blaisdell, — y sacad todas las armas y municiones que tengamos.

Se colocó sobre la mesa lo que parecía un formidable arsenal, que consistía en tres rifles Winchester nuevos del 44, que Juan había traído de la costa; el enorme fusil llamado de aguja, que Gastón Isbel había usado durante muchos años; otro rifle que Bleisdell había traído, y media docena de revólveres. Montones y paquetes de municiones cubrían la mesa.

—Desempaquetad todas las municiones, para que cada uno tenga las suyas — ordenó el viejo Isbel.

Jacobo, el vecino que por casualidad estaba presente, era un hombre grueso y con barbas, de aspecto jovial, que contrastaba con las angulosas caras de los tejanos. Llevaba un rifle del 44 de un modelo antiguo.

—Muchacho, si hubiera sabido que me iba a encontrar en esta broma, hubiera traído más municiones. Sólo tengo un cargador. Puede ser que los cartuchos del 44 moderno entren en mi rifle.

Se probaron y se vió que las municiones que Juan había traído en cantidad, convenían a aquel rifle perfectamente, circunstancia que llenó a los hombres presentes de satisfacción.

Juan se acercaba a cada momento a las ventanas para vigilar.

Por fin descubrió Juan la obscura masa de jinetes en el camino del valle. Avanzaban muy juntos y al paso, evidentemente, conversando con suma gravedad. Después de varios intentos inútiles, Juan contó once caballos, cada uno de los cuales llevaba su jinete.

—¡Atención, padre! — llamó Juan.

Gastón Isbel se acercó a la puerta y miró al exterior sin decir nada.

Los demás hombres se acercaron a las ventanas. Blaisdell maldiciendo en voz baja. Jacobo dijo: "Hombre, muy bien; nos vienen a hacer una visita'". Las mujeres quedaron inmóviles, con ojos ensombrecidos. Los pequeños dejaron de jugar y miraron a su madre con temor.

Un poco antes de llegar a un tiro de rifle de la casa, los jinetes se detuvieron y se alinearon en semicírculo, mirando al rancho. Estaban lo bastante cerca para que Juan pudiera ver sus actos, pero no podía reconocer ninguna de sus caras. Le pareció singular que ninguno de ellos llevase máscara.

—¿Puedes conocer a alguno, Juan? — preguntó su padre.

—Todavía no; están demasiado lejos.

—Ya te traeré tu viejo anteojo — dijo Guy Isbel, dirigiéndose a la segunda cabaña.

Blaisdell rezongaba cosas como ésta: "Y ahora que estáis aquí, señores ovejeros, ¿qué pensáis hacer?"

Guy Isbel volvió a poco con un anteojo de un metro de largo, que entregó a su padre. El viejo lo tomó con mano un poco temblorosa y miró. De pronto, pareció como si un arma aguda le hubiera atravesado; bajó el anteojo con una violenta sacudida, y su rostro se puso gris con expresión amarga y enfurecida.

—¡Jorth! — gritó ásperamente.

Juan no tuvo más que mirar a su padre para ver que el reconocimiento había sido como un golpe mortal. Pasó, y el ranchero volvió a levantar el telescopio.

—Blaisdell, ahí está Daggs, nuestro viejo amigo de Tejas; y Greaves, nuestro honrado comerciante del Valle Herboso. Y Jackson Jorth y Tad Jorth, con la misma nariz roja... y juraría que aquel es la Reina, el peor bandido que jamás haya salido de Tejos. Creí que le habían matado... así lo oí por lo menos. Y también está Craig, otro respetable ovejero del Valle... y bueno, ya no conozco a más...

Juan tomó el anteojo el primero y paseó su vista por el puñado de jinetes.

—Bruce — dijo inmediatamente. — Veo también a Colter... sí, Greaves está ahí... Yo he visto en alguna parte al hombre que está a su lado.

—Seguro; ese es Craig — interrumpió su padre.

Juan conoció la obscura cara de Lee Jorth por la semejanza que tenía con Ellen. También creyó conocer a los demás Jorth y pidió a su padre que le describiese a Daggs y a la Reina. No era fácil que Juan dejase de conocer a aquellos hombres en el futuro.

Daggs señalaba los caballos que pastaban en el prado que estaba entre ellos y la casa. Aquellos animales, que eran los mejores del rancho, pertenecían en su mayor parte a Guy, que era el más aficionado de la familia. Sus caballos eran su pasión.

—Parece que quieren robar alguno — dijo Juan.

—Déjame ese anteojo — pidió Guy. Examinó la banda y devolvió el anteojo a Juan, declarando: — Voy a cuidar de mis caballos.

—¡No! — exclamó su padre.

—Esa gente viene a robar, no a pelear. ¿No lo veis? Si vinieran a pelear lo harían. Ahora están discutiendo sobre mis caballos.

Guy tomó su rifle. Estaba decidido; la bravura brillaba en sus ojos.

—Hijo mío, conozco a Jorth y a Daggs. Han venido a combatir y a matarme. Será la muerte segura para tí si sales.

—Pues voy a salir de todas maneras. No se van a llevar mis caballos ante mis narices, y están fuera del alcance de nuestros rifles.

—Bien, Guy, pero no saldrás solo — afirmó alegremente Jacobo, adelantándose.

La joven esposa de Guy Isbel no cambió en nada de aspecto. Se había desarrollado en un ambiente rudo y azaroso y conocía a los hombres en circunstancias como la presente; pero la mujer de Jacobo apeló a él.

—¡No arriesgues tu vida por un caballo o dos!

Jacobo contestó riéndose que no había tanto riesgo y salió con Guy. A Juan le pareció una locura. Siguió observando atentamente los movimientos de la banda de Jorth y vió instantáneamente que se habían dado cuenta de la aparición en el prado de Jacobo y Guy; en un segundo comprendió también las mortales intenciones que los animaban. Vio a Daggs apearse del caballo rifle en mano y otros de la partida hicieron lo mismo, hasta que más de la mitad estaban en tierra.

—¡Van a tirar, padre! — gritó. — ¡Llamad a gritos a Guy y a Jacobo!

Todos gritaron, pero Guy Isbel y su compañero siguieron adelante como si no hubieran oído y como si no hubiera enemigos en muchas leguas a la redonda. Habían cubierto aproximadamente un cuarto de la distancia que les separaba de los caballos, cuando vió los rojos relámpagos y las blancas nubecillas de humo que salían de la obscura masa de los cuatreros.

Guy Isbel se detuvo, y soltando su rifle cayó de bruces. Jacobo se detuvo también como si hubiera chocado con un obstáculo invisible. Estaba herido. Se volvió y empezó a correr rápidamente. Sonaron algunos disparos más. Dejó caer su rifle, y su carrera se hizo más lenta e irregular; pero siguió cojeando y tambaleándose. Lanzó un grito ronco que llegó hasta la casa. Un tiro aislado sonó. Juan oyó la bala chocar contra un cuerpo y Jacobo cayó primero de rodillas y después de boca.

Juan Isbel se sintió paralizado por la tragedia. Su mirada quedó presa sobre aquellas formas inanimadas.

Una mano le apretó el brazo; una mano de mujer, temblorosa, delgada y dura.

—¡Han matado a Jacobo! — cuchicheó una voz entrecortada. — ¡He estado mirando! ¡Los dos están muertos!

Las mujeres de Guy y Jacobo se habían colocado detrás de Juan y desde allí habían contemplado el drama.

—¡Le pedí a Jacobo que no fuera! — sollozó la esposa de éste; y cubriéndose el rostro con las manos se retiró a un rincon de la estancia donde la recibieron los brazos de las demás mujeres pálidas y estremecidas. La mujer de Guy Isbel se quedó al lado de la ventana mirando por encima del hombro de Juan. Tenía el nervio de un hombre. Había visto la muerte ya otras veces.

—Sí, están muertos — dijo con amargura. — ¿Y cómo vamos a recoger sus cuerpos?

A esto, Gastón salió del marasmo en que le había sumido la escena.

—¡Dios! ¡Esto es el infierno para nuestras mujeres! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Asesinado por los Jorth! — rugió con una terrible imprecación.

—Padre, van a dar la vuelta a la casa — dijo Juan.

—Algún ardid — declaró Bill.

—Bill, haz un agujero en la pared trasera, a la altura del quinto tablón — ordenó el padre. — Tenemos que mirar por alguna parte.

Bill tomó una herramienta, y separando a los niños que estaban jugando cerca de aquella pared empezó a trabajar en el punto designado. Los pequeños se retiraron con graves y admirados semblantes. Las mujeres reunieron sus sillas en un grupo.

Juan siguió vigilando a los cuatreros hasta que salieron del alcance de su vista. Se habían retirado a la loma cubierta de bosque del norte y del oeste de la casa.

—Avísame cuando hayas hecho el agujero — dijo Juan, y atravesó la cocina metiéndose en un espacio bajo del techo que servía para almacenar leña en invierno. Los espacios entre los leños no habían sido rellenados de arcilla y podía mirar al exterior por tres lados. Los cuatreros se habían metido en el bosque de donde salieron pronto sin sus caballos. Juan creyó que intentarían el asalto de la cabaña. Se detuvieron a la entrada de la espesura y sostuvieron una larga consulta. Juan los podía ver distintamente, pero estaban demasiado distantes para reconocer a ninguno de ellos en particular. Uno de ellos, sin embargo, se mantenía un poco apartado de los demás, estrechamente agrupados, y era evidente que los arengaba. Quienquiera que fuese tenía una voz ronca y fuerte, y sus movimientos le hicieron sos-

pechar a Juan que estaba bajo la influencia del alcohol.

En esto Bill llamó a Juan en voz baja.

—Juan, ya tengo hecho el agujero, pero no se ve a nadie.

—Yo los veo desde aquí. Tienen un conciliábulo, y me parece que uno de los dos, Jorth o Daggs, está borracho. Creo que está aconsejando a la partida que no ataquen inmediatamente y que los demás le contradicen. Díselo a papá y vigilad todos; yo os avisaré cuando se muevan.

La banda de Jorth no parecía tener prisa en desarrollar su plan de combate. Poco a poco el grupo se había diseminado algo. Algunos se habían sentado y otros se paseaban; dos de ellos se internaron en el bosque, probablemente a donde habían dejado los caballos, y volvieron a poco con un paquete. Lo dejaron en el suelo y todos se sentaron alrededor. Habían traído comida y bebida. Juan no pudo reprimir una sombría sonrisa ante su tranquilidad y recordó muchas historias de atrevidos hechos cometidos por la Banda del Machete. Juan se alegraba de la suspensión; cuanto más retardasen el ataque más tiempo tendrían de llegar los aliados de los Isbel. Sin embargo, sería un poco aventurado tratar de acercarse a la cabaña de los Isbel durante el día. La noche sería más favorable.

Bill entró dos veces en la cocina para hablar con Juan. La tensión en el comedor, desde donde no se podía ver al enemigo, debía ser grande. Juan le dijo lo que había visto y lo que pensaba de ello.

—Comiendo y bebiendo — rezongó Bill. — Esto va a irritar al viejo. Quiere acaber de una vez con la contienda.

—Dile que se acabará muy pronto para nosotros, si no anda con cuidado — replicó Juan al punto.

Bill se volvió al comedor murmurando algo para sí. Luego siguió una larga y penosa espera, durante la cual, Juan vió como los cuatreros se regalaban. El día era caluroso y tranquilo y el silencio de la casa era interrumpido de cuando en cuando por las alegres carcajadas de los niños. Este ruido estremecía a Juan. ¡Niños que jugaban! Después otro ruido tan leve que tenía que esforzar el oído para percibirlo, le entristeció más aún. Los lentos pasos de un padre que paseaba de arriba abajo por la cabaña. ¿Qué pasaría en aquel día por el corazón de su padre?

Por fin los cuatreros se levantaron y arma en brazo descendieron por la ladera como un solo hombre. Se acercaron algunos cientos de metros, y Juan, levantado su rifle, pensó que algunos pasos más significaría el fin de varios de ellos. Pero conocían de sobra el alcance de un rifle. Llegaron a la tapia de los corrales y allí se tendieron perdiéndose de vista para Juan. Esto le alarmó. Indudablemente avanzaban arrastrándose hacia la cabeña. Al final de las tapias de los corrales había una zanja bastante profunda para servirles de parapeto, que seguía a lo largo de las cabañas a menos de cien metros de distancia, cubierta de hierba y de matas de maleza, desde las cuales podían disparar contra ellos sin considerable riesgo. Como no volvieron a aparecer, Juan dedujo que había adivinado su plan. Esperó un poco más, hasta que vió algunas pequeñas nubes de polvo que se levantaban de la zanja. El descubrimiento le hizo precipitarse en el comedor donde su súbita aparición alarmó a todo el mundo

—Quitáos de donde os puedan ver — ordenó con voz aguda, y llegándose a la puerta con rápidos pasos la cerró. — Están en la zanja y esto tiene mal aspecto. Dispondrán de la maleza para ocultarse y disparar. Tenemos que tener mucho cuidado.

Voces roncas y nubes de polvo amarillento que salían de la zanja atestiguaban la verdad de lo que decía Juan, y también que los cuatreros no miraban mucho el peligro. Juan vió de pronto que una cosa de color se movía a través de los jarales.

Un hombre alto, sin chaqueta ni sombrero, salió a plena luz. El sol se reflejaba en su cabello rubio y rizado. ¡Daggs!

—¡Eh! Isbel — gritó con magnífica bravura. — Salid a combatir!

Rápido como el relámpago, Juan levantó su rifle y disparó. Vió mechones de cabello volar de la cabeza de Daggs y también salpicaduras de sangre. Sonaron varios disparos de sus camaradas. Todas las balas alcanzaron el cuerpo vacilante, pero Juan conoció con una terrible emoción que la suya había matado a Daggs antes de que los otros hubiesen disparado. Daggs cayó de bruces y los demás sin salir de la maleza retiraron su cuerpo de la vista de los de la casa. Salieron roncas voces de la zanja y una nube de polvo amarillo se levantó.

—¡¡Daggs! — gritó Gastón. — Juan, tú le has levantado la tapa de los sesos. Yo lo he observado, y todos nosotros hemos desperdiciado nuestros tiros.

—Debía estar loco o borracho para salir de esa manera a desafiarnos — dijo Blaisdell respirando fuerte.

—Arizona es malsano para los tejados — replicó sardónicamente Isbel. — Aquí se vive con demasiada paz, y los bandidos no tienen práctica. Estoy seguro de que a Daggs se le había olvidado pelear.

—Daggs ha hecho una tontería tan grande como la que han hecho Guy y Jacobo — dijo Juan. — Aquéllos se han pasado de valientes y éste estaba borracho. Que sea una lección para nosotros.

Juan había olido a whisky al entrar en la cabaña. Bill era un bebedor empedernido y su mismo padre no estaba libre de este vicio. Blaisdell también bebía bastante algunas veces. Juan había hecho la decisión mental de no permitir que el alcohol estropease los planes de combate.

Los rifles empezaron a sonar y nubecillas de humo salieron de la zanja en un frente de unos treinta metros. Las balas silbaban a través de las toscas ventanas y se clavaban en la pesada puerta. Una pasó por entre dos ma-

deros delante de Juan faltando poco para que le alcanzase. Siguió otra descarga y luego otra. Los cuatreros tenían armas de repetición y estaban vaciando sus cargadores. Juan cambió de posición y los demás imitaron su atinado movimiento. A las descargas había sucedido un incesante fuego graneado; luego cesó todo. La habitación estaba lleno de polvo mezclado con le humo de los disparos de Juan y sus compañeros. Juan oía la respiración de los niños llenos de terror, pero no lloraban. Las mujeres tampoco emitían ningún sonido.

Una voz salió de la zanja.

—¡Salid a pelear! ¿O preferís que os matemos como a carneros?

Esta salida no tuvo contestación. Juan volvió a su puesto al lado de la ventana y los demás siguieron su ejemplo y todos miraban al exterior con gran precaución.

—No tiréis hasta que no veáis a uno — ordenó Gastón Isbel. — Puede ser que no tarden en volver a estar distraídos. Jorth es el que no se mostrará nunca.

Los sitiadores no volvieron a recurrir a las descargas, sino que disparaban uno por uno y desde diferentes ángulos, y no lo hacían al azar. Algunas balas entraron derechas por las ventanas; otras entraban por las junturas de los tablones, rellenas de barro, que no ofrecía mucha resistencia. A Juan se le ocurrió que aquellos peligrosos tiros no tenían nada de casuales. Estaban bien apuntados y todos pegaban bajo. Los astutos bandidos tenían algunos buenos tiradores entre ellos y elegían los puntos más vulnerables de la casa. Si Juan no hubiese estado tendido en el suelo le hubieran acertado dos veces. Oyó que una bala pegaba en uno de sus camaradas. Cualesquiera que fuera el herido, no dijo una palabra. Juan volvió la cabeza para mirar. Bill Isbel se tocaba el hombro, y en su camisa se veían las manchas de sangre. Movió la cabeza, indudablemente para indicar a Juan que no era nada. Las mujeres estaban tendidas de cara al suelo y no podían ver lo que pasaba. Era claro que Bill no quería que supiesen que estaba herido. Blaisdell le vendó con un trapo el hombro ensangrentado.

Los bandidos disparaban ahora a razón de un tiro cada pocos minutos. Los Isbel no contestaban a ellos. Juan no volvió a disparar en toda la tarde. Hacia la puesta del sol, los sitiadores parecieron estar impacientes o descuidados, y Blaisdell le pegó un tiro a algo que se movía detrás de la maleza; también el viejo fusil de Gastón, hizo resonar su voz.

—¿Qué harán ellos después de obscurecer y qué vamos a hacer nosotros? — inquirió Blaisdell.

—Creo que no se atreverían a lanzarse al asalto — opinó Gastón Isbel.

—Pueden pegarle fuego a la casa — observó Bill.

Este era el más sombrío de la fracción Isbel. Tenía algo en la cabeza.

—Los Jorth son malos, pero no creo que nos quemasen vivos — replicó Blaisdell.

—Poco conoces tú a Lee Jorth — rezongó Gastón. — No sólo me quemaría vivo, sino que me desollaría antes para gozar más en mi suplicio.

Así hablaron durante la hora del crepúsculo. Juan Isbel tenía poco que decir. Estaba revolviendo en su mente posibilidades. Con la obscuridad cambió la táctica de ataque de los bandidos. Colocaron hombres en cuatro puntos alrededor de la casa y cada uno de los puestos hacía un disparo con unos minutos de intervalo. Las balas se clavaban en los maderos no causando a los Isbel mucha inquietud.

—¿Qué te parece, Juan? — preguntó el ranchero a su hijo.

—Me parece que están preparados para una lucha larga. Ahora disparan únicamente para que sepamos que están al acecho.

—¿Y qué te parece que hagamos?

—Yo voy a salir en seguida.

Gastón Isbel dejó ver la satisfacción que le producía esta determinación.

Todo estaba obscuro en el interior de la casa. Las mujeres tenían agua y alimento a mano. Juan vigilaba atentamente por la ventana mientras comía un poco de carne, pan y leche. Por fin, los niños, cansados de aquel largo día se quedaron dormidos. Las mujeres cuchicheaban en su rincón.

A las nueve, Juan se decidió a salir para hacer un reconocimiento.

—Han llevado la mejor parte durante el día, pero no será lo mismo durante la noche — dijo Juan a su padre.

Juan se puso un cinturón con cartucheras, un cuchillo de monte y un revólver, y rifle en mano salió por la cocina al patio. La noche era más obscura que de costumbre y las estrellas estaban escondidas tras las nubes. Esperó apoyado en los leños de la cabaña a que sus ojos se ajustaran perfectamente a la obscuridad. Juan veía bien, por la noche, como los indios, y conocía todos los detalles de los alrededores; árboles, rocas y accidentes del terreno. Después de un cuarto de hora de vigilar, durante cuyo tiempo varios tiros salieron de la zanja y de las distintas posiciones que el enemigo había tomado, Juan se lanzó a su investigación.

Siguió la línea de la casa; luego una hilera de árboles y después se metió en unos jarales. Allí se detuvo para escuchar y observar. Estaba ahora al borde del espacio despejado y con la suave subida de la colina delante de él. En el lado norte de la casa brilló un relámpago y sonó un tiro.

Salió de donde estaba escondido y con pasos absolutamente silenciosos ganó los primeros árboles. Allí esperó pacientemente otra descarga de los sitiadores. Cuando oyó el segundo tiro del oeste, Juan se dirigió hacia la derecha. Los jarales y los árboles aseguraban a Juan los mejores medios para su propósito, que era dar un rodeo y ponerse detrás del que disparaba desde aquel lado. Juan subió hasta lo alto de la loma y descendió por el lado opuesto, y volviendo hacia la izquierda se acercó lentamente al punto donde esperaba encontrar a su enemigo. La larga costumbre de vivir en el campo noche y día daba a su sentido de orien-

tación una seguridad casi tan perfecta como a su vista. Al primer disparo que hizo su hombre comprobó que iba derecho a donde se proponía. La intención de Juan era arrastrarse silenciosamente hasta él y matarle con el cuchillo, y si el plan le salía bien proyectaba ir haciendo lo mismo con todos los demás que estuvieron aislados. Dejando su rifle se arrastró sobre las manos y las rodillas sin hacer ruido. Su avance era lento. Tenía que elegir su camino y tener cuidado con las ramitas secas y con las piedras. Sus vestidos de piel de gamo no hacían el menor ruido al rozar contra la maleza. Juan localizó al bandido sentado en un claro en lo alto de la loma Estaba solo. Juan veía la roja chispa del cigarro que estaba fumando. La superficie de aquella cumbre era rocosa y no se adaptaba bien al propósito de Juan. Tuvo que abandonar la idea de llegar hasta el cuatrero y volvió lenta y pacientemente a donde había dejado su rifle.

Volvió a hacer el camino, esta vez más despacio aún, embarazado como estaba por el rifle, pero sin hacer el más ligero ruido. Por fin llegó al borde del claro donde estaba su enemigo y volvió a ver su silueta a menos de cuarenta metros de distancia.

Juan podía disparar contra aquél y el resto de la banda creería que su disparo era el que el mismo bandido habría disparado. Juan levantó rápidamente su rifle y apretó el gatillo. Después de la detonación se levantó y se marchó sin mirar los resultados.

Cruzó el prado hacia la derecha usando las mismas precauciones que había empleado antes al subir la loma, sólo que ya no se detenía con la misma frecuencia ni avanzaba tan despacio. Juan quería llegar bastante lejos por la derecha para rebasar el extremo de la zanja en que los sitiadores estaban escondidos con tanta eficiencia. Calculó mal y se encontró con que había llegado a la zanja un poco a la izquierda del extremo que pretendía rebasar. No se preocupó sin embargo por ello y se quedó allí tendido en el suelo escuchando. Oyó algunas voces. Al poco tiempo sonó un disparo. No vió el fogonazo, pero calculó que había salido de la parte norte de la casa. En el cuarto de hora que siguió, Juan descubrió que el hombre que tenía más próximo estaba a menos de ochenta metros de él y que otro se hallaba aparentemente a pocos metros de distancia del primero. ¡Dos cuatreros tan juntos! Juan no había contado con esta contingencia. Estuvo pensando un rato qué podía hacer y por fin decidió acercarse tanto como fuera prudente.

Encontró que la zanja era un camino favorable para llegar cerca de sus enemigos. Era seca y arenosa, con los bordes levantados por la tierra que se había extraído de ella. Era casi imposible dejar de rozar con las invisibles ramitas de los cardos y tuvo que hacer su camino por centímetros, tardando mucho tiempo en columbrar la figura de un hombre sentado en uno de los montones de tierra formados al borde de la zanja. Aquel hombre había disparado su rifle tres veces durante el tiempo que Juan tardó en aproximarse a él. Juan le observó y escuchó durante algunos momentos y después se acercó a menos de veinte pasos de aquel hombre. Juan percibió el olor de tabaco, pero no podía ver la lumbre del cigarrillo o pipa, porque aquel individuo estaba de espaldas a él.

—Oye, Ben — le oyó decir dirigiéndose a su compañero, que estaba sentado a pocos metros de distancia. — Me choca que Somers no haya vuelto a disparar desde allí.

Juan reconoció la seca y perezosa voz de Greaves y esto le hizo contraer sus músculos como los de una pantera que se dispone a saltar.

VIII

Yo estaba pensando lo mismo — contestó el otro. — ¿No te parece que aquel último tiro era demasiado agudo para el cuarenta y cinco de Somers?

—Viniendo a pensar en ello, así me parece — contestó Greaves.

—Voy a ver lo que pasa. — Y la obscura forma de un hombre se deslizó fuera del alcance de la vista de Juan.

—Ve despacio y con cuidado — previno Greaves. — Y no te acerques más que lo suficiente para llamar a Somers. Puede que ese maldito mestizo nos esté preparando alguna mala partida.

Juan oyó pasos rápidos que se alejaban por la húmeda hierba. Luego todo quedó en silencio. Estaba tendido de bruces en el suelo con la mejilla apoyada en la arena. Tenía que levantar la cabeza para ver a Greaves. Tenía que matarle y quería matarle, pero tuvo la fuerza de voluntad para resistir a la pasión más fuerte que jamás había abrigado en su pecho. Si disparaba contra él no podría seguir su plan de ir matando a todos los que estaban disparando alrededor de la casa. Pensó decirle bajito a Greaves: "Tienes razón en lo del mestizo". Y cuando Greaves se volviese asustado matarle con el cuchillo. Pero Juan necesitaba saltar sobre aquel hombre. No gastó tiempo en tratar de comprender el extraño instinto que en él se despertaba, aunque comprendía que había elegido el procedimiento más peligroso de librarse de Greaves.

Se levantó lentamente como una sombra; dejó el rifle y sacó el cuchillo y subió por el montículo con pasos ligeros y rápidos. Greaves debió haber oído la suave pisada de sus abarcas, porque se volvió rápidamente en el momento en que uno de los brazos de Juan se ceñía a su cuello como una serpiente; con el cuchillo que tenía en la mano derecha Juan podía haber acabado el negocio en un instante, pero cuando con su brazo desnudo sintió el cuello caliente de Greaves, algo terrible estalló en lo más profundo de su ser. ¡Matar así a aquel enemigo de su padre no era bastante! El contacto físico había despertado en él el alma salvaje del indio. Había, sin embargo, algo más y cuando sacudió violentamente el cue-

llo hacia atrás, sintió el mismo estremecimiento, el mismo obscuro placer que había experimentado cuando sus puños chocaron con la cara de Bruce. Greaves se había reído y había corroborado las afirmaciones de Bruce respecto de Ellen Jorth. Era más que el odio lo que impulsaba a Juan.

Greaves era grande y poderoso y se revolvió como un ternero lazado; pero Juan no aflojó su presión. Los dos rodaron al fondo de la zanja, cayendo Juan encima.

—Tenías razón, Greaves; es el mestizo — silbó Juan — y te voy a rajar primero por Ellen Jorth y después por Gastón Isbel. — Y su brazo derecho hundió el cuchillo en el cuerpo de Greaves tan bajo como pudo alcanzar.

Todos los músculos del cuerpo de Greaves se contrajeron. Saltó como un animal en la agonía y su esfuerzo fué tan tremendo que rompió la presa de Juan. Lanzó un aullido que se prolongó en una nota mortal. El cuchillo salió de la herida y Greaves se enderezó rápidamente sobre sus rodillas, sacando el revólver. Juan le abrazó como un oso. Greaves disparó, pero no podía levantar lo bastante el brazo. Juan volvió a hundir su cuchillo. La fuerza que le quedaba a Greaves salió de él en un ronco grito; disparó otra vez y el revólver se le cayó de la mano y él mismo se desplomó. Juan buscó su rifle con los ojos, lo recogió y saltó fuera de la zanja, corriendo en línea recta hacia la casa. Los gritos que sonaban por todas partes de la facción de Jorth, atestiguaban su furor y su exaltación. Juan llegó pronto a la primera de las cabañas. Allí se detuvo para serenarse. Había vengado a Guy y había aclarado las filas de los enemigos, acreditando las fanfarronadas que sobre él divulgara su padre, todo lo cual le llenaba de satisfacción. Había matado además a uno de los difamadores de Ellen Jorth.

A través de la leñera llegó hasta la cocina y llamando en voz baja entró en la habitación principal.

—¡Juan! ¡Juan! — dijo la temblorosa voz de su padre.

—Sí, ya estoy de vuelta — replicó Juan.

—¿Vuelves bien?

—Sí. Tengo un arañuzo de bala en una pierna. No me había dado cuenta hasta ahora. No es nada.

Juan oyó unos pasos suaves y unos brazos temblorosos le abrazaron. Eran los de su hermana. Juan sintió las palpitaciones de su pecho.

—No es nada, Ana, no estoy herido. Acuéstate y duerme. — Y en la obscuridad de la cabaña, Juan la condujo hasta su rincón. No podía hablar. Comprendía que el éxito de su aventura no cambiaba en manera alguna la situación de las mujeres.

—Bueno. ¿Qué ha ocurrido ahí fuera? — demandó Blaisdell.

—He matado a dos de ellos. Al que disparaba desde la loma del oeste y a Greaves.

—¡Ah! — exclamó su padre.

—Entonces era Greaves el que aullaba — declaró Blaisdell. — Por Dios que en mi vida había oído tales aullidos. ¿Qué diablos le has hecho, Juan?

—Darle dos puñaladas. Proyectaba deslizarme así de uno en otro, pero no he podido pasar de Greaves.

—Creo que con esto se han acabado los tiros por la noche — murmuró Gastón Isbel. — Tenemos que estar preparados para algo más. Fuego, probablemente.

La suposición del viejo ranchero se realizó en parte; pues la facción de Jorth dejó de disparar contra la casa. No los volvieron a oír ni a ver, pero aquel silencio y la aparente suspensión del sitio era más dura de soportar que la deliberada hostilidad. Pasaban las largas horas. Los hombres vigilaban por turnos, pero ninguno de ellos dormía. Por fin, la negrura de la noche palideció y el alba gris se empezó a dibujar por el este. El cielo se tiñó de rojo y llegó la luz del día.

Los niños se levantaron hambrientos y revoltosos, habiéndoseles pasado ya el miedo. Las mujeres aprovecharon la tranquilidad de la mañana para preparar un almuerzo caliente.

—Puede ser que se hayan retirado — dijo la viuda de Guy Isbel mirando por una ventana. Había hecho lo mismo muchas veces desde el alba. Juan veía sus ojos sombrías vagar por el prado hasta detenerse en la forma inanimada de su marido. Su aspecto preocupaba a Juan.

—No, Ester, no; aun no se han ido — replicó Juan. — Acabo de ver a alguno al borde de la espesura.

Blaisdell estaba muy optimista. Decía que el trabajo nocturno de Juan habría causado su efecto sobre los bandidos, por lo que no era fácil intentaran reanudar el sitio. Sin embargo, los hechos demostraron que Blaisdell estaba completamente equivocado. Inmediatamente después de la salida del sol empezaron a hacer descargas sobre la casa, por cuatro lados y desde más cerca que antes. Durante la noche la banda de Jorth había construído parapetos de tierra y leños desde los cuales disparaban ahora. Juan y sus camaradas veían los fogonazos, de manera que empezaron a devolverles los disparos.

A la media hora, la cabaña estaba tan llena de humo que Juan no podía ver a las mujeres sentadas en su rincón. La intensidad del ataque se redujo ahora algo. Los disparos se hicieron más intermitentes y por consiguiente, mejor dirigidos. Una bala rozó la cabeza de Blaisdell haciéndole una herida dolorosa, pero no grave. Fué Esther la que cortó la sangre y le vendó la cabeza, tarea que realizó hábilmente y sin temblar. El viejo tejano no se podía estar quieto durante la operación. La vista de la sangre en sus manos parecía inflamarle en alto grado.

—Isbel, tengo que salir ahí fuera inmediatamente y no dejar a uno vivo — repetía constantemente.

—No; todos nos vamos a quedar aquí — contestó Gastón. — Estoy vigilando por si vie-

nen Blue, Fredericks y Gordon. Debían estar ya aquí.

Las esperanzas de Isbel no se materializaron. El fuego continuó lo mismo hasta mediodía, en que la facción de Jorth detuvo el ataque.

—¿Qué pensarán hacer ahora? — se preguntó Isbel. — Suspendamos nosotros el fuego y esperemos.

El humo que llenaba la cabaña fué saliendo gradualmente por las ventanas y Esther aprovechó la tregua para acercarse una vez más a ellas y mirar al prado en que estaba el cuerpo de su marido. Juan vió como se ponía lívida da pronto y extendía una mano temblorosa.

—¡Mirad — gritó.

—Ether — ordenó el viejo ranchero. — No te asomes a las ventanas.

—Se ha vuelto loca — murmuró Blaisdell.

Esther parecía haberse vuelto de piedra. — ¡Mirad! ¡Los cerdos han entrado en el prado! ¡Se van a comer el cuerpo de Guy!

Todos se quedaron helados de horror ante la afirmación de Ester. Juan miró rápidamente al prado. Una manada de grandes cerdos negros habían en realidad entrado en la escena y hozaban por la hierba, no lejos de donde yacían los cuerpos de Guy Isbel y de Jacobo. La manada de cerdos pertenecía al ranchero, que los había dejado volverse silvestres.

—Jane, mira los cerdos — balbuceó Esther a la mujer de Jacobo. — ¿Sabes tú algo de cerdos?

La mujer se acercó a mirar a la ventana y se quedó tan pálida como Esther.

—Padre, ¿comerán esos cerdos carne humana? — inquirió Juan, sin aliento.

El viejo miraba por la ventana. Estaba helado. Una situación completamente inesperada había sobrevenido.

—Juan, ¿podrías tirar a esa distancia? — preguntó sombríamente.

—No. Están fuera del alcance de rifle.

—Entonces tenemos que contemplar un espectáculo horrible sin poder salir de aquí — murmuró completamente abatido. — Mira, han roto la cerca. Jorth lo ha hecho para dejar a los cerdos que entrasen.

—No, Isbel, no son tan malos como todo eso — dijo Blaisdell. — Jorth no es capaz de semejante cosa.

—Pues lo ha hecho.

—Puede ser que los cerdos no encuentren los cuerpos de Guy y de Jacobo — contestó Blaisdell sin convicción. Era indudable que deseaba tal contingencia, pero que no la esperaba.

—¡Mirad! — gritó Esther. — Se dirigen derechos a ellos.

Juan contemplaba con náuseas el hecho fatal. Ana Isbel se acercó a mirar a la ventana y lanzó un grito de terror. La mujer de Jacobo estaba muda, como alelada.

Blaisdell lanzó una vigorosa imprecación. — ¡...! Isbel, no podemos quedarnos aquí tan tranquilos mientras los cerdos se comen a los nuestros.

—Pues no tenemos más remedio. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Esther se volvió hacia los hombres. Estaba blanca y fría. Sólo sus ojos parecían dos llamas.

—Alguien podría salir a enterrar a nuestros muertos — dijo.

—Sería la muerte segura. Ya has visto lo que les ha pasado a Guy y a Jacobo... No tenemos más remedio que soportarlo. No hay necesidad de mirar hacia allá.

Juan se preguntó si sería posible dejar de mirar. El espectáculo tenía una horrible fascinación. Los cerdos hozaban por la hierba acercándose gradualmente a los cuerpos. El jefe, un gigantesco animal que en toda su vida había podido comer lo suficiente en aquel árido país, estaba a menos de cinco metros de donde yacía el cuerpo de Guy.

—Ana, déjame algunos vestidos tuyos y un sombrero para el sol — dijo Juan, saliendo de su letargo. — Voy a salir disfrazado. Puede ser que salga adelante.

—No — ordenó su padre, terminantemente. — Jacobo y Guy están muertos y no podemos hacer nada por ellos ya.

—Pero, padre... — imploró Juan. Estaba angustiado por la pasión de Esther y por la agonía que leía en la cara de la otra mujer.

—¡Te he dicho que no! — tronó su padre.

—"Yo iré" — gritó Esther, con voz aguda.

—No irás sola — contestó inmediatamente la mujer de Jacobo, repitiendo inconscientemente las palabras de su marido.

—Ustedes no se mueven de aquí — ordenó Gastón, con voz ronca.

—Yo voy — replicó Esther. — Mi marido está muerto y usted no tiene autoridad sobre mí. Nadie puede detenerme. Voy a salir a espantar a los cerdos y a dar sepultura a mi marido.

—Ether, por Dios, escucha — imploró Gastón. — Si sales, Jorth y su banda te matarán.

—Serán malos, pero no hay hombres capaces de hacer eso.

Todos le rogaron que abandonase su propósito, pero en vano. No quiso escuchar y salió por la puerta de la cocina, seguida por la mujer de Jacobo.

Todo quedó en silencio. Lo mismo la casa que el exterior. La facción de Jorth, dondequiera que estuviera escondida, observaba indudablemente el espectáculo. Todos los ojos estaban fijos en las dos valientes mujeres. Estas cavaron una fosa para Guy Isbel. Esther le envolvió en su chal como mortaja y le enterraron. Después corrieron al lado de Jacobo, que estaba algunos metros más lejos. También para él cavaron una fosa. Su viuda se quitó su propio vestido para amortajarle. Tuvieron que trabajar duro las dos mujeres para levantar el cuerpo de Jacobo y bajarle a la sepultura. Era un hombre muy pesado. Después de enterrarle, su mujer se arrodilló sobre la sepultura y Esther se volvió hacia la de su esposo. Pero no se arrodilló ni pareció rezar en absoluto. Su aspecto era trágico; el de una mujer qeu en aquella sangrienta tierra de Arizona había perdido su padre, su madre, hermanas, un hermano y ahora su marido.

El acto de aquellas esposas de los hombres asesinados debió avergonzar a Jorth y a sus

partidarios. Durante el entierro no dispararon ni un tiro ni dieron señales de vida.

En el interior de la casa todo estaba también en silencio. Juan tenía que limpiarse continuamente los ojos. El viejo Isbel no trataba de ocultar sus lágrimas. Blaisdell movía su cabeza vendada y tragaba saliva. Las mujeres estaban sentadas con los ojos perdidos en el espacio y los niños miraban con asombro a sus mayores.

—Ya vuelven — dijo por fin Gastón, con inmenso alivio. — Y Jorth les ha dejado enterrar a sus muertos.

Este hecho le pareció a Gastón Isbel monstruosamente extraño. Cuando volvieron a entrar las mujeres, les dijo tartamudeando:

—Me alegro... y desde luego hacía mal en oponerme... Tampoco tenía razón diciendo lo que decía de Jorth...

No pudo contestarle nadie, porque en aquel momento, Jorth, como para recuperar el tiempo perdido, renovó el ataque con tan persistentes y furiosas descargas, que ninguno de los defensores se atrevió a contestarle con un tiro. Todos tenían que estar tendidos en el suelo pegados al último tablón de la pared para que no les alcanzase una bala. Estas llovían por las ventanas y todo el barro que había entre los tablones había desaparecido. El fuego duró más de una hora y disminuyó gradualmente por un lado primero y luego por el otro, hasta que cesó totalmente.

—Con seguridad se les han acabado las municiones — afirmó Gastón Isbel.

—No sé, pero desde luego han gastado una barbaridad de tiros — contestó Blaisdell.

—Escuchad — dijo Juan. — Alguien grita.

—¡Eh, Isbel! — dijo desde fuera una voz ronca. — Deja a tus mujeres que salgan a defenderte.

Gastón Isbel se puso lívido, Juan no necesitó más para comprender que la voz burlona que había sonado fuera era la de Jorth. El ranchero se levantó y, con un fatal desprecio del peligro que corría su vida, se asomó a la ventana.

—¡Jorth! — rugió. — Te desafío a tí solo de hombre a hombre.

Nadie contestó a su reto. Juan hizo a su padre retirarse de la ventana. Siguió un silencio que Blaisdell, interrumpió empezando a conversar, diciendo que él creía que la lucha se había acabado por el momento. Nadie se lo discutió. Evidentemente, Gastón estaba poco dispuesto a creerlo así. Juan, sin embargo, espiando desde la cocina, descubrió que Jorth había levantado el sitio y que había congregado a su banda al borde de la espesura. Un tronco de mulas y un carro apareció en el camino y se dirigió hacia la colina. Los caballos ensillados estaban ya fuera del bosque. Juan vió cómo metían en el carro los cuerpos de algunos, indudablemente muertos, que querían llevarse al poblado. Siete hombres a caballo conduciendo otros cuatro caballos sin jinete, siguieron al carro.

—Se han marchado ,padre — dijo Juan. — Y hemos llevado la mejor parte de esta pelea. ¡Si Guy y Jacobo nos hubieran atendido...!

El ranchero movió tristemente la cabeza. Había envejecido considerablemente durante aquellos dos días. Tenía el cabello más blanco y, pasado el combate, la chispa que animaba sus ojos se había convertido en una expresión de tristeza, de sentimiento, de resignación con su suerte.

La vida ordinaria del rancho no volvió para los Isbel. Blaisdell se marchó a su casa para arreglar algunos asuntos y poderse dedicar enteramente a la guerra. Y Gastón Isbel esperaba a los demás miembros de su clan.

Los hombres de la familia vigilaban por turno durante la noche. A la mañana siguiente llegó recado de Blaisdell que Blue, Fredericks, Gordon y Colmor estaban todos en su casa y dispuestos a reunirse con los Isbel. La noticia pareció rejuvenecer a Gaston, pero su entusiasmo no duró mucho. Con las alternativas de tranquilidad y de impaciencia se paseaba por los alrededores de su casa, mirando unas veces hacia el rancho de Blaisdell y con más frecuencia hacia el Valle Herboso.

A Juan le pareció singular que ni Esther ni la mujer de Jacobo hablaran de volver a enterrar a sus maridos. Ninguna de las dos desoladas mujeres pidió nada. Se fueron al prado y pasaron varias horas trabajando solas sobre las sepulturas. Levantaron montículos y pusieron piedras y finalmente cercaron las sepulturas.

—Me vuelvo a casa — dijo la mujer de Jacobo, al volver de aquel trabajo. — Tengo mucho que hacer y que proyectar. Probablemente me iré a vivir con mi madre, que es ya vieja y se alegrará de tenerme a su lado.

—Yo también me iría, si tuviera algún sitio donde ir — declaró con amargura Esther.

Gastón Isbel oyó esta declaración y levantó la cabeza, evidentemente irritado y ofendido.

—No digas eso, Esther — contestó.

La mujer se detuvo delante de su silla y le miró con un terrible desdén en sus ojos grises.

—Gastón Isbel, todo lo que te tengo que decir es esto. Puesto que Lee Jorth y tú os odiáis a muerte, ¿por qué no os portáis como hombres? ¡Malditos tejanos con vuestras sangrientas guerras, a las que arrastráis a todas vuestras familias y amigos! Los hombres de Arizona no son así. ¡Las mujeres desgraciadas para toda la vida! Y todo porque tú y Jorth tenéis diferencias. ¡Si fueras nada más que la mitad de un hombre, te pegarías un tiro tú mismo antes de dejar tantas viudas y huérfanos!

El mismo Juan tembló bajo el latigazo de su desprecio. Gastón Isbel se había puesto tan pálido como un muerto. No pudo contestarle bajo el peso de la verdad despiadada. Bajó la cabeza lentamente y quedó inmóvil, trágico y patético, hasta que el rápido batir de los cascos de caballos anunció que se aproximaban algunos jinetes. Blaisdell apareció en su blanca cabalgadura, conduciendo otro animal cargado. De-

trás de él seguía un grupo de hombres, todos bien armados y con paquetes.

—Entrad — dijo Gastón, sin más saludo. — Bill cuidará de los paquetes. Dejad los caballos como están, sin quitarles las sillas.

La pequeña tropa entró con un aspecto que convenía a la empresa en que estaban empeñados. Juan los conocía a todos. Fredericks era un seco tejano de color de polvo y con ojos amarillos claros, como los de un halcón. Su madre había sido una Isbel. Gordón también estaba emparentado con la familia. Parecía un industrioso minero más que un próspero ranchero. Blue era el más notable de los visitantes. Pequeño y seco, con ojos grises, tenía escritos en todo su cuerpo sus muchos años de vaquero. Se veía al tranquilo y mortal tejano que todo el mundo decía que era. El pasado de Blue en Tejas, era un poco obscuro, pero nadie aludía a él, puesto que los comentarios desfavorables se había descubierto que eran peligrosos. Era el único del grupo que no llevaba rifle, pero en cambio llevaba dos revólveres, costumbre rara en los tejanos y desconocida en Arizona.

Colmor, el novio de Ana, era el miembro más joven del clan y el que estaba más cerca de Juan. Su saludo a Ana afectó a Juan muchísimo e hizo culminar la idea que se había estado desarrollando en su cabeza. Su hermana amaba con devoción a aquel muchacho. Y no precisaba una gran perspicacia para observar que él la correspondía. Los dos eran jóvenes y tenían una larga vida por delante. A Juan le parecía una lástima arrastrar a Colmor en aquella guerra. Los observó cuando hablaban aparte y vió como las manos de Ana se apoyaban en el pecho de Colmor y cómo sus ojos se levantaban hacia él en súplica que sus labios no se atrevían a proferir. Se acercó a ellos y les puso a cada uno la mano en un hombro.

—Colmor, por el bien de Ana, es mejor que no te unas a este sangriento pleito — murmuró.

Colmor pareció hasta ofendido.

—Es el padre de Ana — dijo, — y yo soy casi uno de la familia.

—Eres el novio de Ana y por Dios te aseguro que no debías venir con nosotros.

—Ir con vosotros — tartamudeó Ana.

—Sí. Papá está dispuesto a perseguir a Jorth. ¿No lo veis? Y tenemos un infierno delante.

Ana miró a Colmor con el alma en los ojos, pero no dijo nada. Ansiaba aconsejarle bien, pero sus labios estaban sellados. En la cara de Colmor se leía la agitación de su espíritu. El Código de los hombres le ligaba y no podía romperlo, aunque en aquel momento veía qué equivocado era.

—Juan, tu padre me estableció de ganadero — dijo Colmor, con seriedad, — y ahora me va muy bien en él. Y cuando le pedí a Ana, me dijo que se alegraría de tenerme en la familia. Cuando le oí hablar de esta contienda, le pedí que me dejase entrar en ella. No me quiso ni escuchar; pero al pasar el tiempo y aumentar el número de sus enemigos, consintió, y creo que ahora me necesita y no puedo volverme atrás ni aun por Ana.

—Pues yo me volvería, si estuviera en tu lugar — afirmó Juan, sabiendo que mentía.

—Yo volveré de la lucha vivo y sano, te apuesto lo que quieras — contestó Colmor, con una sonrisa. No tenía los temores y presentimientos que atormentaban a Juan.

—Sí, seguramente. Tienes las mismas probabilidades que los demás, pero no es eso lo que me preocupaba.

—¿Por qué era entonces? — preguntó Ana.

—Si Colmor vuelve con vida tendrá las manos manchadas de sangre — contestó Juan con pasión. — No podrá evitarlo. Yo ya estoy empezando a sentir lo que significa el haber matado, y no quisiera que tu marido, el padre de tus hijos, sintiera lo mismo.

Colmor no interpretó a Juan con la misma sutileza que Ana. Esta se estremeció y sus ojos se dilataron. Pero Colmor no manifestó ningún signo de reacción espiritual. Era joven, de sangre ardiente y leal a los Isbel.

—No te preocupes de mi conciencia, Juan. Nada me gustará tanto como pegarles un tiro a cada uno de esos malditos Jorth.

Establecido así el "statu quo" de Colmor respecto del pleito Jorth-Isbel, Juan no tenía nada más que añadir. Respetaba al novio de Ana y sentía por ella un gran pesar.

Gastón dispuso qeu se diese de comer y beber a sus huéhpedes. Cuando las mujeres cumplieron sus deseos, las hizo retirarse a la habitación contigua y cerró la puerta.

—Ahora podemos hablar y comer.

Los recién llegados quisieron oír, lo primero, detalles de lo que había pasado. Blaisdell les había contado ya lo que había visto, pero no era suficiente e instaron a Gastón para que les contase algo. Este relató, según sus impresiones, lo que había ocurrido en el rancho. También preguntaron a Bill, pero éste estaba taciturno y silencioso. A pesar de la vigilancia de Juan, había seguido bebiendo. Juan también fué requerido para que contase lo que había visto y lo que había hecho. Juan tenía la intención de callarse, porque no le gustaba hablar de sus propias hazañas, pero al ser interrogado por aquellos sombríos y atentos hombres, comprendió que cuanto mejor pintara la crueldad y bajeza de sus enemigos y más vívidamente describiese su participación en el combate, más ligaría a todos sus oyentes a la causa de su padre. Por consiguiente, habló durante una hora, empezando por su encuentro con Colter en el Rim y acabando con Greaves. Sus oyentes escucharon atentamente la narración y al final de ella estaban excitados por la emoción que les habían producido las hazañas de Juan.

—Por fin le diste su postre a Greaves — exclamó Gordon

Todos los reunidos alrededor de la mesa hicieron comentarios y, el último, de Blue, fué el que más impresionó a Juan.

—Fué un modo extraño y tremendo de matar a Greaves. ¿Por qué lo hiciste así, Juan?

—Ya lo he dicho. Porque no quería hacer ruido para seguir matando algunos más.

Blue movió su cabeza delgada de águila y quedó silencioso, como si no estuviera convencido de nada más que de la proeza de Juan. Al cabo de un momento volvió a hablar.

—Volviendo a lo que Juan ha dicho de rastros de caballerías robadas, tengo que decir que hace mucho tiempo que sospechaba que alguien que vive precisamente aquí en el valle se ha estado llevando ganado durante mucho tiempo y haciendo tratos con los cuatreros, y ahora estoy seguro de ello.

Este discurso no produjo en Gastón Isbel el asombro que Juan esperaba.

—¿Quieres decir Greaves o alguno de sus secuaces?

—No. Ninguno de ellos se dedicaba a negocios de ganado. Todos sabemos que Greaves era un canalla, pero lo que yo quiero decir es que alguno que se llama honrado ha estado haciendo negocios sucios.

Blue era un hombre de acción más que de palabras, y un discurso tan fuerte de su parte, sabiendo todos lo astuto que era, causó una profunda impresión en la mayor parte de sus oyentes. Pero, con gran sorpresa de Juan, su padre no se indignó; fué Blaisdell el que se puso hecho una fiera. Bill Isbel también estaba extrañamente indiferente a esta circunstancia entre los ganaderos del Valle. Juan sintió de repente un extraño pensamiento, algo que le pareció el pensamiento de otra persona que su mente hubiera interceptado. ¿Sabría su hermano Bill algo de estos negocios sucios aludidos por Blue? Desechando la conjetura, Juan siguió escuchando con atención.

—Y si esto es verdad, no podemos culpar a Jorth de todos los robos — concluyó Blue.

—No es verdad — declaró Gastón Isbel, con rudeza. — Jorth y su Banda del Machete están en el fondo de todos los robos cometidos en el valle desde hace muchos años y tenemos que barrerlos de aquí.

—Isbel, me parece que todos nos sentiríamos mejor si hablásemos claro — replicó fríamente Blue. — Yo estoy aquí para apoyar a los Isbel y tú ya sabes lo que esto quiere decir. Pero no he venido a combatir con Jorth porque él sea un cuatrero. Los demás pueden tener sus razones; la mía es ésta: Una vez, en Tejas, me auxiliaste cuando yo necesitaba amigos y yo te auxilio a tí ahora por la misma razón. Jorth es tu enemigo y, por consiguiente, lo es mío también.

Gastón Isbel se inclinó ante este últimátum, casi tan agitado como cuando Esther le había apostrofado. El odio hacia Jorth se había posesionado de su corazón como un parásito que engorda a costa de la vida de su víctima. La voz aguda de Blue y sus ojos grises y tranquilos revelaban la verdad de lo que el hombre sentía y su fidelidad a su credo. Aquí, también, aunque de una manera diferente, habían arrojado al rostro de Gastón Isbel el hecho de que su odio iba a hacer sufrir, quizás perder la vida, a otros hombres. Y hasta la misma alma del ranchero se levantaba en apasionada revuelta contra la ciega y elemental fuerza de su naturaleza. Así le parecía a Juan, quien con un amor y una piedad que crecía de hora en hora, veía a través de su padre. ¿Era demasiado tarde? Nada podría hacer a Gastón Isbel volver atrás, pero algo alteraba su mente hasta entonces fija.

—Bueno — dijo Blaisdell. — Volvamos al asunto. Yo opino que Blue debe ser el jefe de esta partida y que todos los demás debemos hacer lo que él diga.

Gastón se opuso a esta elección y hasta se resintió un poco por ella. Era él quien tenía que ser el jefe de la facción de los Isbel.

—Muy bien. Entonces, dinos lo que tenemos que hacer — replicó Blaisdell.

—Vamos a seguirle el rastro a Jorth y de una manera o de otra, matarle. Creo que con esto se acabará la guerra.

—No — contestó Blaisdell. — Matar a Jorth puede que sea el fin de tus deseos, pero no el fin de "nuestra" guerra. Hemos ido demasiado lejos. Si seguimos desde aquí el rastro de Jorth quiere decir que tenemos que acabar con la banda de cuatreros o luchar hasta morir.

—¡Sí, por Dios! — exclamó Fredericks.

—Bebamos por ello — dijo Blue. Todos se volvieron hacia el tejano, reconociendo en él instintivamente la cabeza y el corazón que le hacían el jefe de aquel clan. Blue no tenía nada en la vida que ganar y todo que perder. Pero era tal su espíritu que dejaba las ganancias del futuro antes que dejar de pagar una deuda. Su voz, su aspecto, su influencia era la de un luchador. Todos bebieron, hasta Juan, que aborrecía el licor y aquel acto pareció el momento culminante del concilio. Inmediatamente se hicieron preparativos para salir sobre la pista de Jorth.

Juan no necesitó mucho tiempo para los suyos. Un caballo, una manta, un paquete de carne y pan, una cantimplora y sus armas, eran todo su equipo. Llevaba su vestido de piel de gamo, polainas y abarcas. Pronto la cabalgata estuvo lista para la partida. Juan no quiso ver a Bill despedirse de sus hijos, pero le fué imposible evitarlo. Bill, como hombre, sería lo que fuese, pero era el padre de aquellos niños a quienes amaba. Los pequeños parecían comprender el significado de aquel adiós. Estaban graves, pálidos y sombríos y en el último momento rompieron a llorar. ¿Presentían que su padre no volvería más? A Juan le asaltó este pensamiento fatalista. Juan no vió a Bill despedirse de su mujer, pero la oyó a ella. Al viejo Gastón se le olvidó despedirse de los pequeños, o quizá no pudo. Ni siquiera los miró y su despedida de Ana fué la misma que otros días cuando salía a dar un paseo por el valle. Juan vió en los ojos de su hermana la intuición, el sentimiento, el amor de mujer. No pudo escaparse de ella. — ¡Juan, hermano! — murmuró, al abrazarle. — Es horrible, equivocado... adiós... y si hay que matar... sed vosotros los que matéis a los Jorth... ¡Adiós!

Hasta en Ana, la gentil, la amable Ana, la sangre hablaba por fin. Juan dejó a Ana entre los brazos de Colmor y salió corriendo hacia su caballo. Aquella devastación de un hogar a sangre fría, era más de lo que podía soportar.

Colmor fué el último en llegar donde estaban los caballos. No caminaba derecho ni parecía tener la vista muy clara.

Todos montaron en silencio. El hijo mayor de Bill apareció en la puerta. Su pequeña forma parecía animada por una fuerza muy diferente del dolor. Su cara era la de un Isbel.

—¡Papá! ¡Mátalos a todos! — gritó con pasión que hacía temblar su voz.

El veneno había pasado del padre al hijo.

IX

A media milla del rancho de Isbel, la pequeña tropa pasó por delante de la cabaña de leños de Evarts. padre del muchacho que atendía las ovejas con Bernardino.

Gastón decidió hacer un alto allí. No necesitó llamar. Evarts y su hijo aparecieron en la puerta tan de prisa que los que llegaban comprendieron que habían estado observando su llegada.

—¿Qué tal, Evarts? — dijo Isbel. — Tengo que decirte unas palabras a solas.

—Muy bien, patrón, baje y entre — replicó Evarts.

—¿Enterraste a Bernardino, hijo mío?

—Padre y yo estuvimos ayer allí. Afortunadamente, los coyotes no habían andado por los alrededores.

—¿Cómo están las ovejas?

—Las dejé allí. Me iba a quedar con ellas, pero como estaba solo, tuve miedo. Estaban bien; tienen allí bastante hierba y agua y ahora no es época de que anden alimañas por alrededor.

—Evarts, cuida de ese rebaño — dijo entonces Isbel al padre. — Y si yo no volviese puedes llamar tuyas a esas ovejas. Quisiera que tu hijo se viniera al poblado; no con nosotros, sino después. Estaremos en casa de Abel Meeker.

Otra vez presintió Juan que su padre tenía algún plan que no había comunicado a sus secuaces. Cuando emprendieron de nuevo el camino, Juan se puso al lado de su padre y le preguntó por qué había pedido a Evarts que mandase a su hijo al Valle Herboso. Y el viejo contestó que como el muchacho podía correr sin peligro de un lado para otro en el poblado, podría ser útil para averiguar lo que pasaba en la taberna de Greaves, donde seguramente estarían reunidos sus enemigos. Esto parecía bastante razonable y Juan desechó la idea que se le había ocurrido.

El camino del valle estaba desierto. Cuando una milla más lejos encontraron un grupo de cabañas, Juan percibió cómo algunos de sus asustados moradores trataban de ver sin ser vistos. Sin duda, todos los habitantes del valle estaban en un estado de expectación y de terror. No era difícil que aquel grupo de jinetes le causase la misma impresión aquél grupo de jinetes de Jorth le había causado a Juan. Era una marcha ordenada y al trote que no manifestaba prisa ni excitación. Pero cualquiera podía percibir el aspecto singular de la partida, como si sus intenciones hubieran sido manifiestas.

Pronto llegaron a las inmediaciones del pueblo. Su llegada había sido observada o avisada. Juan vió cómo hombres, mujeres y niños, les observaban por las puertas y las ventanas entornadas. Después columbró algunas figuras de hombres que corrían a través de los huertos hacia el centro del poblado. ¿Serían aquellos amigos de Jorth que le anunciaban su llegada? Juan se sintió convencido de ello. También empezaba a convencerse de que las apreciaciones de su padre respecto del sentimiento de la gente del pueblo hacia Jorth, no eran del todo exactas. Había mucha gente que, interesándose más por las ovejas que por el ganado, sentían simpatía sincera y honrada por la causa de Jorth.

Gastón condujo a su gente por el ancho camino del valle hasta enfrente de la cabaña de Meeker. Juan observó la misma curiosidad en aquella cabaña que en las demás que habían encontrado en su camino. La gente miraba por las puertas y las ventanas entornadas, pero a la llamada de Isbel un hombre bajo y atezado apareció en la puerta armado de un rifle.

—Hola, Gastón — exclamó. — ¿Qué hay de bueno?

—Todo es malo, Abel. Ya hemos empezado — replicó Gastón. — Vengo a pedirte que me prestes tu casa.

—Bien venidos. Mandaré a la familia a casa de Jim. Y si me necesitas estoy contigo, Isbel.

—Gracias, Abel, pero no quiero meter a más amigos en este asunto.

—Como quieras, pero me gustaría muchísimo reunirme a los tuyos. Anoche le pegaron un tiro a mi hermano Ted.

—¿Ha muerto? — murmuró Gastón, afectado.

—No lo podemos averiguar — contestó Meeker. — Jim dice que a él le ha dicho Jeff Campbell que Ted entró en la taberna de Greaves anoche. Greaves era amigo de Ted, pero Greaves no estaba allí...

—No — interrumpió Isbel, con una sonrisa, — y ya no volverá a estar nunca.

Meeker movió la cabeza, comprendiendo y una sombra cruzó por su cara.

—Campbell dice que se lo oyó a alguno de los que estaban allí. Los Jorth bebían fuerte y regañaron con Ted por la misma cuestión de siempre, las ovejas y alguien le pegó un tiro, Campbell dice que se lo llevaron detrás y que está seguro que no estaba muerto.

—Lo siento, Abel; también tu familia tenía que perder en esto. Puede ser que Ted no esté malherido; esperémoslo así. Tú y Jim no os metáis en la contienda.

—Muy bien, Gastón, pero te advierto que si esto dura mucho, toda la Cuenca del Tonto entrará en ella de un lado o de otro.

—Ahora has hablado bien — prorrumpió Blaisdell, — y por eso es por lo que tenemos que movernos ligeros.

—He oído que habéis quitado a Daggs de en medio — cuchicheó Meeker, mirando a su alrededor.

—Has oído bien — le contestó Blaisdell. Meeker rezongó algunas cosas duras, para sí mismo.

—¿Estaba en la cuadrilla de Jorth?

—Estaba, pero se puso delante del cuarenta y cuatro de Juan y...

—¿Dónde está Guy Isbel? — siguió preguntando Meeker.

—Muerto y enterrado — replicó Gastón. — Y ahora te agradeceré que hagas salir a tus gentes y que nos dejes tu casa y tu corral. ¿Tienes heno para los caballos?

—El establo está medio lleno. Entrar todos.

—No. Nos esperaremos a que vosotros os hayáis ido.

Meeker volvió a entrar en su cabaña y Gastón y sus hombres permanecieron sobre sus caballos, hablando bajo y mirando a su alrededor. Se esperaba su llegada y la pequeña aldea despertaba ante la inminencia de la batalla. Dentro de la cabaña de Meeker sonaban voces de mujer y los ruidos de la precipitada evacuación.

La gente miraba desde todos lados; unos ocultos detrás de las puertas y otros, paseándose y murmurando en pequeños grupos. Más abajo, en el lugar en que el ancho camino hacía un recodo, estaba la casa de piedra de Greaves. Sólida y aislada, con sus ventanas obscuras, que parecían ojos vigilantes, ofrecía un aspecto siniestro. Juan veía distintamente las formas de algunos hombres que se acercaban a mirar desde la puerta.

—No nos separan ni quinientos pasos de caballo — calculó Blaisdell.

Nadie contestó a esta observación. Los ojos de Gastón Isbel se habían estrechado hasta formar dos líneas en su cara tostada y no los separaba de la casa de Greaves. Blue ofrecía, asimismo, un aspecto siniestro. Quizá no estaba más sombrío que los demás, pero revelaba una intensa preocupación. Sus miradas estremecían a Juan, que, aunque adivinaba sus ansias de muerte, no alcanzaba a comprender la verdadera causa. La actitud de los aldeanos, los vigilantes paseos de los secuaces de Jorth y el silencioso frente de la facción Isbel, constituían para Juan una amenaza que pronto sería una terrible realidad.

A una llamada de Meeker, desde la espalda de su caballo, Gastón entró en el corral seguido por los demás.

—Que alguno cuide de los caballos — ordenó Gastón, apeándose y tomando su rifle y su paquete. — Mejor dejadlos ensillados, por lo menos hasta que veamos qué es lo que pasa.

Juan y Bill llevaron los caballos al establo y mientras les daban de comer y de beber, Juan tuvo la impresión de que Bill quería hablar, librarse con él de algún peso que le oprimía. Esta particularidad de Bill se había hecho notable en los últimos tiempos cuando estaba perfectamente sereno; pero, sin embargo, nunca había hablado, ni siquiera empezado a decir nada extraordinario. En aquella ocasión, sin embargo, Juan estaba seguro de que lo hubiera hecho, de no haber interrumpido la llegada de Colmor.

—Muchachos, las órdenes del viejo para nosotros son acercarnos por tres lados a la taberna de Greaves, manteniéndonos fuera de tiro hasta que encontremos la manera de ocultarnos y entonces acercarnos lo más que podamos y tirar sobre todos los amigos de Jorth que se asomen.

Bill Isbel se marchó sin replicar a Colmor.

—No tengo gran confianza en ese plan — ponderó Juan. — Jorth tiene muchos amigos por aquí que pueden tirar sobre nosotros.

—Así se lo dije a tu padre, pero no me hizo caso. No hay que llevarle la contraria, ahora. Me pareció muy extraño.

—Puede que él lo sepa mejor que nosotros. ¿Te dijo algo sobre lo que él y los demás piensan hacer?

—Nada, Blue le preguntó lo mismo y obtuvo la misma respuesta que yo. Creo que lo mejor que podemos hacer es cumplir sus órdenes por un rato, por lo menos.

—Parece como si quisiera tenernos apartados de la lucha — replicó Juan, pensativo. — Puede ser... pero no; mi padre no es tonto. Colmor, espérate aquí hasta que me pierda de vista. Voy a dar la vuelta y acercarme tanto como sea prudente a la taberna de Greaves, por la espalda. Tú vete por el lado derecho y ocúltate bien.

Con esto, Juan se separó, dió la vuelta al granero y saltó una cerca dirigiéndose hacia el norte del poblado. Llegó a una línea de barrancones y siguió por ella hasta que salió al camino. Estaba a cosa de un cuarto de milla de la casa de Greaves. No veía a nadie. El camino, los campos y los corrales, todo estaba desierto. Un paréntesis se había abierto en las pacíficas actividades de la aldea. Cruzando el camino, Juan describió un amplio semicírculo alrededor de varias cabañas, donde la abundante maleza le proporcionaba una protección segura y le facilitaba el acceso a una línea directamente detrás de la taberna de Greaves. Pronto llegó a una cabaña que estaba por aquel lado y algunos de sus habitantes le descubrieron. Juan casi esperaba un tiro por aquel lado, pero estaba equivocado. Un hombre, desconocido para él, vigilaba atentamente sus movimientos y a poco le hizo con la mano un signo como para decirle que nada tenía que temer. Después de este acto, desapareció. Juan creyó que había sido reconocido por alguno que no era enemigo de los Isbel. Por consiguiente, pasó por por el lado de la cabaña y llegando a un grueso árbol que le ofrecía buen abrigo, se

detuvo a observar. Desde allí podía vigilar la taberna de Greaves por la parte trasera y desde una distancia probablemente demasiado larga para que le alcanzasen los tiros de rifle. Enfrente de él y a cada lado de la casa que vigilaba se extendía el poblado. El camino pasaba por delante del edificio y la posición de Juan era tal que no podía ver este camino desde la puerta de la taberna hasta la casa de Meeker, cosa que le inquietaba. No satisfecho con su puesto, estudió los alrededores buscando un puesto mejor y descubrió lo que creía que era una posición más favorable, aunque tampoco alcanzaba a ver mucho hacia el lado de la casa de Meeker. Juan volvió a darle la vuelta a la cabaña y saliendo al claro se colocó de un modo que tenía entre él y la ventana de la casa una esquina de la tapia del corral de Greaves. Después corrió valientemente por el llano y llegó hasta un carro viejo, desde detrás del cual se proponía acechar. No podía ver ni las ventanas ni la puerta de la casa, pero si alguien salía de ella por la puerta trasera, estaría al alcance de su rifle. Juan corría el riesgo de que lo atacasen por los lados.

Tan aguda e investigadora era su mirada, que pronto descubrió a Colmor deslizándose por detrás de los árboles a unos ochenta metros hacia la derecha. Todos sus esfuerzos para percibir a Bill fueron infructuosos, a pesar de que a la derecha había muchos sitios que le podían proporcionar excelente vista del frente de la taberna y de todo el lado oeste.

Colmor desapareció entre la jara y Juan se quedó, al parecer, solo vigilando el desierto poblado. Sentía cómo el tiempo pasaba y las sombras que el sol proyectaba le mostraban que aunque a él le parecían interminables, las horas pasaban volando.

Súbitamente vibró en los oídos de Juan el agudo estampido de un rifle. Se enderezó, estremecido. La detonación había llegado de la taberna y fué seguida por una serie de disparos de revólver. Contó tres, los demás fueron demasiado rápidos. Un aullido siguió a los tiros; un aullido agudo y triunfante. Otros gritos no tan salvajes ni tan extraños siguieron al primero.

Juan estaba seguro de que algunos de los secuaces de Jorth asomarían por alguna parte. Tuvo que esforzarse para contener el temblor que le habían causado aquellas detonaciones y el significativo grito. No apareció nadie ni a los oídos de Juan llegó el más ligero ruido. El silencio y la inacción se le hicieron insoportables. No es que no pudiera esperar la salida de un enemigo, era que no podía esperar para saber qué había pasado. Cada momento que pasaba quieto allí con las manos como de acero sobre el rifle añadía algo a sus pensamientos de desastre. Un tiro de rifle seguido por varios tiros de revólver. ¿Qué podría ser? Tiros de revólver de diferentes calibres, seguramente disparados por personas distintas. ¿Qué podría ser? Y no eran los disparos lo que preocupaban a Juan, sino el rugido que los había precedido. Toda su inteligencia y su valor no eran bastantess para combatir la certeza de alguna calamidad. Y por fin, rindiéndose a ella, dejó su puesto y corrió como un venado por el claro hasta que llegó al camino, donde se detuvo por precaución. No había un ser viviente a la vista. Siguió corriendo hasta alcanzar las tapias del corral de Meeker, que salvó, dirigiéndose a la cabaña.

Colmor estaba allí respirando fuerte y enfrente de él, varios de los demás con los rifles preparados. El camino estaba desierto hasta donde alcanzó la rápida mirada de Juan. Blue estaba sentado en el umbral de la puerta liando un cigarrillo. En aquel momento apareció Blaisdell en la puerta de la cabaña. Juan nunca le había visto con aquel aspecto.

—Juan, mira allá abajo, en el camino, hacia la casa de Greaves — dijo con voz entrecortada y señalándole hacia donde decía con su mano grande que temblaba.

La mirada de Juan, rápida como el relámpago, siguió aquella dirección, abajo, hasta detenerse en la forma postrada de un hombre que yacía en medio del camino. Un hombre de grandes dimensiones, con los brazos abiertos y la cabeza blanca. ¡Muerto! El reconocimiento fué tan rápido como la mirada. ¡Su padre! ¡Lo habían matado! ¡Los Jorth! Ya estaba hecho. Su padre no se había engañado en sus presentimientos de muerte. Después de estos pensamientos rápidos, vino un sentido de desaliento, casi de momentáneo olvido, que cedió el lugar a un dolor, un dolor que Juan no había conocido desde la muerte de su madre. Pasó esta sensación de agonía y su helada presión cedió a una ráfaga de sangre, fiera como un infierno.

—¿Quién fué quien lo hizo? — suspiró Juan.

—Jorth — contestó Blaisdell. — No pudimos contener a tu padre... Estaba hecho un león y arrojó su vida al peligro... Si no fuera por eso no sería tan horrible. Hemos venido aquí a matar y a que nos maten, pero no así... fué un asesinato.

En los labios de Juan se veía una pregunta muda, fácil de leer.

—Díselo tú, Blue; yo no puedo — concluyó Blaisdell metiéndose en la cabaña.

—Siéntate, Juan y toma las cosas con calma — dijo Blue con tranquilidad. — Todos nos figuramos y tú lo sabes, que no saldremos vivos de este negocio y es lo mismo caer de una manera que de otra. De lo que tenemos que preocuparnos es de hacer que algunos de la otra partida muerdan el polvo, como se lo han hecho morder a tu padre.

En presencia de aquel hombre, tan frío y tan seguro de sí mismo, Juan sintió que en su espíritu se levantaba la obscura aceptación de la fatalidad. Aquel hombre poseía algo que recordaba el instintivo conocimiento que tiene de su veneno la serpiente de cascabel. Juan se sentó y se limpió el sudor de la cara.

—Juan, tu padre quiso llamar a Jorth pa-

ra ajustar cuentas con él solo y salvarnos a los demás, pero se acordó de eso demasiado tarde — empezó a decir, Blue, lanzando nubes de humo. — Puede ser que hace algunos años y puede que no haga tanto, si hubiera llamado a Jorth para ajustar cuentas de hombre a hombre, no hubiera habido esta guerra. La conciencia de Gastón Isbel se ha despertado demasiado tarde. Esto es lo que yo me figuro.

—Bueno, dígame de una vez y de prisa cómo ha sido.

—A poco de marcharte tú, ví a tu padre escribiendo algo en la hoja de un libro, una hoja de la Biblia de Meeker, como puedes ver. Lo encontré curioso. Blaisdell me avisó. No tardó en llegar el joven Evarts; tu padre se lo llevó aparte y le habló y le dió algo, que según me figuré después era la nota que había escrito en la hoja de la Biblia de Meeker. Blaisdell y yo tratamos de sacarle lo que era, pero no pudimos conseguirlo. Yo seguí observando y al cabo de un rato ví al joven Evarts deslizarse por la puerta trasera. Media hora después un chico descalzo cruzaba el camino y entraba en la taberna de Greaves. Entonces comprendí la verdad como si la leyese en la cara de tu padre. Había mandado una nota a Jorth desafiándole a encontrarse con él solo, de hombre a hombre. No le dije nada a Blaisdell; seguí observando.

Blue dijo lentamente aquellas últimas palabras, como si gozase recordando la agudeza de su razonamiento. Una sonrisa curvaba sus delgados labios. Chupó dos veces seguidas de su cigarrillo y lanzó otra nube de humo. Súbitamente, cambió y con un rápido y significativo gesto de la mano siguió hablando con pasión.

—El coronel Lee Jorth salió de la taberna y avanzó por el camino unos cien pasos. Luego se detuvo; llevaba su larga levita y su sombrero negro. Todos nos quedamos mirando. Yo me olvidé de tu padre por el momento y lo mismo les pasó a los demás, pero pronto le recordamos cuando le vimos lanzarse fuera de la casa. Todos nos lanzamos a él entonces. Yo le llamé y Blaisdell hasta le rogó que se volviese. Todos tenían algo que decirle. ¡Inútil! Entonces yo le dije algunas palabras gruesas y que estaba claro como la luz que Jorth no tenía un aspecto honrado. Yo tengo un sentido especial para cosas así. Sabía que Jorth tenía preparada una traición.

—Tu padre no llevaba rifle; solamente el revólver. Descendió por el camino como un gigante, andando cada vez más de prisa, con la cabeza alta. Estaba magnífico, pero a mí me ponía malo verle. Oí gemir a Blaisdell y blasfemar a Fredericks. Cuando tu padre se detuvo a unos cincuenta pasos de Jorth, todos nos quedamos mudos. Oímos la voz de tu padre y luego la de Jorth. Cortaban como cuchillos; se conocía en ellas el eterno odio que se tenían.

Blue se había puesto un poco hosco. Su voz se había alterado, revelando su sentimiento.

—Tu padre y Jorth sacaron sus revólveres los dos al mismo tiempo; pero, precisamente cuando los sacaban, alguien disparó desde la taberna. Debió ser un rifle de buen calibre. Es probable que la bala alcanzó a tu padre bajo, en la mitad del cuerpo, pues cayó de rodillas, disparando como un demonio, tanto que tuvo que errar todos los tiros. Entonces Jorth avanzó una docena de pasos y disparó hasta que tu padre cayó del todo... Jorth se acercó a él, le examinó y lanzó un grito de apache como no he oído otro en la vida, y luego se retiró lentamente hacia la taberna.

La voz de Blue cesó de hablar y Juan se sintió como presa de un vértigo que le hundía en un abismo de negras profundidades. La cara de halcón de Blue se esfumaba. Ocultó la suya entre las manos y un ligero temblor sacudió todos sus músculos. Aquel paroxismo pasó lentamente y Juan fué volviendo a la realidad. Blaisdell puso una mano grande y cariñosa sobre su hombro.

—Anímate, hijo mío — dijo con una voz ahora clara y resonante. — Esto era lo que u padre esperaba y lo que a todos nosotros nos llegará... Si pensabas matar a Jorth antes, imagínate cómo querrás matarlo ahora...

—Tiene razón Blaisdell — dijo Blue. — Jorth no debe ver el sol de mañana.

Aquellas llamadas a lo que había de primitivo, de indio en Juan, no fueron en vano. Pero aun cuando le invadía la sombría pasión de la venganza, se daba cuenta de la singular crueldad que le imponía el destino. La cara de Ellen Jorth aparecía pálida, indecisa, como la cara de un espectro flotante.

—Blue — dijo Blaisdell, — tenemos que retirar el cuerpo de Isbel tan pronto como nos sea posible y enterrarlo. Creo que lo podremos hacer después de obscurecer.

—Sí — replicó Blue, — pero ahora tened en cuenta todos vosotros que necesito un tiempo de reflexión. Tengo algo en la cabeza que debo precisar.

A Juan le fascinaba el aspecto, las palabras y los hechos de aquel hombre tan pequeño. Indudablemente, Blue tenía algo en la cabeza, algo que no presagiaba nada bueno para los que estaban en aquella casa cuadrada que había en el recodo del camino. Se paseó por el camino y por el corral y luego, entrando en la cabaña, se siguió paseando cada vez más aprisa. De pronto se detuvo y, levantando el brazo derecho con un gesto de fiereza, dijo sencillamente:

—Juan, haz que entren todos.

Todos entraron siniestros y silenciosos con sus miradas ansiosas fijas en el pequeño tejano. Su autoridad se notaba marcadamente.

—Gordon, ponte en la puerta y vigila con cuidado — siguió Blue. — Y ahora escuchad todos, porque ya lo tengo todo pensado. Esto de cazar hombres es para mí lo mismo que para vosotros la cría de ganado, y toda mi vida pasada en Tejas me vuelve a la imaginación ahora, y creo que en buena hora para todos. Voy a matar a Lee Jorth. A él primero y puede ser que después a alguno de sus hermanos. He tenido que pensar en muchos procedimientos antes de dar con uno seguro. ¡Y

éste sí que es seguro; Jorth tiene que morir! Bueno, ved aquí mi plan: Jorth y todos sus partidarios están ahora bebiendo, podríamos apostarlo, y no piensan salir de la taberna, esperando que nosotros empecemos la batalla, y quizás piensen que vamos a emprender un sitio como el que ellos emprendieron en el rancho de Isbel. Pero nosotros no vamos a hacer eso, sino que vamos a sorprenderlos. Sólo hay entre ellos un hombre peligroso, que es la Reina; yo le conozco a él, pero él no me conoce a mí, y voy a acabar con el trabajo antes de que trabemos conocimiento.

Blue hizo una pausa; sus ojos se estrecharon y toda su cara revelaba una intensa preocupación, como si estuviera viendo una escena de naturaleza extraordinaria.

—¿Cuál es tu plan? — le interrogó Blaisdell.

—Todos conocéis la casa de Greaves — continuó Blue. — Las ventanas tienen todas persianas de madera que impiden que la luz se vea desde el exterior. Bueno; apostaría a que la banda de Jorth se pondrá a celebrar la muerte de Isbel, tan pronto como se haga de noche. Empezarán a beber y encenderán la luz y cerrarán las ventanas, sin preocuparse en lo más mínimo de nosotros. La casa es sólida como un fuerte. No puede arder y nunca se imaginarán que los vamos a atacar allí. Tan pronto como se haga de noche nos vamos a acercar a casa de Greves dando rodeos por las otras casas. Creo que lo mejor que podemos hacer es dejar donde está el cuerpo de Isbel; puede ser que después tengamos más gente que enterrar. Nos arrastraremos por entre las jaras que hay enfrente del corral de Coleman, y aquí es donde Juan entra en escena. Tomarás un hacha, y desde luego tus armas, y te acercarás a la casa por la parte trasera, ejerciendo algunas de esas habilidades de indio que tienes. Es un trabajo importante que creo será fácil para ti Por allí estará completamente obscuro y nadie se preocupará de mirar y podrás tomarte el tiempo que necesites para acercarte. Por si no te acuerdas de cómo es la espalda de la casa de Graeves, te la voy a dibujar.

Blue se arrodilló en el suelo y con un dedo trazó en la arena el plano de la casa de Greaves, con el corral y la cerca, la ventana y la puerta trasera, y especialmente un hueco en la fundación de piedra, que Greaves empleaba para almacenar leña.

—Tengo particular cuidado en hacerte observar este agujero, Juan, porque si la banda sale de la casa, te podrás esconder en él y hacer que se arrepientan de haber salido. Cuando llegues a la pared de la casa de Greaves, y esperes lo suficiente para ver y escuchar, pegarás un hachazo con toda tu fuerza sobre las hojas de la ventana y después haces lo mismo con la puerta. Echas una mirada al interior también; puede serte útil, y luego te retiras a un lado, de manera que si disparan por la puerta o la ventana no te puedan acertar... Y ahora es cuando yo entro en escena. Cuando pegues el hachazo en la puerta yo me acercaré a la casa por la fachada principal. Jorth y el resto de la banda estarán preocupados por tus golpes en la puerta trasera y "mirando" hacia ese lado. Yo entraré gritando y apuntando con mis revólveres a Jorth.

—¿Es eso todo? — rezongó Blaisdell.

—Sí, esto es todo y me estoy figurando que es bastante — contestó Blue, secamente. — Lo mismo pensará Jorth.

—¿Y cuándo entramos nosotros en juego?

—Vosotros podéis venir detrás de mí — contestó Blue, con vacilación. — Mi plan no pasa de matar a Jorth y a sus hermanos. Puede ser que le haga algo a la Reina, pero a quien quiero asegurar es a Jorth. De esto depende todo. Tal vez logre salir y entonces vosotros podéis llenar de balas la habitación.

—Pues, con el debido respeto, te diré que no me gusta tu plan — declaró Blaisdell. — El éxito depende de muchos pequeños detalles, cualquiera de los cuales puede salir mal.

—Blaisdell, me parece que conozco este juego mejor que tú — replicó Blue. — Me lo dice el instinto. Todo saldrá bien.

—Pero supón que la puerta de la taberna de Greaves está cerrada con barra — protestó Blaisdell.

—No tiene ninguna barra — dijo Blue.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Vas a correr un riesgo terrible.

La contestación de Blue fué una mirada que hizo acudir la sangre a la cara de Blaisdell. Sólo entonces comprendió el ranchero que Blue había corrido ya riesgos semejantes y que quería correrlo ahora, no con la esperanza de salir con vida, sino para morir con arreglo a su peculiar código de honor.

—Blaisdell ¿no has oído hablar nunca de mí en Tejas? — inquirió con sequedad.

—No. Y Gastón nunca nos explicó cómo te había conocido.

—Yo no me llamo Blue.

—¿Pues cómo te llamas entonces, si no hay inconveniente en la pregunta?

—King Fisher — contestó Blue.

El estremecimiento de Blaisdell se debió comunicar a los demás. Juan sintió asombro y alguna otra emoción de la que no se daba completa cuenta, al encontrarse cara a cara con uno de los individuos más notables que jamás habían salido de Tejas; de un proscrito a quien se suponía muerto hacía muchos años.

—Guardaría mi secreto si creyese que iba a salir con vida de esto. Pero aquí me voy a quedar: lo presiento. Isbel era mi amigo y me salvó de ser linchado en Tejas, y por eso ahora voy a matar yo a Jorth. Ahora, si alguno de vosotros sale con vida de aquí, le encargo que diga por todas partes quién era yo y por qué estaba al lado de Isbel, porque todo lo que se dice de las ovejas y el ganado, de la Banda del Machete y de los cuatreros, son cuentos. Yo sé que Isbel también ha hecho cosas que no estaban del todo bien y no quiero que se diga que he matado a Jorth por que era un cuatrero.

—Un poco tarde es ya para todas esas consideraciones, Blue — dijo Blaisdell, con ra-

bia y asombro. — Pero se me figura que tú ya sabes lo que te dices. De todas maneras no quiero oírlo.

En aquel momento Bill Isbel entró en la cabaña, demasiado tarde para oír todo lo que había dicho Blue. Juan estaba seguro de esto, porque cuando Blue pronunciaba sus últimas palabras, las pesadas botas de Bill sonaron en el camino. Sin embargo, el aspecto de Bill o la mirada de Blue, o quizás las dos cosas, añadieron para Juan misterio a lo dicho, sobre las causas de la guerra Jorth-Isbel. ¿Sabía Bill algo de lo que había dicho Blue? Juan tenía una idea de que sí y en aquel amargo momento su mirada se dirigió por la abierta puerta hacia el camino donde encontró la postrada forma de su padre.

—Blue, podía usted haberse callado eso, lo mismo que su nombre — dijo, con amargura. — Es demasiado tarde para que ninguna de las dos cosas hagan ningún bien... Pero yo aprecio su amistad por mi padre y estoy dispuesto a llevar a cabo su plan.

Aquella decisión de Juan puso fin a las protestas de Blaisdell o de cualquiera de los demás. La sonrisa de Blue expresaba su satisfacción. Luego una sombría tregua se impuso sobre todos aquellos hombres. Salieron y se pasearon vigilando para volver a entrar nerviosos y taciturnos. La mirada de Juan se dirigió cien veces por el camino para posarse en la forma de su padre. El espectáculo levantaba en su pecho toda clase de emociones, pero principalmente lástima. ¡Gastón Isbel yaciendo en el camino con la cara en el polvo! Tenía la camisa manchada de sangre por la espalda. Le habían atravesado. Cada vez que Juan veía aquella sangre tenía que reprimir sus impulsos de salvaje.

Las horas de la tarde pasaban y el poblado estaba como si sus habitantes lo hubieran abandonado. Ni siquiera un perro se asomaba al borde del camino. Jorth y algunos de sus hombres salieron de la taberna y se sentaron en la puerta en grupos. Cada uno de sus movimientos parecía consolidar su confianza. Hacia la puesta del sol entraron otra vez en la casa, cerrando las puertas y ventanas. Blaisdell llamó entonces a la facción Isbel para que comiesen y bebiesen algo. Juan no sentía hambre y Blue, que se había mantenido aparte de todos, no manifestó deseo alguno de comer; tampoco fumaba, aunque por la mañana nunca se le había visto sin un cigarro en la boca.

Llegó el crepúsculo y la noche. Ni una luz brillaba en la negrura.

—Ya es tiempo — dijo Blue, saliendo de la cabaña. Juan le siguió en silencio llevando su rifle y su hacha y detrás de él marcharon los demás. Blue los condujo hacia la izquierda a través del campo, hasta que llegaron a una obscura línea de árboles.

—Ahí es donde el camino hace el recodo — le dijo a Juan, — y esta es la cabaña de Colemán. Buena suerte, Juan.

Juan sintió la mano de acero, y en la obscuridad percibió el brillo de los ojos de Blue. No encontró respuesta para la lacónica despedida, y apretando la dura y delgada mano se perdió en la obscuridad.

Una vez solo, su parte en la operación le animó a una febril actividad. Este era el trabajo que él sabía hacer. En aquella ocasión era importante, pero le parecía que Blue había deliberadamente tomado para sí la parte más peligrosa. ¿Sería realmente King Fisher, aquel vaquero de cabellos grises? A Juan le maravillaba el hecho y temblaba por Jorth. En diez minutos Jorth estaría tendido y sangriento. Algo en la obscura y silenciosa noche de verano se lo decía a Juan. Avanzó rápidamente; atravesó el camino corriendo y siguió por el mismo sitio en que había pasado la mañana. A los pocos minutos se detenía jadeante detrás de la casa de Greaves. Una chispa de luz rompía la obscuridad. La banda de Jorth había encendido la gran lámpara que pendía del centro de la taberna; escuchó. Voces y roncas risas rompían el silencio de la noche. Lo que Blue había llamado su instinto, no le había engañado. Estaban celebrando la muerte de Gastón Isbel.

En pocos minutos, Juan recobró el aliento y puso todas sus facultades en el trabajo que tenía delante. Su vista y oído parecían multiplicados. Sus movimientos no hacían el menor ruido. Ganó el carro, donde se volvió a detener.

Siguió avanzando lentamente. Se detuvo otra vez. No había guardas al exterior. Oyó el choque de dos copas y la perezosa voz de un tejano; después otra voz más fuerte y ronca: la de Jorth. Esta encendió a Juan. Su sangre corría como fuego por sus venas, mientras que su piel se crispaba en escalofríos. Necesitó un tremendo esfuerzo de voluntad para contenerse un momento más y escuchar para asegurarse. En aquel instante le invadió una ola de sangre caliente. Con algunos rápidos saltos ganó el tramo entre la puerta y la ventana. Apoyó el rifle contra la pared de piedra y esgrimió el hacha. ¡Crac! Las hojas de la persiana cayeron al suelo en el interior de la cabaña. Una ronca voz rompió el silencio que se hizo después con un "¿Qué es eso?"

Con toda su fuerza volvió a descargar Juan la pesada hacha contra la puerta. La parte inferior de ésta cayó también hacia adentro. La luz brillante salió por el agujero.

—¡Cuidado! — gritó la voz alarmada de un hombre. — Están hundiendo la puerta trasera.

Juan volvió a pegar en la puerta; las astillas saltaron dentro de la habitación.

—¡Tienen hachas! — exclamó otra voz. — Empujemos el mostrador contra la puerta.

—¡No! — tronó otra voz que denotaba autoridad y espanto al mismo tiempo. — Dejadlos que entren. Sacad los revólveres y guareceros en algún sitio.

—No entran — fué la réplica. — Tirarán sobre nosotros desde fuera.

—¡Apagad la lámpara! — gritó otro.

El tercer hachazo de Juan hundió en parte la mitad superior de la puerta. Gritos y maldiciones se mezclaban con el ruido de los bancos y las pisadas de las pesadas botas. Un grito diferente, de terrible significado, dominó

todo aquel tumulto, haciendo a Juan soltar el hacha y tomar el rifle.

—¡Qué nadie se mueva!

Aquella voz cortó el aire como un acero. Era la de Blue. Juan aplicó rápidamente un ojo a una de las grietas que había hecho en la puerta. La mayor parte de los que veía parecían haberse quedado helados en posiciones raras y violentas. Jorth estaba en pie al frente de sus hombres, en mangas de camisa y sin sombrero, con un brazo extendido hacia un hombre de pequeña estatura que estaba en el umbral de la puerta. Aquel hombre era Blue. Juan no necesitó más de una mirada para comprender por qué Blue había elegido aquel medio.

—¿Quién eres tú? — preguntó Jorth.

—El brazo derecho de Gastón Isbel, muy conocido en Tejas... King Fisher.

Aquel nombre debía ser una garantía de muerte. Jorth reconoció al proscrito y comprendió su suerte. A la luz de la lámpara su cara tenía una blancura pálida y verdosa. Su mano extendida se bajó lentamente temblando.

Del revólver que Blue llevaba en la mano izquierda salió un relámpago rojo. Varios disparos sonaron casi a la vez. Jorth dejó caer el arma que tenía en la mano y su cuerpo se dobló por en medio llevándose las manos, como alas rotas, al abdomen. Su cara no cambió de expresión ni retiró la mirada de Blue, pero los sonidos que emitía eran de mortal terror. Empezó a doblegarse sin retirar aquella terrible mirada de su matador, hasta que cayó.

Su caída rompió el hechizo. Hasta Blue se había detenido a mirar a Jorth en sus gestos mortales. Los secuaces de Jorth empezaron a disparar; Juan vió cómo Blue les devolvía los disparos y derribaba a un hombre de gran tamaño que cayó sobre el cuerpo de Jort. Rápido como el pensamiento, Juan levantó el rifle y disparó sobre la lámpara, que se estrelló contra el suelo. La obscuridad lo envolvió todo en un espeso manto que rompían los fogonazos rojos de los disparos. En el interior de la casa estalló un infierno de gritos, maldiciones y disparos. Juan metió el cañón de su rifle por el agujero de la puerta y apuntando bajo apretó el gatillo hasta que vació el cargador. Luego descargó asimismo su revólver. El rugir de los rifles al otro lado de la casa, indicó a Juan que sus camaradas habían entrado en la pelea. Las balas empezaron a salir por la puerta que él había roto. Corrió a darle la vuelta a la casa, apartándose cuidadosamente un poco hacia la izquierda y vió una línea de rojos relámpagos en medio del camino. Blaisdell y los demás disparaban contra la puerta de la taberna. Juan volvió a cargar su rifle y corrió hasta colocarse detrás de sus compañeros. Sus disparos habían disminuído y Juan vió que algunas formas obscuras avanzaban hacia él.

—¡Eh, Blaisdell! — gritó, para prevenirlos.

—¿Eres tú, Juan? — replicó el ranchero. — No nos preocupábamos de tí.

—¿Y Blue? — inquirió Juan, con ansiedad.

Una pequeña figura pasó por su lado, rezongando.

—¿Qué tal, Juan? Hiciste bien tu parte. Yo voy a necesitar algunas reparaciones, pero no es nada.

—Colmor está herido — dijo la voz de Gordón, a algunos metros de distancia. — Venid alguno a ayudarme.

Juan corrió a ayudar a Gordón a sostener a Colmor. — ¿Estás malherido? — pregunto, ansiosamente.

El joven llevaba la cabeza colgando y respiraba fuerte; no contestó. Tuvieron casi que llevarle en brazos.

—¡Vamos! — dijo Blaisdell a los que todavía seguían tirando. — Fredericks, tú y Bill ayudadme a encontrar el cuerpo del viejo... está por aquí.

Pronto lo encontraron y lo recogieron, siguiendo a Juan y a Gordon, que sostenían al maltrecho Colmor. Juan miró hacia atrás y vió a Blue que se arrastraba el último. Estaba demasiado obscuro par distinguir bien, pero recibió, sin embargo, la impresión de que Blue estaba herido peor de lo que se figuraba. No estaba muy lejos de la cabaña de Meeker, pero a Juan le pareció que tardaban mucho en llegar a ella. Cuando la procesión entró en el corral, Blue venía rezagado.

—¿Qué te pasa, Blue? — preguntó Blaisdell, consternado.

—Creo que ya tengo mi parte — contestó secamente Blue.

Entró en un corral y cayó al suelo, extendiéndose sobre la hierba.

—¡Estás malherido! — exclamó Blaisdell. Los demás se detuvieron y dejaron en el suelo el cuerpo de Gaston Isbel. Blaisdell se arrodilló al lado de Blue. Juan dejó a Gordon que se arreglase con Colmor y se precipitó hacia ellos.

—No, no estoy herido — dijo Blue, con una voz mucho más débil. — Estoy muerto. Ha sido la Reina... Ya me oísteis todos que la Reina era el único de cuidado en esa cuadrilla. Yo lo sabía y podía haberle matado, pero me interesaban más Jorth y sus hermanos. — La voz de Blue se extinguió.

—¡Dios! — murmuró Blaisdell.

—Era divertido ver la cara que puso Jorth cuando le dije que era King Fisher... y todavía más divertido cuando le tiré... pero fué la Reina... ! murmuró Blue.

—¡Blue! — gritó Blaisdell. No recibió respuesta y se inclinó en la obscuridad sobre el cuerpo del caído y le puso una mano sobre el pecho.

—Está muerto... No sé si sería en realidad el viejo tejano King Fisher. Nadie le hubiera creído... pero si ha matado a los Jorth, yo le creerá

X

DOS semanas de soledad en la selva habían obrado un cambio incalculable en Ellen Jorth.

En el mes de junio su padre y sus tíos se habían marchado con Colter y Daggs y otros seis hombres, todos bien armados, algunos ensombrecidos por la bebida y otros animados por el presentimiento de lucha. Ellen no había

recibido órdenes de ninguna clase. Su padre se había olvidado de decirle adiós o no había querido hacerlo. Llevaban su terrible misión estampada en sus semblantes.

Todos se habían ido y no obstante, aguda como había sido la pena de Ellen, su partida fué como un alivio. Los había oído jactarse y fanfarronear tantas veces, que tenía sus dudas sobre la gran guerra Isbel-Jorth. Los perros que ladran mucho no muerden. Quizás alguno saldría malherido, quizás muerto, pero luego la guerra seguiría como hasta entonces; la mayor parte en bravatas. Muchas de sus antiguas impresiones se habían desvanecido. Su desarrollo era tan rápido y continuo que podía considerar de un día para otro su propia transformación. Por la noche se acostaba dándose al diablo y por la mañana se levantaba cantando.

Jorth había dejado a Ellen con la mejicana y Antonio, pero Ellen no los veía más que a las horas de comer, y no siempre, pues iba con frecuencia a visitar a su amigo Sprague o volvía tarde a casa y se hacía sus propias comidas.

La cabaña de Sprague estaba cerca, y desde que había dejado de montar en "Espadas", hacía el camino andando. "Espadas" estaba acostumbrado a comer maíz, y por las mañanas se acercaba al rancho y relinchaba. Ellen había prometido no dar nunca de comer a aquel caballo y Antonio era el encargado de hacerlo. Pero una mañana que Antonio estaba ausente, tuvo que darle de comer ella misma. Y cuando puso su mano sobre el cuello del caballo y éste frotó su nariz contra el hombro de ella, no estaba tan seguro de odiarlo. ¿Por qué razón? — se preguntó. — Un caballo no tiene la culpa de pertenecer a... — Ellen sólo sabía que cada día le gustaba más estar sola.

Un día en la soledad de la selva pasaba rápidamente y sin embargo, dejaba el sentimiento de un tiempo muy largo. Vivía para sus pensamientos. Por la mañana estaba siempre alegre, satisfecha, de buen humor, pensativa y soñadora; y siempre, con la misma seguridad que las horas pasaban, el pensamiento acababa por empañar su felicidad con recuerdos que le producían vergüenza. Un día y otro, a la puesta del sol, había vuelto al rancho decaída, enferma y abatida. Pero no cesaba nunca de luchar.

Amaneció la mañana de verano que traía a Ellen tan extraños sentires. Debían haber nacido en su sueño, y ahora se confirmaban con el glorioso resplandor del sol y con la solemne música del viento en los pinos. Los heraldos de aquel día no eran como los de los demás días. Algo iba a acontecerle; lo adivinaba, lo sentía y temblaba. Nada bello, halagüeño o maravilloso podía acontecer a Ellen Jorth. Había nacido para el desastre, para sufrir, para ser olvidada, para morir en la soledad. Sin embargo, toda la naturaleza que la rodeaba parecía un magnífico reproche a su pesimismo.

Ellen salió de la cabaña con los brazos abiertos para saludar a los misteriosos presagios de la mañana y una voz muy conocida vino a interrumpir su rapto.

—Muy bien, joven. Me gusta verte tan feliz y me pesa haber venido. He estado en el Valle dos días y traigo noticias.

El viejo Sprague estaba delante de ella, con una sonrisa que no acababa de ocultar su embarazo.

—¡Hola, tío John! — exclamó Ellen, volviendo a la realidad. Y lentamente añadió: — El Valle... ¿noticias?

Tendió una mano en actitud de ruego, que el viejo se apresuró a tomar entre las suyas como para tranquilizarla.

—Sí, noticias no muy malas en lo que se refiere a los Jorth — replicó. — La primera batalla entre los Jorth y los Isbel se ha dado... Me hiciste prometerte que te tendría al corriente de todo lo que oyese, y como ves, no me he esperado a que vinieses tú a casa por las noticias.

—Bien — se oyó decir a Ellen, con calma. ¡Con calma, cuando parecía tener una piedra en el corazón! El primer encuentro no había sido malo para los Jorth; luego lo había sido para los Isbel. Una sensación de frío recorrió todo su ser.

—Sentémonos fuera — decía Sprague. — Hace una mañana espléndida. Confieso que estoy cansadísimo. No estoy acostumbrado a andar, y he salido del Valle por la noche; pero había mucho que ver en el Valle anoche y...

—¿A quién mataron? — interrumpió Ellen, con voz profunda.

—A Guy Isbel y a Jacobo, de parte de los Isbel; y a Daggs, Craig y Greaves, del lado de tu padre — declaró Sprague, con cierta precipitación no exenta de temor.

—¡Ah! — suspiró Ellen, dejándose caer contra la pared de la cabaña.

Sprague se sentó en un leño a su lado mirándola con una cara que le denunciaba como cargado de noticias importantes y graves.

—He oído decir muchas relaciones contradictorias — dije, pensativo; — la gente del pueblo está toda asustada y no se pueden creer sus chismorreos; pero a mí me ha contado Evarts lo sucedido. La batalla empezó anteayer. La banda de tu padre se llegó hasta el rancho de Isbel, donde Daggs, según dice Evarts, quería robar algunos de los caballos de Isbel y Guy Isbel y Jacobo salieron al prado, donde los mataron a tiros Daggs y alguno de los otros.

—¿Así los mataron? — interrumpió Ellen, con agudeza.

—Eso dice Evarts. Estaba en la loma y jura que lo vió todo. Mataron a Guy y a Jacobo a sangre fría, sin dejarles siquiera ocasión de defender sus vidas. Después cercaron la casa de Isbel y lucharon durante todo aquel día, toda la noche y todo el día siguiente. Evarts dice que los cuerpos de Guy y Jacobo estuvieron tendidos en el prado todo ese tiempo y que los cerdos entraron por allí y se estaban comiendo los cuerpos...

—¡Por Dios, tío John! No me diga usted que mi padre no detuvo la lucha el tiempo necesario para espantar a los cerdos y enterrar a los muertos.

—Evarts dice que suspendieron, en efecto, el combate, pero fué para entretenerse viendo a los cerdos comer — declaró Sprague. — Y ¿a que no te imaginas lo que pasó? Las mujeres salieron, la del pelo rojo, la mujer de Guy Isbel y la de Jacobo y espantaron a los cerdos y enterraron a sus maridos en el mismo prado. Evarts dice que él mismo ha visto las sepulturas.

—Son las mujeres las que tenían que dar esa lección a estos sanguinarios tejanos — declaró Ellen, con firmeza.

—Daggs estaba borracho y se salió de donde el resto de la banda estaba escondido, desafió a los Isbel a que salieran y los Isbel le hicieron añicos. Por la noche, alguno de la partida de Gastón mató a Craig, cuando estaba solo de guardia. Y por último y esto es lo que he venido a decirte, Juan Isbel se acercó en la obscuridad hasta Greaves y lo mató a cuchilladas.

—¿Y por qué me quería usted decir eso especialmente? — preguntó Ellen.

—Porque los hechos son muy extraños y porque tu nombre fué mencionado — dijo Sprague, con seguridad.

—¿Mi nombre mencionado? ¿Por quién?

—Por Juan Isbel — replicó Sprague, como si el nombre y el hecho fueran de importancia.

Ellen se quedó como de piedra, sintiendo que su sangre se retiraba de su rostro. Aquel nombre detenía todos sus pensamientos.

—Ellen, es una historia muy curiosa, demasiado curiosa para ser mentira — siguió Sprague. — Escúchame. Evarts se enteró de esto por Ted Meeker y Ted Meeker se lo oyó a Greaves, que no murió hasta el día siguiente de ser acuchillado por Juan Isbel y tu papá le pegó un tiro a Ted por decir que lo había oído. No. Greaves no murió en el acto. Tenía dos puñaladas terribles, pero le vendaron y le trajeron al valle en un carro. Evarts dice que Ted Meeker era amigo de Greaves y que fué a verle a su habitación al lado de la taberna y parece que Greaves volvió en sí y habló y dijo que estaba sentado disparando de cuando en cuando contra la casa de los Isbel, cuando oyó un ruido detrás de sí; comprendió que alguien se acercaba a él, pero que antes de que pudiera volverse con el rifle, le cayó encima, lo que al pronto creyó que era un oso gris; pero era un hombre que le tomó del cuello sin dejarle respirar y le tiró a una zanja, diciéndole: "Greaves, es el mestizo, que te va a matar, primero por Ellen Jorth y después por Gastón Isbel..." Greaves dijo que Juan le apuñaló con un cuchillo de monte y esto era todo lo que recordaba; murió pronto después de contar esta historia. La segunda puñalada de Juan le atravesó de parte a parte... Algunos de la banda de tu padre estaban presentes cuando Greaves habló y naturalmente, se preguntaron por qué Juan decía primero "por Ellen Jorth". Hablaron de ello y cuando entró Bruce se rieron de él y le dijeron que para él sería la tercera puñalada de Juan Isbel. Bruce estaba medio borracho y empezó a maldecir y a fanfarronear diciendo qué Juan Isbel estaba enamorado de su novia. La mala suerte quiso que entrasen un par de tipos más y que hicieran algunas preguntas a Meeker, quien estaba precisamente en la parte de "Greaves, es el mestizo, que te va a matar, primero por Ellen Jorth...", cuando entró tu padre. Entonces salió todo a relucir: lo que Juan Isbel había dicho y hecho, por qué y cómo. Que Greaves había apoyado a Bruce cuando te difamaba...

Sprague hizo una pausa para mirar a Ellen con fijeza.

—¿Qué hizo entonces mi padre? — murmuró Ellen.

—Dijo: "Por Dios, que mestizo o no, hay por lo menos un Isbel que es un hombre" y mató a Bruce en el acto, dejando a Meeker malherido. Alguien le sujetó antes de que pudiera acabar de matar a Meeker, quien se arrastró hasta una casa vecina, donde Evarts le ha visto.

Ellen sintió que la mano ruda, pero cariñosa de Sprague la sacudía y oyó su voz que preguntaba: — ¿Qué opinas ahora de Juan Isbel?

Un muro infranqueable parecía cerrar el pensamiento de Ellen. Un muro de color gris que se acercaba hacia ella, que estaba dentro de su cerebro.

—Te aseguro, Ellen Jorth, que Juan Isbel está terriblemente enamorado de ti — declaró el viejo, — y que te cree buena.

—¡Oh!, no, no se lo cree — tartamudeó Ellen.

—Si.

—No, tío John; no puede creerse eso.

—Claro que sí. ¿Por qué no? Tú eres buena, Ellen, buena como el oro y él lo sabe. ¡Qué cosas tan extrañas impone el destino! ¡Pobre diablo! Estar perdidamente enamorado de ti y tener que batirse con tu gente. Ellen, tu padre sabía lo que se decía; Isbel o no, es un hombre... Y qué vergüenza es que vosotros dos estéis divididos por el odio, por un odio con el cual ninguno de los dos tenéis nada que ver. — Sprague le acarició la cabeza y se levantó para marcharse. Puede ser que esta batalla haya acabado con los disgustos. Ahora tengo que volverme, porque ni siquiera he descargado los burros para venir pronto. Y no pienses mucho en Juan Isbel.

Sprague se marchó sin que Ellen le oyera ni le viera irse. Permaneció perfectamente inmóvil, con la extraña sensación de que una invisible y poderosa fuerza la levantaba. Era una sensación de sueño. Se sentía impelida hacia lo alto, cuando su cuerpo estaba tan inmóvil como una piedra. Su sangre, al correr como un torrente por sus venas, le animaba de una manera irresistible a volar, a cruzar el espacio, a correr, correr, correr.

En aquel momento el caballo negro, "Espadas", se acercó y relinchó al verla. Ellen se levantó de un salto y corrió rápidamente hacia él. Se abrazó al caballo y ocultó su cara ar-

diente entre su crin. Luego corrió con la misma violencia hacia donde estaba la silla y bridas, llevando el pesado aparejo con la misma facilidad que si hubiera sido un saco vacío. Con mano fuerte y ansiosa aparejó el caballo, sin que se le ocurriera por un momento que ella misma no estaba vestida para montar. Montó y el caballo, animado por su espíritu, se lanzó por el camino del "cañón".

El paseo, la acción, las emociones, no eran todo lo que ella necesitaba. La soledad de las altas bóvedas de la selva, las millas de soledad. ¿Era eso todo? "Espadas", se lanzó a un trote rítmico por el serpeante sendero.

Ellen dijo en voz alta:

—Amo a Juan Isbel y mi corazón tiene que rebosar o romperse.

Ellen sentía la ley de la vida en sus inescrutables designios. El amor era la única realización de su misión en la tierra.

En su mente se dibujó la figura del hombre a quien amaba: Juan Isbel. Después la emoción del pensamiento volvió a dominarla. No era su amor lo que ella amaba, sino a un hombre vivo. Súbitamente, aquél empezó a existir de una manera tan viva que le veía claramente, casi le sentía. Toda su alma, toda su vida le llamaba, pedía su protección, su amor, para salvarse, pera cumplir con la "ley". Ninguna bruma empañaba la blanca llama; desde el instante en que había mirado la obscura cara de Juan, le había amado, pero no se había dado cuenta de ello; ahora lo comprendía y se inclinaba humildemente por algo que estaba más allá de su comprensión. El recuerdo la llevó a los comienzos de su pasión... a las tres veces que le había visto. Todas sus miradas, todos sus actos, todas sus palabras volvían a ella ahora con la luz de la verdad. ¡Amor a primera vista! Así lo había jurado él, con amargura, con elocuencia, desdeñando sus dudas. Un éxtasis dulce la invadía. ¡Qué débil y frágil su cuerpo parecía... demasiado pequeño, demasiado ligero para la terrible hoguera que ardía en él! Su corazón tenía que rebosar o romperse. Su memoria implacable la perseguía y sus pensamientos giraban en fantástico remolino; la emoción la conquistaba otra vez. Por fin se enderezó como si se sintiera impulsada a la acción. Le parecía que aquel primer beso de Juan Isbel, frío, tímido y suave estaba aún sobre sus labios. Y sus ojos se cerraron y cálidas lágrimas cayeron por sus mejillas.

Se rindió a aquel irresistible amor. La pérdida de su madre y de todos sus amigos, su vagar de un lugar salvaje a otro igual, su vida solitaria entre hombre rudos y atrevidos la habían preparado para aquel violento amor que dominaba toda soberbia, que engendraba humildad y mataba el odio. Ellen se secó las lágrimas. Iré a él, — se dijo. — Le contaré mi amor y le pediré que me lleve lejos de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Era un momento solemne y bello. Pero las últimas palabras la perseguían con insistencia. — ¿Demasiado tarde? — murmuró.

Súbitamente le pareció que la misma muerte se había levantado en su alma. ¡Demasiado tarde! ¡Era demasiado tarde! Había matado su amor. Aquella sangre de Jorth que había en ella, aquel odio venenoso... había elegido el único medio de herir a aquel noble Isbel en el corazón. Con un vergonzoso olvido de su dignidad se había mofado de él y manchado ella misma con una vil mentira. Se estremeció bajo el latigazo de este hecho inconcebible. ¡Perdido! ¡Perdido! Podría ser lo que le había asegurado a Juan que era. Si antes había sentido vergüenza, ahora se sentía degradada a sus propios ojos. Y si hubiera dado su alma por sus besos, ahora se hubiera matado por ganar otra vez su respeto y consideración. Juan le había ofrecido la deferencia que había deseado y el amor que podía salvarla. ¡Qué horrible equivocación había cometido! La sangre de su padre, no la de su madre, la sangre de los Jorth había sido su ruina.

Todo lo que había sufrido no era nada comparado con aquello. Había despertado a un magnífico y redentor amor por un hombre a quien se imaginaba que odiaba; un hombre que se había batido por ella y que había matado en venganza de aquella infamia que ella había confesado. Había perdido su amor y lo que era infinitamente más para ella en su presente ignominia, su fe en su pureza. Aquello la partía el corazón.

XI

CUANDO Ellen, completámente rendida de cuerpo y alma, volvió a su casa aquel día, se extinguía un melancólico crepúsculo. Las cabañas estaban desiertas. Antonio y la mejicana se habían marchado. Ellen extrañó esta circunstancia, pero estaba demasiado cansada y abatida para pensar mucho en ello. Puso agua y pienso ella misma a su caballo, que dejó en el corral y se acostó sin cenar y sin quitarse los vestidos, cayendo inmediatamente en un profundo sueño.

Algo la despertó durante la noche. Los coyotes aullaban y de ello dedujo que debía acercarse el amanecer. Le dolía todo el cuerpo y tenía la mente embotada. Lentamente volvía a hundirse otra vez en su sopor, cuando oyó el rápido golpear de los cascos de caballos al trote. Se enderezó a escuchar. Los hombres volvían. El temor y la sorpresa alejaron de ella el estupor. Los caballos se detuvieron en el corral donde había dejado a "Espadas". Le oyó relinchar. Por el sonido de los cascos dedujo el número de los caballos; debían ser seis u ocho. Voces bajas de hombres se mezclaron con las pisadas de los animales y con el ruido de las sillas al ser dejadas en el suelo. Después el pesado andar de unas botas sonó en el porche, delante de la cabaña. Un paso lento acompañado del ruido de unas espuelas se aproximó a la puerta de Ellen y una pesada mano llamó. Comprendió que aquella persona no podía ser su padre.

—¡Eh! ¡Ellen!

Reconoció la voz de Colter. Algo en su tono

hizo correr un estremecimiento por su espina dorsal que actuó como una corriente vivificadora. Ellen despertó completamente de su letargo.

—¡Eh! ¡Ellen! ¿Estás ahí? — volvió a preguntar Colter en voz más alta.

—¡Claro que estoy aquí! — replicó Ellen. — ¿Qué quieres?

—Me alegro mucho de que estés en casa. Antonio se ha ido con su parienta y estaba preocupado por ti.

—¿Quién está contigo, Colter? — preguntó Ellen sentándose en la cama.

—Rock, Wells y Springer. Tade Jorth estaba también con nosotros, pero le hemos tenido que dejar en una cabaña.

—¿Qué le pasa?

—Pues que tiene una herida muy respetable — contestó lentamente Colter. Ellen oyó sonar las espuelas de Colter como si hubiese movido los pies con embarazo.

—¿Dónde están mi padre y el tío Jackson?

Un silencio bastante embarazoso para aumentar el terror de Ellen siguió a su pregunta. Finalmente, la voz de Colter sonó algo distinta de la que era antes:

—Está un poco más lejos en el sendero. Tenemos que encontrarlos donde dejamos a Tad.

—¿Vais a volver a marcharos?

—Me parece... y tú nos acompañarás.

—No — contestó ella.

—Sí, aunque te tenga que llevar en un paquete — contestó él con energía. — No es prudente quedarse aquí más tiempo. Ese maldito mestizo Isbel con su partida está sobre nuestra pista.

Aquel nombre era como una hoja de acero candente entrando en el corazón de plomo de Ellen. Deseaba dirigir cien preguntas a Colter, pero no pudo pronunciar ninguna.

—Ellen, tenemos que escaparnos y escondernos — continuó Colter con ansiedad. — No puedes quedarte aquí sola. Supón que te agarren los Isbel. Te colgarían desnuda en la rama de un árbol. Ellen, tienes que venir... ¿me oyes?

—Sí, ya voy — contestó ella como a la fuerza.

—Muy bien y muévete lo más de prisa que puedas. Tenemos que hacer el equipaje.

El tintineo de las espuelas de Colter y sus lentos pasos se alejaron de la cabaña. Arrojando las mantas, se puso en pie contemplando un momento el interior de la cabaña en la penumbra gris del amanecer. Frío, vacío y obscuro como su vida, como su porvenir. Se veía obligada a hacer lo que era odioso para ella. Como una Jorth, tenía que avanzar por senderos extraviados y perderse en la espesura como un conejo. El interés del momento, el presentimiento de los acontecimientos la impulsaron. Ellen abrió la puerta para dejar entrar la luz. El día rompía por el este con una luz intensa de color de acero a través de la cual aún brillaba la estrella de la mañana. Una llamarada anunció la llegada del sol.

Colter volvió.

—Buenos días, Ellen. Estás muy guapa aunque te miren unos ojos fatigados.

—No me hagas cumplidos, Colter. Y tú no tienes los ojos fatigados — replicó Ellen.

—Cansado estoy de pies a cabeza, de montar, batirme y estar tendido en el suelo — dijo él bruscamente.

—Cuéntame lo que haya pasado.

—Es una historia bastante larga y ahora no tenemos tiempo. Espera hasta que hayamos llegado al campo.

—¿Tengo que llevarme mis cosas o dejarlas aquí? — preguntó Ellen.

—Creo que es mejor que las dejes aquí.

—Pero si no volvemos...

—También creo que pasará bastante tiempo antes de que volvamos a vernos — dijo Colter evasivamente.

—Colter, yo no voy a marcharme al bosque con lo que llevo encima y nada más.

—Ellen, tenemos que llevarnos toda la comida que podamos. Esto no es una visita a los vecinos y no tenemos muchos caballos de carga, pero haz un lío con las cosas que quieras y con lo que vayas a necesitar más, que ya lo echaremos en alguna parte.

Colter se alejó por el sendero y Ellen se encontró mirando con desconfianza a su elevada figura. ¿Era la situación que la llenaba de dudas o era su intuición que la prevenía contra aquel hombre? Ella no podía decidir, pero tenía que irse con él. Sus prejuicios no eran razonables en momentos tan críticos. Y todavía no sabía que ella era la sola responsable de sí misma.

Cuando llegó el momento de hacer el paquete de sus cosas se encontró ante un mar de dudas. Escogió éste y desechó aquél y luego al revés. Después de las cosas de su madre, lo que más estimaba eran los regalos de Juan Isbel. No podía abandonar nada de aquello.

Mientras estaba eligiendo y empaquetándolo todo, Colter volvió a entrar en la cabaña y sin hablar palabra empezó a revolver en el rincón en que su padre tenía sus cosas. Esto irritó a Ellen.

—¿Qué buscas ahí? — preguntó.

—Tu padre necesitará sus papeles y el oro que se ha dejado aquí y una muda. ¿No lo crees tú así? — contestó con frialdad Colter.

—Desde luego. Pero podría yo hacer el paquete.

Colter no se molestó en contestar a esto y siguió buscando en el mismo rincón sin preocuparse mucho de cómo tiraba las cosas a su alrededor. Ellen le volvió la espalda. Cuando se marchó se dirigió al rincón de su padre y vió que Colter no había tomado ni papeles ni dinero, sino solamente el oro. Quizá estaba equivocada, pues no había visto a Colter al salir y no sabía si llevaba un paquete o no, pero, de todas maneras, lo único que echaba de menos era el oro. Todos los papeles de su padre, viejos y polvorientos, estaban esparcidos por todas partes. Los reunió y los metió en sus paquetes.

Colter o alguno de los hombres había ensillado a "Espadas", que estaba atado a la cerca del corral mordiendo el bocado y golpeando la arena con los cascos. Ellen envolvió carne y pan en su impermeable y colocó éste en la parte trasera de la silla, pero como tenía que esperar se quedó junto a su caballo. Viendo como los hombres empaquetaban las cosas, observó que Springer llevaba la cabeza vendada por debajo del sombrero. Sus movimientos eran lentos y sin energía. Temblando por lo que veía Ellen no quiso hacer conjeturas. Demasiado pronto sabría lo que había pasado; muy pronto tal vez se encontraría ella misma en medio de otra batalla. Observaba a los hombres que empaquetaban a toda prisa provisiones que sacaban de las dos cabañas. Más de una vez sorprendió a Colter mirándola y no le gustó la mirada.

—Voy a decirle adiós a Sprague — le dijo a Colter.

—Nada de eso — contestó él.

Había una autoridad en su tono, que irritó a Ellen y alguna otra cosa que reprimió su irritación. ¿Qué es lo que había de nuevo en Colter? Los otros dos tejanos se reían fuerte y Colter los hacía callar con duras maldiciones contenidas. Ellen se alejó hasta donde no pudiera oirlos y se sentó en un leño, donde permaneció hasta que Colter la llamó.

—Monta.

Ellen cumplió esta orden y siguiendo a los tres hombres se encontró pronto en el camino, dejando lo que durante varios años había sido su hogar. No volvió la cabeza ni una vez siquiera. Esperaba que no volvería a ver aquella repugnante imitación de un rancho.

Colter y los otros tres llevaban los caballos de carga a través del prado, lejos de los caminos y loma arriba hacia la floresta. No tardó mucho en descubrir Ellen que lo que Colter quería era esconder sus huellas.

Atravesaron la loma espesamente poblada de árboles y descendieron a otro cañón; salieron de éste atravesándolo y así, a través de rocosos y escarpados declives, se dirigían hacia el nordeste y con cada milla llegaban a un país más salvaje y áspero, hasta que Ellen, perdiendo la cuenta de los "cañones" y de las lomas, se encontró con que no tenía la más ligera idea de dónde podía estar. No se detuvieron a mediodía para que descansasen los rendidos y sudorosos animales.

Hacia la puesta del sol se detuvieron en el más salvaje y accidentado de todos los "cañones". Colter se dirigió hacia la derecha buscando un sitio por donde bajar a un barranco cubierto de álamos. Bajó del caballo y los demás siguieron su ejemplo. Ellen se encontró con que no podía conducir a "Espadas", porque se escurría por la loma y le dejó libre de bajar como pudiera.

Por fin Colter se metió por una espesura y entró en un "cañón" lateral que Ellen no había siquiera visto. Este "cañón" se ensanchaba y acababa en una especie de bolsa redonda, aparentemente cerrada y tan solitaria como la podían desear unos cuatreros perseguidos. Escondidas entre las jarras y los árboles había dos cabañas iguales a las que había en el rancho de Jorth. Ellen sintió olor a madera quemada y al darles la vuelta a las cabañas descubrió una brillante hoguera. Un hombre estaba en pie al lado contemplando a Colter y a su partida; evidentemente los había oído llegar.

—¡Hola, Reina! — gritó Colter. — ¿Cómo está Tad?

—Sigue bien — respondió el interpelado, inclinándose sobre el fuego en el que asaba trozos de carne.

—¿Dónde está mi padre? — preguntó Ellen volviéndose a Colter.

El siguió deshaciendo un paquete como si no la hubiera oído.

La Reina la miró. La luz de la hoguera iluminaba sólo una parte de su cara. Ellen no pudo ver su expresión. Pero de que la Reina no contestase a su pregunta, ella dedujo una catástrofe.

Ellen se volvió a atender su caballo sin añadir una palabra. Al volver hacia el fuego, se acordó de su tío.

—¿Mi tío Tad está aquí? — preguntó.

—Sí, ahí está — contestó la Reina señalando una de las cabañas.

Ellen se precipitó por la obscura puerta. Vió cómo los maderos de la cabaña se habían abierto y en qué mal estado estaba todo. Al asomarse a ella, Colter la siguió y le puso una mano familiar y un poco imperiosa en un hombro. Ellen dejó que aquella mano quedase por un momento en su hombro. ¿Debía estar siempre repeliendo a aquellos rudos hombres entre los cuales se veía obligada a vivir? Ellen se sentía quebrantada y débil de cuerpo y alma, pero lo que quiera que Colter quisiera significar con su familiaridad, ella no lo podía sufrir y se escapó de debajo de su mano.

—¿Estás aquí, tío Tad? — preguntó. Oía a los ratones roer y percibía el olor a polvo y a madera vieja de una cabaña fuera de uso desde hacía mucho tiempo.

—¡Hola, Ellen! — contestó una voz que ella reconoció como de su tío, aunque le pareció extraña. — Sí, aquí estoy. He tenido mala suerte. ¿Y tú, qué tal estás?

—Muy bien, tío. Solamente cansada y aburrida...

—¿Cómo tienes la herida, Tad? — interrumpió Colter.

—Me molesta menos, pero de todas maneras no estoy nada bien. Escupo sangre todavía. Le he estado diciendo a la Reina que aquella bala se me ha quedado en los pulmones, pero él se empeña que no.

—No te preocupes, Tad — dijo Colter con un buen humor que Ellen vió que no era más que indiferencia.

—¿Para qué me voy a preocupar? — exclamó Tad. — Todo se ha acabado para nosotros.

—Cállate — contestó secamente Colter. — Ni a tí ni a nosotros nos hará ningún beneficio que nos lo digas.

Tad Jorth no contestó a esto. Ellen oyó su respiración, que no le pareció natural. Era

apresurada y rasposa y parecía que se detenía en la garganta. Luego escupió. Ellen se tuvo que apoyar en la pared. Estaba respirando entre sangre.

—¿Tienes dolores, tío? — preguntó.

—Sí, Ellen, me arde esto como un infierno.

—¿Puede hacer algo por tí, tío?

—No. La Reina ha hecho todo lo que podía hacer un hombre, y ahora... como no sea rezar.

Colter se rió de esto con la risa fría y perezosa de un tejano, pero Ellen sintió lástima por su tío herido. Siempre le había detestado. Fué borrachín y jugador, y derrochó la hacienda de su padre; ahora era un cuatrero, un fugitivo herido, quizás mortalmente.

—Sí, tío, rezaré por tí — dijo dulcemente. El cambio de su voz tenía una nota de tristeza que ella había percibido en seguida.

—Ellen, tú eres el único Jorth bueno en toda la maldita familia — dijo él. — Ahora lo veo, entre todos te hemos metido en un infierno.

—Todavía no, tío.

—Pero será, Ellen, a menos que...

—Calla, no digas tonterías — dijo rudamente Colter.

Ellen se asombró de que Colter pudiera dominar a su tío aun estando herido. Tad Jorth no había sido hombre que recibiese órdenes de nadie y menos de un cuatrero de la Banda del Machete. Este Colter empezaba a crecer en la consideración de Ellen tanto como físicamente se elevaba por encima de ella, sombrío, inmóvil y amenazador.

—Ellen, ¿te ha dicho Colter algo de Lee y Jackson? — preguntó el herido.

—Me ha dicho que papá y el tío Jackson nos vendrán a buscar aquí. — La obscuridad de la cabaña parecía fortificar a Ellen para ayudarla a soportar más desgracias.

Oía a su tío respirar con dificultad; tosió y escupió de nuevo.

—Ellen, te han engañado. No vendrán a buscarnos nunca aquí.

—¿Por qué no? — murmuró Ellen.

—Porque tu padre y el tío Jackson — sollozó el herido — están muertos y enterrados.

Ellen sintió que las rodillas cedían a su peso, y cayó en la hierba contra la pared de la cabaña. Fué un choque terrible. No se desmayó ni se mareó ni perdió la vista, pero durante algún tiempo se suspendió en su mente el proceso del pensamiento. Súbitamente, volvió con un dolor en el corazón y la emoción de una pérdida íntima e irreparable; después, la amarga comprensión.

Una hora más tarde Ellen encontró fuerza para acercarse a la hoguera y participar de la comida y bebida que su cuerpo necesitaba. Colter y los demás hombres la servían solícitos, y en silencio, dirigiéndole de cuando en cuando furtivas miradas por debajo de sus sombreros de fieltro. La noche caía como un manto negro. No había estrellas; el viento gemía entre las ramas de los pinos y todo en aquel lugar estaba en armonía con los pensamientos de Ellen.

—Muchacha, eres valiente — dijo Colter con admiración. — No creo que lo hayas sacado de los Jorth.

—Tad es valiente también — observó la Reina, en débil protesta.

—No para mí — replicó Colter. — Cualquiera es valiente cuando tiene a muchos alrededor... Pero Lee y Jackson siempre fueron unos miedosos hasta las uñas. Eran de Louisiana, ninguno nació en Tejas. Desde luego, no eran más tejanos de lo que yo lo soy. Ellen debe de tener otra sangre.

Para Ellen sus palabras no tenían significado. Se levantó y preguntó: — ¿Dónde puedo dormir?

—Te daré una luz y puedes hacerte una cama al lado de Tad — replicó Colter.

—Sí, eso me gustará.

—Si te crees que le vas a hacer hablar estás bastante equivocada — declaró Colter con aquel timbre de voz que azotaba los nervios de Ellen como un látigo de acero. — Le he regañado y le he mandado que no hable. Hablar le hace toser y le revuelve la sangre... Además me parece que debo ser yo el que te cuente cómo tu padre y tu tío fueron muertos. Tad no lo vió porque estaba herido cuando sucedió. Todos los que quedaron tienen su idea sobre ello, pero yo soy el que lo sabe mejor.

—¡Dímelo ya, Colter! gritó Ellen.

—Ven por aquí — dijo Colter, y la separó un poco de la hoguera a la sombra de los árboles. — ¡Pobre muchacha! Lo he sentido mucho. — Y colocó uno de sus largos brazos alrededor de su cintura. Ellen lo sintió, pero no puso resistencia. Todas sus facultades estaban absorbidas por una triste y morbosa anticipación.

—Ellen, tú sabes, desde luego, que yo siempre he estado enamorado de tí — dijo con voz contenida.

—No, Colter, para mí eso es una novedad y no precisamente la que quisiera oír.

—Bien, puedes oírlo ya. Es verdad, y lo que es más, tu padre me encargó de tí antes de morir.

—Creo que mientes, Colter.

—Te juro que no, Ellen — contestó él con pasión. — Yo he estado con tu padre hasta el fin y he oído sus últimas palabras. El sabía, desde luego, que yo te amo desde hace muchos años y me dijo que prefería mejor que yo me quedase encargado de tu cuidado que otro cualquiera.

—¿Mi padre me ha dado a tí en matrimonio? — murmuró Ellen con asombro.

La seguridad de Colter no llegaba hasta este punto, e indudablemente, la pregunta de ella le desconcertó por un momento.

—¡Casarme con un cuatrero, con uno de la Banda del Machete!

—Tu padre era de la banda de Daggs lo mismo que yo — afirmó Colter recobrando su dominio.

—¡No! — gritó Ellen.

—Sí, durante muchos años. En Tejas y aquí en Arizona. Y él fué quien hizo que Daggs viniese a este país.

Ellen trató de escaparse. Pero su fuerza y su valor se desvanecían, y Colter aumentó la

presión de su brazo. Se sintió desfallecer. ¿No podría escaparse a su destino? No le quedaba, al parecer, nada por qué luchar.

—Bueno, entonces... pero no me aprietes tan fuerte. Dime cómo lo mataron y quién... quién.

Colter se inclinó de manera que pudiera mirarla a la cara. En la obscuridad, Ellen percibió el brillo de sus ojos. Todo le parecía irreal, un sueño horrible. La soledad, los gemidos del viento, y aquel cuatrero con la mano y la voluntad como el acero.

—Volvimos a la taberna de Greaves — empezó Colter. — Como Greaves estaba muerto, todos nos permitimos libertades con sus licores y algunos de nosotros se emborracharon. Bruce y Tad también lo estaban. Tu padre bebió más de lo que yo le he visto beber nunca, pero no estaba completamente borracho. Tenía uno de aquellos accesos de debilidad. Lloraba y quería que alguno de nosotros fuese a los Isbel para acabar con la lucha. Desde luego, él estaba dispuesto a abandonarla. Yo creo que la muerte de Daggs y el modo horrible de apuñalear a Greaves que tuvo Juan le había asustado. Me dijo a mí: "Colter, vamos a ir por Ellen y a dejar este país por otro donde no nos conozca nadie y podamos empezar de nuevo nuestra vida."

—¿Dijo eso de veras? ¿Lo pensaría así en realidad? — murmuró Ellen con un sollozo.

—Te lo juro por la memoria de mi padre — protestó Colter. — Cuando llegó la noche, los Isbel se acercaron en la obscuridad y empezaron a disparar sobre nosotros. Golpearon la puerta y quisieron quemarnos vivos. Gritaron por alrededor durante un rato y por fin se fueron. Creímos que no volverían ya más en toda la noche, pero, de todas maneras, estuvimos de guardia. Yo era el más sereno de todos y el que mandaba por el momento en la partida. Habíamos tenido algunas riñas por la bebida y tu padre dijo que si seguíamos así sería el fin de los Jorth. Proyectaba enviar recado por la mañana a Gastón Isbel, diciéndole que estaba dispuesto a hacer las paces. Me había designado a mí para ir a pactar las condiciones con Gastón. Tu padre se acostó en la habitación de Greaves y poco después entró en la misma tu tío Jackson. Algunos de los otros se acostaron en la taberna y se durmieron. Yo estuve de guardia hasta las tres de la mañana, pero ya no podía tener los ojos abiertos y desperté a Wells y a Slater para ponerlos de guardia uno en cada extremo de la casa. Después me acosté en el mostrador y me dormí.

—Al poco rato desperté — siguió Colter, tosiendo para aclarar su garganta. — Empezaba a amanecer y todo estaba tan sereno como la muerte... Pero algo había pasado. Wells y Slater habían empezado a beber otra vez y estaban borrachos o dormidos. Les di de puntapiés, pero no se despertaron. Entonces oí un gemido que venía del cuarto donde estaban tu padre y tu tío. Entré. Apenas había luz bastante para ver que tu tío yacía en el suelo casi cortado en dos, muerto. Tu padre estaba en su lecho, vivo, pero exhalando su último suspiro. Me dijo: "El mestizo Isbel nos asesinó mientras dormíamos". La ventana estaba abierta y vi las huellas de las abarcas de Juan Isbel, que había pisado la sangre de tu tío y había dejado sus pasos marcados hasta la ventana. Por allí había entrado. Tú misma puedes ver las señales de sangre si volvemos a casa de Greaves. Tu padre se iba a toda prisa. "Colter", me dijo, "encárgate de Ellen". Y creo que con eso quiso decir mucho. Luego murmuró: "¡Por Dios, si yo hubiera podido ver a Gastón antes de que fuera demasiado tarde!" y se murió. Desperté a los demás y hacia la salida del sol salimos del poblado para enterrar a tu padre y a tu tío y los Isbel estuvieron tirando sobre nosotros mientras enterrábamos a nuestros muertos. Entonces fué cuando hirieron a Tad. Luego salimos corriendo para el rancho y Ellen esto es todo lo que tenía que contarte. Tu padre estaba dispuesto a olvidar sus rencillas con su viejo enemigo y ese Juan Isbel, como el bárbaro salvaje que es, asesinó a tu padre y a tu tío. Les hizo sufrir torturas del infierno, todo por venganza de los Isbel.

Cuando cesó la voz ronca de Colter, Ellen susurró con labios tan fríos como el hielo: — Déjame, déjame aquí sola.

—Sí, Ellen, comprendo — replicó Colter. — No quería decírtelo, pero tenías de una manera o de otra que saber la verdad sobre ese mestizo. Yo meteré tu quipaje en la cabaña y te extenderé las mantas.

La soltó y se alejó en la obscuridad. Como un peso muerto, Ellen empezó a doblegarse hasta que cayó tendida al lado del leño. Y allí permaneció fría, inerte, sin vida en lo que a su parte física se refería. No veía nada ni sentía nada. Ni el frío de la noche ni el rocío. Por el momento estaba aplastada por la desesperación; se hundía en un abismo sin fondo donde lóbregas pasiones se disputaban su cuerpo y su alma, en un tempestuoso infierno. En su desesperación deseaba la muerte. Nacida de la infidelidad, con sangre maldita en sus venas, errante de un lugar salvaje a otro más salvaje aún, nunca había conocido el amor y la paz, la felicidad de un hogar; abandonada a hombres brutales, de instintos viles y llevada por su extraño destino a amar a un mestizo, a un Isbel, a un enmigo hereditario de los suyos y por fin implacable asesino de su padre. ¿Para qué quería vivir? ¡Venganza! ¡Ojo por ojo! ¡Vida por vida! Pero no podía matar a Juan Isbel. El amor de una mujer puede convertirse en odio, pero no el amor de Ellen Jorth. Podía arrastrarla del cabello, maltratarla y convertirla en objeto odioso, apuñalarla en su salvaje e implacable sed de venganza, pero con su último aliento le diría que le amaba, que le había mentido para matar su fe, su extraña fe en su pureza. Que fuera él entre todos los hombres el que reconocía lo que ella era, su honestidad sin mancha. Era terrible y abrumador. Era ciertamente traidora a los Jorth; traidora como su madre lo había sido

para los Isbel. Esta agonía y destrucción de su alma era la amarga fruta del Mar Muerto. Purgaba los pecados de sus padres.

—Tengo que acabar con todo — murmuró entre las sombras. No era cobarde, no la asustaba el dolor de la carne destrozada ni el misterio de la muerte. Sería fácil; una última emoción, un transporte de humillación y una suprema prueba de amor a Juan; besar la roca del Rim donde él había posado sus plantas y lanzarse después al abismo. Ella era la última de los Jorth y así los Isbel quedarían cumplidamente vengados.

—¡Pero él nunca sabrá, nunca sabrá que le mentí aquel día! — le dijo al viento de la noche.

Estaba perdida: no tenía en la tierra esperanza de paraíso. No tenía derecho ni a vivir ni a morir. No era nada más que una semilla en el camino de la vida, una semilla hollada por muchos pies y enterrada en el fango. No era más que un hilo podrido en la red del amor, del odio y de la venganza.

XII

ERA al amanecer sombrío y helado cuando Ellen se arrastró hasta la cabaña y metiéndose bajo las mantas, durmió con el sueño de la más completa postración.

Despertó a una hora que parecía ser ya de la tarde. El sol brillaba a través del desquebrajado techo de la cabaña. Tad Jorth yacía en un primitivo lecho de ramas de árbol cubierto de mantas. La luz del sol caía sobre su faz pálida y angulosa con el sello de los sufrimientos impreso en todas sus líneas. No estaba muerto, pues Ellen sentía su respiración.

El suelo, bajo las mantas de Ellen, era de arcilla desnuda. Estaba sola con Jorth en la cabaña, que no contenía nada más que sus lechos y las hierbas silvestres que crecían sobre los viejos leños.

Ellen sintió el olor del humo y de carne que se freía y oyó voces de hombres. Miró al exterior y vió que Slater y Somers se habían unido a la partida, una adición conveniente para la defensa, pero que no mejoraba en nada su situación personal. Somers siempre le había parecido un individuo a quien era mejor evitar.

Colter la vió y la llamó. — Ven a comer para que te vuelvan los colores.

Sus camaradas se echaron a reír, pero no fuerte, sino con precaución, como si el ruido fuera una cosa que se debía evitar. Despertaron a Tad Jorth, que empezó a quejarse en su lecho.

Ellen corrió a su lado y vió que tenía una elevada fiebre y que su situación era crítica. Cada vez que se movía se le abría una herida que tenía en la tetilla derecha, algo más arriba. Pudo ver que no habían hecho nada por él más que atarle una corbata al cuello y sujetarle con ella el brazo. El mísero vendaje se le había soltado. Acercándose a la puerta gritó:

—Traedme un poco de agua. — Cuando Colter se la trajo estaba buscando en su paquete alguna toalla que pudiera servirle de vendaje.

—¿No ha habido entre vosotros ninguno con la suficiente vergüenza para cuidar a mi tío? — inquirió.

—¡Diantre! — rezongó Colter. — Ya hemos hecho lo que hemos podido. ¿No te parece que fué bastante trabajo traerle hasta aquí desde el Rim? No había nada que hacer por él así se lo he dicho.

—Yo haré por él lo que pueda — afirmó Ellen.

—Muy bien, adelante. Espero que cuando aquel mestizo me dé de puñaladas, tú estarás cerca para atenderme igual.

—Parece que estás muy seguro de tu destino, Colter.

—Tan seguro lo tengo como el infierno — murmuró Colter torvamente. — Somers ha visto a Juan Isbel y a su partida que seguían nuestro rastro hasta el rancho.

—¿Vamos a esperarlos aquí?

—He estado regañando con los demás sobre esa misma cuestión. Yo estoy por dejar el país, pero la Reina, ese maldito bandido, está empeñado en Matar a Blue, el vaquero que dijo que era King Fisher, el viejo bandido de Tejas. Sólo la Reina está buscando otra vez la guerra. Tampoco quieren dejar aquí a Tad solo.

Colter se apoyó en el quicio de la puerta y cuchicheó rápidamente: — Ellen, no puedo dominar a esta gente. Vámonos los dos. Yo tengo el oro de tu padre. Esta noche podemos escapar y dejar este país. — Y, murmurando más cosas por lo bajo, Colter se volvió hacia sus camaradas. Ellen recibió así la primera indicación de su cobardía, y la mención del oro de su padre le sugirió pensamientos que persistían a pesar de su esfuerzos par poner toda su inteligencia al cuidado de su tío. Este volvió en sí lo suficiente para reconocerla y ver que se ocupaba de él; le dió las gracias con una mirada que penetró profundamente en Ellen y cambió la dirección de sus ideas. Sus sufrimientos, y muerte inminente, que ella podía aliviar y retardar, despertó en ella la piedad olvidándose de sus propias penalidades. Pasó la mitad de la noche atendiéndole, aplacando su fiebre y haciéndole estarse quieto. Bien comprendía que a no ser por sus cuidados se habría muerto hacía muchas horas. Por fin se durmió.

Y Ellen, sentada a su lado, en la solitaria y silenciosa obscuridad de aquella hora, recibió otra vez la intimación de la naturaleza; aquellos vagos y misteriosos estremecimientos de lo más profundo de su ser, aquellos cuchicheos de la noche y de la selva. Algo grande que no quería soltar su alma, pensaba.

La atención hacia el herido ocupaba a Ellen y pronto redobló sus actividades, encontrando en ello algo como una protección contra Colter.

Había tratado de abrazarla cuando iba hacia un manantial por agua, pero Ellen había sido lista y le había esquivado.

—¿Qué, te vienes conmigo? — le había preguntado.

—No; me quedo con mi tío — había replicado ella.

El motivo pareció convencerle. Ellen veía que Colter y sus camaradas estaban en el último reducto y se desmoralizaban bajo la severa prueba. Tenían el nervio y el valor de los indómitos hijos de las montañas, pero sólo hasta un grado limitado. Colter parecía obsesionado por su pasión hacia Ellen, y aunque ella en su soberbia no lo temía, comprendía que debía ser peligroso. Después de aquel incidente vigilaba siempre cuidadosamente y no se apartaba del lado de su tío, a no ser que Colter estuviera ausente. Uno o más hombres vigilaban constantemente por los alrededores del "cañón".

Pasaban los días uno tras otro en expectación. Vigilaba y atendía a su tío esperando una hora que parecía fijada.

Colter parecía un perro siguiendo siempre el rastro de Ellen. A cada momento la importunaba con sus pretensiones de fuga o la asustaba con la amenaza de los Isbel, para rogarle que se entregase a él. Llegó a no tener más momentos de descanso que cuando comía con los demás hombres o cuando por la noche se encerraba en la cabaña. No ofrecía, sin embargo, mucha seguridad la puerta cerrada. Con un golpe de sus poderosos brazos Colter podía hundirla. El sabía todo esto tan bien como Ellen, quien no tenía a pesar de ello el miedo que se pudiera suponer Tenía su rifle a su lado, y aunque no permitía a su imaginación hacer reflexiones sombrías sobre su posible uso, el hecho de estar allí al alcance de su mano le daba valor Colter era un gato jugando con un ratón, pero no estaba todavía seguro de su presa.

Siguió un período de menos tormento para Ellen. Su tío había, al parecer, mejorado un poco, y Colter la dejaba en paz. Esta última circunstancia asombraba a Ellen. No podía comprenderla a menos que la amenaza de los Isbel fuese ahora tan formidable que la hubiera olvidado a ella, por el momento.

Una brillante mañana de agosto, cuando había empezado a descuidar su eterna vigilancia y a respirar su opresión, se encontró con Colter, quien sombrío y silencioso la agarró y la levantó del suelo. Ellen luchó violentamente por librarse, pero la gran sorpresa la había privado casi enteramente de su fuerza y aquella debilidad que la paralizaba la asaltó con más violencia que nunca. Sin esfuerzo aparente, Colter la llevaba andando a grandes pasos y alejándose de las cabañas hacia el borde de la espesura de álamos, al pie de la pared del "cañón".

—¿Dónde me llevas, Colter? — pudo gritar por fin.

—¡Por Dios que no lo sé! — contestó él con voz vibrante de pasión. — He sido un imbécil no llevándote antes lejos de aquí. Pero esperaba que algún día me quisieses... Y ahora la banda de Isbel nos ha acorralado. Somers ha visto al mestizo en las rocas y Springer ha divisado a los demás por los alrededores. Yo he vuelto corriendo por mi caballo y por tí.

—Pero no podemos dejar solo al tío Tad.

—No tenemos más remedio — replicó Colter. — No creo que Tad se vuelva a preocupar mucho de tí cuando Juan Isbel lo encuentre.

—¡Déjame quedarme! — imploró ella. — Yo le salvaré.

Colter se rió de lo absurdo de su ruego y de su pretensión. La volvió a dejar en el suelo. — Estate quieta — ordenó. — Ellen vió su caballo bayo ensillado, con mantas y con un paquete, atado a la sombra de un álamo. Con manos ligeras, Colter lo desató y, sin separar apenas su mirada ardiente de Ellen, montó y luego se acercó a ella. — ¡Monta! Pon un pie en el estribo. — Su voluntad era tan irresistible para Ellen como su poderoso brazo, y se encontró sentada delante de él. El caballo salió al trote. Con los duros movimientos y la fuerte presión de la mano de hierro de Colter su posición era en extremo penosa. Sus rodillas y sus pies golpeaban contra las ramas. El hizo galopar a su caballo a través de la densa espesura de sauces que ocultaba la entrada del "cañón" lateral, y cuando salió al otro más grande y despejado hizo correr al animal todavía más. Llegaron a una suave pendiente donde Colter puso el caballo al paso, a tiempo de evitar a Ellen una seria contusión. Otra vez se nublaba el sol. Estaban entre pinos. Colter paró de súbito el caballo con un violento tirón. Ellen oyó un grito en el que reconoció la voz de la Reina.

—¡Vuelve atrás, Colter, vuelve atrás!

Con una imprecación Colter hizo volver a su montura y, apenas acababa de arrancar el aguijado caballo cuando Ellen sintió una violenta sacudida como algo que frenara aquel impulso, y, arrancándola a Colter, la levantara de la silla lanzándola a través del aire. Cayó en una tierra blanda cubierta de espesa hierba y no sufrió más que la sacudida que le dejó sin aliento. Antes de que pudiera levantarse, ya Colter estaba a su lado ayudándola. Vió al caballo que yacía con la cabeza ensangrentada. Estaban rodeados de altos pinos. Sonó otro disparo. — ¡Corre! — rugió Colter, y salió él mismo corriendo arrastrándola de la mano. — ¡Aquí estamos, Colter! — gritó otra vez la voz aguda de la Reina. Ellen corría con todas sus fuerzas, con el corazón en la boca, sin ver más que una confusión de pinos y una pared de verdura. Perdió el equilibrio y se caía; pero la tenaza de hierro que oprimía su mano no la dejó caer; siguió arrastrada en medio de una densa sombra. Estaba ciega; el remolino de árboles se había desvanecido. Voces y tiros sonaban lejos. Algo negro se extendió sobre sus sensaciones. Luego todo se volvió gris, una latente confusión de objetos espectrales y alargados, y cuando recobró del todo los sentidos era conducida en brazos por en medio de la selva.

—¿Qué hay, pequeña? Ha sido demasiado para tí — dijo la voz de Colter, haciéndose más dura y clara.

La llevaba ligeramente en brazos. Ellen veía su cara como una mancha gris. Colter volvió la cabeza para mirar a través del bosque y su movimiento denunció una aguda vigilancia. Las venas de su cuello tostado estaban marcadas como cuerdas. Dos de sus camaradas caminaban a su lado. Ellen oía sus pasos y sentía a Colter

volverse de un lado a otro. Procedían con cautela, temiendo lo que viniera detrás de ellos, pero sin fiarse mucho de lo que tenían delante.

—Haríamos mejor andando despacio y mirando antes de saltar — dijo uno, que Ellen conoció era Springer.

—Seguro. Aquella colina desnuda no me gusta, ya que tenemos por los alrededores a nuestro amigo Juan — contestó Colter, poniendo a Ellen en pie en el suelo.

—Es difícil acertarle. Yo le he disparado cuatro veces — dijo otro de los cuatreros.

Este era el sardónico Somers, quien llevaba dos rifles y dos cananas.

—Ellen—observó Colter.—Siéntate aquí, que no quiero que te acierte una bala, y como no avisan...

Ellen cumplió de buena gana este deseo. Había empezado a recobrar fuerza y discernimiento, pero todavía se sentía nerviosa. Observó que estaban al borde de una ladera bien poblada de árboles, desde donde podía ver el fondo del "cañón" cubierto de hierba. Springer, Colter y Somers vigilaban atentamente todos los puntos cardinales, especialmente el camino por donde habían venido. Evidentemente temían ser rodeados, pero no manifestaban mucha preocupación. Somers encendió un cigarrillo; Springer se limpió la cara y empezó a contar los cartuchos que le quedaban en la canana medio vacía. Colter estiraba su cuello, largo como el de un buitre, y espiaba ansiosamente por todas partes.

—¡Escuchad! — dijo de pronto, inclinando un poco la cabeza hacia un lado, con el oído hacia la dirección de donde soplaba la brisa.

Todos escucharon. Ellen sentía los latidos de su corazón, el sonido del viento en las hojas, los golpes de un pájaro carpintero y otros sonidos débiles y lejanos que no podía determinar.

—Son venados, creo — dijo Somers.

—No nos han empezado a seguir la pista todavía. Les hemos hecho más daños que ellos a nosotros.

Springer se quitó el sombrero y metió uno de sus sucios dedos por un agujero de bala que tenía en la copa.

—Mirad quí cerca me ha andado. Estaba detrás de un tronco, escuchando y observando, y en cuanto levanté la cabeza un poco, alguien me estropeó el sombrero.

—¿Dónde está la Reina? — preguntó Colter.

—Estaba conmigo, al principio — dijo Somers. — Y cuando empezó a aplacarse el tiroteo, después de que yo me cargué a aquel individuo corpulento de cara roja y pelo blanco, que andaba con Juan Isbel...

—Ese se Blaisdell, me parece — interrumpió Springer.

—La Reina se cansó de estar tendido — siguió diciendo Somers; — necesitaba más acción. Le oí rezongar algo, y cuando le pregunté qué le pasaba, se levantó y dijo que iba a acabar con aquella manera india de batirse, y se metió por el bosque.

—Desde que aquel vaquero dijo que era King Fisher, la Reina se ha ido poniendo más y más sombrío. No lo puede remediar y hará lo mismo que Blue nos hizo a nosotros. Y le va a costar caro, pero es tejano y lo hará — declaró Colter.

—¿Y crees que en realidad Blue era King Fisher? — preguntó Somers.

—No — contestó Colter, con un gesto desdeñoso de la mano. — Muchos han tomado prestado el nombre de King Fisher, pero éste está enterrado hace ya muchos años.

—Puede ser, pero acuérdate de que lo que hizo Blue, fué de un verdadero hombre — dijo Somers.

El objeto de la conversación irritaba a Colter, que pasó a otra cosa con otro gesto despectivo de su mano.

—¿Cuántos quedan del equipo de Isbel? — preguntó.

—No sé; pero los suficientes — respondió Somers. — El bosque estaba lleno de balas... ¿Los contaste tú, Springer?

—No — contestó éste, con sequedad. — No vi más que al mestizo, pero creo que estaba nervioso.

—¿Estaba Slater cerca de tí cuando gritó?

—No; estaba al lado de Somers.

—¡Qué manera más rara de proceder tuvo Slater! — interrumpió Somers. — Una bala le dió en la nalga cuando estaba tendido; no creo que fuera peligrosa la herida, pero le dolía tanto que se levantó de un salto presentando un blanco tan grande como un árbol, y los Isbel le acribillaron.

—Entonces fué cuando le acerté yo a Bill Isbel — declaró Colter, con satisfacción. — Cuando me mataron el caballo tuve que ocuparme de Ellen y no pude tomar mi rifle. Tuve que correr como visteis, y como no tenía más que el revólver, no pude hacer más que tenderme y escuchar como silbaba el plomo. Wells estaba de pie detrás de un árbol, a unos treinta metros de mí. Le acertaron y empezó a arrastrarse hacia donde yo estaba conservando todavía su rifle. Yo me arrastré también a su encuentro, pero en la mitad él no pudo seguir. Me acerqué y tomé su rifle y su canana, y entonces vi a Bill Isbel y le acerté en medio del cuerpo. Se dobló y dió un par de vueltas hasta que cayó por el Rim. Debe estar por aquí, debajo de aquella espesura de álamos. Me gustaría verlo.

—Estarías tan loco como la Reina si lo intentases — dijo Somers. — Aun no hemos salido del bosque.

—No. Y yo he perdido mi caballo. ¿Dónde hebéis dejado vosotros los vuestros?

—Abajo en el "cañón", entre aquellos sauces. Tendremos que ir por ellos antes de anochecer, porque ninguno estaba atado.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Colter? — preguntó Springer.

—Esperaremos aquí un poco, luego cruzaremos el "cañón" y por detrás de aquel acantilado volveremos a la cabaña.

—¿Y después qué? — inquirió Somers, mi-

rando a Colter con desconfianza.

—Después tenemos que comer y agarrar mantas — respondió Colter, irritado. — Y además podemos escondernos allí en las cabañas, donde pelearemos mejor que si salimos a buscar pendencia por el bosque.

—Pues parece que la buscabas — observó Somers.

—Sí, y que te llevabas la muchacha — agregó Springer. — A mí me parece curioso.

Y los dos bandidos contemplaron a Colter con desconfianza. Lo que él pensaba replicar nunca se supo, porque su mirada siempre errante por los alrededores, se había fijado de pronto en una cosa.

—¿Es aquello un lobo? — preguntó, señalando al Rim.

Sus dos camaradas se volvieron a mirar donde él señalaba. Ellen desde donde estaba, no podía ver lo que miraban.

—Sí, es un lobo grande — afirmó Somers. — Nos debe haber olfateado.

—Sigue a lo largo del Rim — observó Colter, — y no muestra inquietud alguna. Me parece una buena señal. Puede ser que los Isbel se hayan ido por el otro lado.

—Para mí es mala señal — rezongó Springer, sombríamente.

—¿Por qué? — inquirió Colter.

—Yo he visto ya antes a ese animal. La primera vez creí que era un lobo; la segunda estaba al lado de los Isbel. Y ahora estoy seguro de que es el perro lobo que Gastón Isbel tenía para guardar sus ovejas.

—Bueno. ¿Y qué importa que lo sea?

—Pues que entonces no nos tenemos que molestar en escondernos — afirmó Somers, sentenciosamente. — Con ese perro Juan Isbel le seguiría el rastro a una cigarra.

Colter murmuró una imprecación. Indudablemente, tal posibilidad ponía el asunto en condiciones diferentes. Todos se quedaron silenciosos, ocupados en sus pensamientos y una vigilancia cuidadosa de todos los puntos. Somers se metió entre la maleza y volvió pronto con un aspecto misterioso.

—He oído algo — cuchicheó, señalando hacia atrás con el pulgar. — Piedras que rodaban y chocaban. Nada de venados. Creo que sería una buena idea que explorásemos un poco las inmediaciones.

—Id vosotros; yo vigilaré desde aquí — contestó Colter.

—No, hombre, no — dijo Somers, mientras Springer hacía señales de inteligencia.

Colter se enfadó, pero no lo dejó traslucir. Pensó un momento, y finalmente se volvió hacia Ellen. — Espéranos tú aquí hasta que volvamos. Y si no volvemos dentro de un tiempo razonable, cruza el "cañón" y te metes por aquellos sauces hasta las cabañas. Espera hasta el obscurecer. — Con lo cual se posesionó de uno de los rifles que tenían de sobra y de otra canana y se reunió silenciosamente con los demás. Juntos se metieron por los jarales.

Ellen no deseaba otra cosa que cumplir los deseos de Colter. Allí estaba su tío, a quien había dejado desamparado, y estaba ansiosa por volver a su lado. Además, aunque quisiera escapar de Colter, ¿dónde podía ir? Sola en los bosques, se perdería y se moriría de hambre. Tenía que quedarse con la facción Jorth hasta el final, que no parecía muy lejano.

El tiempo pasaba. Algunos tiros se oyeron lejos, a su derecha, y fueron contestados por otros que sonaban más cerca. El combate había empezado otra vez. Pero no sonaron más disparos. Las moscas zumbaban, el sol seguía su viaje hacia el oeste; la brisa, cálida y suave movía los álamos; los cuervos graznaban y charlaban las ardillas rojas.

Un aullido corto y agudo electrizó de repente a Ellen, haciéndola enderezarse a escuchar. No era un lobo y no podía ser un coyote. Otra vez lo volvió a oír. Era el ladrido de un perro de ganado. Lo había oído muchas veces y lo conocía bien. Se movió hasta colocarse de manera que pudiera ver el rocoso acantilado. Pronto percibió un animal que en realidad parecía un lobo grande; pero otro aullido la convenció de que era realmente un perro. Lo observó y pronto comprendió que quería bajar por el acantilado. Corría de un lado para otro y pronto desapareció. A los pocos momentos los ladridos sonaban más abajo, en la base del acantilado, y ahora eran los gritos de un perro inteligente que estaba tratando de llamar a alguien en su ayuda. Ellen se convenció de que el perro se hallaba cerca de donde Colter había dicho que estaba el cuerpo de Bill Isbel. ¿Ladraría el perro de aquella manera si el hombre estuviera muerto? Ella creía que no.

Nadie llegaba, y el continuo aullar del perro alteraba los nervios de Ellen. Eran gritos que pedían socorro, los que, por fin, Ellen no pudo resistir más. Desde el susto natural que recibió cuando mataron el caballo de Colter y éste la arrastró a través del bosque, no se había repuesto de su temor a los Isbel. Pero la calma y la reflexión la habían convencido de que era difícil que en sus manos estuviera en peores condiciones de lo que estaba en manos de Colter, y se lanzó al encuentro del perro.

El lugar en que ella estaba era llano por espacio de algunos cientos de metros y luego empezaba a subir hacia el Rim. No sonaban lejos los ladridos del perro, pero la última parte de la distancia era una subida fatigosa por rocas y a través de espesas malezas. Por fin llegó a la base del acantilado, descubriendo que no era muy alto.

El perro la había visto y venía hacia ella cuando lo descubrió. Era grande y lanudo, gris y negro, con cara salvaje y aguda y ojos que confirmaban la reputación que Springer le había atribuído.

—¡Hola! — le gritó Ellen. — ¿Qué pasa por aquí?

Volvió a ladrar; sus orejas perdieron su tiesura y meneó la cola. ¡Qué mirada tan clara e inteligente le dirigió! Luego salió trotando. Ellen lo siguió y detrás de un ángulo del acantilado vió el cuerpo de un hombre que

yacía sobre su espalda. La tierra fresca y la grava que había alrededor de él atestiguaban su caída desde lo alto. No tenía puestos chaqueta ni sombrero y la posición de su cuerpo indicaba los miembros rotos. Al acercarse, Ellen vió que tenía una enorme mancha de sangre en la camisa. Pero podía levantar la cabeza y estaba en sus sentidos cabales. Ellen no reconoció la cara polvorienta y desollada, pero las facciones le eran extrañamente familiares.

—¿Es usted la hija de Jorth? — preguntó, con voz débil y sorprendida.

—Sí — contestó Ellen. — ¿Y usted es Bill Isbel?

—¡Todo lo que queda de Bill Isbel, pero doy gracias a Dios porque ha venido por fin alguien, aunque sea un Jorth!

Ellen se arrodilló a su lado y examinó la herida que tenía en el vientre. Una bala de gran calibre, como Colter había dicho, le había atravesado el abdomen. Aunque no tuviera otras lesiones, a causa de la caída por el acantilado, aquella terrible herida significaba la muerte en poco tiempo. Ellen se estremeció. ¡Qué inexplicables eran los hombres! ¡Qué crueles, sanguinarios y despreocupados!

—Lo siento, Isbel, pero no hay esperanza — dijo, en voz baja. — No le queda a usted mucho tiempo de vida... No puedo hacer nada por usted... Bien sabe Dios que lo haría si pudiese.

—Todo se ha acabado — suspiró, con la vista perdida en el espacio. — Me alegro... Pero hay algo que puede usted hacer por mí... ¿Querrá usted?

—Sí, dígame — contestó ella, levantando su cabeza polvorienta y retirándole el pelo que le caía sobre la frente.

—Tengo algo en la conciencia — murmuró él.

La mujer, la sensitiva, le comprendió y le compadeció.

—Sí — le dijo, animándole.

—Yo he robado ganado de mi padre y de Blaisdell y tenía tratos con Daggs...; toda la culpa no estaba del lado de los Jorth... y quiero que lo sepa mi hermano Juan...

—Trataré de decírselo — murmuró Ellen; estaba asombrada.

—Todos éramos mala gente, excepto Juan — siguió diciendo Isbel. — Mi padre tampoco era leal... ¡Cómo odiaba a Jorth! Ahora ya están iguales.

—¿Cómo es eso? — preguntó Ellen.

—Su padre mató al mío... Por fin mi padre quiso salvarnos a todos y mandó recado al suyo de que quería encontrarse con él de hombre a hombre. Se encontraron en el camino, pero alguien disparó desde la taberna y su padre acabó de matarle con el revólver...

—Y después su hermano Juan asesinó a mi padre — añadió Ellen, con inconsciente amargura.

—¿Qué? — murmuró Bill Isbel. — Está usted equivocada. Juan podía, creo yo, haber matado a su padre... pero no lo hizo. Todos lo encontramos extraño.

—¿Quién mató a mi padre? — pregunto Ellen, con una voz que vibró como el golpe de un martillo en sus propios oídos.

—Blue. Entró en la taberna solo y se encaró con toda la banda. Les dijo que era King Fisher y mató al padre de usted y a Jackson Jorth. Juan estaba fuera, en la puerta trasera de la casa, y los demás nos hallábamos enfrente. Todos tiramos. A Colmer le dieron... Blue salió malherido...; los dos murieron en el corral de la casa de Meeker...

—¿De modo que Juan Isbel no ha matado a ningún Jorth? — preguntó Ellen, con una voz extraña y profunda.

—No — afirmó Isber. — Y esta guerra ha sido más dura para él que para nadie... El nunca ha vivido aquí... Y mi hermana Ana dice que se enamoró de usted... ¿Es verdad?

Lágrimas ardientes llenaban los ojos de Ellen. — Sí. — murmuró.

—¡Lástima!... Podía... Un hombre siempre ve las cosas diferentes cuando se está muriendo... Si yo pudiera empezar a vivir de nuevo... ¡Mis pobres hijos... abandonados en su infancia... todo por nada!... ¡Que Dios me perdone!

Pidió agua. Ellen volvió a dejar su cabeza en el suelo, y tomando su sombrero corrió por la ladera abajo haciendo rodar las piedras. Su cabeza era un volcán. Saltando y resbalando por la aireada pendiente bajó hasta el fondo del "cañón", acercándose a la orilla del riachuelo bordeado de sauces. Llenó el sombrero de agua y volvió sobre sus pasos, ahora despacio y con cuidado. La tremenda revelación de Bill Isbel transfiguraba el mundo que la rodeaba.

No vertió una gota del precioso líquido; no dió ni un solo paso en falso. Era, sin embargo, tan grande su abstracción, que no se dió cuenta de que había llegado al final del empinado declive hasta que el perro ladró como dándole la bienvenida. Se arrodilló llena de emoción a mitigar la sed de aquel enemigo cuyas palabras habían cambiado la debilidad en fuerza, el odio en amor, y el sombrío infierno de su desesperación en algo inefable. Pero volvía demasiado tarde. Bill Isbel estaba muerto.

XIII

JUAN Isbel, llevando a "Shepp", el perro lobo, en traílla, seguía el rastro del más peligroso de los hombres de la banda de Jorth; la Reina. Obscuras gotas de sangre en las piedras y las evidentes señales de los agudos tacones de las botas de un jinete, indicaban el rastro de un fugitivo que andaba lentamente. Juan sujetó al perro y procedió con el ojo avizor y las precauciones de un indio.

La Reina, fiel a su clase y emulando a Blue con la misma magnífica temeridad y paralizadora rapidez, había aparecido como por encanto, la última noche, en el campamento de los Isbel. Juan le vió primero a tiempo de saltar como una pantera e internarse en las sombras, pero se llevó en el hombro la primera bala de aquel terrible encuentro. Los tiros de la Reina cayeron todos sobre Gordon y Fredericks, quie-

nes, acribillados a balazos, tambaleándose, conservaron vida bastante para hacer callar las armas de la Reina, y mandaron a éste, tambaleándose, a través de la selva.

Desarmado, y con una dolorosa herida, Juan se pasó la noche vigilando el campo. La mañana descubrió a Gordon y a Fredericks tiesos al lado de la hoguera consumida y con las armas en sus manos agarrotadas. Juan los enterró lo mejor que pudo, y cuando estuvieron debajo de tierra y con piedras encima de sus sepulturas, se reconoció a sí mismo como el "último hombre" del clan de Gastón Isbel. Y todo lo que había de salvaje en su sangre y de desesperación en su espíritu, se sublevó haciéndole más hombre y menos humano. Por tercera vez durante aquellos trágicos días, "Shepp", el perro lobo, volvió a él.

Juan se lavó y vendó fuertemente la herida que le había producido la Reina. El agudo dolor era un constante y poderoso acicate para el trabajo que le quedaba delante. El mundo entero no era bastante grande para contenerle a él y a quienquiera que quedase de la banda de Jorth. La herencia de sangre que su padre le había transmitido, el inalterable amor por una muchacha indigna que tan rudamente había desdeñado su puro, romántico y juvenil amor, la matanza de enemigos, que tan extraños efectos le producía después, las persecuciones, las luchas, la muerte de todos sus camaradas, uno por uno, todo esto había por fin engendrado en Juan Isbel una sed salvaje, implacable; había fijado en su mente una fiera pasión... vivir y morir hasta ser el último hombre de aquella guerra entre Isbel y Jorth.

A la salida del sol, Juan dejó el campamento, llevándose sólo un pequeño paquete de pan y carne, y con el ansioso y montaraz "Shepp" en traílla se lanzó sobre la pista sangrienta de la Reina.

Las negras gotas de sangre en las piedras y las huellas irregulares demostraban a Juan que el "gun-man" estaba malherido. Aquí había caído, o se había arrodillado, o sentado evidentemente para vendar sus heridas. Desde allí en adelante, el rastro hablaba para Juan un lenguaje perfectamente claro: la Reina sabía que era perseguido. Había visto a su enemigo. Por consiguiente, Juan procedió con la mayor cautela, sin acercarse nunca a tiro de revólver de los jarales, empleando toda su experiencia en los bosques para cazar a su hombre y salvarse él. La Reina avanzaba lentamente, bien a causa de su herida o bien porque tratase de sorprender a su perseguidor, y Juan amoldó su paso al de la Reina. Desde las doce de aquel día estuvieron siempre cerca uno del otro.

Se ocultó el sol, pasó el crepúsculo y llegó la noche. Juan se arrastró bajo un espeso jaral y comió un poco de pan y carne, dió de comer también a su perro y se tendió para descansar y dormir.

El amanecer llegó frío y claro, con la hierba plateada y chispeante, con un lento caer de hojas secas. Cuando el sol salió, Juan estaba otra vez sobre el rastro de la Reina.

Llegó el momento en que la Reina no trató más de esconderse. Dejó de pensar en sorprender a su adversario esperándole emboscado; renunció a ocultar su rastro. Recobraba fuerzas o la desesperación aumentaba su energía, de manera que avanzaba más en su huída, aunque no pasase de todas maneras de unas cuantas millas al día. Empezó a describir un círculo acercándose al profundo "cañón", donde Blaisdell y Bill Isbel habían encontrado el fin de sus días. La Reina había, evidentemente, dejado a sus camaradas para hacer solo aquel final combate, pero ahora trataba de reunirse con ellos. Por alguna parte, en aquella soledad, el resto de la facción Jorth había encontrado refugio. Juan dejó que la Reina le llevase a dondequiera que fuese.

Ellen Jorth estaría con ellos. Juan la había visto: había sido él quien había matado el caballo de Colter y había cesado su fuego, porque Colter se retiró llevándose consigo a la muchacha y protegido su cuerpo con el de ella. Más tarde o más temprano Juan llegaría a aquel campo. Allí estaría ella. El pensamiento de su obscura belleza perdida entre aquellos cuatreros, añadía una furia mortal a la sed de venganza que le impulsaba. Y si volvía a alardear de su degradación, ante sus ojos, por el Dios que ya ella había olvidado que la mataría y así acabaría con la raza de los Jorth.

Llegó otra noche obscura y fría, sin estrellas; el viento gemía en la floresta. "Shepp", estaba inquieto; husmeaba el aire. Otra vez el triste aullido de un lobo rompía el silencio; "Shepp" trató de escaparse. Durante la noche, mientras Juan dormía, se puso a mascar la traílla de piel de buey y consiguió romperla y escaparse.

Al día siguiente no hacía falta perro para seguir el rastro de la Reina. La niebla y una ligera lluvia habían puesto al cuatrero fuera de sí. Estaba extraviado y se daba cuenta de ello. Era extraño que un hombre maduro, curtido en cien combates, bañado en sangre, se sintiera lleno de pánico porque estaba extraviado. Juan leía todo esto en su rastro.

La Reina vagó por la floresta a través de la niebla hasta que llegó a la boca de un "cañón". Era uno que conducía hasta el valle. La Reina no tardó en descubrirlo y cuando lo descubrió le sorprendió la noche.

El tiempo aclaró antes de amanecer. El sol, rojo y radiante, salió por el este inundando de luz la cuenca. Juan vió que la Reina había seguido adelante, esperando sin duda recobrar lo que había perdido. Pero en la obscuridad había trepado por las laderas cubiertas de manzanita en lugar de volver por el "cañón". Y allí luchó contra aquellos extraños jarales de nombre español, hasta que cayó exhausto.

Seguramente, esperaría a Juan escondido en aquella endiablada espesura, pero seguramente, Juan seguía el rastro y ni una vez vió una mancha de sangre sin sentir el mismo estremecimiento.

La Reina se dirigió hacia el Rim y finalmente se perdió de vista. ¿Había caído? ¿Es-

taría oculto? Pronto vió Juan que seguía trepando. Sus ojos penetrantes sorprendieron el movimiento de la maleza y pudo seguirle de cerca, cuidando de no acercarse al alcance de los revólveres que tenía. Así pasaron las interminables horas de la tarde y la caza siguió.

Pasó otra noche. La luz del día era implacable para el cuatrero. No podía ocultar su rastro. Pero en su último desesperado esfuerzo alcanzó un punto en el espeso monte, que Juan reconoció como próximo al lugar en que se había desarrollado el combate en que Blaisdell perdió la vida y probablemente también Bill Isbel. Algo prevenía a Juan de que estaba llegando al final de la persecución. La Reina se acercaba al lugar de la cita de los cuatreros. Juan cruzaba rastros de caballo de varios días, que estaba seguro eran los suyos y de su gente. Hacia la derecha de aquella colina debía estar el profundo cañón que había frustrado sus esfuerzos para acabar con los cuatreros. Un sentido inefable de inminente catástrofe, de dudas y temores, ensombrecía la mente de Juan. Sentía necesidad de reposo, de alimento, pero su espíritu le llevaba adelante de manera implacable.

La reacción de la Reina duró hasta el borde de una cresta desnuda de maleza y de hierba que estaba rodeado de la selva por tres lados y por el otro por un bajo desmonte que asomaba su cinta gris por encima de los pinos. La Reina se había arrastrado a través de este claro dejando señales inequívocas de su condición. Juan inspeccionó los tres lados del bosque y la elevación y no gustó del aspecto de ellos. Era más prudente mantenerse a cubierto y dar un rodeo hasta el sitio en que el rastro entraba en la selva otra vez. Pero estaba cansado, hosco y su eterna vigilancia empezaba a decaer. Sin embargo, procedió con considerable fatiga a bordear el claro, cuando, súbitamente, la vista de un hombre sentado en el suelo y apoyado contra un árbol le hizo detenerse.

Miró para asegurarse de que sus ojos no le engañaban; muchas veces, las rocas o troncos de árboles caídos tenían un extraño parecido con la forma de un hombre. ¿Sería aquél una alucinación de su mente que veía lo que deseaba ver? Juan avanzó de árbol en árbol hasta convencerse de que la figura era en realidad un hombre. Estaba sentado, pero tenía la cabeza erguida y las manos descansando sobre las rodillas y un examen más detenido enseñó a Juan que tenía un revólver en cada mano.

¡La Reina! Por fin, había recobrado su valor. No podía arrastrarse más lejos, no podía salvarse y con el valor de la fatalidad había elegido el claro para hacer frente a su enemigo y morir. Juan sintió admiración por el bandido. Avanzó fuera de los pinos con el rifle preparado.

Un hombre atento no hubiera dejado de verle, pero la Reina no hizo el más ligero movimiento. Su rígida posición extrañó tanto a Juan que se detuvo con una exclamación. Estaba a unos cincuenta pasos de la Reina y al alcance de los revólveres que tenía en las manos. Juan llamó: — ¡Reina! — Pero la figura no se movió.

Juan avanzó algunos pasos más con el rifle preparado para disparar en el momento en que la Reina levantase una de sus armas. Su inmobilidad hizo correr el sudor frío por su frente. Se detuvo para fijar toda la fuerza de su intensa mirada sobre la inerte figura. Como un relámpago, atravesó la mente de Juan la idea de lo que pasaba. Reina estaba muerto. Se había apoyado contra el pino para enfrentarse con su enemigo y había muerto allí. No tenía ni la sombra de una duda cuando avanzó de nuevo. Por fin la sangre de aquél no caería sobre sus manos. Gordon y Fredericks, en las ansias de la muerte, le habían producido heridas mortales. Juan se maravillaba. ¡Qué horrible y qué delgado estaba! Aquellos cuatro días de huída habían sido un infierno para la Reina.

Juan llegó hasta él y dió un salto al inclinarse a mirarle. Los revólveres estaban atados a sus manos. Una mirada rápida como un relámpago le mostró que le Reina había sido apoyado en el árbol y con otra descubrió las huellas de botas alrededor.

—¡Me han engañado! — rugió, y no se ocultó detrás del pino tan rápidamente que escapase a la astucia de los cuatreros que le habían preparado la trampa. Sintió el golpe y la mordedura del plomo antes de oír el estampido del rifle. Una bala había entrado en su antebrazo izquierdo. Detrás del árbol vió una nube de humo blanco a lo largo de la cima del terraplén, el mismo sitio que su vigilante mirada había señalado como amenazador. Varios fogonazos y estampidos denunciaron la emboscada de los bandidos; las balas arañaron la corteza del pino y silbaron a su alrededor. Juan vió un hombre que salía de detrás de una roca y que corría inclinado buscando otra. Su rápido disparo le detuvo en la mitad del camino. Cayó, se levantó y se arrastró hasta un matorral que apenas se ocultaba. Juan disparó contra aquel matorral. No sentía dolor en el brazo herido, pero sentía aún el golpe y esto, junto con la tremenda sorpresa del engaño y el desencadenamiento de una pasión, largo tiempo contenida, le hacía vaciar el contenido de su Winchester con una terrible prisa de matar a aquel hombre.

Aquella era la única carga que tenía para el rifle. La sangre y la pasión le habían segado. Se maldijo a sí mismo, y sus manos buscaron en su cinturón. Había perdido su revólver; lo había atado bien, pero las correas estaban rotas. Sus enemigos volvían a disparar. Las balas se hundían otra vez en el pino. Juan se inclinó cuidadosamente y tomó uno de los revólveres de la Reina. Estaba vacío; los dos estaban vacíos. Juan volvió a mirar para determinar la dirección de las balas, y marcándose una línea desde donde estaba hasta la selva, corrió con todas sus fuerzas. Ganó el refugio. Gritos agudos le avisaron de que había sido descubierto y que se presumía la razón de su

carrera. Volviendo la cabeza, vió que dos o tres hombres descendían del terraplén. El relincho de un caballo asustado cruzó el aire.

Juan arrojó su rifle inútil y siguió por la ladera abajo siguiendo la línea de pinos más espesa y metiéndose entre los grupos de abetos. Corría con un remolino en la cabeza. Necesitaba volver al campo donde Gordon y Fredericks estaban enterrados y procurarse allí un rifle y municiones. Sentía la sangre caliente que le corría por el antebrazo y, sin embargo, ningún dolor. La arboleda era demasiado clara para ser buena cubierta. No se atrevía a correr colina arriba. Su único camino era adelante y aún éste pronto se vió cortado por el declive, demasiado pronunciado para bajarlo. Se detuvo jadeando, y oyó el ruido de los cascos que pegaban en la piedra y luego en terreno blando. Sus enemigos habían visto la dirección que había tomado. No gastó tiempo en mirar; en verdad era inútil, pues mientras corria por el borde del precipicio hacia la derecha, sonó el estampido de un rifle y una bala pasó silbando por encima de su cabeza. Aquello dió alas a sus pies. Corrió como un venado saltando troncos, zanjas y rocas con los oídos llenos por el rumor del viento, hasta que sus ojos percibieron una espesa arboleda en el fondo del precipicio, al lado de la pared, y saltó sobre la verde masa. Su peso le hizo atravesar las ramas superiores, pero después, sus brazos extendidos retardaron su caída hasta que agarró una rama delgada que le dejó suavemente en otra más fuerte que sostuvo su peso y desde allí ganó el tronco por el que bajó hasta que todo encima de él era denso follaje y veía debajo el suelo. Seguro de no ser visto desde arriba, avanzó suavemente y sin ruido por entre los árboles, libre de la opresión que atormentaba su pecho.

Saltando un galacho que sobresalía, sombrío y cubierto de liquen gris, se detuvo para escuchar y descansar. Un ligero golpeteo de cascos de caballos en la piedra llegaba desde arriba. Sus perseguidores se habían dirigido hacia la derecha y aunque descubrieran que había tomado la dirección del "cañón", por el momento se sentía libre y a salvo. Volvió su atención a la herida que tenía en el antebrazo. La bala se lo había atravesado sin romperle ningún hueso. Tenía la manga de la camiseta empapada en sangre. Se remangó y vendó fuertemente la herida, pero la sangre salía a través del vendaje y le corría por la mano. Empezó a sentir un dolor sordo.

No tardó mucho en decidir qué era lo mejor que podía hacer. Por el momento había escapado y cualquiera que hubiese sido el peligro, había pasado. En un país accidentado y frondoso como aquél no era fácil que le agarraran. Pero ya no disponía de más armas que un cuchillo y le quedaba muy poca comida. Por consiguiente, lo inmediato era buscar su último campamento, donde podría procurarse un rifle y municiones, cocer pan y descansar antes de volver sobre la pista de los cuatreros. Tenía razones para creer que aquel "cañón" era el mismo en que se había desarrollado el combate del Rim.

Se levantó y siguió por debajo de los árboles hasta el espacio abierto y cubierto de hierba que veía ante sí, y, según avanzaba, con el paso lento y el ojo receloso de un indio su pensamiento trabajaba.

La Reina, en su huida, se encaminó derechamente hacia aquel "cañón", hasta que se vió extraviado en la niebla, y cuando volvió a encontrar su camino había hecho un esfuerzo heróico a traves de los matorrales de manzanita para hallar el lugar de cita con sus camaradas, pero no había podido pasar de la loma. Pensando una y otra vez sobre ello, Juan llegó a la conclusión de que la Reina, viendo que no podía llegar hasta donde le esperaban, había decidido esperarle en el claro y había muerto en aquella posición. Por una extraña coincidencia, sus compañeros habían pasado por allí y al verle y darse cuenta de la situación, habían descargado los revólveres y le habían apoyado contra el árbol para engañar a Juan y habían dispuesto la astuta emboscada que no había podido acabar con el último de los Isbel. Colter estaba probablemente en el fondo de aquel plan. Desde el combate en el rancho de Isbel, que ahora parecía lejos, en el pasado, aquel hombre se había convertido en un antagonista más fuerte y peligroso que jamás habían sido ni Jorth ni Daggs. Antes era poco conocido de la facción Isbel y ahora era quien mandaba y dirigía a lo que restaba de la partida enemiga y quien tenía a Ellen Jorth en su poder.

La pared del "cañón", a la derecha de Juan. se volvía cada vez más alta y accidentada, y la de la izquierda empezaba a mostrar lomas pobladas de árboles y al fin un borde cubierto de sauces al oeste y otro más bajo y salpicado de pinos por el este. Unos momentos de estudio hicieron reconocer a Juan el sitio en que estaba. En aquel "cañón" y a varias millas, estaba el lugar en que la Reina había sorprendido el campamento de Juan. Por alguna parte, en aquella vecindad, estaba el lugar en que los cuatreros se escondían.

En consecuencia, Juan procedió con la mayor cautela, absolutamente seguro de que no perdería el más pequeño ruido, movimiento o cualquier cosa extraña que se produjera en el silencio del "cañón". El primero de sus sentidos que percibió algo fué el olfato. ¡Ovejas! Olía, con asombro, ovejas. Y desde el camino que seguía por entre los árboles veía en los espacios abiertos huellas de ovejas. Después oyó un débil tintinear de cencerros y, por fin, cuando su mirada pudo alargarse algo más que el "cañón", descubrió estupefacto una mancha grisácea que cubría varios acres de terreno. Millares de ovejas pastaban allí. Juan sabía que había varios de los rebaños de ovejas de Jorth por la mañana, pero no se había imaginado que estuviera hasta tan lejos, en el oeste, a más de veinte millas del "cañón" de Chevelon. No descubría pastores ni perros, pero sabía que tenía que haberlos en aquel inmenso rebaño y que

cualquiera que fuera su astucia, no podría eludir el olfato de ellos. Sería mejor retroceder por el misma camino que había seguido y esperar hasta la obscuridad para atravesar el "cañón", salir de él y dirigirse hacia el punto que era su objetivo. Volviéndose inmediatamente, empezó a desandar lo andado, pero casi en el mismo instante se vió detenido por el ruido de cascos.

Venían caballos de la dirección que él quería tomar. Estaban cerca. Su rápida conclusión fué que los que le perseguían habían descendido al "cañón". Una mirada circular le dijo que no tenía refugio cerca. No podía arriesgarse a esperarlos allí. La selva era escasa y demasiado clara para ocultarse en una inspección detenida. Se vió obligado a volver por el "cañón" buscando un refugio o un punto de la pared que pudiera trepar. Pegándose a la base de esta pared, pasó por el sitio en que había visto las ovejas. Siguió hasta que se inclinó bajo una espesura de sauces con ramas amarillas y delgadas y masas de follaje verde que ocultaban la pared. Encontró después un recodo en la roca, y mirando a través de los árboles descubrió una hendidura en la pared del "cañón" oculta por ellos. Un refugio completamente salvaje. A lo largo de la pared había señales de rastros de animales pequeños. El lugar era oloroso como todas las espesuras, pero no era seco. El agua corría allí por alguna parte. Juan respiró con más tranquilidad. Todos los ruidos habían cesado, menos los trinos de los pájaros y el roer de los ratones silvestres. Una soledad ideal predominaba en la maleza decidió internarse más y esperar hasta que le pareciese prudente retroceder.

La verde penumbra se aclaró de pronto. La luz volvió a venir de lo alto y descubría un "cañón" con un ensanchamiento que formaba un prado con un sendero en el centro y una línea de árboles a cada lado.

Su sorpresa fué corta. El ruido de los caballos detrás de él le hizo correr hacia los árboles. Pero aquella franja de árboles era asimismo muy clara y había poca maleza. Podría esconderse en algún sitio,, pero teniendo la seguridad de que había perros de ganado en la vecindad, no pensaría en esconderse más que como último recurso. Los jinetes, quienes fueran, podían lo mismo ser pastores que no. Juan acortó su paso para mirar hacia atrás. Aun no veía a nadie, pero seguía oyendo los caballos, aunque no tan cerca.

Su ansiedad se convirtió en alarma. No encontraría sitio por donde escalar aquellas empinadas paredes. Jadeando se volvió a detener. La situación volvía a ser crítica. Su condición física era cada vez peor. La falta de sueño, de descanso y de alimento; la larga persecución de la Reina, la herida de su brazo y su desesperada fuga, le habían debilitado hasta el extremo de que si intentaba algún esfuerzo grande fracasaría. Su astucia pesaba todas las probabilidades.

La sombra de la pared y de los árboles le ocultaban una cabaña que por fin descubrió. Estaba escondida por tres lados, con un pequeño claro enfrente de la puerta. Era tan vieja y rústica como todas las que se había encontrado por aquellos "cañones". Se aproximó con cautela y miró. La primera y rápida mirada le dijo que estaba en desuso desde hacía mucho tiempo. Pero Juan no tenía tiempo para mirar mejor. El ruido del galope de los caballos trajo otra vez el desordenado torrente de sensaciones que le había impulsado a la desesperada fuga aún no hacía una hora. Su cuerpo se estremecía bajo el impulso del instinto. Volver sería peligroso; seguir adelante fatal. Esconderse era su única esperanza. ¡Hacia atrás no había escondite! ¡Y el ruido de los cascos de los caballos cada vez más cerca! Juan mantuvo un momento más su dominio sobre sus instintos. Le era casi imposible dejar de correr. sentía el impulso animal y primitivo de escapar. Lo dominó y se dirigió a la puerta de la cabaña. Vió que aquella cabaña se juntaba con otra. Iba a asomarse a la puerta, cuando el ruido de los caballos y de voces cerca, le dió la seguridad de que no tenía un instante que perder. A través de los árboles vió formas que se movían. Caballos; tenía que apresurarse. Al entrar, su nariz percibió el olor de madera y sus ojos notaron el suelo sucio. La cabaña estaba abandonada. Sus ojos cayeron sobre una escala que estaba apoyada en la pared. Miró hacia arriba y vió que conducía a un desván. Un impulso irresistible guiaba a Juan. Trepó por la escalera y se metió en el desván. Estaba allí obscuro como la noche. Se arrastró por las vigas, toscamente labradas, y se volvió hacia la entrada tendiéndose y permaneciendo quieto.

Lo que le pareció un momento interminable acabó cuando el ruido de los caballos sonaba a la entrada de la cabaña. Cesó, y a los oídos de Juan llegó el ruido de unas espuelas y las pisadas fuertes de unas botas.

—Bueno, querida, ya estamos otra vez en casa, — dijo la voz fría e irónica de un tejano.

—En casa; yo me pregunto, Colter, si habrás tenido tú una casa alguna vez... y una madre y una hermana... — fué la respuesta amarga y cáustica.

El cuerpo palpitante y calenturiento de Juan se quedó de pronto frío y rígido por la emoción. Sus mismos huesos parecían convertirse en hielo. Durante un segundo su corazón dejó de latir. Una opresión le subía del pecho a la garganta. La voz de mujer era la de Ellen Jorth. Aquel era el acento que él recordaba en sus sueños. Había caído en el campamento de la facción de Jorth. El destino que había dispuesto el fin de aquellos de los Isbel y de los Jorth que habían encontrado la muerte, había sido en verdad duro, pero ninguna prueba, ni aun la de la Reina, podía compararse con aquella desesperada que a Juan le quedaba por pasar. Había amado a Ellen Jorth tierna y desesperadamente, y había desdeñado escuchar lo que manchaba su reputación para tenerla por una muchacha honrada. Por ella no había matado a su padre ni a su tío, debilitando o perdiendo quizás la causa de los Isbel. Y la amaba ahora con horror sabiendo de sus propios labios que era indigna de su amor; la amaba más porque había sentido su terri-

ble vergüenza. Y para él, para el último de los Isbel, había sido destinado el peor de los sinos. Quedar agarrado como una rata herida; verse compelido a permanecer impotente mientras oía y veía quizás cómo Ellen practicaba sus falsas insinuaciones. Su voluntad, su promesa, su credo y su sangre le destinaban a ser el último hombre en aquella contienda. ¿Pero podría yacer allí para oír y para ver mientras tuviera un cuchillo y un brazo?

XIV

SIGUIO el roce del cuero de las sillas sobre el suave césped y el de las pisadas de los caballos sueltos.

Juan oyó un ruido en la puerta de la cabaña y después el golpe de un cuerpo duro contra la madera. Movió lentamente la cabeza para mirar por una hendidura entre dos tablas. Vió el brillo del cañón de un rifle apoyado contra el marco de la puerta y cómo ésta se obscurecía. Ellen Jorth se sentó con un largo suspiro de cansancio, se quitó el sombrero, y la luz brilló en el cabello castaño, que caía en una gruesa trenza. Veía su cuello curtido. Llevaba una blusa gris, sucia y rota, que colgaba de sus hombros delgados.

—¿Qué vas a hacer ahora, Colter? — preguntó de pronto. En su voz había una nota que Juan no recordaba.

—Nos quedaremos aquí — fué la respuesta seguida por el tintineo de las pisadas de unas botas con espuelas.

—Yo no quiero estar aquí — declaró Ellen.

—Me pone mala pensar que el tío Tad se murió ahí, solo, abandonado, sufriendo...

—Convengo en que es un poco duro para ti. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

Siguió un largo silencio, que Ellen no interrumpió.

—Han ocurrido muchas cosas desde esta mañana — dijo Colter. — Somers y Springer han vuelto y Antonio se ha ido... Y ahora, la verdad, Ellen... ¿no has oído tiros de rifle por alguna parte?

—Sí — respondió ella sombríamente.

—¿Hacia dónde?

—Me parece que del lado del terraplén, bastante lejos.

—Eso es lo que yo creo y lo que me hace pensar mucho. Ya sabes que Somers pasó por el último campo de los Isbel y que cavó en una sepultura para encontrar los cuerpos de Gordon y de Fredericks y de otro que no conocía. La Reina cumplió su palabra y se presentó en el campo de los Isbel y mató a todos esos. Pero o él o Juan Isbel se marcharon dejando un rastro de sangre. Si era de la Reina ya podemos apostar a que Juan Isbel estaba detrás de él; y si era de Juan, la Reina será el que persigue.

Apostaría que uno de los dos, Juan o la Reina, están muertos; y espero que sea Juan, porque, si no, es el último de la banda de Isbel, y puede ser que yo sea el último de la banda de Jorth... No tengo muchas ganas de encontrarme con ese mestizo y por eso es por lo que digo que nos quedaremos aquí. Este es el mejor escondite que hay en todo el país. Tenemos comida, agua y pastos para los caballos.

—¿Yo quedarme contigo aquí sola?

El tono parecía una contracción con el significado de las palabras. Juan contuvo el aliento, pero no podía dominar la creciente agitación que parecía presagiar algún choque inesperado. Lo sentía o imaginaba que sería la catástrofe que provocaría el sometimiento de Ellen Jorth a las proposiciones de Colter. Pero en lo más hondo del corazón de Juan vivía algo que no podía morir, algo que no podía matarse con palabras. ¡Qué atroz era aquel momento de silencio! ¡Cómo comprendía que si su inteligencia y su emoción habían creído sus palabras, su alma no las creía todavía!

—Colter — dijo ella. — Entra mis paquetes y mis mantas en la cabaña.

—Voy — dijo él de buen talante.

Juan vió a Ellen colocar el rifle en un hueco entre dos leños y luego volverse lentamente de espaldas a la pared. Juan la conoció entonces, aunque algo nuevo encontró en ella. La sombría expresión de su cara parecía de la de una mujer mayor y más grave. Su mirada fija y su mente en suspenso esperaban algo.

Juan, en su contemplación ansiosa de la cara amada, no comprendió en el primer instante el significado de su expresión. Pero rápidamente la interpretó como la sombría decisión de una mujer que no puede resistir más.

Colter apareció en la puerta llevando un rollo de mantas y un paquete.

—Echalos dentro — dijo ella. — Creo que no hay necesidad de que te molestes entrando.

Aquello enfadó al hombre. Con una larga zancada atravesó el umbral y arrojó las mantas a sus pies y el paquete encima de ellas. Después se sentó deliberadamente en la puerta, contemplándola.

—Bueno, Ellen, me parece que eso lo vamos a solventar ahora mismo.

—¿Sí? — preguntó Ellen.

—Voy a poner las cosas del mismo modo que estaban antes y aún mejor, — declaró.

—¿Qué quieres decir? — preguntó ella.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Puede ser que no lo sepa tan bien. Lo mejor en que hables claro.

—La última vez que te puse las manos encima me golpeaste y cuando me acuerdo de eso me irrito.

—Pues volveré a hacer lo mismo si tratas de ponérmelas otra vez — dijo ella con una mirada dura y una arruga entre las dos cejas.

—He estado esperando a que me amases — declaró él con un gesto que no estaba del todo desprovisto de una emoción dignificada.

A aquellas palabras del cuatrero, Juan sintió un escalofrío.

Ellen había empezado a hablar, cada vez más fuerte, pero las primeras palabras de su discurso se perdieron para Juan.

—... a ti? Yo nunca te he amado y nunca te amaré.

—Pero mujer, yo te he abrazado y besado.

—Sí, así lo hiciste, bruto, cuando estaba tan abatida y tan débil que no podía levantar una mano.

—¡Aaah! ¿Quiere eso decir que no podría hacerlo ahora?

—Haz la prueba Colter.

—Puede ser que la haga ahora — siguió él. — Pero ahora me extrañan muchas cosas. ¿De manera que Daggs no era nada para ti?

—Lo mismo que tú — afirmó ella. — Me perseguía cuando era casi una niña, hace mucho tiempo. Yo no había conocido más que hombres como él y no podía estar a cada hora del día, a cada instante rechazándolos. Además, no me importaba. Era una niña y un beso no significaba nada para mí. Pero cuando empecé a saber... — Ellen bajó la cabeza en silencio.

—¿Y esperas que me crea eso? — preguntó él con ironía.

—¡Bah! ¿Qué me importa a mí que te lo creas o no? — gritó ella levantando la cabeza.

—¿Qué me dices de Bruce?

—¡Canalla! Mentía, Colter y cualquiera que fuese medio hombre siquiera hubiese conocido que mentía.

—Pues Bruce se jactaba de que tú eras su amante.

Ellen miró hacia la puerta por encima de la cabeza de Colter, a la selva, como si ésta fuese su único refugio. Evidentemente, sentía que aquel hombre hacía más de lo que dejaba conocer en su lenta charla. Cerró los labios con firmeza como para ocultar su temblor o contener su apasionada lengua. Todavía no temía Ellen Jorth a aquel hombre, pero empezaba a temer la situación. El corazón de Juan era un caos de convicciones rotas. Nada era verdad. Podía despertarse de un momento a otro de aquella pesadilla. Sin embargo, sentía la inminencia de un gran momento, de un relámpago, de un trueno...

—¿Y bien, Ellen, qué me dices de Juan Isbel? Nuestro amigo el mestizo, que te trataba con tanta familiaridad.

Ellen Jorth se estremeció como al golpe de un látigo y su cara morena adquirió un tono escarlata deslucido y palideció poco a poco.

—Maldito seas, Colter! — prorrumpió con furor. — Quisiera que Juan Isbel entrase por esa puerta o que saltase de ese desván. ¿Sabes que mató a Greaves por difamarme y que te mataría a ti por tus asquerosos insultos? Y ¡cómo me gustaría verle haciéndolo...! Embustero, ladrón... Me engañaste respecto de la muerte de mi padre y yo sé por qué. Robaste el oro de mi padre y ahora me quieres a mí y esperas que yo caiga en tus brazos... ¿Es que no distingues una mujer decente? ¿Han sido decentes tu madre y tus hermanas...? ¡Bah! ¡Es predicar en desierto! Pero escucha esto, Colter. No soy lo que tú te crees; no soy la pícara que vosotros, mentirosos, habéis querido hacerme. Soy una Jorth; no tengo casa ni familia ni nada y me he visto obligada a vivir con hombres tan viles como Daggs y como tú, pero he sido honrada, ¿lo oyes?, honrada y toda vuestra podredumbre no me puede contaminar.

Colter se enderezó en toda su estatura y su laxitud se desvaneció. También se desvaneció el frío que helaba la mente de Juan convirtiéndose en ardiente llama.

Silenciosamente, sacó su cuchillo y quedó vigilante con los ojos como los de un gato montés. En el momento en que Colter se acercase lo suficiente al borde del desván, saltaría sobre él; pero ahora podía esperar. Colter tenía un revólver al cinto y no debía dejarle la oportunidad de sacarlo.

—¿De modo que querrías que Juan Isbel estuviese aquí? — inquirió Colter. — Si te hubiera tenido un poco de lástima, con esto se habría acabado.

Con un movimiento del brazo, tan rápido que Ellen no lo pudo esquivar, la empujó enviándola a través de la cabaña y quedándose en la mano una manga de la blusa. Extendió ella los brazos para rechazarle. Juan se enderezó temblando como una hoja. Colter se hallaba demasiado lejos y por ciego que estuviera oiría el ruido y tendría tiempo de inutilizar el esfuerzo que el hiciera. Volvió a aplicar el ojo a la hendidura de las tablas.

Ellen no retrocedió, ni gritó ni se movió. El instinto de la lucha se veía en todas las líneas de su cuerpo y la magnífica llama de sus ojos hubiera contenido a un bruto menos endurecido. El largo brazo de Colter pasó por entre los dos de Ellen y acabó de arrancarle la blusa exponiendo sus hombros blancos y redondos y su palpitante seno, que instantáneamente se volvió de color de púrpura.

Dominada por la tremenda violencia del bandido, Ellen cayó de rodillas, con los ojos dilatados y la cara blanca, tratando de cubrir su desnudez con los brazos cruzados.

En aquel momento sonó fuera el rápido batir de los cascos de un caballo y Colter se detuvo.

—¡Infierno! — exclamó. — ¿Quién será? — Con rabia arrojó los restos de la blusa a la cara de Ellen y se volvió hacia la puerta. Juan vió a Ellen tomar la blusa y tratar de cubrirse con ella, mientras se apoyaba en la pared y miraba hacia la puerta. Las pisadas del caballo se detuvieron en la misma puerta.

—Colter, hay mucho que hacer — dijo fuera una voz jadeante.

—Quisiera que lo hubieses hecho tú sin interrumpirme, Springer — contestó Colter con frialdad y acritud.

—Sí, eh? No tardarás mucho en olvidar a la señora — contestó Springer. — En cuanto tenga aliento para contarte...

—¿Dónde está Somers?

—Hecho añicos, si mis ojos no me engañaron.

—¿Dónde está? — volvió a preguntar Colter.

—Entre los jarales de aquel desmonte. No me esperé a ver qué le pasaba. Pero estoy seguro que le entró en el cuerpo algo de plomo.

Se hundió como una gallina a la que se le corta el cuello.

—¿Dónde está Antonio?

—Huyó.

—¿Y la Reina? — siguió Colter después de una pausa.

—Muerto.

Siguió un silencio que daba escalofríos a Juan. Veía a la joven levantarse apretando la blusa contra su pecho con una mano y con la otra extendida hacia la puerta, con una extraña y casi frenética mirada.

—Bueno, habla — ordenó Colter con aspereza.

—Hay muchas novedades, Colter, pero todas interesantes. Somers y yo nos llevamos a Antonio con nosotros y dejamos a su mujer con las ovejas. Nos dirigimos al cañón y subimos a la cima de aquella loma. Allí encontramos a la Reina. La cosa más curiosa que te puedes imaginar. Se había sentado contra un pino para esperar a Juan Isbel que le seguía la pista, según sospechamos y quedó muerto así. . Todavía estaba caliente cuando le encontramos. Somers dió en seguida con una trampa que podíamos hacer. Levantó a la Reina y le sentó contra un árbol otra vez y le ató un revólver a cada mano. Lo más curioso es que las dos pistolas de la Reina estaban vacías. Le dejamos allí y nos fuimos a un desmonte, a unos sesenta metros y esperamos bastante tiempo. Pero, por fin el mestizo llegó. ¡Es demasiado hábil, demasiado indio! No cruzó el claro, sino que le dió la vuelta y desde allí vió a la Reina. Era divertido verle. Después de un momento preparó su rifle y avanzó hacia la Reina. Entonces quise yo tirar, pero Somers me dijo que era mejor esperar para asegurar el tiro. Cuando llegó hasta la Reina estaba medio escondido por el árbol y no le veía bien, pero yo no podía esperar más. Los dos, Somers y yo, empezamos a disparar. Somers se descubrió y entonces es cuando Juan Isbel le vació encima un cargador entero del rifle y después se escapó corriendo. No tardé mucho en figurarme que se le habían acabado las municiones. Cuando le vi correr me convencí de ello. Volvimos entonces por los caballos y echamos detrás de él. No tardé en verle correr como un venado por la loma abajo; yo grité y corrí detrás de él. Entonces fué cuando Antonio me dejó. Le perdí de vista y le seguí por las manchas de sangre que dejaba en las piedras hasta que ya no pude seguirle más. Debió tirarse por alguno de los precipicios, porque de otra manera le tenía que haber visto. Encontré su rifle y aquí te lo traigo para probarte lo que digo. Tuve que retroceder fuera del Rim y troté de prisa cañón abajo. Está escondido en alguna parte, cerca de la pared del oeste, malherido, si yo sé algo del color de la sangre.

—Me asombras — rezongó Colter.

—¿Qué hacemos, Colter? — inquirió Springer con ansiedad. — Si somos listos podemos acorralar al mestizo; es el último de los Isbel.

—Más que eso, es el último del equipo de Gastón Isbel — declaró Colter; — y si puedes enseñarme la sangre de que hablas, yo le puedo seguir el rastro.

—Ya te la enseñaré — dijo el otro cuatrero. — Pero escucha. ¿No sería mejor que mirásemos si ha cruzado el cañón? No creo que lo hiciera, pero es mejor asegurarse. Lo debemos tener por algún sitio a lo largo de la pared oeste del cañón. No tiene armas, no hubiera corrido nunca de aquel modo si las tuviese. Es nuestro, Colter.

—Todavía tiene aquel cuchillo — ponderó Colter.

—No tenemos que preocuparnos de eso — afirmó el otro. — Está malherido. Todo lo que tenemos que hacer es volver a buscar el rastro de sangre y seguirlo con cuidado. Estará escondido por ahí como un lobo lisiado.

—Springer, hay que acabar con ese mestizo — silbó Colter. — Daría diez años de mi vida por meterle el cañón de mi revólver en la boca y disparar después.

—Muy bien. Pues manos a la obra. Puede ser que no tengas que perder más que diez minutos, porque te aseguro que yo sé por dónde podemos encontrarle. Yo podía haberlo hecho solo; pero, Colter, me parece que tenía un poco de miedo...

—Déjame tu caballo y vé delante — dijo Colter bruscamente. — Yo tengo que hacer aquí en la cabaña.

—¡Ajajá...! Bueno, Colter, seguiré un poco hacia abajo y te esperaré. No quiero perseguir solo a Juan Isbel. Le tengo un poco de aprensión a aquel cuchillo que empleó en Greaves. Y me parece que debías dejar a esa pícara de Jorth mientras...

—Sí, Springer, pero tengo que atarla. — Su voz se hizo ininteligible y los pasos que se perdían atestiguaban que Springer se alejaba lentamente.

Juan había escuchado con toda su atención para no perder ni una sola sílaba, mientras su mirada descansaba sobre Ellen Jorth, que estaba al lado de la puerta. Todas las líneas de su cuerpo demostraban que ella también escuchaba con atención. Estaba de espaldas a Juan de manera que éste no podía verle la cara. Y no quería ver, pero no podía evitarlo, sus hombros desnudos. Ellen sacó la cabeza por la puerta y la retiró enseguida levantando lentamente uno de sus desnudos brazos. Era el izquierdo y llevaba las marcas de los dedos de Colter. Dió un pequeño grito. Sus ojos se agrandaron con una mirada fija. Se habían inclinado hacia la mano que acababa de apartar de uno de los peldaños de la escalera. Sobre la mano y la muñeca relucía una roja mancha de sangre.

Juan sintió un vuelco convulsivo en el corazón y comprendió que había dejado un rastro de sangre al empinarse por la escalera.

Ellen Jorth se puso pálida, sus ojos se dilataron. En aquel instante su razón concertaba la sangre que había en la escalera con la huída de Juan.

Se apoyó un momento en la escalera inmóvil como una piedra, excepto por el jadeo que

levantaba su pecho y su mirada fija se transformó en un relámpago comprendiendo lo todavía incomprensible al dirigir la mirada por la escalera hasta el desván. No veía nada, pero sabía que Juan estaba allí. Una maravillosa transformación se operó en su cara y en toda su actitud. Despacito, ocultó su mano ensangrentada detrás de sí mientras que con la otra sostenía aún la blusa contra su pecho.

El paso lento de Colter volvía a sonar en el exterior.

Ella se retiró de la puerta y se apoyó en la pared en una actitud de extraordinaria blandura, como si el acero de su cuerpo se hubiese fundido y cuando Colter entraba, Juan Isbel miraba con asombro aquella transformación. La veía, pero no podía comprenderla.

—Colter, he oído todo lo que te decía Springer — dijo ella. Su aspecto confundía también a Colter y su voz parecía conmoverle visiblemente.

—Bueno ¿y qué? — contestó con dureza poniendo uno de sus pesados pies en el umbral. La miraba con malignidad.

—Tengo miedo — suspiró ella.

—¿De quién, de mí?

—No, de Juan Isbel. Puede matarte y entonces, ¿qué sería de mí?

—¿Qué te ha dado de pronto? — rezongó él.

—Colter, hace un momento te odiaba, pero ahora, con Juan Isbel oculto por los alrededores, vigilando y dispuesto a matarte y puede ser que a mí también, ya no te odio más. Llévame contigo.

—¿Has perdido el coraje?

—¡Por Dios, Colter! ¿No lo ves? — imploró ella. — ¿No quieres llevarme contigo?

—Sí quiero y así lo haré en seguida — replicó él sombríamente. — Pero espérate a que le haya apagado las luces a este Juan Isbel.

—No — gritó ella. — Llévame contigo, por ahora y seré lo que tú quieras que sea y dejaré que hagas conmigo lo que te parezca.

Toda la gigantesca figura de Colter se estremeció. De un salto cruzó el umbral y se acercó a ella.

—¿Estoy loco o lo estás tú? — preguntó con voz sorda. En su cara se retrataba el mayor asombro.

—Sí, te quiero, Colter — suspiró ella acercándose un poco más a él, con su cara pálida levantada y sus negros ojos incomprensibles en su elocuencia misteriosa. — No tengo más amigo que tú... seré tuya... ya estoy perdida... qué importa... Si quieres, llévame contigo ahora... antes de que me mate.

—Ellen Jorth, esto es algo muy extraño — contestó él. — ¡Dijiste la verdad cuando afirmaste que no habías sido nada de Bruce?

—Sí, dije la verdad.

—¿Y por qué me insultaste con todos los epítetos que se te vinieron a la boca?

—Estaba enfadada. Quería que me dejases sola.

—¡Enfadada! No estoy seguro de que no te hayas vuelto loca o que mientas ahora también. Hace una hora no podía ni tocarte.

—Pero ahora sí puedes... si me prometes que me llevarás lejos de aquí. Este lugar me asusta. No podría dormir aquí sabiendo que Juan Isbel está cerca. ¿Podrías tú?

—No creo que durmiese muy bien.

—Entonces vámonos.

El movió la cabeza de águila con vehemencia y la estudió detenidamente con desconfianza.

—Eso de que seas ahora tan buena... — dijo con irónica entonación.

—No te acuerdes de lo pasado — contestó con una pasión tan sombría como la de él. — Ahora mi oferta está hecha.

—Tiene que haber una mentira en algo de lo que haces — murmuró él torvamente.

—¿Puedo hacer más? — preguntó ella.

—No, pero todo es mentira — contestó. — Tú quieres que te lleve a algún sitio y luego escaparte... Sabe Dios qué piensas. Las mujeres son todas mentirosas.

Evidentemente, no podía creer en su extraña transformación.

—¡Llévame contigo! — imploró tendiéndole primero un brazo y luego el otro.

Colter había saltado hacia adelante con la cara radiante a encontrar su brazo, pero cuando el brazo de ella se tendía a su cuello vió la mano y la muñeca llenas de sangre. Aquello apagó de pronto su ardor. Levantó la cabeza como un ave de presa.

—¡Sangre! — murmuró y la agarró de los brazos. — ¿Qué quiere decir eso? ¿Te has cortado? Estate quieta.

Ellen no podía librar su mano.

—Me he hecho un arañazo — dijo.

—¿Dónde? ¿Y cómo te salió tanta sangre?

—Ellen, tú tienes a ese mestizo aquí — dijo.

Ella no habló ni se movió. Tuvo un principio de decaimiento, pero sólo resultó una transformación de su blandura en un rapto de frenesí. Y en esta transformación había la maestría que había caracterizado su primer cambio. Quedaba descubierta su traición, pero ella ya sabía lo que tenía que hacer en cualquier caso.

Colter puso una de sus manos en la escala y la retiró con la palma hacia ella para que viera la negra mancha de sangre.

—Mira.

—Sí, ya veo — contestó ella.

La pasión transformó a Colter.

—Todo eso de que nos marchásemos de aquí, de que te entregarías a mí, eran mentiras.

—No, Colter, te he dicho la verdad. Me iré contigo aun ahora si le perdonas — murmuró la última palabra haciendo un movimiento con la mano hacia el desván.

—¿Eres capaz de amar a ese mestizo, a ese Isbel? ¿De veras eres capaz de amarle?

—¡Con toda mi alma! Y ese amor ha sido mi gloria y podía haber sido mi salvación, pero ahora me iré contigo al infierno si le perdonas.

Colter rugió una imprecación como si algo de respeto brotase del fondo de su sórdida alma.

—Jorth saldría de su sepultura si este Isbel te lograse a ti.

—Apresúrate, apresúrate, antes de que venga Springer. Creo que le he oído llamar.

—No voy a perdonar ni a Isbel ni a tí — respondió él, y con un gesto sombrío y significativo, empezó a subir la escalera.

La tensión de Juan Isbel había llegado a su grado máximo y se preparaba para saltar sobre Colter en cuanto empezase a subir la escalera. Pero Ellen, con un grito penetrante, tomó el rifle de donde lo había dejado y lo levantó, apuntando.

—¡Colter!

El grito con que pronunció su nombre le dejó helado.

—Vas a perdonar a Juan Isbel, ¡Deja caer ese revólver!

—Sí, Ellen, sí. Cuidado ahora. Dejaré que Juan Isbel se escape — tartamudeó.

—¡Suelta el revólver! ¡No te vuelvas, Colter! "¡Que te mato!"

Pero ni aun entonces supo comprender el espíritu de la mujer.

—Vamos, Ellen — dijo en voz más alta y enfadada; y como arrastrado por una duda fatal de la inmovilidad de ella, empezó a volverse.

Sonó una detonación. El rifle vació su contenido en el pecho de Colter, quien dió un brinco soltando el revólver; sus manos se tendieron hacia ella y en su cara se reflejó una sorpresa terrible.

—¡Dios me ayude! — murmuró con la voz ahogada por la sangre. Y la alcanzó con sus manos temblorosas. — ¡Bribona! te voy a...

Otra vez sonó el rifle. Cuando él, en su caída, se inclinó sobre ella, Ellen tuvo que saltar a un lado, y aun así su mano crispada le arrebató el rifle. Luego, en una convulsión se dobló, tratando de incorporarse sobre sus espaldas, pero pronto quedó tendido sobre el suelo en un horrible espectáculo. La joven retrocedió con los brazos abiertos: el horror borraba la pasión de sus facciones.

De fuera llegó una aguda llamada y el sonido de pasos rápidos. Ellen se apoyó en la pared mirando aún a Colter.

—¡Eh! Colter. ¡Qué tiros son esos? — preguntó Springer sin aliento.

Cuando apareció su forma en el umbral, Juan volvió a reunir sus fuerzas para un salto tremendo. La mirada de Springer cayó primero sobre la mujer, y quedó atónito. Después pasó a algo que había en el suelo y sus ojos reflejaron un indecible horror.

—¡Le has matado tú, bribona! — gritó. — Ellen Jorth, si le has matado tú, yo... — se acercó a donde Colter yacía.

Entonces Juan se levantó silenciosamente, y, como un tigre, se dejó caer en el vacío sobre el cuatrero. Este miró hacia el techo cuando Juan saltaba, y gritó. Uno de los pies de Juan le alcanzó de lleno en la cara y le lanzó contra la pared, donde dió con la cabeza. Juan cayó pero se levantó de un salto cuando Springer sacaba su revólver. Entonces Juan se precipitó hacia adelante con un fuerte movimiento del brazo... y no miró más.

Ellen corrió fuera de la puerta, y una vez en la hierba se desplomó sobre sus rodillas. El sol, vivo y dorado, resplandecía sobre sus brazos y espaldas, desnudos. Juan tenía un pie fuera del umbral cuando la vió y voló atrás para recoger su blusa. Tomando entonces una manta, Juan volvió a salir.

—¡Ellen, Ellen! — gritó. — Todo se ha acabado — y alcanzándola, trató de envolverla en la manta.

Ella se abrazó con fuerza a sus rodillas. Juan no veía más que sus grandes y angustiados ojos.

—Has... has...

—Sí, todo ha acabado. La guerra Isbel-Jorth ha acabado.

—Gracias a Dios — exclamó ella con voz triste. — ¿Y tú, Juan, estás herido? ¿Aquella sangre que había en la escala?

—Sí, en el brazo. Mira, pero no es nada. Ellen, déjame que te cubra con esta manta, — y envolviendo la manta alrededor de sus hombros, le rogó que se levantase, pero ella no hacía sino apretar más las rodillas de Juan escondiendo en ellas su cara.

—Ellen, no estés así arrodillada — imploró Juan.

—Juan, Juan — gimió la joven sin moverse. Trató él de levantarla, pero pesaba demasiado para su brazo herido.

—Yo maté a Colter, yo le maté. Tenía que matarle; le había ofrecido que me escaparía con él...

—¡Por mí! — gritó él con ternura. — ¡Ellen, Ellen! Parece que el mundo se acaba. Sí, le mataste, pero no lo digas tantas veces. Me salvaste la vida, porque yo nunca te hubiera dejado partir con él. Sí, tú le mataste y tú eres una Jorth y yo soy un Isbel. ¡Los dos tenemos sangre en las manos! ¡Yo por tí y tú por mí!

Las notas de ruego y tristeza de su voz animaron a ella, que aflojó su abrazo para levantar la cabeza y mirarle. Trágica y significativa, postrada de rodillas, le conmovió.

—Sangre en mis manos — murmuró. — Fué horrible matarle así, pero todo lo que me importa en este mundo es tu perdón y tu fe, que ha salvado mi alma.

—No hay nada que perdonar, chiquilla. Nada, nada, Ellen.

—Yo te engañé — gritó ella. — ¡Yo te engañé!

—Ellen, escucha, amada mía. — El tierno llamamiento trajo su cabeza a sus rodillas. — Yo nunca creí lo que tú misma me querías hacer creer. Te lo juro por la memoria de mi madre muerta, que nunca, nunca creí lo que decían.

—Juan, ¡te amo, te amo, te amo! — exclamó ella con apasionada y exquisita ternura.

—Ellen, no puedo levantarte — dijo Juan temblando de emoción y señalando su brazo inútil, — ¡pero puedo por lo menos, arrodillarme junto a tí!

FIN

EL DIABLO EN PALACIO

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Como consecuencia de una intriga palaciega, es asesinado el marqués de Poza adicto al príncipe don Carlos. Muere envenenado el marqués de Bergen. Ruy Gómez desobedece al rey. Este, bajo la sugestión de la princesa de Eboli, organiza una fiesta campestre. Fracasa el intento de fuga del barón de Montiguy. La esposa de Ruy Gómez se une al cardenal Espinosa, para combatir al príncipe don Carlos. Una carta comprometedora para la de Eboli, va a parar a manos del rey. Al príncipe don Carlos le roban documentos comprometedores. El paje Luis, prepara la fuga de don Carlos, pero fracasa en su intento. Se sospecha, que Luis sea el misterioso personaje, que llaman El Diablo. Los inquisidores le tienden una celada al paje. Este, a su vez, logra encerrar a su enemigo, fray Bernardo. El comendador Maldonado es víctima de una intriga del paje. Fracasa la tentativa de fuga del príncipe don Carlos; muere éste y Luis y doña Blanca huyen, después de descubrirse quien es el diablo de Palacio. Muere envenenado Ruy Gómez. El marqués de Poza, al que creían muerto sus enemigos, aparece de nuevo y se dispone a buscar a doña Blanca y a Luis. Este provoca un desastre en las tropas españolas que luchaban en Flandes. El marqués de Poza se encuentra con don Juan de Austria.

EÑORES — dijo el recién llegado, — me alejaba con intención de volver, y sólo quería buscar a mi amigo el marqués de Castro para felicitarle por el buen gusto que ha tenido en elegir el rico aderezo de esmeraldas que anoche lucía su linda esposa en el cuarto de la reina; porque el tal aderezo fué regalo del marqués.

—¿Cómo lo sabéis?

—Por casualidad. Acaba de decírmelo el joyero que lo vendió.

—¿Le habéis encargado otro igual?

El barón desplegó una dulce sonrisa. y contestó:

—Sois demasiado atrevido.

—Pero somos discretos todos los presentes y bien puede confiársenos cualquier secreto.

—¿Y qué nuevas corren? — preguntó el barón desentendiéndose de las palabras de su amigo.

—No sabemos otra cosa sino que se agrava la enfermedad del duque de Feria, y que ya hay quien se agita para obtener su puesto de capitán de guardias del rey.

—¿Nada más?

—¿Tenéis vos que contarnos?

—Sí, amigos míos, pero solo os diré sobre qué punto versa la noticia, aunque sin dárosla.

—Sepamos.

—Ya sé cuándo llega doña Ana de Mendoza.

—¿El día fijamente?

—Y la hora también.

La curiosidad se pintó en el semblante de todos.

—¿Y queréis decirnos ese día y esa hora?

—Es un secreto que vale mucho.

—Sin embargo...

—Permitidme, señores, que guarde la mayor reserva sobre este punto; ya sabéis que tengo pendiente una apuesta de bastante consideración, y que perderé si no soy el primero en visitar a la

princesa, antes que nadie sepa su llegada.

—Queréis divertiros a nuestra costa.

—A fe de caballero os digo la verdad.

—En cuanto a la apuesta sí.

—Y en todo.

—Hablad, pues.

—Vuestra reserva a nada conduce: nosotros no estamos interesados en esa apuesta, y por consiguiente no podemos causaros ningún perjuicio.

—Es verdad, pero...

El barón fué interrumpido por la entrada de un gentilhombre, qué acercándosele, le preguntó:

—¿Sabéis si el señor Antonio Pérez ha salido de la cámara de su majestad?

—No ha salido aún.

—Le esperaré aquí.

—¿Tan urgente es el negocio?

—Una carta de no sé quién, pero con tanta prisa por parte del mensajero, que debe ser un asunto de mucha importancia.

—¿Y no dicen de parte de quién?

—No, pero la trae un escudero tan ricamente vestido, que debe ser de algún gran señor.

—¿Y el sello?

—No lo tiene.

—¿Y la letra?

—No la conozco.

—¿Me permitís — dijo el barón — que la vea?

—Con mucho gusto, porque así todos podremos satisfacer nuestra curiosidad, si la conocéis.

El barón examinó atentamente el sobre de una carta que le entregó el gentilhombre: sus mejillas se tiñeron por un instante de un ligero carmín, y desplegó una leve sonrisa, pero que revelaba una viva satisfacción.

—Nunca he visto esa letra — repuso, devolviendo la carta al gentilhombre.

Y después de una breve pausa, añadió:

—Mucho tarda hoy su majestad en recibir, y yo tengo que despachar asuntos muy urgentes.

—¿Os vais?

—Sí.

—¿Y el secreto?

—Lo guardo; pero para que quedéis convencidos de la seguridad que tengo de mis noticias, os diré que la llegada de la dama en cuestión la sé por una carta suya que he visto.

Y haciendo una reverencia con su acostumbrada coquetería, se alejó apresuradamente.

Los que quedaron empezaban a comentar la repentina marcha del barón, cuando, abriéndose una puerta, apareció Antonio Pérez, primer secretario de Estado de Felipe II.

Cesaron repentinamente todas las conversaciones y se fijaron en aquel punto todas las miradas, como si hubiese entrado el mismo rey. Luego, como si toda la turba de cortesanos hubiese sido impulsada por un solo resorte, se apresuraron todos a rodear al favorito para rendirle el homenaje de una baja adulación.

La despejada y ancha frente del ministro estaba serena y se levantaba, no con un orgullo que ofendiese, sino con la satisfacción del que se contempla a mayor altura que todos. Sus ojos negros, de mirada penetrante y viva, brillantes y expresivos, recorrieron en un segundo con su vista de águila todo el salón. Vagó en sus labios esa sonrisa estudiada que conceden los grandes a los pequeños, y que más que otra cosa demuestra la superioridad en alto grado que se digna dar aquella muestra de benevolencia a sus inferiores, y que al mismo tiempo dice: "Agradecedme esta honra que os dispenso".

ESTABA el favorito en lo mejor de su edad, era de regular estatura, de buenas formas, de rostro ovalado de simpática expresión y de ademanes expresivos. Para todos tenía siempre una frase agradable, una mirada franca y dulce que borraba cualquiera mala sospecha que pudiera abrigarse contra su palabra, teniendo éstas el don de la persuasión. Y sin embargo, bajo tales prendas, abrigábase un corazón ambicioso hasta el último grado, y no del todo generoso y noble, como lo prueba la negra ingratitud con que pagó la incomparable ternura de su esposa doña Juana de Coello, tan hermosa como noble y tan noble como virtuosa.

Iba Antonio Pérez todo vestido de negro, ya porque el grado de nobleza de su cuna no le permitía usar bordados ni cierta clase de adornos, ya también porque Felipe II gustaba de que sus ministros fuesen vestidos con suma sencillez y en armonía con la gravedad de sus funciones. Sin embargo, su ropilla era de terciopelo de Utrech, sus calzas de la más fina seda de Granada, y su

ferreruelo del paño más superior que se había tejido en las fábricas de Florencia. En el prendido de su sombrero de ala derecha brillaba una esmeralda de gran valor. única joya que llevaba y que daba a conocer que no era su dueño un hidalgo de bolsillo tan pobre como de modesta cuna.

Antonio Pérez atravesó el salón, dando a los unos la mano, contestando a las diversas preguntas de otros con ese laconismo, precisión y claridad de los que están acostumbrados a entender en muchos negocios a la vez y economizar el tiempo con sumo cuidado, y llamando, en fin, la atención de muchos para darles tal o cual noticia, o decirles alguna palabra agradable.

El gentilhombre portador de la carta misteriosa que hizo ponerse colorado al barón, acercóse al favorito y entregándole el papel, le dijo:

—Os esperaba con impaciencia, señor Antonio Pérez, tal es la prisa que trae el que me dió para vos esta carta.

—Gracias, mi buen amigo — le contestó el secretario de Estado con su agradable acento.

Y abriendo la carta, leyó rápidamente los tres o cuatro renglones que contenía.

Sin duda el misterioso papel debía ser de mucha importancia, porque así como hizo enrojecer las escuálidas mejillas del barón, tornó pálidas las de Antonio Pérez.

—Podéis — dijo al gentilhombre — prestarme un servicio que os agradeceré.

—Espero vuestras órdenes.

—Pues servíos, si os place, decid al portador de esta carta que conteste a su amo que voy a verlo al instante; y de este modo podré yo entre tanto buscar al señor marqués de los Vélez para comunicarle una orden de su majestad.

El gentilhombre apretó lleno de vanidad la mano que le alargó Pérez, salió mientras éste se perdía entre la multitud de cortesanos, diciendo a todos que iba a dar cumplimiento a una orden urgente del monarca, para librarse así de los muchos importunos pretendientes que lo rodeaban y le hacían perder un tiempo para él muy precioso.

Mientras esto sucedía, se preparaba una escena de muy distinto género en una casa de la calle de Santa María casi esquina a la de la Almudena; y si el lector no lo lleva a mal, nos trasladaremos a un aposento ricamente amueblado con anchos sillones y divanes forrados de damasco carmesí, mesas doradas con primorosos tallados, y dos grandes espejos, cuyas molduras, también doradas, resaltaban sobre la rica tela de seda blanca con listas color de rosa claro, que cubría las paredes.

Uno de estos espejos estaba frente a la puerta de entrada, y el otro frente a un balcón, cuyas anchas cortinas de damasco carmesí, prendidas con gruesos cordones de oro, no dejaban penetrar sino una mediana luz que embellecía más el aposento. Otra cortina igual cubría la puerta de entrada , y del techo y un grueso cordón de seda que remataba en un borlón de hido de oro, pendía una araña de cristal con muchos y muy caprichosos adornos y en la que había colocadas multitud de bujías de diferentes colores. Una alfombra tejida en Flandes cubría el pavimento y completaba el adorno del suntuoso recinto.

Ocupémonos ahora de lo que en él sucedía, y para ello comenzaremos nuevo capítulo ya que nuevo es también lo que vamos a referir.

Capítulo XV

TRATADO DE ALIANZA OFENSIVA Y DEFENSIVA

DOÑA Ana de Mendoza estaba negligentemente recostada en uno de los divanes de que hemos hecho mención, y vestía un riquísimo traje de brocatel azul de Damasco con flecos y adornos de seda del mismo color, que hacía resaltar más la blancura de la gorguera de finísimo hilo de Hungría primorosamente rizada. En su peinado, complicadísimo y extravagante según la moda de entonces, se entretejían algunos hilos de gruesas perlas cuya transparente blancura se hacía más notable sobre el negro brillante de sus cabellos. Un ancho brazalete de oro con un rosetón de brillantes ceñía la parte anterior del brazo izquierdo de la dama, y un solo anillo, pero de mucho valor, brillaba en el índice de su diestra.

Los ojos de la princesa tenían una expresión de seductora dulzura, revelaba su postura tal languidez, estaba su boca entreabierta tan graciosamente, que al mirarla se comprendía cómo sus seducciones podían haber hecho olvidar sus crímenes.

Pasaron algunos instantes; doña Ana

se miró en uno de los espejos, y como si hubiese quedado satisfecha de sí misma, sonrió levemente y luego murmuró:

—Mucho tarda.

Entonces la expresión de su semblante varió completamente; sus párpados ocultaron a medias sus pupilas, se contrajo su ancha frente, y pareció entregarse a profundas meditaciones.

Tras largo rato de completa inmovilidad, levantóse la dama mostrando suma impaciencia; recorrió la habitación como para entretener el tiempo, arregló su gorguera, y volviendo a sentarse, comenzó a dar vueltas a su brazalete con aire distraído.

Al fin agitóse la cortina de la puerta y un hombre asomó, pidiendo permiso para entrar.

—Adelante, respondió vivamente doña Ana.

Presentóse entonces un escudero, adelantó algunos pasos, y en actitud respetuosa esperó.

—¿No lo has visto? — le preguntó la princesa.

—No, señora — contestó el criado;— pero ya le han entregado la carta y traigo la respuesta.

—¿Qué ha dicho? ¿Te han dado algún papel? — repuso la dama.

—Ninguno; pero un ugier me mandó deciros que al instante vendría el señor Antonio Pérez y que así os lo avisase.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Porque el señor Antonio Pérez estaba cuando llegué en la cámara de su majestad y no han podido entregarle antes la carta.

—Bien, déjame, y cuando venga, que le hagan entrar inmediatamente sin más aviso.

Salió el escudero y doña Ana volvió a quedar inmóvil, silenciosa y pensativa.

Aun transcurrieron más de veinte minutos.

Por fin levantóse la cortina de la puerta, y anunciaron al ministro de su majestad.

La princesa desplegó una sonrisa encantadora, fijó en el favorito una mirada dulcísima, y le alargó la diestra a la vez que le decía:

—Mucho ha de hacerse desear quien mucho vale.

Las mejillas de Antonio Pérez se tiñeron de un vivo carmín; sus ojos brillaron como dos luces y sus manos, levemente agitadas, tomaron la de la princesa, llevándola a los labios y estampando en ella un beso que debió ser muestra de respeto, pero que significaba más bien una ardiente pasión.

—Perdonadme, señora — murmuró, — si no he venido con toda la prontitud de mi deseo, y como quien, valiendo poco, acude a ver a quien mucho vale.

—Sentáos, amigo mío — repuso doña Ana, señalando al diván y junto a sí. — Mucho tenemos que hablar, aunque vuestras galanterías me lisonjean en extremo, y bueno será que como parte de adorno las dejemos para después.

—Señora — repuso el ministro a la vez que se sentaba, — somos de diversa opinión, y os juro que esto me apesadumbra mucho; para mí la parte principal es la que vos consideráis como accesoria.

—Mucho siento yo también que comencemos no estando acordes; pero decidme a que pueden conducir las galanterías, qué ventajas puede reportarnos.

Y la princesa desmintió con una mirada lo que acababa de decir.

—Hace mucho tiempo, señora, que sabéis lo que pasa en mi corazón y me preguntáis las ventajas que pueden reportarnos... ¡oh!... tenéis razón, para vos ninguna ventaja; pero yo al menos, ya que no vea satisfecha mi pasión, tengo necesidad absoluta de deciros que os amo.

—¿Aun pensáis en esa locura? — dijo la princesa sonriendo graciosamente. — En verdad que os creí ya curado de vuestra manía de requebrarme.

—Bien hacéis en burlaros de mí — contestó Antonio Pérez con amargura. — Tratadme como loco, porque lo soy.

—Vuelvo a deciros que dejemos este asunto para después, porque estamos perdiendo un tiempo precioso.

—¡Para después!... No, señora, a menos que os neguéis a escucharme. He contado uno por uno los días, una por una las horas que han pasado sin veros, y hoy he venido, más que nunca enamorado, a saber de vuestra boca si debo resignarme a vivir en un continuo tormento o si he de abrigar alguna esperanza que calme mi afán. ¿Acaso puedo estar junto a vos y no deciros que os amo? Siquiera por compasión, doña Ana, acabemos de una vez; o rechazadme para siempre o corresponded a mi pasión; la incertidumbre es horrible.

Y el favorito se acercó a la princesa sin reparar que le arrugaba la falda del vestido. Pero no estaba él para miramientos tales, porque su cabeza se ar-

día y su razón se trastornaba.

—Amigo mío — dijo doña Ana con acento triste y bajando la vista, — olvidáis cuán peligroso es amarme, y más aún pedirme correspondencia.

Estas palabras produjeron un maravilloso efecto en Antonio Pérez, cuyo rostro se contrajo.

—Es verdad — dijo con amargura,— tengo un rival con quien no puedo competir.

—¡Un rival!...

—El rey os ama, vos lo amáis...

—Mucho decís, señor Pérez.

—¿Acaso no es cierto?

—Desgraciadamente es muy cierto que el rey me ama, pero yo...

—¡Decid que no le correspondéis y soy feliz !— interrumpió el ministro con arrebato.

—¿Con eso os contentáis? — le preguntó la dama mirándolo un tanto lastimosamente.

—¡Oh, no! pero siquiera no se añadirá el tormento de los celos al de la pasión.

—Pues bien, no tengáis celos, sed feliz al menos en esa parte; pero en cuanto a corresponderos, os estimo en mucho, me estimo yo también para exponernos al enojo del rey.

Antonio Pérez se acercó más a la princesa, y exclamó:

—¡Repetid esas palabras! ¡Decid que sólo el temor os separa de mí, pero que me pertenece vuestro corazón, y entonces...

—Entonces os haré desgraciado y las Huelgas de Burgos volverán a servirme de prisión.

LA esperanza animó el semblante del ministro, quien estrechando entre las suyas las manos de doña Ana, replicó:

—¿Qué podéis temer si yo os defiendo? ¿Acaso no valgo bastante para aniquilar a todos vuestros enemigos, que son los míos?

—Pero el rey...

—Nada sabrá de nuestros amores.

—Os equivocáis.

—Y en fin, aun cuando llegue a sospechar...

—¿No teméis su cólera?

—Nada temo cuando se trata de vos.

—Si hubiéseis pasado como yo, seis años en la soledad de una celda...

—Doña Ana — interrumpió el favorito, — si me amáseis como yo os amo, nada os haría retroceder.

En el semblante de la dama se pintó una profunda tristeza. De su pecho salió un doloroso suspiro, inclinó la cabeza sobre el pecho, y dijo:

—Mis enemigos son muchos y muy poderosos: me harán una cruda guerra y no descansarán hasta aniquilarme. Y como sé hasta dónde llega su encono, no quiero exponeros a las consecuencias fatales que os produciría vuestra generosidad por defenderme.

—¿Pero me amáis? — dijo Antonio Pérez, cuyos ojos brillaron extraordinariamente.

Doña Ana miró a todos lados como si temiese que la escuchasen, y luego dijo:

—Mientras vivió mi esposo y las intrigas de mis enemigos no me habían colocado en una falsa posición, pude resistir a las instancias del rey, porque nada tenía que temer de él. Un año y otro me persiguió donde quiera con los ruegos de su pasión, hasta que perdida la esperanza, herido en su amor propio al verse despreciado a pesar de su corona, castigó mi resistencia a pretexto de un crimen que se me supuso, prevaliéndose de un acontecimiento casual. Ya comprenderéis, porque en la corte no hay secretos para vos, que me refiero a la muerte de mi esposo. Sola, de todos abandonada, despreciada y acusada por todos, he pasado seis años en un encierro rodeada de espías, sin que nadie, sino vos, en todo este tiempo haya pensado en aliviar mi suerte. Al fin, y tal vez por mi desgracia, me veo fuera de mi prisión, pero no libre ni absuelta de las terribles acusaciones que pesan sobre mi, y que podrá tomarse nuevamente por pretexto si se me quiere hacer algún mal! Esta es mi situación. Ahora examinemos la conducta del rey.

—Feliz vos señora — dijo el ministro, — que podéis razonar sin que la pasión os turbe.

—Las desgracias me han dado bastante fuerza de voluntad para dominar mis pasiones siquiera por algunos momentos.

—¿Es decir que vuestro corazn?...

—Permitidme que continúe; ya os hablaré de mi corazón.

—Os escucho — contestó Antonio Pérez contemplando a doña Ana con afán.

—La gracia que el rey me ha concedido levantando mi destierro, no puede ser desinteresada ni fruto de vuestras gestiones; ya conocéis a Felipe II y sabéis muy bien, quizás mejor que yo, que no hace nada sólo por hacerlo; tam-

bién sabéis que es tenaz como ningún hombre, y que formado un propósito no retrocede sino ante la absoluta imposibilidad. La pasión que el monarca sentía por mí debe arder aún, y al permitirme volver a la corte se ha propuesto satisfacer esa pasión, favorecido por el temor que deben infundirme el aislamiento en que me hallo y las acusaciones que pesan sobre mí. Si antes pude resistir haciendo frente a su incansable insistencia, no sé cómo podré seguir ahora la misma conducta sin sufrir de nuevo las consecuencias de su terrible enojo. El resultado no lo preveo ni casi me atrevo a pensar en él; pero cualquiera que sea me será contrario, porque correspondiendo al rey no dejaré de ser menos desgraciada que sufriendo los efectos de su cólera.

—Creo que exageráis señora.

—¿Podréis explicarme de otro modo la conducta del monarca?

—Señora...

—Demasiado convencido estáis de que mi situación es tal como acabo de pintarla. Pero es menester añadir algo.

—¿Malo también?

—Peor quizás.

—En vuestro largo encierro os habéis acostumbrado a verlo todo con los más negros colores.

—Con los que tiene.

—En otro tiempo, para vos más feliz, para mí más tranquilo por lo menos, nada os importaban los peligros. ¿Se ha debilitado la fuerza de vuestro espíritu con la paz del claustro?

—No, amigo mío, y por el contrario ha adquirido más vigor; seis años de soledad sin que nada me distrajese para poder pensar en mis desgracias, para poder odiar a mis enemigos; seis años de forzado silencio sin que me fuese permitido exhalar una queja, han sido, por una parte, un descanso que ha dado nuevas fuerzas a mi espíritu y por otra, una privación que ha excitado más y más mi deseo de luchar hasta vencer.

—Entonces...

—Pensad que en la otra época contaba yo con medios que me faltan ahora. Entonces tenía primeramente a mi esposo, cuya defensa y ayuda eran de gran importancia.

—¿No me tenéis ahora a mí?

—¿Y queréis que os exponga, como ya os he dicho, a ser víctima de vuestra propia generosidad?

—Si acaso, sería vencido luchando en pro de mi misma causa, porque defenderos es defenderme, protejeros es proteger mi amor.

—¿Pero si yo puedo evitaros un mal, no debo hacerlo así?

—¿Sabéis cuál es de todos los males el peor? Pues ninguno como no alcanzar vuestros favores; ninguno como perder la esperanza de ser correspondido por vos. ¡Ah! Vos no sabéis lo que mi pecho encierra, lo que padece mi corazón. Todos los sacrificios, todas las locuras, las haría por una sola de vuestras miradas, y la existencia con todos sus goces, con todas sus esperanzas, con todos sus ensueños de cien años, los trocaría por un segundo no más de vuestro amor. ¡Y queréis que me contenga, que contemple y huya de esos peligros, reales o imaginarios que decís que me amenazan!... Sin duda no sabéis lo que es sentir el pecho arder y la mente desear delirando a impulso de la pasión.

—¡Que no lo sé!

—Sin duda lo ignoráis, cuando con fría calma analizáis todas las situaciones y queréis cortar los peligros.

Antonio Pérez, palpitante de emoción estrechó más y más la mano de doña Ana que aun conservaba entre las suyas.

—¡Cuán cruelmente me tratáis! — murmuró la dama con acento de tristeza tal, que cualquiera hubiese dicho que contenía trabajosamente el llanto.

—¡Y me llamáis cruel cuando así me veis sufrir sin darme ni siquiera el consuelo de una leve esperanza!... ¡oh!... vos amáis al rey, señora, y en vano intentaré que os conmuevan mis súplicas.

Había llegado el momento oportuno para la princesa.

—Señor Pérez — dijo mostrando algún enojo y retirándose al extremo opuesto del diván, — me ofendéis poniendo en duda mis palabras. ¿Creéis que amo al rey? En buena hora, soy libre y no tendría para qué ocultároslo.

—¡Perdonadme, señora! — exclamó el favorito que ya estaba a punto de perder la razón. — Perdonadme, os lo pediré de rodillas.

—Perdonado estáis pero dejemos este asunto.

—¡Oh, no!... Pero si no amáis al rey si vuestro corazón es mío, ¿por qué hacerme padecer tanto?

—¿Acaso os he dicho nunca que sea vuestro mi corazón?

El ministro se pasó las manos por su abrasada frente; oprimióse el pecho, y

con voz ahogada y tono entre suplicante y desesperado, exclamó:

—¡Por compasión, señora que me estáis matando!

—¿Y qué hacéis vos sino atormentarme también? — dijo la princesa fingiendo hábilmente que ya no podía contener los impulsos de su pasión.

—Ya no me atrevo a explicarme vuestras palabras pero si no habéis de corresponderme, echadme de vuestro lado.

—Os olvidáis de cuantos peligros nos amenazan, corréis ciego a vuestra perdición.

—¿Qué me importan esos peligros? Amadme, doña Ana, que yo sabré aniquilar a vuestros enemigos.

—Nada temo por mí, sino por vos; yo de todas maneras he de verme perseguida. ¿Os convencéis de que no soy egoísta?...

—Pues bien, yo lo acepto todo gustoso, de buena voluntad, y no tendré por qué quejarme de vos.

La princesa aparentó hacer un esfuerzo, y contestó:

—Yo también estoy resuelta a todo...

—¡Me amáis! — exclamó el ministro en el mayor transporte de su frenética alegría.

Y quiso besar repetidas veces las manos de doña Ana.

—Esperad — dijo ésta. — No os entreguéis a vuestro contento antes de escucharme.

—De vuestras palabras depende mi vida.

—Si os correspondo, mi situación será muy delicada, y tendremos que obrar con mucha prudencia.

—Imponedme cuantas condiciones os plazcan.

—Primero la más completa reserva.

—Bien, bien.

—Como yo no puedo romper abiertamente con el rey, no llevaréis a mal que entretenga sus esperanzas, que me muestre con él hasta cierto punto complaciente, aunque esto dé ocasión a los cortesanos para murmurar como ya lo hicieron en tiempo del maldito diablo.

—Haced cuanto os plazca; pero no me habléis de semejante cosa — contestó Antonio Pérez con cierta repugnancia.

—Veo — repuso la princesa — que comprendéis al revés vuestra situación. Debéis figuraros que soy realmente la dama de Felipe II y vos su rival afortunado; de este modo no os atormentarán mucho los celos, que es una ilusión como cualquiera otra. ¿Qué hubiérais hecho a conseguir antes mis favores, cuando aún vivía mi esposo? ¿Hubiéseis tenido muchos celos a pesar de que sabíais que me amaba con frenesí y que yo no desdeñaba su ternura?

—Tenéis razón, pero es muy difícil figurarse una cosa que no es.

—El rey tiene el derecho de antigüedad, y si bien es cierto que nada de común tengo con él en pretensiones, por lo menos, sois vos el rival con fortuna y debéis aceptarme tal como soy, en la situación que me habéis encontrado, y no tal como quisiéseis que fuera y en una nueva situación.

—Amadme y...

—Una cosa me resta que deciros.

—Me mata la impaciencia, señora.

—Tengo tres enemigos.

—Lo son míos.

—Uno, el antigua paje de doña Blanca.

—Desde ahora detesto a ese mancebo tanto como antes lo he admirado.

—Además doña Blanca.

—También la considero mi enemiga.

—Y últimamente el marqués de Poza.

—¿Pero tenéis completa seguridad de que vive?

—Completa y vos quedaréis también convencido cuando sepáis ciertas particularidades de lo que se creyó su muerte, y lo ocurrido en el camino de Burgos.

—Mucho temo que os equivoquéis, lo que podría ser causa de que diésemos un golpe en falso.

—Os digo, señor Pérez, que lo he visto

—¿Y qué habéis hecho para evitar que se nos escapase?

CUANTO me era posible hacer. Mandé a uno de mis criados que lo espiase sin perderlo un momento de vista; pero el escudero que llevaba el marqués fué más astuto que el mío.

—¿Y lo perdió de vista?

—Sí.

—Torpe debe ser.

—No tal, pero la traición de que usaron... ¡Oh!... amigo mío, es preciso que se castigue a esos miserables.

—Aun no he comprendido bien...

—Es muy sencillo — repuso doña Ana aproximándose al ministro. — No sé cómo pudieron averiguar que yo estaba en la posada, y sospechando si los espiarían cortaron disimuladamente las cinchas del caballo de mi escudero que tenía ensillado en la cuadra.

—Fué una idea del diablo, y en ver-

dad que daría cualquier cosa por tener a mi servicio a ese escudero del marqués si es que no fué de éste la invención de semejante travesura.

—Ya véis que al primer golpe quedamos burlados — dijo la princesa, haciendo la cuestión de interés común con Antonio Pérez.

—Y que ahora será más difícil echar mano al marqués.

—Tengo una sospecha.

—¿Cuál?

—Como os indiqué en mi carta, había recibido una la antigua doncella de la reina, en que su paje le decía que pronto le daría un abrazo.

—¿Y pensáis tal vez?...

—Pienso si el maldito paje será el que con apariencias de escudero acompañaba al marqués, porque sólo su trabajo pudo inventar el medio de burlarnos.

—El paje está en Flandes.

—¿Hay noticias recientes de que continúa allí?

—Las últimas fueron de la época de la horrible catástrofe de Leiden, y desde entonces, ni católicos ni herejes han vuelto a saber de él.

—Lo que prueba que salió para España según anunciaba a su señora.

Antonio Pérez meditó algunos instantes.

—¿Y decís — repuso — que se encaminaron hacia Burgos?

—De allí venían, al parecer, y retrocedieron sin duda después de averiguar que yo estaba en la posada.

—Hoy mismo saldrá para Burgos un hombre de toda mi confianza.

—Bien, amigo mío.

—Estad, pues, tranquila, que no os incomodarán mucho vuestros enemigos.

—Tranquila... no del todo.

—¿Por qué?

—El marqués fué siempre muy amigo vuestro...

—¿Y teméis que no me declare, como de los otros, enemigo suyo?

—No es bastante.

—¿Entonces?...

—No quiero enemigos que conspiran contra mi vida.

—Son criminales y recibirán el castigo que merecen — contestó el favorito con marcada intención.

—Seremos, pues, aliados...

—Lealmente.

—Y sin perder tiempo combinaremos nuestro plan de ataque y defensa.

—Pero aún no habéis dicho que me amáis.

Los ojos de la princesa brillaron; su boca se entreabrió graciosamente para sonreir con toda la fascinación de la belleza unida a la coquetería, y como el sonido leve del lejano preludio de un arpa que llevado por la brisa matinal se pierde entre la enramada de los bosques, así llegó a los oídos del enamorado galán una palabra de dulcísimo amor.

Largo rato se entretuvieron en plática tierna, hasta que ya muy avanzada la mañana, despidióse Antonio Pérez para ir a palacio.

—No os olvidéis — le dijo doña Ana — que somos aliados.

—Ya sabéis que cumplo lo que ofrezco — contestó el ministro.

Y después de besar la mano a la princesa, salió ufano por su triunfo.

—Más que el rey — murmuraba al abandonar aquella casa donde debían tener lugar escenas de mucho interés.

En su entusiasmo no advirtió el favorito que pronunciaba estas palabras con voz sonora, ni que fué escuchado y observado por un hombre que se hallaba como en acecho tras la esquina de la iglesia de Santa María. Este hombre era el enamorado barón.

—¿Con qué más que el rey?—dijo a su vez y cuando pasaba el ministro. — Razón tiene, pero no sabe que yo deseo ser más que él, y que me ha dado un arma para combatirlo.

Luego se dirigió hacia la casa de la princesa y añadió:

—En cuanto a la apuesta, la tengo ganada, porque no será el señor Antonio Pérez quien se atrevo a decir que ha visitado a doña Ana de Mendoza antes que ella participe al rey su llegada a Madrid.

Capítulo XVI

OTRA ALIANZA

POCOS momentos después de haber vuelto a palacio Antonio Pérez recibió el monarca el aviso de la llegada a Madrid de doña Ana.

Bien hubiera querido Felipe II no perder un instante en ver a la ilustre viuda; pero a su pesar y por miramientos de decoro, esperó con impaciencia a que llegase la noche y se retirasen los cortesanos.

Las once y media, o muy cerca de las

doce, serían, y ya empezaba a reinar el silencio en el alcázar, cuando Felipe II, solamente acompañado de dos gentileshombres, salió de su cámara, y bien recatado el rostro, dirigióse por escusados caminos a una puertecilla del palacio no guardada por centinelas, encontrándose en breve al aire libre, y enderezando sus pasos hacia la calle Real de la Almudena.

Cuando hubo doblado la esquina de Santa María, llegó a sus oídos el eco lejano de una muy dulce armonía producida por los acordes de una guitarra, que al extremo opuesto de la calle era pulsada sin duda alguna por enamorado trovador que con acentos de no escasa dulzura y un tanto de maestría entonó un romance cuya letra no pudo comprenderse. En el silencio de la noche y entre la oscuridad perdidos, los gratos sones y los ecos de la que debía ser, sin duda, tierna canción, hicieron palpitar el corazón del monarca que en aquellos momentos se hubiera trocado por el nocturno rondador a quien probablemente esperaría sobrada recompensa por su sentida trova. Y aunque también el rey, en busca de tierno coloquio andaba, no tenía en su favor la juventud con todos sus ensueños, con todas sus ilusiones y las esperanzas del que quizás había pasado el día escribiendo el romance y pasaba la noche cantándolo.

Un momento se detuvo Felipe y escuchó, y luego, ordenando a sus acompañantes que permaneciesen ocultos cerca del templo, llegó a la puerta de la casa de doña Ana, y llamó dando tres golpes con el aldabón de hierro.

Antes de abrirse la puerta preguntaron desde adentro:

—¿Quién va?

Y después de contestar el rey:

—El que esperáis.

Quedóle el paso franco y entró.

Dos criados con luces lo precedieron en la escalera y cuando hubieron atravesado algunos aposentos, señalaron a una puerta y volvieron atrás.

Felipe II levantó una cortina de seda y al extender la mirada un tanto afanosa por el salón que ya conocen nuestros lectores, presentósele delante doña Ana de Mendoza que salía al encuentro.

Si por la mañana la vimos ricamente vestida y hechicera, más engalanada y seductora estaba entonces.

Miróla el rey con la extrañeza y admiración que le causaba verla tan joven y tan hermosa como seis años antes. y tomándola una mano mientras que ella fingiendo turbación, hacía una profunda reverencia, besóla no tan cortés como amorosamente, y la condujo, por una fatal coincidencia, al mismo diván que pocas horas antes fuera testigo de la en extremo tierna y amorosa plática de Antonio Pérez.

—Os confieso, señora, mi agradable sorpresa — dijo el rey a la vez que se sentaba y hacía sentar a la viuda. — Muéstrase con vos el tiempo tan fino, galán y cuidadoso amigo, que su mano, destructoramente implacable parece que os da cada año la juventud que a los otros roba.

Estas palabras, que debían haber producido en la princesa el contento del amor propio halagado, parecieron entristecerla, y bajando la vista y suspirando levemente contestó:

—Veo, señor, que vuestra majestad no tiene en cuenta que si la mano del tiempo no ha envejecido mi rostro, las amarguras de los pasados días han carcomido mi corazón con sus tormentos. ¿Qué importa que no se marchite la frente si se desgarra el pecho con las profundas heridas del dolor?

—Doña Ana — repuso Felipe II, — el recuerdo de las desgracias, cuando éstas concluyen para siempre, debe borrarse para evitar tormentos por lo que ni puede remediarse ni debe temerse. Seis años habéis pasado lejos de la corte, y haciendo una vida poco o nada en armonía con vuestras costumbres; pero si bien esto debe haberos hecho sufrir mucho, no habéis tampoco estado en ninguna oscura prisión ni vigilada por duros carceleros, sino en un recinto por demás respetable, y al cuidado de personas que os habrán tratado con toda la dulzura y benevolencia que les son propias.

—Es verdad — contestó la princesa a la vez que desplegaba una amarga sonrisa, — he estado bajo la custodia de quien debía tratarme con la mayor dulzura.

—¿Acaso os han faltado a las consideraciones que se os deben?

—Sin duda los graves negocios que han ocupado a vuestra majestad le han hecho olvidarse de mi pasada situación.

—¡Olvidarme cuando estáis aquí por orden mía!

—Veo que han abusado de vuestra majestad.

—No os comprendo, señora — contestó el rey que no sospechaba el hábil la-

zo que le tendía la princesa.

—¿No tengo enemigos que me persigan?

—Muchos, es verdad, pero ninguno de ellos habrá llegado hasta vuestro asilo.

—¡Ninguno, cuando el más implacable de todos, el más cruel me vigilaba día y noche, me ultrajaba con sus desprecios!

—No sé de quién habláis, porque la superiora de las Huelgas...

—¡Oh! la superiora en una anciana débil, demasiado cándida, porque se ha dejado engañar por mi perseguidora.

—Entonces...

—Acabo de convencerme de que han engañado a vuestra majestad, han abusado de su buena fe como en muchas ocasiones.

—¡Qué han abusado de mí! — dijo Felipe II cuya frente se contrajo. — ¡Oh bien pudiera ser; pero no lo habrán hecho impunemente!

—No quiero que me venguéis, señor— repuso doña Ana haciendo un gesto de desdén.

—En tal caso me vengaré a mí mismo.

—Os ruego que tampoco.

—Explicáos, señora, que no es el asunto para tratarlo con desdén.

—¿Ignora acaso vuestra majestad que doña Blanca, la autora de todas las intrigas palaciegas de hace seis años, está en el convento de las Huelgas desde que dejó el alcázar?

—¿Qué decís? — preguntó el monarca con acento de sorpresa. — En el convento...

—Bajo el amparo y protección de la abadesa.

—Señora, desde la desaparición de esa mujer he hecho todas las averiguaciones posibles para saber su paradero, y nadie ha podido encontrarla. Se dijo, aunque sin apariencias de seguridad, que se había retirado a un convento, y la han buscado en todos por orden mía.

—Pues bien, señor, ya ve vuestra majestad que ha sido víctima de engaño.

—Tenéis razón — contestó el rey sin poder disimular un disgusto — me han engañado; pero os juro que no ha de quedar impune semejante abuso. Si efectivamente... pero si la habéis visto, no hay duda.

—¡Que si la he visto!... un día tras otro, a todas horas, insultándome con miradas de desprecio, contemplándome con aire de triunfo, mientras que yo de todos abandonada, acusada por todos y perseguida como el último de los criminales, bajaba ante ella la vista, me apartaba a un lado para que pasase cuando la encontraba en algún estrecho corredor, y aun le hubiera pedido de rodillas que me dejase tranquila... ¡Oh! yo lo hubiera hecho así, — continuó doña Ana con acento de la más dolorosa amargura, — yo, la princesa de Eboli...

Y ocultando entre las manos el rostro, vertió abundante llanto

EL rey conmovido, porque las lágrimas de una mujer hermosa, de una mujer querida, conmueven al más insensible, tomó las manos de la princesa, separóselas del rostro, y estrechándolas con entusiasmo exclamó:

—¡Oh, no lloréis, doña Ana! ¡No lloréis, que vuestras lágrimas me atormentan horriblemente Os han despreciado, os han perseguido, os han ultrajado... Yo vengaré tamañas ofensas, ahora os tocará a vos despreciar y ultrajar pronunciar la sentencia de vuestros enemigos.

Los grandes y negros ojos de doña Ana, empañados por el llanto, fijaron en el rey una mirada de gratitud tan dulce que hicieron estremecer el corazón del monarca.

—Sólo os pido, señor — dijo, — abandonando a Felipe II sus mórbida y bien modeladas manos— sólo os pido que en adelante me miréis con bondad.

—¿No me pedís más que bondad? — repuso el monarca cuyos ojos brillaron.

—Señor...

—¡Oh! enjugad vuestro llanto, miradme como en otro tiempo, con alegría, con ternura, y que vuestro labio imponga el castigo de los que os han ultrajado. Blanca está en las Huelgas... ¿queréis verla a vuestros pies dentro de dos días?

—No, señor, que volverá a echarme en cara la debilidad de haberos amado...

—¿Ha podido atreverse quizás?...

—¡Qué si ha podido atreverse! — interrumpió doña Ana con tono de amarga ironía. — ¿Sabéis lo que dijo cuando me vió disponiéndome para salir del convento, y porque notó que algunas novicias, en vez de hermana, me llamaron señora princesa y me saludaron con respeto? "Aquí no hay más jerarquías que la virtud, ved qué lugar ocupará la dama del rey". Estas fueron sus palabras.

—¿Y vos?...

—Nada contesté, porque quise dejar-

le la libertad de aquel desahogo en los momentos de su más loca desesperación.

—Desesperada porque su víctima...

—No, señor — interrumpió la princesa aproximándose al monarca. — Su desesperación era producida por otra cosa.

—Explicáos, me tenéis impaciente.

—La casualidad hizo que la sorprendiera yo leyendo una carta de su antiguo paje, que anunciaba su vuelta a España.

Al oír nombrar al paje, el rey palideció.

—¡Señora !— exclamó. — ¿Estáis segura de lo que decís?

—Os repito que leí la carta colocándome detrás de la doncella sin que lo notase, hasta después de algunos momentos.

—¿Con que es decir?...

—Que mantiene una correspondencia muy activa con el mayor enemigo de vuestra majestad y del Estado.

—¿Y cómo no lo impide la superiora?

—Al contrario, se lo permite porque no sabe lo que se hace.

—¡Y nada me habéis dicho, señora!

—¡Deciros!... ¿A quién dirigirme que hubiese escuchado mis palabras? ¿No se me consideraba como un criminal y a esa mujer como a una víctima?

—Tamaño abuso es delito asaz grave para que yo lo deje sin castigo. ¡En correspondencia con el paje, el enemigo de mi trono, el protector de los herejes, el que ha hecho sucumbir la flor de los tercios españoles delante de los muros de Leiden!... Esto es demasiado, esto es demasiado — prosiguió Felipe a la vez que apretaba los puños.

Y levantándose bruscamente dió algunos pasos por el salón.

—¿Os alejáis, señor? — le dijo la princesa con tan dulce coquetería, que logró calmar, aunque poco la agitación de Felipe.

—Señora, perdonad mi descortesía — repuso el monarca, sentándose otra vez; —pero cuando veo que la traición penetra en todas partes...

—Bien, señor; lo pasado ya no tiene remedio, debe olvidarse... acordáos del consejo que me dábais hace poco. Veo que he sido imprudente.

—Al contrario me habéis hecho un especial servicio.

—Os repito, señor, que no quiero que se castigue a Blanca; solamente deseo vuestra protección, porque cuando vuelva el paje seré el blanco de todas sus intrigas. Además ahora que cuentan con la ayuda del marqués de Poza...

—¡Señora — exclamó el monarca a la vez que abría extremadamente los ojos y miraba con cierta mezcla de sorpresa y espanto a doña Ana.

—¿Qué os admira?

—¿También tenéis miedo a los muertos?

—Sólo quiero guardarme de los vivos.

—¿Entonces, por qué habláis del marqués?

—Porque es uno de los que me quieren mal, muy mal, y así como ayer por la tarde caminaba hacia Burgos, acompañado de un escudero, que, sin asegurarlo, presumo que ha de ser el maldito paje, otro día puede dirigirse hacia Madrid para tomar la revancha del golpe que lo puso fuera de combate hace seis años.

Felipe II miró a doña Ana como queriendo convencerse de que no estaba loca.

—¿Pensáis — prosiguió la princesa, — que he perdido el juicio en mi encierro?

—Lo que acabáis de decir...

—Es una cosa ciertísima, pero que vos ignorábais a pesar de que gastáis cada año en espías una respetable suma de escudos.

—Si no os explicáis más, no os comprenderé —dijo el monarca, que aun no se había repuesto de su sorpresa.

—No sé cómo decíroslo con más claridad. El marqués de Poza vive, y en su lugar enterraron a su escudero. ¿Lo entendéis ahora?

El rey no pudo contestar una palabra.

—Lo que no puedo deciros es dónde estará ni si a estas horas habrá sacado del convento a doña Blanca.

—¿Quién os ha dado semejante noticia?

—Nadie; yo lo he visto, lo he oído hablar y he intentado que se apoderen de él; pero ha sido más astuto que yo y me ha dejado burlada.

—Sin duda os habéis equivocado.

—No fuí yo sola quien lo reconoció, sino que también uno de mis escuderos.

—Referidme todos los pormenores de ese encuentro, porque si he de hablaros con franqueza, aun no estoy convencido.

—Con mucho gusto — repuso doña Ana.

Y con toda exactitud refirió lo ocurrido en la posada del camino de Burgos.

—Señora — dijo al fin, — esta noche buscaba a vuestro lado la calma y la

alegría y he encontrado la agitación y el desconsuelo, no por vuestra culpa, sino porque la fatalidad me persigue. Causa ha sido, como en otro tiempo, de mis disgustos con respecto a vos, el maldito paje, su señora y el marqués. Se han burlado de mí, como de vos y hasta de la muerte, y es ya preciso tomar una determinación que ponga término a tantos abusos.

—Difícil será — contestó la princesa con una ironía que hizo palidecer a Felipe II.

—¡Difícil! — repitió éste. — ¿En tan poco me tenéis?

—En mucho, señor; pero en la otra época, como acabáis de decir, se burlaron de vuestra justicia y de todo vuestro poder.

—Pues bien, ahora veremos. No son las presentes las circunstancia de entonces.

—Al paje no le conoce nadie; el marqués procurará ponerse fuera de vuestro alcance, y en cuanto a Blanca, mientras esté en el convento, la protegerá la abadesa y fuera del convento se irá con su amante a vivir en un país extraño.

—No sucederá así, a menos que ya se haya ido, Antes que salga el sol se despachará un correo a Burgos con la orden terminante de que vigilen a la doncella, y que se me remitan las cartas que reciba del paje.

—¿Y qué adelantaremos con eso?

—Que no se nos escape doña Blanca.

—¿Y el paje y el marqués que son los más temibles?

—Si el marqués no ha salido de España, caerá también en mi poder; y en cuanto al paje, puesto que se atreve a volver...

—Mucho desconfío... sin embargo, puede vuestra majestad tomar esas medidas de precaución.

Otro era el plan de la princesa, pero no se atrevió a manifestarlo porque no creyó que el rey se hallaría dispuesto a recurrir a medios violentos.

—Es preciso acabar de una vez — repuso el monarca, — Ese paje, con tanta razón llamado el diablo, ha nacido para seguirme; pero no sabe que el reptil concluye por ser aplastado aunque haya conseguido picar algunas veces las garras del león.

—¿Y contáis con algún hombre de entera confianza para que vaya a Burgos?

—¿Tenéis vos alguno ?

—Y muy apropósito para el caso.

—¿Quién es?

—¿Recuerda vuestra majestad el nombre de Antonio de Mena?

—Antonio de Mena... — repitió el monarca repasando en su memoria el recuerdo de muchas personas.

—Un antiguo y muy leal servidor vuestro, criado del príncipe difunto, a quien Dios haya dado gloria.

—Tenéis razón; pero ese Antonio de Mena, si mi memoria no es infiel, desapareció del alcázar sin que nadie supiese más de él.

—Pero después de haber prestado un gran servicio, y obligado por los enemigos de vuestra majestad que le hicieron salir de la corte violentamente.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

—En Madrid.

—Decidle que vaya maañna a verme.

—No faltará.

—Ahora veremos si la capa del diablo tiene tanto poder como dicen.

—Señor, dad mañana la orden al buen Antonio de Mena y no penséis más en tan desagradable asunto.

—Señora...

—Hablemos, si os place...

—De vos — interrumpió el monarca, cuyos ojos brillaron de nuevo.

La princesa clavó una mirada tan abrasadora en Felipe, que éste, al sentir palpitar violentamente su corazón y arderse sus mejillas, exclamó con acento apasionado:

—¡Cuánto os adoro!

Una hora permaneció el rey todavía en casa de doña Ana, y luego salió para reunirse con sus sirvientes, que estaban inmóviles junto a Santa María.

Entretanto decía la princesa:

—Quizás he avanzado más de lo que debiera, exponiéndome a perderlo todo; pero el tiempo urge, el marqués está en Burgos, y... Veamos si se encuentra dispuesto el señor Antonio de Mena.

Y llamó a su doncella Inés.

Capítulo XVII

DE COMO DOÑA ANA COMENZO A PONER EN PRACTICA SUS PLANES

LA doncella conoció al punto en el semblante de su señora que los asuntos iban bien y por esta razón dió también a su rostro la expresión del mayor contento.

—¿Ha venido el señor Antonio? — le preguntó la dama.

—Media hora antes de la convenida, y aun espera. ¿Cómo había de faltar, si ya os he dicho que está loco por mí?

—¿Y tú estás decidida ya a casarte con él?

—Tales razones me habéis dado, y tanto me han dicho mis compañeras que conviene a las mujeres casarse, que pronto he de tener más prisa que él.

—Pues ya está en camino de hacer su fortuna, pero una fortuna como no pudiera esperarla.

—¿De manera que pronto podré llamarle mi marido? — dijo Inés frotándose las manos alegremente.

—El rey quiere encargarle una comisión de mucha importancia, es asunto en extremo delicado, y si tiene acierto, podrá alcanzar cuanto desee. Por consiguiente adviértele que sea fiel y me obedezca ciegamente para probarte su amor.

—En cuanto a eso, perded cuidado. ¿Queréis verlo?

—Sí.

La doncella salió, y pocos momentos después entró el señor Antonio de Mena que en nada había variado desde la última vez que le vieron nuestros lectores. Como siempre, vagaba en sus delgados labios la hipócrita sonrisa que tan extraño aspecto le daba, y siguiendo su costumbre revolvía de un lado para otro con la mayor viveza sus ojuelos verdes y brillantes como quien teme ser sorprendido a cada paso por un enemigo oculto.

Cuando hubo penetrado en el aposento, hizo tres profundísimas reverencias y se detuvo a respetuosa distancia de la dama, que lo contempló un instante con mirada escrutadora.

Conocíase que efectivamente la fortuna del señor Antonio debía haber sufrido considerable quebranto, porque su vestido de paño negro no se encontraba en el mejor estado de uso.

—Señor Antonio — le dijo la princesa, — ya conocéis bastante mi carácter.

—Todos lo conocen por su nobleza — contestó el hidalgo.

—Vos lo conocéis también por mi bolsillo.

—Que pasó a ser mío, pero que ya no lo es; — repuso el señor Antonio sin poder contener un suspiro de dolor.

—Bien, no importa — replicó doña Ana. — Abrid aquella caja que está sobre la mesa.

El señor Antonio obedeció, y al ver lo que la caja contenía, brillaron sus ojos como dos luces, y exhaló un grito de incomparable gozo.

—¿Qué contiene? — añadió la princesa.

—¡Oro! — exclamó el avaro con un acento que no podemos significar.

—Pues bien, ese oro y otro tanto será vuestro si me servís fielmente.

—¿Qué mandáis? — preguntó el hidalgo inclinándose hacia la dama y mostrando su impaciencia por obedecer.

—Tened más calma — dijo la princesa con desdén.

—Estoy a vuestras órdenes, señora.

—El rey os encargará una comisión.

—¡El rey!

—Sí, ¿qué os extraña?

—Nada, porque siempre lo serví con lealtad...

—Mañana saldréis para Burgos.

—Ahora mismo si es necesario.

—Llevaréis una orden para que se os permita la libre entrada en el convento de las Huelgas.

—Está bien.

—Allí está doña Blanca, la antigua doncella de doña Isabel de Valois...

—La conozco.

—El objeto de vuestra comisión es vigilar y enviar al rey las cartas que le lleven a Blanca, de Flandes, y que interceptará la superiora del convento.

—Todo eso puede hacerse muy bien.

—Tendréis otra orden para el alcalde mayor, a fin de que os preste todos los auxilios necesarios si fuese menester, ya para sacar del convento a la doncella, ya para aprisionar al marqués de Poza.

—¡Al marqués de Poza! — repitió con sorpresa el señor Antonio. — Tratando de habérselas con los muertos, el asunto es más peligroso.

—El marqués está más vivo que vos. Guardad mis órdenes en la memoria y no os cuidéis de más.

—Vuelvo a escucharos.

—En cuanto al de Poza no tenemos caso, porque como es un reo de alta traición, cualquiera está autorizado para prenderlo y aun para matarlo si hace resistencia.

—Y si le llegase a encontrar sucedería lo segundo, porque no es hombre que permita que un corchete le ponga la mano encima.

—Veo que aun sois persona de provecho como hace seis años.

—Gracias, señora — contestó el hidalguillo, sonriendo maliciosamente.

—Con respecto a Blanca — contestó

la princesa, — el asunto varía. Si aun está en el convento cuando lleguéis a Burgos, seguís las instrucciones que os dé su majestad; pero el día en que yo os mande a decir que la saquéis del convento, obedecedme sin perder un instante, y conducidla a Madrid, sin consultar al rey ni esperar sus órdenes.

—¿Y si resiste ella a seguirme, y la abadesa a que me la lleve?

—También me obedeceréis.

—Pero...

—Señor Antonio, — interrumpió la dama imperiosamente; — para desempeñar esta comisión sin vencer ningún obstáculo, cualquiera sirve y está bien pagado con un escudo cada día.

—Los imposibles...

—Lleváis una orden del rey, tendréis el prestigio moral y la fuerza material porque os dará cuantos auxilios necesitéis el alcalde mayor, sin contar con que vuestros bolsillos estarán llenos de oro, que es la mejor ayuda en cualquier aprieto.

—Pero a lo que entiendo, señora, eso se haría sin orden de su majestad, y como tengo una cabeza que perder...

—Cuando yo os diga que saquéis a la doncella del convento, será porque pueda probársela algún delito de gravedad con las cartas que han de interceptarse, y en este caso, todo lo más de que se os podría acusar sería de exceso de celo por el servicio del rey. Pero si no fuese así, y hubiese necesidad de sacarla del convento, el monarca os dirá que no habéis hecho bien, pero os demostrará lo contrario por conducto mío con una buena recompensa.

—Señora...

—De ello os respondo con mi palabra que es garantía de mucho valor: y sobre todo, algo debe arriesgarse por el contenido de esa caja, que como os he dicho, volverá a llenarse para que vos le vaciéis.

El señor Antonio quedó pensativo, y luego miró alternativamente a la princesa y a la caja.

—¿Vaciláis? — le dijo la viuda con tono de impaciencia.

—Pienso si me será posible...

—Decidme si o no.

—Pues bien... acepto; pero no extrañéis que os haga una petición...

—¿Queréis dinero?

—Estoy tan escaso de él.

—Tomad de la caja el que querais.

Imposible nos sería dar una idea de la expresión de repugnante alegría que animó el pálido rostro del avariento hidalgo. Sus ojos se abrieron extremadamente, brillaron como dos ascuas sus pupilas, y acercándose a la mesa, metió en la caja sus descarnadas manos, convulsas a impulsos de su codiciosa emoción, y sacó dos puñados de escudos de oro.

—¡Buena ley! — dijo contemplando las brillantes monedas y guardándoselas apresuradamente como temeroso de que se le escapasen.

—¿Necesitáis más instrucciones? — le preguntó la dama.

—Ninguna.

—¿Habéis estado alguna vez en Burgos?

—Y en las Huelgas también. donde tuve una prima monja

—Tanto mejor.

—Y en verdad que pienso que sería muy oportuno para ganar la voluntad de la abadesa, llevarle algunos encajes flamencos para que adornase las vestiduras de una imágen. Las monjas dan mucha importancia a los regalos

—Haced lo que os plazca.

—Entonces, con vuestro permiso — repuso el señor Antonio.

Y sacó de la caja otro puñado de escudos so pretexto de comprar los encajes.

Doña Ana lo miró sonriendo despreciativamente, y levantándose, salió del aposento a la vez que decía:

—Señor Antonio, tened presente que los castigos que impongo a los que me engañan, son aún más cumplidos que las recompensas que doy a los que me sirven fielmente.

El hidalgo saludó humildemente a la dama, y después de dar un paso hacia la puerta, se detuvo y murmuró:

—Uno siquiera.

Y retrocedió, tomó otro escudo de la caja, guardólo y se alejó con las manos en los bolsillos; por miedo de que aun se le escapasen las monedas.

Pocos momentos después se alejaba por la calle de la Almudena abajo, figurándosele cada esquina el bulto de un hombre, y cada soplo de viento la amenaza de un ladrón.

Capítulo XVIII

COMO HIZO SU ENTRADA EN BRUSELAS DON JUAN DE AUSTRIA

MIENTRAS que la princesa de Eboli pone en juego sus intrigas contra la infeliz Blanca, y en tanto que es ocasión de referir lo sucedido en el convento, iremos en busca de los que quedaron camino de Flandes, dejando atrás los días que invirtieron en su marcha, y los consideraremos llegados al término de ella.

No entraremos en la enojosa tarea de reseñar minuciosamente el estado en que se encontraban a la sazón los Países Bajos, ni lo ocurrido desde la llegada de don Juan de Austria a ellos hasta que los Estados generales lo reconocieron por gobernador. Pero sí nos es indispensable decir que los negocios de Flandes se hallaban más embrollados que nunca, que los ánimos estaban peor dispuestos, y que sólo a condición de que saliesen de aquellas provincias todas las tropas reales y de que todas las plazas fuertes se entregasen a los flamencos, reconocieron como gobernador a don Juan de Austria.

En proposiciones y consultas se pasó no poco tiempo, sin que se pudiese dar fácil solución al asunto, entorpecido por el príncipe de Orange que a toda costa quería la prosecución de la guerra para sacudir de una vez y para siempre el yugo español que encadenaba lo mismo la conciencia que los derechos civiles. La cuestión religiosa había tomado las proporciones consiguientes al rápido vuelo con que la Reforma se había extendido por todas las provincias flamencas, haciéndose la sangrienta lucha a la par religiosa y de independencia, causas ambas que los pueblos han defendido siempre con todo ardor del fanatismo, del orgulloso sentimiento de amor patrio y de su libertad individual.

En todo el tiempo trascurrido desde la llegada de don Juan a Flandes, habíasele ya reunido su secretario Juan de Escobedo que salió después que el infante de Madrid y no pudo caminar con tanta diligencia.

El convenio entre el de Austria y los Estados generales se firmó al fin, y aunque sin la aprobación del de Orange; reconocióse a don Juan por gobernador, y se dispuso recibirle en Bruselas con los debidos honores. El pueblo, impresionable como una mujer y entusiasta como un niño, creyóse feliz al saber que los ejércitos reales comenzaban a evacuar el país, y no pensó que mientras salían los regimientos españoles e italianos, se buscaba el medio de sacar a las poblaciones incendiadas o saqueadas un tributo con que pagar los atrasos de los regimientos alemanes. Pero el pueblo, mariposa que vuela hacia la luz que más brilla sin sospechar que en ella ha de abrasarse, el pueblo, coqueta que se postra a los pies del último de sus amantes mientras que mira con desdén a los anteriores, que regocija con la idea de una novedad, porque las novedades son sus goces, y se consideró feliz al pensar que un espectáculo nuevo, la entrada de don Juan en Bruselas, le daría ocasión de olvidar, siquiera por algunas horas, el hambre y la miseria que padecía.

No había permanecido ocioso el marqués de Poza en los días que llevaba en Flandes, y con la ayuda de su fiel escudero había practicado muchas diligencias para saber el paradero del antiguo paje; pero todas habían sido inútiles, y casi perdida ya la esperanza, aguardaba solamente a que don Juan se instalase en Bruselas, y pensaba despedirse de él en seguida para ir a las provincias donde se hallaba el príncipe de Orange, porque allí presumía que con mejor resultado podría buscar a Luis.

Era el primer día de Mayo de 1577.

Apenas hacía dos horas que el sol había dejado ver sus luces.

Ni una nube la más ligera se divisaba en el azulado horizonte.

En la ciudad de Bruselas se notaba más animación que de costumbre; por sus calles iba y venía multitud de personas de todas clases, cruzando apresuradamente de un lado para otro, ya deteniéndose para dirigirse preguntas y escuchar respuestas, ya escusándose de hablar por no perder el tiempo, sin duda era muy escaso para despachar los asuntos que los ponían en tan agitado y contínuo movimiento.

Notábase en el interior de los edificias el mismo rumor de inusitado movimiento que en las calles, y a pesar de la hora, en muchas ventanas se veían personas de ambos sexos, lujosamente vestidas como para una gran fiesta.

(Continuará)

DAVID Henderson, es un autor muy popular entre los que gustan de las novelas de aventuras. Y difícilmente podría hallarse una más terrible que la de unos cuantos jóvenes que parten para una excursión en bicicleta y, sorprendidos por un temporal, se ven obligados a refugiarse en una casa, al parecer abandonada.

Hay alguien en la casa, sin embargo; pero es un tipo misterioso, siniestro, a quien casi falta un lado de la cara.

Las muchachas están muy asustadas y el horror de todos aumenta cuando notan la desaparición de uno de los compañeros.

Salen a buscarle y lo hallan muerto, en el fondo de una mina abandonada.

Creen que ha caído; pero un hábil detective se encarga de decirles que lo que creen accidente es un crimen.

Todos son sospechosos; pero, naturalmente, el que más indicado parece como autor del crimen es el habitante de la casa solitaria.

Las sospechas se hacen más vivas porque dentro del pozo donde cayó el desdichado excursionista se halla otro cadáver, con traje de presidiario.

De suposición en suposición, se llega a deducir que el habitante de la casa, no es otro que un presidiario fugado, quien mató al antiguo cuidador de la misma y ocupó su lugar.

Parece que el misterio está aclarado en parte, aunque siempre subsiste una incógnita.

¿Qué, motivos tuvo para matar a su joven huésped?

En realidad, la solución es otra, muy distinta, y el lector hallará el final completamente inesperado, aunque lógico, gracias a las explicaciones del hábil detective arriba mencionado.

Este cuento de David Henderson se titula "Excursión Trágica", y se publicará en la edición de este semanario correspondiente al próximo viernes.

* * *

QUE hay de verdad en los poderes malignos que el vulgo atribuye a ciertas personas extrañas y misteriosas a quienes se les designa con el nombre de brujas?

¿Se podría aceptar, en estos tiempos de positivismo científico, la existencia real de personas que tengan fuerzas o conocimientos ocultos mediante los cuales puedan causar daño material o moral a los que desean perjudicar? ¿Existe la magia llamada negra y habrá que admitir que el poder maléfico de los brujos tiene alguna realidad?

Es lo que se plantea en la novela "Las Muñecas que Asesinan", de James Humprey, que se publicará en el próximo número de PUCKY.

Y no es la masa ignorante, y por lo mismo supersticiosa, la que asegura la realidad de esos hechos extraños, sino que son personas cultas, que actúan en el ambiente de la ciencia, las que, según James Humphrey, se ven en el trance de dudar de sus más arraigadas convicciones, para dar paso en sus mentes a creencias absurdas, contra las que luchan denodadamente, antes que aceptar los hechos misteriosos y dramáticos que van dejando a su alrededor terrible huella de espanto y de crimen.

¡Muñecas, simples muñecas, como las que utilizan las niñas para sus juegos, llevan la muerte escondida entre los pliegues de sus vestiditos!

Pero, lo extraordinario, lo que horroriza, no es solamente que esas muñequitas sean vehículos de muerte, sino que su constitución mecánica, su forma material se anime con un impulso vital que les da movimiento, vida, y hasta inteligencia, para actuar, de acuerdo con una inspiración perversa, que las hace instrumentos de crímenes, que resultan espantosamente cobardes y aparentemente sin otra finalidad que la de destruir vidas humanas y sembrar el dolor.

Hasta veinte asesinatos cometidos por ese medio, llega a comprobar el escéptico hombre de ciencia, que se ha propuesto investigar las causas misteriosas que ponen en juego tan peligrosos instrumentos de delincuencia.

Y el mismo investigador, al pretender penetrar en ese extraño misterio, está a punto de ser víctima de esa fuerza maligna, de la que logra salvarse en forma que despierta poderosamente el interés del lector.

En resúmen, se trata de una obra magistralmente escrita, que deleita, emociona e instruye.

EL DIRECTOR.

SU HOGAR...
SU MUNDO...

Se equivoca quien cree que la CASA PROPIA, sana, linda, y alegre implica un lujo. Vivir en lo suyo es la aspiración de todos. Si fué siempre una inclinación natural del hombre, es hoy más que nunca una imperiosa necesidad económica.

¡no tire su dinero en ALQUILERES!

ARCA

mediante un sistema desconocido aquí pero consagrado en Europa desde hace más de 150 años, le proporciona SU CASA PROPIA, AUNQUE USTED NO TENGA HOY DINERO NI TERRENO

ARCA

NO CONSTRUYE

USTED PUEDE EDIFICAR DONDE QUIERA Y EN LA FORMA QUE MAS LE GUSTE

DESDE EL PRIMER MOMENTO, USTED ES EL DUEÑO EXCLUSIVO DE LA PROPIEDAD

ARCA

NO COBRA INTERESES

ARCA

Asociación Recíproca de Crédito Argentino S. A.
Av. P. R. Sáenz Peña 943
BUENOS AIRES

Envíe hoy mismo este cupón

Sr. Gerente de ARCA
Av. P. R. S. Peña 943
Estimaré me remita los informes ofrecidos
Sr. .....
Calle .....
Localidad ..... F. C. .....

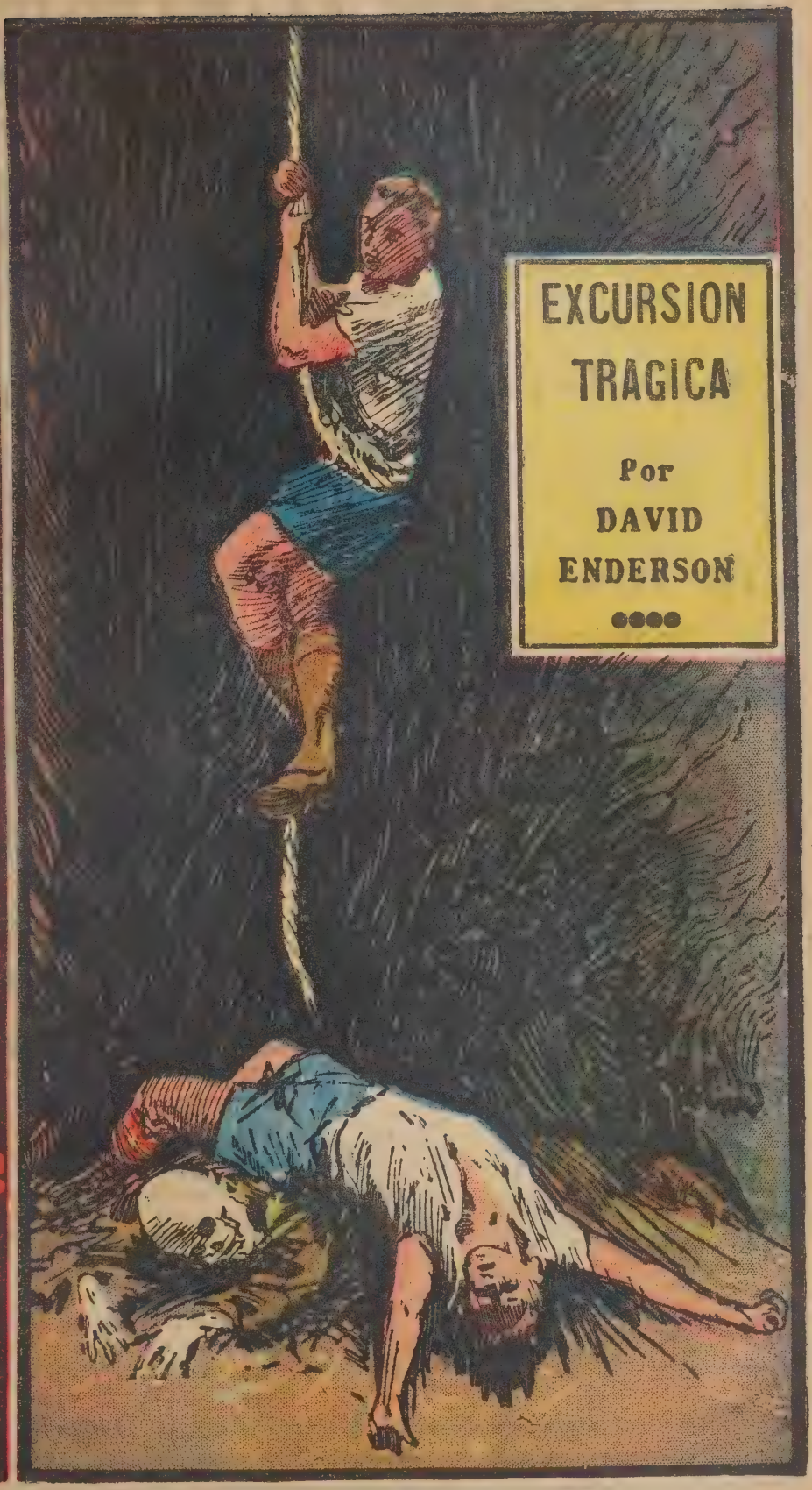
PUCKY

MAGAZINE

La Lectura Para Todos
Acción — Drama
Misterio Aventuras

No. 703
Marzo 19
de 1937
Buenos Aires

20 cts.



EXCURSION TRAGICA

Por
DAVID
ENDERSON

PUCKY MAGAZINE

Marzo 19 de 1937 — *Año XVII, No. 703*

SUMARIO

Excursión Trágica — por David Henderson — 8

Durante una excursión que realizan unos cuantos jóvenes, desaparece uno de los compañeros, al que encuentran muerto en el fondo de una mina abandonada. Creen que se ha caído, pero un hábil detective se encarga de demostrar que lo que se cree accidente es un crimen.

Las Muñecas que Asesinan — por James Humphrey — 16

¿Se podrá aceptar en estos tiempos de positivismo científico, la existencia real de personas que posean fuerzas ocultas mediante las cuales pueden causar daño material o moral a los que quieran perjudicar? Es el emocionante problema que se plantea en esta novela extraordinariamente dramática y misteriosa.

El Diablo en Palacio — 76

Novela histórica, en la que se revelan interesantes acontecimientos ocurridos en la corte del rey Felipe II, de España.

PUCKY
MAGAZINE
La lectura para todos
Aparece los viernes

VICTORIA 659
Dirección
U.T. 33, Avenida 0290
Administración
U.T. 33, Avenida 0415
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

CAPITAL E INTERIOR

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ por 6 meses (26 números)	„ 4.80
„ por 1 año (52 números)	„ 9.00

EXTERIOR

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países (1 año)	„ 12.90

Propiedad de la Editorial Manuel Láinez Limitada, S. A.

EXCURSION TRAGICA

POR

DAVID HENDERSON

LA CASA ENTRE LOS ARBOLES

AS sombras de la noche caían sobre los campos cubiertos de maleza; el viento sudoeste amenazaba convertirse en temporal y los ocho ciclistas encontraban muy difícil marchar contra él. Estaban furiosos con Connwall y sobre todo el alegre Albert que había ideado aquella excursión. Cierto que los tres primeros días habían sido agradables; pero luego el tiempo había cambiado; al alegre Bert Simmons nada podía desanimarlo y hasta le agradaba aquello. para cambiar; pero los otros estaban muy nerviosos. Como de costumbre, Bert iba adelante; pero su compañera no era la delgada Celia Smith, como otras veces, si no la bella Gloria Wade. Y considerando que la traviesa Gloria era la amiguita particular de Ted Matthers, es de imaginar que éste se sentía doblemente irritado. Naturalmente que la culpa era de Ted. Gloria, que trabajaba en la misma casa que él y había almorzado muchas veces en su compañía, lo había hallado hasta entonces un compañero agradable; pero el día anterior se había mostrado insoportablemente celoso sólo porque ella festejaba los chistes de Bert. Se habían peleado y la joven no quiso aceptar más su compañía.

Iba ahora junto a Bert, que procuraba decirle siempre algo alentador.

—Pronto hallaremos algún refugio — decía en ese momento el joven. — Lo único necesario es ponerle al mal tiempo buena cara. Todavía nos queda una hora de claridad y...

—¡Oh!... ¡Cállese! — interrumpió Cissie Hargreave, que venía detrás. — Usted es un buen excursionista; pero a veces le ataca a una los nervios.

—¿Y dónde diablos estamos? — preguntó Douglas Meek, que iba con Cissie. — ¡Lástima no haber seguido la carretera! ¿De quien fué la idea de meterse en ese matorral?

—De Bert — contestó Cissie con voz cansada.

—Sí, eso es; échame la culpa — dijo Bert volviendo la cabeza. — Además, ¿qué hay si la idea fué mía? ¿Cómo iba yo a adivinar que se levantaría este viento y que a dos de ustedes se les pincharían las gomas? ¿Por qué no ponen mejores neumáticos? Sugerí esta parte del erial porque me pareció más interesante. Nadie protestó entonces...

De pronto lanzó una carcajada y cayó más bien que desmontó de su máquina. Los otros tuvieron que detenerse y lo miraron con fastidio.

—Y ahora... ¿qué le pasa? — preguntó Gloria.

—Algo cómico. Acabo de censurar a

los otros por no tener buenos neumáticos y... uno de los míos se ha desinflado. ¡Miren!

—¡Vete al diablo! — gruñó Ted. — No se que sea un neumático desinflado motivo de risa.

—Tampoco se saca nada con rezongar — contestó Bert. — Lo único que hay que hacer es ponerle un parche.

Puso manos a la obra y mientras trabajaba cambió sutilmente de maneras.

—No podemos estar lejos de Bodmin — dijo tranquilamente. — ¿Si diéramos vuelta?

Douglas Meek lo miró comprensivamente. Hacía rato que inspeccionaba la oscuridad. No se veía más que el desolado erial, con sus siniestros riscos. El viento silbaba lúgubremente.

—Me parece mejor — dijo. — Esta desolación es terrible.

—Es la media luz — replicó vivamente Bert. — ¿Qué dicen, chicas?... ¿Conformes?

Las muchachas, que se habían sentado junto al camino, apretándose para darse calor, porque como los jóvenes estaban vestidas con pantalones cortos y blusas abiertas, se pusieron cansadamente de pie. Fueran cuales fueran sus atractivos — la única fea era Celia, — tenían un aspecto desastrosos, pálidas, despeinadas... hasta la radiante Gloria.

—¡Oh!... vamos a cualquier parte, — dijo Bessie Durrant. — ¡Qué viento horrible! ¡Cornwall la Riviera inglesa!... Que me lo digan a mí.

—No te desalientes, Bess — dijo Cyril Bott, un joven alto y vigoroso, que se consideraba su caballero particular. — Hasta Cornwall puede tener un mal día. Te sentirás mejor cuando lleguemos a Bodmin y tomes un plato de sopa caliente.

—Sí... cuando lleguemos — dijo Bessie tristemente.

Se pusieron en marcha de nuevo. Bert y Gloria siempre adelante. De cuando en cuando miraban una raya color sangre del cielo, entre la barrera de nubes. Se iban acercando a un risco y éste tomaba el aspecto de un altar de sacrificios.

—¡Oh!... ¡Miren! — exclamó de pronto Cissie, asustada.

Vió en el risco algo que no estaba un momento antes, porque Bert no lo había visto. Una figura rodeada por rojo y luminoso halo, con largas y huesosas piernas y unos apéndices que parecían alas de murciélago.

Cissie, pálida como la muerte, había caído de su bicicleta y temblaba violentamente cuando Douglas y Cyril se precipitaron a levantarla.

—¡Allí! — murmuraba la muchacha con voz temblorosa de terror.

Los jóvenes miraron.

—No hay nada... nada absolutamente — dijo Cyril sorprendido.

—Pero... ¿no lo vieron? Una figura, semejante a un vampiro. Algo espantoso. ¡Tengo miedo, Doug!

—No puedes haber visto nada realmente —dijo Douglas turbado.

Las otras jóvenes trataban de tranquilizarla; los muchachos se miraban inquietos.

—¿No hay allá una casa? —dijo de pronto Mathers.

Bert movió la cabeza.

—Es sólo una de esas minas abandonadas, de estaño — dijo. — Hemos pasado por muchas como ésta, hoy.

—No, no me refiero a la torre. ¿No hay una casa entre los árboles? Allí, a la izquierda. Si esas no son dos chimeneas torcidas, yo veo doble.

Bert sonrió de pronto.

—Tienes razón — dijo. — Bueno, más vale así, chicas. Creo que es mucho pedir que den improvisado albergue a ocho personas; pero nada perdemos con probar.

HASTA la asustada Cissie se animó ante aquella noticia y todos tomaron por lo que debió ser un camino de coches; pero que ahora estaba cubierto de malezas. Después de caminar bastante rato llegaron a una pared, medio derruída, toda cubierta de hiedra. Bert Simmons, que era el que iba adelante, mirando atentamente en medio de la intensa oscuridad, descubrió una tablilla que se balanceaba al viento.

—En venta — murmuró con disgusto.

—¡Una casa vacía! — gruñó Douglas — Debimos imaginarlo. ¡Maldita suerte! Tiene aspecto siniestro. Bueno, nada perdemos con darle un vistazo.

—Vamos... vamos — murmuró Cissie y Gloria la rodeó con su brazo.

Habían desmontado frente al derruído portón y desde allí podían ver la casa, una mole de piedra gris, baja, con ventanas. El viento, soplando alrededor de los aleros, producía un lúgubre lamento.

—¡Hum!... No es agradable la vista — murmuró Mathers.

Pero Bert estaba contento nuevamente.

—Vacía o no, esta casa es un refugio — dijo tomando la dirección como era su costumbre. — Es fácil sacar algunas de esas tablas apolilladas y entrar por la ventana. Tenemos bastantes provisiones para la cena y el desayuno y camas de emergencia también. Nada nos impide arreglar a las chicas cómodamente en una pieza y nosotros podemos dormir en cualquier parte.

—¡Tengo miedo! — murmuró Celia.

—No lo tendrás — dijo Bert dando a la joven, que era prima suya, un amistoso codazo. — ¿Qué es lo que temes, tonta? Tenemos linternas y podemos alumbrarnos. Y una taza de te caliente, nos reanimará.

Se adelantó, haciendo rodar su máquina, sabiendo que los otros lo seguirían. Empezó a arrancar las tablas de una ventana baja, ejemplo que siguieron Ted y Cyril. Douglas se quedó con las muchachas.

Estaban en lo mejor de la tarea cuando...

—¿Qué hacen ahí? — preguntó una voz irritada.

Todos pegaron un salto y vieron una figura flaca, parada en el derruído pórtico. Era apenas visible y la puerta se había abierto a medias.

—¿Me oyen? — dijo la figura sin moverse. — ¿Qué se creen? ¡Echar ventanas abajo!

—Lo... lo lamentamos — balbuceó Bert, que fué el primero en reponerse de la sorpresa. — Creímos que la casa estaba vacía y buscábamos refugio...

—¿Refugio contra qué? No llueve. Y aquí no pueden albergarse, joven. Esto no es hotel. ¡Lárguense!

—No necesita usted emplear ese tono — dijo Bert pacíficamente. — Pagaremos nuestro hospedaje, si quiere. Nos acompañan algunas niñas y están muertas de consancio...

—Eso no es cuenta mía. No hubieran traído muchachas a semejante lugar. St. Trevis no dista más que cinco millas y hallarán una buena posada allí.

—Vamos... vamos — murmuró Cissie.

Pero Bert se obstinó. Algo en la voz desfallecida de Cissie le dijo que estaba próxima a un ataque de nervios. Como jefe de la expedición, le correspondía la responsabilidad. ¡Cinco millas cuando las jóvenes estaban muertas de cansancio, en medio de aquel temporal y aquella oscuridad! La casa no era agradable; pero había que elegir entre dos males.

—Vea, cinco millas es demasiado para estas pobres niñas. No pienso más que en ellas. No molestaremos y...

—Es inútil. Aquí no hay sitio. Yo soy el cuidador. No hay lugar ni para un huésped, cuanto más para ocho.

Por un momento reinó silencio, interrumpido sólo por el ulular del viento entre los árboles.

—¡Vamos! — gritó de pronto Cissie.

Cayó al suelo y Gloria no pudo evitarlo. Su bicicleta chocó contra la de Cyril y ambas cayeron una encima de la otra.

—Se ha desmayado — dijo Bert con acento irritado al cuidador. — Si tiene usted un átomo de decencia y humanidad...

—Muy bien — interrumpió el hombre cambiando de tono. — Entren, si quieren; no puedo ofrecerles lujo; pero procuraré que las jóvenes estén cómodas. Dejen ahí las bicicletas. Las llevaré después al galpón.

Abrió la puerta. Vieron una luz amiga en una pieza, al fondo del hall.

—Sí, entren en esa pieza — dijo el hombre brevemente.

Cissie fué la primera en entrar, medio llevada, medio cargada por Gloria y Cyril. Tenía los ojos desorbitados de espanto. Pero la vista del interior de la pieza la calmó. Era una habitación grande, cubierta por una alfombra gastada y muebles cómodos.

Una lámpara antigua ardía sobre la mesa, proyectando dorado resplandor. Para los cansados ciclistas aquello era ideal. Bert se volvió al hombre que se había quedado en el umbral, detrás de ellos y vió que Douglas miraba, no la pieza, si no al hombre que los había hecho pasar, con expresión de satisfecha sorpresa. Comprendió entonces porque no habían querido recibirlos.

El hombre era sólo medio visible en la oscuridad; pero Bert tenía buenos ojos y pudo distinguir el torso macizo, con un hombro torcido; vió el lado izquierdo de la cara, curtido por la intemperie; pero no pudo ver el derecho porque... no existía.

EL GRITO EN LA NOCHE

FUE una impresión tremenda, aún para Bert. Donde debió estar el lado derecho de la cara, no había, ni ojo, ni mejilla, sino una horrible masa informe de cicatrices.

El hombre se dió vuelta de pronto, ocultando su espantosa deformidad.

—Pónganse cómodos — dijo con voz áspera. — Voy a guardar las bicicletas.

Oyeron sus pasos pesados, desiguales resonar en el hall y la puerta de entrada se cerró de golpe.

—¿Viste? — murmuró Douglas, que era aficionado a lo espeluznante.

—¡Pobre diablo! — dijo Bert. — ¡Con razón no quería recibirnos! Espero que las chicas no lo vean. Parece que te complace. Tú eres mórbido y te agradan las cosas horribles — añadió irritadamente. — Uno de estos días me voy a dar el gusto de enseñarte mejor.

Afortunadamente las jóvenes no habían visto al forzado anfitrión; cuando volvió poco después se había atado un pañuelo en la cara. Dijo que tenía dolor de muelas y por ese motivo los había recibido malhumorado. Preguntó si querían que les preparara una taza de te caliente, se interesó por Cissie y añadió que, como comida, sólo podía ofrecerles un poco de jamón y pan. Bert le contestó que no se molestara, que le proporcionara un dormitorio a las jóvenes, que ellos se acomodarían en cualquier parte y luego se desayunarían en St. Trevis.

—Haré lo que pueda — dijo el hombre, empezando a quitar los papeles y libros de encima de la mesa.

—Es usted muy amable, señor...

—Me llamo Saúl Haggar.

—Señor Haggar. A propósito... ¿estaba usted afuera hace unos diez minutos?

Los ojos del cuidador brillaron enojados.

—¿Tiene interés en saberlo? ¿Por qué?

—Estaba pensando si llevaría usted puesta la capa que veo colgada ahí — replicó Bert imperturbable y esta, flotando al viento, con el sol poniente detrás, podría parecer un par de fantásticas alas. Una de las chicas se asustó y...

—No tenía por qué asustarse — interrumpió Haggar con repentina risa. — Era yo. Acostumbro a caminar por el risco antes del anochecer. Me parece que ustedes, los jóvenes, llevan una vida tan agitada que se enferman de los nervios.

Se dió vuelta bruscamente y salió de la habitacinó.

—Ya ves, Cissie, — dijo Bert sonriendo. — Era sólo nuestro amable anfitrión. ¡Animo! Vamos a estar bien aquí.

—¡Eres tan sereno y eficiente! — dijo Gloria con ojos llenos de admiración y se detuvo al ver la mirada enojada de Ted Mathers. Poco después volvió Saúl Haggar y se puso a tender la mesa. Celia se ofreció a ayudarlo; pero él le dió las gracias y dijo que podía arreglarse solo.

Se arregló muy bien. Puso la mesa con platos, cubiertos y vasos distintos. Trajo pan, bizcochos, lechuga, cebollas nuevas, jamón, Antes de que hubieran terminado volvió con una inmensa tetera, con te caliente y leche condensada.

La comida y el te reanimaron a los muchachos. Charlaron y rieron; pero las risas cesaron cuando volvió a aparecer Haggar en el umbral. Dijo que uno de los jóvenes podía venir a ver las habitaciones y que luego sabrían hallar solos el camino.

Bert se puso en pie de un salto. Le dió las gracias por todas sus molestias y habló de pagarle sus servicios. El hombre lo interrumpió.

—Ya hablaremos de eso por la mañana.

Había algo casi de brutal en la brusquedad de Haggar; era evidente que estaba fastidiado por aquella intromisión pero, ya que los había recibido, estaba obligado a atenderlos, aunque no veía motivos para volverse sociable.

En lo alto de la escalera había un farol, Haggar lo descolgó y echó a andar por un amplio corredor. Al pasar por delante de una ventana, Bert miró ansiosamente hacia afuera. Lo alivió ver que había salido el cuarto de luna y que el viento había perdido su violencia.

—¿Qué es esa torre al fondo del jardín? — preguntó. — ¿Otra de esas minas de estaño abandonadas?

—Sí... y es mejor que no se acerquen ustedes a ella. — Es muy peligroso... muy peligroso.

Bert estaba divertido. Se echó a reír y prometió advertir a los otros. Dijo

también que las autoridades deberían tapar los pozos o cosa así.

Haggar abrió una puerta, ignorando las observaciones de Bert.

—Aquí hay dos camas; serán para las jóvenes. Junto a la puerta hay una vela. Pueden encenderla antes de entrar.

Levantó el farol. Vió Bert una pieza con muebles antiguos; además de una cama de matrimonio había otra más pequeña, todo ordenado y limpio.

Bert dijo que ellos tenían camas portátiles y que no se molestara más. Pidió le dijera donde había puesto las bicicletas.

Haggar asintió con la cabeza y lo hizo bajar la escalera y salir por la puerta del frente. Le indicó un galpón, con puerta de dos hojas, que indudablemente había sido la cochera.

—La puerta no tiene llave — dijo.— Lo mejor que pueden hacer es irse a dormir. Los despertaré a las seis.

Entró en la casa y, rehusando oferta de ayuda, empezó a levantar la mesa.

Un turbado silencio siguió a su entrada. Bert hizo señas a los otros que salieron. El viento era fuerte todavía y las nubes indicaban que aumentaría más; pero en aquel momento el aire libre resultaba casi agradable.

—Me alegro que hayamos salido — dijo Gloria, tomando el brazo de Bert, a la vista del furioso Mathers. — Ese hombre me crispa los nervios.

—Parece buena persona — replicó Bert. — Hay que considerar que nos hemos impuesto como huéspedes; caminaremos diez minutos. luego iremos a buscar los catres de campaña y nos acostaremos; no se acerquen a esa mina. Haggar dice que es peligrosa.

—Quizá alguien se cayó en ella y se mató alguna vez — dijo el mórbido Douglas con los ojos brillantes. — Siento que hay algo de maligno, de impresionante en este lugar.

—¡Calla, idiota! — dijo Bert frunciendo el entrecejo. — ¿Qué libros lees? ¿Espeluznantes?

BERT echó a andar solo. Gloria se había entrado; pero Mathers no lo sabía. Y el gran bromista que era Bert se reía entre sí. Imaginaba la cara que pondría Ted cuando se diera cuenta de que Gloria había entrado con las otras muchachas y no iba con Bert, como él creía.

Cuando Bert entró vió que Douglas y Ted se habían ido a acostar. Las muchachas no gritaron precisamente de júbilo cuando vieron su cuarto; pero no se quejaron. Sus caras asustadas revelaban lo que pensaban.

—Estarán bien — les dijo Bert confiadamente.

Pero tuvo que confesarse que aquella habitación, alumbrada con una sola vela, era impresionante. El viento soplaba furiosamente de nuevo y en la casa resonaban extraños ruidos. Bert fué a reunirse con sus compañeros y charlaron un rato. Luego Bert apagó la vela y a los pocos momentos roncaba. Cyril tardó en conciliar el sueño; pero estaba rendido y al fin también se durmió. Despertóse con una sensación sofocante, sintiendo algo pesado sobre su pecho y cara. Luchó desesperadamente para librarse de aquella opresión y sintió un gran alivio al comprender que era Bert, que, dormido, se le había echado encima.

Lo sacudió violentamente y Bert se despertó rezongando.

—¡Pedazo de animal! Has dormido toda la noche sobre mi pecho y mi cara — dijo Cyril indignado.

—Disculpa — dijo Bert sentándose en la cama que compartía con su amigo — Olvidé decirte que tengo muy mal dormir. Parece que el viento es cada vez más fuerte. ¿no? ¡Escucha!

Era cierto, Sacudía la vieja casa. Bert se estremeció y estaba a punto de acostarse otra vez cuando se quedó rígido.

—¿Qué es eso? — preguntó.

Cyril se incorporó, con el corazón palpitante.

—No oí nada... más que el viento.

—Pasos — murmuró Bert. — Juraría que he oído pasos afuera.

Se deslizó silenciosamente hasta la ventana que estaba entornada y miró hacia afuera. Cuando volvió se reía.

—¿De qué te ríes, idiota?

—Siento haberte asustado...

—¡Termina, borrico!

—Había alguien en el sendero, hacia el final del jardín; pero no era nuestro hermoso anfitrión... sino Ted.

—¡Ted!

—Supongo que no puede dormir de celos — rió Bert. — ¡Qué animal! No comprende que a Gloria se le importa un pepino de mí.

—Bueno, duérmete, papagayo, y haz

me el favor de no asfixiarme otra vez, — dijo Cyril.

Bert sonrió y se dispuso a dormir. Pero aquella noche iba a ser muy agitada. Menos de una hora después, Bert y Cyril fueron despertados por un prolongado grito. No quedaba duda acerca de su origen.

—¡Las chicas! — exclamó Cyril, poniéndose en pie de un salto.

EL AEROPLANO ROJO

HASTA el sereno Bert estaba asustado. Echaron a correr y cuando llegaron al corredor vieron a Haggar que bajaba apresuradamente, farol en mano.

—¿Qué pasa? — preguntó Cyril.

El hombre medio se dió vuelta.

—Algo afuera... un árbol que se ha caído, creo. Mejor es que vayan junto a esas niñas. Díganles que no hay por qué asustarse.

Los dos jóvenes se detuvieron vacilantes. Pero los gritos frenéticos de las muchachas, arriba, los decidieron.

Subieron corriendo y gritaron y llamaron a la puerta. Abrió Gloria, agitada. Como las otras, vestía aún sus ropas de ciclista.

—¡Entren, muchachos! — dijo. —Es Cissie. Se produjo un espantoso derrumbe y se asustó.

—No ha habido ningún derrumbe ¡Oh!... pero nuestro cuarto queda en el otro lado de la casa. — dijo Bert. — Quédate aquí, Cyril. Iré a ver que ha pasado — vaciló. — A propósito, ¿dónde está Ted? Es extraño que no haya acudido.

Se oyó otro ruido poco después: pero esta vez no había misterio. Bert había rodado de la escalera. Ted Mathers, que estaba abajo, lo vió caer y corrió hacia él.

—¡A quien se le ocurre bajar de a tres escalones una escalera desconocida — dijo. — Milagro que no te hayas desnucado.

Bert lo miró extrañamente.

—¿Dónde está Doug? — preguntóle. — Cyril se encuentra arriba con las chicas. ¿Y Doug?

—Andará por ahí. ¿Qué importa? Estás lastimado, Bert, Sangras como un cerdo.

Era exageración. Bert se había hecho una lastimadura en el antebrazo y estaba arañado en varias partes La caída le había quitado su habitual eficiencia y parecía atontado.

Haggar llegó poco después e informó que un arco rústico se había derrumbado. La madera estaba muy podrida y debió producir gran ruido al caer. Al ver que Bert se había lastimado se informó acerca de su estado y ofreció ir en busca de tira emplástica; pero Bert rehusó, diciendo que no eran más que unos arañazos; estada inquieto por Doug.

—No puede haberse levantado por el ruido — dijo. — Porque yo estaba despierto cuando se oyó y él no se encontraba ya en la pieza. Debe haber salido antes.

—¿Salido? ¿Para qué? — preguntó Cyril. Tranquilizadas las jóvenes se había unido a los otros en el hall. — ¿Dormiste todo el tiempo, Ted?

—¿Qué quieres decir con "todo el tiempo"?

—A Bert le pareció verte...

—Debo haberme equivocado — interrumpió Bert. — ¡Oigan! No me gusta esto. Mejor es que busquemos a ese joven idiota. Ya saben que tiene una mente mórbida — interrumpióse y miró ansiosamente a Haggar — ¿No hay algún cementerio cerca de aquí? ¿O alguna vieja horca?

—No sé que quiere decir, joven. En las inmediaciones de la Casa del Risco Negro no hay nada, excepto la vieja mina, al fondo del jardín...

—Mejor es que vayamos a ver allí — murmuró Cyril. Y ambos jóvenes se miraron inquietos.

—No, no vayan — habló Haggar ásperamente. — Es peligroso... No deben ir...

—Deme ese farol — dijo obstinadamente Cyril.

Bert y Ted cambiaron rápidas miradas. Un momento después los tres se ponían en marcha, en medio del viento, bajo el tormentoso cielo. Saúl Haggar, guíaba, protestando. Al fin llegaron a un enmarañado seto, donde había una abertura.

—Alguien ha andado por aquí — dijo Bert, disponiéndose a pasar por el agujero.

Una mano se apoyó rudamente en su hombro. Fué tirado hacia atrás.

—¡Joven idiota! — jadeó Haggar.—

¿No le he dicho que hay peligro? Del otro lado de ese seto hay un caño de mina, sin protección. Un resbalón y se matará usted.

—¡Oh! — exclamó Bert estremeciéndose.

Pasaron con precaución y vieron cuan a tiempo los había prevenido Haggar. Del otro lado del seto la torre se levantaba a pico y mismo contra ella, había un hueco, en forma de taza. cuyos costados estaban cubiertos de ramas. Y en el mismo centro... un abismo.

—¡Miren! — exclamó Ted con voz temblorosa.

Se agacharon, sosteniendo el faro Haggar. Se veían ramas recientemente rotas, pasto aplastado. El significado era espantoso.

—Se los previne — dijo Haggar con voz temblorosa. — El imprudente joven debe haberse caído ahí, en la oscuridad...

—¿Es muy profundo? — preguntó Bert, resuelto de pronto.

—Nunca he bajado y no quiero bajar — contestó Haggar. — Pero dicen que es el caño más profundo del norte de Bodmin.

—¡Doug — gritó Ted haciendo bocina con la mano e inclinándose hacia el abismo. — ¡Ssss! ¡Escuchen! ¡Doug!

Su voz resonó extrañamente en la abertura; pero no obtuvo respuesta.

—Hay que traer cuerdas — dijo Bert tranquilamente. — ¿Puede proporcionarlas, no señor Haggar? Luego lo bajaremos a usted...

—No, no. Yo no bajo — dijo Haggar, los ojos llenos de repentino pánico El farol, casi se le cayó de la mano. Lo puso en mano de Cyril y retrocedió. —Voy a buscar las cuerdas.

Desapareció por entre el agujero. Los tres jóvenes lo siguieron, pensativos, con la mirada. Volvió a los pocos momentos, con cuerdas y una linterna eléctrica. Lo acompañaban Gloria y Celia Smith.

Bert las miró enojado.

—No debían haber venido — dijo.

—Sabíamos que había ocurrido algo, Bert — contestó Gloria con un murmullo. — ¿No podemos ser útiles? Cissie está bien. Dejamos a Bess con ella. ¿Qué le ha pasado a Doug?

—¡Oh, Bert! — balbuceó Gloria.

—Creemos que se ha caído por el caño de esta mina — dijo Bert. — Muy bien. Pueden quedarse. Ayudarán con la cuerda. Uno de nosotros va a bajar.

—Bajaré yo — dijo Ted Mathers.

No se discutió. Le ataron la cuerda alrededor de la cintura, le pusieron la linterna en el bolsillo y lo bajaron lentamente. El pozo parecía muy profundo. Soltaban y soltaban cuerda. De cuando en cuando le hablaban y él contestaba, tranquilizándolos.

—¡Eh!... despacio. Esto parece el fondo —subió una voz delgada y extraña desde la profundidad. — ¡Oh!... ¡Oh!...

Había algo espantosamente significativo en el segundo grito, al que siguió profundo silencio. Y mientras los otros aguardaban en mortal suspenso. Ted Mathers dió vuelta lentamente el cuerpo, sin vida, de Douglas Meek.

La luz de la linterna reveló la espantosa herida de su cráneo. La muerte debió ser instantánea. Ted, pálido como tiza, lanzó otra exclamación. Miraba algo más.

—¡Súbanme! — gritó roncamente.

Tiraron rápidamente de la cuerda.

—¿Y bien?

—Está ahí... muerto — murmuró Ted mirando las ansiosas caras. Y debajo de él hay otro muerto... casi un esqueleto, con las ropas en girones...

—No lo creo — habló rudamente Saúl Haggar. — Son sus nervios. Eh... deme la cuerda. Yo voy a ver por mis propios ojos.

VEIASE que era presa de una gran excitación nerviosa, que procuraba dominar. Sin decir más se ató la cuerda alrededor del cuerpo y dió orden de bajar.

Se quedó en el fondo del pozo un minuto solamente. Cuando lo subieron no se refirió al esqueleto, prueba de una tragedia anterior.

—Nada se puede hacer hasta que llegue la policía — dijo con tranquila gravedad. — Si, el joven amigo de ustedes está muerto. Volveremos a la casa, aunque supongo que ninguno de ustedes podrá dormir. ¿Qué hora es?

—Faltan veinte minutos para las dos — dijo Bert.

—¿Quiere alguno de ustedes llegarse en bicicleta hasta el camino? Pasa un camión del correo a las dos. Les daré una nota para el conductor. Me conoce El avisará a la policía de St. Trevis.

Las muchachas lloraban. La procesión hasta la casa fué trágica. Se reunieron todos en el gran living room. Cyril fué a detener el camión del correo y mientras estaba ausente, Haggar trajo te. Afuera aullaba el viento.

—¡Qué paseo de vacaciones — exclamó Cyril al volver.

Nadie contestó. Estaban abatidos; pasaron las horas y lentamente llegó el alba, triste y gris. Las jóvenes dormitaban en las sillas. Los muchachos fumaban. Pronto se oyó que venía un auto; en él llegó el inspector Marshall y dos cabos.

—No necesito molestarles todavía — dijo el inspector a los angustiados jóvenes. Tengo que hacer... un trabajo.

—¿No podemos ayudar? — dijeron los jóvenes. —Todo es preferible a estar aquí inactivos.

El inspector aceptó y se dirigieron a la mina, donde pronto fué extraído el cadáver del pobre Douglas y aquello que, en un tiempo, había sido un cuerpo y ahora no era más que un esqueleto cubierto de trapos podridos.

Estaban en aquella fúnebre tarea cuando apareció, haciendo círculos en el cielo ,un aeroplano rojo

Hicieron comentarios sobre a quien podría pertenecer y entretanto el piloto, con gran maestría, aterrizó sobre el alto pasto. De él bajaron luego dos hombres: el inspector detective William Beeke, de Scotland Yard y su ayudante, el sargento Eustace Cavendish.

Explicó el inspector que se habían extraviado, después de presentarse y presentar a su compañero. Luego de cambiar algunas frases, quiso enterarse de lo que había ocurrido allí; el inspector local lo puso al corriente de todo y Beeke dijo que ayudaría en lo que pudiera, si se lo permitían.

Beeke examinó el cadáver de Douglas Meek detenidamente y luego murmuró:

—¡Hum! Fractura del cráneo. Una de las más terribles que he visto. Muy interesante. Y este otro cuerpo... ¿No advierte nada en los restos de su ropa, inspector?

—No soy ciego — replicó Marshall un poco secamente. Vi a la primera mirada que era un traje de presidiario. Un preso se escapó de Dartmoor hace cosa de tres años. Debió aproximarse a este caño de mina y cayó, hallando la muerte.

—Fué un tal Claude Bryer, condenado a diez años de prisión por robo con violencia. — dijo Beeke pensativo. — Cosa curiosa, yo estaba en la Old Bailey cuando fué sentenciado. — Volvió sus ojos pensativos a Saúl Haggar, que se había alejado. — ¡Es curioso! — repitió, añadiendo luego:

—Bueno, todo hace pensar que el segundo cuerpo sea el de ese presidiario escapado. No tenemos que preocuparnos por él. ¿Tiene inconveniente, inspector en que haga algunas preguntas a estos jóvenes? Su infortunado amigo debe hacer unas seis horas que está muerto. Eso quiere decir que estaba ya muerto a media...

Se interrumpió al ver que Eustace miraba algo. Una muchacha delgada de lentes, se acercaba. Por desgracia Celia tenía piernas muy flacas y quedaban al descubierto con su traje de ciclista. El elegante sargento Eustace, hizo una mueca de disgusto.

—Si las otras son como ésta... — pensó.

Modificó su pensamiento al aparecer Gloria Wade, la pelirroja Gloria, cuyas piernas y figura eran perfectas; la morochita Bessie y la rubia Cissie eran lindas y bien formadas también.

—Teníamos curiosidad de saber quien había llegado en aeroplano — dijo Celia, dirigiendo una rápida mirada al canoso Beeke, que luego trasladó al apuesto y joven Eustace.

—Llegamos por casualidad — dijo el sargento. — Nos perdimos. Y hemos sentido mucho al enterarnos de que aquí ocurrió una desgracia.

Beeke no había hecho caso de las jóvenes; pero sin que lo pareciera, les dirigió una escrutadora mirada. Se veía que no habían dormido. Gloria y Bessie se habían peinado y arreglado algo; pero Celia estaba desaliñada y Cissie tenía la cara pálida, húmeda de lágrimas.

—¿El señor Meek era novio suyo?— preguntó de pronto bruscamente Beeke a Cissie.

—¿Mi novio? Yo... yo no lo podía ver.

Fué tan inesperada su declaración que los otros la miraron sorprendida.

—¡Cissie! — exclamó Gloria rodeándole el talle con su brazo. — ¿Qué estás diciendo? ¡Si estaban casi comprometidos!

—Eso fué antes de que emprendiéra

mos esta excursión; pero durante el viaje empecé a conocerlo mejor. Era mórbido... brutal... Gozaba asustándome. Se me hizo aborrecible. No se cayó a la mina por accidente. Debió andar espiando a alguien.

—¡Serénate! — dijo Bert Simmons suavemente. — ¿A quién podía estar espiando? Todos estábamos acostados. ¿No es evidente que fué atraído por la vieja ruina y halló la muerte?

—¿Sabía él que era peligrosa? — preguntó bruscamente Beeke.

—Pues... si... yo mismo se lo dije — contestó Bert. — Y lo mismo a los otros. Además ya habíamos encontrado otras parecidas y Doug sabía perfectamente lo traicioneras que son.

—En tal caso, el amigo de ustedes no habría ido a explorarla solo, en la oscuridad — dijo Beeke negligentemente.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó Ted Mathers. — No querrá sugerir que alguno de nosotros lo acompañaba...

—Nada sugiero — contestó el hombre de Scotland Yard. —Pero es bueno sepan que Douglas Meek no murió a causa de un accidente. Fué... ¡asesinado!

Beeke hizo esta declaración con tono melancólicamente satisfecho y procedió a llenar su pipa. Pero en realidad estaba estudiando el efecto que habían producido sus palabras. La incredulidad se retrató en las caras de los jóvenes, que se miraron unos a otros consternados. Saúl Haggar, que se dirigía hacia la casa, se detuvo bruscamente.

—¡Asesinado! — el inspector local fué el primero en hablar. — Oiga, señor Beeke, no hace diez minutos que está usted aquí y...

—Y aquí me quedo — replicó Beeke, imperturbable, encendiendo su pipa.— Llámeme mórbido, si quiere, pero el crimen me interesa. Douglas Meeke no cayó en la mina. Fué arrojado en ella. Y si eso no es crimen...

—Pero... ¡es imposible! — Bert Simmons habló casi ásperamente y un momento antes había cambiado una mirada con Cyril Bott. — ¿Quién iba a matar a Doug? ¿Porque causa?

El inspector se volvió a Bert Simmons y a Cyril Bott.

—Recién he visto que ustedes cambiaron una mirada. ¿Por qué? Mejor es que hablen claro.

—Nada sabemos.. nada — dijo Bert dirigiendo una mirada de soslayo a Ted Mathers. — Al menos...

—¿Al menos...? — repitió Beeke.

—Mejor es que se lo digas, Bert. — dijo Cyril inquieto. — De todas maneras, parece que adivina el pensamiento.

—Sólo sé que el señor Bott me despertó a eso de media noche — dijo Bert lentamente. — Yo dormía profundamente...

—Porque casi lo ahogué a Cyril, al señor Bott; estaba echado sobre él y se incomodó mucho. ¿Tiene importancia eso?

—No; pero me gusta aclarar bien las cosas.

—El viento aullaba furiosamente — prosiguió Bert y yo me disponía a dormirme otra vez cuando creí oír pasos afuera. Me acerqué a la ventana y vi a alguien caminando por el jardín...

—¿Quién era?

—Bueno, naturalmente no pude distinguirlo bien. Debió ser Douglas.

—Pero usted creyó que era otro. Si no, no hubiera dicho "alguien" — dijo astutamente Beeke. — ¿Quién creyó que era?

—Prefiero no decirlo.

—¡No seas estúpido, Bert! — dijo Cyril. — Esto es demasiado grave para ocultar nada. Además, es hacerle poco favor a Ted.

—¿A mí? — preguntó Ted Mathers sobresaltado. — ¿Por qué?...

BERT creyó verte en el sendero — contestó Bott bruscamente. — Pensó que estabas inquieto por tu disgusto con Gloria y no podías dormir.

—¡Está loco! — exclamó Ted. — Yo no salí de la casa, después que nos retiramos—miró a su alrededor desesperadamente. — Me fuí a acostar con Doug. Si... Doug y yo compartimos el mismo cuarto. Me dormí en seguida. Ni siquiera me dí cuenta de que Douglas no estaba hasta que oí el grito de Cissie, a eso de la una.

—¿De manera que usted y Meek compartían el mismo cuarto? — dijo Beeke. — ¡Hum! No puede usted entonces probar que estaba acostado a la hora en que Meek fué... muerto.

—¡Le digo que estaba acostado! — gritó Ted pálido como la muerte, al ver que sus compañeros y las muchachas lo miraban de un modo extraño — Bert has perdido la cabeza. ¿Cómo puedes haberme visto?

—No dije eso — replicó Bert ansio

samente. — Lo siento. La culpa es de ese estúpido de Cyril. Anoche, al ver un hombre en el sendero, pensé que fueras tú. Debe haber sido Doug — se volvió a Beeke. — ¿Por qué está tan seguro de que Doug fué asesinado, inspector?

El hombre de la Yard suspiró.

—Vengan a ver; les mostraré algo — dijo casi contento. — No, las mujeres no...

—No tenemos miedo — dijo Gloria. — Yo al menos, quiero ver.

—Y yo también — declaró Celia, con un estremecimiento.

Cissie fué la única que no se quedó.

Los otros fueron con el inspector hasta junto al seto, donde el infortunado Douglas yacía, cubierto con una manta. Con rápido movimiento, Beeke levantó la manta y sus miradas fueron de unos a otros.

—No comprendo... — murmuró Bert.

—Vea... más de cerca — dijo el inspector. Se arrodilló en el pasto y levantó el cuerpo.

—¿Ven la herida al costado de la cabeza? Tiene el cráneo partido allí, aunque la piel apenas está desgarrada. La hemorragia fué interna. Y hubo poca porque murió un segundo después del golpe. Ahora bien, la muerte no fué ocasionada por la caída, cayó de pie, como puede verse por las piernas rotas. Y, si miran atentamente, verán fragmentos de hierro adheridos a la herida. Douglas Meek fué atraído hasta la boca del pozo, de un golpe el asesino lo mató y luego hizo caer el cadáver.

Por algunos momentos reinó el silencio. Luego Haggar se alejó, diciendo que iba a preparar el café.

—No es mala idea a esta hora de la mañana... — dijo el inspector.

—Me parece una excusa — observó Bert. — Se ha alejado bruscamente. Y no es eso solo. Cyril y yo hemos estado hablando y creo que debemos decírselo, señor inspector. Cuando llegamos se condujo de extraña manera. Pareció asustadísimo cuando quisimos que bajara a la mina. Sin embargo, después que Ted subió y no había manera de mantener oculta la tragedia, insistió en bajar. Y esa cara tan horrible.

—El no tiene la culpa de su cara.

—Sí... pero ¿de qué ha quedado así? Debe haber sido un terrible accidente o una pelea. Y el otro cadáver...

Se detuvo, como si no pudiera traducir en palabras su turbado pensamiento.

—¡Hum! — murmuró Beeke. Estoy pensando...

—Pensando... ¿qué? — preguntó Bert curioso.

—Un presidiario escapado, hambriento, peligroso — continuó el inspector como hablando para sí. — Un cuidador solitario que rehusa recibirlo. Una pelea. El prófugo mal herido y el cuidador muerto. Si... es posible.

Se detuvo suspirando.

—¿Cree usted, realmente, señor Beeke?... — empezó Cyril.

—¡Eh!... ¿qué? — el inspector pareció sobresaltado.

—Estaba usted diciendo...

—Olviden lo que dije — replicó bruscamente el hombre de Scotland Yard.

Volvieron todos a la casa y Beeke dijo a Bert que le mostrara la ventana por donde había visto un hombre en el sendero.

Bert accedió en seguida. Fueron a la pieza que había ocupado con Cyril Bott. Inclinándose se veía el fondo del jardín y la torre de la mina.

—¿Vió usted solamente la espalda del hombre? — preguntó el inspector.

—Sí.

—¿Y pensó que era su amigo Mathers?

—Fué sólo una idea, porque Ted estaba inquieto, celoso — contestó Bert turbado. — No lo vi, naturalmente. Pudo ser Meek.

—O su asesino.

—Sí... Pudo ser Haggar, aunque en ese momento no se me ocurrió.

—Sí, comprendo. No puede darme usted un informe que valga la pena — suspiró. — Todo lo que sabe es que alguien, cuya identidad desconoce, iba por ese sendero — señaló y Bert asintió con la cabeza. — Bueno, ahora veremos.

Cinco minutos más tarde Beeke recorría el jardín, buscando minuciosamente. En un sitio, cerca del sendero, detrás de un matorral, se detuvo lanzando un gruñido de melancólica satisfacción.

—Alguien estuvo parado aquí, acechando a alguien que venía por el sendero, Eustace — dijo. — ¿Ves las huellas? ¿Quién fué?

—Que le conteste otro — dijo Eustace.

Siguieron lentamente el sendero que conducía a la torre. En el sitio en que se había derrumbado el arco rústico, tuvieron que abandonar el sendero,

porque estaba obstruído por los cascotes.

—No es extraño que el viento lo haya derrumbado. Mira esa masa de enredaderas encima. Debe tener un peso enorme...

Se interrumpió y repentinamente introdujo el brazo entre el follaje. Al retirarla tenía en la mano un pedazo de hierro oxidado.

—El arma homicida, Eustace — dijo tranquilamente.

Esa noche se produjo una novedad. Inesperadamente, Beeke puso las esposas a Saúl Haggar, acusándole de ser el presidiario escapado, de haber muerto al antiguo cuidador y... a Douglas Meek.

El hombre se debatió furiosamente, negando. Al fin confesó ser quien decían y haber muerto al cuidador. Pero negó enérgicamente ser el asesino de Douglas.

Sin hacer caso de sus negativas, lo entregó Beeke al inspector local y luégo procedió a interrogar a los jóvenes acerca de las casas donde cada uno de ellos trabajaba. Ante todo, pidió datos acerca del muerto, Douglas Meek.

—Su padre tiene una cigarrería cerca de Stratham — dijo Bert con voz preocupada. — Creo que habrá que mandarle un telegrama.

—No se preocupe. Yo me ocuparé de eso. ¿Sabe algo más de él?

—Nada Excepto que era hombre de gustos bastantes vulgares y trabajaba en una tienda en St. Paul's Churchyard. No nos hubiera acompañado, a no haberlo yo conocido en un restaurant y haberme dicho que era aficionado a las excursiones en bicicleta. Nadie podía tener motivo razonable para matarlo.

—¿Y usted dónde trabaja?

—Soy empleado en la oficina de Hodgson, en Lincoln's Inn, Woodhouse. Hace años que estoy allí. Desde que era un chiquilín. Mi padre y mi madre tienen una pescadería en Old Kent Road.

—¿Y usted? — dijo indicando con la pipa a Cyril Bott.

—Trabajo en las oficinas del "Daily Record"; pero no soy periodista. Estoy en la administración; mi padre trabajó allí muchos años también. Vivimos en Pinner.

—Muy bien. ¿Y usted? — señaló a Mathers.

—Yo trabajo para la compañía de seguros Metropolitan — contestó Ted.

— No tengo padres. Murieron durante la Guerra, en un raid aéreo.

—¿Quién lo educó? ¿Parientes?

—No tengo parientes, que yo sepa. Mi verdadero nombre es Compton. Pero acostumbro a usar el apellido de los que me adoptaron. Eran muy amigos de mis padres.

—¿"Eran"?

—Sí. La señora Mathers murió hace cinco años; papá... quiero decir el señor Mathers, el año pasado. No hay nada misterioso en mi persona. Le aseguro que yo no maté a Doug...

—Hum! Nadie lo acusa.

Interrogó luego a las muchachas. Todas eran chicas decentes, de Londres. Del interrogatorio no surgió ninguna luz acerca de los motivos que podría haber para el asesinato del pobre Doug.

DESPUES del interrogatorio, Beeke dirigió a la comisaría local. Halló allí a Haggar... pero ¡cosa extraña!... no llevaba más las esposas y estaba conversando amigablemente con el inspector Marshall.

Beeke entrechóle fuertemente la mano.

—Los hemos engañado a todos, gracias a usted. Creen que es Bryer, el convicto escapado. Se van a caer de espaldas cuando sepan que es usted un ex detective.

Era cierto, Aquel hombre de siniestra apariencia, había servido a las órdenes del mismo Beeke, habiendo quedado desfigurado así en la guerra. Después del descubrimiento del cadáver de Meek, había consentido en hacer el papel que su ex jefe le pidió.

Ni siquiera el inspector Marshall conocía todos los hechos. Sabía quien era Haggar, naturalmente; pero no los motivos de su extraña conducta. Haggar, en la nota que mandó a la policía, pedía que su ex jefe, Beeke, se hiciera cargo de la investigación.

Hombre astuto, en seguida sospechó el crimen y comprendió que uno de los jóvenes era el asesino, aunque los otros estaban ignorantes de ello. Pero era necesario que ni siquiera el mismo asesino supiera la sospecha que sobre él pesaba.

Fué así que permitió se retiraran los jóvenes, quienes se dirigieron a una pintoresca localidad balnearia de la costa de Cornish, a reponerse de las doloro-

sas impresiones de aquel trágico veraneo.

No hicieron, por tácito acuerdo, más referencias a la tragedia. El sol y el aire iban borrando su horroroso recuerdo. Decidieron jugar, a nado, una carrera.

—Ted va a ganar — dijo Gloria confiadamente.

—¿Sí? — rió Bessie Durrant. — Es que no has visto nadar a Cyril, en la pileta de la ciudad.

Se hicieron pequeñas apuestas. Cyry y Ted, que se jactaban de sus proezas de nadadores, debían jugar una carrera hasta el bote que Bert iba a conducir una milla mar afuera. El mar estaba ligeramente picado; pero para nadadores como los dos muchachos eso no era inconveniente.

Partieron, al principio uno al lado del otro, observados por las muchachas. Nadie se fijó particularmente en ellos. Lanchas a motor surcaban las aguas y un aeroplano hacía serenas evoluciones sobre la costa.

Sin embargo, la tragedia acechaba...

Cyril Bott, cuando el bote distaba sólo unas cien yardas, sacó ventaja.

—¡Animo, Cyril! — gritó Bert desde el bote. — ¡Lo tienes derrotado!

Saltó al agua con gran ruido y Cyril lo perdió de vista. Estaba agarrado a la borda del bote, ansioso y preocupado cuando Cyril, sacudiendo la cabeza para hacer caer el agua de sus ojos, llegó y se agarró a la popa del bote.

—¿Y Ted? — gritó Bert mirando hacia atrás. — ¿Dónde está Ted?

—¿Qué quieres decir? — dijo Cyril jadeante. — Venía un poco detrás mío no más. — Se interrumpió y miró con ansiedad el mar. No se veía ningún nadador. Una lancha a motor, que hacía insoportable ruido, andaba cerca.

—¡Ted ha desaparecido! — exclamó roncamente Bert. — ¡Ha desaparecido, Cyril! ¿Qué le hiciste?

—¿Yo? ¿Qué le iba a hacer? ¡Nada! — dijo Cyril cuyos dientes castañeteaban. — ¿No lo viste? Nos estabas observando y...

—Yo me tiré al gua. Ted estaba unos diez pies detrás tuyo entonces — interrumpió Bert frenéticamente. — Cuando me saqué el agua de los ojos, no lo vi más.

—Debe estar por ahí — jadeó Cyril mirando desesperadamente a su alrededor. — No puedes creer que yo.... Debe tratarse de una broma suya, para asustarnos — hizo desesperadas señas a la lancha. — ¡Socorro! Tal vez buscándolo...

Bert, con la cara desencajada, subió al bote. Sus ansiosos ojos no se apartaban del agua. No vió al hombre delgado, con traje de franela blanca, que saltaba de la lancha al bote.

—Esta vez, no señor Asesino — dijo Beeke con voz dura. La cara de Bert se puso blanca como la de un cadáver, al sentir el clic de las esposas en sus manos.

—¿El qué... qué... dice usted?... ¿Qué significa esto?

—Que no se debe repetir un juego, amigo. Lo arresto por el asesinato de Douglas Meek y tentativa de lo mismo contra Ted Mathers.

—¡Está usted loco! Ted... Ted se ha ahogado.

—No, no se ha ahogado, gracias a nosotros. ¿Cómo sigue el paciente, Eustace?

—Vuelve en sí — contestó el sargento alegremente.

La cara de Bert Simmons se puso rígida. Mathers estaba tendido en el fondo de la lancha, pálido, pero vivo. Tenía un lívido machucón en la sien izquierda.

—No puede usted probar nada — dijo Bert mirando a su acusador. — Todo es pura imaginación suya.

—Y soy buen adivinador. Sé por qué trató de matar al joven Mathers y lo hubiera hecho de no haber estado el sargento y yo observando. Muy simple. Es usted un gran nadador. Se sumergió por debajo del agua y agarró a Mathers por una pierna, hundiéndolo. Luego le pegó con la piedra que tenía en el bote. ¡Oh!... muy astuto.

—Suposiciones — repitió Bert desafiantemente.

—Le diré algo que no lo es, reptil repugnante — dijo Beeke. — Estaba usted tan asustado de su acción cobarde que no se fijó en nuestra lancha. Afortunadamente yo también soy buen nadador. Me tiré al agua y agarré a tiempo a Mathers,

Bert se rió desdeñosamente.

—Se está usted poniendo en ridículo, señor Beeke — dijo. — Nada puede probar.

—Sí, puede y lo hará — dijo Ted que se había sentado en la lancha. — Te vi cuando trataste de hundirme, vi tu mano armada de la piedra. ¿Estás loco,

Bert? ¿Por qué quisiste matarme?

—Pronto lo sabrá. Ahora vamos a tierra. — dijo Beeke.

Una vez en tierra y en la comisaría, Bert perdió toda su arrogancia.

—No tenía motivos para matar a Meek... ni a Mathers —era todo lo que repetía.

—A Meek lo mató por equivocación, en cuanto a Mathers...

—Tampoco tenía motivos para matarlo a él.

—¿Ni siquiera la promesa de una pequeña fortuna? ¿Qué le prometió Samuel Hodgson?

Bert no pudo negar más.

—¡Hodgson! — exclamó sordamente — ¡El tiene la culpa de todo! Es a él que debe arrestar.

—Ya está arrestado, desde hace una hora, por orden mía.

—¡El me obligó! — gritó Bert, temblando de abyecto terror. —El es el verdadero asesino y...

—¿Está dispuesto a firmar esa declaración? Muy bien. ¡Hable! Sargento, anote.

* * *

—¡Pensar que Bert era un asesino! — murmuraba poco después Gloria, mirando inquieta a Celia Smith. Ninguna de nosotras lo hubiera creído, señor Beeke.

—¡Oh!... ¡y tan aficionado a bromear! — murmuró sombríamente Celia. — Y es primo mío. ¿Se contagian las tendencias criminales, señor Beeke?

—No creo, querida, que usted vaya a asesinar a nadie. Ahora les diré que sospeché de él desde un principio. Todos dijeron la verdad, menos Simmons. Por ejemplo, me dijo que usted, Cyril, lo había despertado a media noche, cuando en realidad fué él quien lo despertó a usted. ¿Cómo podía usted saber si dormía o no? Se preparó una coartada acostándose encima de usted. Usted lo sacudió. Fué muy hábil. Luego dijo que oía pasos. Usted nada oyó..

—¿Quiere decir que mentía?

—Claro que mentía. No había nadie afuera, porque Meek estaba muerto. El acababa de matarlo... creyendo que era Ted.

—Pero no comprendo por que tenía tanto interés en matarme — portestó Ted.

—El nombre de usted es Compton y no bien me lo dijo, lo comprendí todo. Simmons trabajaba para un abogado, llamado Hodgson, hombre de mala reputación. Estas cosas las sabemos en la Yard. Y desde hace algunas semanas el hombre andaba haciendo averiguaciones acerca de cierto Edward Compton.

—¿Acerca de mí? — preguntó Ted sorprendido.

—¡Espere un momento! Yo telefoneé esta mañana a la Yard e hice algunas indagaciones. Supe que me hallaba en la buena pista. Hodgson estaba encargado de la testamentaría de cierto industrial llamado Robert MacIntyre, que murió dejando una gran suma de dinero al hijo de su hermana. Esta era casada con un tal Compton y el matrimonio había muerto durante la guerra, dejando un niño, que se había perdido de vista. Hodgson sabía perfectamente donde estaba usted; pero no quería presentarlo. No hay duda de que especuló con el dinero de su cliente y lo perdió. Simmons trabajaba para él. Lo demás es comprensible. Sólo diré que la idea de ir a Cornwall fué de Bert, ¿no?

—Sí — murmuraron los otros estremeciéndose.

—Puede explicarse también el derrumbe de aquel arco, que tanto asustó a Cissie. Bert le sacó un soporte de hierro, el arma homicida que yo encontré luego. El creyó que Ted, inquieto por el proceder de Gloria (a propósito había excitado sus celos), andaría vagando por el jardín. Se escondió detrás de unas malezas — hallé las huellas — y al pasar usted, murmuró. — "Muy bien. A media noche, Junto a la vieja torre". Sabía que usted imaginaría estaba con Gloria.

—¡Pero si yo no oí nada! — protestó Ted.

—Claro que no oyó. Porque era Doug el que andaba paseando, ya que le gustaba explorar y tenía una mente mórbida. Al oír eso, sintió curiosidad y se dirigió a la torre a eso de las veintitrés y media. Su curiosidad, le costó la vida.

Un golpe con la pesada estaca de hierro fué bastante. Imagine luego la horrorizada sorpresa de Simmons cuando a eso de la una lo vió a usted en el hall. ¡No es extraño que se cayera de la escalera!

FIN

Las Muñecas que Asesinan

Por JAMES HUMPHREY

PREFACIO

OY médico especialista de neurología y enfermedades mentales. Mis actividades se desenvuelven singularmente en el campo de la psicología anormal, donde gozo de gran prestigio. Tengo clínica en dos de los principales hospitales de Nueva York, y he recibido grandes honores, tanto en mi país como en el extranjero. Dejo esto sentado, aún a riesgo de que se me identifique, no por vanagloria, sino porque quiero demostrar mi competencia para observar y analizar desde un punto de vista científico los extraños sucesos que van a ser objeto de mi relato.

Digo que me arriesgo a la identificación, porque no me llamo Lowell. Es un seudónimo, como lo son todos los nombres que aplico a los personajes de mi narración, en el transcurso de la cual aparecerá con creciente claridad el motivo que tengo para ocultar los verdaderos.

Pero he considerado un deber ineludible seleccionar, poner en limpio y ordenar de una manera lógica los datos y observaciones que conservo revueltos en una carpeta de mi librería, con el título de "Las Muñecas que Asesinan" y darlos a conocer. Claro que podía hacerlo a manera de informe dirigido a una de las sociedades médicas a que pertenezco; pero estoy demasiado seguro de la rechifla con que se acogería mi escrito y del recelo, la lástima y quizás el desprecio con que me mirarían en adelante mis colegas, viendo que yo pretendía establecer un orden de causas y efectos tan contrario a la noción que de éstos se tiene como incontrovertible.

Pero, aun considerándome un médico ortodoxo como el que más, no puedo dejar de preguntarme sí, en realidad, no hay otras causas que las que admitimos: fuerzas y energías que nos obstinamos en negar porque no hallamos en los estrechos límites de nuestro conocimiento nada que nos las explique, energías cuya realidad está reconocida en el folk-lore, en las antiguas tradiciones de todos los pueblos, y a las que, para justificar nuestra ignorancia, motejamos de mitos o supersticiones.

Una sabiduría, una ciencia de antigüedad incalculable, nacida antes que la historia, pero nunca muerta ni del todo perdida; una ciencia oculta, pero siempre con sus sacerdotes y sacerdotisas encargadas de guardar su llama sagrada, que se conserva de siglo en siglo; la llama de la ciencia prohibida, que ardió en Egipto antes de construír las pirámides, en los tiempos derruídos más allá de los arenales de Gobi; conocida de los hijos de Adán a quienes, al decir de los árabes, Alá convirtió en piedras por sus hechicerías, mil años antes que Abraham, pasase por las calles de Ur de los caldeos; conocida en China, y conocida del lama tibetano, de los buríates de las estepas siberianas y de los brujos del Pacífico.

I

OÍ dar la una mientras subía la escalinata del hospital. Ordinariamente ya estaba durmiendo a tales horas de la noche, pero tenía un caso que me interesaba, y Braile, mi auxiliar, me avisó por teléfono que acababa de producirse cierta alteración, y yo deseaba observarla personalmente. Era una clara noche de noviembre y me detuve un momento en lo alto de la escalinata a mirar el resplandor de las estrellas. En esto, vi que un automóvil se paraba ante la puerta.

Permanecí inmóvil, intrigado ante la posibilidad de una visita a hora tan intempestiva, y he aquí que ví salir a un hombre, que, después de mirar recelosamente a uno y a otro lado de la calle, abrió la portezuela. Entonces bajó otro hombre y ví que los dos se volvían al coche y braceaban en su interior. Por fin lo

irguieron y entonces advertí que sostenían en sus brazos a un tercero y echaban a andar con él, no ayudándole, sino transportándolo. La cabeza le caía sobre el pecho y los miembros le colgaban inertes.

Otro individuo salió del coche.

Lo reconocí. Era Julián Ricori, un célebre jefe de los bajos fondos, uno de los ya acabados productos de la ley seca, un terrible contrabandista. Varias veces me lo habían señalado, pero también lo hubiera reconocido por haber visto con frecuencia su retrato en los periódicos. Enjuto de carñes, alto, con los cabellos plateados, siempre intachablemente vestido, por su porte externo más bien parecía un tipo acomodado que un dirigente de actividades como aquellas de que le acusaban.

No se percataron de mi presencia, porque estaba en la sombra; pero apenas me dejé ver, los dos hombres cargados se detuvieron como sabuesos que sorprenden la caza, y hundieron la mano que les quedaba libre en el bolsillo de la chaqueta. En aquel movimiento había una amenaza, por lo que me apresuré a gritar:

—Soy el doctor Lowell, médico del hospital. Sigan.

No me contestaron. Ni apartaron de mí la vista ni se movieron. Ricori se les adelantó, con las manos también en los bolsillos. Después de mirarme; se volvió a los otros, haciéndoles una seña, y noté que la actitud de alerta se relajaba.

—Le conozco, doctor — dijo afablemente, en inglés pintoresco. — Pero se ha puesto usted en un serio peligro. Si me permite darle un consejo, no se presente tan de improviso cuando se le acerquen hombres a quien no conoce, y menos de noche y en esta ciudad.

—Pero yo le he conocido en seguida, señor Ricori.

—Entonces — replicó el otro sonriendo ligeramente — su indiscreción es doble y mi consejo mucho más pertinente.

Siguió un momento de embarazoso silencio, que rompió él mismo.

—Siendo quien soy, comprenderá que estaré mejor dentro que fuera.

Abrí las puertas. Los dos hombres pasaron con su carga, siguiéndoles Ricori y yo. Ya dentro, me dejé llevar de mis inclinaciones profesionales y me acerqué al hombre que transportaban los otros dos. Estos dirigieron una rápida mirada a Ricori, que asintió con la cabeza. Yo levanté la del paciente.

Sentí un ligero estremecimiento. Aquel hombre tenía los ojos muy abiertos. No estaba muerto ni en estado de inconsciencia, pero había en su cara la más extraordinaria expresion de terror que yo había visto en mi larga experiencia de casos de cordura, de insania y rayanos en la locura. Producían al propio tiempo un horror desconcertante. Aquellos ojos, azules y con las pupilas muy distendidas, parecían signos de admiración puestos a los sentimientos reflejados en aquel semblante. Me miraba, y a través de mí miraban más allá. Y, no obstante, parecía que miraban hacia dentro, como si la visión delirante que percibían estuviese dentro y fuera de ellos.

—¡Exactamente! — dijo Ricori, que me estaba observando con fijeza. — Eso es lo que yo me pregunto, dostor Lowell. ¿Qué ha visto mi amigo, o qué le han dado, que lo ha puesto en tal estado? Ardo en deseos de saberlo. Deseo que se cure, sí; pero he de serle franco, doctor. Daría mi último céntimo por tener la seguridad de que quien ha hecho esto con él no hará lo mismo conmigo, de que no podrán hacer de mí lo que de él han hecho, de que no podrán hacer que yo vea lo que él ve, no podrán hacer que yo sienta lo que él siente.

Obedeciendo a una señal mía, se acercaron los enfermeros y colocaron al paciente en una camilla. Y al aparecer entonces en escena el médico residente, Ricori me tocó la espalda y me dijo:

—Sé muchas cosas de usted, doctor Lowell, y me gustaría que se encargase personal y exclusivamente de este caso.

Dudé en contestar, pero él insistió, muy resuelto:

—¿No puede dejar todo lo demás, para dedicar a esto su tiempo? Llame a quienes quiera para celebrar las consultas que crea convenientes... sin pensar en gastos...

—Un momento, señor Ricori — le atajé. — Tengo enfermos que no puedo abandonar. Dedicaré a éste todo el tiempo de que disponga, y lo mismo hará mi ayudante, el doctor Braile. Su amigo estará aquí incesantemente observado por gente de mi completa confianza. ¿Quiere usted que me encargue del caso en estas condiciones?

Accedió él, aunque pude ver que no del todo satisfecho. Hice conducir al enfermo a un cuarto de preferencia completamente aislado y procedí a registrar su ingreso con las debidas formalidades. Ricori me dió el nombre del paciente, Tomás Peters, asegurándome que no le conocía parientes cercanos y que, como amigo más íntimo, tomaba sobre sí toda la responsabilidad; y esto diciendo, sacó un grueso fajo de billetes y apartando uno de mil dólares, lo dejó sobre la mesa "para los primeros gastos".

Le pregunté si deseaba estar presente en mi reconocimiento, a lo que contestó que le gustaría. Habló a sus dos hombres, que fueron a situarse a las puertas de la calle, para hacer la guardia, mientras nosotros nos encaminábamos al cuarto del enfermo. Los practicantes lo habían desnudado y yacía sobre la mesa plegable, cubierto con una sábana. Braile, a quien había mandado a buscar, estaba inclinado sobre Peters, mirándole fijamente la cara y visiblemente intrigado. Ví con satisfacción que la enfermera Walters, joven de extraordinario talento y mucha conciencia, nos había sido destinada. Braile me miró y dijo:

—Sin duda, alguna droga heroica.

—Podría ser — le contesté; — pero en todo caso, la desconozco. Mire estos ojos...

Cerré los párpados de Peters, más, apenas aparté los dedos, empezaron a abrirse lentamente hasta que lo estuvieron por completo.

Varias veces traté de cerrarlos, pero otras tantas se abrieron, siempre con el mismo terror, con la misma horrenda expresión.

Empecé el reconocimiento. Todo el cuerpo estaba relajado y flácido, musculatura y articulaciones. Tan aflojado lo encontré todo, que pensé sonriendo que parecía un pelele. Diríase que cada músculo y cada nervio estaba privado de su función, y eso que no aparecía el menor síntoma de parálisis. El cuerpo no respondía a ningún estímulo sensorial, aunque recurrí a los más enérgicos procedimientos. Lo único que obtuve fué una mayor dilatación de las pupilas, acercando una luz más intensa.

Hoskins, el patólogo, entró a sacarle sangre para su análisis. Cuando él se hubo marchado con la que creyó necesaria, procedí a un minucioso examen del cuerpo. No encontré la menor señal de herida, pinchazo, rasguño ni contusión. Peters era peludo y con permiso de Ricori ordené que le hiciesen una rasura de pecho, espalda, piernas y hasta de cabeza. No hallé nada que indicase la inyección de una substancia por vía hipodérmica. Tenía yo el estómago vacío y tomé muestras de los órganos excretorios, incluyendo la piel. Examiné las membranas de la nariz y de la garganta, que me parecieron sanas y en estado normal; no obstante, hice analizarlas. La presión arterial era baja, la temperatura un poco menos que la normal; pero esto nada significaba. Le dí una inyección de adrenalina, que no produjo la menor reacción, y ésto sí que podía significar mucho.

—¡Pobre diablo! — me dije. — Voy a ver si te arranco de esa pesadilla, de un modo u otro.

Le inyecté una dosis mínima de morfina, pero obtuve el mismo efecto que si le hubiera inyectado agua, y repetí con la mayor dosis a que me atreví. Sus ojos continuaron abiertos, sin que se alterase su expresión de horror. El pulso y la respiración no sufrieron el menor cambio.

Ricori observó todas las manipulaciones con intensa curiosidad. Por el momento no se podía hacer más y así se lo advertí.

—No puedo hacer nada mientras no reciba los informes del resultado de los diversos análisis. Francamente, no sé por dónde navego. No conozco ninguna enfermedad ni ningún tóxico que produzca estos síntomas

—¿Pero no hablaba el doctor Braile de una droga heroica...?

—Mera suposición — se apresuró a intervenir Braile. — Como el doctor Lowell, tampoco sé de ninguna droga heroica que produzca estos resultados.

Ricori contempló el rostro de Peters y se estremeció.

—Ahora — le dije — he de hacerle algunas preguntas. ¿Ha estado enfermo su amigo? En este caso, ¿se ha puesto bajo tratamiento médico? Si no ha estado enfermo de algún tiempo acá, ¿ha experimentado alguna molestia? ¿No ha notado usted algo anormal en su manera de proceder?

—A todas sus preguntas he de contestar negativamente. Durante la semana pasada, Peters ha estado en estrecha relación conmigo; puedo decir que apenas nos separábamos. Y nunca se ha quejado de nada. Esta noche estuvimos cenando en mi piso, una cena ligera y tardía, y se mostraba muy animado y contento. En mitad de la conversación dejó una palabra sin terminar y se volvió ligeramente, como para escuchar algo, y entonces se cayó de la silla. Cuando fuí en su auxilio, lo encontré como usted lo ve ahora. Eran precisamente las doce y media. En seguida lo traje aquí.

—Bueno — dije yo, — al menos esto nos da exactamente el tiempo de duración del ataque. No hace falta que se quede usted aquí, señor Ricori, a no ser que así lo desee.

Durante un rato se estuvo mirando las manos, refregándose sus pulidas uñas.

—Doctor Lowell — dijo al fin, — si este hombre muere sin que usted descubra la causa de su muerte, pagaré a usted sus honorarios de rigor y al hospital los gastos de hospedaje que establezca el reglamento y nada más. Si muere y hace usted el descubrimiento después de su muerte, daré cien mil dólares para la obra de caridad que usted me diga, pero si lo hace antes que muera y lo salva, le daré a usted la misma cantidad.

Nos lo quedamos mirando con extrañeza, pero luego, al comprender el significado de tan peregrino ofrecimiento, apenas pude refrenar un sentimiento de cólera.

—Ricori — le dije; — usted y yo vivimos en mundos diferentes; por tanto, no le sorprenda que le conteste cortésmente, a pesar de lo difícil que la cortesía resulta ante sus insensatas proposiciones. Haré cuanto esté a mi alcance por descubrir lo que le pasa a su amigo y por curarlo. Lo haría aunque él y usted fuesen pobres. Me interesa el caso únicamente como problema que viene a desafiar mis conocimientos profesionales. Pero no me interesa en lo más mínimo ni usted, ni su dinero ni su oferta. Considérela como definitivamente rechazada. ¿Lo comprende usted bien?

No manifestó el menor resentimiento.

—Lo comprendo tanto como sigo deseando que usted sólo usted se encargue de este caso — me dijo.

—Perfectamente. Dígame ahora dónde podré avisarlo si considero urgente su presencia.

—Con su permiso — contestó, — me gustaría que... bueno, que unos representantes míos permanecieran en este cuarto todo el tiempo. Se quedarán dos y si usted me necesita, no tiene más que avisarles y en seguida me tendrá aquí.

Esto me hizo sonreír, pero él permaneció serio.

—Me ha recordado usted — prosiguió — que los dos vivíamos en mundos diferentes. Si usted toma sus precauciones para vivir tranquilo en su mundo, yo también ordeno mi vida para evitar cuanto me es posible los peligros que la envuelven. Nunca se me ocurriría tener la pretensión de aconsejarle cómo se ha de mo-

ver entre los peligros de su laboratorio, doctor Lowell. Los míos son muchos peores y me guardo de ellos lo mejor que puedo.

Era aquella una petición muy rara, pero ya en aquel momento me tenía Ricori ganada la simpatía y comprendí perfectamente su punto de vista. El lo vió y aprovechó la ventaja para insistir.

—Mis hombres no estorbarán — dijo. — No se meterán para nada en sus asuntos y si lo que sospecho resulta verdad, serán una protección para usted y para sus auxiliares. Pero tanto ellos como los que vengan a relevarlos, han de estar en el cuarto noche y día. Si se traslada a Peters, deben acompañarlo, no importa a dónde lo lleven.

—Yo lo arreglaré — dije. Y a petición suya, mandé un practicante a la puerta de la calle. Pronto volvió con uno de los hombres que Ricori dejó de centinela. Ricori le dijo algo al oído y el hombre salió. Al poco rato subieron otros dos hombres. Entretanto había dado yo una explicación de lo extraordinario del caso al médico residente y al conserje, obteniendo el necesario permiso para la permanencia de aquellos hombres.

Los dos vestían con pulcritud y se mantenían en una actitud de alerta, acentuada en la presión de sus labios y en la frialdad de su mirada. Uno de ellos se volvió a mirar a Peters.

—¡Cristo! — murmuró.

Estaba la habitación en un ángulo del edificio y tenía dos ventanas, una a la calle estrecha y otra al paseo. Fuera de estas, no había otra comunicación con el exterior más que la puerta de la sala, pues el cuarto de baño contiguo estaba cerrado y no tenía ventana. Ricori y sus dos hombres lo inspeccionaron todo minuciosamente, evitando, según noté, pasar junto a las ventanas. Me preguntó si la habitación podía quedar un momento a oscuras, a lo que contesté afirmativamente, con mucho interés. Y cuando se apagaron las luces, los tres se acercaron a las ventanas, las abrieron y examinaron cuidadosamente los seis pisos que las separaban del pavimento por ambas calles. Por el lado del paseo no había más que un espacio libre, más allá del parque. Frente al otro lado se levantaba una iglesia.

—Por este lado habéis de vigilar — oí decir a Ricori, que señalaba a la iglesia. — Ya puede dar la luz, doctor.

Dió unos pasos hacia la puerta y se volvió.

—Tengo muchos enemigos, doctor Lowell. Peters era mi brazo derecho. Si esto es obra de mis enemigos, no dudo que lo han hecho para debilitarme o porque no han tenido la oportunidad de dar el golpe contra mí. Miro a Peters y por primera vez en mi vida, yo, Ricori, tengo miedo. No quisiera ser la segunda víctima, no quisiera... ¡ver el infierno!

Le contesté con un gruñido de asentimiento. Acababa de expresar fielmente lo que yo sentía y no osaba formular con palabras.

Iba a abrir la puerta y se detuvo vacilando.

—Otra cosa. Si alguien pregunta por teléfono cómo sigue Peters, deje que conteste uno de estos hombres o quien los releve. Si alguien viene personalmente a preguntar, permita que suba; pero si son dos o más, no permita que suba más que uno cada vez. Si se presentan alegando parentesco con el paciente, deje que éstos los reciban y les pregunten.

Me estrechó la mano y abrió la puerta. En el umbral le esperaban dos de sus hombres, que lo acompañaron contoneándose, uno delante y otro detrás de él. Mientras se alejaba, vi que se santiguaba con energía.

Cerré la puerta y volví al lado de Peters y confieso que, si yo hubiese tenido sentimientos religiosos, también hubiera hecho la señal de la cruz.

La expresión de su rostro había cambiado. Ya no miraba de aquella manera tan horrorosa, pero aún parecía fijar la vista detrás de mí y dentro de sí mismo, como ante la presencia de algo maligno, tan maligno y depravado, que no pude menos de volverme para ver el feo espectáculo que se ofrecía a mi espalda.

No vi nada. Uno de los pistoleros de Ricori permanecía sentado en un ángulo, junto a la ventana, vigilando desde la sombra el tejado de la iglesia vecina; el otro estaba sentado a la puerta, como un estúpido.

Al otro lado de la cama estaban Braile y la enfermera Walters, con la vista fija en la más horrenda fascinación del rostro de Peters. Y entonces vi que Braile volvía la cabeza y pasaba una mirada por la habitación, como yo acababa de hacer.

De pronto, los ojos de Peters parecieron enfocarse en algo, como si se fijara en nosotros tres, como si se diera cuenta de la habitación. Y brillaron con un gozo impío, pero no un gozo pervertido e insano, sino diabólico. Era la mirada de un demonio desterrado durante mucho tiempo de su amado infierno, en el momento de permitírsele volver.

¿O parecía el gozo de un desencadenado y arrojado fuera del infierno para hacer presa de quien quisiera?

Bien sé lo fantásticas y lo completamente anticientíficas que son semejantes comparaciones, pero no me es posible describir de otra manera aquel extraño cambio.

Entonces, con la rapidez con que se cierra una cámara oscura al oprimir el disparador, se desvaneció la expresión para dar lugar a la de horroroso espanto de antes. Di un suspiro de alivio, como si me viese libre de la presencia de algún mal. La enfermera temblaba. Braile preguntó con esforzada voz:

—¿Qué, otra inyección?

—No — le dije, — prefiero que observe usted el curso de esto, sin poner obstáculos, sea cual sea. Voy abajo al laboratorio. No lo pierda de vista hasta que vuelva.

Al entrar en el laboratorio, Hoskins levantó la cabeza y me dijo:

—Por ahora no encuentro nada. ¡Una salud envidiable, caramba! Por supuesto que no llevo realizados sino los exámenes más simples.

Asentí en silencio, con el desagradable presentimiento de que los exámenes que faltaban serían tan infructuosos. Y estaba más confuso de lo que hubiera querido manifestar por aquellas alternativas de miedo infernal, de visión infernal, de gozo infernal, producidas en el rostro y en los ojos de Peters. Aquel caso me inquietaba, me causaba una impresión semejante a la de una pesadilla en que yo hubiese de abrir una puerta y no sólo me faltara la llave, sino que no encontrase el ojo de la cerradura. Sabiendo que el concentrarme en el trabajo del microscopio con frecuencia me permite pensar con más libertad sobre ciertos problemas, tomé unas cuantas embarraduras de sangre de Peters y me puse a examinarlas, no porque esperase encontrar nada, sino para calmar en cierta manera mi ansiedad.

Examinaba el cuarto portaobjetos cuando, de pronto, me sorprendí observando lo increíble. Al mover con la mayor indiferencia el portaobjetos, un corpúsculo blanco se deslizó hacia el campo de luz. Sólo un corpúsculo blanco, pero dentro del cual una chispita de forforescencia brillaba como una lamparilla.

Al principio creí que sería cierto efecto de la luz, pero la manipulación de la luz no cambió la chispa. Me froté los ojos y volví a mirar. Llamé a Hoskins.

—Dígame si ve usted algo de particular aquí.

Acercó un ojo al microscopio y al cabo de un momento se agitó, removiendo la luz como yo había hecho.

—¿Qué ve usted, Hoskins?

Me contestó sin apartar los ojos de la lente:

—Un leucocito dentro del cual hay un globo fosforescente. Su brillo no disminuye ni aumenta cuando le proyecto toda la luz o se la quito. El corpúsculo es perfectamente normal, salvo en lo de esa esfera ingerida.

—Todo lo cual es inadmisible — dije yo.

—De acuerdo — convino él. — ¡Pero ahí está eso!

Trasladé el portaobjetos a un micromanipulador, con la esperanza de aislar el corpúsculo, y lo toqué con la punta de la aguja vítrea. Pero en el momento del contacto, el corpúsculo pareció arder. El globo fosforescente pareció desvanecerse y por la porción visible del portaobjetos corrió como un microscópico relámpago de una noche de verano.

Y eso fué todo. La fosforescencia había desaparecido.

Preparamos y examinamos otros vidrios y en dos de ellos volvimos a ver el brillante foco, y cada vez con idénticos resultados: el incendio del crepúsculo y el extraño centelleo que se apaga para no dejar nada.

Llamaron al teléfono y Hoskins fué a contestar.

—Es Braile. Dice que vaya inmediatamente.

—Siga buscando, Hoskins — le dije mientras me precipitaba al cuarto de Peters. Encontré a la enfermera Walters, blanca como la cal y con los ojos cerrados, de espaldas a la cama. Braile se inclinaba sobre el paciente aplicándole el estetoscopio al corazón. Miré a Peters y me quedé paralizado, como si me sobrecogiera un pánico loco que me helase las venas. En su rostro se veía aquella mirada de expectación diabólica, pero mucho más intensa, y precisamente al mirar yo se cambió por aquella expresión de gozo satánico, también más profundo. Pero no duró tampoco. Volvió a revelar la fea expectación, que fué sustituída pronto por la perversa alegría. Las dos expresiones alternaban rápidamente. Relampagueaban sobre el rostro de Peters como el centelleo de las lucecitas en los glóbulos de su sangre.

Braile me habló moviendo apenas sus labios apretados:

—¡El corazón se paró hace tres minutos! Debía estar muerto, pero... escuche...

El cuerpo de Peters se encogió y se estiró, y un sonido salió de sus labios, parecido a una risa entre dientes, sorda, pero muy penetrante, inhumana: la risa sarcástica de un demonio. El pistolero que estaba junto a la ventana dió un brinco y tiró la silla con estruendo. La risa se cortó en seco y el cadáver de Peters se quedó aplomado.

Oí que habrían la puerta y la voz de Ricori preguntando:

—¿Cómo sigue el enfermo, doctor Lowell? No podía dormir...

Vió el rostro de Peters.

—¡Madre de Cristo! — exclamó, y cayó de rodillas.

Lo ví vagamente, pues no podía apartar mis ojos de la cara de Peters, que era la de un espíritu del mal, en una mueca de triunfo de sus instintos malignos, la cara de un demonio sacada del infierno de algún pintor loco de la Edad Media. Los ojos azules, llenos ahora de malicia, miraban fijamente a Ricori.

Ante mi vista, las manos del muerto se movieron poco a poco, los brazos se fueron levantando sobre los codos, los dedos se engarfiaron, la cabeza se movió bajo la sábana...

Y de pronto me pareció salir de una pesadilla. Por primera vez en el espacio de unas horas veía algo que podía explicarme. Era aquello el "rigor mortis", la rigidez de la muerte, pero producida con una prontitud y una rapidez nunca vistas.

Me incliné, cerró los ojos y tapé aquel rostro espantoso.

Miré a Ricori. Aún seguía de rodillas, santiguándose y rezando. Y a su lado, también arrodillada y con un brazo apoyado en el hombro de Ricori, estaba la enfermera Walters, acompañándole en sus oraciones.

En el silencio, un reloj anunció las cinco.

II

RICORI me sorprendió no poco cuando aceptó con grandes muestras de agradecimiento la compañía que le ofrecí hasta su casa. Daba pena verlo. Respeté su silencio. Los pistoleros se mantenían alerta y no desplegaron los labios durante todo el camino. Yo no podía apartar de mí la visión del rostro de Peters.

Le dí un fuerte sedativo y lo dejé durmien-

do, con sus hombres de guardia, después de decirle que me proponía hacer una autopsia completa.

Regresé en su mismo coche al hospital y supe que habían trasladado al depósito el cadáver de Peters. En menos de una hora, se había producido por completo el "rigor mortis", según me dijo Braile, muy sorprendido por la extraordinaria anticipación del fenómeno. Hice los necesarios preparativos para la autopsia y me llevé a Braile a casa para procurarnos unas horas de descanso. No es fácil describir el trastorno que me había producido todo aquello; sólo diré que me sentí tan consolado de la compañía de Braile, como él lo parecía de la mía.

Me desperté bajo los efectos de una pesadilla, aunque no tan opresora como la realidad, y las dos serían cuando procedimos a la autopsia. Levanté con visible turbación la sábana que cubría el cadáver de Peters y examiné su cara con asombro. Toda su expresión diabólica había desaparecido. Estaba serena, tranquila, como la de un hombre muerto en paz, sin agonía física o espiritual. Levanté su mano, floja, con la flacidez de todo el cuerpo, abandonado ya de la rigidez mortal.

Fué entonces cuando me convencí por primera vez de que me hallaba ante una causa completamente nueva, o al menos desconocida, de muerte, ya fuese producida por agentes microbianos o de otra especie. Por regla general, el "rigor" no se produce sino de dieciséis a veinticuatro horas después de la muerte, dependiendo de las condiciones del paciente antes de morir, como temperatura y una docena de circunstancias. Normalmente desaparece desde las cuarenta y ocho a las setenta y dos horas, según los casos. Generalmente, cuanto más pronto se manifiesta antes desaparece, y viceversa. Los diabéticos pasan por la rigidez antes que los otros. Una lesión violenta del cerebro, como un tiro, produce una más pronta rigidez. En el caso presente, el "rigor" había empezado inmediatamente después de la muerte y debió de terminar por completo en el sorprendente espacio de menos de cinco horas, ya que el practicante examinó el cuerpo a las diez y creyó que todavía no se había iniciado la rigidez, cuando lo cierto era que ya estaba consumado el fenómeno.

Los resultados de la autopsia pueden resumirse en dos asertos: No aparecía motivo fundado para que Peters no viviese, y ¡Peters había muerto!

Luego, cuando Hoskins redactó su informe, estos dos asertos quedaron corroborados. No había razón para que Peters muriese. ¡Pero había muerto! Si las fosforescencias enigmáticas qeu pudimos observar tenían alguna relación con su muerte, no dejaron señales. Los órganos estaban en perfecto estado de funcionamiento, como todo lo que pudo ser objeto de examen; todo acusaba una salud extraordinaria. Hoskins ya no logró ver ni un corpúsculo lucífero de aquellos que yo descubrí, cuando lo dejé.

Aquella misma noche redacté una circular, describiendo brevemente los síntomas observados en el caso de Peters, sin hacer hincapié en los cambios de expresión, pero sí refiriéndome con cautela a unas muecas insólitas y a una cara de intenso miedo. Con la ayuda de Braile, preparé los sobres y las envié por correo a todos los doctores de Nueva York. Personalmente me encargué de hacer una investigación con el mismo objeto entre los hospitales y clínicas. Preguntaba a los médicos si habían tratado algún enfermo con síntomas parecidos, y en caso afirmativo les pedía datos, nombres, señas, ocupaciones y toda clase de particularidades, todo con carácter, por supuesto, de confidencia profesional. Contaba con que mi reputación científica daría al "cuestionario" el tono de seriedad suficiente para desvanecer toda sospecha de que hubiera sido formulado por mera curiosidad o con motivos no basados en la ética más estricta.

Recibí en contestación siete cartas y la visita personal de uno de los firmantes. Todas las cartas, a excepción de una, se ajustaban a mis preguntas en términos más o menos técnicos y denunciaban la tendencia conservadora de la ciencia médica, y no podía ponerse en duda después de leerlas que en los seis últimos meses, siete personas de diversas características y condición de vida habían muerto como Peters.

Cronológicamente, relacioné los casos de esta manera:

Mayo 25: Ruth Balley, solterona; cincuenta años; situación holgada, buena relación social e inmejorable reputación; caritativa y amante de la infancia. Junio, 20: Patrick McIlraine, albañil; mujer y dos hijos. Agosto, 1: Anita Green; de once años; padres de modestos recursos y bien educada. Agosto, 15: Eduardo Standish; acróbata; treinta años; mujer y tres hijos. Agosto, 30: Juan J. Marshall; banquero; sesenta años; miembro de la "Protección a la Infancia". Septiembre, 10: Fineas Dimott; treinta y cinco años, gimnasta; mujer y un niño pequeño. Octubre, 12: Hortensia Darnley, treinta años, sin ocupación.

A excepción de dos, todos vivían en puntos muy distantes de la ciudad.

Todas las cartas llamaban la atención sobre la presentación inmediata del "rigor mortis" y la rapidez con que pasó el fenómeno; todas hacían constar que la muerte sobrevino al cabo de cinco horas de iniciarse el ataque, aproximadamente. Cinco de ellas se referían a los cambios de expresión que tan profundamente me habían turbado, y en los términos cohibidos con que lo descubrían se adivinaba la espantosa impresión producida en el remitente.

"Los ojos de la enferma permanecían obstinadamente abiertos", advertía el medico de la solterona Bailey. "Miraban, pero sin dar señales de ver los objetos que tenían delante, ni permitir calcular su fijeza en un punto determinado. Expresión del terror más intenso, que produce una angustia mortal en el observador, la cual aumenta una vez sobrevenida la muerte. El "rigor mortis" efectuado y desvanecido en cinco horas".

El médico que auxilió a McIlraine, el albañil, nada tenía que decir acerca de los fenómenos que precedieron a la muerte, pero escribía extensamente sobre la expresión del enfermo después de muerto.

"Nada tenía de común — informaba — con la contracción muscular del llamado "semblante hipocrático", ni había en él esa mirada vaga y esa boca torcida, llamada vulgarmente la mueca de la muerte. Nada que recordase la agonía, al contrario: diría que era una expresión de extraordinaria malicia".

El informe del doctor que asistió a Standish, el acróbata, aunque era superficial, decía que, después de morir el paciente con toda evidencia, se dejaron oír ruidos desagradables salidos de su garganta. Pensé que si se trataba de las mismas diabólicas maquinaciones que pude observar en Peters, no eran de admirar las reticencias con que a ella se refería mi corresponsal.

Conocía al doctor que asistió al banquero, dogmático, seguro de sí mismo, pomposo, el perfecto médico de la clase adinerada.

"No cabe duda alguna sobre la causa de su muerte — escribía. — Fué, ciertamente, trombosis, un coágulo en alguna parte del cerebro. No doy ninguna importancia a las muecas faciales, ni al tiempo en que se produjo el "rigor". Ya sabe usted, mi querido Lowell — añadió en tono protector, — que es un axioma en medicina legal que se puede probar cuanto se quiera por el "rigor mortis".

De buena gana le hubiera replicado que tan útil es la trombosis para disimular la ignorancia de los médicos que han de diagnosticar en casos dudosos; pero seguramente no se hubiera dado por aludido.

El informe de Dimott no hacía el menor comentario ni sobre muecas ni sobre sonidos.

Pero el médico que asistió a Anita se explicaba extensamente.

"La muchacha — escribía — era hermosa. En apariencia no sufría dolor alguno, pero en el aceso de la enfermedad me impresionó la intensidad con que se reflejaba el terror en su mirada fija. Parecía aquello el despertar de una pesadilla, pues es indiscutible que conservó la conciencia hasta la muerte. Ni una dosis letal de morfina produjo la menor alteración de este síntoma ni un notable efecto en las pulsaciones ni en la respiración. Más tarde desapareció la expresión terrorífica, dejando paso a otras emociones que no me atrevo describir en este informe, pero de las que le hablaré si usted quiere. El aspecto de la muchacha después de muerta era desconcertante, pero le repito que preferiría decírselo de palabra".

Acababa con una postdata redactada nerviosamente. Se veía que el hombre dudó antes de escribirla y que cuando por fin se decidió, lo hizo obedeciendo al deseo de descargar su conciencia y que cerró la carta y la mandó precipitadamente para no darse tiempo a reflexionar más sobre aquello:

"Le he dicho que la muchacha se mantuvo en estado consciente "hasta la muerte". Pero lo que me preocupa es el convencimiento de que fué consciente aún "después de la muerte física". Quisiera hablarle".

Acepté con mucho gusto. No había osado poner aquella observación en mi cuestionario, y si realmente se había presentado en todos los casos, como tengo para mí que debió de ser, todos mis colegas, excepto el médico de Standish, me imitaron en aquella muestra de mis tendencias conservadoras o de mi timidez. Llamé en seguida por teléfono al médico de Anita. Lo noté trastornado. En todos los pormenores coincidía su caso con el de Peters. Me repitió hasta la saciedad:

"¡La muchacha era hermosa y buena como un ángel y se convirtió en un demonio!"

Le prometí tenerlo al corriente de cualquier descubrimiento que lograse realizar, y poco después de nuestra conversación recibí la visita del joven médico que atendió a Hortensia Darnley. El doctor Y..., como lo llamaré, nada pudo añadir, en cuanto al aspecto clínico, a lo que ya conocía; pero su relato fué el primer paso que nos acercó a la solución del problema.

Tenía el despacho, según me dijo, en la misma casa en que vivía Hortensia Darnley. Estuvo trabajando hasta muy tarde y a eso de las diez fué a llamarlo la doncella de aquella mujer, una negrita. Encontró a la paciente echada en la cama y al momento le sorprendió la expresión de terror en su cara y la extraordinaria flojedad de sus miembros. La describió como una rubia de ojos azules: "el tipo de la muñeca".

En la habitación había un hombre que al principio ocultó su nombre, diciendo meramente que era un amigo. A primera vista, el doctor Y... pensó que la mujer había sido víctima de alguna violencia, pero el examen no reveló la menor lesión ni señal alguna de malos tratos. Le dijo el "amigo" que estaban comiendo cuando la señorita Darnley cayó al suelo, como si de pronto se le hubieran reblandecido todos los huesos, y no le fué ya posible arrancarle una sola palabra. La doncella confirmó aquello. En la mesa estaban aún los platos a medio comer, y tanto el hombre como la criada declararon que Hortensia estaba muy contenta y que no había mediado la menor discusión. A regañadientes, el "amigo" confesó que el ataque empezó tres horas antes, pero que, antes de avisar, procuraron remediarla ellos mismos con todos sus recursos, decidiéndose a pedir los auxilios de la ciencia sólo cuando se presentó aquel cambio intermitente de expresión, a que me he referido en el caso de Peters.

A medida que el ataque iba en aumento, la doncella perdía la serenidad y, sobrecogida de miedo, acabó por esconderse y no volver a dejarse ver. El hombre era más fuerte y supo dominarse, permaneciendo al lado de la enferma hasta el final.

Pero los fenómenos que se presentaron después de la muerte, lo dejaron trastornado. También lo estaba el doctor Y... Al afirmar

éste que habría de poner el caso en conocimiento de la policía, el "amigo" renunció a su reserva, dijo llamarse James Martín y advirtió que se sometía a los resultados de la autopsia. Tenía sus razones para mostrarse franco. La Darnley era su querida y ya tenía bastante disgusto sin que se le cargara el muerto.

Se practicó la autopsia más escrupulosa, sin que se encontrase la menor señal de enfermedad o de veneno y Hortensia Darnley, salvo un ligero trastorno valvular, gozaba de perfecta salud. El certificado de defunción rezaba que murió de enfermedad cardíaca, pero el doctor Y... estaba plenamente convencido de que nada tuvo que ver el corazón en la causa de la muerte.

Estaba fuera de duda que Hortensia Darnley murió por idéntica causa o agente que los otros. Pero la principal circunstancia para mí era que el domicilio de aquella mujer estaba a un tiro de piedra del que Ricori me había dado como el de Peters. Además, si las impresiones del doctor Y... eran justas, Martín era de la misma ralea, lo que dejaba concebir un nexo entre dos de los casos, prescindiendo de los otros. Esto me decidió a llamar a Ricori para poner boca arriba ante él todas las cartas y recabar su ayuda si me era posible.

Mis investigaciones duraron dos semanas y durante este tiempo se había creado una cierta amistad entre nosotros. Ricori me interesaba por una parte extraordinariamente, como un producto de las condiciones de nuestra vida moderna; por otra, me era simpático, a pesar de su reputación. Era un hombre de notable cultura y de una inteligencia superior, aunque divorciada en absoluto con la moral sagaz y supersticioso. En otros tiempos hubiera sido un condotiero, que hubiese puesto su talento y su espada al servicio del mejor postor. Me estremecía al pensar en sus antecedentes, aunque los ignoraba. Desde la muerte de Peters me visitaba con frecuencia y yo correspondía a su amistad. En todas sus visitas le acompañaba aquel hombre de labios duros que estuvo de centinela junto a la ventana del hospital y que, como luego supe, se llamaba McCann. Era el más fiel guardián de Ricori y adicto en cuerpo y alma a su jefe de cabeza blanca. También era un tipo interesante y pronto me demostró un gran afecto. Había sido vaquero en Arizona y luego se hizo demasiado popular en la frontera mejicana, según me dijo.

—Cuente usted conmigo doctor — me ofreció un día. — Sé que usted es bueno con mi amo, porque le quita de la cabeza muchas preocupaciones y cuando vengo aquí puedo sacar las manos del bolsillo. Si alguien se mete con "su ganado", no tiene más que decírmelo. Ya encontraré yo modo de ajustarle las cuentas, pidiendo un día de permiso.

Luego, como por hablar, me aseguró que podía hacer sonar un dólar, abriéndole seis agujeros a una distancia de cien pies.

No sé si lo dijo en serio o en broma, lo cierto es que Ricori no iba sin él a ninguna parte y me demostró lo mucho que había de querer el jefe a Peters cuando dejó a McCann para guardarlo.

Fuí, pues, a ver a Ricori y le invité a cenar aquella noche con Braile y conmigo, en mi casa. Llegó a las siete y encargó al chofer que volviera a recogerlo a las diez. Nos sentamos a la mesa, mientras McCann montaba la guardia en el vestíbulo, como de costumbre, encogiendo el corazón de mis dos enfermeras nocturnas (pues tenía una clínica en unas habitaciones anexas) con la idea de tener cerca un pistolero de carne y hueso que casi no concebían más que en el cine.

Acabada la cena, despedí al criado y fuí derecho al asunto. Hablé a Ricori de mi cuestionario, diciéndole que, mediante aquello, había descubierto siete casos semejantes al de Peters.

—Ya puede quitarse de la cabeza la idea de que la muerte de Peters tenga la menor relación con usted, Ricori — le dije. — Salvo una excepción probable, ninguna de las siete personas afectadas pertenecen a lo que usted llama su mundo. Y aunque esta única excepción entrara en la esfera de sus actividades, tampoco alteraría la absoluta certeza de que no le afecta a usted para nada. ¿Conocía usted o ha oído hablar de una mujer llamada Hortensia Darnley?

El interpelado movió la cabeza negativamente.

—Vivía casi frente a la dirección que me dió usted de Peters.

—Es que Peters no vivía en aquella dirección — replicó el otro, sonriendo como en disculpa. — Piense que entonces no nos conocíamos tan bien como ahora.

Esta salida, justo es confesarlo, me desanimó un poco.

—Bueno — proseguí, — ¿conoce usted a un hombre llamado Martín?

—Sí, lo conozco — contestó. — Es decir, son varios los que conozco de ese apellido. ¿Sabe usted cómo se llama de nombre?

—James.

De nuevo movió la cabeza con el ceño fruncido.

—Tal vez lo conozca McCann — dijo por fin. — ¿Quiere usted llamarlo, doctor Lowell?

Toqué el timbre y al presentarse mi criado lo mandé a buscar a McCann.

—Oye, McCann — preguntó Ricori, — ¿conoces a una mujer llamada Hortensia Darnley?

—Mucho — contestó McCann. — Una muñeca rubia... la muchacha de Martín. La sacó del Vanities.

—¿La conocía Peters? — pregunté yo.

—¡Sí — afirmó McCann, — ya lo creo! Era amiga de Mollie, ya sabe usted: la hermanita de Peters. Mollie abandonó el Follies hace tres años y él conoció a Hortensia en casa de Mollie. Tanto él como Hortensia estaban chiflados con la niña de Mollie. Así me lo dijo él. Pero Tom nunca estaba contento con ella, si quieren saberlo.

Miré a Ricori con sorpresa, recordando que

me había dicho que Peters no tenía parientes. Pero no por eso se desconcertó.

—¿Dónde está ahora Martín, McCann? — preguntó.

—En el Canadá, según mis últimas noticias — contestó McCann. — ¿Quiere que me entere?

—Ya te lo diré luego — contestó Ricori.

McCann volvió al vestíbulo.

—¿Es Martín amigo o enemigo de usted? — pregunté.

—Ni una cosa ni otra — me contestó.

Permanecí un rato en silencio, dando vueltas en mi cabeza al informe de McCann. La relación que yo buscaba en la proximidad de los domicilios de Peters y de la mujer, resultó fallida; pero en cambio, McCann revelaba una estrecha e insospechada relación. Hortensia Darnley murió el 12 de octubre. Peters el 10 de noviembre. ¿Cuándo habría visto éste a la mujer por última vez? Si la misteriosa enfermedad se producía a causa de un organismo desconocido, claro que nadie podría calcular con exactitud el período de incubación. ¿Había contagiado ella a Peters?

—Ricori — dije, — dos veces me he enterado esta noche de su falta de sinceridad conmigo respecto a Peters. Se lo perdono porque sé que no volverá usted a hacerlo y por mi parte voy a mostrármele confiado hasta el punto de romper mi secreto profesional Lea usted estas cartas.

Le alargué las contestaciones a mis cuestionarios y las leyó en silencio. Cuando acabó le conté todo lo que el doctor Y... me había referido sobre el caso Darnley. Luego le puse al corriente minuciosamente de las autopsias, sin callarme lo de los glóbulos luminosos de la sangre de Peters.

Al escuchar esto palideció y se santiguó, murmurando:

—¡"La strega"! ¡La bruja! ¡El fuego encantado!

—¡Déjese de tonterías! — le dije. — ¡Olvide sus estúpidas supersticiones! Lo que yo necesito es su ayuda.

—¡Es usted un sabio ignorante! Hay ciertas cosas, doctor Lowell... — empezó a decir, acalorado. Pero se contuvo.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Ante todo, examinemos detenidamente estos ocho casos. Braile, ¿ha sacado usted algo en limpio?

—Sí — contestó mi colega. — Creo que los ocho fueron asesinados.

III

QUE Braile hubiera expresado el pensamiento que barrenaba mi cerebro sin una prueba en que apoyar mi deseo de formularlo, me molestaba.

—Es usted más sagaz intuidor que yo, Sherlock Holmes — dije con acento sarcástico. Y él se sonrojó, pero repitió, obstinado:

—Han sido asesinados.

—"¡La strega!" — murmuró Ricori. Le dirigí una mirada insultante.

—Eso es hablar por hablar, Braile. ¿Qué pruebas tiene?

—Usted se alejó de Peters durante dos horas, mientras que yo lo observé casi desde el principio al fin. Examinándolo detenidamente, llegué al convencimiento de que todo su mal radicaba en su mente, de que no eran su cuerpo, sus nervios, su cerebro, lo que no funcionaba, sino su voluntad. Pero tampoco esto es exacto. Explicaría el fenómeno diciendo que su voluntad dejó de interesarse en el funcionamiento de su cuerpo, para concentrarse toda en un deseo de matarlo.

—Lo que está usted insinuando no es asesinato, es más bien suicidio. Supongamos que sea eso. Le advierto que apenas he visto morir a nadie por haber perdido la voluntad de vivir...

—No quiero decir eso — interrumpió mi colega, — que es un estado pasivo. Aquí se trata de un caso activo...

—¡Por Dios, Braile! — exclamé yo, francamente impresionado. — No pretenderá usted que los ocho que tuvieron la horrenda visión quisieron apartarse de ella al precio de su vida, y no olvide que entre ellos hay una muchacha de once años.

—Yo no digo eso — replicó. — Estoy convencido de que en un principio no era esa la propia voluntad de Peters, sino que la voluntad de otro se había apoderado de la suya, atándola bien, sujetándola con sus propios tentáculos. Una voluntad ajena, a lo que él no podía o no quería resistir, al menos a última hora.

—"¡La maladetta strega!" — murmuró de nuevo Ricori.

Dominé mi cólera y me senté a reflexionar. Al fin y al cabo, Braile me merecía todos los respetos. Era demasiado hombre, demasiado equilibrado, para comprometer su crédito científico diciendo un disparate sin fundamento.

—¿Tiene usted alguna idea sobre la manera como se llevaron a cabo estos asesinatos, si de asesinatos se trata realmente? — le pregunté con toda cortesía.

—No tengo la menor idea — me contestó.

—Estudiemos en teoría el asesinato. Usted, Ricori, que tiene más experiencia que nosotros en cuanto a esto, escuche atentamente y olvide a su bruja — dije con toda rudeza. — En todo asesinato hay tres factores esenciales: el método, la oportunidad, la causa. Vayamos por partes. En primer lugar, el método.

"Una persona puede recibir la muerte por envenenamiento o por infección, mediante tres conductos: nariz (incluyendo los gases), boca, y piel. Hay otros dos o tres conductos. Al padre de Hamlet, por ejemplo, lo envenenaron, según todos hemos leído, por los oídos, aunque tengo mis dudas sobre el particular. Siguiendo la hipótesis del asesinato, creo que podemos descartar lo que no sea boca, nariz y piel, y en cuanto a ésta, la entrada a la sangre puede producirse por absorción y por penetración. ¿Había alguna prueba en la piel, en las membranas de las vías

respiratorias, en la garganta, en las vísceras, estómago, sangre, nervios, cerebro u otra parte?

—Ya sabe usted que no — contestó.

—Perfectamente. Entonces, salvo el problemático corpúsculo luminoso, no existe la menor prueba de método. Por tanto nos quedamos sin el primer factor en que basar una teoría de asesinato. Examinemos el segundo: la oportunidad.

—Tenemos una señora entretenida, una respetable solterona, un albañil, una colegiala de once años, un banquero, un acróbata y un gimnasta. Me parece que ya no puede darse una lista de personas más diferentes. Que nosotros sepamos, sólo tienen puntos de contacto los dos artistas de circo y Peters y la señora Darnley. ¿Cómo se explica que quien estuvo en contacto con Peters, hasta el punto de tener oportunidad para matarlo, se hallase en igualdad de circunstancias con la solterona? ¿Cómo se las arregló el que mató al acróbata para matar al banquero? Y así puede preguntarse de los otros. Me parece que salta a la vista la dificultad. Para administrar, lo que fué causa de la muerte se requirió sin duda un cierto grado de intimidad. ¿Está usted de acuerdo?

—En parte — concedió el otro.

—Si todos hubieran vivido en la misma vecindad podríamos suponer que estuvieron al alcance del asesinato hipotético. Pero no fué así...

—Perdone, doctor Lowell — interrumpió Ricori, — pero supongamos que todos tuviesen un interés común que los atrajese a su campo de acción.

—¿Cómo es posible que tuvieran un interés común personas de tan diferente condición social y económica?

—En esos informes se deja barruntar un mismo interés, coincidiendo con lo que nos ha dicho McCann.

—¿Qué quiere decir, Ricori? ¿Sospecha lo que podría unirlos?

—La infancia — contestó, — o, al menos, los niños.

Braile asintió con un movimiento de cabeza.

—Ya lo había notado.

—Fíjese en los informes — siguió Ricori. — La señorita Bailey se nos presenta como persona caritativa y amante de los niños. Seguramente sus obras de caridad tomaban la forma de protección y ayuda. Marshall, el banquero, se interesa por la asistencia social a la infancia. El albañil, el acróbata y el gimnasta tenían hijos. Anita era una chiquilla. Peters y Darnley estaban, al decir de McCann, chiflados con una niña.

—Pero — objeté yo, — si se trata de asesinatos, habrá de convenirse que fueron ejecutados por una mano, y no es probable que los ocho se interesasen por una criatura, por una misma niña o por un grupo de niños.

—Perfectamente — observó Braile, — pero todos podían interesarse por una cosa, por un objeto determinado que consideraban sería provechoso o agradable para los niños a quien cada uno quería. Y ese objeto determinado acaso no más podía obtenerse en lugar determinado. Si descubriésemos que esta suposición tiene fundamento, habríamos de llevar las investigaciones a ese lugar.

—Realmente valdría la pena hacerlo. Pero me parece que la idea del interés común abre dos caminos a nuestras investigaciones. Los domicilios de las víctimas podrían tener algo que interesara por igual a un individuo. El asesino, por ejemplo, podía ser un instalador de radios, o un lampista, un basurero, un electricista u otra cosa.

Braila se encogió de hombros. Ricori no contestó y siguió sumido en sus pensamientos, como si no me hubiera escuchado.

—Haga el favor de poner atención, Ricori — le dije. — Hasta ahora tenemos esto: El procedimiento, si se trata de un asesinato, desconocido. En cuanto a la oportunidad para ejecutarlo, hemos buscado alguna persona cuyos asuntos o profesión establecieran un punto de contacto con cada uno de los ocho, a quien visitase o bien recibiese la visita de ellos, y hallamos que el nexo puede ser un común interés por los niños. Vayamos ahora al motivo. ¿Es la venganza, el lucro, el amor, el odio, los celos o la propia defensa? Ninguno de estos motivos satisfacen, pues nos hallamos de nuevo con el obstáculo de las diferentes condiciones de vida.

—¿Por qué no relacionar entre las causas la complacencia, el apetito de la muerte? — preguntó Braile con extraño acento. Ricori casi se levantó para mirarlo con sorprendente curiosidad. Luego volvió a sentarse sin decir palabra, pero se le notaba pendiente de la conversación.

—Estaba a punto de poner a discusión la manía homicida — advertí yo con cierta tirantez.

—No es eso precisamente lo que quiero decir. Recuerde usted los versos de Longfellow:

"Disparo un dardo que atraviesa el aire,
caerá en la tierra, pero no sé dónde."

Nunca se me ha ocurrido pensar que estos versos se refiriesen a un bajel enviado a puerto desconocido de donde ha de volver con cargamento de marfil, pavos reales, monas y piedras preciosas. Hay personas que no pueden asomarse a la ventana de un piso alto o al terrado de un rascacielos sobre una calle transitada, sin desear tirar algo. Es para ellas un placer pensar que herirán a alguien o romperán algo. Es el sentimiento del poder, es como participar de la superioridad divina que esparce la peste sobre justos y pecadores, indiferentemente. Longfellow debió de ser una de esas personas. En el fondo, deseaaba disparar un dardo de veras, para poder gozar pensando si caería en el ojo de alguna persona, si se clavaría en algún corazón o haría blanco en un perro extraviado. Amplíemos el supuesto. Concedamos a una de esas personas el poder y la

oportunidad de dar la muerte. Se oculta en la oscuridad, donde se siente a salvo, como un dios de la muerte. Sin sentir acaso un odio especial contra nadie y sin malas intenciones, disparara sus flechas al aire, como el arquero de Longfellow, sólo para divertirse.

—¿Y no llamaríamos a esa persona un maniático homicida? — pregunté secamente.

—No hace falta. Sería sencillamente un homicida impune. A lo mejor, ni siquiera tendría conciencia de que obraba mal. Todos venimos a este mundo condenados a muerte, aunque sin saber cuándo y cómo se ejecutará la sentencia. Pues bien; este matador hipotético puede creer que obra con tanta naturalidad como la misma muerte. Los que creen que en este mundo no se mueve la hoja del árbol sino por la voluntad y el poder de Dios, nunca se les ocurre pensar que Este sea un maniático homicida. Y no obstante, El dispone las guerras, la peste, las enfermedades, las inundaciones y los terremotos que perjudican por igual a los que creen y a los que no creen. Si usted cree que todo está en manos de lo que llamamos la Fatalidad, ¿se le ocurrirá decir que la Fatalidad es una maníaca homicida?

—Su arquero hipotético — observé — dispara un dardo bastante fastidioso. Braile. Esta discusión está adquiriendo un tono demasiado metafísico para un hombre de ciencia experimental como yo. Ricori, no podemos llevar este asunto a la policía. Nos escucharían amablemente y se nos reirían en las propias barbas, sin dejarnos acabar de hablar. Por otra parte, si expongo cuanto pienso a las autoridades médicas, deplorarán la decadencia de una mente que hasta ahora les ha parecido digna de respecto. En fin, tampoco creo conveniente recurrir a una agencia particular de detectives para seguir las indagaciones.

—¿Qué quiere usted que haga yo? — me preguntó.

—Usted posee extraordinarios recursos — le dije. — Deseo que indague usted respecto a cada uno de los movimientos realizados por Peters y Hortensia Darnley durante los dos últimos meses. Y le agradecería que hiciese todo lo posible en el mismo sentido respecto a los otros casos...

Vacilé.

—Quisiera que usted buscase el lugar adonde el amor a los niños conducía a cada uno de esos desgraciados, pues aunque tengo más razones para creer que ni usted ni Braile poseen la más pequeña prueba en que basar sus sospechas, no puedo menos de confesar el presentimiento que me embarga de que pueden estar en lo cierto.

—Progresa usted, doctor Lowell — dijo Ricori con toda seriedad, — y ahora le digo que no tardará en admitir a pesar de los pesares la posibilidad de la bruja.

—Bastante humillación es para mi actual credulidad — repliqué — no negar eso rotundamente.

Ricori se echó a reír y luego procedió a copiar nerviosamente los principales informes de las contestaciones. Dieron las diez. McCann subió a avisar que esperaba el coche, y acompañamos a Ricori hasta la puerta. Ya había salido el pistolero y nos despedimos de Ricori, cuando se me ocurre preguntarle:

—¿Por dónde empezará usted?

—Por la hermana de Peters.

—¿Ya sabe ella que Peters ha muerto?

—No — contestó de mala gana. — Cree que está ausente. Salía con frecuencia y, por razones que ella comprende, no podían comunicarse los hermanos directamente. Mientras él estaba ausente yo me cuidaba de darle noticias. No le he comunicado la muerte de Peters porque lo quería entrañablemente y le hubiera ocasionado un disgusto mortal, y... y antes de un mes espera otra criatura.

—Si sabrá que ha muerto la Hortensia...

—No lo sé. Es probable. Aunque McCann seguramente no lo sabe.

—Pues no veo cómo va usted a poder ocultar ahora la muerte de su hermano. Pero, en fin, eso es cosa suya.

—Exacto — contestó, y siguió a McCann hasta el coche.

Apenas entramos Braile y yo a la biblioteca, sonó el teléfono. Braile fué a contestar. Le oí maldecir y observé que la mano que sostenía el auricular, temblaba. Y dijo:

—¡Vamos al momento!

Colgó el aparato suavemente y se volvió a mí con cara desencajada.

—¡La enferma Walters está atacada de lo mismo!

Sentí una violenta sacudida en todos mis nervios. Como ya he dicho, Walters era la perfecta enfermera, y además una joven tan bondadosa como atractiva. Un tipo céltico de pura cepa, cabello de un negro de ala de cuervo, ojos azules con pestañas admirablemente largas, piel blanca como la leche y facciones encantadoras. Después de un momento de silencio, dije:

—Bueno, Braile, ya ve usted de qué sirve tanto razonar y basar teorías sobre el asesinato. ¡De Darnley a Walters, pasando por Peters! No hay duda de que nos hallamos ante una enfermedad infecciosa.

—¿Que no hay duda? — se revolvió él, ceñudo. — Ya lo veremos. Yo no me apeo tan fácilmente, y menos sabiendo como sé que Walters se gasta casi todo el dinero con una sobrinita inválida que vive con ella... una niña de ocho años. Su caso entra plenamente en el círculo que hemos convenido en aceptar como interés común.

—No obstante — repliqué, algo soliviantado, — pienso ordenar que se tomen todas las precauciones contra una enfermedad contagiosa.

Cuando acabamos de ponernos el abrigo y el sombrero, ya esperaba mi coche. Sólo dos manzanas separaban mi casa del hospital, pero no quise perder un momento. Ordené que trasladasen a la enferma Walters a un pabellón utilizado para clínica de enfermedades sospechosas. Al examinarla, observé la misma relajación que había notado en el caso de Peters,

Pero pude notar que, a diferencia de él, sus ojos y su rostro no expresaban tanto terror. Había en ellos horror y un gran disgusto, pero nada de pánico. Me produjo la impresión de estar viendo dentro y fuera de sí misma. Mientras la examinaba atentamente vi en sus ojos una chispa de reconocimiento y una petición de auxilio. Miré a Braile y éste movió la cabeza para significar que había observado lo mismo.

Procedí a estudiar su cuerpo, pulgada a pulgada. No descubrí otra señal más que un lunar de color rosado en el empeine de su pie derecho. Un atento examen me hizo pensar que se trataba de una lesión superficial, como una excoriación, o una quemadura por fuego o por agua hirviente. En este caso, estaba curado del todo. La piel aparecía perfectamente sana.

En todo lo demás, aquel caso se parecía al de Peters y a los otros. Le sobrevino el colapso, según me dijo la enfermera, repentinamente, mientras se arreglaba para marcharse. Una exclamación de Braile interrumpió mis indagaciones. Volví la cabeza a la cama y vi que una mano de la Walters se levantaba lentamente, temblando, como si el levantarla le costase un esfuerzo enorme de su voluntad. El índice señalaba algo, pero sin fijeza, aunque, siguiendo la dirección que indicaba, se comprendía que era la señal del pie, y por si había duda, la mirada de sus ojos se fijaba con el mismo tremendo esfuerzo en aquel punto.

El esfuerzo debía de ser demasiado grande, porque la mano cayó pronto, como rendida, y sus ojos volvieron a ser dos pozos de horror. Pero estaba claro que había tratado de hacernos comprender algo que se relacionaba con aquella herida curada.

Pregunté a la enfermera si Walters había hablado con alguien sobre una lesión en el pie. Me contestó que a ella nada le había dicho ni oyó hablar a nadie de ello. No obstante, la enfermera Robbins, vivía en el mismo piso con Enriqueta y Diana y al preguntar yo quién era Diana, me dijo que así se llamaba la sobrinita de Walters. Me enteré de que aquella noche, Robbins estaba fuera de casa y di las debidas instrucciones para que se pusiera al habla conmigo en cuanto regresase.

Ya Hoskins estaba tomando sangre para su análisis. Le encargué que concentrase toda su atención en el examen microscópico y que me avisara inmediatamente si descubría algún corpúsculo luminoso. Por casualidad se hallaban en el hospital los doctores Bartano, un extranjero muy experimentado en enfermedades tropicales y Somers, un especialista frenópata, en quien tenía yo una gran confianza. Los llamé a consulta, sin decirles nada de los casos anteriores y mientras estaban examinando a la paciente, me comunicó por teléfono Hoskins que había aislado uno de los corpúsculos brillantes. Rogué a mis dos colegas que fuesen al laboratorio y me diesen su opinión sobre lo que Hoskins les mostraría. Al cabo de un rato volvieron, manifestando cierto disgusto de decepcionados. Me dijeron que Hoskins les habló de un leucocito que contenía un núcleo fosforescente. Los dos miraron el portapruebas sin lograr ver nada de aquello. Somers me aconsejó con mucha seriedad que insistiese para que Hoskins se hiciera revisar la vista. Bartano, en tono cáustico, me aseguró que le hubiera sorprendido tanto ver aquello, como encontrar una sirena microscópica nadando en una arteria. Oyendo aquellas advertencias, comprendí lo prudente que era mi reserva.

No sobrevinieron los esperados cambios en la expresión de la paciente. Persistía la de horror y disgusto, que comentaron Bartano y Somers, como síntoma insólito, conviniendo que aquel estado se debía a alguna lesión cerebral o algo por el estilo, pero sin pensar un momento en una infección microbiana, de estupefaciente o de veneno como causa, ya que no había prueba alguna. Y reconociendo que se trataba de un caso muy interesante, me rogaron, al despedirse, que les pusiera al corriente de su desarrollo o de cualquier complicación que se presentase.

A las cuatro horas hubo un cambio de expresión, pero no el que esperaba. En la mirada y en las facciones de Walters no había más que disgusto, repugnancia. Un momento me pareció ver un brillo diabólico en los ojos, pero se extinguió en seguida. Media hora después nos pareció que los ojos nos miraban reconociéndonos y al propio tiempo noté que se le animaba el corazón. Hubiera dicho que una fuerte corriente se extendía por todo su sistema nervioso.

Y entonces, sus párpados empezaron a abrirse y a cerrarse lentamente, como si le costase un tremendo esfuerzo y tuviera un propósito. Cuatro veces subieron y bajaron, luego hubo una pausa. Volvieron a abrirse y cerrarse los ojos otras nueve veces y hubo nueva pausa y después los abrió y cerró otra vez. Todo esto lo repitió dos veces.

—Trata de darnos a entender algo — dijo Braile. — ¿Pero qué será?

Nuevamente, sus luengas pestañas subieron y bajaron... cuatro veces... pausa... nueve veces... pausas... una vez...

—Se muere — murmuró Braile.

Me arrodillé con el oído aplicado al estetoscopio... Su corazón latía más débil, cada vez más débil... y se paró.

—¡Ha muerto! — dije y me levanté. Los dos nos inclinamos sobre ella para recoger el postrer espasmo, aquella horrible convulsión, lo que fuese.

Pero no se produjo nada de lo que esperábamos. En su rostro se pintaba aquella repugnancia, aquella aversión y nada más. Nada de muecas diabólicas ni el menor ruido en su garganta. La carne de su blanco brazo empezó a endurecerse bajo mi mano.

La muerte misteriosa había eliminado de este mundo a la enfermera Walters. No quedaba la menor duda respecto al particular. Pero, estaba yo seguro de que la muerte no la había vencido.

Su cuerpo, sí. ¡Pero no su voluntad!

IV

VOLVI a casa con Braile en un estado de hondo abatimiento. No me sería posible explicar los efectos que la serie de acontecimientos que son objeto de mi relato, produjeron en mi mente desde el principio hasta el fin y aun después del fin. Me parecía caminar a tientas en las tinieblas de otro mundo, con los nervios en tensión, bajo la vigilancia de agentes invisibles extraterrenos, en un esfuerzo de lo subconsciente por alcanzar el estado de conciencia, llamando desesperadamente a la puerta de acceso de lo irreal a lo real y avisando a mis facultades para que se mantuviesen alerta, siempre alerta. ¡Extrañas frases para un médico positivista!

Braile estaba tan preocupado y afligido, que pensé si entre él y la muerta habría algo más que un interés profesional. En todo caso no se me confió.

Cuando llegamos a casa, ya eran las cuatro. Insistí en que se quedara conmigo. Antes de acostarme llamé al hospital, pero aun no tenían noticias de la enfermera Robbins. Dormí pocas horas y muy mal.

Poco después de las nueve, Robbins me llamó al teléfono; la pobre estaba desolada. Le rogué que viniese a mi despacho y cuando llegó Braile y yo le preguntamos sobre el caso.

—Hace tres semanas — nos dijo — Enriqueta trajo a casa para Diana una muñeca preciosísima. La niña estaba loca de alegría. Le pregunté a Enriqueta de dónde le había sacado y me dijo que de una tiendecilla de mala muerte, en un barrio bajo.

"—Job — me dijo — (me llamo Jobina), la dueña de aquella tienda es la mujer más estrafalaria que he visto. Le tengo un poco de miedo, Job.

—No hice mucho caso. Además, no siempre era Enriqueta muy comunicativa y me pareció que sentía un poco haberme dicho aquello.

"Pero, después de lo pasado, pienso que Enriqueta se condujo en adelante de una manera extraña. Al principio se mostró muy alegre y luego la vi.... bueno, un poco pensativa. Hará unos diez días, llegó a casa con un pie vendado. El pie derecho, sí. Me dijo que había estado tomando té con la mujer de quien había adquirido la muñeca de Diana. La tetera se cayó y el té hirviendo le escaldó el pie. La mujer le puso en seguida un ungüento y ya no le dolía.

"—Pero creo que será mejor ponerme una pomada que tengo — me dijo. Entonces se quitó la media y empezó a deshacerse el vendaje. Yo me había metido en la cocina y me llamó para que le examinara el pie.

"—Es raro — dijo. — La escaldadura ha sido horrible Job y está ya del todo curada. Y aún no hace una hora que llevo el ungüento.

"Le miré el pie. En la blancura del empeine resaltaba una manchita encarnada, pero no había llaga y le dije que el té no debía de estar muy caliente.

"—Estaba hirviendo, Job — me dijo, — y esperaba encontrarme con una ampolla.

"Estuvo un buen rato mirando al vendaje y al pie. El ungüento era azulado y tenía un cierto brillo muy extraño. Nunca había visto cosa parecida. No, no percibí ningún olor. Enriqueta acabó de quitarse el vendaje y dijo:

"—Job, tira esto al fuego.

"Tiré la venda al fuego. Recuerdo que ardió produciendo una extraña llama vacilante. A decir verdad, no la vi arder. Unicamente se produjo una llama y desapareció la venda. Enriqueta que lo vió, se tornó pálida y luego mirándose el pie, dijo:

"—Nunca he visto una curación tan rápida. ¡Esa mujer debe de ser una bruja!

"—¿Qué diablos estás haciendo, Enriqueta?

"—¡Ah! Nada — me dijo. — Pero me gustaría abrir una herida en esa parte del pie e introducir un antídoto contra las picaduras de serpientes.

"Luego se echó a reír, y pensé que estaba bromeando. Pero se lo pintó de yodo y se lo volvió a vendar con una venda antiséptica. Al día siguiente, me despertó para decirme:

—"Mira este pie. Ayer se me escaldó con un pote de té hirviente, y ahora ni siquiera está tierno. A estas horas ya se me habría levantado la piel. ¡Job, he rogado a Dios que así fuese!

"Y eso es todo, doctor Lowel. Ni ella volvió a hablarme de esto ni yo le pregunté. Me pareció que lo había olvidado todo. Bueno, le pregunté dónde estaba la tienda y quién era aquella mujer, pero no me contestó. No sé por qué.

"Después de esto, nunca la vi tan contenta y despreocupada. Feliz, satisfecha... ¡Oh! ¡No sé por qué se habrá muerto... no lo sé... no lo sé!".

Braile preguntóle:

—¿Le dice o le sugiere a usted algo el número 491, Robbins? ¿Lo relaciona con alguna dirección que conociera Enriqueta?

Se quedó pensativa y movió la cabeza. Le expliqué yo entonces que era el cómputo de las veces que Walters cerró y abrió los ojos.

—Sin duda quiso comunicarnos algo en que figuraban esos números. Reflexione otra vez.

De pronto adoptó un aire de formalidad y empezó a contar con los dedos.

—¿No trataría de reemplazar algo con los números? Si fuesen letras, se leería en ellos d, i, a, que son las primeras del nombre de Diana.

Sí, claro, esto era una explicación sencilla y aceptable. Podía haber tratado de darnos a entender que cuidásemos de la niña. Le expuse a Braile mi parecer; pero él movió la cabeza, negando.

—Ella sabía que yo había de hacerlo sin que me lo pidiera. No, era otra cosa.

Poco después de marcharse Robbins, llamó Ricori. Cuando le anuncié la muerte de Walters, se mostró muy emocionado. Luego vino el triste asunto de la autopsia, cuyos resultados fueron los mismos que en el caso de Peters. No hallamos el menor vestigio que nos

indicase la causa de la muerte de la joven.

Al día siguiente, a eso de las cuatro de la tarde, volvió a llamar por teléfono Ricori.

—¿Estará usted en casa entre seis y nueve, doctor Lowell? — preguntó con mal reprimida impaciencia.

—Ciertamente, si se trata de algo importante — contesté después de consultar mi cuaderno de notas. — ¿Ha encontrado usted algo, Ricori?

Tardó en contestar.

—No sé. Tal vez... me parece que sí.

—¿Se refiere — apenas traté de refrenar mi propia impaciencia, — se refiere al lugar hipotético de nuestra discusión?

—Tal vez. Ya se lo diré luego. Ahora voy adonde suponemos que está.

—Dígame, Ricori: ¿qué espera encontrar allí?

—¡Muñecas! — contestó.

Y como para evitar más preguntas, cortó la comunicación, sin dejarme hablar.

¡Muñecas!

Me senté a reflexionar. Walters había comprado una muñeca, y en la misma tienda recibió la lesión que tanto la preocupó. Después de oír el relato de Robbins ya no me cupo duda de que la paciente atribuía su ataque a aquella lesión y trató de decírnoslo. No nos habíamos equivocado en la interpretación de aquel desesperado esfuerzo de voluntad que dejo descrito. Podía ella estar en un error. La escaldadura o, mejor aún, el ungüento podía no tener nada que ver con su estado; pero Walters se interesaba extraordinariamente por una niña. Los niños eran el interés común a todos los que murieron como ella, y no hay que decir que el más grande y común interés de los niños está en las muñecas. ¿Qué habría descubierto Ricori?

Telefoneé a Braile, pero no estaba. Telefonée a Robbins para decirle que me trajese la muñeca inmediatamente, lo que hizo ella en seguida.

La muñeca era de singular belleza, construída de madera cubierta de yeso. Lo más curioso es que parecía viva. Representaba una niña con carita de traviesa. Su vestido estaba primorosamente bordado, un traje típico de no sé qué país. Me pareció un objeto de arte, propio para figurar en un museo, y no comprendía cómo pudo pagar su precio la enfermera Walters. No tenía etiqueta ni marca alguna que permitiese identificar al fabricante o al vendedor. Después de examinarla detenidamente, la guardé en un cajón y esperé con impaciencia la visita de Ricori.

A las siete sonó el timbre de la puerta del piso con urgente insistencia. Abrí la puerta de mi despacho y oyendo la voz de McCann en el vestíbulo, le grité que subiera. Apenas lo vi, comprendí que algo horrible sucedía. Sus labios tensos y su curtido rostro eran de una lividez amarillenta y en sus ojos había una mirada de espanto. Me habló con los labios apretados:

—Baje hasta el cohe. Creo que el amo está muerto.

—¡Muerto! — exclamé. Y me precipité a la puerta. En un santiamén estuve en el coche. El chofer, que estaba junto a la puertecilla, la abrió y ví a Ricori acurrucado a un lado del asiento posterior. No le encontré el pulso y al levantarle los párpados, sus ojos me miraron sin verme. Pero no estaba frío.

—Entradlo — ordené.

McCann y el chofer lo entraron y lo colocaron sobre la mesa de reconocimiento de mi despacho. Le descubrí el pecho y apliqué a él el estetoscopio. No percibí la menor señal del funcionamiento del corazón. Evidentemente no lo quedaba el menor aliento. Hice otras pruebas, pero en vano. Según todas las apariencias, Ricori estaba muerto. Pero aquello no acababa de satisfacerme. Apelé a todos los recursos de costumbre en casos de duda, pero sin resultado.

McCann y el chofer, que estaban a mi lado, me leyeron la sentencia en la cara, y ví que cruzaban una extraña mirada. Los dos eran presa de pánico, y el chofer lo revelaba con más claridad que McCann. Este me preguntó en un tono frío y monótono:

—¿Le parece que puede haber sido envenenado?

—Podría ser — contesté secamente.

¡Envenenado! ¡Y aquella misteriosa diligencia de que me había hablado por teléfono! ¡Y la posibilidad del veneno en los otros casos! Pero esta muerte... de nuevo sentí la duda... no se había presentado como las otras.

—McCann — pregunté, — ¿cuándo y dónde empezó usted a advertir la novedad?

—En esta misma calle, seis manzanas antes de llegar. El amo iba sentado a mi lado. De pronto dice: "¡Jesús!", como si recibiera un golpe, se lleva las manos al pecho, lanza un sordo gemido y se deja caer hacia adelante. Yo le digo: "¿Qué le pasa, amo, le duele algo?" No me contesta, pero en seguida se derriba sobre mí y veo que tiene los ojos muy abiertos. Me parece que está muerto y aviso a Pablo para que detenga la marcha y podamos examinarlo. Luego lo hemos traído a toda velocidad.

Abrí una alacena y les serví una copa de aguardiente. Los dos lo necesitaban. Sobre Ricori tendí una sábana.

—Siéntense — les dije. — Y usted, McCann, cuénteme todo lo sucedido desde que salió con el señor Ricori para ir adondequiera que fuese. Procure no olvidar nada.

He aquí lo que me dijo:

—A las dos, el amo fué a casa de Mollie, la hermana de Peters, estuvo una hora; salió, volvió a su casa y dijo a Pablo que volviese a buscarlo a las cuatro y media. Pero tuvo muchas conferencias por teléfono y no salimos hasta las cinco. Le dijo a Pablo que deseaba visitar un establecimiento de una calle estrecha, situada detrás del Battery Park, pero advirtió que no quería que pasara por aquella calle, sino que parase el coche en el parque. Y a mí me dijo: "McCann, voy a entrar yo solo; no quiero que se [illegible] en que me hago guardar las espaldas" Y añadió: "Tengo mis razones. Tú paseas por delante y de vez en cuando miras dentro, pero no entres,

si no te llamo". Yo le dije: "Amo, ¿no será eso una imprudencia?" Y él contestó: "Yo ya sé lo que hago y tú haz lo que te digo". Esto no tenía réplica.

"Llegamos al punto de nuestro destino y Pablo siguió las instrucciones que tenía. El amo se adelantó por la callejuela y se detuvo ante un pequeño establecimiento en cuyo escaparate había una serie de muñecos. Miré al pasar y aunque había poca luz en el interior, pude ver otras muñecas y a una muchacha flaca en el mostrador. Me pareció blanca como el vientre de un pez. El amo, después de pararse ante el escaparate, de uno a dos minutos, entró y yo aún seguí mirando de reojo a la muchacha, porque nunca había visto a nadie que con tan intensa palidez pudiera tenerse de pie. El amo habló con la muchacha, que le enseñó algunos muñecos. Cuando volvió a mirar en la próxima vuelta, vi en la tienda una mujer. Era tan corpulenta, que me paré un minuto ante el escaparate, porque nunca había visto nada parecido. Tenía una cara bronceada y muy parecida a la de un caballo, un poco de bigote, lunares y un aspecto tan digno de verse, por lo raro, como el de la muchachita pálida. Voluminosa y ventruda. Pero le eché un vistazo a los ojos y... ¡Dios, qué ojos !Grandes, negros, encendidos y con un no sé qué desagradable, como el resto de su persona. Cuando volví a pasar, el amo estaba con la abultada dama en un rincón y tenía un puñado de billetes en la mano, mientras que la muchacha los miraba como atemorizada. A mi próxima vuelta, ya no vi ni al amo ni a la mujer.

"Decidí, pues, no moverme del escaparate, porque no me gustaba perder de vista al amo en aquel establecimiento, y lo primero que vi fué al amo saliendo por la puerta de trastienda con una cara de loco y llevando algo en la mano, mientras la mujer iba detrás de él, echando fuego por los ojos. El amo movía la boca, pero yo no oí lo que decía y la mujer también hablaba mientras hacía señas ridículas a su espalda. ¿Señas ridículas? Bueno, movía las manos de una manera cómica. Pero el amo se dirigió recto a la puerta de la calle y al llegar a ella vi que escondía lo que llevaba debajo del abrigo y que se abrochaba éste.

"Era una muñeca. Le vi los pies colgando antes que se la escondiera bajo el abrigo. Era grande, porque abultaba mucho..."

Abrió una pausa mientras liaba maquinalmente un pitillo, luego miró a la sábana que cubría el cuerpo de su amo, tiró el cigarrillo y prosiguió:

—Nunca había visto al amo tan loco. Hablaba para sí en italiano, repitiendo una palabra que aun me suena, como "straiga". Comprendí que no era la ocasión de hablarle y me limité a seguir a su lado. De pronto me dijo, más como si hablase consigo mismo que si se dirigiese a mí, no sé si me explico, el caso es que dijo: "No toleraréis que una bruja viva entre vosotros". Luego siguió murmurando, mientras sujetaba con un brazo la muñeca que llevaba bajo el abrigo.

Llegamos a donde nos esperaba el coche y dió a Pablo la dirección de usted, ordenándole que fuese a toda marcha y que mandase al diablo el tráfico. ¿No es verdad, Pablo? Sí. Cuando entramos en el coche cesó de murmurar y guardó silencio hasta que le oí exclamar: "¡Jesús!", como le he dicho. Y eso es todo. ¿No es verdad, Pablo?".

El chofer no contestó. Permanecía inmóvil, fijando en McCann una mirada en que había un no sé que de súplica. Y vi perfectamente que, como en contestación, McCann movía la cabeza negando. El chofer dijo entonces con acento marcadamente italiano:

—Yo no vi la tienda, pero todo lo demás que ha contado McCann es verdad.

Me levanté para acercarme al cadáver de Ricori. Estaba a punto de quitarle la sábana, cuando algo me llamó la atención: una mancha encarnada del tamaño de cinco centavos, una mancha de sangre. Puse un dedo sobre ella y con la otra mano levanté la punta de la sábana. La mancha de sangre estaba exactamente sobre el corazón de Ricori.

Agarré un lente de los más potentes y una sonda de las más finas. A través del lente vi en el pecho de Ricori una punción diminuta, no mayor que la que produce una aguja hipodérmica. Introduje con cuidado la sonda, que se hundió suavemente hasta tocar las paredes del corazón. No ahondé más.

Una aguja puntiaguda, un instrumento sumamente fino se había clavado a través del pecho de Ricori en su corazón.

Lo contemplé lleno de dudas, porque no comprendía que una punción tan fina hubiese causado la muerte, a no ser que el arma estuviese envenenada o que otro choque violento hubiera acompañado al de la herida. Pero ciertos choques o emociones podían producir en temperamentos especiales como el de Ricori curiosos efectos mentales, capaces de presentar una perfecta semejanza de la muerte. Tenía noticias de estos casos.

No, a pesar de mis pruebas, no hubiera jurado que Ricori estuviese muerto. Pero no se lo dije a McCann. Muerto o vivo, había un hecho funesto que McCann debía explicar. Me volví a la pareja, que había estado observando atentamente mis manejos.

—¿Dicen ustedes que iban los tres solos en el coche?

De nuevo cruzaron una mirada de inteligencia.

—También iba la muñeca — contestó McCann, como quien acepta un reto. Pero yo rechacé la contestación con impaciencia.

—Digan: ¿iban ustedes tres solos en el coche?

—Tres hombres, sí.

—Entonces — les dije, ceñudo, — ustedes dos tendrán que dar cuenta de lo que ha pasado. Ricori ha sido apuñalado. Tendré que avisar a la policía.

McCann se levantó y se acercó al cadáver. Tomó el cristal de aumento y a través de

miró el pinchazo. Luego, volviéndose al chofer, le gritó:

—¡Ya te dije que lo había hecho la muñeca, Pablo!

V

MC CANN — dije en tono de incredulidad, — ¿espera usted que yo crea eso?

Por toda respuesta lió otro cigarrillo, que esta vez no tiró. El chofer se acercó tambaleándose al yacente y arrodillándose, empezó a mascullar oraciones y jaculatorias. Por curioso que parezca, McCann había recobrado su entereza, como si al salir de la incertidumbre respecto a la causa de la muerte de Ricori, hubiera vuelto a restablecerse en él su acostumbrada serenidad Encendió el pitillo y dijo casi alegremente:

—Pretendo hacérselo creer

Me dirigí al teléfono, pero de un salto Mc Cann se me puso delante, de espaldas al aparato.

—Un momento, doctor. Si yo fuese tan vil como una rata para hundir un cuchillo en el corazón del hombre que me paga para protegerlo, ¿no se le ha ocurrido pensar que a estas horas no gozaría usted de tan perfecta salud? ¿Qué nos impediría a Pablo y a mí sacarle a usted las tripas y darnos a la fuga?

Francamente, no se me había ocurrido esto y ahora comprendía que me había colocado en una situación verdaderamente peligrosa. Miré al chofer, que se había levantado y permanecía con los ojos fijos en McCann.

—Veo que ha comprendido — dijo éste, dirigiéndome una mirada irónica. Luego se acercó al italiano y le ordenó: — Vengan tus bártulos, Pablo.

Sin decir palabra, el chofer echó mano a sus bolsillos y le entregó un par de pistolas automáticas, que McCann dejó sobre la mesa. Luego, éste sacó otra pistola de su costado izquierdo y otra del bolsillo derecho de su chaqueta y las dejó al lado de las primeras.

—Siéntese, doctor — dijo indicando mi sillón de la mesa. — Aquí tiene toda nuestra artillería. Ponga las pistolas al alcance de su mano. A la primera tontería que hagamos, nos abrasa. Sólo quiero que no avise a nadie antes de escuchar.

Me senté, acercando las pistolas para ver si estaban cargadas. Lo estaban.

—Doctor — prosiguió McCann, — quiero que tenga usted presente tres cosas. Primera: si tuviese yo algo que ver en la muerte del amo, ¿cree que hubiera cometido la estupidez de traerlo aquí? Segunda: yo iba sentado a su derecha. El llevaba un recio abrigo. ¿Cómo hubiera podido meter una cosa tan delgada como lo que debe de haberle causado lo muerte, atravesando el abrigo, la muñeca, la otra ropa y la carne, sin que él se resistiese luchando? ¡Diablo! Ricori era un hombre fuerte. Pablo nos hubiera visto...

—¿Y eso qué importaría — le interrumpí yo. — si Pablo fuese su cómplice?

—Justo — convino, — y así es. Pablo está tan hundido en el lodo como yo. ¿No es verdad, Pablo? — Y dirigió una mirada penetrante al chofer, que asintió con la cabeza. — Bueno, dejemos el segundo punto con una observación y pasemos al tercero. Si hubiera matado al amo de esta manera, con la complicidad de Pablo, ¿cree usted que le hubiese traído al doctor que más interés podía tener en descubrir cómo había muerto? Y después de descubrirlo, ¿quiere usted que me invente una coartada como ésta? ¡Cristo, doctor! ¡Aun no soy tan loco como eso!

Se operó en su rostro una contracción nerviosa.

—¿Por qué había de desear matarlo, yo que por él hubiera ido al quinto infierno, y él lo sabía perfectamente? Y lo mismo hubiera hecho Pablo.

Ví la fuerza del argumento. En mi fuero interno estaba plenamente convencido de que Mc Cann decía la verdad, o al menos la verdad de lo que había visto. No era él quien hirió a Ricori, pero atribuir el hecho a una muñeca era demasiado fantástico. Y no obstante, estaban los tres solos en el coche. McCann había leído en mis pensamientos con pasmosa precisión.

—Debía de ser una de esas muñecas mecánicas — me dijo, — con resortes para asestar un golpe.

—Vaya al coche, McCann, y súbamela — me apresuré a decirle, aceptando como buena la explicación que me dió.

—No está allí — me replicó con una mueca de preocupación. — ¡Saltó fuera!

—Es absurdo... — empecé a decir. Pero el chofer me atajó:

—Es verdad. Algo saltó, cuando abrí la portezuela. Pensé que era un gato, acaso un perro, y exclamé: "¡Qué diablos!..." Y me volví a mirar lo que era. Corría como mil demonios. Se detuvo, se zambulló en la sombra, luego lo vi como una exhalación y lo perdí de vista para siempre. Me volví a McCann y le dije: "¡Qué diablos es eso!" Y él me contestó, desde el fondo del coche donde estaba ocupado: "Es la muñeca. ¡El amo está muerto!". Y recuerdo que dije: "¡La muñeca! ¿Qué quieres decir, la muñeca? Y me lo explicó. Yo no sabía nada de la muñeca. Noté que el amo tra'a algo bajo el abrigo, sí; pero no sabía qué era. Lo que puedo asegurar es que ví una cosa diabólica que no parecía gato ni perro y que saltó del coche, pasando entre mis piernas. Eso sí.

Entonces dije con un acento de ironía:

—¿Cree usted, McCann, que esa muñeca tenía la maquinaria necesaria para huír como para asestar una puñalada?

Enrojeció, pero contestó con calma.

—No digo que fuese una muñeca mecánica. Pero una cosa u otra debía ser. Es para volverse loco, ¿no?

—McCann — le dije bruscamente, — ¿qué quiere que haga?

—Mire, doctor, cuando yo vivía en Arizona, un hacendado murió de muerte violenta. Un compañero mío parecía tener algo que ver en

aquel asunto. El jefe de policía le dijo: "Hombre, no creo que tú seas el criminal, pero yo aquí soy el único juez. ¿Qué dices a esto?" Y el hombre le dijo: "Jefe, concédame dos semanas y si no le traigo al autor del crimen, mándeme colgar". El jefe de policía le contestó: "Me parece bien. La víctima ha muerto a consecuencia de un balazo y su matador será ahorcado". Bueno, pues, al cabo de dos semanas, mi compañero se presentó con el asesino atado a la silla de su caballo.

—Ya me hago cargo de su punto de vista, McCann; pero no estamos en Arizona.

—Ya lo sé. ¿Pero no puede usted certificar que ha muerto de afección cardíaca, provisionalmente? Y concédame aunque no más sea una semana. Si no consigo descubrir algo, haga lo que quiera. No me escaparé. Porque el caso es, doctor, que si usted ha de avisar a la policía, más vale que tome una de esas pistolas y nos mate a tiros, a mí y a Pablo, cuanto antes. Porque si les salimos con el cuento de la muñeca, los polizontes van a reventar de risa y no nos escaparemos de Sing Sing. Y aunque no nos encarcelen, nos achicharrarán, pues aun en el caso de que la policía nos perdonase, la banda del amo se cuidaría de achicharrarnos los sesos. Le juro, doctor, que causará usted la muerte de dos inocentes , y lo que es peor, nunca sabrá usted quién mató al amo, porque sus pesquisas no llegarán a donde pueden llegar las nuestras.

Una nube de sospecha ensombreció mi convencimiento sobre la inocencia de aquel par de pájaros. La proposición, aunque parecía ingenua, no dejaba de ser útil. Si daba mi consentimiento, el pistolero y el chofer tendrían una semana para huir, si tal era su plan. Si Mc Cann no volvía y yo confesaba la verdad, me complicaba en el asunto como un encubridor. Si alegaba que mis sospechas habían despertado después de la huída, quedaría convicto y confeso de ignorancia. Si los capturaban y confesaban mi consentimiento, también me haría responsable de complicidad. El hecho de desprenderse McCann de las pistolas no podía ser más claro. No podría yo afirmar que dí mi consentimiento bajo amenaza. Aquello, además, podía ser un gesto sagaz para ganar mi confianza o debilitar mi resistencia. ¿Pero quién me aseguraba que no tenían otras armas y que estaban dispuestos a usarlas si rechazaba su proposición?

En mi lucha interior para buscar la manera de salir del brete en que me ponían, después de tomar la precaución de meterme las armas en el bolsillo, me levanté para acercarme a Ricori y me incliné dispuesto a hacer ver que lo examinaba. Lo hallé frío, pero no con ese frío peculiar de los cadáveres. Al notar esto, lo examiné de veras minuciosamente, y, ¿cuál no sería mi sorpresa cuando recogió mi tacto una pulsación apenas perceptible de tan débil, pero reveladora de que su corazón funcionaba? Junto a la comisura de sus labios empezaron a formarse unas burbujas... ¡Ricori vivía!

Continué mi examen, con la caldera de mis pensamientos a toda presión. Ricori vivía, era cierto; pero aquello no menguaba el peligro que estaba yo corriendo, antes bien, lo aumentaba; porque si McCann lo había apuñaleado en complicidad con el otro, y se enteraban de que no habían logrado su criminal propósito, ¿no pretenderían acabar lo que creyeron terminado? Con Ricori vivo y en capacidad para acusarlos, tenían la muerte más segura que la que podían esperar por sentencia de la ley: la muerte por sentencia de Ricori y a manos de sus paniaguados. Y al acabar con Ricori, seguramente pensarían acabar al mismo tiempo conmigo.

Antes de incorporarme, deslicé la mano al bolsillo y empuñando una pistola automática, me volví con rapidez, apuntándoles, mientras gritaba:

—¡Manos arriba! ¡Los dos!

El rostro de McCann expresó la más viva sorpresa, y el del chofer la más honda consternación; pero los dos levantaron los brazos.

—No hace falta que nos pongamos de acuerdo para nada, McCann. Ricori no está muerto. Cuando pueda hablar, él mismo dirá lo que ha pasado.

No estaba yo preparado para el efecto que esta noticia había de producir. Si McCann no era sincero, debía ser un gran comediante. Toda su musculatura se relajó y en mi vida he visto un alivio como el que se pintó en su cara. Por sus curtidas mejillas corrieron lágrimas. El chofer cayó de rodillas, sollozando y mascullando oraciones. Mis sospechas se desvanecieron como el humo. No me cabía en la cabeza que aquello pudiera ser comedia. Y en cierto modo, hasta me sentí avergonzado.

—Pueden bajar las manos, Mc-Cann — dije y me guardé la pistola en el bolsillo.

—¿Vivirá? — preguntó con voz ronca.

—Es lo más probable — le contesté. — Si no hay infección, estoy seguro.

—¡Gracias a Dios! — murmuró McCann, y repitió una y otra vez: — ¡Gracias a Dios!

Y en aquel preciso instante entró Braile y se quedó contemplándonos con mirada atónita.

—Ricori ha sido herido. Ya se lo explicaré todo más tarde — le dije. — Un pinchazo en el costado, penetrando probablemente en el corazón. El golpe le ha producido un efecto comatoso del que acaba de recobrarse. Súbalo a mi departamento clínico y encárguese de él hasta que yo vaya.

Rápidamente le enteré de lo que yo había hecho e indiqué el tratamiento inmediato. Cuando se llevaron a Ricori, me dirigí a los pistoleros.

—McCann, no voy a darle explicaciones, por ahora; pero aquí tiene sus pistolas y las de Pablo. Los dejo en libertad de acción.

Tomó las armas, mirándome con un extraño brillo en los ojos.

—Me gustaría saber por qué ha cambiado de propósito, doctor. Aunque todo lo que usted haga lo encuentro bien hecho, mientras salve al amo.

—Indudablemente habrá alguien a quien tendremos que avisar respecto a su estado — le repliqué. — Encárguese usted mismo de ha-

cerlo. Lo único que yo sé es que le ha dado un ataque al corazón cuando venía a visitarme. Usted me lo ha traído y ahora lo estoy tratando como a un enfermo cardíaco. Si muere, McCann... ya sería otra cosa.

—Yo llevaré la noticia — contestó. — Sólo hay dos personas a quien tendrá usted que ver. Luego iré a la tienda de muñecas y le arrancaré la verdad a aquella mala bruja.

El fuego siniestro que lucía en sus ojos parecía afilar sus tajantes palabras.

—No — le dije con firmeza. — Aun no. Haga vigilar la casa. Si sale la mujer, vea dónde va. Vigele estrechamente a la muchacha. Si ve que una de ellas o las dos se marchan como huyendo, no las alarme, pero sigalas. No quiero que se las moleste ni se las ponga en guardia mientras Ricori no esté en condiciones de contar lo que ha pasado.

—Perfectamente — asintió a regañadientes.

—Esa historia de la muñeca no sería tan convincente para la policía como para mí, que tengo cierta inclinación a la credulidad. Procure especialmente que nadie se entere del asunto. Mientras viva Ricori, no hay necesidad de que nadie se meta en nuestros asuntos.

Me lo llevé aparte, para decirle:

—¿Tiene usted confianza en el chofer? ¿Está seguro de que no hablará?

—Pablo es un hombre de confianza y sabrá callar..

—Por ustedes mismos, me alegro que así sea — advertí.

Se despidieron y yo me dirigí al cuarto de Ricori. Sus pulsaciones eran más fuertes y aunque su respiración era fatigosa, infundía esperanzas. La temperatura continuaba siendo más baja que la normal, pero había mejorado mucho. Sí, como dije a McCann, no se presentaba la infección y el arma con que fué herido no estaba emponzoñada, Ricori viviría.

Aquella misma noche me visitaron dos caballeros muy corteses y elegantemente vestidos, escucharon mis explicaciones sobre el estado del paciente, me pidieron permiso para verle y, luego se marcharon, después de advertirme que "muerto o vivo Ricori" no tenía que preocuparme por mis honorarios y que no reparase en gastos de consultas con las mejores eminencias, por mucho que costasen. Les manifesté mi convencimiento de que Ricori había experimentado un cambio francamente favorable. Me rogaron que no permitiese verlo a nadie más que a ellos mismos y a McCann, y para evitar posibles disgustos, me aconsejaron que aceptase a dos hombres que me enviarían para estarse apostados junto a la puerta, en el vestíbulo. Les contesté agradeciendo la atención.

Al poco tiempo, dos hombres de aspecto muy tranquilo montaban la guardia ante la habitación de Ricori, como se había hecho con Peters.

Aquella noche soñé con muñecas que bailaban a mi alrededor y me perseguían y amenazaban. Fué un sueño muy desagradable.

VI

POR la mañana se produjo una notable mejoría en el estado de Ricori. Continuaba sumido en el mismo sopor, pero la temperatura era casi normal y la respiración y las pulsaciones completamente satisfactorias. Braile y yo nos repartíamos el trabajo, de modo que uno de los dos estaba siempre en disposición de acudir al primer aviso de la enfermera. Los guardianes fueron relevados después del desayuno, por otros dos. Uno de los visitantes de la víspera volvió al día siguiente, miró a Ricori y escuchó mi informe esperanzador con verdadera alegría.

Al meterme en la cama se me había ocurrido la idea de que Ricori podía haber tomado alguna nota concerniente a sus averiguaciones, pero tuve cierto reparo en ir a registrar sus bolsillos. Ahora me parece el momento oportuno para salir de dudas respecto al particular y me decidí a insinuar al visitante si no deseaba examinar los papeles que llevaba Ricori, por si entre ellos había algún documento que pudiera ser necesario para sus negocios, añadiendo que también nosotros teníamos un gran interés en cierto asunto de que precisamente venía a hablar conmigo cuando le dió el ataque, y sobre el cual era posible que trajese algunas notas en el bolsillo. El visitante se mostró de acuerdo y en seguida mandé traer el abrigo y el traje de Ricori y procedimos a registrar los bolsillos. Encontramos unos cuantos papeles, pero nada referente a nuestras investigaciones.

En el bolsillo interior de su abrigo encontré no obstante un curioso objeto: un cordel muy delgado, de unas ocho pulgadas de largo, con nueve nudos espaciados irregularmente. Eran unos nudos muy curiosos, como no recordaba haber visto otros. Examiné aquel cordelito con inexplicable pero honda turbación. Miré al desconocido y noté en sus ojos un reflejo de confusión, como si se hallase ante un enigma impenetrable. Esto me recordó la superstición de Ricori y pensé que el cordel anudado probablemente sería un talismán o amuleto. Y lo volví a dejar en el bolsillo.

Cuando me quedé solo volví a examinarlo detenidamente. El cordel era de cabello humano, fuertemente trenzado; el cabello tenía cierta palidez que tiraba a ceniza e indiscutiblemente era de mujer. Cada nudo, según podía observar entonces, estaba atado de diferente manera y todos muy complicados. Esta circunstancia y la de estar los nudos separados por espacios irregulares, me sugirieron la idea de que significaba una palabra o una sentencia. Al estudiar los nudos tuve la misma sensación de hallarme ante una puerta secreta, con la necesidad ineludible de abrirla a pesar de parecerme imposible, cuando asistí a la muerte de Peters. Obedeciendo a un oscuro impulso, no volví el cordel al bolsillo, sino que lo guardé en el mismo cajón donde había metido la muñeca que trajo la enfermera Robbins.

Poco después de las tres me telefoneó McCann y me pareció que se me quitaba un

peso de encima al oír su voz. A la luz del día, su relato de lo ocurrido en el coche de Ricori se me presentaba como algo increíblemente fantástico, y me volvía a sumegir en dudas. Ya empezaba a preocuparme la desagradable situación en que me hallaría si él llegaba a desaparecer, y algo de esto debió él de adivinar en la cordialidad con que lo saludé, cuando me dijo riendo:

—¿Pensaba que había puesto pies en polvorosa, doctor? No sería usted capaz de hacerme huir, ni me escaparía por nada del mundo. Espéreme y verá lo que le traigo.

Esperé su llegada con impaciencia. Se me presentó con un hombre robusto, de cara encarnada, que llevaba una gran bolsa de papel, como esas en que se guardan prendas de vestir contra las polillas. Reconocí en él un polizonte con quien me encontraba frecuentemente en el paseo, aunque nunca lo había visto sin uniforme. Les rogué que se sentaran y el policía lo hizo sobre el extremo de una silla, sosteniendo cuidadosamente la bolsa de papel sobre sus rodillas. Miré a McCann inquisitivamente.

—Shevlin — dijo éste indicando con la mano al policía — dice que lo conoce doctor; pero de todas maneras he querido que viniese

—Si no conociese al doctor Lowell, no estaría yo aquí, compadre — dijo Shevlin, exteriorizando su malhumor. — Pero me consta que el doctor tiene sesos en la cabeza y no serrín, que es lo único que queda en la calabaza de ese mentecato de comisario.

—Bueno, hombre — le consoló McCann maliciosamente; — el doctor te prescribirá lo que te convenga, Tim.

—No necesito que me prescriba nada, te digo — replicó Shevlin. — Ya te he dicho y te repito que lo vi con mis propios ojos. Y aunque el doctor Lowell afirmase que estaba borracho o loco, lo mandaría al diablo como he mandado al inspector. Y a ti, lo mismo.

Yo escuchaba con creciente sorpresa.

—Poco a poco, Tim, poco a poco — profirió McCann. — Yo te creo. No sabes lo mucho que deseo creerte, o al menos los motivos que tengo para desearlo.

Por la rápida mirada que me dirigió comprendí que, cualquiera fuese la razón de haber traído a mi despacho al policía, nada le había dicho de Ricori.

—Ya ve usted, doctor. Cuando le conté que la muñeca dió un brinco y se lanzó fuera del coche, pensó que yo estaba loco. Está bien, me dije, quizá no irá muy lejos. Tal vez era una de esas muñecas mecánicas tan perfeccionadas; pero, aunque así fuese, tarde o temprano se le acabaría la cuerda y caería. Por eso me dediqué a buscar a alguien que hubiera podido verla. Y esta mañana me he encontrado a Shevlin aquí presente, que va y me dice... Sigue tú, Tim, dile al doctor lo que me has dicho.

Shevlin pestañeó, acomodó con precaución la bolsa sobre sus rodillas y empezó a contar, con ese aire rutinario de quien repite lo mismo por centésima vez, a gente que no lo creen, ya que de vez en cuando me miraba con expresión de reto o levantaba la voz con acento de triunfo.

—Ha sucedido esto a la una. Yo estaba paseando en mi puesto de guardia, cuando he oído que alguien chillaba desesperadamente: "¡Auxilio! ¡Que me matan! ¡Quitadme esto!" — gritaban. Acudí corriendo y encontré subido a un banco a un pobre desgraciado que, con el sombrero hundido hasta las orejas, esgrimía el bastón de un lado a otro, mientras ejecutaba un paso estrafalario de danza, agachándose, irguiéndose y lanzando alaridos.

"Me le acerqué y le di un golpe en las canillas con mi porra. El bajó la vista y se dejó caer en mis brazos. Me echó su aliento en las mismas narices y en seguida creí adivinar lo que le pasaba. Me lo quité de encima haciendo que se sostuviera de pie y le dije: "Sígueme; ese maldito aguardiente no hace más que ponernos fantasmas por delante. Si respetásemos la ley prohibicionista no veríamos tan espeso. Dime dónde vives y te meteré en un taxi, eso si no prefieres que te lleve al hospital".

"Permaneció en el sitio, agarrándoseme y temblando de pies a cabeza, me dijo: "¿Se figura que estoy borracho?" Y yo empezaba a decirle: "Y de qué manera...", cuando lo miré y vi que no estaba borracho. Podía haberlo estado, pero ya no lo estaba. Y de pronto se dejó caer en el banco, se subió los pantalones, se bajó los calcetines y me dijo: "¿Pretenderá usted que el aguardiente me pueda haber hecho esto?"

"De una decena de agujeritos vi manar sangre. Le examiné de cerca la pierna, se la toqué y puedo jurar que era sangre, como si alguien le hubiera clavado una aguja de sombrero..."

Maquinalmente dirigí mi mirada a McCann, pero éste no se fijó. Con imperturbable serenidad estaba liando un cigarrillo.

"Y yo le dije: "¿Quién diablos te ha hecho eso?" Y él me contestó: "¡El muñeco lo ha hecho!"

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal y volví a mirar al pistolero, que esta vez me mandó una mirada de inteligencia. Shevlin me fulminó con sus ojos y recalcó:

—"¡El muñeco lo ha hecho!", me dijo. ¡Me dijo que el muñeco lo había hecho, para que se enteren bien!

McCann ahogó una carcajada y Shevlin le pagó con la misma mirada fulminante que a mí. Yo me apresuré a decir:

—Comprendo, guardia. Le dijo que el muñeco le había hecho las heridas. Una afirmación bien chocante, por cierto.

—¿Quiere usted dar a entender que no lo cree? — preguntó, furioso.

—Creo que le dijo eso, sí — contesté — Pero, siga.

—Perfectamente, ¿pero quiere usted decir que yo también había de estar bebido para creerlo? Porque eso es lo que me dijo aquel calabacín de comisario.

—No, no — le aseguré y Shevlin, ya tran-

quilo respecto a mi opinión, prosiguió:

—Yo pregunté al beodo: "¿Cómo se llama?" "¿Cómo se llama, quién?", me dijo. "La muñeca esa — le dije. — Apostaría que es una rubia y que quiere ser artista de cine. Las morenas no usan agujas de sombrero, prefieren un cuchillo".

"—Señor oficial — me dijo en tono solemne, — era una muñeca, o si lo prefiere, un muñeco. Y cuando digo una muñeca quiero decir una muñeca. Me estaba paseando para tomar un poco el aire. No negaré que había bebido, pero no más de lo que podía tolerar. Pasaba haciendo molinetes con el bastón, cuando éste se me cayó al seto ese — dijo señalándome el puesto. — Me bajé para agarrarlo y ví allí una muñeca. Era una muñeca grande y estaba despatarrada, como si hubiera quedado así al tirarla alguien. Quise agarrarla, pero apenas la toqué, dió un brinco como si la presión de mis dedos hubiera soltado un resorte. Me saltó a la cabeza — siguió diciendo, — dejándome pasmado y cuando me incliné para ver dónde estaba la muñeca sentí en la pantorrilla un agudo dolor, como si me la hubieran atravesado con un hierro. Di un brinco y entonces pude ver a la muñeca, que con una gruesa aguja en la mano se disponía a herirme de nuevo.

"—Tal vez — le dije — haya visto usted a un enanillo". "¡Déjese de enanillos! — me dijo. — ¡Era una muñeca! Y me pinchó con una aguja de sombrero. Tenía dos pies de estatura y ojos azules y me hacía unas muecas que me helaron la sangre en las venas. Y mientras estaba como aturdido me clavó otra vez la aguja. Me subí al banco y la muñeca dió vueltas y más vueltas, hasta que dió un brinco y recibí un nuevo pinchazo. Temí que se propusiera matarme y grité frenéticamente — dijo el borracho. — ¿Y quién no hubiera gritado? — me preguntó. — Y entonces acudió usted y la muñeca se hundió en el seto. Por Dios oficial, acompáñeme hasta que encontremos un taxi que me lleve a casa, pues no me importa confesar que esto me ha puesto piel de gallina".

"Agarré, pues, al beodo del brazo — prosiguió Shevlin, — pensando con verdadera lástima en las cosas fantásticas que hacía ver el abuso de las botellas, pero sin dejarme de preocupar por los pinchazos sangrantes de las piernas y salimos al paseo. Aun estaba el infeliz temblando y yo mirando si pasaba un taxi, cuando inesperadamente lanzó un chillido. "¡Allí va! ¡Mírela, allí va!"

"Seguí la dirección de su dedo y verdaderamente, vi algo que se deslizaba por la acera, corriendo hacia la calzada. Estaba a cierta distancia y pensé que era un gato o quizá un perro. Entonces me fijé en un cupé que estaba parado a la esquina y al que el gato o perro quería llegar. Aun estaba chillando el borrachín y yo mirando si era gato o perro aquello que corría, cuando un pesado automóvil a toda marcha agarró bajo sus ruedas al objeto de mi observación. Ya el vehículo se había perdido de vista cuando recobré la respiración que por un momento me faltó. Creo que vi al objeto moverse retorcidamente y seguí pensando que era un gato o un perro. "Voy a darte el golpe de gracia para que no sufras más". Y me acerqué con la pistola en la mano. Al hacer yo esto, el cupé que esperaba, desapareció detrás de la esquina y no lo he vuelto a ver. Me incliné sobre lo que el otro coche había aplastado, lo examiné..."

Se descargó de las rodillas el saco de papel para dejarlo en el suelo y desató la boca.

—Y era esto — dijo.

Sacó de la bolsa una muñeca o lo que quedaba de ella. El automóvil le había pasado por medio, estropeándola. Una pierna se había perdido y la otra pendía de un cordel. Sus vestidos estaban rotos y sucios del barro de la carretera. Se trataba ciertamente de una muñeca, pero a cualquier persona inexperta le hubiera dado la impresión de un pigmeo mutilado, con el cuello torcido y la cabeza sobre el pecho.

McCann levantó la cabeza de la muñeca...

Me estremecí y sentí un cosquilleo de horror por todo mi cuerpo..., el corazón empezó a brincar en mi pecho como un caballo loco.

¡Aquella cara que me miraba con sus ojos azules y brillantes era la de Peters!

Y en ella, como el más fino de los velos, se veía la sombra de aquella exaltación diabólica que se reflejaba en el rostro de Peters y que yo pude contemplar cuando ya la muerte había paralizado los latidos de su corazón.

I

SHEVLIN no apartaba de mí sus ojos mientras yo contemplaba la muñeca, satisfecho del efecto que me estaba produciendo.

—¿Verdad que parece un aborto del infierno? — preguntó. — El doctor lo está viendo, McCann. ¡Ya le decía que era un hombre de seso!

Colocó la muñeca sobre sus rodillas y permaneció así sentado como un rubicundo ventrílocuo, en un silencio malicioso y no me hubiera sorprendido oír una risa diabólica brotada de su boca, encogida en una mueca tímida.

—Deje que se lo cuente todo, doctor — prosiguió. — Estuve un momento mirando esta muñeca, hasta que me decidí a agarrarla, diciéndome: "Aquí hay algo más de lo que se ve, Tim Shevlin". Y me volví para ver qué se había hecho del borracho. Este no se había movido de donde lo dejé y al acercármele, me preguntó: "¿Es una muñeca como yo le decía? ¡Ah! ¡Ya le decía que era una muñeca!" — repitió lanzando una mirada al objeto que yo llevaba en la mano. Yo le contesté: "Amigo mío, esto no es perro ni gato, pero hay gato encerrado y algo de malo. Venga conmigo al cuartelillo, repita ante el comisario todo lo que

me ha contado y enséñele las piernas". Y el borracho me dijo: "Con mucho gusto, pero aparte eso de mi vista". Sin más hablar nos dirigimos al cuartelillo.

"—¿Qué es esto? — preguntó de mal talante el comisario. — ¿Otro secuestro?"

"—Enséñele las piernas" — dije yo al borracho. "No quiero verlas, como no sean más bonitas que las que se exhiben en el Follies" — gruñó aquel calabacín. — Pero el borracho se subió los pantalones, se bajó los calcetines y les enseñó las piernas.

"—¿Quién le ha hecho eso? — preguntó el comisario levantándose".

"—La muñeca — contestó el beodo. El comisario volvió a sentarse guiñando significativamente. Y yo le expliqué cómo acudí a los gritos de auxilio, lo que aquél me dijo y lo que vi. El sargento se echó a reír y los agentes lo imitaron; pero el comisario enrojeció como un pavo y gruñó: "¿Se ha propuesto tomarme el pelo, Shevlin?" A lo que repliqué: "Le digo lo que él me contó y lo que ví y ahí está la muñeca". Entonces le oí murmurar: "¡Es raro, porque nunca lo había visto borracho!" Luego agitando los dedos añadió: "A ver, acérquese". Ante esto lo di todo por perdido, porque a decir verdad, el borracho llevaba una botella y yo se la quité y eché un trago y mi aliento depedía un olor aguardentoso. El inspector dijo: "Ya me lo temía. ¡Apártese!"

"Luego se quedó mirando a mi compadre como si quisiera devorarlo con los ojos. — "Oiga, so espantajo, ¿qué clase de ciudadano es usted, que corrompe a un buen funcionario y no contento, viene a tomarme el pelo? No le van a quedar ganas de repetir la broma. ¡Ea. Llévenselo al calabozo y tiren allí esta maldita muñeca para que le haga compañía". — Al oír esto, el pobre hombre lanzó un chillido y rayó a tierra. — "¡Diablo, por lo visto cree su propia mentira, el muy condenado! ¡Si será loco! Acompáñenlo hasta la puerta y que se vaya". Después se volvió a mí para decirme: "Si no le tuviera por muy buen chico, Tim, lo encartaba ahora mismo. Tome su estropeada muñeca y váyase a casa, Ya mandaré un relevo a su puesto. "Duérmala" bien y no vuelva hasta que esté sereno". Y yo le repliqué "Perfectamente, pero lo que he visto lo he visto. ¡Y ustedes váyanse todos al diablo!" — añadí por los agentes que reían como tontos. Luego me volví al comisario y le dije: "Puede usted dar parte por esto, pero ¡al diablo también!" Y como no cesaban de reír, tomé la muñeca y me marché".

Calló un momento y prosiguió:

—Llevé a casa la muñeca y se lo conté todo a Maggie, mi mujer. ¿Y qué se figura que me dijo? "¡Pensar — me dijo — que has estado apartado del aguardiente o casi apartado durante tanto tiempo y ahora verte así, hablando de muñecas que dan pinchazos e insultando al comisario, para que te traslade! ¡Ahora que Jenny empieza a ir a la escuela superior! Vete a la cama a dormir esa indecente mona y echa la muñeca a la basura", dijo. Yo no le hice caso y me marché de casa llevándome la muñeca. Me encontré con Mc Cann que, no sé cómo, está enterado de algo. Le conté la historia y me trajo aquí, aunque ignoro para qué".

—¿Quiere que hable yo con el comisario? — le pregunté.

—¿Y qué le diría? — replicó con harta razón. — Si le dice que el borracho estaba en sus cabales y que yo estaba en mis cabales y vi correr a la muñeca, ¿qué pensará? Pensará que está usted tan chiflado como nosotros. Y si afirma que yo estaba un poco tocado del caletre en aquel momento, me mandará a una clínica. No, doctor. Muchas gracias, pero lo mejor será callar y escuchar las pullas con dignidad, o tal vez taparles la boca con un puñado de plata, si se ponen cargantes. Le estoy muy agradecido por la bondad con que me ha escuchado. Ya me siento más seguro de mí mismo.

Shevlin se levantó suspirando con alivio.

—¿Y usted qué piensa? ¿Qué le parece de lo que el borracho dijo y de lo que tanto él como yo vimos? — preguntó con cierta nerviosidad.

—No sé qué decirle del borracho — contesté precavidamente. — En cuanto a usted... Verá, podría ser que la muñeca estuviera tirada en la carretera y que un gato o un perro atravesase la calzada en el momento de pasar el automóvil. El gato o el perro tal vez escapó, mientras la muñeca atraía su atención...

Me atajó con un ademán.

—Perfectamente, perfectamente. Eso me basta. Dejaré aquí la muñeca como paga por su explicación, señor.

Con notable dignidad y más encarnado que al entrar, Shevlin se despidió de nosotros y salió del despacho. McCann se estremecía riendo en silencio. Tomé la muñeca y la dejé sobre la mesa. Y al mirar aquella carita maligna, confieso que no tenía malditas las ganas de reír.

Obedeciendo a una vaga idea, saqué del cajón la muñeca de Walters y la puse al lado de la otra; tomé el cordel de nudos y lo dejé entre las dos. MacCann, que estaba observándolo todo, silbó por lo bajo como subrayando su pensamiento.

—¿De dónde ha sacado esto, doctor? — preguntó indicando el cordel. Cuando se lo dije, volvió a silbar.

—El amo no se enteró de que llevaba eso encima — dijo. — ¿Quién se lo metería en el bolsillo? La hechicera, desde luego. Pero, ¿cómo?

—¿De qué está usted hablando, McCann?

—De la escala de la bruja — dijo indicando el cordel de nudos. — Así llaman a eso en Méjico. Es hechicería. La bruja desliza esto en uno de sus bolsillos y tiene poder sobre usted. — Se inclinó para examinar la cuerda. — Sí, es la escala de la bruja: nueve nudos y cabello de mujer... ¡Y pensar que estaba en el bolsillo del amo!

No se cansaba de contemplar el cordel y me llamó la atención que lo hiciera sin tocarlo.

—Agárrelo para verlo mejor, McCann — le dije.

—¡Yo sí que no! — exclamó, retrocediendo. — Le digo que es hechicería, doctor.

Mi creciente irritación por la niebla de superstición que me envolvía, cada vez más densamente, acabó por agotar mi paciencia.

—Oiga, McCann, ¿se propone usted, para usar las palabras de Shevlin, tomarme el pelo? Cada vez que le veo me pone usted frente a hechos o cosas increíbles. En primer lugar, me habla de la muñeca del coche; luego me trae a Shevlin, y ahora me habla de la escala de la bruja. ¿Qué se propone?

Me miró con sus hundidos ojos y con el sonrojo que coloreaba sus pómulos.

—Lo único que me interesa es ver levantado al amo y hacer todo lo que le convenga. En cuanto a Shevlin, ¿cree usted que le contó una patraña?

—No — contesté. — Pero recuerdo que estaba usted al lado de Ricori cuando recibió la herida y me parece muy raro que descubriese a Shevlin tan pronto.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que su borracho ha desaparecido, que es muy posible que sea su aliado, que el episodio que tanto impresionó al digno Shevlin pudiera muy bien ser un paso de comedia sabiamente ideado y la muñeca de la calle y el providencial automóvil que pasó volando, una maniobra hábilmente planeada para obtener los resultados apetecidos. Al fin y al cabo no tengo más garantía que su palabra y la del chofer para creer que la muñeca no estaba en el coche mientras ustedes permanecieron aquí la otra noche. Quiero decir que...

Me detuve al comprender de pronto que no hacía más que poner de manifiesto la desazón que me causaba la incertidumbre.

—Yo acabaré la frase — fijó él; — quiere decir que yo estoy en la intringulis de todo esto.

Estaba pálido y en gran tensión de nervios.

—Suerte que me es usted simpático, doctor — continuó. — Y más suerte que está usted en buenas relaciones con el amo. Pero a lo que puede dar más las gracias es a que sólo usted puede salvarlo, si hay salvación para él. Nada más.

—McCann — le dije. — Lo siento mucho, muchísimo. Y no por lo que he dicho, sino por tener que decirlo. Después de todo, la duda está en pie y usted debe admitirlo. Es preferible hablar claro

—¿Quiere decirme qué motivos podría tener yo...?

—Ricori cuenta con poderosos enemigos, pero también con poderosos amigos. A sus enemigos les convendría mucho deshacerse de él sin infundir sospechas, induciendo a un médico de gran reputación y de indiscutible entereza a certificar su defunción como producida por una enfermedad. No ha sido el egoísmo personal, sino el orgullo profesional lo que me ha dado la reputación que gozo, McCann.

Asintió él moviendo la cabeza. Se suavizaron los rasgos de su cara y su tensión nerviosa se relajó.

—No puedo replicar a esto ni a nada de lo que ha dicho, doctor. Pero le agradezco que tenga tan buena opinión de mi talento. Para llevar a cabo lo que usted supone se necesita. Esto parecería el cuento de aquel que se afana en poner en orden setenta y cinco chucherías para dejar caer un ladrillo sobre la cabeza de un hombre a las dos horas, veinte minutos y dieciséis segundos exactamente. ¡Sí, debo de tener mucho talento!

Dí un respingo al oír tan burdo sarcasmo, pero no contesté. McCann tomó la muñeca de Peters y empezó a examinarla. Yo me dirigí al teléfono para preguntar cómo seguía Ricori, pero una exclamación del pistolero me hizo volver. Me llamó y me alargó la muñeca señalando con el dedo el cuello de su chaquetilla. Palpé y mis dedos tropezaron con un objeto que me pareció la cabeza de una aguja grande. Tiré hacia fuera y saqué como de una vaina una pieza fina de metal que tenía nueve pulgadas de largo. Era más delgado de lo que suelen ser las agujas de sombrero, muy rígida y puntiaguda.

Inmediatamente comprendí que tenía en mis manos el instrumento que se había clavado en el corazón de Ricori.

—¿Qué? ¿Otra afrenta? — preguntó Mc Cann. — Tal vez la haya puesto yo ahí, doctor.

—No me sorprendería, McCann.

Se echó a reír. Yo examiné el espadín, pues no era otra cosa. Parecía de un acero finísimo, aunque no estaba seguro que fuese de este metal. La hoja, en la parte superior tendría media pulgada de ancho, y más que la cabeza de una aguja, parecía el mango de un puñal. A través de la lente se veían muchas muescas en el mango... como para asegurar la empuñadura a la mano... a la mano de una muñeca...; ¡la daga de una muñeca! Y en ella había manchas.

Moviendo la cabeza de impaciencia, dejé aquel objeto con intención de examinar más tarde al microscopio aquellas manchas. Sabía que eran de sangre, pero qeuría asegurarme. Y aunque lo fuesen, no probaban lo increíble; que una muñeca hubiera usado aquella arma mortífera.

Concentré mi atención en la muñeca, sin que me fuera posible determinar de qué estaba hecha, aunque desde luego no era de madera como la otra. Más que nada, el material parecía una mezcla de goma y cera, aunque no conocía semejante composición. Le quité el vestido y afirmo que la parte no lesionada de la muñeca era de perfección anatómica. Sus cabellos eran cabellos humanos cuidadosamente plantados en el pericráneo. Los ojos eran de no sé qué cristal azul. La confección del vestido demostraba tan gran habilidad como el de la muñeca de Diana.

Ví que el pie roto estaba sujeto no por un cordón, sino por un alambre. Sin duda se moldeó la muñeca sobre un armazón de alambre. Fuí al armario de mis instrumentos qui-

rúrgicos y elegí una sierra y dos escoplos.

—Un momento, doctor — gritó McCann, que había seguido mis movimientos. — ¿Va usted a separar esto?

Cuando le contesté afirmativamente hundió la mano en el bolsillo y sacó una navaja de caza, con la que, sin darme tiempo para impedirlo, cortó a cercén el cuello de la muñeca. Agarró la cabeza y al oprimirla saltó un alambre. La dejó caer sobre la mesa y me entregó el tronco. La cabeza rodó y se detuvo contra el cordel, que él llamaba la escala de la bruja.

Hubiera jurado que aquella cabeza se volvió para mirarnos. Por un momento pensé que sus ojos despedían llamas rojizas, que sus facciones se contraían en una mueca maligna, tan aviesa como la que ví en el rostro de Peters, antes de morir... Me encolerizó dejarme engañar por un sencillo efecto de la luz, que no otra cosa no debía de ser y descargué mi cólera contra McCann.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Porque es usted más necesario para el amo que yo — me contestó en tono misterioso.

No supe qué decirle y procedí a abrir el decapitado cuerpo de la muñeca. Como sospechaba, estaba construído sobre un armazón de alambre, y al separar aquella masa blanda me encontré con que el armazón era de una sola pieza, de un solo alambre tan ingeniosamente retorcido, que muy bien podía creerse un esqueleto humano en miniatura.

No se crea por eso que lo imitaba con toda perfección, pero era de un sorprendente parecido, aunque sin articulaciones, y la substancia que lo envolvía, era de tan extraordinaria flexibilidad, que más parecía mi trabajo la autopsia de un maniquí vivo que de una muñeca de juguete... Infundía miedo.

Miré la cabeza separada.

McCann estaba encorvado contemplando muy de cerca los brillantes ojos de cristal. Se agarraba al borde de la mesa y en la tensión y temblor de sus dedos se adivinaba el esfuerzo que estaba haciendo para apartarse. Ya he dicho que la cabeza fué a parar al cordel de nudos, pero no me explico de qué manera, esta cuerda se había enroscado a la frente como una culebra.

Noté que el rostro de McCann se iba acercando poco a poco, muy poco a poco al de la muñeca, como atraído por la fuerza misteriosa de aquella expresión diabólica concentrada en los ojos de cristal... El rostro de McCann era una máscara de horror...

—¡McCann! — grité, al tiempo que le pasaba un brazo bajo la barbilla y le obligaba a levantar la cabeza. Y hubiera jurado que, al hacer yo esto, la muñeca volvió a mí sus ojos y movió los labios.

McCann retrocedió tambaleándose, me miró un momento y, acercándose a la mesa, tomó la cabeza, la arrojó al suelo con fuerza y la machacó a taconazos, aplastándola como se hace con la cabeza de una serpiente venenosa. Cuando acabó, la cabeza de la muñeca era una masa informe. De su semejanza humana sólo quedaban los cristales que habían sido sus ojos y que aún brillaban, y el cordel anudado de la escala de la bruja, aún enroscado.

—¡Dios! Me estaba... me estaba dominando...

Encendió un cigarrillo con mano temblorosa y tiró la cerilla, que fué a caer encima de lo que fué cabeza de la muñeca.

Simultáneamente se produjo una llamarada brillante, un sonido como un sollozo desconcertante y una ola de calor. Y donde estuvo la cabeza no quedaba más que una mancha extendida en el entarimado, y los cristales que fueron los ojos, sin brillo, ennegrecidos. La cuerda de nudos había desaparecido.

El cuerpo de la muñeca se había desvanecido también y sobre la mesa quedaba una pestilente materia líquida y negra, como de cera derretida, de la que sobresalían las costillas del esqueleto de alambre.

Sonó el teléfono de la clínica contigua, y maquinalmente fuí a contestar.

—Sí — dije, — ¿que pasa?

—El señor Ricori, doctor. Ha salido de su estado comatoso y está despierto.

Me volví a McCann.

—¡Ricori se ha recobrado!

Me agarró por los hombros. Luego retrocedió un paso y me miró con cara de espanto.

—¿Sí? — murmuró. — ¡Sí, claro, se ha recobrado al quemarse los nudos! ¡Eso lo ha librado! ¡Ahora vamos los dos, usted y yo, a ver qué hacemos!

VIII

ME llevé a McCann al cuarto que ocupaba Ricori. Un careo con su jefe sería la prueba de paso para salir definitivamente de duda respecto a su sinceridad, pues casi al momento me dí cuenta de que, por raros que fuesen los hechos que acabo de relatar, tanto en conjunto como en las particularidades, podían formar parte de la treta que atribuía obstinadamente al pistolero. La decapitación de la muñeca podía ser un acto dramático llevado a cabo con el propósito de impresionar mi imaginación. El fué quien me llamó la atención sobre la virtud siniestra del cordel de nudos. McCann fué quien encontró la aguja. La fascinación que produjo en él la cabeza separada del tronco, podía ser fingida, y el hecho de arrojar la cerilla, un calculado propósito de destruir las pruebas. Me empeñaba en no conceder valor ni a mis propias reacciones.

Con todo... me parecía difícil que McCann fuese tan consumado actor, tan sutil impostor. ¡Ah! Pero también podía atenerse a las instrucciones de otros hombres inteligentes, capaz de semejantes habilidades. Deseaba tener confianza con McCann y esperaba que saliese airoso de las pruebas. Lo deseaba con toda mi alma.

Pero la prueba había de fracasar. Ricori estaba en pleno goce de sus sentidos, com-

pletamente despierto, y con sus facultades mentales acaso más agudizadas que nunca. Pero las vías de comunicación fallaban. Su mente estaba libre, pero no su cuerpo. Persistía la parálisis, impidiendo todo movimiento muscular, excepto aquellos que pertenecen a los reflejos inconscientes, esenciales para que la vida continúe. No podía hablar. Sus ojos se dirigían a mí, llenos de luz y de inteligencia, desde un rostro inexpresivo, o se dirigían a McCann con la misma invariable mirada.

McCann me susurró al oído:

—¿Puede oír?

—Creo que sí, pero no tiene manera de decírnoslo.

El pistolero se arrodilló junto al lecho y tomó la mano de Ricori entre las suyas.

—Todo marcha bien, amo — le dijo en voz clara. — Todos estamos trabajando por lo mismo.

Ni el menor titubeo ni el más insignificante asomo de culpabilidad en su modo de proceder, pero téngase presente que acababa de decirle que Ricori no podía contestar. Me acerqué al enfermo y le animé.

—Va usted mejorando a toda marcha. Ha sufrido un golpe tremendo y conozco la causa. Tendrá que permanecer quieto uno o dos días. Pero no se preocupe ni se impaciente por nada; procure no pensar en nada desagradable. Deje que descanse su cabeza. Voy a darle una inyección sedativa. Aceptela sin resistencia. Y duerma.

Le dí la inyección y observé su casi inmediato efecto, con honda satisfacción. Aquello me convenció de que había oído.

Volví a mi despacho con McCann y con la cabeza en ebullición. No podía culcular cuánto tardaría Ricori en librarse de la parálisis que lo tenía agarrado. Lo mismo podía despertar al cabo de una hora, completamente restablecido, que permanecer en aquel estado durante varios días. Entretanto, había tres cosas sobre las que debía cerciorarme. Primera: que se estableciese una estrecha vigilancia en el establecimiento donde Ricori adquirió la muñeca. Segunda: recoger cuántas noticias fueran posibles acerca de las dos mujeres que McCann me había descrito. Tercera: saber los motivos que tuvo Ricori para visitar la tienda. Decidí aceptar de momento como buena la historia que me contó McCann, y al propio tiempo no poner en él más confianza que la estrictamente necesaria.

—McCann — le dije, — ¿ha cuidado usted de que se vigile constantemente la tienda de muñecas, según lo convenido?

—Puede estar tranquilo respecto al particular. No puede entrar ni salir una mosca sin que la vean.

—¿Puede darme alguna referencia?

—Los muchachos rodearon la casa a medianoche. La fachada está completamente a oscuras, más, por la parte de atrás, hay una ventana cerrada con fuertes postigos, aunque por debajo se ve una raya de luz. A las dos de la madrugada, la muchacha de la cara pálida pasó deslizándose como una sombra por la calle y entró. Los muchachos que vigilan detrás del edificio oyeron un chillido infernal y entonces se apagó la luz. Esta mañana la muchacha abrió la tienda. Al cabo de un rato apareció también la bruja. Están perfectamente vigiladas.

—¿Qué ha sabido usted de ellas?

—La bruja se llama "madame" Mandilip. La chica es su sobrina, al menos así lo dice ella. Llegaron allí hace ocho meses, nadie sabe de dónde. Pagan sus facturas con regularidad. Parece que tienen mucho dinero. La muchacha se cuida de la compra. La vieja nunca sale. Viven encerradas como unas almejas. No tienen trato con los vecinos. La hechicera tiene una clientela especial, compuesta en su mayoría de gente rica. Hace dos clases de negocios, según parece, con las muñecas ordinarias y sus accesorios y con muñecas especiales, en las que la vieja, según dicen, pone un arte maravilloso. Nadie en la vecindad les tiene el menor afecto. Algún vecino piensa que la vieja negocia con opio. Y nada más, por ahora.

¿Muñecas especiales? ¿Gente rica?

¿Gente rica como la solterona Bailey, el banquero Marshall?

¿Muñecas ordinarias, para gente como el acróbata, el albañil? Pero éstas debían de ser especiales, aunque McCann ignorase por qué.

—Delante está la tienda — continuó éste, — y detrás de la tienda hay dos o tres habitaciones. Arriba una gran sala, como un almacén. Tienen alquilada toda la casa, pero la bruja y la moza ocupan las habitaciones de la trastienda.

—¡Buen trabajo! — aprobé yo. Y tras breve vacilación añadí: — McCann, ¿no le recordó a nadie la muñeca?

Me contempló con ojos sombríos para decirme secamente:

—¿Y usted me lo pregunta?

—Es que pensé que se parecía a Peters.

—"¡Pensó" que se parecía! — exclamó. — ¡Se parecía, diablo! ¡Cómo que era el mismo retrato de Peters!

—Pero usted nada me dijo de ésto. ¿Por qué? — pregunté, suspicaz.

—Maldita sea... — empezó diciendo. Pero en seguida cambió de tono: — ¿No lo estaba usted viendo? Creí que se callaba por no poner a Shevlin en antecedentes, y yo seguí su ejemplo. Luego lo ví tan preocupado en echarme la zancadilla, que no encontré oportunidad.

—Quien hizo la muñeca debía conocer muy bien a Peters. Diríase que Peters posó para quien hizo la muñeca, como posa un modelo para un pintor o un escultor. ¿Por qué lo haría? ¿Cuándo? ¿Por qué ha de tener nadie deseo de que le hagan una muñeca que se le parezca?

—Concédame una hora para sondear a la hechicera y se lo diré — me contestó frunciendo el ceño.

—No, nada de eso hasta que Ricori pueda hablar; pero acaso podamos vislumbrar algo por otro procedimiento. Ricori tenía un pro-

pósito al ir a la tienda, y yo sé cuál era; mas ignoro lo que atrajo su atención hacia la tienda. Me inclino a creer que fué la información que obtuvo de la hermana de Peters. ¿La conoce usted lo suficiente para visitarla y sonsacarle lo que dijo a Ricori, ayer?. ¿Pero de una manera subrepticia, con mucho tacto, sin hablarle de la enfermedad de Ricori?

—No — me contestó lisa y llanamente, — si no me da usted más explicaciones. Mollie no es tonta.

—Perfectamente. No sé si lo sabrá usted ya por Ricori, pero la Darnley murió, y pensamos que hay cierta relación entre su muerte y la de Peters. Pensamos que el fin de ambos tiene algo que ver con el afecto que los dos profesaban a la niña de Mollie. La Darnley murió precisamente como Peters...

—¿Quiere usted decir que por la misma... causa?

—Sí. Tenemos motivos para pensar que los dos pillaron la... la enfermedad, en el mismo lugar. Ricori pensó que tal vez Mollie sabría algo que permitiera descubrir ese lugar. Una casa, un establecimiento adonde los dos debieron ir, no precisamente al mismo tiempo, y donde se expusieron... al contagio. Quizás se trate de una infección inoculada deliberadamente por una persona de mala voluntad. Lo que parece seguro es que Ricori fué a ver a la señora Mandilip, inducido por lo que le dijo Mollie. Hay un punto oscuro, no obstante, y es que, si Ricori no se lo dijo ayer, ella ignoraba la muerte de su hermano.

—Eso está claro. El amo dió instrucciones acerca del particular.

—Si no se lo dijo él, usted no diga nada.

—Se reserva usted gran parte de lo que sabe, ¿verdad, doctor? — me preguntó mientras se levantaba para marcharse.

—Sí — le contesté francamente, — pero ya le he dicho bastante.

—¿Usted cree? Bueno, quizá sí — me dijo mirándome ceñudo. — De todos modos, pronto sabré si el amo le dió la noticia. Si lo hizo, no habrá más que hablar con naturalidad; de lo contrario... bueno, ya nos veremos después que haya hablado con Mollie. "Hasta luego".

Y con esta despedida un sí es no es burlona, se alejó. Yo volví a mirar los vestigios de la muñeca, esparcidos sobre la mesa. La nauseabunda masa líquida se había endurecido y al hacerlo adquirió la forma tosca de un cuerpo humano aplastado, que producía un efecto desagradable, con las costillas y la espina dorsal de acero centelleando encima. Estaba dominando mi repugnancia en recogerlo para analizar aquella materia, cuando entró Braile. Tan obsesionado estaba yo con el despertar de Ricori y con todo lo que había pasado, que tardé en notar la palidez de sus mejillas y la gravedad de su aspecto, y sólo entonces corté mi charla sobre las dudas que me infundía Mc Cann, para preguntarle qué le pasaba.

—Me he despertado esta mañana pensando la clave 4-9-1, si era una clave, no significaba Diana. De pronto se me ha ocurrido que podía significar Diario. La idea se me incrustó en la cabeza, y apenas tuve ocasión, busqué a la Robbins y fuímos los dos al piso. Buscamos y encontramos el diario de Enriqueta. Aquí está.

Y me entregó una libreta de tapas encarnadas, diciendo:

—Yo ya lo he leído.

Abrí el libro, del que transcribo la parte referente al asunto que nos interesa:

"3 de noviembre". — Me ha sucedido hoy la cosa más rara. He ido al Battery Park a ver los nuevos peces del Aquarium. Y como tenía tiempo, me he metido por las estrechas calles, curioseando y buscando algo que pudiera comprar para Diana. He visto la más sorprendente tiendecilla. Vieja, sórdida, pero con las muñecas más lindas y más rica y primorosamente vestidas que jamás haya visto en escaparate alguno, por lujoso que sea. Me detuve a mirarlas ante el escaparate, por el que se veía el interior de la tienda, donde había una muchacha que me daba la espalda. De pronto se volvió y me miró y el corazón me saltó en el pecho de una manera inexplicable. Su cara era blanca, sin color alguno, y sus ojos grandes miraban como asustados. Su cabellera de un rubio ceniciento se recogía abundosa sobre la cabeza. Era la muchacha de aspecto más raro que haya visto. Nos estuvimos mirando fijamente cosa de un minuto. Luego, ella movió la cabeza con violencia y agitó las manos indicándome que me alejase. Me quedé tan atónita, que apenas daba crédito a lo que veía. Y estaba a punto de entrar a preguntarle qué le pasaba, cuando miré mi reloj de pulsera y ví que me quedaba el tiempo justo para volver al hospital. Miré de nuevo al interior de la tienda y ví que se abría con lentitud una puerta del fondo, mientras la muchacha me hacía los últimos y al parecer "desesperados signos". No sé explicarlo, pero algo había en todo aquello que, de pronto, me hizo sentir unas ganas locas de correr. No lo hice, aunque me alejé. Todo el día estoy pensando en lo mismo. Además, a la curiosidad se añade un cierto enojo. Las muñecas y sus vestidos son verdaderas preciosidades. ¿Qué hay en mí de malo que me impida ser un parroquiano de la tienda? He de ponerlo en claro.

"5 de noviembre". — Esta tarde he vuelto a la tienda de muñecas. El enigma se complica, aunque no creo que haya nada de misterioso, sino que la muchacha está un poco loca. No me he parado a mirar el escaparate y me he metido directamente en la tienda. La muchacha pálida estaba detrás de un mostradorcillo y al verme entrar me ha dirigido una mirada de espanto y se ha puesto a temblar. Al acercárceme, ha dicho en voz baja: "¡Oh! ¿Por qué ha vuelto? No le dije que se marchase?" No he podido menos que echarme a reír y le he dicho: — "Es usted la tendera más estrambótica del mundo. ¿No quiere usted que la gente compre sus cosas? Ella me ha contestado rápidamente y en voz más baja: "¡Ya es demasiado tarde! ¡Ya no puede marcharse ahora! Pero no toque nada. No tome nada de lo que ella le dé. No toque nada de lo que ella le señale". Y luego, en tono normal y con voz muy clara, ha dicho:

"¿Desea ver algo? Tenemos de todo, en cuestión de muñecas". Tan brusco cambio ha sido espantoso. Y entonces he visto que una puerta del fondo se abría, la misma que ví abrirse la primera vez, y que una mujer me miraba desde el umbral.

Me la he quedado mirando boquiabierta no sé cuánto tiempo. Es una mujer verdaderamente extraordinaria, alta, con unos senos enormes. No es que esté muy gorda, pero es de una robusta corpulencia. Tiene una cara larga y una piel morena. Sombrea su labio superior un bozo espeso y en su cabeza se recoge el pelo gris como una rosca de alambres de acero con greñas que parecen estropajos. Han sido sus ojos los que me han dejado encantada. ¡Son sencillamente enormes! Negros y llenos de vida. Debe de tener una vitalidad tremenda. O tal vez produzca este efecto el contraste con aquella muchacha pálida que parece que apenas pueda tenerse derecha. Pero no, segura estoy de que posee una fuerza vital extraordinaria. Mientras me miraba he sentido la más viva emoción y, sin que pueda explicarme la causa, me he puesto a pensar: "Qué ojos tan grandes tienes, abuelita!" "¡Son para verte mejor, querida!" "¡Qué dientes tan grandes tienes, abuelita!" "¡Son para devorarte mejor, querida!" (Aunque no estoy segura de que esto no fuese una insensatez). Y en realidad, sus dientes eran grandes, fuertes y amarillentos. Pero dije como una estúpida: "¿Cómo está usted?". Ella sonrió y me tocó con la mano, lo que me hizo estremecer. Sus manos eran las más hermosas que he visto. Tan hermosas, que no parecían de ella; largas, con unos dedos afilados y blanquísimos, como las manos que El Greco y Botticelli ponían a las mujeres. Pienso que ha sido esta particularidad lo que me ha hecho estremecer. Parecía mentira que aquellas manos perteneciesen a un cuerpo tan grosero. Pero también contrastaban sus ojos. Manos y ojos armonizaban perfectamente.

Sonriendo, me ha dicho: "¿Le gustan las cosas bonitas?" Su voz solo puede compararse con sus manos y sus ojos: una voz profunda, rica de timbre, brillante. He contestado que sí moviendo la cabeza. "Entonces — me ha dicho — vas a verla, querida. Sígueme". En la muchacha pálida ni se ha fijado. Dando media vuelta, se ha dirigido a la puerta interior y yo la he seguido; pero, al entrar, he dirigido una mirada a la muchacha y me ha parecido más asustada que nunca. Se han movido sus labios y he leído distintamente en esos movimientos la palabra: "Recuerda".

La habitación en que de pronto me hallé era... me sería imposible describirla. Era como sus manos, sus ojos y su voz. Apenas he entrado, he tenido la sensación de que no estaba en Nueva York, ni en América, ni en parte alguna del mundo. O mejor dicho: tenía la impresión de que aquél era el único lugar de la tierra y que fuera de él no existía ningún otro. Esta impresión era tan real, que daba miedo. Era una estancia más espaciosa de lo que hubiese parecido posible a juzgar por la dimensión de la tienda. Tal vez la luz producía este efecto. Una luz suave, muelle, "opaca". Las paredes estaban cubiertas de paneles de exquisitas molduras y el techo, de ricos artesones. A un lado no se veía más que los paneles primorosamente tallados en bajorrelieves En una chimenea ardía un fuego magnífico que caldcaba la habitación sin llegar a sofocar. Se percibía un olor fragante, probablemente de la madera quemaba. Los muebles son de exquisito gusto, pero de un estilo que yo desconozco. Hay algunos tapices que afirmaría sin miedo a equivocarme que son muy antiguos Es curioso, pero se me hace difícil recordar lo que ví en aquella habitación. Sólo recuerdo claramente que todo es muy rico y precioso y nuevo para mí, es decir, que no podría clasificarlo. Lo que se me ha quedado más grabado en la memoria es una mesa enorme que me hizo pensar en los Caballeros de la Tabla Redonda. Pero lo que nunca podré olvidar es el espejo esférico; es inútil que me esfuerce en no pensar en él.

Sin darme cuenta de cómo ha empezado la conversación me he encontrado hablando de mí y de Diana y de lo mucho que a éste le gustaban las cosas bonitas. Ella me escuchaba con atención y me ha dicho con aquella su voz timbrada y dulce: "Tendrá una cosa bonita, querida". Ha desaparecido en un gabinete y ha vuelto con la muñeca más preciosa que en mi vida he visto. No he podido menos de exhalar una exclamación de gozo al pensar en lo contenta que se pondría Diana. Era una muñequita que representaba una niña con tan viva expresión, que sólo le faltaba hablar para estar animada. "¿Le gustará?" — me ha preguntado. "Pero esto vale un tesoro — le he contestado, — y yo soy pobre". Se ha reído y me ha replicado: "Pero yo no soy pobre. Se la regalaré cuando haya acabado de vestirla". Aunque no era muy correcto, no he podido menos que decirle: "Ha de ser usted muy rica para tener todas estas preciosidades. No me explico por qué ha puesto una tienda de muñecas. Y ella ha vuelto a reírse al contestar: "Para relacionarme con personas finas como usted, querida"

Y ha sido entonces cuando me ha pasado la extraordinaria aventura del espejo. Era esférico y yo no me cansaba de mirarlo, porque semejaba la mitad de una gota inmensa de agua pura. El marco era de madera negra muy cuidadosamente tallada y de vez en cuando, los reflejos de las molduras parecían danzar en el espejo como vegetación del borde de un estanque movida por la brisa. Estaba deseando mirarme en él y de pronto, el deseo se me hizo irresistible. Me acerqué a él y vi reflejada toda la habitación, no como si viera su imagen con mi propia imagen, sino como si estuviese viendo otra habitación parecida, con otra persona semejante a mí, que me estuviera mirando. De pronto se produjo una oscilacion y la imagen de la estancia se borró, aunque la mía seguía siendo perfectamente clara .Por fin solo me vi a mi misma y me parecía que me iba empequeñeciendo, empequeñeciendo, hasta re-

ducirme al tamaño de una muñeca de regular alzada. Incliné mi cabeza hacia adelante y la pequeña imagen hizo lo propio. Moví la cabeza sonriendo y lo mismo hizo ella. No podía dudar de que era mi imagen, pero muy "reducida". Y de pronto he tenido miedo y he cerrado los ojos. Al abrirlos de nuevo todo en el espejo aparecía como antes.

He consultado mi reloj y al ver cómo se había pasado el tiempo, me he levantado para despedirme con viva inquietud. "Vuelva a verme mañana, querida — me ha dicho. — Ya tendré la muñeca vestida y podré entregársela". Le he dado las gracias prometiéndole volver. Me ha acompañado hasta la puerta de la tienda y al pasar por delante de la muchacha, ésta no me ha mirado.

Se llama la dueña madame Mandilip. No volveré a verla ni mañana ni nunca. Ejerce sobre mí una fuerza fascinante, pero me da miedo. Aun tiemblo pensando en la impresión desagradable que me produjo el espejo esférico. Y cuando me miré en él y vi reflejada toda la habitación, ¿por qué no vi la imagen de ella? ¡No la vi! Y aunque la pieza estaba alumbrada no puedo recordar que hubiese ventana ni lámpara alguna. ¡Y qué decir de aquella muchacha! ¡Pero le gustaría tanto a Diana la muñeca!"

"7 de noviembre.— No creía que fuese tan difícil mantenerme en mi resolución de no volver a casa de madame Mandilip. ¡Vivo en continuo desasosiego! Anoche tuve un sueño terrible. Pensaba que estaba en aquella habitación. Me parecía que la estaba viendo realmente y de pronto comprendí que me "estaba asomando a su interior" sin estar precisamente en él, sino "dentro del espejo". Era pequeña como una muñeca. Estaba asustada y me debatía contra él, agitándome mucho por salir, como un moscardón que aletea en el cristal de una ventana. Entonces vi que las hermosas y pulidas manos se tendían hacia mí, abrían el espejo y me apresaban; pero yo me esforzaba y luchaba con toda mi alma por recobrar mi libertad. Me desperté con el corazón tan alborotado, que temí se me rompiera en el pecho. Diana dice que me oyó gritar: "¡No, no! ¡No quiero!" y me arrojó una almohada, que supongo que fué lo que me despertó.

Esta tarde he salido del hospital a las cuatro con intención de ir directamente a casa. No sé en qué pensaba, pero el caso es que mi preocupación era enorme y cuando volví del mundo de mis vagas cavilaciones me encontré en la estación de Subway tomando un tren para Bowliny Green, que me hubiera llevado al Battery. Supongo que, sin darme cuenta, me dirigía a casa de madame Mandilip. Tuve tal sobresalto, que casi salí corriendo de la estación a la calle. Concedo que mi conducta es impropia de mí, que siempre me enorgullecí de tener mucho sentido común. Pienso consultar con el doctor Braile, porque temo que empiezo a sufrir un desequilibrio nervioso. ¿Qué razón hay para abstenerme de ir a visitar a esa señora? Es muy interesante y no hay duda de que me demostró simpatía. Y además, fué "bondadosa" conmigo hasta el punto de ofrecerme aquella muñeca tan linda. Creerá que soy una ingrata y mal educada. ¡Y le "gustaría" tanto a Diana! Cuando recuerdo las sensaciones que experimenté ante el espejo, me considero tan niña como Alicia en el País de las Maravillas... Y es que los espejos y toda superficie lisa en que se reflejen las cosas, os hacen ver a veces los más raros objetos. Probablemente tuvieron algo que ver en todo ello el calor y la fragancia de la habitación. Y en "definitiva" no puedo asegurar que madame Mandilip no se reflejase en él, porque estaba yo demasiado ocupada en contemplarme. ¿No es ridículo que huya y me esconda como una niña de una bruja? Pues esto es lo que estoy haciendo. ¡A no ser por aquella muchacha... pero "sin duda" se trata de una anormal! Si tanto deseo volver, ¿por qué he de portarme así?

"10 de noviembre.— Bueno, estoy contenta de que se me hayan quitado de la cabeza tan ridículas ideas. Madame Mandilip es "admirable". Claro que hay ciertas cosas que no comprendo, pero hay que tener presente lo distinta que es esta señora de todas las que conozco y que cuando estoy en aquella sala, la vida cambia por completo y que cuando salgo, me parece abandonar un castillo encantado para entrar en el mundo más prosaico... Ayer tarde decidí ir a verla desde el hospital. En el momento en que tomé esta resolución sentí como si una nube que ensombrecía mi mente se desvaneciese como por encanto y experimenté un bienestar y una alegría que no había tenido en toda la semana. Al entrar a la tienda, la muchacha pálida, que se llama Laschna, me miró de tal manera, que pensé que iba a prorrumpir en llanto y me dijo con voz conmovida y entrecortada: "¡Recuerde que he procurado salvarla!"

Tanta gracia me hizo esto, que me eché a reír gustosamente y cuando madame Mandilip abrió la puerta y miré a sus ojos y oí su voz comprendí la causa de su alegría; experimentaba el mismo gozo de quien llega a su casa después de haber sufrido horriblemente la nostalgia del hogar. La habitación interior me acogió en su grato ambiente. Fué esta una sensación tan clara, que no puede explicarse sin personificar aquella habitación. No puedo explicármelo a mí misma de otra manera. Tuve la impresión de que aquella pieza tenía tanta alma como la misma madame Mandilip o que formaba parte de su personalidad, o mejor dicho: parte de lo mejor de ella, como sus ojos, sus manos, su voz. No me preguntó por qué había tardado en volver. Sacó la muñeca, que me pareció más admirable, aunque aun tenía que perfeccionarla. Nos sentamos a charlar y ella me dijo: "Me gustaría hacer una muñeca de usted, querida". Estas fueron sus propias palabras, que por un momento me llenaron de espanto, al recordarme el sueño que había tenido y porque me vi dentro del espejo luchando por escaparme. Luego comprendí que era su

modo de hablar y que, en realidad, lo que le gustaría era hacer una muñeca que se pareciese a mí. Entonces me reí y le dije:

"Claro que podría usted hacer de mí una muñeca, madame Mandilip". No adivino de qué país es.

Rió conmigo, con unos ojos más grandes que nunca y más brillantes. Sacó cera y se puso a modelar mi cabeza. Sus hermosos y largos dedos trabajaban rápidamente, como si en cada uno de ellos hubiese un consumado artista. Yo los contemplaba, fascinada. Noté que me dormía por momentos y desde lo hondo de mi sueño le oí decir: "Querida, deseo que te desnudes y me dejes modelar todo tu cuerpo. No te alarmes. No soy más que una vieja". Lejos de oponerme, le dije desde mi sueño: "¡Pues claro que sí, como usted quiera!" Desde el taburete en que me mantenía erguida veía cómo la cera iba tomando poco a poco la forma de mi cuerpo bajo sus dedos, hasta que fué una copia exacta del original. Sabía que era perfecta, aunque, estando tan dormida, apenas podía ver. Mi sueño era tan profundo, que la señora Mandilip tuvo que ayudarme a vestir y luego debí perder por completo el dominio sobre mis sentidos, porque desperté con un sobresalto y vi que ella me acariciaba las manos diciéndome: "Siento haberla fatigado tanto hija mía. Quédese aquí a descansar si quiere, pero si ha de marcharse, ya es tarde". Miré mi reloj y estaba tan dormida, que apenas veía, pero adiviné que era tardísimo. Entonces, la señora Mandilip me oprimió los ojos con sus manos y al momento me noté completamente despejada. "Vuelva mañana y se llevará la muñeca', me dijo. "Se la pagaré en cuanto permitan mis recursos" — observé yo. A lo que ella replicó: "Ya me la ha pagado usted espléndidamente permitiendo que haga de usted una muñeca". Las dos nos reímos y nos apresuramos a salir. La muchacha pálida estaba en la tienda atendiendo a un cliente y al pasar le grité un "au revoir". Sin duda no me oyó porque no me contestó.

"11 de noviembre.— ¡Diana está loca con la muñeca! ¡Qué contenta estoy de no haber cedido a aquellos sentimientos estúpidos y morbosos! Diana jamás ha tenido un juguete que la hiciese tan feliz. ¡Adora a su muñeca! Esta tarde he posado otra vez para que madame Mandilip acabase de perfeccionar mi propia muñeca. Esa mujer es un genio. ¡Un verdadero genio! Más que nunca me admira que se contente con una tienda, cuando podría competir con los más grandes artistas. La muñeca es exactamente mi persona reducida de tamaño. Me ha preguntado si podía cortar un poco de mi pelo para su cabeza y no hay que decir que se lo he consentido. Dice que esta muñeca no es la que ha de hacer de mí, que será mucho más grande. Esta es el modelo que le servirá para para trabajar en la otra. Le he advertido que a mí me parecía perfecta pero dice que la otra será de materia menos deleznable. Tal vez me dará la pequeña cuando acabe el trabajo. Estaba tan ansiosa por llevarle a Diana la muñeca, que me he despedido pronto. Al salir he sonreído y he dirigido la palabra a Laschna con un ademán, pero sin gran afecto. ¿Si estará celosa de mí?".

"13 de noviembre". — Por primera vez he sentido las ganas de escribir desde el horroroso caso de Peters, ocurrido en la mañana del día 1o. Apenas acababa de escribir sobre la muñeca de Diana, cuando me llamaron del hospital para decirme que era necesaria mi presencia aquella noche. Contesté que al momento iba. Pero, ¡ojalá no hubiera ido! Nunca podré olvidar aquella muerte. ¡Nunca! No quiero describirla ni pensar en ella. Al volver a casa por la mañana no pude dormir y daba vueltas y más vueltas sin poder apartar de la imaginación aquel semblante. Creía que mi experiencia profesional me había insensibilizado hasta el punto de que ya no podía afectarme la vista de ningún paciente: pero es que en éste había algo tan extraordinario... Entonces pensé que la única persona capaz de distraerme de aquella horrenda preocupación era "madame" Mandilip. A las dos de la tarde fui a verla. La encontré en la tienda con Laschna y pareció sorprendida de que fuese a verla tan temprano. No se alegró tanto de verme como otras veces o acaso me lo figuré por lo nerviosa que yo estaba. "Madame" tenía un trabajo abandonado sobre la mesa, pero no ví más que alambres y no me enteré de lo que se trataba, porque me hizo sentar en un cómodo sillón, diciendo: "Parece usted cansada, hija mía. Siéntese y descanse mientras yo acabo esto y aquí tiene un libro con ilustraciones que le interesarán mucho". Y me entregó un libro muy raro y muy viejo, largo y estrecho; debía de ser muy antiguo, porque era de vitela y las ilustraciones y colores se parecían a los de esos libros de la Edad Media que los monjes solían ilustrar tan primorosamente. Todo eran paisajes, bosques y jardines con los árboles más raros, y sin ninguna figura humana; pero daba la impresión de que, con mejor vista que la mía, se verían personas o animales detrás del follaje. Quiero decir que parecían ocultos tras los árboles o las flores, mirándole a una. No sé el tiempo que pasé examinando los dibujos y tratando de descubrir los figuras humanas que se escondían en ellos; pero al fin me llamó "madame" Mandilip. Me acerqué a la mesa con el libro en la mano, y me dijo: "Esto es para la muñeca que hice de usted. Tómelo y vea lo bien hecho que está". Y me señaló un objeto de alambre qeu había en la mesa. Alargué mi mano para agarrarla cuando, de pronto, ví que era un esqueleto. Era pequeño, eso sí, un esqueleto de niña, y en el mismo instante pasó por mi mente el semblante del señor Peters, lancé un chillido pavoroso y retiré las manos, muerta de miedo. Se me cayó el libro entre los alambres, que se retorcieron como si el esqueleto quisiera ponerse en pie. Me recobré en seguida del susto y ví que el extremo del alambre se había desprendido, hundiéndose en la cubierta del libro a la que se quedó prendi-

do. Por un momento, "madame" se mostró furiosa. Me tomó del brazo y me lo oprimió hasta hacerme daño, mientras sus ojos despedían chispas de cólera y me gritaba con extraño acento: "¿Por qué ha hecho esto? ¡Contéste-me! ¿Por qué?". Y me dió un golpe. Aunque entonces me asustó de veras, no la culpo, porque creyó que lo había hecho adrede. Luego, al ver que yo temblaba de miedo, se suavizaron, sus ojos y su voz: "Usted tiene alguna pena, hija mía. Dígame lo que le pasa y tal vez pueda ayudarla". Me hizo sentar en un diván y se acomodó a mi lado acariciando mi frente y mis cabellos, y aunque con nadie hablo de lo que pasa en le hospital, le conté toda la historia del caso de Peters. Me preguntó quién lo había llevado al hospital y dije que el doctor Lowell lo llamaba Ricori y que suponía que se trataba del famoso "gangster". Sus manos me calmaron, me hipnotizaron y le hablé del doctor Lowell y de lo locamente enamorada que yo estaba en secreto del doctor B... ¡Cuánto siento haberle hablado del caso! ¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! Pero estaba tan agitada, que, una vez hube empezado, pensé qeu no debía callar nada. Tan trastornada estaba mi cabeza que cuando una vez levanté los ojos para mirarla, pensé que aquella mujer se estaba gozando en el mal ajeno. Eso demuestra cómo había yo perdido la cabeza. Y cuando acabé de hablar me dijo que me acostase allí y durmiese, que ella me despertaría cuando yo quisiera. Le dije, pues, que tenía que marcharme a las cuatro. Me dormí y al despertar me sentí descansada y tranquila. Cuando salí del cuarto, aun estaban sobre la mesa el esqueleto y el libro. Ella me dijo: "Más vale que haya sido el libro que su mano, querida. El alambre hubiera podido soltarse al tenerlo en las manos y tal vez no se hubiera librado de una mala herida". Quiere que le lleve mi vestido de enfermera, para hacer uno igual para la nueva muñeca".

"14 de noviembre". — Ojalá no hubiera ido nunca a casa de la señora Mandilip. No me hubiera escaldado el pie. Pero no lo siento precisamente por eso. No podría explicar la razón aunque tratase de hacerlo. Pero, ¡ojalá no hubiera ido! Esta tarde le he llevado el uniforme de enfermera. En un momento hizo un modelo. Estaba alegre y me cantó unas canciones muy bonitas, cuya letra no entendía. Se echó a reír cuando le pregunté en qué idioma estaban y me dijo: "En la lengua de la gente que atisbaba detrás de los dibujos del libro, querida". ¡Aquello era extraordinario! ¿Cómo supo que pensaba yo que me miraba alguien entre aquellos dibujos? ¡Ojalá nunca hubiese ido a verla! Preparó té y llenó unas tazas para las dos. Y en el preciso momento de alargarme la mía, tropezó su codo con la tetera, que se derramó. El té hirviente fué a caer sobre mi pie derecho. Sentí un dolor atroz. Me quitó el zapato y la media y me frotó con una especie de ungüento la parte dolorida, diciéndome que aquello haría desaparecer el dolor y que en un momento estaría todo curado. Ya no sentí la menor molestia y, al llegar a casa, apenas pude dar crédito a mis ojos. Jobina no quería creer que me hubiera escaldado el pie. La señora Mandilip estaba enormemente apenada por aquel percance, o al menos lo parecía. No me explico por qué razón no me acompañó hasta la puerta como solía hacer. Se quedó en la sala. Lashna, la muchacha pálida, estaba junto a la puerta cundo salí a la tienda. Se fijó en el vendaje de mi pie y le dije que me lo había escaldado y "madame" me lo había vendado. Ni siquiera por cumplido se mostró condolida. Al salir a la calle la miré casi de reojo para decirle "adiós", pero noté que ella me miraba con los ojos arrasados en lágrimas, y movió la cabeza diciendo: "Au'voir!". Antes de cerrar la puerta me volví a mirarla bien y ví que las lágrimas corrían por su mejillas. ¿Por qué lloraría? (¡Oh, si nunca hubiera conocido a madame Mandilip!".

"15 de noviembre" — El pie completamente curado. No tengo el menor deseo de volver a casa de "madame" Mandilip. Ya nunca más iré. De buena gana destrozaría la muñeca que me regaló para Diana, pero la niña se llevaría un disgusto mortal".

"20 de noviembre" — Aun no tengo ningún deseo de verla. Veo que la olvido fácilmente. Sólo la muñeca de Diana me la recuerda. ¡Estoy contenta! Bailaría y cantaría de alegría. ¡Nunca más la veré!

¡Pero, Dios mío, qué feliz me sentiría si no la hubiese conocido! Y no me explico la razón".

El diario de la enfermera Walters ya no hablaba más de la señora Mandilip. Aquélla murió el veinticinco de noviembre.

IX

BRAILE no apartó un momento los ojos de mí.

—Nunca hubiera dicho que la Walters tuviera tan viva imaginación — dije en respuesta a su interrogante mirada, tratando de disimular la turbación que me había producido la lectura del diario.

—¿Cree que trataba de escribir una novela? — replicó mi colega, enrojeciendo de enojo.

—No eso precisamente; pero describir ciertos hechos ocurridos con ayuda de una imaginación exaltada es la mejor manera de escribirla.

—¿Pero no comprende usted que todo ese relato es una auténtica aunque inconsciente descripción de un magnífico caso de hipnotismo? — me advirtió con cierta rudeza.

—Ya he pensado en eso como cosa posible — contesté agriamente, — pero no encuentro pruebas en que fundamentarlo. Lo que veo es que nuestra enfermera no era tan equilibrada como suponíamos. Este escrito es una prueba de su sorprendente carácter impresionable y nos demuestra que en una por lo menos de sus visitas a madame Mandilip estaba hondamente sobrexcitada y en un estado de alteración nerviosa. Me refiero a su indiscreta conversación

sobre el caso de Peters, después de haberla yo advertido, como recordará usted, que a nadie en absoluto dijese nada de esto.

—Recuerdo muy bien que, cuando he llegado a la página del diario en que se habla de esto, ya no he dudado un momento de que se trataba de hipnotismo.

—Ante dos causas posibles para un acto, siempre es aconsejable aceptar la más razonable — observé secamente. — Examinemos los hechos, Braile. Walters da mucha importancia a la extraña conducta y a las advertencias que por señas le hace aquella muchacha. Admite que se trata de una neurótica y en realidad la conducta que describe es la que podríamos esperar de una enferma de los nervios. Atraída por las muñecas, entra a enterarse de los precios como haría cualquiera. Hasta aquí obra por propio estímulo. En la tienda encuentra a una dama cuyo aspecto físico excita su imaginación y despierta su sensibilidad emotiva. Se le confía. Esta señora, sin duda del mismo tipo de sensibilidad emotiva, se prenda de la muchacha y la obsequia con una muñeca. La señora es una artista y ve en Walters una modelo estimable. Le propone posar para ella y todavía no hay en esto coacción alguna, sino mera propuesta a la que accede nuestra enfermera voluntariamente. La mujer tiene su técnica como todo artista y parte de ella consiste en disponer en forma de esqueleto el armazón de sus muñecas. Pero la vista del esqueleto sugiere a Walters la idea de la muerte y la sugestión de la muerte se presenta con la imagen de Peters, que ha impresionado hondamente la imaginación de la enfermera. Momentáneamente pasa por una crisis de histerismo, lo cual no es más que otra prueba de su estado de sobrexcitación. Toma el té con la fabricante de muñecas y por mera casualidad se escalda el pie. Esto provoca la solicitud de la huéspeda, que cura el pie con un ungüento en cuya eficacia cree. Y nada más. En toda esta serie de hechos, ¿dónde está la prueba de que Walters haya sido hipnotizada? Y por fin, aun suponiendo que la hipnotizase, ¿para qué?

—Ella misma lo dijo: "¡para hacer una muñeca de usted, querida!"

Casi convencido como estaba del peso de mi argumentación, esta respuesta me exasperó.

—Supongo — le dije — que me quiere hacer creer que una vez atraída a la tienda con el cebo de la muñeca, se vió obligada Walters por la fuerza de artes ocultas a volver, hasta que los diabólicos propósitos de madame Mandilip se cumplieran plenamente; que la compasiva muchacha de la tienda trataba de salvarla de lo que los viejos melodramas llaman un destino peor que la muerte; que la muñeca que se había de llevar para su sobrina era el cebo que ocultaba el anzuelo de una hechicera: que era necesaria una lesión para aplicar el ungüento; que este ungüento produjo la muerte misteriosa; que habiendo fallado el primer intento, el accidente de la tetera fué cosa calculada y dió el resultado apetecido y que ahora el alma de Walters se agita dentro del espejo de la bruja, tal como la joven había soñado. ¡Y yo he de decirle mi querido Braile, que esto sería la más indigna superstición!

—¡Ah! — contestó él como de soslayo. — ¿Se le han ocurrida ya todas esas suposiciones? Después de todo posee usted una mentalidad más viva y flexible de lo que yo creía hace un momento.

Aun me disgustó más esta advertencia.

—¿Pero acaso se figura usted que todo lo ocurrido, desde que nuestra enfermera entró en la tienda y que ella nos cuenta, obedeció a un designio que cristalizó en la voluntad de Madame Mandilip, el de apoderarse del alma de la joven y que se realizó con la muerte de la Walters?

—En el fondo... sí — me contestó tras breve vacilación.

—¡Un alma! — exclamé yo con acento irónico. — Nunca he visto un alma ni conozco a nadie digno de crédito que la haya visto. ¿Qué es un alma, si existe? ¿Es ponderable? ¿Material? Si lo que usted piensa es cierto, debe serlo. ¿Cómo sería posible que alguien se apropiara de lo que fuese imponderable e inmaterial? ¿Cómo podría afirmar que lo poseía si no se pudiera pesar, medir, ver ni oír? Y si no es material, ¿cómo es posible coaccionarla, dirigirla, limitarla, como usted supone que ha hecho con el alma de Walters la constructora de muñecas? Si es material, ¿en qué parte del cuerpo reside? ¿En el cerebro? He efectuado la disección de centenares y aun no he hallado ninguna circunvolución destinada a alojar a tan misterioso inquilino. He encontrado células de funcionamiento más complicado que la máquina más ingeniosa, que cambian la mentalidad de quien las posee, el carácter, el juicio, la sensibilidad, la personalidad, según funcionen bien o mal. Esas células sí que las he hallado, Braile; pero nunca un alma. Los cirujanos han explorado lo más intrincado del cuerpo humano; pero tampoco han encontrado ningún templo secreto de él. Muéstreme un alma, Braile y creeré en... madame Mandilip.

Me miró un rato en silencio y luego dijo:

—Ya comprendo. Después de todo está usted muy impresionado y lucha por librarse del espejo que lo aprisiona, ¿verdad? También yo me he esforzado en apartar a un lado lo que considero la realidad y en admitir lo que pueda haber en esto tan verdadero como lo real. Este asunto, Lowell, es extraclínico, está fuera del alcance de la ciencia que profesamos. Mientras no admitamos esto, no daremos un paso adelante. Hay dos puntos que hemos de aceptar. Peters y la Darnley murieron de la misma clase de muerte. Ricori descubre que entrambos tuvieron algo que ver con madame Mandilip, o al menos podemos deducirlo. El mismo la visita y a duras penas escapa de la muerte. La visita Enriqueta y muere como Darnley y Peters. ¿No es por tanto, razonable señalar a madame Mandilip como conducto del mal que abatió a los cuatro?

—Ciertamente — contesté.

—Pues, entonces, justo es deducir que debía haber una causa real para el miedo y los presentimientos de Enriqueta, y que esa causa nada tenía que ver con la sensibilidad emotiva y el exceso de imaginación, aunque Enriqueta no se diera cuenta de estas circunstancias.

Comprendí demasiado tarde el dilema en que me había colocado mi asentimiento, pero no pude menos que contestar afirmativamente.

—El segundo punto es el hecho de haber perdido el deseo de volver a la tienda, después del incidente de la tetera. ¿No le parece a usted muy curioso?

—No. Dado su temperamento desequilibrado, aquella experiencia desagradable debió provocar en ella una reacción en el sentido de abstenerse, fué como una barrera que le cerrase el paso de un modo inconsciente.

—¿Se ha fijado usted en la advertencia de que después de escaldarse el pie, la mujer ya no la acompañó a la puerta de la tienda, siendo la primera vez que dejaba de hacerlo?

—No veo en eso nada de particular. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque si la aplicación del ungüento constituía el acto final, y por tanto, la muerte era inevitable consecuencia, hubiera sido bastante embarazoso para "madame" que su víctima continuase entrando y saliendo de su tienda mientras el veneno mortal estuviera obrando en su organismo. El ataque podía presentarse allí mismo, originando investigaciones peligrosas. Lo más prudente, para que el sacrificio de su víctima no despertara sospechas, era dejar de interesarse en absoluto por ella y hacer que la muchacha la aborreciese y, a ser posible, la olvidase. Esto era fácil de conseguir por medio del hipnotismo y para hipnotizarla no le faltaron a madame Mandilip buenas ocasiones. ¿No explica esto el disgusto de Enriqueta, tan lógicamente como su imaginación o sensibilidad emotiva?

—Sí — convine.

—Pues ya tenemos explicado por qué dejó de acompañar a Enriqueta a la puerta aquel día. Su plan se ha realizado con éxito. Todo está acabado. Ya no necesita ponerse otra vez en contacto con Enriqueta. La deja marchar sola. ¡Símbolo significactivo de fin!

Permaneció pensativo.

—¡Ya no necesitaba volverse a encontrar con Euriqueta — murmuró como para sí mismo — hasta después de muerta!

—¿Qué está usted diciendo? — exclamé, sobresaltado.

—No haga caso — contestó.

Se inclinó sobre la mancha negra del suelo y recogió los cristales que quedaban de la cabeza destrozada. Eran de doble tamaño de un cuesco de aceituna y, sin duda, producto de alguna mixtura. Se dirigió a la mesa y examinó la grotesca figura, de la que sobresalían las costillas del esqueleto.

—¿No lo habrá derretido el calor? — preguntó. Quiso levantar aquel armazón y hubo de realizar un esfuerzo para separarlo. Se produjo un ruido metálico y vibrante y lo dejó caer, lanzando una maldición de espanto. El esqueleto fué a parar al suelo, donde se movió, desenrollándose en un solo alambre.

Aun desenrollado, se deslizó por el suelo como una serpiente, hasta que se paró temblando.

Cuando volvimos los ojos a la mesa, la substancia que parecía un cuerpo humano aplastado y decapitado, había desaparecido y en su lugar quedaba una película de fino polvo gris, que se levantó formando un remolino y acabó por desaparecer también.

X

BIEN sabe destruir las pruebas! — rió Braile, pero sin alegría en su risa. Yo me callé. Se me había ocurrido la misma idea de McCann cuando se deshizo la cabeza de la muñeca, pero McCann nada tenía que ver en esto. Evitando discutir más sobre el asunto, nos dirigimos a la clínica anexa, a ver a Ricori.

A la puerta hallamos dos guardianes nuevos que nos saludaron cortésmente y con afabilidad. Entramos sin hacer el menor ruido. Ricori disfrutaba en aquel momento de un sueño natural, respiraba sosegadamente, en un descanso tranquilo y saludable.

Ocupaba un cuarto recogido de la parte de atrás, que daba a un pequeño jardín cerrado. Mi casa y mi clínica forman dos cuerpos de edificios unidos, de antigua construcción, en un barrio viejo y pacífico. Unas parras seculares de Virginia trepan por la fachada y por detrás, dando al edificio un aspecto pintoresco. Ordené a la enfermera que apagase las luces, dejando sólo escondida una lámpara, de tal modo que alumbrase lo menos posible el rostro de Ricori y al salir advertí a los guardianes la conveniencia de evitar todo ruido, diciéndoles que el pronto restablecimiento de su amo dependía del silencio.

Eran ya las seis. Rogué a Braile que se quedase a comer conmigo y luego hiciese una visita al hospital y me avisara si algún cambio en mis pacientes aconsejase mi presencia. Deseaba no moverme del lado de Ricori, esperando que despertase para ver qué pasaría.

Estábamos acabando de comer, cuando llamaron al teléfono. Braile fué a ver quien era.

—McCann — me dijo. Fuí al aparato.

—¡Hola, McCann! Soy el doctor Lowell.

—¿Cómo está el amo?

—Mejor. Espero que despierte de un momento a otro y que podrá hablar. — contesté.

Y agucé el oído para recoger el efecto que producía esta noticia.

—¡Qué alegría me da usted, doctor! — Imposible sorprender nada que no fuese la más honda satisfacción. — Oiga, doctor; he visto a Mollie y tengo algo que decirle. Fuí a verla tan pronto como me separé de usted. He encontrado a Gilmore, su marido, en casa y me he quedado cortado. He dicho que iba a ver si le gustaría dar un paseo en coche y como se ha mostrado muy halagada, hemos salido, dejando a Gil en casa con la niña...

—¿Sabe que ha muerto Peters? — le interrumpí.

—No lo sabía ni se lo he dicho. Ahora escuche. Ya le dije que Hortensia... ¿Qué quién? Pues la señorita Darnley, la muchacha de Jim Wilson. Sí. ¿Quiere dejarme hablar? Le dije que Hortensia estaba chiflada con la niña de Mollie. A principios del mes pasado, Hortensia llegó a casa con una muñeca para la niña. Se estaba cuidando también una herida que se hizo en la tienda donde adquirió la muñeca. Se la hizo la mujer que se la dió, según dice Mollie... ¿Qué? Que le dió la muñeca, no la mano. Oiga, doctor, ¿no me explico bien?... Sí, al entregarle la muñeca la hirió en la mano. Eso es lo que digo. La mujer se la arregló para ella. Le regaló la muñeca, dice Mollie, porque le pareció Hortensia muy bonita y porque posó para ella. Hizo de ella una estatua o algo parecido.

"Una semana después, Tom, es decir Peters, se presentó en casa de Mollie, mientras estaba allí Hortensia y vió la muñeca. Tom sintió celos de Hortensia a causa de la niña, y le preguntó de dónde había sacado la muñeca. Ella le habló de Mme. Mandilip y de la tienda, y Tom dijo entonces que la muñeca necesitaba compañía y que le traería un muñeco. Una semana después, Tom volvió con un muñeco que hacía una pareja magnífica con la muñeca de Hortensia. Mollie le preguntó si le había costado tanto como la de ésta, ocultándole que se la habían regalado por posar. Dice Mollie que Tom la miró con unos ojos de borrego y se limitó a contestar que no estaba para cuentos. Le iba a gastar una broma preguntándole si la señora de las muñecas, al verlo tan guapo, no le rogó que posara pero en aquel momento, la niña se puso a chillar de alegría al ver el muñeco, y se le olvidó la broma. Tom ya no volvió a presentarse hasta principios de este mes. Llevaba la mano vendada y Mollie le preguntó si se había hecho mal donde le dieron la muñeca. Se quedó sorprendido y dijo: "Sí, pero, ¿cómo diablos lo sabes? Sí, sí, esto es lo que según ella le dijo. ¿Cómo? ¿Si la Mandilip misma le vendó la mano? ¡Diablo! Eso sí que no lo sé. Ya podría ser. Mollie no me lo ha dicho ni se lo he preguntado. Oiga, doctor, le digo que Mollie no tiene pelo de tonta. Esto que le digo me ha costado dos horas de sacárselo del buche. Hablando de esto y hablando de lo otro y volviéndole a preguntar como por casualidad, me he ido enterando. Temo haberle preguntado demasiado. ¿Qué? ¡Oh, pierda cuidado, doctor! No le he causado el menor disgusto. Sí, ha sido muy divertido. Pero, como le decía, temo haber ido demasiado lejos. Mollie es muy lista.

"Cuando Ricori fué a verla ayer, usó la misma táctica que yo, supongo. De todos modos, admiró los muñecos y le preguntó de dónde los había sacado, cuánto le costaban, y otras cosas. Recuerde que le dije que yo le esperaba. Después de la visita fuímos a su casa, donde telefoneó, y hecho esto fué a ver a la hechicera Mandilip. Sí, nada más. ¿Le aprovechan estas noticias? ¿Sí? Pues me alegro.

Siguió un rato de silencio, y como no oí el ruido del aparato, pregunté:

—¿Está usted ahí, McCann?

—Sí. Estaba pensando. — Su voz tenía un acento de ansiedad. — Me gustaría mucho estar presente cuando el amo despierte. Pero antes me parece mejor ir a ver qué hacen los muchachos que vigilan a la Mandilip. Tal vez le telefonee, si no es demasiado tarde. Adiós.

Volví lentamente al lado de Braile, tratando de ordenar mis revueltos pensamientos, y le dí cuenta del final de la comunicación de Mc Cann. Me escuchó sin interrumpirme y cuando hubo acabado, me dijo:

—Hortensia Darnley visita a la Mandilip, recibe una muñeca, posa a petición de la dueña, se lastima y allí mismo la curan. Y muere. Peters visita a la Mandilip, recibe una muñeca, se lastima y allí mismo, probablemente, lo curan. Y muere como Hortensia. Usted mismo ha visto el muñeco por el que posó. Enriqueta sigue el mismo camino, le pasan las mismas peripecias. Y muere como Hortensia y como Peters ¿Qué dice usted a esto?

Súbitamente me sentí anonadado. Y es que nada tiene de estimulante ver cómo se desmorona el magnífico edificio de una ciencia basada en los dos principios de causa y efecto que parecían inconmovibles. Y contesté desmayadamente:

—No sé qué decirle.

Se levantó y me dió unos golpecitos en el hombro.

—Duerma un poco. La enfermera le llamará si Ricori despeirta. Pronto llegaremos al fondo de este asunto.

—¿Aunque sea cayendo? — pregunté con una sonrisa.

—Aunque tengamos que caer de cabeza — repitió él sin reír.

Al marcharse Braile me quedé reflexionando mucho tiempo. Por fin, para ahuyentar mis pensamientos, procuré leer. Estaba demasiado inquieto para hacerme cargo de lo que leía y lo abandoné. Mi despacho, como el cuarto de Ricori, estaba en la parte trasera, sobre el jardinillo. Me acerqué a la ventana y me asomé sin ver nada. La conciencia de hallarme ante una puerta misteriosa que había de abrir a todo trance, era más viva que nunca. Al volver a sentarme en mi despacho, me sorprendió que fueran las diez. Mitigué la luz y me tumbé en el cómodo diván que me servía de lecho. Inmediatamente me dormí.

Me desperté sobresaltado, como si alguien me hubiera hablado al oído. Me senté a escuchar. Un apretado silencio me envolvía, y, de pronto advertí que era un raro silencio, inusitado, opresivo. Un silencio denso, de tumba, que llenaba el estudio y se hacía impenetrable a cualquier ruido de fuera. Me puse en pie y di toda la luz. Y el silencio se retiró, cual si se derramase como algo tangible y ponderable; pero poco a poco. Ya podía oír el tic tac de mi reloj, que marchaba de prisa y ruidoso, como si le hubieran quitado una tapa que hubiera retenido su escape. Agitando la cabeza en mi impaciencia, me acerqué a la ventana, y me

asomé para respirar el aire fresco de la noche. Me apoyé aún más, abalanzando mi cuerpo, apoyando una mano en el tronco de la parra, de modo que podía ver la ventana del cuarto de Ricori. Y noté que el parral temblaba ligeramente, como si alguien lo sacudiera con suavidad, o como si un animal de poco peso trepase por él...

Y he aquí que la ventana de Ricori se abre en un cuadro de luz. A mi espalda suena la campana de alarma de la clínica, indicando que se reclama mi presencia con urgencia. Salí corriendo de mi despacho y en un momento atravesé los pasadizos de comunicación.

Al llegar al pasillo de la clínica, ví que los guardianes no estaban ante la puerta. Esta estaba de par en par. En el umbral me quedé petrificado, sin creer lo que veía...

Parapetado en el antepecho de la ventana estaba uno de los guardianes empuñando una pistola. El otro se arrodillaba junto a un cuerpo tendido en el suelo, apuntándome con el arma. Junto a la mesa, la enfermera estaba sentada con la cabeza caída sobre el pecho... dormida o sin sentido. La cama estaba vacía. ¡El hombre del suelo era Ricori!

El guardián bajó el arma y yo me dejé caer al lado de Ricori. Yacía de bruces, estirado a unos pasos de la cama. Lo puse de espalda. Su rostro tenía la palidez de la muerte, pero su corazón seguía latiendo.

—Ayúdeme a ponerlo en la cama — dije al guardián. — Cierre la puerta.

El hombre obedeció en silencio. El de la ventana, sin descuidar su vigilancia de la parte exterior, habló por la comisura de sus labios.

—¿Ha muerto el amo?

—Aun no — contesté. Y me puse a regañar como hago con frecuencia. — ¿Qué modo de vigilar es éste? ¡Valientes guardianes son ustedes!

El que acababa de cerrar la puerta hizo entre dientes una risita de amargura.

—La cosa es demasiado seria para decir eso, doctor.

Miré a la enfermera, que permanecía inmóvil en la silla y en esa actitud relajada del que duerme o está sin sentido. Desnudé a Ricori, quitándole el pijama y examiné su cuerpo. No tenía la menor señal. Mandé a buscar adrenalina, le dí una inyección y procedí a examinar a la enfermera. La sacudí y no se despertó. Levanté sus párpados. Tenía las pupilas contraídas. Les acerqué una luz, sin resultado. El pulso y la respiración eran lentos, pero no indicaban peligro. La abandoné un momento y me volví a los guardianes:

—¿Qué ha sucedido?

Se miraron recelosos y el guardia de la ventana agitó la mano, como indicando al otro que se encargase de contestar. Este dijo:

—Estábamos sentados afuera. De pronto, toda la casa pareció callarse, y yo le dije a Jack: "Tú, parece que hayan puesto una mordaza al silencio, ¿verdad? Y él dijo: "Es verdad". Seguimos escuchando. De pronto sentimos aquí dentro un trastazo, como de alguien que se hubiera caído de la cama. Abrimos la puerta y vimos al amo caído al suelo, como usted lo encontró, y a la enfermera durmiendo como usted la ve. Hemos visto la alarma y hemos avisado. Luego hemos esperado que alguien viniera. Y eso es todo, ¿verdad, Jack?

—Sí — confirmó el guardián de la ventana sin levantar la voz, — creo que eso es todo.

Le dirigí una mirada de sospecha.

—¿Cree que eso es todo? ¿Qué quiere decir con eso de que cree?

De nuevo se miraron los dos.

—Es mejor que hables claro, Bill — dijo el de la ventana.

—¡Diablos! No lo va a creer — contestó el otro.

—Ni él ni nadie. Pero díselo.

Y el llamado Bill dijo:

—Al abrir la puerta de un empujón hemos visto algo como una pareja de gatos peleándose junto a la ventana. El amo estaba estirado en el suelo. Nosotros hemos sacado las pistolas, pero no hemos disparado por lo que usted nos había dicho. Luego, hemos percibido un ruido extraño por la parte de afuera, como de alguien que tocase una flauta. Los dos objetos se han soltado y de un brinco han subido al antepecho de la ventana y han desaparecido. Nos hemos precipitado a la ventana y no hemos visto nada.

—¿Se ha fijado usted en esas cosas de la ventana? ¿Qué le han parecido? — pregunté.

—Díselo, Jack.

—¡Muñecas!

Un escalofrío recorrió mi espalda. Esa era la respuesta que esperaba y temía. ¡Saltaron por la ventana! ¡Recordé el temblor de la parra en que apoyaba la mano! El guardián que había cerrado la puerta se volvió a mirarme y se quedó con la boca abierta.

—¡Jesús, Jack! — exclamó. — ¡Pues lo cree!

Me pareció conveniente hablar.

—¿Qué clase de muñecas?

El de la ventana contestó con más confianza.

—A una no la pudimos ver bien. ¡La otra parecía una de sus enfermeras que hubiera disminuído de tamaño hasta dos pies de estatura!

Una de mis enfermeras... Walters... Sentí una repentina debilidad y me senté a los pies de la cama de Ricori.

Un objeto blanco tirado al suelo en la cabecera de la cama llamó mi atención. Me lo quedé mirando como un idiota. Luego me incliné y lo recogí.

Era un gorro de enfermera, un modelo reducido de los que llevaban mis enfermeras. Por su pequeñez sólo a la cabeza de una muñeca de dos pies podía ajustarse.

En el mismo puesto del suelo había otro objeto que también recogí.

Era un cordel nudoso de cabellos... de cabellos de color ceniciento... con nueve nudos complicados que lo dividían irregualarmente.

El guardián llamado Bill, me miraba ansiosamente y acabó por preguntarme:

—¿Quiere que llame a alguien de su personal, doctor?

—Trate de ponerme en comunicación con Mc Cann — le rogué. Luego me dirigí al otro guardián: — Cierre la ventana y los postigos y corra el cortinaje. Después cierre la puerta.

Bill fué al teléfono. Me guardé la gorra y la cuerda en el bolsillo y atendí a la enfermera, que se recobraba rápidamente. En dos minutos la tuve despierta. Cuando abrió los ojos, me miró intrigada y al ver el cuarto alumbrado y a los dos hombres, su extrañeza se trocó en alarma. Se puso en pie.

—¡No le he visto entrar! Me dormí...; ¿qué ha sucedido? — dijo llevándose la mano a la garganta.

—Espero que usted nos lo diga — le contesté con afabilidad.

Me miró como si no entendiera y dijo llena de confusión:

—No sé... se hizo un silencio espantoso... creo que vi algo que se movía en la ventana... luego percibí una extraña fragancia... y después le vi a usted inclinado sobre mí.

—¿Recuerda algo de lo que vió en la ventana? — le pregunté. — El último detalle... la última impresión. Haga por recordar.

—Era una cosa blanca... creo que alguien... que algo... me observaba...; entonces percibí una fragancia como de flores... y nada más.

Bill colgó el receptor.

—Bueno, doctor, ya están buscando a Mc Cann. ¿Qué más desea?

—Señorita Butler — dije, volviendo a la enfermera, — voy a relevarla de lo que resta de esta vela nocturna. Váyase a la cama. Deseo que duerma. Voy a recetarle... — Le dije lo qué.

—¿No está disgustado... pensando que he cometido una falta de negligencia?

—Nada de eso — la tranquilicé golpeándole la espalda. — El caso ha tomado un giro inexperado y eso es todo. No me pregunte nada.

La acompañé a la puerta y la abrí diciendo:

—Haga lo que le digo.

Volví a cerrar la puerta a su espalda y fui a sentarme al lado de Ricori. Me decía con cierta preocupación que el golpe que acababa de recibir, fuera lo que fuese, lo salvaría o lo mataría. Mientras lo miraba se produjo un temblor en todo su cuerpo. Poco a poco levantó una mano con el puño cerrado. Se movieron sus labios. Habló en italiano y tan rápidamente, que no pude entender una palabra. Su mano cayó abatida. Yo me levanté para examinarlo mejor. La parálisis había desaparecido. Podía moverse y hablar. ¿Pero estaría capacitado para hablar cuando recobrase por completo el conocimiento? Dejé la decisión de esto para algunas horas después. No podía hacer nada por el momento.

—Atiendan bien lo que he de decirles — dije a los guardianes. — Por raro que les parezca lo que voy a encargarles, han de obedecerme puntualmente. La vida de Ricori depende de que ustedes hagan lo que yo les mande. Quiero que uno de ustedes se siente junto a la mesa a la que yo me sentaré. El otro se colocará al lado de Ricori, a la cabecera de la cama, entre él y yo. Si me duermo y él se despierta, llámenme. Si notan algún cambio, me despiertan. ¿Está claro?

—Bien claro está — dijeron los dos.

—Perfectamente. Ahora viene lo más importante. Han de vigilarme estrechamente. El que esté a mi lado no ha de apartar la vista de mí. Si me acerco a su jefe será para una de estas tres cosas: o auscultarlo y escuchar su respiración, o levantarle los párpados o tomarle la temperatura. Esto, desde luego, si sigue como ahora. Si ven que me levantó y trato de hacer algo distinto de lo que he dicho, deténganme. Si me resisto, me reducen a la impotencia, atándome y amordazándome... no, no me amordacen... escuchen bien lo que diga y recuérdenlo. Entonces telefoneen al doctor Braile... Aquí tienen su número.

Lo escribí y se lo entregué.

—Háganme el menor mal posible — les advertí riendo.

Se miraron mutuamente desconcertados.

—Si usted lo ordena, doctor... — insinuó el guardián Bill, con aire de duda.

—Sí, lo ordeno. No anden con titubeos. Si me lastiman nada tendré que decir contra ustedes.

—El doctor sabrá por qué lo ordena, Bill — dijo Jack.

—Bueno, bueno: allá él — asintió Bill.

Apagué todas las luces, excepto la lámpara de la mesa de la enfermera, en cuyo sillón me senté, disponiendo la lámpara de modo que se viese bien mi cara. El gorrito blanco que había recogido del suelo me sacudió los nervios como un demonio. Lo saqué del bolsillo y lo guardé en un cajón. Jack se colocó al lado de Ricori. Bill acercó una silla y se sentó frente a mí. Hundí la mano en el bolsillo y apreté la cuerda de nudos, cerré los ojos, ahuyenté todos los pensamientos y aflojé mi sistema muscular. Al renunciar, siquiera momentáneamente, a mi concepto de un mundo sano y equilibrado, quise que el de madame Mandilip obrase sin encontrar la menor resistencia.

De una manera vaga oí dar la una. Me dormí.

* * *

No sé dónde se levantó aquel viento que rugía formando torbellinos que me rodeaban hasta que me arrebató en su corriente huracanada. Yo no tenía cuerpo y hasta carecía tal vez de forma; pero "era yo" y lo sabía. Era como una conciencia, como una sensibilidad informe abandonada a merced del viento que me llevó a una distancia incalculable. Icorpóreo, intangible como sabía que era, me animaba una vitalidad sobrenatural. Rugía con el viento en una alegría despiadada. Aquel viento impetuoso que me arrebataba, me devolvió al punto de partida desde los espacios inmensurables...

Me pareció despertar, dominado aun por

aquel ímpetu de extraña alegría... ¡Ah! Allí estaba lo que debía destruir... allí, en la cama... era preciso matar para que no se desvaneciese en mí aquella gozosa exaltación... era preciso matar para que el impetuoso viento me arrastrase de nuevo en frenético torbellino y me alimentase de su vida...; pero con cuidado... con cuidado... en el cuello, debajo mismo de la oreja... es donde debo descargar el golpe... y luego, otra vez a volar con el viento... "¿Quién me retiene...?"' cuidado... cuidado... "Voy a tomarle la temperatura..." eso es, con cautela... "Voy a tomarle la temperatura..."' Ahora, un salto, un golpe seco, en la garganta... "¡No, con eso no se la toma usted...!" ¿Quién lo ha dicho...? Aún me detienen... ¡Qué rabia me devora despiadadamente...! Tinieblas y el ruido del impetuoso viento que se aleja, se aleja rugiendo...

Oí una voz: "Dale otra, Bill, pero no tan fuerte. Ya se despierta". Sentí un golpe formidable en mi rostro, que me hizo ver las estrellas antes que mis ojos se abriesen a la luz qu había en el cuarto. Me hallaba entre la mesa de la enfermera y la cama de Ricori. El guardián Jack me sujetaba los brazos tras la espalda. Bill aún estaba con la mano levantada y mi diestra sujetaba con fuerza un objeto. Miré lo que era y me sorprendió ver un bisturí cortante como una navaja de afeitar.

Dejé caer el instrumento y me apresuré a decir:

—Ya no hay cuidado. Pueden ustedes soltarme.

Bill guardó silencio y su camarada no aflojó los puños que me sujetaban. Me volví a mirarlos y los dos estaban blancos y desencajados.

—Ha pasado lo que esperaba — les dije. — Por eso les dí instrucciones. Pero ya está acabado. Ahora podrían confiarme sus armas sin peligro.

En cuanto me soltaron las manos, me las llevé a las mejillas con una mueca de dolor y observé con dulzura:

—Ha debido usted arrearme fuerte, Bill.

A lo que replicó él:

—Si usted se hubiera visto la cara, doctor; no le admiraría que se la hubiera estropeado.

Hice un gesto de asentimiento, comprendiendo lo odioso de la rabia diabólica que me había dominado un momento. Y pregunté:

—¿Qué he hecho?

Bill se explicó:

—Se despertó y durante un minuto estuvo con la vista fija en el jefe. Entonces tomo algo del cajón y se levantó. Cuando estaba a la mitad de camino vimos lo que llevaba en la mano y yo grité: "¡No, con eso no se la toma!" Jack lo agarró y usted se puso furioso. Yo tuve que pegarle. Y eso es todo.

De nuevo asentí con la cabeza. Saqué del bolsillo el cordel anudado de pelos de mujer, lo puse en un plato y le apliqué la llama de un fósforo. Empezó a quemar moviéndose como una delgada serpiente y cuando la llama prendía en los nudos se desataban. Lo estuve contemplando hasta verlo reducido por completo a cenizas.

—No creo que en el resto de la noche nos moleste nada, pero continúen vigilando como hasta ahora.

Me dejé caer en el sillón y cerré los ojos...

Braile no me había mostrado un alma pero yo creía en madame Mandilip.

IX

PASE al resto de la noche durmiendo como un bendito y sin soñar en nada. Los guardianes seguían vigilando. Al preguntarles si sabían algo de McCann me contestaron que nada y aunque a mí me sorprendió ésto, a ellos les pareció la cosa más natural. Pronto había de llegar el relevo y a mis ruegos, me prometieron formalmente no decir nada de lo ocurrido aquella noche, a nadie, excepto a McCann, ya que nadie había de creerlo. Les di instrucciones para que los guardianes permaneciesen en adelante dentro de la habitación. todo el tiempo que fuese necesario.

Al examinar a Ricori, vi que dormía con un sueño profundo y natural. Su estado era francamente satisfactorio por todos los conceptos. Deduje que, como sucede a veces, aquel choque había contrarrestado los dilatados efectos del primero. Cuando despertase podría hablar y moverse. Comuniqué a los guardianes mis esperanzas, pero no los animé a que me hablasen, al ver que estaban ansiosos de atolondrarme a preguntas.

A las ocho, se presentó la enfermera a quien correspondía el turno de día en el cuidado de Ricori, muy sorprendida de encontrarme en lugar de la enfermera que estaba durmiendo. Me abstuve de darle explicaciones, limitándome a decirle que los guardianes permanecerían ahora en la habitación, en vez de montar la guardia ante la puerta.

A las ocho y media, Braile vino a compartir mi desayuno y a informarme. Le dejé hablar antes de comunicarle lo que había sucedido pero nada le dije del gorro de la enfermera ni del experimento que yo había realizado.

Adopté esta reserva por razones de mucho peso. Braile sacaría todas las consecuencias de la presencia del gorro. Tenía mis fundadas sospechas de que estaba enamorado de Walters y que me sería imposible impedir que se lanzase a visitar a la fabricante de muñecas. De suyo decidido, era demasiado sugestionable en este asunto y cualquier paso que diera sería para él peligroso y para mí, de poco provecho. Además, si creía en mi experimento, seguramente no querría perderme de vista. Cualquiera de estas contingencias malograrían mis propósitos de entrevistarme con madame Mandilip completamente a solas, con la única excepción de McCann, que vigilaría la tienda desde la calle.

No era fácil prever lo que resultaría de esta

visita, pero la creía imprescindible para conservar el respeto que hasta entonces me merecían mis propios conocimientos y mi criterio. Admitir que todo lo ocurrido era obra de brujería, de hechicería, de agentes sobrenaturales, equivalía a incurrir en superstición. Para mí nada podía ser sobrenatural. Todo lo que existe obedece a leyes naturales. Los cuerpos materiales "deben" estar sometidos a leyes naturales. Podemos desconocer estas leyes, mas no por eso dejan de existir. Si madame Mandilip poseía la sabiduría de una ciencia desconocida, me correspondía a mí, como un tipo de ciencia conocida, indagar lo que fuera posible de ella; y especialmente después de haber respondido a su influencia tan completamente. El hecho de haberla superado en su misma técnica, hasta el punto de frustrársela, caso de que no se redujese todo a una simple sugestión, me halagaba y daba confianza. De todos modos, era necesario verla.

Aquel día era de consulta y no estaría libre hasta las dos, por lo que rogué a Braile, que después de la consulta, se encargase de mis asuntos por unas horas.

A eso de las diez telefoneó la enfermera diciendo que Ricori se había despertado y preguntaba por mí.

Al verme entrar, me sonrió. Al inclinarme para tomarle el pulso, me dijo:

—¡Creo que me ha salvado usted más que la vida, doctor Lowell! ¡Ricori le está agradecido! ¡Nunca olvidaré esto!

Frases algo exageradas, pero propias de su carácter y demostrativas de que su cerebro funcionaba normalmente. Respiré aliviado.

—En un momento estará en condiciones de levantarse — le animé, dándole unos golpes en la mano.

—¿Ha habido algún otro... muerto? — murmuró.

La pregunta me hizo pensar si retendría algún recuerdo de lo sucedido aquella noche. Y contesté:

—No. Pero ha perdido usted mucha fuerza desde que McCann lo trajo aquí. No quiero que hable mucho hoy. — Y añadí, fingiendo indiferencia: — No, nada ha pasado... Digo, sí... Esta mañana se ha caído usted de la cama. ¿Se acuerda?

Dirigió una mirada a los guardianes y luego se volvió a mí para decir:

—Estoy débil, muy débil. A ver si me pone fuerte pronto.

—Dentro de dos días podrá usted levantarse, Ricori.

—Antes es preciso que me levante y salga. He de hacer algo muy importante y que no tiene espera.

Deseando que no se excitase, renuncié a preguntarle qué había sucedido en el coche y le dije en tono doctoral:

—Eso dependerá de usted en absoluto. Procure no excitarse por nada y obedecerme en todo. Ahora voy a dejarle para dar las debidas instrucciones respecto a su nutrición. Además, deseo que los guardianes permanezcan dentro de esta habitación.

—¿Y aún dice usted que nada ha sucedido? — preguntó.

—Con eso no he querido decir que no haya pasado nada. — Me incliné sobre él y le dije en voz baja: — McCann ha puesto vigilancia en torno a la casa de la Mandilip. No puede escapársenos.

El enfermo replicó:

—¡Pero sus servidores son más poderosos que los míos, doctor Lowell!

Me le quedé mirando atentamente, pero sus ojos eran inescrutables y me dirigí al despacho, sumido en pensamientos. ¿Qué sabía Ricori?

A las once me llamó McCann por teléfono. Experimenté tal alegría al oír su voz que me encolericé.

—¿Dónde diablos ha estado usted...?

—Oiga, doctor — me interrumpió. — Estoy en casa de Mollie, la hermana de Peters. Venga usted en seguida.

Estas exigencias aumentaron mi irritación.

—Imposible, ahora — contesté. — Son mis horas de despacho. No estaré libre hasta las dos.

—¿No puede dejarlo todo? Ha pasado algo extraordinario. ¡Y no sé qué hacer! — En su voz había un acento de desesperación.

—¿Qué ha pasado? — pregunté.

—No se lo puedo explicar por... — Su voz tensa, suavizóse y le oí decir: — "¡Cálmate, Mollie. Esto no te traerá ningún mal!" — Y luego a mí: — Bueno, pues, venga usted cuanto antes, doctor. Le esperaré. Tome las señas. — Y cuando me las hubo dado, le oí hablando con otra persona: — ¡Tranquilízate, Mollie! ¡No te voy a dejar!".

Percibí el chasquido del aparato colgado con fuerza y me dejé caer en mi sillón, muy preocupado. No me preguntó por Ricori y esto no dejaba de ser un síntoma inquietante. ¿Mollie? ¡Sí, la hermana de Peters, desde luego! ¿Se habría enterado de la muerte de su hermano y le habría dado un ataque? Recordé que, según había dicho Ricori, iba pronto a ser madre de otra criatura. Pero no, el pánico que revelaba la voz de McCann se debía a algo más tremendo. Por momentos crecía mi desasosiego. Revisé mis citas. No eran importantes. Tomé una determinación y encargué a mi secretario que avisase por teléfono que aplazaba la visita. Pedí el coche y me dirigí adonde McCann me había dicho.

El mismo me recibió en la puerta del piso. Estaba pálido y demudado y me miró con ojos de alucinado. Sin decir palabra, me condujo a través del recibimiento a una habitación, donde vi a una mujer con una niña que sollozaba en sus brazos. McCann me llevó a un dormitorio contiguo y me señaló una cama.

En ella yacía un hombre tapado con el cobertor hasta la barba. Me acerqué a examinarlo, lo toqué. Estaba muerto. Era cadáver hacía horas. McCann me dijo:

—El marido de Mollie. Examínelo bien, como hizo con el amo.

Experimenté la rara y desagradable sensación de dar vueltas en una rueda movida por una mano inexorable: de Peters a Walters, a Ricori, al cadáver que tenía delante... ¿Se pararía aquí la rueda?

Desnudé al hombre. Saqué de mi maletín una lente y sondas. Recorrí el cuerpo pulgada a pulgada, empezando por la región del corazón. Nada, ni aquí ni en ninguna parte... Hice dar media vuelta al cadáver...

De pronto, en la base del cráneo, ví una punción apenas perceptible.

Tomé una sonda finísima y la introduje. La sonda — y de nuevo tuve aquella impresión de la repetición hasta lo infinito — se hundió y manipulé con toda suavidad.

Algo, como una aguja delgada y larga se había clavado en aquella parte vital, en el punto preciso en que el espinazo se une con el cerebro. Casualmente o porque la aguja se había clavado tan fieramente que rompió el nervio, se había producido la parálisis respiratoria y la muerte casi instantánea. Saqué la sonda y me volví a McCann.

—Este hombre ha sido asesinado — le dije. — Lo han matado con la misma clase de arma de que estuvo a punto de morir Ricori. Pero el autor de esto ha hecho mejor su trabajo. Este ya no volverá a la vida como volvió Ricori.

—¿De veras? — dijo McCann con calma. — Yo y Pablo éramos los únicos que estábamos con Ricori cuando sucedió aquello. ¡Y los únicos que estaban con este hombre, doctor, eran su mujer y la niña! ¿Qué piensa hacer, doctor? ¿Sospechar de estos dos, como sospechó de nosotros?

—¿Qué sabe usted de todo esto, McCann? ¿Y cómo se explica que estuviera usted aquí tan... oportunamente?

El pobre se revistió de paciencia para contestarme:

—Yo no estaba aquí cuando lo mataron... si es que usted se refiere a eso. Si quiere saber cuando ha sido, le diré que a las dos de la madrugada. Mollie me llamó por teléfono hace una hora y acudí inmediatamente.

—Ha tenido más suerte que yo — dije secamente. — La gente de Ricori le estaba buscando a usted desde la una.

—Ya lo sé. Me enteré poco antes de que Mollie me llamase. Me disponía a venir. Y si quiere saber qué he hecho durante toda la noche, se lo diré. Estaba fuera de casa, ocupado en el asunto del amo y de usted. Tratando de descubrir dónde toma su cupé aquella gata infernal de su sobrina. Lo descubrí, pero demasiado tarde.

—Pero y los hombres que se supone que están vigilando...

—Oiga, doctor: ¿quiere hablar con Mollie ahora? — me interrumpió. — Estoy temiendo por ella. Si se mantiene serena es por lo que le he contado de usted, asegurándole que vendría.

—Preséntemé a ella — le contesté con aspereza.

Volvimos a la habitación donde ví a la mujer con la niña sollozando en sus brazos. La mujer no tendría más de veintisiete o veintiocho años. y en circunstancias normales debía de ser muy atractiva. Entonces, su rostro estaba desencajado y exangüe y en sus ojos se pintaba el horror y un espanto rayáno en la locura. Me miró vagamente, pellizcándose los labios con los dedos, y reflejando en sus ojos su alma desolada, sin más sentimiento que el de la pena y el temor... La niña, de cuatro años, continuó en sus incesantes sollozos. McCann tocó a la madre en la espalda.

—Anímate, Mollie — dijo con ruda lástima. — Aquí está el doctor.

La mujer casi tuvo un sobresalto al darse cuenta de mi presencia. Me miró por breves momentos de muy distinta manera a como lo hacía antes y le preguntó, más por decir algo que porque le quedase un hilo de esperanza:

—¿Está muerto?

Al leer la respuesta en mis ojs empezó a gritar y, entre lamentos, dedicaba frases de cariño al difunto. Estrechó a la niña en sus brazos y desahogó su aflicción diciendo:

—¡Papá se ha ido, hija mía! ¡Papá ha tenido que marcharse! ¡No llores, vida mía, que pronto volveremos a verlo!

Me hubiera gustado verla deshecha en lágrimas, pero el miedo que la dominaba era demasiado fuerte para permitir la saludable reacción en que se alivian las más hondas penas. Aquel estado de continua tensión era peligroso y me daba que temer. ¿Podría resistirla mucho tiempo sin detrimento del equilibric mental?

—McCann — murmuré volviéndome al amigo de la familia, — diga usted algo, haga algo que la sacuda Es preciso que reaccione. Dígale algo que la encolerice, que la haga llorar; no importa lo que sea.

Un movimiento de cabeza me indicó que había comprendido. Le arrancó la niña de los brazos y la retuvo tras él Luego se inclinó acercando a cara a la de la mujer y le espetó:

—¡Dí la verdad, Mollie! ¿Por qué has matado a John?

La mujer se quedó un momento como si no comprendiese. Luego empezó a temblar. La expresión de temor se desvaneció de su mirada para dar lugar a la de indignación, y saltó sobre McCann descargándole una bofetada. Mc Cann la agarró y le sujetó los brazos. La niña se puso a chillar.

Sucedió un repentino abatimiento y los brazos de la mujer cayeron a lo largo del cuerpo, mientras se le doblaban las rodillas y se abatía en el suelo, bañada en lágrimas. McCann quería levantarla, consolarla. Se lo impedí.

—Déjala que llore. Es lo que más le conviene.

Al cabo de cn rato levantó la cabeza y, mirando a McCann, preguntó:

—¿Lo has dicho de veras, Dan?

—No — contestó él, — ya sabía que no fuíste tú, Mollie. Pero habla con el doctor, que tiene prisa.

Ella preguntó casi de una manera normal:

—¿Quiere usted interrogarme, doctor, o le digo sencillamente lo que ha sucedido?

—Dile todo lo que me has dicho a mí, empezando por la muñeca — advirtió McCann.

—Eso es. Cuénteme lo que sepa. Si he de preguntarle algo, lo haré cuando usted termine.

Ella empezó diciendo:

—Ayer tarde vino Dan, aquí presente, y me llevó a pasear en coche. John no acostumbra... no acostumbra venir hasta las seis. Pero ayer estaba inquieto por mí y vino pronto, a las tres. Quiere... quería mucho a Dan, y me rogó que aceptase la invitación. No volví hasta después de las seis.

—"Te han traído un regalo, Mollie — me dijo. — Es otra muñeca. Apostaría que la envía Tom. — Tom es mi hermano.

"Sobre la mesa había una caja grande, la destapé y ví la muñeca más hermosa y llena de vida que pueda imaginarse. Era perfecta, una niña; pero no una niña de brazos, sino una chiquilla de diez a doce años, vestida como una colegiala y con los libros sujetos con correas a su espalda, como si fuese a la escuela. No tenía más de un pie de estatura, pero era perfecta, con una carita de lo más simpática. ¡Parecía un ángel!

"John me dijo: "Estaba dirigida a tí, Mollie; pero creí que eran flores y la he abierto. Cualquiera diría que va a hablar, ¿no te parece? Apostaría que es el retrato de alguien. Alguna niña habrá servido de modelo, ¡y cuidado que ha salido bien!"

"No me cabía la menor duda de que era un obsequio de Tom, porque ya había regalado a la pequeña Mollie otra muñeca y una amiga mía que... que murió... le trajo otra de la misma tienda, y me dijo que la mujer que las hacía le había rogado que le sirviese de modelo para una. De modo que, después de todo esto, pensé que Tom había vuelto a buscar otra muñeca para Mollie; pero pregunté a John; — ¿No han dejado con esto una nota o una carta, o algo? — Y él contestó: — No, nada... ¡Ah, sí! Una cosa muy rara por cierto. ¿Dónde está? Me la habré puesto en el bolsillo.

"Buscó en sus bolsillos y sacó un cordel que tenía varios nudos y parecía estar hecho de cabellos de mujer. — "No sé para qué habrá puesto Tom esto". — John se lo volvió a meter en el bolsillo y no pensamos más.

"La pequeña Mollie dormía y pusimos la muñeca a su lado para que la viese al despertar. Cuando despertó y vió aquella preciosidad le dió un arrebato de gozo. Después de comer, Mollie estuvo jugando con la muñeca. Cuando acostamos a la niña quise quitarle la muñeca, pero lloró tan desconsoladamente, que la dejamos dormir con ella. Estuvimos jugando a las cartas hasta las once, hora en que nos fuímos a dormir.

"Mollie tiene un sueño muy agitado y se mueve tanto, que aun duerme en su camita de niña para que no caiga. Su camita está en nuestro dormitorio, arrimada a un ángulo, bajo una de las ventanas Entre las dos ventanas se halla mi tocador, y nuestra cama está situada con la cabecera contra la pared opuesta a las ventanas. Los dos nos detuvimos a contemplar a la niña como siempre hacemos... Dormía profundamente, estrechando con un brazo la muñeca, cuya cabeza reposaba en un hombro de la niña.

"John dijo: "¡Caramba, Mollie, esta muñeca parece tan viva como la niña! No me sorprendería que se levantase y echase a andar. La modelo debía de ser una chiquilla encantadora".

"Y era verdad. Tenía una carita adorable, y... ¡oh, doctor Lowell... esto es lo espantoso... lo horrible..."

De nuevo se pintó el terror en sus ojos, por lo que McCann le dijo:

—¡No pienses más en eso, Mollie!

—Traté de quitarle la muñeca. Era tan preciosa, que temí que al moverse la niña en sueños la estropease — prosiguió tranquilamente; — pero la tenía agarrada con fuerza y no quise despertarla. Y se la dejé. Al desnudarse, John se sacó el cordel del bolsillo.

—"Tiene una serie de nudos a cual más raro — dijo — Cuando veas a Tom pregúntale para qué es esto. — Y dejó aquel objeto en su mesilla de noche. Al poco tiempo estaba dormido, y yo no tardé mucho más...

"Y entonces me desperté... o me lo figuraba... no sé si soñaba o estaba despierta. Debió de ser un sueño, y no obstante... ¡Dios mío!... John ha muerto... yo lo ví morir..."

Lloró en silencio con abundancia de lágrimas. Luego prosiguió:

—"Si estaba despierta, debió desvelarme el silencio. Pero esto es precisamente lo que me hace creer que estaba soñando. Un silencio como aquél es imposible... si no es en sueños. En este piso, que es el segundo, se oyen todos los ruidos de la calle, que no cesan en toda la noche. Entonces no se percibía el menor ruido, como si... como si de pronto el mundo hubiera enmudecido. Creo o soñé que me senté para escuchar, aguzando el oído para recoger el más leve rumor. No oía ni la respiración de John. Me asusté, porque había algo pavoroso en aquel silencio, en aquella absoluta quietud. ¡Algo vivo! ¡Algo perverso! Traté de inclinarme sobre John, traté de tocarlo, de despertarlo.

"¡No podía moverme! ¡No podía ni mover un dedo! Quise hablar, gritar. ¡No podía!

"Los cortinajes de las ventanas estaban corridos. Por ellos entraba una débil claridad de la calle. Y de pronto se borró. El dormitorio se quedó a oscuras, en la más negra de las tinieblas.

"Y fué entonces cuando empezó a verse la luz verde...

"Al principio fué una luz confusa. No venía de fuera, sino que estaba dentro del mismo dormitorio, dentro de las tinieblas que lo envolvían. Iba aumentando y disminuyendo, aumentando y disminuyendo, pero creciendo a cada oscilación. Era verde como la luz de las luciérnagas, o como la que proyectaría la luna mirada a través de un cristal verde. Por fin, aquella verde claridad se hizo intensa. Era como la luz irradiada, pero ni siquiera puede llamarse luz a aquello. No brillaba, pero alum-

braba, y estaba esparcida por todas partes, bajo la mesa, bajo las sillas... Quiero decir que los muebles no proyectaban sombras. Me permitía ver todo el dormitorio. Ví que la niña dormía en su camita con la muñeca recostada en su hombro...

"¡La muñeca se movió!"

"Volvió la cabeza y pareció escuchar la respiración de la niña. Le agarró el brazo con ambas manos y el brazo cayó inerte a un lado, dejándola libre...

"¡La muñeca se levantó!"

"Entonces me persuadí de que dormía... Aquel extraño silencio... aquella extraña claridad verde... y ahora esto otro...

"La muñeca se encaramó al barrote del lado de la camita y se dejó caer al suelo. Cruzó la pieza dando saltitos y meciendo los libros por las correas, como una colegiala, al tiempo que volvía de un lado a otro la cabeza, mirando todo el dormitorio como una niña curiosa. Se acercaba a la cama cuando se fijó en mi tocador y se detuvo mirando al espejo. Se subió a la silla que estaba junto a la mesita y desde su asiento se encaramó a la mesa. Dejó los libros a un lado y se contempló en el espejo.

"Se estuvo arreglando un rato, mirándose, volviéndose, ya de un lado ya de otro. Yo pensaba: "¡Qué sueño tan raro, tan fantástico!" La muñeca acercó la cabeza al espejo y aliso y ordenó algunos mechones de su pelo. Y yo pensé: "¡Qué muñequita tan presumida!" Y luego pensé: "Estoy soñando todo ésto porque John me dijo que la muñeca estaba tan llena de vida, que no le sorprendería que caminase". Y luego pensé: "¡Pero no debo de estar soñando, cuando me doy cuenta de que estoy soñando!" Y me pareció todo tan ridículo, que me reí. Pero estoy segura que no hice ruido. Sabía que no podía reír... la risa tuvo lugar en mi interior... Pero diría que la muñeca me oyó, porque se volvió y me miró fijamente...

"Creí que el corazón se me paralizaba. He tenido pesadillas, doctor Lowell, pero nunca, ni en las más horrorosas, experimenté una impresión más honda que cuando los ojos de aquella muñeca me miraron...

"¡Eran los ojos de un diablo:

"Tenían destellos rojos. Quiero decir que eran... eran luminosos como los de ciertos animales en la obscuridad. ¡Pero la expresión "infernal" que descubrí en ellos fué lo que me produjo el efecto de unas garras que estrujasen mi corazón! ¿Cómo era posible que aquellos ojos diabólicos fuesen los de aquella cara angelical?

"No sé cuánto tiempo me estuvo mirando, pero al fin se agachó y se sentó en el borde de la mesa tocador, donde estuvo agitando los pies como una chiquilla, sin dejar de mirarme. Entonces, poco a poco, levantó una mano a la altura de su cuello, y poco a poco volvió a bajarla. En su mano había una aguja larga... como un puñal...

"De un brinco se echó al suelo y se acercó a saltitos a la cama. Por un momento la perdí de vista. De pronto la ví sobre la cama, parada a los pies de John sin dejar de enfocarme sus ojos encendidos.

"Quise gritar, quise moverme, quise despertar a John. Sólo pude rezar: "¡Oh! ¡Dios mío, haz que despierte! ¡Dios misericordioso, despiértalo!

"La muñeca apartó de mí la vista para fijarla en John, mientras se arrastraba a lo largo de su cuerpo, hacia la cabeza. Traté de mover la mano para detenerla y no pude. Luego la perdí de vista...

"Oí un espantoso gemido de dolor. Noté que John se estremecía... Lo oí suspirar...

"Eran suspiros muy hondos... muy hondos... Comprendí que John se moría... y yo nada podía hacer... en aquel silencio... en aquella claridad verdosa...

"Oí en la calle como el sonido de una flauta que tocasen bajo la ventana. Se produjo un rumor sordo y ví a la muñeca que cruzaba corriendo el dormitorio, saltaba al antepecho de la ventana y allí se mantenía un momento de rodillas, asomada a la calle. En la mano llevaba algo. Me fijé y distinguí la cuerda de nudos que John había dejado sobre su mesita de noche.

"Otra vez llegaron a mis oídos las notas de la flauta...! la muñeca se arrojó a la calle desde la ventana... Sólo pude distinguir un destello de su mirada y que sus manos se agarraban al borde del alféizar... Luego desapareció.

"La verde claridad titiló con un ligero temblor y desapareció también. La luz de la calle entró por las ventanas, filtrándose entre los cortinajes. El silencio pareció... pareció como si algo se lo "engullera".

"Y entonces tuve la sensación de que una ola de tinieblas me inundase. Bajo ella quedé anonadada. Momentos antes que me cubriese, oí las dos.

"Cuando me desperté... o me recobré del desmayo, o si fué un sueño, cuando me desperté... me volví hacia John. Permanecía estirado... ¡tan quieto! Lo toqué... estaba frío... ¡tan frío!

"¡Ví que estaba muerto!

"Doctor Lowell... dígame... ¿qué hay en todo esto de sueño y qué de realidad? ¡Sé que una muñeca no puede haber matado a John!

XII

HABIA tal angustia en los ojos de la mujer, que hubiera sido una crueldad decirle la verdad; por eso la engañé.

—Puedo tranquilizarla respecto a ese particular. Su marido murió por causas completamente naturales... de un derrame cerebral. Mi reconocimiento no deja lugar a dudas en cuanto a eso. Usted no ha tenido la menor intervención en su muerte. En cuanto a la muñeca, ha tenido usted un sueño muy vivo, y nada más.

Me miró como quien está dispuesto a dar cuerpo y alma por creer lo que le dicen, y objetó:

—¡Pero yo sabía que se estaba muriendo!

—Es muy posible — asentí apelando a una explicación técnica que seguramente no entendería, pero que la dejaría convencida. — A lo mejor estaba usted medio despierta, en ese estado que llamamos semiconsciente que precede al despertar de los sentidos. Con toda probabilidad, el sueño fué sugerido por lo que oyó. Su subconsciencia, tratando de explicarse los ruidos, creó todo el sueño fantástico que me ha contado. Lo que en el sueño le pareció que duró varios minutos, sucedió en su imaginación en un tiempo reducido a pocos segundos, porque la subconciencia tiene su propio tiempo. Esto nos lo enseña la experiencia. Golpea una puerta o se produce otro ruido violento que despierta al durmiente. Cuando está completamente despierto, recuerda un sueño muy vivo que terminó con un fuerte ruido. En realidad, el sueño empezó con el ruido, aunque a él le parezca que ha durado horas. Fué casi instantáneo, empezando y acabando en el breve momento que medió entre el ruido y el dspertar.

Dió un profundo suspiro y serenóse un poco la expresión angustiosa de su senblante. Yo aproveché esta ventaja.

—Y ha de tener presente otra cosa: su estado interesante, que provoca en muchas mujeres sueños de una viva apariencia real, con frecuencia de carácter muy desagradable, y aún a veces alucinaciones.

—Es verdad — murmuró ella. — Cuando esperaba a Mollie tuve los sueños más espantosos.

Se quedó dudando y noté que se le ensombrecía el rostro de honda preocupación.

—Pero, ¿y la muñeca? ¡La muñeca ha desaparecido!

Me maldije al oír ésto, que me tomaba desprevenido, sin respuesta que oponer. Pero Mc Cann la tuvo al momento en los labios.

—Ya puedes estar segura de que ha desaparecido, Mollie. Yo la he tirado al montón de la basura. Después de lo que me contaste, pensé que sería lo mejor que no la vieras más.

—¿Dónde la encontraste? — preguntó con viveza. — Porque yo la he buscado en vano.

—No es raro que no la encontrases — contestó él, — porque estaba en el fondo de la camita de la niña, muy escondida entre un revoltijo de la ropa. La encontré bastante estropeada, como si la niña hubiese bailado encima un cancán.

—Se deslizaría poco a poco. Me parece que no miré bien... — dijo ella con acento de duda.

Yo intervine en tono severo, para que no sospechase una inteligencia entre los dos:

—No debió de hacer eso, McCann. Si le hubiese enseñado la muñeca, en seguida hubiera quedado convencida la señora Gilmore de que había tenido un sueño y le hubiera evitado una gran pena.

—Bueno, yo no soy doctor. Hice lo que me pareció más conveniente.

—Baje a ver si la encuentra — ordené con aspereza, y como él me mirase como sorprendido, le hice un signo que comprendió. Obedeció y al momento estuvo de vuelta.

—No hace más que cinco minutos que se han llevado la basura, — y con ella la muñeca. Pero he encontrado esto.

Y mostró un correaje de que pendía media docena de libros en miniatura, mientras preguntaba:

—¿No era esto lo que soñaste que la muñeca dejaba en la mesa tocador, Mollie?

Ella miró y se apartó diciendo:

—Sí eso era. Apártalo, que no quiero verlo.

McCann me miró con aire de triunfo.

—Veo que, después de todo, quizá hice bien en tirar la muñeca, doctor.

—De todos modos, ahora que la señora Gilmore está persuadida de que fué un sueño, poco importa.

Luego dirigiéndome a la mujer, toqué sus frías manos y le dije:

—Espero que hará usted lo que voy a mandarle. No le conviene estar aquí ni un momento más de lo necesario. Recoja cuanto usted y su hija puedan necesitar durante una semana y márchense. Hay que pensar en su delicado estado y en la nueva vida que está en camino. Yo cuidaré de todas las diligencias necesarias y en cuanto a lo demás, puede usted dar instrucciones a McCann. Pero es conveniente que se marche. ¿Quiere usted?

Con gran satisfacción por mi parte, consintió en seguida. La escena que se desarrolló al separarse madre e hija del cadáver fué horripilante, pero al cabo de pocos minutos, se marchaban, acompañadas de McCann, a casa de unos parientes. La niña deseaba llevarse la pareja de muñecas, pero yo no consentí, aun a riesgo de despertar las sospechas de la madre. No quise que se llevasen a su refugio ningún recuerdo de madame Mandilip. McCann me apoyó y las muñecas se quedaron en casa.

Llamé a un empresario de pompas fúnebres a quien conocía y después de examinar el cadáver por última vez, me convencí de que nadie sería capaz de descubrir el pinchazo. No era de temer una autopsia, pues nadie pondría en duda mi certificado de defunción. Cuando llegó el empresario expliqué la ausencia de la viuda, como precaución tomada por mí en vista de su preñez avanzada. Atribuí la muerte a una embolia y así lo certifiqué, sonriendo al pensar en el médico del banquero y en el concepto que me había merecido.

Cuando se llevaron el cadáver y en espera de McCann, me di a reflexionar sobre los fantasmagóricos sucesos que me envolvían y entre los que andaba a tientas. Ante todo me esforcé en rechazar todo prejuicio, en despojarme de toda idea preconcebida acerca de si todo aquello era posible o imposible. Empecé admitiendo que madame Mandilip podía poser unos conocimientos ignorados en absoluto por la ciencia moderna. Me abstuve de llamar a esto brujería o hechicería. Poco importaban las palabras, si habían sido aplicadas a través de los siglos a fenómenos completamente naturales, cuyas causas ignoraban los profanos. No hace mucho, por ejemplo, el hecho de encender una

cerilla era brujería para muchas tribus salvajes.

No, madame Mandilip no era "bruja", como se figuraba Ricori. Era doctora de una ciencia desconocida y nada más.

Y su ciencia debía ser regida por leyes fijas, aunque estas leyes me fuesen desconocidas. Si los fenómenos provocados por la constructora de muñecas no respondían al principio de causa y efecto por mí conocidos, no podía deducir que no se conformasen a las leyes de causa y efecto conocidas por ella. En ello nada había de sobrenatural, pero, como los salvajes, ignoraba yo cómo se engendraba la llama de la cerilla.

Pero si creía adivinar algo de estas leyes, algo de la técnica de aquella mujer, entendiendo por técnica la serie de detalles, considerados en conjunto, para la ejecución mecánica de una obra de arte. El cordel de nudos, "la escala de la bruja", era sin duda algo esencial para la animación de las muñecas. Uno se encontró en el bolsillo de Ricori, donde lo llevaba antes del primer ataque; otro junto a su cama, después de las perturbadoras ocurrencias de la noche. ¡Yo me dormí con uno de aquellos cordeles en la mano e intenté asesinar a mi paciente! Otra cuerda acompañó a la muñeca que mató a John Gilmore.

Estaba bien claro que el cordel formaba parte de la fórmula para dirigir la actuación de las muñecas.

Contra esto se daba el caso de que el borracho vagabundo no llevaba ninguna "escala" consigo, cuando lo atacó la muñeca de Peters.

Esto podía explicar que el cordel sólo tenía que ver con las actividades de los monigotes, que, una vez puestos en movimiento, podían seguir actuando por tiempo indefinido.

Que había una formula fija para hacer las muñecas era evidente. En primer lugar había que obtener el libre consentimiento de la víctima a servir de modelo, luego una herida que daca pretexto para aplicar el ungüento que producía la muerte por causa desconocida y por último, la muñeca había de ser una copia exacta de la víctima elegida. La concurrencia de idénticos síntomas probaba que el agente mortal era el mismo en cada caso.

¿Pero era imprescindible la movilidad de las muñecas en todos los casos de muerte? ¿Eran las muñecas indispensables en toda operación?

La fabricante de muñecas podía creer que sí y sin duda lo creía.

Yo no.

Que la muñeca que hirió a Ricori había sido hecha a semejanza de Peters, que para la "muñeca enfermera" que los guardianes habían visto saltar por la ventana hubiera servido de modelo la Walters; que la muñeca que hundió la aguja en el cerebro de Gilmore era tal vez la imagen de Anita, la muchachita de once años que iba a la escuela, todo esto lo admitía.

Pero que algo de Peters, algo de Walters, algo de Anita animase a estos monigotes... que al morir se les hubiera arrebatado alguna esencia de su vitalidad, como su inteligencia, su "alma" para incorporarla o encerrarla en el esqueleto de aquellos monigotes, convertida en una esencia de maldad, no... contra esto se rebelaba mi razón. No podía admitir ni la posibilidad.

Y aquí llegaba de mis reflexiones cuando se presentó McCann, diciendo lacónicamente:

—Bueno ya está todo arreglado.

—McCann — le pregunté, — sea sincero: ¿dijo la verdad al afirmar que había hallado la muñeca?

—No, doctor. La muñeca se escapó.

—¿Pero dónde encontró los libritos?

—¿Donde dijo Mollie que los dejó la muñeca, en su mesa tocador. Cuando me contó esa historia, tuve la ocurrencia de hacerlos desaparecer. Aun no se había fijado en ellos. Estuve acertado, ¿verdad?

—Ahora me hace pensar que no sé cómo hubiéramos salido del paso si llega a preguntarnos por el cordel de nudos.

—Por lo visto no le dió ninguna importancia a esa cuerda, y... — McCan titubeó. — Y creo que si yo no me la hubiera llevado a paseo y John no hubiera estado en casa y Mollie hubiera abierto la caja en vez de él, pienso que se la hubiera encontrado muerta en vez de él.

—Quiere decir...

—Que las muñecas atacan a quien tiene el cordel — me interrumpió con semblante sombrío.

No puedo menos de confesar que su pensamiento coincidió con el mío.

—Tal vez alguien tema que sabe demasiadas cosas. Y esto me lleva a lo que quería decirle en cuanto lo viese. ¡La bruja Mandilip sabe que se la vigila!

—Eso quiere decir que su espionaje es más perfecto que el nuestro — contesté remedando a Ricori y entonces le conté el segundo atentado ocurrido aquella noche, que motivó mi llamada telefónica.

—Y eso prueba — dijo cuando hube terminado — que la hechicera Mandilip sabe quién la hace vigilar. Ha tratado de dar el pasaporte al amo y a Mollie y ahora se lanzará contra nosotros, doctor.

—Las muñecas van acompañadas — dije. — Las notas musicales son un aviso de retirada. No desaparecen en el aire. Obedecen la llamada y se dirigen... a donde sea... al lugar en que suena la flauta o el silbato. Pero las muñecas salen de la tienda y por tanto, una de las dos mujeres debe de sacarlas. ¿Cómo han podido burlar su vigilancia?

—Lo ignoro — dijo McCann con aire de consternación. — Pero eso es cosa de la muchacha de cara blanca. Permita que le explique todo lo que sé, doctor. Cuando me despedí de usted la otra noche fuí a ver qué tenían que contar los muchachos. Me dijeron muchas cosas. Dicen que, a las cuatro, la muchacha

desaparece en el interior y la mujer se sienta en una silla de la tienda. A eso no le dan la menor importancia. Pero, a las siete, lo único que ven, cruzando la calle y en el interior de la casa, es la muchacha. Esto deja a los muchachos desconcertados por completo, porque no la han visto salir y ha tenido que pasar por delante de ellos.

"Luego, a eso de las once, uno de los muchachos relevados tuvo algo peor que contarme. Dice que, pasando por el extremo Broadway, vió que un cupé torcía por la esquina y en él iba la muchacha. No podía confundirla con otra por haberla visto en la tienda. Se perdió a lo largo de Broadway como una exhalación. Al ver que nadie la perseguía buscó un taxi; pero se dió a los diablos viendo que no pasaba un coche ni lo había en los puntos de parada. Ante esto, volvió adonde estaban apostados los de la banda y los recriminó diciéndoles que qué hacían allí parados como dos tontos. Y tampoco esta vez había visto nadie nada.

"Yo y dos hombres efectuamos una ronda por todo el barrio para ver dónde se estacionaba el cupé. No dió resultado alguno hasta las cuatro, hora en que me encontré con uno de los muchachos que estaban buscando, el cual me dijo que a las tres había visto a la muchacha — al menos él creyó que lo era — caminando a lo largo de la calle, cerca de la esquina de la casa encantada. Llevaba un par de cajas de modista que no parecían pesarle nada. Andaba de prisa, pero alejándose de la casa de las muñecas. El se detuvo para fijarse bien, cuando de pronto no vió nada. Se acercó corriendo al lugar donde la había visto y no halló ni rastro. Estaba aquello muy oscuro y empujó todas las puertas y registró todos los patios, pero todas las puertas estaban cerradas y en los patios no había nadie, por lo que, sin perder más tiempo, vino a buscarme.

"Yo fuí allá, pero mis investigaciones fueron inútiles. Es un lugar que se halla en la esquina extrema de la manzana de casas a que pertenece la de las muñecas, siete u ocho números más allá. Casi todo son tiendas instaladas en los pisos y con pocos habitantes. Todas las casas son viejas. Aun no sé cómo pudo llegar la muchacha a la tienda. Creí que el muchacho se habría confundido, tomando a una persona por otra, o pensando que había visto a alguien, pero mirando por los alrededores, no tardamos en encontrar una puerta que podía ser un garage. En un momento la forzamos y en efecto, había un cupé con el motor todavía caliente. No hacía mucho rato que lo habían dejado allí. Correspondía en todo a la descripción que nos había hecho el muchacho que vió a la joven guiándolo.

"Me volví adonde estaban los otros vigilando y pasé la noche con ellos. En la casa de las muñecas nadie pudo ver el menor rayo de luz. Pero a las ocho de la mañana la muchacha se dejó ver en el interior de la tienda y la abrió al público".

—Con todo eso — observé yo al llegar aquí, — aun no tiene usted la menor prueba de que la muchacha saliese de noche. ¿Quién le asegura que la joven que vieron sus hombres fuese ella?

Me miró con lástima.

—¿No salió por la tarde sin que ellos la vieran? ¿Quién le impide hacer lo mismo de noche? ¿No la vió un muchacho guiando un cupé? ¿Y no hallamos un cupé igual donde la moza desapareció de la vista de quien la miraba?

Me senté, pensativo. ¿Qué motivos tenía para no creer a McCann? Y la siniestra coincidencia de las horas en que la muchacha había sido vista, me hizo decir, casi gritando:

—La hora de la tarde coincide con la en que se dejó la muñeca en casa de los Gilmore. La hora en que salió de noche coincide con la del ataque contra Ricori y de la muerte de John Gilmore.

—¡Gracias a Dios que se le ha caído la venda de los ojos! — exclamó McCann. — Sale la muchacha, deja la muñeca en casa de Mollie y vuelve. Sale otra vez, suelta la muñeca contra el amo y espera a que salte para recogerla. Luego va a recoger la que ha dejado en casa de Mollie. Entonces se retira a casa, llevando las muñecas en las cajas de modista.

No pude soportar la irritación que me produjo sentirme agarrado sin remedio en una red de supercherías.

—¿Y qué cree usted? ¿Qué salió de casa por la chimenea, montada en una escoba? — pregunté con estúpida ironía.

—No, doctor — me contestó él con toda seriedad, — no creo eso. Pero los edificios son viejos y acaso haya un agujero o un pasadizo secreto por donde meterse. De todos modos, los muchachos están ahora vigilando la calle y el garage y no es fácil que se nos escape.

Y añadió con socarronería:

—Y ya que lo pregunta, no aseguraría que le fuese imposible cabalgar sobre una escoba, si tuviera necesidad de hacerlo.

No quise escucharlo y le dije de sopetón:

—McCann, voy a hablar con esa señora Mandilip y deseo que venga usted conmigo.

—No me apartaré de su lado, doctor, con la mano siempre en mi pistola.

—No, quiero verla solo; pero me gustaría que usted vigilase de cerca, en la calle.

Protestó, expuso mil razones, pero por fin consintió a regañadientes.

Llamé a mi despacho por teléfono, hablé con Braile y me enteré de que Ricori se restablecía rápidamente. Le rogué que durante el resto del día hiciese el favor de atender mis asuntos y excusar mi ausencia con cualquier pretexto. Pedí que me pusieran en comunicación con el cuarto de Ricori y encargué a la enfermera que le dijese que McCann estaba conmigo, que íbamos a hacer ciertas investigaciones sobre una cuerda, cuyos resultados le comunicaría a mi regreso y que deseaba, si él, Ricori, no tenía inconveniente, que McCann me acompañase durante el resto de la tarde.

Ricori me comunicó por la enfermera su deseo de que McCann obedeciese mis órdenes en absoluto, como si fuesen las suyas propias. Deseaba hablar conmigo, pero yo me opuse con el pretexto de que tenía prisa, colgué el aparato.

Comí con mucho apetito. Quería encontrarme fuerte ante las realidades, o lo que yo pensaba que eran realidades, cuando me viese frente a frente de aquella doctora de las ilusiones. McCann estaba sombrío y malhumorado.

Daban las tres cuando salimos en dirección a la tienda de madame Mandilip.

XIII

Me detuve ante el escaparate, dominando una violenta repugnancia a entrar en la tienda. Sabía que McCann me guardaba la espalda y que los hombres de Ricori vigilaban la casa desde la acera de enfrente y confundidos entre los transeúntes. A pesar del estrépito de los camiones y del tráfico callejero de los alrededores, en medio de la vida normal de aquel ruidoso barrio, la tienda de las muñecas era un fortaleza inexpugnable, ante la cual me quedé temblando como ante la puerta de un mundo desconocido.

En el escaparate no había más que unas cuantas muñecas expuestas, pero lo bastante hermosas para atraer la atención de cualquiera que por allí pasase, niño o grande. No eran tan perfectas como la de Walters ni como las que vi en casa de los Gilmore, pero constituían verdaderos reclamos.

La tienda estaba mitigadamente alumbrada y me permitía ver a una esbelta muchacha que se movía tras un mostrador. Era, sin duda, la sobrina de madame Mandilip. Realmente, el aspecto de aquel tenducho no prometía una trastienda tan suntuosa como Walters la había descrito en su diario. Claro que la casa era vieja y podía extenderse considerablemente por la parte de atrás...

De pronto, me revestí de valor, abrí la puerta y entré.

La muchacha se volvió y me miró, mientras me dirigía al mostrador; pero guardó silencio. La examiné rápidamente. Era el tipo de muchacha histérica, uno de los más acusados que había visto. Me fijé bien en sus ojos saltones, de un azul pálido, y en su vago mirar con las pupilas muy dilatadas, en su cuello largo y delgado, en sus facciones suavemente contorneadas y en la palidez marfilea de sus largos y flacos dedos Tenía las manos juntas y pude observar que eran extraordinariamente flexibles, lo cual completaban el sindrome que nos da Laignel-Lavastine de la histérica. En otros tiempos y otras circunstancias hubiera sido una sacerdotisa orácula o una santa.

No cabía la menor duda de que el miedo señoreaba su espíritu, pero estaba seguro de no ser yo quien se lo causaba. Era un temor íntimo y extraño que se enroscaba en las raíces de su ser, consumiendo su vitalidad... un terror místico. Le vi los cabellos. Eran de ceniza plateada... ¡el color, el mismo del cordel de los nudos!

Cuando vió qeu me fijaba en sus cabellos, el vago mirar de sus ojos se tornó receloso, y por vez primera pareció percatarse de mi presencia. Yo le dirigí la palabra en un tono de circunstancias:

—Me han llamado la atención las muñecas del escaparate. Tengo una nieta a quien creo que le gustaría que le regalase una.

—Todas están en venta. Si hay alguna que le gusto puede comprarla, pagando su precio.

Me lo dijo sin levantar mucho la voz, casi murmurando con indiferencia, pero dirigiéndome una intensa mirada penetrante.

—Supongo — repliqué afectando cierto enojo — que todos los que vienen a comprar han de pagar. Pero el caso es que se trata de una niña que es mi predilecta y quisiera comprarle lo mejor que tenga. ¿Sería tan amable de enseñarme otras más bonitas, si las tiene?

Sus ojos oscilaron un momento. Tuve la impresión de que estaba escuchando algún ruido que yo no alcanzaba a oír. Súbitamente abandonó la actitud de indiferencia y se mostró afable, y al mismo instante sentí que otros ojos se fijaban en mí, que examinaban, me escudriñaban. Tan viva fué la impresión, que involuntariamente me volví a mirar a todos los lados de la tienda; pero no ví a nadie, seguíamos solos la muchacha y yo. Dirigí una mirada al escaparate para ver si McCann estaba mirando, y no había nadie.

En un abrir y cerrar de ojos desapareció la mirada invisible y me volví a la joven, que acababa de colocar una docena de cajas sobre el mostrador y las estaba abriendo, mientras me miraba candorosamente y casi con dulzura me decía:

—¡No faltaba más! Puede usted ver todo lo que tenemos. Sentiría que me creyese usted indiferente a su deseos. Mi tía, que hace las muñecas, ama a los niños y no permitiría que quien los ama como ella saliese de aquí descontento.

Fué un discurso no por breve menos interesante y pronunciado como si se lo estuvieran dictando. Pero esta circunstancia no despertó tanto mi interés como el súbito cambio que se operó en la muchacha. Su voz ya no tenía aquella languidez de antes y había adquirido una vibración enérgica; ni era ella ya la muchacha desanimada y displicente. Se la veía agitada de una vivacidad especial, le habían salido los colores y su mirada era fija y no vaga. Hasta en sus ojos noté un brillo, más de burla que de malicia.

Examiné las muñecas.

—Son preciosas — dije por fin, — pero, ¿no tienen nada mejor? Le seré franco: mi nieta cumple siete años y quisiera algo notable. El precio es lo de menos, tratándose...

La oí respirar y la miré. De sus ojos había desaparecido toda expresión burlona para dejar lugar al espanto de su mirada, y de sus mejillas se había retirado la sangre, dejándolas blancas como el mármol. Y de pronto volví a

sentirme envuelto por la extraña e invisible mirada, con más fuerza que antes, y de nuevo noté que la mirada se desvanecía.

Detrás del mostrador se abrió una puerta.

Aunque estaba preparado para encontrarme con algo extraordinario, por el retrato de la fabricante de muñecas que nos dejó la enfermera Walters, me produjo un efecto inesperado. Su estatura, su corpulencia, aumentada por la proximidad de las muñecas, y la frágil constitución de la muchacha, me pareció gigantesca al verla aparecer en el umbral. Una gigante cuya cara grande, con sus pómulos prominentes, su bigote y su boca endurecida, producían una impresión masculina que contrastaba grotescamente con sus abultados senos.

Pero al mirar sus ojos olvidé su grotesca figura. Eran enormes, negros y luminosos, de una vitalidad desconcertante. Diríase que estaban animados de una vida espiritual independiente del resto de su cuerpo. Y de ellos emanaba una fuerza vital tan poderosa, que la sentí en mis nervios como una onda cálida y hormigueante, en que nada había de siniestro, o al menos entonces no lo noté.

Me costó un gran esfuerzo apartar mi mirada de aquellos ojos. Vestía de negro y ocultaba las manos entre los anchos pliegues de su ropa. Volvió mi mirada a sus ojos y creí ver centellear en el fondo de ellos aquel desdén burlesco que había visto en los de la muchacha. Cuando habló comprendí que la vibración enérgica de la voz de la muchacha no era más que un eco de aquellos dulces sonidos de poderoso timbre.

—¿No le gusta lo que le ha enseñado mi sobrina?

Apelé a todas mis facultades para contestar:

—Son todas deliciosas, madame... madame...

—Mandilip — dijo ella serenamente. — Madame Mandilip. ¿No sabía usted mi nombre?

—Por desgracia — contesté ambiguamente. — Tengo una nieta, una niña. Deseo hacerle un obsequio extraordinario para celebrar su cumpleaños. Todas las muñecas que hasta ahora he visto son preciosísimas; pero si tuviera usted algo...

—Algo especial — dijo recalcando la palabra, — de singular belleza. Bien, tal vez tenga algo. Mas, para favorecer a mis clientes de un modo especial, necesito saber con quién trato. Pensará usted que soy una comerciante extraña, ¿verdad?

Se echó a reír y me quedé maravillado de la frescura, de la sonoridad agradable y cristalina de aquella risa.

Haciendo un gran esfuerzo, retrocedí a la realidad y me puse en guardia. Saqué una tarjeta de mi cartera. No quería que me reconociese, como lo hubiera hecho de haberle entregado mi propia tarjeta. También quería evitar qeu sospechase de cualquiera a quien pudiese perjudicar. Por eso tuve la precaución de poner en mi cartera la tarjeta de un doctor amigo, muerto hacía años. Ella la miró.

—¡Ah! — exclamó. — ¿Conque es usted un hombre de ciencia, un médico? Bueno, ahora que ya nos conocemos mutuamente, venga usted conmigo y le enseñaré lo mejor que tengo.

Me condujo por la puerta a un pasillo angosto y oscuro. Me agarró de la mano y otra vez sentí aquel vital y extraño hormigueo. Se paró ante otra puerta y se volvió a mirarme.

—Aquí es donde guardo lo mejor. Mis "especialidades".

Y riendo de nuevo, abrió la puerta.

Pasé el umbral y me detuve a examinar la pieza con cierta inquietud, porque no ví la espaciosa sala encantada de que hablaba Walters. Cierto que era un poco más espaciosa de lo que podía esperarse, pero, ¿dónde estaban los magníficos artesones, los antiguos tapices, el espejo mágico que era como "el hemisferio de la más pura agua", y tantas otras cosas que le dieron la impresión de hallarse en un paraíso?

Entraba la luz por una ventana que daba a un patio angosto, a través de una persiana a medio tirar. Las paredes y el techo eran de madera lisa y descolorida. La del fondo estaba ocupada enteramente por armarios con puertas de madera. Había un espejo en una de las paredes y era redondo. Y a esto se reducía cuanto pude cotejar con la descripción de mi enfermera.

La chimenea era como todas las que pueden verse en las casas viejas de Nueva York, y los cuadros que colgaban de las paredes no tenían nada de particular. La mesa que le pareció a la difunta un mueble tan suntuoso, era como otra cualquiera y estaba llena de prendas para muñecas más o menos acabadas.

Mi inquietud aumentó. Si la Walters había fantaseado sobre aquella sala, ¿quién me decía que no había inventado también otras cosas de su diario? ¿No sería todo el escrito producto de una imaginación exaltada?

Pero nada había exagerado respecto a los ojos ni a la voz, ni había nada de fantasía en lo tocante al aspecto de la mujer y a las rarezas de su sobrina. La dama habló como si siguiera el hilo de mis pensamientos:

—¿Le interesa mi sala?

Hablaba con voz suave, en la que me pareció descubrir una alegría secreta. Yo le contesté:

—Todo taller en que trabaja un verdadero artista es interesante. Y usted es una verdadera artista, madame Mandilip.

—¿Cómo sabe usted eso?

Dándome cuenta del desliz, me apresuré a decir:

—Soy un amante del arte y me basta haber visto unas cuantas muñecas. No es preciso ver toda una galería de cuadros para comprender que Rafael, por ejemplo, fué un maestro. Con un cuadro basta para apreciarlo.

Sonrió ella de una manera amistosa, cerró la puerta a mi espalda y me indicó un sillón al lado de la mesa.

—¿No le disgustará esperar un poco antes que le enseñe mis muñecas? He de acabar un vestido, porque ha de venir a buscarlo dentro de un rato la niña a quien se lo prometí. En seguida estará.

—Con mucho gusto, señora — asentí yo, sentándome.

Ella siguió hablando con voz melodiosa:

—Esto es muy pacífico y usted parece que está cansado. Ha trabajado usted mucho, ¿verdad? Sí, está muy "cansado".

Apenas me hube sentado, noté que en realidad estaba muy cansado. Por un momento se relajó la tensión en que mantenía mis nervios y cerré los ojos. Al abrirlos ví que la mujer ocupaba su asiento junto a la mesa.

Contemplé sus manos. Eran largas, finas, blancas, las manos más hermosas que he visto en mi vida. Como sus ojos, parecían tener vida propia, como si vivieran por sí y para sí mismos, independientes del resto del cuerpo de que formaban parte. Las descansó sobre la mesa y me dijo con cierta displicencia.

—¡Qué bueno es refugiarse de vez en cuando en un rincón tranquilo, donde reina la paz! Es tan pesada la vida, tan agobiadora... y uno está tan "cansado"... tan "cansado"...

Agarró un vestidito de la mesa y empezó a coser. Los dedos de una mano se movían manejando la aguja, mientras los otros movían la ropita. ¡Cuánta belleza había en el movimiento de aquellos dedos... qué ritmo! ¡Parecían llevar el compás de una música deliciosa!

—Es verdad — prosiguió con su voz cantarina, — aquí no llega el menor rumor de la vida. Todo es paz... quietud... descanso...

Aparté con disgusto mis ojos de la danza ejecutada por aquellas manos, del bello espectáculo que ofrcían aquellos dedos tan rítmicamente movidos. Tan equietadores como un sedante. La artista descansaba los ojos en mí, en una mirada blanda y acariciadora... llena de la paz de que me hablaba.

Pensé que no perdería nada con un poco de descanso, que recobraría las fuerzas necesarias para la lucha que iba a empezar. Y realmente estaba fatigado. ¿Cómo no lo había notado antes? Volví la vista a sus manos. ¡Maravillosas manos! Ni ellas ni los ojos ni la voz podían formar parte de aquel cuerpo horrible.

¡Y acaso no correspondían al cuerpo! Acaso aquel cuerpo no era más que una capa, una cubierta, un disfraz del cuerpo a que pertenecían las manos, la voz y los ojos. Me acudió esta idea contemplando sus manos. ¿Cómo sería el cuerpo que tenía aquellas manos? ¡Oh! ¡Si era tan hermoso como las manos, los ojos y la voz!

Estaba canturriando un extraño airecillo. Era una melodía arrulladora, soporífera, que se me filtraba por los nervios fatigados, destilándose en sueño... en sueño.

¡Sueño!

No sé qué potencia se levantó a protestar en mis adentros, enfurecida, ordenándome que me despertase, que sacudiese de mí aquel letargo...

Por el terrible esfuerzo con que subí bostezando a la superficie de la conciencia, comprendí lo muy hundido que llegué a estar en el extraño sueño, y por un instante, en mi tránsito al estado de vigilia, ví la sala como la Walters la viera.

Grande, inundada de luz tenue, con los antiguos tapices, los artesones, los paneles tallados, tras los cuales acechaban sombras burlonas que se reían... se reían de mí. En la pared veía el espejo, como la mitad de una gota inmensa de agua pura ¡y los reflejos de las molduras parecían moverse en él como la vegetación del borde de un estanque!

La espaciosa sala pareció oscilar un momento y se desvaneció.

Me encontré hundido en una poltrona, en el cuarto a donde me condujo, y la mujer estaba a mi lado, muy cerca, contemplándome con cierta perplejidad y creo que con un dejo de disgusto. Me pareció la suya la actitud de una persona a quien inesperadamente se hubiera interrumpido en su tarea.

¿Interrumpido? ¿Cuándo se había levantado? ¿Qué hizo conmigo mientras dormí? ¿Qué le había impedido neutralizar aquel mi supremo esfuerzo con que me zafé de sus reales?

Traté de hablar y no pude. Con la lengua paralizada, sentí toda la indignación de la más humillante de las situaciones. Me había dejado atrapar como un novato, yo que estaba tan alerta, tan receloso de cualquier movimiento, y bastó la actuación de unos ojos bonitos, de una voz dulce y de unas manos activas y la reiterada sugestión de que estaba cansado... muy cansado... de que allí había paz, propicia al sueño... al sueño.

¿Qué me había hecho mientras dormía? ¿Por qué no podía moverme? ¿Acaso mi energía se agotó en el terrible esfuerzo por desasirme de sus dedos? Me quedé inmóvil, mudo, extenuado; ni un músculo obedecía a mi voluntad. Las debilitadas manos de mi voluntad trataron de mover mis brazos y les faltó fuerza.

La mujer rió y se dirigió a los armarios de la pared del fondo. La seguí con la vista, sin poder evitarlo. Oprimió un botón y la puerta de uno de los armarios se abrió automáticamente.

Dentro del armario había una muñequita, una niña de cara angelical y sonriente. Al verla me dió un vuelco el corazón. En su mano cerrada había una aguja que empuñaba a manera de daga, y comprendí que se trataba de la muñeca con la que había dormido la niña de Gilmore... la que había saltado de la camita de la niña... la que se había arrastrado por la cama del matrimonio y asestado el golpe...

—Esta es una de las mejores de mi "especialidad" — dijo la dueña, fijando en mí unos ojos burlones. — ¡Una buena muñeca! Un poco descuidada, a veces, pues se deja olvidados los libros de la escuela cuando va de visita. ¡Pero muy obediente! ¿Le gustaría para su nieta?

Y se echó a reír con una risa juvenil y diabólica. Y de pronto pensé que Ricori tenía razón al decir que aquella mujer debía morir. Apelé a todas mis fuerzas para arrojarme sobre ella, pero no pude mover ni un dedo.

Ella alargó la mano y oprimió el oculto resorte de otra puerta, que se abrió. Sentí que una mano de hielo estrujaba mi corazón. Desde el interior del armario me miraba la mismísima Walters...

¡Y estaba crucificada!

Era tan perfecta, tan... "viva" la muñeca, que creí ver a la joven enfermera a través de

un cristal de disminución. Era imposible pensar en otra cosa, viendo la muñeca, que en la muchacha que representaba. Vestía el uniforme de enfermera, aunque sin gorro, y sus negros cabellos le caían deshechos por la cara. Tenía los brazos extendidos y las palmas de sus manos estaban sujetas con pequeños clavos a la madera del armario. Sus pies desnudos estaban juntos y atravesados por el empeine con otro clavo. Para contemplar el terrible, el sacrílego simulacro, colgaba sobre su cabeza un letrero que decía:

"La Mártir abrasada".

La dueña murmuró con una voz de miel extraída de flores del averno:

—Esta muñeca no se ha portado bien. Ha sido desobediente. Y a las muñecas que no se portan bien, las castigo. Ya veo que está usted apenado. Bueno, ya está bastante castigada, por ahora.

Sus blancas manos se movieron dentro del armario, arrancaron los clavos de pies y manos, dejó a la muñeca derecha, apoyada en el fondo y se volvió a decirme:

—¿Acaso le gustaría para su nieta? Lo siento. No puedo venderla. Antes que se separe de mí ha de aprender algunas lecciones.

Cambió de tono, su voz dejó aquella dulzura diabólica y sonó cargada de amenazas.

—¡Y ahora escuche, doctor Lowell! ¿Cómo, de veras pensaba que no le conocía? Lo conozco desde el principio. ¡También usted necesita una lección! Y la recibirá... ¡por necio! Usted que pretende curar a los que han perdido la inteligencia y no sabe nada, "nada" le digo, de lo que es la inteligencia; usted, que concibe la mente como parte de una máquina de carne y sangre, de nervios y de huesos, y no sabe nada de lo que contiene; usted, que niega la existencia de todo lo que no puede medir con sus probetas o ver en su microscopio; usted, que define la vida como un fermento químico, y la conciencia como el producto de las células, ¡es un necio! ¡Y no obstante, usted y ese salvaje de Ricori tratan de estorbarme, de inmiscuirse en mis asuntos, de rodearme de espías! Se atreven a amenazarme... a "mí", poseedora de la antigua ciencia a cuyo lado la ciencia de usted es una olla de grillos! ¡Mentecatos! Yo sé quien ocupa la inteligencia y las fuerzas que se manifiestan a través de ella y las que se mueven detrás. Y estas fuerzas acuden al oír mi voz. ¡Y quiere usted oponer su ciencia a la mía! ¡Es usted un necio! ¿Me ha entendido? ¡Hable!

Y me alargó un dedo. Sentí que mi garganta adquiría flexibilidad, noté que podría hablar por fin.

—¡Bruja del infierno! — rugí. — ¡maldita asesina! ¡Irás a la silla eléctrica si no acabo antes contigo!

Se me acercó más, riendo.

—¿Piensa delatarme? ¿Y quién le creerá? ¡Nadie! La ignorancia que su ciencia ha fomentado es mi escudo. Las tinieblas de vuestra incredulidad son mi fortaleza. ¡Continuad jugando con vuestras máquinas, majaderos! ¡Jugad cuanto queráis con vuestras máquinas, pero no os metáis más conmigo!

Luego, su voz adquirió un tono de calma mortal.

—Óiga bien lo que le digo. Si quiere usted vivir y quiere que vivan sus amistades, retire los espías. A Ricori no podrá salvarlo. Es mío. Pero usted no vuelva a pensar en mí. No se meta más en mis asuntos. No temo a sus espías, pero me ofenden. Lléveselos. En seguida. Si esta noche continúan vigilando...

Me tomó del brazo con una fuerza que me hizo temer la rotura del hueso y me empujó hacia la puerta.

—¡Márchese!

Me esforcé en dominar mi voluntad y en levantar las manos. Si me hubiera sido posible, sin duda me hubiese revuelto contra ella como una fiera. Pero no pude moverlas. Como un autómata me encaminé a la puerta. Ella la abrió.

Percibí un extraño rumor en los armarios. Haciendo un supremo esfuerzo, volví la cabeza. La muñeca de Walters había caído de bruces y con sus brazos extendidos y vibrantes parecía suplicarme que me la llevase. Aun ví en sus palmas los estigmas de la crucifixión, y sus ojos se fijaban en mí...

—¡Márchese! — dijo la dueña. — ¡Y recuerde lo que le he dicho!

Con paso rígido, atravesé el corredor y la tienda. La muchacha me dirigió una mirada vaga y llena de temor. Crucé la tienda y salí a la calle como si una mano me empujase inexorablemente.

Me pareció oír, o! en realidad a mi espalda la burlona risa de la fabricante de muñecas como salida del infierno.

IV

APENAS llegué a la calle, recobré la voluntad y la libertad de movimiento. En un arrebato de ira, quise volver a entrar en la tienda, pero cuando sólo me faltaba un paso, tropecé contra un muro invisible; ni pude avanzar ni me fué posible levantar la mano para tocar la puerta. Fué como si mi voluntad se negase a funcionar o mis manos y piernas se rebelasen contra mi voluntad. Comprendí que se trataba de un fenómeno de sugestión poshipnótica de extraordinaria fuerza, parte del fenómeno que me había retenido inmóvil ante la mujer y que me había arrojado de la tienda como a un pelele. Se me acercó McCann y por un momento tuve la loca idea de ordenar que entrase en la tienda y acabase con madame Mandilip de un pistoletazo. Suerte que el sentido común me advirtió que no podríamos dar una explicación razonable de su muerte y que probablemente expiaríamos nuestra locura en el mismo aparato con que la había amenazado.

—Ya me impacientaba, doctor — dijo McCann, — y estaba a punto de entrar a buscarlo.

—Vamos, McCann — le contesté, — deseo llegar a casa lo antes posible.

Al ver mi cara, silbó.

—Parece que ha sostenido usted una lucha, doctor.

—Así ha sido. Pero a madame Mandilip le corresponden por ahora los honores del triunfo.

—Pues sale usted bastante sereno. Qué diferente del amo, que ponía una cara como si acabase de ver el infierno. ¿Qué ha sucedido?

—Luego se lo diré. Por ahora déjeme tranquilo, que necesito reflexionar.

Lo que más deseaba era recobrar el dominio de mí mismo. Mi entendimiento estaba nublado y me parecía avanzar a ciegas tratando en vano de asir algo tangible. Diríase que me había enredado en una telaraña repugnante y aun después de haberme librado de ella quedaban adheridos jirones viscosos. Subimos al coche y corrimos mucho rato en silencio. McCann, no pudiendo esperar más, se decidió a hablar:

—Al menos, dígame qué piensa usted de ella.

Por aquel entonces había yo llegado a una resolución. Jamás había sentido aquel malvado, frío e implacable deseo de matar, que aquella mujer acababa de despertar en mí. Y no es que sufriese en mi orgullo aunque había quedado mal parado, no; es que estaba convencido de que en la trastienda la maldad, la maldad tan cruel y diabólica como si la fabricante de muñecas fuese realmente un aborto del infierno en que creía Ricori. Contra aquella maldad y contra la mujer en quien se concentraba todo estaba justificado.

—McCann — le dije, — no hay nada en el mundo tan malo como esa mujer. No se deje escapar otra vez a la muchacha. ¿Sabe si anoche descubrió que la seguían?

—No sé, no lo creo.

—Aumente la vigilancia frente y detrás de la casa, sin perder tiempo. Hágalo de un modo descarado, para que no puedan dejar de notarlo. Si la muchacha no sabe que se la ha observado, pensarán que desconocemos la otra salida y que la dejemos pasar inadvertida. Tenga un coche preparado a cada extremo de la calle donde guarda su cupé. Pero mucho ojo con alarmarlas. Si aparece la muchacha, síganla... — Y vacilé.

—¿Y luego, qué? — preguntó McCann.

—Deseo que la agarren, que la rapten, que la secuestren, o como quiera usted llamarlo. Hay que hacerlo con la mayor cautela. En usted confío. Mejor que yo sabe usted cómo se hacen estas cosas. Pero que sea pronto y con mucho tiento. Y no demasiado cerca de la tienda. Tan lejos como puedan. Amordácenla, átenla, si es preciso; pero tráiganmela a casa, con todo lo que lleve. ¿Entendidos?

—Si se deja ver, la agarraremos. ¿Va usted a someterla al tercer grado?

—A eso y... a mucho más. Quiero ver lo que hará la dueña. Tal vez cometa un disparate que nos permita echarle las manos legalmente y entregarla a los tribunales de justicia. No sé si tiene otros servidores invisibles, pero mi intención es privarla de la única servidora visible. Acaso así se dejarán ver los otros. Y al menos la fastidiará esto.

Me dirigió una mirada curiosa:

—Veo que lo ha tratado muy mal, doctor.

—Muy mal — contesté secamente.

McCann guardó silencio y por fin se decidió a preguntar:

—¿Hablará de esto al amo?

—Tal vez sí o tal vez no, esta noche. Depende de su estado. ¿Por qué?

—Porque si hemos de efectuar algo que se parezca a un secuestro, creo que había de saberlo.

—Le recuerdo, McCann, que el encargo de Ricori para usted fué que obedeciese mis órdenes como si fuesen suyas. Ya las ha recibido usted. Yo acepto toda la responsabilidad.

—Está bien — contestó, pero observé que tenía sus dudas.

Ahora bien, suponiendo que Ricori estuviera ya del todo restablecido, no había motivo para no contarle todo lo que me sucedió en la entrevista con la señora Mandilip. Braile ya era distinto, pues sabiendo el íntimo afecto que podía unirlo con la enfermera Walters, no estaría bien torturarlo hablándole de la muñeca crucificada, que aun continuaba siendo para mí, no una muñeca, sino la enfermera Walters crucificada. Y si se lo contase, ¿qué duda había de que se lanzaría como un loco contra la Mandilip? Y esto no convenía.

De todos modos, sentía cierto reparo en contarle a Ricori todos los pormenores de mi visita y lo mismo me sucedía respecto a Braile, a parte de lo de la muñeca Walters. ¿Pero cómo se explica que sintiese la misma repugnancia a contárselo a McCann? No puedo menos que atribuirlo a mi vanidad herida.

Nos detuvimos frente a mi casa. Iban a dar las seis. Repetí a McCann mis instrucciones, que él escuchó moviendo la cabeza.

—Está bien, doctor. Si sale la atraparemos.

Al entrar en casa me dieron una nota de Braile, en que me decía que no vendría a verme hasta después de comer. Me alegré, porque temía el apuro en que me habían de poner sus preguntas. Me dijeron que Ricori dormía y que se restablecía con admirable rapidez. Encargué a la enfermera que, si se despertaba, le dijese que le haría una visita después de comer. Yo me acosté un rato procurando dormir un poco antes de sentarme a la mesa.

Pero no me fué posible conciliar el sueño, pues apenas empezaba a amodorrarme me sobrecaltaba la visión de la fabricante de muñecas.

Me levanté a las siete y dí cuenta de una excelente comida, bebiendo doble cantidad de vino que de ordinario y tomando café muy fuerte, ya que me proponía no desfallecer por nada. Me levanté de la mesa sintiéndome mucho más animado que antes, con la cabeza muy despejada y en un completo dominio de mis facultades, o al menos eso creía. Decidí poner a Ricori al corriente de mis órdenes a McCann concernientes al secuestro de la muchacha. Desde luego, esto implicaba una serie de preguntas a

que habría de contestar, referentes a mi visita a la tienda, pero ya tenía pensado lo que le diría...

¡Y cuál no sería mi sorpresa cuando me dí clara cuenta de que cuanto pensaba decir era todo lo que podía decir! Me di cuenta de que no podía comunicar a nadie las cosas que pensaba callarme, aunque tal hubiera sido mi deseo y de que me lo prohibió la misma fabricante de muñecas, siendo ésto parte de la sugestión poshipnótica a la que obedecí al salir de la tienda empujado como un peleie y al sentirme rechazado cuando intenté volver.

Durante el sueño hipnótico, me había susurrado al oído: "Tal y tal cosa podrás contar. Tal y tal otra, te lo prohibo".

No podía hablar de la muñequita de cara angelical que había cortado el hilo de la vida de Gilmore. No podía hablar de la muñeca Walters y su crucificación. No podía hablar de la táctica de confesión de ella misma, reconociéndose autora de las muertes que nos habían conducido hasta su tienda.

Y con todo, el conocimiento de tan extraña particularidad me alivió, me hizo respirar con satisfacción, porque al menos tenía ya algo comprensible, algo tangible a que agarrarme, algo que nada tenía que ver con las artes de hechicería, ni con las fuerzas ocultas; algo que entraba de lleno en mi propia ciencia. ¿Cuántas veces no había yo hecho lo mismo con mis pacientes devolviéndolos a la normalidad por estas sugestiones hipnóticas?

Además, si tal era mi deseo, tenía el medio de limpiar mi mente de estas sugestiones. ¿Lo haría? Me obstiné en que no. Hubiera sido confesar que tenía miedo de la señora Mandilip. La odiaba, eso sí; pero no la temía. Conociendo tu técnica, sería estúpido no observar sus resultados en el laboratorio de mi propia persona. Me dije que había recorrido la escala de estas sugestiones, que fuera lo que fuese que hubiera tenido intención de inculcarme, se lo había estorbado despertándome inesperadamente...

¡Ah! "Pero la imaginera había dicho la verdad al llamarme... necio!"

Cuando entró Braile lo recibí tranquilamente. Y apenas lo hube saludado, llamó la enfermera diciendo que Ricori estaba muy despierto y anhelaba verme.

—Esto es estar de suerte — le dije a Braile. — Venga y así me ahorraré tener que repetir la historia.

—¿Qué historia? — me preguntó.

—La de mi entrevista con madame Mandilip.

—¿Pero la ha visto usted? — preguntó incrédulo.

—He pasado la tarde con ella. Es de lo más interesante. Venga y lo oirá.

Corrí a la clínica anexa sin hacer caso de sus preguntas. Ricori estaba incorporado. Lo examiné brevemente. Aunque débil, podía dárselo de alta como enfermo. Lo felicité por su rápido restablecimiento y le dije al oído:

—He visto a su bruja y he hablado con ella. Tengo muchas cosas que contarle. Ordené a sus guardianes que salgan fuera. Yo despediré a la enfermera para un rato.

Cuando hubieron salido los guardianes y la enfermera, empecé mi relato de aquella activa jornada, empezando por el aviso telefónico de McCann llamándome a casa de Gilmore. Ricori escuchó con rostro sombrío la historia de Mollie y dijo:

—¡Su hermano... y ahora su marido! ¡Pobre Mollie! ¡Pero la vengaremos! ¡Sí! Mil veces sí.

Conté muy por encima mi visita a Mme. Mandilip y comuniqué a Ricori las instrucciones que di a McCann, añadiendo:

—Y así, esta noche al menos, podremos dormir en paz. Si la muchacha sale con las muñecas, McCann la detendrá. Si no sale, nada puede suceder. Estoy casi seguro de que sin ella la tía esa no puede luchar. No obstante, me gustaría saber su opinión.

Ricori me contempló intensamente.

—Apruebo lo que ha hecho, doctor Lowell; lo apruebo con toda mi alma. Ha hecho usted lo que yo hubiera hecho. Pero... no creo que nos haya dicho todo lo que ha sucedido entre usted y la bruja.

—Ni yo — dijo Braile.

Me levanté.

—De todos modos, les he dicho lo esencial y me caigo de sueño. Voy a tomarme un baño y a meterme en la cama. Son las nueve y treinta. Si ha de salir la muchacha no lo hará antes de las once, probablemente más tarde. Voy a dormir hasta que la traiga McCann. Si no la trae, dormiré toda la noche. Y basta. Guarden sus preguntas para mañana.

Ricori, que no había apartado la vista de mí, propuso:

—¿Por qué no duerme aquí? ¿No estaría más seguro?

Me dejé arrastrar por una ola de malhumor. Ya había sufrido bastante en mi orgullo por mi conducta con aquella mujer y la manera como me arrojó de su casa y la invitación a protegerme tras las pistolas de sus hombres me abrió la herida.

—No soy un niño — rechacé con enojo, — y me basto para defendermo. No necesito que nadie me guarde la espalda...

Me detuve, sintiendo haber hablado así, pero Ricori no se mostró ofendido. Movió la cabeza y se dejó caer sobre las almohadas.

—Me ha dicho usted lo que quería saber. Lo ha pasado muy mal con la bruja, doctor Lowell y no nos ha contado todo lo... esencial.

—¡Lo siento, Ricori!

—No lo sienta — dijo, sonriendo por primera vez. — Lo comprendo perfectamente. A mi modo, también soy psicólogo. Pero McCann traiga o no traiga esta noche la muchacha. Mañana morirá la bruja... y la muchacha con ella.

No contesté. Volví a llamar a la enfermera y restablecí la guardia dentro de la habitación. Por mucha confianza que yo sintiese, no había que descuidar la vigilancia. Nada le dije de la

amenaza de la Mandilip contra él, pero no la había olvidado.

Braile me acompañó a mi estudio y me dijo con tono implorante:

—Comprendo que debe de estar muy cansado, Lowell y no quiero molestarle. ¿Pero permite que me quede en su habitación mientras usted duerme?

Contesté con la misma destemplanza:

—¡Por Dios, Braile! ¿Uo lo oyó lo que le dije a Ricori? Se lo agradezco mucho, pero aquello también reza con usted.

—Voy a quedarme aquí en el despacho, sin dormir, hasta que venga McCann o se haga de día. Si oigo ruido en su dormitorio, entraré. Cuando desee saber si usted duerme, también. No cierre la puerta, porque la derribaría. ¿Está claro?

Me enfurecí, pero él dijo:

—Es una decisión inquebrantable.

—Está bien. Haga usted lo que le dé la gana.

Me metí en el dormitorio, cerrando la puerta de un golpe, pero sin echarle la llave.

Estaba cansado, no cabía duda. Aunque sólo durmiese una hora repararía mis fuerzas. Decidí no molestarme en tomar un baño y empecé a desnudarme. Al quitarme la camisa vi un alfiler en el lado izquierdo, sobre mi corazón. Abrí la camisa y por la parte interior encontré prendida a ella... ¡uno de los cordeles de nudos!

Di un paso hacia la puerta con la boca abierta para llamar a Braile, pero me contuve. No se lo enseñaría, porque ello provocaría una serie de preguntas interminables y deseaba dormir.

¡Dios! ¡Pero qué deseo tenía de dormir!

Sería mejor quemar la cuerda. Busqué un fósforo para prenderle fuego... Oí los pasos de Braile detrás de la puerta y me apresuré a guardar la cuerda en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué desea? — grité.

—Sólo saber que se ha acostado usted sin novedad.

Abrió la puerta un poco. Lo que deseaba saber es si la había cerrado con llave. Nada le dije y seguí desnudándome.

Mi dormitorio es una pieza grande y alta de techo, en el segundo piso. Situada en la parte trasera del edificio, contigua a mi despacho. Tiene dos ventanas que dan al jardín y están orladas de enredaderas. Hay en mi cuarto un candelabro macizo, cubierto de prismas, o arañas de cristal, formando seis aros de flecos brillantes, de los que sobresalen los brazos de las lámparas. Es una copia reducida de uno de los más hermosos candelabros que hay en el Palacio de la Independencia de Filadelfia y cuando compré la casa no quise prescindir de él. En el fondo está mi lecho y cuando me vuelvo de lado, puedo ver las ventanas cuajadas de tenues reflejos de luz cambiante. Estos reflejos llegan al candelabro, que adquiere así la forma de una nube preñada de suaves destellos que producen una impresión sedante y adormecedora. En el jardín hay un viejo peral, único superviviente de un huerto de frutales, que en la antigua Nueva York elevaban al cielo, durante la primavera, sus floridos ramajes. El candelabro cae a los pies de la cama y los conmutadores de la luz están al alcance de mi mano. A un lado hay una chimenea de mármol esculpido y de ancha repisa. Es necesario tener esto presente para comprender bien lo que sigue.

Cuando me acabé de desnudar, Braile, convencido de mi docilidad, cerró la puerta y se retiró a mi despacho. Tomé el cordel, la escala de la bruja y lo tiré con desprecio sobre la mesa. Me di cuenta de la majeza del acto, pensando que de no sentirme tan seguro de Mc Cann acaso lo hubiese quemado, según fué mi primera intención. Me tomé un calmante, apagué las luces y me eché a dormir. El calmante produjo rápido efecto.

Me hundí en un profundo sueño, como quien se sumerge en lo hondo del mar.

Me desperté.

Miré a mi alrededor... ¿Cómo había llegado a aquel lugar desconocido? Me hallaba en un pozo redondo, poco profundo, bordeado de hierba. El borde me llegaba sólo a las rodillas. El pozo estaba en medio de un prado de un cuarto de milla de diámetro, cubierto de hierba muy rara, con florecillas de púrpura. Alrededor del pozo crecían árboles exóticos... árboles por los que trepaban esmeraldas verdes y corindones, y de ramas combas, de hojas como helechos y prendidas de sarmientos retorcidos como serpientes. Los árboles formaban un círculo en el prado, vigilantes... como esperando que me moviese...

¡No, no eran los árboles los que vigilaban! Eran cosas ocultas entre los árboles, que espiaban..., seres malignos... seres perniciosos... y ellos me vigilaban, esperando que me moviese.

¿Pero cómo estaba yo allí? Me miré las piernas, tendí los brazos... Llevaba el pijama con que me acosté... me acosté en mi cama de Nueva York... en mi casa de Nueva York... ¿Cómo había llegado allí? Porque no estaba soñando...

De pronto ví tres senderos que salían del hoyo, pasaban por el borde y se extendían en diversas direcciones hasta el bosque, y comprendí qeu había de tomar uno de aquellos senderos y que era cuestión de vida o muerte que tomase el bueno, el único que permitía atravesar el bosque con vida. Los otros dos me dejarían infaliblemente en poder de aquellos seres que espiaban. El piso del pozo empezó a moverse bajo mis pies en sentido ascendente. ¡Me arrojaba fuera! Salté al sendero que se abría a mi derecha y avancé despacio por él. Luego, involuntariamente, me puse a correr de prisa, cada vez más de prisa hacia los árboles. Al acercarme, pude ver que atravesaba el bosque por un pasillo estrecho de tres palmas y que se perdía en la verde distancia. Cada vez corría más. Entré en el bosque y los invisibles seres esparcidos entre los árboles rebullían por todas partes. Qué eran ni qué harían si llegaban

a agarrarme, lo ignoraba... Sólo sabía que era imposible imaginar tortura igual a la que experimentaría si me dejaba atrapar por ellos.

Cada paso que daba era una pesadilla. Por todas partes veía manos qeu se tendían para agarrarme... oía chillidos estridentes.... Temblando, sudando, me ví por fin fuera del bosque y continué mi marcha por la vasta planicie sin árboles, que se perdía en el horizonte. Esta llanura no tenía camino ni senda y estaba cubierta de una hierba gris y blanquecina. Semejaba el desolado eriazo de las tres brujas de Macbeth. Poco importa... era mejor que el maldito bosque. Me volví a mirar al bosque y desde allí, miradas de ojos malignos me estaban acechando.

Volví a correr adelante y mirando al cielo. El cielo era de un verde empañado. En lo alto y en dos círculos de nubes empezaron a brillar... dos soles negros... no, no eran soles... eran ojos...

¡Los ojos de la fabricante de muñecas!

Desde el brumoso cielo se asomaban mirándome...

Sobre el horizonte de aquel mundo extraño empezaron a levantarse dos manos... a tenderse hacia mí... para tomarme y hacerme retroceder hacia el bosque...; manos blancas de dedos largos... y cada dedo un ser viviente...

¡Las manos de la fabricante de muñecas!

A medida que se acercaban las manos se acercaban los ojos.

Y del cielo bajaban risas estridentes.

¡La risa de la fabricante de muñecas!

Aún sonaba aquella risa en mis oídos, cuando me desperté, o así me lo pareció, y me encontré en mi dormitorio, incorporado en la cama. Estaba bañado en sudor y mi corazón latía tan rudamente, que sacudía mi cuerpo. Ví el candelabro reflejando la escasa luz de la ventana, como una nebulosa, y los marcos de las ventanas se dibujaban en la oscuridad del cuarto, envuelto en una quietud pasmosa...

Noté que algo se movía en una de las ventanas. Quise saltar de la cama para ver qué era y no pude moverme.

Una débil claridad verdosa se produjo, vacilante, en mi cuarto; al principio, como una incierta fosforescencia, semejante a la que puede verse en la merluza en estado de descomposición. Pero iba aumentando y disminuyendo, aumentando y disminuyendo, pero haciéndose cada vez más intensa. Todo el aposento quedó visible. La araña brillaba como una esmeralda empañada...

¡En la ventana apareció una cara diminuta! ¡La cara de una muñeca! Me dió un brinco el corazón y se inundó mi pecho de desesperante amargura al pensar: "¡McCann ha fracasado! ¡Y esto es la catástrofe!"

La muñeca me miró haciendo muecas. Tenía la cara recién afeitada de un hombre de cuarenta años, con una nariz larga, una boca ancha de labios duros, y los ojos, hundidos bajo espesas y largas cejas, brillaban enrojecidos como dos carbunclos.

La muñeca acabó de subir al antepecho y se tiró de cabeza al suelo. Durante un momento se sostuvo de cabeza, con los pies al aire. Luego dió dos saltos mortales y se quedó de pie, llevándose una manita a los labios y mirándome como si esperase algo. ¡Como si esperase que la aplaudiera! Vestía el traje de malla de un acróbata de circo. Se inclinó ante mí. Luego, con un gracioso ademán, señaló a la ventana.

Allí se asomaba otra carita. Era grave, fría, la cara de un hombre de sesenta años, con patillas blancas. Me miró como creo que miraría un banquero a una persona odiosa que le fuese a pedir un préstamo. Encontré esta idea muy divertida. Pero pronto dejé de sentirme alegre.

¡Un banquero! ¡Un acróbata!

¡Las muñecas de esos dos que habían muerto de muerte desconocida!

La muñeca banquero saltó con toda dignidad al suelo. Vestía traje de rigurosa etiqueta, de corte impecable y camisa inmaculada. Se volvió, y con la misma dignidad levantó una mano al antepecho de la ventana. Otra muñeca estaba allí, la de una mujer de la misma edad aproximadamente que el banquero y vestida como éste en exquisito traje de noche.

¡La solterona!

Con coquetería, la muñeca solterona tomó la mano que se le tendía y saltó suavemente al suelo.

Una cuarta muñeca se dejó ver en la ventana, en traje de malla de pies a cabeza. Dió un salto y fué a parar al lado del acróbata. Me miró sonriente y me hizo una reverencia.

Las cuatro muñecas emprendieron la marcha hacia mí: los dos acróbatas a la cabeza, y detrás, la solterona y el banquero de bracete.

Eran todo lo fantástico, todo lo grotesco que queráis, pero nada tenían de divertido. ¡No, válgame Dios! Y si algo tenían de divertido, el diablo sólo puede saberlo. En cuanto a mí, sólo se me ocurrió pensar en un arranque de desesperación: "¡Braile está detrás de la puerta! ¡Si pudiera gritar!"

Las cuatro muñecas se detuvieron como para celebrar consulta. Los acróbatas hicieron unas cabriolas y sacaron de una vaina escondida unas agujas como dagas. En las manos de la solterona y del banquero aparecieron armas semejantes, y todos presentaron las puntas contra mí, como floretes de esgrima.

Los cuatro siguieron avanzando en dirección a mi cama...

Los encarnados ojos del segundo acróbata, en quien reconocí al artista de trapecio, se fijaron en el candelabro. Se detuvo examinándolo, lo señaló con un dedo, envainó la daga y dobló las rodillas con las manos agarradas ante ellas. La primera muñeca hizo con la cabeza una señal de asentimiento y se detuvo a examinar la altura del candelabro desde el suelo, como si estudiase la mejor manera de alcanzarlo. La segunda muñeca le indicó la repisa de la chimenea y los dos treparon ágilmente hasta ella, contemplados con mucho interés por la otra pareja.

La muñeca acróbata se agachó y el artista de trapecio puso su pie en el estribo que el otro le ofrecía con sus manos juntas. Este hizo

un esfuerzo, levantando violentamente al otro, que salió lanzado por el aire, y se agarró a uno de los círculos de cristales de la lámpara, encaramándose luego fácilmente. El otro dió un salto y logró asirse al candelabro, yendo a colocarse al lado de su compañero.

Ví la vieja y pesada araña temblar y tambalearse, y una docena de prismas cayeron al suelo haciéndose pedazos. En el silencio de tumba que reinaba, produjeron un ruido como la explosión de una bomba.

Oí a Braile que se acercaba corriendo a la puerta. La abrió. Se quedó en el umbral. Yo lo veía en la claridad verdosa, pero estaba seguro de que él no podía verme, de que mi cuarto estaba para él sumido en tinieblas. Me llamó.

—¡Lowell! ¿Está usted bien? ¡Dé la luz!

Traté de gritar, de advertirle el peligro. ¡Imposible!

Entró a tientas, acercándose a los pies de la cama, en busca del conmutador. Creo que entonces vió a las muñecas. Se detuvo debajo del candelabro, levantando los ojos.

Y al hacer esto, la muñeca que tenía sobre su cabeza, se colgó de una mano y con la otra desenvainó la aguja en forma de daga. Se dejó caer sobre un hombro de Braile y le hundió sañudamente el acero en la garganta.

Braile dió un chillido. Luego profirió un suspiro ronco y prolongado...

En aquel momento vi que el candelabro se mecía violentamente. Se desprendió de sus viejos sostenes y cayó al suelo con un estrépito que hizo temblar toda la casa, tomando debajo a Braile y a la diabólica muñeca que se le agarraba al cuello.

La verde claridad desapareció de una manera brusca. En la obscuridad se produjo un rumor como de grandes ratas que se escabullen.

Yo me sentí libre de la parálisis que me inmovilizaba. Levanté la mano y después de dar la luz, salté de la cama.

Percibí el roce de unos deditos que trepaban a la ventana. Luego cuatro chasquidos secos, como de otros tantos taponazos. Vi a Ricori en la puerta, acompañado de dos hombres que disparaban sus pistolas sordas contra la ventana.

Me incliné sobre Braile. Estaba muerto. El candelabro había caído sobre su cabeza fracturándole el cráneo. Pero...

Braile había muerto antes de caer el candelabro..., degollado..., con la arteria carótida rota.

¡La muñeca que lo asesinó... había huído!

XV

Me levanté del suelo y dije con amargura:

—Tenía usted razón, Ricori: los servidores de ella son mejor que los suyos.

No me contestó, absorto en la contemplación de Braile, con una expresión de verdadera lástima.

Proseguí:

—Si todos sus hombres cumplen sus promesas como McCann, es el mayor de los milagros que siga usted viviendo.

—En cuanto a McCann — se volvió a decirme con rostro sombrío, — le aseguro que es tan inteligente como fiel. Me guardaría mucho de culparlo sin haberlo oído. Y he de decirle, doctor Lowell, que si hubiese sido más franco conmigo esta noche, el doctor Braile no estaría muerto.

No tuve más remedio que inclinarme ante esto, que era la pura verdad. Me sentía indignada contra mí mismo. Si no me hubiera dejado dominar por mi maldito orgullo, si les hubiera dicho cuanto sabía de mi visita a la tienda, dándoles a entender los pormenores que no podía expresar concretamente; entregándome a Braile para que me arrancara la verdad por medio del hipnotismo; con tal que hubiera aceptado la protección que me ofreció Ricori, o permitiendo que Braile velara mi sueño nada lamentable hubiera ocurrido.

Dirigí una mirada al despacho y vi allí a la enfermera de Ricori. Detrás de la puerta del despacho se oían murmullos de conversación, sostenida por los criados y gente de la clínica que había acudido al oír el ruido de la lámpara. A la enfermera le dije con toda la serenidad de que fuí capaz:

—Cayó la lámpara mientras el doctor Braile estaba hablando conmigo a los pies de la cama. El golpe le ha producido la muerte, pero no lo diga a nadie. Dígales que cayó la lámpara y lastimó al doctor. Diga que vamos a llevar al doctor Braile al hospital. Luego vuelve usted con Porter y limpien el suelo de sangre como puedan. Dejen la lámpara como está.

Cuando ella salió, me dirigí a los pistoleros de Ricori:

—¿Qué veían ustedes cuando disparaban?

Uno de ellos contestó:

—A mí me parecieron monas.

Y el otro añadió:

—O enanillos.

Miré a Ricori y en su semblante leí lo que el había visto.

Quité una sábana del lecho.

—Ricori — dije, — diga a sus hombres que levanten el cadáver y lo envuelvan con esto. Luego que lo lleven al gabinete contiguo a mi despacho y lo dejen en la camilla.

Les hizo una seña con la cabeza y sus hombres sacaron a Braile de debajo de la araña de cristal y de hierro retorcido. Tenía la cara y el cuello heridos de cristales rotos y por casualidad uno de los prismas se le hincó en el cuello y junto a la punzada del fino puñal que le causó la muerte. Esta segunda herida era muy profunda y probablemente le había producido otra rotura de la carótida. Seguimos yo y Ricori a los hombres hasta el gabinete y vimos como dejaban el cadáver en la camilla. Entonces les ordenó Ricori que volviesen al dormitorio y permaneciesen allí mientras estuviesen las enfermeras. Cerró la puerta tras ellos y se dirigió a mí.

—¿Qué piensa hacer ahora, doctor Lowell?

Llorar era lo único que hubiera hecho de buena gana, pero contesté:

—Este es un caso para el juez ,desde luego. Debo avisar a la policía sin perder tiempo.

—¿Y qué va a decirles?

—¿Qué vió usted en la ventana, Ricori?

—Vi... ¡las muñecas!

—Yo también. ¿Puedo decir a la policía quién mató a Braile antes que se cayera la araña? Ya sabe usted que no. Tendré que decirles que mientras estábamos hablando se desprendió la lámpara sobre su cabeza. Las finas aristas de algunos prismas rotos se hundieron en su garganta. ¿Qué otra cosa puedo decir? Esto lo creerán a ciegas, mientras que nunca creerían la verdad...

Vacilé un momento, pero no pude recurrir a mis fuerzas, ya agotadas y por primera vez después de muchos años, lloré.

—Tiene usted razón, Ricori. No McCann, sino yo, tengo la culpa de todo esto... La vanidad de un viejo... Si hubiera hablado sinceramente, no hubiese muerto mi amigo... Pero yo no... no... Yo soy un asesino...

Me consoló con palabras cariñosas

—No es culpa suya. Usted no podía obrar de otro modo... siendo quien es..., pensando como ha pensado durante tanto tiempo. Si la bruja se aprovechó de su incredulidad, de su comprensible incredulidad, no tiene usted la culpa. Pero ya se le han acabado las oportunidades. Su copa está llena y rebosante...

Descansó sus manos en mis hombros.

—No avise a la policía inmediatamente, al menos mientras no sepamos lo que ha de decir McCann. Son casi las doce y si no viene no puede tardar en telefonear. Yo voy a mi cuarto a vestirme. Después de escuchar a McCann, habré de marcharme

—¿Qué piensa usted hacer, Ricori?

—Matar a la bruja—dijo con toda calma.—Matarla, a ella y a la muchacha. Antes que amanezca. Ya hemos esperado demasiado. No quiero esperar más. Han de acabar sus crímenes.

Me sentí desfallecer y tuve que sentarme. Respiraba con mucha fatiga. Ricori me dió agua y bebí como un sediento. Entre el zumbar de mis oídos percibí una llamada a la puerta y la voz de un guardián de Ricori.

—McCann está aquí.

—Díle que entre — ordenó Ricori.

Se abrió la puerta y entró McCann

—He atrapado a la...

Se le cortó el habla y se nos quedó mirando con extrañeza. Sus ojos se fijaron en el cuerpo ensabanado y se ensombreció su semblante.

—¿Qué ha sucedido?

—Las muñecas han matado al doctor Braile — contestó Ricori. — Has atrapado a la muchacha demasiado tarde, McCann. ¿Por qué?

—¿Que han matado a Braile? ¿Las muñecas? ¡Dios! — y la voz de McCann sonó como si alguien le apretase la garganta.

—¿Dónde está la chica, McCann? — preguntó Ricori

—Abajo, en el coche, bien atada y amordazada.

—¿Dónde la has agarrado? ¿y cuándo? — preguntó Ricori.

Viendo a McCann, sentí una gran piedad y una viva simpatía por aquel hombre. Dominando mi remordimiento y mi vergüenza, me levanté y le dije:

—Siéntese, McCann. No es posible que sea usted tan culpable como yo.

Ricori intervino fríamente:

—Déjeme ser juez en este asunto. McCann, ¿no pusiste un coche a cada extremo de la calle, como te mandó el doctor Lowell?

—Sí.

—Pues, empieza a contar por ahí.

McCann dijo:

—Salió a la calle a eso de las once. Yo estaba en un extremo y Pablo en el otro. Le dije a Tony: "¡Ahí va la moza con los paquetes!" — Llevaba dos cajas de modista. Miró a uno y otro lado y se dirigió adonde guardaba el coche. Abrió la puerta y al poco tiempo salió con el coche hacia donde esperaba Pablo. Había advertido a Pablo, por orden del doctor, que no se apoderase de ella demasiado cerca de la tienda. Vi que Pablo la seguía. Yo corrí a lo largo de la calle y seguí el coche de Pablo.

"El cupé torció por West Broadway. Corrió sin tropiezo, serpenteando por entre una aglomeración de coches en un núcleo de tráfico. Pablo hizo esfuerzos por no perderlo, mas, para no tropezar contra un Ford que estaba atravesado, viró con excesiva rapidez y fué a parar contra un poste indicador y cuando me fué posible salir de allí, ya el cupé se había perdido de vista. Entonces me detuve y telefoneé a Rod, diciéndole que se apoderase de la moza en cuanto la viera, aunque fuese en la misma puerta de la tienda. Y que cuando la tuviera bien amarrada la trajese aquí.

"Yo me dirigí aquí, pensando que la moza podía haber seguido esta dirección. Di unas vueltas por aquí y luego me metí por el parque, sospechando que ella podía ocultarse. Tuve la suerte de encontrar el cupé escondido detrás de unos árboles. Sorprendimos a la muchacha. No opuso resistencia, pero la amordazamos y la metimos en el coche. Tony se llevó el cupé para registrar su interior donde nadie pudiera verle, pero no encontró más que las dos cajas vacías. Y hemos traído a la muchacha.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido — pregunté — desde que se apoderaron de ella hasta que llegaron?

—Diez, quizá quince minutos. Tony registró el cupé casi pieza por pieza y esto nos entretuvo un rato.

Miré a Ricori. McCann debió encontrar a la muchacha aproximadamente cuando Braile murió. También él fué de mi opinión.

—Esperaría a las muñecas, no hay duda.

—¿Qué quieren que haga con ella? — preguntó McCann.

Se dirigía a Ricori, no a mí. Ricori nada dijo, pero le dirigió una extraña mirada, mucu-

tras cerraba la mano derecha y luego la abría del todo.

McCann djo:

—Está bien, señor.

Y se volvió para salir. No hacía falta gran penetración para comprender que había recibido una orden, ni para no oudar de su naturaleza.

—¡Espere! — grité, interceptándole el paso de espaldas contra la puerta. — Oigame, Ricori. Tengo algo que decirle respecto a eso. El doctor Braile estaba tan cerca de mí como Peters de usted. Y por muy culpable que sea madame Mandilip, esa muchacha no puede dejar de cumplir sus órdenes. Su voluntad está en absoluto a la disposición de la dueña de la tienda y sospecho que se pasa casi todo el tiempo bajo la influencia hipnótica de aquella mujer. No olvidemos que trató de salvar a la Walters. No quiero que la maten.

—Si está usted en lo cierto — dijo Ricori, — tanta más razón para acabar con ella cuanto antes. Así no podrá utilizarla la bruja antes de morir.

—No estoy conforme, Ricori y tengo otra razón para no estarlo. Deseo interrogarla. Tal vez descubra cómo realiza madame Mandilip estas cosas... el misterio de las muñecas... los ingredientes del ungüento... y si hay otras personas que compartan sus conocimientos. Esto y mucho más puede saber la muchacha. Y si lo sabe, haré que cante.

—¿Usted cree? — dijo con descaro McCann.

—¿Cómo? — preguntó Ricori.

—Pues por el mismo procedimiento a que me sometió la fabricante de muñecas.

Ricori se me quedó mirando buen rato con mucha seriedad.

—Doctor Lowell — dijo, — por última vez pospongo mi criterio al suyo en este asunto. Creo que está equivocado. Sé que yo mismo hice mal de no matar a la bruja el día que la vi. Opino que cada momento que concedamos de vida a esa muchacha está cargado de peligros para todos nosotros. No obstante, condesciendo por última vez.

—McCann — dije, — súbala a mi despacho. Espere a que aleje a cualquiera que pueda estar por abajo.

Bajé al vestíbulo, seguido de Ricori y McCann. No había nadie. Coloqué sobre la mesa de mi despacho un aparato de espejos giratorios, el primer invento utilizado en la Salpétrière de París para provocar el sueño hipnótico, consistente en dos series de espejuelos que rodaban en dirección contraria. Un haz de luz se reflejaba en ellos de tal manera combinado, que alternativamente brillaban y se oscurecían. Aparato utilísimo a cuyo funcionamiento una muchacha tan sensible y tan acostumbrada al estado hipnótico no podía dejar de sucumbir rápidamente. Coloqué un sillón convenientemente y mitigué la luz de modo que no contrarrestase la acción de los espejos.

Apenas había hecho estos preparativos, cuando McCann y otro de los paniaguados de Ricori entraron la muchacha. Sentáronla donde les indiqué y le quité el pañuelo que tapaba su boca.

Ricori ordenó:

—Tony, vuelve al coche. McCann, quédate aquí.

XVI

La muchacha no hizo la menor resistencia. Parecía concentrada en sí misma y me miró con la misma expresión vaga que cuando me vió por primera vez en la tienda. Le tomé las manos y las dejó descansar pasivamente en las mías. Las tenía heladas. Le hablé cariñosamente, tranquilizándola:

—Hija mía, no temas ningún mal de nosotros. Descansa y abandónate. Recuéstate bien en el sillón. Sólo deseo ayudarte. Duerme, si quieres. Duerme.

Parecía no oírme, sin dejar de mirarme con aquellos ojos vagos. Dejé sus manos y me senté delante, mirándola mientras ponía en movimiento los espejos. En seguida volvió a ellos sus ojos y ya no los apartó, como si aquello la fascinase. Observé cómo se relajaban sus miembros y su cuerpo caía aplanado en el sillón. Empezaron a bajársele los párpados...

—Duerme — dije con dulzura. — Aquí nadie puede hacerte daño. Mientras duermas nadie te hará daño. Duerme... duerme...

Se le cerraron los ojos y suspiró.

—Estás durmiendo — le dije. — No te despertarás hasta que yo te lo mande. No podrás despertar hasta que yo te lo mande.

Repitió con voz balbuciente de niña:

—Estoy durmiendo. No puedo despertar hasta que usted me mande.

Detuve el movimiento de los espejos y le dije:

—Voy a preguntarte algunas cosas. Me escucharás y contestarás la verdad. No puedes contestar más que la verdad. Ya lo sabes.

Repitió, siempre con aquella voz débil e infantil:

—He de contestar la verdad. Ya lo sé.

No pude reprimir una mirada de triunfo a Ricori y a McCann. Aquél se estaba santiguando y contemplándome con ojos en que se pintaba la duda y el terror. Adiviné que pensaba que también yo sabía practicar las artes de hechicería. McCann estaba mascando tabaco nerviosamente, sin apartar la vista de la muchacha.

Empecé mi interrogatorio con las preguntas que podían causar menos turbación:

—¿Eres realmente sobrina de la Mandilip?

—No.

—¿Pues quién eres, entonces?

—No lo sé.

—¿Cuándo te juntaste con ella, y por qué?

—Hace veinte años. Estaba en una casa cuna, en un hospicio de expósitos, en Viena. Ella me sacó de allí. Me enseñó a llamarla tía. Pero no lo es.

—¿Dónde habéis vivido desde entonces?

—En Berlín, en París, en Londres, Praga y Varsovia.

—¿Hacía Mme. Mandilip muñecas en todas esas ciudades?

No contestó. Tuvo un estremecimiento y sus párpados empezaron a temblar.

—¡Duerme! ¡Recuerda que no puedes despertar si no te lo mando! ¡Duerme! ¡Contéstame!

—Sí — suspiró ella.

—¿Y en todos esos lugares mataban?

—Sí.

—Duerme. Tranquilízate. Nada malo puede pasarte a tí por eso... — y como siguiera en su inquietud, desvié por un momento la conversación. — ¿Dónde nació Mme. Mandilip?

—No lo sé.

—¿Qué edad tiene?

—Lo ignoro. Se lo he preguntado y me ha dicho riendo que el tiempo nada significaba para ella. Yo tenía cinco años cuando me tomó. Entonces me parecía lo mismo que ahora.

—¿Tiene algún cómplice... quiero decir si hay otra persona que haga las muñecas?

—Uno. Ella le enseñó. Era su amante en Praga.

—¡Su amante! — exclamé incrédulo, porque me representé su corpachón, sus abultados senos, su enorme cara de caballo... Y la muchacha dijo:

—Ya sé lo que está pensando. Pero tiene otro cuerpo. Y lo lleva cuando quiere. Es un cuerpo hermoso. A él pertenecen sus ojos, sus manos, su voz. Es de una belleza deslumbrante. Se lo he visto muchas veces.

¡Otro cuerpo! Desde luego tan ilusorio como la sala encantada que la Walters había descrito... y que yo había vislumbrado en el momento de despertar del sueño hipnótico en que aquella mujer me hundió... Una imagen impresa por la mente de la hechicera en la mente de la muchacha. Dejé a un lado aquella particularidad y fuí al fondo del asunto:

—Mata por dos procedimientos, ¿verdad?... ¿Con el ungüento y con las muñecas?

—¡Sí, con el ungüento y con las muñecas!

—¿A cuántos ha matado por medio del ungüento, en Nueva York?

Contestó indirectamente:

—Desde que llegamos aquí, ha hecho catorce muñecas.

¡De manera que había otros casos de que no se me había informado!

—¿Y a cuantos han matado las muñecas?

—A veinte.

Oí maldecir a Ricori y le lancé una mirada severa. Se inclinaba hacia delante, blanco y desencajado.

—¿Cómo hace las muñecas?

—No lo sé.

—¿Sabes cómo prepara el ungüento?

—No. Lo hace en secreto.

—¿Qué es lo que mueve las muñecas?

—¿Quiere usted decir que qué les da vida?

—Sí.

—¡Algo de la cabeza!

De nuevo oí que Ricori lanzaba un juramento en voz baja.

—Si no sabes cómo se hacen las muñecas, debes saber qué se necesita para darles vida. ¿Qué es?

No contestó.

—Has de contestarme. Debes obedecerme. ¡Habla!

—Su pregunta no es clara. Ya le he dicho que algo de la cabeza les da vida. ¿Qué más quiere saber?

—Que contestes lo que sucede desde que uno posa para una muñeca cuando se entrevista por primera vez con Mme. Mandilip, hasta que la muñeca, como tú dices, adquiere vida.

La muchacha habló como si soñara:

—Dice que uno ha de ir a verla voluntariamente. Ha de consentir por voluntad propia, sin coacción alguna, en que le haga la muñeca. Que poco importa que uno ignore para qué da consentimiento. Ha de empezar el primer modelo inmediatamente. Antes de completar el segundo, es decir, la muñeca viviente, ha de encontrar la oportunidad para aplicar el ungüento. Este ungüento, dice ella, pone en libertad a uno de los entes que residen en la mente, y el libertado ha de ir a ella para incorporarse en la muñeca. Dice que éste no es el único inquilino de la mente, pero que con los otros no tiene ella ningún trato. Tampoco acepta a todos los que se le presenten. Ignoro cómo conoce al ente con quien ha de relacionarse y la particularidad a que se debe su selección. Hace la segunda muñeca. En el momento en que ha servido de modelo empieza a morir. Cuando ha muerto... la muñeca vive. La obedece... como la obedecen todas...

Calló un momento. Luego dijo en un susurro: "Todas, excepto una..."

—¿Y ésta, quién es?

—La de su difunta enfermera. No quiere obedecer. Mi tía la tortura, la castiga... pero no puede dominarla. La otra noche traje aquí a la enfermera con otra muñeca para matar al hombre a quien mi tía maldijo. La enfermera vino, pero se peleó con la otra muñeca y se salvó el hombre. Es una cosa que mi tía no puede comprender... la trae preocupada... y a mí me da... ¡esperanza!

Su voz se apagó, y de pronto, con extraordinaria energía, dijo:

—Dése usted prisa. He de volver con las muñecas. Pronto me buscará. He de marcharme... o vendrá ella a buscarme... y entonces... si me encuentra aquí... me matará...

—¿Ha traído las muñecas para matarme?

—Por supuesto.

—¿Dónde están ahora?

—Volvían a reunirse conmigo. Sus hombres me agarraron antes que ellas llegasen. Están a... casa. Las muñecas corren mucho cuando es preciso. Sin mí encuentran más dificultades... eso es todo..., pero volverán a ella...

—¿Por qué matan las muñecas?

—Para... complacerla.

—¿La cuerda de nudos, qué papel desempeña?

—No lo sé, pero ella dice... — Se interrumpió para exclamar como una niña asustada: — ¡Me está buscando! Sus ojos me buscan... sus manos se mueven... ¡me ve! ¡Escóndame! ¡Oh! Escóndame, que no me vea... ¡Pronto!...

Yo le dije:

—¡Duerme más profundamente! Húndete

más, aún más, en tu sueño. ¡Ahora no te encontrará ¡Ahora estás escondida a sus ojos!

Ella contestó:

—Estoy muy hundida en mi sueño. Me ha perdido de vista. Estoy escondida. Pero ella está sobre mí...aún me busca...

Ricori y McCann se habían levantado y se pusieron a mi lado.

Ricori preguntó:

—¿Usted cree que la bruja la persigue?

—No — contesté. — Pero no deja de ser un giro inesperado. Ha vivido la muchacha tanto tiempo y tan por completo bajo el dominio de esa mujer, que la relación es natural. Puede ser el resultado de sugestiones, o tal vez el razonamiento de su propia subconciencia... Ha dejado incumplidos algunos encargos... ha sido amenazada con castigos, sí...

Un grito angustioso de la muchacha me interrumpió.

—¡Me ve! ¡Me ha encontrado! ¡Sus manos se alargan para agarrarme!

—¡Duerme! ¡Duerme aun más profundamente! ¡No puede hacerte ningún mal! ¡Otra vez te ha perdido de vista!

No contestó, pero subió un hondo y débil gemido del fondo de su garganta.

McCann gruñó, ceñudo:

—¡Cristo! ¿No puede hacer algo por ella?

Ricori, a quien brillaban los ojos en su cara de yeso, dijo:

—¡Déjala morir! ¡Eso nos evitará disgustos!

Yo me dirigí a la muchacha en tono severo:

—Escúchame y obedece. Voy a contar hasta cinco. Cuando llegue a cinco, despierta. ¡Despierta en seguida! Has de salir de tu sueño tan rápidamente, que no pueda agarrarte. ¡Obedece!

—Uno... dos... tres...

Un grito horroroso salió de su pecho. Y luego...

—¡Me agarra! ¡Sus manos estrujan mi corazón!... ¡Ahhh!...

Su cuerpo se encogió, sacudido por una convulsión. Todos sus miembros se relajaron, y toda ella descansó abandonada en la butaca. Se abrieron sus ojos y miraron apagados. Se le cayó la mandíbula inferior, quedando con la boca abierta.

Me eché sobre ella colocando el estetoscopio sobre su corazón. Estaba parado.

Y entonces, de su garganta sin vida subió una voz, timbrada, dulce, con acento de amenaza y de desprecio:

—"¡Necios!

¡La voz de Mme. Mandilip!

XVII

POR sorprendente que sea, Ricori fue quien menos se afectó de los tres. Todo mi cuerpo se estremeció en un calofrío. McCann, aunque nunca había oído la voz de Mme. Mandilip, se quedó temblando. Ricori rompió el silencio.

—¿Está usted seguro de que la muchacha ha muerto?

—No es posible ponerlo en duda, Ricori.

Hizo una indicación a McCann.

—Trasládala al coche.

—¿Qué piensa usted hacer? — pregunté.

—Matar a la bruja — me contestó, añadiendo con acento melosamente satírico: — No han de separarse ni en la muerte. — Y con pasión: — ¡Como en el infierno arderán juntas eternamente!

Me miró con ojos penetrantes:

—¿No aprueba esto, doctor Lowell?

—Ricori, no lo sé, sinceramente le digo que no sé qué hacer. Hoy la hubiese matado con mis propias manos... pero en este momento mi indignación se ha calmado... Y lo que usted propone es contra mis instintos, contra mis ideas y mis convencimientos sobre la debida administración de justicia. Eso me parece... ¡un asesinato!

—Ya ha oído usted a la muchacha — me replicó. — Sólo en esta ciudad, veinte personas matadas por las muñecas. Y catorce muñecas. ¡Catorce que murieron como Peters!

—Pero, Ricori, no hay tribunal que acepte como prueba un alegato obtenido en estado de hipnotismo. Puede reflejar la verdad y puede no responder a ella. La muchacha era anormal. Lo que dijo pudo ser imaginado y como no prueba nada, ningún tribunal de este mundo basaría en él una resolución.

—No, ningún tribunal de "este mundo"... — dijo él agarrándome del brazo. — ¿Cree usted que eso es verdad?

No pude contestar, pues en el fondo de mi conciencia creía que todo aquello era verdad. Y él me dijo:

—¡Precisamente, doctor Lowell! ¡Usted me ha contestado! También como yo sabe que la muchacha dijo la verdad. También como yo sabe que nuestras leyes no pueden castigar a la bruja. Por eso he de matarla. Y al hacerlo yo, Ricori, no seré un asesino. ¡No! ¡Seré el brazo de Dios!

Esperaba que le dijese algo, pero tampoco pude hablar.

—McCann — dijo señalando a la muchacha, — haz lo que te digo. Luego, vuelve.

Y cuando McCann hubo desaparecido con el frágil cuerpo en brazos, Ricori dijo:

— Doctor Lowell, debe usted venir conmigo como testigo de la ejecución.

—No puedo, Ricori. Estoy completamente extenuado en cuerpo y alma. He pasado un día demasiado agitado. Además siento una pesadumbre angustiosa.

—Vendrá usted — me interrumpió — aunque tenga que llevarlo amordazado y atado como vino la muchacha. Le diré por qué. Está usted luchando consigo mismo. Si lo dejara solo es posible que, vencido por sus dudas científicas, intentase detenerme antes que lleve a cabo lo que juro por Cristo, por su Santa Madre y por todos los santos que he de ejecutar. Podría usted ceder a su debilidad y dar cuenta a la policía. No quiero exponerme a eso. Le profeso a usted un gran afecto, doctor Lowell, un entrañable afecto; pero he decirle que, aunque mi misma madre intentase detenerme, la

apartaría a un lado con la misma rudeza que lo haría con usted.

—Lo acompañaré — le dije.

—Entonces mande a la enfermera que me traiga la ropa. Ya que está decidido, no quiero separarme de usted. No sea que cambie de parecer.

Agarré el teléfono y dí las órdenes convenientes. Volvió McCann y Ricori le dijo:

—Cuando me vista iremos a la tienda de las muñecas. ¿Quién está en el coche con Tony?

—Larson y Cartello.

—Bueno. Es posible que la bruja sepa que vamos. Es posible que nos haya escuchado por los oídos sin vida de la muchacha, como habló por su garganta. No importa. Hemos de suponer que no sabe nada. ¿Está atrancada la puerta?

—No he entrado en la tienda, amo — contestó McCann. — Sé que hay una vidriera. Si encontramos rejas las haremos saltar. Tony traerá las herramientas mientras usted se viste.

—Doctor Lowell — dijo Ricori volviéndose a mí. — ¿Me promete que no renunciará a la idea de acompañarme, ni se opondrá a lo que voy a hacer?

—Palabra de honor, Ricori.

—McCann, no hace falta que vuelvas a subir. Espéranos en el coche.

Ocupé el asiento posterior con Ricori y la muchacha muerta entre los dos. En los asientos de enmedio iban Larson y Cartello, aquél un sueco estúpido; éste, un italiano menudo y nervioso. Tony guiaba al lado de McCann. En media hora llegamos a Broadway, pero al acercarnos a la calle de las muñecas moderamos la marcha y soplaba un viento frío en la bahía. Me estremecí, pero no de frío.

Llegamos a la esquina de la calle, después de atravesar muchas otras sin encontrar a nadie, ni un ser viviente, como si estuviésemos corriendo por un cementerio. La calle de las muñecas estaba también desierta.

—Déjanos detrás de la casa — dijo Ricori al chofer. — Bajaremos allí y luego llevas el coche a la esquina y nos esperas.

Me latía el corazón molestamente. Había en la calle una oscuridad que parecía velar el alumbrado público. En la tienda no había luz y las sombras se concentraban en la entrada. Corría un viento impetuoso que nos traía el estampido de las olas contra los muros del Battery. No estaba seguro de poder entrar por aquella puerta ni de que ya no me retuviese la prohibición de la tendera.

McCann saltó del coche, cargado con el cadáver de la muchacha. La colocó sentada entre las sombras del umbral. Ricori y yo, Larson y Cartello seguimos sus pasos. Oímos el ruido del coche al alejarse de nuevo me dominó aquella impresión de pesadilla que tantas veces había experimentado desde que puse los pies en aquella casa.

El italiano embadurnó el cristal de la puerta con una materia pegajosa, aplicó en el centro una pequeña ventosa de caucho. Sacó una herramienta del bolsillo y trazó con ella una circunferencia en el vidrio. La punta del instrumento se hundió como si el vidrio fuese de cera. Luego, sujetando con una mano la ventosa, dió ligeros golpes con una especie de martillo de goma y el disco de cristal se quedó en su mano. Todo sin el menor ruido. Metió la mano por el agujero y estuvo manipulando sin hacer ruido durante un rato. Se oyó un chasquido. La puerta se abrió.

McCann tomó el cadáver. Entramos como fantasmas en la lobreguez de la tienda. El italiano colocó en su puesto el disco de cristal. Entre las tinieblas que nos envolvían pude ver de una manera vaga la puerta que se abría al pasillo de acceso a la maldita sala posterior. El italiano movió el pomo de la puerta. Estaba cerrada, pero no tardó muchos segundos en abrirse ante el prodigio de sus manejos. Con Ricori a la cabeza y siguiéndole McCann con la muchacha, caminamos como sombras a lo largo del pasillo y nos detuvimos ante la puerta del fondo.

La puerta se abrió de par en par antes de que el italiano la tocase.

¡Oímos la voz de la fabricante de muñecas!

—Entren caballeros. ¡Han tenido ustedes la buena idea de traerme a mi querida sobrina! Hubiera salido a recibirles a la calle... ¡pero soy una anciana, una anciana tímida...!

McCann murmuró:

—¡Apártese, amo!

Se pasó el cadáver al brazo izquierdo y manteniéndolo levantado como un escudo, pistola en mano, quiso ponerse delante de Ricori. Este lo apartó a un lado y con la propia pistola levantada, atravesó el umbral. Yo seguí a McCann, delante de los dos pistoleros.

Examiné la sala de una mirada. La mujer estaba sentada, cosiendo junto a la mesa. Serena, sin la menor alteración aparente; movía sus largos dedos en un bailoteo rítmico. Y no levantó la vista para mirarnos. En la chimenea había un montón de carbones encendidos. La sala estaba caliente y saturada de una fragancia desconocida para mí. Miré a los armarios de las muñecas.

Todos estaban abiertos. Dentro se veían las muñecas, en filas superpuestas, mirándonos con sus ojos verdes y azules, grises y negros, pero llenos de vida, como monigotes animados en una exhibición de vistas mágicas. Las había a centenares. Vestían unas como los americanos; otras como los alemanes, o como los españoles, los franceses, los ingleses y otras llevaban trajes desconocidos. Una bailarina, un herrero con el martillo levantado... un caballero francés, un estudiante alemán con un espadón en la mano y la cara llena de cicatrices... un apache que empuñaba una navaja, con una expresión enloquecida de cocainómano y a su lado una mujer de la vida, de boca viciosa y repugnante y al lado de ella un jockey...

¡Toda la colección de muñecas de todos los países!

Y las muñecas parecían puestas en actitud de aperciberse a saltar sobre nosotros. Pretendían dejarnos anonadados.

Puse en tensión todas mis facultades y me esforcé en sostener aquella batería de ojos brillantes de seres vivos, como si perteneciesen a muñecas de trapo. Había un departamento vacío... otro y otro... cinco departamentos sin muñecas. Las cuatro que avanzaron contra mí cuando me hallaba inmóvil, envuelto en la verde claridad de mi dormitorio, no estaban allí... tampoco estaba la de Walters.

Aparté la mirada de las filas de aquellas muñecas que nos vigilaban, para fijarla en su autora, que continuaba cosiendo plácidamente... como si estuviese sola... como si no nos hubiera visto, como si Ricori no apuntase la pistola contra su corazón... cosiendo... cantando suavemente...

¡La muñeca Walters estaba en la mesa ante ella!

Yacía de espaldas, con sus manitas sujetas por las muñecas con cordeles de cabellos cenicientos, que daban muchas vueltas y sus manos cerradas apretaban la empuñadura de una aguja semejante a una daga.

Aquella visión duró mucho menos de lo que se tarda en contarla... unos segundos, según nuestro modo de medir el tiempo.

La concentración de aquella mujer en su trabajo, su indiferencia por nosotros, el silencio, levantaba un muro entre ella y nosotros. El penetrante olor aromático se hacía cada vez más denso.

McCann dejó en el suelo el cadáver de la muchacha. Trató de hablar, una, dos veces y al tercer esfuerzo lo consiguió. Dirigiéndose a Ricori, dijo en voz ronca y entrecortada:

—Mátela... o la mato yo...

Ricori no se movió. Permanecía rígido, apuntando al corazón de la mujer y con los ojos fijos en el bailoteo de sus dedos. Ella no oyó a McCann y si lo oyó, no hizo caso. Continuó canturreando... y su voz sonaba como el rumor de un enjambre... era un dulce arrullo que producía sueño como las abejas producen miel... sueño...

Ricori desvió su puntería y avanzando descargó el arma contra una mano de la mujer.

La mano cayó y los dedos de esta mano se retorcieron como serpientes a las que se les hubiera aplastado la cabeza.

Ricori levantó la pistola para dispararla de nuevo, pero sin darle tiempo para apuntar la fabricante de muñecas se levantó, derribando la silla. Un murmullo recorrió lor armarios, como clamor de voces veladas. Las muñecas parecieron abalanzarse, inclinarse adelante...

La mujer volvió a nosotros sus ojos y pareció que nos miraba a todos y a cada uno al propio tiempo. Eran como dos soles negros en que resplandecían llamas rojizas.

Sentimos la influencia de su voluntad como una ola, como algo tangible que nos anonadaba. Me sentí invadido lentamente por un entorpecimiento. Vi que la mano de Ricori que empuñaba la pistola, se crispaba y perdía el color. Comprendí que los demás eran víctimas de la misma paralización.

Otra vez nos tenía aquella señora en su poder...

—No la mire, Ricori — le advertí en voz baja. — No mire a sus ojos...

No sin un esfuerzo supremo pude yo apartar mi vista de aquellos ojos negros y llameantes. Y aquellos ojos se fijaron en la muñeca Walters. Di un paso para agarrarla, no sé por qué. Pero la mujer fué más rapida que yo. Tomó la muñeca con su mano sana y la sostuvo contra su pecho. Entonces gritó con una voz vibrante cuya dulzura se derramó por todos nuestros nervios ,aumentando el entorpecimiento letárgico que nos dominaba:

—¿No quieren mirarme? ¡No quieren mirarme¡ !Necios! ¿Qué otra cosa pueden hacer?

Y entonces empezó aquel extraño, aquel incomprensible episodio que fué el principio del fin.

El olor aromático que saturaba el aire, pareció adquirir una vibración, como si aumentara por intermitencias, al tiempo que la luz de la sala se empañaba con una niebla salida de la nada y se condensaba como en espesos cendales en torno a la hechicera, velando su cabeza de caballo y su pesada corpulencia. Sólo sus ojos brillaban a través de aquella niebla espesa...

Luego se desvaneció aquella nube. Ante nosotros apareció una mujer de extraordinaria belleza, alta, esbelta, de encantadoras facciones. Desnuda, su abundante cabellera negra, sedeña, fina, la cubría hasta las rodillas y entre las hebras lucía su carne de oro pálido. Sólo sus ojos, sus manos, la muñeca que aun tenía agarrada sobre uno de sus senos, redondos, erguidos, virginales, indicaban quién era.

A Ricori se le cayó el arma de la mano. Oí el chasquido que producían las pistolas de los otros al caer al suelo. Me los imaginaba rígidos como yo, paralizados por aquella increíble transformación, indefensos en las manos del poder emanado de aquella mujer singular, que alargaba un dedo hacia Ricori diciendo entre risas:

—¿Tú quieres matarme... "a mí"? ¡Toma tu pistola, Ricori y pruébalo!

Ricori se agachó lentamente, muy lentamente. No podía verle más que de soslayo, porque no podía apartar mis ojos de la mujer y sabía que tampoco a él le era posible hacerlo, que como atados a los de ella, a medida que se agachaba, sus ojos iban subiendo. Más que ver comprendí que sus dedos tocaban la pistola, que trataba de tomarla. Le oí un gemido. La hechicera se le rió.

—Basta, Ricori... ¡no puedes!

El cuerpo de Ricori se enderezó como movido por un resorte, como si una mano forzuda lo hubiera levantado con violencia, agarrado por la barba...

Percibí a mi espalda un susurro, como las pisadas de unos piececitos, como si por entre mis piernas se deslizasen silenciosas bestezuelas.

A los pies de la mujer se colocaron cuatro mo-

nigotes... los cuatro que penetraron en mi aposento envuelto en luz verdosa... el banquero, la solterona y los acróbatas.

Los cuatro se detuvieron alineados a sus pies, mirándonos con ojos brillantes y dirigiéndonos las puntas de sus diminutas dagas como espadas. Y de nuevo llenó la sala la risa de la mujer, al hablar con voz cariñosa:

—No, no, hijos míos. ¡No os necesito!

Se dirigió a mí:

—Sabe usted que este mi cuerpo no es más que una ilusión, verdad? ¡Hable!

—Sí

—Y estos que están a mis pies... y todos mis pequeños... ¿no son más que ilusión?

—Eso no lo sé — contesté.

—Sabe usted demasiado y sabe usted muy poco. Por tanto, debe usted morir, doctor, demasiado sabio y demasiado necio. — Y sus grandes ojos me miraron con burlona lástima y su hermoso rostro se alumbró de fingida piedad. — Y también Ricori debe morir porque sabe demasiado. Y los otros también morirán. Pero no a manos de mis pequeñitos. No aquí. ¡No! En su casa, mi buen doctor. Volverán a ella sin hablar palabra entre ustedes ni con nadie que se encuentren en el camino. Y cuando estén allí se volverán unos contra otros... quitándose la vida mutuamente... como lobos... como...

Retrocedió un paso tambaleándose.

Vi o me pareció ver que la muñeca de Waiters se movía. Luego, con la rapidez de una serpiente que hiere, levantó sus atadas manos y clavó la aguja en la garganta de la hechicera... volvió a levantarlas y una y otra vez apuñaló la dorada garganta de la mujer en el mismo punto donde la otra muñeca había asestado el golpe contra Braile.

Y como había gemido Braile, así gimió la fabricante de muñecas... espantosamente, con un estertor de agonía...

Se sacudió la muñeca de encima, arrojándola lejos de sí. La muñeca lanzada en dirección del fuego, rodó por el suelo y fué a parar a los carbones encendidos.

Se produjo una llamarada de intensa claridad y una oleada de calor semejante a la que sentimos cuando McCann tiró la cerilla encendida sobre la muñeca de Peters. E instantáneamente, a efectos de aquel calor se desvanecieron las muñcas a los pies de la mujer, después de haberse convertido en otras tantas llamaradas de intenso resplandor, que prendieron en la misma mujer de pies a cabeza.

Vi desaparecer la hermosa forma de aquella belleza sin igual e hirió mi vista la misma cara de caballo y el inmenso cuerpo de madame Mandillip, con los ojos apagados de ciega y sus largos dedos retorciéndose por la garganta, ensangrentada.

Estuvo luchando así un momento y luego se desplomó sin vida.

En el momento de su caída nos sentimos libres del hechizo.

Ricori se inclinó sobre el confuso armatoste que fué la fabricante de muñecas y le tiró un escupitajo. Luego gritó delirante:

—¡Muere, bruja, muere!

Me empujó hacia la puerta, señalándome las filas de muñecas que de un modo inexplicable parecían muertas. ¡Simples monigotes!

El fuego, prendiendo en trapos y cortinas, extendía sus llamas devoradoras hasta ellas, como un espíritu vengativo y purificador.

Cruzamos la puerta, el pasadizo, la tienda, seguidos por las llamas que propagaban por doquier el incendio. Salimos a la calle.

—¡Pronto! — gritó Ricori. — ¡Al coche!

De súbito se alumbró la calle con el resplandor el incendio. Hasta nosotros llegó el ruido de ventanas que se abrían, de voces de alarma, avisando el fuego.

Subimos al coche y nos alejamos a toda marcha de aquel lugar maldito.

XVIII

SE han fabricado efigies a imagen mía, dándoles mi forma, que me han quitado el aliento, me han arrancado los cabellos, han resgado mis vestiduras, han impedido que mis pies se movieran en el polvo; con un cocimiento de hierbas me han ungido; me han arrastrado a la muerte. ¡Oh, Dios del Fuego, aniquílalos!".

Tres semanas habían transcurrido desde la muerte de la fabricante de muñecas. Ricori y yo nos hallábamos sentados a mi mesa sumidos de pronto en un torvo silencio. Lo rompí yo con la curiosa invocación que encabeza este capítulo, último de mi relato, dándome apenas cuenta de que hablaba en voz alta. Pero Ricori levantó la cabeza con vivo interés.

—¿Ha citado usted a alguien? ¿A quién?

—Una escritura cuneiforme redactada por algún caldeo sobre ladrillos en los días de Assur-nizir-pal, hace tres mil años — le contesté.

—¡Y en tan pocas palabras está resumida toda nuestra historia!

—Es verdad, Ricori; todo está allí: las muñecas, el ungüento, la tortura, la muerte y la llama purificadora.

—¡Qué cosa tan rara! — murmuró. — Hace tres mil años ya conocían el mal y su remedio... "Efigies semejantes a mi forma...

Yo le dije:

—Las muñecas o muñecos mortales son más viejos que Ur de los caldeos, están antes que la historia. Desde que dieron muerte a Braile les he seguido el rastro a través de las edades. Y éste se pierde en lo más oscuro de los tiempos, Ricori. Se han encontrado profundamente enterradas en los hogares de Cro-Magnon, hogares que hace veinte siglos tienen el fuego apagado y también en más fríos hogares de pueblos mucho más antiguos. Muñecas de pedernal, muñecas de piedra, muñecas esculpidas en colmillos de mamut, en huesos del oso de las cavernas, en colmillos del tigre dientes

de sable. También entonces poseían la ciencia oculta Ricori.

Este hizo un gesto afirmativo:

—Una vez tuve un mozo a quien quería mucho. Era un transilvano. Un día le pregunté por qué había venido a América y me contó una historia muy extraña. Me dijo que en su pueblo había una muchacha cuya madre, según él decía, sabía cosas que ningún cristiano ha de saber. Y al decir esto tomaba la precaución de santiguarse. La muchacha era agraciada y deseable, pero él no podía amarla. Al parecer, ella estaba enamorada de él, o acaso se sentía atraída por su indiferencia. Una tarde, al volver de caza, pasó el mozo por su cabaña. Ella lo llamó y como él tenía sed bebió del vino que la muchacha le ofreció. Era buen vino, capaz de alegrar a cualquiera, mas no por eso la amó.

"No obstante, entró con ella en la cabaña, siguió bebiendo vino y riendo, riendo consintió que ella cortara pelos de su cabeza, se dejó cortar las uñas, le dió gotas de sangre de su pecho y saliva de su boca. Se despidió de ella riendo y se marchó a casa. Se despertó muy de madrugada y sólo pudo recordar que había bebido vino con la muchacha: pero nada más.

"Obedeciendo a una voz interior fué a la iglesia, y mientras rezaba de rodillas recordó algo más, recordó que la muchacha se había quedado con sus cabellos, con sus uñas, con su saliva y con su sangre. Y sintió una perentoria necesidad de volver a la cabaña de la muchacha y descubrir qué hacía con todo aquello. Le pareció que el santo al que imploraba le ordenase dar aquel paso.

"Se encaminó, pues, a la cabaña, deslizándose entre el bosque silenciosamente y, asomándose por una ventanilla, pudo ver lo que pasaba dentro. Sentada junto al hogar, estaba amasando una pasta como para hacer pan. Ya se avergonzaba él de espiar con tan malos pensamientos, cuando vió que mezclaba con la masa las uñas, los cabellos, la saliva y la sangre que le había quitado, y lo maceraba todo bien. Luego vió que tomaba la pasta y la modelaba dándole la forma de un hombre en miniatura, le echaba agua sobre la cabeza y lo bautizaba con su nombre, pronunciando algunas palabras que él no pudo entender.

"El pobre mozo se asustó mucho, pero era valiente y decidido, y esperó a que terminase la ceremonia. Vió que envolvía el muñeco en su delantal, se dirigía a la puerta y se alejaba de la cabaña. La siguió, pues como era leñador sabía cómo andar por el bosque sin hacer ruido y sin que ella se diera cuenta de que la seguían. Llegó a la carretera. Brillaba el filo de la luna nueva y la muchacha murmuró una oración, vuelta al astro de la noche. Luego cavó un hoyo, donde colocó el muñeco de pasta. Y entonces se ensució en él. Hecho esto, dijo:

—"¡Zaru! (así se llamaba el mozo). ¡Zaru! ¡Zaru! Te amo. Cuando esta imagen se corrompa correrás detrás de mí como un perro tras la perra. Eres mío, Zaru, en cuerpo y alma. Cuando la imagen empiece a corromperse, empezarás a ser mío. Cuando la imagen se corrompa del todo, serás enteramente mío. ¡Para siempre, para siempre, para siempre!

"Cubrió la imagen de tierra. El mozo dió un salto y la estranguló. Hubiera desenterrado la imagen, pero oyó voces, se asustó y emprendió veloz carrera. Ya no volvió al pueblo y se embarcó para América.

"Me dijo que cuando ya estaba a un día de viaje empezó a sentir que unas manos lo agarraban de los talones como si quisieran arrastrarlo a la vía del tren, al mar, para devolverlo al pueblo, al lado de la muchacha. Por eso dedujo que no la había matado. Huía de aquellas manos, debatiéndose con toda energía contra ellas. No se atrevía a dormir de noche, pues cuando dormía soñaba que estaba en la carretera, con la muchacha a su lado, y tres veces se despertó, apenas a tiempo para contenerse cuando estaba a punto de arrojarse al mar.

"Luego, la fuerza de aquellas manos empezó a disminuir. Pero siguió viviendo atemorizado hasta que recibió noticias del pueblo, que confirmaron su suposición: no había matado a la muchacha. Pero más tarde la mató otro. Esta muchacha poseía lo que usted ha llamado ciencia oculta. ¡¡Sí! Acaso encontró en ella su perdición, como la bruja que nosotros conocimos.

Yo le dije:

—Es curioso que usted diga eso, Ricori... es raro que hable usted de que la ciencia oculta pueda ser la perdición de quienes la poseen... De eso precisamente quería hablarle luego. Amor, odio y poder — tres pasiones — parece que siempre han sido los tres pies del trípode en que arde la llama sagrada, los sostenes de la plataforma de que saltan las muñecas mortales...

"¿Sabe usted quién fué el primero a quien se recuerda como creador de muñecas? ¿No? Pues, bien; era un dios, Ricori. Se llamaba Khnum. Era un dios antes, mucho antes que Jehová, el Dios de los judíos, que también fué un creador de muñecas. Ya recordará usted que formó a dos a su imagen en el jardín del Edén, animándolas, pero concediéndoles sólo dos derechos inalienables: el derecho a sufrir y el derecho a morir. Khnum era un dios más misericordioso. No negaba el derecho a morir, pero no quería que los muñecos sufriesen; deseaba verlos alegres el poco tiempo que les daba el aliento. Khum era tan viejo, que gobernó en Egipto en tiempos muy remotos al en que se pensó en construír las Pirámides y la Esfinge. Tenía un dios hermano que se llamaba Kefer, con cabeza de escarabajo. Fué Kefer quien difundió un pensamiento, agitado como un vientecillo por la superficie del Caos. Este pensamiento fertilizó el Caos y de él nació el Mundo...

"Siglos después, en tiempo de Ramsés III, hubo un hombre que investigó y encontró el secreto de Khnum, el Dios Alfarero. Se había pasado toda la vida buscando y era ya viejo, andaba encorvado y temblaba; pero aún se mantenía en él fuerte el deseo por las mujeres, y lo único que sabía hacer del secreto de Khnum era satisfacer este deseo. Pero le hacía falta un

modelo. ¿Qué mujeres eran las más hermosas para usarlas como modelos? Las mujeres del Faraón, por supuesto. De modo que este hombre fabricó ciertas muñecas a imagen y semejanza de las que acompaban al Faraón. También hizo un muñeco parecido al Faraón mismo, y se incorporó a él, animándolo. Sus muñecas, entonces, lo condujeron al harén del rey, por entre los guardias, que creyeron como las propias mujeres del Faraón que era el verdadero rey. Y lo trataron de acuerdo con su creencia.

"Pero cuando se despedía, entró el verdadero Faraón. ¡Debió ser aquella una situación sorprendente, Ricori! Una verdadera duplicidad del Faraón, milagrosamente producida! Pero Khnum, viendo lo que pasaba, bajó del cielo y tocando a las muñecas las dejó sin vida. Todas cayeron al suelo, y se vió que no eran más que muñecas.

"Donde hasta aquel momento habían visto a uno de los Faraones, no se vió ya más que un muñeco, y a su lado un viejo arrugado que temblaba.

—El cordel de nudos... la Escala de la Bruja... es también muy antiguo. El documento más antiguo de la legislación francesa, la Ley Sálica, que se escribió hace mil quinientos años, señalaba las más severas penas contra aquellos que hiciesen lo que se llamaba el Nudo de la Bruja...

—"La ghirlanda della strega" — dijo él. — Sí, ya se conoce en mi tierra esa maldita guirnalda, aunque le disguste saberlo.

Viendo su palidez y el temblor de sus manos, me apresuré a observar.

—¿Pero no comprende usted, Ricori, que todo lo que le digo no son más que leyendas? ¿Mero folklore? ¿Sin prueba alguna ni base científica?

Empujó la silla con violencia y se levantó para mirarme incrédulo y decirme:

—¿Aún sostiene que los fenómenos diabólicos de que hemos sido testigos pueden explicarse en los términos científicos de la ciencia que usted posee?

Me agité desasogadamente:

—Yo no digo esto, Ricori. Digo que madame Mandilip era tan extraordinaria hipnotizadora como criminal y una verdadera maestra en el arte de la ilusión...

—¿Usted cree que sus muñecas eran... ilusiones?

Desvié la contestación:

—Ya vió usted lo real que era la ilusión de su hermoso cuerpo y no obstante vimos cómo se desvanecía en la verdadera realidad de las llamas, después de habernos parecido tan verdadero como las muñecas, Ricori...

—La herida en mi corazón... la muñeca que mató a Gilmore... la que degolló a la bruja. ¿A eso llama usted ilusiones?

—Es posible — contesté obstinándome en mi incredulidad — que, obedeciendo a una sugestión hipnótica de aquella mujer, usted mismo se clavase la aguja; es posible que por la misma causa, la hermana de Peters matase a su marido. La lámpara pudo haber matado a Braile mientras yo estaba bajo la influencia hipnotica. Y en cuanto a la muerte de la misma mujer a manos de la muñeca Walters... también es posible que el cerebro anormal de madame Mandilip fuese a veces víctima de las mismas ilusiones que infundía en el cerebro de otros. Concedo que esa mujer era un genio del mal, dominada por el deseo enfermo de rodearse de las efigies de aquellas personas a quien mataba con el ungüento.

Ricori permanecía en pie con la misma fuerza de convicción, repitió:

—Le pregunto si llama una ilusión a los actos homicidas de la bruja.

—No está bien que me mire usted así, Ricori, porque me molesta y ya le he contestado. Le repito que a veces podía ser ella la víctima de las mismas ilusiones que infundía en la mente de los otros. A veces, ella misma podía creer que las muñecas vivían y así se comprende el odio que experimentaba contra la muñeca Walters. Bajo la indignación de nuestro ataque, esta creencia produjo en ella una reacción. Esta idea se me ha ocurrido hace poco, cuando le he dicho cómo me sorprendía oirle hablar de la ciencia oculta revolviéndose contra quienes la poseían. Esa mujer atormentaba a la muñeca y esperaba que ésta se vengaría en la primera oportunidad. Tan firme era su creencia o temor, que al presentarse un momento favorable, lo convirtió en acto de un modo dramático. La fabricante de muñecas, como usted, pudo clavarse la aguja en su mismo cuello...

—"¡Necio!"

Esta palabra salió de la boca de Ricori, pero dicha con voz y acento tan idénticc a como la pronunció madame Mandilip en su habitación de caza y por la boca de la difunta Luschna, que me eché atrás, estremecido.

Ricori se inclinaba sobre la mesa, mirando con sus ojos negros, apagados, inexpresivos. Le grité con voz chillona, delirante de pánico:

—¡Ricori...! ¡Despierte!

La espantosa impresión de aquellos ojos apagados se desvaneció. Me miró con una mirada penetrante y dijo en su propia voz:

—Estoy despierto. ¡Estoy tan despierto, que no quiero escucharle más! Ahora, oiga lo que tengo que decirle, doctor Lowell. ¡Al diablo su ciencia! Le digo a usted que tras la cortina que limita su vista, hay fuerzas y energías que nos son adversas, pero que Dios en su inexcrutable sabiduría permite que existan. Le digo a usted que esas fuerzas pueden atravesar ese velo material y manifestarse en seres como los fabricantes de muñecas. ¡Así es! ¡Brujas y hechiceras que van del brazo con la maldad! ¡Así es! Y existen poderes que nos son favorables y que se manifiestan en seres elegidos.

—Dígame, doctor... dígame sinceramente: ¿Le satisfacen realmente sus explicaciones científicas?

Contesté con toda serenidad:

—No, Ricori.

F I N

EL DIABLO EN PALACIO

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Como consecuencia de una intriga palaciega, es asesinado el marqués de Poza adicto al príncipe don Carlos. Muere envenenado el marqués de Bergen. Ruy Gómez desobedece al rey. Este, bajo la sugestión de la princesa de Eboli, organiza una fiesta campestre. Fracasa el intento de fuga del barón de Montigny. La esposa de Ruy Gómez se une al cardenal Espinosa, para combatir al príncipe don Carlos. Una carta comprometedora para la de Eboli, va a parar a manos del rey. Al príncipe don Carlos le roban documentos comprometedores. El paje Luis, prepara la fuga de don Carlos, pero fracasa en su intento. Se sospecha, que Luis sea el misterioso personaje, que llaman El Diablo. Los inquisidores le tienden una celada al paje. Este, a su vez, logra encerrar a su enemigo, fray Bernardo. El comendador Maldonado es víctima de una intriga del paje. Fracasa la tentativa de fuga del príncipe don Carlos; muere éste y Luis y doña Blanca huyen, después de descubrirse quien es el diablo de Palacio. Muere envenenado Ruy Gómez. El marqués de Poza, al que creían muerto sus enemigos, aparece de nuevo y se dispone a buscar a doña Blanca y a Luis. Este provoca un desastre en las tropas españolas que luchaban en Flandes. El marqués de Poza se encuentra con don Juan de Austria.

OLO el fuertísimo castillo que en aquella época dominaba con sus artillados muros la ciudad, estaba silencioso y no dejaba ver en sus almenas ni plataforma a los veteranos españoles que antes lo guardaban; hacía pocos días que su alcaide, el valiente y leal Sancho de Avila, había salido de él con el corazón oprimido de rabia y de vergüenza, encargando a su teniente la entrega a los flamencos de la fortaleza, que con tanta lealtad y tanto valor había guardado, porque, según decía, le faltaba ánimo para cumplir aquella orden.

El noble soldado se despidió de don Juan, diciéndole, a la vez que el llanto humedecía su tostado rostro: "Para cumplir el humillante convenio que habéis firmado, nos mandáis salir a toda prisa de Flandes; pero con más diligencia nos mandaréis volver para castigar a los traidores herejes. ¡Quiera Dios que no os pese de vuestra ciega confianza Vertiendo sangre entré en el castillo de Bruselas, y derramando llanto he salido de él. Perdonadme si no he tenido tanto valor para entregar la fortaleza al enemigo como tuve para arrojarlo de ella". Así habló Sancho de Avila, y el tiempo demostró muy luego la verdad de su vaticinio y la lealtad de su proceder. El castillo, pues, estaba silencioso y sombrío; ni se oían en su barbacana, torres y patios los ecos de los belicosos clarines, ni el crujido de las armas, ni el ruido de los alegres cantos de la guerrera gente, ni brillaban sobre sus muros las aceradas armaduras, ni los cañones de los arcabuces, ni flotaban las rojas o blancas plumas de los sombreros, ni el aire hacía ondear las gloriosas enseñas que en Otumba, Pavía y San Quintín llenaron de espanto a los más numerosos y más aguerridos ejércitos que vieron aquellas edades.

Formaban el más opuesto contraste la ciudad y la fortaleza: en ésta, el silencio y la quietud; en aquélla, el rui-

do, el movimiento y la alegría, siquiera instantánea, siquiera aparente.

EN una de las principales calles de la población habíase levantado un arco de triunfo con mil alegorías e inscripciones en honor de don Juan, y otro en la desembocadura de la plaza donde tenía su palacio. Los edificios de todo el tránsito desde la entrada de la ciudad hasta la plaza, estaban adornados con vistosos tapices, jarrones de flores en las ventanas y otros caprichosos adornos que les hacían presentar un bellísimo aspecto. Estas calles eran las más concurridas, y todos a porfía se disputaban tal o cual sitio desde donde podría verse mejor la lucida comitiva. A veces los compactos grupos eran disueltos por la repentina llegada de algún jinete cuya cabalgadura marchaba al trote largo o al galope, y el primer impulso de indignación de los atropellados se contenía con sólo ver que el atropellador era algún caballero principal adicto a la Reforma, o se calmaba con un sólo grito de viva la libertad de conciencia o de vivan los fueros, dado oportunamente por el que cabalgaba.

Habían acudido a la población los habitantes de los contornos, y no faltaban en crecido número aldeanas con sus vistosos trajes y mujeres del pueblo que hablasen sin cesar y disputasen sin descanso, ni rapazuelos que corriesen, gritasen o se subiesen a las tapias y a las rejas de los edificios.

Estaban llenas de gente las posadas, concurridísimas las tabernas, y había más de una cabeza caliente, siendo animadas todas las conversaciones y versando todas sobre un mismo asunto.

Cumplido, pues, nuestro propósito de dar una idea del aspecto que presentaba la población, llevaremos a nuestros lectores a una taberna situada en una estrecha calle que desemboca en una de las principales por donde debía pasar don Juan de Austria con su comitiva. En el primer aposento de aquella taberna, húmedo, sucio, oscuro, de pesada atmósfera y olor nada agradable, había dos hombres sentados delante de una mesa de pino larga y estrecha, el uno frente del otro, provistos de una botella y dos vasos de estaño que llenaban y vaciaban con intervalos de pocos segundos.

El uno de aquellos hombres apenas tenía veintidós años, y presentaba un tipo de belleza a la par que delicada, varonil. Su aguileño rostro, ligeramente moreno, tenía la más animada expresión realzada por sus grandes y rasgados ojos, de negra pupila, y cuya mirada a veces sombría, ora severa e imponente, o ya burlona hasta el sarcasmo, no dejaba comprender al pronto qué clase de corazón se abrigaba en aquel pecho. Retorcíase marcialmente a la española su todavía escaso, fino y negro bigote, adorno de su boca, cuyos rojos labios tenían cierta expresión de altivo desdén, que debía ser hijo de orgullo de una esclarecida alcurnia o de una superioridad incontestable de su entendimiento o de sus fuerzas sobre los demás hombres. Vestía coleto de ante con margas de paño verde oscuro y sus calzas de fina seda del mismo color, dejaban ver una pierna musculosa y tan bien formada, que hubiera podido servir de modelo para la de un Apolo. Llevaba gregüescos, también de paño, aunque muy cortos, y calzaba anchas y largas botas de piel de gamuza con largas espuelas de acero.

De su cinturón de cuero negro con broche de oro pendía una espada con empuñadura de acero cincelada primorosamente y una daga de exquisito trabajo con mango de plata. Completaba su traje un sombrero de fieltro de anchas alas con pluma roja, sujeta en su extremidad inferior a un broche de diamantes, y una capa algo más ancha y larga de lo entonces prescrito por la moda, y negra, aunque uno de los dobleces con que estaba medio recogida en el asiento, permitía ver que era por la otra parte blanca como la nieve.

El otro personaje tenía más edad y representaba un tipo completamente opuesto. Era casi un gigante, de áspero cutis, naturalmente moreno, pero además tostado por el sol: de espesa y negra barba, aunque solamente el bigote y la perilla llevaba crecidos; de negros ojos, cuya mirada era feroz y alegre, pero de una alegría franca más que burlona como la de su compañero, y de gruesos labios y semblante que denotaba un valor a toda prueba, pero ninguna astucia. Vestía también de ante y paño, pero la hebilla de su cinturón era de acero, su larga y pesada tizona era de sencilla y aun tosca fabricación, lo mismo que su ancha daga con empuñadura de hierro más ennegrecido que brillante. Un broche de color verdoso sujetaba la pluma roja de su sombrero y

sus espuelas delataban su continuado uso por algunas manchas de sangre que tenían en sus extremos.

Hecho el bosquejo de ambos personajes, que, como habrán adivinado nuestros lectores, son de nuestros antiguos amigos, escucharemos su animada conversación mientras llega la hora de acudir a presenciar la entrada del nuevo gobernador.

—Os confieso, amigo mío — decía el gigante de tostado rostro con acento enérgico y voz un tanto bronca, — os confieso que hoy daría cualquier cosa buena porque se armara camorra cuando más entretenida estuviese la gente en contemplar al nuevo gobernador.

—Veo, capitán — le contestó el mancebo, —que no podéis vivir sin ejercitar vuestras fuerzas y emplear vuestros puños contra el prójimo.

—Qué queréis, le tengo afición a mi oficio, el único que aprendí, y aunque me gusta la holganza, aun ésta carece de atractivo si no viene alternada con alguna animación. Luego, hace muchos días que estamos ociosos, y me duelen las manos y las piernas, porque sabed, señor Luis, que la quietud, cuando es por mucho tiempo, me produce una incomodidad inexplicable en todo el cuerpo, y aun lo siento dolorido. ¡Quince días de sosiego... ¡Por Santiago, que esto es mucho para un hombre como yo!

Y en su entusiasmo descargó una puñada sobre la mesa, haciendo oscilar los vasos y caer la botella, que afortunadamente estaba ya vacía.

—Sosegáos — le dijo el mancebo con dulzura. — que quizás muy pronto tendréis ocasión de dar algunos mandobles.

—No abrigo semejante esperanza — replicó el llamado capitán a la vez que apuraba el resto del contenido de su vaso.

—Pues es muy probable que antes de dos horas suceda así.

—¿Y en qué os fundáis?

—En que no faltará algún adulador que pensando ganarse la voluntad de don Juan de Austria, intente prenderme apenas me conozca.

—¿Acaso os conoce alguien, ni aun los que han vivido más cerca de vos?

—No amí, sino a mi capa, que volveré del otro lado al salir de aquí.

—Os vais a comprometer, y no es prudente...

—¿Pues no decís que tenéis ganas de camorra?

—Es verdad; pero...

—¿Qué teméis?

—Nada por mí, mucho por vos, y precisamente ahora que tantos deseos tenéis de volver a España.

—Descuidad, amigo mío

—Si algo os hubiera sucedido en una de las pasadas bromas, no me hubiese importado tanto; pero que os encierren como al más vulgar de todos los criminales, que os ahorquen como a cualquier pobre diablo con mengua de vuestra reputación de espíritu infernal, y que acuda la gente a veros hacer muecas y tambalearos pendiente de la cuerda, burlándose de vuestro poder sobrenatural y de lo poco que os ha valido vuestra capa, eso ¡voto al infierno! me desesperaría.

El mancebo se sonrió al oír al capitán.

—Ya que os habéis empeñado — prosiguió éste, — en abandonar esta tierra donde tenemos ocasión de vivir alegremente, quiero que volváis sano y salvo a España.

—Ya sabéis las poderosas razones que tengo para abandonar esta tierra desdichada que tanto os gusta, porque en ella pasamos lo que vos llamáis alegre vida.

—Yo veo el asunto de distinto modo. ¿Qué nos importan las intenciones del príncipe de Orange? Se nos presenta la ocasión de dar cuchilladas, de vengarnos, y lo demás no es del caso.

—A mí me importa mucho las intenciones del príncipe de Orange, porque no quiero ser instrumento ciego de la ambición y el engaño. El príncipe quiere mucho más que el respeto a los fueros de su país, algo más que la libertad de conciencia; si lucha sin descanso, si opone toda clase de inconvenientes al reconocimiento de don Juan, es porque no se contenta sino con la independencia absoluta de Flandes, y ya conoceréis que si yo estoy dispuesto a emplear mis fuerzas en contra de Felipe II, no quiero luchar contra mi patria. La sed de venganza me condujo al último extremo de la desesperación, y por satisfacer mis rencores no he vacilado en unirme a los enemigos de mi patria y de mi fe; pero ya estoy cansado, harto vengados quedan mis amigos; por cada gota de sangre del marqués ha corrido un arroyo; la muerte del príncipe don Carlos está pagada con

millares de muertes, y cada lágrima de doña Blanca ha costado una derrota a los gloriosos tercios del tirano de dos mundos. Basta de sangre; os juro no derramarla a menos que me provoquen que me persigan, y me vea en la necesidad de defenderme. La catástrofe de Leiden me causó una impresión tan profunda que jamás se borrará de mi memoria su espantoso recuerdo. No comprendí toda la importancia de mi sanguinario proyecto hasta que lo ví realizado; entonces me espanté de mi propia obra. ¡Oh!... no más sangre... no más venganzas...

Y el mancebo se pasó las manos por la frente, en aquellos momentos bañada de frío sudor.

—¿Tenéis remordimientos?

—De haber llevado la venganza hasta la exageración, sí; pero de haberme defendido, de haber prestado ayuda al inocente y al débil, no.

—Veo que hoy estáis en uno de esos días en que el mal humor os domina. Hemos apurado esta botella y bueno será que os animéis con otra.

Pocos momentos después vaciaban otra botella nuestros héroes.

El mancebo bebía distraídamente y parecía estar en extremo triste.

—¿En qué diablos pensáis? — le dijo el capitán. — ¿No estáis resuelto a volver a España y abrazar a vuestra señora? ¿No os he dicho que os seguiré hasta el fin del mundo?

—Es verdad, volveremos a España; pero allí nos esperan quizás más peligros que aquí.

—¿Quién podrá reconoceros ahora hecho un hombre? Sobre todo, no tengáis miedo, que antes que se apoderasen de nosotros habían de trabajar mucho.

—¡Miedo! — repitió el joven haciendo un gesto de desdén. — Ya sabéis que no lo conozco, cuando se trata de mí, pero doña Blanca...

—Está segura en el convento.

—Pero allí está también la de Eboli.

—Ya no debe temerse a semejante enemigo.

—No habéis pensado lo que es una mujer ofendida en su amor propio.

El capitán llenó su vaso, y después de saborear el dorado líquido exclamó:

—¡Voto a cien legiones de condenados! ¿Sabéis, señor Luis, que hoy estáis insufrible? Bebed y reid como otras veces, olvidad lo pasado porque ya no tiene remedio, y acallad vuestra conciencia, pensando que si habéis sido vengativo es porque os han precipitado a ello. En cuanto a los peligros que nos esperan, ya veremos cómo salir del apuro cuando llegue el caso. ¡Por quien soy que no estáis en este momento a la altura de vuestra diabólica reputación! Ahora, apuremos la botella, alegrémonos y después ya veremos cómo salir de los apuros.

—Razón tenéis, más vale estar alegres — dijo el mancebo a la vez que sonreía con amargura.

Y apuró de un solo trago el contenido de su vaso.

—Y si no es bastante esta botella — repuso el capitán, — para devolveros el buen humor, apelaré a mi último recurso.

—¿Cuál?

—Armar camorra con el primero que se ponga delante; cuando tengáis que sacar la tizona olvidaréis cuanto os pone triste.

—Os ruego, amigo mío, que no hagáis ninguna de las vuestras, porque la menor cosa podría comprometernos.

—¿No pensáis vos hacer la mayor de todas las locuras?

—¿Lo decís porque quiero pasear por las calles d Bruselas con mi capa blanca?

—Precisamente.

CIERTO que es una temeridad; pero estoy convencido de que no habrá quien se atreva a decirme una palabra, los realistas por miedo, y los reformistas por consideraciones.

—¿Pero qué fin os lleváis?

—El hacer ver que llamo más la atención y tengo más importancia que el mismo hermano del rey.

—No os comprendo.

—Pero debe alcanzárseos que apenas se divise mi capa, todas las miradas se fijarán en mí para conocerme, y nadie hará caso del nuevo gobernador. Es preciso, amigo mío, que al dejar esta tierra, quede de mí un recuerdo hasta cierto punto supersticioso, porque esto nos valdrá mucho en España, a donde llegará antes que nosotros la noticia de mi última locura en Flandes.

—Sea cual fuere la razón, me gusta la idea, porque será cosa de ver cómo os señalan todos con el dedo y se apresuran a seguiros para veros el rostro. Además, y como ya os he dicho, tal vez algún adulador de don Juan intente echaros el guante, y entonces voto a

Satanás! tendremos diversión dando tajos y mandobles y acabaremos por burlarnos de los realistas, porque el pueblo en masa se pondrá de nuestra parte.

—Ya estáis entusiasmado.

—Os juro por mis bigotes que después de haber saboreado este vinillo no me falta para ser feliz sino un rato de broma y encontrar por conclusión alguna de las aldeanas que han venido a la ciudad, y que perdida en la confusión me pidiera amparo como a los antiguos caballeros andantes.

—Siempre estáis de buen humor.

—A vos os ha sucedido lo mismo, al menos desde que os conozco. Cuando érais el diablo de palacio, os burlábais de todo, no había situación por apurada que se presentase de la que no sacáseis partido para reir como un loco; después cuando vinimos a Flandes, seguísteis lo mismo, y solamente hoy, cuando ningún peligro nos amenaza, en los momentos en que la esperanza de ver a vuestra señora está tan próxima a realizarse, os ponéis triste, meditabundo, y hasta parece que tengáis miedo por lo que puede acontecer; siendo así que tanto en la corte como en la guerra os habéis mostrado en muchas ocasiones más atrevido y animoso que yo.

El mancebo pareció meditar algunos instantes, luego bebió ávidamente un vaso de vino, y paseando una mirada altanera y a la vez desdeñosa por el aposento, como si buscase a quien provocar con su desprecio, dijo con aparente alegría:

—Os equivocáis, capitán, porque soy el mismo que antes. ¿Queréis competir hoy conmigo en atrevimiento?

—No haré tanto, porque me ganaréis si en ello os empeñáis.

—Acabemos con esta botella, preguntemos a maese José si tiene noticia del paradero del diablo y de su capa, y vamos a recorrer la ciudad porque ya se acerca la hora de la función.

—¡Bravo! — exclamó el capitán descargando una terrible puñada sobre la mesa.

—¡Hola, maese José! — gritó el mancebo.

Al punto acudió un hombre obeso, de semblante alegre, nariz y frente aplastadas.

—¿Qué mandáis? — preguntó. — ¿Queréis otra botella?

—Lo que queremos es pagaros vuestras zurrapas.

—A fe, a fe, que mi vino...

—Está limpio del pecado original.

—No os comprendo.

—Porque sois un hereje — replicó Luis, — y no sabéis que el bautismo borra el pecado de la tentadora manzana.

—Tampoco os comprendo.

—Quiero decir que vuestro vino no es vino, sino agua sucia.

—Os chancéais — dijo el tabernero mientras sonreía estúpidamente.

—No me chanceo, os repito que sois un hereje, y por esta razón debéis saber donde se encuentra el diablo de la capa blanca, y me lo diréis para que vayamos a buscarlo.

—¿Habéis perdido el juicio?

—Vos en tal caso, que no procuráis adquirir ninguna noticia para comunicarla a vuestros parroquianos y que queden contentos.

—Os juro, señor...

—¿Que nada sabéis?... Os creo, y por eso mismo me arrepiento de no haber entrado en la taberna de enfrente, cuyo dueño sabe todo lo que pasa en Europa antes de que haya sucedido, y conoce el diablo de la capa y tiene noticias de su paradero.

El huésped sonrió con aire de triunfo y dijo:

—¿Con que mi vecino conoce al diablo?... Las ganas, señor hidalgo. Bien seguro es que no ha visto como yo la capa blanca ni el rostro al protector de los flamencos.

—¿Queréis daros importancia con una mentira?

—Tan cierto es lo que os digo, como que el sol nos alumbra y Dios provee a todas las necesidades, que aunque no soy hombre de retóricas como vos, digo siempre la verdad y si muchas veces callo es por prudencia más que por ignorancia.

—¿Con que habéis visto al diablo? — preguntó el mancebo como excitado por una viva curiosidad.

—Lo mismo que os veo a vos en este instante.

—Vaya, pues decidnos cómo es.

—Figuráos — prosiguió el tabernero, — un hombre más alto que todos, pero tan flaco que parece un esqueleto; su cara es negra como la pez, y los bigotes, rojos y ásperos, son tales que con ellos da dos o tres vueltas a la garganta. No lleva más armas que un espadón, también negro, pero que mata con sólo amenazar, así como sus ojos,

que brillan más que los de un gato y queman desde muy lejos.

Ni el mancebo ni el capitán pudieron contener la risa.

—¿Os burláis? — dijo el tabernero mostrándose picado.

—Pues a fe mía que si lo viéseis no os darían muchas ganas de reír.

—Nos reímos de su fealdad.

—No me sucedió a mí otro tanto.

—¿Y dónde lo visteis.

—Aquí mismo, una noche tormentosa que parecía anunciar el fin del mundo, entró embozado en su maldita capa blanca, y me pidió un vaso de vino. Yo se lo dí temblando, o mejor dicho, lo puse a su alcance.

—¿Y bebió?

—De un solo trago: pero lo más notable fué que al contacto de sus labios el vaso se derritió, cayendo al suelo convertido en brillante líquido.

—¿Le exigiríais que os indemnizase?

—No pude pronunciar una sola palabra, pero se portó como un diablo decente, porque antes de salir dejó sobre la mesa quince escudos de oro de España; sin duda debe ser alguno de los jefes del infierno, porque allí dicen que también hay sus jerarquías, y no faltan, como por acá, grandes y pequeños, azotadores y azotados.

—Aquello es una república, cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos — dijo el capitán, irguiendo la cabeza orgullosamente por haber dicho una frase pomposa por primera vez en su vida.

—Y muy bien establecida — repuso el mancebo, que quiso aprovecharse de aquella ocasión para matar, con la broma, la tristeza. — Allí hay, primeramente, el diablo soberano de aquellos negros dominios y al cual conocemos con el nombre de "Satanás"; después siguen los nobles por su antigüedad en pertenecer a los tenebrosos Estados: luego entre la aristocracia, no de la antigüedad, sino de su propio mérito, que consiste en el mayor número de pecados que han cometido siendo hombres, que volverían a cometer corregidos y aumentados si resucitasen: después va otra clase, aristocrática en las aspiraciones, pero en extremo plebeya en sus obras, que está compuesta de los que tienen mejores puños con que arrancar a sus compañeros los rabos, más largas uñas con que desollarlos y sacarles las entrañas, o mayor número de cuernos con que maltratarlos; los primeros son generalmente soldadotes que ya probaron por acá que tenían más fuerza que entendimiento; los segundos son por lo regular corchetes, escribanos y gente de otros oficios de golilla, los terceros, ricachones vanidosos, maridos impertinentes, hombres sin caridad. Después de todos éstos sigue la plebe que tiene su procedencia de los que pecaron de puro brutos, dejándose engañar, y de los usureros y avaros, tenidos allí, lo mismo que aquí, por gente peligrosa y repugnante, porque ya que no pueden hacer otra cosa en aquellas regiones, prestan a réditos el rabo para que aticen con él los hornos los encargados de las célebres calderas.

—¿Y quién os ha contado todo eso? — dijo maese José, mirando a Luis de una manera extraña.

—¿No sabéis leer?

—No, señor hidalgo.

—Entonces no puedo daros el libro donde lo aprendí.

—Ya que estáis tan bien enterado, podréis decirme si hay diablos hembras.

—Forzosamente ha de haberlos.... ¿Acaso pensáis que en aquella república se goza de una paz inalterable? ¿Los amores, los celos y las rivalidades, no son la causa de todas las pendencias? ¿No son la mujer y el dinero las dos grandes palancas que agitan el humano espíritu? ¿No fué Eva la causa del primer pecado, y por ella Dios condenó al hombre a ganar el sustento con el sudor de su frente, y el demonio condenó a la mujer a enredar el mundo con su lengua y sus fragilidades? Sin embargo, agradecido Satanás a la mujer porque fué la causa del primer pecado y de que sus súbditos sean más numerosos cada día, las emplea en los oficios menos rudos, como por ejemplo, soplar la mentira, encender la ambicin, atizar la avaricia, alimentar la intriga y otras pequeñeces del mismo jaez, sin que por eso, y mientras desempeñan sus encargos, dejen de murmurar de todos, burlarse del uno porque tiene las uñas encorvadas o corto el rabo, del otro porque se dejó las narices en el mundo al darle una dama con la puerta en ellas, y hasta de un personaje muy principal de aquella república, que se llama Asmodeo, y es rengo.

—Decidme...

—Bastante os he dicho, y si no me dais noticia del paradero del diablo de la capa blanca, nos vamos, que se hace tarde.

—El diablo está con el príncipe Guillermo.

—Mejores noticias tiene vuestro vecino.

—Lo dudo, señor.

—El diablo está en Bruselas.

—Y no lo habéis visto nunca — añadió el capitán.

—Lo que prueba que sois un embustero — dijo el joven.

—Señor hidalgo...

—¡Calláos, voto a mis narices! — interrumpió el gigante. — Habéis querido engañarnos, y si no os aplasto es por compasión.

—Señores, no os acaloréis — dijo el tabernero dando un paso atrás al ver la actitud amenazadora que tomaba el soldado.

—Basta de cuestión — repuso el mancebo a la vez que pagaba el gasto. — Maese José, sois un estúpido. Si os preguntan por el diablo, decid que está en Bruselas, y que ha honrado vuestro establecimiento apurando una botella de Oporto.

Y levantándose, mostró el lado blanco de su famosa capa, y salió seguido del capitán que se retorcía el bigote y juraba quitar al tabernero los dientes de una puñada.

Entretanto las calles se habían llenado más y más de gente hasta el punto de estar intransitables algunas de ellas; pero los brazos de hierro de Pero León abrían paso por todas partes, y nuestros amigos lograron colocarse al fin en uno de los puntos mejores para ver al heróico don Juan y su comitiva.

De pronto y como el ruido de la espumosa corriente de agua que se aproxima, percibióse lejano rumor que fué acrecentando gradual y lentamente a medida que se acercaba y después se agitó la compacta masa de personas que ocupaban la calle, cambiando todos los espectadores, intentando cada cual dirigir sus miradas por encima de la cabeza del que tenía delante. Las damas y caballeros que ocupaban las ventanas inclinaron a la vez el cuerpo hacia la calle, a fin de salvar el estorbo de la cabeza de su vecino que no les permitía ver cuanto quisieran.

—Ya viene.

Fueron las palabras que sanieron todas las bocas.

Y las damas pasaron disimula mente revista a sus vestidos por si había descompuesto algún adorno, llevaron una mano a la cabeza p convencerme de que el complicadísi peinado no había sufrido alteración su forma, y los caballeros arregla su barba y dieron a su semblante expresión de ridícula gravedad.

Todavía pasó largo rato sin que notase otra cosa que el movimiento c ciente de la muchedumbre, cuyo ext so grupo oscilaba con lentitud.

Creció el murmullo y convirtióse voces primero, en gritos después.

Al fin, por el arco de triunfo lev tado al extremo de la calle, entró Juan de Austria, y su numeroso acc pañamiento.

El héroe de Lepanto, el verdad hijo del magno emperador, como le l maba en su entusiasmo el pueblo, a caballo en su blanquísimo corcel árabe raza, enjaezado ricamente gualdrapa de terciopelo carmesí bierta de bordados de oro y freno marroquí tachonado con estrellas mismo metal. Vestía don Juan de t ciopelo azul con bordados de oro, g güescos muy cortos, acuchillados blanco y calzas de seda blanca ta bién.

A su derecha y sobre una mula tor lla, corpulenta, de española casta, el nunció apostólico que pocos días a tes había llegado de Roma con obje de influir en pro del pacífico arreglo los negocios públicos, y también el fin de dejar completamente com nado el plan que debía seguirse en proyectado viaje de don Juan a Ing terra para socorrer a María Stuardo Escocia, prisionera a la sazón en Lo dres.

A la izquierda del nuevo gobernad iba el obispo de Lieja, también jine en una mula española de fino pelo n gro y con jaeces de paño morado.

Detrás iba un numeroso grupo de c balleros de la alta nobleza española flamenca, ostentando trajes de gr riqueza y gusto.

LUEGO seguían muchos hidalg ya servidores de los altos person jes de la comitiva, ya independie tes, aunque partidarios a la causa España.

Después caminaban en ordenadas

las muchos escuderos y pajes con libreas costosísimas, cerrando la marcha multitud de palafreneros y otros sirvientes.

Entre el grupo de los hidalgos iba el marqués de Poza cuya mirada inquieta lo recorría todo, fijándose, ya en los que ocupaban la calle, ya en los que estaban en las ventanas. Sin duda quería descubrir entre la multitud al antiguo paje, pues aunque ya no debería conocerlo, la capa blanca debería servirle de señal. Su escudero Juan, confundido con los demás de su clase, se ocupaba en la misma investigación que su amo, pero casi por pasatiempo, pues no creía que Luis se presentase en público, o por lo menos lo hiciese con su famosa capa que había de comprometerlo.

El paje y el capitán habían logrado colocarse en el hueco de una puerta, y desde allí contemplaban casi con indiferencia lo que tanto llamaba la atención de los demas.

—Ahí veréis — dijo el mancebo a Pero León, — lo que es este pícaro mundo. La mitad de los que se han expuesto a que los aplastasen en medio de este bullicio por ver a don Juan, le desearán la muerte con todas las veras de su alma.

—No os diré que no — contestó el soldado a la vez que bostezaba.

—¿Os fastidiáis?

—Completamente.

—Pues no será por falta de animación.

—No encuentro ninguna y creo que mejor hubiésemos hecho en quedarnos en la taberna de maese José.

—¿Sin ver a don Juan?

—¿Y qué falta nos hacía verlo?

—Ya sabéis que es mi antiguo conocido y que me interesa su suerte.

—Quiera Dios que con todo ese cariño no os eche el guante y os ponga donde no os dé el sol.

—Pienso hacerle un servicio y no será tan ingrato, — replicó el paje.

—¿Y en qué consiste ese servicio?— preguntó el capitán restregándose los ojos con el dorso de la mano.

—En avisarle que lo han vendido y que lo sigue la traición.

—No es extraño que el diablo piense en diabluras.

—Y que no pienso esperar ocasión en que hablarle a solas, sino decírselo delante de todo el mundo. para que conste que yo, aunque he peleado contra el rey, no estoy de parte de la traición.

—Me gusta la idea.

—Lo creo, porque así tal vez se presente la ocasión de dar algunos tajos.

—Precisamente por eso — dijo Pero León, volviendo a bostezar de tal manera, que llamó la atención de los que estaban inmediatos.

—Buenos dientes para una pantera — dijo un hombre que tenía más trazas de bandolero que de honrado villano.

—¿No son mejores que los vuestros?, — le replicó el capitán a la vez que echaba su sombrero hacia la ceja derecha con aire socarrón.

—Aunque feos, los míos son de persona — le contestó el otro.

Retorcióse el capitán el bigote, y mirando fijamente a su interlocutor, le dijo un tanto amostazado:

—Procurad no darme envidia, porque entonces ¡voto al demonio! que os los arrancaré para trocarlos por los míos.

—Señor fanfarrón — replicóle él, al parecer villano, — la misma distancia hay de vuestros puños a mis dientes que de mis manos a vuestra lengua.

—Os probaré lo contrario — dijo el capitán.

Y antes de que su contrincante tuviese tiempo de evitar el golpe, descargóle uno con la mano cerrada en la boca, tan fuerte y certero que el paciente quedó aturdido por algunos segundos, y luego, al escupir la sangre que en abundancia manaba de su boca y narices, arrojó dos dientes que le había saltado.

Reponerse, echar una terrible mirada al gigante capitán, y lanzarse sobre él puñal en mano, fué todo cosa de un momento, más pronto hecha que pensada.

No era el señor Pero León mozo que se dejase fácilmente hacer una sangría por quien manejaba un puñal en vez de una lanceta y como reunía a su valor una serenidad inalterable, en vez de echar mano a su daga o tizona, agarró por las muñecas a su acometedor, y oprimiéndole con todas sus sobrenaturales fuerzas, le hizo exhalar un grito de dolor y una imprecación de rabia, sujetándolo de tal manera, que no le permitió mover los brazos.

Gritaron las mujeres que había cerca de allí, intentaron los hombres, huir los unos, cortar la disputa los otros y

muchos acercarse para ver mejor la escena que se preparaba y que no debía tener muy buen desenlace.

El paje, entretanto, requirió su daga y su tizona, pero sin sacar ninguna de la vaina, y esperó silencioso el resultado de aquel incidente observando a los más próximos por si intentaban tomar la defensa del aporreado.

Grande fué la confusión y mucha la gritería.

El capitán comprendió que no podría tener por mucho rato sujeto a su contrario, y haciendo un esfuerzo más le dijo:

—Aprovechad la confusión para retiraros sin que casi se aperciban.

—¡Por quien soy, que aquí ha de quedar sin vida uno de los dos! — replicó el otro, cuyas pupilas chispeaban de ira.

—¡Idos, Dios de Dios! — exclamó el capitán con voz de trueno.

Y sacudiendo a su enemigo lo arrojó al suelo con pasmosa facilidad.

Hizo el desdentado demostración de levantarse para acometer de nuevo; pero recibió en las posaderas y costillas tal lluvia de puntapiés y puñadas, descargada por el capitán, que cayendo y medio enderezándose repetidas veces, perdióse entre la multitud que lo silbaba y aún le regalaba algún nuevo golpe cada vz que el desdichado tropezaba con las piernas de alguno.

—La fiesta de hoy comienza a divertirme — dijo el señor Pero León, arreglando de nuevo su bigote.

—Ved allí a don Juan — observó el mancebo como si nada hubiese sucedido. — ¡Con cuánto entusiasmo lo vitorean!

Efectivamente, la comitiva se acercaba y el pueblo entusiasmado llenaba el espacio con sus gritos y hacía todas las demostraciones posibles de alegría. Las damas, participando del mismo gozo, y contemplando con más interés que el político a don Juan, agitaban sus pañuelos de riquísimo encaje, sacando sus brazos por las ventanas, y arrojaban al héroe de Lepanto olorosos ramilletes de pintadas flores que cubrían su camino como una caprichosa alfombra de colores mil.

Todas las miradas estaban fijas en don Juan; su acompañamiento pasaba casi desapercibido y aunque la presencia del bastardo no era una novedad ni para Luis ni para el señor Pero León, contempláronlo también sin hacer caso de ningún otro.

Cuando el gobernador hubo llegado frente a nuestros amigos, el antiguo paje volvió precipitadamente su capa del otro lado, y dijo al capitán:

—Levantadme en vuestros brazos de modo que se me distinga bien.

—¿Qué intentáis? ¿No fué una chanza?...

—Haced lo que os digo — interrumpió el mancebo, — y praparáos para lo que pueda suceder. Quiero alborotar en Flandes por última vez.

No replicó el capitán, y levantando en sus robustos brazos a Luis, lo sentó sobre su cabeza.

El atrevido mancebo enseñoreóse en aquel improvisado trono, contempló a don Juan por un momento y esperó una oportunidad da hacerse oír.

No tardó ésta mucho, porque la casualidad hizo que un menestral reparase en el paje, y al ver la capa blanca y creyendo que estaba en el aire sin ningún apoyo, dió un grito y llamó la atención de los que tenía a su lado, cosa que fué bastante a que como llevada por una ráfaga de viento cundiese la noticia, se volviesen de aquel lado todas las miradas y enmudeciesen las lenguas, inmóviles por el estupor.

Don Juan no fué el último que reparó en el diablo, y éste, aprovechando aquellos momentos, gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Don Juan, os han vendido y la traición os rodea!

Estas palabras produjeron un efecto mágico en los de la comitiva; oyóse una exclamación unánime, brillaron a la vez muchas espadas, y en confuso tropel corrió la muchedumbre de uno a otro lado, temerosos los más prudentes de que el lance tomara serias proporciones, y los más atrevidos o entusiastas partidarios de la Reforma, con ánimo de ponerse de parte del mancebo, aunque en concepto de los unos y de los otros, nada debía temer el que tenía el poder de Satanás.

—¡Quietos! — gritó al pueblo un hombre que por su vestido aparentaba ser un hidalgo. — No hay que defender al que nos llama traidores!

Esto hizo vacilar por unos instantes a los que intentaban agruparse alrededor de Luis; pero un reformista decidido, dándose los aires de astuto, dijo a su vez:

—¡Animo, flamencos! ¡Nuestro de-

fensor está en peligro, y no es a los buenos protestantes a quienes llama traidores! ¡Acordáos de Leiden! ¡Ese hidalgo no sabe que el aviso dado a don Juan significa otra cosa de lo que suena!

No fué menester más para decidir a los que dudaban.

Los gritos y juramentos volvieron a sonar en el espacio, y sobre las cabezas de la muchedumbre chocaron espadas y puñales.

Todo esto fué cosa de pocos segundos, y entretanto, el marqués de Poza, después de haber examinado atentamente las facciones del mancebo, espoleó su briosa yegua y quiso atropellar a todo el mundo por llegar hasta donde se encontraba el paje. Empero de nada le servía sus esfuerzos: si intentaba hacer saltar su cabalgadura por encima de los que se le ponían por delante, sujetábanla por el freno los que estaban al lado, aconteciendo lo mismo a los demás de la comitiva, que aun no se atrevían a decidirse a romper a fuerza de tajos la muralla de carne humana que los estrechaba cada vez más.

Mientras esto sucedía, tanto Luis como el capitán, tenían fija su atención en el de Austria, y no habían podido apercibirse de la presencia del marqués si bien era éste la persona en quien menos pensaban, porque ninguna noticia tenían de que viviese, y porque tampoco en aquella confusión era fácil distinguirlo sino habiéndolo buscado a propósito.

El mancebo colocó los pies sobre los hombros de Pero León, cruzó sobre el pecho los brazos, enderezó el cuerpo con su natural donaire, con la mirada serena y tranquilo continente, como si no tuviese que hacer allí otra cosa más que presenciar la contienda, juzgar y dar el laurel al vencedor, esperó tranquilamente.

—¡Castiguemos a esa canalla! — gritó un caballero a la vez que blandía su tizona.

—¡Viva el rey !— dijeron otros.

—¡Viva España! — añadieron muchos.

Y ordenándose cuanto les fué posible, dispusiéronse a dar un ataque a los acometedores.

—¡Detenéos! — gritó don Juan extendiendo su brazo derecho, e indicando con su mano que nadie se moviese.

Estaba el de Austria muy acostumbrado a mandar para que hubiesen dejado de obedecerle en aquella ocasión.

Detuviéronse todos, cesaron repentinamente los gritos y la confusión, y sólo pensaron los del uno y el otro bando en escuchar las palabras de don Juan.

En los labios del antiguo paje vagó una sonrisa tan dulce, tan encantadora que nadie pudo tomarla ni por arrogante desdén ni por burla.

—Señores — dijo el de Austria, — el aviso que me ha dado el mancebo de la capa blanca es oficioso e inoportuno; pero sólo prueba exagerado celo hacia mi persona que en todo caso podría calificarse de desvarío, pero no tenerse por delito. ¿Por qué atropellar a un hombre, cuyas palabras, más que otra cosa, demuestran un extremado celo por mí? ¿Con qué derecho intentáis atropellarlo? ¿Y con qué conciencia queréis acometerle, cuando ni siquiera ha mostrado la intención de hacer uso de su espada? ¿Es ley de caballeros el ir muchos contra uno ni el sacar el acero contra quien lo deja dormir en la vaina?

—Harto defensores tiene — se atrevió a decir un caballero.

—Natural es — replicó don Juan.— que los honrados pechos se sientan inclinados a dar su apoyo al débil.

—¡Es un enemigo del rey, un asesino de los católicos! — contestaron algunos.

—¡El autor de la menguada derrota de Leiden — añadieron otros.

—¿Lo habéis conocido? — preguntó don Juan con muestras de enojo.

—No hay más que ver su capa.

—Si sólo por esa prueba os atrevéis a jurar que es él, os autorizo para que lo castiguéis y os prestaré mi ayuda.

Nadie replicó ni se movió.

—¿A qué esperáis? — añadió el de Austria. — Mi licencia tenéis. ¿Hay algunos de vosotros que me asegure bajo su palabra que ese mancebo es el misterioso y temible protector de los herejes conocido por el nombre de "Diablo"? Si es así, agarradlo, atadlo a la cola de un caballo y preparad una hoguera en la plaza, delante de los balcones de mi palacio.

Siguiéronse algunos instantes del más profundo silencio.

—De paz he venido a esta tierra — prosiguió don Juan.

Olvidóse lo pasado: el rey ha perdonado a los que de buena fe se dejaron arrastrar por el engaño, y nosotros no

tenemos derecho a oponer nuestros caprichos a la voluntad del soberano.

Abajo los aceros, que el mío permanece ocioso.

Envainároнse las espadas y todos se dispusieron a seguir al gobernador, que picó la espuela, no sin observar que el paje le daba las gracias con un ademán en extremo dulce.

—¡Viva don Juan! — gritaron de todas partes con indecible entusiasmo.

Y los hombres echaron al aire sus sombreros, y las damas arrojaron más flores, y las mujeres lloraban de alegría y mostraban sus hijos a don Juan apellidándole el noble, el grande, el verdadero hijo del invicto emperador.

El mancebo descendió de su improvisado pedestal, y dijo a Pero León.

—Aquí de vuestros puños para abrirnos camino, porque los curiosos me estrechan hasta el punto de ahogarme.

—¡Paso, buena gente! — gritó el capitán. — ¡Paso si no queréis que el diablo os deje hechos ceniza con una sola mirada!

Entretanto el marqués de Poza, seguido de su escudero, separóse de la comitiva, y diciendo a todos que iba a cumplir una orden de don Juan, logró abrirse paso aunque sin poder caminar sino muy lentamente.

Al fin llegó al sitio donde había estado el mancebo y, vió que éste había desaparecido.

—¡Maldición! — exclamó, apretando los puños desesperadamente.

—No debe de estar muy lejos — le dijo su criado. — Antes debemos correr que prorrumpir en quejas.

Y ambos se lanzaron como dos flechas por la calle más cercana.

Pronto llegaron a un sitio donde cruzaba otra calle y dudaron entonces si seguir de frente o tomar la derecha o la izquierda.

Por esta última desembocaron tres aldeanos haciendo gestos de sorpresa y aun de espanto.

—Estos lo han visto — dijo el astuto Juan.

El marqués volvió la rienda y se internaron en la nueva calle; pero otras dos, situadas como las anteriores, suscitó nuevamente sus dudas.

Y sin más se lanzó por la derecha.

En pocos segundos desembarcaron en una plazuela solitaria, y no pudieron contener una exclamación de alegría al ver al lado opuesto al paje y al capitán que acababan de montar a caballo, en los que allí les tenía de la brida un hombre del pueblo, y partían a todo escape por la calle de enfrente.

—¡Detenéos! — gritó el marqués con todas sus fuerzas.

—No les digáis nada, porque correrán más aprisa — replicóle el astuto Juan.

Y tenía razón el escudero, porque al oír aquel grito el paje y el capitán, obligaron de tal modo a sus cabalgaduras, que éstas, más que correr, volaron.

—¡Animo! — gritó Juan a su yegua. — ¡Animo, "Niña", y Satanás que te ayude!

Y corrieron los unos tras los otros siempre a igual distancia, y dejaron atrás calles y calles sin mirar a quien atropellaban, y llegaron en breve a una de las puertas de la población, encontrándose en el campo.

Siguieron su velocísima carrera. El choque de los ferrados cascos de las cabalgaduras armonizaban con los gritos de:

—¡Corre, "Niña"!

—¡Animo, "Flecha"!

Que repetían los perseguidores, y con los de:

—¡Vuela, "Satanás"!

—Anda, voto a cien legiones de demonios y cien mil de condenados, "Traidor", hereje!

Que pronunciaban los perseguidos.

Y corrían más y más.

Capítulo XIX

DONDE Y POR QUE SE DETUVIERON LOS PERSEGUIDOS

Y tanto corrían que envidiábaios el viento.

Los caballos, estirando el cuello, abriendo sus anchas narices, flotando a merced del aire la espesa crín, y sacudiendo la cola, hacían saltar en menudos pedazos las piedras, convertían la arena en polvo y el polvo en nubes que los envolvían Iban cubiertos de blanca espuma que se mezclaba con la sangre que arrancaban a sus ijares las espuelas, y jadeantes de fatiga, casi ahogados, no sentían el duro freno en su ardiente boca.

—Por Santa Brígida, mi patrona — dijo el escudero Juan, — que voy perdiendo la esperanza de que los alcancemos!

—Corren tanto como nosotros — contestó el marqués.

—Y correrán más aún, porque según se nota, sus caballos están acostumbrados a andar por malos terrenos, y en cuanto entremos en uno más quebrado, nos llevarán más ventaja.

—Pero al fin han de parar.

—Con tal que antes no los perdamos de vista.

—Me desesperaría.

—Poco había de servirnos vuestra desesperación.

—¡Dios mío — exclamó el marqués, — dad alas a mi yegua!

Y como si el fogoso animal no corriese lo bastante, espoleóle repetidas veces.

No iban tampoco silenciosos los fugitivos.

—¿Sabéis lo que pienso? — decía el capitán.

—No — le contestó el mancebo.

—Que nuestros perseguidores creerán de la mejor buena fe del mundo que tenemos miedo.

—Ya hemos demostrado que no.

—Sin embargo...

—Y son testarudos.

—Peor para ellos, porque se cansarán en balde.

—Y reventarán sus caballos que son muy buenos.

—Y nosotros los nuestros si se obstinan en perseguirnos.

—¿Y qué haremos entonces? — preguntó el capitán mientras que hería el vientre de su "Traidor".

—Ponernos en guardia y vengar la muerte de sus cabalgaduras y de las nuestras.

—Mejor sería adoptar desde luego ese medio para evitar la pérdida de nuestros caballos y el martirio de los suyos.

—¿Olvidáis que tan fácilmente puede recibirse una estocada como darse, y que antes de arriesgar tontamente la vida deben agotarse todos los recursos para salvarla.

—Prudente os habéis vuelto en un instante.

—Es que cuando me acuerdo de doña Blanca tengo miedo a morir sin volverla a ver.

—Ya entramos en buen terreno para nosotros — dijo el capitán.

En aquel momento seguían una escabrosa cañada.

—No hay que detenerse ante ningún obstáculo — repuso el mancebo.

—Descuidad.

—Nuestros caballos saltan lo mismo que corren.

Siguieron adelante, siempre a igual distancia.

Pocos momentos después ganaron algún terreno los perseguidos, gracias a sus caballos, que marchaban con más facilidad que los otros por aquel escabroso sendero.

—¡"Satanás"! — gritó el paje a su negro potro y al divisar una ancha zanja.

—¡"Traidor"! — dijo el capitán.

Y ayudando con la brida a los ardientes brutos, salvaron de un salto el hondo foso.

—Hombres diestros y de arrojo han de ser si se atreven a hacer lo que nosotros — dijo Pero León.

Luego volvió la cabeza hacia atrás.

—Veamos — repuso el mancebo, haciendo lo mismo.

Pocos momentos después, el de Poza y su escudero hacía saltar a sus yeguas que traspusieron la zanja no con menos brío y felicidad que los otros caballos.

Corrían y más corrían.

Anchos arroyos y malezas, todo lo salvaban impetuosamente.

Valles, laderas y montes quedaban tras ellos y se perdían rápidamente.

Flotaba la blanca y ancha capa del mancebo asemejándose a una nube de espuma.

Dieron la vuelta a un montecillo, y los perseguidos perdieron de vista a los perseguidores, que cada vez se quedaban algo más atrás.

Salieron a una pradera a cuyo opuesto lado se extendía un espeso bosque.

—¡Favor si sois bien nacidos! —oyeron gritar con un acento de tan dolorosa súplica, de tan desgarrador desconsuelo, que conmovidos volvieron la cabeza.

Junto a una casa medio ruinosa que se levantaba en el valle, vieron a una mujer, con el vistoso traje de las aldeanas de los contornos de Bruselas, que con los brazos extendidos y cruzadas las manos como quien pide socorro, daba muestras de estar poseída del mayor espanto y dolor.

Era joven y hermosa, y esto la hacía más interesante.

—¡Haced frente a nuestros perseguidores! — dijo al capitán el mancebo. — Voy a prestar ayuda a esa mujer.

Y acercándose a la afligida joven le preguntó

—¿Qué os sucede?

—Por allí — contestó ella con acento ahogado y mientras fijaba en Luis la mirada suplicante de sus grandes ojos azules llenos de lágrimas. — Por allí, en el bosque... mi anciano padre... corred, se lo llevan... ¡Por Dios santo, corred!... Son cuatro. ¡Corred!

No esperó a más el paje; hirió el vientre de su fatigado potro y se internó en la espesura a la vez que decía:

—Lo salvaré, esperadme.

Entre tanto, el capitán volvió la rienda, miró hacia el lado por donde habían llegado hasta allí, y vió al marqués y a su criado.

Estos reconocieron en seguida al gigante.

—¡Alto, voto al infierno! — gritó el capitán apuntando con una pistola.

El marqués sacó las suyas del arzón y las tiró al suelo, haciendo en seguida lo mismo con su espada y su daga. y ordenando a su escudero que lo imitase.

—¿Qué significa eso? — se preguntó el capitán. — Para acometerme se despojan de sus armas como si quisiesen dar a entender que son amigos. ¿Será un ardid? ¿Pero qué debo temer de dos hombres desarmados?... Los dejaremos llegar.

El señor Pero León guardó la pistola y esperó a los que tan extrañamente se acercaban; pero cuando se aproximaron miró fijamente al marqués, abrió extremadamente los ojos, pasóse por ellos las manos repetidamente y no pudo contener una exclamación de sorpresa y aun de espanto.

—¡Por el mismo Lucifer — gritó.— ¿Quién sois?

El de Poza se apeó de un brinco de su yegua, y tomando una de las manos del capitán, apretóla convulsivamente y dijo con inexplicable acento de tierna alegría:

—¡Gracias, Dios mío!

—¡Voto a mis narices! — exclamó el capitán, retirando la mano con cierta especie de supersticioso terror.—¿Quién sois?

—¿No me conocéis? ¿Acaso tenéis miedo, vos, el hombre que de nada se espanta?

—Miedo... — murmuró el capitán, que aún no sabía darse cuenta de lo que le sucedía.

Y volviendo a examinar las facciones del marqués, miró luego a Juan, que cruzado de brazos y descansando sobre el arzón se sonreía maliciosamente.

—¿Tampoco me conoces? — dijo el escudero.

—¡Juan! — exclamó el gigante nuevamente sorprendido. — ¡Mi antiguo camarada!

—Gracias a Dios, mi amigo. Pero que te encuentro lo mismo que cuando éramos los dos simples soldados y aprendíamos a dar cuchilladas.

Capitán y escudero se apearon de sus cabalgaduras y se abrazaron.

—¿Qué te trae por esta tierra?

—Vengo en compañía de mi señor el muy ilustre marqués de Poza a quien de antiguo conoces.

—¡El marqués de Poza!... — repitió el gigante aturdido aún.

—Sin duda pensáis que vengo del otro mundo para llevaros conmigo.

—¡Por Santiago, que me volveréis loco entre los dos! ¿Cómo es posible que seáis el marqués?

—Vuestras dudas, señor Pero — replicó el de Poza, — se disiparán cuando sepáis que no llegué a morir y de ello os daré pruebas. Esto es una historia muy interesante; pero como los momentos son preciosos para mí. no quiero perderlos, y os ruego, amigo mío, que me llevéis adonde esté Luis.

—Hace pocos instantes que se encontraba aquí; pero aquella mujer que está sentada cerca de esa casa y que veis llorar tan amargamente, le ha pedido ayuda para que salve la vida de su padre. a quien según hemos podido comprender, se han llevado unos fascinerosos de los muchos que andan por estas cercanías, y el señor Luis, sin más tardanza, se ha metido en el bosque, dejándome aquí para que os hiciese frente.

—No perdamos tiempo para ir a buscarlo — dijo el marqués. — Tal vez peligre su vida.

—¡Iré yo solo señor marqués! — contestó el capitán.

—¡Dejaros en medio del peligro... imposible!

—El peligro sería cierto si viniéseis; no conocéis estos terrenos, y por ese bosque no se puede caminar sin riesgo de morir, a menos que sea persona práctica en recorrerlo, como nos sucede al señor Luis y a mí. Su espesura nos obligaría a separarnos a cada instante, y sin duda caeríais en uno de los pantanos que hay cubiertos de hierba, de donde no volveríais a salir.

—¿Y es acaso prudente dejaros so-

los en donde se sabe con seguridad que hay asesinos?

—La prudencia consiste en no arriesgar tontamente la vida, según hace poco rato decía el señor Luis. Quadáos aquí, descansad en esa casa, donde no os negará alojamiento la hermosa aldeana a quien vamos a favorecer.

—No podré estar tranquilo.

—Pues debéis estarlo, porque habéis de saber que el señor Luis, además de ser valiente como ningún hombre, está libre de que le causen ningún mal esas partidas de ladrones que con pretexto de defender los fueros del país y la libertad de conciencia, roban y viven alegremente sin temor a la justicia.

—¿Y por qué respeta esa gente a Luis?

—Porque es el protector de los flamencos; porque creen que tiene un poder sobrenatural y es por consiguiente invencible.

—¿Pero lo conocerán?

—Apenas vean su capa llegarán a él para recibir humildemente sus órdenes. Ya nos ha sucedido esto algunas veces. Quedáos, pues, y descansad, para tener aliento y contarnos esa peregrina historia de vuestra resurrección. Si no lo hacéis así, os exponéis a perecer sin sernos útil.

El marqués meditó algunos instantes.

—Me parece — dijo Juan, — que tiene razón el señor Pero; nunca lo he oído hablar tan cuerdamente.

—Bien, me quedaré — repuso el de Poza, — pero volved cuanto antes os sea posible, porque me interesa más que la vida ver a vuestro compañero.

—Hasta la vuelta, pues — dijo el capitán.

Y montando en su "Traidor" espoleóle y se internó en el bosque.

—¿Me permitiréis — dijo el marqués a la aldeana, — que descanse aquí mientras vuelven nuestros amigos?

—Entrad, señor hidalgo — le contestó ella con dulce acento. — ¿Cómo podría yo negar tan pequeño favor a los que me ayudan generosamente? Que lleve vuestro criado a la cuadra las cabalgaduras, y si lo tenéis a bien comeréis un trozo de carne y beberéis un vaso de vino que es cuanto puedo ofreceros.

—Gracias os doy, hermosa aldeana, y con doble razón cuanto que nada me debéis. Según entiendo, está en peligro la vida de vuestro padre, y...

—¡Oh!, pero ya estoy casi tranquila desde que ese noble mancebo, me dijo que lo salvaría.

—¿Lo conocéis?

—Nunca lo he visto, pero su capa...

—¿Acaso tenéis noticias?...

—Debe ser uno a quien llaman el Diablo, pero a quien deben los flamencos todas sus victorias. El que cumple cuanto ofrece, aunque parezcan imposibles sus promesas, y que es tal su valor y su prestigio que donde quiera que va encuentra amigos.

El marqués, guiado por la aldeana, entró en la casa y sentóse en un banquillo cerca de una mesa.

Juan, entre tanto, había dejado las yeguas en la cuadra, y recogido las armas del de Poza y las suyas.

La aldeana se dispuso a dar de comer a los viajeros, y éstos, curiosos de saber lo ocurrido al dueño de la casa, esperaron a que la doncella se sentase después de servirlos, y le preguntaron el motivo de la desgraciada ocurrencia.

Pero antes de proseguir, nos vemos obligados a ir en busca del paje y del señor Pero León a quienes hemos dejado en el bosque y expuestos por su arrojo a serios peligros.

Capítulo XX

LO QUE HABIA SIDO DEL PAJE

ERA muy peligroso atravesar el bosque donde vimos internarse al atrevido mancebo. Como había dicho el capitán, encontrábanse a cada paso sitios pantanosos que sólo podía evitar el que tuviese un conocimiento práctica de aquel terreno lleno de maleza. Al penetrar allí parecía que la planta humana no había hollado nunca la frondosa yerba ni los agudos espinos que entre los árboles crecían, y sin embargo, los que conocían, y eran muy pocos, el interior del bosque, podían encontrar una estrecha senda, que torciendo frecuentemente de un lado para otro, conducía a una explanada donde había una choza, cuyo techo estaba sostenido en los altos pinos que poblaban aquel lugar.

Escusado es decir que la vida errante y aventurera del mancebo le había obligado a estudiar cuidadosamente la topografía del país, y que conocía el interior del bosque donde muchas veces se había ocultado. La choza de que he-

mos hecho mención había sido hecha por unos bandidos que pocos años antes fueron el terror de la comarca, y les había servido de habitación hasta que, algo tranquila aquella parte de Flandes, la abandonaron para establecerse donde más encendida continuaba la guerra.

Con la seguridad, pues, de no extraviarse, entró resueltamente el mancebo y caminando un rato a pie, llevando de la rienda su potro, encontró al fin un estrecho y tortuoso sendero que siguió después de cabalgar nuevamente.

—No tengo noticias — decía para sí, — de que haya vuelto a ocupar el bosque ninguna cuadrilla de bandoleros desde que la abandonó la del Rojo; pero aun siendo así, es muy extraño que su primera hazaña haya sido la de acometer a ese viejo colono que de grado o por fuerza les hubiera sido muy útil como lo fué a los otros. Y en verdad, y de paso sea dicho, que en los años que llevo de andar por estos contornos, y en las muchas veces que he comido y dormido en casa del pobre viejo, no he visto a su hija, por cierto bien hermosa, ni tenía noticias de que existiese. Aquí debe haber misterio y es preciso aclararlo. Por de pronto la aventura ha sido buena para el capitán, porque le habrá proporcionado las tres cosas que más le divierten, el andar a cuchilladas con nuestros malditos perseguidores, el beber un trago que no habrá dejado de darle la hermosa campesina, y el tener con ella un rato de conversación y de broma. Sin embargo, puede ser que la primera parte de la diversión le haya costado cara, porque al fin no pasa de ser un hombre, y nada de extraño tendría que quedase el campo por nuestros perseguidores que parecen decididos. Lo sentiría, porque quiero al capitán, y porque mi deber es morir a su lado ayudándole con doble razón cuando el peligro ha sido provocado por mí.

Así pensando, caminó trabajosamente el mancebo sin encontrar indicios de alma viviente.

Cerca de media hora transcurrió y examinando entonces algunas cortaduras que formando triángulos tenía la corteza de un grueso pino, se detuvo y murmuró:

—Ya estoy cerca. Prudente será continuar a pie.

Y saltando de su potro al suelo, le hizo entrar en lo más espeso del bosque y le dijo:

—Quieto.

Luego volvió a tomar la vereda y caminó con toda la prisa que le permitía el terreno, hasta que deteniéndose por segunda vez, y mirando otras cortaduras que en forma de cruz había en otro pino, dijo para sí:

—Sólo faltan veinte pasos, dejemos el camino.

Internóse luego en la espesura y separando lo mejor que podía los espinos siguió su penosa marcha.

Pocos momentos después, volvió a pararse, escuchó, y llegó a sus oídos el eco de algunas voces.

—No basta — dijo, — favorecer a ese pobre viejo, sino que es preciso saber el misterio de esa aventura, y además como voy solo y ellos son muchos, debo procurar que la sorpresa me ayude.

Dicho lo cual siguió andando con tal precaución, que el levísimo roce de su cuerpo contra las matas, más que otra cosa, parecía el de un reptil que se arrastra lentamente o el movimiento producido por el aire.

Reinaba un profundo silencio.

La espesura de los elevados pinos dejaba apenas que la luz del sol llegase hasta allí.

El atrevido mancebo, inclinado hacia adelante, con el oído atento y escudriñándolo todo con su penetrante mirada, fué acercándose hacia la parte de donde salía el rumor de voces.

—Parece que son muchos — murmuró.

Oyéronse más distintas las voces y aun pudieron entenderse algunas palabras.

El paje se detuvo y separando unas zarzas que tenía delante, pudo ver al otro lado un espacio circular donde sólo crecía la menuda yerba.

EN un lado había un corro de hombres de mala catadura sentados en el suelo y que bebían y jugaban a los dados.

Enfrente, y por la parte en que se hallaba el mancebo, había otros dos hombres que ni bebían ni jugaban, pero que sostenían conversación de mucho interés a juzgar por el que mostraban en sus semblantes.

Todos ellos vestían coletos de piel de cabra perfectamente curtida, y llevaban tabardos de grueso paño verde. Ninguno iba desprovisto de armas, sino que por el contrario, algunos iban demasiado cargados de ellas.

En otro lado, y a cubierto de la intemperie por un techo de ramas y hojas, había ocho caballos Desde el sitio donde se encontraba el mancebo no se veía la choza de que antes hemos hecho mención.

He aquí, palabra por palabra, la conversación de los dos hombres que estaban separados de los demás, y de los cuales el uno tenía morena la tez, verdes y redondos los ojos, la barba negra y aguileñas las facciones, y el otro tenía los cabellos rojos, azules con cerco negro sus anchas pupilas, y las facciones en extremo abultadas.

—Pierdes muy pronto la paciencia— decía este último.

—Por quien soy que debes haber perdido el juicio — le contestó el otro. — ¿No es paciencia la que se tiene un año entero sin ver un rayo de esperanza?

—Razón de más para que en un día no lo atropelles todo tan locamente.

—Pero no consideras que es el único recurso que me queda, y que si pierdo un solo día habré perdido el año que pasó y ya no podrá cumplirse mi deseo.

—En lo de que no podrá cumplirse tu deseo, no convenimos.

—Aun cuando así sucediese, no por eso me evitaría el tormento de verla en brazos de mi rival, y te lo juro por mi alma, los celos me matarían de rabia. ¡Oh! Tú no sabes lo que pasa en mi interior.

Brillaron extraordinariamente los ojos del asesino, y sus puños musculosos se apretaron con la más reconcentrada ira.

—Te domina la pasión — le dijo el otro.

—Es verdad, no trato de negarlo ni podría sin que mis palabras las desmintiesen mis acciones. De tal manera la quiero, que todo lo sacrificaría, el oro que a tanta costa he ganado, mi vida libre y llena de emociones sin igual, mis orgías, mis más envejecidas costumbres, y hasta mi potro cordobés que me ha salvado de la muerte en tantas ocasiones. No habría nada que por ella no hiciese, que por ella no sufriese con una resignación que nunca he conocido; pero ver que es de otro, ¡oh!, eso no. Mira es tal mi pasión, son tantos mis celos, que yo mismo, yo que la amo ciegamente, prefiero matarla antes que dejarla en manos de otro hombre.

—Estás loco — repuso con calma el de los azules ojos.

—Estoy enamorado.

—Y para hacerte querer empiezas por arrebatarle su padre, su único sostén...

—Empiezo a emplear la violencia porque la persuasión ha sido inútil. Dentro de tres días se casará con ese maldito tejedor a quien el infierno trague, y antes de que esto suceda, es preciso que sea mía o que deje de existir para que no sea de otro. Si la vence el temor de que perezca su padre, bien; pero si aun así se resiste, antes que salga el sol de mañana habrá dejado de existir.

—Perdóname la franqueza, mi capitán, amigo y compañero; pero ese modo de obrar no prueba sino demasiada brutalidad, y es indigno de un hombre que tiene cinco dedos en cada mano para arrancar las entrañas a su rival.

—¿He tenido ocasión de verme frente a frente con él?

—Espera, que ya lo encontrarás.

—Pero se casan pasado mañana.

—No importa, con eso tendrás doble placer al atravesarle el corazón con tu daga de Toledo.

—Pero ya habrá sido suya.

—Volvamos a los celos.

—De ellos no podemos salir, porque los celos son los que me mueven a adoptar medios violentos.

—¿Es decir, que estás decidido a hacer una barbaridad?

—Tan decidido, que sólo espero a que avance un poco la tarde para que nos pongamos en marcha.

—¿Y el viejo?

—Se quedará aquí guardado por dos de los nuestros, a quienes dejaré orden de que lo despachen al otro mundo si una hora después de que hayamos partido no les aviso para que lo lleven a su casa con todas las consideraciones posibles.

—¿Y si luego te arrepientes?

—Posible es que suceda así; pero entonces, fácil es el remedio.

—¿Lo resucitarás?

—No, pero en cambio puedo hacer otra cosa.

—No adivino cuál sea.

—Te regalaré mi potro a condición de que jamás lo vendas, y de un pistoletazo...

—Lo comprendo, vas a buscarla al Paraíso, si es que te dejan entrar, lo que no es probable.

Cruzó los brazos el de la negra barba, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó silencioso.

No se había escapado al paje ni una palabra de la anterior conversación.

—Bien — dijo para sí, — magnífico plan, digno de su autor. Lo único que tiene de malo es que yo estoy al corriente de todo y esto podrá desgraciar el asunto. Sin embargo, hay dos personas en peligro, y yo no puedo socorrer más que a una, lo que me pone en grande aprieto. Si me voy para advertir del peligro que corre a la hermosa doncella, no podré volver a tiempo para salvar a su padre, y si espero aquí la ocasión de favorecer a éste, aquella morirá o tendrá que ceder a las brutales exigencias de este asesino. El caso es apurado.

Quedó el mancebo pensativo algunos instantes, hasta que la voz del de la barba roja lo sacó de su meditación profunda.

—Soy de opinión — dijo, — de tomar un bocado y remojar el tragadero a la salud de tu amada.

—Sí — contestó el otro, — preciso será comer, porque necesitaremos fuerzas.

—Vaya, pues; voy a servirte como buen subordinado, y te haré compañía como buen camarada, a ver si mi apetito excita el tuyo.

Y el de los azules ojos se levantó, dirigiéndose hacia la izquierda, mientras que el otro volvió a quedar más triste y meditabundo que antes.

—Veo — pensó el paje, — que el mozo de la barba colorada lo entiende, y que es lo más prudente de todo, comer antes de dar principio a ninguna empresa. Yo también estoy débil, y quisiera echar algo por el tragadero, pero no tengo qué; al menos me acercaré al enamorado ahora que no puede sentirme, por si la casualidad me presenta la ocasión de participar de su comida.

El asesino volvió con dos enormes pedazos de jamón crudo y un pan, que dejó en el suelo.

—Se me olvida lo mejor — dijo.

Y volvió a alejarse.

El otro estaba tan distraído que ni siquiera reparó en su compañero, Recostado en el tronco de un grueso pino, continuó inmóvil como una estatua.

Hallábase el mancebo tras él, cubierto con los abrojos que poblaban aquel sitio, y observando la preocupación del enamorado facineroso, levantó su puñal sobre el costado derecho de éste, y prevenido así por lo que pudiera suceder, alargó el brazo izquierdo y tomó uno de los trozos de jamón, separándose en seguida silenciosamente.

—El hambre hace prodigios — murmuró.

Luego examinó todos los árboles, y vió que en uno, como a la altura de siete u ocho pies, había sujeto el extremo de un tronco que era precisamente uno de los que servían de vigas a la choza. Así lo comprendió el mancebo, porque como ya hemos dicho conocía perfectamente aquel lugar. Sin detenerse abrazóse al grueso tronco del pino, y con una agilidad maravillosa subió hasta llegar al que estaba colocado horizontalmente, y acomodándose allí quedó a cubierto, por un lado con el espeso ramaje, y por otro con el mismo techo de la choza. Entonces pudo notarse toda la sangre fría del atrevido paje, que con la mayor tranquilidad empezó a comerse el jamón.

Entre tanto, el asesino de la roja barba volvió con el vino que había olvidado, y al notar que solo había un pedazo de jamón, le dijo a su compañero:

—Veo que el amor te ha embrutecido hasta el punto de hacerte poco atento. No has querido esperarme, y a pesar de tu profunda melancolía, no has perdido el apetito, y ya te has embuchado el mejor trozo de jamón. Pero veo que lo has comido sin pan... rarezas de enamorados.

—No sé lo que queréis decir.

—Pues hablo con bastante claridad. He traído dos trozos de jamón y te has comido uno...

—No he comido nada.

—Te chanceas.

—Sólo has traído lo que ves.

—Te equivocas.

—No me equivoco — replicó el enamorado con tono de mal humor.

—¡Rayos!...

—¿Qué?

—He dicho la verdad.

—Yo también.

—Pero...

—Te has equivocado — dijo el capitán.

—Basta que lo digas — repuso su compañero.

Y se alejó en busca de más jamón diciendo para sí:

—Los que aman como ese pobre diablo, tiene el empeño de hacer creer que no comen.

Según vamos viendo, no había dejado el paje su antigua costumbre de exponer su vida por llevar a cabo cual-

quier travesura sin más objeto que el de divertirse, burlándose de los demás y la del hurto del jamón pudo costarle bien cara, a no hallarse el enamorado asesino en aquel estado de preocupación que no le dió lugar a fijarse en las prudentes observaciones de su camarada.

Comiendo, jugando y bebiendo los bandidos, y el mancebo reforzando su estómago con el fruto de su habilidad y su atrevimiento, pasó largo rato, hasta que unos dejaron el juego y otros la bota.

En tal situación, pues, se encontraba el héroe de nuestra historia; pero como para el buen orden de lo que vamos refiriendo, necesitamos volver en busca del capitán Pero León, abandonaremos por algunos instantes a los que han ocupado hasta ahora nuestra atención en el presente capítulo para volver a encontrarlos nuevamente en el que vamos a comenzar.

Capítulo XXI

DE COMO EL CAPITAN PERO LEON RECIBIO UN AVISO DEL CIELO

COMO había hecho el paje, el capitán buscó la estrecha senda del bosque, y por ella siguió hasta llegar al árbol en cuya corteza se veía la marca triangular. Examinóla también, volvió a continuar su marcha, y cuando vió las segundas señales, apeóse de su caballo y lo internó en la espesura, donde a los pocos pasos encontró al de Luis.

—Bien — murmuró. — He tenido acierto. Ya sé que está cerca, y no me será difícil encontrarlo. ¿Habrá seguido el camino o se habrá metido por este lado? Veamos.

Y examinando la tierra vió la señal de las pisadas del mancebo.

—Adelante — añadió —. Y luego dirán voto al infierno!, que sólo sirvo para dar cuchilladas.

Fuese acierto o casualidad, es el caso que el gigante llegó al pie del árbol donde el mancebo estaba, y desde allí oyó el ruido de las voces de los asesinos y aun pudo verlos, separando cuidadosamente algunas matas.

—Ahora sí que he perdido el tino — dijo para su coleto. — No está aquí, y me atrevería a jurar que tampoco ha pasado adelante, porque teniendo tan cerca a los que busca, no se habrá ido por otro lado. Posible es que esté con ellos comiendo y bebiendo alegremente, porque el mozo es capaz de todo; pero no es esto seguro, y quizás echaría a perder sus planes si me presentase a esa canalla y no estuviese con ella.

Quedó pensativo el capitán, pero no era hombre que sacase nada en limpio por atormentar su magín; así es que después de largo rato de hacer en sus adentros suposiciones y deducir consecuencias que le parecían muy lógicas, concluyó por encogerse de hombros y decir:

—No sé lo que debo hacer; pero en último caso me presentaré a esa gente, y si con ellos no está el señor Luis, les diré que me entreguen al viejo de grado o por fuerza. Habrá cuchilladas que dar y recibir, pero es lo de menos con tal de salir de esta situación.

Volvió a meditar, pero en vano, porqué siempre concluía por no encontrar más recurso ni medios que sus robustos puños y su bien templada tizona, ayuda en todos sus apuros, socorro en todas sus necesidades.

No bien hubo concluído el capitán de decir esto, cuando revoloteó ante sus ojos una cosa blanca, y fijando en ella la atención, vió que era un pedazo de papel, que después de algunos segundos cayó sobre unos espinos.

—¿Habrá aquí misterio? — murmuró. — Sin duda, porque no puede faltar en negocios donde ande mi compañero de aventuras. Hoy es día de sorpresas: el encuentro del marqués y de mi camarada Juan... Pero veamos ante todo este papelito.

Y agarrándolo encontró, con no poca sorpresa, que estaba escrito con lápiz y era letra del mancebo.

—Ya tengo yo también un diablo que me inspire — dijo.

Restregóse los ojos para ver mejor, porque en honor de la verdad, la lectura no era para él ciencia muy sencilla, y después de deletrear las primeras palabras, vió que el escrito decía lo siguiente:

"Corred y decir a la doncella que huya inmediatamente de la casa, y luego volved sin deteneros".

—He aquí una orden terminente, digna de un soldado viejo. ¡Por Santiago! que no entiendo una jota de este enredo. ¿Y qué ha de hacer el marqués?... Pero más me interesa saber dónde está el señor Luis... no hay duda que debe haberse encaramado a uno de estos pinos.

Intentó el capitán buscar al mancebo entre el ramaje, pero nada adelantó.

—Lo mejor es — dijo — que me estará viendo y maldiciéndome porque no obedezco inmediatamente; pero como ignora la aparición del marqués... Nada, ni un pedazo de su capa se distingue siquiera. Más acertado sería que se dejase ver, subiría, le diría lo que ocurre y...

El capitán se interrumpió, porque vió caer un segundo papelito.

—Se repite la orden — murmuró.

Y leyéndolo, vió que decía:

"Corred, ¡voto a cien millares de legiones de condenados!"

—Se enfada; mucho debe urgir el negocio. La obligación del soldado es obedecer y callar.

No se detuvo un instante. A pesar de la escabrosidad del terreno, giró militarmente sobre sus talones y se alejó sin pensar en otra cosa que ir y volver todo lo aprisa que le fuese posible.

Llegó al sitio donde había dejado su caballo, sacólo al sendero, y montando en él buscó la salida del bosque con toda la celeridad que el terreno permitía.

Entre tanto, confuso, y para esto necesitaba muy poco, decía:

—El señor Luis que vaya y vuelva a escape; el marqués, que venga y le lleve al señor Luis corriendo; el padre, que huya su hija; la hija, que salvemos a su padre, y... ¡Bah... bah!... este enredo me vuelve loco; no sirvo para el caso; en mi opinión, lo acertado hubiera sido venir, tener un rato de función de cuchilladas con la gente del bosque. llevarnos al viejo y presentarlo a su hija, que nos regalaría con una buena colación bien remojada con vino añejo, y con algo más si no es esquiva, y por último, pedir al marqués las pruebas de que es él mismo y no su sombra, porque sobre esto tengo aún mis dudas. Pero andarse con emboscadas, con papelitos, con misterios, con idas y venidas, para concluir por donde se debiera haber empezado, es hacer las cosas al revés, o por lo menos, andarse con intriguillas en la corte cuando estamos a campo raso tratando con asesinos y ladrones, que no entienden más razonamientos que el de un pistoletazo o una estocada bien dirigida al corazón.

ESTAS y otras reflexiones, todas po el mismo estilo, siguió haciendo capitán, hasta que no muy oie humorado y con más deseos de come que andar con idas y venidas, llegó la casa, encontrando al marqués y Juan en plática dulce con la doncell después de haber satisfecho el apetit y calentado el estómago con parte d contenido de un jarro que había sobr la mesa y que le hizo exhalar un su piro.

—¿Lo habéis encontrado? — le pr guntó afanosamente el marqués ap nas lo vió.

—Sí — contestó lacónicamente el ca pitán.

Y apoderándose del jarro. vaciólo co maravillosa prontitud, limpióse el big te con el dorso de la diestra, y despu de pasar la lengua por el labio sup rior, se dispuso a satisfacer la segund pregunta del de Poza.

—¿Qué os ha dicho? — repuso ést

—Nada — contestó el capitán.

—¡Nada! — repitió sorprendido marqués. — ¿Pues no decís que lo h béis visto?

—No lo he visto.

—¿Os burláis?

—No, señor marqués.

—Explicáos si os place — repitió de Poza con tono de impaciencia.

—Lo he encontrado, pero no lo visto; me ha dado una orden, y se enfadado porque no lo obedecí al in tante; pero no le he hablado, ni él mí.

—Señor Pero León, hablad más cl ramente.

—Señor marqués, llegué al bosqu encontré a su "Satanás" paciendo tra quilamente, dejé allí a mi "Traidor seguí adelante y cayó a mis pies es papelito.

El marqués leyó el apunte.

—¿Qué significa esto? — pregun con tono de la mayor sorpresa.

—No sé más que vos.

—Bien, pero él estaría en algún á bol y vos debisteis...

—Porque me quedé un momento p rado me mandó este segundo mensaj que no me dejó más ganas de recibir tercero.

Y el capitán echó sobre la mesa otro papel.

—Ya veis —añadió — que ahí di con letras bien gordas, "corred, ¡vo a cien mil millares de legiones de co denados!" Al escribir eso, se le po

ían los ojos como dos ascuas; y a fe ıe le relucen poco cuando se enfada.

El anterior diálogo había sido tan ıpido, que no dejó lugar a la doncea para preguntar por su padre, y miındo alternativamente al capitán y al arqués, esperaba con ansiedad el reıltado de aquella conversación, cuyo gnificado no comprendía. Pero al fin, ovechando un momento de silencio usado por la sorpresa del marqués, jo con voz conmovida:

—¿Y mi padre?

—Nada sé de él, hermosa mía, y na ı me preguntéis, porque no podré ntestaros, y perderemos el tiempo ıe tan interesante nos es, sin aclarar enredo de esta aventura. Unicamenpuedo deciros que fuí al bosque, y lí he recibido un aviso del cielo. En e papel se me manda venir corriendo o entendéis?, muy corriendo, para ıe os pongáis en salvo huyendo de es casa.

La joven miró al capitán como quien ıda haber comprendido lo que oye.

—Es preciso — añadió el marqués ercándose a la doncella, — que inediatamente os vayáis de aquí. El de capa blanca, en quien tanta fe teis, lo dispone, y tendrá para ello rones muy poderosas. Yo os juro a fe caballero que no se os tiende ningún zo, y estoy seguro que de seguir este nsejo depende vuestra salvación y la vuestro padre.

Miró la joven a su alrededor como si uscase una persona conocida que le consejase; luego quiso preguntar al arqués y a Pero León, pero la sorpre. el aturdimiento y el espanto no le ejaron articular una palabra.

—No vaciléis, os lo suplico — repuso marqués.

—¿Y adónde he de ir? ¿Qué he de acer luego? — preguntó al fin la deschada, y a la vez que de sus ojos sa a copioso llanto.

—Como según parece, el objeto no es ro que alejaros de aquí, podréis iros londe más os plazca, con tal que semos vuestro paradero para decírselo vuestro buen padre. Si es que no teis parientes ni amigos que os reciban su casa, entonces yo os llevaré a uselas, donde os buscaré alojamien...

—Tengo en la ciudad un pariente, rmano de mi madre.

—Entonces no tenéis motivo para cilar.

—Pero mi padre... ¡ah!... ¡Dios mío!... ¿qué ha sido de mi padre?, ¿qué peligros me amenazan?

Y la infeliz joven, en el exceso de su dolor, dejóse caer en un taburete, escondió el rostro entre las manos y derramó abundantes lágrimas.

—Tened valor y confianza — le dijo el marqués, — Nuestro amigo ha prometido salvar a vuestro padre y lo salvará.

—Y si os aflige — repuso el capitán — el veros sola, yo os acompañaré a Bruselas y... ¡No puede ser, voto al demonio!... Tengo que volverme al bosque, y lo más chistoso es que no sé para qué.

Juan, que hasta entonces había permanecido silencioso, dijo:

—Señores, perdonadme; pero me veo obligado a deciros que se pierde un tiempo precioso. Tú, amigo Pero, has cumplido tu comisión y debes volver al bosque sin detenerte a otra cosa. En cuanto a esta joven, está en el caso de resolverse pronto a seguir el consejo del señor Luis, o de esperar aquí el resultado de los sucesos que tan extrañamente se presentan.

—¿Y nosotros? — preguntó el marqués.

—Nosotros, señor, debemos ir, uno a Bruselas para acompañar a esta joven y el otro con el capitán.

—Yo iré con el capitán — dijo el marqués.

—Señor...

—Así lo quiero.

—No sabéis lo que es le bosque — dijo Pero León, — Os exponéis a perecer.

—No importa; necesito ver a Luis.

—Pero es una locura.

—En vano intentaréis hacerme desistir: os seguiré, capitán, y donde pongáis el pie allí lo pondré yo. Sin duda no habéis pensado lo que me interesa ver a vuestro compañero.

El escudero Juan sonrióse burlonamente, y mientras se ajustaba el cinturón que se había desabrochado para comer, dijo:

—Señor Alonso de Burgos, mi bueno y querido amo, es tan vehemente el deseo que tenéis de saber de vuestra dama, que os turba el entendimiento.

—¡Juan — exclamó el marqués mirando a su escudero entre enojado y sorprendido.

(Continuará)

SU HOGAR...
SU MUNDO...

Se equivoca quien cree que la CASA PROPIA, sana, linda, y alegre implica un lujo. Vivir en lo suyo es la aspiración de todos. Si fué siempre una inclinación natural del hombre, es hoy más que nunca una imperiosa necesidad económica.

¡no tire su dinero en ALQUILERES!

ARCA

Asociación Recíproca de Crédito Argentino S. A.
Av. P. R. Sáenz Peña 943
BUENOS AIRES

ARCA

mediante un sistema desconocido aquí pero consagrado en Europa desde hace más de 150 años, le proporciona SU CASA PROPIA, AUNQUE USTED NO TENGA HOY DINERO NI TERRENO

ARCA

NO CONSTRUYE

USTED PUEDE EDIFICAR DONDE QUIERA Y EN LA FORMA QUE MAS LE GUSTE

DESDE EL PRIMER MOMENTO, USTED ES EL DUEÑO EXCLUSIVO DE LA PROPIEDAD

ARCA

NO COBRA INTERESES

Envíe hoy mismo este cupón

Sr. Gerente de ARCA
Av. P. R. S. Peña 943
Estimaré me remita los informes ofrecidos
Sr. .....
Calle .....
Localidad ..... F. C. .....

PUCKY MAGAZINE

La Lectura Para Todos
Accion en Drama
Misterio Aventuras

20 cts.

No. 704
Marzo 26
de 1937
Buenos Aires

UNA PESQUISA HABIL

Por ROGER :: :: WINTERHALTER

UNA PESQUISA HABIL

Por

Roger Winterhalter

A Sureté General de París, sufría un ataque de "nerviositis", aguda. Y no era para menos. Dos meses antes se había realizado un robo audaz en un banco de los suburbios, revelando en sus autores gran eficiencia. La pieza del tesoro había sido abierta por medio de un explosivo, llevándose los ladrones una importante suma en dinero y valores. Lo realmente curioso del robo eran esos valores, porque no pertenecían a la clase fácilmente negociable y por lo general, los ladrones evitaban esa especie de botín. Pero en este caso, los títulos y acciones parecían haber sido el objetivo principal del robo.

Desde entonces se habían cometido una docena de delitos similares más; en tres de los bancos los serenos habían sido golpeados y hallados casi moribundos y hasta el momento no se había encontrado ninguna pista importante que pudiera conducir al esclarecimiento de tan audaces atracos.

Para la policía no cabía duda de que se trataba de una banda porque todos los delitos presentaban las mismas características. Y siempre resaltaba el hecho singular de que las acciones parecían ser el principal atractivo.

En alguna parte, bien oculto, existía un hábil maestro del delito, con recursos ilimitados y extraordinarios a su disposición. René Castellari, el detective más brillante de la Sureté, se impuso la tarea de descubrirlo y entregarlo a la justicia.

* * *

En un café de sospechoso aspecto, frente a una mesa manchada, estaban sentados dos hombres; uno tenía cara de rata, era pequeño, delgado, de mirada astuta y recelosa, el otro alto, grueso, rubio, hablaba en un francés deplorable.

—Pero señor Castle, — decía el hombrecillo de cara de rata — usted propone un negocio muy peligroso. En los últimos meses usted ha adquirido bastante fama por sus negocios de bolsa; los informes sobre sus vastas especulaciones han creado sensación tras sensación, particularmente porque es inglés. Tengo que estar bien seguro de usted, ya comprenderá. Esos títulos de que habla, son para manejar como la dinamita: muy peligrosos.

El hombre rubio descargó un puñetazo sobre la mesa y juró impacientemente:

—¡Líbreme el cielo de tontos que sufren de los nervios! — dijo. — En mi país realicé cosas cuatro veces más grandes que ésta, con la cuarta parte de charla y de pánico. Vine a París solamente porque... este... según ciertas informaciones me pareció que era fácil ganar una fuerte suma de dinero — se recostó en la silla e introdujo las manos en los bolsillos, con gesto de exasperación.

Luego, de pronto, volvió a inclinarse hacia

adelante y tocó el pecho del hombrecillo.

—No hay un átomo de riesgo en lo que a usted concierne — dijo. — Todo lo que pido es que me ponga en comunicación con ese jefe suyo... el misterioso marqués. Y si, gracias al cielo, es más inteligente de lo que sus subordinados parecen ser...

Se interrumpió y por un momento un destello brilló en los ojos del hombrecillo; luego sonrió desagradablemente.

—¡Monsieur es tan apurado! — dijo. — Estoy seguro de que todo podrá arreglarse satisfactoriamente. ¿Para usted en el Grand? Y bien... tendrá mis noticias dentro de dos días.

Y durante aquellos dos días, Mr. Harry James Castle, aquel rico y distinguido inglés de Londres, se dió cuenta de que todos sus movimientos eran observados, todo contacto investigado. La primera tarde salió a hacer unas compras y descubriendo que se había olvidado de la cigarrera, volvió a los pocos minutos a su pieza. Al abrir la puerta se detuvo de pronto. Hubiera jurado que una pequeña figura se había introducido rápidamente en el cuarto de baño. Por un momento se quedó mirando, pensativo, la puerta, calculando que sucedería si la abría de pronto. Una rápida mirada le reveló enseguida que sus valijas y los cajones habían sido registrados y casi adivinaba la pequeña y nerviosa figura, agazapada en el cuarto de baño. Si abría la puerta, ¿recibiría un balazo o una puñalada? Dió un paso adelante y luego sonrió. Aunque pudiera agarrar al sujeto, se malograrían sus planes. Había cosas más grandes en perspectiva que el arresto de un pequeño ladrón y, por muy buenas razones. Mr. Castle no quería producir en el hotel alarma que llamara la atención de la policía.

De manera que agarró su cigarrera y se dirigió ruidosamente a la puerta que daba al corredor; salió dando un portazo. Pero no fué muy lejos. Casi enfrente estaba la escalera que conducía al piso siguiente. Subió por ella y dando vuelta la curva se agachó de manera que pudiera ver la puerta de su habitación. Desde el corredor de abajo no era posible verlo a él y a esa hora de la tarde era improbable que subiera alguien la escalera.

Tuvo que esperar allí como diez minutos, antes de que su paciencia fuera recompensada. Oyó un débil clic y el pestillo de la puerta de su habitación se movió lentamente. Apareció una rendija mientras la puerta se abría con precaución hacia adentro. De pronto apareció una cara, una pequeña cara de rata, en quien reconoció a su compañero de la mañana anterior. Estaba muy pálida ahora y Mr. Castle sospechó que su dueño había pasado momentos de gran nerviosidad. Con muchas precauciones el hombre abrió la puerta, miró rápidamente a un lado y otro del corredor, luego cerró la puerta y echó a correr hacia el ascensor. Un momentos después, la puerta del ascensor se cerraba y el observador comprendió que el hombrecillo había bajado.

Poniéndose de pie, Mr. Castle bajó la escalera en tres saltos y entró en su dormitorio. Todo estaba en perfecto orden y nada faltaba, aunque se dió perfecta cuenta de que todo había sido escrupulosamente registrado. Abrió el cajón de su mesa tocador y una lenta sonrisa se extendió por su cara al agarrar el objeto azul que estaba encima. Estaba seguro de que lo habían examinado detenidamente. Era un pasaporte británico y pertenecía a Harry James Castle, de Londres. René Castellari era demasiado buen detective para descuidar un detalle así.

Antes de emprender aquella pesquisa se había preocupado de rodear su nueva personalidad de todo aquello que podía disipar sospechas en los audaces individuos con quienes iba a relacionarse. Sabía que la menor duda acerca de su identidad y sus intenciones le sería fatal. Aquella banda de ladrones no vacilaba en asesinar, si la ocasión lo exigía; prueba los infortunados serenos que, si no habían muerto, se debía a que eran hombres de cráneo duro, como elegidos expresamente para su peligroso puesto.

Una serie de inteligentes deducciones habían llevado a Castellari a la buena pista. Hábil para el disfraz, recorría los lugares sospechosos, donde se habla en voz baja, pero, para alguien de oído tan sutil como el detective, los murmullos eran claros y fué así enterándose de que existía un misterioso personaje a quien llamaban el "Marqués" y a quienes todos los pequeños y grandes malhechores parecían temer y respetar a la vez. ¿Sería el jefe de la misteriosa banda de ladrones de banco? Era lo que Castellari se proponía averiguar bajo la notable personalidad de Mr. Harry James Castle, audaz especulador y... caballero de industria.

* * *

A la mañana siguiente, el señor Harry Castle se paseaba por las inmediaciones de la Bolsa. Vestía un soberbio traje gris que sólo podía haber sido creado en Saville Row, Londres; con el bastón de puño de oro y las polainas claras, personificaba al caballero que había producido tanta sensación en la Bolsa durante los últimos meses.

De pronto sintió que le tocaban ligeramente el brazo. Se dió cuenta de que alguien caminaba junto a él. Miró a su alrededor y vió que su compañero era el hombrecillo de cara de rata.

Sin demostrar sorpresa, Mr. Castle le hizo una sonriente inclinación de cabeza.

—¡Ah, amigo mío! — dijo. — ¿Tiene noticias para mí?

El hombrecillo asintió nerviosamente con la cabeza.

—Sí, Mr. Si tiene la bondad de acompañarme, lo llevaré junto al marqués. Está dispuesto a recibirlo. Mucho me costó convencerlo; pero el deseo de servir a persona tan notable e im-

portante como usted, me ayudó a encontrar los argumentos necesarios.

—No le pesará, amigo mío. Yo sé recompensar a los que me sirven bien, así como castigo a aquellos que intentan traicionarme. No lo olvide.

—No lo olvido. ¡Qué idea Mr.! Yo soy incapaz de traicionar a tan distinguido caballero.

—Así lo creo. En todo caso, estoy prevenido y crea que sería usted el primero en arrepentirse de cualquier traición.

—Puede estar usted completamente tranquilo, como lo estoy yo, monsieur — dijo el hombrecillo, aunque su nerviosidad desmentía sus palabras.

Diez minutos más tarde, el hombrecillo hacía atravesar a Mr. Castle una gran oficina exterior que tenía todas las apariencias de pertenecer a un negocio honesto. Entraron luego a una suntuosa oficina interior y se halló Castellari en presencia del hombre a quien había deseado ver hacía tanto tiempo.

El hombrecillo habló:

—Mr. Castle, éste es el marqués de la Houpliere.

El marqués era hombre de aspecto notable. Casi completamente calvo, tenía largos bigotes y cutis liso, amarillento. Poseía modales suaves, dignos y ojos fríos como el hielo. Se puso de pie para saludar al inglés, con aire reservado y le indicó una silla.

—Si está usted seguro de que puede negociar esos valores, monsieur, — dijo el marqués — yo me comprometo a conseguírselos. Aquí he perfeccionado un modo de pasar títulos robados que nadie ideó hasta ahora. Es prácticamente seguro; pero no estoy dispuesto a abrirles nuevo canal en Inglaterra, aunque usted me asegure de que no habría riesgo alguno. Cuestión... aunque le parezca extraño, de patriotismo. Uno tiene su orgullo nacional... ¿Cuántos títulos quiere usted?

Mr. Castele vaciló un momento.

—Si puede conseguírmelo, yo querría por valor de medio millón de francos.

—Los tendrá usted y por el precio de 150:000 francos.

Por fórmula regateó un rato Mr. Castle. Estaba un poco sorprendido de su fácil triunfo y temía aún que se le hubiera preparado un lazo. Pero el marqués parecía sincero. Sin duda sus agentes le habían dado informes satisfactorios acerca del cliente. Este al fin aceptó; pero diciendo que, debido a ciertas transacciones que siempre debía realizar para encubrir sus negocios ilícitos, no tenía la suma encima en esos momentos; tenía que ir a Inglaterra inmediatamente, pero volvería dentro de dos días.

El marqués no puso inconveniente. Según lo establecido, Mr. Castle, pocas horas más tarde, llevando sólo una valija, subía la planchada del vapor que hacía la travesía del Canal.

Todo había salido bien hasta ese momento; pero bien sabía Castellari que el marqués no se expondría a riesgos y que aún tenía una sombra de desconfianza. Ya había advertido que lo seguían y aún después de hallarse a bordo sabía que ojos de halcón espiaban todos sus movimientos. Un paso en falso y... todo estaba perdido; el trabajo de tantos meses se malograría y quizá su vida sería el precio de la peligrosa aventura.

Como una hora después de haber desembarcado en Dover, el espía se dió cuenta con horror y alarma que su hombre había desaparecido. Cuando y como, era cosa que no podía comprender. El espía era uno de los mejores hombres de la banda del marqués y por eso se le había confiado tan delicada misión. Nunca había fracasado en casos similares; pero tenía que reconocer que lo habían despistado. Mr. Harry Castle había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra y él no sabía que hacer.

Preocupado como estaba, lo hubiera estado aún más si hubiera podido ver a Mr. Castle un poco más tarde y escuchar la comunicación telefónica que el hombre sostenía con París. El colmo hubiera sido verlo entrar en Scotland Yard y advertir como los oficiales de policía lo saludaban respetuosamente.

* * *

PASARON tres días; pero Mr. Harry Castle no regresó a París. Al tercer día, sin embargo, el marqués recibió una carta de él. Ciertos asuntos le habían impedido cumplir su promesa y hasta lo detendrían en Londres dos o tres semanas. Sin embargo, tenía el dinero y, si el marqués quería llevarle los valores a Londres, sería mucho mejor para la rápida terminación del negocio.

Es preciso confesar que Mr. Castle esperó con bastante ansiedad la respuesta a aquella carta, porque el éxito o fracaso de sus planes dependía de ella. Si el marqués olía el lazo todo estaba perdido. Sería preciso volver a empezar y esta vez con muy pocas probabilidades de triunfo, porque si bien es cierto que el jefe de la banda desconocía la verdadera identidad de Mr. Castle, sospecharía que algo se había preparado en su contra y no se dejaría sorprender así no más. Al fin llegó la respuesta y era favorable. ¡El marqués venía! ¿Quería Mr. Castle esperarlo en la estación Victoria a tal y tal hora?

Mr. Castle contestó afirmativamente; pero antes sostuvo una larga conversación telefónica con París. Fué así como se enteró de que el marqués pensaba salir de Francia en un vapor que zarpaba antes de lo que había dicho y llegaría a Inglaterra antes de la hora citada, por consiguiente. El marqués estaba todavía en guardia y no era hombre que descuidara las precauciones.

Igualmente precavido era Mr. Castle. Llegó

para esperar el "boat train" a la hora convenida, como si nada supiera, y fingió sorprenderse mucho cuando vió aparecer al marqués antes de la llegada del tren, disculpándose por aquel cambio de plan.

Apenas habían terminado los saludos, cuando el marqués fué derecho al grano.

—¿Tiene usted el dinero?

—Sí. — contestó Mr. Castle. — Pero no encima. Puede imaginarse que no iba a correr el riesgo de traer conmigo semejante suma.

El marqués desconfió en seguida. No era hombre a quien se pudiera engañar fácilmente y menos burlar. Castellari estaba sobre aviso y dispuesto a proceder enérgicamente si advertía en el otro el menor movimiento sospechoso. Pero el hombre pareció tranquilizarse y preguntó donde estaba el dinero.

—Yo tengo los títulos en el hotel donde he almorzado — dijo el sujeto. — Pero debo marcharme dentro de pocas horas.

—Y yo el dinero en mi oficina — replicó Castellari respirando con más libertad. Vamos primero al hotel a buscar los títulos.

El otro vaciló un momento; pero accedió al fin. Aunque receloso, pensaba no era imposible que Mr. Castle dijera verdad y no se hubiera animado a concurrir a sitio tan frecuentado por los ladrones como una estación de ferrocarril.

Decidieron tomar un taxi para ir hasta el hotel. Castellari iba en ascuas. Dentro de pocos momentos iba a tener la prueba que tan ardientemente había buscado; pero ni un temblor de párpados delataba su ansiedad interior mientras conversaba de cosas indiferentes con su compañero. Al fin el taxi llegó a su destino y el marqués, seguido por Mr. Castle, bajaron de él y entraron al hotel. Dejando a su compañero en el bar, el francés desapareció unos minutos y volvió con el paquete de títulos. Mr. Castle los examinó y devolvióles al marqués, que se los guardó en el bolsillo hasta que llegara el momento de cambiarlos por el dinero.

Afuera había un taxi arrimado a la acera. Castle estaba a punto de abrir la portezuela y subir cuando de pronto miró a su alrededor y una expresión de alarma se extendió por su rostro.

—¡Rápido! — dijo vivamente al marqués. — ¡La policía! ¡Suba! El chofer es de confianza. ¡Apúrese!

El marqués saltó dentro del taxi: pero... no fué Mr. Castle quien lo siguió. Un detective de Scotland Yard y unos cabos, salidos no se sabe de donde subieron con una rapidez que desconcertó completamente al otro. El marqués, pasados los primeros momentos de sorpresa, opuso una resistencia desesperada; pero fué inútil.

Formalmente se le acusó de llevar en su poder títulos robados y, con esposas, lo llevaron a Scotland Yard.

Mr. Harry Castle se había hecho humo.

Cuando volvió a aparecer no era más el rubio inglés que había tratado con el ladrón de títulos, sino René Castellari, de la Sureté. Estaba sentado frente a su jefe. Este último hablaba:

—Su plan salió maravillosamente — dijo. — El marqués no sabe aún que Mr. Castle era un detective y sospecha que su propia banda lo ha traicionado. El resultado es que lo cantó todo y hemos podido arrestar a sus cómplices. No queda la menor duda de que son los autores de esa serie de robos a los bancos. Los títulos y una gran cantidad de dinero se han encontrado en la casa del jefe y servirán de prueba para condenarlos. Pero... ¿cómo pudo encontrar el hilo que lo condujo al éxito?

Castellari sonrió con satisfacción:

—Yo pensé que hallaría una pista observando las actividades que se desarrollan en la Bolsa — dijo. — Pronto descubrí operando allí a uno o dos sujetos de turbios antecedentes y, fingiendo interesarme en títulos robados, logré que me pusieran en contacto con otro individuo que parecía ser el brazo derecho de un gran malhechor a quien llamaban el marqués y que era temido y admirado en todo el bajo fondo, como uno de los ladrones más hábiles y jefe de una organización muy poderosa. Yo estaba seguro de que ese era mi hombre, pero, naturalmente, tenía que andar con pies de plomo para que no se malograra todo.

Tendí las redes y preparé un buen cebo, fingiéndome comprador de títulos robados. Sabía que si lo arrestaba en París, la noticia se sabría en seguida, previniendo a los cómplices y nunca conseguiríamos arrestar a toda la banda. Por eso le hice ir a Inglaterra, con pruebas abrumadoras encima. — se echó a reír. — Y, no obstante su habilidad, su experiencia, cayó en la trampa como un pajarito. Creo que tenía dificultades para deshacerse de los títulos robados últimamente y sin duda vió el cielo abierto al presentársele un fuerte comprador. La codicia lo hizo olvidar sus recelos. ¡La codicia, que incita al delito, concluye por cegar al delincuente!

FIN

Un médico de marina curaba todas las enfermedades con agua del mar. En un temporal, el doctor fué arrebatado por las olas.

Un marinero que lo vió caer, gritó:

—¡Mi comandante, el médico se ha caído en el botiquín!

* * *

—Teodoro, que ha heredado de su padre, riquísimo comerciante, una fortuna enorme, compromete seriamente su salud con una vida de continua orgía.

Hablando de él pregunta un amigo de su padre:

—Y Teodoro, ¿qué hace?

—Muere de sus rentas.

EL DIABLO EN PALACIO

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Como consecuencia de una intriga palaciega, es asesinado el marqués de Poza adicto al príncipe don Carlos. Muere envenenado el marqués de Bergen. Ruy Gómez desobedece al rey. Este, bajo la sugestión de la princesa de Eboli, organiza una fiesta campestre. Fracasa el intento de fuga del barón de Montigny. La esposa de Ruy Gómez se une al cardenal Espinosa, para combatir al príncipe don Carlos. Una carta comprometedora para la de Eboli, va a parar a manos del rey. Al príncipe don Carlos le roban documentos comprometedores. El paje Luis, prepara la fuga de don Carlos, pero fracasa en su intento. Se sospecha, que Luis sea el misterioso personaje, que llaman El Diablo. Los inquisidores le tienden una celada al paje. Este, a su vez, logra encerrar a su enemigo, fray Bernardo. El comendador Maldonado es víctima de una intriga del paje. Fracasa la tentativa de fuga del príncipe don Carlos; muere éste y Luis y doña Blanca huyen, después de descubrirse quien es el diablo de Palacio. Muere envenenado Ruy Gómez. El marqués de Poza, al que creían muerto sus enemigos, aparece de nuevo y se dispone a buscar a doña Blanca y a Luis. Este provoca un desastre en las tropas españolas que luchaban en Flandes. El marqués de Poza se encuentra con don Juan de Austria, y ambos se dirigen a Bruselas.

ERDONADME, señor, pero voy a probaros que os he dicho la verdad.

—No te comprendo.

—¿Por qué no habéis preguntado al capitán en qué convento se encuentra doña Blanca?

El marqués se dió una fuertísima palmada en la frente y se arrancó algunos pelos de su fina barba.

—¡Soy un estúpido — exclamó con ira.

—Ahora comprendo vuestra prisa por ver al señor Luis — dijo el capitán. — ¿Acaso no sabéis lo que ha sido de vuestra dama?

—¿Tenéis noticias suyas? — preguntó el de Poza con el más extremado afán. — Hablad, hablad.

Y sacudió a Pero León como si quisiese hacerlo vomitar las palabras.

—¿Pero dónde diablos habéis estado metido — le preguntó el capitán — que ignoráis el paradero de doña Blanca?

—Explicáos, por Dios, y luego preguntadme cuanto os dé la gana — dijo el marqués. — ¿Qué ha sido de ella?

—Sigue en el convento.

—¿Pero en qué convento?

—¿Tampoco lo sabéis?

—¡Explicáos, por vida mía, que me estáis atormentando!

—Señor — repuso el capitán. — todo se vuelven hoy misterios.

—Habla claro, amigo Pero — dijo Juan — o te arranco la lengua.

—¿Sabéis que ya voy cansándome de obedecer sin saber por qué obedezco? Pero en fin, os complaceré y luego hablaremos de esa amenaza. Doña Blanca está en las Huelgas de Burgos...

—¡En las Huelgas! — interrumpió el marqués de Poza, que sin saber explicarse el motivo sintió que le faltaban las fuerzas y tuvo que sentarse. — ¡Y he estado tan cerca de ella y la he visto!... Por eso me sentí ahogado en aquel instante, por eso mis ojos se llenaron de lágrimas y una fuerza miste

riosa e irresistible me retenía allí. ¡Dios mío!

Y el enamorado mancebo quedó abatido.

Hubo algunos momentos de silencio durante los cuales palpitaron con violencia dos corazones: el del marqués por su pasión y sus recuerdos; el de la hermosa campesina por su padre y por los peligros de que se veía tan repentinamente amenazada.

—¡A caballo! — gritó el marqués, recobrando instantáneamente su energía.

—Ensilladas están nuestras yeguas, señor.

—Amigo mío — repuso el de Poza, apretando la mano al capitán, — volved al bosque y decid al paje que vivo; que sé lo mucho que le debo, que es suya mi vida, pero que mi corazón y mi deber me mandan volver a España sin detenerme a buscarlo. Que no tome a ingratitud ni a falta de amistad mi determinación, porque bien puede comprender, que después de seis años que han transcurrido, después de muchos y muy graves sucesos que no os puedo referir ahora, los momentos que pierdo en ver a doña Blanca son años y aun siglos para mí.

BRILLARON extraordinariamente los ojos del marqués; su rostro había palidecido, y su cuerpo estaba agitado a impulsos de un ligero temblor. Tal era el estado en que se hallaba, tan violentas las emociones que había sentido, que el aturdimiento más completo dominaba su razón, y no había pensado en preguntar si Blanca había profesado.

No había sucedido lo mismo al escudero Juan, y ya se le había ocurrido la idea de que tras la buena noticia era muy fácil que viniese la mala de que pertenecía al claustro la doncella. Pero el escudero no quiso tocar este punto, porque, como muchas veces sucede, se prefiere la duda de la ilusión a la realidad, cuando se teme que ésta sea contraria a nuestros deseos.

—Sobre todo — decía para sí el astuto Juan, — dejémosle ser feliz siquiera por algunos días, por algunas horas, porque en el estado en que se encuentra en este momento, nada tendría de extraño que otra emoción violenta y por añadidura desagradable, le trastornase el juicio como en otro tiempo. Yo preguntaré al capitán lo que sobre este punto sucede, y si ha profesado, cuando nos alejemos, empezaré por hacerle dudar para que el golpe no sea tan repentino.

—¡A caballo — repitió el marqués, yendo de un lado para otro sin saber lo que hacía. — Y vos — dijo a la campesina, — si no queréis ir sola a Bruselas podéis aprovechar nuestra compañía.

—Gracias, señor caballero. Idos en paz y que el cielo os proteja; la travesía es corta, y ya he andado sola ese camino en muchas ocasiones. Me quedo, y pensaré lo que he de hacer.

Juan sacó las yeguas de la casa y se dispuso a tener el estribo a su señor.

—Amigo mío— dijo éste al capitán estrechándole la mano, — decid a vuestro compañero que mi felicidad no es completa, porque no lo he visto.

Y saliendo de la casa con el corazón palpitante de gozo, montó en su blanca yegua.

Su criado, con pretexto de despedirse de Pero León, acercóse a él, y al abrazarlo le dijo al oído:

—¿Ha profesado doña Blanca?

—No — contestó el capitán.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del fiel escudero y volviéndose hacia el marqués, le dijo:

—Señor, olvidáis lo más importante.

—No sé a lo que aludes.

—¿Por qué no preguntáis si doña Blanca ha pronunciado los votos religiosos?

El de Poza palideció aún más de lo que estaba; por su frente corrieron algunas gotas de frío sudor; sus ojos se abrieron con espanto, y la brida se escapó de entre sus dedos. Quiso hablar y no pudo; el miedo de saber que había perdido para siempre a Blanca turbó su lengua.

—¿Qué os sucede, señor? — le preguntó Juan, — ¿No queréis saber...?

—¡Oh!... — balbuceó el marqués, — Sí, decídmelo.

—Doña Blanca — contestó el capitán, — según...

—¡Oh!, callad, tengo miedo — interrumpió el enamorado.

—Señor — repuso Juan, — tranquilizáos.

—¿Qué decís?

—Que no ha profesado ni profesará.

Una exclamación de alegría, pero de una alegría frenética, salió de la boca del marqués, y levantando al cielo sus

hermosos ojos, dijo con acento dulce y expresivo:

—¡Gracias, Dios mío!

Expresaban estas palabras tanta gratitud, tenían tal expresión de ternura y de verdad, que conmovieron por un instante a Pero León, cuyo pecho estaba virgen aún de haber sentido un amor vehemente.

Cabalgó el escudero.

—¡Corramos, Juan, corramos! — gritó el de Poza.

Y sin decir una palabra más, tiñó sus espuelas con la sangre de su cabalgadura, y seguido de su fiel sirviente desapareció en pocos segundos.

—¡Adiós, Flandes, tierra desdichada; me alejo de ti con el corazón lleno de felicidad, rebosando gozo! Aquí vine en busca de la muerte o de la vida, y la última encontré. Adiós, Flandes; vuelvo a mi patria, voy a dejar tu nebuloso cielo por otro más puro y transparente; abandono tu tierra pantanosa y sombría por otra sembrada de flores, cruzada de cristalinos arroyos; pero siempre conservaré de ti un recuerdo grato, porque bajo tu cielo oscurecido de nubes, sobre tu suelo desnudo de flores, he sido feliz.

El mancebo aspiró el aire con avidez exhaló un hondo suspiro, y a la vez que sus ojos brillaban como dos centellas, gritó:

—¡Corre, mi "Niña", corre! ¡Pide al viento sus alas, al fuego su ardor y a las rocas su dureza! ¡Corre con la velocidad del rayo... no, que es poco; llévame a Burgos con la rapidez que va mi pensamiento!

Entre tanto, el capitán, en dirección opuesta, caminaba también con toda la prisa que le era posible en la espesura del bosque.

Sigámosle para saber lo que allí sucede.

Capítulo XXII

COMO CONCLUYO LA AVENTURA DEL BOSQUE

MIENTRAS que el capitán Pero León picaba la espuela y separaba los espinos que amenazaban a sus narices, decía para sí:

—Es día de broma completa. Todo se vuelven misterios, sorpresas, risas y llanto, y no hay trazas de acabar. Idas y venidas a este maldito bosque. corridas por todos lados, buscarse y no encontrarse... Confieso que estoy mareado, y que si continuamos así dos horas más, no respondo de mi pobre juicio.

Así anduvo largo rato hasta que de pronto sintió que le tiraban de la capa y volviendo la cabeza vió salir de entre los espinos un brazo y tras el brazo una cabeza. Era el paje, que hizo seña al capitán para que lo siguiese.

Ambos anduvieron algunos pasos, siempre en medio de la maleza.

El mancebo se detuvo, aproximóse al capitán y levantándose sobre las puntas de los pies para llegar con la boca al oído del gigante, tuvo lugar, quedo, muy quedo, el diálogo siguiente:

—Seguid adelante — dijo Luis, — pero siempre volviendo hacia la derecha, de modo...

—Antes tengo que deciros...

—Callad.

—Bien; pero antes quiero deciros que acabo de dar un apretón de manos al marqués de Poza. El marqués no murió, acabo de verlo y de hablarle; era uno de los que nos seguían, y el otro su escudero, antiguo camarada mío. Por eso corrían tanto y nos llamaban.

Un rayo que hubiese caído a los pies del mancebo no le hubiese dejado tan aturdido como la noticia que acababa de oír.

—¡El marqués... vive! — murmuró

—Os lo juro.

—¡Oh! Decidme qué le ha sucedido, qué os ha dicho de doña Blanca...

—Ignoraba el paradero de ella, y apenas se lo he dicho, ha vuelto a montar en su yegua blanca, y seguido de su criado ha partido como una centella para España.

—¡Sin verme! — murmuró tristemente el paje.

—En eso no debéis tener queja, pues lo he visto llorar porque no podía detenerse a veros, y me encargó que os dijese que ya comprenderíais lo que valía cada minuto que se perdía sin que corriese en busca de su amada; que os debía más que la vida, que os amaba como a un hermano y en fin, parecía un loco.

—Tiene razón, no ha debido perder un momento.

Oyóse el ruido de las pisadas de algunos caballos, el choque de las armas y las voces de los bandidos.

—¿Y abandonaremos al viejo?

—Es verdad — murmuró con des-

aliento el paje, — He prometido salvarlo.

—Ya veis...

—¿Y su hija?

—No sé si al fin se habrá decidido a irse a Bruselas a casa de un tío suyo. Quedó indecisa y parecía desconfiar, porque no le di explicaciones...

—Pues corre mucho peligro si no ha dejado la casa.

—¿Qué hacemos?

—Socorrer al colono, correr en seguida a evitar la muerte de su hija, y luego seguir hasta encontrar al marqués.

—Parece que los bandidos se disponen a marchar.

—¿Conque es decir, que apenas os convirtáis en mochuelo les intimo la rendición, y si se resisten, cuchillada seca?

—Sí.

Y bostezando se alejó.

Avanzaba la tarde.

Ya, en medio de la espesura del bosque, empezaban a extenderse las tinieblas.

De los ocho asesinos, seis montaron a caballo y uno tras otro se pusieron en marcha.

Quedaron junto a la choza dos, vigilando a un anciano que, atado de pies y manos, estaba junto a un corpulento pino.

Era el padre de la hermosa doncella.

Aunque de edad avanzada, el colono conservaba aun bastante vigor, y en su semblante, más que el miedo, se pintaba la ira.

—¿Sabes — dijo uno de los facinerosos a su compañero — que nos honra poco la comisión que nos ha dado el capitán? Dos hombres de nuestro temple para vigilar a ese viejo chocho, no es cosa que debe lisonjearnos

Iba a contestar el otro bandido, cuando sonó el canto monótono del mochuelo, con tanta perfección imitado, que a nadie hubiera sido sospechoso.

—Mal anuncio — dijo uno de los ladrones.

Y al concluir de pronunciar estas palabras, crujieron los espinos, y el capitán, blandiendo su larga tizona se precipitó junto a los bandidos.

—¡Quietos, por Satanás! — gritó con su voz de trueno.

Tan sorprendidos quedaron los ladrones, que al pronto ni articular palabra pudieron; pero repuestos bien pronto, dejaron escapar una imprecación horrible, y empuñando sus aceros intentaron la defensa.

—¡Quietos, vive Dios, o no dejaré de vosotros ni la memoria! — añadió el capitán.

—Somos dos, ¡y por el infierno! que no habrás de quedar ni para contarla — dijo uno de los bandidos.

Empezaba a cerrar la noche.

En medio de la oscuridad que envolvía con su crespón la escena que vamos refiriendo, vióse sobre el bandido que estaba junto al anciano como una nube blanca que cayó sobre él repentinamente, y luego se oyó una horrible blasfemia y un ¡ay! que se llevó tras sí el último aliento del asesino.

De tal efecto fué la aparición, que aun el mismo capitán quedó sorprendido, y en cuanto al facineroso que le hacía frente, sintióse poseído de terror y contemplando con espantados ojos la capa blanca, retrocedió un paso y exclamó:

—¡El diablo! — y huyó con su compañero.

Aprovechóse el mancebo de aquellos instantes y con su puñal ensangrentado, cortó las ligaduras que sujetaban al colono.

Este cayó de rodillas ante su salvador, y con voz trémula por la emoción y mientras el llanto humedecía sus pupilas, dijo:

—¡Dios os bendiga, noble caballero!

—Advertid — le contestó sonriendo el paje, — que soy Satanás. Pero de cualquier modo, ya estáis libre, y esto es lo que os importa.

—¿Y los caballos? — preguntó el capitán.

El paje llevó dos dedos a la boca y produjo un silbido agudo. En seguida se oyeron, uno tras otro, dos relinchos.

—Ya veis — dijo al capitán — que nuestros caballos son obedientes.

Percibióse el ruido de las pisadas de los corceles, y pocos segundos después llegaron los de nuestros amigos.

—¡Aquí, "Satanás"! — dijo el mancebo a su potro.

Y cuando éste se hubo acercado con la mayor sumisión montó en él.

—Vos — dijo éste al colono — agarráos a la cola de mi caballo, y seguid sin miedo.

De este modo caminaron hasta salir del bosque, y una vez en el llano, despidiéronse nuestros héroes del viejo, y partieron velozmente.

Capítulo XXIII

DE LA CARTA QUE RECIBIO EL PAJE

CONTINUABA la noche oscura en extremo.

La humedad y el frío de la media noche se dejaban sentir bastante.

En el silencio, amigo de la oscuridad, de una extensa campiña, resonaba el acompasado galope de dos caballos.

—¡Por los cuernos del diablo mayor! — decía una de los dos caminantes. — Desde esta mañana estoy corriendo sin descanso y sin haber podido fortificar mi estómago.

Nuestros jinetes galoparon todavía cerca de un cuarto de hora, y dejando atrás el bosque, llegaron a la puerta de una casita aislada, única en toda aquella campiña.

Luis silbó por tres veces.

Esta señal recibió bien pronto respuesta, pues abriéndose una ventana, asomóse un hombre y preguntó:

—¿Quién es?

—Nadie — contestó el mancebo.

—¿Venís solo?

—Con mi capa.

Debió quedar satisfecho el interpelante, pues retirándose de la ventana, bajó y abrió la puerta.

—Bien venidos — dijo a los caminantes.

—¿Ha llegado alguna carta para mí? —fué lo primero que preguntó el paje.

—Sí — le contestó el huésped.

El llamado Guillermo puso en manos del capitán una linterna con que había bajado, y precedido del paje, subió, casi a oscuras, una estrecha escalera.

Pero León condujo los caballos a la cuadra

Luis y Guillermo entraron en una habitación, escasamente alumbrada por una vela de cera.

Sentóse el paje, echó atrás su famosa capa, y dejando sobre la mesa su sombrero, dijo:

—Dadme la carta.

Guillermo sacó de debajo del pecho de su coleto un papel sucio y arrugado, y se lo entregó al mancebo.

Rompió éste el lacre precipitadamente, animáronse sus negros ojos, y acercándose a la luz, leyó con ansiedad lo siguiente:

"Voy a salir ahora mismo del convento. Me persiguen y estoy en peligro.

"No sé a dónde iré; pero mi paradero lo sabrá doña María de Mendoza.

"Ni un solo instante puedo perder. Adiós".

El paje dió un grito: palideció su semblante y la carta se escapó de sus manos.

—¡Dios mío! — exclamó con acento a la par doloroso y desesperado.

Y apoyando los codos en la mesa, escondió el rostro entre sus manos y quedó silencioso e inmóvil.

La sorpresa que esto causó al huésped fué tal, que no se atrevió a decir una palabra y aun salió con lentos pasos del aposento para ir en busca de Pero León.

El mancebo sufría horriblemente, y bien lo manifestaba en lo agitado de su respiración y en las nerviosas sacudidas que de vez en cuando le hacían estremecer.

No tardaron en llegar el señor Pero León y Guillermo, ambos silenciosos y tristes.

—¿Qué sucede? — preguntó el capitán.

El mancebo levantó la cabeza, apretó los puños con rabia, y contestó:

—Ved lo que dice doña Blanca.

Leyó Pero León, aunque con alguna dificultad, la en extremo lacónica epístola, y arrojándola sobre la mesa, asió a Luis por un brazo y le dijo:

—¿En qué pensáis?... ¡Voto a cuarenta infiernos juntos!... ¡A España, vive Dios, y ya veremos quién vence a quién!

—¡A España! — murmuró Luis con amargura.

—¿No habíais determinado que marchásemos cuando ningún peligro corría doña Blanca? Pues bien, ahora con doble razón no debemos perder un instante.

—¿Y el marqués?

—Allá lo encontraremos, y si no, antes que todo es ella, ¡voto a Satanás!

Levantóse el paje, y con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, dió algunos paseos por la habitación.

—El marqués — dijo, — irá al convento y no la encontrará.

—Y entonces...

—Nada puede hacer, porque doña Blanca perseguida por nuestros enemigos, se ocultará de todo el mundo. Además, no pensáis cuán terrible será el golpe que recibirá ella con la noticia de que el marqués no ha muerto, que la busca y que no puede encontrarla. Debo perder algunas horas a trueque de averiguar el paradero en España del marqués.

—Pero la princesa, que, como nos dijo doña Blanca, ha vuelto a la gracia del rey, éste y su primer ministro Antonio Pérez no aguardarán a que vayamos para continuar la lucha.

—Ciertamente

Luis apretó los puños con rabia, rechinó los dientes y sus ojos brillaron como dos luces.

—¡Oh, esto es horrible! — exclamó. — Perder dos o tres horas, será tal vez perderla; ponernos en camino inmediatamente sin averiguar nada, es exponernos a que no encuentre, quizás en algunos años, el marqués a doña Blanca; y decirle que vive él, pero que no puede verlo, será lo mismo que introducir con la punta de una daga la alegría en su corazón. Esto es horrible, capitán.

Y el desdichado mancebo volvió a medir con precipitados pasos la habitación.

Hubo algunos instantes de profundo silencio, durante los cuales, nuestros amigos dieron tortura a su magín para encontrar un medio de resolver la cuestión; pero como era imposible hallar ninguno para irse y quedarse al mismo tiempo, cavilaron en vano y concluyeron por dirigirse a la vez esta pregunta:

—¿Qué hacemos?

Y se miraron fijamente, esperando ambos la contestación.

—Iré a ver a don Juan de Austria — dijo Luis.

—¡A don Juan de Austria! — exclamaron a un mismo tiempo el capitán y el huésped.

—Sí — dijo el paje.

—¿Es decir, que nos pondremos en marcha?

—Después del amanecer.

—Me parece — dijo el capitán — que será oportuno que reposéis y luego, más tranquilamente...

—Sí, sí descansemos — repuso Luis, — que bien hemos menester conservar las fuerzas. Capitán, guárdeos Dios, y hasta mañana.

Y sin dar otras buenas noches, salió del aposento para ir al que le tenía siempre preparado el huésped.

Capítulo XXIV

PREPARATIVOS

AUN no eran las nueve de la mañana cuando el paje y el capitán atravesaban las calles de uno de los barrios de Bruselas.

Iban silenciosos, porque tenían mucho en que pensar.

Después de un cuarto de hora se detuvieron a la puerta de la casa del gobernador.

—Dios os guíe — dijo el capitán.

—Y me dé acierto — contestó Luis.

Luego entró en el palacio y tuvo que detenerse al pie de la escalera para satisfacer a las preguntas de un portero.

—¿Adónde vais, señor hidalgo? — le preguntó al mancebo.

—Arriba — contestó secamente Luis.

—Lo veo, pero, ¿a quién buscáis?

—Al señor gobernador.

—No se le puede ver ahora.

—Os equivocáis.

—¿Os ha concedido audiencia?... En tal caso traeréis...

—Un negocio urgente que me ha hecho correr muchas leguas. Basta de preguntas.

—Es que...

—¿Queréis que os ponga al corriente de un secreto de Estado? ¡Vive Dios, que sois torpe! ¡Apartáos!

Y sin respetar la autoridad porteril, pasó adelante el mancebo, subió la escalera y después de atravesar una galería, entró en una antecámara.

—¿Adónde vais- — le preguntó un ujier.

—A ver al señor gobernador. Es asunto de Estado.

—Esperad — repuso el ujier.

Y entró en la pieza inmediata, volviendo a salir al cabo de algunos minutos.

—Podéis pasar — dijo, — pero ¿podéis darme vuestro nmbre?

—Es también un secreto.

—Entonces...

—¿Queréis darme un pedazo de papel y un poco de lacre?

—Con mucho gusto.

Y puso sobre una mesa lo que el paje le había pedido.

Luis escribió lo siguiente:

"El Diablo de Palacio desea veros con urgencia y se pone bajo la salvaguardia de vuestro honor."

Y doblando y sellando el papel lo entregó diciendo:

—Si os tomáis la molestia de darlo al señor gobernador, todas las puertas se abrirán para mí.

Salió el ujier, y no habían transcurrido diez segundos cuando volvió apresuradamente y dijo:

—Entrad, entrad, caballero, y perdonad...

El sirviente lo condujo a un salón, y levantando respetuosamente una cortina de seda azul con fleco de oro, dió paso a Luis a la vez que anunciaba:

—¡El mensajero del rey nuestro señor!

Hallábase don Juan cerca de una mesa dorada y sentado en un ancho sillón con forro de damasco azul. Leía y releía el inesperado billete del paje, como si quisiese convencerse de que no soñaba, cuando al oír la voz del ujier levantó la cabeza y quedó sorprendido al ver que era efectivamente el mancebo quien lo visitaba.

Ambos quedaron un instante silenciosos, contemplándose con satisfacción, porque don Juan se interesaba vivamente por Luis, y éste profesaba también a don Juan un sincero cariño.

—Acercáos — dijo el gobernador a la vez que alargaba su diestra al paje.

—Gracias, señor — le contestó, besándole la mano con respetuosa ternura

Y luego exhaló un profundo suspiro.

—Mucho me alegro de veros — repuso el de Austria. — Bien habéis hecho en venir, no bajo la salvaguardia de mi honor, sino al amparo de mi amistad. Sentáos... pero ¿qué os eso? ¿Estáis triste?

—¡Cuántos recuerdos, señor! — exclamó el mancebo a la vez que, más bien que sentarse, se dejaba caer en un sillón.

Sufría mucho en aquellos momentos.

—Perdonadme — repuso, — si vengo a turbar vuestro reposo con mi tristeza,

Don Juan, enternecido, apretó nuevamente la mano del doncel.

—¿Así os dejáis dominar por el dolor?... Mentira parece veros abatido, a vos, terror y espanto de los tercios españoles...

—Harto me pesa mi fama, don Juan y aun me horroriza: yo nací para hacer bien, pero los hombres, a pesar mío, me precipitaron en la senda del mal, y embriagado con mi misma desesperación, seguía adelante con los ojos cerrados para no retroceder, al verlas, ante mis tristes hazañas; ocupémonos de nuestros amigos...

—Todo lo habéis sacrificado por ellos, pero al fin veréis premiada vuestra noble abnegación.

El mancebo movió la cabeza con aire de duda.

—Tengo una noticia que daros — repuso don Juan, — y cuando la sepáis...

—Sin duda os referís al marqués de Poza...

—Me olvidaba que para vos nada hay oculto

—Hasta ayer he ignorado que vivía.

—Soy muy torpe, por su carta he debido deducir que os habíais visto.

—No lo he visto.

—Entonces no comprendo; ved la carta que recibí ayer tarde al volver del templo adonde fuí a dar gracias a Dios por mi feliz llegada a Flandes.

Don Juan abrió el cajón de la mesa, y sacó un papel que entregó a Luis.

Este leyó lo siguiente:

"He venido a despedirme de vos, pero no puedo esperar; tengo contados los segundos. Vuelvo a España. He visto al paje y ya sé que Blanca está en las Huelgas de Burgos. Sin duda era la que nos miraba aquella mañana. Adiós, don Juan, deseo que seáis feliz y que aumentéis vuestros merecidos laureles.

"Alonso de Burgos"

—¡Alonso de Burgos! — repitió Luis.

—Ese es el nombre que se da para no ser conocido. ¿Pero cómo me explicaréis esa carta?

—Muy fácilmente: el marqués me vió sin que yo lo viese; me siguió sin que yo supiese quién era, y huí como del mayor enemigo; pero luego mi compañero el capitán Pero León, le habló, le dijo dónde estaba doña Blanca y se fué sin esperar a darme un abrazo.

—Aventura como vuestra.

—Todo iba bien hasta aquí; pero como la desgracia nos persigue, anoche recibí esta carta de mi señora. Leed, y comprenderéis mi situación.

Y entregó a don Juan la carta de Blanca.

Pintóse la sorpresa y la indignación en el semblante del príncipe al leer el triste aviso de la doncella, y exclamó:

—¡Miserables! ¡Todo lo malo espero del señor Antonio Pérez y de doña Ana!... Razón tenéis para estar triste. No perdáis un instante, volved a Espana, porque sin vuestra defensa, de seguro doña Blanca será víctima de vuestros enemigos.

—Tal pienso, don Juan, y ¡vive Dios! que si no pierdo la vida mi venganza será terrible. ¿Pero dónde encontrar al marqués cuando éste se ocultará de todo el mundo? Vos solo podréis quizás sacarme de este apuro.

—No del todo.

—¿Y qué será del infeliz cuando vaya al convento y se encuentre sin ella y no pueda adquirir noticia alguna de la desdichada?

—¿Sabéis lo que ha sido del marqués durante estos años?

—No, señor.

—Voy, pues, a decírselo, y además de satisfacer así el interés que ya veo pintado en vuestro semblante, con estas noticias podréis dirigiros a la persona que en todo ese tiempo lo ha mirado como a un hijo, y que seguramente recibirá con frecuencia noticias suyas.

—Ante todo — replicó Luis aproximando su sillón al de don Juan, — decidme el nombre de esa persona para que yo pueda bendecirlo.

—Le salvaron al marqués la vida, el comendador Maldonado y su hermano el barón, y este último lo ha tenido en su castillo de los montes de Toledo.

—¡El comendador Maldonado! — exclamó el mancebo a la vez que se oprimía la frente con las manos. — ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Por eso la noche fatal, la inolvidable noche, expuso dos o tres veces su vida para revelarme, según decía, un gran secreto! ¡Era la noticia de que el marqués vivía!... ¡Oh!... ¡Y yo no quise escucharlo y aun lo traté de importuno!.. ¡Dios mío!

—Ese era el secreto, amigo mío.

—Referidme todo eso, don Juan, referídmelo...

Al concluir don Juan su sorprendente relato, ardíale la frente al mancebo y sus manos temblaban ligeramente.

—¡Cuántos dolores, cuántas lágrimas! — exclamó: — ¡Oh!, y aún me acusará...

—Bien os habéis vengado.

—Don Juan — replicó Luis, — vuelvo a deciros que nuestros perseguidores son los que me han precipitado en esta senda; ya me sentía cansado de verter sangre, arrepentido de llevar tan lejos mi venganza; pero me provocan de nuevo, no se contentan con las pasadas iniquidades, y parece que no estarán satisfechos hasta lograr nuestro exterminio. ¿Qué he de hacer?... Vuelvo a España, y allí lucharemos sin descanso. ¿Qué les ha hecho Blanca? ¿No estaba en el convento, consumiendo su vida a fuerza de llorar? ¿Por qué la persiguen?... ¡Oh!... Ya no puede haber tregua, no cabemos en el mundo la princesa y yo. ¡Y por quien soy, don Juan, que ha de costarles mucho vencerme! Antes no tuvieron que luchar sino con el niño travieso que se les burlaba; pero tendrán que habérselas con el hombre experimentado y de corazón que no se contentará con el triunfo de una burla, sino con la satisfacción cumplida de las ofensas que ha recibido.

Los ojos del mancebo brillaron extraordinariamente, y sus dientes rechinaron.

—Cinco minutos faltan para la una, y tengo que alejarme, Don Juan, os voy a decir un secreto: Los enemigos de España os tienden lazos de que no os apercibiréis con facilidad; en Flandes está vuestra muerte si no prevenís las asechanzas del de Orange; estáis vendido, en sus manos, sin un soldado que os defienda sin una muralla que os dé abrigo; si queréis tomar mi consejo, no os pesará: ya que no tenéis la fuerza, valeos de la astucia y recobrad algo de lo perdido.

—Si otro que vos me dijese esas palabras, me reiría; pero os conozco, sé que sin muy fundados motivos para darme ese consejo, no lo haríais; pero ¿qué está en mi mano para evitar una sorpresa?

—Una cosa voy a deciros, que os parecerá atrevimiento — repuso el paje; — pero algún día os acordaréis de mis palabras, y plegue al cielo que aún podáis aprovecharos de mi aviso.

—Me ponéis en gran cuidado.

—Aprovechad la primera ocasión que se os

presente de apoderaros del castillo de Namur sin que puedan sospechar vuestra intención.

—¿Qué decís? — exclamó admirado don Juan.

—Que es vuestra única salvación... Va a dar la una. don Juan, y peligra vuestra vida y la tranquilidad de Bruselas — replicó el mancebo.

Y se dispuso a salir.

—No — le dijo don Juan, deteniéndole; — necesito de vos; volvéis a España, y tengo allí un tesoro que confiaros.

Luis reflexionó un instante y luego, asomándose a una ventana, miró hacia todos lados, y, fijándose al fin en un punto, gritó:

—¡Esperad!

—¿Qué significa todo esto? — dijo el de Austria, cada vez más admirado.

—Está asegurada por ahora vuestra vida y la tranquilidad de la población — contestó el paje.

Luego volvió a sentarse, y añadió:

—Decidme ahora en qué puedo serviros en España.

—¿Pero esos misterios?...

—¿Tenéis ciega confianza en mí?

—Ciega.

—Pues bien, dejemos las explicaciones, que os daré si nos queda tiempo, y ocupémonos de lo que más importa. Teníais que confiarme...

—Un tesoro.

—Decid cuál es y cómo he de guardarlo.

—No ignoráis — repuso don Juan, — porque nada hay oculto para vos, que doña María de Mendoza...

—Vais a hablarme de vuestra hija — dijo el paje, cuya ardiente imaginación lo había adivinado todo.

—Sí, de mi hija.

—A quien vuestro hermano, para no desmentir su prudencia, destina al cláustro.

—¿También sabéis?

—Vos mismo habéis dicho que para mí nada hay oculto.

—Entonces, con pocas palabras...

—Quizás con ninguna. Queréis que yo ayude a doña María para evitar que se encierre a vuestra hija en un convento, o para sacarla de él, si no muestra vocación.

—Nada tengo que deciros, sino que no olvidéis que es mi hija — repuso don Juan, cuyos ojos se humedecieron. — A nadie puedo hacer este encargo sino a vos o al marqués; pero éste, para luchar con el poder de mi hermano, nada vale en comparación vuestra. Tenéis un gran corazón, sois noble y generoso sin igual, y para vos no hay nunca inconveniente...

—Don Juan, yo os juro que mientras me quede una sola gota de sangre que verter, vuestra hija tendrá en mí un segundo padre, un hermano, un amigo...

—¡Ya estoy tranquilo! — exclamó don Juan con ternura y tendiendo sus brazos al mancebo.

Latieron juntos por algunos momentos aquellos dos corazones, grandes y generosos.

Pocos momentos después, con el pecho oprimido y la cabeza ardiente, volvía a cruzar las antesalas del palacio el mancebo. Ujieres, pajes y porteros se inclinaban a su paso.

—¡Voto al infierno! — le dijo al verle el capitán. — Estáis pálido, como una doncella cuando ve un fantasma. ¡Por Satanás que desde ayer sopla mal viento!

—Podremos encontrar al marqués — dijo Luis.

—¡Bien, vive el cielo!... ¿Pero qué os pasa? Estáis triste...

—Hemos hablado... recuerdos... A caballo, capitán, y despedíos para siempre de Flandes.

Aún no había transcurrido media hora cuando nuestros amigos salieron de Bruselas.

El mancebo murmuraba:

—Sangre dejé en España, ríos de sangre dejo aquí, en busca de sangre voy... ¡Esto es horrible!

Capítulo XXV

DE COMO EL SEÑOR ANTONIO DE MENA ERA TAN ASTUTO COMO AVARIENTO

La carta de Blanca necesita explicaciones, y para referir los sucesos que tuvieron lugar en las Huelgas de Burgos, habremos de retroceder algunos días, y a los dos siguientes de la entrevista de doña Ana con Felipe II, buscar al señor Antonio de Mena, que se hallaba instalado en un espacioso aposento de la posada de San Juan, una de las más concurridas de la patria del Cid.

Eran las diez de la mañana.

Calóse una gorra y, estirando su raído coleto y arreglando los pliegues de su capa, salió de la posada, encargando antes al posadero que le tuviese dispuesta la comida para las doce en punto.

Estudiando el indigno papel que iba a representar, llegó al convento de las Huelgas, entró en la portería, acercóse al torno y llamó.

—¿Qué deseáis? — le preguntaron.

—Desearía ver a la muy reverendísima madre abadesa.

—Si lo tenéis a bien, decidme vuestro nombre.

—Antonio de Mena, el primo de la difunta hermana sor María de la Santísima Trinidad. Y si no recuerda o no es bastante mi humildísimo nombre, decidle que vengo de parte del rey, nuestro bondadoso amo, para comunicarle cierto asunto en bien de la comunidad...

—¡El señor Antonio de Mena!... Sí, ya sé quién sois... ¡Pero de parte de su majestad!... Esperad, pues voy a decir que le pasen recado y vengan a abriros la puerta.

Largo rato aguardó el señor Antonio de Mena, hasta que, dejándose oír nuevamente la gangosa voz, oyó que le decían:

—La reverenda madre va a recibiros.

Y, abriéndose una puerta, dió paso al hidalgüelo.

Ambos se detuvieron junto a una puerta que abrió la monja después de dar en ella tres golpes con su fresca y blanca mano.

—Entrad — dijo al señor Antonio.

Este pasó adelante y se encontró en la espaciosa celda de la abadesa.

Sentada en un ancho sillón esperaba al señor Antonio.

El hidalgo entró con aire de profunda humildad, acercóse a la anciana con el mayor respeto, hincó en el suelo una rodilla, besó el blanco hábito y pidió la bendición a la superiora, que le hizo levantar y sentarse cerca de ella.

—Deberá haberos sorprendido la visita de este indigno esclavo del Señor — dijo el hidalguillo.

—A decir verdad, no la esperaba, y me ha llenado de júbilo, porque, según me han indicado, venís de parte de su majestad, a quien Dios dé larga vida.

—De su parte vengo, respetable madre, y bien quisiera excusar mi visita o que tuviese distinto objeto.

La anciana miró sorprendida al hidalgo.

—No os causen extrañeza mis palabras — prosiguió éste, — si adivináis por ellas que un asunto desagradable me ha traído. Vos, espejo de virtudes, con un alma llena de fe, lejos del mundo, cuyas maldades no conocéis; vos, que no podéis sospechar que bajo la máscara de la hipocresía se oculte el veneno de la iniquidad, estaríais muy lejos de creer que dentro de estos muros, en la casa del Señor, se abrigase una persona que protegiese el crimen y la herejía.

—¡El crimen y la herejía! — murmuró con acento sordo.

—Sí, madre — repuso el hidalgo, a la vez que exhalaba un suspiro.

—Explicáos, señor Antonio — dijo la anciana con afán. — Explicáos. ¿Quién es la persona que en este recinto protege el crimen y la herejía?

—¿No hay en el convento una joven que fué doncella de la difunta doña Isabel de Valois?

—¿Y cuál es — preguntó la superiora — el delito de la doncella?

—¿Conocéis la historia de cierto paje?...

—La conozco.

—¿Y sabéis lo que hace en Flandes?

—Eso no; pero, a lo que presumo, huye, temiendo la cólera del rey.

—¡Dios santo! — exclamó el señor Antonio a la vez que cruzaba las manos y levantaba al cielo una mirada, como si demandase ayuda.— ¿Conque no sabéis que ese hombre está con los herejes flamencos?

—Natural era que estuviese con los enemigos del monarca de quien huía; pero si nada más ha hecho...

—Madre mía, habéis sido víctima de un engaño infame. El paje de doña Blanca no sólo está con los herejes, sino que es uno de los más ardientes protestantes. Yo disculpo a la dama, porque, en fuerza del cariño que profesa a su antiguo paje, sigue comunicándose con él, por más que sea un enemigo de su religión. ¿Pero cómo puede excusarse en él la herejía? ¿Cómo perdonársele la sangre preciosa que ha derramado de muchos miles de buenos católicos? ¿No ha llegado hasta vos la noticia de un suceso horrible que ha puesto en consternación a todos los buenos cristianos? ¡Dios mío, cuánta iniquidad!

Era tal la expresión de dolor y de verdad que revelaba el semblante del hidalgo, que la abadesa se sintió conmovida, y su corazón palpitó violentamente.

—Decidme — dijo la abadesa, cuyos ojos estaban húmedos por el llanto, — ¿qué piensa hacer su majestad?

—Para vos no guardaré secreto

—Podéis hablar con toda confianza.

—Hace algún tiempo que Blanca recibió una carta de su antiguo paje, en que éste le decía que pensaba venir muy pronto a España

—¿Y cómo se ha sabido?...

—Es un secreto de Estado que he jurado no revelar, y, ya veis, un juramento...

—Cumplís con vuestro deber — contestó la anciana, cuya agitación era en extremo visible.

—Pues bien, su majestad quiere que se intercepten las cartas, para saber a punto fijo cuándo llega el hereje y apoderarse de él.

—¿Y la doncella?

—Tal vez quede libre; pero esto no puedo asegurarlo, porque depende del resultado de las averiguaciones que se están haciendo y de las declaraciones que dé su paje.

—Os ruego — dijo la abadesa con acento conmovido, — os ruego en nombre de la caridad cristiana, que hagáis por la infeliz joven cuanto os sea posible.

—Ya véis si estoy bien dispuesto en su favor, que he comenzado por deciros que su suerte me interesa mucho. Creo que será suficiente prender al paje, porque sus crímenes están bien probados para que se necesiten más averiguaciones.

—¡Después de seis años de lágrimas! — dijo la sensible abadesa con acento doloroso. — ¡Desdichada! ¡Cuando sólo tiene de su pasado tristísimos recuerdos e intensos dolores; cuando el presente es una vida de llanto y austeridad, y sólo ve para lo porvenir la muerte!... ¡Más desgracias, más llanto, más sufrimientos!... ¡Esto es horrible!...

—Muy horrible, madre; pero antes que todo está la fe. ¿Qué hará en España el diabólico paje, sino tentar las conciencias y arrastrar a los incautos a una perdición segura del cuerpo y del alma? Esto sí que es horrible, más horrible que el llanto y los dolores, y si lo protege la compasión, se comete un crimen que yo no querría tener sobre mi conciencia.

—Es verdad — contestó la anciana, — Hay sacrificios muy duros, pero que es preciso hacer.

—En fin, madre — dijo el hidalgo, — quedemos de acuerdo para cumplir las órdenes de su majestad y terminemos esta conversación, que es en extremo dolorosa para ambos. Ya sabéis que lo que ahora nos interesa más es apoderarnos de la primera carta que llegue. Supongo que, como prescriben las reglas de la comunidad, todas las cartas que vengan pasarán por vuestra mano antes de entregarlas a

la religiosa o novicia a quien se dirijan.

—Así sucede; pero como doña Blanca no es ni lo uno ni lo otro, aunque bajo mi autoridad, he tenido la consideración de entregarle cerradas sus cartas.

—Pues ahora...

—Detendré la primera que reciba...

—Y me la dáis también sin leerla, para remitirla inmediatamente a su majestad.

—¿Vendréis vos?

—Todos los días. Y os ruego que déis las órdenes oportunas a fin de que no me detengan en la portería, y de que se guarde el secreto de mis frecuentes visitas.

—Se hará como es prudente y deseáis — dijo la abadesa, exhalando un profundo suspiro.

—Ahora, disponed de mí.

El señor Antonio exhaló un profundo suspiro, hizo una reverencia y salió del aposento.

Cuando llegó a la posada, escribió a doña Ana de Mendoza la siguiente carta:

"Haré más de lo que desea vuestra excelencia. Que venga Ginés y otro que se le parezca. Tal vez necesite algún dinero, no para mí, sino para el negocio.

De vuestra excelencia, humildísimo criado.
Antonio Mena".

Capítulo XXVI

LO QUE SUCEDIO ENTRE DOÑA MARIA DE MENDOZA Y SU PADRE

MUCHO tiempo hace que no hemos presentado en escena a doña María de Mendoza, la antigua dama de don Juan, y nos parece oportuno, y así conviene al buen orden de nuestro relato, volver a ocuparnos de ella mientras algo digno de notarse acontece en Burgos.

Desde que el padre de doña María vió frustrados sus proyectos de venganza contra don Juan, y la marcha de éste a Flandes le quitó toda la esperanza de llevarlos a cabo, fijó su atención exclusivamente en la tierna Ana, fruto de sus criminales amores, para conseguir que el rey determinase encerrarla en un convento.

El fin que se proponía no era otro sino quitar todo recuerdo de aquella desgracia, pues parecíale que separada la doncella del mundo, en el silencio del claustro, se olvidaría más fácilmente la falta cometida por doña María. De este modo se evitaba que llegase un día en que Ana quisiese hacer valor sus derechos de hija natural del príncipe, o, por lo menos, dijese "esa es mi madre", y, tomando el nombre de Mendoza, lo transmitiese empañado a toda su descendencia.

Poco tenía que intrigar el severo Mendoza para conseguir su deseo, pues el monarca, celoso de quitar de su familia cuanto tuviese una sospecha de bastardo, tenía dispuesto que la inocente Ana concluyese sus días en un claustro, olvidada del mundo, y aun, si pudiese ser, ignorada de todos su existencia.

Ana había cumplido ya catorce años.

Las diez de la noche eran, según un reloj que había en un espacioso gabinete de la casa del ilustre Mendoza.

En un sillón con forro de seda verde, floreada de azul y blanco, igual a los demás sillones que había en el aposento, hallábase doña María, como siempre, triste y meditabunda.

Acababa de leer un papel, que aún doblaba repetidas veces con distracción, y ,exhalando un suspiro, murmuró con acento dulce:

—Tan desgraciada como yo.

Estas palabras se referían a Blanca, que le había escrito, como solía muchas veces, y en su carta decía que notaba en la abadesa cierto cambio inexplicable desde algunos días, y, no sabiendo a qué atribuirlo, sospechaba si serían consecuencias de alguna intriga de la de Eboli.

Y tenía razón, porque cinco días habían pasado desde la visita del señor Antonio al convento, y la anciana superiora, sin ocasión de haber aprendido el arte del disimulo, encubría con notable torpeza el profundo disgusto que sentía.

—¡Infeliz! — prosiguió doña María. — ¡Ni aun en aquel sagrado se encuentra segura de las persecuciones de sus enemigos!

Tristísimas reflexiones hubiesen seguido a éstas, a no interrumpirlas con su llegada un nuevo personaje.

Levantóse una ancha cortina de damasco verde que cubría una puerta, y el padre de la dama apareció.

Don Diego de Mendoza entró con mesurado paso, colocó un sillón frente a su hija y sentóse, mientras que ella se levantaba para hacer una ceremoniosa reverencia, con más muestras de temor que de respeto.

—Sentaos — le dijo su padre con grave acento.

Doña María obedeció.

—Tenemos que hablar de un asunto muy desagradable; pero es forzoso, y quiero que me prestéis toda vuestra atención.

Tembló involuntariamente la dama.

—Hace catorce años — prosiguió don Diego con severo tono — que vuestra liviandad mal contenida por el decoro, menos sujeta por la virtud, manchó con el recuerdo indeleble de su impureza un nombre ilustre que se ha transmitido limpio de generación en generación. Ni perdón, ni compasión siquiera merecía vuestra falta, pues no hubo escándalo que no la acompañase: vos abandonásteis la casa paterna, huyendo en brazos del hombre a quien disteis con vuestro amor impuro vuestra honra y la mía, y luego, con el fruto de vuestra criminal pasión, dejásteis un recuerdo vivo de vuestra liviandad. Ni la ceguedad ni el nombre ilustre de vuestro seductor excusaban vuestra falta: merecíais el más severo de los castigos, y, sin embargo, mostrándome harto débil, os abrí de nuevo las puertas de una casa que ya no debía ser vuestra, porque bajo su techo, por espacio de algunos siglos, no se dieron sino ejemplos de la más acrisolada virtud. Os perdoné la vi-

da que debí quitaros, que sólo así se lava la honra: y vos, en pago de este sacrificio, habéis abusado nuevamente de mi confianza. Quiso el cielo salvar la vida al robador de mi honra cuando no ha muchas noches intentaron asesinarlo bajo vuestra ventana; en buena hora sea, que juzgado será en la otra vida; yo renuncio a mi justa venganza, lo perdono y hago por vos este nuevo sacrificio...

Don Diego calló.

Después de algunos instantes, el caballero prosiguió:

—Ha llegado el día de que vos hagáis también algún sacrificio, por pequeño que sea.

—Hablad, señor; sea cual fuere, ningún tormento podréis añadir a los que ya he sufrido.

—Doña María, vos no podéis ver a vuestra hija, no podéis tenerla a vuestro lado.

—Pues bien; para evitarlo, devolvédmela, dejad que me la lleve al más remoto de los países, y decid que ambas hemos muerto; el mundo se olvidará bien pronto de nosotras y seremos felices, amándola yo, ella amándome también.

—Ese proyecto es loco.

—¡Locura abrazar a mi hija, vivir a su lado y ser feliz!

—¡Oh... basta, padre y señor! Adivino vuestro proyectos, y su sola idea me estremece. Queréis encerrarla en una celda, hacerla pronunciar unos votos que arrancará de sus labios el miedo del aislamiento, la desesperación quizás... ¡Oh... no, mi hija no será jamás religiosa, al menos mientras yo viva o no lo demande su deseo.

—Señora, os obstináis demasiado en sostener una locura; la hija de vuestra liviandad será monja, porque así lo exige mi honor y lo manda el rey.

Pronunció don Diego estas palabras con tal acento de irrevocable resolución, que no quedó duda a su hija de que serían vanos sus ruegos por más que se esforzase.

Secó el llanto de sus ojos, hizo un esfuerzo para dominar su emoción y dijo:

—Señor, castigadme si he pecado; pero sacrificar a una niña inocente...

—Basta, señora — interrumpió don Diego con severidad; — el rey lo manda y yo lo quiero.

Luego salió don Diego, y su hija, abandonóse a su intenso dolor.

Capítulo XXVII

DONDE EL SEÑOR ANTONIO EMPIEZA A DEMOSTRAR SU HABILIDAD

UNA semana pasó doña María de Mendoza postrada en su lecho, y aunque muy debilitadas sus fuerzas, pudo levantarse al octavo día de su enfermedad.

Por respetos al estado de grave peligro que presentaba la salud de la dama, no había insistido don Diego de Mendoza en aquel tiempo para que se llevase a la inocente Ana a Santo Domingo, y el rey, por iguales consideraciones, esperaba la mejoría de la madre para determinar sobre la hija, pues el doctor Olivares había dicho que la menor sensación acabaría con la vida de la paciente.

Fué el primer cuidado de doña María, apenas se levantó del lecho, poner en ejecución sus planes, y aunque como hemos dicho, en extremo débil, dispúsose a escribir a Blanca.

Eran las tres de la tarde y hallábase la dama en su aposento sentada en un ancho sillón y apoyado el brazo derecho sobre una mesa. A primera vista se conocía en la palidez de su rostro, algo enflaquecido, en la sequedad de sus labios y en la pesadez y lentitud de sus movimientos, que la enfermedad, aunque de corta duración, había sido violenta.

A su lado estaba una de sus dueñas, no la que ya conocemos, sino otra de alguna menos edad y ojos de mirada algo más franca, aunque como todas las de su oficio, de avinagrado gesto y ademanes de falsa modestia y estudiado recato.

—Aldonza — le dijo doña María con débil voz, — dejadme sola que quiero escribir.

—¡Escribir! — replicó admirada la dueña. — ¿Habéis perdido el seso, mi buena señora?

—Me es absolutamente preciso...

—Nada hay más preciso que conservar la salud, primera atención entre todas las atenciones; así, pues, dejáos de hacer locuras, y perdonadme que use esta palabra, porque no encuentro otra con que haceros comprender lo descabellado de vuestro deseo.

—Son cuatro renglones...

—Ni medio — interrumpió Aldonza con tono de ridícula autoridad. — Ni una letra, ni siquiera ver la pluma. El doctor ha recomendado la quietud del cuerpo y la tranquilidad del espíritu, y vuestro padre y mi señor me ha dicho que yo le respondo de vuestra salud. ¡Pues no es nada si el señor don Diego supiese que!...

—Pediré licencia a mi padre — dijo la dama.

—¿Y qué he de decirle?

—Que hace muchos días que recibí una carta de mi buena amiga doña Blanca, y que la causaré graves perjuicios si no le contesto a una pregunta que me hacía, que sólo pondré cuatro renglones, y que este placer, único de que disfruto en mi triste vida, me lo ha permitido siempre y espero que en esta ocasión no me lo negará.

Levantóse Aldonza pausadamente, y con tardo paso salió del aposento.

Quizás tardaría muy cerca de un cuarto de hora, pero al fin asomó a la puerta, y con tono de mal humor dijo la dama:

—Vuestro padre os otorga el permiso que le pedís.

Y se alejó, cerrando tras sí la puerta.

Débil estaba doña María, pero su mano se movió con ligereza para hacer correr la pluma sobre el papel, y escribió la siguiente carta dirigida a Blanca:

"Quieren arrebatarme para siempre a mi hija y hacerla infeliz. Está determinado que pro-

fese. Acabo de salir de una peligrosa enfermedad, y doy a Dios gracias porque me ha conservado la vida para poder proteger a mi hija.

"Apelo a vuestra ayuda, mi querida y única amiga, porque sé que no hay sacrificio que no estéis dispuesta a hacer por mí Ana irá a ese convento, y cuento con vos para darle cuantos avisos sean menester, y para conseguir su fuga, si necesario fuera valerse de este recurso extremo.

"Nada más necesito deciros, porque es excusado a vuestra penetración, ni os encarezco el asunto porque sé cuánto me queréis.

"Tengo contados los momentos para escribiros y estoy muy débil. Pensad que os suplica una madre muy desgraciada.

"Os abraza vuestra amiga.

María de Mendoza".

Cerró y selló la carta doña María, y quedó pensativa por largo rato, hasta que vino a interrumpir sus tristes meditaciones la habladora dueña.

—Lo mejor será — dijo la dama para sí — enviársela sin hacer ningún misterio para que así nadie sospeche.

La carta llegó a Burgos y a manos de la abadesa a los dos días de haberse escrito.

Un temblor convulsivo agitó las descarnadas manos de la anciana superiora al tocar el papel: quizá encerraba una sentencia de muerte para el paje querido de Blanca, o por lo menos podía ser la causa de nuevos pesares y más llanto de la doncella. Además, interceptar aquella carta, era una acción que, a pesar de la orden del rey, no dejaba del todo tranquila la conciencia escrupulosa de la abadesa: pero le habían dicho que todo era en bien de la religión, y esto, borrando, aunque no del todo, sus fundados escrúpulos, le decidió a guardar la carta como había prometido al señor Antonio de Mena.

Había éste visto pasar los días con impaciencia y no sin alguna inquietud, ya porque se dilataba la conclusión del negocio que había de hacerle rico, ya porque sospechaba si la abadesa, débil para causar a Blanca ningún disgusto, habría dejado de cumplir la orden.

Así pensaba el mismo día en que la carta llegó a Burgos, y mientras se encaminaba al convento de las Huelgas.

Cuando hubo llegado, le franquearon el paso, acompañándole hasta la celda de la superiora.

—El cielo os conserve, madre — le dijo Antonio.

—Y a vos también — le contestó la anciana. — Sentáos que hoy tendremos que hablar más despacio que otros días

Sentóse y dijo:

—Me honráis mucho anunciándome que queréis hablar conmigo largamente. Ya os escucho.

—Decidme — repuso la anciana después de meditar algunos instantes, — ¿me juráis que cuanto se intenta con respecto a Blanca es en bien de la religión?

—¿Y lo habéis dudado siquiera un momento? — le contestó el hidalgo. — ¿Ignoráis lo que en ese punto es nuestro monarca?

—No, hermano; pero a veces, llevados de un exagerado celo, nos equivocamos de la mejor buena fe; y tratándose, como en la ocasión presente, de una doncella virtuosa y bien nacida, sería muy grave mi responsabilidad si yo ayudase a aumentar sus padecimientos, llevada, como su majestad de un celo mal entendido.

—Nada temáis, porque os aseguro que salvaremos a doña Blanca. En cuanto a su paje, ya es otra cosa, porque al fin ha causado muchos daños, y sobre todo, es un hereje...

—¡Sí, a ella, salvadla a ella!

—Sin duda guardáis alguna carta...

—Sí; aún no hace dos horas que ha llegado.

—Dádmela — dijo el traidor, cuyos ojos brillaron.

La abadesa sacó de entre el hábito la carta de doña María, y entregándosela al señor Antonio le dijo:

—Llena de confianza la pongo en vuestras manos.

—Madre — repuso el señor Antonio con fingida conmoción, — ya veremos si algo puede hacerse en favor de esa infeliz. Precisamente, esta mañana he recibido una orden del rey. A consecuencia de las noticias que ha tenido de Flandes, me manda terminantemente apoderarme de la doncella en cuanto se le intercepte alguna carta y sin esperar nueva determinación.

La anciana palideció.

—Este caso ha llegado — añadió el señor Antonio.

—¡Desdichada! — exclamó la superiora juntando las manos. — ¡Amparadla en nombre de la caridad cristiana!

—Ese es mi mayor deseo, madre; pero tranquilizáos, que si se decide a seguir mi consejo, quedará libre.

—¡Hablad, señor Antonio!

Este pareció meditar algunos momentos, y después repuso:

—Me voy, madre, y antes de media hora volveré a prender a doña Blanca. En este intermedio puede huir; se salva, y mi responsabilidad queda a cubierto. ¿Puedo hacer más por ella?

—¡Huir!... Imposible... Si al menos diéseis tiempo hasta mañana...

—En cinco minutos puede recoger sus alhajas y lo más preciso, montar a caballo y partir...

—¡Pero sola, sin guía!

—Dentro de pocos minutos habrá a la puerta del convento dos hombres de toda mi confianza y tres caballos. Que no pierda un instante, porque si yo vuelvo y aún está aquí...

El señor Antonio salió, y con precipitados pasos se dirigió a su posada, diciendo por el camino:

—Ya es mía... ya es mía... Y la carta... luego la leeré; diga lo que quiera, lo que me importa más es apoderarme de ella.

Recordarán nuestros lectores que el hidalgo escribió una carta a la princesa, diciéndole que le enviase a Ginés con otro hombre de su con-

fianza. Así lo hizo la viuda; Ginés y uno de los criados a quienes vimos en la posada donde con tanta astucia obró el escudero de Poza, habían ido a Burgos y esperaban las órdenes del señor Antonio, mientras se emborrachaban juraban y dormían a su placer.

—¡Ginés, Felipe! — gritó el hidalgo al entrar en la posada.

Inmediatamente acudieron los dos criados.

Ambos siguieron a su habitación al señor Antonio.

—Tomad — dijo éste — vuestros caballos y el mío; idos a la portería del convento de las Huelgas; esperad que salga una mujer: la ayudaréis a montar y montáis vosotros; la preguntáis adónde quiere ir, y sea cualquiera el punto que designe, como ella no conoce los caminos, tomáis el de Madrid a buen paso. Cuando estéis cerca de la villa, donde procuraréis llegar cerca de la caída de la tarde, se adelantará Felipe a todo correr, aunque reviente el caballo y avisará a la señora princesa, diciéndole que espere a la monja que lleváis. En seguida, sin perder un momento, se llevará una litera al sitio en donde convengáis que debo esperar Ginés y la dama, so pretexto de dejar que llegue la noche, para evitar que la conozcan, y una vez hecho esto, le tapáis la boca para que no pueda gritar y le vendáis los ojos, la metéis en la litera y a Madrid. Por el camino os mostraréis respetuosos y [illegible]éis de manera que no pueda sospechar el lazo que se le tiende. No hay tiempo para más explicaciones.

—Bastan — contestaron los asesinos.

Y sin saludar siquiera al hidalgo, bajaron a la cuadra y ensillaron los caballos con tal prontitud, que seguramente no tardaron tres minutos.

Mientras esto sucedía, otra escena de no menos interés tenía lugar en la celda de la abadesa

Capítulo XXVIII

LO QUE SUCEDIO EN EL CONVENTO MIENTRAS QUE EL HIDALGO IBA A SU POSADA

APENAS salió el señor Antonio del convento, la anciana abadesa mandó llamar a Blanca para decirle que era preciso que huyese sin pérdida de momento.

Blanca miró con sorpresa a la anciana, abrió extremadamente sus grandes ojos negros, y palidecieron sus blancas mejillas.

—Explicáos, madre — contestó. — No temáis que el dolor me abata; he recibido golpes tan crueles, que ninguno puede ya parecerme grande. ¿Me persiguen mis enemigos? Ya lo esperaba; doña Ana de Mendoza no es mujer que deje de cumplir sus amenazas; juró exterminarme y lo que me causa extrañeza es que antes no me haya hecho sentir los efectos de su criminal venganza.

—Valor, hija mía, valor...

En los labios de la doncella vagó una sonrisa en extremo amarga

—Hace algunos días — dijo titubeando la superiora, — hace algunos días... recibí una orden del rey, para que se interceptasen las cartas que viniesen para vos.

—¡Gracias, madre mía! — interrumpió la doncella, besando las manos frías de la anciana. Gracias por vuestro noble proceder; antes que obedecer esa orden, me avisáis para que me vaya, evitando así las consecuencias fatales que pudiera traer... Todo lo comprendo... ¡Gracias, madre, no olvidaré lo que os debo

—Hija mía... no perdáis tiempo, recoged vuestras alhajas, mudad de vestido y montad a caballo...

—¡A caballo!...

—Sí; ya lo tenéis preparado y también dos hombres de confianza para que os acompañen...

—¿Qué decís? — preguntó afanosamente la doncella, separando sus cabellos de oro de su frente.

—Esta mañana — repuso la abadesa medio ahogada por la emoción, — esta mañana ha llegado una carta para vos, y...

—¿Qué habéis hecho de ella? — interrumpió Blanca.

—Mañana la tendrá el rey... quizás esta noche...

—¡Infeliz, os han engañado miserablemente!

Luego se dejó caer sobre un sillón, y prosiguió diciendo:

—¡Lo habéis perdido, lo habéis asesinado! ¡Quizás me anunciaba su vuelta, quizás mañana se encuentre en un calabozo de la Inquisición! ¡Oh!... ¡Mi única afección, mi última esperanza!... ¡Lo habéis perdido para siempre!

Como en todas las situaciones apuradas, Blanca se mostró ardiente, enérgica en aquel momento.

—No es eso todo — dijo precipitadamente y como si las palabras le abrasasen los labios.

—Nada peor puede sucederme.

—Antes de media hora vendrán a prenderos...

—¿A prenderme? — interrumpió Blanca.

—Por eso es preciso que huyáis inmediatamente.

Iba la doncella a contestar, cuando la puerta se abrió apareciendo una monja.

—¿Qué queréis, hermana? — le preguntó la abadesa no sin alguna acritud.

—Acaban de traer para esta hermana — dijo la monja señalando a la doncella — una carta.

Y la mostró, esperando a recibir permiso para adelantarse.

Con la prontitud de su excitación nerviosa, arrojóse Blanca sobre el papel, y sin que la religiosa tuviese tiempo de estorbarlo, se lo arrebató ligeramente.

—¿Qué hacéis? — le dijo la abadesa.

—Esta carta es para mí, sólo para mí — contestó la doncella con acento de imponente orgullo.

Y luego, dirigiéndose a la monja, le dijo:

—Idos.

Obedeció la religiosa sin atreverse a replicar, y volvieron a quedar solas la abadesa y Blanca.

La doncella abrió precipitadamente la carta,

y al reconocer la letra de su antiguo paje, leyó con toda rapidez, y un grito, de contento, se escapó de sus labios .

—¡Se ha salvado! — exclamó.

Y su mirada, radiante con el vivo fuego de sus expresivos ojos, fijóse en la abadesa.

—¡Ya os he dicho que aún valía yo más que ellos! . . .

Tan aturdida estaba la anciana, que no acertó ni aun a pedir explicaciones de aquel repentino cambio.

—¿Decís — repuso Blanca — que puedo disponer al momento de un caballo y dos hombres que me acompañen?

—Sí — contestó maquinalmente la abadesa.

—El portador de esta carta aguardará la respuesta como siempre hace — dijo la dama.

Y luego, sin pedir permiso a la superiora, tomó papel y escribió allí mismo la carta que vimos recibir a Luis después de la aventura del bosque.

En seguida salió de la celda para entregarla ella misma al mensajero, y diez minutos después volvió con vestido de terciopelo negro y cubierta con un largo manto de seda.

Dejémosla despedirse de la abadesa y volvamos al señor Antonio.

El hidalgo salió de la posada y se encaminó hacia el convento; pero no bien hubo llegado cerca del edificio, cuando Ginés y Felipe llegaron también a la portería, de donde salió en aquel momento un hombre con traje de camino y cubierto de polvo. Era el portador de la carta del paje, que ya llevaba la contestación.

El señor Antonio se ocultó a poca distancia del convento, y después de aguardar algunos minutos y pensar que aún tardaría la doncella en salir, creyó conveniente aprovechar aquel rato para leer la carta; pero apenas la hubo sacado del bolsillo y roto el sello, cuando Blanca apareció bien cubierta por el manto.

Como era una cosa interesante el observar si la doncella mostraba repugnancia en entregarse a merced de los desconocidos que le daban por guía y amparo, suspendió el señor Antonio la lectura y fijó su atención toda en la dama.

Esta, creída que Ginés y Felipe habían sido buscados por la abadesa como personas de confianza, ni les preguntó una palabra y sin apenas contestar a sus respetuosos y humildes saludos, cabalgó con ligereza y les dijo:

—A Madrid.

Partieron los tres a escape entre un remolino de polvo y cuando ya se hubieron perdido de vista, el hidalgo desdobló la carta y la leyó.

Grande fué su sorpresa al encontrarse con que no era de Luis y aunque esto le causó mucho pesar, no dejó de alegrarle el haber sorprendido el importante escreto de la infeliz doña María y al hacerse dueño de la suerte de la hija de don Juan. Esto era un nuevo negocio que podía explotar muy bien, pero no por eso se hacía menos preciso apoderarse de una carta del paje.

Dos horas después el avariento hidalgo salía también de Burgos y tomaba el camino de la corte.

Capítulo XXIX

DONDE SE DA CUENTA DEL EXITO QUE TUVO LA TRAICION DEL HIDALGO

BLANCA aspiró ávidamente el aire libre y fresco del campo; extendió por todas partes su afanosa mirada y encontró llenos de encantos todos los objetos.

Seis años de encierro, aunque impuesto voluntariamente, eran bastante para encontrar el mayor de los goces en la libertad.

Nada digno de mención ocurrió en el camino.

Una legua faltaría a los viajeros para llegar a la coronada villa

Tenían a la derecha un extenso campo sembrado de trigo y a la izquierda un olivar.

Ginés y Felipe miraron a su alrededor, no vieron ni mesón, ni casa, ni choza y observaron con placer que el sitio era solitario.

Entonces reflexionó el primero algunos instantes y luego, aproximándose a Blanca, le dijo respetuosamente:

—Perdonadme, señora, pero según las indicaciones que en Burgos me hicieron, no es prudente que os conozcan.

—Quisiera evitarlo — contestó Blanca.

—Este camino — agregó Ginés — es muy concurrido por los señores de la corte, porque conduce a muchas casas de campo que hay hacia la parte de la izquierda y pararnos aquí sería exponernos: por consiguiente, me parece lo mejor que os sentéis a la sombra de ese olivar, que no está lejos, o si no estáis cansada, déis un paseo por su interior, mientras se hace más tarde.

Blanca meditó algunos momentos y no encontrando inconveniente en lo que Ginés le proponía, aceptólo de buena gana.

Todos, tres, volvieron riendas, apeáronse a la entrada del olivar y encargando Ginés a Felipe que cuidase de los caballos, siguió a la doncella, que se internó en la espesura con el mayor descuido.

Apenas se hubieron alejado un poco, Felipe ató a un árbol los corceles de su compañero y de Blanca y montando en el suyo, tomó nuevamente el camino y partió como un rayo hacia Madrid.

Un cuarto de hora bastó al asesino para llegar a la población y poco después se encontraba a la puerta de doña Ana de Mendoza. Una vez en presencia de ésta, le preguntó:

—¿Qué sucede?

—A una legua de Madrid está la monja. Necesitamos al momento una litera con las mejores mulas que haya en las caballerizas.

—¡En mi poder! — exclamó doña Ana. — Explícamelo todo, Felipe.

—Nada sé sino que el señor Antonio nos mandó ir a la puerta del convento con tres caballos y traer a una mujer que saldría y se

dejaría conducir por nosotros. Así lo hicimos; pero nos falta para cumplir del todo la orden, tapar a la dama la boca y vendarle los ojos, meterla en una litera, y...

—Al momento — interrumpió doña Ana. — Da de mi parte las órdenes que sean menester y no pierdas un instante...

No había transcurrido un cuarto de hora cuando, siguiendo al asesino, que había cambiado de caballo, iba calle de la Almudena abajo una litera llevada por dos poderosas mulas tordillas.

Salieron de Madrid y en cosa de veinticinco minutos llegaron junto al olivar.

—Esperad aquí — dijo Felipe a los literos.

Y apeándose, internóse en la espesura.

Pocos pasos anduvo cuando encontró a Blanca sentada al pie de un olivo y a Ginés cerca de ella, sentado también.

—¿Es buena hora? — preguntó éste a Felipe.

—La mejor que puede encontrarse y aunque estoy medio reventado, creo que ya no debemos perder más tiempo.

Blanca no dió importancia alguna a estas palabras y levantándose para marchar, dijo:

—Sí, me parece que no vendo muy de prisa, ya se habrá puesto el sol cuando entremos en Madrid.

—Señora — le replicó Ginés acercándosele por la derecha mientras que Felipe lo hacía por la izquierda, — tengo que haceros una observación.

—¿Creéis que aún debemos esperar más? — preguntó sencillamente Blanca.

El asesino se sonrió y luego repuso:

—No es eso, sino otra cosa que debe importaros algo más...

—No os comprendo — contestó la doncella.

—Cuando una cosa ha de hacerse — dijo Ginés, — y no se puede pasar por otro punto, es una tontería el tomarse la molestia de resistir, porque se pierde el tiempo, se gastan las fuerzas y se calienta la sangre.

—¿Qué intentáis? — dijo Blanca al fin.

—Nada más que cumplir las órdenes que tenemos — replicó Ginés.

Esta contestación fué como un rayo de luz que hizo ver a la doncella todo lo crítico de su posición, comprendiendo que había caído en un lazo del que difícilmente podría escapar. Como siempre, sintióse animada por aquel primer impulso de valor tan natural en ella, y levantando con orgullo su pálida frente, exclamó:

—¡Paso, miserables!

—Esas palabras — le contestó con calma Ginés, — no nos asustan, porque estamos acostumbrados a oírlas con frecuencia; si fuéseis un hombre y tuviéseis en la mano una buena tizona, entonces la cuestión variaría y nosotros tomaríamos más seriamente el asunto. Decid, pues, cuanto os plazca; pero entre tanto, no llevéis a mal que os tapemos la boca y los ojos, os sujetemos las manos y con todo respeto os hagamos entrar en una cómoda litera que hay para vos.

Y esto diciendo, lanzáronse los asesinos sobre la desdichada Blanca; los asesinos la sujetaron y las voces se perdieron sin que nadie respondiese a ellas sino las carcajadas de Ginés y de Felipe.

Levantóla sin gran esfuerzo Ginés en sus robustos brazos y saliendo del olivar, la metió en la litera, donde quedó la desdichada sin sentido.

Tomaron las mulas el trote y los asesinos marcharon detrás con todas las apariencias de dos escuderos respetuosos que van atentos para obedecer a la primera señal de su señor.

Capítulo XXX

ORGULLO CONTRA ORGULLO

EL movimiento de la litera y el aire fresco de la tarde que empezaba a declinar; fueron devolviendo poco a poco a Blanca, si no la calma del espíritu, las fuerzas del cuerpo.

Su situación era triste y apurada; pero más que desesperarse y perder el tiempo en inútiles quejas, convenía pensar en los medios de resistir y atacar a los enemigos. Tal pensó la doncella, cuya grandeza de corazón no dába lugar al abatimiento, sino instantáneamente y a poco que meditó, convencióse de que el lazo en que había caído no podía haber sido preparado sino por doña Ana.

Así se pasó cerca de una hora, al cabo de la cual la litera se detuvo junto a una puerta excusada de la casa de la princesa.

Comprendió Blanca que sería inútil oponer resistencia porque estarían tomadas todas las medidas para el caso y por esta razón, cuando fueron a sacarla de la litera, ella misma bajó. Luego se dejó conducir por un estrecho pasillo, atravesaron un patio, subieron una estrecha escalera y dejando atrás un aposento desamueblado y un largo corredor, la hicieron entrar en una habitación cuadrada y espaciosa.

Allí había una cama, una mesa y dos sillones, sin que se viese otra puerta que la de entrada, ni más ventanas que una, con reja de hierro, que daba a un patio.

Inés, que había servido de guía, dejó sobre la mesa una lámpara mientras que los asesinos quitaban a la doncella las ligaduras que le sujetaban los brazos y le destapaban la boca y los ojos.

Cuando Blanca se vió libre para moverse y mirar, examinó el aposento y sin dignarse fijar la atención en las personas que la rodeaban, dejóse caer en uno de los sillones.

Salieron los tres sirvientes sin pronunciar una palabra y cerraron la puerta con llave...

La doncella estaba pálida en extremo, de vez en cuando se agitaban sus miembros a impulsos de un temblor convulsivo y su mirada era sombría.

Permaneció algunos instantes tan inmóvil, que sólo su agitada respiración daba señales de vida.

—Esta debe ser su casa — murmuró al fin.

— Estoy en su poder... ¡Ah, Luis, hermano mío, de cuán poco valdrían esa puerta cerrada ni estas paredes si estuvieses en Madrid!

Al decir esto se abrió la puerta y dijo con sarcasmo la persona que entró:

—Si al menos tuviese su capa.

Blanca no pudo reprimir un grito de indignación y espanto al ver a doña Ana, que era la persona que acababa de entrar.

Los ojos de la princesa brillaron con el fuego de la feroz alegría de su triunfo, y más que nunca levantaba con orgullo su altiva frente.

—Ya estoy en vuestro poder — dijo Blanca. — Habéis pensado, al entrar aquí, que iba a humillarme ante vos y a pediros mi libertad?... Si tal es vuestro intento, podéis desistir de él para no veros desairada.

—Yo abatiré ese necio orgullo que intenta igualarse a mí — replicó doña Ana.

Una carcajada nerviosa fué la contestación de la doncella.

—¿Sabéis la suerte que os aguarda? — añadió la princesa.

—Sí, la muerte; pero... ¡cuán mezquina es vuestra alma! ¿Pensáis que la muerte me causa espanto?... ¡Me inspiráis compasión!

—No os acobarda la muerte... — dijo ésta.

—Ya sabéis — interrumpió Blanca — que la he buscado hasta con afán, y comprenderéis que la persona que vive como yo he vivido hace seis años, debe mirar el sepulcro como un reposo donde terminan sus dolores.

—Entonces, todo os será indiferente

—Menos la idea de veros algún día arrastrándoos a mis pies como quien sois, como una miserable...

—¿Queréis añadir nuevos ultrajes a los que me tenéis hechos?

—Quiero que os lleguéis a convencer de que no podéis por ningún medio verme humillada ante vos.

—Vuestra vida — repuso doña Ana — está en mi poder y ya conocéis que sólo puedo perdonárosla a trueque de algo que me importe mucho. Si para mañana no me habéis dicho dónde puede encontrarse a vuestro antiguo paje.

—¡Silencio! — interrumpió Blanca. — ¡Silencio, miserable!

—¡Oh! — exclamó doña Ana, cuyas pupilas chispearon como dos carbones encendidos. — ¡Tened la lengua!

—Todo os lo había perdonado, porque soy generosa; pero esta ofensa no la olvidaré.

—Ya sabéis vuestra sentencia. ¡Yo misma os arrancaré el corazón!

Y salió precipitadamente.

Consolábase algún tanto la ilustre viuda al pensar que el señor Antonio habría logrado hacerse dueño de alguna carta del paje, y que por este medio podría, siquiera a medias, alcanzar su victoria.

—Aunque en tal caso — murmuraba la princesa, — en tal caso, esa insensata niña se arrastrará a mis pies para pedirme la vida de su antiguo paje, y hará por libertarle a él, lo que jamás hubiera hecho ni aun por ella misma.

Iba a seguir doña Ana sus consoladoras reflexiones, cuando le anunciaron la llegada del señor Antonio de Mena.

—Que pase al momento — dijo doña Ana a su doncella favorita.

Esta salió para obedecer; pero iba algo triste; contra su costumbre.

¿Qué le había sucedido?

Sin duda empezaba a convencerse de que no eran meras intrigas de corte, sino crímenes lo que entre manos traía su señora y su amante, y aunque Inés era traviesa y con las travesuras pensaba hacer su fortuna, no por eso quería ser instrumento de iniquidades que no estaban en armonía con su buena índole.

Como era en extremo curiosa, porque la curiosidad es achaque de las que tienen por oficio la doncellez, Inés, sin poder resistir a las tentaciones de su curiosidad, había escuchado la conversación que su señora acababa de tener con Blanca, como en otras ocasiones las tenidas con Antonio Pérez, y reuniendo datos dedujo que eran negocios muy serios los que se agitaban, y que antes de mezclarse en ellos debía meditarse sobre lo que más convenía.

Capítulo XXXI

DE COMO EL SEÑOR ANTONIO PROCURO AUMENTAR EL PRECIO EN QUE TASO LA CARTA DE DOÑA MARIA

El hidalgo entró haciendo profundas reverencias.

En sus labios vagaba su sempiterna sonrisa, medio estúpida, medio maliciosa, y sus ojuelos verdes brillaban con alegría.

—Me tenéis llena de impaciencia — le dijo doña Ana. — Bien pudísteis haberos adelantado, y de este modo hubiéseis podido darme explicaciones.

—Así lo hubiera hecho, señora — le contestó el señor Antonio; — pero era imposible. Ya sé que mi plan tuvo un éxito feliz.

—Supongo — interrumpió la princesa — que traeréis alguna carta del paje.

—Ninguna del paje; pero os traigo una de doña María de Mendoza. — Ya sabéis o debéis saber que don Juan de Austria tuvo una hija con doña María de Mendoza, y que esa hija está destinada al claustro.

—A pesar de que se oponen sus padres.

—Pues bien, como la oposición de nada ha servido, la madre ha ideado un medio, el mejor del mundo, para evitar que su hija profese.

—Proseguid, proseguid, que me interesa mucho ese negocio — dijo la princesa poniendo toda su atención en las palabras del hidalgo.

—El medio es pedir que en lugar de otro convento sea el de las Huelgas el destinado a la hija de don Juan — prosiguió el señor Antonio.

—¿Y luego?

—Como doña María y doña Blanca son amigas desde la niñez, puestas de acuerdo...

—Lo comprendo todo; pero, decidme ¿tenéis esa carta?

—La carta... señora — dijo titubeando el hidalgüelo, — la carta...

—Tenéis un alma muy mezquina — interrumpió doña Ana. — ¿Pensáis que la quiero de balde?

—Es que he tenido que hacer un sacrificio...

—¿De cuánto?

—No os podré decir de pronto, porque...

—¡Acabad! — gritó más bien que dijo la princesa.

—Bien puede calcularse en sesenta ducados...

—Contad con setenta, con ciento; pero dadme la carta.

Los ojuelos del señor Antonio brillaron como dos centellas, y sus manos, agitadas por el contento de su codicia, sacaron la carta del bolsillo.

—Gracias, señora — dijo al entregar el papel a doña Ana. — Vuestra generosidad.

La viuda tomó la carta, y, desdoblándola, leyóla con rapidez.

Un grito de alegría se escapó de su boca, y por algunos momentos la emoción no la dejó hablar.

El hidalgo, entre tanto, se arrepentía de no haber puesto un precio más subido a la carta, porque vió que la princesa hubiese dado cuanto se la hubiese pedido. Sin embargo, cien ducados era una suma respetable.

—¡Ah! — dijo doña Ana. — Si hubiéseis traído también una carta del paje, mi triunfo sería completo.

—¿No tenéis en vuestro poder a doña Blanca? Ella os dirá dónde se encuentra el diablo.

—Os equivocáis.

—¿Queréis tomar mi consejo?

—Sí, con tal que me dé ese resultado.

—Pues bien; vos, dentro de algunos días, podéis arrepentiros de lo que habéis hecho sufrir injustamente a esa infeliz mujer; vuestra conciencia puede haber despertado, y, después de pedirle perdón de rodillas, le dáis libertad y empezáis a hacer por ella cuanto puede hacer, no una amiga, sino una madre.

—No prosigáis — interrumpió doña Ana haciendo un gesto que demostraba la imposibilidad de hacer semejante papel. — Os comprendo perfectamente, y no niego que así conseguiría mi deseo; pero humillarme, pedirla perdón... ¡Oh! No prosigáis.

—¿Qué os importa humillaros, si vuestra humillación os serviría luego para escarnecer su credulidad, para humillarla a ella?

—Ni un momento; ni un solo momento rogarle; antes perderlo todo, hasta la vida.

—Veo — repuso el hidalgo — que seguís un mal camino.

Iba a replicar la dama, cuando Inés entró, y diciéndole algunas palabras al oído, volvió a salir sonriendo.

La princesa se levantó.

—Mi mayordomo — dijo — os entregará cien ducados.

Luego salió, y atravesando otros dos aposentos, entró en uno amueblado ricamente y alumbrado por dos grandes lámparas de plata.

Allí, sentado en un cómodo sillón con forro de terciopelo encarnado, estaba Felipe II.

Un segundo bastó a la dama para componer su semblante, haciéndole aparecer tranquilo.

El monarca sonrió, aunque muy levemente, al ver a doña Ana, y le besó, entre cariñosa y ceremoniosamente, una de las manos.

—Grata sorpresa — dijo la dama. — Y para que veáis hasta qué punto somos caprichosas las mujeres, más me complace esta visita a una hora en que no os esperaba que si hubiéseis venido a la de costumbre.

—¿De manera — dijo el monarca — que he conseguido mi intento de procuraros una alegría?

—Completa, señor, y en este instante soy feliz — repuso la princesa a la vez que fijaba en el rey una de sus miradas irresistibles.

—Sentáos, doña Ana, y hablemos.

—Sin duda váis a reconvenirme porque he tenido la desgracia de ser torpe en elegir para el asunto del paje al hidalgo raquítico.

—Iba a preguntaros no más... Pero sentáos.

—No lo haréis si estáis enojado.

—Es imposible enojarse con vos.

Sentóse la princesa, y el monarca siguió diciendo:

—¿Habéis tenido alguna noticia?

—Dejad — respondió la dama haciendo un movimiento de coquetería, — dejad que me vengue de vos no contestándoos hasta que me hayáis contestado a otra pregunta que os quiero hacer.

—Permiso tenéis para tomar la venganza — dijo Felipe II aproximándose a la princesa.

—Pues bien; deseo que me digáis la verdad del estado en que se encuentra el negocio tocante a la hija de vuestro hermano y de doña María de Mendoza.

—¿Os importa mucho?

—Muchísimo.

—Extraño es que no lo sepáis, cuando es asunto del que se ocupa toda la corte.

—Sé que se había determinado llevarla a un convento.

—Pues eso es todo.

—¿Pero cuándo y dónde?

—Pensé que la instruyeran en Santo Domingo y que luego pasase a las Benedictinas de Burgos; pero ella ha pedido encarecidamente el ir, desde luego, a las Huelgas, y como esto nada importa, lo tiene concedido, y dentro de tres o cuatro días saldrá de Madrid.

—¿Conque, según pensáis, nada importa que vaya al uno o al otro convento?

—Nada, a mi parecer — dijo el monarca, mirando con extrañeza a la viuda.

—Voy a daros una carta de recomendación para que la entreguéis a doña María, cuya carta decidirá indudablemente de la suerte de esa niña.

—¡Una carta!

—Sí, señor... Aquí la tenéis... Tomad y leedla.

Felipe II tomó el papel, desdoblólo con indiferencia y leyó; pero apenas se hubo enterado del principio y visto la firma, palideció su frente.

—¿Qué significa esto? — dijo a la vez que se anublaba su adusto semblante.

—Ya lo véis — contestó con calma la princesa.

—¡Es una ironía indigna!

—Que ha descubierto la torpeza del raquítico hidalgo — repuso la dama, sonriendo con aire de triunfo.

—¡Oh, sentirán el peso de mi enojo! — exclamó el rey estrujando entre sus manos el papel.

—Ya véis, señor, que los más torpes saben cuidar de lo que os importa.

—Perdonad, doña Ana — interrumpió Felipe II con tono algo más dulce. — Estáis vengada, y de manera que aun tengo que agradeceros mucho.

—He cumplido con mi deber.

—Yo cumpliré con el mío antes de que venga el día de mañana.

—Ya sabéis, señor, que no me agrada que seáis en extremo severo.

—¿He de permitir que se lleve la intriga hasta el claustro y que a esa inocente niña se la enseñe tan pronto a mentir?

—Evitadlo, sí; pero nada más, y es suficiente castigo.

—Así será, ya que en ello os empeñáis, pero...

—Sólo con ese objeto os he dado la carta.

—Pero, decidme, ¿y qué es de doña Blanca?

—¿Tenéis confianza en mí?

—¿Eso me preguntáis?

—Pues bien, dejadme obrar en este asunto, pero a condición de que no habéis de hacer caso de nada de lo que os digan.

—Mirad que es asunto de Estado.

—Lo sé.

—Esperaré en cuanto a doña Blanca y con respecto a doña María, esta misma noche.

—Pero entre tanto — replicó la princesa, — olvidad cuanto os cause enojo y dedicadme algunos momentos de vuestra atención.

—Los que pase a vuestro lado — repuso con ternura Felipe, — son los únicos que tengo de sosiego y felicidad. En este instante no soy rey, soy un hombre dichoso que no tiene cuidados, que se olvida del mundo y sólo ve vuestros encantos, sólo piensa en vuestro amor.

Capítulo XXXII

UN ANTIGUO CONOCIDO

MIENTRAS tenía lugar la escena que acabamos de referir, el señor Antonio dirigió algunas frases de ternura a la traviesa Inés y salió de la casa diciendo para sí:

—Ha llegado el momento de empezar a cumplir el otro deber, el otro compromiso, que no puedo ni quiero eludir. No me producirá tanto dinero, porque un fraile no es tan generoso como una dama ilustre y rica: pero en cambio encontraré otras ventajas de muchísimo interés.

Si el lector tiene buena memoria, debe recordar que el señor Antonio Mena representó muy hábilmente un doble papel en la primera parte de esta historia, pues al mismo tiempo que servía a doña Ana, estaba de acuerdo con el cardenal Espinosa y obedecía ante todo las órdenes de éste.

No le daba dinero el cardenal; pero en cambio se hacía el olvidadizo en cuanto a ciertos pecados que había cometido el señor Antonio y por los cuales tenía derecho, no a la protección del cardenal, sino a que le dieran aposento gratis en los calabozos de la Inquisición y le hiciesen pasar algún rato en el tormento, acabando su vida en un auto de fe, o viéndose obligado a llevar siempre un sambenito.

No faltaba persona que hubiese heredado esos secretos y aun otros, del cardenal Espinosa y de ellos hacía uso, si bien mostrándose algo más generoso en cuanto al bolsillo.

Pronto vamos a ver la persona a quien acabamos de aludir y que es uno de nuestros antiguos conocidos.

Dirigiendo a todos miradas recelosas, llegó el señor Antonio a la plaza del Arrabal, entró en la calle de Atocha y al fin, se detuvo frente al convento de Santo Tomás.

El hidalgo se acercó a la portería y llamó.

Pocos momentos después se abrió el ventanillo y preguntó una voz soñolienta:

—¿Quién es?

—Tengo necesidad de ver ahora mismo al padre Bernardo — respondió el señor Antonio.

Una vez en su presencia, el padre Bernardo le dijo:

—Sentáos y hablad, que de mucha importancia deben ser las noticias que me traéis cuando a estas horas venís.

—He llegado a Madrid al oscurecer.

—¿Habéis venido solo? — preguntó fray Bernardo.

—Solo he venido, porque antes llegó la otra persona.

—Eso significa...

—Que he conseguido cuanto deseaba.

—Explicáos — repuso el dominico.

—Llegué a Burgos y me entendí muy bien con la respetable abadesa, que es una santa y se horrorizó al saber que se trataba de un hereje.

—Muy bien.

—Me prometió guardar la primera carta que llegase; pero pasaban los días, las cartas no llegaban, impacientábase la ilustre princesa y decidí dar el golpe.

—La vehemencia de las mujeres echa a perder todos los negocios.

—Algo se ha ganado, reverendo padre.

—No todo lo que era posible.

—Otra vez fuí al convento, me encontré que acababa de llegar una carta; pero no era del paje, sino de doña María de Mendoza.

—¿Y qué tiene que ver en este asunto la hija de don Diego?

—Supongo que conocéis los criminales amores de doña María...

—Sí, ya sé que tuvo una hija de don Juan de Austria.

—Pues bien, la carta que vais a leer os dirá lo demás, así como a mí me hizo comprender que la situación era difícil que había necesidad de adoptar muy pronto una resolución.

—Dadme la carta.

—Tomad —dijo el hidalgo, sacando un papel, — no precisamente la carta original, porque ya la tiene la principal, sino una copia exacta, que para el caso es lo mismo.

—Sí, es igual.

El fraile tomó el papel, lo leyó, lo devolvió al señor Antonio y le dijo:

—¿Cuánto os ha valido la carta?

—Cien escudos, que mañana me entregará el mayordomo de la princesa.

—Es buena cantidad.

—Fingí que me interesaba mucho la suerte de doña Blanca y hablé de la necesidad de prenderla, lo cual horrorizó a la superiora. Entonces le ofrecí protección aun faltando a mi deber y puse a su disposición dos hombres y tres caballos para que los ofreciese a doña Blanca y ésta pudiese huir sin perder un instante.

—Adivino lo demás.

—En poder de doña Ana de Mendoza está la noble doncella.

—Reconozco que habéis manejado esta intriga muy hábilmente.

—He servido bien a la ilustre dama; pero...

—A mí no me habéis olvidado, ya lo veo.

—Ahora espero vuestras órdenes.

—Supongo que el antiguo paje llegará muy pronto a Madrid.

—Así lo creo yo también.

—Estaremos a la mira.

—De todo lo sucedido se deduce que la más íntima amistad une a doña Blanca con doña María.

—Y que la primera buscará amparo en la segunda.

—Como no conozco con seguridad vuestros planes.

—Ningún plan tengo, ni me mueve ningún interés en favor de los unos ni de los otros; pero por razones que no son del caso y para cumplir sagrados deberes, tengo necesidad de estar al corriente de todo.

—No soy curioso y...

—Os daré un consejo.

—Lo escucharé respetuosamente y lo pondré en práctica sin vacilar, porque tengo ciega fe en vuestro talento.

—Me parece bien que procuréis rehacer vuestra fortuna; pero tened mucho cuidado, sed muy prudente y no deis rienda suelta a los impulsos de vuestra codicia. Si triunfáis, si para todo encontráis llano el camino, es porque todavía no está en Madrid el antiguo paje; pero cuando tengáis que luchar con él, la situación cambiará y veréis cómo la fortuna os vuelve la espalda.

—Me hacéis temblar.

—Mucho cuidado, hijo, mucho cuidado, porque es posible que terminéis vuestra gloriosa carrera en la punta de la espada del capitán Pero León.

—No olvidaré vuestra advertencia.

—Dejadme ya.

El señor Antonio besó respetuosa y humildemente la diestra de fray Bernardo y salió diciendo para sí:

—Tiene razón y me horroriza la sola idea de luchar con el maldito paje, a quien muy pronto tendremos en Madrid; pero en cuanto a mi codicia, no veo el peligro, pues lo mismo ha de sucederme tomando poco que mucho dinero de doña Ana de Mendoza.

Salió del convento, se alejó rápidamente y desapareció entre las tinieblas.

Capítulo XXXIII

DE COMO EL MARQUÉS DE POZA SE DESESPERO COMO UN LOCO Y LLORO COMO UN NIÑO

QUINCE días habían transcurrido, y la hija de don Juan fué llevada al convento de Santo Domigo, a despecho de las súplicas de su madre. Ignoraba ésta cómo su carta había ido a manos del rey, y para saber si se la habían robado a Blanca, escribióle secretamente; pero la contestación que tuvo fué que la doncella no estaba ya en el convento.

Mientras llega la ocasión de que volvamos a ver a la bellísima Ana, iremos a las Huelgas en busca de nuestros antiguos conocidos.

Eran las once de la mañana y por el mismo camino donde vimos alejarse a don Juan de Austria y al marqués mientras que Blanca los contemplaba, asomaron dos hombres a caballo, el uno detrás del otro. Los corceles iban cubiertos de espuma y galopaban con pesadez y a fuerza de ser espoleados por los jinetes, que en su aspecto demostraban no menos cansancio.

Apenas, después de rodear un montecillo, divisaron el convento y poco después llegaron ambos a la puerta del edificio.

Detuviéronse allí y se apearon, teniendo el uno de ellos el estribo al otro y cayendo el caballo de éste apenas el que lo montaba puso el pie en tierra.

—Espérame aquí — dijo el que parecía ser el amo.

—Van tres — murmuró el otro a la vez que miraba al pobre caballo reventado.

Los jinetes eran el marqués de Poza y su escudero, Juan.

El primero entró en la portería y acercándose al torno, llamó.

Pronto fué contestado por la gangosa voz de la tornera, que le preguntó lo que se le ofrecía.

—Deseo hablar a la abadesa.

Guiado por la monja, llegó bien pronto a la celda de la abadesa.

—Caballero — le dijo al verlo entrar, — no sé quién sois, ni el asunto que os trae...

—Muy importante — interrumpió el marqués.

—Sentáos y reposad — le dijo la anciana:

— parece que estáis muy fatigado.

—Gracias, madre — contestó el de Poza, a la vez que se dejaba caer en un sillón.

—Ahora decidme

—¿No está en el convento, doña Blanca?

—Hace quince días que doña Blanca no se encuentra aquí.

—¿Pero sabréis a dónde ha ido?

—Lo ignoro.

—Es imposible — dijo el marqués con tono de incredulidad.

—¿Pensáis que os engaño?

—Comprendo vuestra reserva, madre, pero cuando sepáis quién soy.

—¡Estáis muy agitado, palidecéis!

—¡Si supiésels lo que sufro en estos momentos!

—Explicáos, si tanta confianza os inspiro — dijo la anciana.

—¿Sabéis por qué doña Blanca vino aquí?

—Todo lo sé, caballero; nada me ocultó y hemos llorado juntas muchas veces.

—¡Habéis llorado! ¡Infeliz! — exclamó el marqués con acento del más profundo dolor. — Decid: ¿lloraba porque se veía tan injustamente perseguida y por los peligros que en Flandes corría su antiguo paje?

—Secretos son esos que no puedo revelaros; sólo os diré lo que, según veo ya sabéis, que era muy desgraciada, que lloraba mucho y que aún llorará más lo que le resta de vida, porque sus pesares son de aquellos que no puede consolar la ternura de un amigo. ¿Pero quién sois?

—¡Gracias, madre mía! — exclamó el marqués con el entusiasmo de su loca alegría y a la vez que besaba las manos frías de la abadesa. — ¡Ah! ¡no pueden remediarse sus desgracias, porque es su mayor pesar el de la muerte del hombre a quien amaba tanto! ¡Me habéis hecho feliz, madre! ¡El cielo os bendiga!

La anciana miró al de Poza como queriendo adivinar si estaba éste en su juicio y luego murmuró:

—¡Feliz porque no puede remediarse la desgracia de esa mujer que tanto parece interesaros!

—¡Sí, feliz, completamente feliz, porque no ama a otro hombre! — repuso con exaltación el mancebo.

—¿Pero quién sois?

—No os cause sorpresa la revelación que voy a haceros; creed lo que voy a deciros, aunque os parezca un imposible, que yo os juro, por la salvación de mi alma, que de mi boca no saldrán sino palabras de verdad.

La abadesa miró al marqués, cada vez más confusa y no pudo articular una palabra.

—Yo soy, madre — prosiguió el caballero, — el marqués de Poza.

—¡Caballero! — interrumpió la anciana con imponente severidad. — ¿Cómo os atrevéis a jurar falsamente?

—¡Oh! — exclamó el marqués dejándose caer de rodillas. — Creedme, os lo juraré cien veces por Dios, y por el amor de Blanca! ¡Oh! ¡Creedme, madre, creedme!

Dos lágrimas brotaron de los azules ojos del marqués, y era tan conmovedor su acento, tan tiernas sus súplicas, que la abadesa empezó a dudar, por más que le pareciese imposible que un hombre resucitase después de seis años de haber muerto.

—¡Mirad! — prosiguió con arrebato el marqués.

Y arrancando de un tirón los botones de su coleto de terciopelo verde, y desgarrando su fina camisa, dejó ver en su pecho una cicatriz.

—¡Mirad la herida que el puñal de un asesino abrió en mi pecho!... Creyóme muerto el mundo, pero me salvó la vida un hombre que me recogió, y ocultándome hicieron enterrar con mi nombre el cadáver de mi fiel escudero, cuyo rostro desfiguraron con algunas heridas. Después he estado loco, y como todo el mundo ignoraba mis amores, nadie pudo decir a Blanca que yo vivía. Dos meses hace que volví a mi juicio; busqué a Blanca y nadie supo decirme qué había sido de ella. Fuí a Flandes en busca del paje, y ahora vuelvo. Yo os referiré todos los pormenores de esta tristísima historia si así habéis de convenceros.

—¡Imposible, imposible! — murmuró la abadesa.

—¡Que me estais matando! — exclamó el de Poza. — No me ocultéis el paradero de Blanca, para que yo corra en su busca a llevarle la felicidad con mi amor.

—Os he dicho que lo ignoro, y así es la verdad.

—¿Me lo juráis? — dijo el marqués, cuya frente se contrajo.

—Sí — contestó la anciana.

El de Poza dejó escapar un grito de dolor y desesperación, y se puso en pie. La abadesa no podía mentir si afirmaba con un juramento sus palabras. Una mirada terrible se escapó de sus ojos.

—¡Oh!... ¿Por qué me salvaron la vida? ¿Por qué recobré la razón para sufrir tan horribles tormentos? ¿Dónde está la desgracia que me persigue, dónde está, para que yo luche con ella frente a frente? ¡Oh! Yo quiero enemigos armados de un puñal y vencer o morir de una vez! ¡Doña Ana de Mendoza, no bastará tu sangre para saciar la abrasadora sed de mi venganza! ¡Yo te arrancaré el corazón con mis propias manos, me gozaré en tu agonía y la prolongaré para atormentarte más! ¡Y te tuve tan cerca y te dejé! ¡Soy un miserable!

Era tal la agitación del marqués, tan furiosas sus miradas, y estaba su semblante tan descompuesto, que la anciana se sintió sobrecogida de un espanto horrible, y pensó llamar en su ayuda a la Comunidad.

—¡Calmáos! — dijo. — ¡Me causáis miedo!

El de Poza levantó la cabeza, pasóse las manos por la frente y dijo:

—He venido a turbar vuestro reposo; perdonadme.

—Reposad, estáis pálido y agitado.

—Me siento bien... Decidme, si no tenéis inconveniente, la razón por qué Blanca ha salido del convento.

—Está perseguida, y el rey dió orden de

prenderla para ver si así averiguaba el paradero de ese paje que tanto da que hacer.

—¡Prenderla! — repitió el de Poza, sintiendo renacer su energía. — ¿Y quién podrá tanto mientras yo viva?

—Afortunadamente pudo escapar; pero temo que le haya sucedido alguna desgracia, porque en los quince días que hace ya que se fué, nada he sabido de ella, y es extraño que no me haya escrito. Dijo que iba a Madrid y que me daría noticias suyas. Nada más sé.

—Vuestra sospecha es fundada; le habrán tendido algún lazo infame; todo se puede temer de doña Ana.

—¿Os será fácil encontrarla?

—Sólo puede favorecerme la casualidad.

—¿Conocéis a doña María de Mendoza?

El marqués se dió una palmada en la frente y exclamó:

—¡Soy un estúpido!... No había pensado en doña María, a cuya amistad habrá acudido Blanca, sin duda alguna; tal vez su paradero... Al instante a Madrid, porque un día, una hora decidirá tal vez la suerte de la desgraciada.

El caballero se levantó, y componiendo lo mejor que pudo sus vestidos, se dispuso a salir

Como el señor Antonio de Mena había entrado en la servidumbre del príncipe después que el marqués fué herido, no supo éste de quien se trataba, aunque se lo nombró la superiora; pero sospechó que todo lo sucedido debía ser obra de la princesa, y con los antecedentes que acababa de adquirir, pensó volver a la corte y seguir sus pesquisas.

Despidióse, pues, de la abadesa, que quedó convencida de que aquel era el marqués de Poza, y muy fatigado y con no muchas fuerzas, salió del convento.

—A caballo — dijo a Juan.

—¿En qué? — le contestó éste a la vez que extendía un brazo hacia los dos corceles que ya habían muerto.

—Vamos en busca de nuevas cabalgaduras, y mientras nos las proporcionan descansaremos.

Tres horas después, caballeros en dos corpulentos cuartagos, caminaban por el camino de Madrid amo y escudero, este escuchándole y aquél refiriéndole todo lo que le había dicho la abadesa.

—Será milagro — contestó Juan — que no ande en este negocio el escudero desorejado, a quien tan buena burla hicimos, y a no andar equivocado en mis sospechas, le prometo que no será el último chasco que le dé el hijo de mi madre.

Capítulo XXXIV

EL DIABLO VUELVE A LA CORTE

DOS días después, y a tiempo que las campanas de las iglesias tocaban el rezo del Ave María, entraban en Madrid, por la puerta de Guadalajara, dos jinetes que por el abandono con que cabalgaban y el polvo que cubría sus vestidos, podía deducirse que habían hecho un largo viaje. Ambos, a pesar del calor que se dejaba sentir, procuraban ocultar el rostro bajo el embozo de sus anchas capas negras, y llevaban el sombrero calado hasta los ojos.

Cuando hubieron dejado atrás un buen trecho de la calle Real de la Almudena, volvieron hacia la plaza del Arrabal, y atravesándola, se detuvieron junto a una casa grande, sobre cuya puerta, y con letras desiguales, de un color rojo subido, decía lo siguiente:

HOSTERIA DEL ITALIANO

Apeáronse los jinetes, y entraron por la ancha puerta de la hostería.

El hostelero después de mandarle a un mozo que diese un buen pienso a los caballos, dijo a los viajeros:

—Estoy a vuestras órdenes, señores.

—Queremos, maese Mancioni — repuso el señor Pero — los dos gabinetes que se comunicaban, y que tienen, el uno, ventana a la plaza, y el otro, al patio.

—Me alegro, señor, me alegro, porque está desocupado.

Maese Mancioni pasó delante, y los tres subieron una estrecha y pendiente escalera. Luego atravesaron un pasillo y dejaron atrás un aposento cuadrado, y entraron en el que debían alojarse nuestros amigos.

—Aquí estaréis como unos príncipes — dijo el hostelero.

El paje y el capitán se sentaron junto a la mesa del primer gabinete.

—Traednos — dijo el señor Pero León — un par de botellas de legítimo y puro Arganda y un conejo con salsa de ajo.

Algunos momentos después les sirvió el hostelero, y cuando hubieron quedado solos, dijo Luis:

—Aún no hace una hora que comimos, y os veo dispuestos a repetir de buena gana.

—No penséis, señor Luis — dijo el capitán a la vez que llenaba un vaso, — que tengo apetito; si he pedido esto no ha sido mas sino por ver si aún maese Mancioni guisaba tan bien como antes, porque de otro modo buscaríamos nuevo alojamiento. Es una prueba no más.

—Por eso os engulliréis por prueba ese conejo y vaciaréis las dos botellas...

—De todos modos hay que pagar su importe, y dejarlo sería cargo de conciencia.

—Me alegro que tengáis tan buen apetito.

—¿No me acompañáis?

—No, amigo, voy a quitarme el polvo que llevo encima, y a salir.

—¿Tan pronto?

—¿Os parece que debo perder un momento? Voy a ver a doña María de Mendoza para que me diga dónde está doña Blanca. ¡Cuánto deseo estrecharla entre mis brazos!

—A Dios Gracias — repuso el capitán, — que os veo un poco animado; hace dos días que estáis tan distraído y os mostráis a todo tan indiferente, que la verdad, me llamaba la atención, y aun me tenía con cuidado.

El paje se mudó sus vestidos, trocando su coleto de ante por uno de terciopelo azul con mangas de lo mismo, gregüescos de igual tela,

acuchillados de negro y calzas grises, y despidiéndose del capitán salió para ir a casa de doña María de Mendoza.

—¿Y el marqués? — se preguntaba. — Tal vez en el convento le hayan dado a conocer el paradero de mi señora, y no será extraño que los encuentre juntos y felices. No hay que hacerse ilusiones, porque la realidad será luego más dolorosa si me equivocase.

Con ligero paso atravesó la calle de la Almudena y la de Santiago y encontróse bien pronto en la cuesta de Santo Domingo.

Capítulo XXXV

AVE DE MAL AGÜERO

IBA el paje muy preocupado, y no se cuidaba más que de recatar el semblante con el embozo de su capa; pero no fijaba su atención en los transeuntes.

Su corazón estaba oprimido.

¡Cuántos recuerdos dolorosos se habían agolpado a su mente al entrar en Madrid!

De repente, y como si hubiese brotado de la tierra, un bulto se le puso delante, estorbándole el paso.

Levantó la cabeza Luis, miró, retrocedió como espantado y se escapó de su boca una exclamación que lo mismo podía ser de sorpresa, de miedo, que de ira.

Acababa de reconocer a fray Bernardo, el astuto dominico a quien no había podido olvidar, al único enemigo a quien consideraba temible.

Su semblante tenía la expresión de humildad evangélica y dulzura sin igual que lo caracterizaba.

Entreabríanse sus delgados labios para sonreír levemente.

—¿Qué os sucede? — preguntó con voz melíflua. — ¿Acaso creíais que ya estaba mi cuerpo en la sepultura y mi alma en la eternidad?

—¡Fray Bernardo! — murmuró Luis, que quizás por primera vez en su vida se sintió aturdido.

—El mismo — repuso el religioso — ¿Habéis olvidado que os prometí ser vuestro mejor amigo? ¿Qué teméis de quien pudo perderos y os dejó en paz?... Recobrad la calma, que no han cambiado mis sentimientos respecto a vos.

—Pues bien — dijo el paje, que empezaba a desaturdirse, — aquí me tenéis.

Después de seis años, ya sois hombre, y supongo que conocéis bien el mundo y que no pensaréis lo mismo que antes.

—Os equivocáis.

—Peor para vos. Sin embargo, abrigo la esperanza de que acabaremos por entendernos perfectamente.

—Aún no hace dos horas que llegué a Madrid.

—¿Y tenéis la seguridad de conocer bien vuestra situación?

—Creo que sí.

—Quiera Dios que no os equivoquéis.

Luis se estremeció.

Las palabras del fraile le parecieron el anuncio de nuevas desgracias.

El dominico añadió:

—Ya sé que doña Blanca abandonó el convento.

—¡Que lo sabéis...!

—Y sé también que el marqués de Poza no murió.

El mancebo fijó una mirada de asombro en fray Bernardo.

Este desplegó una sonrisa.

—Parece — continuó diciendo — que mis palabras os sorprenden.

—No puedo negarlo.

—¿No habéis visto a vuestra antigua señora?

—Ahora voy a verla. Comprended mi impaciencia.

—Dios os bendiga — dijo fray Bernardo.

Y levantó la diestra, haciendo la señal de la cruz.

Siguió Luis calle arriba.

—¡Oh! — exclamó. — Mis esperanzas empiezan a desvanecerse. Este fraile representa ahora para mí un ave de mal agüero. ¿Qué le ha sucedido a doña Blanca?

Capítulo XXXVI

EL DIABLO SE CONVENCE DE QUE ES PRECISO HACER DIABLURAS

EN un instante debían desvanecerse las risueñas esperanzas de Luis.

—Quiero ver a doña María — dijo Luis al criado que se le presentó.

—Doña María no recibe a nadie — le contestó el sirviente.

—¿Está enferma?

—Un poco; pero aun cuando así no fuese, tiene dada orden terminante...

—No importa, decidle que un caballero que le trae noticias muy interesantes desea tener la honra de verla.

—¿Y vuestro nombre?

—No lo conoce y por consiguiente, es inútil que se lo digáis.

—Entonces...

—Decidle — añadió el paje — que vengo a hablarle de lo que más le interesa en el mundo.

Tan misterioso recado hizo cavilar a doña María algunos instantes y sospechando si tendría relación alguna con su hija, mandó que entrase el desconocido.

No reconoció la dama al paje, sin embargo de que le pareció que las facciones de éste las había visto alguna vez y lo recibió con cierta frialdad y reserva.

—Señora, perdonadme — le dijo el mancebo — si no he dado mi nombre.

—No os conozco y hubiera sido inútil... ¿Y a qué debo esta visita a que tanta importancia dáis?

—¿Puedo hablaros sin temor de que nos escuchen? — le preguntó Luis.

—Con el mayor descuido.

—Vengo a hablaros de vuestra hija.

—¡De mi hija! — exclamó doña María, cuyo semblante se animó súbitamente.

Y sin aguardar más explicaciones rogó al mancebo que se sentase.

Hízolo éste así y la dama prosiguió:

—Venís a hablarme de mi hija... ¿Pero quién sois?

—¿No me conocéis?

—Encuentro una semejanza, no sé con quién...

—Señora — repuso Luis sonriendo, — soy el diablo...

—¡Ah...! — interrumpió doña María. — Os reconozco, os reconozco..., aunque vuestro rostro ha cambiado... ¿Y qué es de mi querida doña Blanca? ¿Por qué ha desaparecido del convento?

Estas preguntas dejaron como petrificado a Luis.

—¿Conque doña Blanca está en poder de nuestros enemigos? — replicó el paje con acento ahogado — ¡Oh...! ¡Está perdida! ¡He llegado tarde!

—¿Qué decís? — repuso doña María en extremo turbada.

—Señora, en su última carta, que apenas tenía seis rengiones, me decía que se veía precisada a salir del convento para huir de sus enemigos, que viniese a socorrerla y que vos me diríais cuál era su paradero, que tendría que ocultar a todo el mundo.

—¡Ahora lo comprendo todo! ¡Ah...! Yo soy la causa inocente de esta nueva desgracia.

—Explicáos, señora, explicáos — dijo afanosamente el mancebo.

—Sin duda la persiguen porque interceptaron una carta mía en que le pedía su ayuda para evitar que mi hija llegase a tomar el hábito.

—¿Y os referíais a alguna suya?

—A ninguna, porque ella era ajena a semejante asunto.

—Entonces, ¿cómo podían hacerla responsable?

—Pero cuando se quiere perseguir a una persona...

—Tenéis razón, doña María; cualquier pretexto es bastante para acusar a quien quiere hacerse daño. Sin embargo, ella me decía que nuestros enemigos intrigaban y la perseguían y no que la persiguiese la justicia con razón o sin ella... ¿Os acordáis de todas las palabras de vuestra carta?

—La podéis leer, porque la tengo; el rey, a quien la entregaron, me la envió con mi padre, advirtiéndome que doña Blanca no era religiosa y no podría instruir convenientemente a mi hija.

—Entonces no se ha puesto presa a mi señora, no se la acusa por ese concepto, porque hubiesen guardado la carta como prueba. ¡Oh! Doña Blanca está en poder de la princesa de Eboli me atrevería a jurarlo. ¡Cuando le traía la felicidad!

—Desgraciadamente, se confirmarán vuestras sospechas, amigo mío.

El mancebo miró a todos lados como temeroso de que le oyesen y repuso:

—Sabed, señora, que el marqués de Poza vive...

—¡Que vive! — exclamó la dama a la vez que abría extremadamente los ojos. — ¡El marqués de Poza... vive!

—Sí, el amante de doña Blanca, el que fué asesinado...

—Pero...

—Y mi señora no lo sabe...

—¿Y dónde está?

—Debe encontrarse ya en España, quizá en Madrid; pero también ignoro su paradero. Ya os contaré esa historia otro día; ahora cada momento que pasa vale mucho para mí.

—¿Pero no me habláis de mi hija? ¿Qué tenéis que decirme de ella?

—Es verdad, tengo que hablaros de vuestra hija; perdonadme, la había olvidado, a pesar de mi juramento.

—¿Cómo está? Porque supongo que la habréis visto.

—¡Que la he visto...! Acabo de llegar a Madrid y aun cuando así no fuese, doña Magdalena de Ulloa no me hubiese permitido...

—¡Doña Magdalena de Ulloa...! Ya no está con ella mi hija.

—¿A dónde la han llevado?

—Al convento de Santo Domingo el Real.

—¡Al convento de Santo Domingo!

—Bien cerca de aquí, pero no puedo verla — dijo tristemente la dama.

—¿No han respetado...?

—Nada.

—¿A despecho de la oposición de su padre?

—A despecho de todo...

—Señora, he jurado a don Juan proteger a su hija y...

—¿Habéis visto a don Juan...? ¡Oh! Referidmelo todo, no dejéis una palabra.

El llanto humedeció los ojos de doña María.

—Ya podéis figuraros lo que dice un padre...

—Pero quiero oirlo.

—Bien, os lo repetiré; pero no ahora, porque el tiempo vuela y doña Blanca está en peligro. Contentáos con saber que me recomendó el amparo de vuestra hija. Ignora que la hayan llevado a un convento...

—Hace muy pocos días.

—¡Cómo se han aprovechado de su ausencia! Está visto, señora, que tendré que hacer una de las mías... me provocan... ¡Oh!, ya se convencerán de que el diablo dispone aún del poder del infierno.

El semblante de Luis tornóse sombrío y levantándose, paseóse agitado por el aposento.

—No debe perderse ni un instante — dijo — volveré hoy o mañana... no sé cuándo, en cuanto tenga una noticia que daros.

—¡Oh, salvad a mi hija! — dijo con tono suplicante y cruzando las manos, doña María.

—La salvaré, os lo prometo... Procurad averiguar en qué sitio del convento está situada su celda, con todos los demás pormenores que podáis adquirir.

—Todo lo sé; podría ir con los ojos vendados hasta su celda, que está...

—No me lo digáis ahora, porque se me olvidaría...

—¡Dios os proteja!

—Ordenad a vuestros criados que no me estorben la entrada ni me pregunten mi nombre.

—Cuando vengáis, decid que sois la persona a quien espero y no os detendrán.

—Señora — dijo el paje disponiéndose a salir, — no ha sido muy grata nuestra entrevista; pero tengo esperanzas de consolaros.

—El cielo os guíe.

—Guárdeos a vos — repuso Luis.

Y salió con el pecho oprimido por el coraje y encendidos los ojos por la rabia.

Cuando bajó la escalera se encontró en el zaguán con un caballero que al verle ocultó el rostro con su capa, con toda la precipitación del que quiere evitar que lo conozcan.

—Cosa rara — murmuró el paje, — se oculta de mí, cuando yo soy el que tengo que ocultarme. Si supiera quien soy, o le haría huir de miedo supersticioso que muchos me tienen o me haría que huyese con solo mirarme indicando que me iba a delatar.

El caballero que se había ocultado el rostro era el marqués de Poza y subió la escalera diciendo para sí:

—Poco ha faltado para que ese hombre me conociese y quiza sea uno de mis mayores enemigos. Si me hubiese visto la cara, o le hubiera hecho huir el miedo supersticioso que se tiene a los muertos o podía haberme obligado a huir con una sola mirada que indicase que iba a delatarme.

Capítulo XXXVII

SIGUEN LAS VISITAS MISTERIOSAS

El mismo criado que había recibido a Luis, recibió al marqués.

Este, sin descubrirse el rostro, preguntó por doña María.

—No recibe a nadie — le contestó el sirviente.

—A mí me recibirá — replicó el de Poza. — Decidle que vengo de las Huelgas.

—¿Nada más?

—Nada.

Entróse el criado en las habitaciones interiores y a los pocos momentos volvió diciendo al marqués que pasase adelante.

No fué la indiferencia la que se pintó en el semblante de doña María cuando vió al de Poza, sino que palideció a pesar de que ya sabía que éste no había muerto.

—¿Me conocéis? — le preguntó el marqués.

—Sí, amigo mío — le contestó la dama a la vez que le alargaba su diestra. — Nada me es más grato que veros; ya sabía que vivíais.

—¿Quién os lo ha dicho?

—¿Quién? El diablo, vuestro mejor amigo..., bien que lo habréis visto en la escalera al subir...

El marqués se dió una fuerte palmada en la frente y apretó los puños con rabia.

—¡Era él el que salía de aquí! — exclamó.

—¿No lo habéis conocido, ni él a vos? — preguntó con sorpresa doña María.

—Me oculté el rostro al encontrarlo... ¡Oh! Pero ya no tengo por qué desesperarme, vos me diréis dónde debo encontrarlo...

—Lo ignoro; ni le he preguntado ni me lo ha dicho en su turbación.

—¡Turbación! ¿Pues qué ocurre? ¿Y doña Blanca...?

—Sentáos, marqués; tengo mucho que hablaros sobre de doña Blanca, a quien ha ido a buscar su antiguo paje.

—¿Dónde se encuentra?

—No lo sé.

El rostro del de Poza palideció.

—¿Lo sabe Luis? — preguntó.

—Tampoco.

—¡Oh! ¡Parece que el infierno se ha conjurado contra mí! Perdonadme, señora, si el dolor me arrebata; hace seis años que sufro mucho, la desgracia no ha dejado de perseguirme y cuando pensé que había llegado el término de mis penas, se multiplican.

—El paje cree que doña Blanca está en poder de la princesa de Eboli — dijo doña María.

—Tal vez no se equivoque.

—De seguro la arrancará de sus manos...

—Pero entre tanto no puedo verla, no sabe que vivo. ¡Oh! ¡Verla, verla, éste es mi afán y ni el sediento anhela tanto el agua, ni el pan el hambriento, ni el desterrado su patria, ni el cielo la luz, como yo verla, decirle que la amo como siempre, más que nunca y que sin ella la vida es para mí un tormento que no pueden resistir mis fuerzos! ¡Vos no sabéis cuánto la amo!

—Tranquilizáos — le dijo la dama, que se esforzaba por ocultar su emoción. — Habéis estado seis años sin verla; esperad algunos días más.

El marqués se dejó caer en un sillón y permaneció silencioso algunos instantes.

—Es preciso — dijo al fin — salir de una vez de esta situación.

—¿Qué pensáis hacer?

—Ir a ver a la princesa...

—Os perderéis.

—Tarde o temprano, han de descubrirme.

—¿No es más prudente esperar hasta ver si el diablo hace alguna de las suyas o por lo menos, que antes os pongáis de acuerdo con él?

—¿Pero dónde encontrarlo?

—Muy fácilmente.

—¿Fácilmente decís, cuando ese niño parece que es invisible?

—El volverá a verme, según me ha prometido, tanto para darme noticias de doña Blanca, cuanto para convenir en el modo de sacar a mi hija del convento, porque ha jurado a don Juan de Austria el protegerla.

—Vuestra hija... Don Juan me habló de ella y también me ofreció...

—¿Lo habéis visto en Flandes?

—Salimos juntos de Madrid... Ya os refe-

tiré esta aventura. Proseguid, señora, que los instantes son siglos para mí.

—Pues bien; me decís dónde se os puede encontrar y cuando venga a verme el paje...

—Razón tenéis y en verdad que ando sobradamente torpe... Tengo la cabeza tan trastornada, que no acierto a pensar en lo que más me conviene.

Algo se tranquilizó el marqués con la esperanza casi cierta de ver al paje y repuso:

—No por eso dejaré de venir a visitaros, por si puedo seros útil en el asunto de vuestra hija.

—Sí, venid; tenemos que formar un plan en cuanto estemos reunidos vos, el diablo y yo, porque nuestros enemigos son muy poderosos y si no obramos de acuerdo, nada adelantaremos.

—Pues bien; decid al paje que, por ahora, me hospedo en la hostería del Italiano, que está en la plaza del Arrabal y que allí me conocen por Alfonso de Burgos, que es el nombre que he tomado.

—Quizá vuelva hoy mismo..

—Dios lo quiera.

—O a más tardar, mañana.

—Señora, habéis conseguido tranquilizarme.

—¡Ojalá pudiese haceros felices a todos!

Despidióse el marqués de doña María y no menos agitado que Luis había salido pocos momentos antes, salió él también y se reunió a su escudero Juan, que le esperaba en la puerta de Santo Domingo.

—Malas nuevas traéis — le dijo el fiel criado.

—No se sabe el paradero de doña Blanca; sólo se sospecha que está en poder de la de Eboli.

—Está visto que tendré que entenderme otra vez con el desorejado.

—El paje está también en Madrid, salía de casa de doña María cuando yo entraba, pero me oculté el rostro y no fijé la atención en el...

—¿Crees — preguntó el marqués, después de algunos momentos de silencio — que el hombre que ha llevado la carta al señor barón irá con la rapidez que deseamos...?

—Es de toda confianza y no hace otra cosa sino correr a caballo. Ya, en otras ocasiones, sirvió al difunto señor comendador y siempre fué y vino en menos tiempo del que se calculaba que emplearía. Dentro, de tres horas estará la carta en su destino y seguramente tendréis contestación al amanecer.

—Muy pronto me parece, porque tendrá que detenerse a descansar y a dormir.

—No duerme ni descansa sino cuando tiene ocasión de hacerlo tranquilamente. Podéis estar descuidado — replicó el escudero.

Así hablando, llegaron a la hostería, subieron al piso principal seguidos de maese Mancioni, que les entregó las llaves de sus aposentos, inmediato el del uno al del otro y el marqués, fatigado por el largo viaje y las violentas emociones que había experimentado, se acostó a descansar antes de tomar ningún alimento. No así Juan, que, antes de imitar a su señor, quiso remojar el tragadero con una botella de buen vino y conocer a la criada de la hostería.

Para conocimiento de nuestros lectores y como por vía de advertencia, les diremos que el dormitorio del marqués y el del capitán estaban separados solamente por un tabique y que, lo mismo el uno que el otro tenían una ventana que daba al mismo patio de la hostería y sobre un frondoso emparrado que estaba a la sazón cubierto de verdes y anchas hojas.

Capítulo XXXVIII

PROYECTOS DEL DIABLO

MIENTRAS sucedía lo que dejamos referido, el paje se hallaba en su aposento, sentado junto a la mesa y enfrente del capitán, que, vaso tras vaso, apuraba una tercera botella.

—Estoy conforme — decía el soldado — con vuestra opinión: doña Blanca ha caído en poder de la princesa.

—Ahora es menester buscar un medio de salvarla cuanto antes.

—Disponed y yo os seguiré hasta el fin del mundo.

—Doña Ana — repuso Luis — tendrá doncellas que la sirvan.

—Indudablemente.

—Esas doncellas, como todas las de su oficio y como todas las mujeres, gustarán de que las enamoren.

—¿Adónde vais a parar?

—Bien fácil será hacerse amante de una de ellas y por este medio puede averiguarse todo y luego, según se presente el asunto...

—Basta, señor Luis, no soy tan torpe — interrumpió gravemente el capitán.

—¿Os parece bien?

—Perfectamente y supongo que yo haré de amante...

—Eso me toca a mí.

—¿Pensáis que no saldría con mi empresa?

—De enamorarla, sí; pero en cuanto a lo que más nos importa, creo que poco o nada adelantaríais.

—¿Y cuándo váis a comenzar vuestra empresa? — preguntó el capitán.

—Hoy mismo al oscurecer, que es hora en que las doncellas suelen salir con cualquier pretexto.

Horas después, situóse Luis junto a la iglesia de Santa María y oculto tras una esquina, esperó que la casualidad favoreciese sus proyectos. Bien podía suceder que no saliese ningnua doncella de doña Ana, o que saliese otra mujer cualquiera y seguirla, perdiendo el tiempo y la ocasión que se presentaría quizá un momento después y también era posible que, saliendo alguna de ellas, no se mostrase propicia a escuchar los requiebros del mancebo, o fuese discreta y fiel servidora, aunque esto último no era lo más probable.

Algo se inquietaba el travieso diablo: pero

confiaba en que la casualidad, como siempre le había sucedido, acudiera en su ayuda.

No dejaba de ser fundada su esperanza, porque aún no hacía un cuarto de hora que estaba en acecho, cuando la bonita Inés, oculta la mano izquierda bajo su negro y ancho manto y sujetándolo con la diestra junto a la boca, salió de casa de la princesa y con airoso paso tomó la calle de la Almudena abajo con todo el rumbo de la que dice: "¡Abridme paso, que mis ojos queman!"

—Buena planta — murmuró al verla el paje; — trazas tiene de ser moza de travesura y de no hacer ascos a los galanteos. Si fuese de la casa, de seguro la fortuna me había deparado lo que deseo.

Siguióla de cerca el mancebo.

Aceleró ella el paso y volvió los ojos hacia el lado opuesto, aunque después de haber examinado rápidamente el rostro del atrevido galán.

—La noche es oscura y yo soy torpe — le dijo el mancebo; — no ocultéis con el manto la luz de vuestros ojos.

—Comprad una linterna — le contestó Inés con tono burlón.

—¿Para qué la necesito, habiendo soles?

—Por favor os pido que me dejéis — replicó Inés.

—¿Y por qué no habéis de escucharme y permitirme que vaya a vuestro lado?

—¿Queréis dejarme?

—Querer, no; pero si me lo mandáis...

—No os lo mando, porque no puedo.

—Pues yo quiero hablaros seriamente y aparte galanterías, si os place, pongámonos de acuerdo para hablar despacio. Hace algunos días que os conozco, pero vos no me conocéis: el que un hombre quiera de veras a una mujer bonita y honrada no es cosa del otro mundo; yo os quiero y más de lo que pensáis; convengamos en vernos una vez y entonces, si lo que os propongo os conviene, lo realizamos y sino, me retiro y os excusaré el enojo de volver a acercarme a vos.

Por algunos instantes guardó silencio la doncella y luego dijo:

—Señor hidalgo, o lo que quiera que seáis...

—Hidalgo soy, cristiano viejo y tengo quien me fíe.

—Pues bien, señor hidalgo: puesto que tan formalmente habláis, sabed que soy una doncella honrada y que si son galanteos de pasatiempo no más lo que buscáis, ya podéis abandonar la empresa.

—Os juro...

—No juréis, porque el jurar, en asunto de amores, es cosa que se hace muy fácilmente. Quizás vos mismo murmuréis de mí porque, sin conoceros, os he escuchado pero como me lo habéis rogado tan encarecidamente...

—No quiero hacerme ilusiones; vos tendréis otro, sino otros muchos que os ofrezcan su corazón y mejor porvenir del que yo pueda ofreceros, porque, al fin, si bien soy un hidalgo, no poseo más que una rentilla de unos cuatrocientos ducados escasamente...

—¡Una renta de cuatrocientos ducados! — interrumpió Inés, sintiendo aumentarse su naciente pasión con la idea de cuatrocientos ducados de renta. — ¡Y llamáis escasa a vuestra fortuna! ¿Qué os habéis figurado? Tened en cuenta que yo soy pobre y que los ahorros de mi malhadado oficio apenas montarán a trescientos ducados.

—¿Será tal mi fortuna que juzguéis mi pobreza como un holgado recurso? Y digo pobreza, no porque me queje de la suerte, porque al cabo, temprano o tarde, a mí vendrá la que tiene mi buen tío, que es oidor de la cancillería de Indias...

—¿Cómo he de creer que con tales esperanzas no penséis encontrar una mujer que pueda llevaros un buen dote?

—Yo quiero un corazón que me ame, porque deseo la felicidad y ésta no puedo tenerla sin vos. Correspondedme y veréis si muy pronto no os doy pruebas de la verdad de mis palabras.

El paje desempeñaba su papel a las mil maravillas y el acento apasionado con que habló hizo pensar a Inés que debía contar por seguro su casamiento.

—No os pido gran cosa — prosiguió Luis; — quedemos citados para mañana, hablaremos despacio y si no os convienen mis proposiciones...

—Mucho temo...

—¿Qué perderéis...? Si os que no sois dueña de vuestro corazón...

—Está completamente libre.

—Entonces...

—Bien; mañana a la noche nos veremos. Ahora no puedo detenerme porque tengo que subir aquí para entregar al señor Antonio Pérez...

—¡Al señor Antonio Pérez! — interrumpió el paje sin poder contenerse.

La doncella comprendió que había sido indiscreta.

—Os ruego — dijo — que a nadie digáis.

—Todo lo sé: venís a traer al señor Antonio Pérez una carta de vuestra señora.

—¿Pero cómo...?

—No hablemos de esto. ¿Qué nos importa el ministro ni vuestra señora?

—Es verdad.

—Mañana nos veremos.

—Seré puntual.

—¿A qué hora?

—A la misma de hoy.

—¿Sitio?

—En el mismo también.

—¿No faltaréis?

—Os he dado mi palabra

—Me encontraréis esperándoos.

—El cielo os guarde, señor..., señor hidalgo.

—Me llamo Felipe.

—Y yo Inés.

—Tratad bien mi pobre corazón, que os lo lleváis enredado en las pestañas de vuestros hermosos ojos.

Inés se sonrió graciosamente y entró en la casa del primer ministro.

Luis siguió la calle adelante.

—Buen principio — murmuró al subir la escalera de la hostería. — La moza es a propósito para mi proyecto y quizá no tardaré cuatro días en llevar a cabo mis planes. Mañana iré a ver a doña María y pasado mañana, si no puede acelerarse mucho el negocio con la doncella, iremos a Toledo para averiguar el paradero del marqués.

El capitán roncaba todavía, pero despertó al ruido que hizo al abrirse la puerta.

Los dejaremos cenar y referir su aventura el paje al soldado y nos trasladaremos al antiguo castillo de los montes de Toledo para ver cómo se encontraba el anciano barón.

Capítulo XXXIX

NUEVAS DESGRACIAS

EL dormitorio del honrado barón a quien debía la vida el marqués, era un aposento cuadrangular con techo abovedado, de cuyo centro y por medio de un cordón pendía una lámpara de plata de exquisito trabajo.

Eran las siete de la tarde.

Reinaba el mayor silencio en todo el castillo, y los semblantes taciturnos de sus pocos habitantes demostraban profundo y amargo pesar.

El noble anciano se hallaba en peligro de muerte, y, según el pronóstico del doctor Pedroso, no le quedaban cuarenta y ocho horas de vida.

Estaba el moribundo en su lecho, a donde apenas alcanzaban los débiles resplandores del vespertino crepúsculo.

Pocos momentos pasaron cuando un sirviente entró provisto de luz, encendió la lámpara y acercóse al lecho.

—Que venga el doctor — le dijo con acento débil el anciano.

Poco después entró un hombre de madura edad, duro semblante y frías maneras.

Era el médico.

—Acercáos, doctor — le dijo el paciente.

—¿Estáis peor?

—Más débil cada vez... pero esto es natural, se acerca la muerte... y quisiera haberme despedido de mi única afección.

—Dará tiempo.

—Hace muchos días que no escribe, y quizá le haya sucedido alguna desgracia.

—O sea feliz, y esto mismo distraiga su atención...

—Os equivocáis... No puede olvidarme, porque su corazón es muy noble, y...

El criado entró con un papel en la mano y, acercándose al lecho, dijo:

—Una carta del señor marqués.

El barón se estremeció.

—¡Dádmela! — exclamó.

—No podréis leer — le dijo Pedroso.

—¡Es verdad! — murmuró tristemente el anciano. — Leedla vos, amigo mío.

Salió el sirviente, y el doctor abrió la carta y leyó lo que sigue:

"Mi buen padre: Hoy he llegado a Madrid después de una precipitada marcha. Al fin supe que Blanca estaba en las Huelgas, de Burgos; pero la fatalidad se ha conjurado en contra mía, y cuando llegué al convento me encontré que ya había desaparecido. Se ignora su paradero, aunque supongo que ha caído en poder de nuestra común y traidora enemiga. Al diablo no he podido verle, aunque lo he tenido muy cerca, y, por un desgraciado error, ha huído de mí sin conocerme. ¡Soy muy desgraciado!

"Perdonad si no he corrido a estrecharos en mis brazos como la gratitud lo exige y mi cariño lo desea; pero la vida de Blanca está en peligro y he querido ver si podía salvarla".

"Creo, sin embargo, que hoy adquiriré alguna noticia suya, y apenas me lo permita este negocio, iré a veros".

—¡Sí, que venga, que pueda yo darle el adiós último y mi bendición! — exclamó el anciano, con una energía de acento que pasó rápidamente

—Voy a escribirle en vuestro nombre — dijo el doctor, que no quiso leer el último párrafo de la carta, por que en él sólo amargas quejas de su desdicha expresaba el marqués.

—¿No dice más?

—Nada, sino que os abraza como buen hijo.

—Sí... sí... hijo mío. Le amo como a un hijo... ¡Dios mío, dejadme... que lo vea!

—Voy a escribirle...

—Yo dictaré la carta.

—No puedo permitiros...

—Cuatro... palabras no más... Vos añadiréis lo que... os parezca... Escribid.

El doctor, en extremo conmovido escribió lo siguiente:

"Hijo mío: Mis recuerdos tristísimos y tú son todas mis afecciones. Me restan pocas horas de vida, pero no sacrifiques tu felicidad por venir a verme; yo te bendigo y si la misericordia de Dios me concede estar a su diestra, le rogaré por ti.

"¡Adiós, hijo mío!... ¡Qué triste es el adiós postrero!... ¡Adiós!"

Al pronunciar el anciano esta última palabra, exhaló un suspiro que pareció haberle arrancado el alma. Su mirada vacilante se elevó al cielo, cruzó las enflaquecidas manos con ademán de tierna súplica, y, estremeciéndose violentamente, quedó luego inmóvil.

Pedroso creyó que aquella emoción hubiese acabado con la poquísima vida que restaba al moribundo; pero después de pulsarlo, se tranquilizó, y, sin perder momento añadió a la triste carta algunas explicaciones sobre la enfermedad del anciano.

Luego salió del aposento y dijo al portador de la carta:

—Corred cuanto sea posible y entregad esta carta al señor Alonso; no perdáis un instante: llevaos el mejor caballo que encontréis en la cuadra y reventadlo.

—Dentro de tres horas estará la carta en su destino — contestó el mensajero.

—Pues no os detengáis.

Seis minutos después, no corría, sino que volaba el mensajero camino de Madrid, y cuando los relojes de la celebérrima villa anunciaban la hora de las diez y media, se apeaba en la puerta de la hostería, y el caballo que montaba caía muerto.

—¿Y el señor Alonco de Burgos? — preguntó a maese Mancioni, que le miraba y también al caballo, con cierta curiosidad mezclada de asombro.

—Duerme.

—Voy a despertadlo.

Y esto diciendo, llamó a la puerta de la habitación del marqués, que poco después abrió.

—¿No habéis llevado la carta? — preguntó al mensajero.

—Y os traigo la respuesta. Tomad.

El de Poza rompió precipitadamente el sello del triste mensaje, y, al leer los primeros renglones, el papel se escapó de sus manos, exhaló un agudo grito y se dejó caer, falto de fuerzas en un sillón.

—¡Dios mío, Dios mío! — exclamó sin poder pronunciar una palabra más.

Y el llanto bañó sus mejillas, y su agitado corazón latió violentamente.

¡Cuánto padecía! No le atormentaba sólo el dolor de la muerte del noble anciano, sino también la lucha que el cariño que a éste profesaba y la gratitud que le debía sostuvo con su amor a Blanca y con el deber sagrado de salvarle del peligro cierto que corría su vida. Si atendiendo a lo primero iba a dar el último adiós al hombre a quien le debía, hasta la existencia, el objeto de su ardiente pasión quedaría casi abandonado, y si acudiendo a lo segundo no respondía al llamamiento de su gratitud, parecíale cometer la más ruin de las acciones.

—¿Cómo abandonarla? — decía con acento de loca desesperación. — Y si por él no fuera, ¿viviría yo ni podría prestarle a ella ninguna ayuda?... ¡Oh! No sé si mi amor supera a mi gratitud... Aquí y allí a la vez. . Un moribundo me pide el último consuelo, una víctima el único amparo y ayuda que puede esperar... ¡Esto es horrible, muy horrible!...

El escudero Juan, que en la ligereza del sueño no se asemejaba al señor Pero León, despertóse y acudió apresuradamente.

Vió al mensajero cuya vuelta no esperaba tan pronto; reparó en la carta que estaba en el suelo, y, recogiéndola leyó su triste contenido sin pedir licencia a su amo, porque adivinó que ocurría alguna desgracia.

El fiel criado contempló al marqués con lastimosa mirada, despidiendo con un ademán al mensajero, salió de la habitación, bajó a la cuadra y ensilló prontamente los caballos.

Luego volvió a subir.

El marqués seguía luchando entre su amor y su gratitud.

—Los caballos están dispuestos — dijo Juan

El de Poza se estremeció como si le despertasen de un profundo sueño, y, levantando la cabeza, exclamó:

—¡Juan!

—Señor, los caballos..

—¡Los caballos!...

—¿No vamos al castillo?

—¡Oh, sí!... ¿Y doña Blanca?

—Partiré solo... El cielo os guarde, señor — dijo el escudero gravemente y disponiéndose a salir del aposento.

—¡Solo no! — gritó el marqués, levantándose y corriendo hacia Juan.

—¡Vive el cielo, que tenéis corazón noble! — dijo el leal sirviente, de cuyos ojos brotó una lágrima.

—¡Dios velaré por ti, Blanca mía!

No pudo el marqués proseguir; ahogábale la emoción, y sólo haciendo un esfuerzo gritó:

—¡A Toledo!

La turbación no dejó pensar ni al marqués ni a su criado que tal vez al día siguiente se presentaría al paje, y que debía haber dejado una carta para él; así fué que, sin detenerse un instante, bajaron la escalera, dieron al hostelero un escudo de oro, y, cabalgando, partieron como dos centellas.

Cuando la aurora intentaba romper el velo de la noche, nuestros caminantes se dejaban a la izquierda la imperial ciudad, y un cuarto de hora después entraban en el antiguo castillo.

—¿Ha muerto? — preguntaron ambos a la vez al primer criado que les salió al encuentro.

—No — les contestó el sirviente.

Y ellos, sin detenerse un segundo, corrieron hasta llegar al dormitorio del barón y arrojarse sobre el lecho.

—¿Qué hacéis? — les dijo el doctor Pedroso. — Una sorpresa puede acortar su vida.

Pero ni el marqués ni Juan le escucharon, y ambos a porfía besaban las manos heladas y la pálida frente del moribundo, que al verlos exhaló un grito y quedó inmóvil.

Capítulo XL

EL ULTIMO ADIOS

TRISTISIMO cuadro el que presentaban aquellos cuatro hombres!

El moribundo barón permaneció inmóvil algunos momentos; pero abriendo al fin sus apagados ojos y extendiendo los brazos con la incertidumbre del ciego, murmuró con débil y entrecortada voz:

—¡Hijo mío!

—¡Padre mío! — exclamó el marqués.

—Puedo despedirme. de ti... bendecirte, y tú... nadie más que tú cerrará... mis ojos... Voy a morir... y muy pronto... antes de una hora. La muerte sólo esperaba... a que yo.. te viese... porque alguna dicha había de... concederme el cielo...

Apenas podía respirar el barón. Movió repetidamente los labios sin pronunciar una palabra, y agitó desconcertadamente los dedos como si quisiese palpar alguna cosa.

El doctor y Juan, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho y las mejillas

por el llanto bañadas, permanecían inmóviles y silenciosos.

El marqués se inclinó sobre el lecho, estrechó entre las suyas, agitadas y ardientes, las manos temblorosas y frías del anciano, y las besó con la ternura de un hijo.

—Gracias... — murmuró el barón. — Gracias... El cielo te bendiga... como... yo te bendigo...

—¡Padre mío — exclamó el de Poza con acento ahogado.

—Dime... si ya eres feliz... y Blanca...

—Pronto la veré, soy feliz.

—¡Cuánta... es la misericordia de Dios... que me... hace feliz en estos... momentos!

El semblante del anciano se animó repentinamente, brillaron sus ojos por espacio de un segundo, y pareció que renacían sus fuerzas.

Al observar este cambio se contrajo la frente del doctor, y, después de pulsar al enfermo, dijo:

—Señor marqués, Dios llama al moribundo, y el puesto que ocupáis le pertenece a un sacerdote.

El marqués hizo un esfuerzo sobrenatural, oprimióse el pecho, besó otra vez la frente del anciano, y al decir:

—¡Adiós, padre mío!

Salió de su boca un grito desgarrador.

Luego se precipitó fuera del aposento y fué al más solitario a desahogar con el llanto su dolor acerbo.

Bien hubiese querido el infeliz enamorado partir a la siguiente mañana, pero no pudo hacerlo sin que antes se diese al barón sepultura y sin dejar en orden algunos negocios. Perdió, pues, otro día, aunque con harto pesar, y al tercero de su estancia allí, dió las últimas órdenes a los criados que quedaban en el castillo.

—Ya recibiréis noticias mías — le dijo al mayordomo, — cuando tenga necesidad de dároslas.

Pocos momentos después entró el doctor con traje de camino, botas y espuelas.

—¿Adónde vais? — le preguntó el marqués.

—A Madrid, donde quizás podré serviros de algo.

El marqués y Pedroso partieron seguidos solamente del escudero Juan.

Al perder de vista los sombríos torreones del castillo, todos tres vertieron una lágrima.

Capítulo XLI

DONDE SE PRUEBA QUE NO HAY NADA QUE ACRECIENTE MAS EL CARIÑO NI QUE INSPIRE MAYOR CONFIANZA QUE UNA CENA ABUNDANTE Y REMOJADA CON BUEN VINO

EL paje iba viento en popa en sus amores. Había visto a Inés y se habían jurado eterno amor a las primeras palabras, concluyendo con darse una nueva cita, pero a condición de que cenarían juntos en la afamada hostería de maese Mancioni a la noche siguiente, para lo cual aprovecharía la doncella el tiempo que su señora estuviese en palacio.

Como presumirán nuestros lectores, no faltó el paje a la cita, y tampoco se hizo esperar mucho Inés.

Diciéndose ternuras a porfía encamináronse a la plaza del Arrabal y entrando en la hostería se posesionaron de una habitación del piso bajo que el hostelero les tenía reservada.

—Comencemos, hermosa Inés, — dijo el paje sirviendo a la doncella un buen trozo de liebre. — Esta noche me habéis hecho feliz, y quisiera veros contenta y animada.

—Nunca estoy triste, y con más motivo esta noche he de mostrarme alegre, — contestó Inés con risueño semblante.

—Ante todo probemos este vino.

—Cuidado que no soy bebedora.

—Pero un trago a mi salud...

—Un trago, sí, — contestó Inés, tomando el vaso lleno que le daba el paje.

—¡Por la firmeza de vuestro amor! — dijo éste, apurando el suyo.

—¡Por la verdad del vuestro! — contestó la doncella, bebiendo también.

—¿Sospecháis aún que os engaño?

—No, porque entonces no cenaría con vos; pero tienen los hombres ya tal costumbre de mentir cuando se trata de galanteos, que...

—No prosigáis — interrumpió Luis; — me entristecéis con esas dudas, y quisiera que me pidiéseis pruebas de mi cariño para que así quedáseis convencida.

—En cuanto a pruebas...

—Una sola os convence, ¿no es verdad?

—Es que...

—Pronto la tendréis. Esta noche hemos de quedar de acuerdo en todo, y si os place, dentro de quince días os llamaré mi esposa; hace algún tiempo que os conozco, sé que sois honrada, y como sois bonita, graciosa, hechicera como ninguna mujer, como sois...

—Cuidado, que las exageraciones...

—¡Os juro que si no puedo conseguir mi deseo seré el hombre más desgraciado del mundo! No me amáis como yo a vos, pero tengo la esperanza de que con el tiempo, a fuerza de cariño os haré quererme — prosiguió diciendo Luis.

—Pronto habéis juzgado, — dijo la doncella, mientras que partía distraídamente un trozo de carne.

—¿Será verdad que me amáis? — repuso Luis con acento apasionado. ¡Decídmelo una vez siquiera! ¡Decídme que me amáis! ¡Ah!... Cuanto os adoro.

Y al decir ésto, besó repetidamente a Inés.

—Sí, — contestó ésta, procurando desasirse del paje; — os amo pero no os doy libertad...

—Gracias, Inés, gracias... Bebamos por nuestro amor.

La doncella estaba verdaderamente enamorada del paje.

Un segundo brindis, en el cual apuraron ambos un vaso lleno, calentó la cabeza de Inés, y sus negros y expresivos ojos brillaron como dos áscuas.

—Tratémonos como quien somos, — dijo

Luis; — sin franqueza no puede haber cariño ni expansión, y dejando a un lado el enojoso tratamiento, empiezo por decirte que dentro de quince días nos casaremos.

—Sea como más te plazca, aunque yo nada tengo arreglado.

—No importa, en queriendo todo se hace.

—Pues bien, quedemos conformes, — repuso Inés, que estaba enteramente convencida de haber encontrado ya marido. — Como ayer te dije, cuento con unos trescientos ducados de mis ahorros, una sortija de diamantes que me regaló mi señora, y lo que ésta quiera hacer luego por nosotros, aunque no pienso complacerla en una cosa que ha dicho desea si llego a casarme estando a su servicio.

—¿Cuál es?

—Que me quede en su casa y me procurará un empleo para mi marido.

—No me gusta ese plan, Inés.

—Ni a mi tampoco.

—Dos cosas me desagradan; la primera el no tenerte a mi lado, y la segunda... hablando para entre nosotros, tu señora está siempre metida en mil enredos, y a mí me desagradan las intrigas, soy amigo de la paz, de la tranquilidad, del reposo...

—Pensamos lo mismo, — replicó Inés como si le fuera posible vivir en calma y sin enredos.

—Y ahora que hablamos de las intrigas de tu señora, se me ocurre que podemos hacer un buen negocio y ganar por lo menos quinientos escudos de oro en pocos minutos.

—¡Quinientos escudos! — exclamó la doncella admirada.

—Y más aún.

—No sé cómo.

—Ya te lo explicaré, y te advierto, que a la par que asegurábamos nuestro porvenir, haríamos un bien, trocaríamos en felicidad la desgracia de dos personas, y evitaríamos un crimen. ¿He dicho quinientos escudos?... mil, dos mil, cuanto nos viniese en deseo pedir a las personas de quienes hablo.

—Cada vez lo comprendo menos, — dijo Inés que suspendió la comida para estar más atenta.

El paje apuró otro vaso, obligó a vaciar el suyo a la doncella, y repuso:

—¿Has oído hablar alguna vez del marqués de Poza?

—¿También tú?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que hace dos meses estoy oyendo nombrar al marqués.

—Me alegro, porque así me comprenderás mejor.

—Sepamos.

—Hace seis años que asesinaron al marqués una noche junto a Santa María.

—No lo asesinaron — replicó vivamente la doncella.

—Déjame acabar.

—Te escucho.

—En este negocio sé más que tú

—Bien puede ser, — replicó Inés con cierta ironía.

Mientras hablaba el paje, observaba atentamente el rostro de la doncella para ver el efecto que le causaban sus palabras.

—¿Lo dudas — repuso el mancebo, — pues ya te convencerás. Como te he dicho, al marqués lo asesinaron junto a Santa María, y al año siguiente, una dama del servicio de la reina que debía haberse casado con él, se fué a un convento.

—¿A cuál?

—Al de las Huelgas de Burgos, a donde también encerraron por orden del rey a tu señora.

Inés miró atentamente al paje.

—Pues bien, — prosiguió éste. — el marqués no murió, como todo el mundo había creído, hasta su misma dama, y ahora la busca por todas partes sin saber cónde se encuentra, porque no hace muchos días que ella desapareció del convento.

La doncella palideció.

—¿Y qué tiene que ver, — dijo, — nuestra fortuna ni mi señora, con todo ese enredo que probablemente será una patraña?

Luis se sonrió maliciosamente y repuso:

—Ya te he dicho que se trataba quizás de mil escudos de oro.

—No te comprendo.

—Inés, me has dicho que me amas y lo dudo.

No llegaba ni con mucho a la del paje la astucia de la doncella, que iba metiéndose insensiblemente en el lazo que aquel le tendía.

—¡Dudas que te amo! — exclamó admirada y como dispuesta a mostrarse ofendida.

—Lo dudo, porque la reserva, y la mentira huyen del amor como el diablo de la cruz, — repuso Luis.

Y observando a la doncella, vió que ésta se turbaba, y añadió sin darle tiempo a reponerse:

—Tú sabes donde está doña Blanca, la prometida del marqués, y no eres tan tonta que no hayas comprendido mi plan.

—¿Crees, — replicó Inés, que se había puesto colorada como una cereza, — que yo me ocupo de esas intrigas ni sé nada de lo que sucede entre los señores de palacio? Verdad es que mi señora estaba en las Huelgas, que allí fuí a buscarla y...

—Yo concluiré por ti — dijo el mancebo.

—Pero...

—La verdad es que doña Blanca está en poder de tu señora.

—¡Felipe! — exclamó en extremo turbada la doncella.

—Inés, — repuso el paje, fingiendo una profunda tristeza, — según voy viendo, esta noche será la última que cenemos juntos. Pensé otra cosa de ti, pero me equivoqué.

—¿Quién me responde, — replicó Inés, — de que tú no eres un espía pagado por el marqués de Poza?

—¿Te propongo acaso algún crimen? Al contrario, con salvar a esa infeliz señora, cumpliríamos con nuestro deber, y al mismo tiempo haríamos nuestra fortuna.

La doncella quedó silenciosa y pensativa, y Luis enteramente convencido de que Blanca estaba en poder de la princesa.

—Ya lo ves, — repuso el mancebo, — no estaba yo equivocado; tú sabes el paradero de

doña Blanca, cuya vida está en peligro, y es un deber salvarla a toda costa, y un deber y una conveniencia para nosotros, que podemos sacar mucho partido de este asunto. Te he juzgado mujer de buen corazón, y al mismo tiempo he creído que me amabas, y por eso te he hablado de esta manera.

—Felipe — contestó la doncella después de algunos momentos de meditación. — bien puede ser que me engañes, pero quiero darte una prueba de confianza y de cariño.

—No esperaba otra cosa de tí — dijo el paje.

—Efectivamente, sé dónde esta doña Blanca, y me duele su suerte. Además, no quiero ser cómplice de un crimen, prefiero serlo de una buena obra, y si se encuentra medio de salvar a esa dama sin que yo me comprometa, cuenta conmigo.

—¡Bien, Inés mía! — exclamó el paje en el colmo de su entusiasmo. — ¡Tienes un corazón noble y generoso!

Y la besó con cariño

—Pongo en tus manos mi suerte, — dijo Inés en extremo turbada.

—No tendrás por qué arrepentirte.

—Ahora, dime lo que hemos de hacer.

Los ojos negros del paje brillaron con el fuego de una alegría inexplicable y tuvo necesidad de oprimirse el pecho porque se sentía medio ahogado por su misma emoción.

—¿Dónde está encerrada doña Blanca? — dijo.

—En la misma casa de mi señora

—Pues bien, es muy sencillo.

—Explícate.

—No te faltará ocasión de apoderarte un momento de la llave de la habitación donde está encerrada.

—Difícil es.

—Pero no imposible.

—No.

—Pues bien, con un momento, repito, basta para que saques un molde en cera y me lo des.

—Bien, eso puede hacerse, pero después...

—Todo se allanará; sigamos con orden y una vez conseguido lo primero, veremos lo que conviene, según las circunstancias sean y se presenten las ocasiones. Ante todo, procuremos el medio de entrar en la prisión; que luego veremos cuándo y cómo conviene poner en práctica nuestros planes.

—Tiemblo, Felipe.

—Nada temas, porque en último caso no pueden acusarte de ningún delito.

—Pero la señora princesa...

—Es vengativa, lo sé; pero me río de sus venganzas como ya otros se han reído de ellas.

—Solo un hombre se le ha burlado, según ella dice en los momentos en que la ira la ciega.

—¿Y quién es ese hombre?

—El que tanto da que decir en Flandes y que tanto dió que hacer en palacio, el diablo de la famosa capa blanca.

—Que protege al marqués, y por consiguiente nos protegerá a nosotros.

—Falta que esté en España, porque a ser así, ya habría sacado de su encierro a doña Blanca

—¿Asegurarías que no trabaja en este momento con ese fin?

—Entonces no necesitaría nuestra ayuda el marqués.

—Puede ignorarlo, porque ese hombre hace cosas al contrario de todo el mundo

—Sea como quiera, hagamos la buena obra y aprovechemos la ocasión de tomar unos cuantos escudos.

—Mañana le hablaré al marqués.

—Cuanto antes mejor.

—¿Y cuándo me darás la cera para hacer la llave?

—Por la mañana temprano.

—¿Tan pronto?

—Solo de noche, cuando duerma mi señora, puedo aprovechar la ocasión.

—¿Dónde te espero?

—Junto al postigo.

—Bien.

—Sacaré la mano y te daré la cera, porque no quiero exponerme a que me vean.

—¿Nos veremos a la noche?

—Sin falta.

—Seremos felices, Inés.

—Tal espero.

—Hemos interrumpido la cena sin pensar... prosigamos... ¡Mozo! — gritó el paje.

El hostelero entró:

—¿Hasta cuándo hemos de aguardar el ponderado pastel de pichones que me habéis prometido?

Pocos momentos después humeaba sobre la mesa un enorme pastelón, y los amantes continuaron alegremente su cena, hasta que advirtiendo Inés que era bastante tarde, brindaron por su futura dicha, y salieron de la hostería.

Media hora después volvió el paje, y ya alegre ya meditabundo, encerróse en su aposento y se acostó.

El capitán dormía profundamente.

Capítulo XLII

DE COMO SIEMPRE TRAS UNA ALEGRIA VIENE UN PESAR

AL siguiente día madrugó el paje y fué en busca de Inés. Esta cumplió su palabra: había moldeado en cera las guardas de la llave, aprovechando el sueño de su señora la noche anterior.

A las once de la mañana encaminóse el mancebo a casa de doña María de Mendoza, contento por el éxito de sus primeras tentativas, y pensando en acudir también en socorro de la hija de don Juan.

La dama lo recibió con muestras de la amistad más afable, y apenas lo hubo saludado, le dijo:

—He visto al marqués...

Luis no pudo reprimir un grito de alegría.

—¿Dónde está? — preguntó afanosamente.

—En Madrid, y se hospeda en la hostería del "Italiano..."

No pudo terminar doña María su explicación porque la interrumpió el mancebo con una ex-

clamación enérgica y un ademán de coraje.

—¡Vive el cielo! — dijo a la vez que apretaba los puños. — ¡Tan cerca de mí, quizás en la habitación inmediata!

Y sin detenerse un instante se puso de un brinco fuera del aposento, bajó de tres en tres los escalones que conducían al zaguán, y como el que huye de la muerte corrió desalentado hasta llegar a la hostería.

La primera persona que encontró fué al hostelero que bajaba la estrecha escalera.

—¿Cuál es — preguntó éste, — la habitación del señor Alonso de Burgos?

—No vive... aquí...

—¡Mientes, bribón!

—Anoche... anoche se fué.

El paje exhaló un grito; relumbraron sus pupilas, y, apretando los puños con rabia, exclamó:

—¡El infierno se conjura contra mí!

—Está loco — murmuró maese Mancioni, subiendo la escalera.

—Vamos a mi aposento; tenéis que contestarme a varias preguntas, y si no me decís la verdad... ¡voto a San Dimas!... si mentís, el señor Pero se encargará de vuestra barriga.

Receloso siguió al mancebo y ambos entraron en la habitación de éste, donde el señor Pero se paseaba con impaciencia, aguardando la hora de comer.

—Me alegro — dijo el soldado — que hayáis venido. Si os parece, pediremos la comida.

—No se trata de eso — le contestó el paje, — sino de que escuchéis lo que voy a preguntar a maese, y si no me responde con claridad le saquéis de un apretón la barriga por el espinazo.

—Preguntad lo que os plazca.

—¿Dónde está el señor Alonso de Burgos?

—Estuvo en mi casa; pero ya se fué.

—¿Cuándo vino?

—Ayer por la mañana

—¿Cuándo se fué?

—Por la noche.

—¿Habéis notado alguna cosa digna de referirse?

—Que me pagó como un duque.

—Eso no nos importa.

—Entonces...

—¿Sabéis por qué se fué tan pronto y adónde fué?

—No sé más sino que vino a buscarlo un hombre que dejó muerto a la puerta el caballo que traía.

—¿Sabéis lo que habló ese hombre con el señor Alonso?

—No lo sé.

—¡Mentís! — exclamó el paje, clavando una terrible mirada en maese Mancioni.

Este tembló y repuso:

—Es la verdad, señor hidalgo, y sólo sabré deciros que se oyeron algunas voces en el aposento del señor Alonso: que su escudero ensilló los caballos y que partieron como dos flechas.

—Pero ¿adónde han ido?

—Por casualidad oí que nombraban a Toledo; pero no sé más.

—Basta — dijo el mancebo; — retiráos, y cuidad que nadie sepa que he tenido con vos esta conversación.

—Seré mudo — dijo el hostelero.

Y luego que salió maese, el capitán preguntó al paje:

—¿Qué significa todo esto?

—Lo que habéis oído, ni más ni menos: que hemos tenido a nuestro lado al marqués.

—¡Voto a Satanás!

—Pero ya sabemos que está en Toledo, y si esta noche no ocurre nada de particular en mi entrevista con Inés, iremos a buscarlo y volveremos mañana por la tarde.

—¿Y cómo habéis sabido que estaba aquí?

—Por doña María de Mendoza.

—Ahora no ha de escapársenos.

Comieron nuestros amigos.

Llegó la noche y el paje fué en busca de la bonita Inés.

Largamente hablaron los amantes sobre el proyecto de salvar a Blanca; pero no encontraron ocasión de dar paso alguno en él, y aplazaron la cuestión para el siguiente día.

—¿Nos veremos mañana? — preguntó el mancebo a la doncella.

—Sí, a la hora de costumbre.

—¿Por dónde saldrás?

—Por el postigo para evitar murmuraciones.

—¿Acaso por aquella parte de la casa no hay criados que observen?

—A nadie se ve en el pasillo adonde da la puerta falsa, ni en el patio adonde desemboca, ni en la escalera excusada que en éste se encuentra, ni en las habitaciones que van después y que están siempre solitarias.

—¡Lástima — repuso el paje — que por ese lado no esté la prisión de doña Blanca!

—Muy cerca y la única ventana que tiene da al patio de que os he hecho mención.

—No necesito más — dijo para sí el paje.

Y luego añadió, en voz alta:

—Creo que saldremos bien con nuestra empresa.

—Dios lo quiera, porque mil escudos...

—Que son los que me ha prometido el marqués.

—Seremos felices.

—Adiós, Inés mía

Un cuarto de hora después de esta conversación, y cuando los relojes de la villa señalaban las diez, el paje y el capitán montaban a caballo y, a buen trote, tomaban el camino de Toledo.

Pasaron las horas.

Al resplandor de la luna mezclóse el del matutino crepúsculo.

Salió el sol.

El capitán bostezó, y restregóse los ojos el mancebo, a la vez que decía:

—Se nos ha hecho tarde.

—Ya apretaremos el paso — contestó el señor Pero.

—¿Estáis seguro de que no habéis perdido el camino?

—¡Por los cuernos de Satanás!... Bueno estaría que yo hubiese olvidado el camino de Toledo.

—Pero de noche...

—Buena luna teníamos, y además, con los ojos tapados me atrevo a ir.

Espolearon a los corceles y anduvieron buen trozo de camino.

—Por allí — dijo el mancebo — vienen tres jinetes.

—¿Serán conocidos?

—Procurad ocultaros el rostro.

Los que venían de la parte de Toledo apretaron el paso, y cuando llegaron a una venta, más pronto que nuestros conocidos, apeáronse y entraron aceleradamente.

—O van muy fatigados, o tienen mucha hambre — dijo el capitán. — ¡Dichosos ellos que van a calentar su estómago!

—¿Qué sabéis si alguno está enfermo?

—Todo puede ser, pero su ligereza indica que se encuentran sanos.

—¡Más de prisa hasta pasar el mesón! — gritó el paje.

Y obligó a su caballo, que partió como una flecha.

El capitán lo siguió, y bien pronto, entre una nube de pivo, dejaron atrás la venta.

Los que dentro estaban eran el marqués, el doctor y Juan, que se habían metido allí por temor de ser conocidos.

¡Otra vez sin encontrarse, estando tan cerca!

El paje y el soldado siguieron su camino.

Llegaron al fin al castillo.

Algunos momentos después abrió un criado, cuyo semblante triste y aire distraído llamó la atención de los caminantes.

—Decidme — le preguntó el mancebo. — ¿está en el castillo el señor Alonso de Burgos?

—Hoy mismo ha partido.

—¿Y adónde ha ido? — repuso Luis.

—Lo ignoro — contestó el sirviente.

—No importa; decid al señor barón...

—El señor barón ha muerto.

Luis palideció, y al pronto no pudo articular una sílaba. Se había desvanecido su última esperanza.

—¿Quién sabe — dijo al fin — el paradero del señor marqués, o del señor Alonso, si así más os place nombrarlo?

—Nadie, señor; no ha querido decir adónde iba; la única persona a quien pudiera haberse confiado sobre este punto es al doctor Pedroso, y éste lo acompaña.

—¿Quién más va con ellos?

—Un criado.

—¿Es Juan? — preguntó el señor Pero León.

—El mismo... ¿Cómo sabéis...?

—Son los que han entrado en la venta...

—Si caminan hacia Madrid y vos venís de allá debéis haberlos encontrado cerca de la venta de San Ildefonso.

—Volvamos a Madrid.

—Nuestros caballos no pueden llegar si no descansan...

—Tenéis razón.

—¡Se conjura contra nosotros la fatalidad!

—Buen hombre — dijo el mancebo al sirviente, — si tenéis noticias del marqués, cuidad que llegue a la suya que ha venido a buscarlo el diablo...

—Ya sé quién sois...

—Y si dudáis...

—Os creo; y en prueba de que es así, os ofrezco caballos si queréis trocarlos por los vuestros.

Nuestros amigos aceptaron de muy buena voluntad, y antes de un cuarto de hora montaban sus yeguas, con las cuales podían casi comprometerse a alcanzar al marqués, si éste no caminaba muy de prisa.

—Estoy en ayunas, amigo mío — dijo el capitán al sirviente, — y ya que mi compañero no quiere detenerse para almorzar, dadme siquiera un trago de aguardiente.

—Lo haré con mucho gusto — contestó el doméstico; — pero mejor fuera que tomáseis un bocado siquiera...

—No podemos perder un minuto; gracias, buen hombre. Y vos, capitán, bebed el aguardiente y volvamos a Madrid, que tal vez encontraremos aún en el camino al marqués.

El criado entró en el castillo, volviendo poco después con un vaso y una botella de aguardiente.

—No es menester que ensuciéis el vaso — le dijo el capitán. — Dadme la botella.

Y tomándola, apuró más de una tercera parte de su contenido.

—Ahora me tenéis a vuestras órdenes — dijo al mancebo.

Ambos emprendieron nuevamente la marcha, y cuando hubieron salido al camino real, picaron a los corceles y siguieron hacia Madrid con velocísima carrera.

Pero el marqués llevaba mucha ventaja, y también caminaba de prisa, por lo que el paje se convenció de que no podría darle alcance y que sólo conseguiría matar los caballos si se obstinaban en seguir corriendo.

Dejémoslos, y veamos lo que era del de Poza y sus acompañantes, que, siempre tristes, meditabundos y silenciosos, avanzaban hacia la coronada villa.

Capítulo XLIII

DE COMO EL CAPITAN TUVO OCASION DE DIVERTIRSE

CAMINABA el sol hacia el ocaso, y el marqués, el doctor y Juan entraban por la que fué Puerta de Moros.

Pocos pasos anduvieron, cuando dos hombres que atravesaban la calle detuviéronse repentinamente, fijaron una mirada escudriñadora en el marqués, y, recatando luego el rostro, volvieron atrás y se ocultaron tras una esquina hasta que pasaron los caminantes.

Siguiéronlos a alguna distancia, aunque sin perderlos de vista, y los jinetes, preocupados con sus tristes recuerdos, no echaron de ver que los espiaban.

Llegaron a la plaza del Arrabal, detuviéronse a la puerta de la hostería, y después que el de Poza y sus acompañantes hubieron entrado, uno de los hombres que los seguían dijo al otro:

—Ya sabes que no has de moverte, y si sale síguelo porque de esta vez no ha de escaparse como en el camino de Burgos.

—Vete, y descuida — le contestó el otro.

—Pronto vuelvo con las órdenes que me dé la señora princesa — repuso el que había hablado primero.

Y luego se alejó a buen paso, y en pocos minutos llegó a casa de doña Ana de Mendoza y, sin detenerse a que pasasen aviso, entró en un gabinete donde la dama estaba en dulce coloquio con el ministro Antonio Pérez.

—Perdonadme, señora — dijo Ginés, que no era otro el recién llegado; — perdonadme, pero acabo de ver al marqués de Poza...

—¡Al marqués de Poza! — exclamó la dama, medio levantándose de su asiento y a la vez que palidecía.

El ministro hizo también un movimiento de sorpresa, y dijo al sirviente:

—¿Estáis seguro de no haberos equivocado?

—Lo conozco bien, señor.

—¿Dónde está? — repuso la princesa en cuyo semblante se pintó la más diabólica alegría.

—Acaba de llegar a Madrid, y se ha hospedado en la hostería del Italiano, que está en la plaza del Arrabal.

—¿Cómo es que lo has dejado?

—Allí ha quedado Felipe mientras yo venía a daros el aviso.

—¡Oh! — exclamó doña Ana, cuya agitación apenas la dejaba hablar. — ¡No se escapará esta vez!... ¡Los dos, los dos en mi poder... ¡Ah!... ¡Qué venga el diablo ahora a disputármelos!

Una carcajada sarcástica salió de los labios de la princesa, y luego, oscureciéndose su hermoso semblante, prosiguió:

—Señor Pérez, ya sabéis dónde hay un criminal, a vos os toca satisfacer la justicia.

El ministro sonrió levemente, y acercándose a una mesa donde había recado de escribir, puso una carta dirigida al alcalde mayor, y se la entregó a Ginés.

—Tomad — le dijo, — y no perdáis tiempo; id de prisa, pero no a caballo, porque las cinchas pueden estar rotas.

El asesino rechinó los dientes, y, sin reparo a la presencia de su señora ni a la del secretario de Estado contestó:

—¡Vive el cielo, señor Antonio Pérez, que han de pagarme con creces la burla! ¡Voto al infierno y a todos los demonios que lo habitan que he de cumplir mi juramento de hacer cinchas con el pellejo del escudero!

—Tal vez — repuso el ministro, moviendo la cabeza con aire de duda; — mucho me temo que la capa blanca os ciegue como a los católicos de Flandes. No estará muy lejos el diablo, y, si he de decir lo que siento, creo que se burlará de nosotros.

—¿Y mostráis tanta calma cuando teméis ser vencido por un rapaz miserable? — dijo la princesa, con acento de amarga reconvención.

—¿Qué adelantaría con alterarme? Ya llegará el día en que, a consecuencia de la agitada vida de ese a quien llamáis rapaz, aunque es un hombre valiente como pocos o ninguno, le suceda una desgracia, y entonces el triunfo será nuestro... Idos, Ginés, idos, que el tiempo se pasa, y quizás la ocasión. El señor alcalde irá con vos y llevará gente que os auxilie, porque no es el marqués hombre que se deje prender fácilmente.

—Ya lo veremos.

El asesino salió para cumplir las órdenes que le habían dado, y media hora después entraba en la plaza del Arrabal, precedido del alcalde mayor de casa y corte y diez alguaciles armados de largos espadones, y cuyos pálidos rostros e inquietas miradas demostraban claramente que no las tenían todas consigo, porque entre ellos había corrido la voz de que iban a prender al marqués de Poza, que acababa de resucitar, y de que (y esto era lo que más miedo les infundía) el famoso diablo, con su más famosa capa, acudiría en defensa del resucitado.

Atravesaron la plaza, mirando a derecha e izquierda, adelante y atrás, por si divisaban alguna capa blanca, y, retorciéndose el bigote los más fanfarrones y cobardes, y con la diestra en la empuñadura de la tizona los más prudentes, llegaron a la puerta de la hostería.

El alcalde entró seguido de Ginés y del otro asesino y preguntó a maese Mancioni:

—¿En qué aposento está un caballero que dice llamarse Alonso de Burgos?

—¿El señor Alonso de Burgos? — repitió el hostelero, mientras se quitaba su blanca gorra. — Está arriba y, por más señas, que no hace mucho que llegó...

—Guiadnos sin darle ningún aviso.

—Bien, señor.

—¿Supongo que me conocéis?

—Y aun cuando no fuese así, la gente que os acompaña..., que acompaña a vuestra señoría...

—Cinco de vosotros — dijo el alcalde a los alguaciles — me seguiréis y los otros cinco se quedarán guardando la puerta para que no entre ni salga nadie.

Ninguno se movió, porque todos hubieran preferido quedarse afuera.

—Vamos — repitió el alcalde, designando a los que debían seguirle.

Mancioni murmuró:

—No parece sino que anda el diablo por aquí...

—¿Qué decís del diablo? — preguntaron a la vez algunos alguaciles, dando un paso atrás.

—Nada, sino que estos trastornos...

—Os entiendo, señor huésped — dijo Ginés, acercándose al hostelero. — Sabéis que el diablo protege al fingido señor Alonso de Burgos y no tendréis inconveniente en declarar dónde se encuentra con su compañero.

Maese Mancioni miró a Ginés con extrañeza y se encogió de hombros.

—No sé lo que queréis decir — contestó maese.

—Señor alcalde — prosiguió el asesino: — ya ve vuestra señoría que este hombre tiene

noticias del diablo de la capa blanca y es preciso que declare.

—¡Jesus, María y José! — exclamó el hostelero .— ¡El diablo de Palacio, el de la célebre capa blanca! ¡Dios me libre siquiera de verlo! He oido hablar mucho de él, como ha sucedido a todo el mundo; pero esto no quiere decir...

—Iréis preso — interrumpió el alcalde.

—¡Señor! — exclamó Mancioni, temblando y con acento compungido. — ¡Señor, que me pierdo vuestra señoría; que soy ajeno...!

—Silencio y conducidnos a la habitación del señor Alonso — dijo Ginés, — que ya se os aplicarán un par de cuñas para que cantéis claro.

El hostelero palideció, y quiso arrodillarse para suplicar; pero le detuvo el alcalde y le mandó que subiese para designar el aposento del marqués.

Ya había cerrado completamente la noche. La presencia de los alguaciles había llamado a muchos curiosos, y en pocos momentos gran multitud de personas se apiñaba delante de la hostería.

Maese Mancioni, pálido, convulso y poseído de pavor, con un candil en la mano subió la estrecha escalera.

Seguíanlo el alcalde, Ginés y los cinco alguaciles, todos espada en mano, atento el oído, la mirada escudriñadora, conteniendo apenas la respiración y con silenciosos pasos.

Llegaron arriba, y a los pocos pasos que anduvieron por un corredor detúvose el hostelero y señaló con la mano hacia una puerta que estaba cerrada.

El marqués y el doctor cenaban en aquellos momentos, y Juan procuraba hacerles olvidar sus tristes recuerdos tomándose la libertad de hablarles mucho y de asuntos diferentes.

Pasados algunos instantes, el alcalde hizo seña a los alguaciles para que entrasen; pero como el miedo les sujetaba con su invisible y poderosa mano, ninguno se movió; Ginés, hizo un gesto despreciativo, y, sin más detenerse, acercóse a la puerta y la abrió violentamente.

Aprovechóse el hostelero de la turbación general para escurrirse por la escalera, después de apagar el candil; los corchetes extendieron hacia adelante el brazo derecho y la tizona, y doblaron el cuerpo hacia atrás, quedando luego inmóviles como estatuas, y Ginés dió un paso en el interior del aposento, mientras sus ojos relucían como dos ascuas.

Una exclamación de sorpresa exhalaron al mismo tiempo el marqués, el doctor y Juan; poniéndose en pie, desenvainaron los aceros, y gritaron:

—¡Atrás!

Pero esta orden, dada con acento de la más terrible amenaza, no detuvo a Ginés ni a los alguaciles, que, mandados por el alcalde, entraron también en el aposento.

Nuestros amigos se habían colocado detrás de la mesa en que cenaban, y tenían a su espalda una ventana. Allí, con los aceros desnudos y el ánimo resuelto, se disponían a defenderse hasta perder la vida antes que dejarse aprisionar.

A la otra parte de la mesa estaban Ginés, el alcalde y los alguaciles, que habían quedado suspensos un instante para examinar la habitación y acometer con más seguridad.

El alcalde mayor, antes que empezase la pelea, que indudablemente había de costar mucha sangre al uno y al otro bando, dijo al marqués, con toda la atención y finura que las circunstancias requerían:

—Señor marqués, grata es mi sorpresa el veros vivo cuando por muerto os tenía; pero siento en el alma que nuestra primera entrevista sea para asunto tan desagradable como el presente, y de esto estaréis convencido si no habéis olvidado que, en mejores tiempos para vos, nos tratábamos como amigos. Pero tengo que cumplir con mi deber; las órdenes que he recibido son terminantes, y no puedo dejar de llevaros preso. Sentiré que intentéis la resistencia, porque nada adelantaríais sino que se derramase inútilmente la sangre de los que, como yo, vienen a cumplir con su deber, y la vuestra.

—Antigua amistad nos une, señor conde — contestó el marqués, con pausado tono y demostrando una admirable serenidad. — Mucho siento tener que presentaros la punta de la espada en vez de alargaros cordialmente la diestra, como en otro tiempo; pero ya comprendéis todo lo crítico de mi situación; mejor que yo sabéis que me espera una hoguera, como a mi desdichado y noble padre y a mi hermano, y me conocéis lo bastante para estar convencido de que preferiré morir defendiéndome a verme en una horca envilecido y haciendo sonreír de gozo a mis enemigos, ruines y cobardes.

En nombre del rey, me habéis requerido a dejarme prender; yo no os obedezco, y para que no gastéis en balde ni el tiempo ni las palabras, os juro que haré la más obstinada, la más desesperada resistencia hasta perder la vida. Ya sabéis que cumplo mis juramentos.

Convencido estaba el alcalde de que era tiempo perdido el que se emplease en querer disuadir al de Poza de su intento de resistir, y por esto, y para llenar todas las fórmulas, requirió por tres veces al enamorado mancebo, y después de recibir otras negativas, dijo al doctor y a Juan:

—¿Y vosotros estáis decididos a prestar ayuda contra el rey, a quien represento?

—¡¡Por Santa Brígida, mi patrona! — exclamó el escudero. — Por tan ruines y cobardes nos tenéis que pensáis que hemos de abandonar al que se ve solo y perseguido? ¡Venga esa tropa de corchetes, que pronto rodarán por el suelo, y, sobre todo, dejad que me las entienda con ese desorejado escudero de doña Ana, que tendrá deseos de que le pague cierta broma que le dí no hace mucho tiempo en el camino de Burgos.

—¿A qué gastar palabras en balde? — gritó Ginés, que apenas podía reprimir los ímpetus de la ira. — ¡A ellos, camaradas!

Y lanzándose sobre nuestros amigos, siguiéronle los corchetes y comenzó la función.

Allí era de ver cómo se daban tajos y estocadas, y rechinaban al encontrarse los aceros, rodaban los muebles y avanzaban o retro-

cedían los combatientes, y maldecían o se amenazaban o exhalaban ayes y gritos y relumbraban las pupilas de todos y rechinaban los dientes.

Grande era la confusión, más el estruendo, y por rarísima casualidad sosteníase sobre la mesa el velón que iluminaba el aposento, y a no suceder así, seguramente se hubiesen herido unos a otros los de un mismo bando en medio de la oscuridad porque no era fácil que el hostelero se hubiese decidido a meterse con su candil entre aquella gente aturdida y ciega por el coraje.

Dos alguaciles estaban ya por el suelo, muertos o heridos, que lo mismo es para el caso, y otro apenas podía seguir defendiéndose ni acometiendo, porque le cegaba la sangre que brotaba de una herida que había recibido en la frente.

Los otros dos corchetes empezaban a retroceder, acobardados por la suerte que había cabido a sus compañeros, y sólo Ginés peleaba denodadamente, demostrando el mayor arrojo.

El alcalde, no por cobardía, sino por bien entendida prudencia, no había tomado parte en el combate, y viendo que su gente disminuía y ni levemente heridos estaban los otros, creyó muy del caso pedir refuerzo, y, asomándose a la puerta, gritó:

—¡Todos arriba!

Los alguaciles que habían quedado en la plaza subieron, no sin dar diente con diente convulsos por el enemigo del miedo, pues con razón maliciaban que el asunto no estaría en muy buen estado cuando a toda prisa se demandaba auxilio.

Pero no bien habían traspuesto la escalera, cuando rompiendo por entre la curiosa muchedumbre que aún permanecía en la plaza, llegaron dos jinetes a la puerta de la hostería, apeáronse y entraron, mostrando en su semblante la sorpresa.

Maese Mancioni les salió al encuentro.

—¡Por la santa Madona de los afligidos! — exclamó lleno de espanto. — ¡No paséis adelante si estimáis en algo la vida!

—¿Qué acontece? — preguntó aceleradamente el mancebo.

—¡Se matan, se hacen pedazos!... ¡Por la Santa Madona!...

—¿Quién? ¿Por qué?

—El señor Alfonso.

—¡Vive al cielo! — exclamó Luis echando mano a la espada.

—¡Ira de Satanás! — gritó el señor Pero, blandiendo su larguísima tizona.

El paje volvió su capa del revés, de manera que se convirtió de negra en blanca, y, seguido del capitán, lanzóse hacia la escalera, a la vez que gritaba:

—¡Una luz, maese o te mato!

No se atrevió el hostelero a desobedecer una orden tan terminante, y, volviendo a tomar el candil, subió temblando tras el mancebo y el capitán.

En los momentos que habían transcurrido desde que el alcalde pidiera el socorro hasta que llegaron Luis y el señor Pero al lugar del combate, el aspecto de éste había variado, y para que nada se pierda de tan singular acontecimiento, memorable en los fastos de la alguacilesca tropa, volveremos al punto en que dejamos el teatro de la pelea.

Dábanse, como ya hemos dicho, furiosos golpes, y sólo tres contra tres combatían, pues el alguacil herido en la frente tuvo que abandonar el aposento porque se sintió desfallecer por la falta de sangre.

El marqués y los suyos creyeron que serían favorecidos con la victoria.

—¡Animo, señor! — gritó Juan, que pudo al fin colocarse frente a Ginés. — Os dejo un corchete y otro al señor doctor; en dos cuchilladas los quitáis de enmedio; el adversario más temible es este desorejado, y yo me encargo de él.

—¡No has de quedar para contarla, vive Dios! — dijo el escudero de la princesa. — ¡Juré hacer cinchas de tu pellejo, y ya verás!..

No pudo proseguir el asesino, porque tuvo que poner toda su atención en parar un horrible tajo que le asestó Juan a la cabeza, y del cual libró milagrosamente la vida. Entonces acabó de convencerse de que su adversario era muy temible, y como no había para qué observar allí leyes de buen combate tomó una silla, levantóla colocándola horizontalmente, y, sirviéndose de ella a modo de parapeto, arremetió a Juan, que en aquel instante le dirigía una estocada.

El acero del fiel sirviente del marqués tropezó en la silla, y quiso la desgracia que se rompiese en dos pedazos, dejando sin defensa a su dueño.

—¡Encomienda tu alma! — gritó Ginés mientras dejaba escapar una carcajada de horrible sarcasmo.

Indudablemente el valeroso Juan hubiese perdido la vida, si en aquel mismo instante su amo, libre por haber dado la muerte al alguacil que delante tenía, no acudiese en su ayuda, hiriendo, aunque levemente, a Ginés en un costado.

No quedaba a Juan otra defensa que su astucia y su imperturbable serenidad. Vióse desarmado, oyó el tropel de los alguaciles que acudían al llamamiento del alcalde, y, comprendiendo que al fin y al cabo sucumbirían al crecido número de los enemigos, pensó en buscar un medio de salvación más seguro que el de la resistencia, que no podía prolongarse. Entonces echó una rápida ojeada por todo el aposento, y, contemplando por un segundo la ventana, dijo al marqués:

—¡Haced cuantos esfuerzos podáis para resistir y, sobre todo, no permitáis que ninguno se me acerque!

Esto diciendo, con una velocidad incomparable acercóse a la cama del marqués, tomó una sábana, y, abriendo la ventana, la echó a la parte de fuera y sujetó por dentro una de sus puntas.

En aquel instante entraron los otros cinco alguaciles.

—¡Que les corten la retirada! — gritó Ginés.

—¡Por aquí, señor! — dijo Juan, mientras recogía la espada de un corchete muerto.

Los cinco alguaciles se habían lanzado sobre nuestros amigos, y en el tropel de la acometida dieron con la mesa en tierra y rodó el velón, quedando el aposento a oscuras.

—¡Que se escapan, ira de Satanás!

—¡Otra vez a la puerta, y que nadie salga! — gritó el alcalde.

—¡Cien legiones de demonios!

—¡A la puerta!

—¡Luz, venga luz!

Así se oyó gritar, y cuando los corchetes, confusos y aturdidos iban a salir del aposento, penetró en éste la luz del candil de maese Mancioni, y se oyó exclamar con una voz atronadora:

—¡Por el rabo de Satanás!

Ni las cuchilladas ni la sangre habían infundido tanto espanto a los alguaciles y aun al mismo Ginés como les infundió la capa blanca del mancebo.

—¡El diablo! — dijeron todos a la vez.

Y los unos hicieron la cruz al quedar inmóviles, mientras que los otros intentaron huir o esconderse bajo la cama.

Aprovechóse Juan de aquel momento de terror y de sorpresa general para hacer a su señor que saltase por la ventana, y, mientras tanto, el capitán, jurando y maldiciendo con atronadora voz, daba tajos y estocadas tan furiosas, que a seguir algunos instantes no hubiese dejado corchete con vida.

—¿Qué hacéis, menguados? — gritó Ginés en el colmo d ela desesperación. — ¡Se escapa, a la puerta, a la puerta!

¿Pero cómo habían de salir? Estorbábanlo el paje y el soldado.

El instinto de conservación hizo recobrar algún valor a los corchetes, y las espadas volvieron a chocarse.

—¡Seguid al señor marqués! — dijo Juan al doctor.

Este aprovechó el consejo, y, seguido por el sirviente, saltó por la ventana.

—¡Se van, voto al infierno!... ¡A la puerta!... ¡Todos al diablo y a su compañero, que son hombres como nosotros! — gritó Ginés.

Entonces abandonaron a Juan y acometieron a Luis y al señor Pero.

—Así me gusta — dijo el capitán. — Ya hacía mucho tiempo que no se me había proporcionado tan buena ocasión de divertirme... ¡Vete por la ventana, amigo Juan!

El paje, envuelto en su ancha capa, con la que se cubría el rostro, no dejaba ver más que el brazo con que manejaba su acero, y, como si estuviese clavado en el sitio en que había creído oportuno colocarse, ni avanzaba, ni retrocedía.

—¡Ya nos veremos! — dijo el escudero Juan.

Y también saltó por la ventana con la ligereza y la agilidad de un gato.

Convencióse Ginés de que llegaría tarde si esperaba a que le dejasen el paso libre para salir, y no queriendo perder la ocasión de agarrar siquiera al escudero, dió un brinco y se acercó a la ventana.

Entonces Luis corrió tras él, y cuando le vió con medio cuerpo fuera, le dijo:

—Os ayudaré a bajar.

—Y agarrándole de los pies lo arrojó de cabeza al patio.

Luego volvió a los alguaciles: tres quedaban, que de tres cintarazos dejaron de estorbar.

El alcalde había salido en los últimos momentos de la pelea, con objeto de ir en busca de socorro.

Nada, pues, estorbó la fuga al diablo ni a su compañero, que en cuatro brincos bajaron la escalera y se encontraron en la plaza.

Diez minutos después volvió el alcalde con un crecido número de soldados y alguaciles; pero sólo encontró a maese Mancioni, llorando sobre los muebles hechos pedazos y llenos de sangre que cubrían el suelo de la habitación.

Los curiosos que aún permanecían en la plaza fueron retirándose muy contentos, porque podían decir que habían visto al diablo con su capa blanca, por entre cuyo embozo brillaban dos luces que debían ser los ojos de aquel Satanás tan temido.

¿Qué había sido de Ginés?

Al caer desde la ventana dió con su cuerpo en el emparrado de que ya hicimos mención, y de allí vino al suelo, quedando tan quebrantado que no pudo moverse hasta que fueron a recogerlo.

El alcalde mandó sacar a los muertos y heridos y llevar preso a maese Mancioni para que declarase lo que fuere menester.

—¡Compasión! — exclamaba el hostelero.

—Silencio.

—¡Santa Madona!...

—Cerróse la hostería.

Capítulo XLIV

SIGUE LA CAPA DESEMPEÑANDO EL PRINCIPAL PAPEL

BIEN pronto llegó la noticia del suceso a doña Ana de Mendoza y al ministro, que aún se hallaba en su compañía.

En vano intentaremos pintar la desesperación de la dama que llegó a su colmo, y exhaló en gritos e impotentes amenazas. Descompúsose su semblante hasta parecer horrible, retorcióse los brazos, y tales fueron sus demostraciones, que Antonio Pérez temió que la rabia trastornase aquel cerebro ardiente.

—¡Ya he perdido la esperanza! — exclamo la princesa. — ¡No puedo luchar con ellos, me vencerán siempre, pero yo me vengaré de una manera horrible!

—Calmáos, doña Ana — dijo Pérez, cuya turbación era en extremo visible. — Calmáos.

—¡Calma decís! — interrumpió la princesa. — ¡No tenéis corazón, ni me amais!... ¡Idos, señor Pérez!

—Señora...

—Idos, sí, dejadme; necesito venganza y me estorbais; ya que no servís para ayudarme, al menos...

—Pero, señora...

—¡Decid al rey lo que pasa!... ¡No os detengais!... ¡Oh!... ¡Si no me vengase esta misma noche, antes de una hora me ahogaría la desesperación!... ¡Idos, señor Pérez, y no volvais sino después de haberos mostrado más astuto, cuando podáis darme una prueba de ese amor que decís me tenéis!

El ministro, temeroso de excitarla más con sus palabras y su presencia, salió apresuradamente y se dirigió a palacio.

—Es preciso acabar de una vez — dijo la dama cuando se vió sola. — Si dejo pasar más tiempo la arrancará de mis manos, porque nada es imposible para ese hombre. ¡Oh!... Me vencerá, pero sólo a medias, y más sentirán ellos mi venganza que yo mi derrota.

Meditó algunos instantes y luego prosiguió.

—Que pida ayuda a la capa... ¡ah!... ¡cuánto gozaré!...

Y una carcajada nerviosa y de repugnante sarcasmo se escapó de los labios de doña Ana.

—No hay que perder tiempo — murmuró.

Su frente se contrajo más aún de lo que estaba; entró en el aposento inmediato, abrió uno de los cajones de una papelera de acana y de marfil y sacó una llave.

Luego salió, y después de atravesar algunas habitaciones y pasillos, llegó a la puerta del encierro de Blanca.

Su convulsiva mano abrió, entró con paso firme y decidido al parecer, pero en realidad vacilante y débil.

La doncella estaba sentada, y sobre su rostro pálido caían los resplandores de una lámpara que había sobre la mesa. Al ver a doña Ana se contrajo su frente.

La princesa contempló a su víctima con la feroz y repugnante alegría de su ardiente sed de venganza.

—Por última vez — dijo la viuda mientras tomaba asiento, — tenemos que hablar.

Blanca levantó la cabeza y luego contestó con pausado tono:

—Hablar con vos por última vez es una felicidad para mí.

—Se trata de vuestra vida y...

—¿Habéis pronunciado mi sentencia? — preguntó Blanca con ironía.

—La he pronunciado porque soy dueña de vos, porque tengo poder bastante para aniquilaros — replicó doña Ana con altivez.

—Sois dueña de mí, porque me tenéis encerrada; tenéis poder para aniquilarme, porque disponéis de asesinos que me claven un puñal; todo lo sé! pero ¿qué me importa? ¿Me amenazáis con quitarme la vida?... Ya lo habéis hecho otra vez, y me he reído de vuestra amenaza...

—Pronto veréis si aún queda hiel en la copa que he de haceros apurar; pronto se humillará vuestra arrogancia loca.

La princesa sonrió alegremente, porque en aquel instante brotó en su imaginación una idea que era un arma terrible contra la infeliz Blanca.

—De altiva, os mostraréis humilde — prosiguió la viuda; — de animosa, débil, y no tendréis palabras sino para suplicarme, y os arrastraréis a mis pies, y me pediréis la vida que ahora tanto despreciáis... ¡Oh!... Yo, entonces, no escucharé vuestros ruegos ni me ablandaré a vuestras súplicas, y os haré morir desesperada, porque veréis la felicidad junto a la muerte: ésta, acercándose a vos; aquélla, huyendo...

—Basta, señora — interrumpió la doncella: — todo es en vano para hacer que me humille; ya os he dicho que la traición podrá daros el triunfo sobre mi existencia, pero no sobre mi orgullo, porque moriré despreciándoos.

—¡Despreciándome! — repitió la princesa, con marcado acento de ironía. — ¡Despreciándome!... Bien; pero antes habremos de estipular las condiciones con que os concederé la vida, o, lo que es lo mismo, con que os haré feliz, porque os dejaré libre para que viváis al lado de vuestro amante.

Blanca miró a la viuda con extrañeza.

La princesa meditó algunos instantes; una criminal alegría dilató su tersa frente, y luego dijo:

—Ya comprenderéis que yo no puedo daros la libertad por sólo haceros un beneficio, sino por alcanzarlo yo...

—Lo creo.

—Somos enemigas irreconciliables, y sobre este punto nada tenemos que echarnos en cara. Pero aún hay otra persona a quien aborrezco más que a vos, porque de ella ha sido de quien verdaderamente he sufrido todos los ultrajes; porque sin ella no hubiéseis podido vencerme en la lucha que hace seis años sostuvimos, y porque, cuando se inutilice esa persona, nada tendré que temer.

—Y esa persona me vengará; bien convencida estáis de ello.

—Sea como quiera, lo que hemos de ver es si podemos arreglar nuestras diferencias, quedando vos libre y yo tranquila.

—Imposible — contestó Blanca; — yo moriré aquí, si antes que dispongáis, de mi vida no vienen a salvarme.

—¿Tenéis esa esperanza loca?

—Ninguna tengo, pero todo puede suceder.

—Pronto os convenceréis de vuestro error.

La doncella se encogió de hombros y nada contestó.

—Escribiréis — prosiguió la princesa — una carta a vuestro antiguo paje...

—¡Señora! — exclamó Blanca, con acento de indignación.

—Os he dicho que os conviene no interrumpirme, porque voy a revelaros un secreto que os interesa mucho.

—Veo que, al fin, lograréis atormentarme más que con la muerte.

—Vais — repuso la princesa con aparente calma — a escribir a vuestro antiguo paje una carta que yo os dictaré, diciéndole que, al fin, habéis encontrado un medio de escapar de vuestros enemigos, ganando la voluntad de uno

de mis criados, y que venga por vos, a cuyo efecto le enviáis una llave del postigo de esta casa y otra de la puerta de este aposento. Le diréis, además, que, por razones de suma importancia y que no podéis manifestarle por escrito, que hasta que estéis libre no diga nada de este asunto a vuestro antiguo amante el marqués de Poza...

Estas últimas palabras hicieron palidecer mortalmente a la doncella; sintió agitarse violentamente su seno y desaparecer por un instante la luz de sus ojos. Pero, tranquilizándose luego, miró fijamente a la princesa, y dijo para sí:

—¿Estará loca?; o, si no, ¿qué fin puede proponerse en que yo hable a Luis del marqués del mismo modo que si éste viviese?

—Adivino vuestro pensamiento — dijo doña Ana; despiegando una sonrisa que hizo mucho mal a Blanca. — Sospecháis que estoy loca... ya veréis como no es así.

—Nada pienso de vos, sino que no perdonáis medio de hacerme padecer.

La viuda prosiguió:

—Aunque yo no sé el paradero de vuestro paje, pero sí me consta que está en comunicación con el marqués, y enviando a éste la carta...

Blanca palideció nuevamente, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no demostrar toda su turbación. ¿Qué significaba aquella insistencia de la de Eboli en asegurar que vivía el de Poza?

—Volvéis a pensar que estoy loca — prosiguió la princesa; — pero os repito que os convenceréis de lo contrario.

—¡Señora — replicó la doncella, con acento de dura reconvención, — respetad siquiera al hombre a quien hicisteis asesinar tan vilmente!

—Como os decía — repuso doña Ana, sin hacer caso de las palabras de su víctima, — enviando la carta al marqués, éste la entregará a vuestro paje. Deberéis añadir que le estáis sumamente agradecida porque, con su oportuna ayuda, ha salvado esta noche la vida al marqués cuando quisieron prenderlo en la hostería del Italiano... aún no hace una hora.

—¡Acabad de una vez! — exclamó Blanca, con acento ahogado. — ¡Matadme, puesto que podéis hacerlo!...

—¿Dudáis que vive el marqués?

Blanca se acordó de una mañana en que había visto a un hombre caballero en un blanquísimo corcel, y esta idea produjo en su ser tan repentino trastorno, que casi le hizo perder el sentido. Pero un esfuerzo de su voluntad poderosa dominó algún tanto la violenta emoción, y, aunque trabajosamente, pudo seguir hablando con doña Ana.

—Si no fuese verdad — añadió ésta — que vive el marqués, ya comprenderéis que sería dar yo un golpe en falso el haceros hablar a vuestro paje con tal seguridad de este asunto, porque no daría crédito a la carta. Además, tenéis un medio de convenceros: escribir a vuestra amiga doña María de Mendoza, y ella os dirá lo ocurrido esta noche en la hostería, porque no hay quien a estas horas ignore la noticia del suceso. Yo me encargo de hacer que lleven vuestra carta y os traigan la contestación...

—¡Un solo instante en vuestra vida, tener compasión! — exclamó la doncella, con acento a la vez de súplica y desesperación.

—¿Y aún os quejáis porque os doy una noticia que debiérais pagarme con el mayor agradecimiento?

—¡Pero lo que decís es una mentira; el marqués no vive, expiró en mis brazos, depositó en mi seno su último aliento, yo besé su frente, helada ya!...

—Pues, a pesar de todo esto, os equivocásteis—repuso la de Eboli con calma.—Yo también creía que había muerto; dudé cuando lo ví...

—¡Que lo habéis visto!

—El mismo día que salí de las Huelgas.

—¡Referidme eso, referidmelo! — dijo Blanca, con indecible afán.

Y maquinalmente acercó su sillón al en que estaba sentada la princesa, mientras que en los labios de ésta vagaba una insultante sonrisa de triunfo.

—Nada tengo que referiros, sino que lo ví; él iba hacia Burgos, adonde debió llegar aquella noche...

—¡Era él! — exclamó la doncella.

Y, mientras se oprimía con ambas manos fuertemente el pecho, sintió que la luz faltaba a sus pupilas, que le ardía su cabeza y que se agitaba todo su cuerpo, y, al fin, quedó sin sentido, pálido el rostro, secos y entreabiertos los labios y agitado el pecho.

Contemplóla doña Ana con la diabólica alegría de su vengativo deseo, y la satisfacción de su amor propio halagado parecía brotar de sus ojos en ardientes chispas de luminoso fuego.

—¡He ahí — murmuró — todo su orgullo, toda su grandeza!... ¡Me vencen a cada paso; pero han de costarle muy caras sus victorias!.. Acabemos de convencerla, y veamos si su amor vence a su firmeza. Dudará entre el marqués y el paje, pero al fin vencerá, con mi ayuda. Creerlo muerto y, después de seis años que lo lloró, saber que vive; ver la felicidad tan anhelada y dejar que se escape por demostrar gratitud a su amigo... ¡Imposible! No hay virtud que resista a tan dura prueba.

Efectivamente, la prueba era muy dura; pero otras, más duras quizás, había ya arrostrado victoriosamente la joven. Juzgaba la princesa por su propia ruindad, y, no creía que Blanca sacrificase su pasión a trueque de salvar la vida de Luis, a quien tanto debía.

Largo rato permaneció inmóvil la infeliz doncella, hasta que, con la ayuda de doña Ana, fué volviendo en sí poco a poco.

—¡Es mentira! — murmuró, con acento débil y mientras que de su dos ojos brotaba abundante el llanto.

Y luego, volviendo a su mente el recuerdo de aquella mañana en que vió, sin conocerlo, al marqués, prosiguió:

—Pero yo lo ví... mi corazón palpitó con violencia... ¡Por compasión, señora, no me atormentéis; decidme la verdad! — exclamó,

juntando las manos y con acento a la vez de súplica y desesperación.

—¡La verdad! — replicó la princesa. — ¿Acaso no os la he dicho?

—¡Ah!... Sí, os creo; yo lo vi aquella mañana... ¡Vive, vive y soy feliz!

—¿Pondréis la carta para vuestro paje? — preguntó afanosamente la princesa, que quiso aprovechar aquellos momentos en que Blanca, arrebatada por su febril estado en la primera alegría, parecía más fácil que cometiese la ruín acción de sacrificar a Luis.

—¡La carta! — dijo la doncella.

—Sí, a vuestro paje para que venga a buscaros...

El semblante de Blanca tomó una expresión terrible, sus ojos despidieron dos centellas, y sus manos, crispadas, asieron un brazo de la de Eboli, oprimiéndolo con toda la fuerza nerviosa de su febril excitación.

—¿Sabéis quién soy? — dijo, con sorda y reconcentrada voz, y mientras que sacudía el mórbido brazo de doña Ana. — Me llamo Blanca de Guzmán, y no he manchado, como vos, el nombre que me legó mi padre... ¡Sois ruin, villana!... ¡Idos, que vuestra presencia me ofende!

Y al decir estas palabras, rechazó a la viuda, haciéndole vacilar en su asiento.

Doña Ana dejó escapar un grito.

—¿Qué habéis hecho, miserable? — le dijo, sin contener el primer ímpetu de su cólera.

—¡Queréis que venga para asesinarlo delante de mí, para que yo vea correr su sangre!...

—¡Que estáis pronunciando vuestra sentencia de muerte! —

—¡Idos, señora! — exclamó Blanca, mirando con tal fijeza a doña Ana, que ésta se estremeció, a su pesar.

—¡No veréis al marqués!...

—Lo veré desde el cielo.

—¡Que os proteja el diablo, que os cubra con su capa! — ¡Vais a morir!

—¡Gracias...; acabaré de sufrir! — dijo Blanca, con voz firme y sin la más leve turbación.

—¡Nicolás! — gritó la de Eboli.

Un hombre entró.

—¡No más que un golpe! — le dijo la princesa, señalando a la joven.— ¡No más que un golpe en el corazón, porque si se prolonga su agonía seguirá ultrajándome!

El hombre hizo con la cabeza una señal afirmativa; acercóse a Blanca y desenvainó su puñal. Pero cuando se preparaba a levantar el brazo sobre su víctima, interpúsose entre ella y él una, al parecer blanca nube, y se oyó decir:

—No contastéis con mi capa.

Doña Ana exhaló un grito de espanto, y quedó inmóvil y con la mirada en el paje, que era el que acababa de hablar, y el señor Pero León, que estaba a su lado. Escapóse el puñal de la mano del asesino, que no pudo pronunciar una sola palabra, y la doncella, después de haber contemplado por un segundo a Luis, extendió los brazos como para estrecharlo en ellos; vaciló su cuerpo y cayó al suelo sobre la blanquísima capa.

—¡Que no salga ni grite nadie! — dijo el mancebo al capitán.

Y levantando a Blanca, la abrazó tiernamente y la cubrió de besos, mientras que de sus negros ojos salían abundantes lágrimas.

—¡Hermana mía! — exclamó, con acento de sin igual ternura.

—¡Voto al infierno, que acabaréis por hacerme llorar! — dijo el señor Pero.

—Amigo mío — repuso el paje, — tapad la boca a esa mujer y atadla.

—¿Y qué hago con este mozo?

—Con tal que no pueda estorbaros la salida...

—No la estorbará — dijo el soldado.

Y antes de que el asesino pudiese salir de su estupor, hundióle en el pecho su daga con tal acierto, que le atravesó el corazón.

Doña Ana quiso exhalar un grito; pero antes de que saliese de sus labios, la luz huyó de sus ojos y perdió el conocimiento.

—No habéis debido matarlo — dijo Luis.

—Ya discutiremos eso después — contestó el capitán. — Ahora, por si es fingimiento el desmayo de esta buena señora, le taparé la boca y le ataré los pies.

Hízolo así el señor Pero, y después dijo:

—Dejadme que yo lleve a doña Blanca, porque tengo más fuerza que vos, y lo que nos conviene es salir de aquí cuanto antes. Además, estáis pálido y tembláis... ¡Voto a Judas!, la noche ha sido borrascosa.

—Llevadla, sí — contestó el mancebo; — yo apenas puedo sostenerme... Vamos, capitán.

Este levantó en sus robustos brazos a la doncella, y Luis, envuelto en su blanca capa, lo siguió.

Algunos minutos después, llegaron al postigo. Allí estaba Inés.

—¿Es ella? — preguntó al mancebo.

—Sí...

—¿Pero qué capa es ésa?

—Dí a tu señora que nada sabes, y no lo extrañará, porque el diablo se mete en todas partes sin que le abran las puertas...

—Pero...

—Yo soy el diablo de palacio, pero te adoro.

—¡Felipe!...

—Me llamo Luis.

—¡Me has engañado!

—Te probaré que no... Vamos de prisa; corre a desatar a tu señora, y dile que has ido allí por casualidad... Hasta mañana, hermosa Inés.

La doncella quedó aturdida, y nuestros amigos salieron.

El capitán tenía razón: la noche había sido borrascosa.

Capítulo XLV

DONDE SE DA CUENTA DE LO QUE HABIA SIDO DE NUESTROS AMIGOS, CON OTRAS COSAS DE MUCHA IMPORTANCIA

AL día siguiente no se hablaba en la villa sino del suceso de la noche anterior y como siempre acontece, al pasar la noticia de boca en boca, fueron desfigurándose los hechos, hasta el punto de referirse como cosa muy cierta que sólo la presencia del diablo de la capa blanca, hizo caer sin vida a muchos alguaciles.

Todas las autoridades se pusieron en movimiento y no hubo hostería ni posada que no se registrase para buscar a los delincuentes; pero fueron inútiles cuantas pesquisas se hicieron y ya llegó a creerse con toda seguridad que el paje tenía pacto con el diablo, o que era el mismo Satanás que había tomado la figura de aquel hermoso mancebo para tentar mejor las conciencias y perder almas que aumentasen el número de las que ardían en sus negros dominios.

Pregonáronse en las plazas públicas a los criminales y ofreciéronse mil ducados al que presentase vivos al marqués y a Luis y quinientos ducados al que los presentase muertos, así como también se darían trescientos ducados por la cabeza del escudero Juan; pero a éste nadie lo conocía y sólo podía saberse que era él encontrándolo con su señor.

Maese Mancioni fué preso; pero en vista de su inocencia y mediante algunos escudos de oro que deslizó en las manos de un escribano y algunos alguaciles y no habiendo encontrado en su hostería prueba alguna que le comprometiese, fué puesto en libertad a la siguiente mañana, muy temprano y al volver a su casa se consoló de la pérdida que había sufrido al ver que aún estaban en la cuadra los caballos de nuestros amigos y que la justicia no había pensado en ellos para confiscarlos.

Serían las seis y media de la mañana, hora en que las calles empezaban a estar concurridas por la gente madrugadora, cuando tres hombres que caminaban silenciosos y envueltos en sus anchas capas, detuviéronse junto al convento de Santo Domingo y miraron como para interrogarse sobre el camino que debían seguir.

Aquellos tres hombres eran el marqués, el doctor y Juan y en sus rostros pálidos, en la languidez de sus movimientos y en la pesadez con que abrían los ojos, demostraban su fatiga y la falta de sueño. Habían pasado la noche sin dormir, dando vueltas por la población, siempre atentos para evitar encontrarse con alguna ronda nocturna y espada en mano para defenderse en cualquier sorpresa.

—¿Qué hacemos? — preguntó el marqués, después de algunos momentos de silencio.

—Soy de opinión — dijo el doctor Pedroso — que salgamos de la villa y nos vayamos al castillo hasta que los ánimos se sosieguen y podamos volver, si no con seguridad ,al menos con algunas probabilidades de que no nos echen mano en seguida, como sucederá antes de una hora; porque tened como cosa cierta que hoy examinarán los alguaciles y esbirros de la Inquisición el rostro de todos los transeuntes y bastará que vos ocultéis el vuestro para que quieran descubrirlo. Todo el mundo os conoce y es una temeridad loca provocar la fortuna cuando nada puede adelantarse. Ya libramos anoche milagrosamente, gracias a la oportuna llegada de ese valiente mancebo y del gigante que le acompaña; pero siempre no se presenta tan a tiempo semejante socorro.

—¿Y Blanca? — repuso el marqués. — ¿Juzgáis prudente abandonarla, cuando correrá más peligro que nunca, cuando querrán vengar en ella la derrota de anoche.

—Pero ¿adónde hemos de ir? Ya veis que de calle en calle día y noche, sin descansar ni dormir, no podemos estar.

—Ciertamente.

—Además, ninguna ayuda podéis prestar a doña Blanca, cuando tenéis que andar huyendo y ocultándoos de todo el mundo. Quedandoos no conseguiréis sino agravar vuestra situación y la suya, porque aumentaréis sus dolorosos pesares si os prenden y os ahorcan. A nadie podemos acercarnos ni hablar; tenemos que ocultarnos de todo el mundo y yo pienso que para estar escondidos y no dar paso alguno en favor de vuestra dama, vale más que nos refugiemos en lugar seguro como lo es el castillo.

—Perdonad, señor doctor — dijo el escudero: — no soy de vuestra opinión, porque no es de hombres valientes abandonar una empresa al ver el peligro. Hemos venido a Madrid a buscar a doña Blanca; no debemos salir de la población sin llevarla con nosotros. Está en poder de la princesa con más exposición que nosotros de perder la vida y abandonar en tal situación a una mujer débil, sin amparo y que si tiene enemigos es por haber querido vengar al hombre a quien ama, abandonarla, repito y que esto lo haga ese mismo hombre por quien ella lo ha sacrificado todo, es una villanía indigna de mi señor.

—¡Bien, Juan! — exclamó el marqués, alargando la mano a su escudero, como si éste fuese su mejor amigo.

—¿Y qué adelantaréis? — replicó el doctor. — Además, debe tenerse presente que doña Blanca no queda en tan completo abandono, pues estando en Madrid el paje, casi podemos irnos tranquilos. ¿Qué haremos nosotros que no haga ese atrevido mancebo?

—Más obligados que él estamos y no podemos ser más cobardes que él. Seguro estoy que ya tendrá casa donde vivir y que habrá dormido a pierna suelta la pasada noche. ¡Por Santa Brígida, mi patrona, que nada valemos!

—Razón tienes, Juan — dijo el de Poza: — nada valemos, en comparación a Luis.

—¿Queréis seguirme? — preguntó el astuto escudero, cuya mirada se animó repentinamente.

—¿Adónde? — preguntaron a un tiempo el marqués y el doctor.

—Nunca está más segura de ladrones una casa que cuando acaban de robar en ella.

—¿Y qué deduces de eso?

—Lo veréis prácticamente si os decidís a seguirme.

—Te seguiré — dijo el de Poza resueltamente.

—Y yo también, porque no es miedo lo que me ha hecho aconsejaros que salgamos de la villa.

—Vamos, pues — repuso Juan.

Y tomó la cuesta abajo, seguido del marqués y del doctor, fuése derecho a la hostería de Maese Mancioni.

—¿Adónde vas? — le preguntó el marqués.

—A nuestra habitación — contestó tranquilamente el escudero.

—¿Estás en tu juicio?

—Y muy cabal. ¿Cómo puede sospechar nadie que nos hemos refugiado aquí?

—Pero...

—Adelante, que me habéis prormetido seguirme y es forzoso que cumpláis vuestra palabra — repuso Juan.

Y esto diciendo, entróse de rondón en la hostería y gritó a la vez que se ocultaba el rostro:

—¡Ha de casa!

El hostelero acudió, saludó profundamente a los recién llegados y les dijo:

—¿Qué se ofrece, señores?

—Subid con nosotros — le dijo el escudero; — tenemos necesidad de hablaros reservadamente de un asunto que os importa.

—¿Misterios otra vez? — murmuró maese, mirando con desconfianza a los embozados.

—No perdamos tiempo — repuso Juan. — Arriba, señores.

Tomaron escalera arriba nuestros amigos y el hostelero los siguió, no sin algún recelo de que le sucediese algún chasco pesado.

—Por aquí, señores — les dijo.

Y les hizo pasar al mismo aposento que había ocupado el marqués.

Cuando estuvieron dentro, Juan cerró la puerta y guardó la llave.

—¿Qué hacéis? — le preguntó Mancioni, temblando de pies a cabeza.

—Para que nadie nos interrumpa — le contestó el escudero, a la vez que se descubrían.

—¡Santa Madona de los afligidos! — exclamó el hostelero pálido como un difunto y cruzando las manos, que descansó luego sobre su enorme barriga. — ¡Vos aquí...!

—Nosotros aquí, porque estos dos caballeros con el señor marqués y...

—¡Dios Santo...! ¡Queréis perderme...!

—Sosegáos, maese Mancioni. Se trata de una cosa muy sencilla y justa.

—¿Pero no sabéis...?

—Que nos persiguen...

—Que he estado preso...

—Y que estáis libre...

—A costa de...

—Del valor de nuestros caballos y del dinero que había en nuestras maletas.

—¡Os juro por la Santa Madona...!

—No juréis, porque no venimos a reclamaros ni los caballos ni el dinero. Sentáos como hago yo y han hecho estos señores y escuchadme.

El hostelero exhaló un profundo suspiro y tomó asiento con toda la resignación de un mártir.

Juan desenvainó su daga y la clavó sobre la mesa.

—Testigo será de nuestra conversación — dijo.

—Pero... señores... supongo... — balbuceó maese, — supongo que...

—Callad y escuchadme — le interrumpió el escudero.

—Os escucho.

—Como podéis figuraros, señor Mancioni, en todas partes se nos buscará menos en vuestra casa.

—¡Tened compasión de mí!

—¡Silencio y pensad en el mudo testigo que está en la mesa!

—¡Cuando aun está manchado el suelo con la sangre...!

—Procurad que no se manche con la vuestra.

—Bien, señor escudero, bien.

—Como os decía, en ninguna parte estamos más seguros que aquí y venimos a quedarnos puesto que no habéis alquilado aún la habitación.

—¡Imposible! — exclamó el hostelero con un tono de resolución que nadie hubiese esperado de él.

—Si os empeñáis en ello — repuso con calma Juan, — tendremos que marcharnos; pero entonces no habrá salido mi daga a relucir en balde.

—Gritaré, acudirá gente...

—¡No os daré tiempo y sobre todo, cuando vengan en vuestra ayuda, ya estaréis en el otro mundo! Esto, sin contar con que nos protege el diablo, a quien ya conocéis.

—¿Pero y si llega a averiguarse...?

—Será porque vos nos delatéis y en ese caso vendrán y nos prenderán; pero habéis de tener presente que detrás de nosotros queda el diablo y su compañero el capitán...

—¿Y si sale bien todo este enredo de Satanás? — preguntó maese.

—Entonces, recibiréis una recompensa como no podéis esperarla.

—¡Pues que Dios nos proteja! — dijo maese, decidido ya.

—No olvidéis que sois nuestro cómplice y también del diablo.

—¡Quién había de decírmelo, después de treinta años de ser el hostelero más honrado de la villa...!

—Ya podéis dejarnos, que tenemos que descansar.

Salió el hostelero, y nuestros amigos, rendidos por las fatigas de la noche anterior, se acostaron, quedándose profundamente dormidos.

Los dejaremos descansar y entretanto, iremos en busca del paje, de la doncella y del capitán.

En la plazuela que termina en el cobertizo

de San Ginés, había en aquella época un casuco de aspecto miserable y ruinoso, con un solo piso sobre el bajo. Dos ventanas cuadradas en cada uno de sus costados permitían la entrada de la luz a las habitaciones superiores y las bajas la recibían por otras dos con travesaños de madera, por la parte que miraba a San Ginés. Sobre el pardo oscuro color de las paredes y encima de la puerta, resaltaban dos renglones escritos con pintura de un rojo subido y que copiaremos literalmente.

Decían así:

Taberna Del moreno
agi se Bebe De lo gue No

Debajo de este letrero, en el marco de la puerta, había colgado un manojo de sarmientos; y aunque debía considerarse innecesario esto para indicar que allí se vendía vino, puesto que ya se decía que era taberna la casa, era sin embargo de suma utilidad, porque no todos sabían leer y las ramas secas de la vid tenían la más clara significación para todo el mundo.

El dueño de aquella taberna era uno de los aventureros de que el diablo de palacio se había servido por recomendación del capitán cuando se intentó sacar del alcázar de Segovia al barón de Montigny.

Este, pues, era el Moreno, que cansado de su vida borrascosa y con los escudos que le había dado el príncipe don Carlos, establecióse con la intención de acabar sus días como un honrado vecino.

El interior de la casa era feísimo, por su aspecto repugnante, por lo nauseabundo y por las escenas de crápula y desorden que en él tenían lugar.

Aquella era, pues, la morada refugio de Blanca, del paje y del capitán y en dos palabras diremos cómo se habían albergado allí.

Cuando salieron de casa de doña Ana y a favor del fresco de la noche hubo vuelto en sí la doncella, preguntáronse adónde irían a recogerse y acordándose el capitán de su antiguo camarada Santiago, el Moreno, propuso ir allí, siquiera a pasar la noche.

Aceptó el paje esta oferta, pero había un inconveniente para llevarla a cabo y era que la taberna estaría llena de gente y no podrían entrar sin ser vistos y llamar la atención de los bebedores, que harían mil conjeturas al ver a una dama de noble aspecto y de aristocráticas maneras ir a visitar al Moreno.

No encontró el señor Pero León medio alguno de salvar este inconveniente, a menos que se esperase a que la taberna estuviese vacía: pero Blanca necesitaba pronto descanso y no era tampoco muy prudente andar por las calles después de lo sucedido en la hostería y en casa de la princesa.

Empero, como el diabólico paje encontraba remedio para todo, le dijo al capitán:

—Vamos a San Ginés. Mi señora y yo nos quedaremos en el cobertizo y vos entráis en la taberna. Habláis del asunto a Santiago, ofreciéndole cuanto dinero quiera y cuando ya estéis convenidos, os sentáis a beber. Luego, con un pretexto cualquiera, armáis camorra con el que os parezca que tiene más caliente la cabeza y pasando de las palabras a los hechos, dáis cuatro cintarazos sin reparar a quién, juráis y amenazáis gritando...

—Comprendo —le interrumpió el capitán. — Santiago dirá que va a llamar una ronda y la taberna quedará sin un alma.

Así lo hicieron y el plan dió el mejor resultado: porque no había un bebedor que no tuviese al menos tres causas criminales falladas en rebeldía, huyeron todos a la primera amenaza de llamar a la ronda.

Nuestros amigos pasaron allí la noche: la doncella, echada en la cama sucia y miserable de Santiago y el paje y el capitán sobre unas mantas tendidas en el suelo de otra habitación.

Por la mañana temprano hablaron largamente con el Moreno y éste se encargó de proporcionar aquel mismo día una casa en un barrio apartado.

A la hora precisamente en que el marqués, el doctor y Juan comenzaban a dormir, Blanca, el paje y el señor Pero conferenciaban, sentados, aquélla en un banquillo de encina y éstos en una mesa de nogal, únicos muebles que había en el aposento donde estaban.

La doncella estaba pálida en extremo.

El paje estaba también pálido y ojeroso y se advertía en sus ademanes el quebranto de las pasadas fatigas del espíritu y del cuerpo.

No así el capitán, que había cenado, bebido y dormido y se encontraba fuerte y dispuesto a todo.

—Aunque os repugne cuanto os rodea — decía Luis a Blanca, — es preciso que toméis algún alimento como nosotros lo hemos hecho.

—Lo haré — contestó la doncella, — pero a condición de que no salgas a la calle hasta la noche.

—Ya os he dado razones que debieran haberos convencido...

—Nada me convence cuando se trata de la seguridad de tu persona. Más que tú quisiera yo acelerar el momento de ver al marqués; pero no es justo sacrificar tu vida a unas cuantas horas más de felicidad.

—¿Y si está en peligro?

—¿No dices que pudo salvarse?

—Sí, pero no sabemos lo que puede haberle sucedido después.

—Tal vez haya huído de Madrid.

—No lo creo, señora, pues sabía que vos estábais en la villa.

—¿Y crees que doña María de Mendoza tendrá noticias de él?

—Es posible.

—¿Por qué no va el capitán?

—Porque le conocen muchos y a mí nadie.

—No es esta hora a propósito para que puedas ver a mi amiga.

—Mientras, aprovecharé el tiempo en otra cosa — replicó Luis.

—Nada tienes que hacer.

—Ya os he dicho que juré a don Juan de Austria proteger a su hija.

—Tiempo queda.

—¿Y a qué perderlo ahora? No sabemos lo que puede suceder y bueno será tener adelantado...

—No me dejes — interrumpió la doncella con ternura. — Después de seis años...

—Os suplico, mi buena hermana y señora que me dejéis cumplir con mi deber. Ningún peligro corro saliendo a la calle, porque nadie me conoce. Además, es mucho lo que tengo que hacer y estos enredos deben concluirse pronto.

—Pero si no puedes ver ahora a doña María, nada podrás tampoco hacer con respecto a su hija.

—Estás equivocada, porque donde pienso dirigirme ahora es al convento de Santo Domingo.

—¿Y a quién vas a ver en el convento?

—No lo sé; pero mi intención es buscar una persona de las que lo habiten que pueda servir y he pensado solamente en el hortelano y en el sacristán.

—Pero antes debías ponerte de acuerdo con doña María.

—¿Para qué? Ninguna ayuda ha de prestarme y sus quejas y sus lágrimas no han de sacarnos del apuro. Le participaré cuanto vaya ocurriendo, le pediré las noticias que sean necesarias y le entregaré su hija cuando la saque del convento.

—Hablas con mucha seguridad.

—Tengo que cumplir lo que he prometido a don Juan y no habrá diablura que yo no invente para lograrlo.

—¿Y después que vayas al convento y visites a mi amiga, volverás para no dejarme hasta mañana?

—Os lo prometo, a menos que se presenten de tal modo las cosas...

—Piensa en que estoy muy triste, que necesito tus consuelos...

—Pensad vos en que todo lo hago por vuestra felicidad.

—Gracias, hermano mío — dijo Blanca, cuyos ojos se humedecieron.

—Y esta noche — prosiguió Luis, que quería evitar el llanto de la joven, — esta noche marchará el capitán a Burgos con una carta vuestra para que la superiora de las Huelgas le entregue la caja que contiene mi tesoro.

—Casi es inútil ahora...

—No, porque tengo que ver al rey.

—¡Luis, tú has perdido el juicio!

—Eso me habéis dicho muchas veces.

—No consentiré que hagas semejante locura.

—Es preciso castigar a la princesa y que nosotros quedemos libres de persecuciones.

—Nos iremos fuera de España.

—¿Y por qué hemos de renunciar a vivir en nuestra patria cuando no hemos cometido ningún crimen?

—¡Por Dios, Luis! — exclamó la doncella. — ¡Por el cariño que me tienes te pido que no expongas tu vida tan temerariamente!

—Señora, es preciso acabar de una vez y para siempre. Han querido asesinaros y esto no lo perdono; os han ultrajado, han cometido todos los abusos con vos que sois una mujer débil e indefensa, que os encontrábais sola, abandonada y que no hacíais más que llorar día y noche... ¡Ah...! ¡Miserable...!

—Yo los perdono.

—Pero la justicia pide castigo y nuestra honra, nuestra reputación manchada exige reparación. ¿Qué adelantaremos con reunirnos al fin a costa de exponer nuestra vida, si tenemos que ocultar el rostro como los criminales, si hemos de oír, sin poder defendernos, acusaciones injustas y degradantes? En la opinión general, el marqués no es sino un conspirador de mala ley, enemigo de su patria, un palaciego intrigante y yo un hereje, asesino, incendiario, sin conciencia ni sentimiento. Os lo repito, es preciso acabar de una vez y para siempre.

—¡Tenéis razón, voto a Judas! — exclamó el capitán.

Blanca inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Hermana mía — le dijo el paje con dulzura; — besadme como en otro tiempo; a vuestro lado me parece que aun soy el niño travieso a quien abrazábais con tanta ternura.

—¡El cielo te proteja! — dijo la joven a la vez que estampaba un tierno beso en la frente de Luis y que de sus ojos salían copiosas lágrimas.

—¡Siempre llanto! — murmuró el mancebo mientras salía de la habitación. — ¡Vive Dios que ha de costar sangre a quien es la causa de que se vierta!

Capítulo XLVI

DOS ROSTROS PARECIDOS Y DOS INCLINACIONES OPUESTAS

MIENTRAS volvemos a ocuparnos del paje, muy justo es que visitemos a la bellísima hija de don Juan.

La celda que habitaba la interesante niña era una de las más espaciosas y bien situadas del convento. Tenía una ancha ventana con celosía que daba a la huerta y cerca de esta ventana y sentada en un ancho sillón, hallábase la joven a la misma hora en que Luis y Blanca discutían en uno de los aposentos de la taberna.

Estaba vestida con el hábito de la orden.

En otro sillón había sentada una joven, también con hábito religioso, que aparentaba tener unos quince a dieciséis años. Era de la misma estatura que Ana y como ésta de cabellos rubios, blanca tez y azules ojos.

Era su mirada lánguida y triste, uniéndose a esto la costumbre de llevar algo inclinada la cabeza sobre el pecho.

Era posible confundir a la una con la otra no mirándolas despacio; pero al fijar la atención, se notaba entre ambas mucha diferencia.

Lo mismo sucedía en cuanto a sus condiciones morales: la una y la otra tenían un carácter dulce en extremo, pero sus instintos y sus aspiraciones estaban en completa oposición. Lo que en Ana era orgullo de raza, en la otra era

humildad de condición y mientras aquélla suspiraba por vivir en medio de la agitación de la sociedad, ésta anhelaba el retiro de la celda con sus soledades, su quietud y su silencio.

La fortuna se había declarado en contra de ambas jóvenes y eran desgraciadas porque se las quería obligar a que ahogasen sus inclinaciones. Ana debía ser religiosa, habiendo nacido para el mundo y los padres de la otra niña pensaban sacarla del convento en que había recibido su religiosa educación para hacerla entrar en el mundo, casándola con un hombre a quien no conocía, pero que era noble y rico.

Desde que la hija de don Juan entrara en el convento, había trabado amistad la más tierna con la otra joven que ocupaba la celda inmediata y pasaban juntas todas las horas que les dejaban libres sus religiosas ocupaciones.

Hacía media hora que habían salido del coro.

—¡Ah! — decía la hija de don Juan, abriendo sus grandes ojos azules y exhalando un suspiro. — ¡Cuán feliz sois, mi querida amiga! Si yo tuviera, como vos, la esperanza de salir de esta celda, de respirar la atmósfera libre y pura del mundo y de lanzarme en el bullicio de la agitada sociedad, me consideraría la mujer más feliz de todas.

—Y yo — respondió la niña con dulce acento — me consideraría también dichosa si pudiese trocar con vos mi porvenir. Hace diez años que estoy aquí y no sé lo que es el mundo. En ese mundo que tan lleno de encantos os parece, no hay corazón que no esté devorado por la ruin envidia, no hay crimen a que no mueva la ambición y la vanidad, no hay afectos puros, porque los ahoga el vil interés. Comparad todo eso con la paz del claustro; aquí no hay desengaños, porque a nada se aspira sino a la eterna salvación del alma y no causa miedo la muerte, porque para nosotros no es sino pasar de un sepulcro a otro.

—También hay en el mundo goces puros, porque está la amistad, el cariño de una madre — contestó Ana. — Yo tampoco he conocido ese mundo que tan negro me pintáis, porque he vivido aislada, pero siento una irresistible inclinación a mezclarme en su bullicio. Yo quiero emociones, violenta agitación para gozar de la dulzura de la calma, pesares para encontrar la alegría; quiero un presente que no se parezca al pasado para poder comparar el uno al otro y trazarme el camino de lo porvenir. ¡Siempre calma, siempre quietud, tranquilidad y reposo...!

—Pues yo haría el mayor de todos los sacrificios por no abandonar mi pacífica celda.

—¿Cómo podríamos trocar nuestra suerte? — dijo Ana, cuyos ojos brillaron.

—¡Es imposible! — contestóle su amiga.

—¡Imposible... es verdad! — murmuró Ana.

Ambas jóvenes inclinaron la cabeza sobre el pecho y quedaron pensativas y silenciosas.

Nubláronse aquellas frentes puras y tersas y oscureciéronse sus límpidas miradas.

—¿Cuándo os váis? — dijo Ana después de algunos instantes.

—No lo sé fijamente, pero debe ser muy pronto, porque ya hace más de un mes que mi padre dispuso llevarme y sólo por una gracia me ha concedido el estar algunos días más aquí.

—Yo también debo irme, pero será para encerrarme en otra celda quizá más triste y sombría. Si al menos pudieseis conseguir quedaros hasta que yo me fuese... No tengo ahora otros momentos de placer que los que estamos reunidas.

—Yo se lo rogaré a mi padre. ¿Por qué ha de negármelo? Para mí serán días de felicidad los que permanezca aquí, porque mi mayor consuelo es consolaros.

Las dos amigas se abrazaron, derramando lágrimas de ternura, hijas de su puro cariño.

Largo rato permanecieron abrazadas las inocentes niñas, que en la locura de su infantil atrevimiento juzgaban del mundo sin conocer sus tormentos ni sus goces; de la soledad, sin conocer sus dulzuras ni sus tristezas.

Al fin, desprendiéndose la una de la otra, enjugaron su llanto, exhalaron un suspiro y levantándose, se acercaron a la ventana y por entre los agujeros de la celosía dirigieron sus miradas a la huerta.

—¿No véis? — dijo Ana después de algunos momentos y fijando su atención con muestras de extremada curiosidad.

—¿Qué he de ver?

—Allí, junto al manzano donde está el nido...

—Es verdad.... un hombre que habla con el hortelano.

—¿Por qué le habrá permitido entrar?

—Habrá venido, como otros muchos, a pedir alguna yerba medicinal.

—Pero no entran.

—Suele suceder, aunque raras veces, porque los hay, a más de pedigüeños, atrevidos y se aprovechan de la ocasión....

—Ahora se el ve el rostro.

—Es joven...

—Y.... y... sí, es joven — murmuró Ana, cuyas mejillas se tiñeron de un ruboroso carmín.

—El hortelano le señala hacia la puerta.

—Le dirá que no puede permanecer en ese sitio. ¿Qué mal hace a nadie con estar ahí?

—Y en verdad que no hace mucho caso de las palabras del hortelano.

—Más bien parece que se ocupa en contar las ventanas del convento.... Ahora mira hacia aquí.

—Y Pablo se enfada, según el gesto que pone.

—Pero él se sonríe... le mira y le habla....

—¿Qué le dirá, que parece haber aplacado repentinamente su enojo?

—El hortelano le ha dado una yerba.

—Se estrechan las manos como si fuesen amigos....

—¡Amigos...! ¡Imposible!

—¿Por qué?

—¡Un hidalgo, quizá un noble de calidad,

amigo de un pobrete como Pablo!

—Se va.

—Sí, se va — murmuró tristemente Ana.

Desapareció el mancebo y la hija de don Juan sintió un cambio repentino en su ser, parecióle que la luz se ocultaba y pálida y temblorosa, dominada por una sensación para ella desconocida, tuvo que sentarse porque le faltaron las fuerzas para sostenerse en pie.

—¿Qué os sucede? — le preguntó su inocente amiga. — Estáis pálida, tembláis...

—Nada... me siento bien... un vahido, pero ya pasó...

—Os dejo entonces...

Cuando ésta se quedó sola, oprimióse fuertemente el pecho, exhaló un profundo suspiro y exclamó:

—¡Me ahogo!

Sus hermosos ojos se humedecieron y por sus mejillas rodaron dos gruesas lágrimas.

¡Niña infeliz! ¡Cuántas lágrimas debía verter tras aquellas arrancadas por la primera chispa del amor que se encendía en su pecho!

Capítulo XLVII

LO QUE PUEDE SUCEDER POR CERRAR PRECIPITADAMENTE UNA PUERTA

CUANDO el paje salió de la taberna, se dirigió al convento de Santo Domingo, pensando, como había dicho a Blanca, qué sería más acertado: si tentar la fidelidad del hortelano o la del sacristán.

Dudaba el mancebo entre dirigirse al uno o al otro, sin saber cuál de ellos podría serle más útil, cuando quiso la casualidad que, pasando en aquel instante por delante de la huerta, vió entrar al hortelano.

—Por éste me decido — dijo para sí el mancebo. — Cuando me lo depara la suerte, por algo será. Me acercaré y según el gesto que ponga, así obraré.

Acercóse el mancebo a la puerta a tiempo que iba a cerrar el hortelano y haciéndole seña de que esperase, le dijo:

—Perdonadme, buen hombre; pero tengo que pediros un favor que, si me lo hacéis, será recompensado.

—¿Qué os ocurre? — le preguntó Pablo, que era hombre de bastante edad y en extremo cándido y bonachón.

—¿Es cierto que tenéis una yerba que casi puede llamarse milagrosa por su eficaz virtud para curar los males del corazón?

—Cierto que sí, señor caballero y si vuesa merced padece de ese mal, yo le aseguro que ha de curarse con la yerba que aquí se cría.

—Así lo creo y con tanta fe, que vengo desde Alcalá sin otro fin que el de buscaros.

—Pero vuesa merced ignora que no a todo el que la pide se le da esa yerba, a menos que acredite...

—¿Y cómo queréis, buen hombre, que yo acredite que es verdad mi padecimiento, cuando a nadie conozco en Madrid?

—Entonces...

—Está visto que no queréis ganaros un escudo de oro.

—¡Un escudo de oro! — repitió Pablo lleno de admiración, porque semejante cantidad recibida de una vez y en una pieza era para él cosa desconocida.

—Y más aún daría por curarme.

—Lo creo señor, pero...

—Dadme la yerba y tomad antes el escudo.

—Al instante, señor caballero; si vuesa merced se espera dos minutos...

—Esperaré cuanto sea necesario.

—Vuelvo enseguida — dijo el anciano.

Y se internó en la huerta, después de tomar el escudo y contemplarlo con admiración.

Pero Luis, en vez de esperar en la puerta, entróse también sin que Pablo lo advirtiese y le siguió mientras que con su penetrante mirada iba examinándolo todo, midiendo la altura de las tapias, observando los árboles, las puertas, las ventanas y todo, en fin, cuanto alcanzaba su vista.

Poco tiempo tardó el hortelano en encontrar la prodigiosa yerba y queriendo apresurarse a entregarla a quien con tanta largueza la había pagado, volvió atrás aceleradamente; pero no bien hubo andado algunos pasos, cuando se encontró de manos a boca con el mancebo y asustado de verle en el interior de la huerta, exclamó:

—¿Qué hacéis aquí?

—Admiro el esmero con que cultiváis.

—Aquí no puede entrar nadie...

—Soy muy aficionado al cultivo de los arbustos...

—¡Que me pierde vuesa merced! — dijo cada vez más asustado el viejo.

—Perdonadme, buen hombre — repuso el mancebo, que continuaba su minucioso examen. — Es tal mi afición...

—Tome vuesa merced la yerba y márchese pronto, que si alguna madre llega a verla, soy hombre perdido; me despiden y adiós toda mi fortuna.

—¿Pero cómo han de verme?

—¡A fe que no son curiosas! Siempre están en acecho detrás de las celosías y nada de lo que hago en la huerta se les escapa.

—No temáis...

—¡Por Dios, váyase vuestra merced!

—Tengo que hablaros aún.

—Es que se apura mi paciencia y a pesar de la generosidad...

—Tengo quinientos ducados para vos.

—¡Quinientos ducados! — exclamó el viejo.

—Con tal que me proporcionéis la planta o semilla de esa yerba para que yo la siembre en el huerto de mi casa.

—¡Quinientos ducados por una yerba!...

—Al dármela os entregaré la mitad de esa suma y la otra mitad en cuanto agarre a la tierra.

Pablo se olvidó de todo; el asunto era demasiado importante para no fijar en él su atención.

—Vuestra merced — dijo — quiere matarme de alegría.

—Quiero haceros rico, sin que para ello tengáis necesidad de cometer ninguna mala acción sino que, por el contrario, es buena el proporcionar a la humanidad doliente el alivio de sus males.

—¡Pero quinientos ducados...!

—Son para vos la fortuna y nada se pierde porque yo tenga en Alcalá de Henares una yerba que se cría en este convento.

—Esa suma es la felicidad de toda mi vida.

—Pues bien, si la queréis, hablaremos del negocio más despacio, porque ahora os comprometo estando yo aquí.

—Tenéis razón, se me olvidaba...

—¿Queréis cenar conmigo esta noche?

—¿A qué hora?

—A las nueve. En la taberna del Moreno, que está...

—Junto a San Ginés; suelo visitarla. ¿Conocéis al Moreno?

—No, pero mi bolsa es amiga de todo el mundo.

—¿Conque a las nueve?

—Os espero o me esperáis

—Hasta la noche.

—El cielo os guarde.

El anciano acompañó hasta la puerta a Luis y apenas éste hubo puesto los pies en la calle, cerró aquél con tanta prisa, que le agarró la capa. El paje nada advirtió, hasta que, al dar el primer paso, desprendióse de sus hombros su capa bicolor, cayendo al suelo.

Quiso la fatalidad que un hombre que no lejos de allí pasaba fijase la vista casualmente en el mancebo y al ver la capa blanca, estremecióse, contuvo trabajosamente una exclamación y recatándose el rostro alejóse para no ser visto, aunque sin dejar de observa a Luis.

—¡Abrid, que me habéis agarrado la capa! — gritó éste, llamando al hortelano.

El viejo abrió, cerrando enseguida otra vez y nuestro amigo, sin apercibirse del hombre que le espiaba, se dirigió con lentos pasos hacia la casa de doña María de Mendoza.

—¡Ya eres mío! — murmuró el que le seguía, que no era otro que el señor Antonio Mena. — Sin esperar a más, podría fácilmente apoderarme de él con sólo dar un grito; pero es necesario que caiga también el de Poza y la doncella. Gran negocio, bastante para completar mi fortuna y retirarme a vivir tranquilamente.

Entró el paje en casa de doña María, permaneciendo allí largo rato.

Fácil es adivinar a nuestros lectores el diálogo que tuvo lugar entre la dama y el mancebo. Hablaron de lo ocurrido con Blanca y el marqués la noche anterior y del primer paso dado para sacar del convento a la hija de don Juan.

Salió, al fin el paje gozoso porque creía que todo se presentaba bien y combinando planes tomó el camino de la taberna.

El señor Antonio le siguió sin perderle un instante de vista y se detuvo al verle entrar en la miserable casa de Santiago.

—¿Qué viene a hacer aquí? ¿Será éste el nido?

Y reflexionando después, añadió:

—No vendrá a emborracharse, porque no lo tiene de costumbre. Entraré, cuidando de ocultarme el rostro y veré lo que hace y con quién habla.

El señor Antonio entró en la taberna, pidió un jarro de vino y se sentó delante de una mesa. Luego miró a todos lados y como no viese al paje, dijo para sí:

—Aquí tiene su albergue. Ha llegado y sin detenerse se ha metido en el interior de la casa. Bien se presenta el asunto: mañana seré rico.

Luego pareció meditar profundamente y pasado largo rato, dijo para sí:

—Muchas son las dificultades si he de hacerlo yo solo, porque el caso es que todos ellos deben caer en el lazo. Posible es que los cuatro vivan aquí, pero nada tendría de extraño que cada cual estuviese en distinta casa, como es muy prudente. El paje no ha de confesar dónde se encuentran sus cómplices. Si logro reunirlos o saber en dónde están, los delato y negocio concluído, porque eso de ponerme yo frente a frente con el mancebo sería una locura, porque del primer golpe me mandaría bonitamente al otro mundo, como hizo anoche con muchos de los infelices que acompañaban al alcalde. Lo primero que debo hacer es dar cuenta de mi hallazgo a doña Ana y hacerle que me prometa una buena suma... ¿Y mientras, se escapará...? No, porque vive aquí y aunque salga, volverá. Ese diabólico paje me conoce, pero no importa, porque me tiene en concepto de un traidor que me vendo a cualquiera y no le parecerá extraño que me venda a él. Se me ocurre también pedirle alguna cantidad por cuenta de mi fingida traición. Esto es lo que se llama un doble negocio. Estoy cierto de que el maldito paje ha de sentir más el dinero, no por su valor, sino por el engaño, que el verse preso. Y en cuanto a su amigo el capitán... a ese le tengo un miedo horrible; pero caerá en la red, que contra la astucia no vale la fuerza.

Tras estas reflexiones se levantó el señor Antonio, y sin perder un momento se fué a casa de doña Ana de Mendoza con ánimo de explotar su secreto.

Capítulo XLVIII

DE LA ENTREVISTA QUE TUVIERON EL PAJE Y LA DONCELLA INES

SANTIAGO había cumplido su promesa y buscado una casa en el arrabal de San Ginés, disponiendo de modo las cosas que aquella misma noche podían dormir en ella nuestros amigos.

Empezaba a oscurecer y el paje se dispuso a salir para continuar sus averiguaciones con respecto al marqués, y para ver a la doncella

Inés, con el fin de que le dijese cómo se encontraba doña Ana.

—¿Te acompañará el capitán? — preguntó Blanca a Luis.

—No, mi querida señora, porque no conviene que os quedéis sola aquí, y aunque Santiago derramaría toda su sangre por defenderos, bueno es que no os deje el capitán por lo que pueda ocurrir.

—¿Tardarás mucho?

—Poco, si no ocurre ninguna novedad, y cuando yo vuelva nos iremos a la nueva casa y el señor Pero marchará a Burgos.

—¿Sigues con tu idea?

—Lo mismo que esta mañana: en cuanto tenga mi tesoro haré una vsita al rey para ofrecerle mis respetos.

—¿Adónde vas ahora?

—A ver a Inés, a menos que no quiera salir porque me tenga miedo desde que sabe que soy el diablo. Veremos qué tal se presenta, y si es caso de continuar nuestras relaciones.

Y después de haber recibido en la frente el acostumbrado beso de su señora, salió de la casa y fué a situarse junto al postigo de la de doña Ana de Mendoza.

Poco tiempo esperó allí el atrevido mancebo, cuando el postigo se abrió, apareciendo la doncella envuelta en su manto.

—Dios te guarde, mi bella Inés — le dijo Luis acercándosele con la misma franqueza que siempre.

Inés ahogó en su garganta un grito de sorpresa, y miró con cierto espanto a su fingido amante.

—¿Te asusta mi presencia? — le preguntó el mancebo con acento dulce y desplegando una alegre sonrisa.

—¡Vos aquí! — exclamó la doncella.

—Ya me ves; pero advierto que no me hablas como siempre...

—¿Y tenéis valor...? ¡Dejadme... me habéis engañado miserablemente!

—¡Engañado!

—¿Y yo enamorada de un hereje?

—¿Estás loca, Inés? ¿Tú también das crédito a las paparruchas del vulgo? No falta sino que, como muchos piensan y dicen, tú me tengas también por un verdadero diablo.

—No, señor Luis, ya sé que no sois más que un hombre como cualquiera, pero...

—Entonces no tienes derecho a decir que te he engañado mientras que no te abandone. No te dije desde el primer día quién era yo, porque temí que te retrajeses de escucharme, preocupada como otros muchos con la idea de que yo era verdaderamente un diablo.

—Apartáos, señor Luis, y dejadme que llore mi desgracia .

—Bien, me iré, no volveré a verte... Sí, te veré mañana para entregarte el dinero prometido por el marqués de Poza al que salvase a su amada, y como tú eres la persona que la ha salvado...

—¡El dinero... a mí!

—Sí, el dinero que podrá servirte para llevarlo en dote cuando te cases...

—¡Luis!

—¿No es la verdad lo que digo?

—¿Pero no me engañas? ¿Es cierto que me amas lealmente?

—¿Lo dudas?

—No lo sé.

—Pues bien, ten confianza en mí, deja correr el tiempo y muy pronto verás...

—Me dejarás, porque tú tienes que huír; hoy han pregonado tu cabeza, llamándote asesino, hereje y qué sé yo qué más...

—Bonito estaría que el diablo huyese.

—Tu vida peligra.

—Ahora marchan mis negocios mejor que nunca — repuso el mancebo.

Inés miró a todos lados como si temiese que la escuchasen, y luego dijo:

—Luis, ¿es verdad que piensas hacerme feliz?

..—Sí.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—Tengo que confiarte un secreto de mucha importancia.

—Puedes hacerlo con descuido.

—He escuchado una conversación que esta mañana ha tenido mi señora con un tal señor Antonio de Mena.

—¡El señor Antonio de Mena! — repitió el paje.

—¿Lo conoces?

—Estuvo al servicio del príncipe, o, mejor dicho, fué su espía, y la causa de su muerte.

—Lo creo; él ha sido también el que ha estado en Burgos y sacado del convento a doña Blanca.

—¿Conque ha sido ese miserable?... ¡Oh!, no estima en nada su pellejo.

—Cualquier castigo merece.

—¿Y qué ha dicho a tu señora?

—Que había podido averiguar dónde te albergabas, y que esta misma noche caerías en su poder.

—Quiere engañar a tu señora; es imposible que sepa...

—Le ha dado señas muy positivas.

—Explícate, Inés, que el asunto merece atención — dijo el mancebo.

—Pues bien, según dice el señor Antonio, esta mañana te vió salir de la huerta del convento de Santo Domingo.

—¿Pero acaso me conoce? — preguntó Luis con alguna inquietud.

—Por la capa blanca, que según parece te se cayó al suelo. Luego te siguió.

—¿Y dónde dice que fuí?

—Se lo ha reservado porque en eso consiste su secreto.

Luis se estremeció, más por Blanca que por él, pues tan acostumbrado estaba ya al peligro, que nada le infundía miedo.

—Es preciso que evites el golpe que te amenaza.

—Déjame pensar algunos instantes — dijo el mancebo.

Y luego inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó meditabundo.

—Inés, necesito tu ayuda — dijo después de algunos instantes.

—Cuenta con ella.

—¿Estás decidida a todo?

—A todo por tí.

—Tarde o temprano pueden descubrir que eres mi cómplice: mis enemigos lo son tuyos, y es preciso que me ayudes a inutilizarlos.

—¿Qué hay que hacer?

—Dos cosas.

—Explícate.

—Vuelve en seguida a casa de tu señora, y con alguno de esos asesinos que la rodean, habla de mí.

—Lo haré.

—Ensalzas la habilidad del señor Antonio, y cuando el que te escuche se muestre picado y diga, como dirá, que él no vale menos, finges que tú también estás picada y no eres de su misma opinión, y, por último, para convencerlo, le dices en confianza cuanto has escuchado, sin olvidarte de la recompensa que tu señora haya prometido al traidor.

—¿Con qué fin?

—Ya lo sabrás.

—Prosigue.

—Luego añades que el señor Antonio dió las señas de mi casa, diciendo que era la taberna del Moreno, frente a San Ginés.

—No adivino tu plan.

—Ya verás su resultado.

—¿He de decir algo más?

—Que el señor Antonio sabe también que esta noche saldré a las ocho, poco más o menos, de mi casa con mi capa famosa.

—¿Nada más?

—Nada en cuanto al señor Mena. Ahora falta que te decidas a otra cosa.

—¿Cuál-

—Necesitamos una prueba de los amores de tu señora con el señor Antonio Pérez.

—¡Una prueba!

—Sí, es indispensable.

—¿Bastará una carta?

—Sí.

—Tendrás la primera que yo llevé al secretario de su majestad. Ya ves que a todo estoy decidida.

—No puedo quejarme de tí.

—¿Pero me explicarás el fin de todo ese enredo?

—No puedo detenerme.

—Dime al menos si verdaderamente es tu casa esa taberna...

—Allí habito.

—¿Y en vez de ocultarlo...?

—Me conviene que lo sepan para que me busquen. Cuanto vas a decir es la verdad.

—Con razón te llaman el diablo.

—Adiós, Inés, tengo que hacer muchas cosas.

—¿Hasta mañana?

—Probablemente.

Alejóse el paje, y la doncella siguió su camino, mientras decía para sí:

—Daría un dedo de la mano derecha por saber el enredo que piensa armar mi amante. En vez de ocultarse, quiere que se diga dónde pueden encontrarlo... No se parece a ningún hombre.

Capítulo XLIX

INES SE DEJA ENGAÑAR

NO necesitaba muchas explicaciones Inés para comprender perfectamente el papel que tenía que representar, por más qeu no adivinase lo que el travieso Luis se proponía.

Halagado estaba el amor propio de la doncella, y no necesitaba más para hacer prodigios.

Volvió a su casa y entró en un aposento donde se encontraban Felipe y otro de los miserables que servían a la princesa, y que nada tenían que hacer más que esperar órdenes para cometer nuevos crímenes, pues para esto se los pagaba, y tampoco servían para otra cosa, por más que dijesen que eran escuderos de la ilustre dama.

Si la doncella no estaba en aquellos momentos muy agitada, lo parecía, y no agitada por ninguna contrariedad, sino por la alegría.

—¿Qué hacéis tan mustios y callados? — preguntó a los dos sirvientes.

—Ya lo veis, nos aburrimos — respondió Felipe, — y en cambio vos os divertís.

—¿Cómo lo sabéis?

—Vuestro semblante...

—Debe decir qué estoy muy contenta.

—Sí.

—Y no miente.

—Bien, os felicito.

—Y yo también.

—Y como no quiero que nadie sufra cuando yo gozo, voy a regalaros con una botella del exquisito vino que nuestra señora guarda para cuando el señor Antonio Pérez se siente muy debilitado y necesita tomar un refrigerio.

Cinco minutos después volvió con una botella y dos vasos.

—¿No beberéis con nosotros? — pregunto Felipe.

—No.

—Recordad que habéis prometido decirnos...

—Os haré compañía.

—¿Y si se enfada el señor Antonio?

—No se enfadará, porque ya sabe que lo amo de veras y que como rivales no sois temibles.

—Pues es más feo que nosotros — replicó Felipe, mientras destapaba la botella y llenaba los vasos.

—No es por la hermosura por lo que se estima a los hombres.

—¡Buen vino! — exclamó Felipe después de beber.

—Gloria pura — añadió su compañero.

—Probad, señora Inés.

—¿Y si me mareo?

—Dormiréis y soñaréis que os requiebra ese espantajo.

—No quiero dormir, ni me conviene, porque espero una buena noticia, y en cuanto al señor Antonio, a pesar de ser muy feo, es capaz de hacer lo que para vosotros sería imposible.

Los dos asesinos soltaron una carcajada burlona.

—¿Os reís? — preguntó la doncella como si se ofendiese.

—Sí, nos reímos, porque este vino alegra.

—Y porque a vuestro lado nadie puede estar triste.

—Os agradezco la galantería.

—No os enfadéis, señora Inés.

—No me enfado; pero cuando queréis rebajar a los que valen más que vosotros...

—¿Y por qué vale el señor Antonio más? ¿Qué ha hecho, ni que puede hacer? Es un zorro muy astuto, pero muy cobarde, y de nada le serviría toda su astucia contra una puñalada.

—¿Quién sacó a doña Blanca del convento? — preguntó Inés.

—Pues para que veáis que el talento vale más que la fuerza, os recordaré lo que sucedió la otra noche, en la hostería: Ginés pudo averiguar dónde se encontraba ese hombre a quien llaman el diablo, y nada se consiguió.

—Yo no hubiera hecho lo que Ginés.

—Yo tampoco, pues sin otro miramiento le hubiera dado una puñalada.

—El caso es que no lo hizo.

—Sin embargo, consiguió lo que no ha podido conseguir el señor Antonio de Mena con toda su astucia.

—¿Y si el señor Antonio lo hubiera conseguido ya? — replicó Inés.

—Imposible...

—¡Bah!

—Os digo que sí.

—Señora Inés, os ha engañado vuestro prometido.

—¡Engañarme!

—Ha querido darse importancia.

—Si os empeñáis en negar...

—Una prueba y nos convenceremos — dijo Felipe.

—Eso es, una prueba — añadió su compañero.

—Pues bien; todavía no hace una hora que estuvo aquí el señor Antonio.

—¿Y qué?

—Ofreció a nuestra señora que esta misma noche le presentaría la cabeza del antiguo paje.

Los asesinos dejaron escapar otra carcajada.

—Señora Inés, vuestro novio no tiene bastante alma para degollar al diablo

—Lo veremos.

—Y además, antes es preciso que sepa dónde el diablo tiene su escondite.

—Y lo sabe, aunque este secreto no ha querido revelarlo a nuestra señora.

—Entonces...

—Pero a mí me lo ha dicho todo.

A los dos asesinos les ocurrió a la vez que podían hacer un gran negocio anticipándose a descargar el golpe que tenía preparado el señor Antonio de Mena.

Una mirada de inteligencia cruzaron aquellos dos miserables.

No necesitaron más para ponerse de acuerdo.

Les parecía muy fácil hacer hablar a Inés, y Felipe dijo:

—Todo eso es música celestial.

—¿Aún no estáis convencidos? — replicó la doncella.

—Claro es que no, puesto que hay mucha diferencia entre prometer y cumplir.

—El tiempo dirá.

—Si el señor Antonio os ha revelado el secreto...

—Repito que sí.

—Pues entonces, ¿por qué no decís dónde tiene su nido el diablo?

—Porque he prometido callar.

—Con nosotros es inútil la reserva.

—El negocio es tan delicado...

—Debéis pensar que a estas horas es lo más probable que el señor Antonio haya dado el golpe.

—Tal vez.

—Y si queréis que confesemos que vale más que nosotros...

—Al fin me obligaréis a decir lo que quiero callar.

—Escuchamos y os agradecemos la confianza tanto como el vino.

—Cerca de San Ginés hay una taberna...

—La del Moreno.

—La misma.

—¿Y el diablo está allí?

—Sí.

—¡Rayos!

—En otro tiempo fué mi amigo Santiago, el dueño de la taberna; tuvo fortuna para hacer buenos negocios y se retiró a la buena vida.

—Lo cual quiere decir que es hombre a propósito para el caso.

—¡Ya lo creo!

Otra mirada de inteligencia cruzaron los dos bandidos.

—¿Aún dudáis? — preguntó Inés.

—No; pero siempre resultará que el señor Antonio es muy feo y vos muy bonita, y él ruin y vos generosa, y...

—Dejadme en paz — interrumpió la doncella, poniéndose en pie

—¿Os vais?

—Sí, tengo que hacer.

—¿Y no probáis el vino?

—No.

—Señora Inés...

—Hasta luego.

La joven salió.

—¿Qué opinas de todo esto? — preguntó Felipe.

—Que puede ser un gran negocio.

—¿Y no lo aprovecharemos?

—Si te decides...

—Decidido estoy.

—La cabeza del diablo está pregonada, y mucho más de lo que ofrecen nos daría nuestra señora.

—Pues es muy sencillo: iremos a la calle de Bordadores, acecharemos, y como el paje saldrá...

—Eso es.

—No necesitamos ayuda de nadie.

—Bebamos.

—A la salud de Inés, que nos ha proporcionado este negocio.

—Yo brindo por el hidalgo.

—Y manos a la obra

—Vamos, pues.

—Antes, el último trago.

Dieron fin al vino.

Minutos después salían de la casa y se alejaban tan contentos como quien va tras la fortuna y tiene la seguridad de alcanzarla.

Entretanto, la doncella cavilaba y decía:

—¿Qué sucederá?... No lo adivino, ni estoy tranquila.

La verdad es que nunca el peligro amenazó tan de cerca al travieso Lius.

Capítulo L

FRAY BERNARDO DA BUENOS CONSEJOS Y MEJORES AVISOS

PARA que se comprendan los extraños sucesos que en los siguientes capítulos tenemos que referir, nos es preciso retroceder al punto en que dejamos al señor Antonio de Mena, de quien ya dijimos que fué a la suntuosa morada de la ilustre viuda para dar principio a la explotación del secreto que una casualidad le había dado a conocer.

El adagio dice que "poco aprieta el que mucho abarca", que "la codicia rompe el saco" y que "en el pecado va siempre la penitencia", lo cual es muy cierto, porque rara vez deja de suceder que la criatura no encuentre el castigo en la misma pasión que le domina.

El hidalgo no se acordó de estas verdades, y si en ellas pensó, creyó que aquella vez triunfaría, como otras, pues la impunidad, no solamente infunde alientos, sino que engendra ilusiones.

Indudablemente hubiera triunfado en aquella ocasión si se concretase a descubrir el paradero del paje, recibiento la recompensa prometida por la autoridad, según la bárbara costumbre de aquel tiempo, y, además, la que le diese doña Ana, cuya liberalidad no podía ponerse en duda; pero el miserable no se contentaba con todo esto, quería más, mucho más, porque su codicia era insaciable.

Si podía recoger algunos escudos más, ¿por qué perderlos?

Así discurrió, y por eso se decidió a hacer un doble negocio, representando un doble papel lo cual era para él cosa muy fácil.

No se detuvo ante los inconvenientes que esto ofrecía, porque estaba dominado por su ruin pasión, por su sed de riquezas.

El señor Antonio había nacido para ser traidor; pero con una sola persona era leal, aunque no por virtud, sino por necesidad. Nos referimos a fray Bernardo.

Apenas el hidalgo salió de la morada de la viuda, se dirigió al convento y entró en la celda del dominico.

—¿Más novedades? — le preguntó éste.

—He conseguido hacer un descubrimiento de grandísima importancia, y os traigo la noticia, como es mi obligación.

—Os escucho.

—Ya sé dónde se alberga el diablo

—¿Y qué más? — preguntó fríamente el dominico.

—¿Os parece poco, reverendo padre?

—Ni poco, ni mucho.

—Pues yo lo tengo por un suceso feliz, y providencial, y cuando conozcáis los detalles, veréis en todo ello...

—Al asunto y dejad los comentarios para después.

—Pasaba yo por los Caños del Peral, y vi que de la huerta de la Priora salía un hombre, cuya capa se enganchó en la puerta y cayó.

—Y aquella capa era blanca...

—Sí.

—De la huerta de la Priora habéis dicho, ¿no es verdad?

—Exactamente.

—Esperad — repuso el dominico.

Luego inclinó la cabeza, cerró los ojos y quedó inmóvil.

No necesitó reflexionar mucho para comprender que el antiguo paje no podía haber ido a la huerta de Santo Domingo el Real, sino para ocuparse de la hija de don Juan de Austria, cosa en que no había pensado el señor Antonio de Mena, a pesar de toda su astucia.

—Está bien — dijo el fraile después de algunos minutos. — Continuad.

—Me recaté el semblante, seguí al endiablado mancebo que tomó hacia San Ginés...

—Y vísteis que entró en una taberna de la calle de Bordadores...

—¡Lo sabíais...

—Sí.

—Reconozco mi pequeñez, y me sorprende que sabiendo dónde ese hereje habita no hayáis pensado...

—Lo que vos no pensáis — interrumpió el dominico severamente, — es que el Santo Oficio no necesita vuestras advertencias ni vuestros consejos para cumplir con su deber.

—Perdonadme.

—Méritos os sobran para ocupar un calabozo en la Inquisición y un puesto en la hoguera, y sin embargo...

—¡Perdón, perdón! — exclamó el hidalgo con acento de terror profundo.

—Creéis haber visto mucho y haber conseguido más, y tan ciego estáis que no os habéis apercibido de lo que tiene mayor importancia, y hasta tal punto os ofusca el contento, que no pensáis que lo que por gran fortuna tenéis, es quizá grandísima desgracia.

—En cuidado me ponéis.

—Y si no, veamos lo que habéis pensado hacer o lo que habéis hecho.

—Hoy se ha pregonado la cabeza de ese hombre.

—Podéis entregarlo a la justicia, y os recompensarán... ¡La codicia siempre, la sórdida codicia!

—Reverendo padre...

—No pecaréis por ignorancia, pues os lo advierto; vuestro mayor enemigo lo lleváis en el alma, es vuestro afán de riquezas.

—Perdí mi caudal...

—Recuperadlo, sí; pero con prudencia, con

mucha prudencia, porque hay ocasiones en que ganando uno se gana más que ganando ciento.

Inútil era predicar sobre este punto al hidalgo, que sólo por temor y respeto dijo:

—No olvidaré vuestros sabios consejos.

—Mucho ganaréis.

—Acabo de ver a la señora princesa.

—¿Y le habéis dicho?...

—Que ya sé dónde se oculta el paje.

—Ella os habrá ofrecido el oro a montones, y vos...

—Siquiera por cumplir mi deber...

—Entiendo.

—Es absolutamente necesario aniquilar a ese enemigo.

—No seréis vos quien tal haga.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razón de que valéis poco para hacer tanto.

—Si el paje es valeroso y audaz...

—Y más ingenioso y astuto que vos.

—Antes sentirá el golpe que el amago.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Si opináis...

—Os he aconsejado lealmente, y os dejo en libertad.

—Gracias, reverendo padre.

—Si nada más tenéis que decirme, dejadme porque tengo que hacer.

El hidalgo, muy satisfecho porque no se le prohibía obrar a su antojo, besó respetuosamente la diestra del dominico y salió.

Cuando fray Bernado estuvo solo, dijo:

—Es ya tanta su ruindad, tanta, que me repugna.

Luego tomó la pluma y se puso a escribir.

Le dejaremos para ir a la taberna y ver a Santiago, que enteramente solo y junto al mostrador, se aburría y dormitaba.

Ya había cerrado la noche y, sin embargo, ni un solo bebedor había tenido por conveniente entrar en la taberna.

Cuando ya Santiago había perdido la esperanza de hacer negocio aquella noche, se le presentó un hombre flaco, vestido de negro y de continente nada agradable.

Era un esbirro de la Inquisición.

Estremecióse el tabernero, empezando a temer que se hubiese sospechado que protegía al célebre criminal de la capa blanca.

El esbirro, que era el llamado Mateo, a quien ya hemos conocido en la primera parte de esta historia, avanzó con pasos silenciosos y mientras miraba a todos lados como para convencerse de que no había ningún importuno observador.

Cuando estuvo cerca de Santiago, le miró de pies a cabeza y le dijo:

—¿Sois el llamado Moreno?

—No os equivocáis — respondió el tabernero.

—No me conocéis, ni es menester.

—Sin embargo, si queréis decirme vuestro nombre...

—No hay inconveniente. Me llamo Mateo.

—¿Y sois?...

—Tengo la honra de servir al Santo Tribunal de la Inquisición, y voy a entregaros una carta para que la pongáis en manos del señor Luis, si es que aquí se encuentra o ha de venir pronto; pero si ha de tardar, se la daréis al señor Pero León o a doña Blanca, puesto que...

—Señor Mateo — interrumpió Santiago, que muy difícilmente podía conservar la calma.

—Dejadme concluir.

—Bien, decid todo lo que os dé la gana; pero conste que no conozco a esa gente.

—Cierta, inevitable es la perdición del señor Luis, si muy pronto no recibe la carta. Ya estáis advertido; no pecaréis por ignorancia, y vuestra será la responsabilidad de lo que suceda.

Y esto diciendo, el esbirro sacó y puso sobre el mostrador un papel.

—Yo no debo recibir...

—Si os negáis, llamaré, acudirán diez de mis compañeros que aguardan muy cerca de aquí, y os llevaremos a la Inquisición.

—¡Vive el cielo!

Mateo se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, desapareciendo.

Santiago empezó a dar entre sus manos vueltas al papel.

No tuvo necesidad de cavilar mucho, porque el paje se presentó.

Capítulo LI

DONDE SE VERA QUE UN CONDENADO NO PUEDE ENGAÑAR A UN DIABLO

GRACIAS a Dios o al diablo! — exclamó el tabernero al ver a Luis.

—¿Qué te pasa? — preguntó éste.

—Huid, ocultáos no sé dónde, es decir, en la nueva casa. Nunca nos hemos prevenido tan oportunamente, porque quizá dentro de pocos minutos...

—Vendrán a buscarme, ya lo sé.

—¡Qué lo sabéis!...

—Sí.

—¿Y también lo de la carta?

—No te entiendo.

—Ha venido un esbirro de la Inquisición.

—¡Un esbirro!...

—Dice que se llama Mateo...

—¡Ah!... El apaleado... Prosigue.

—Me ha tratado con muchas consideraciones y me ha dicho que venía de parte de un fraile, cuyo nombre no ha querido pronunciar.

—Fray Bernardo — murmuró el paje.

—Asegura que lo sabe todo con respecto a vos, y a doña Blanca y al señor Pero.

—Quizá no miente.

—Y me ha entregado una carta, que he tenido que recibir, porque me amenazaba con llevarme preso. Supongo que nos tienden un lazo.

—Dame la carta.

—Tomad.

Luis desdobló el papel y leyó lo siguiente:

"Vuestros enemigos saben ya dónde os ocultáis, porque os han seguido al ver vuestra capa blanca, que se os cayó cuando salíais de la huerta.

"Huid sin perder un instante, porque esta misma noche descargarán el golpe terrible.

"Como no es fácil encontrar en un instante albergue seguro, os ofrezco más de uno de que puedo disponer, no solamente para vos, sino para vuestros amigos.

"Aceptad, que no ha de pesaros, y no os empeñéis en rechazar mi amistad y mi ayuda, porque sin mí sucumbiréis más o menos tarde.

"También puedo hacer mucho en favor de la persona que vive cerca de la huerta donde habéis estado.

"Al señor Antonio le perderá su codicia, y debéis evitar que a vos no os pierda la vanidad o la ciega confianza que tenéis en vuestras propias fuerzas. Mucho valéis; pero al fin no sois más que un hombre, y vuestros enemigos son muchos y muy poderosos.

"Si no seguís mi consejo, si aún rechazáis mi amistad, peor para vos; mi conciencia queda tranquila, porque hago cuanto puedo hacer".

No tenía firma el escrito.

El paje inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

Aunque no necesitase aquel aviso, tenía que agradecerlo.

Tampoco necesitaba el albergue que el fraile le ofrecía; pero no por esto el ofrecimiento era menos meritorio.

—¡Vive Dios! — exclamó Luis después de algunos minutos. — Mal que me pese, tendré que reconocer que soy deudor a fray Bernardo de grandes beneficios, y empiezo a temer que, al fin, la necesidad me obligue a aceptar sus ofrecimientos y la alianza que mil veces he rechazado. ¿Qué empresa habrá imposible para la constancia de un fraile? Es una constancia que puede compararse a la gota de agua que horada una piedra.

No exageraba el paje.

—¿Y qué hemos de hacer? — preguntó Santiago. — Ya véis que me ha sido preciso...

—Has hecho bien en quedarte con la carta.

—Pero la Inquisición...

—Nada temas.

—Cuando vos lo decís...

—Luego te daré instrucciones.

—Esperaré.

Luis subió al aposento donde con creciente ansiedad le esperaban su señora y Pero León.

Acababa éste de cenar y aun saboreaba el contenido de una botella, en tanto que hablaba sin cesar para distraer a doña Blanca.

—¡Cuánto has tardado! — exclamó la doncella al ver entrar a Luis.

—Bien venido — dijo el capitán.

—¡Que he tardado cuando no hace media hora que salí! — contestó el mancebo.

—Me tenías con mucho cuidado — repuso doña Blanca.

—Pues no pensaba volver tan pronto, según lo que tenía que hacer.

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna — contestó el paje distraídamente.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Estás pensativo...

—Es muy natural; tengo muchas cosas en que ocuparme.

—Algo sucede.

—Que después de salir he pensado en que a las nueve vendría el hortelano del convento, y he tenido que volverme sin hacer todo lo que yo quería.

—Son las ocho, poco más.

—No importa. Puede adelantarse.... Y también he pensado que es prudente que os vayáis a la nueva casa sin aguardar a más tarde, porque si descubren nuestro paradero...

—Pues bien, no perdamos tiempo — repuso doña Blanca.

—Pero me dejaréis — dijo el capitán — que acabe tranquilamente de beber esta botella.

—Allá beberéis cuantas os dé la gana; pero ahora levantáos y acompañad a doña Blanca.

—¿No vienes con nosotros? — dijo la doncella.

—Ya sabéis que espero al hortelano.

—Bien, pero como aún queda tiempo...

—Si queréis complacerme — interrumpió Luis, — idos con el capitán ahora mismo.

—Algo sucede.

—Necesito estar solo, y no me preguntéis el por qué.

—Luis, temo que te suceda alguna desgracia...

—Descuidad por esta noche... No perdáis tiempo, señora, que cada minuto vale un Potosí. Capitán, desenvainad la tizona y en marcha.

El señor Pero bebió de un solo trago el vino que quedaba en la botella, se caló el sombrero hasta los ojos, embozóse en su capa, y, con el acero desnudo, esperó a que Blanca se levantase.

Esta comprendió que no era oportuno hacer observaciones ni preguntas al mancebo, y, triste y silenciosa, se dispuso a salir.

—Dios os guíe — dijo el paje.

—¿Tardarás mucho? — le preguntó la doncella.

—Tres horas; pero no estéis con cuidado aun cuando no vaya en toda la noche.

—Alguna diablura proyectas.

—Esta noche es de broma y diversión para mí — contestó sonriendo el mancebo. — Estad tranquila.

Blanca movió tristemente la cabeza y dijo:

—Estás acostumbrado a jugar la vida riendo, y no me inspiran confianza tus palabras.

—Para que nada temáis, os diré que acabo de recibir una carta de fray Bernardo.

—¡Una carta de fray Bernardo!...

—Me advierte el peligro que corro y nos ofrece albergue seguro.

—Pero...

—Se empeña en que hemos de ser amigos, y al fin lo conseguirá. Puede llevarnos a la Inquisición y no lo hace, y por más que sus ofrecimientos sean interesados, tengo que agradecer sus beneficios.

—Es tu obligación.

—Fray Bernardo es el único enemigo verdaderamente temible, porque todo lo peor que puede suceder es que me prendan y me lleven a

la Inquisición, en cuyo caso aceptaría la alianza y recobraría la libertad.

—A pesar de todo eso...

—Que el tiempo vuela — interrumpió el paje.

—Adiós.

—El cielo os guarde, hermana mía — dijo Luis mientras acercaba su frente a los labios secos de la doncella.

—Piensa, Luis, que no tengo otro amparo que tú — le dijo Blanca.

—Capitán — dijo el mancebo, — si algo ocurriese en el camino, dad el silbido que sabéis nos sirve de seña, porque como la nueva casa no está muy lejos, llegará fácilmente a mis oídos.

—Seréis obedecido en caso de necesidad.

Blanca y el soldado salieron, y Luis se asomó a una ventana.

—Ellos son — dijo después de algunos instantes. — La calle está solitaria y la noche oscura... Se alejan... ¡Protegedlos, Dios mío!

Luego llegó a la puerta del aposento y llamó a Santiago.

Este subió pocos instantes después.

—¿Qué se os ofrece? — preguntó.

—Regularmente esta noche, quizá dentro de poco, vendrán separadamente dos hombres, o por lo menos uno, que intentarán verme. Para conseguirlo, empezarán por sonsacaros, y, si preciso fuese, por ofreceros alguna cantidad.

—Que les haré que se coman, aun cuando no tengan muelas para mascar las monedas.

—No, al contrario...

—Os comprendo. Atrapo los maravedises, les digo que me sigan, los llevo a la cueva, y allí...

—Tampoco es eso.

—Entonces no lo adivino.

—Es lo contrario de lo que pensáis.

—Explicáos.

—Uno de esos hombres es pequeño de estatura y flaco, no tiene pelo de barba y le brillan mucho los ojos. Podréis conocerlo además por una sonrisita muy dulce que siempre anima su rostro y por su voz, un tanto atiplada y suave.

—Ya me parece que le estoy viendo.

—Pues bien, os dejáis engañar por ese hombre y lo guiáis aquí.

—¿Y el otro que habéis indicado?

—Probablemente no vendrá, pero si acaso no sucediese así, observaréis distinta conducta.

—Bien.

—Después que suba el barbilampiño, os asomaréis a la puerta de cuando en cuando, y así que veáis un bulto que ronda la casa, venís a la escalera y malláis suavemente y de modo que nadie pueda sospechar que no es un gato.

—Ya sabéis por experiencia que tengo habilidad para ello.

—Si no la habéis perdido por falta de práctica...

—En cuanto al canto de la lechuza, no os respondo de imitarlo sin ensayarme antes. ¿Tenéis algo más que mandarme?

—Que tengáis preparado un cabrito para cuando yo entre en la tienda y lo pida.

—He mandado guisar dos, y deben traerlos de un momento a otro.

—Tened cuidado de haceros el desconocido cuando nos sirváis de cenar.

—Bien.

—Y mezclad con aguardiente el vino que pongáis a la persona que me acompañe.

—Comprendo, queréis emborracharla.

—Sí.

—Todo se hará a medida de vuestro deseo — dijo Santiago.

Y se bajó a la tienda, sentándose detrás de su mostrador.

Pocos momentos después entró el señor Antonio de Mena, y después de mirar a todos lados por encima del embozo de su capa, se acercó al Moreno.

—Tengo que hablaros reservadamente —le dijo sin bajar el embozo.

Santiago lo miró de soslayo, y luego contestó:

—Nadie nos oye, podéis decir cuanto os dé la gana.

—Ya véis que vengo solo...

—¿Y qué me importa? ¿Es ese vuestro secreto? — le replicó el tabernero.

—Tened calma.

—Me sobra.

—No os admire lo que voy a deciros ni os enfadéis por ello.

Y luego añadió:

—Necesito ver al diablo.

—¿Y yo soy, por ventura, el portero del infierno? — dijo Santiago sin alterarse.

—Está visto — pensó el hidalgüelo — que tendré que decidirme a enseñarle un escudo... Aunque entonces quizá desconfiaría.

—O estáis loco o borracho — repuso el tabernero.

—Ni lo uno ni lo otro. Me habéis comprendido perfectamente, y no extraño que empecéis por negar; pero no sucederá así cuando penséis que vengo solo, y que si es engaño podéis desquitaros de la burla atravesándome el corazón de una puñalada.

—Hace mucho tiempo — le contestó Santiago — que aprendí un refrán que dice: "Quien tiene limpia la cara, no se la tapa".

—Si oculto el rostro no es por vos, sino...

—Esto no es más que un refranillo.

—Tampoco me conocéis, y sería inútil...

—Razón más.

—Si eso únicamente os causa recelo, mirad — dijo el señor Antonio

Y bajó el embozo de su capa.

—El mismo — dijo para sí el Moreno cuando hubo examinado el rostro del traidor. — Me dejaré engañar, pero antes veré si suelta algunos reales.

—¿Queréis algo más? — repuso el hidalgo.

—Yo nada quiero, ni vos me lo habéis ofrecido — añadió Santiago.

El señor Antonio hizo un esfuerzo para ahogar un suspiro doloroso, porque había comprendido la poco disimulada indirecta de Santiago.

—Eso... es cosa sabida — murmuró mien-

tras buscaba una moneda en su bolsillo. — Ya sé que no tenéis obligación de servir a nadie de balde.

Y sacó un escudo de oro, que alargó al tabernero con mano trémula.

—Bien — dijo Santiago mientras tomaba la moneda.

—Convenidos.

—Seguidme — repuso el Moreno.

Y guió al señor Antonio hasta el aposento en que se encontraba el paje.

Este aparentó la más desagradable sorpresa al ver a un extraño.

—Viene solo — dijo el tabernero, — y si nos engaña...

—Creo que no habéis sido muy prudente... Pero, en fin, dejadnos.

Cuando Santiago hubo salido, el hidalgo se descubrió y dijo:

—¿Me conocéis, señor Luis?

—¡Vos aquí, miserable! — exclamó el mancebo clavando en el traidor una mirada terrible.

—Sosegáos — dijo el señor Antonio, — sosegáos, que el asunto que me trae os interesa, y no vengo a haceros ningún mal. Si queréis escucharme, los dos ganaremos, y si no, me habré llevado un chasco, y, francamente, no sé cómo saldré de aquí, porque vos no me dejaréis después que conozco vuestra habitación.

—¿No habéis tenido miedo al presentaros delante de mí?

—¡Miedo! ¿Y por qué? Vengo a proponeros una alianza que os salvará la vida y llenará mi bolsillo.

—Callad, porque no puedo escucharos con calma — dijo Luis fingiendo el mayor enojo. — ¿No sabéis que os conozco? ¿Pensáis que puedo mancharme uniéndome a vos ni que he de fiarme de quien siempre fué un traidor villano que no hizo más que comerciar con su infame proceder?

—Porque me conocéis, vengo — dijo el hidalgo sin alterarse y con la mayor desvergüenza. — Sabéis que me vendo al que mejor me paga, y vengo a ver si queréis comprarme. Hice mi fortuna en otra época, pero esa fortuna se la llevó el diablo, y nada más justo que el diablo me haga recuperar lo perdido. En cuanto a lo de mancharos con mi alianza, ya comprenderéis que la mancha más fea es la de la sangre, y vos querréis evitar que corra la vuestra: y por lo que toca a fiaros de mí, os daré una razón que os convencerá de que he venido de buena fe.

—¡Convencerme de que no sois un traidor!

—No intento convenceros de eso, porque como traidor he venido a tratar; pero aun en la traición cabe la lealtad y la buena fe.

—Vos habéis venido buscando la muerte, porque sin duda habéis perdido el juicio.

—Creo que os equivocáis — dijo.

—Lo veremos.

—Vamos a lo que nos interesa. Os he dicho que venía de buena fe, o lo que es lo mismo, dispuesto a hacer traición a vuestros enemigos, y la prueba la tenéis en que si yo no tuviese más objeto que el de haceros prender, me bastaba con haber descubierto vuestra morada sin necesidad de exponerme a que me diéseis una puñalada por respuesta a mis fingidas proposiciones. A estas horas estaría la casa cercada de soldados y alguaciles, y por valiente que seáis sucumbiríais al número y yo me aprovecharía sin riesgo alguno del precio en que han tasado vuestra cabeza. Pero, como comprenderéis, ese precio me parece mezquino, aun añadiendo a él lo que separadamente me daría la señora princesa, y he pensado que tal vez sirviéndoos y haciendo traición a vuestros enemigos alcanzaré más lucida recompensa.

A pesar de que el paje conocía toda la ruindad del hidalgo, no pudo escuchar sin marcada repugnancia un discurso cuyo cinismo rayaba en el último grado de todo lo innoble y asqueroso. Impulsos sintió el mancebo de arrojar al infame traidor por la ventana o de clavarle su puñal en el corazón; pero no era prudente provocar una escena que podía muy bien producir escándalo y cuyas consecuencias tal vez serían fatales. Además, quería Luis hacer caer al señor Antonio en el mismo lazo que éste preparaba, como el mejor y más digno castigo que podía darse a su infame traición.

—Yo no puedo — dijo Luis — tener tratos con vos, porque creería hacer una ofensa a la memoria del príncipe don Carlos, cuya muerte fué sin duda hija de vuestra abominable traición.

—Vuestra fué la culpa. Si me hubiéseis ofrecido más dinero del que me dió la princesa cuando robé las cartas, el príncipe no hubiese muerto, se hubiese escapado y hoy sería tal vez rey de los Países Bajos y vos su ministro, su consejero, su favorito. Pero esto no es del caso; lo que a vos os interesa en este momento es salvar la vida y aniquilar a la princesa, y a mí rehacer la perdida fortuna. Si conseguís vuestro objeto, poco debe importaros que yo os ayude, y si yo satisfago mi avaricia, porque soy muy avariento, tampoco me importa que el dinero salga de uno o de otro bolsillo ni que me maldiga doña Ana.

—¿Y en qué habéis de servirme? — dijo el mancebo aparentando que a pesar de su repugnancia al hidalguillo le parecía conveniente salvar ante todo el pellejo.

—¿En qué puedo serviros?... Os lo diré, aunque es extraño que a vos no se os ocurra.

—No sé qué clase de ayuda podéis prestarme; sois débil y cobarde...

—Todo no se compone a cuchilladas, y ya comprenderéis que vuestra actual situación es insostenible, porque, al fin y al cabo, como donde las dan las toman, os alcanzará una estocada el mejor día. Vuestra salvación está en la ruina de la princesa, y sólo haciendo ver al rey que ésta es criminal podéis justificar vuestra conducta.

—¿Acaso ignora el rey que doña Ana es criminal? ¿Por qué la desterró hace seis años?

—Eso ya se olvidó. El crimen de la princesa consistía en haber intrigado contra don Carlos y sus amigos, como éstos eran enemigos del rey, no se consideró el delito sino como falta pasajera. Es menester tocar una cuerda más sensible, hacer ver a su majestad que él es el

ofendido, y para ello tenemos muy buena ocasión.

—¿Con los amores de Antonio Pérez?

—Sí; con los amores de mi astuto tocayo.

—¿Y cómo?

—Muy sencillamente. Yo puedo tener pruebas de esos amores. ¿Qué pensáis que hará su majestad cuando vea una carta de su secretario dirigida a la princesa y escrita en los términos más apasionados y llena de recuerdos deliciosos?

—Indudablemente que una carta...

—Al leerla — repuso sonriendo el señor Antonio — estoy seguro de que sentirá el monarca como si le clavasen alfileres por todo el cuerpo. Vos debéis presentarle esa carta y decirle: "Señor, vengo a pedir amparo a vuestra majestad: soy una víctima de doña Ana, así como vuestra majestad es su juguete".

—Demasiado atrevida es la idea.

—Ya conocéis a Felipe II. Cuando pronunciéis la palabra juguete, le sucederá lo que nunca, es decir, que perderá su gravedad por primera vez en su vida. El resultado lo adivináis.

En aquel momento se oyó en la escalera el mallido que debía servir de señal para que el paje supiese que alguno rondaba la casa.

—Además — repuso el hidalgo — de entregaros la carta, me obligo a espiar a la princesa y al señor Antonio Pérez y a hacer cuanto sea necesario para vuestro triunfo, que será el mío.

—¿Y cuánto queréis por vuestra traición? — preguntó el mancebo.

—Mi traición vale cuatro mil ducados, que deberéis entregarme en oro el día en que podáis andar libremente por la villa luciendo vuestra capa.

—¡Cuatro mil ducados! — exclamó el paje.

—¿Sabéis lo que ofrecen por vuestra cabeza?

—Sí.

—Pues aumentad a esa cantidad lo que de su bolsillo me daría doña Ana, y veréis que por muy corta que ésta sea, la suma no andará muy lejos de los cuatro mil ducados.

—Pero es el caso, señor Antonio, que yo no puedo hacer trato con vos sin el consentimiento de los que han de pagar, y si dejamos el negocio para concluirlo mañana, podéis arrepentiros o hacerme traición si la princesa tiene esta noche un rasgo de generosidad.

—Pues bien, preguntadles y decidid.

—Es que ya no están aquí, como os figuraréis.

—Id a buscarlos, os espero, y mientras que me vigile ese tabernero de Satanás, que esta noche me ha chupado un escudo de oro que no os pongo en cuenta.

—Todo se compensará.

—No lo digo por tanto. Conque...

—Me es enteramente imposible salir hasta mañana.

El señor Antonio reflexionó algunos instantes y luego dijo:

—Si tuviéseis más confianza en mí, os propondría un medio de salir del apuro.

—¿Cuál?

—No lo aceptaréis, a pesar de que con la seguridad que debéis tener de que el marqués se avendrá a dar los cuatro mil ducados, podéis contar el negocio concluído y no encontrar inconveniente en confiaros a mí.

—Explicáos y veremos.

—Decidme dónde puedo ver al señor marqués y a doña Blanca, y yo les explicaré el asunto y nos entenderemos. Por supuesto, me daréis una carta, que ellos recibirían, diciéndoles que pueden fiarse de mí.

—No tengo completa confianza.

—¿Cuándo la tendréis? ¿Acaso el decirme vos que estamos de acuerdo os da mayor seguridad? Para venderos, os repito, no había necesidad de tantos rodeos, y ya estaríais en un calabozo de la Inquisición.

—Es verdad, pero...

—Entonces, lo dejaremos para mañana.

—No me conviene.

—Decidíos, pues, por lo que mejor os cuadre.

—Voy a jugar el todo por el todo — dijo Luis como si repentinamente se decidiese a arrostrar todas las consecuencias de una imprudente determinación.

—No quiero obligaros...

—Tenemos una dificultad.

—¿Cuál es?

—Que no os abrirán la puerta.

—Si me dáis a conocer la contraseña que tenéis convenida, no habrá dificultad.

—Es una de que no podéis hacer uso vos.

—Cosa vuestra al fin... Sepamos, que tal vez...

—La casa es en esta misma calle

—Tanto mejor.

—A todas horas está o el marqués o el capitán León en acecho, sin perder de vista la puerta de esta casa, y para abrir la suya es preciso que me vean salir de aquí embozado en mi capa blanca, llegar, pararme y toser.

—¿Y es esa la dificultad invencible? — dijo el hidalgo, cuyos ojuelos brillaron por un instante.

—¿Os parece nada.

—Creo que muy fácilmente puede salvarse.

—Me reconozco torpe — dijo Luis, encogiéndose de hombros.

—Con ponerme vuestra famosa capa, llegar allí, pararme y toser, todo está hecho. Conocerán el engaño después, pero entonces la carta que debéis darme los dejará convencidos.

—Poneros mi capa, que no ha caído en otros hombros que los míos, mi capa, que tengo en tanta estima...

—No os hacía tan escrupuloso, mucho más tratándose de la vida...

—Estoy decidido, os daré mi capa; pero os advierto que si abusáis de mi confianza no saldréis de la calle con vida, porque desde la ventana observaré lo que hacéis.

—Tomad cuantas precauciones os parezcan convenientes.

—Voy a daros la carta — dijo Luis.

Y acercándose a la mugrienta mesa, tomó un pedazo de papel más mugriento aún, y con una pluma de pavo que había en un puchero roto

convertido en tintero, cuya tinta era en su mayor parte vinagre, escribió lo siguiente:

"Podéis tener completa confianza en el dador, que lo será el señor Antonio de Mena. He hablado largamente con él, y estamos de acuerdo. Se trata de un sacrificio de cuatro mil ducados, pero el negocio vale la pena.

"No me esperéis hasta las siete de la mañana.

El Diablo"

Al concluir esta carta oyóse nuevamente el maullido.

—Esto querrá decir que ya son dos — pensó el paje.

Y luego dijo al señor Antonio:

—Mirad si está bien.

El hidalgo leyó y meditó, y, satisfecho completamente, guardó el papel, que tuvo por un tesoro.

—Dadme vuestra capa — dijo a la vez que se quitaba la suya.

El mancebo puso la célebre capa en los hombros del hidalgo

—Por supuesto que me la devolveréis esta misma noche.

—Vendré a traérosla.

—La casa es — dijo Luis, — subiendo, la que hace cinco a la derecha.

Y llamó al tabernero, le preguntó si había mucha gente en la tienda, y después de saber que en aquellos momentos nadie había, dijo al señor Antonio:

—Podéis salir con todo descuido.

El hidalgo salió, y después que estuvo en la calle miró a todos lados por si transitaba alguno.

—No haga el diablo — murmuró, — que me equivoquen con el maldito paje y me den una puñalada.

Pero como a nadie vió, frotóse alegremente las manos y tomó calle arriba aceleradamente.

El paje, entretanto, asomóse a la ventana para ver lo que pensaba que iba a suceder, y, con la mirada fija en el blanquísimo bulto, esperó anhelante y murmurando:

—En el pecado va siempre la penitencia. El lo ha querido así.

Capítulo LII

DONDE SE VERA LO PELIGROSO QUE PUEDE SER ABRIGARSE CON LA CAPA DEL DIABLO

POCOS pasos anduvo el señor Antonio, cuando junto a una puerta se destacaron de la pared dos bultos, y, sin que se oyese pronunciar una palabra, brillaron en medio de la oscuridad dos puñales.

Tan embargado iba el hidalgo en su alegría, creyendo haber engañado al paje, que a no asirle por la garganta uno de aquellos hombres y ponerle el otro la mano en el pecho, no se hubiera apercibido de semejante aparición. Es verdad que ellos ejecutaron con tal rapidez y tal silencio su evolución, que si fuera el mismo Luis el cobijado por la blanca capa, no hubiese tenido tiempo de defenderse ni le hubieran bastado su serenidad ni su valor para evitar el golpe.

Los puñales, como hemos dicho, brillaron sobre la cabeza del señor Antonio, y al verlos éste relucir amenazando su vida, sintióse sobrecogido de un terror que le hizo temblar convulsivamente, y exhaló un grito agudo del más profundo espanto. Empero, a la vez cayeron los puñales, sintió un frío glacial sobre el corazón y el costado derecho, como si le hubiesen introducido dos canalones de hielo, y faltando a sus ojos la luz y el aire a sus pulmones, cayó sin vida, estremeciéndose con una violenta sacudida nerviosa.

Una carcajada unánime y de horrible sarcasmo que dejaron escapar los asesinos respondió al grito del señor Antonio y la calle volvió a quedar silenciosa.

—No le ha valido su capa — dijo uno de aquellos hombres.

—Casi me atrevería a jurar que ha tenido miedo — contestó el otro.

—¿Sabes que Inés merece una recompensa?

—¿Por qué?

—Por el negocio que nos ha proporcionado.

—No ha sido su intención que tengamos este provecho, sino la de rebajarnos en comparación del hidalgo esqueleto que, según dicen, quiere casarse con ella.

—Es verdad, y pienso que más merece un castigo.

—Ya está castigada

—¡Castigada!

—Su amante no puede aprovecharse del negocio que le valdría mucho dinero, y esto debe sentirlo.

—¿Y dónde se habrá metido ese hidalgo, que no aparece?

—¿Qué nos importa? Lo que tenemos que hacer es despachar en seguida antes de que acuda gente, porque entonces no podríamos hacer lo que tenemos pensado.

—Manos a la obra.

—¿Quién de los dos le corta la cabeza?

—Yo mismo, y, entretanto, mira si lleva algún dinero.

Siguióse una escena muda, horrible y espantosa.

Uno de aquellos hombres hincó una rodilla sobre el pecho del desdichado hidalgo, sujetóle con la mano izquierda la cabeza contra el suelo, y su puñal se introdujo en la descarnada garganta de la víctima.

Entretanto, el otro registraba los bolsillos y sacaba algunas monedas que el avariento llevaba a prevención para comprar al tabernero.

La codicia hacía brillar los ojos de aquellos malvados como en la oscuridad brillan las fosfóricas luces. En medio del silencio que reinaba, oíanse crujir, al quebrantarse, los huesos que rompía el afilado puñal, mientras que la sangre caliente aún manaba de las heridas y corría en abundancia dejando sus inequívocas señales en las duras manos de los asesinos y en la blanquísima capa.

Concluyóse al fin la inhumana operación, y mientras uno de aquellos hombres tomaba la

cabeza del señor Antonio, el otro tomaba la capa y la guardaba bajo la suya.

La cara del asesinado estaba horriblemente mutilada, ya por el golpe que había recibido al caer en tierra el cuerpo boca abajo, ya porque la había apretado con extraordinaria fuerza el matador al cortar la cabeza. Nadie hubiera reconocido al señor Antonio, y por la circunstancia de ser imberbe, podía muy bien tomarse su cabeza por la de cualquier mancebo de pocos años.

—¿Cuánto dinero tenía?

—Tres escudos de oro.

—¿Nada más?

—Los mismos y los únicos que llevo en el bolsillo.

—No me engañes.

—Los partiremos fielmente.

—Pues ya nada tenemos que hacer aquí.

—Vámonos.

Alejáronse hacia la calle de la Almudena los dos asesinos.

—Buen chasco — dijo el uno — se va a llevar nuestra señora cuando en vez del hidalgo enteco nos vea entrar con estos presentes.

—Seguro estoy, amigo Felipe, que en el primer arrebato de su alegría nos da el oro a puñados.

—¡Lástima que no hayamos podido agarrar también al gigante capitán!

—Tiene muy buenos puños, y no sabemos cómo hubiéramos salido del paso.

—Contra una sorpresa no hay puños que valgan.

—Lo que sí me ha causado extrañeza ha sido la cobardía con que se ha dejado matar este mozo, pues aunque tuvimos tal acierto que a nada le dimos lugar, ni siquiera hizo la menor demostración de llevar la mano a la daga.

—Y gritó como una mujer en lugar de maldecir como un hombre.

—Pues según me ha contado Ginés, anoche se portó el tal diablo como un héroe; dice que manejaba admirablemente la tizona, y que su brazo tenía una fuerza irresistible, y sobre todo la serenidad, sin alterarse, sin moverse de un sitio, sin demostrar ni enojo ni aturdimiento, sin gritar, sin maldecir, sin pronunciar una palabra más que cuando dijo a Ginés que le ayudaría a bajar por la ventana y lo echó de cabeza como quien arroja una pluma.

—¿Y cómo es que decían que le brillaban los ojos como dos luces?

—Exageraciones, nada más que exageraciones; ya hemos visto y tocado que era un hombre como cualquiera, y que su pellejo no estaba a prueba de la punta de un puñal toledano.

Hablando así, llegaron los asesinos a casa de su señora, y dijeron que le pasasen recado, porque tenían que comunicarle una noticia de la mayor importancia.

—¿Qué os ocurre? — les preguntó Inés saliéndoles al encuentro.

—¿Y qué os importa? — dijo el llamado Felipe. — ¿Acaso no somos tan criados como vos de la señora princesa, para hablarle cuando sea menester de los asuntos de su servicio?

—Menos humos y más humildad, señor aspirante a escudero — repuso la doncella — Nuestra señora ha dado orden de que nadie entre en su aposento sino el señor Antonio de Mena, a quien aguarda.

—Pues justamente venimos a darle noticias del mismo asunto en que entiende el hidalgo.

—¿Se lo ha llevado el diablo, quizás? — dijo Inés sonriendo maliciosamente.

—Nosotros nos hemos llevado al diablo con capa y todo.

—Sois poco astutos para tanto.

—Pues mirad — dijo algo picado el que guardaba la capa, mostrándola con aire de triunfo.

Inés palideció, y trabajosamente pudo contener un grito de espanto.

—¿Qué os sucede? — le preguntó Felipe.

—Nada — contestó la doncella, — es que me da miedo esa capa.

—Pues aún no habéis visto lo mejor — repuso el que llevaba la cabeza.

Y la sacó de debajo de la capa, a la vez que sonreía de un modo tan brutal que causaba espanto.

—¿Qué habéis hecho? — gritó la doncella, por cuya frente corrieron algunas gotas de frío sudor.

—¿Teníais pacto con él?

—Es que..... me horrorizo.....

—Entre tanto, nos hacéis perder el tiempo. Pasad recado a la señora o entraremos sin que le avisen.

—Y no lo llevará a mal.

—No es el asunto para perder el tiempo.

La doncella no pudo articular una palabra, y con vacilantes pasos fué a dar cuenta a doña Ana de Mendoza, de la llegada de los asesinos. La pobre muchacha había creído firmemente que aquella cabeza era la de Luis, cuya atrevida imprudencia le había costado la vida.

Pocos momentos después volvió.

—La señora princesa — dijo, — os da permiso para entrar.

Y luego se retiró a su aposento para llorar la pérdida del marido que pensaba tener asegurado.

Capítulo LI.

DE COMO FALTO MUY POCO PARA QUE SE VOLVIESE LOCA LA PRINCESA

DOÑA Ana de Mendoza estaba en un espacioso salón, cuyo moblaje consistía en dos grandes armarios de caoba, dos mesas con cubiertas de terciopelo verde con fleco de seda que tocaba al suelo y algunos sillones. Sobre una de las mesas había una pesada escribanía de plata cincelada y una lámpara del mismo metal que, a pesar de los claros resplandores de sus dos grandes mecheros, apenas alumbraba la mitad del extenso salón, quedando la otra mitad, si no a oscuras, al menos débilmente esclarecida.

La ilustre viuda hallábase sentada en uno de los sillones.

Felipe y su compañero entraron, y al llegar

en medio del salón, se detuvieron respetuosamente.

—¿Qué ocurre? — les preguntó la dama. — Me han dicho que venís de parte del señor Antonio...

—No, señora; no venimos de su parte — contestó Felipe, — sino a daros cuenta del asunto que él traía entre manos y que la casualidad ha puestos en las nuestras.

—¿Os referís al paje? — dijo doña Ana, cuyo semblante se animó repentinamente.

—Sí, señora.

—¿Sabéis algo de él?

—Y muy positivo.

—Es demasiado buena la noticia... No os creo — dijo la princesa sonriendo amargamente.

—Pues, a pesar de eso...

—¡Sois poco para luchar con ese hombre!

—¡Poco! — repitieron a la vez con sonrisa de orgulloso triunfo los asesinos.

—Creo que os ciega la vanidad...; pero, en fin, vuestro deseo es el mejor, y no es culpa vuestra que ni las fuerzas del espíritu ni las del cuerpo corresponda a vuestra voluntad.

—Es verdad, señora — repuso Felipe, — nuestras fuerzas nada valen tratándose de un muerto.

—¡De un muerto! — interrogó doña Ana. — No os comprendo.

—Me explicaré.

—Sí, explicaos; comenzad por donde hubieseis pensado concluír.

—¡Señora, el diablo ha muerto!

—¡Que ha muerto! — exclamó doña Ana, levantándose repentinamente de su asiento. — ¡Que ha muerto dices!... ¡Ah!... ¡Si eso fuese cierto!...

—¿Qué haríais, señora?

—Sólo por la noticia daría tanto oro..

—¿Y si además de la noticia os damos pruebas de haber sido nosotros, y nadie más que nosotros, quienes hemos castigado a vuestro más temible enemigo?

—Entonces... Pero, no, soñais, y... ¡Cuidado con hacerme participar de vuestra ilusión, porque al desvanecerse sería terrible mi cólera!

—¿Cuánto — preguntó el compañero de Felipe con tono de atrevida franqueza — daríais por la capa del diablo?

—¡Tres mil ducados, cuatro mil, cinco mil... cuanto me pidiesen! — exclamó la dama.

—¿Y por su cabeza, completamente separada de su cuerpo? — preguntó Felipe.

Los ojos de la princesa brillaron con siniestro fulgor y un rayo de diabólica alegría animó su semblante.

—¡Oh! — dijo. — ¡Por su cabeza daría cuanto poseo!

—Señora, vos daréis lo que os dicte vuestra generosidad; aquí está la capa.

Y el compañero de Felipe sacó la blanca prenda y la extendió poniéndola a manera de tapete en la mesa que estaba desocupada.

Un grito de infernal júbilo se escapó de los labios de doña Ana, y de sus negros ojos brotaron dos centellas.

—¡La capa! — exclamó con acento ahogado por la misma emoción de alegría. — ¡La capa que juré había de servirme de alfombra!... Y está manchada de sangre... Explicaos, explicaos.

—Señora — dijo Felipe, — de poco os alegráis: una capa no es más que un pedazo de paño; pero una cabeza es, al fin, una cabeza.

—¿Qué dices? — preguntó doña Ana acercándose al asesino y mirándolo con fijeza.

—Ahí la tenéis — repuso Felipe.

Y arrojó al suelo la cabeza mutilada del señor Antonio.

Imposible nos es descubrir la mirada que brotó de los ojos de la princesa. Descompúsose su semblante, hasta tomar una expresión satánica; palideciendo mortalmente sus tersas mejillas, y por su ancha frente corrieron gruesas gotas de frío sudor.

Agitáronse sus labios, temblaron convulsivamente todos sus miembros, y por algunos instantes, no pudo articular una sílaba ni moverse. Su mirada, con el extravío de su vértigo criminal, contempló la ensangrentada cabeza, mientras que sus manos, crispadas por una violenta excitación nerviosa, señalaban el humano despojo.

—¡A mis pies..., sin vida! — murmuró al fin con ronca voz. — Ya no despiden sus ojos aquellas miradas insultantes o terribles que tantas veces me han hecho estremecer; ya no pronuncian sus labios aquellas palabras de arrogancia loca o de punzante burla que se clavaban en el corazón, ni sonríe con aquella expresión de desdén que humillaba a los más grandes y poderosos; ya no piensa, ¡oh!, no piensa y mi imaginación no tendrá rival.

Palpitaba violentamente el corazón de la dama, que tuvo que suspender sus palabras por algunos instantes para recobrar el aliento.

—Dejadme — dijo, al fin, a los asesinos; — mañana, luego, seréis ricos, muy ricos; pero dejadme ahora gozar de mi triunfo.

Quedó sola doña Ana, y volvió a contemplar la cabeza.

Poco a poco, su semblante fué cambiando de expresión hasta parecer altivo y vagar en sus labios una sonrisa de amargo desdén.

En aquel instante se agitó el tapiz que cubría la puerta, levantóse suavemente y asomó la cabeza de Luis, cuyos ojos brillaban extraordinariamente, y cuyos labios sonreían con la expresión de la más punzante burla.

El atrevido mancebo observó a la dama, que estaba casi de espaldas a la puerta, y luego, con lentos pasos, silenciosos como los de un fantasma, se adelantó hasta llegar a la mesa donde estaba su capa.

Allí se detuvo y volvió a contemplar a su enemigo.

—¡Cómo desfigura la muerte — murmuró doña Ana. — Era hermoso, y... ¡cuán horrible está!

Luis puso la mano sobre su capa como si fuese a agarrarla, pero ocurriéndosele sin duda otra idea, dijo para sí:

—Veré lo que hace, oiré lo que dice, y así tendré más motivo de burla.

En seguida se inclinó, levantó el tapete de la mesa y se ocultó debajo.

Doña Ana prosiguió su monólogo.

—Hélo aquí — dijo, — el que se me ha burlado y desafiaba mi poder; el terror de los católicos en Flandes y la pesadilla de un gran rey. No le ha valido su capa, que me servirá de alfombra; que venga por ella y por su cabeza también... ¡No llegó a conocerme! ¿Qué será del marqués y de su dama sin la protección del diablo? Pronto caerán en mi poder si no huyen y se ocultan para siempre. ¡Pobre diablo!..., tanto como en otro tiempo diste que hacer a la corte, tan temible como te has hecho después en Flandes, para morir vulgarmente asesinado por el último de los criminales. Toda tu astucia y todo ese poder sobrenatural que te suponían ha sucumbido al golpe rudo de un miserable, estúpido y brutal.

Doña Ana se pasó las manos por la frente, porque la sentía como abrasada por la fiebre.

—Es preciso — repuso — que Antonio Pérez venga para echarle en cara cuán torpe ha sido no pudiendo conseguir con su omnímodo poder lo que han conseguido dos hombres oscuros, sin más ayuda que la de su brazo. Le escribiré... Quiero sorprenderlo.

La dama se acercó más a la cabeza, y después de vacilar algunos instantes, tomó con sus manos trémulas el sangriento despojo, y al dirigirse con él hacia uno de los armarios, soltó una nerviosa carcajada.

—¡Cuán poco pesa para la intriga que debía tener dentro! — exclamó en el extravío de su ardorosa fiebre.

Luego metió en el armario la cabeza del señor Antonio y la capa de Luis, y sentándose junto a la mesa donde estaba la lámpara, se dispuso a escribir.

—Veremos — dijo — si el señor Antonio Pérez concluye la obra apoderándose del marqués y de Blanca: de lo contrario, o le falta la voluntad para servirme, o la alianza que hicimos fué por su parte una vana promesa. ¡Ah!... si no llegase a quedar satisfecho mi amor propio de mujer viendo a mis plantas a la doncella...; pero no, una vez muerto el paje, venceré.

Con mal segura mano comenzó a escribir la princesa, y aprovechando la ocasión, salió el mancebo de su escondite, y sin hacer el menor ruido, fué al armario y se metió en él.

Pronto concluyó doña Ana, pues no dijo más al secretario sino que fuese al instante para un asunto importantísimo. Cerró la carta, llamó y, entregándosela a su escudero, mandó que la llevasen inmediatamente a su destino.

La respiración de la viuda era cada vez más agitada, sus labios estaban secos y sus ojos inyectados en sangre, advirtiéndose en sus movimientos una agitación y desconcierto que denotaban la existencia de una fiebre nerviosa que se aumentaba por instantes.

—Quiero verla otra vez — dijo.

Y se acercó al armario y lo abrió de par en par. Empero al fijar la mirada en el interior del mueble, retrocedió un paso, extendió hacia adelante los brazos, exhaló un grito de indecible terror y quedó inmóvil y sin aliento.

Acababa de ver a Luis embozado en su capa, erguido con altivez, pero inmóvil como si fuese una estatua mortuoria que acabara de levantarse de su frío lecho de piedra. En medio de la sombra que proyectaban las anchas puertas del armario, brillaban los ojos del mancebo como dos fosfóricas luces, y clavaban en la princesa una mirada terrible de fascinadora expresión.

Exaltada la imaginación por los ardores de la fiebre, dominado su espíritu por el miedo de su propio crimen, creyó en aquel instante la dama que, Luis, verdaderamente ayudado por un poder sobrenatural, había resucitado y se le presentaba para pedirle cuentas de su conducta. Así fué que, presa de espanto, ni pudo articular una sílaba ni hacer el menor movimiento, y con el pecho agitado, la frente bañada en frío sudor, y fija la mirada medrosa en la blanquísima capa que a manera de sudario envolvía el cuerpo del paje, permaneció algunos momentos, en que le pareció estar dominada por una horrible pesadilla.

Fué cambiando lentamente la expresión del semblante de Luis hasta aparecer burlón; plegóse su labio inferior desdeñosamente, sonrióse de una manera entre insultante y compasiva, y dió un paso hacia la dama.

Esta exhaló un grito ronco, retrocedió y luego volvió a quedar inmóvil.

—Creí que teníais más valor — dijo el mancebo. — No os asustéis, porque no pienso haceros ningún mal, soy demasiado galante. Sólo he venido por mi cabeza y mi capa, las tengo ya, y nada más quiero. Perdonadme si he llegado hasta aquí sin vuestro permiso, pero ya comprenderéis que, particularmente la cabeza, debe interesarme mucho para dejarla perder. Me la llevo, y bien colocada: nadie diría que hace poco estaba separada de mi cuerpo, mutilada, rodando por el suelo... No diréis ahora que ya no brillan mis ojos con aquel fuego tan fascinador que los animaba; ni que no se entreabren mis labios con aquella sonrisa desdeñosa y burlona que tanto os atormentaba, ni que no salen de mi boca aquellas palabras que tanto herían vuestro orgullo... Ya vuelven a brillar mis ojos y a sonreír mis labios... Decid al señor Antonio de Mena que sea más astuto, y a vuestros criados que aprendan a cortar cabezas de modo que no puedan volver a pegarse al cuerpo. ¿Estáis convencida de que vos con todo vuestro talento y vuestras riquezas, los asesinos que os sirven con toda su fuerza, y vuestros amantes con todo su poder, sois poco par luchar con el diablo y menos para vencerlo? ¡Cuán pequeña y miserable sois! ¡Cuán poquísimo valéis!

El mancebo se dirigió lentamente hacia la puerta.

Doña Ana se oprimió el pecho con ambas manos, luego respiró fuertemente porque se sentía medio ahogada, y quiso gritar para pedir socorro.

—¡Ah! — dijo el atrevido paje, volviendo la cabeza atrás. — Se me olvidaba haceros un encargo: decid al rey que me declaro protec-

tor de la hija de don Juan, y que juro por mi capa que no será monja.

Desapareció el mancebo, y la princesa, después de pasarse las manos por su abrasada frente, hizo un esfuerzo y gritó:

—¡Felipe, Ginés, socorro, se escapa!

Pocos momentos después entraron precipitadamente en el salón los dos asesinos y algunos criados más, y viendo el semblante descompuesto y lívido de la dama, sus ojos centelleantes y que parecían que iban a salirse de sus órbitas, y oyendo que pedía socorro cuando nadie había en la estancia, creyeron que había perdido la razón.

—¡Corred! — gritaba desaforadamente la princesa.

—Tranquilizáos, señora — le dijo Felipe.

—¡No estaba muerto!

—Sosegáos...

—¡Corred, miserables!

—Pero...

—¿No veis?... Ya no está su capa ni su cabeza... ha salido del armario...

—Está loca — murmuraron los sirvientes con tono de compasión.

—¡Villanos, cobardes!... ¡Por aquí! — exclamó la dama.

Y se lanzó fuera del aposento sin dejar de gritar.

Toda la servidumbre de la casa se puso en movimiento.

No cesaba la princesa de repetir que el paje estaba vivo, y según recorría toda la casa, iba refiriendo lo que acababa de suceder.

Felipe volvió al salón para ver si alguna cosa le explicaba la causa del arrebato de la princesa, y quedó sorprendido también cuando después de registrar todos los rincones no encontró ni la cabeza ni la capa del mancebo. Entonces se estremeció un tanto dominado por un miedo supersticioso, y empezó a creer que, verdaderamente el paje era el mismo Satanás o muy amigo suyo, sino pariente en primer grado.

—¿Quién se ha llevado la cabeza y la capa cuando nadie ha entrado aquí? ¿Quién es ese hombre que ha salido del armario? ¿Por dónde ha venido y por dónde se ha ido?

Todo esto se preguntaba Felipe sin acertar a contestarse.

—Buen negocio hemos hecho ¡voto al mismo Satanás! No será el hijo de mi madre quien vuelva a meterse en bromas con gente del infierno; vengan hombres y cuchilladas, pero diablos que recojan su cabeza y se la pongan como yo me pongo mi sombrero, eso no me acomoda.

Mientras esto sucedía, el paje abrió la puerta falsa y se despedía de Inés.

—¿Pero es posible? — decía la doncella a quien el miedo le hacía dar diente con diente.

—Ya me ves, vivo y sano, y puedes convencerte de que mi cabeza está bien pegada sobre mis hombros.

—¡Esto es un sueño!

—Es una diablura de poca importancia en comparación de lo que has de ver todavía.

—¿Pero cómo?...

—No es ocasión de entrar en explicaciones, porque puede costarte la cabeza, y tú no resucitarías.

—¡Dios mío!

—Lo que te interesa es mi vida...

—Sí, sí.

—Pues ya ves que vivo estoy.

—Dudo si sueño.

—No.

—Que el cielo te proteja.

—Hasta mañana, querida Inés — dijo Luis.

Y desapareció sin olvidar llevarse la llave falsa del postigo.

Volvióse la doncella turbada y confusa, y tan a tiempo, que a dilatar la despedida la hubiesen sorprendido porque a los pocos instantes registraban por aquel lado multitud de sirvientes, jurando y maldiciendo los unos, y los otros invocando al ángel de su guardia y haciendo la señal de la cruz.

Media hora después llegó Antonio Pérez y encontró a doña Ana en su lecho, delirando, porque la fiebre se había desarrollado con toda intensidad.

Cuando refirieron al ministro lo ocurrido, dudó; pero tanto se lo aseguraron y probaban las manchas de sangre que había en el salón, que al fin hubo de convencerse, y sin perder momento salió para averiguar por sí mismo lo que supiese la justicia sobre la muerte que se había dado a un hombre cerca de San Ginés, porque indudablemente allí habrían encontrado el cuerpo sin la cabeza.

Acompañáronlo Felipe y el otro asesino, y resueltos a aclarar el misterio aquella misma noche, se dirigieron hacia la taberna de Santiago, adonde vamos también nosotros a llevar a nuestros lectores.

Capítulo LIV

DE COMO QUEDARON MUY AMIGOS EL PAJE Y EL HORTELANO, CON LO DEMAS QUE SE VERA

MIENTRAS que la princesa sufría en su lecho los efectos de la fiebre que la abrasaba. Y en tanto que Antonio Pérez iba en busca de un alcalde, presumiendo que el suceso del asesinato sería ya conocido, el paje cenaba tranquila y alegremente en compañía del viejo hortelano a quien hacía repetir brindis tras brindis, y el tabernero dormitaba, soñando con su pasada vida, porque el acontecimiento de aquel día se la recordaba y aun casi le hacía arrepentirse de haberse convertido en honrado y pacífico vecino de la villa.

—No hubiese yo creído — decía Luis al hortelano, — que tuviéseis una cabeza tan firme a vuestra edad. Ya habéis apurado cerca de una botella y parece que ni siquiera lo habéis probado.

——Pues Dios mediante — contestó el viejo envanecido por la adulación de Luis, — he de beberme otra botella si no lo lleváis a mal.

—Si no ha de haceros daño...

—¡Bah! — repuso el hortelano mientras

dejaba un hueso que acababa de chupar. — ¡Si me hubiérais conocido hace veinte años!...

—Por la misma razón de que ya no sois un joven...

—Esto es agua, amigo mío; si fuese del vino añejo que para ciertos casos se guarda en la bodega de las madres...

—¡Hola! ¿También lo gastan?

—Poco o nada, señor hidalgo; pero lo tienen a prevención para cuando ocurre...

—¿Y os dan alguna botella?

—¡Dar botellas!... Ni dejar olerlo tampoco, pero... vamos, quiero decir, el despensero es amigo, y como ve los malos ratos que uno pasa en la huerta con los fríos y los calores...

—Lo mismo da para el caso; lo cierto es que vos bebéis de ese vino añejo... Vaya, apuremos esta botella y contentémonos con lo que hay. No os gustará porque estáis acostumbrado a otra cosa; pero qué hemos de hacer... Bebamos, que el cabrito se acaba y el vino queda.

—Bebamos, sí, que yo no soy melindroso, y, a pesar de que no es del añejo, os juro por mi podadera que esta noche he tenido tanto placer en cenar con vos, como el que tengo cuando cenamos juntos el despensero y yo.

El hortelano apuró su botella.

—¿Conque es decir — repuso el paje — que no es ésta la sola noche que pasáis alegremente?

—¿Qué he de hacer sino aprovechar las ocasiones de olvidar las penas? — dijo el viejo, cuyos ojos iban tomando la expresión de la embriaguez que comenzaba a dominarle. — Me queda poco de vida y no quiero pasarla como un mártir.

—Soy de vuestra opinión.

—Pues como os decía — repuso el hortelano empezando a dejarse dominar por la monomanía de elogiar sus cenas con el despensero. — Como os decía, no hay vino como el añejo de las madres, ni en la mesa del señor rey se presenta una liebre guisada con arroz como las que ceno con el segundo sacristán.

—¿También el sacristán es de la partida?

—Es el mismo despensero, tiene los dos cargos...

—Tanto alabáis ese vino...

—Ya tenéis ganas de beberlo.

—Habéis picado mi amor propio — dijo Luis.

—¡Vuestro amor propio!

—Sí, porque yo pensaba que no habría vino que pudiese competir con uno que guardo en mi bodega de Alcalá, y del que siempre llevo alguna botella cuando viajo.

—Debisteis haberos traído alguna para probarlo.

—Nos hubiera servido mal el tabernero, porque le quitábamos parte de su ganancias. Bien hubiera yo querido llevaros a cenar a mi posada, pero estoy en casa de una tía mía, vieja gruñona y extravagante, que se acuesta a la oración, y era imposible haber ido allá.

—Desde luego me atrevo a apostaros a que no es vuestro vino mejor ni tan bueno como el mío; quiero decir, como el del convento.

—Mañana podemos salir de la duda... aunque no sé dónde hemos de probarlo. No dejará de ser ese tan ponderado añejo, algún medio arrope, que por lo dulce y suave os parezca muy bueno; pero como vino de buena calidad, sin aliños, para gente que lo entienda...

—¿Acaso me tenéis por lego en la materia? — interrumpió el hortelano con tono de ofendido. — ¿Cómo así, señor mozalbete? ¿Pues qué, mis años y mi experiencia de soldado que fuí por espacio de quince años, son nada para saber distinguir el bueno del mal vino, el seco del dulce?

—Ya que tanta vanidad tenéis — repuso Luis, fingiendo que también se había picado, — veremos quién tiene razón.

—¿Y qué perdéis si yo gano?

—La cena, que se compondrá de un arroz con liebre y de un pastelón con cuatro perdices, amén de unas aceitunas cordobesas que nos abran el apetito.

—Pero tendréis que aceptar una condición.

—¿Cuál?

—Que nos acompañe el despensero, porque si no no tendremos vino de la bodega de las madres.

—Conforme.

—Pues mañana mismo.

—¿Y dónde cenaremos?

—En mi aposento, que es donde siempre tengo con el sacristán los ratos de broma. Estrecho es y está casi desamueblado, pero independiente.

—¿En el mismo convento?

—Sí.

Los ojos del paje brillaron alegremente.

—¡En el convento! — exclamó.

—¿Qué os admira?

—Lo digo por la dificultad que pueda haber en que yo entre.

—Ninguna en queriendo yo: da a la huerta y tiene puerta también al interior del convento.

—Al interior del convento... — repitió el paje, quedándose pensativo.

—¿Y qué tiene que ver?

—Nada...; pero me llama la atención que las monjas permitan que haya entradas a su convento... así... a disposición del hortelano...

—Ya saben mi honradez, y, además, han de tener precisamente una salida a la huerta.

—Sí, pero como según entiendo ninguna monja puede cerrar con llave la puerta de su celda...

—¿Y qué importa? El despensero cierra la que comunica a mi aposento.

—¿Y mientras cenáis?

—Nadie sabe que cenamos.

—Otro vaso, que el paladar se seca — dijo Luis, que trabajosamente podía contener su alegría.

Repitieron los brindis, y cuando iban a proseguir su conversación, entró en la taberna Antonio Pérez, acompañado del alcalde y seguido de los dos asesinos y de cuatro alguaciles.

El paje lo conoció al primer golpe de vista, y sospechando el objeto de aquella visita, dijo para sí:

—Tarde habéis llegado.

—¿Quién es el dueño de la taberna? —preguntó el alcalde.

—Yo, señor — contestó Santiago, poniéndose en pie.

—¿Me conocéis?

—¿Quién no conoce a vuestra señoría?

—Pues bien: contestadme a lo que os pregunte y decid la verdad, si no queréis saber lo que es el tormento.

—¡Señor! — exclamó Santiago con fingido tono de sorpresa y como si tuviese miedo.

—¿Qué sabéis de un hombre que ha sido asesinado hace poco en esta calle?

—¡Un hombre asesinado!

—¿Acaso lo ignoráis cuando salió de aquí?

—Señor, os juro que nada sé de semejante cosa. ¡Dios santo y bendito! ¡Un hombre asesinado!... ¿Y cuándo?...

—Mentís — dijo Antonio Pérez.

—¡Pero, señor!

—Os digo qeu salió de aquí; llevaba una capa blanca.

—Es verdad — repuso el Moreno; — hace cosa de dos horas que vino un hombre con una capa blanca, muy embozado, se sentó allí, pero vuelto de espaldas; le llevé un vaso de vino que me pidió, y después de apurarlo de un trago y de dejar sobre la mesa un escudo, se fué sin dar siquiera las buenas noches. Yo estaba medio dormido, como habéis visto al entrar, y después de regocijarme por la venida de tan buen parroquiano que pagaba como un rey, volvió a dormirme.

—¿Y después?

—Seguí durmiendo hasta que entraron esos que veis ahí...

—¿Quiénes son?

—Lo ignoro; comen, beben y ríen sin dar escándalo, y nada más sé.

—Al asesinado — repuso Antonio Pérez — le cortaron la cabeza, y el cuerpo quedó en la calle; pero ya no está ni se ven señales de sangre.

—Cosa rara — dijo Santiago.

—Y más rara que no oyéseis un grito que dió al morir.

—Nada, señor, nada, y lo juro por esta cruz — replicó el tabernero.

Y haciendo la señal de la cruz, la besó.

—¿Y vosotros — dijo Antonio Pérez al paje y al hortelano, — no habéis visto nada en la calle?

—Tampoco — respondió Luis, — y me alegro, porque no es muy agradable el ver a un hombre sin cabeza. Y a lo que presumo, ese que decís debía ser el llamado diablo, cuya cabeza se pregonó esta mañana. Capa blanca y desaparecer después de muerto... No gana mucho la taberna con tales parroquianos.

Luego, marchóse Antonio Pérez, el alcande y los alguaciles y poco después separáronse Luis y el hortelano.

Capítulo LV

DE LA VISITA QUE LUIS HIZO A FRAY BERNARDO

LA siguiente mañana fué el paje a visitar a doña María de Mendoza, dándole las señas de su nueva casa, por si el marqués iba a verla y enterándose de la exacta situación de la celda de Ana y de las entradas y salidas del convento, datos que le eran absolutamente precisos para llevar a cabo sus planes.

—Sacaré de su encierro a vuestra hija — dijo Luis después de reflexionar.

—Imposible me parece; pero...

—Tranquilizáos, que lo que os prometo es mucho más fácil que la felicidad de mi noble señora.

—Abrigo la esperanza de que muy pronto se presentará el marqués.

—¿Y luego...? No me hago ilusiones, señora.

—Dios nos protegerá.

—Así lo espero.

—¿Y nada he de hacer ahora?

—Los preparativos para el viaje, porque apenas salga del convento vuestra hija, tendréis que desaparecer.

—Preparada estoy.

—¿Y vuestro padre?

—Me deja en libertad desde que mi hija está en el convento, pues ya nada teme y como sus deseos están cumplidos, nada tampoco tiene que hacer.

—Su confianza y su descuido nos favorecen, aunque de todas maneras vuestra hija saldría del convento.

Algunas frases más cruzaron y el paje se despidió y salió diciendo para sí:

—Ahora quiero cumplir mi deber, porque lo cortés no quita lo valiente. Le pido a Dios fuerzas y recursos para terminar mi obra sin otra ayuda que la de mi amigo Pero León, pero como tampoco adivino lo que ha de suceder, quiero ser prudente y contar con un gran recurso en caso necesario.

Hasta los ojos subió Luis el embozo de su capa, tomó hacia Santa Catalina, dejó atrás calles y calles y al fin llegó al convento de Santo Tomás, preguntando por fray Bernardo.

—Me parece que está en su celda — respondió el portero.

—Si queréis guiarme.

—Lo hará el hermano José... Aquí lo tenéis... Seguidlo.

Un lego que acababa de entrar llevó a Luis a la celda del dominico.

No sabemos si éste esperaba semejante visita; pero es lo cierto que no mostró sorpresa y saludó a Luis con palabras muy agradables.

Al escuchar las primeras frases que cruzaron, se hubiera creído que aquellos dos hombres se comunicaban frecuentemente y eran los mejores amigos del mundo.

—Sentáos — dijo el fraile, después de los cumplimientos de fórmula.

—Gracias, padre.

—¿Cómo se encuentran vuestros amigos?

—En cuanto a salud, muy bien y por lo demás...

—Comprendo: siempre asaltados por temores; consolándose con esperanzas risueñas, atormentados por dudas horribles y muy cerca del desaliento, porque creen que nada consiguen con la lucha y que los triunfos que alcanzáis no dan otro resultado que el de quedar en la misma situación.

—¿Y os parece poco?

—No hacéis más que defenderos y gracias si conseguís parar todos los golpes; pero mientras no os sea posible tomar la ofensiva, nada adelantaréis.

—Llegará el gran día, tal vez está muy cerca...

—Quiéralo Dios.

—Padre — dijo Luis mientras miraba a su alrededor, — debéis suponer que he venido sin temor de que nadie nos escuche.

—Nunca he mentido y en esta ocasión...

—Cuanto me digáis lo creeré.

—Os agradezco la justicia que hacéis a mi noble franqueza.

—Aunque no seamos amigos, porque vos no queréis, nos conocemos demasiado bien. Yo os he dicho siempre la verdad y estoy seguro que haréis lo mismo.

—Recibí vuestra carta.

—¿Oportunamente?

—Sí.

—Loado sea Dios

—Pero una hora antes tuve noticia de cuanto me decíais y del golpe que se preparaba, pues cuento con la ayuda de una persona que en esta ocasión me ha servido de mucho.

—Tanto mejor — dijo el fraile con tono de sencillez, — porque así nada tenéis que agradecerme.

—¿No habéis dicho que me conocéis? — replicó Luis.

—Me parece que sí.

—Pues conociéndome, ¿cómo suponéis en mí tanta ruindad? La gratitud me ha hecho amar a mi señora como a una madre; la gratitud me obligó en otro tiempo a emprender la lucha que he sostenido con tanta constancia; para pagar deudas de corazón he arriesgado mil veces la vida.

—Ya lo sé.

—Entonces...

—Pero he creído que a nada estábais obligado conmigo. Sin embargo...

—Vuestro aviso no tiene menos mérito por haber llegado tarde, pues lo que hay que mirar es la intención. Habéis querido salvarme y por consiguiente, os soy deudor de un gran beneficio.

—Si os empeñáis...

—Y he venido para declararlo así.

—Si vuestra visita no tiene otro objeto, pudisteis evitaros la molestia.

—También he querido daros a conocer los sucesos de anoche, aunque, según he podido ver, no necesitáis que yo os traiga noticias.

—Estáis equivocado.

—¿Acaso no sabéis...?

—Supe que el señor Antonio de Mena había conseguido averiguar dónde os ocultábais, que lo había participado a la princesa y que os preparó una emboscada; pero nada más. Os avisé para que os pusiéseis en salvo antes de que descargaran el golpe.

—Y yo hice todo lo contrario, pues aguardé en mi escondite, donde se me presentó el hidalgo fingiendo que estaba decidido a engañar a doña Ana y que me ayudaría si yo le pagaba más largamente que ella.

—La codicia — murmuró el fraile, — siempre la codicia, que debía perderle. Le aconsejé, no ha querido escucharme...

—Y su insaciable sed de oro le ha costado la vida.

—¡La vida...!

—Fingí que me dejaba engañar, le dije que yo no podía disponer de la cantidad que me pedía y que para arreglar el negocio era menester que se entendiese con mi señora, a cuyo efecto le di una carta y mi capa, que debía servirle de contraseña.

—Adivino lo demás.

—Salió y como esperaban otros asesinos pagados por la princesa de Eboli, cayeron sobre él, le mataron, le cortaron la cabeza y la llevaron a mi enemiga.

—Dios le haya perdonado — dijo el fraile con grave tono y con fría indiferencia.

—Encontré medio de introducirme en la morada de la viuda, que pudo verme y no descabezado, recuperé mi capa, que la había llevado también, me burlé de ella y la dejé entregada a la desesperación.

—Al señor Antonio de Mena le ha perdido la codicia y a vos puede perderos vuestra audacia y la mala costumbre de arriesgar la vida por el solo placer de burlaros de vuestros enemigos. ¿Qué habéis conseguido con dar a la princesa un mal rato? Si creía que habíais muerto, debiste dejarla en su error, porque esto más bien os favorecía. ¿Por qué empleáis vuestra gran inteligencia y vuestro gran valor tan sólo para satisfacer lo que no son sino vanidades pueriles? Así resulta que después de arriesgar la vida y de triunfar, quedáis en la misma situación y debéis tener presente que en este asunto no adelantar es retroceder.

No era posible hablar más cuerdamente ni con más exactitud, prudencia y tino.

Hubiérase dicho que la muy escrupulosa conciencia del fraile le obligaba a dar a todos los más sanos consejos.

El día anterior había hecho advertencias muy saludables al señor Antonio Mena y si éste las hubiese tomado en consideración y no se dejara llevar por su codicia, se habría salvado.

En el mismo caso se encontraba el paje, pues muchas veces por una satisfacción pueril arriesgaba la vida y se colocaba en situación más grave.

Indudablemente le hubiera convenido dejar a la princesa en su error.

¿Qué había ganado con presentarse a la ilustre viuda y decirle que había ido en busca de su cabeza?

Mortificarla horriblemente; pero nada más, tener en cuenta que el deseo de venganza de la ilustre viuda sería más vivo cuantos mayores ultrajes recibiese.

Con este sistema pasaba el tiempo, sin que tuviese ocasión de tomar la ofensiva y como había dicho muy bien el dominico, en aquella situación era retroceder todo lo que no se adelantaba.

Inútil era dar prudentes consejos a Luis, porque no podía dominarse cuando su ardiente imaginación se exaltaba.

Complacíase en jugar la vida por el solo placer de triunfar y como la costumbre tiene tanta fuerza, como ejerce tan gran influencia sobre la criatura, no se encontraba bien cuando ningún peligro le amenazaba.

—Aseguran que yo valgo mucho — dijo después de algunos instantes; — no sé si me juzgan con acierto; pero la verdad es que vos valéis mucho más que yo y me complazco en reconocerlo así.

—Os falta de calma y de juicio lo que os sobra de vehemencia y de imaginación.

—¿Y qué he de hacer para remediar esos males?

—Ha de remediarlos el tiempo.

—Esperaré y si antes no sucumbo...

—Os faltaba fuerza corporal y la buscásteis en el brazo de hierro del capitán Pero León.

—Así entre los dos...

—Aun os falta juicio, calma, experiencia, conocimiento del corazón humano.

—Es verdad.

—¿Y por qué no habéis buscado la compensación de esas cualidades en la alianza con otra persona que las tenga?

—Porque he querido...

—Sí; habéis querido triunfar sin otra ayuda que la de personas a quienes no deba considerarse más que como instrumentos, como el señor Pero León y otros por el estilo, que se concretan a obedecer vuestras órdenes y que, por consiguiente, no tienen derecho a reclamar una parte de la gloria.

—No lo niego.

—He ahí la vanidad, la soberbia.

—Discurrís con admirable acierto, padre.

—Pues si mis razonamientos os convencen...

—Sí — dijo el paje, — estoy convencido, pero no cambiaré de conducta por ahora.

—No olvidéis el ejemplo del señor Antonio de Mena, que al fin ha sido víctima de su pasión dominante.

—A pesar de todo eso, no aceptaré vuestro auxilio, que reconozco vale mucho, porque quiero la más completa libertad de acción.

—En libertad os dejaría yo aunque fuésemos aliados.

—Por lo demás, vuelvo a reconocer que os soy deudor de grandes beneficios, porque habéis podido aniquilarme y no lo habéis hecho y ahora mismo si quisiéseis...

—Podéis estar tranquilo.

—Lo estoy, porque tanto fio en vos que ya me habéis visto venir a la luz del día y sin adoptar ninguna precaución.

—De manera que mi generosidad...

—Reverendo padre — interrumpió Luis, — seguiré hablando con franqueza y no os ocultaré nada de lo que siento.

—Así me agrada y os prometo lo mismo.

—Cuando me hacen un beneficio, no miro el por qué me lo hacen y lo agradezco.

—Esa es la buena doctrina, eso es perfectamente teológico, porque el mismo Dios mira con agrado las buenas obras, aunque se hagan con interesado fin o de mala gana.

—Pues como os decía, soy agradecido; pero mi gratitud no es inconveniente para que yo comprenda que no es todo generosidad.

—¿Eso pensáis? — preguntó fray Bernardo mientras sonreía con una dulzura sin igual.

—Sí — respondió el paje.

—¡Bah...!

—Convencido estoy de que no me equivoco.

—Muy convencido debéis estar, puesto que hace seis años os dije que no hago más que lo que me conviene.

La franqueza del fraile se parecía mucho al cinismo.

—Ya lo véis — añadió, — no habéis tenido que adivinar ni hacéis más que repetir lo que me habéis oído.

—Queréis obligarme con vuestra generosidad.

—Sí; pero ya me he convencido de que no lo conseguiré sino cuando las circunstancias sean las que os obliguen.

—Como soy orgulloso, cuando me vea muy apurado...

—Según sea el apuro.

—Todo es posible.

—Además, si no se tratase más que de vuestra vida, no acudiríais a mí; pero doña Blanca, el marqués y aun el capitán...

—Para salvarlos haré todos los sacrificios imaginables, hasta el de mi orgullo.

—Estamos de acuerdo y si a bien lo tenéis, continuad refiriéndome los sucesos de anoche.

—En la taberna me divertí mucho...

—¿Y haréis lo mismo en el convento?

—Padre...

—No ignoro que os habéis declarado protector de la hija de don Juan de Austria y os advierto que las intrigas en el interior de un convento son mucho más peligrosas que en palacio.

—Sin embargo, no retrocederé, porque prometí a don Juan de Austria evitar que su hija fuese monja y cumpliré la promesa.

—Adelante, pues.

—Y vos, que todo lo sabéis, habréis averiguado el paradero de mi desgraciado amigo el marqués de Poza, que ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Tranquilizáos, que aunque está enfermo, no peligra su vida.

—¡Enfermo! — exclamó Luis, cuyo rostro palideció.

—A todas horas tiene a su lado al médico que le salvó la vida y a su fiel escudero, que

es un tesoro por su valor, su lealtad y su ingenio, que al vuestro no cede.

—Eso quiere decir...

—Que no ignoro dónde se encuentra el marqués.

—¡Ah...!

—Decídmelo — repuso el paje con ansiedad indescriptible, — decídmelo y pedidme en cambio la vida.

—No quiero tanto por el secreto y me contentaré con que aceptéis la alianza que os propuse...

—¡Oh...!

—Y aun sin esa condición os lo diré, cuando declaréis que os consideráis impotente para encontrar al de Poza.

—Eso no, eso no — respondió vivamente Luis.

—Pues tened paciencia, buscad y que la fortuna os proteja.

Luis inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

Lucha desgarradora se entabló en su alma.

¿Tenía derecho para privar a su señora de la dicha sin otro motivo que el de sostener su orgullo?

Dudó y más de una vez movió los labios para decir que aceptaba la proposición; pero al fin consiguió dominarse y exclamó:

—¡Seguiré luchando!

El dominico se encogió de hombros.

—Está bien — dijo con inalterable calma. — Quedamos en que seguiréis luchando solo. No os haré ningún mal sino que, por el contrario, os protegeré en cuanto me sea posible y si os sucede alguna desgracia, no será la culpa mía.

—No me quejaré ni os acusaré.

—Si aun no tenéis dónde albergaros con seguridad...

—Sí.

—Este ofrecimiento os lo hago incondicionalmente.

—Tenemos casa en...

—Perdonad — interrumpió el dominico, — pero los secretos son una carga muy pesada.

—A pesar de eso os ocupáis en averiguar...

—Secreto que yo descubro, no tengo la obligación de guardarlo; pero cuando se me confía uno, hay derecho para exigirme reserva y motivo para dudar de mi buena fe si otra persona trasluce lo que se la querido ocultar.

—Callaré para complaceros.

—No llegará el día de mañana sin que yo no sepa dónde os ocultáis, pues los agentes de la Inquisición son más astutos que los asesinos pagados por la princesa de Eboli.

—Lo creo, porque tengo una prueba muy reciente.

La conversación había terminado.

El gravísimo asunto lo habían tratado aquellos dos hombres con la tranquilidad más completa.

Luis se puso en pie.

Fray Bernardo dijo:

—Si de vez en cuando me hacéis alguna visita, os lo agradeceré.

—Y yo me complaceré en probaros que soy agradecido.

—Dios os proteja.

—Reverendo padre, disponed de mí a vuestro antojo.

Besó Luis respetuosamente la diestra del dominico y salió, mientras decía para sí:

—Veremos quién puede más.

Entretanto, el reverendo padre sonreía y murmuraba:

—Este mancebo no sabe todavía lo que es un fraile. Día llegará, quizá muy pronto, en que pedirá de rodillas lo que ahora se le ofrece y rechaza. Está bien... Aprovecharé el tiempo.

A los pocos minutos salía fray Bernardo y se encaminaba a la Inquisición.

Capítulo LVI

FRAY BERNARDO CONTINUA SU TRABAJO DE ZAPA

DOS horas después de la escena que acabamos de referir, Felipe II se encontraba solo en su despacho, y se ocupaba en revisar unos papeles que poco antes le había entregado el señor Antonio Pérez.

Levantóse la cortina de una de las puertas y se presentó un gentilhombre.

—¿Qué? — preguntó el monarca.

—Señor, acaba de llegar un dominico que es inquisidor y dice que viene en nombre y representación del Santo Tribunal para tratar de un asunto de mucha importancia

—¡Un representante del Santo Oficio!.... Que entre.

Desapareció el gentilhombre y poco después se presentó fray Bernardo.

El rey le reconoció al punto, aunque hacía mucho tiempo que no le había visto.

¿Qué significaba la visita del fraile?

¿Qué clase de asunto tenía que tratar en nombre y como representante de la Inquisición?

Estas preguntas se hizo en un solo instante Felipe II, sin que le fuese posible responderse; pero tenía la obligación de recibir con toda clase de consideraciones a la persona que representaba al Gran Tribunal, y dijo:

—Acercáos, padre, y sentáos si es que venís en nombre del Santo Oficio.

Fray Bernardo, que tenía el aspecto de humildad y mansedumbre con que siempre se presentaba al mundo, sin levantar la cabeza y con la mirada fija en el pavimento, dió algunos pasos, sacó un papel, lo puso sobre la mesa y dijo:

—Señor, ese es el documento que me acredita como tal representante del Santo Tribunal y si vuestra majestad lo encuentra en debida forma, aunque soy el último siervo del Señor, me sentaré, por lo que represento.

—Ningún documento necesitábais, pues para mí es bastante la palabra de un sacerdote.

—No merece tanta honra la más humilde y pecadora criatura.

—Exponed el objeto de vuestra misión, que ya os escucho.

—Señor, hace seis años que el Santo Tribunal, con el celo que le distingue, quiso entender en un asunto de recuerdo muy triste.

—Nada me he olvidado.

—Había en este recinto un criminal, según las apariencias...

—Sí, el conocido por el diablo—interrumpió el monarca, cuyo rostro empezó a contraerse.

—Desapareció aquel niño, que ya es un hombre, y, según tiene entendido el Santo Tribunal, allá en Flandes...

—Todo eso lo sé, y podéis evitar observaciones y comentarios desagradables.

—En otro tiempo, vuestra majestad, cuya benevolencia no tiene límites, se declaró protector del presunto delincuente.

—Ahora no.

—Sabemos que el paje ha vuelto a España, y como hay motivos para creer que ha aumentado el número de sus crímenes...

—Sí.

—El Tribunal que represento desea saber si puede cumplir sus deberes sin incurrir en el desagrado de vuestra majestad.

No podían proponerle a Felipe II nada que le fuese más agradable.

La Inquisición le ofrecía su apoyo.

¿Qué más necesitaba para triunfar y aniquilar a Luis, dejando así complacida a la princesa?

No era posible que respondiese con una negativa.

Bien se le alcanzaba que fray Bernardo deseaba ante todo satisfacer su sed de venganza y desquitarse de las burlas y derrotas que había sufrido; pero, ¿qué importaba?

Si Luis sucumbía, lo demás no tenía valor para Felipe II.

—¿Y habéis podido dudar? — preguntó.

—Señor...

—Si en otro tiempo quise el arrepentimiento del criminal antes que el castigo, ahora quiero solamente que se haga justicia, porque me he convencido de que es imposible que esa criatura vuelva al camino de la virtud.

—Por mi parte y perdóneme vuestra majestad si no soy de su misma opinión, aun no me atrevo a condenar al antiguo paje sin escucharle y conocer las razones con que justifica su proceder.

—A lo que veo, padre, vos también os habéis dejado dominar por la mágica influencia que ejerce ese niño sobre todos.

—No es que me dejo dominar por su influencia, es que no me domina la pasión y que no me dejo impresionar.

—¿Qué puede alegar en su favor esa criatura?

—Señor, no soy adivino; pero, por de pronto, ni a él ni a nadie podemos negarle el derecho de la defensa.

—Ahora nadie le persigue.

—No lo sabemos.

—Ha hecho resistencia a los representantes de la autoridad.

—Muchas veces engañan las apariencias.

—Quizá sois demasiado indulgente.

—Yo quiero ser imparcial, y con más motivo en esta ocasión, para que no se sospeche que me guía un espíritu de venganza.

—Tenemos también al marqués de Poza, que no murió, y cuyos delitos quedaron probados cuando se instruyó la causa contra mi desgraciado hijo, a quien Dios haya dado gloria.

—Más que religiosos, me parecen de Estado los delitos del marqués.

—De todo tienen.

—Cuando llegue el caso, se dejará la cuestión.

—Es decir, que lo único que ahora desea el Santo Tribunal es saber que puede con libertad completa proceder contra el paje.

—Nada más.

—Podéis hacerlo así, que no os opondré ningún estorbo, sino que, por el contrario, os ayudaré.

—¿Y si el delincuente, antes que en nuestro poder cae en el brazo secular?

—¿Queréis que se os entregue?

—Así nos parece justo; pero vuestra majestad decidirá.

El monarca guardó silencio y reflexionó.

— Bien — dijo después de algunos momentos — si ese hombre llega a caer en manos de los agentes de la justicia, mandaré que inmediatamente sea puesto a disposición del Santo Oficio.

—Gracias, señor — dijo el fraile poniéndose en pie.

—¿Deseáis algo más?

—Que Dios bendiga a vuestra majestad.

—Y a vosotros os ilumine para hacer justicia.

El dominico salió.

—Este hombre — dijo el rey, — es un demonio o un santo. Yo creí que deseaba vengarse, y, sin embargo... Veremos, porque las apariencias engañan.

Fray Bernardo había conseguido ya cuanto deseaba.

Capítulo LVII

DE COMO EL PAJE SE CONVENCIO DE QUE EL VINO AÑEJO DE LAS MONJAS ERA DE EXQUISITA CALIDAD

LUIS volvió a su nueva casa, de donde no salió en todo el día.

El capitán había marchado a Burgos en busca de lo que ellos llamaban su tesoro.

Transcurrieron lentamente las horas

Explicaciones detalladas dió Luis a su señora de cuanto había hecho y de cuanto pensaba hacer.

Llegó la noche.

La más profunda tristeza se pintaba en el rostro pálido de la desdichada joven, que estaba sentada en un ancho sillón cerca de una

mesa de nogal donde escribía Luis.

Una lámpara de bronce derramaba sus vacilantes reflejos en la estancia, y sólo la agitada respiración de la doncella y el crujido de la pluma sobre el papel interrumpían el sepulcral silencio que reinaba.

—Ya está, — dijo el paje después de algunos momentos y mientras soltaba la pluma. — Ved, ¿qué os parece?

La doncella tomó el escrito, leyólo con detención, y después de meditar algunos instantes, dijo:

—Bien, Luis, pero...

—Dejad vuestros temores, señora: estamos en una situación en que es menester arrostrarlo todo.

—¿Me has visto acaso desmayar alguna vez? He luchado con valor cuando ha sido preciso; he sabido resignarme con mi suerte cuando me he retirado del mundo, y nunca me has visto retroceder ante la desgracia ni ante los peligros; pero la fatalidad nos persigue, nuestra situación es peor cuanto más luchamos, y veo llegar un día en que pagues con la vida la generosa protección que me dispensas.

—No hemos de abandonarnos a esa fatalidad que nos persigue, no debemos tampoco contentarnos con hacerle frente, es preciso perseguirla y vencer.

—¡Vencer... lo dudo — repuso tristemente Blanca.

—Señora, seis años de lucha sin perder las fuerzas, significan que hemos de vencer.

—Si a todas horas no te amenazara la muerte....

—Perder cuidado, hermana mía, aún no he cumplido mi amarga misión en este mundo, y no puedo morir. Aún tengo que ser el instrumento del castigo de doña Ana, y el de vuestra felicidad, porque tarde o temprano la virtud recibe su premio; aún he de arrepentirme y de llorar porque he dado en mi pecho cabida a la venganza y tengo que pedir perdón de rodillas al hombre que más me teme, a Felipe II.

—¡Al rey! — exclamó admirada la doncella.

—Sí, al rey a quien echaré en cara su tiranía y su hipocresía; pero ante quien doblaré luego la frente porque es grande, y yo admiro la grandeza aun en mis enemigos, porque es el soberano y cuando Dios no le ha quitado la corona es porque quiere que nos mande y que lo respetemos... No nos ocupemos de esto — prosiguió el paje, pasándose las manos por la frente como si quisiera desechar un pesado sueño: — lo que nos importa es salir bien de la aventura de esta noche: mi plan no puede ser mejor, y creo que todo se arreglará.

—Eres incomprensible — dijo la doncella.

—¿Por qué, señora mía?

—¿Quién hubiera pensado que tú podías doblar la frente ante Felipe II?

—No sospechéis siquiera que el miedo me hará humillarme para pedirle un perdón que solo de Dios puedo alcanzar: inclinaré ante él mi cabeza para reconocer su autoridad después que él haya reconocido que valemos tanto el uno como el otro.

Iba a contestar la dama, cuando en la calle se oyó el maullido de un gato y luego un silbido agudo.

—Ese es Santiago, — prosiguió el mancebo: — ya sabéis que nada debéis temer estando aquí.

Luego encendió una vela y salió de la habitación, volviendo a poco con el tabernero.

—Santiago, vais a quedaros con mi señora y a ser su única defensa en cualquier lance que pueda ocurrir.

—Podéis marchar tranquilo, — contestó el Moreno, sentándose en un sillón. — De aquí no me moveré hasta que volváis: si me matan no respondo de lo que luego suceda; pero en tanto que me dejen la vida ¡voto al demonio! os juro que sabré cumplir con mi deber.

El paje dobló la carta que había escrito y la guardó y luego sacando del cajón de la mesa una escala de cordón de seda carmesí, la acomodó disimuladamente bajo su coleto.

—Dios me dé su ayuda, — dijo mientras se embozaba en su ancha capa.

Y después de recibir el acostumbrado beso de su señora, salió mientras ésta derramaba una lágrima de angustioso dolor

Dirigióse el mancebo al convento de Santo Domingo y llegando al postigo de la huerta, dió en él tres golpecitos, señal convenida con el viejo hortelano.

Estaba éste prevenido largo rato hacía; así fué que el paje no tuvo que repetir su llamamiento y la puerta se abrió cuidadosamente y sin hacer el menor ruido.

—Habéis sido puntual, — dijo el hortelano. — Seguidme sin miedo que el perro está atado.

La noche estaba serena y clara la luna y sin dificultad atravesaron la huerta y entraron luego por una puertecilla que daba a un pasillo, en medio del cual, a la derecha, estaba el aposento del hortelano.

Como éste había dicho, sólo su cama, una mesa y algunos banquillos componían todo el mueblaje. Sobre la mesa ardía un velón de cobre de color verdoso y mugriento y había tres cucharas de estaño, tres jarros de barro blanco y cinco botellas que se hacían en extremo recomendables por el polvo que las cubría.

—La cena está preparada, — dijo el hortelano, — y el despensero no tardará: sacad vuestro vino y sentáos.

—Amigo mío, — contestó Luis, — doy por perdida la apuesta y con mucho gusto queda de mi cuenta el gasto porque no traigo mis botellas. Cuatro que tenía han sido víctimas de la torpeza de mi tía, que al limpiar esta mañana las ha roto echando a rodar una mesa coja sobre la que estaban.

—Está visto, — replicó riendo burlonamente el hortelano, — que habéis tenido miedo a la competencia y preferís el costo de la cena a desacreditar vuestro vino.

—Os equivocáis y tanto, que he mandado a pedir seis botellas más y pasado mañana tal vez las tengáis sobre esta mesa. Está interesado mi amor propio en esta cuestión y no cederé sino cuando hayamos hecho la comparación entre los dos vinos. Quiere decir que tendre-

mos una noche más de broma, lo que no debe posaros, ni a mi tampoco.

—Convenidos, — repuso el viejo, frotándose las manos alegremente.

—La competencia será esta noche a quién tiene la cabeza más firme, ya que también sobre este punto la echáis de guapo.

—Acepto.

Abrióse la puerta y un hombre flaco entró. Era el despensero, cuyo rostro imberbe de movibles facciones y ojos redondos y vivos presentaba un aspecto que provocaba involuntariamente la risa sin acertar el motivo, pues ni era en extremo feo ni ninguna particularidad tenía. Andaba y se movía con extremada ligereza y sus multiplicados ademanes no le dejaban reposo un momento. Hablaba muy de prisa y como si vomitase las palabras y rara vez se interrumpía, razón por la cual le agradaba la compañía del hortelano, pues éste, poco hablador, le dejaba despacharse a su gusto sin hacer otra cosa que mover la cabeza para afirmar o negar. Llevaba puesta una negra sotana que no se quitaba sino para dormir y este vestido lo hacía más alto, flaco y de ridícula facha.

—Buenas noches, — dijo al entrar. — Habéis sido más puntuales que yo; pero me parece que no he llegado tampoco muy tarde. Vos seréis, — añadió dirigiéndose al paje, — el camarada que ha de honrarnos con su compañía y darnos a probar un vino añejo de su cosecha, que según me ha dicho Pablo, compite con el nuestro.

—El mismo soy, para serviros; pero en cuanto a la apuesta...

—¿P e n s á i s ganarla...? Os equivocáis y pronto habréis de verlo, porque...

—No es eso, sino...

—¿Sospecháis que no digamos con franqueza nuestra opinión? Somos honrados y tan amigos de la verdad...

—Es que no traigo el vino, señor despensero y hasta mañana no puede venir.

—Sea cual fuere el motivo, me alegro porque así volveremos a reunirnos. Traed, amigo Pablo, esa cena y empecemos, puesto que estamos reunidos.

Salió Pablo y pocos momentos después entró con una enorme cazuela donde humeaba el arroz con liebre prometido.

—¡Mágnifico...! "¡Benedicti e x c e l l e n t i a tua!" — exclamó el sacristán que era en extremo aficionado a decir frases en un idioma que él tenía por latín.

—Bien, — dijo sonriéndose el paje; — veo que sois hombre de letras.

—Estudié cuatro años latín en el estudio del nunca bien ponderado maese Hoyos y ya hablaba en el idioma de Séneca mejor que en el mío: luego lo olvidé un poco, pero cuando entré aquí de sacristán volví a recordarlo y la costumbre me hace decir algunas palabras... Pero olvidamos el arroz y como puede uno comer y hablar...

—Soy de vuestra opinión, — repuso Luis: — sentémonos cerca de la mesa y veamos qué tal cocinero es el buen Pablo.

—Quedaréis contesto, — dijo el sacristán mientras que, como el hortelano y el paje, se sentaban junto a la mesa.

Empuñáronse las cucharas y a la vez se hundieron en el fondo de la cazuela.

—¡Alto! — exclamó Luis.

—"¿Quarae causa?" — dije el despensero. — ¿Por qué causa, razón o motivo ha de suspenderse tan interesante operación?

—Ante todo, — repuso el paje, — es preciso remojar el tragadero para que no se atasquen los bocados.

—Tenéis razón y desde luego lleno mi jarro y os conjuro a que llenéis los vuestros.

Llenaron los jarros del exquisito añejo y de un solo trago los dejaron vacíos.

—¡Bien, vive Dios! — exclamó Luis

—¿Qué os parece el vino? — le preguntó Pablo.

—Riquísimo, pero aún no temo la competencia; el mío es más abocado...

—"Video et credere", como decía Santo Tomás, — repuso el despensero.

—Lo veremos mañana, — añadió el hortelano.

—Queda pendiente la cuestión: probemos la liebre y no olvidéis que también me habéis desafiado a bebedor firme, — dijo el paje.

—¿Os ha desafiado? — preguntó el sacristán. — Pues sabed que le ganaréis. ¡Cuánto puede la vanidad, cuánto ciega, amigo Pablo! ¿Cómo os habéis atrevido, vos, que con media botella empezáis a cerrar los ojos?

—Eso es bueno para vos, — interrumpió el hortelano, — y si no ya lo veremos; entrad en la competencia, que no habrá de valeros saber latín.

—Ambos seréis vencidos y como prueba de mi superioridad, voy a beber otro vaso antes de proseguir.

Y volvió a llenar y vaciar la vasija.

—No he de ser menos, ¡voto a tal! — exclamó el hortelano, a la vez que imitaba al sacristán.

—Ni yo, — dijo Luis, empinando su vaso vacío, cosa en que no se fijaron los otros.

—¡"Pax et contestus vobis!" — repuso el sacristán.

Moviéronse las cucharas de la cazuela a la boca y de la boca a la cazuela y no habían transcurrido dos minutos, cuando Luis, cortando la palabra al despensero, dijo:

—Amigos míos, el arroz se pega al paladar.

—Es verdad, lo remojaremos.

—Buena idea.

Dejó el mancebo que sus compañeros llenasen los vasos y mientras los apuraban, fingió llenar el suyo y beber también.

—Prosigamos, que la liebre no puede estar mejor, — repuso Luis.

Volvieron a comer y a repetir los brindis y antes que el arroz se apurase, el hortelano sentía bastante pesadez en los párpados y el sa-

cristán hablaba más que nunca y menudeaba más los latines.

Contemplólos Luis y regocijóse, porque comprendió que no tardarían mucho tiempo en dejar de estorbarle.

—Basta de arroz, — dijo el mancebo. — Otro vaso y venga el pastel.

—¡A vuestra salud! — exclamó con torpe acento el hortelano, mientras que llevaba a los labios una botella.

—¡A la de todo buen bebedor! — dijo tartamudeando el sacristán. — Porque habéis de saber que, "catador bonus muila est compavatio".

—Venga el pastel

—Al momento.

Poco tardó Pablo en llevar el pastelón que inmediatamente fué destrozado; pero antes de haber comido la mitad, como se repetían con demasiada frecuencia los brindis, encontrábanse completamente embriagados el sacristán y el viejo, hasta el punto de hablar disparatadamente y tener que hacer grandes esfuerzos para no dar con sus cuerpos en tierra.

—Parece que no lo habéis probado, — dijo Luis, — pero aún tengo confianza de venceros.

—¡Vencernos! — repitió el sacristán. — ¡Vencerme... a mí...! ¡Já, já...! "Ego sunt invicius".

—¿Y qué... quiere decir eso? — preguntó Pablo con gangosa voz.

—Quiere decir... pues, — contestó el despensero mientras se restregaba los ojos, — quiere decir que yo... soy invicto...

—Pues yo, — repuso el viejo, dejando caer la cabeza sobre la mesa, — yo soy hortelano. y fuí soldado...

—¿Vas a dormir?

—La luz me lastima la vista...

—Otro brindis, — dijo el paje.

—Bien pensado... y... bien pensado... porque lo que es bueno lo digo...

—"Repetatur", — murmuró el sacristán. — "Repetatur brindis... salutem nostra".

Y bebió muy cerca de media botella que al querer soltarla cayó al suelo y tras ella el beodo sacristán.

—Pablo, — murmuró con voz soñolienta, — no me pises la sotana... que... no puedo... levantarme...

Pero el viejo Pablo dormía profundamente y no oyó la acusación injusta de su compañero.

—No hay que perder un instante, — murmuró Luis, cuyos ojos brillaron.

Luego se levantó y después de convencerse de que dormían con profundo sueño el hortelano y el sacristán, tomó el velón y salió de la estancia, internándose en el interior del convento.

—Si llego a equivocarme, — dijo para sí, — todo se pierde.

La macilenta luz del velón esparcía sus rayos vacilantes a cinco pasos de distancia.

Sólo la respiración agitada del mancebo y el leve ruido de sus pasos se percibía en medio del profundo silencio que reinaba.

Caminó el atrevido paje cautelosamente hasta llegar al extremo de una ancha galería.

—Esta debe ser ser la escalera, — murmuró examinando una que tenía delante.

Y subió, mirando de derecha a izquierda y escuchando atentamente.

Doña María de Mendoza conocía perfectamente el interior del convento y pudo dar a Luis las señas más detalladas y exactas, por lo cual éste atravesó sin dificultad algunas galerías y pasillos, hasta que llegando a un corredor, dijo:

—Este es; aquí está la puerta junto al rincón... un arco... voy bien.

Luego siguió, mirando a la pared de la derecha, viendo al fin un gran cuadro de lienzo en que estaba pintado un San Juan en el momento de recibir el bautismo del Redentor; se detuvo, volviéndose a la izquierda y se acercó a la puerta de una celda.

—¡Oh! — exclamó. — Me tiemblan las manos... Nunca me ha sucedido semejante cosa.

Efectivamente, el paje temblaba como no le había sucedido nunca, al acometer las más arriesgadas empresas.

Largo rato permaneció inmóvil, pero al fin, comprendiendo que no era prudente permanecer allí y que tampoco era ya tiempo de retroceder, puso la agitada diestra en el picaporte de hierro que sujetaba la puerta.

—¡Dios me proteja! — murmuró.

Y sin hacer el menor ruido abrió la puerta y fijó su mriada en el interior de la espaciosa celda de la hija de don Juan, quedándose luego repentinamente parado y pintándose en su semblante la mayor sorpresa.

¿Qué había visto? ¿Por qué no penetraba en aquel recinto donde el pudor vedaba la entrada al hombre? ¿Cómo se detenía el atrevido mancebo, una vez resuelto a no respetar nada con tal de conseguir su intento?

Arrodilladas y orando fervientemente ante una imagen de la madre santa de Dios, había dos religiosas cuyos rostros no podían verse desde la puerta. Los resplandores ténues, muy ténues de la luz de una bujía daban sobre el blanco sayal que vestían aquellas vírgenes, cuya inmovilidad las hacía parecer, más que dos criaturas, dos estátuas de mármol.

Tan absortas estaban en su rezo que no se apercibieron de la llegada del paje, bien que éste abrió la puerta con el mayor silencio.

—No es su celda... Todo se ha perdido... — dijo para sí el mancebo.

Pero le había causado tal sorpresa la presencia de las religiosas, que por algunos instantes no acertó a moverse.

—No permitáis, Dios mío, — murmuró una de ellas con voz ahogada, — no permitáis que me saquen de vuestra santa casa.

—¡Haced que yo lo olvide, Madre mía! — exclamó la otra con más enérgico acento.

Luis se estremeció, fué a dar un paso para salir, pero olvidándose en su turbación de la luz que llevaba, abrió la mano izquierda y el velón cayó al suelo.

Al ruido se levantaron las dos monjas, fija-

ron una mirada de espanto en Luis y al querer gritar sintieron ahogarse en sus gargantas la voz.

Los tres quedaron inmóviles.

Las religiosas no eran otras que la hija de don Juan y su amiga, que, contra las reglas de la comunidad, habían encendido luz, reuniéndose para hablar y rezar.

En el semblante de Ana se pintó primero el terror; pero muy breve, sólo la sorpresa se dejó ver y de pálidas que estaban sus tersas mejillas, se tornaron rojas como el carmín y su pecho, poco antes oprimido por el miedo, oprimióse por otra emoción bien distinta.

Al contrario, su compañera, cada vez más poseída de su primer espanto, temblaba convulsivamente y no acertaba a gritar ni a moverse para huír.

Contemplábalas el paje con sorpresa y la más profunda admiración y como hombre acostumbrado a toda clase de peripecias se repuso bien pronto y con alguna serenidad comparó con ambas jóvenes las señas que de Ana le había dado doña María de Mendoza y se convenció de que una de aquéllas debía ser. ¿Pero cuál? Las dos eran rubias, blancas, de azules ojos, bellas hasta lo ideal y aparentaban tener los mismos años.

Meditó el mancebo algunos instantes y decidiéndose a arrostrarlo todo, dió algunos pasos hacia las jóvenes.

Entonces Ana dijo con pausado tono:

—¡Es el mismo...!

Y su amiga retrocedió lentamente y vacilante hasta llegar a la pared donde se apoyó porque empezaban a faltarle las fuerzas.

Luis se detuvo nuevamente, examinó a la una y la otra, reflexionó algunos instantes y dijo a la hija de don Juan:

—Vos sois doña Ana de Austria.

—¡Ah! — exclamó la joven en extremo sorprendida. — Vos... me conocéis...

—No me equivoqué — repuso el mancebo. — Tomad una carta de vuestra madre.

Y entregó la que llevaba a la hermosa niña.

—¡Una carta de mi madre...!

Ana leyó con avidez el escrito.

Su amiga comprendió entonces que Luis era sólo un enviado de doña María de Mendoza y que por consiguiente nada debía temer de él, tranquilizóse bastante y exhaló un suspiro que desahogó su agitado pecho.

—¡Qué hermosa es! — dijo para sí el paje, contemplando con afanosa mirada a la hija de don Juan.

Y se estremeció a pesar suyo, sintió latir violentamente el corazón y arder sus mejillas como si afluyese a ellas toda la sangre de su cuerpo.

—¡Es mi salvador! — exclamó la niña con acento de viva alegría cuando acabó de leer la carta.

De sus ojos brotaron dos lágrimas producidas por la más viva emoción.

—No tengáis miedo, — prosiguió dirigiéndose a su amiga; — es el que ha de hacerme feliz, así lo ha jurado a mi padre en Bruselas... ¡Ojalá pudiera también a vos traeros la dicha que anheláis...! Pero no tengáis cuidado, cuando yo salga de aquí, iré a ver a vuestro padre, le rogaré, le pediré de rodillas y se ablandará...

—¿También a vos, — dijo Luis a la amiga de Ana, — os han privado de vuestra libertad?

—No, amigo mío, — repuso la hija de don Juan: — le sucede lo contrario que a mí, no le permiten que profese, quieren que viva en la sociedad, darle un esposo...

—Esperad un instante, — interrumpió Luis cuyos ojos brillaron como dos luciérnagas y en cuya frente se marcó una profunda arruga.

Luego inclinó la cabeza sobre el pecho y cruzó los brazos, quedando en una actitud tan meditabunda que ninguna de las dos jóvenes se atrevió a interrumpirle.

Su viva y en extremo fecunda imaginación había concebido alguno de los vastísimos planes que tanta superioridad le daban.

Trancurrió buen rato sin que ninguno rompiese el silencio, hasta que el paje, dirigiéndose a la compañera de Ana, dijo:

—¿Queréis ser abadesa de las benedictinas de Burgos?

—¡Abadesa de las benedictinas! — repitieron a la vez y con acento de profunda admiración las dos jóvenes.

—Ya que la casualidad ha querido que os encuentre reunidas, desearía que ambas fuéseis felices. Ninguna de vosotras conocéis el mundo y es inútil que yo entre ahora en detalles que más bien os llenarían de confusión que os harían comprender mis planes; yo os daré, sin embargo, algunas explicaciones, pero antes es preciso decidirse; pero decidirse con tan firme resolución, que después no se retroceda, porque entonces todos nos perderíamos. La una como la otra puede alcanzar lo que desea, trocar su pena en alegría, en risa su llanto.

—¡Imposible! — murmuró tristemente la amiga de Ana.

—¿Queréis ser, — repuso Luis, — abadesa de las benedictinas de Burgos?

—¿Pero cómo...?

—Decidme que sí o que no terminantemente.

La tímida niña vaciló, pero al fin casi sin saber lo que se decía, dijo:

—Sí; quiero ser abadesa de las benedictinas, aunque más me contentaría ser simple monja.

—Es imposible, — contestó el paje; — o abadesa, o esposa del hombre que os destinan.

—Pues bien, acepto.

—Ahora mismo podría salir doña Ana de aquí, pero entonces vos no conseguiríais vuestro deseo; pero mañana se verá ella libre y vos camino de Burgos.

—Pero mi padre..

—Consentirá, porque no tendrá medio de oponerse.

—Esto es un sueño, — dijo Ana.

—¿Puedo escribir una carta antes de irme? — preguntó Luis.

—A mí no me permiten tener tintero ni papel; pero en la celda de mi buena amiga...

—¡En mi celda!

—Yo iré por todo lo necesario para escribir, — repuso Ana con un desembarazo y resolución que demostraban bien claramente que por sus venas corría la sangre de don Juan de Austria.

—Y sin detenerse tomó la bujía y salió.

—¿Qué hacéis? — le dijo su tímida amiga. — ¡Dios mío...!

—Tranquilizáos, — le dijo el mancebo. — Nada temáis, porque nada puede sucederos.

Poco tardó Ana en volver con papel y tintero.

Luis escribió lo siguiente:

"Todo está preparado y mañana jueves a las cinco de la madrugada os encontraréis fuera del convento. Tened buen ánimo, que ya sabéis que aunque sospechen y aun sepan con seguridad el día en que debéis fugaros, nuestro plan está combinado de tal modo que sería imposible que lo desbaratasen, lo que sólo conseguirán sacándoos antes de Madrid, cosa que no se piensa todavía, sería que os encerrasen; pero esto, como fácilmente comprenderéis, haría mayor la burla que les preparamos.

Tened cuidado con lo qué últimamente os recomendé; sed discreta y disimulada, que todo lo puede la capa de:

EL DIABLO".

Cuando el paje concluyó, dobló el papel, arrugólo un poco y entregándoselo a la hija de don Juan, le dijo:

—Esconded esta carta, pero de modo que mañana mismo caiga en poder de la superiora, que no dejará de espiaros.

Ana y su amiga miraron llenas de asombro al mancebo.

—Ahora, — prosiguió éste, — os daré algunas explicaciones. Sentáos y escuchadme con atención, porque va en ello vuestra felicidad.

Las dos amigas, atónitas cada vez más, no acertaron a hacer ninguna observación y sentándose maquinalmente, se dispusieron a escuchar al paje.

Este fijó una mirada ardiente en la hija de don Juan y ella bajó la vista y arregló la falda de su hábito para disimular su turbación, mientras que su frente pura y tersa se tornaba roja y sus manos temblaban.

Comenzaron las explicaciones; pero nosotros, discretos, los dejaremos solos para no sorprender secreto de tanta importancia y situándonos a la puerta de la celda, esperaremos. Transcurrió más de una hora.

El paje se despidió de las dos jóvenes, tomó el velón, encendióio en la bujía y por el mismo camino que le vimos ir, volvió al aposento del hortelano.

—Preciso será despertarlos — dijo Luis.

Y roció con agua el rostro del despensero, moviéndole después con violencia.

—"Vade retro Satanás" — murmuró el rapavelas, mientras se restregaba los ojos con ambas manos.

—Levantáos, buen amigo

—¿Quién es?

—Vuestro compañero de cena...

—"Nolli me tangere".

—Que es muy tarde.

—¡Ah...! — dijo el despensero, despertando del todo. — Como me ha pisado la sotana ese viejo chocho...

—Duerme como un lirón... Levantáos

El sacristán se levantó trabajosamente, bostezó y estiróse.

—"Bonus et suculentus arroz erat" — dijo.

Ocupóse en seguida Luis de derpertar al hortelano y cuando lo hubo conseguido le rogó que le abriése la puerta.

—¿Conque mañana repetiremos con vuestro vino? — preguntó al paje el viejo.

—Vendré a la misma hora con seis botellas. Tomad para los gastos.

Salió el paje y se dirigió a su posada, sin que ocurriese otra novedad aquella noche tan fecunda en acontecimientos.

Capítulo LVIII

DE COMO SUCEDIO AL PIE DE LA LETRA LO QUE HABIA PREVISTO EL PAJE

A las siete de la mañana, una novicia entró en la celda de la anciana superiora, diciendo:

—Reverenda madre, vienen con una carta del rey.

—¡Una carta del rey! — exclamó, sorprendida, la reverenda madre. — ¿Pues qué ha sucedido para que su majestad se ocupe de nosotras, humildes siervas del Señor?

—No lo sé; pero...

—Quizás no habéis entendido bien, hija mía.

—Lo que sé decir es que se ha presentado un gentilhombre de la cámara de su majestad.

—¿Y quiere hablar conmigo?

—Lo ignoro.

—Pues si únicamente ha recibido la orden de entregar el pliego, que os lo dé y traedlo, y que espere la contestación.

Salió la novicia.

—Supongo — murmuró la anciana — que se trata de la hija de don Juan, que ha venido a esta santa casa para robarnos el sosiego.

Volvió la novicia, entregando un papel a la superiora.

Leyó ésta y palideció.

—¡Jesús! — exclamó. — No tendremos un instante de reposo. ¿Tan terrible es ese enemigo? A todas horas se vigila, no hemos visto nada que pueda infundir sospechas, y, sin embargo, su majestad se preocupa. ¿Qué más podemos hacer? Me indica la conveniencia de que, además de nuestra vigilancia, se registre la celda de la novicia y se hagan otras cosas que me parecen completamente inútiles. Verdad es que una carta puede introducirse en el convento con mucha más facilidad que una persona; pero necesitaría la ayuda de un traidor, y aquí no hay ninguno.

Por mucho que a la anciana le desagradase, tenía que hacer algo para dar satisfacción al monarca, y, por de pronto, dispuso registrar la celda de la hija de don Juan. Así podría en todo tiempo decir que nada había omitido.

Mandó que fuesen cuatro religiosas para que la acompañasen y en todo caso sirviesen de testigos, y con ellas fué a la celda, encontrando a la bellísima Ana de rodillas ante el reclinatorio y como si estuviese absorta en la oración.

—¡Ah! — exclamó la joven, poniéndose en pie.

—Mucho me agrada encontraros así.

—Rezaba...

—La oración es el más saludable de los ejercicios, porque Dios escucha siempre a los que con fe acuden a su misericordia.

—Bien necesito que el Omnipotente se apiade de mí.

—Os quejáis, porque no miráis a los que son más desgraciados que vos.

—Sí, reverenda madre; hay criaturas que sufren mucho, muchísimo; pero al menos tienen la libertad de sus acciones.

—Vuestras palabras significan que no os habéis resignado.

Doña Ana, que no había nacido para monja, respondió, enérgicamente:

—Pienso lo mismo que ayer, y mañana pensaré lo mismo que hoy.

—En vuestras palabras hay algo de soberbia y mucho de temeridad — dijo severamente la superiora y en tanto que se sentaba.

Tras ellas se colocaron las cuatro monjas, en pie y en actitud respetuosa.

—Pues si soy soberbia, ¿para qué me traen a esta mansión de humildad?

—Precisamente por eso, pues aquí se corregirán vuestros extravíos. Os hacen un bien inmenso, y os quejáis...

—¡Un bien! — replicó la joven, con amargura. — Encadenan mi voluntad, contrarían mis sentimientos, destrozan mi corazón...

—Cuidado con lo que decís.

—Callo y escucho, reverenda madre.

—El tiempo os probará vuestros errores.

—Tal vez

—No lo dudéis, puesto que no sabéis lo que ha de suceder el día de mañana.

—¡El día de mañana! — exclamó la joven, cuyos magníficos ojos brillaron con el fuego de la alegría. — Espero ser feliz.

—¿Y en qué se funda vuestra esperanza?

—Ese es mi secreto.

—¿Y en qué ha de consistir vuestra dicha?

—Ya lo veréis.

—Os encuentro como nunca, hija.

—Porque tengo motivos para creer que Dios ha escuchado mis súplicas, y renace mi valor con mis esperanzas.

Se contrajo la frente de la superiora que dijo para sí:

—Empiezo a creer que son fundados los temores del rey...

Y luego añadió en voz alta:

—Vuestras palabras significan que contáis con medios para contrariar la voluntad de nuestro rey.

—Sí.

—Tengo que cumplir sagrados deberes.

—Por eso me vigiláis escrupulosamente; por eso me espían a todas horas.

—¿Qué haríais en mi lugar? Responded con franqueza.

—Lo mismo que vos, y tal vez más.

—Entonces no tenéis derecho para quejaros si adopto alguna resolución de cierta clase

—No me quejaré.

—Pues, por de pronto, registraré esta celda.

—¡Reverenda madre!...

—¿Os desagrada?

—No; pero...

—¿Qué?

—Vuestra resolución tiene algo de ofensiva

—Más ofenden vuestra arrogancia, vuestras contestaciones nada respetuosas.

—Me castigáis, pues; ¿no es verdad?

—Os convenzo de que en esta santa casa mi autoridad no tiene límites.

—Debéis pensar que contra mi voluntad me encuentro aquí.

—¿Y qué me importa?

—Además...

—Mi elevada jerarquía me prohibe entrar en contestaciones con una novicia.

Doña Ana inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

La anciana dijo a las monjas:

—Proceded al registro, por si se encuentra algo digno de atención.

Las cuatro religiosas obedecieron, revisando escrupulosamente la cama, los muebles y hasta el último rincón.

—¡Ah! — exclamó una de ellas, al levantar el almohadón del reclinatorio.

—¿Qué es eso? — preguntó la superiora.

—Un papel aquí...

—Dádmelo.

La hija de don Juan parecía estar anonadada.

La superiora tomó el papel, lo desdobló y exclamó, horrorizada:

—¡Jesús!

Santiguóse y añadió:

—¡Dios misericordioso!... La obra de Satanás... ¡Ah!... Esto es horrible.

Leyó las pocas líneas que había escrito el paje.

—¡Mañana! — murmuró. — Y dice que aunque la encierren... ¡Virgen Santísima!.... Bien, muy bien, hija... Ahora no podréis negar que vuestro extravío ha llegado al último punto de la perdición. ¿Cómo habéis recibido este papel?

—No puedo decirlo — respondió, muy turbada la joven.

—Os lo mando...

—Antes consentiré morir.

—¡Os rebeláis contra mi autoridad!

—Callo, porque así cumplo mi deber.

—¿Y qué es lo que este hereje os recomendó?

—Tampoco lo diré.

—Con vuestra resistencia agraváis vuestra situación.

—Mucho lo siento; pero no puedo hacer otra cosa.

—Si os obstináis en callar, os encerraré

—¿Qué me importa?... Ya habéis visto lo que dicen en esa carta.

—¿Y habéis creído...?

—Sí.

—Que os perdéis, hija mía.

—Creo que me salvaré.

—Creedme, que yo no puedo mentir ni engañaros.

—Pero sí podéis ser engañada.

—Abusan de vuestra inocencia...

—Me ofrecen la libertad, que es cuanto deseo, y si cumplen lo que me han prometido, no desearé más dicha. ¿En qué puede consistir el engaño? Contra mi voluntad me tienen aquí, y quien de aquí me saque, me hará el mayor de los beneficios.

—No os sacarán.

—Tendré paciencia; pero lo habré intentado, habré luchado cuanto me es posible.

—Camináis hacia el abismo de la condenación eterna.

—En vano os molestaréis.

—¡Dios mío!

—Nos mortificamos sin conseguir nada.

—Por última vez os pregunto.

—No contestaré.

—Os advierto que he de dar parte al rey...

—Me alegraré.

—Y si su majestad adopta alguna resolución demasiado violenta...

—No puedo estar peor de lo que estoy.

—Sea, puesto que lo queréis.

La anciana se levantó, salió, volvió a su celda y se puso a escribir.

Pocos minutos después entregaban al gentilhombre el pliego que debía llevar al rey.

Capítulo LIX

EMPIEZA A DAR SUS RESULTADOS LA INTRIGA DEL PAJE

MIENTRAS tenía lugar la escena que acabamos de referir, estaba Felipe II en su despacho con Antonio Pérez, y, más que unos papeles que éste había dejado sobre la mesa, llamaba la atención del monarca la conversación que sostenía con su favorito.

Aparentaba el rey en su semblante algún descontento, y el secretario estaba pálido, y no parecía tampoco estar de buen humor.

—Señor — decía el ministro, — francamente confieso a vuestra majestad que me voy sintiendo dominado por la influencia de ese endiablado paje, y que desde el extraño acontecimiento de anoche tiemblo al pensar lo que ha de darnos que hacer.

—Más extraño aún es lo que a mí me sucede — contestó Felipe; — a pesar de que ese mancebo ha estado siempre en pugna conmigo, a pesar de su criminal conducta en Flandes y de las burlas que, después de su vuelta a España, nos ha hecho sufrir, lo admiro, y si bien lo castigaría con la pena más severa, no dejaría, en mi interior, de sentir su desgracia.

—Vuestra majestad siente también su influencia, y así no es extraño que a todos los domine y que por dondequiera que va encuentre protección.

—Ese hombre vale mucho, muchísimo; no tiene igual.

—Ciertamente, señor; pero hace tan mal uso de las excelentes dotes que le ha concedido la Naturaleza...

—No tiene malos instintos — interrumpió el monarca, — y lo prueba que siempre se ha puesto de parte de quien él consideraba como víctima, del débil o del desvalido, del desgraciado. Sus primeros pasos en el camino de la intriga fueron por vengar al marqués de Poza; en esto la intención era buena, aparte la fealdad del sentimiento vengativo, que él tomaba por un deber, por una acción noble, porque le faltaba un juicio maduro y sano que le guiase. Debe a doña Blanca su vida, su fortuna, su porvenir y, sobre todo, un cariño fraternal, o, mejor, el amor de una madre que no conoció; y la desgracia de la persona a quien tanto debía le afectó de tal modo que, participando del mismo dolor que ella sufría, no anheló más que la venganza, lo que no es extraño en un niño que no tiene quien contenga los arrebatos de su ardiente imaginación. Dado el primer paso, era ya imposible que retrocediese, y no tenía otro camino que el que ha seguido, porque tenía necesidad de luchar para defender su vida y para hacer daño a sus enemigos, si había de vencerlos.

—Pero no por eso son menos dignos de castigo sus crímenes.

—Es verdad, y yo soy el primero que deseo su castigo; pero no dejo, a la vez, de sentir el que haya dejado de aprovecharse para lo bueno lo mucho que vale. ¡Ah! Si yo hubiese conseguido apoderarme de él cuando huyó a Flandes, hoy tendría un hombre que me serviría más que toda esa turba de cortesanos que no saben más que adular para satisfacer sus ambiciones...

—Creo, señor — repuso Antonio Pérez, algo resentido, — que no os falta algún corazón leal y alguna buena cabeza que os sirva.

—Ya sabéis, señor Antonio Pérez, que vos no entráis en el número de esos cortesanos a quienes me refiero...

—No lo digo, señor...

—A mí — prosiguió el monarca — me gusta sacar del polvo a esos hombres de quienes nadie se ocupa, pero que valen mucho y que viven y mueren sin que se hayan aprovechado los grandes servicios que podían prestar a su patria; esos hombres que pasan desapercibidos en el torbellino de la sociedad, que se les desprecia como se desprecia y arroja un diamante en bruto por el que no adivina que bajo la fea y grosera capa que lo cubre se encierra una cosa de mucho valor. ¿Qué papel hubiéseis hecho vos entre esa brillante grandeza que ahora mismo llena mis antecámaras, si un ojo inteligente no hubiera conocido el valor de la piedra y, quitándole la capa de sucia tierra que la envolvía, no avergonzase con su brillo el brillo del rubí y la blancura de la perla? A no ser así, Antonio Pérez, reconocido o no por hijo de Luis Pérez, pasaría desapercibido y aun despreciado, como uno de tantos hombres vulgares, y la patria hubiese perdido los beneficios que podía reportarle. Necesité un ministro; ¿en quién fije mis mi-

radas? En un hombre oscuro; lo saqué del polvo, y llegué a tener un corazón leal y una gran cabeza con la cual no puede cmpetir ninguna de las de todos los nobles. Quiero la nobleza de sangre, y le daré todo el esplendor posible, porque es un libro de una historia gloriosa que debemos conservar, y porque sus recuerdos ejercen en el pueblo una poderosa influencia de respeto y de temor muy saludable, que contienen el desbordamiento de muchas malas pasiones. Empero, cuando necesito, un hombre, busco al que puede servirme, sea quien fuere, noble o plebeyo, lleve un nombre ilustre o no tenga otro que el que le dieron con el bautismo. Los nobles han salido del pueblo, y en sus escudos de armas algún cuartel se ha llenado el primero cuando todos estaban en blanco.

—Vuestra majestad me honra — dijo Antonio Pérez.

—Digo lo que siento, mi buen secretario. Y, volviendo a nuestro asunto, os repetiré que desconfío de que se pueda adelantar nada, porque creo que ese hombre es superior a los demás.

—No olvide vuestra majestad lo que el atrevido paje dijo anoche a doña Ana.

—Sí: que se declaraba protector de la hija de mi hermano, y que juraba por su capa blanca que la doncella no sería monja.

—Esas fueron sus palabras.

—Que me han puesto en algún cuidado.

—Por lo cual...

—He tomado la precaución de enviar esta mañana temprano al convento las órdenes convenientes para que se ejerza la más estricta vigilancia y para que me digan si se ha observado algo que pueda infundir sospechas.

—Como siempre, ha obrado vuestra majestad con mucha prudencia.

—Y extraño — prosiguió el monarca, mirando su reloj — que aún no havan vuelto con la contestación. Hace hora y cuarto fueron...

La llegada de un gentilhombre interrumpió al monarca.

—Mucho habéis tardado — le dijo Felipe II.

—Señor — contestó el noble sirviente, — a consecuencia de las órdenes de vuestra majestad, que comuniqué a la superiora del convento, creyó ésta del caso practicar un reconocimiento escrupuloso en la celda de la ilustre novicia, y por esta razón he tenido que detenerme.

—¿Y qué ha resultado?

—Lo ignoro; la madre abadesa me ha dado para vuestra majestad esta carta, sin decirme otra cosa.

El gentilhombre entregó al rey un pliego cerrado.

—Bien; dejadnos — contestó el monarca, tomando el papel.

Y, cuando quedó solo con su favorito, repuso:

—¿Qué pensáis de esta carta?

—Difícil es adivinar; pero me inclino a creer que trae alguna noticia de importancia.

—Lo mismo sospecho yo — dijo Felipe.

Y, rompiendo el sello, encontró dentro otro papel además de la carta.

—¿Qué significa esto? — exclamó. — Veamos lo que dice la abadesa.

Luego leyó lo siguiente:

"Señor: para cumplir las instrucciones de vuestra majestad, creí del caso practicar un registro escrupuloso en la celda de la hermana novicia, el cual dió por resultado encontrar la carta que tengo la honra de remitir a vuestra majestad con la presente. Estaba escondida entre los almohadones del reclinatorio y por ella se ve cuán acertada ha sido la precaución de vuestra majestad.

"Preguntada la dicha hermana, se ha negado a contestar a todo; de manera que nada puedo añadir a vuestra majestad sino que ni la más leve cosa se ha notado que pudiera infundir sospecha".

La frente del monarca se contrajo.

Su mirada se tornó sombría.

—¡Una carta! — murmuró. — ¿Y de quién?

Desdobló el segundo papel, y miró la firma antes de leerlo.

—¡Del paje! — exclamó.

—¡Del paje! — repitió Antonio Pérez. — ¡Oh!... Ese hombre es verdaderamente un diablo.

—¡Es un hombre que vale más que nosotros! — dijo Felipe II, con amargura. — Ya lo veis: en correspondencia con ella, y si lo hemos descubierto ha sido porque él mismo nos ha dado el aviso... ¡Ah!..| ¡Cuánto diera yo por que se pudieran borar los delitos de ese hombre y por que fuera mío!...

—Pero esa carta — dijo el ministro, aturdido por la sorpresa, — esa carta...

—Algo de extraordinario contendrá. Leedla en voz alta.

Obedeció Antonio Pérez.

Ya conocen nuestros lectores el contenido del improvisado escrito.

—¡Esto es para volverse loco! — exclamó el secretario, cuando concluyó la lectura.

—Aun cuando se la encierre — murmuró el monarca, — la sacará del convento mañana al amanecer... No sería malo hacer la prueba...

—Perdone vuestra majestad si no tengo la misma opinión.

—¿Creéis que se escapará si se la encierra, cercamos el convento y en el interior ponemos guardias?

—Todo lo temo, señor; y si a pesar de tales y tan ruidosas precauciones se fuga, será la burla mayor, como él mismo dice.

—Entonces, ¿qué os parece que se haga?

—¿Qué?... Adoptar el único recurso que nos queda y que, según las palabras del paje es el sólo que pude desbaratar su proyecto

—¿Llevarla a Burgos?

—Esta misma noche.

—Bien decís, señor Antonio, que estáis dominado por la influencia del diabólico paje.

—Señor...

—No hay que exagerar las cosas; no vayamos, como el vulgo, a creer en brujerías; no se escapará la novicia si tiene cien ojos que la estén mirando y que han de ver que se va.

—¿Pero a qué hacer una prueba que puede costar muy cara? ¿No hemos visto la pasada noche cosas tan extraordinarias como esa?¿ Qué no debe esperarse de un hombre a quien se le corta la cabeza, va a buscarla y se la coloca sobre los hombros para reírse en las barbas del mismo que se la cortó? ¿Qué no debe temerse de quien se introduce en las habitaciones como el aire, sin que se le vea, con más disimulo que el aire, porque no se le siente?

—Es preciso meditar bien sobre este asunto.

—Como más plazca a vuestra majestad.

—De cualquier modo, aun cuando se determine sacarla esta noche del convento para llevarla a Burgos, debe procurarse hacerla hablar interrogándola.

—Delicada es la empresa.

—Ciertamente; pero nos puede dar muy buenos resultados.

—¿Y quién habrá que se encargue de tan difícil comisión?

—¿No os atreveríais vos a desempeñarla?

—Yo — contestó Antonio Pérez después de meditar algunos instantes, — obedeceré a vuestra majestad; pero me parece que sería más a propósito una mujer, ya porque son más astutas, porque se inspiran más confianza mútuamente y se comprenden mejor...

—Somos de opinión diversa — interrumpió, el monarca, — pues de nadie desconfía más una mujer que de otra.

—Si se tratase de una mujer de mundo, yo pensaría como vuestra majestad; pero de una niña es otra cosa.

—Bien, seguiré vuestro consejo — dijo Felipe II; — sólo falta esa mujer.

—Creo que no hay más que una que pueda mezclarse en este asunto, señor.

—Pero está enferma.

—Sus dolencias son de corta duración, aunque violentas.

—Verdad es, porque esta mañana me ha mandado a decir que se encontraba mejor y aun dispuesta a levantarse.

—Yo no he tenido tiempo de ir a visitarla hoy — repuso Antonio Pérez.

—Pues podéis hacer a la vez dos cosas: id a verla, y si está en disposición de salir, que se encargue de interrogar a la novicia.

—Necesitará una orden vuestra.

—Os la llevaréis.

—Entonces, con el permiso de vuestra majestad, me retiro.

—Y traedme luego alguna noticia de lo que se haya adelantado en las averiguaciones del suceso de anoche.

—Creo que no podré participar a vuestra majestad novedad ninguna, porque ya nada quedó que hacer. Como dije a vuestra majestad, ningún vecino se apercibió de nada; el cuerpo del que fué asesinado desapareció sin que haya podido encontrarse; y por todo indicio pudo notarse la tierra un poco removida en el sitio de la desgracia, como si hubiesen querido hacer que desapareciesen las manchas de sangre.

—La previsión de ese mancebo no tiene igual.

—Es astuto en demasía.

—Si vuestrá majestad me da permiso...

—Guárdeos Dios — dijo el monarca.

Salió el favorito después de haber puesto a la firma del rey la orden para la abadesa del convento, y se dirigió sin perder un instante a casa de la princesa.

LX

COMO LA HIJA DE DON JUAN SE MOSTRO DIGNA DISCIPULA DEL DIABLO

DOÑA Ana de Mendoza recibió la noticia del encuentro de la carta del paje con la alegría que es de presumir, y a pesar de que el médico le había prohibido que se levantase hasta el siguiente día, y de que se encontraba algo falta de fuerzas, aceptó el encargo del rey, despidió al secretario y mandó que la vistiesen y que la preparasen una litera.

Veinte minutos después, la noble dama, pálida en extremo, pero radiante de júbilo por el triunfo que pensaba conseguir sobre el paje, entró en el portátil vehículo y fué conducida al convento.

Introducida en la celda de la superiora, manifestóle el objeto de su visita, y entregándole la orden del rey, pidió que llamasen a la hija de don Juan.

Esta se presentó a poco, grave y silenciosa, saludó a doña Ana con un movimiento de cabeza, y tomó asiento.

—No sin razón — le dijo la princesa con afable y cariñoso tono, — me habían ponderado vuestra belleza.

—Gracias, señora — le contestó la niña.

Y luego la miró detenidamente como para ver si la conocía o para preguntarle quién era.

—No me conocéis, repuso la dama.

—Nunca os he visto, pero sí he oído hablar de vos, si es que sois, como me han anunciado, doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli, condesa de Melito...

—La misma... tenéis memoria.

—Me han hablado de vos. Como siempre he estado encerrada, me gustaba que me dijesen todo lo que en el mundo ocurría.

—Sois curiosa.

—Sí, mucho; y como en la corte se ocuparon tanto de vos cuando volvisteis de vuestro encierro...

—¡De mi encierro! — interrumpió doña Ana, que empezó a disgustarse con la candorosa franqueza de la niña.

—¿Pues no habéis tenido por prisión el convento de las Huelgas?

—Ya sabéis que soy la princesa de Eboli — dijo ésta, cuya frente se contrajo.

Ana se encogió de hombros, si no con desdén, como quien no comprende ni le importa comprender el significado de lo que dicen.

—¿A qué habéis venido? — preguntó.

—Vuelvo e repetiros — repuso la orgullosa princesa, — que soy la condesa de Melito y... y que tengo un nombre que es Mendoza.

—Yo, el de Austria, — contestó con altivez

la niña, — y mi madre me ha dicho que este apellido, aún en un bastardo, da más nobleza que el de Mendoza y el de la Cerda, más aún que el de Girón.

Doña Ana se mordió los labios con despecho, no porque la hiriese el orgullo de la niña, sino porque su plan de interrogarle quedaba desbaratado.

—¿Queréis decirme — prosiguió la hija de don Juan, — a qué habeis venido?

—El rey me encarga...

—¡Ah...! el asunto de la carta que no es del agrado de su majestad.

—Esa carta prueba que intentáis fugaros del convento.

—Fácil es adivinarlo, y efectivamente, no perderé la primera ocasión para escaparme; ya he dicho que no quiero ser monja y su majestad debía presumir que yo haría cuanto me fuese posible para recuperar mi libertad.

—Muy niña sois — dijo la princesa, — pero...

—Por lo mismo que soy niña y que no conozco el mundo, no alcanzo el por qué el rey tiene derecho a privarme del aire que todos aspiran para obligarme a que yo pronuncie votos opuestos a mis inclinaciones. ¿Qué delito he cometido para que se me castigue arrancándome de los brazos de mi madre, del seno de la sociedad donde he nacido y se me encierre como a un criminal?

—Cuando así lo hace el monarca, prueba que le asiste el derecho.

—No eso no es derecho, es el abuso de su poder.

—Cuidado — dijo severamente doña Ana, — que habláis del rey.

—Repetidle mis palabras, que nada me importa.

—Veo que estáis aconsejada...

—No hay duda, mi inexperiencia necesita el auxilio de los que saben más que yo.

—Os pierden los consejos...

—Estáis equivocada, señora; si los consejos que recibo me devuelven mi libertad, son los mejores para mí.

—¿Sabéis quién es ese hombre que os escribe?

—Uno que ha jurado salvarme y vale lo suficiente para cumplir su juramento.

—Es un hereje.

—¡Un hereje! — repitió Ana con tono de incredulidad.

—Sí, un hereje que hará que vuestra alma se condene como la suya...

—Imposible.

—¿Qué sabéis vos, niña inocente?

—Tengo pruebas de todo lo contrario.

—Imposible — dijo a su vez doña Ana.

—Os repito que sí.

—¡Pruebas!... ¿cuáles son?

—No quiero manifestarlas — dijo secamente la hija de don Juan.

—Os pregunto de parte de su majestad.

—Pues decidle que me niego a contestarle.

—¿No sabéis que puedo obligaros?...

—¿A qué hable?... Os equivocáis, señora, podrá obligarme el rey a permanecer aquí encerrada, a ir a otra parte... pero hacerme hablar... ¡ah!... para eso es poco su poder sólo bastaría el de Dios.

—Tened entendido que vengo a interrogaros.

—Hacedlo, ya os escucho.

—Y que si mentís...

—No mentiré, porque no contestaré a vuestras preguntas.

La princesa contempló con asombro por algunos instantes a la hermosa niña.

—¿Tenéis algo más que decirme? — preguntó ésta.

—¿Cómo habéis recibido la carta que han encontrado entre los almohadones de vuestro reclinatorio?

—No revelaré ese secreto — contestó Ana con entereza.

—¿Conocéis al que firma la carta?

—Tampoco os lo diré.

—¿E decir, que os negáis absolutamente a contestar a todo?

—Abosolutamente.

—Pues bien — dijo severamente la dama, — en tal caso, tengo orden de que se os encierre en un calabozo.

—Estoy dispuesta a entrar en él

—¿No tenéis miedo?

—Ha de durar muy pocas horas mi prision

—¿Dáis crédito a la promesa que os hace el hereje, de sacaros del convento aun cuando estéis encerrada?

—Lo creo, porque conozco el plan y sé que es seguro.

—Sois víctima de un engaño infame; abusan de vuestra inocencia.

—En cambio el rey será víctima de un chasco que no le agradará y abusaremos de la confianza que tiene en su poder.

—¿Y no teméis que se desbarate ese magnífico plan una vez que tenemos conocimiento de él?

—Sólo sabéis que existe, es decir, lo mismo que debiera el rey haber presumido, porque era natural que intentase fugarme; pero los detalles del proyecto los ignoráis, y éstos son los que importan.

Doña Ana reflexionó algunos momentos, y a su mente acudió una idea que tuvo por feliz.

—Voy a probaros — dijo sonriendo, — hasta qué punto llega vuestra inocencia.

—Yo os he dicho que me tengo por ignorante.

—¿Qué sería de vuestro plan si ese hombre cayese en poder de la justicia?

Ana palideió.

—¿No me contestáis? — repuso la princesa.

—¿Para qué hacer suposiciones?

—Pues bien — repuso la dama, — creo que es preciso decíroslo todo para desengañaros.

—No os comprendo — contestó la niña temblando.

—Hace una hora que vuestro protector...

—¿Está preso? — preguntó Ana con marcado afán.

—En los calabozos de la Inquisición.

La hija de don Juan exhaló un grito, por su

frente corrieron algunas gotas de sudor, y sintió que le faltaban las fuerzas.

—Siento daros tan mala nueva...

—¡Imposible, imposible.

—¿Queréis pruebas?

—¿Lo juráis?

—Sí — contestó con firme acento la princesa.

La infeliz niña contempló por algunos instantes a la perjura dama, y acordándose de cuanto el paje le había dicho la noche anterior, repuso:

—No os creo.

—¿Dudáis de un juramento mío?

—Sí, porque me han dicho que juráis en falso y que se recurrirá a todos los medios para sorprenderme.

—¿Queréis pruebas más positivas?...

—No, no las quiero. Si está preso, demasiado lo sabré cuando llegue el día de mañana y me encuentre aquí, y si me engañáis, él vendrá a desengañarme.

No esperaba la princesa encontrar en aquella niña un juicio tan recto.

—¡Bien, esperadlo! — exclamó la dama con tono de despecho.

—Lo esperaré.

—¿Qué he de decir al rey?

—Lo que os he dicho o lo que mejor os parezca.

Doña Ana se levantó.

—Y salió de la celda y luego del convento, después de haber encargado a la superiora que no perdiese de vista a la novicia hasta recibir nuevas órdenes.

—Ha venido a atormentarme — murmuró Ana, oprimiéndose el pecho. — ¡Dios mío si estuviese en la Inquisición!... Pero no, han querido sorprenderme, no he olvidado ninguna de sus palabras, ninguno de sus consejos ni de sus advertencias... Es que su acento me llega al alma... ¡Ah!

Las mejillas de la inocente niña se cubrieron de ruboroso carmín.

Capítulo LXI

EL FRAILE SIGUE REPRESENTANDO SU PAPEL DE PROTECTOR

ANTES de referir las interesantísimas escenas que tuvieron lugar en el convento de Santo Domingo, iremos a la hostería para saber con seguridad cómo se encontraba el marqués de Poza, pues era posible que fray Bernardo no hubiese dicho la verdad aunque no tenía motivo para mentir.

Enfermo, aunque no de gravedad, había estado el amante de Blanca, y la fiebre no le había permitido abandonar el lecho hasta el día en que tuvieron lugar los últimos sucesos que acabamos de conocer.

Más bien que física era moral la verdadera causa de la dolencia del marqués, y no era posible que recobrase por completo la salud mientras su espíritu no se tranquilizase.

Había hecho cuanto creía posible hacer para averiguar el paradero de Blanca y Luis, y ya empezaba a perder la esperanza de encontrarlos.

—En Madrid están, no lo dudéis — le decía su fiel escudero.

—¿Y qué me importa? — replicaba el marqués.

—Que estando en Madrid, hemos de encontrarlos más o menos tarde.

—Pero entre tanto caeremos en manos de nuestros perseguidores, pues es insostenible nuestra situación.

Así discutían casi siempre amo y criado, y la verdad es que las mismas razones había en favor de la opinión del uno que la de otro.

Fecundo era el ingenio del sirviente; pero no encontró traza alguna para conseguir lo que tan vivamente deseaban todos.

El día en que estamos y al verse fuera del lecho el marqués, exclamó:

—¡Gracias a Dios que ya puedo moverme!

—¿Pensáis salir? — le preguntó el escudero.

—No he de pasar la vida aquí encerrado.

—Pero debéis tener en cuenta...

—Quiero triunfar o morir.

—Aún estáis débil — observó el doctor.

—Para lo que he de hacer me sobran fuerzas, pues aunque tuviese las de Sansón de nada me servirían si la justicia me encontrase.

—Perdonadme si os pregunto a dónde pensáis ir.

—Visitaré a doña María de Mendoza.

—Para verla llorar por su hija.

—Los que sufren se comprenden.

—Puesto que lo deseáis, iremos — dijo el sirviente.

—¿Y yo? — preguntó el médico.

—Os quedaréis por lo que pueda ocurrir.

—Ante todo comeremos, porque con el estómago vacío se cometen muchas torpezas.

Discurriendo así estaban cuando fray Bernardo entró en la hostería.

Al verlo maese Mancioni quitóse el blanco gorro, adelantóse respetuosamente, se inclinó y besó la diestra del dominico, mientras decía:

—Bendito sea Dios que así dispone que honrada se vea mi casa.

—Que el Omnipotente os dé salud y gracia para que nunca os apartéis del camino de la virtud — respondió el fraile.

—Dígnese vuestra merced pasar a mi aposento y decirme en qué puedo servirlo.

—Aquí estamos bien, puesto que nadie nos escucha.

—Si el asunto es reservado.

—Así, así — repuso el fraile con tono de indiferencia.

—Pues siéntese vuestra merced y tenga por seguro que me consideraré muy dichoso cumpliendo sus órdenes.

En aquella época, donde quiera que se presentaba un fraile, era recibido con toda clase de consideraciones y con el respeto más profundo.

El dominico se sentó, levantó la cabeza, fijó su penetrante y dominadora mirada en maese Mancioni y le dijo:

—Quiero ver al marqués de Poza.

Lo que sintió el hostelero no puede explicarse.

Retrocedió un paso, abrió desmesuradamente los ojos y fijó en el fraile una mirada de terror.

—¡El marqués de Poza! — murmuró.

—¿Por qué os turbáis?

—Vuestra merced... Reverendo padre...

—¿No me habéis entendido?

—Creo que no, porque... ¡Jesús...!

—Mal disimuláis, hermano.

Maese Mancioni empezó a reponerse, aunque no podía ocultar del todo su turbación.

—Pues no lo entiendo, no lo entiendo... Ha pronunciado vuestra merced un nombre...

—¿Qué os asusta, no es verdad?

—Y no ha de asustarme cuando ha faltado muy poco para que el señor marqués fuese causa de mi completa ruina? Aquí estuvo con otro nombre, y una noche...

—Todo eso lo sé.

—Pero tal vez vuestra merced ignore que me llevaron a la cárcel, y aunque mi inocencia fué reconocida, para contentar al escribano y a los alguaciles tuve que hacer un sacrificio de cincuenta ducados.

—Más de doscientos os habrá dado el marqués para compensar esos quebrantos.

—¿Qué ha de darme si no he vuelto a verlo — dijo el hostelero.

—Mentís — replicó fray Bernardo, poniéndose en pie.

—Reverendo padre...

—Y esas mentiras pueden costaros muy caras.

—Pero...

—Dejadme en paz — dijo fray Bernardo.

Y antes de que el hotelero lo detuviese, empezó a subir la escalera.

—¡Dios bendito...! ¡Santa Madona...! ¿Qué va a ser de mí?

—Tranquilizáos, buen hombre, que soy el mejor amigo del marqués y en caso de apuro valgo bastante para protejeros.

El huésped se sintió anonadado.

¿Debía aprovechar aquellos momentos para huír?

Hacerlo así era declararse criminal.

Tampoco podía abandonar su casa y sus intereses.

El infeliz, que por mucho que ganase no ganaba para sustos, se dejó caer en una silla y quedó abismado en tristísimas reflexiones, esperando que a cada momento llegase la justicia.

Entre tanto el fraile empujaba la puerta de la habitación donde se encontraban nuestros amigos, al mismo tiempo que Juan abría para llamar al hostelero y pedir la comida.

Retrocedió el sirviente y fijó una mirada recelosa en fray Bernardo.

El marqués y el doctor arrugaron el entrecejo al ver al fraile.

Este sonreía dulcísimamente y entrando en la habitación dijo:

—Que Dios os bendiga.

—Buenos díac, padre — respondió el marqués. — Aunque supongo que os habéis equivocado al entrar aquí...

—No me equivoco, puesto que vos sois l persona a quien busco.

—¡A mí...! No os conozco...

—En cambio yo os conozco demasiado bie y conocí a vuestro hermano y mi hermano e Cristo y a vuestro noble padre...

—Repito que os equivocáis.

—Con vuestro permiso, señor marqués — d jo el fraile mientras se sentaba.

—¡Por el infierno! — exclamó Juan sin p der contenerse. — Sois tenaz, reverendo padr y aunque respeto mucho vuestra corona...

—Sí, soy tenaz — interrumpió el dominic con su inalterable calma. — Tranquilizáos, c rrad esa puerta y dejadme hablar.

—Sí, cierra y calla — dijo el marqués co vencido de que las negativas eran inútiles resuelto a hacer uso de la fuerza en caso d necesidad.

—Cierro y callo — repuso Juan, — pero r verendo padre, que de aquí no saldréis con v da, porque os mataré al primer asomo de p ligro.

—Peligro hay, cercano está.

—¡Vive Dios!

—Pero haré lo posible para salvaros.

—¿Quién sois?

—Ya lo véis, un pobre fraile. Hace seis anc tuve que entender en ciertas intrigas palaci gas y aunque trabajé en contra de vuestro am go, el paje de doña Blanca acabamos por enter dernos y hoy seríamos aliados invencibles el orgullo y la vanidad no lo cegase. Sin em bargo, me interesa su suerte y también la vues tra y aunque me sería muy fácil entregarlo la justicia o encerrarlo en un calabozo de l Inquisición, lo favorezco en cuanto me es po sible y le doy buenos consejos, que no es poc para quien se encuentra en su crítica situación

El marqués miraba al fraile y no acertaba contestar.

¿Qué se proponía el dominico?

¿Debía considerársele amigo o enemigo?

Y si era lo segundo, sabiendo donde el mar qués se encontraba, ¿por qué no había descar gado desde luego el golpe?

Todas estas preguntas y reflexiones se hiz el de Poza y más perplejo se sentía cada vez

Fray Bernardo volvió a desplegar otra dulc sonrisa y añadió:

—No me entendéis, dudáis...

—Necesito pruebas de que no sois mi ene migo, pruebas tales...

—Las tendréis muy pronto.

—¿En qué consisten?

—Escuchadme y quedaréis convencido.

—Ya os escucho.

El dominico refirió con precisión, breveda y claridad, cuanto había sucedido seis año antes en palacio y los días anteriores e Madrid.

Con mayor sorpresa cada vez, escuchaba nuestros amigos.

No había mentido el fraile, ni siquiera ha bía exagerado.

Mucho de lo que dijo lo ignoraba el mar

qués, puesto que no había tenido noticias de los extraños sucesos de la noche anterior.

De todo ello resultaba que Blanca se había salvado y que se encontraba bajo la protección de su antiguo paje, lo cual era una gran fortuna para el de Poza, que sin poder dominarse, exclamó:

—¡Gracias, padre, gracias!

—Si algún valor tuviera para vosotros los juramentos de un desconocido, yo os juraría que acabo de decir la verdad.

—¡Blanca se ha salvado!

—Casi milagrosamente.

—Y todo se lo debe a Luis...

—Todo.

—Sin embargo.

—Aún dudáis, ya lo veo.

—Perdonad, pero no os conozco...

—Voy a concluir, porque es preciso que aprovechemos los minutos.

—Sabéis dónde se encuentra la mujer a quien adoro...

—Sí.

—Entonces, si queréis favorecerme, si mis desgracias os interesan...

—También me interesan otros negocios.

—Pedidme el mayor de los sacrificios a cambio de ese secreto.

—Lo que os he de pedir no me lo concederéis.

—Sí, sí.

—Ya os he dicho que Luis se resiste a ser mi aliado, porque quiere dar cima a la empresa sin el auxilio de nadie.

—¿Y bien...?

—Prometed que obligaréis al paje a que acepte la alianza que le propongo.

—Le suplicaré y puesto que tantos sacrificios ha hecho por mí...

—¿Respondéis del resultado?

—Creo que...

—Necesito la garantía de vuestra palabra.

—Me pedís un imposible.

—Ya lo véis, caballero.

—Cuando Luis se resiste...

—Su orgullo, ya os lo he dicho.

—¿Y no debo respetarlo?

—Sí, y por eso precisamente no he abrigado esperanza de que aceptéis mis proposiciones. Quedaremos como estamos, señor marqués y dejaremos que el tiempo haga lo demás. Por de pronto sabéis que vuestros amigos se han salvado, que doña Blanca goza de perfecta salud, que os ama más que nunca y que os busca con tanto afán como vos la buscáis.

—Os debo un gran beneficio.

—Otro mayor he querido haceros.

—Decid...

—No sé cómo, uno de los esbirros del Santo Tribunal ha conseguido averiguar dónde os encontráis y si ya no han venido a prenderos, ha sido porque querían adoptar toda clase de precauciones para evitar sucesos como el que hace pocos días tuvo lugar aquí mismo.

Palidecieron el marqués, el doctor y Juan.

Profundamente sombrías se tornaron sus miradas.

El fraile prosiguió diciendo:

—Así como les avisé a vuestros amigos, os aviso a vos.

—Pero...

—Pongo a vuestra disposición una casa, la misma donde me tuvieron encerrado hace seis años y donde ofrecí al paje mi amistad y mi ayuda y le anuncié que no sacaría al príncipe don Carlos por la chimenea, porque había olvidado un detalle.

—Mucho os agradezco la casa que me ofreséis; pero...

—No tenéis tiempo para buscar otra.

—Me parece...

—Quizás a estas horas es ya tarde para huir.

El marqués, el doctor y Juan cruzaron una mirada y quedaron silenciosos.

¿Era verdad que tan de cerca les amenazaba el peligro?

Preciso es que mientras reflexionan veamos lo que sucedía en el piso bajo de la hostería.

Capítulo LXII

MAS PERIPECIAS MUY DESAGRADABLES PARA EL HOSTELERO

MIENTRAS hablaban el dominico y el marqués, algunos hombres, vestidos de negro, se acercaban a la hostería y fueron aumentando en número hasta diez o doce.

No era menester más que mirarlos para comprender que eran dependientes del Santo Oficio.

Iban y venían como distraídamente: pero ni por un solo momento dejaban de mirar a la hostería.

Maese Mancioni, que se había levantado y continuaba esperando con tanto temor como afán que el fraile saliese, acercóse a la puerta y por casualidad fijó la mirada en los hombres vestidos de negro.

—¡Santa Madona! — exclamó.

Frío sudor corrió por su frente.

—Pues son ni más ni menos que esbirros de la Inquisición, los conozco demasiado bien... Y hacia este lado miran y... ¡Dios misericordioso...! ¿Tendremos otra de cuchilladas como la que me puso en tan gran conflicto? La visita del fraile, que parece muy bien enterado de todo y ahora esos cuervos, con sus caras tétricas, con sus espadones... Estoy aturdido... Qué será de mí? ¿Qué pecado he cometido para que así me castigue Dios? Muy generoso es el marqués; mucho me ha dado y mucho más me ofrece: pero acabaré por perderlo todo, hasta la vida.

Separóse el hotelero de la puerta y pocos momentos después entró uno de los esbirros.

Era el astuto Mateo, que acercándose a maese Mancioni le dijo:

—¿Hay mucha gente en vuestra casa?

—Viéndolo estáis — respondió el hotelero.

—En las habitaciones de arriba...

—Ni un alma.

—Lo habéis dicho muy pronto, señor Mancioni — replicó el esbirro, desplegando una sonrisa que, aunque muy dulce, fué muy horrible para su interlocutor.

—Lo he dicho tan pronto como me lo habéis preguntado.

—Y como habéis mentido y la mentira, sobre ser un pecado, es un delito grave cuando tiene por fin engañar a la justicia.

—¿Pues quién sois?

—Un dependiente del Santo Oficio, para servir a Dios y para lo que gustéis mandar.

—Perdonadme, porque no sabía con quién hablaba.

—Estáis perdonado si es firme el propósito de la enmienda.

—Os juro.

—¿Y para qué habéis de jurar si muy pronto registraremos hasta el último rincón de vuestra casa?

—¡Registrar mi casa!

—Eso he dicho.

—¡Santa Madona...!

—¿Y qué os importa si nada tenéis que ocultar?

—Nada; pero debéis comprender que mi crédito padecerá mucho, porque cuando vean los vecinos que la Inquisición se ocupa de mí...

—Tranquilizáos, que lo haremos de la mejor manera posible. Yo soy el encargado de dirigir.

—Entonces...

—Tengo que cumplir mi deber — dijo Mateo sentándose junto a una de las mesas.

—Pues bien, sabréis la verdad; pero... ¡Dios me perdone...! He olvidado ofreceros un vaso de vino y un bizcocho y...

—Dadme agua, porque tengo seco el paladar.

El hotelero corrió y volvió muy pronto con el mejor vino que tenía, llevando también unos bizcochos y una magra de jamón.

—Entretenéos — dijo, — y mientras me explicaré.

—Ya que os empeñáis...

—Está a vuestra disposición cuanto hay en mi casa. El vino es añejo, puro y exquisito.

—A vuestra salud — dijo Mateo.

Y bebió.

—También puedo ofreceros unas truchas.

—Esto es bastante.

—Pues habéis de saber que no hay en mi casa otras personas que dos hidalgos con un escudero...

—¿Dos hidalgos...? El uno debe llamarse Alonso de Burgos.

Maese Mancioni, en vez de contestar, añadió:

—Y hace pocos minutos vino un fraile dominico y subió y... Ya veis, si esos hidalgos fuesen unos herejes, no los visitaría un sacerdote.

—Todo eso está bien, mi buen amigo; pero es el caso, que el Santo Tribunal ha tenido noticias de que aquí se alberga el marqués de Poza.

—¡Santo Dios!

—Si yo viniese solo, arreglaríamos muy fácilmente este asunto, pues sé que sois un hombre honrado; pero mis compañeros, que en número de veinte vigilan aquí...

—Pueden entrar, hablaremos y...

—Si les ofrecéis jamón os dirán que siempre comen de vigilia y tampoco beberán vino — replicó el esbirro.

—¿Pues qué hemos de hacer?

—Además, no es posible que dejemos de registrar la casa.

—Si me concediéseis algún tiempo.

—Señor Mancioni, lo que deseáis es dar aviso al señor marqués para que se escape; pero os advierto que ya se han adoptado las precauciones necesarias y no podrá salir ni por la puerta, ni por los patios de las casas inmediatas, ni por los tejados, porque todo se ha previsto. De los escarmentados nacen los avisados, ya lo sabéis, y lo que sucedió el otro día...

—Comprendo.

—La salvación del marqués no es posible.

—Lo que me importa es la mía.

—Y yo también quiero que os salvéis, porque estoy convencido de vuestra inocencia; pero ¿cómo arreglaremos el asunto?

—Si vos decís que yo he hecho cuanto es posible para favorecer a la justicia...

—Todo eso está bien, señor Mancioni y la idea me parece muy buena.

—De vos depende.

—Otra vez olvidáis que no vengo solo, que mis compañeros observan y que no se avienen a razones tan fácilmente como yo.

—Empiezo a entender.

—Pues si entendéis...

—Me parece y dicho sea sin ofenderos, que no les amargarían algunos escudos.

—Por mi parte...

—No lo digo por vos, puesto que en el rostro lleváis pintada la honradez y la pureza y aunque honrados, creo que son ellos también, como al fin se les pide un favor, es justo recompensarlos.

—Discurrís admirablemente.

—Yo no puedo hablarles una palabra de este asunto, porque se mostrarían ofendidos.

—No os equivocáis.

—Si vos quisiéseis servir de mediador..

—Delicado es el negocio.

—Vuestra conciencia puede estar tranquila.

—Sin embargo...

—Os lo suplico.

—Haré la prueba.

El hostelero, aunque de muy mala gana, sacó y puso sobre la mesa dos escudos de oro, que Mateo guardó poniéndose luego en pie y diciendo:

—Esperad.

Salió de la hostería para hablar con sus compañeros que se habían acercado a la puerta.

Maese Mancioni decidió aprovechar aquellos momentos y a pesar del estorbo de su enorme barriga, subió presurosamente la escalera y jadeando entró en la habitación del marqués.

Pálido y descompuesto estaba el rostro del huésped y no era menester más que mirarlo para comprender su trastorno.

—¿Qué sucede? — le preguntó el de Poza.

—¡Santa Madona!

—Explicáos pronto

—Estamos perdidos.

—¡Por Satanás! — exclamó el escudero.

Y desenvainó la espada.

—Los esbirros de la Inquisición.

—¡Oh! — murmuró el marqués con voz reconcentrada.

Y se puso en pie y llevó la diestra al acero mientras el doctor hacía lo mismo.

—He llegado tarde — dijo Fray Bernardo.

Y su entrecejo se arrugó.

—Muchos esbirros guardan la puerta — añadió maese Mancioni, — y otros se han situado en los tejados y corrales de las casas vecinas.

—¿Cómo sabéis eso?

—Me lo ha dicho uno de los esbirros y que me lo diga me ha costado dos escudos de oro y algunas magras de jamón, que se ha engullido y un jarro del mejor vino añejo que hay en mi bodega.

—¿Y qué más sabéis?

—Que os buscan, señor marqués.

—¿Y vos?

—He negado, he jurado en falso por primera vez en mi vida... ¡Dios me perdone...! Y me han amenazado con la hoguera...

—¡Pero por qué no han subido si con tanto empeño me buscan y saben que aquí me tienen!

—Porque esperan refuerzos y no sé qué órdenes para acometer.

—Es extraño.

—Recuerdan lo que sucedió con los alguaciles...

—Pues bien, nos defenderemos y moriremos.

—¡Dios misericordioso...!

—Padre — dijo el marqués al dominico, — salid, porque a vos no os pondrán ningún estorbo.

—Sí, me dejarán el paso libre.

—La sangre va a correr y como no podéis hacer nada en nuestro favor...

—Dejadme reflexionar.

—Salid, padre, que no quiero que tengáis que sufrir por haber intentado salvarme. Sabéis dónde se encuentra doña Blanca y el amigo a quien tanto debo — prosiguió el de Poza.

—Sí

—Decidles que he muerto luchando y que mi último suspiro y mi último pensamiento será para la mujer que adoro.

—Os dejáis arrebatar fácilmente, caballero — replicó el dominico con inalterable calma.

—Ninguna esperanza me queda.

—Yo no la he perdido.

—¿Qué puedo hacer?

—Ahora lo veréis — respondió el fraile.

Y añadió, dirigiéndose al hostelero:

—Bajad y si intentan esos hombres subir...

—No podré estorbarlo.

—Sí, los entretendréis algunos minutos con preguntas y réplicas y otra vez juraréis que el marqués de Poza no está en vuestra casa.

—Pero luego verán...

—Haced lo que os digo.

—Reverendo padre...

—Sólo así os salvaréis y se salvará este caballero.

—¡Santa Madona!

—Y si no me obedecéis prontamente y con exactitud...

—Os mataré, ¡vive Dios! — añadió Juan en tanto que acercaba la punta de su espada a la esférica barriga del huésped.

Este retrocedió espantado.

—Cuando veáis que yo he salido — le dijo el fraile, dejaréis que registren vuestra casa y seguiréis jurando que aquí no se encuentra el señor marqués de Poza.

—Es una crueldad lo que conmigo hacéis...

—¡Fuego del infierno!

—Entre una espada y la Inquisición.

—Obedeced — dijo Juan — o por quien soy, que os atravesaré de parte a parte.

Maese Mancioni no se atrevió a resistir y salió, encomendándose a la Santa Madona y a toda la corte celestial.

Entonces el dominico dijo al marqués:

—Pronto, desnudáos... Tenemos la misma estatura, y con poca diferencia las mismas carnes...

—¡Ah...!

—Y vosotros, envainad las espadas y sentáos.

—¡Padre mío...!

—Que el tiempo vuela.

—Pero...

—He venido a salvaros y os salvaré.

Y mientras así hablaba el dominico, quitábase los hábitos.

El marqués se desnudaba.

Y pocos minutos después habían cambiado de ropa.

—Ahora salid... Recatáos bien con la capucha, inclinad la cabeza, mirad siempre al suelo, dejad que besen vuestra mano cuantos lo soliciten y bendecid a cuantos os saluden.

—Comprendo.

—Si tenéis serenidad...

—La tendré.

—Debéis andar despacio.

—Y entre tanto vos...

—No os cuidéis de mí.

—Vuestra responsabilidad...

—Nada temáis.

—Me salváis la vida y...

—Iréis hacia los Caños del Peral, que allí os buscaremos.

—Hasta luego, pues.

—Que Dios os proteja

Fray Bernardo se encasquetó el sombrero cuanto pudo, apoyó los codos en la mesa y la barba en las manos.

—Ahora — dijo el doctor a Juan, — hablemos tranquilamente y como buenos amigos.

El marqués, de cuyo rostro no se veía más que una pequeña parte, bajó, llegó a la puer-

ta y encontró a maese Mancioni disputando con los esbirros.

Estos, al ver al fraile, apartáronse respetuosos, quitáronse los sombreros e inclinaron la cabeza.

El de Poza extendió el brazo derecho y los bendijo.

No era cobarde, ya lo sabemos; pero en aquellos momentos, temblaba.

No hubo quien se atreviese ni siquiera a mirarlo frente a frente, lo cual no extrañó, porque sabía el respeto que infundía un fraile.

—¡Ah! — exclamó el hostelero cuando vió que el dominico se alejaba.

—Concluyamos — dijo Mateo.

—Conste que yo...

—No negáis que en vuestra casa se encuentra el marqués de Poza

—No he dicho eso.

—Sí.

—He dicho y repito que hay tres personas en mi casa y que una de esas tres personas podría ser el marqués, porque que yo ignoraba...

—Lo conocéis, puesto que aquí lo habéis tenido otra vez...

—Os juro que ni siquiera he fijado la atención...

—Cuidado, señor Mancioni.

—¿Puedo hacer algo más que franquearos la entrada? Si encontráis al marqués, llevádoslo en buen hora, que me haréis un grandísimo favor, porque no quiero tener en mi casa gente que ha dado motivo para que la justicia lo persiga.

—Registraremos.

—Sí, sí.

Quedaron cuatro esbirros a la puerta y con maese Mancioni y Mateo subieron otros cuatro.

No acababa de tranquilizarse el huésped pues le parecía imposible que el marqués se salvase y creía que otra vez el asunto iba a terminar a cuchilladas y con sangre.

Entraron en la habitación del de Poza.

Los esbirros habían desenvainado la espada.

—¡Dáos a prisión! — dijo Mateo al entrar.

—¡Presos nosotros! — replicó Juan con tono de profunda sorpresa.

—Sin duda os equivocáis — dijo el doctor.

—Nada queremos con vosotros, sino con este caballero que no se digna levantar la cabeza, porque no le conviene que le veamos el semblante — repuso con acento de ironía el esbirro.

—¿Habláis conmigo? — preguntó fray Bernardo, cambiando de postura y mirando a Mateo.

Era éste un cómico y muy hábil y retrocedió como si viese un fantasma, abrió extremadamente los ojos y exclamó:

—¡No es el marqués!

—¡Santa Madona! — dijo el hotelero.

Y se restregó los ojos y abrió la boca y quedó inmóvil como una estatua.

Aún no comprendía lo que estaba sucediendo.

Pasaron algunos minutos sin que articulasen una sílaba.

Por fin Juan rompió el silencio para decir

—¿Queréis explicarnos el motivo de vuestra visita? ¿Qué tenemos que ver nosotros con el Santo Oficio? Cristianos viejos somos y a Dios gracias...

—Perdonad.

—Ya lo véis, os equivocábais

—Viéndolo estoy y aún dudo, porque la seguridad de que aquí se encontraba el marqués de Poza.

—¡El marqués de Poza, que hace seis años murió!

—Está vivo.

—¿Os convencéis ahora de que yo no dicho la verdad? — preguntó maese Mancioni.

—No lo entiendo.

—En mi casa no hay más que gente honrada y si estuvo ese hereje a quien buscáis fué porque yo no lo conocía.

—Otra vez os pido perdón.

—Que Dios os guarde.

Los esbirros se fueron.

—Yo tampoco lo entiendo — dijo Mancioni — y como no sea que en este asunto ande ese diablo de la capa blanca...

—Tal vez — respondió el dominico; — pero de todas maneras habéis hecho un buen negocio.

Y añadió, dirigiéndose al doctor y al escudero:

—Vamos, porque no conviene que hagamos esperar a vuestro señor.

Y los tres salieron.

Nadie hubiera sospechado que el fraile era tal, pues llevaba muy desembarazadamente la ropa del marqués.

Pronto llegaron a los Caños del Peral, donde encontraron al de Poza, que lentamente avanzaba hacia Santo Domingo.

—Seguidme — dijo el fraile, — y entrad donde entremos.

Siguieron por la cuesta arriba, volvieron después a la derecha hacia Santa Catalina y fray Bernardo se acercó a la casa que en otro tiempo le había servido de encierro y dando algunos golpecitos en la puertecilla, ésta se abrió.

Entró el dominico ,tras él Juan y el doctor y últimamente, el marqués.

No había en la casa más persona que una mujer vieja, que desapareció mientras nuestros amigos entraban en el mejor aposento y se sentaban.

—Ya nada tenéis que temer — dijo fray Bernardo.

—Os soy deudor de la vida y...

—No hago más que lo que me conviene.

—Pero si yo recibo el beneficio...

—Me lo pagaréis cuando llegue la ocasión.

—Padre mío...

—Dadme mi ropa y tomad la vuestra... Aquí encontraréis cuanto podéis necesitar y esa mujer que habéis visto os servirá respetuosamente y con el más cuidadoso esmero.

—Aun estoy aturdido.

—Si vuestro amigo el paje no fuese tan vanidoso, antes de media hora podríais abrazar a doña Blanca.

—¡Oh...!

—Paciencia, que al fin ha de ceder el orgulloso mancebo, no lo dudéis.

—Su voluntad es inquebrantable.

—Ha de verse en situaciones muy apuradas y entonces tendrá que aceptar mi ayuda y la alianza que le ofrezco.

—¡Quiera Dios que sea pronto!

—Ahora, os dejaré.

—¿Veréis a Luis?

—Si quiere ir a visitarme, le veré.

—Dadle noticias mías para que tranquilice a doña Blanca y decidle además...

—Que la amáis más que nunca, ¿no es verdad?

—¡La adoro!

—Volveré mañana, por si me necesitáis

—Gracias, padre mío...

—Dios os bendiga.

Acabó el dominico de arreglar sus hábitos, y salió.

—¡Por Satanás! — exclamó el escudero. — ¿Qué clase de fraile es este?

—Le debemos la salvación.

—Y si me pidiera la existencia, yo se la daría; pero como lo cortés no quita lo valiente, debemos reconocer que es un intrigante de primera calidad, un zorro muy astuto y hasta muy desvergonzado, puesto que declara con la mayor desvergüenza que si os hace un beneficio es porque así le conviene.

—Esa franqueza es noble.

—No me parece que ha de morir en olor de santidad.

—Juan...

—Le respetaré, porque así es mi obligación.

—Y le defenderás si es necesario.

—Pero no olvidéis que el señor Luis no quiere el auxilio del fraile, a pesar de que necesita el de todos, y cuando no quiere, por algo será, y mientras yo no conozca ese algo, seré muy prudente y miraré con alguna desconfianza al que acaba de sacarnos de entre las garras de los esbirros.

—El tiempo lo aclarará todo.

—Por de pronto, me permitiréis que examine esta casa.

—Puedes hacerlo mientras yo reflexiono.

Los dejaremos para ir en busca de doña Ana de Mendoza.

Capítulo LXIII

LO QUE EL REY DECIDIO PARA FRUSTRAR LOS PLANES DEL DIABLO Y LO QUE HIZO EL DIABLO PARA AMARGAR LAS DELICIAS DEL REY

DOÑA Ana de Mendoza, ahogada por el coraje, ya porque nada había conseguido con su visita al convento, ya porque toda su astucia y toda su experiencia se habían estrellado contra la inesperada firmeza y precoz orgullo de Ana o contra su candidez o su inocencia, dirigióse al alcázar real e hizo que inmediatamente pasasen recado al monarca.

Recibiólo éste con muestras de marcada distinción y cariño, y, después de hacerle tomar asiento a su lado, le preguntó:

—¿Por qué venís tan agitada?

—¡Esto ya es insufrible y honrosamente no puede tolerarse! — exclamó la dama a la vez que echaba atrás su negro manto con ademán violento.

—Tranquilizáos, doña Ana — repuso Felipe, mientras besaba con tierna galantería la blanca mano de la princesa. — Decidme lo que ocurre, pero no sin haberme dado antes noticia del estado de vuestra salud.

—¡Ah, señor! — exclamó la noble viuda con acento de súplica y conteniendo el llanto que el despecho llamaba a sus ojos. — ¡Si en algo me estimáis, si queréis pagar el amor que os profeso, acabad de una vez con ese demonio que me persigue!

—¿Pero qué novedad ocurre? Explicáos, doña Ana.

—Acabo de ser insultada, pero insultada con la mayor dureza, con el más altivo desdén por esa niña, cuyo orgullo no tiene igual.

—Ya han apurado mi paciencia, señora — repuso el monarca, cuya frente se contrajo. — Sólo faltaba que esa niña me hiriese en el alma hiriéndoos a vos... ¡Yo os vengaré, cada cual tendrá su merecido! Harto tiempo me he mostrado generoso y tolerante, pero es ya muy grande el abuso... Decidme, decidme lo que ha sucedido.

—Recibirme con desprecio, echarme en cara mi prisión en las Huelgas, llamarme perjura y volverme la espalda, diciéndome que de todo soy capaz y que tanto a vos como a mí nos tiene en muy poco... ¡Oh!... ¡He sufrido la picante burla de esa débil bastarda que se envanece con su nombre, aunque se lo debe a la deshonrosa liviandad!...

Doña Ana no pudo contener el llanto; estremecióse violentamente y prosiguió:

—Sois el juguete de ese miserable paje, ¿lo entendéis, señor? El juguete, y, como yo, el blanco de sus burlas.

Las mejillas del monarca se tiñeron de un vivo carmín, porque doña Ana acababa de tocar la fibra más delicada de su corazón hiriendo su orgullo.

—Señora — dijo, — Felipe de Austria no puede ser el juguete de nadie.

—¡Que no puede ser el juguete de nadie! — repuso con amarga ironía la princesa. — Hasta el presente, toda vuestra autoridad, todo vuestro poder de nada han servido.

—Pero aun no pueden vanagloriarse de haber conseguido todos sus deseos; luchan, se resisten, es verdad, pero veremos quién vence a quién.

—Si como hasta aquí seguís obrando, señor vos seréis el vencido, porque ahora lleváis la peor parte.

—¿Y qué he podido hacer?

—¡Si hubiéseis seguido mis consejos!...

—Cuando me dijísteis que se pusiese presa a doña Blanca sin consideración alguna, no accedí a vuestros deseos porque hubiera sido

dar un escándalo sin fruto alguno. ¿De que podríamos acusar a esa mujer?

—Ya lo sabéis, de estar en correspondencia con los herejes flamencos...

—¿Y las pruebas?

—Si faltaban, se la hubiera absuelto; pero entretanto, su paje, por salvarla, hubiese caído en nuestro poder.

—Creo que os equivocáis, señora.

—Aquél hubiera venido a pediros de rodillas la libertad de su señora...

—¿No la habéis tenido en vuestro poder? ¿Mejor guardada pudiera acaso haber estado en un calabozo de la Inquisición? ¿Y qué ha sucedido? Que ese demonio que os persigue no ha ido a demandaros humildemente la libertad de su señora, sino que ha llegado orgulloso, y, a presencia vuestra, se la ha llevado. Pues bien, lo mismo hubiese hecho estando ella en un calabozo. Y, sobre todo, señora, no puede darse un escándalo...

—Yo no lo he temido — interrumpió con amargura la dama. — Por vuestro amor estoy escarnecida en la corte, y se me señala con el dedo como se señala a la que es débil para guardar su honra.

—¡Doña Ana!...

—Más de una vez, señor, me habéis dicho que admirábais a ese miserable.

—¿Pensáis acaso que, al compararlo con vos...?

—Lo que pienso, señor, es que si yo hubiese sido dueña de vuestra autoridad, ya estarían castigados los crímenes de ese hombre.

—Pues bien, figuráos que disponéis de cuantos medios están a mi alcance — contestó el monarca que, aburrido ya de tan enojoso asunto, quería verlo concluído a toda costa. — ¿Qué debe hacerse?

—Quizá sea tarde...

—Pero como no hemos de dejar las cosas como están, como es preciso dar término a este negocio... — replicó Felipe II.

—La responsabilidad es muy grave para que yo me atreva a daros ningún consejo.

—Cuando yo me decido a todo. ¿vos tenéis miedo? Disponed, señora, sin cuidado, que si al fin somos vencidos no os culparé de la derrota, sino que acabaré de convencerme de que ese hombre vale más que nosotros.

—Pues bien, señor, luchemos; pero dejad vuestra prudencia, no miréis el escándalo, por que el peor que puede darse es el de que se burlen de vos.

—Comenzad, pues, señora, diciendo lo que penséis y que más convenga, y tened entendido que no son consejos los que vais a darme, sino que vais a dictar órdenes.

—Lo más urgente — repuso la princesa, — es evitar que la novicia se fugue.

—¿Y cómo?

—Sacándola esta misma noche del convento y llevándola a Burgos.

—Temo, señora, que allí, más lejos de nosotros, consiga con menos trabajo su deseo.

—Es que no debemos dar lugar a que así suceda, y, por de pronto, habremos chasqueado siquiera por una vez al maldito paje.

—Esta misma noche saldrá la novicia para Burgos — dijo Felipe.

—Bien.

—¿Qué precauciones deben tomarse entretanto?

—Creo que basta con que la vigilen

—Así lo ordenaré.

—El plan de fuga no debe llevarse a cabo hasta mañana, y, por consiguiente, doña Ana no saldrá del convento antes de las doce de la noche.

—Proseguid, señora.

—Una escolta de soldados la guardará por el camino.

—Cien jinetes — repuso el monarca.

—No es menester que sean tantos.

—A veinte los arrollaría el capitán Pero León a treinta el capitán y el paje, y a cincuenta los dos con la ayuda de veinte hombres decididos que no les faltarían; bueno es, pues, que vengan ciento. Además, esa maldita capa blanca infunde tal espanto...

—Esa capa... — murmuró la princesa sin poder dominar un estremecimiento de supersticioso temor.

—Ya lo veis, a vos misma os causa miedo.

—Ya sabéis, señor, que me han anunciado que esa capa será mi sudario de muerte...

—Porque con demasiada ligereza dijísteis que había de serviros de alfombra.

—Y lo conseguiré si me ayudáis.

—Con mi ayuda contad, doña Ana, porque nada hay que por vos no haga yo si me lo pagáis con un leal cariño.

—Ya sabéis, señor — dijo con languidez la dama, — que todo lo he arrostrado por vos. ¿Habéis tenido hasta ahora motivo para dudar de mí?

—No, pero tampoco he podido convencerme de que yo pueda inspirar pasiones.

—Mal me conocéis, muy vulgar me juzgáis pensando que en mí puede hacer impresión otra cosa que la grandeza del alma. Desde vuestra altura me deslumbrásteis con el brillo de la corona, y la superioridad de vuestro espíritu ejerció en mí una influencia que en vano intenté desechar.

—Doña Ana — repuso Felipe. — ya sabéis que os amo, pero si llegase un día en que la fidelidad que me juráis fuese una mentira... ¡oh!... entonces los celos serían causa de mi muerte o de la vuestra.

—¿A qué atormentaros y atormentarme con esas suposiciones? Pensad sólo que os amo, y si perjura llego a ser, descargad entonces sobre mí todo el peso de vuestra justa cólera; pero entretanto, sed feliz y haced que yo lo sea, estando tranquilo.

Largo rato siguieron en amoroso coloquio el monarca y doña Ana, hasta que ésta, quebrantada por la fatiga de la noche anterior, por las violentas y encontradas emociones que había experimentado tuvo que retirarse, quedando solo el monarca y entregado a profundas meditaciones.

Empero, no habían transcurrido veinte minutos, y en los momentos en que el rey traía con placer a su memoria las protestas de amor

y los juramentos de fidelidad de la dama, cuando entró un gentilhombre con un pliego.

—¿Qué ocurre? — preguntó Felipe II al noble sirviente.

—Señor, raro es el caso, y pido perdón a vuestra majestad por si no hemos obrado con prudencia.

—Explicáos.

—Ha llegado al alcázar un hombre de buen porte, y ha pedido con mucha insistencia que se entregue este pliego a vuestra majestad, diciendo que interesa a la salud del Estado y muy particularmente a vuestra augusta persona. Los ujieres accedieron a ello después de algunas dudas, pero han cometido la torpeza de dejar que se vaya el misterioso mensajero.

—Dadme el pliego y retiráos, haciendo entender a los ujieres que sean más cautos.

Obedeció el gentilhombre y salió.

—Veamos — dijo el monarca — qué misterio encierra este papel.

Y, abriendo la carta, leyó con sorpresa y enojo lo siguiente:

"¿Cuál de los dos amantes de doña Ana de Mendoza es el preferido de su corazón? Ninguno, aunque ambos halagan su vanidad porque rivalizan en poder y en talento, porque brillan igualmente en el cielo de la corte, donde no hay más que una luna, que es la princesa, para dos soles, que son los engañados rivales".

—¡Oh! — exclamó Felipe II pálido de rabia y estrujando entre sus manos el papel.

Y luego se levantó agitado, y, con pasos desiguales, midió la estancia de extremo a extremo.

¿Quién le daba aquel aviso?

—¡El paje! — murmuró. — ¡Obra del paje!... ¡Ay, doña Ana, rogad al cielo que no se cumpla la profecía de vuestra enemiga, porque si sois perjura, la capa del diablo será vuestro sudario de muerte!

Detúvose y meditó algunos instantes

—Dos soles... que rivalizan en poder.... uno es el rey... el otro... ¡Ah!... Imposible, imposible, porque ni es tan infame, ni siéndolo se atrevería... ¡Es una impostura, una impostura que costará la cabeza a su autor!... No ha de valerte la capa; te admiré porque te creí grande, pero la mentira, la calumnia te presenta a mis ojos pequeño y miserable.

Volvió a pasear, siempre agitado, y volviendo la duda, tras algunas reflexiones, a dar tormento a su espíritu, murmuró:

—Pero acusar a doña Ana sin fundamento sería dar un golpe en falso... y ese diabólico niño ha dicho siempre la verdad; también acusó a Ruy Gómez de haber abusado de mi nombre, y no se equivocó... ¡Oh!... ¡Esta duda es horrible!... ¿Soy el juguete de la princesa o del paje! De un modo o de otro soy el juguete de uno de los dos... ¡Guay de la princesa si se burla de mí! ¡Guay del paje si recurre a la calumnia para envenenar mi corazón!

Luego agitó la campanilla de oro que tenía sobre la mesa y entró un gentilhombre, a quien dió varias órdenes, a cual con más urgencia.

Capítulo LXIV

¿QUIEN ES EL BURLADO?

AL anochecer del mismo día entraba en su casa el paje con aire meditabundo.

Blanca le esperaba como siempre, con afán, temerosa de que hubiese sucedido alguna desgracia al que amaba como a un hermano.

—¿Ninguna novedad? — preguntó el mancebo, al dejarse caer en una silla.

—Ninguna — le contestó tristemente la doncella.

—Tampoco ha ido a ver a doña María

—Sin duda — repuso Blanca estremeciéndose — recibió alguna herida peligrosa en la refriega de la hostería.

—Puedo aseguraros que no.

—Entonces es incomprensible su conducta.

—Habrá salido de Madrid con intención de volver cuando se hayan sosegado algo los ánimos.

—Lo dudo, Luis, porque conozco al marqués y estoy segura de que aun cuando corriese el peligro más manifiesto, no saldría de la población sin haberme encontrado.

—Sin embargo — repuso el paje, — tal vez haya tenido razones para irse, y por lo que pueda haber sucedido, bueno será que el capitán vaya al castillo cuando vuelva a Burgos, que será esta noche.

—¡Cuánto sufro! — exclamó la doncella con doloroso acento.

—Sólo esta noche os robo — dijo Luis, — para ocuparme de la hija de don Juan, y mañana no habrá para mí ya otro pensamiento que el marqués ni otra ocupación que buscarle. Empero, no me echéis en cara que cumpla el juramento que a su padre hice en Bruselas, que enjugue el llanto de su madre y vuestra amiga...

—Y que tranquilices tu corazón — dijo Blanca.

—Sí, que tranquilice mi corazón, señora. ¿Para qué he de negároslo? La reserva para con vos sería en mí la más negra de las ingratitudes.

Animóse el semblante del paje, brillaron sus negros y expresivos ojos y exhaló un suspiro.

—La amo — prosiguió, — la amo más que a mi vida, y esta pasión tan repentinamente encendida en mi pecho, pero tan ardiente, tan violenta, me hace el más feliz y el más desgraciado de todos los hombres. El sueño no ha cerrado mis ojos la noche pasada; parecíame verla junto a mi lecho como el ángel de mi guarda, con su rostro de divina belleza sombreando su pura frente las crenchas de oro de sus blondos cabellos, contemplándome con la mirada serena, cándida, inocente de sus azules ojos, envidia del sol por su brillo, del cielo por su color; resonaban aún en mi oído sus primeras palabras, aquellas misteriosas palabras cuyo significado aún no he podido comprender... "Es el mismo". pronunciaron sus

labios al verme. Quizá ya me había visto en sueños su fantasía, quizá...

—¡Deliras! — murmuró la doncella con acento de compasión.

—¡Deliro!... ¡Es que amo como vos amáis! ¡Es tan hermosa!...

—¡Procura dominar esa pasión, hermano mío! — exclamó Blanca. — Esa mujer no puede ser tuya, porque es la nieta de Carlos V.

—Lo sé, señora, lo sé — murmuró el paje, cuya frente se contrajo. — Lo sé, y esa desgarradora idea es la negra y densa nube que oscurece el sol de mi felicidad, la nube que me oculta la estrella que sola brillaba en el horizante de mi porvenir y que podía guiarme por la senda de una dicha incomparable... ¡Es la nieta de Carlos V!... ¡Tampoco me ama como yo la amo!...

Pasóse el mancebo las manos por la frente y prosiguió con acento de amargo dolor:

—¡Solo!... ¡Solo en el mundo, condenado a vivir bajo un cielo sin estrellas, sobre un suelo sin flores!... ¡Solo con los recuerdos de un pasado negro y espantoso y sin ver en los límites de lo porvenir más que una fosa helada donde han de roer los asquerosos gusanos el corazón que ahora late ardiente, que ama!...

—¡Solo! — repitió la doncella con acento de triste y cariñosa reconvención. — ¡Cuán injusta es la locura de tu pasión desdichada!... ¡Solo, dices, cuando te escucha y contigo llora un corazón que te ama con el más puro de los cariños!

—Es verdad, señora, es verdad; vuestro corazón me ama, pero no es mío le pertenece a otro; seguirá amándome, conmigo llorará, conmigo sonreirá, pero yo quiero un corazón mío, solamente mío, que me ame con la fuerza de pasión que yo amo a la hija de don Juan...

—¡Desdichado! — murmuró Blanca.

—¡Muy desdichado, hermana mía! ¡Vos solamente comprenderéis mis sufrimientos porque amáis como yo, y, como yo, véis un obstáculo a vuestra felicidad!

—Ten esperanza como yo la tengo, y si la pierdes como yo la perdí algún día...

—Como vos también lloraré... Ahora tengo que cumplir mis deberes — añadió el paje levantándose y sacudiendo la cabeza; — mis deberes, a los cuales sabré sacrificar mi pasión.

Luego dió algunos paseos por la estancia, y, como si la poderosa fuerza de su voluntad hubiese dominado todas sus emociones, dijo con acento de más calma:

—Ya tengo las pruebas de los amores de Antonio Pérez con doña Ana.

—¿Has visto a Inés? — preguntó Blanca.

—Ella me las ha dado... Dos cartas. Una de él que rebosa pasión, contestando a otra de la princesa en que le reconviene porque no ha llegado a comprender el gran sacrificio que hace, el peligro que corre siéndole infiel al rey. Ahora me alegro del aviso misterioso que esta mañana di a Felipe II, precisamente en los momentos en que tal vez se deleitaba con las protestas de amor que acababa de escuchar de boca de su dama.

—¿Qué efecto habrá producido en el ánim del monarca?

—De seguro, la dudá al menos lo atormen ta y es ya el principio de la ruina de los qu tan vilmente lo están engañando.

—¿Y has visto a doña María?

—También, para anunciarle que dentro d pocas horas estará su hija fuera del convent y a vuestro lado.

—Es demasiado atrevido tu plan.

—Ya me ha dado vuestra amiga, y teng aquí bajo el coleto, el manto conque doña An ha de cobijarse para salir. Dentro de una hor tomaré las seis botellas de las cuales cinco ti nen el narcótico, y me iré al convento. Si ha decidido sacarla esta noche, esperará hast que llegue el momento oportuno; y si no e así, procuraré averiguar, y renunciando a pro tejer a la otra novicia, veré si puedo sacar doña Ana de su encierro.

—¡Dios te proteja!

—En cuanto llegue el capitán, que será re gularmente a la media noche, le diréis que va ya hacia el convento y ronde cerca de la puert por donde sabéis entraré, observando con di simulo y estando atento por si oyese que y silbo como él ya sabe, lo que significará qu debe acudir en mi ayuda. Y por si este caso lle gase, que se lleve la escala que fácilmente pue de echar a la tapia.

—¿Ha de acompañarte Santiago?

—No, porque debe quedarse aquí. ¿Est durmiendo?

—Sí, la pasada noche no ha cerrado los ojos

—Es leal.

—¿Y no han descubierto el cadáver del se ñor Antonio de Mena?

—Sigue, a lo que entiendo, sepultado en l bodega.

—Nuestros enemigos disminuyen.

—Y triunfaremos, señora.

Hablaron largo rato nuestros amigos hast que, pasada más de una hora, sacó el paje de inmediato aposento un cesto que contenía sei botellas de vino para la cena de aquella noche

—Adiós, hermana mía — dijo a la doncella

—¡El cielo te guíe!

Embozóse en su capa el atrevido mancebo salió a la calle, dirigiéndose al convento d Santo Domingo.

Como la noche anterior, abrióse la puert apenas hubo llegado, pero en vez de recibirl el hortelano alegremente, le dijo en tono d mal humor:

—En mala ocasión venís; aún tendrá que re tardarse nuestra cena algunas horas.

—¿Pues que ocurre? — le preguntó Lui con fingida sorpresa.

—Silencio, que toda la comunidad está e observación... Ya os contaré lo que pasa... Mucho cuidado al andar... No hagáis ruido.

Atravesaron la huerta y llegaron sin nove dad al reducido aposento de Pablo.

—¿Puedo hablar ya? — dijo el mancebo.

—Sí, pero en voz baja.

—Pues con vuestro permiso dejaré est cesto.

—¿Es el vino?

—Sí.

—¡Tenemos que esperar! — murmuró tristemente el hortelano.

—¿Pero qué sucede? — preguntó Luis.

—¡Silencio!

—Estáis esta noche triste... hacéis tantos misterios...

—No se han acostado las monjas — dijo el viejo a media voz.

—¿Hay alguna enferma de gravedad?

—No, amigo mío; lo que hay... la verdad es que no lo sé, pero debe ser algo de mucha importancia.

—Sea lo que quiera, no me importa más sino que tenemos que suspender nuestro banquete.

—Tres horas lo menos de retraso — repuso el viejo.

—¡Tres horas mirando esas botellas tentadoras sin poderlas vaciarlas!

—¿Y nuestro camarada el despensero? — interrumpió Luis, que apenas podía contener su agitación porque ignoraba lo que hubiese determinado con respecto a la joven.

—El despensero no se separa de la abadesa ni un instante vigilando a... en fin — prosiguió Pablo que no quería ser indiscreto, — hasta las doce no podrá venir.

—¿A qué tanta reserva? — dijo Luis, sonriéndose y con acento burlón.

—¡Reserva! — repitió el hortelano.

—Sé lo que pasa en el convento porque se sabe en toda la villa. Esta noche deberán conducir a Burgos a la hija de don Juan de Austria...

—¡Silencio! — interrumpió Pablo a la vez que tapaba con la diestra la boca del paje.

—Ya veis que nada ignoro.

—Pues no nos ocupemos de él — repuso el mancebo, cuyos ojos brillaron alegremente al saber que se había determinado sacar del convento a la joven.

—Bien podemos hablar de ello y de cuanto nos dé la gana con tal de que no nos oigan; porque si llegasen a saber que ha entrado en el convento una persona extraña, creerían indudablemente...

—¿Qué habían de creer?

—Veo que no sabéis lo mejor — dijo el hortelano.

El mancebo se encogió de hombros con la mayor naturalidad.

—Ya os he dicho cuanto sabía, y aun cuando presumo que tratándose de la hija de don Juan de Austria, el asunto de su salida del convento debía ser de importancia, jamás hubiera presumido que envolviese algún secreto de Estado...

—Mucho más — interrumpió el viejo, que se deleitaba con la sorpresa que pensaba causar a Luis.

—Pues no os comprendo.

—No lo extraño si es que vivís fuera de la corte.

—Ya os he dicho que en Alcalá.

—¿Y no tenéis noticias de un hombre a quien llaman el diablo, que con su capa blanca ha hecho en Flandes cosas que espantan después de haber hecho otras muchas aquí?

—¿Y qué tiene que ver — replicó el mancebo — ese hombre con la hija de don Juan?

—Que según he podido entender, se sospecha que quiere sacarla del convento.

—¿Es su amante?

—Lo ignoro.

—Cuentos de viejas, amigo mío.

—Eso mismo he dicho yo, y me parece que no era menester llevar a Burgos a la doncella para librarla de las uñas de ese Satanás.

—Tenéis razón, y pienso que el rey empieza a chochear.

—Sea como quiera, amigo mío, es lo cierto que nosotros pagamos culpas ajenas, porque no podemos cenar hasta que doña Ana marche y se sosiegue la comunidad.

—Tendremos paciencia.

—No hay remedio.

—Entre tanto — repuso Luis, — podemos entretener el tiempo, vos refiriéndome cuanto se dice de ese diablo de la capa blanca, y yo satisfaciendo la curiosidad que me habéis picado.

—Lo haré de buena gana — contestó Pablo.

Y tomando asiento, comenzó a relatar cuantas aventuras sabía del paje, pero tan desfiguradas, que éste no pudo en muchas ocasiones contener la risa.

Una, dos, tres horas transcurrieron y oyóse el ruido de un carruaje que se acercaba al convento.

—Ya vienen por ella — dijo el hortelano.

—Efectivamente, un coche se detuvo delante de la portería. Escoltábalo un crecido número de jinetes, que formando un semicírculo rodearon la pesada máquina arrastrada trabajosamente por cuatro corpulentas mulas negras.

Un lacayo vestido de negro abrió la portezuela del carruaje, saliendo un sacerdote que, embozado en su manteo, entró en el convento después de haber dado varias señas y contraseñas a la portera.

Precedido de una monja que llevaba una vela encendida, llegó el sacerdote a la celda de la superiora.

—La paz de Dios os acompañe — dijo al entrar.

—Ella os traiga, padre — contestó la abadesa. — Deseaba con afán vuestra venida.

—¿Ocurre alguna cosa que ofrezca cuidado? — repuso el sacerdote a la vez que tomaba asiento.

—Ninguna, pero en la situación tan crítica en que estamos, comprenderéis mi deseo de verme libre de la grave responsabilidad que sobre mí pesa... Nada se ha notado en todo el día que pueda infundir la más leve sospecha; doña Ana, desde que supo que iba a ser llevada a Burgos esta noche, no ha hecho más que rezar y llorar, invocando el nombre de su madre. Hace hora y media que me pidió permiso para despedirse de algunas hermanas, y se lo otorgué, porque me pareció justo, si bien tomando la precaución de acompañarla yo misma hasta la puerta de cada una de las celdas y esperar a que hiciese su corta y sentimental despedida.

—¿Decís — preguntó el sacerdote, — que sus despedidas fueron breves?

—Sí, padre; y aun en la celda de su amiga más querida, la hija de don Juan Pacheco el de Valladolid, se detuvo bien poco y escuché todas sus palabras, que se redujeron a llamarse desgraciada la una a la otra. Lloraron mucho, se dijeron adiós mil veces, y doña Ana salió para encerrarse en su celda donde aguarda la hora de la partida.

—¿Ningunas más precauciones habéis tomado?

—Sí, por lo que pudiera suceder.

—¿Cuáles son?

—Dos hermanas vigilan a la puerta de la celda de la novicia, y de vez en cuando observan si permanece dentro, encontrándola siempre arrodillada delante de su reclinatorio.

—Pues a menos — repuso el sacerdote — que ese hereje no sea el mismo diablo, no ha de salirse con la suya por hoy.

—Lo que es en los pocos momentos que restan a doña Ana de permanecer aquí, estoy tranquila: después no sabemos si en el camino sucederá alguna desgracia.

—Llevamos buena escolta.

—Si os parece — repuso la abadesa, — ya puede marchar...

—Sí, cuanto más pronto mejor.

La superiora y el sacerdote fueron hasta la celda de Ana.

—¿No hay novedad? — preguntó la monja a las que vigilaban la puerta.

—Sigue rezando y llorando.

Abrieron la puerta.

La desgraciada niña estaba arrodillada y cubierta con un negro y largo manto de seda, esperando a que le mandaran salir.

De su oprimido pecho se escapaban dolorosos gemidos y ahogados ayes. Algunas palabras murmuraban sus labios con ronca voz, y abundantes lágrimas corrían por sus pálidas mejillas y regaban los almohadones de terciopelo de su reclinatorio. Tenía la cabeza inclinada y casi ocultaba el rostro entre sus nacaradas manos, agitadas por un convulsivo temblor. Mucho debía sufrir en aquellos momentos, según eran de continuados y dolorosos los suspiros que exhalaba.

La abadesa se sintió conmovida a la vista de tan amargo pesar, y lo mismo que el sacerdote, se detuvo, contemplando a la hermosa niña por algunos instantes.

—Os esperan, hija mía — dijo al fin la monja con acento dulce.

Ana se levantó trémula, enjugó el llanto, recató el semblante y se acercó a la abadesa.

—Tranquilizáos — repuso ésta.

—Vuestra... bendición — murmuró con acento apenas perceptible la niña.

Y luego inclinó su frente con humildad.

—En el nombre santo de Dios — dijo la superiora a la vez que extendía su mano derecha sobre la cabeza de la joven.

En aquel momento llegó una monja a la puerta y dijo:

—La excelentísima señora princesa de Eboli.

Y doña Ana, cobijada con un ancho manto negro, con los ojos radiantes de júbilo y agi da por una emoción de alegría, se presen contemplando con aire de mal disimulado gocijo a la infeliz joven, que se estremeció mo un cadáver galvanizado.

—Señora — dijo la abadesa con alguna veridad, — va a partir, y lleva el alma tra sida de dolor; mi bendición la tiene ya, y le falta sino la de su madre.

—Vengo por orden de su majestad — in rrumpió orgullosamente la dama, — y abandonaré a la novicia hasta que salga convento.

—No me opongo a que déis cumplimiento las órdenes de su majestad — repuso la s periora; — pero hubiera podido evitarse e tormento a la infeliz niña.

La hija de don Juan se arrojó en los braz de la abadesa, y después de oprimirla cont su agitado pecho, salió con el rostro velado sin dirigir una palabra ni una mirada a la ilu tre viuda.

Esta, la superiora y el sacerdote la guieron silenciosamente, precediéndolos a dos una monja que llevaba una vela encendid

El ruido de los pasos de aquellas cinco pe sonas retumbaba en las espaciosas y solitari galerías, y cada uno de los repetidos ecos h cía estremecer a doña Ana de Mendoza, q aún no estaba segura de que el paje se apar ciese a lo mejor y se llevase a la novicia con se había llevado su capa y su cabeza.

Sus temores fueron vanos: llegaron sin n vedad a la portería y allí se detuvieron.

—Desde este instante — dijo la abadesa sacerdote, — cesa mi responsabilidad. ¡El cie os guíe y dé consuelo a esta niña desgraciad

Y en extremo conmovida, sin sentirse c fuerzas para dar otro adiós a la joven, entró nuevamente en el convento.

El sacerdote aseguró a doña Ana de Me doza que no perdería de vista a la novicia, entrando con ésta en el coche, dió la orden partir.

Volvióse a interrumpir el silencio de la c lle, y el coche, rodeado de jinetes, desapare a los pocos momentos.

La princesa permaneció inmóvil y conte plando con encendida mirada la numerosa c mitiva.

—¡Que vengan por ella! — exclamó cuan nada alcanzó su mirada sino a los seis ho bres de su servidumbre y su litera.

Entre tanto, el paje conversaba tranquila alegremente con el hortelano, sin que al pa cer le importase nada el que se llevasen a hija de don Juan.

¿Quién era el burlado, el mancebo q presumía que sus proyectos marchaban a pe de boca, o doña Ana que pensaba haber cha queado al mancebo?

—Dentro de pocas horas — pensaba el en morado paje — podré aspirar el perfume de cabellera de oro, porque la llevaré a mi lado.

—Dentro de pocos días — decía tambi para sí la princesa — desaparecerán esos blo dos rizos que esta noche he visto brillar con hebras de oro, porque es requisito indispens

ble que se los corten para que profese.

Para decir la verdad, no sabremos resolver quién de los dos era el burlado, pues por una parte hemos visto salir del convento a la doncella y por otra nos inspira mucha confianza la que aparentaba tener el paje en su proyecto. Sin embargo, bien pudiera suceder que se equivocase, como le sucedía siempre que iba en busca del marqués y huía de él cuando lo encontraba.

Es lo cierto que Ana partió; la princesa entró en su dorada litera y se hizo conducir a su casa donde la esperaba el rey, y el paje y el hortelano se frotaron las manos alegremente porque había llegado el momento de cenar.

—Con Dios vayas y nunca vuelvas — dijo Pablo.

—Preparemos los dientes, amigo mío — le contestó el paje.

—Con tal de que no nos haga esperar el despensero...

—Ya no deberá tener miedo la abadesa, porque el diablo de la capa blanca irá tras la novicia.

—Ya lo conjurará el padre que la acompaña.

El mancebo se sonrió con pretexto de las palabras del hortelano, pero en realidad era de la alegría que sentía en aquellos momentos.

Pronto hemos de ver si se engañaba.

Capítulo LXV

DONDE SE VERA QUIEN FUE EL BURLADO

Ausalida de Ana, el sacristán entró en el aposento del hortelano.

—¡Aquí me tenéis! — exclamó. — ¡Aquí me tenéis, "plenis contentis", lleno de contento!

—¡Bien! — dijo Luis. — Os esperábamos con afán; la cena se enfría, las botellas bailan de impaciencia.

—Ya se fué, amigos míos; ya se fué, y cesó el espanto de que todos estaban poseídos, temiendo ver llegar al diablo de la capa blanca, "albus capa", y cargar con la rubia más hechicera que ojos humanos han visto.

—Venga la cena — repuso Luis a la vez que colocaba las botellas sobre la mesa.

El hortelano obedeció prontamente, y con la mayor alegría se llenaron los jarros y se brindó a la salud de los buenos bebedores.

—¿Qué tal os parece el vino de mi cosecha? — preguntó el mancebo.

—Exquisito — contestó el sacristán.

—Excelente — añadió Pablo.

—¿Puede competir con el añejo que me disteis?...

—Sí, es la verdad, puede competir; pero en razón habéis perdido la apuesta porque no es tan bueno.

—No le habéis paladeado bien.

—Pues bebamos otro jarro si así habéis de quedar convencido — repuso el sacristán.

—Cuidado — replicó Luis con acento burlón — no se os suba a la cabeza antes de empezar a comer.

—Lo veremos, señor guapo, lo veremos

—¿También esta noche — dijo Pablo, — nos desafiais a bebedores firmes?

—Bebamos y allá veremos quién se lleva la victoria "In nomine Baco" — dijo el sacristán.

Y apuraron el segundo jarro y comenzaron la cena.

No habían transcurrido seis minutos, cuando sintieron el hortelano y el sacristán gran pesadez en los párpados y aturdimiento en la cabeza.

—¡Voto a tal! — exclamó Pablo. — Tiene mucha fuerza este vino.

—Ya os lo advertí — contestó el mancebo

—Sois muy viejo y para nada valéis — repuso el despensero, que se esforzó para sostener erguida la cabeza.

El narcótico era muy activo y empezaba a producir sus efectos.

—Pienso — dijo Pablo después de algunos momentos, — que no ha sido prudente dejar a la hija de don Juan sola en un coche con un hombre, porque... al fin y al cabo ella... es bonita y él... es de carne y hueso...

—Calla... impío — murmuró el sacristán mientras se restregaba los ojos. — ¿No sabes que... es un sacerdote?...

—¿Y qué tiene que ver la sotana?...

—Te digo... que calles...

—A vos... señor sacristán, tampoco.... tampoco os estorba la sotana... para... para emborracharos...

—¡Por mis barbas! — exclamó el despensero, a quien se escapó la cuchara de la mano.

—¿Dónde están... vuestras barbas? — dijo Pablo.

—Haya paz — interrumpió Luis, que se regocijaba con el efecto rápido que iba produciendo el narcótico. — Dejad las ofensas, porque ni es justo que vos llaméis impío al amigo Pablo, ni que él os eche en cara vuestra falta de pelos en el rostro.

—Es que... además — repuso el sacristán — me dice borracho...

—Probadle que no lo estais, apurando otro jarro y poniéndoos en pie, cosa que él no haría sin dar con su cuerpo en tierra.

—Lo veremos — dijo el hortelano.

—Lo veremos — repitió el sacristán.

Y ambos bebieron otro jarro; pero al ponerse en pie, cayeron pesadamente.

—¿Por qué me has empujado? — dijo el viejo sin poder moverse.

—Tú... me has pisado — replicó el despensero, — y no me moveré de aquí... hasta que... tú mismo me levantes.

Ni el uno ni el otro volvieron a pronunciar una palabra, porque se quedaron profundamente dormidos.

El mancebo, trémulo de alegría, se acercó a Pablo y le registró, sacándole del bolsillo la llave de la puertecilla de la huerta.

—¡Protegedme, Dios mío — exclamó con acento conmovido.

(CONCLUIRA EN EL PROXIMO NUMERO)

SU HOGAR...
SU MUNDO...

Se equivoca quien cree que la CASA PROPIA, sana, linda, y alegre implica un lujo. Vivir en lo suyo es la aspiración de todos. Si fué siempre una inclinación natural del hombre, es hoy más que nunca una imperiosa necesidad económica.

¡no tire su dinero en ALQUILERES!

ARCA

Asociación Recíproca de Crédito Argentino S. A
Av. P. R. Sáenz Peña 943
BUENOS AIRES

ARCA

mediante un sistema desconocido aquí pero consagrado en Europa desde hace más de 150 años, le proporciona SU CASA PROPIA, AUNQUE USTED NO TENGA HOY DINERO NI TERRENO

ARCA

NO CONSTRUYE

USTED PUEDE EDIFICAR DONDE QUIERA Y EN LA FORMA QUE MAS LE GUSTE

DESDE EL PRIMER MOMENTO, USTED ES EL DUEÑO EXCLUSIVO DE LA PROPIEDAD

ARCA

NO COBRA INTERESES

Envíe hoy mismo este cupón

Sr. Gerente de ARCA
Av. P. R. S. Peña 943
Estimaré me remita los informes ofrecidos
Sr. .....
Calle .....
Localidad ..... F. C. .....

PUCKY

La Lectura Para Todos
Acción que Divierte
Misterio Aventuras

MACAZINE

No. 705
Abril 2
de 1937
Buenos Aires

20 cts.

EL CHEQUE ROTO

Por EDGAR WALLACE

El Cheque Roto

Por

Edgar Wallace

EL CUIDADOR

UN repórter de policía tiene muchos intereses y muchos amigos, la mayoría de ellos, raros. Pasa la vida en una atmósfera cuyo ingrediente principal es la sospecha. Wise Symon era un gran repórter policial, un verdadero Napoleón de los reporters de ese género y su grandeza se debía, en parte, a que había conservado la fe en la humana naturaleza. Y yo he observado que el título de grandeza se debe a menudo a una mezcla apropiada de virtudes contradictorias.

Había una muchacha que trabajaba en una firma de abogados en Waldorf House que interesaba inmensamente a Wyse Symon. La encontró cuatro años antes de empezar esta historia, cuando ella era conocida de todos los reporters de la ciudad y su retrato, grande o pequeño, según dictaban las exigencias de espacio, había sido publicado en casi todos los diarios de la mañana o de la noche.

La desaparición de su padre, Harrygay Ford, fué un asunto que intrigó durante nueve días; luego llegó el momento en que los reporters no se entrevistaron más con su hija, ni imprimieron las declaraciones de los mozos de un trasatlántico que lo habían reconocido como al misterioso pasajero que comía en su camarote.

Después de todo, un hombre rico tiene derecho a aparecer y desaparecer cuando le parezca. El asunto terminó cuando su banquero, el patriarcal Mr. Borthwick, intervino.

Harrygay Ford se había marchado al extranjero y escrito una apresurada carta con membrete del capor "Creptic", diciendo que se ausentaba de Inglaterra por algunos años y ordenaba al dicho señor Borthwick que pagara a su hija (la de Ford) la suma de 100 libras anuales, cada cuatro meses.

Era una pensión muy mezquina, de un millonario a su hija sin madre, y la única excusa es que apenas si se había enterado de que tenía una hija. Porque Mr. Ford se embriagaba por la noche y tomaba drogas durante el día.

Cuando estaba él, ella vivía en la gran casa paterna y mandaba sus cuentas al banquero de Ford, que las pagaba; pero una renta de 100 libras anuales no era suficiente para el tren de vida que a ella le gustaba llevar y después de la desaparición de Ford fué a una escuela de estenografía, aprendió la posición correcta de la Q W E R T Y U I O P en el tablero de la máquina de escribir y aumentó su renta en otras 100 libras anuales en las oficinas de los señores Atkins y Walters, abogados.

La amistad de Symon con la joven sobrevivió al interés del periodista por su fortuna y probablemente por eso la extraña conducta de Mr. Hopper atrajo la atención; las consecuencias de aquella atención fueron la primicia de las primicias para el "Telepohne Courier".

Poco antes de media noche, mientras caía la nieve, Wise Symon, se presentó ante el editor de la noche y se sentó sobre su escritorio.

—He comido con un caballero — respondió Symon orgullosamente. — Hemos bebido vino verdadero y fumado cigarros legítimos.

—Los reporters policiales deben conservar su lugar. — dijo el editor. — ¿Quién era ese gran pillastre?

—William Maliberton Hopper — contestó Symon solemnemente.

—Hopper — el editor frunció el entrecejo. — ¿Qué es lo que fabrica? ¿Aeroplanos o margarina?

—William no es un industrial vulgar.

Wise Symon se sentó en el escritorio próximo que estaba desocupado, con expresión pensativa en sus ojos.

—Puede imaginar que no estoy perdiendo tiempo con un ricacho ordinario. — dijo. — Si William no tuviera más recomendación que su gusto por el mal vino o los escarbadientes, yo no me hubiese ocupado de él. Recientemente ha aparecido en el mundo social.

Lo encontré bebiendo solo, en el comedor de lo de Petroni, hace cosa de una semana. Puede ser que fuera su cuello de toro y el revólver que vi asomar de su bolsillo o la manera insolente con que hablaba al mozo, lo que llamó mi atención. Pero seguramente fué alguna de esas cosas. De manera que me acerqué a él y con-

versamos. Deseaba ver la vida, tenía dinero a montones y una capacidad infinita para el champagne dulce. ¡Uf! Bueno. Me resultó interesante. Tiene la mentalidad de un chivo y su vocabulario se limita estrictamente a cien nombres y seis adjetivos.

—¿Cómo ganó su fortuna?

—Dice que la heredó de un tío. Pero no parece tipo de hombre que haya tenido tío jamás. Lo seguí; pero se me escabulló. Esta noche nos citamos y lo acompañé a su casa. Se detuvo.

—Es el sereno del Banco Borthwick.

—Eso es interesante para el viejo Borthwick — dijo el editor después de un momento de silencio. — ¿Duerme el sereno en el Banco?

Wise Symon movió afirmativamente la cabeza.

—Sí y no. Alquila un departamento contiguo al Banco. Es ahí donde nos hemos visto.

—¿Y pasa su tiempo libre inundándose de champagne? — dijo Hammond. — ¡Hum! Bueno, el viejo Borthwick tiene que saber esto. Su Banco ha sido siempre algo tembleque y un golpe así podría echarlo abajo. Casi quebró hace cuatro años. ¿Va usted a volver a ver al cuidador?

—Sí. Pero me dijo que tenía que hacer algo antes de volverme a ver y naturalmente eso picó mi curiosidad. Lo seguí y lo ví entrar por la puerta del costado del Banco. Luego recordé que lo había visto barriendo los escalones. Paso por el Banco todos los días.

El editor miró su reloj.

—Me disponía a retirarme; pero creo que lo esperaré. ¿A qué hora volverá?

—No más tarde de las tres de la mañana.

Faltaba un cuarto para las tres cuando Wise Symon volvió a presentarse ante el editor.

—No he averiguado nada — dijo dejando caer en el suelo su sombrero mojado. — Hopper nada me ha dicho, excepto que puede luchar con el mejor luchador del mundo y por cierto que la información nada tiene de interesante.

Se detuvo y el editor, recostándose en su silla lo miró.

—Vamos... largue el rollo. ¿Descubrió algo que no esperaba descubrir?

Wise Symon movió negativamente la cabeza.

—No, señor. Estoy desilusionado. Esperaba hacer un descubrmiento... y fracasé.

—Ambos estamos pensando lo mismo — dijo Hammond. — ¿Qué le pasa por la cabeza Symon?

— Se lo diré — dijo Symon después de ligera vacilación. — Asocio esta misteriosa prosperidad de Hopper con la desaparición de Harrigay Ford.

—¿Y cuál es su teoría?

—Ford era un borracho y un adicto a los estupefacientes — dijo Wise Symon. — Tales hombres, como sabemos, son felices en los ambientes más sórdidos y miserables, por elevados que sean su naciente y su cultura. Sugiero que, cuando Ford desapareció hace cuatro años, no salió de Londres. Si, se qu me va a hablar de la carta escrita a bordo del vapor, con papel del mismo; pero usted o yo podríamos haber hecho la misma cosa. Cualquie puede subir al vapor, tomar papel con su mer brete, escribir la carta, echarla al correo y salir del país. Mi teoría es que el señor H rrigay Ford debe encontrarse en algún sórdi antro de la ciudad, que Hopper es su guardi y su tesorero. Hice averiguaciones ayer y de cubría que Hopper se empleó en el banco p recomendación de Ford.

El editor se rascó la barba.

—Lo indicado, naturalmente, es ver al vie Borthwick, mañana. Se que regularmente ll gan cheques firmados por Ford y son pagad por Borthwick, que es su banquero. El vie me decía en el club, precisamente días pas dos, cuanto lo preocupaba el asunto.

Sea lo que fuere, Borthwick podrá decir de donde proceden esos cheques.

LA PISTA DEL CRIMEN

ERAN las diez y media de la mañan cuando Wise Symon entraba en el Ban de Borthwick. Era éste un edificio modestas proporciones; pero, desde tier po inmemorial, uno u otro Banco habían esta instalados en él.

El Banco de Borthwick era privado, c pocos clientes y un personal compuesto de d hombres ancianos, que se pasaban la may parte del tiempo estudiando las fluctuacion de la Bolsa. El señor Borthwick siempre estal recargado de trabajo con los asuntos de escasa clientela.

Uno de los cajeros tomó la tarjeta de Sym y desapareció con ella por una puerta q había al fondo del Banco. Volvió e hizo señ a Symon de que lo siguiera; el viejo Borthwi se levantó de atrás de una mesa forrada cuero, donde se pasaba la mayor parte del d leyendo con ayuda de un gran vidrio de a mento los informes de los diarios acerca de l cambios y transacciones de valores extranj ros; ofreció una silla a su visitante.

Era un hombre que medía seis pies en m días. Tenía una de esas cabezas macizas q Rafael gustaba pintar cuando aparecían l apóstoles en sus cuadros. La barba, blanca c mo la nieve, le llegaba casi hasta la cintur era un viejo caballero benévolo, astuto, c voz de trueno, muy en armonía con su robus apariencia. Agarró la mano de Symon y estrechó con tanta fuerza que el joven hi una mueca.

—Siéntese, siéntese, señor Symon — tron — Lo recuerdo a usted muy bien. ¿Para q ha venido a molestarme?

—Temo que las noticias que le traigo sean agradables para usted — contestó Sym sonriendo y contó la historia del alegre cu dador.

El señor Borthwick lo escuchó con expr sión turbada

—Siento que haga eso — dijo cuando Sym terminó. — Perjudica la buena fama d Banco.

—Pero seguramente... — empezó el so prendido Symon.

—¡Oh!... el dinero que gasta es suyo. — dijo Borthwick. — Heredó una gran suma de dinero de un hermano que murió en Australia. Hasta tiene cuenta en mi Banco y he tratado de persuadirlo de que renuncie a su trabajo; pero hasta el momento ha rehusado. ¿Estaba muy borracho? — preguntó al terminar.

—Bastante — contestó Symon un poco decepcionado, como todos los grandes artistas cuando sus revelaciones no producen la sensación esperada. — A mí me dijo que era un tío el que había muerto...

—Es muy posible... muy posible — dijo Borthwick. — Se que se trataba de un pariente y nada más. Y ahora, ¿respecto al otro asunto, señor Symon?

—Desearía saber si tiene de Mr. Ford alguna noticia que pueda decirme.

—Ninguna y mucho lo lamento. — el viejo movió la cabeza con pesar. — ¡Que cosa más terrible! Bebida y drogas. Seguramente es una lección que todos los jóvenes deberían aprenderse de memoria

—¿Cuándo tuvo usted por última vez noticias suyas, señor Borthwick?

—Hace cosa de una semana — contestó el viejo.

—¿No puede decirme en qué país se encuentra el hombre?

—No puedo decirle donde está con exactitud — respondió Borthwick. — Eso sería excederme de mis instrucciones; pero creo no faltar a ellas diciéndole que está en Australia.

—¿Está usted seguro? — preguntó Symon desconcertado por la segundo vez.

—Absolutamente seguro — contestó Borthwick.

Levantóse, se aproximó a la caja fuerte y la abrió. De un cajón sacó un cheque y se lo tendió al repórter. Wise Symon, que tenía una memoria semejante a una caja registradora, advirtió que su número era 1795 y que estaba firmado con la firma de Ford, que Symon conocía. Lo devolvió.

—Llegó de Australia hace cosa de dos días — dijo el viejo, volviendo a cerrar con llave la caja.

Wise Symon se levantó.

—Bueno, creo que es eso todo lo que tenía que preguntarle — dijo disimulando lo mejor que pudo su decepción.

Su siguiente visita fué a la firma de abogados donde estaba empleada la hija de Ford. No tuvo dificultad en que se le permitiera verla.

—No, señor Symon — contestó ella a una pregunta suya. — No he tenido noticias de mi padre. ¿Y usted? — preguntó ansiosamente.

Movió él negativamente la cabeza.

—¿Recibe usted puntualmente su pensión?

—Sí — contestó ella. — Hasta ahora, sí.

—Nunca le dió el señor Borthwick algún mensaje de su padre?

—Nunca — contentó ella un poco tristemente.

—¿Cuánto tiempo hace que el señor Borthwick es banquero del padre de usted?

—¡Oh! Mucho. Más de lo que yo puedo recordar. Eran viejos amigos en el tiempo... — sus labios temblaron — antes de que papá empezara...

—¿Y después?

—Bueno, después papá no fué más amable con el señor Borthwick. Acostumbraba a insultar al pobre caballero. Una vez lo amenazó con retirar sus fondos y ponerlos en el Notional Bank. Eso hubiera arruinado al señor Borthwick.

—¿Cuándo fué eso?—preguntó Wise Symon.

—Como un mes antes de que papá se marchara... quizá menos. Se que el señor Borthwick se afligió mucho.

Symon le hizo unas cuantas preguntas más; pero no obtuvo más informes que los ya citados. Se entrevistó con su editor a la hora de almorzar y le confesó su fracaso.

—Nunca creí que Ford estuviera en la ciudad — dijo el editor. — Y en cuanto a sus otras teorías, el legado del sereno, las echa por tierra, hijo mío.

—Mis teorías no tienen fundamento — reconoció Symon. — De todas maneras, me reuniré con William esta noche, como se lo he prometido.

Ocurrió que un rapto vulgar en el que figuró la hija, el chofer y la caja fuerte, con el cajero, de una sociedad tuvo al repórter policial muy ocupado. Terminó su crónica a eso de las veintitrés y apenas había entrado en la oficina del editor de la noche, cuando éste saltó de su asiento, le arrancó la crónica de las manos y lo empujó afuera otra vez.

—Apúrese, Sy — le dijo. — Su sereno, William Hopper...

—¿Qué le pasa — preguntó Symon prontamente.

—Lo encontraron anoche, muerto de un balazo, en un banco del parque. Lo hemos andado buscando a usted toda la noche.

Pocos fueron los detalles que Wise Symon pudo obtener de la policía. El hombre había sido, evidentemente, asesinado, puesto que no se halló arma alguna junto al cuerpo. Un policeman, que estaba en su parada, había oído el tiro y corrido en la dirección en que sonó; pero no halló al asesino.

El cuidador vestía su traje de trabajo y estaba bien muerto cuando la policía lo encontró. Un manojo de llaves, unos cuantos chelines y un paquete de tabaco fué todo lo que se halló en su poder; Siddon, de Scotland Yard, estaba a cargo del caso y Siddon, era muy amigo de Wise Symon.

—¿Estás seguro de que no se halló nada más sobre el cadáver? — preguntó el repórter.

—Esto es todo, — respondió Siddon, señalando la colección sobre la mesa de su oficina. — No hay evidencia que apoye tu historia de que era hombre rico... a no ser que llames a esto riqueza.

Agarró un pedazo de papel arrugado y se lo pasó a Symon. Era la mitad de un cheque roto y al dorso tenía garabateada la cifra 10.000 libras.

Symon dió vuelta el cheque y volvió a mirar

lo escrito. Sus ojos brillaron de triunfo cuando devolvió el papel al oficial de policía.

—Jimmy Siddon — le dijo. — Voy a hacer tu fortuna o, por lo menos, te haré famoso.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Siddon. — ¿Sabes tú algo?

—Lo se todo — contestó Wise Symon. — Vamos a ver al viejo Borthwick. Trae ese papel y creo que podremos decirle al viejo, sobre su cuidador, mucho más de lo que le agradará oír.

—¿El hombre le estaba robando? — preguntó Symon mientras el taxi volaba en la noche en dirección a Hampstead, donde vivía Borthwick, en una casa lujosa aunque severa.

—¿Quieres decir si estaba robando el banco? No lo creo. En todo caso, si viviera, no sería esa la acusación que yo presentaría contra él. Siddon, éste descubrimiento me pertenece. Es mi "historia" y tendrás que reservarla a los otros periodistas hasta que yo haya llenado una página completa del "Telephone Courier".

—Todavía tienes que hacer la "historia" — contestó Siddon, que conocía a los periodistas.

—Está hecha — contestó Wise Symon.

El señor Borthwick vivía, con dos sirvientes, en el tercer piso de una gran casa de departamentos; pero no estaba en su casa.

—Probemos en el banco — dijo Wise Symon. — Es posible que esté arreglando las cuentas.

Pero el banco estaba obscuro y silencioso.

—Si me perdonas el delito, — dijo Wise Symon — cometeremos una violación de domicilio.

—¿De dónde sacastes esas llaves? — preguntó el policía en el colmo de la sorpresa.

—Te las pelé cuando estabas descuidado. Forman parte de los efectos de Hopper. ¡Ah...! aquí está la llave.

Entraron en el pasillo obscuro y cerraron la puerta. El corredor era paralelo a la oficina exterior. A la derecha había una escalera que conducía a la parte superior de la casa, probablemente las habitaciones donde dormía Hopper. Al final se veía otra puerta, que solamente se abrió después de probar todas las llaves. Ahora se encontraron en la oficina, frente a la oficina privada de Borthwick.

Wise Symon tocó el brazo de su compañero y señaló. Por debajo de la puerta asomaba un delgado rayo de luz. Se adelantó en puntas de pie, dió vuelta con precaución el pestillo y abrió la puerta.

Borthwick estaba sentado ante el escritorio, la maciza cabeza apoyada en la mano, examinando un pequeño libro de cuentas. Detrás de él, la puerta de acceso que conducía a las bóvedas estaba ligeramente entornada. Al primer ruido, se puso en pie de un salto.

—¡Baje esa pistola, Borthwick! — dijo vivamente Wise Symon. — Baje o lo mato más rápidamente que lo que mató usted a Hopper.

El viejo quedó mudo de sorpresa. Ya no había más expresión benévola en sus ojos. Abrió la boca luego para hablar; pero se produjo una interrupción. La puerta que daba a la bóveda se abrió lentamente y entró en la pieza un hombre pálido, barbudo, de manos temblorosas y ojos inyectados de sangre, que iban de uno a otro de los presentes.

—Señor, Borthwick, — dijo con acento lastimero — señor Borthwick, está usted completamente equivocado. ¿Por qué no me deja explicar? Yo le prometí a Hopper 10.000 libras si me ponía en libertad; pero no pensaba traicionarlo a usted, señor Borthwick — sollozó. — ¡Le juro que no pensaba hacerle a usted daño alguno!

—Siddon, — dijo Wise Symon, — éste es el señor Harrigay Ford, quien o mucho me equivoco, o ha estado prisionero en las bóvedas de este banco desde que amenazó con trasladar sus fondos a otro.

* * *

—El viejo Borthwick era jugador — dijo Wise Symon a su jefe a las primeras horas de la mañana, cuando las máquinas del "Telephone Courier", rugían como jubilosas ante la actividad del personal. — Ya había realizado especulaciones ruinosas cuando Ford lo amenazó con retirar sus fondos: de cumplir su amenaza, el banco hubiera ido a la quiebra. Se apoderó de Ford cuando estaba "dopado" y lo encerró en la bóveda. ¿No se ha dado cuenta de que todos los bancos están construídos de manera que constituyen prisiones ideales? El sereno estaba en el secreto; pero nadie más visitaba las bóvedas. De manera que era preciso pagarle al sereno. A Ford se le daba alimento y se le proveyó de un libro de cheques y una lapicera. Cada vez que las cuentas de Borthwick necesitaban ser equilibradas, tenía que firmar el cheque o... sufrir las consecuencias de su negativa. El viejo era fuerte como un caballo, a pesar de su edad. No creo que Hopper tuviera comunicación con el prisionero; pero, aparentemente, Ford trató de sobornarlo para conseguir su libertad, escribiendo la suma que estaba dispuesto a pagar, al dorso del cheque y poniéndolo en manos del sereno, cuando Borthwick no miraba. Borthwick debió descubrir esto. Estaba alarmado por mi visita y probablemente más aún por la actitud de Hopper.

—¿Pero cómo sospechó?

—No lo sospeché, lo descubrí. El pedazo de papel encontrado sobre el cadáver de Hopper tenía escritas 10.000 libras y era número 1796, es decir, el que seguía al cheque que, según Borthwick, había mandado Ford desde Australia, una semana antes.

—Es usted verdaderamente listo, Symon — dijo el editor con acento de admiración.

—¿Es que alguien lo ha puesto alguna vez en duda? — dijo Symon.

FIN

EL DIABLO EN PALACIO

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Como consecuencia de una intriga palaciega, es asesinado el marqués de Poza adicto al príncipe don Carlos. Muere envenenado el marqués de Bergen. Ruy Gómez desobedece al rey. Este, bajo la sugestión de la princesa de Eboli, organiza una fiesta campestre. Fracasa el intento de fuga del barón de Montiguy. La esposa de Ruy Gómez se une al cardenal Espinosa, para combatir al príncipe don Carlos. Una carta comprometedora para la de Eboli, va a parar a manos del rey. Al príncipe don Carlos le roban documentos comprometedores. El paje Luis, prepara la fuga de don Carlos, pero fracasa en su intento. Se sospecha, que Luis sea el misterioso personaje, que llaman El Diablo. Los inquisidores le tienden una celada al paje. Este, a su vez, logra encerrar a su enemigo, fray Bernardo. El comendador Maldonado es víctima de una intriga del paje. Fracasa la tentativa de fuga del príncipe don Carlos; muere éste y Luis y doña Blanca huyen, después de descubrirse quien es el diablo de Palacio. Muere envenenado Ruy Gómez. El marqués de Poza, al que creían muerto sus enemigos, aparece de nuevo y se dispone a buscar a doña Blanca y a Luis. Este provoca un desastre en las tropas españolas que luchaban en Flandes. El marqués de Poza se encuentra con don Juan de Austria, y ambos se dirigen a Bruselas.

LUEGO, como la noche anterior, tomó la luz y se interno en las galerías del convento; pero iba en extremo agitado, su corazón palpitaba con violencia y su frente parecía abrasada por la fiebre.

—¡Qué hermosa es! — murmuraba. — ¡Y no puede ser mía! ¡Voy a darle la libertad para que sea de otro! ¡Tal vez esta noche tendré que estrecharla entre mis brazos para separarme luego de ella para siempre! ¡Oh!... ¡Triste misión la mía en este mundo! Siempre luchando para conseguir la felicidad de los otros... ¿Y por qué no ha de ser mía la mujer a quien doy la libertad? Su corazón no le pertenece, lo han destinado a un sacrificio de que no puede huir, y yo la salvo, mío es... ¡Soy un insensato!... ¡Estoy loco!... Quizás anhele el momento de su fugá para echarse en brazos de otro hombre... ¡Ah!... y entonces no habrá para mí sino una palabra de gratitud, de amistad lo más... ¡Tengo que sacrificar mi corazón para que no sacrifiquen el suyo!...

Y era en verdad triste la situación del mancebo; enamorado de la hermosa niña, sin esperanzas de ser correspondido, y lo que era más, sospechando que al arriesgar la vida para sa carla del convento sería quizás para que otr amante la estrechase contra su corazón. Much debía sufrir el desdichado en aquellos momen tos, y bien lo demostraba en su semblante que ya risueño por una quimérica esperanza, y contraídas las facciones por la excitación d unos celos infundados, variaba la expresión re pentinamente.

No se cuidó, como la pasada noche, de ob servar si algún peligro corría, y caminó sin de tenerse y como si nada tuviese que temer, pue sus tristes ideas no le dejaban pensar en nad más que en Ana y en el porvenir de su amor

Anduvo largo rato sin que a nadie encontra se, y al fin se detuvo, no delante de la celd de Ana, sino de la ocupada por la joven amig de ésta.

—¡Aquí estará! — murmuró a la vez que s oprimía su agitado pecho. — Tal vez duerm tranquila y confiada en mi promesa; tal vez l hace sonreir la imágen de algún hombre quien ama con delirio... ¡Oh!... ¡Maldito celos!... Si duerme, soñará con su madre, ta vez conmigo, aunque no me ame, porque soy s salvador. ¡Conmigo...! ¡Oh...! ¡Si al menc soñando se acordase de mí!...

Las pupilas del mancebo brillaron y de s

pecho se escapó un suspiro de inmensa ternura.

—Este amor me pierde — dijo; — el tiempo vuela...

Y abriendo la puerta silenciosamente, dió un paso en el interior de la celda.

El monarca y la princesa habían sido burlados; y decimos esto, porque la hija de don Juan estaba allí sentada en un sillón sobre cuyo respaldo descansaba la cabeza.

Dormía, porque el insomnio de la noche anterior y las fatigas de su espíritu habían rendido su cuerpo.

La luz de una bujía daba de lleno sobre su rostro angelical, animado en aquel momento por una dulcísima sonrisa. Era desigual su respiración y desigual también el movimiento de su pecho casto, oculto por el blanco sayal. Sus manos de nácar estaban cruzadas sobre su seno, y de vez en cuando agitábanse como impulsadas por una sacudida nerviosa.

Contemplóla el paje largo rato, fija en ella la ardiente mirada de sus ojos húmedos por la pasión, y no se atrevió a moverse ni casi a respirar por temor a interrumpir aquel dulce sueño, fuente quizá de las más gratas ilusiones. ¡Se sublima en tanto grado el alma al contemplar dormida tranquilamente a la mujer a quien se adora!...

Ana movió sus hechiceros labios, y entonces el mancebo se adelantó, pero sin hacer el menor ruido, como se mueve una sombra.

—El mismo — murmuró la joven con voz entrecortada.

—¡Siempre esas palabras! — pensó Luis.

Y dió otro paso más.

—El... mismo — repitió la niña. — Muy... hermoso... valiente...

—¡Está enamorada de otro! — dijo el paje para sí, a la vez que a sus mejillas se agolpaba toda la hirviente sangre de su cuerpo. — ¡Y expongo mi vida para sacarla de aquí y verla en brazos de otro hombre!

—Pero... no me ama — volvió a murmurar la doncella. — Y sus miradas... me abrasan el pecho... y... es el... mismo...

—¿Dónde está ese hombre? — dijo Luis arrebatadamente y con la mirada centelleante

—¡Ah!... — exclamó Ana, despertando sobresaltada.

El mancebo apretó los puños con rabia y procurando disimular su enojo, repuso, acercándose a la doncella:

—Perdonadme si he interrumpido vuestro sueño dulce y grato...

Las mejillas de Ana se tiñeron de un vivo carmín.

—He cometido una imprudencia — contestó, poniéndose en pie.

—¿Por qué, señora? — repuso el paje, atribuyendo las palabras de Ana a la indiscreción de su sueño.

—Porque me he dormido y pudieran haberme descubierto... Pero me sentía tan fatigada...

—Todo puede arriesgarse por un sueño lleno de ilusiones. ¡Si yo pudiese dormir y soñar...!

—¿Acaso no reposáis nunca?

—Sí, reposo, pero siempre veo después que cierro mis ojos, o fantasmas que me amenazan o ángeles que me enseñan la felicidad para darla después a otro en mi presencia.

—¡Sueños horribles! — dijo Ana.

—Señora — dijo Luis haciendo un esfuerzo, — es preciso aprovechar estos instantes.

—Estoy dispuesta a seguiros.

—¿Y vuestra amiga?

—Partió, afligida en extremo y temerosa del enojo de su padre.

—¿Escribió la carta?

—Sobre esa mesa está — dijo Ana, señalando hacia un papel que, en efecto, había sobre una mesa. — En ella dice que huye del convento para encerrarse en otro.

—Bien, así quedará a cubierto su honor.

—Alguna duda dejará...

—Que desvaneceremos. Ya conocéis mi plan. Ahora seguidme, nada temáis, tenemos franca la salida, y la comunidad debe estar descuidada desde que cree que no estáis en el convento. Dentro de un cuarto de hora os veréis libre, y mañana podréis abrazar a vuestra madre y... a vuestros amigos...

—No los tengo. Sólo doña Magdalena de Ulloa...

—No perdamos tiempo — interrumpió Luis con aire de distracción.

Y luego sacó un manto de debajo de su coleto.

—Tomad y cobijáos — dijo.

—¡Mañana podré verla! — exclamó doña Ana con tierno acento.

El paje se acercó a la mesa, tomó una pluma, y, al pie de la carta de la hija de Pacheco, escribió lo siguiente:

"Doña Ana de Austria no será monja, porque la protege la capa de

"El Diablo".

—¿Estáis dispuesta? — preguntó la joven.

—Sí.

—Vuelvo a encargaros que no tengáis miedo aun cuando encontrásemos gente, porque si perdéis el ánimo en cualquier lance que pueda ocurrir...

—No tengáis cuidado. Podrán matarme, pero no hacerme perder el valor — dijo la niña, con tono firme y resuelto ademán.

Luis ofreció su brazo a la hermosa joven, y el uno y la otra se estremecieron al tocarse y sintieron correr por sus venas, más que sangre, fuego.

Caminaron silenciosamente con la cabeza inclinada sobre el pecho y como si tuviesen miedo a mirarse. ¡Empero, con cuánta violencia palpitaban sus enamorados corazones!

Atravesaron galerías, bajaron escaleras y llegaron al aposento del hortelano.

Este y el sacristán dormían aún con el pesado sueño producido por el narcótico.

—¿Qué significa esto? — preguntó la niña, mirando con gesto de repugnancia a los que dormían.

—Los restos de una cena y las consecuencias de la embriaguez.

—Pero...

—Todo lo sabréis — interrumpió el mancebo.

Y dejando sobre la mesa el velón, condujo a la joven a la huerta, y a los pocos momentos se encontraron ambos en la calle.

Ana aspiró el aire con avidez y como si acabase de salir de un calabozo donde hubiese estado encerrada mucho tiempo.

—¡Ah! — exclamó. — ¡Qué felicidad es ser libre! ¡Os debo más que la vida!

—Porque me debéis el corazón — murmuró el mancebo de modo que la joven no entendiese estas palabras.

De la pared que tenían enfrente se destacó un bulto.

—¿Quién va? — preguntó Luis.

—Soy yo, señor diablo — respondió una voz ronca.

—El capitán...

—El mismo — repuso éste, acercándose a los jóvenes.

—Señora — dijo Luis, — aquí tenéis a mi mejor amigo, al capitán Pero León, a quien se debe gran parte del éxito de nuestra empresa.

—¿El mismo de quien anoche me hablásteis?... Será uno de mis amigos predilectos.

—No tengo que preguntar — dijo el señor Pero a la niña, — puesto que os veo fuera de vuestro encierro. Os agradezco la amistad que me ofrecéis, y contad con la mía y con mi tizona, que está para serviros. Pero me parece que no debemos detenernos, porque ya es hora de descansar, al menos para mí, que ¡voto al mismo infierno!, parece que me han molido a palos.

—Pues aun tenéis que hacer otro viaje.

—¡Por San Pedro y su calva!

—Se os va la lengua — interrumpió el paje, — sin pensar que habláis con una señora...

—Es verdad, señor Luis, este maldito vicio... Vamos. ¡Ay!... ¡Cien legiones de demonios confundan el camino de Burgos, que es un pedregal!...

—¿Y mi tesoro? — preguntó el mancebo.

—En casa lo tenéis.

—Id delante, por lo que pueda ocurrir.

Volvieron a quedar silenciosos todos tres, y sólo resonó el eco de sus pasos en las solitarias y oscuras calles.

Capítulo LXVI

DE COMO EL SIGUIENTE DIA COMENZO FELIZMENTE PARA BLANCA

ANTES de que amaneciese estaba en conmoción toda la comunidad del convento de Santo Domingo, porque al entrar en el coro y echar de menos a la novicia amiga de Ana, fueron a su celda, no la encontraron, y sí sólo la carta de que ya hemos hecho mención.

Enseguida comprendió la abadesa, es decir, no comprendió más sino que la doncella se había fugado y que algún misterio encerraba esta fuga, obra del paje, según la postdata de la carta.

Después de registrar todo el convento, encontraron al hortelano y al sacristán durmiendo aún, vieron los restos de una cena y las señales inequívocas de haberse vaciado algunas botellas de vino, y esto fué ya indicio más claro por el cual adivinóse fácilmente el medio de que el paje se valía para entrar en el convento.

Cuánta fué la sorpresa del hortelano y del sacristán cuando, a fuerza de golpes y agua fría despertaron, la comprenderán nuestros lectores, así como el asombro y el espanto que sintieron al enterarse de lo sucedido.

Preguntáronles, quisieron ocultar que había cenado con ellos un amigo, pero al echar de menos la llave y al ver que tres cucharas habían servido para la cena, encerráronlos y los hicieron confesar la verdad de todo.

Reuniéronse las monjas en capítulo, y tras larga conferencia determinóse dar aviso a la autoridad eclesiástica y al rey.

Mientras esto sucedía, el sol había ya dejado ver sus abrasadores cabellos, y otra escena de muy distinto carácter tenía lugar en el miserable aposento que ocupaba Blanca.

Esta se hallaba sentada junto a la hija de don Juan y el paje las contemplaba con toda la ternura de su cariño y toda la satisfacción del triunfo que acababa de alcanzar.

Algunas palabras de amistad y gratitud se cruzaban, cuando llamaron a la puerta exterior de la casa, dando tres golpes, luego uno y después otros dos precipitadamente.

—Vuestra madre — dijo Luis a la niña.

—¡Mi madre! — exclamó Ana, levantándose como impulsada por un resorte de acero y acercándose hacia la puerta.

—Esperad — le dijo Blanca, — podemos equivocarnos, y es preciso mucha prudencia, porque puede ser alguno de nuestros enemigos.

El paje desenvainó su daga y salió, volviendo a pocos momentos con doña María.

La madre y la hija exhalaron un grito de alegría que pareció haberles desgarrado el pecho, y se abrazaron derramando abundantes lágrimas.

Blanca y el paje salieron del aposento, y transcurrido buen rato, más sosegadas por el desahogo del llanto, doña María y Ana entablaron tierna plática.

—¡Cuánto anhelaba abrazaros! — exclamó la niña.

—¡Hija mía!... Querían sacrificarte... ¡Ah!... Pero ya no te separarás de tu madre que tanto te ama, sino por algunas horas...

—¿Otra vez separada de tí? — interrumpió Ana, clavando en su madre una mirada afanosa. — ¿Y por qué? ¿No soy ya libre?

—Es preciso.

—Y adónde he de ir?

—Cerca de Toledo...

—¿Y por qué no venís conmigo, madre mía?

—Tú saldrás de Madrid antes de una hora y yo no podré hacerlo tan pronto; además podrían llamar la atención muchas personas reunidas.

—¿Pero ya no volveréis a separaros de mí?

—No, hija mía — repuso la dama.

—¿Quién me acompañará?

—Un amigo de confianza del que te ha salvado...

—¿Ese capitán que parece un gigante?

—Sí.

—Yo iría más tranquila con el señor Luis.

—Aun tiene que ocuparse en Madrid de muy graves asuntos; ya te ha hecho feliz, pero aun queda mi amiga doña Blanca.

—Es verdad... he sido egoísta — murmuró tristemente la doncella.

Y sus mejillas se tiñeron de un vivo carmín y evitó la mirada de su madre, como avergonzada.

Doña María la contempló algunos instantes.

—¿Crees — dijo — que el capitán no es bastante para defenderte?

—Sí — murmuró Ana, — pero... como el paje es un hombre tan extraordinario...

—¿Iríais más contenta con él? — replicó la dama, volviendo a examinar detenidamente el semblante de su hija.

—Sí, madre mía.

—¡Oh! — dijo para sí doña María. — El corazón de una madre no se equivoca... Veamos.

Y luego, repentinamente, sin apartar su mirada escrutadora de su hija, añadió en voz alta:

—Tú tienes algún secreto que no me has confiado.

Turbóse la niña hasta el punto de no poder contestar, agitáronse sus miembros y luego quedó inmóvil.

—¿Por qué ocultas a tu madre los secretos de tu corazón? ¿Dónde mejor que en mi pecho podrás depositarlos?

—¡Madre mía, madre mía! — exclamó Ana, arrojándose en los brazos de su madre y ocultando el rostro en el seno de ésta.

Y su llanto corrió en tanta abundancia, que no le dejó articular una sílaba más.

—¡Hija mía! — murmuró la dama besando con maternal ternura la frente de la niña. — ¡Infeliz! ¡Cuán temprano un amor sin esperanza atormenta tu corazón!

—¡Perdonadme, madre mía — dijo Ana después de algunos momentos y enjugando sus lágrimas. — Perdonadme si la primera palabra que os he dicho no ha sido revelaros este fatal secreto; pero no os lo hubiese ocultado muchas horas.

—Es preciso, hija mía — repuso la dama, — que olvides a ese hombre antes que tu pasión crezca con el tiempo.

—¡Olvidarlo! — exclamó admirada la niña.

—¡Olvidarlo decís...! ¡Ah...! Es imposible ya es tarde...

—¡Tarde!... ¿Tanto tiempo hace que lo conoces?

—Tres días...

—¿Y es ya tan violenta tu pasión? ¿Tan arraigada está?

—Le ví, madre mía, sin saber quién era, sin esperanza de volver a verle, y su imagen quedó en mi corazón grabada. Luego... ¡Ah!...

—No prosigas — interrumpió doña María — sin decirme si tu amor es correspondido.

—Lo ignoro, como él ignora que le amo...

—Por eso, hija mía, te aconsejo que le olvides.

—¿Y quién me asegura que no puede algún día...?

—No, Ana, porque su agitada vida no le deja lugar ni aun a sentir esa clase de pasiones. Un pensamiento fijo y que le domina guía todas sus acciones, y fuera del fin que se ha propuesto, nada le ocupa. Además, él es orgulloso, tiene una ambición desmedida, aspiraciones dignas de su alma grande, y aunque no más que un simple hidalgo, tal vez no se contente con una mujer sin nombre...

—Ya os he dicho, madre mía, que le amé sin saber quién era, ignorando su nombre, que pudiera no haber tenido y él pudiera también amarme a mí, a mí no más y no a mi nombre.

—¡Locas esperanzas!

—Es verdad, madre mía — dijo tristemente Ana. — Esperanzas locas, y así lo creo y por eso lloro. ¿Pero qué he de hacer para olvidarle? Ya lo intenté, pero mi voluntad se mostró harto débil en la lucha que sostuvo con mi amor, y éste pareció acrecentar cuantos más esfuerzos hice para extinguirlo.

—No basta luchar un día.

—Toda mi vida me queda para luchar, porque mi amor no será jamás correspondido. Sin duda esta pasión fatal es un castigo de Dios, porque yo consideraba la vida religiosa como la más horrible desdicha... ¡Ay, madre mía!... Mayor es ahora mi sufrimiento, libre el cuerpo y esclavo el corazón, que antes, libre el corazón y esclavo el cuerpo en una celda.

—¡Desdichada!

—¡Mucho, lo soy mucho, madre querida!

—Hija mía — repuso la dama, — tu pasión decidirá de tu felicidad, y debemos pensar en ello con mucha calma. Marcha al castillo, allí iré a buscarte, fugándome de mi casa y meditaremos sobre lo que ha de decidir de tu suerte. Entretanto, procura dominar tu pasión, que tiempo te queda para dejarla inflamarse después.

—¡Cómo...! ¿Ya os váis? — preguntó la niña, viendo que su madre se disponía a salir.

—Sí, porque sólo un criado de mi confianza sabe que he salido a estas horas, y tengo que volver para que no noten mi falta al levantarse los demás. Ahora no es triste nuestra despedida, porque nuestra separación será muy corta...

—¡Adiós, madre mía!

La dama se despidió de su hija, besándola repetidas veces, y después de llamar a Blanca y a Luis y expresarles con sentidas palabras su gratitud, salió de la casa para volver a la de su padre.

Nadie había notado su falta, y, pensando en su hija, ocupóse en recoger algunas alhajas de bastante precio y en hacer preparativos para su fuga.

Capítulo LXVII

NADIE ENTIENDE

NO bien se había levantado del lecho Felipe II, que era bastante madrugador, entregáronle un pliego que con gran urgencia acababan de llevar del convento de Santo Domingo.

El pliego contenía la noticia de la fuga de la novicia y la carta de ésta con la postdata del paje, sin que en el relato de lo sucedido faltase el detalle más leve.

El monarca leyó el escrito, palideció y volvió a leerlo y dió muestras de enojo, que fué acrecentándose hasta convertirse en desesperado coraje. Agitado en extremo, paseóse por la habitación y sentándose al fin, meditó largo rato, concluyendo por decir:

—No es esto lo que parece; sin duda falta adivinar lo más importante. ¿Qué interés pudiera haberle movido al paje a sacar a esa novicia del convento. Asegura que no será monja la hija de mi hermano y sin embargo, la dejó partir y en esto no hay duda, porque lo presenció doña Ana; la dejó partir y en vez de ocuparse de esto, que debía ser para él lo más importante, arriesga su vida para proteger la fuga de la novicia y escribir estos dos renglones. ¡Oh...! Ese hombre es incomprensible... No hay duda que él estaba dentro del convento cuando sacaron a mi sobrina, porque así lo han declarado el hortelano y el sacristán; dejó que se la llevasen y luego fué en busca de la novicia que había quedado allí, en lo que tampoco cabe duda, porque la vió rezando la abadesa antes de acostarse... No lo comprendo, no lo comprendo — prosiguió el monarca pasándose las manos por su pálida frente; — si en ello pienso, acabaré por volverme loco...

Luego agitó con violencia la campanilla, entró un gentilhombre y le mandó que fuesen a buscar a Antonio Pérez; pero el secretario acababa de llegar y esperaba en la antecámara a que el rey le diese permiso para entrar, lo cual ahorró tiempo y evitó que el monarca perdiese la paciencia.

—Que venga inmediatamente — dijo Felipe al gentilhombre.

Pocos instantes después se presentó Antonio Pérez.

—¡Oh! — exclamó el monarca, — nunca habéis llegado tan a tiempo.

—¿Qué ocurre, señor? — preguntó el ministro examinando con sorpresa el pálido y demudado semblante del rey.

—Leed — dijo éste, señalando la carta de la abadesa. — Leed y si no os volvéis loco, os declaro hombre de juicio más firme que una roca.

Antonio Pérez leyó con avidez el escrito, palideció, brillaron extraordinariamente sus ojos, apretó los puños con detrimento de los que de encaje adornaban las mangas de su coleto y no pudo contener una exclamación de sorpres de asombro y de coraje.

—¿Qué os parece? — le preguntó el mo narca.

—Señor — dijo el secretario, — aquí se en vuelve un misterio que no es fácil adivinar. L que en este asunto importa menos es la no vicia o educanda que ha servido de pantalla e esta intriga y que ahora se nos pone delant para distraer nuestra atención; quizá la haya sacado a la fuerza del convento...

—No era fácil, ni mucho menos, obligarla escribir esa carta, que es de su puño y letr según asegura la superiora.

—Verdad es también y... en fin, señor, vue tra majestad puede calificarme de torpe; pe más me confundo cuanto más pienso sobre ta extraño caso.

—Somos igualmente torpes, señor Antonio creo que desenredar esta madeja será enreda se en sus hilos.

—Señor ,yo tendría por especial merced que vuestra majestad me diera sus órdenes si pedirme consejo.

—Es preciso — repuso el monarca — sab la opinión de la princesa, porque en estos asu tos las mujeres son más astutas y más persp caces que nosotros.

—Pienso como vuestra majestad.

—Así, pues, soy de opinión de que vayáis ver a doña Ana y la consultéis... pero n será mejor que venga y reunidos los tres, co ferenciaremos.

—Como sea más del agrado de vuestra m jestad.

—La hora es incómoda para hacer salir su casa y quizá del lecho, a una dama; pe a todos nos interesa.

Iba el monarca a tocar la campanilla pa mandar que fuesen en busca de la princes cuando un ujier anunció:

—La señora princesa viuda de Eboli.

Y se presentó la dama, en cuyo semblan se pintaba la más viva alegría.

—Sí — respondió la princesa, — a tiem he llegado, porque siquiera una vez podr mos...

Se interrumpió, porque mientras hablaba h bía observado los semblantes del monarca del ministro, empezando a comprender que go muy grave sucedía.

—Continuad — dijo Felipe II después algunos momentos.

—Me toca escuchar, señor.

—Pues yo esperaba para que me contás lo que anoche sucedió.

—¿Pues qué, no sabe todavía vuestra m jestad...?

—Sí, ya sé que la hija de don Juan sal del convento.

—Entonces...

—Pero los detalles los ignoro.

—No sirvió la capa del diablo.

—Parece imposible.

—Y también parece que vuestra majest pone en duda nuestro triunfo.

—El tiempo dirá.

—Señor, vuestras palabras me ponen en gran cuidado.

—¿Y por qué, doña Ana?

—Del convento salió la hija de don Juan, yo la ví entrar en el coche y alejarse entre los soldados que debían escoltarla.

—Todo eso es muy cierto.

—Si después en el camino...

—No he recibido más noticias.

—Pero si vuestra majestad abriga temores...

—Tampoco.

—No comprendo, señor.

—Doña Ana, la alegría os trastorna.

—Tal vez.

—Os he manifestado el deseo de que me digáis lo que en el convento sucedió y si me complacéis ,os lo agradeceré.

—En una celda estaba la novicia cuando fuimos a buscarla.

—¿Sola?

—Enteramente sola y supongo que sus esperanzas se habían desvanecido, puesto que ya se había vestido y cobijada y arrodillada ante su reclinatorio, rezaba y lloraba.

—¿Y no la perdísteis de vista?

—Ni por un momento.

—Proseguid.

—Obedeció a la primera orden de la superiora, la abrazó cariñosamente, pronunció algunas palabras que no pude entender, porque los sollozos ahogaban su voz y... Nada más; salió del convento, entró en el coche, se alejó y desapareció y yo volví a mi casa.

—Muy bien.

—Repito que si luego en el camino...

—No, no.

—Estoy, pues, tranquila.

—Pero yo no lo entiendo.

—Si vuestra majestad me permitiese preguntarle qué es lo que no entiende...

—¿Qué ha de ser sino lo que ha sucedido y está sucediendo? Si no hemos perdido la razón, si no soñamos, es preciso creer que en este negocio anda el mismo Satanás.

—Señor...

—Tranquilizáos, que todo tiene fin y este enredo ha de tenerlo también.

La dama quedó inmóvil y silenciosa.

Miró al ministro, que inmóvil permanecía también y sin que nada expresase su semblante.

Felipe II desplegó una leve sonrisa.

Lo que sus sonrisas significaban, lo sabemos ya.

Algunos minutos pasaron.

—¿Nada más tenéis que decirme? — preguntó al fin el monarca.

—Nada más, señor; pero...

—Veamos si vuestra inteligencia es más clara que la mía y más clara también que la del señor Antonio Pérez, pues ninguno de los dos hemos podido descifrar el enigma y después, si es que entendéis, podréis ir a Santo Domingo para hablar con la superiora y con los otros Y...

—¡Con los otros! — repitió la dama con tono de profunda sorpresa.

—Eso he dicho.

—Mal principian las explicaciones, porque me confunden.

—Anoche estuvísteis en el convento, vísteis salir a la hija de don Juan sin que se presentara el paje.

—Puedo asegurarlo, puesto que no me sucede lo que a vuestra majestad y segura estoy de que no duermo ni he perdido la razón.

—Hoy venís a decirme que hemos triunfado, venís para que nos gocemos con el triunfo y yo, por si alguna duda os queda...

—Ninguna.

—Sin embargo, os daré la prueba de que por esta vez no hemos conseguido burlarnos del diablo y de su capa.

Y al decir esto Felipe II, entregó a doña Ana de Mendoza la carta de la abadesa y la de su educanda

La ilustre viuda miró aquellos papeles, vió la firma del paje y exhaló un grito de rabia.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Fulgor siniestro se escapó de sus pupilas.

Temblaron sus manos y sus labios se contrajeron violentamente.

Leyó una y otra vez.

—¡Oh! — exclamó al fin con voz entrecortada.

—¿Comprendéis ahora? — preguntó el rey con una calma que en aquellos momentos era espantosa.

—Esto es incomprensible.

—Pero la hija de don Juan...

—No lo sé, no lo sé — replicó la viuda con voz que indicaba su creciente arrebato.

—La vísteis salir del convento.

—También la vió la superiora y en esta carta lo afirma; y si yo soñaba, ella debió soñar también y cuantos se encontraban allí; y como también sueña vuestra majestad y el señor Antonio Pérez, será preciso reconocer que nadie está despierto más que el maldito paje.

—No se presentó...

—Señor, no lo entiendo, no lo entiendo.

—Pero si es verdad que se burlan de nosotros.

—La hija de don Juan está camino de Burgos; así debemos suponerlo, puesto que no sabemos otra cosa.

—¿Y bien...?

—Ha desaparecido esa otra educanda... ¿Qué nos importa?

—¿Y por qué el paje, al sacar a la educanda del convento asegura que la hija de mi hermano no será monja? Y puesto que allí se encontraba el paje al mismo tiempo que vos y... Me confundo, señora, porque es imposible adivinar la relación que hay entre mi sobrina y la otra y por qué el paje engaña al hortelano y al sacristán y estando en el convento deja que se lleven a la que él quiere salvar y se ocupa de la que quizá no conoce y después de todo esto dice que ha triunfado.

—Quiero ir al convento.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Os dais por vencido, señor; pero yo quiero luchar, luchar hasta vencer o morir, porque así lo exige, no solamente mi reposo, sino mi dignidad, que vale más que mi vida.

—¡Que me doy por vencido...! ¿Puedo hacer algo? Y, sobre todo, mal puedo apreciar lo que sucede cuando no lo entiendo.

—Si vuestra majestad me autoriza...

—Para todo.

—Entonces me presentaré en el convento...

—En mi nombre.

—Gracias, señor.

Salió la princesa.

En una de las antesalas la esperaba Inés.

Dejaron el alcázar y entraron en el coche, que estaba frente a la puerta principal.

—A Santo Domingo el Real — dijo la viuda.

El pesado vehículo se puso en movimiento.

Inútilmente se molestaba la ilustre dama, puesto que la anciana superiora no podía dar explicaciones sobre el extraño suceso que nadie entendía.

Capítulo LXVIII

SIGUE LA CONFUSION

DOÑA Ana de Mendoza fué recibida inmediatamente y con toda clase de consideraciones por la superiora de Santo Domingo.

Muy difícilmente se dominaba la viuda y apenas saludó a la anciana, le dijo:

—Vengo en nombre de su majestad.

—Bien venida de todas maneras.

—¿Qué sucede? ¿Qué habéis conseguido averiguar? ¿Qué ocurrió anoche antes de que yo viniese y de que saliese la hija de don Juen de Austria?

—Demasiado bien lo sabéis todo — contestó la religiosa, — puesto que nada se os ha ocultado. Venís a pedirme explicaciones para comprender lo que yo misma no entiendo. ¿Qué clase de explicaciones he de daros? Estoy aturdida y con profundo dolor me convenzo de que en este negocio tiene parte Satanás. ¡Jesús!

Se santiguó la abadesa y luego añadió:

—Tranquilidad completa hubo anoche en esta santa casa, y en vuestra presencia salió la hija de don Juan, lo cual prueba que la he guardado bien.

—Pero después...

—La educanda quedó en su celda y nos entregamos al reposo.

—¿Y esa joven?

—Ha desaparecido; pero me parece que nada os interesa lo que ha hecho esa infeliz criatura.

—Pero su carta...

—Dice la verdad, pues muchas veces me había suplicado que yo emplease toda mi influencia para conseguir que su padre le permitiese profesar. Su inclinación a la vida religiosa era tal, que sin la vida del claustro no había para ella dicha posible. En cuanto a virtud, era un modelo, y a pesar de sus pocos años y de que no se había honrado con los votos que debían separarla para siempre del mundo, todas la respetábamos por la santidad de su conducta. Creo que, efectivamente, ha ido a buscar refugio en otro convento, y aunque es grave la falta que ha cometido, merece perdón en gracia de las intenciones que la guían.

—Pero con toda su virtud, con todo el horror que el mundo le inspira, se ha confiado a un hombre muy peligroso en todos sentidos, y que es hereje para que nada malo le falte.

—Eso es lo que en gran cuidado me pone.

—¿Y cómo se explica semejante conducta, tratándose de una mujer tímida y escrupulosa hasta la exageración?

—Pero también inocente, cándida, y con mucha facilidad la habrán engañado. ¡Dios la proteja, porque si ese hombre es tan malo como decís!...

—¿Lo dudáis?

—Nada dudo.

—¿Y por qué nuestro enemigo dice en la carta que no será monja la hija de don Juan?

—Señora princesa, si yo tuviese el don de adivinar...

—En cambio — replicó doña Ana sin poder contenerse, — creo que tenéis la obligación de vigilar muy cuidadosamente...

—Señora, lo que yo creo es que su majestad no os ha mandado que vengáis para enseñarme mis obligaciones, porque cuando se trata de lo que debo hacer en este santo recinto, no reconozco má autoridad que la del prelado.

—Es que este asunto está relacionado con otro grave...

—¿Y qué importa? Yo nada tengo que ver con las cosas del mundo — replicó grave y severamente la superiora, que era muy celosa de su autoridad y de sus fueros.

—¿No os entregaron la hija natural de don Juan de Austria?

—Sí.

—¿No érais responsable de lo que ella hiciese?

—Sí.

—Pues entonces...

—La he devuelto en vuestra presencia, y cuando de aquí salió cesó mi responsabilidad.

—Pero en cuanto a la educanda...

—Es cuenta mía, señora princesa, y así podéis decírselo al rey. Su padre me la entregó, y a nadie más que a su padre tengo que responder.

—Está bien; pero no os opondréis a que yo interrogue a los que han ayudado al hereje.

—Ahora mismo quedaréis complacida.

—Y según lo que resulte, se dispondrá para castigarlos.

—A mí solamente me toca castigar por las faltas que aquí han cometido los criados de la comunidad, y sobre este punto es inútil que os empeñéis en discutir, pues no transigiré, no haré ninguna concesión.

Convencióse la viuda de que a la anciana le sobraba energía cuando se trataba de su autoridad y se concretó a decir:

—Interrogaré a esos hombres cuando lo dispongáis.

Tocó una campanilla la abadesa y dijo a la novicia que se presentó:

—Que traigan al hortelano.

Pocos minutos después se presentaba el infeliz, pálido como un difunto, temblando y poseído de terror.

—¡Reverenda madre! — exclamó en tanto que se dejaba caer de rodillas y cruzaba las manos. — ¡Compadecedme!

—Levantáos, escuchad a esta señora y responded clara y terminantemente.

El desdichado se puso en pie y miró a la dama como el reo mira al juez que ha de sentenciarlo.

—Decid ante todo, dónde y cómo habéis conocido a ese hombre que anoche se introdujo aquí.

—¡Ah!, mi noble señora... Ese hombre vino a buscar una yerba que tenemos y es muy eficaz para los males de corazón, y se la dí, porque así me lo tiene mandado la muy reverenda madre, y me habló de muchas cosas y... No acierto a explicar cómo se turbó mi entendimiento, cómo pudo trastornarme ese hombre con sus falsas palabras hasta el punto de que acepté una cena que me ofreció para que probásemos un vino de su cosecha. Confieso que el pecado de la gula fué mi debilidad; pero tal era mi buena fe, que no tuve inconveniente en convidar a mi amigo el sacristán.

—¿No ha venido más que una noche? — le preguntó la princesa.

—No más que una.

—¿Qué preguntas os hizo?

—Me habló solamente de su vino

—Mentira.

—Juro que es verdad.

—Ese hombre ha necesitado averiguar cuál era la celda de la novicia.

—¿Y cómo habíamos de decirle lo que no sabíamos? No conozco el interior del convento, y pongo por testigo a la muy reverenda madre que me escucha. Lo único que ha sucedido es lo que acabo de decir. Nos embriagamos, porque el vino era muy fuerte y muy añejo, y aprovechando la ocasión de que estábamos dormidos... Lo que hizo no lo sé, noble señora.

—La verdad la diréis en la Inquisición y cuando os pongan un tormento.

—¡La Inquisición! — exclamó el hortelano, que se sintió desfallecer.

Y volvió a caer de rodillas, a suplicar y a jurar que no había mentido.

Posible era el suceso tal como lo refería.

La princesa sufría mucho, porque era una derrota volver a palacio sin haber conseguido poner en claro el asunto.

—Que se lleven a este hombre — dijo.

—Pero yo no quiero ir a la Inquisición, no es justo, no hay motivo, porque...

—Basta.

—Reverenda madre...

—Tranquilizáos, que no os abandonaré — dijo la anciana.

Estas palabras devolvieron un tanto las fuerzas al hortelano, que salió mientras la superiora disponía que llevasen al sacristán.

No se turbaba éste como su compañero, y entró haciendo profundas reverencias y diciendo:

—Aquí estoy, madre, con la conciencia tranquila, porque si he cometido alguna falta, es leve, y bien merezco perdón por mi arrepentimiento y en compensación de mis buenas obras.

Y luego, mirando a doña Ana, a la que alguna vez había visto y pudo conocer, exclamó:

—¡Ah!... La noble, muy ilustre y muy eminente señora princesa de Eboli... Honradísimo me considero.

—Escuchad a la señora princesa y responded — dijo la superiora.

—Esa es mi obligación. Supongo que se trata del suceso de anoche, y sobre tan desagradable asunto es muy poco lo que tengo que decir.

—¿Dónde habéis conocido al hombre que anoche os engañó?

—En el aposento del hortelano, que me convidó a cenar y acepté, porque cenar con un compañero no era un crimen. Además, como el buen hortelano me acusa de orgulloso, para probarle que no lo soy accedí y luego...

—¿Qué hicisteis?

—Cenar, remojando el tragadero con un poco de vino del que trajo ese mancebo diabólico.

—¿Y de qué hablasteis?

—Del vino también, sobre cuyas condiciones se entabló disputa, y no sé cómo pudo ser; pero es el caso que me dormí, y al despertar me encontré frente a la muy reverenda madre, y con el respeto que le debo escuché sus reconvenciones y amonestaciones. Dicen que ha desaparecido la educanda a quien todos mirábamos como raro modelo de virtudes, y que en este sagrado recinto ha penetrado un ser diabólico. Verdad puede ser todo eso, pero yo no lo he visto.

—¿Y la otra joven?

—Se la llevaron, y por cierto muy bien guardada — respondió el sacristán.

Muchas preguntas siguió haciendo la princesa al sacristán, pero nada consiguió, y cansada al fin, puso término al interrogatorio.

—¿Queréis más? — preguntó la superiora.

—Nada.

Decidle a su majestad que cuide de la hija de su hermano, pues en cuanto a la otra, yo haré lo que me parezca más conveniente.

La ilustre viuda se despidió y salió, volviendo a su casa para seguir cavilando.

Una hora después le pareció que un rayo de luz penetraba en su inteligencia.

—No — murmuró, — no quiere decir el paje que se haya llevado a la hija de don Juan, sino que estorbará que profese, y por consiguiente todo esto no tiene más valor que el de una amenaza. Sí, ahora lo comprendo todo.

Y segura de no equivocarse volvió otra vez a palacio.

No quedó convencido el monarca; pero dispuso que se adoptasen nuevas precauciones, y poco después salían algunos jinetes para Burgos.

Así malgastaron las horas de aquel día.

La princesa había trazado muchos planes, y cuando anocheció, escribió al señor Antonio Pérez, diciéndole que necesitaba hablarle, y dirigiéndole frases de ternura inmensa.

Luego llamó a Inés, diciéndole:

—Has de salir.

—Estoy dispuesta.

—Esta carta para el señor Antonio Pérez.

—La llevaré ahora mismo.

—Ya sabes lo que has de hacer.

—¿Debo esperar contestación?

—No la necesito.

—Pues dadme la carta.

—Inés, no olvides que este asunto...

—Ya he dado algunas pruebas de lealtad.

—Y ya sabes cómo recompenso a los que me sirven bien.

—¿Nada más tenéis que mandarme?

—Nada.

—Si me permitiéseis que después de entregar la carta fuese a ver a una parienta mía que vive cerca de Santa Catalina.

—Puedes hacerlo, porque ahora para nada te necesito.

—Gracias, mi noble señora.

La sirvienta salió y la dama volvió a entregarse a sus muy desagradables pensamientos.

Capítulo LXIX

EL PAJE SIGUE REUNIENDO PRUEBAS

SALIO Inés, y al llegar a la esquina tuvo que detenerse, porque se encontró con el paje.

—¡Ah! — exclamó la doncella.

—¿Te sorprendes?

—Sí, porque no te esperaba esta noche.

—Pero si la sorpresa es agradable...

La respuesta de Inés fué una mirada intensa.

—¡Cuánto te amo! — exclamó Luis.

Hizo un gesto Inés de duda, porque no se olvidaba de que el mancebo era el célebre diablo, o lo que es igual, un personaje, mientras que ella representaba en el mundo el más humilde papel.

—Te juro — dijo Luis, — que tu mayor fortuna es haberme conocido, y que serás dichosa cuando termine esta lucha.

—Dios lo quiera.

—Por de pronto estás trabajando en favor de la justicia, y has de ser recompensada como mereces.

—Si no he de ganar más que dinero.

—Y cuanto pueda hacerte feliz.

—Hablaremos otro día, porque ahora...

—Supongo que vas a casa del señor Antonio Pérez.

—Sí.

—Y supongo también que llevas una carta.

—No te equivocas.

—Me la darás, hermosa Inés.

—Pero...

—¿Espera contestación tu señora?

—No.

—Pues entonces, ¿qué temes? No ha de descubrirse la verdad sino cuando ya no sea tiempo de que te castiguen, y en último apuro yo te protejeré, que es cuanto necesitas, pues sabes que para mí no hay nada imposible.

—Te dí la otra carta...

—Sí, una del señor Antonio Pérez; pero no es bastante.

—Tiemblo, Luis.

—Si eres cobarde, no te amaré.

La doncella no sabía resistir al diabólico paje y le entregó la carta.

—Ahora — dijo Luis, — deseo saber lo que hoy ha hecho tu señora.

—Salió conmigo.

—Y fuisteis a palacio, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y tu señora vió al rey, y luego...

—Muy desagradable debió ser el resultado de la entrevista.

—Mucho más desagradable de lo que puedes imaginar.

—Inmediatamente fuimos al convento de Santo Domingo el Real y cuando mi señora salió, estaba pálida y temblaba y apenas el coraje la dejaba hablar.

—No es posible que haya entendido...

—¿Qué?

—Continúa, mi querida Inés, que oportunamente te daré explicaciones.

—Volvimos a palacio y luego a casa. Mi señora ha llamado a todos esos miserables que la sirven y les ha amenazado terriblemente para el caso en que no consigan descubrir tu paradero.

—Y, sin embargo, me tienen tan cerca...

—¡Dios mío!

—Tranquilízate.

—¿Pero qué significa todo esto? ¿Por qué no has de darme explicaciones? ¿Qué tienes que ver con las monjas de Santo Domingo Real?

—Si es que crees que enamoro a una monja....

—No.

—En el convento había una novicia cuya suerte interesa a mi señora doña Blanca.

—¿Y tú...?

—Al lado de mi señora está ya la novicia.

Inés fijó una mirada de asombro en Luis.

Este añadió:

—La lucha toca a su fin y antes de ocho días habré triunfado.

—No olvides que hay muchos asesinos que te buscan.

—Y me buscan también los esbirros de la Inquisición.

—¡Dios bendito! — exclamó la doncella con el terror que inspiraba el Santo Oficio.

—Pero cuento con grandes recursos para defenderme y aun para aniquilar a mis enemigos.

Así continuaron la conversación por espacio de media hora y en tanto que recorrían algunas calles.

Despidiéronse después de cruzar algunas frases de ternura.

Intranquila y muy preocupada volvió a su casa Inés, porque era demasiado grave la al-

tuación para que tranquila pudiese estar.

Aunque no probable, era posible que aquella misma noche llegase a saber la princesa que se había perdido la carta.

Y sucediendo así, ¿cómo se justificaría la sirviente?

No le quedaría más recurso que decir que la carta se le había perdido: pero semejante excusa no sería bastante para que la perdonase su señora, siquiera porque ésta tenía necesidad de desahogar su ira.

Apenas de Inés se había separado el paje, exclamó:

—¡He triunfado!

Efectivamente, aquella carta era un tesoro y un arma terrible para aniquilar a la viuda, puesto que probaba su amor al ministro y las relaciones que secretamente sostenía con éste.

A su pobre vivienda volvió el paje.

Sin otra novedad pasó aquella noche.

A la mañana siguiente estaban hechos todos los preparativos para el viaje al castillo del barón, donde debía quedar la bellísima hija de don Juan en compañía de su madre, que iría a reunirse con ella.

Ana esperaba el momento de partir y estaba triste y silenciosa mirando a hurtadillas al paje, el cual también silencioso y pensativo la contemplaba con enamorados ojos y comparaba su pasión sin esperanza alguna con la felicidad de Blanca y del marqués, comparación que le atormentaba horriblemente y a veces le hacía fruncir el ceño y apretar los puños, sobre todo si el demonio de los celos le picaba en la vanidad y en el egoísmo, que es donde siempre pican esos enemigos del reposo, hiel del amor, extravío del juicio y aberración de los sentidos.

—¡Qué hermosa es! — pensaba el paje. — ¡Oh...! ¡Y me la arrebatarán! ¡Habré sacado de su nacarada concha esa perla para que otro hombre la abrigue en su corazón.

—¡Y quieren que le olvide! — decía para sí la niña. — ¡Pero él no me ama! ¡Soy una niña sin nombre, sin experiencia...! ¡Ah...! ¡Dios mío, he encontrado la desgracia donde pensé encontrar la dicha...! ¡Feliz cien veces la mujer que logre conquistar ese corazón grande y noble, tan grande y tan noble como ninguno...! ¡Llora y consúmete, pobre corazón mío; llora y consúmete en silencio hasta que el tiempo o la muerte apaguen el fuego que te devora!

Tal era el estado en que se encontraban nuestros amigos y sólo esperaban la vuelta de Santiago, que había ido en busca de una litera para emprender la marcha al castillo.

Primero debían salir de la casa Ana en la litera y el capitán siguiéndola a corta distancia hasta llegar fuera de la Puerta de Moros, donde se tendría para éste un caballo.

Inmediatamente tomaron el camino de Toledo, deteniéndose en una posada a poca distancia de Madrid y esperando allí a doña María de Mendoza.

Este plan se realizó felizmente.

Capítulo LXX

COMO SUPO DON DIEGO QUE SU HIJA HABIA DESAPARECIDO

A la mañana siguiente se levan don Diego de Mendoza a la ho de costumbre, es decir, poco de pués de amanecer, porque e madrugador.

Estaba tranquilo en cuanto p ra él era posible la tranquilidad, pues el d anterior había visto al rey y éste no le hab dicho más sino que ya no tenía para qué oc parse en el asunto de su nieta Ana, porque encontraba en camino de Burgos y muy bie guardada y que nada debía temerse, por l precauciones de todo género que se había adoptado.

Ni una sola palabra había cruzado sobre es asunto el caballero con su hija y se concret a preguntar por ella cuando llegó la hora d almorzar y no la vió.

—No ha salido de su aposento — le respo dieron los criados.

—Pues ved si está enferma.

La dueña a quien conocemos ya, se acerc a la puerta del dormitorio y dió algunos go pes y como no recibiese contestación, acercó l labios al ojo de la cerradura y dijo en v bastante alta:

—¡Mi noble señora!

Tampoco le contestaron.

Llamó otra vez y luego exclamó:

—¡Jesús asista...! ¿Pues qué le sucede a señora..? Debe estar enferma y tan gravemen te que haya perdido el conocimiento, pues me oye ni me contesta. Tengo miedo de entra y... Lo peor es que hace algunos días acostum bra a cerrar con llave... No, no haré nada s dar parte al señor.

Y la dueña, pálida y temblando, fué en bus ca de don Diego, diciéndole con angustios tono:

—Yo no sé lo que pasa, no lo entiendo, n lo adivino. Supongo, es decir... En fin, vues tra señoría...

—¿Q u e r é i s acabar? — interrumpió do Diego.

—Dios nos escuchará, porque es misericor dioso y...

—¡Vive el cielo...! Os he mandado llama a mi hija. ¿Por qué no viene?

—Lo ignoro, pues no he querido entrar en s aposento.

—¿La habéis llamado?

—Y no me responde y...

—¡Oh! — exclamó don Diego.

Se contrajo su frente más de lo que estab y su mirada se tornó sombría.

A pesar de lo mucho que había sufrido co las debilidades de su hija, era su hija al fin la amaba, porque a su paternal amor no s oponía su exagerada severidad.

Creyó que doña María estaba enferma y qu tal vez su enfermedad había sido producida po

el dolor de verse separada para siempre de la hija de su fatal pasión.

Así discurría don Diego en tanto que llegaba a la habitación de su hija, empujaba la puerta, que cedió sin dificultad y entraba.

Empero no se encontraba allí doña María.

A todos lados miró el caballero y quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

También entró la dueña y exclamó:

—¡Virgen santísima...! ¡No está...! ¡Ha desaparecido...! ¡Horror...!

Y también quedó inmóvil.

En el semblante de don Diego iba pintándose gradualmente la espantosa borrasca que agitaba su espíritu.

Por un momento había tenido compasión de su hija al creerla enferma y parecióle que su compasión era una debilidad imperdonable.

¿Y por qué doña María tan repentinamente había adoptado la resolución de abandonar la casa paterna?

¿Acaso haciéndolo así mejoraba su situación?

Esto era inexplicable.

No solamente la sorpresa, sino también la ira aturdió al caballero.

No acertaba a discurrir, no se daba clara cuenta de la situación y sus ideas eran vagas y confusas.

Dudó si sus ojos le engañaban o si estaba despierto o dormido bajo la influencia de la más horrible pesadilla.

Se pasó las manos por la frente como para disipar la nube que en aquellos terribles momentos oscurecía su inteligencia.

Volvió a mirar a todos lados.

—¡Oh! — murmuró con voz sorda.

—No está, mi noble señor, no está — dijo la vieja.

—Dejadme.

—¿Pero cuándo se ha ido? ¿Y por qué? ¿Y a dónde?

—Callad...

—Es que...

—¡Vive Dios! — exclamó fuera de sí don Diego.

La dueña se alejó temerosa de pagar ajenas culpas.

El caballero se esforzó para recobrar la calma.

Ante todo quiso ver si su hija había dejado alguna huella, alguna señal que sirviese de punto de partida para hacer suposiciones con algún acierto.

Bien pronto encontró lo que buscaba, pues sobre una mesa vió un papel escrito.

La letra era de doña María.

Leyó el anciano con tanta ansiedad como temor lo siguiente:

"Mi amado y respetable padre y señor: Cometo una segunda falta; pero lo hago para cumplir un deber. Fuí débil y tuve una hija, que es testimonio de mi debilidad; pero tengo la obligación de hacerla feliz.

De vos me separo, tal vez para siempre y lo que en estos momentos sufro, nadie lo comprendería. Mi corazón de hija está destrozado, yo misma lo destrozo, porque a ello me obliga mi corazón de madre.

Dios, que es infinitamente misericordioso, ha tenido piedad de mí, se ha dignado escuchar mis súplicas y ha conseguido salvar a mi hija de la desgracia que le amenazaba. Ya no será monja; no hay poder humano que violente sus sentimientos y su voluntad; vivirá para su pobre madre y su madre para ella; vivirá para el hombre que la ame como merece.

No nos busquéis, porque no nos encontraréis. No debo ocultar que la salvación de mi pobre hija la debo al hombre generoso a quien injustamente se acusa y se persigue y a quién, no sé por qué, han dado en llamar el diablo.

Saldremos de España en la primera ocasión que nos ofrezca seguridad y entretanto, será imposible descubrir nuestro asilo.

Perdonadme, padre mío; os lo suplico en nombre de mi virtuosa madre que está en el cielo.

Soy muy desgraciada, sufro mucho y bien castigada estoy por las faltas que he cometido.

Adiós para siempre, mi querido padre, adiós".

Nada más decía el escrito.

—¡Que se ha salvado su hija! — exclamó don Diego. — ¡Que ya no será monja! ¿Pues no está camino de Burgos? ¿No la sacaron de Santo Domingo sin ninguna dificultad? ¿En qué consiste el triunfo? Esto es para perder el juicio... Verdad debe ser que su hija se encuentra libre, pues de otra manera no se comprende lo que ha hecho la mía. ¡Por el infierno! Si el rey no se burla de mí, es que otros se burlan del rey. Preciso es aclarar las dudas, hacer algo y... ¿Qué hacer?

Otra vez leyó don Diego y después de reflexionar en cuanto le era posible, decidió ir a ver a Felipe II.

Siglos le parecieron las horas que tuvo que esperar hasta que llegase la oportuna para ver al monarca.

La desaparición de doña María dió lugar a toda clase de comentarios entre los sirvientes.

Por fin llegó el momento y el señor de Mendoza se dirigió al alcázar.

Capítulo LXXI

EL REY VUELVE A TEMER Y A TRANQUILIZARSE, Y EL MARQUES PIERDE LA ULTIMA ESPERANZA

EN vez de calmarse, estaba cada momento más excitado el señor de Mendoza.

Ya conocemos su severidad y su carácter irascible.

Tras la deshonra de su hija, que consideraba su propia deshonra, y después de haber visto frustrada su venganza, no podía resignarse con aquel último golpe.

Su autoridad había sido desconocida, y esto era para él tan horrible como la misma deshonra.

Ya no podía imponer su voluntad a su hija, ya era ésta libre, completamente libre y había conseguido cuanto deseaba.

El convencimiento de su impotencia era verdaderamente horrible para don Diego.

Bien claramente se revelaba en su rostro, descompuesto y lívido, lo que sentía, lo que sufría.

Apenas llegó, fué recibido por el monarca, que le miró y dijo:

—¿Qué sucede?... Vuestra palidez, vuestra agitación son señales de una gran desgracia.

—¡Oh! — exclamó don Diego. — Perdóneme vuestra majestad si pronuncio alguna palabra poco respetuosa; pero mi razón está trastornada y...

—Explicáos, don Diego.

—Señor, mi hija ha desaparecido.

—¡Que ha desaparecido!...

—Anoche, mientras yo dormía.

—Imposible parece.

—Y su hija, el fruto de su debilidad, el testimonio de mi deshonra...

—Ya sabéis que su hija...

—No será monja, ya lo sé.

—¡Don Diego!...

—A estas horas se encuentra al lado de su madre...

—No — interrumpió el monarca, cuya frente se contrajo.

—Lo sé.

—Os equivocáis.

—Tengo la prueba.

—Acabad, don Diego, acabad de explicaros.

—Que mi hija ha desaparecido, que me ha dejado este papel y...

—Veamos.

Tomó Felipe II la carta de doña María y la leyó.

No pudo dominarse hasta el punto de permanecer impasible.

Se arrugó su entrecejo y palidecieron sus mejillas.

—¡Oh! — murmuró con voz sorda. — ¿Es posible que exista una criatura bastante audaz para burlarse de mí?

—Ese hombre, ese paje, ese demonio...

—Quiero salir de dudas.

El monarca tomó la pluma y escribió algunas líneas.

Luego llamó y dijo a un gentilhombre:

—Ahora mismo un correo... A caballo... Que corra, que vuele hasta dar alcance en el camino de Burgos a un coche en que van un sacerdote y una novicia... ¿Entendéis?

—Sí, señor.

—Y quiero contestación muy pronto.

Salió el gentilhombre con el pliego.

—Volved a vuestra casa, don Diego — dijo el rey, — y esperad.

El señor de Mendoza pronunció algunas palabras y salió.

Antes de que transcurriesen veinte minutos se alejaba de Madrid el mensajero que llevaba la orden del rey y la de no detenerse un solo instante.

No tenemos necesidad de seguirle paso a paso.

Debía alcanzar a los viajeros, que no caminaban muy aprisa y los alcanzó sin experimentar más contratiempo que el de reventar un caballo y detenerse en una posada para comprar otro por lo que quisieran pedirle.

Cerca de otra posada encontrábanse también con la escolta, el sacerdote y la novicia.

—¡En nombre del rey, detenéos! — gritó el mensajero.

Y el carruaje se detuvo, asomando por una ventanilla la cabeza del sacerdote que, como había recibido instrucciones muy precisas, empezó a temer que se le tendiese algún lazo.

—¿Qué queréis? — preguntó.

—Este pliego que manda su majestad se os entregue.

La joven empezó a temblar, creyendo que se había descubierto la intriga.

El buen sacerdote leyó y tuvo que convencerse de que ningún lazo se le tendía.

—Se me exige respuesta — dijo.

—Y su majestad la quiere pronto.

—Ahora mismo no puedo darla, porque no tengo lo necesario para escribir, pero ya que estamos cerca de esa posada, avanzaremos un poco más.

—Puesto que es preciso, así lo haremos

Llegaron a la posada.

El huésped, su mujer y la criada acudieron haciendo reverencias, porque al ver el coche y la escolta, comprendieron que se trataba de muy elevados personajes.

El sacerdote, muy escrupuloso en el cumplimiento de su deber, mirando ante todo por el pudor y recato de la que iba a ser esposa de Jesucristo, le dijo al posadero:

—Preparad una habitación que no tenga comunicación con ninguna otra, porque ha de ocuparla una dama, y, además, necesito otro aposento para mí. En cuanto a la gente que me acompaña, acomodadla lo mejor que sea posible.

—Pero entretanto pueden vuestras señorías salir del coche.

—No, no.

—Ni un solo viajero hay en mi casa, y, por consiguiente...

—Tanto mejor.

Preparadas estaban todas las habitaciones, y, por consiguiente, muy pronto volvió el posadero.

—Los curiosos están de más — dijo el sacerdote.

Y añadió dirigiéndose a la novicia:

—Recatad bien el rostro y venid.

Obedeció la joven, que aún temblaba, y a los pocos minutos se encontró en el aposento que debía ocupar.

En otro inmediato se instaló el sacerdote, y su primer cuidado fué escribir lo siguiente:

"Señor: Hasta este momento nada de particular ha sucedido, y tengo la honra de participarlo a vuestra majestad, en cumplimiento de su orden, que acaban de entregarme.

"La novicia no me ha dado el más leve motivo de queja, y ni siquiera me ha molestado con preguntas. Parece que ha comprendido que se le hace un bien, y aunque debe sufrir, está

resignada. Alguna vez la he visto llorar; pero esto no me sorprende, porque tengo en cuenta que se ha separado para siempre de su madre.

"No hemos encontrado más que viajeros pacíficos, y en todas partes se nos trata con el mayor respeto.

"Enviaré otra carta con mensajero distinto del que ha traído la de vuestra majestad.

"Nada temo, señor, y espero que Dios me proteja para llegar felizmente a Burgos.

"Siempre de vuestra majestad el más fiel vasallo, etcétera".

Firmó y cerró la carta el sacerdote, llamando luego a uno de los soldados de la escolta y mandándole que inmediatamente partiese para Madrid.

Al otro mensajero le dijo:

—Vos seguiréis con nosotros, porque así es menester para el mejor servicio de su majestad.

—Conste que yo estoy dispuesto a volver a Madrid inmediatamente, aunque estoy medio reventado.

—Habéis cumplido vuestro deber y podéis descansar con descuido.

—Pues entonces, voy a dormir.

La joven hubiera querido que le dieran explicaciones sobre la carta del rey; pero no se atrevió a pedirlas; y, al fin, empezó a tranquilizarse, porque ni una sola palabra se le dijo que indicase haberse descubierto la intriga.

El nuevo mensajero llegó a Madrid con toda felicidad.

El rey leyó una y otra vez la carta del sacerdote, y para que ninguna duda le quedase, llamó al soldado y le hizo muchas preguntas con respecto al viaje.

Nada había sucedido, nadie había molestado a los viajeros.

¿Qué significaba, pues, la carta de doña María?

¿Por qué aseguraba que su hija estaba ya en salvo y no sería monja?

¿Y por qué el paje había dicho lo mismo en la carta de la joven que tanto empeño mostraba en profesar?

Después de mucho reflexionar pensó el rey que ya que otra cosa no habían conseguido, proponíanse sus enemigos mortificarle.

Consultó con Antonio Pérez.

Dió noticias de todo a la princesa.

Luego llamó a don Diego, le entregó la carta del sacerdote y le dijo:

Leed y os convenceréis.

—No lo entiendo, señor, no lo entiendo —dijo el señor de Mendoza después de haber leído.

—Supongo que quieren mortificarnos, y nada más.

—Pero sí es muy cierto que mi hija ha desaparecido.

—La buscaremos.

—Nadie ignora ya el suceso, y nuestro honor anda mal parado en boca de los murmuradores.

—¿Y acaso podemos remediarlo?

—Pues por eso mismo, señor, el coraje me ahoga, y acabará por quitarme la vida.

—Don Diego, preciso es resignarse

—¡Resignación cuando se trata de la honra!

—Cuando se trata de todo, porque Dios lo manda así.

No esperaba el señor de Mendoza más consuelos ni auxilio del monarca, y pidiendo licencia se despidió y salió.

Aquel mismo día y mientras estaba don Diego en palacio, el marqués de Poza fué a visitar a doña María, con la esperanza de que ésta pudiese decirle ya dónde se encontraba el paje; pero el criado que le recibió, le contestó tristemente:

—No veréis a mi noble señora.

—Ya sabéis que a todas horas me recibe.

—Sí, lo sé; pero...

—¿Está enferma?

—Supongo que goza de perfecta salud.

—¡Que lo suponéis!

—¿Para qué he de ocultaros lo que todo el mundo sabe?

—¿Pues qué ha sucedido? — preguntó el de Poza con ansiedad.

—Mi noble señor está medio loco, y todos estamos aturdidos y... En fin, nadie lo entiende.

—Pero...

—Ha desaparecido mi noble señora.

—¡Que ha desaparecido!

—Ni más ni menos.

—Lo que decís...

—Doña María se acostó, y por la mañana ya no la encontramos.

Mortal palidez cubrió el rostro del de Poza. Se desvanecía su última esperanza.

Algunos minutos pasaron sin que le fuese posible articular una sílaba.

Luego siguió pidiendo explicaciones; pero el criado no podía decir más sino que su señora había desaparecido.

Salió el marqués de la casa, reuniéndose a Juan, que le esperaba a la puerta.

—¿Otra desgracia? — preguntó el criado al ver el rostro pálido y la mirada sombría de su señor.

—Ya no hay esperanza.

—¡Por Satanás!... ¿Qué sucede?

—Ha desaparecido doña María, y nada más se sabe. ¿A quién he de acudir? ¡Oh!... No encontraré a Blanca, no la encontraré...

—Y yo acabaré por matar al fraile, que lo sabe todo y calla, aunque os ve morir.

—No conoces a fray Bernardo.

—Sí, lo conozco demasiado bien, es un bribón.

—Tiene una gran fuerza de voluntad, y le sobra valor para morir. ¿Qué adelantaríamos con amenazarle? Además, nos ha hecho un gran beneficio.

—Porque le convenía.

—Pero ello es que nos ha salvado.

—Señor, yo no soy tan escrupuloso de conciencia como vos, es decir, que tengo una conciencia muy parecida a la del padre Bernardo.

—Peor para tí.

—Prometed al fraile que convenceréis al señor Luis, que le obligaréis a aceptar la alianza...

—No debo prometer lo que no puedo cumplir,

—¿Y qué importa?

—¡Juan!...

—Os aconsejo que hagáis lo que el dominico haría en vuestra situación. Por de pronto encontraréis a doña Blanca, y...

—Aunque me fuese posible violentar hasta ese punto mi conciencia y cometer semejante abuso, nada conseguiría para nuestra felicidad, porque fray Bernardo se vengaría muy pronto, y acabaríamos la lucha en los calabozos de la Inquisición.

—¡Fuego del infierno!... Tenéis razón; no me había ocurrido semejante cosa.

—Es precisar aguardar y sufrir.

—Y así estaremos hasta el fin del mundo, corriendo los unos tras los otros sin encontrarnos jamás.

—Porque así lo quiere mi negro destino.

—¿Adónde hemos de ir ahora?

—A nuestra casa, porque necesito descansar y reflexionar.

—Pues vamos.

Hablando así llegaron a su pobre vivienda.

El marqués de Poza quiso quedarse solo para entregarse con más libertad a sus pensamientos.

Juan y el doctor se ocuparon en hacer comentarios sobre lo que acababa de suceder.

Aún no habían transcurrido diez minutos, cuando el dominico se presentó.

Capítulo LXXII

EL FRAILE SIGUE SU SISTEMA

FIJOSE en el marqués la mirada penetrante del dominico, cuyo rostro expresaba lo mismo que siempre, la dulzura, la mansedumbre, la tranquilidad más completa.

—¡Bendito sea Dios! — dijo. — Otra prueba, ¿no es verdad...? Me lo dicen vuestros ojos... Lo siento, señor marqués; pero creedme, no puedo remediarlo y la culpa no es mía, sino de vuestro amigo, cuya vanidad lo ciega.

—La culpa no es de nadie más que de mi desdicha. Debo morir sufriendo horriblemente, ya lo sé.

—¿Habéis perdido la esperanza?

—Sí, porque cada día se presenta un obstáculo, cada día es más horrible mi situación.

—La esperanza no se pierde sino después de haber perdido la fe

—Y yo...

—Cuidado, que estáis muy cerca de decir una impiedad.

—Padre...

—Dios os ha dado la voluntad para que os dominéis.

—Pero hay momentos...

—Decidme lo que os ha sucedido, si es que os parece que debo saberlo, pues no me ofenderé si sois reservado.

—Vos que lo sabéis todo...

—No tanto, señor marqués.

—He ido a ver a doña María de Mendoza, que era la única persona que podía decirme dónde se encontraban mis amigos.

—Supongo que doña María está muy preocupada con la suerte de su hija, de la hija de don Juan.

—Algo muy grave debe de haber sucedido en ese negocio.

—No lo sé.

—La hija de don Diego ha desaparecido.

—Pues eso os prueba que la otra...

—Permitidme reflexionar.

Guardó silencio el fraile y después de algunos momentos dijo:

—No acabo de entenderlo bien.

—Yo nada comprendo.

—Sacaron de Santo Domingo el Real a la joven para llevarla a las Benedictinas de Burgos y sin embargo... ¡Oh...! El paje debe haber hecho una de las suyas.

—Ello es que doña María...

—Averiguaremos.

—¿Y qué me importa que averigüéis? —preguntó el de Poza. — Si no habéis de decirme dónde se encuentra Blanca...

—De vos depende.

—¿Cómo he de prometeros lo que no podría cumplir? Si no os mueve a compasión mi sufrimiento y el de la mujer a quien amo...?

—No siempre puede uno dejarse llevar de los impulsos del corazón. No me supliquéis, porque no conseguiréis más que mortificaros y mortificarme.

—¿Y he de estar así toda la vida?

—Solo Dios sabe lo porvenir.

—Ya conocéis mi situación, padre y por consiguiente...

—Os favoreceré en cuanto me sea posible.

—Gracias.

—Ahora, perdonad si no me detengo, porque me esperan para un asunto de muchísimo interes. Rogaré al Omnipotente que os haga dichoso.

—Perdonad si os lo digo con franqueza; vuestro ruego es un sarcasmo.

—¿Y por qué?

—¿Qué necesidad tenéis de rogar cuando mi dicha depende de vos, cuando no tenéis que hacer más que pronunciar una palabra para que se realicen mis deseos?

—Olvidáis los míos, mis conveniencias, mis intereses.

—Es verdad — dijo con amargura el marqués.

—Nunca he intentado aparecer a vuestros ojos como un hombre generoso que hace el bien sólo por hacerlo, pues con claridad os he dicho que si os favorezco es porque me conviene y no os he pedido gratitud, ni la quiero, ni vos tenéis obligación de agradecerme nada.

—Pues si todo lo miráis bajo el punto de vista de vuestras conveniencias, de vuestros intereses, ¿por qué no me pedís el mayor de los sacrificios...?

—Ninguno podéis hacer que me convenga.

—Si queréis oro, os lo daré a montones.

—¡Oro! — replicó el fraile desdeñosamente. — No lo necesito.

—Entonces...

—Esperad — dijo el dominico poniéndose en pie.

Pusieron término a la conversación.

Salió el padre Bernardo y muy pensativo se dirigió a su convento y entró en su celda.

—¿Qué ha sucedido con la hija de don Juan? — se preguntó. — ¿Por qué doña María de Mendoza ha abandonado su casa? Si la joven está en camino de Burgos y bien vigilada, ¿qué ha de hacer doña María...? No lo entiendo, no lo entiendo.

Al fraile, a pesar de toda su astucia le sucedía lo mismo que al monarca.

Cerca de una hora pasó, haciendo toda clase de suposiciones y deducciones y cuando ya se daba por vencido, abrióse la puerta de la celda y se presentó Luis.

—¡Ah! — exclamó el dominico.

—¿Os sorprende mi visita? — preguntó Luis.

—Sí, porque creí que estábais muy ocupado y lejos de la corte.

—Por esta vez os habéis equivocado, reverendo padre.

—Soy una débil criatura.

—Vengo para seguir pagando la deuda de gratitud que tengo con vos.

—¿Y cómo me la pagaréis?

—De la única manera que es posible, con mi franqueza.

—He sabido que doña María de Mendoza...

—Abandonó su casa para poder estar al lado de su hija.

—¡Al lado de su hija...! Según las últimas noticias que he recibido...

—Creéis lo mismo que todos: que la joven novicia se encuentra camino de Burgos.

—Si la sacaron de Santo Domingo...

—No la sacaron, sino que la dejaron allí y yo me la llevé.

—¿Os chancéais?

—En lugar de la hija de don Juan de Austria se puso otra joven educanda que tiene grandísimo empeño en ser monja y...

—¡Ahora lo comprendo todo!

—Y mientras creen llevar a Burgos a la hija de don Juan...

—¡Y no queréis ser mi aliado! — exclamó el dominico. — ¡Ah...! Con el auxilio de un hombre como vos me atrevo a hacerme dueño del mundo. Aceptad mis ofrecimientos y hoy mismo principiaremos la lucha y a despecho del rey, a despecho de...

—No — interrumpió Luis.

—Os obligaré, o perderé la vida.

—Si lo conseguís, no me quejaré

—Lo queréis y será.

—Seguid escuchando y os diré todo lo que ha sucedido y luego vos, si lo tenéis a bien me daréis noticias del marqués de Poza.

—Y que son de bastante interés.

—Conseguí inspirar confianza al hortelano y lo convidé a cenar en su misma habitación, así como también al sacristán. Los embriagué fácilmente, me metí en el convento y hablé con la hija de don Juan, sabiendo entonces que allí había una educanda que se consideraba la criatura más infeliz, porque su padre no le permitía ser monja y quería casarla. Me ocurrió la idea de hacer dichosas a las dos, nos pusimos de acuerdo y en los momentos en que mi protegida debía partir, la otra se puso en su lugar, bien envuelta en el manto, y...

—No necesito más explicaciones.

—¿Os convencéis ahora de que la hija de don Juan de Austria se encuentra libre y al lado de su madre?

—La travesura os digna de vos.

—Como las personas que guardan a la hija de don Juan no la habían visto nunca, es imposible que comprendan el engaño y el rey y doña Ana de Mendoza seguirán creyendo que han triunfado y que siquiera una vez se han burlado de mí; pero día llegará en que se desengañen y tal vez ese día no está lejano.

—Todo eso lo encuentro bien; pero decidme si a pesar de que cada día conseguís una victoria ha mejorado vuestra situación.

—No lo sé.

—Aún no habéis podido averiguar dónde se encuentra el marqués de Poza y en cuanto a la princesa de Eboli...

—En cuanto a ésa, sí puedo decir que su suerte está en mis manos.

—¿Os consolaríais de vuestra perdición y de la de vuestros amigos con la pérdición de doña Ana?

—Sería un consuelo de estúpido.

—Pues entonces...

—Habladme del marqués, padre.

—Ha estado enfermo; pero ya ha recobrado por completo la salud.

—Doy a Dios gracias.

—Lo habéis tenido en la hostería de Mancioni.

—¡Por el infierno! — exclamó el paje, sin que lo contuviese el respeto debido a un sacerdote. — ¡En la hostería!

—Creyó que allí estaba mas seguro, suponiendo que a nadie había de ocurrírsele ir a buscarlo en el lugar de donde había tenido que huir.

—¡Vive el cielo...! ¡Soy un idiota!

—Más torpes fueron vuestros amigos, pues calcularon sin ningún acierto. Un esbirro de la Inquisición, aquel a quien vuestro amigo el capitán apaleó tan brutalmente, adivinó el plan del marqués, hizo averiguaciones muy hábilmente y cuando tuvo la seguridad de no haberse equivocado, dió parte del descubrimiento al Santo Tribunal.

—¿Y vos?

—No me es posible oponerme a la prisión del que está calificado como hereje.

—Pero sí pudisteis...

—Dejé que el tribunal cumpliera sus deberes, lo cual hizo sin perder un instante.

—¡Dios mío! — exclamó Luis, fijando en el fraile una mirada de indescriptible afán.

—Yo tampoco perdí el tiempo; corrí, conseguí ver al marqués y darle a conocer el peli-

gro que le amenazaba; pero mientras yo hacía esto, los esbirros cercaron la hostería y...

—¡Por Satanás! — gritó fuera de sí el mancebo en tanto que dos centellas se escapaban de sus ojos. — Saldrá el marqués de la Inquisición o no quedará piedra sobre piedra del edificio, ni con vida quedará un solo inquisidor.

—Tened más calma.

—¡Calma...! ¡Vve el cielo!

—Y no juréis así.

—Acabad, padre, acabad.

—El único medio de salvación que le ocurrió a vuestros amigos, fué armar otra función de cuchilladas como la que vos tomásteis parte no hace muchos días; pero nuestra gente, teniendo en cuenta que de los escarmentados nacen los avisados ,adoptó tales precauciones, que la resistencia, no solamente era inútil, sino imposible.

—¿Y al fin?

—Todo se arregló muy fácilmente.

—¡Ah...!

—Cambié de ropa con el marqués, que salió vestido de fraile y echando bendiciones y yo recibí a los esbirros, teniendo buen cuidado de hacer de manera que no me conociesen.

—Gracias, padre mío, gracias... Os debo más que la vida.

—Viendo estáis que cuando me es posible os hago un favor, y, sin embargo, os empeñáis en no ser mi amigo..

—Vuestro amigo, sí

—¿Y mi aliado?

—Jamás.

—Esperaré.

—¿Y sabéis dónde se oculta el marqués de Poza? — le preguntó Luis.

—Claro es que lo sé, pues siquiera por gratitud ha debido confiarme el secreto.

—No os hago más preguntas sobre este punto, porque no me contestaríais.

—La última esperanza de vuestro amigo se desvaneció hace pocas horas, po que fué a visitar a doña María de Mendoza, y supo que la infeliz había desaparecido.

El paje inclinó la cabeza y guardó silencio.

Fray Bernardo lo contempló mientras desplegaba una sonrisa maliciosa.

Después de algunos minutos se puso Luis en pie.

—¿Ya os vais?

—Sí.

—Aún tengo que deciros lo más interesante.

—Os escucho.

—Os he hecho ya muchos beneficios, y quizás sin mi auxilio generoso hubiéseis caído en poder de vuestros enemigos.

—Lo reconozco.

—Desde hoy os dejo entregado a vuestras propias fuerzas y a vuestra fortuna.

—No por eso tengo derecho a quejarme.

—Sé que os amenaza un golpe terrible, el golpe decisivo, porque doña Ana de Mendoza está muy cerca de averiguar dónde os ocultáis.

—¿Y vos tenéis medios de evitar ese golpe? — le preguntó Luis.

—Sí, pero...

—No me los ofrecéis sino a cambio de nuestra alianza, ¿es verdad?

—Así es.

—Pues aún no me doy por vencido.

—Lo siento mucho.

—Tengamos paciencia.

—Que Dios os proteja y os bendiga como yo lo hago en su santo nombre — dijo el fraile, levantando la diestra y haciendo la señal de la cruz.

—Guárdeos el cielo.

Luis salió muy preocupado, porque sabía muy bien que las palabras del dominico tenían un gran valor.

Sin embargo, no quería hacer la alianza, porque en último resultado ésta había de servir para que fray Bernardo hiciese su fortuna, satisfaciendo su desmedida ambición.

¿Qué precauciones podía el mancebo adoptar?

Parecióle que por de pronto le convenía cambiar de vivienda, pues indudablemente la que entonces ocupaba era conocida del dominico.

No sabía Luis que a todas horas y en todas partes era observado por la mirada de un esbirro, que lo espiaba con la habilidad que sabían hacerlo todos los dependientes de la Inquisición.

Cuando salió del convento, y mientras se dirigía hacia el arrabal de San Martín, miró muchas veces a todos lados por ver si alguien lo seguía; pero no pudo descubrir más que transeúntes que no se cuidaban de fijar la atención en él, y empezó a tranquilizarse, cuando advirtió que las personas a quienes encontraba iban unas en dirección opuesta, otras se quedaban atrás sin volver a presentarse, y las demás, por ir muy deprisa, pasaban delante y desaparecían.

Los espías eran cuatro o cinco de muy distinto aspecto en todos sentidos, y tenían tan admirablemente combinadas sus evoluciones, que se sustituían frecuentemente, ya avanzando, ya retrocediendo y cruzándose de manera que no era posible que por espacio de muchos minutos viese Luis a una misma persona.

Ingenioso y astuto era el paje; pero no menos ingenioso y astuto era el dominico.

Santiago esperaba a Luis, y al verlo exclamó:

—¡Ya estoy tranquilo!

—¿Qué temías?

—Lo que temo siempre que salís.

—Tenemos que buscar otra casa, otro escondite.

—¿Hay peligro aquí?

—Así parece.

—¡Mil rayos!.... No nos dejarán un instante de sosiego.

—Paciencia, buen Santiago; la broma es pesada, pero toca a su fin.

—¿Y dónde iremos a parar con nuestros huesos?

—Eso es cuenta tuya.

—Está bien.

—No esperamos más que el regreso del capitán.

—Mañana lo tendremos aquí.

—Pues no pierdas el tiempo, y que Dios te ilumine.

Santiago determinó buscar el nuevo escondite en la parte opuesta de Madrid, y se dirigió al laberinto de estrechas y tortuosas calles de la Morería.

Capítulo LXXIII

EL DOMINICO HACE DE LAS SUYAS

UNA hora después doña Ana de Mendoza se encontraba en la habitación donde ya la hemos visto muchas veces.

Parecía muy preocupada y en verdad que sobrados motivos de preocupación tenía.

Pensaba en los sucesos referentes a la hija de don Juan y también en su situación, que nada tenía de risueña, puesto que aun no le había sido posible aniquilar a sus enemigos y mientras éstos viviesen y estuviesen en libertad, no debía considerarse libre de algún tremendo golpe.

Cavilaba, buscando medios para terminar de una vez aquella lucha que ya se le hacía insostenible.

Abrióse una de las puertas y se presentó Inés.

—¿Qué quieres? — le preguntó la princesa.

—Esta carta que acaban de traer...

—¿De quién?

—No lo han dicho.

—Dame y vete.

Miró doña Ana el sobrescrito sin conocer la letra, se encogió de hombros, rompió el sello, desdobló el papel y buscó la firma.

No la encontró.

—Un anónimo — dijo.

Y empezó a leer con indiferencia; pero muy pronto cambió la expresión de su semblante, escapándose de sus ojos un destello de la más viva alegría.

—¡Ah! — exclamó.

Sus manos temblaron.

Con afán indescriptible fijabase su mirada en el papel.

¿Qué contenía éste?

Las siguientes líneas:

"Entrando en el arrabal de San Martín, a la izquierda, la tercera casa. Allí está el diablo.

El capitán está en Toledo.

En la misma casa debe encontrarse Santiago el tabernero.

Una docena de hombres, mucha calma, mucha paciencia y alguna habilidad para ocultarse en los alrededores de la casa.

Esto es cuanto se necesita.

Más o menos tarde saldrá el diablo y cercándolo repentinamente, no escapará.

Nada perderá la señora princesa por hacer la prueba, pues aunque nada consiguiese, ninguna ventaja daría a sus enemigos.

Quien da este aviso y el por qué, lo sabrá oportunamente la señora princesa".

Nada más decía el papel.

Sospechó la viuda si la tendían un lazo. Pero, ¿con qué fin?

Si la hubiesen dicho que ella misma se presentase, hubiera podido creerse que intentaban asesinarla; pero todo lo peor que podía suceder era que perdiesen la vida algunos de los bribones que la servían, lo cual era lo mismo que no perder nada.

—Sí, sí — dijo arrebatadamente doña Ana, — haré la prueba y al mismo tiempo que va Ginés al arrabal, daré al rey conocimiento de lo que pasa, por si le parece bien que también acudan algunos alguaciles como auxiliares y para que nadie sospeche si se intenta cometer un crimen.

Doña Ana llamó, diciéndole a su doncella:

—Que venga inmediatamente Ginés y entretanto, prepara mi ropa, porque he de ir a palacio.

Obedeció la sirviente, que empezó a perder la tranquilidad, porque adivinó que se preparaba un nuevo golpe contra Luis.

Esforzábase la ilustre viuda para dominar su agitación, que era más violenta cada instante.

Dió cuenta a Ginés de lo que sucedía y le mandó que se pusiera en movimiento.

Ya sabemos que aunque ninguna recompensa prometiesen al desalmado criminal, había de hacer cuanto es imaginable contra Luis, porque su amor propio estaba herido desde que en el camino de Burgos se burlaron de él.

A todas horas podía el desorejado escudero contar con muchos bribones que le ayudasen y por consiguiente, no tuvo que vencer ningún obstáculo para cumplir las órdenes de su señora.

Esta se vistió convenientemente y fué a palacio, siendo recibida por el monarca, que apenas la vió la preguntó:

—¿Qué sucede, señora? Estáis muy agitada y vuestro semblante revela no sé qué de extraordinario.

—¡Ah! — exclamó la princesa. — Empiezo a tener alguna esperanza de que nos apoderemos del criminal, y por consiguiente, no puedo estar tranquila.

—Grave es lo que decís, doña Ana.

—Señor, no quiero entregarme a ilusiones que pueden desvanecerse y vuestra majestad apreciará la situación. Así la responsabilidad no será solamente mía.

—Explicáos más claramente.

—Acabo de recibir este papel — dijo la princesa.

Y entregó el anónimo al rey.

Con la atención que el caso requería leyó el monarca.

Luego quedó pensativo, diciendo después de algunos minutos:

—No os tienden un lazo, puesto que nada conseguirían.

—Eso mismo he pensado y he deducido...

—Pero es posible que se hayan propuesto hacernos concebir esperanzas para que tengamos luego que sufrir el desengaño.

—Semejante resultado no merecía la pena de que nuestros enemigos se molestasen.

—Ciertamente.

—Bien se me alcanza que es sospechoso todo aviso cuando se oculta la persona que lo da.

—Por de pronto consiguen llamar nuestra atención hacia el arrabal de San Martín.

—Por algunas horas no más y bien inútilmente, puesto que no les estorbamos para cualquier cosa que en otra parte intenten.

—Entonces será preciso creer que os dicen la verdad.

—¿Por qué el paje no ha de tener algún enemigo?

—Todo es posible.

—Por de pronto he adoptado algunas medidas, sin perjuicio de hacer lo que vuestra majestad determine y a estas horas se encontrarán ya doce hombres en los alrededores de la casa en cuestión; pero me parece que también deberían acudir como auxiliares algunos alguaciles y un alcalde, pues se trata de un criminal y para prenderlo debe la justicia representar el principal papel.

—Se hará cuanto sea menester, aunque no creo que tan fácilmente nos apoderemos del paje.

—Eso es lo mismo que decir que dudáis...

—Sí.

—Y sin embargo...

—Doña Ana, no todo lo que se siente se explica y lo único que puedo decir es que temo una nueva burla, que si no nos coloca en peor situación, mortificará nuestro amor propio.

Quedó muy pensativa la princesa, porque tantos desengaños y derrotas había sufrido, que ya le parecía imposible luchar con el mancebo.

—Volved a vuestra casa — dijo el rey después de algunos minutos, — que ahora mismo voy a disponer lo que más convenga.

—Pero como nadie nos escucha, podemos entregarnos a ilusiones halagüeñas. Supongamos que ese hombre cae en nuestro poder...

—Recibirá el castigo que merece, a menos que justifique...

Se interrumpió Felipe II y por un momento se tornó sombría su mirada.

Acordábase de la carta que había recibido, carta en la que se hablaba de la falsía de la princesa.

Miró ésta a Felipe II y luego preguntó:

—¿Y qué es lo que ha de justificar el paje?

—La rectitud de sus intenciones — respondió distraídamente el monarca.

—¡La rectitud de sus intenciones...! Dirá que se ha defendido, que ha sido blanco de todas las intrigas, la víctima de todas las injusticias, hablará de la otra época y de la muerte del de Poza, y...

—Nada de eso ha de servirle ante el Tribunal del Santo Oficio, que es el que ha de juzgarle.

—Si es que habéis de entregarle a la Inquisición...

—Así lo he prometido y así lo cumpliré.

—Entonces ya estoy tranquila — dijo la princesa.

—Si consiguen apoderarse del paje, aquí han de traerle; pero enseguida le pondré a disposición del Santo Oficio.

—Eso es lo que procede, porque se trata de delitos contra la religión.

Muy poco más hablaron.

La princesa volvió a su morada.

Capítulo LXXIV

COMO SENTIA Y PENSABA LUIS

SANTIAGO volvió a las dos horas, diciéndole a Luis:

—Me parece que ya tenemos un —nido seguro.

—¿Dónde? — le preguntó el —paje.

—En la Morería.

—¿Y podrá quedar hoy arreglado?

—No lo sé, porque todavía he de ir a ver a un amigo, que es el que más ha de servirme en esta ocasión.

—Bueno, mientras arreglas eso yo voy a pasear por la pradera del Manzanares.

—Es decir, donde encontraréis más gente.

—Buscaré un sitio solitario.

Santiago volvió a tomar su capa y su sombrero y salió.

El paje cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Preguntóse más de una vez si su misión no había terminado.

Ya había librado a Blanca de las iras de la princesa y debía considerarla a cubierto de cualquier otro golpe.

El marqués se había salvado y más o menos tarde, encontraría a la noble doncella.

Había cumplido también lo que prometió a don Juan de Austria.

¿Le era posible hacer más?

Creía que no.

Y si nada más tenía que hacer, ¿qué le importaba morir?

Se pasó las manos por la frente.

Entreabriéronse sus labios para desplegar una sonrisa, degarradoramente amarga.

Tomó su capa y su sombrero.

Salió de la casa sin darse apenas cuenta de lo que hacía.

Capítulo LXXV

LA PRISION

SIN cuidarse de recatar el rostro ni de mirar a su alrededor y con un descuido que pudiéramos calificar de estoico, avanzó Luis paso entre paso hacia el Arroyo del Arenal.

Hasta tal punto estaba distraído, que se había puesto su capa dejando ver el lado blanco, que era ni más ni menos que ir diciendo a todo el mundo: "Yo soy el célebre diablo".

Sólo así puede apreciarse con exactitud la disposición de espíritu del infeliz mancebo.

No, no le arredraba en aquellos momentos ningún peligro, no le importaba la muerte.

Desde el arroyo y hacia el arrabal subían lentamente cuatro hombres, que se detuvieron al ver la capa y otros cuatro se destacaron del ángulo del monasterio.

Otros cuatro hombres aparecieron detrás de Luis.

Todos ellos miraron con asombro la blanca capa y se detuvieron como si vacilaran; pero, al fin, desenvainaron las espadas y avanzaron hacia un mismo punto, resultando así que a los pocos momentos se vió el paje cercado.

Entonces fué cuando se apercibió de la acometida.

Doce hombres, doce espadas, doce rostros contraídos, nerviosamente pálidos y terriblemente amenazadores.

—Daos a prisión, si no queréis morir — exclamó Ginés.

—¡Que me dé a prisión...! ¿Pues qué, no me tenéis ya bien aprisionado?

A este punto llegaban de la conversación, cuando por la parte del arroyo asomó, con seis corchetes, el alcalde a quien ninguna gracia le hacía tener que habérselas con el diabólico personaje, pues aunque le sobraba valor, encontraba muy enojoso lo de andar a cuchilladas para cumplir su deber.

—En nombre del rey — dijo gravemente el alcalde, abriéndose paso y presentando su vara.

—Gracias, caballero — le dijo el paje, — porque vuestro auxilio me evita el disgusto de entenderme con esta canalla.

—Supongo que hoy no intentaréis hacer resistencia.

—Como no quiero mentir, antes de responderos me tomaré la libertad de haceros una pregunta.

—¿Qué queréis saber?

—Si habéis determinado llevarme a la cárcel.

—No, porque su majestad ha dispuesto otra cosa, y os llevaré al alcázar real, entablando competencia, porque, según entiendo, quedaréis a disposición del Santo Oficio.

—Ahora lo comprendo todo — repuso Luis; — el plan estaba bien combinado; pero, afortunadamente, ha olvidado un detalle su autor, así como yo olvidé otro cuando intenté sacar al príncipe don Carlos por la chimenea de su aposento.

Nadie pudo entender el verdadero significado de estas palabras.

—Caballero, estoy a vuestra disposición, y os juro que en vuestra compañía entraré en el alcázar real.

—Vuestra palabra es bastante para mí.

—Tomad mi espada, pues para nada la necesito ahora, y en cuanto a estos bribones, que están pagados por doña Ana de Mendoza, como no es muy honrosa su compañía...

—Se irán.

—Señor alcalde — dijo Ginés con el atrevimiento que le daba la protección de la viuda, — debo advertir a vuestra señoría...

—Callad, si no queréis ir a dar con vuestro cuerpo en la cárcel.

—¡A la cárcel yo!...

—Sí, a la cárcel, que probablemente la tendréis bien merecida.

—¡A mí!...

—Y si intenta resistir, no dejéis en su cuerpo un hueso sano — gritó el alcalde, cuyo enojo rayaba en ira y acrecentaba por momentos, pues creía ultrajada su dignidad.

Ginés comprendió que la resistencia era inútil, y entregó su espada y se dejó llevar por dos de los alguaciles, lanzando una mirada de terrible odio a Luis.

—Señor hidalgo — dijo el alcalde a Luis, — puesto que me habéis prometido seguirme..

—Hasta el alcázar real, y no otra cosa.

—Pues nada más deseo, porque después será de otro la responsabilidad.

—Deseo ver al rey, y pensé hacerle una visita; pero me desagrada que me lleven, y cuando una cosa me desagrada... En fin, no debo abusar de vuestras bondades.

—Vamos, pues.

Tomaron hacia el Arroyo del Arenal.

Llegaron a la morada real y entraron.

—¿He cumplido fielmente mi promesa? — preguntó Luis.

—Sí.

Acababan de entrar en una habitación muy espaciosa y sombría, porque la luz no penetraba allí más que por dos ventanas estrechas y cerradas con vidrios de colores. Las paredes estaban tapizadas con tela de color gris oscuro, formando cuadros con molduras de caprichosos adornos de muy mal gusto, y entre las sillas y mesas y sobre pedestales de madera pintada de un color indefinible veíanse estatuas que representaban divinidades mitológicas.

Llegó un gentilhombre y le dijo al alcalde:

—Su majestad ha mando que esperéis.

—¿Le habéis dicho que he cumplido mi deber?

—Sí. Ya sabe que está aquí el delincuente.

Bien.

No se permitió a nadie la entrada en aquel aposento, donde quedó el gentilhombre hablando con el juez.

Los alguaciles se colocaron en las puertas.

Felipe II había enviado a buscar a la princesa de Eboli para proporcionarle la satisfacción de ver aprisionado a Luis.

Este empezó a vagar por el aposento, mirando las estatuas.

Pasó un cuarto de hora.

Doña Ana se presentó en una de las puertas, se detuvo y miró al paje.

Luis y la princesa se contemplaron.

El semblante de doña Ana expresaba el desdén más profundo.

Los labios del paje se entreabrieron para sonreír.

—Señora princesa — dijo el paje, — nos veremos otro día y hablaremos; ahora no ha de ser, porque yo quiero venir por mi voluntad.

Y al decir esto y sin volverse, retrocedió, llegó hasta la pared, se metió tras una estatua que representaba a Saturno, soltó una carcajada no menos burlona que la sonrisa.

Oyóse un crujido metálico.

La princesa, el alcalde y el gentilhombre lanzaron un grito.

¿Y Luis?

Acababa de desaparecer por una puertecilla secreta.

La escena que entonces tuvo lugar apenas puede concebirse.

La dama exhaló gritos de desesperación, corriendo hacia la pared y golpeándola furiosamente.

—¡Se ha ido! — exclamó con acento que parecía llevarse tras sí el alma.

Y el alcalde y el gentilhombre se movieron de un lado para otro.

Y los corchetes desenvainaron las espadas, haciendo lo mismo.

Y todos gritaron.

Acudieron otras muchas personas.

—Ha desaparecido — decían todos.

Los habitantes del alcázar se pusieron en conmoción.

La noticia llegó al rey.

Doña Ana de Mendoza iba, venía y gritaba sin cesar.

Recorrían habitaciones y pasillos.

La confusión tenía mucho de grotesca.

—Guardad las puertas del alcázar — dijo al fin el rey.

Esto era lo primero que debieron hacer; pero habían perdido un tiempo precioso, pues el paje había podido ya salir.

Así quedó desbaratado en un solo instante el bien combinado plan del dominico.

Capítulo LXXVI

DE COMO NO QUERIAN CEDER EL PAJE NI EL DOMINICO

POR pronto que se pensó en guardar las puertas del alcázar real y se hizo así, el paje tuvo tiempo sobrado para salir sin que nadie se lo estorbase, puesto que nadie le conocía ni podía sospechar quién era, sin ver más que el lado negro de la capa.

Se encaminó tranquilamente a su morada mientras decía:

—Si no ha vuelto Santiago, tendremos una nueva dificultad, porque no debo esperarle por estos sitios.

Como cada cual tenía su llave, entró el mancebo sin llamar, queriendo la fortuna que se encontrase con Santiago.

—¡Ah! — exclamó éste. — Ya empezaba a ponerme en cuidado vuestra tardanza.

—¿Qué hay de nuestra nueva casa?

—La tenemos a nuestra disposición, con camas y lo más preciso que podemos necesitar.

—Pues vamos.

—¿Ahora mismo?

—Y deprisa.

Por fin llegaron a la nueva casa, que estaba situada en una de las estrechas y tortuosas calles de la Morería.

Por de pronto estaban libres; pero ¿y el marqués?

Quizá despechado el dominico cometiese algún abuso; pero el temor de que así sucediese no era bastante para que Luis cambiase de conducta, pues ya sabemos que era tenaz hasta la exageración.

—Supongo — dijo Luis a Santiago — que has pensado que era posible que tuviésemos necesidad de escribir.

—Y ahí tenéis papel, tintero y pluma.

Luis se acercó a la mesa y escribió lo siguiente:

"Reverendo padre Bernardo: Siento daros una mala noticia; pero es preciso, siquiera para teneros al corriente de lo que me pasa; así prometí hacerlo, y cumplo mi promesa, que no dejo de ser honrado a pesar de mi diabólica condición.

"No conozco más que un hombre que sea capaz de luchar conmigo, y ese hombre sois vos, y, como lo sabéis muy bien, habéis entablado la lucha; pero como el triunfo no puede ser para los dos, ahora la loca fortuna ha querido favorecerme, y habréis de llevar con paciencia, mansedumbre y resignación vuestra derrota.

"No os acuso de torpe, porque no lo habéis sido, pues si bien es verdad que quedáis al descubierto, verdad es también que cuando se asesta el último golpe, no se cuida uno de ocultarse, porque, vencedor o vencido, nada importa lo que suceda después. Reconozco que el plan estaba admirablemente combinado; pero así como yo en otro tiempo olvidé el enrejado de la chimenea, vos no habéis pensado en las puertas secretas del alcázar real. En vez de dar aviso a la princesa, debistéis haber dispuesto que me echasen mano los esbirros de la Inquisición, llevándome desde luego a un calabozo para ponerme en la alternativa de aceptar vuestra alianza o de morir achicharrado. No lo habéis hecho así, como yo tampoco cuidé de la reja, y habéis perdido el tiempo lastimosamente, y, lo que es más deplorable, habéis quedado en una posición muy falsa.

"¿Averiguaréis ahora dónde me oculto?

"No es imposible, pero sí muy difícil, porque como esta broma va haciéndose muy pesada, quiero que tenga muy pronto fin, y no os dejaré tiempo para nuevas intrigas.

"Lo que ha sucedido no os lo refiero con detalles, porque otras personas os lo dirán.

"Sois ambicioso, y no habéis de deteneros ante ningún obstáculo para llegar a vuestro fin; pero casi me atrevo a jurar que no cometeréis una mala acción, ni mucho menos un crimen estérilmente. Sin embargo, como la criatura tiene momentos de perturbación, puede suceder que penséis en el placer de la venganza, ya que otra cosa no hayáis de conseguir. Repito que no creo probable que así suceda; pero, por si acaso, bueno es prevenirlo todo. Respetad al desgraciado marqués, respetadlo, y si ningún bien queréis hacerle, no le hagáis ningún mal.

"Si el marqués fuese encerrado en la Inquisición o cayese en poder de la justicia ordinaria, aunque juráseis mil veces que ninguna parte habíais tenido en la desgracia, la pagaríais.

"Tengo pocos años, y con facilidad se me sube la sangre a la cabeza; además, el capitán Pero León no es hombre que entienda de generosidades, y cuando ha vaciado una botella, hace lo que hasta él mismo no quisiera hacer; pensad también en el escudero del de Poza, temible por más de un concepto, y en cuanto a los demás que me sirven, no tengo que deciros que son gente sin conciencia, y que alguno de ellos ha enviado al otro mundo a más de un infeliz, como quien no hace nada de particular. "¿Me entendéis, reverendo padre?

"Ya sabéis que cumplo mis juramentos, y por la vida de mi noble señora, por mi salvación, por el alma de mi madre, que en el cielo está, os juro que si alguna desgracia sufre el marqués, moriréis.

"Protegedlo, pues, y así protegeréis vuestra vida.

"Ya no nos veremos sino después que la lucha haya terminado.

"Os saluda respetuosamente,

El Diablo".

El paje cerró la carta y le dijo a Santiago:

—Ahora, con las debidas precauciones, te irás al convento y llevarás este papel para que se lo entreguen a fray Bernardo.

Veinte minutos después un lego entregaba la carta al inquisidor.

No tenía éste otras noticias que las que le habían dado los esbirros, es decir, que ya el paje se encontraba en poder de la justicia, y de un momento a otro esperaba fray Bernardo el aviso de haber sido entregado el criminal a la Inquisición.

Después de algunos minutos y esforzándose para recobrar la calma, leyó.

Luego desplegó una amarga sonrisa.

—No se equivoca — dijo, — porque no soy torpe hasta el punto de cometer estérilmente un crimen.

Luego quemó el papel y empezó a reflexionar por si le quedaba algún recurso.

Cerca de dos horas pasaron sin que el dominico se moviese apenas.

Por fin empezó a cambiar de expresión su rostro y desplegó una sonrisa.

¿Había encontrado el medio que buscaba?

Creía que sí.

Su plan consistía en devolver la libertad más completa al marqués de Poza y espiarlo después.

Más o menos tarde el marqués encontraría a Luis, y de esta manera el dominico sabría dónde se ocultaba el paje.

Después, todo sería facilísimo.

—Bien, estoy satisfecho hasta donde es posible, y cuando llegue la noche, podrá el de Poza hacer lo mejor que le parezca. Ahora daré las órdenes oportunas.

Unos y otros quedaron en completa calma.

Las horas transcurrieron con lentitud para todos.

Ocultábanse los últimos rayos del sol, cuando Santiago, recatándose el semblante con el embozo de su capa, entró en el arrabal de San Martín, empezando a vagar y mirando disimuladamente a todos los transeuntes.

Cuando no quedaba más luz que la dudosa del crepúsculo, llegó un hombre de elevada estatura, que andaba como trabajosamente y que se dirigió hacia la casa que habían ocupado nuestros amigos.

—Ese debe ser — dijo Santiago.

Y acercándose al otro, dijo:

—Nos espera el señor Luis.

—Pues vamos aprisa, que no le gusta esperar.

—Y como estaréis fatigado...

—Lo que tengo es hambre, y, ante todo, necesito algunas magras y un jarro de vino.

Hablando así dejaron atrás calles y calles.

Llegaron a la nueva vivienda, donde el paje esperaba impaciente.

—Aquí me tenéis — dijo el capitán.

—¿Habéis hecho felizmente el viaje?

—Con felicidad completa, aunque poco antes de llegar le dió un vahído a doña Ana, y...

—¡Oh!...

—Con el descanso se puso mejor, y no es cosa de cuidado.

—¿Estáis muy fatigado?

—No, y si algo es preciso hacer, podéis contar conmigo.

El paje refirió al capitán los sucesos de aquel día, hablándole también de la carta que había escrito a fray Bernardo, y añadiendo:

—Ya he trazado mi plan, y mientras acabo de preparar el golpe contra doña Ana de Mendoza y el señor Antonio Pérez, me ocuparé también del fraile.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Vamos a salir, y lo veréis.

No hablaron más, y un cuarto de hora después salían de la casa.

Capítulo LXXVII

EL PAJE Y EL DOMINICO CREEN A LA VEZ QUE LA CASUALIDAD LES FAVORECE

EL paje y el capitán atravesaron las estrechas, tortuosas y cenagosas calles de la Morería.

La oscuridad era absoluta, porque la luna no se había dignado dejar ver su faz nacarada.

Preciso era que Pero León tuviese el cuerpo de hierro, pues acababa de hacer dos viajes a caballo, y sin descansar ni reparar las fuerzas más que con algún alimento, no daba muestras de fatiga, avanzaba con paso firme, hablaba enérgicamente, juraba, maldecía y se mostraba muy dispuesto a blandir la tizona y dar tajos y estocadas con la furia y el primor que hacerlo sabía.

Luis hacía reflexiones sobre la crítica situación en que los habían colocado los últimos sucesos, discurría, suponía, deducía y buscaba medios para continuar la lucha, tomar la ofensiva contra el fraile, y, sobre todo, para averiguar el paradero del marqués de Poza.

Ya sabemos hasta qué punto era ingenioso el mancebo, y que cuando necesitaba adivinar, co

su sistema de suposiciones acababa muchas veces por llegar al descubrimiento de la verdad.

—He meditado — decía, — y ya no dudo que fray Bernardo ha proporcionado albergue a nuestro infeliz amigo, representando antes una farsa, pues farsa debió ser lo del apuro en que el marqués se vió cuando la gente del Santo Oficio fué a prenderle a la hostería. El plan del dominico está ya claro, ha sido el mismo para el de Poza y para mí, y consiste en aparentar que nos favorece, en proporcionarnos la salvación para obligarnos con la gratitud.

—Eso es claro.

—Tampoco hay duda en cuanto a los medios de que se ha valido, pues cuenta con los leales y astutos esbirros de la Inquisición.

—Eso cualquiera lo adivinaría.

—Pero no se os ha ocurrido pensar que no todos los esbirros son igualmente astutos, y que, por consiguiente, fray Bernardo ha de haber acudido a los que le parezcan más a propósito para entender en este delicado asunto.

—¿Y qué deducís de todo eso?

—¿Os acordáis de aquel bribón a quien disteis tan tremenda paliza en la calle de Segovia?

—¡Fuego de Satanás! — exclamó el señor Pero entusiasmado. — Pocas veces en mi vida he gozado tanto como aquella noche; aun me parece verlo cómo caía, se levantaba, se revolvía y quedaba, al fin, molido, y casi muerto. Y me acuerdo también que él fué quien ayudó al fraile para salir de la cueva, porque como vivía en la casa inmediata...

—Pues bien, si Mateo vive, porque Mateo se llamaba, representará ahora el mismo papel que antes, siendo el hombre de confianza del dominico.

—¡Vive el cielo!... ¿Cómo os arregláis para discurrir tan acertadamente?

—Iremos ahora en busca de Mateo, porque es lo más probable que le encontremos en su casa, y si tenemos alguna habilidad, no pasará la noche sin que sepamos dónde se oculta el marqués.

No dijo más Luis, porque tenía que seguir reflexionando.

Salieron de la Morería y empezaron a subir por la calle de Segovia, llegando a los pocos minutos a la plaza del Arrabal.

De repente, se detuvo el paje y dijo:

—Me ocurre una buena idea.

—¿Habéis cambiado de plan?

—Lo he perfeccionado.

—Pues decid lo que hemos de hacer.

—Puesto que en la hostería de Mancioni estuvo el de Poza, podrá el hostelero decirnos cómo sucedió lo que me contó fray Bernardo, y tal vez pueda añadir alguna noticia interesante.

—Y dirá la verdad el barrigudo maese, porque me conoce y sabe que es peligroso jugar conmigo.

—Ahora podemos hacerle una visita

La hostería estaba ya cerrada; pero nuestros amigos llamaron con recios golpes, y bien pronto se dejó oír la voz soñolienta de maese Mancioni, que abrió la puerta

Nuestros amigos entraron.

—Cerrad otra vez — dijo el capitán.

—¡Dios bendito!...

—¿Qué os sucede?

—Nada... La sorpresa... No esperaba vuestros, tener la honra.

—Basta de cumplimientos y de mentiras porque hemos venido en busca de verdades, y lealmente os advierto, maese Macarroni, que si a nuestras preguntas no contestáis clara, terminantemente y con toda verdad, podéis enco mendar vuestra alma a Dios, aunque es trabajo completamente inútil, porque un hostelero no puede salvarse.

—Estoy a vuestra disposición, lo mismo que siempre.

—Escuchad.

—Escucharé con el respeto que merecen vuestras ilustres personas.

—A vuestra casa volvió el llamado Alonso de Burgos, o sea el señor marqués de Poza — dijo el paje.

—Es verdad, y le recibí como merecía, y guardé tan escrupulosamente el secreto...

—Ya lo sé.

—Enfermó, y cuando hubo recobrado la salud, el Santo Oficio...

—Referid detalladamente ese suceso, y, sobre todo, decid si conocéis a alguno de los esbirros que vinieron a prender al marqués.

—Fué muy extraño lo que sucedió aquel día. Primeramente se presentó un fraile...

—Un dominico, ¿no es verdad?

—Y de nada me sirvió jurar por la Santa Madona que el señor marqués no se encontraba en mi casa; pero luego me tranquilicé, porque vi que era un amigo, y sin su socorro estaría el señor marqués en un calabozo de la Inquisición y moriría en la hoguera como su padre y su hermano.

—¿Y luego?

—Vino un esbirro, y traía tan buenos informes y estaba tan bien informado, que mi perdición era segura en el caso de...

—A ese esbirro debéis conocerle — interrumpió Luis, cuya mirada penetrante se fijó en el hostelero.

Este se estremeció y palideció

No tenía habilidad para fingir.

—No le conozco — murmuró con voz insegura.

—¡Truenos! — gritó el capitán, alargando la diestra para agarrar la daga.

—Sé cómo se llama, pero me parece que esto no es conocerle...

—El nombre de ese esbirro.

—Lo averigüé por una casualidad.

—¿Qué nos importa?

—Se llama Mateo.

—Viéndolo estáis — dijo Luis al capitán.

—Pero no sé más, nada más — añadió el hostelero.

—Continuad, y cuidado con mentir.

Maese Mancioni refirió con todos sus detalles el suceso.

No era menester más para convencerse de

que el dominico había representado un doble papel, combinando una farsa que pudo realizarse, gracias a la escasez de entendimiento del italiano.

Indudablemente, Mateo continuaba siendo el hombre de confianza del dominico.

Pocos minutos más permanecieron nuestros amigos en la hostería.

—Ya lo habéis visto! — dijo Luis mientras atravesaban la plaza.

—No os equivocásteis.

—Ahora intentaremos ver a Mateo.

Dejaron atrás el laberinto de calles de los alrededores de Santa Catalina y se detuvieron frente a la casa del esbirro, mirándola, así como también la otra en que habían tenido encerrado al fraile.

Acercáronse a una de las ventanas con reja de la morada de Mateo, pudiendo ver algunos destellos de luz a través de las rendijas.

Se inclinaron y escucharon.

No percibieron ni el ruido más leve.

Así permanecieron algunos minutos.

De repente oyeron que en la puerta de la casa inmediata rechinó la llave al girar en la cerradura.

Nuestros amigos se separaron precipitadamente, yendo a situarse al lado opuesto de la calle y metiéndose en el hueco de una puerta.

La de la miserable casa se abrió, saliendo un hombre, que se detuvo en el umbral, se volvió, y dijo a otro que con una luz le acompañaba:

Recordadle que el plazo es breve y que nada puedo hacer a pesar de mi buen deseo.

—¡Vive Dios! — exclamó el otro. — Será preciso acabar a cuchilladas.

—Peor para todos.

No hablaron más.

Acabó de salir el que en el umbral estaba y volvió a la derecha, mientras miraba a todos lados como si temiese que algún curioso le observase.

El que había quedado en la casa, y que tenía una mano apoyada en la hoja de la puerta y sostenía con la otra un velón, sin duda preocupado o distraído, permaneció algunos momentos inmóvil.

La luz daba de lleno en su rostro, que se le distinguía mejor desde el sitio oscuro donde estaban colocados el paje y el capitán.

La escena que tuvo lugar entonces apenas puede describirse.

El que acaba de salir dió algunos pasos, llegó a la puerta de la morada del esbirro y llamó.

La puerta se abrió casi inmediatamente.

Al mismo tiempo se cerró la otra.

Y al mismo tiempo también el señor Pero León asía por un brazo al paje, se lo oprimía brutalmente y le decía en voz baja y reconcentrada:

—¡Rayos!... ¡Es él!... ¡Truenos!... No tengo duda... ¡Por los hidalgos de Satanás!... No puedo equivocarme... ¡Cien legiones...! Hemos sido camaradas mucho tiempo.. ¿No le habéis mirado?... ¡Fuego del infierno!... ¿No me entendéis?

—¿Os proponéis hacerme perder la paciencia? ¿De quién habláis? ¿A quién habéis conocido?

—¡Soy un animal!... ¿No habéis fijado la atención en el que alumbraba?

—Sí.

—Pues es mi antiguo camarada Juan... — replicó el capitán.

—¡Ah!...

—El escudero del marqués...

—¡Dios mío! — exclamó el paje.

Y trastornado por la alegría y sin pensar que el señor Pero León podía haberse equivocado, atravesó de un salto la calle y empezó a descargar recios golpes en la puertecilla de la casa que servía de asilo al marqués.

—¿Quién es? — se oyó decir al fin en el interior de la casa.

—¡Abre, Juan, abre! — contestó el capitán.

Y, al mismo tiempo, exclamaba Luis:

—El diablo, el paje... ¡Abrid!...

La puerta se abrió, apareciendo Juan y Pedroso con las espadas desnudas.

Y a la vez que esto sucedía, abrióse también la puerta de la otra casa, saliendo dos embozados, que se detuvieron para observar.

—¡Cuernos de Lucifer! — exclamó Pero León. — ¿A cuchilladas recibís a vuestros amigos?

—¡Eres tú!...

—Y vos...

—¿Y el marqués?... ¿Dónde está?

Y así hablando los unos y los otros, aturdidos por la sorpresa, trastornados por el júbilo y sin darse apenas cuenta de la situación, corrían en tropel hacia el aposento donde el marqués se encontraba, con el acero en la diestra y decidido a morir defendiéndose antes que entregarse.

—¡Es el diablo, el paje! — decía Juan.

Resonó un grito incalificable.

Luis y el marqués se abrazaron.

No pudieron articular una sílaba, porque se sentían medio ahogados.

El llanto corrió por sus mejillas como si fuesen dos niños o dos mujeres.

Y mientras, uno de los embozados que habían salido de la otra casa, le decía al otro:

—Corre, Mateo, corre... Cerca está la Inquisición... Que acudan todos, absolutamente todos los esbirros que se encuentren allí...

—Pero entretanto...

—No se irán, porque se creen seguros y perderán el tiempo en explicaciones, y...

—Han dejado la puerta abierta.

—Ya lo he visto, y...

—Puede vuestra merced aprovechar la ocasión, cerrando por fuera.

—Corre, Mateo, que yo haré lo que más convenga.

El esbirro se alejó calle arriba, desapareciendo instantáneamente.

El otro, que era fray Bernardo, aunque iba vestido como un hidalgo y ceñía larga espada, que en su diestra era temible, dió algunos pasos y llegó a la puerta de la morada del marqués.

Efectivamente, aturdidos como estaban los otros, habían dejado abierto.

No perdió la calma el dominico.

Quedó inmóvil y escuchó.

Oyó el ruido de las alegres voces de sus víctimas.

—¡Oh! — murmuró irónicamente. — ¿Cómo han de sospechar que ahora es cuando les amenaza el mayor peligro?... ¡Cosas de la vida!... Cuando nos parece que ha llegado el momento de nuestra felicidad es cuando tenemos más cerca la desgracia. Lo siento, pero es preciso, y por una consideración mal entendida no he de abandonar mi empresa en el instante decisivo... ¡Oh!... El diabólico paje es un adversario demasiado terrible, y debo considerarme perdido si no le inutilizo de una vez... Alegráos, que no tardaréis en entregaros a la desesperación, pues habéis de sentir el golpe antes que el amago.

Sin producir el más leve ruido, fray Bernardo quitó la llave, la introdujo en la cerradura por el otro lado y cerró, diciendo luego:

—Puesto que ellos mismos se han metido en la ratonera, no pueden quejarse. Ya saben que esta casa está destinada para encierro de los incautos.

¿Era posible la salvación de nuestros amigos?

Poca era la distancia que Mateo tenía que recorrer, puesto que la Inquisición se encontraba a la entrada de la calle que llevó su nombre.

En pocos minutos llegaría Mateo y en pocos minutos también acudirían los esbirros, que por pocos que fuesen los que en la Inquisición se encontrasen, no serían menos de diez o doce.

Además, podían contar con el auxilio de la primera ronda que acertase a pasar por aquellos alrededores, y también con el de todos los vecinos, pues no era posible que ninguno se negase a acudir en socorro del Santo Tribunal.

¿Se detendrían nuestros amigos?

Algún tiempo habían de perder para darse las explicaciones que tanto les interesaban, y por pronto que saliesen, antes llegarían los esbirros.

Penetremos en la casa y veamos si el diabólico paje pudo hacer alguna diablura que los sacase del grandísimo apuro en que se encontraban.

Capítulo LXXVIII

DONDE VEREMOS COMO QUEDARON LOS UNOS Y LOS OTROS

EL marqués rompió al fin el silencio para preguntar ansiosamente:

—¿Y Blanca?

—En salvo — respondió Luis. — y en lugar tan seguro que nada tiene que temer de nuestros implacables y ruines enemigos.

—¡Ah!...

—Para su dicha no faltaba más que encontraros, y...

—Quiero verla.

—Ahora mismo es imposible.

—¡Imposible!... Debes comprender mi afán, mis sufrimientos, y...

—Los comprendo.

—Después de seis años...

—Recobrad la calma, señor marqués.

—¡Cuánto te debo!... ¿Con qué podré pagarte?... ¿Qué sería de Blanca sin tí?... Y del amor de que me has dado pruebas, arrostrando la cólera del rey, arriesgando mil veces la vida...

—No hablemos de eso.

—Pues dime por qué no puedo ver a Blanca.

—Por la sencilla razón de que no se encuentra en Madrid.

—Iré a buscarla...

—Sí; pero a estas horas no podéis emprender el viaje, y, además, es preciso que hablemos detenidamente para que apreciéis con exactitud la situación en que nos encontramos.

—Sí, necesito explicaciones.

—Perdonad — dijo el escudero Juan tomando parte en la conversación; — pero me parece que es una imprudencia permanecer aquí.

—¡Imprudencia! — replicó el de Poza. — ¿Qué debemos temer mientras nos ampare fray Bernardo?

—No llevéis a mal, mi noble señor, si os digo que la alegría ha turbado vuestro entendimiento, pues a no ser así, comprenderíais que nuestros amigos se encuentran aquí contra la voluntad del padre Bernardo, cuya protección, como él mismo os ha dicho muy claramente, no es hija de la generosidad, sino de su propia conveniencia.

—Hablas como un sabio—dijo el capitán—y no te equivocas y tanto es así, que si el fraile supiese que habíamos conseguido reunirnos, nos echaría encima un ejército de corchetes y acabaríamos de pasar la noche en los calabozos de la Inquisición. ¡Cuernos de Satanás!... El señor marqués no conoce bien al fraile.

—Sí — repuso el paje, — debemos salir cuanto antes de esta casa.

—¡Mil rayos! — exclamó Juan, dándose una palmada en la frente. — Ahora recuerdo que no hemos cerrado la puerta.

Y salió del aposento, mientras el marqués decía:

—Es igual, puesto que no hemos de detenernos más que algunos minutos.

Así hablando, se ciñó su espada, y se disponía a tomar su capa y su sombrero, cuando Juan volvió.

El rostro del fiel criado estaba violentamente contraído.

El fuego de la ira brillaba en sus ojos.

—¿Qué sucede? — le preguntaron el de Poza y el doctor

—¡Oh!... Nuestros enemigos...

Luis se acercó a Juan y le dijo.

—Explicáos ahora; pero hacedlo con calma, sin olvidar ningún detalle de lo que hayáis observado.

—Olvidamos cerrar la puerta...

—Es verdad.

—Y ahora me encuentro que la han cerrado desde la calle, echando la llave, que aun está puesta en la cerradura, de lo cual he deducido

que alguien vigila mientras acuden los esbirros de la Inquisición o alguna ronda.

Palidecieron el marqués y Pedroso.

Pero León llevó la diestra a la empuñadura de su espada.

—Esperad — dijo el paje. — Conozco demasiado bien el interior de esta casa, puesto que aquí tuve encerrado al dominico en otra época.

—¿Y tenemos alguna salida? — preguntó el marqués.

—Todo depende de que hayan vuelto a tapiar o no el agujero que abrió el fraile en la cueva con la ayuda de Mateo.

Tomaron la luz y se dirigieron a la cueva.

Bajaron, y a los pocos momentos pudieron ver la abertura practicada en el muro.

Ningún inconveniente tenían, pues, para pasar a la otro cueva.

El paje tomó la luz, y, pasando el primero por la abertura, se encontró con la otra cueva.

Los demás le siguieron.

No perdieron más que algunos instantes para ponerse de acuerdo sobre lo que debían hacer caso de que les fuese preciso separarse durante la lucha para burlar más fácilmente a sus perseguidores.

Si este caso llegaba, debían reunirse después en la casa de la calle de la Morería.

Atravesaron la cueva.

En el húmedo piso no sonaban sus pasos.

Llegaron a la escalerilla.

—Tal vez — dijo Luis al capitán — la compuerta esté asegurada con el cerrojo, en cuyo caso...

El señor Pero León, que iba delante, empujó la compuerta, queriendo la casualidad que ésta se abriese.

Empezaron a salir, encontrándose en la cocina como si fuesen fantasmas que brotasen de la tierra.

En aquellos momentos la mujer del esbirro se presentó, no porque se hubiese apercibido de nada, sino porque tenía que arreglar la cena para cuando volviese su marido.

Es indescriptible la breve escena que entonces tuvo lugar.

De repente se encontró la supersticiosa vieja con aquellos hombres; el capitán se arrojó sobre la infeliz, la asió por la garganta, apretando brutalmente, y la hizo caer, mientras decía al escudero:

—Ayúdame... Tápale la boca o mátala... ¡Rayos!

La pobre mujer no opuso resistencia, porque perdió el conocimiento, y, por consiguiente, fué inútil el trabajo que Juan se tomó amordazándola con un pañuelo.

—Ahora los otros — dijo el capitán, que empezaba a entusiasmarse.

Desenvainaron los aceros.

Avanzaron lenta y silenciosamente, con el oído atento y la mirada escudriñadora.

Llegaron a la puerta, que ni Mateo ni el dominico se habían cuidado de cerrar.

—Quietos — dijo el paje con voz apenas perceptible.

Y retrocedió, dejando la luz en el inmediato aposento y volvió, colocándose junto a la puerta y mirando a la calle.

Sus amigos se agruparon allí para observar también.

En aquel momento llegaron los esbirros, que parecían ser diez o doce.

Nuestros amigos se sintieron impulsados a lanzarse a la calle; pero no se movieron.

Luis pudo ver y oír lo que hablaban los otros porque era poca la distancia que separaba las dos puertas.

—¿Sabéis ya lo que es preciso hacer? — preguntó el dominico.

—Prender a los que están en esta casa.

—Os advierto que son cinco y muy valerosos...

—Nosotros somos doce, contando con Mateo — dijo uno de los esbirros.

—Pero Mateo tiene que ir en busca de una ronda, porque las precauciones no están de más cuando se trata de cierta clase de delincuentes — repuso el fraile.

Mateo se alejó y desapareció.

Los esbirros blandieron las espadas y abrieron las linternas sordas de que iban provistos.

Fray Bernardo abrió, quedando bien pronto solo en la calle.

Entonces Luis dijo a sus amigos:

—Arrollad al fraile, si hace resistencia; pero nada más; cerrad la puerta para que los otros no puedan seguirnos, y huid hasta nuestra casa de la Morería.

—¿Y no he de dar una paliza al fraile? — preguntó el capitán.

—Haréis lo que digo — replicó nuevamente Luis.

El dominico había quedado inmóvil y escuchaba con creciente afán, cuando de repente y como si saliesen de la tierra, se le echaron encima nuestros amigos, jurando, maldiciendo y amenazando, y, mientras le sujetaban, Luis cerró la puerta y guardó la llave.

—¡Asesinos! — gritó el padre Bernardo, sin acabar de comprender quiénes eran sus acometedores.

El fraile tenía valor, ya lo hemos dicho, y quiso defenderse; pero se vió rodeado, desarmado, arrojado al suelo y golpeado, y antes de que le fuera posible levantarse, desaturdirse ni pedir socorro, nuestros amigos corrían, se alejaban y desaparecían en el laberinto de estrechas calles que iban a salir al arroyo del Arenal.

Al mismo tiempo y por la parte opuesta llegaba presurosamente una ronda.

Y en aquel momento también los esbirros que habían entrado en la casa, golpeaban los unos la puerta y otros se asomaban a la reja para decir con gran contento que los criminales habían desaparecido como fantasmas y que, por consiguiente, nada tenían que hacer allí.

La confusión fué horrible.

No podían entenderse.

—¡Abrid esta puerta! — gritó el alcalde.

Y la puerta crugió y hecha pedazos saltó la cerradura.

Creyeron los corchetes que los criminales eran

los que estaban en la casa, y entraron y, sin más miramiento, arremetieron a cuchilladas con los esbirros, que se defendieron de la misma manera, porque no les daban lugar a explicaciones.

Ya no se oyeron más que imprecaciones, y amenazas, y ayes, y el rechinar de los aceros.

La sangre corría.

Desaparecieron las luces, porque no hubo linterna ni candil que en mano quedase, y, aprovechando la oscuridad, cada uno de aquellos desdichados procuró librarse de la lluvia de cuchilladas.

Así el número de combatientes fué disminuyendo, y, al fin, en la calle y en la casa no quedaron más que los pobres heridos que no podían moverse y que exhalaban angustiosos ayes y pedían socorro.

Mateo se refugió en su casa, golpeando brutalmente a su mujer para obligarla a que callase, y fray Bernardo, tomó las de Villadiego.

Nuestros amigos, apenas llegaron al arroyo del Arenal, detuviéronse, diciendo Luis:

—Ya no tenemos necesidad de correr.

—¡Vive Dios!... El lance me ha divertido —exclamó el capitán. — Verdad es que no he podido dar al fraile más que tres o cuatro pescozones; pero algo es algo, y otra vez será lo que Dios quiera y permita la ocasión.

—Pues yo tengo aquí su espada — dijo el escudero, — y parece de buen temple.

—Vamos, que si no hay necesidad de correr, tampoco es prudente que permanezcamos por estos sitios.

Tomaron calle de las Fuentes arriba.

Los dejaremos, porque felizmente debían llegar a su vivienda.

Capítulo LXXIX

LA RESOLUCION DEL PAJE

HASTA las dos de la madrugada hablaron sin cesar Luis, el marqués de Poza y el doctor, dándose toda clase de explicaciones sobre los pasados sucesos, examinando la situación crítica en que se encontraban.

Indudablemente Luis había jugado el todo por el todo; más después de lo que había sucedido aquella noche, era casi imposible ponerse en relaciones amistosas con fray Bernardo, aunque se le ofreciese aceptar la alianza que él había solicitado con tanto empeño.

¿Qué debía suceder si el paje caía en poder de los esbirros de la Inquisición?

El dominico se gozaría en atormentarle para vengarse de la burla y ultrajes de aquella noche, y sería en vano ofrecerle amistad ni alianza.

Nada de esto se le ocultaba a Luis; pero al presentarse la ocasión de abrazar al marqués y hacer dichosa a Blanca, no pudo el mancebo vacilar, pues antes que en su conveniencia, pensaba siempre en la de sus amigos.

Opinaba el marqués que todos debían irse de España, poniéndose así a cubierto de las iras del rey y de la persecución de sus enemigo pero Luis consideraba caso de honra quedar en su patria y no quería huir como un cr minal.

—Mi querido Luis — le decía el marqués,— en teoría está muy bien cuanto acabas de d cirme; pero en la práctica es irrealizable. ¿Qu harás?

—Quiero ver al rey.

—¿Has perdido la razón?

—Tal vez, en cuyo caso es preciso dejarm porque a los locos no se les convence jamás

—¿Acaso no conoces a Felipe II?

—Como nadie.

—Pues entonces...

—Necesita desahogar su cólera, ensañar con una víctima...

—Que serás tú.

—Será la princesa, y después el secretar Antonio Pérez, y cuando sobre ellos haya de cargado toda su cólera, el monarca nos deja tranquilos, y aun hará lo posible para mostra se clemente, pues a nadie como a los tiran les agrada tener fama de bondadosos.

—¿Y si te equivocas?

—Tendré paciencia — respondió Luis, e cogiéndose de hombros. Luego agregó:

—Mañana, sin más dilación — os iréis a To ledo, y yo me quedaré con el capitán y Santia go. La ciencia del doctor puede ser muy út para la hija de don Juan, pues ya os he dich que su salud está quebrantada por las ruda conmociones que ha experimentado. Vos seré feliz al lado de doña Blanca, y si llego a mo rir... ¡Oh!... Quizá la muerte es la única d cha posible para mí.

—¡Vive el cielo!...

—Ya es hora de descansar — interrumpió e paje, cuya rostro había cambiado de expresión — Os recuerdo, amigos míos, que por vuestr honor habéis jurado no revelar a nadie el se creto de mi pasión desdichada.

—Pero suponed que también ella...

—No ha de decírmelo, ya lo sé; pero com no quiero que, obligada por la gratitud, sacri fique su corazón...

—De todas maneras, guardaremos el secreto porque así lo hemos prometido.

Muy poco más hablaron, acostándose par dormir y descansar.

Pero León, Juan y Santiago habían aprove chado bien el tiempo para cenar, beber y ha blar alegremente.

También se acostaron, entregándose al má profundo y dulce sueño.

A la mañana siguiente no se hablaba entr los cortesanos de otro asunto que del suces de la noche anterior.

Felipe II estaba muy preocupado.

Doña Ana de Mendoza se entregó a todos lo transportes de la desesperación.

Ya no podía evitar que se uniesen Blanca el marqués y que fuesen dichosos mientras ella sufría horriblemente con el martirio de su so berbia abatida.

Necesitaba acusar a alguien, y echó la culpa de todo al secretario Antonio Pérez, lo cual no podía ser más injusto, puesto que él no había

tomado parte en el suceso ni lo conoció hasta que le llevaron la noticia aquella mañana.

¿Quedaba alguna resolución que adoptar?

Ya empezaban a convencerse todos de que era absolutamente imposible luchar con el diabólico paje.

El padre Bernardo, a pesar de toda su inteligencia y de toda su astucia, no solamente había sido derrotado, sino que había quedado en una situación verdaderamente ridícula.

Ya no quería la alianza que con tanto empeño había solicitado; no quería más que vengarse, gozarse con los tormentos de Luis.

Apenas amaneció dió las órdenes más terminantes, y todos los esbirros pusiéronse en movimiento para averiguar dónde se encontraba el paje.

Fray Bernardo amenazó con excomuniones y hasta con la hoguera, y luego tuvo que ir a palacio para presentarse al rey, que lo llamaba.

El rey le recibió con frases agradables, pero luego dijo:

—Supongo que ya no os quedará duda de que la Inquisición no sirve para luchar contra esa desdichada criatura que ha nacido para nuestra desesperación.

—Señor...

—Sé lo que ha sucedido y vuestra torpeza no tiene excusa. Si los criminales se encontraban en la mismá casa donde, según he podido entender, estuvísteis encerrado en la otra época, no se comprende que os olvidáseis de averiguar si aun estaba rota la pared de la cueva, lo cual pudísteis hacer, tanto más fácilmente cuanto que en la otra casa habita uno de vuestros esbirros.

—No hay deuda que no se pague y ese hombre pagará lo que debe.

—Os prometí entregároslo si caía en poder de la justicia ordinaria, pero ya no lo hará.

—Bien, señor — replicó el dominico, — vuestra majestad puede imponer a ese criminal el castigo que mejor le parezca; pero si queda con vida...

—No os ocuparéis más de este asunto — interrumpió ásperamente el severo monarca.

—Señor, no podemos olvidar que el Santo Oficio...

—Dejará de ser lo que es cuando yo quiera — contestó Felipe II.

Y fijó una mirada penetrante y dominadora en el dominico.

No se atrevió éste a replicar.

—Ya hemos concluído — añadió el monarca después de algunos momentos.

Felipe II volvió la espalda al dominico y salió del aposento.

—¡Oh! — murmuró fray Bernardo. — Este es el católico ardiente, el timorato... Bien, muy bien... Afortunadamente, no me asusto por tan poca cosa.

La Inquisición debía continuar buscando al paje y si lograba encontrarlo lo encerraría secretamente en un calabozo y así evitaría entablar una cuestión con Felipe II.

Disfrazados y después de adoptar toda clase de precauciones, aquella tarde salieron de Madrid el marqués de Poza, el doctor y Juan.

No hay que decir que ni un solo minuto quiso detenerse en el camino el marqués, pues acrecentaba gradualmente su afán por ver a Blanca.

Al otro día llegaban al castillo.

El de Poza descabalgó, corrió, subió de dos en dos, de tres en tres los escalones que conducían al piso superior, encontrándose muy pronto frente a la bellísima Blanca.

Precipitóse la doncella en los brazos de su amante, reclinó la cabeza y quedó sin conocimiento.

—¡Blanca mía! — exclamó el marqués.

No pudo articular una sílaba más.

Sentíase ahogado y tenía que hacer grandes esfuerzos para sostenerse.

Los que presenciaban la ternísima escena, dejaron solos a los dos amantes cuando Blanca recobró el sentido.

Entonces entablaron la más tierna conversación recordando los sucesos de seis años que habían transcurrido y muchas veces se interrumpieron para contemplarse con intensa ternura y para cambiar frases que expresaban su intensa, su inextinguible pasión.

Capítulo LXXX

EL GOLPE MAS AUDAZ

QUE se proponía Felipe II al prohibir que la Inquisición se ocupase del paje?

La verdad es que no se proponía nada, sino que estaba ya cansado de aquella lucha, cuyo resultado era muy dudoso.

En tal disposición de ánimo se encontraba Felipe II el día en que habló con fray Bernardo y al siguiente estaba decidido a no ocuparse más de semejante asunto, aunque se enojase la seductora princesa.

Luis parecía muy preocupado aquella mañana y motivos tenía para estarlo.

Almorzó a las ocho, dió algunas órdenes a Santiago y al capitán, para en el caso de una desgracia y salió, encaminándose a los alrededores del alcázar real.

Recatándose el semblante con el embozo, se colocó en el lugar que le pareció más conveniente, observando y esperando el momento oportuno.

A las nueve y media vió que Antonio Pérez entró en el alcázar.

—Sentiré que ella no venga — murmuró el mancebo, — porque me será preciso esperar a mañana.

La fortuna quiso protegerle, porque media hora después llegó doña Ana de Mendoza en una silla de mano.

Relumbraron los ojos de Luis.

Siempre ocultando el rostro, entró en el alcázar sin que nadie fijase la atención en él.

Subió por una escalera excusada y tomó por un largo pasillo, entrando luego en una habi-

tación donde no había un alma viviente.

Allí se detuvo.

Miró a todos los lados y escuchó.

Y volvió su capa, envolviéndose en ella y metiéndose por otro pasillo muy estrecho y completamente oscuro.

Muy pronto dejaron de sonar sus pasos.

Había desaparecido por una de las puertas secretas que él solo conocía y caminaba por el interior del muro.

Entretanto, Felipe II hablaba con la princesa y Antonio Pérez y no hay que decir que el objeto de la conversación era el paje.

Como si una vez siquiera en su vida hubiese querido el monarca decir lo que sentía, exclamó después de oír algunas observaciones de la princesa:

—¡Ya estoy fatigado!

—Señor — replicó doña Ana, — no se trata solamente de mí, sino de vuestra majestad, porque ese mancebo, cuya audacia no tiene límites, alentado por la impunidad...

—¿Qué ha de hacer? ¿Acaso no ha conseguido cuanto deseaba? El marqués se ha reunido a doña Blanca y como esto era lo que se proponía, ningún objeto tiene ya la lucha. Ahora se ocuparán solamente en salir de España y nos dejarán en paz.

—No lo creo.

—¿Para qué han de seguir arriesgando la vida? Nadie lucha y arrostra los mayores peligros para divertirse. Además, dice el adagio que "a enemigo que huye, puente de plata" y no de plata, sino de oro les pondría yo un puente con tal de que tranquilo me dejasen. Muchos criminales quedan sin castigo. ¿Qué importa uno más? Si los perseguimos tendrán que defenderse y otra vez lucharemos y otra vez se burlarán de nosotros. ¡Oh! De burlas estoy harto, doña Ana y por consiguiente, he determinado olvidarme de este asunto.

Con tono de resolución tan firme pronunció Felipe II estas palabras, que la princesa no se atrevió a replicar; pero su semblante dijo lo que sus labios callaban.

Quedaron silenciosos por algunos momentos y ya iba doña Ana a despedirse, ¡cuándo se abrió una puerta y se presentó Luis con el silencio de un fantasma!

Es inexplicable el efecto que su presencia produjo.

La princesa exhaló un grito, que lo mismo era de sorpresa que de alegría.

La frente de Antonio Pérez se contrajo y su mirada se tornó sombría.

Felipe II fijó su mirada penetrante en el mancebo; no pudo sustraerse a la mágica influencia que Luis ejercía y le contempló con más admiración que enojo, como lo prueban sus primeras palabras, pronunciadas con la tranquilidad más fría.

—¿Quién sois? — preguntó.

Adelantó el paje, haciendo las reverencias que la etiqueta exigía y respondió:

—Soy el infeliz a quien llaman el diablo; soy la víctima de los enemigos de vuestra majestad, el perseguido sin haber cometido ningún crimen, el acusado que viene a pedir justicia, confiando ciegamente en la rectitud de vuestra majestad...

—¡Justicia vos...!

—Por desgracia de la señora princesa de Eboli, que me escucha. Ha llegado el día, porque no hay plazo que no se cumpla y cada cual pagará lo que debe, porque no hay deuda que no se pague.

—¡Oh! — exclamó doña Ana. — Sí, ya es tiempo de que se castiguen vuestros crímenes.

—Sí — interrumpió el paje, — tiempo es ya; pero preciso es saber quiénes son los criminales.

—Mancebo — dijo el monarca, — tal vez os ciega la vanidad, os trastorna la soberbia. A pedir justicia habéis venido, lanzáis graves acusaciones y desdichado de vos si no presentáis las pruebas.

—Las presentaré.

—Señor — dijo la princesa, a quien desagradó mucho la tranquilidad y dulzura con que el rey hablaba a Luis, — parece que vuestra majestad olvida que es el juguete de este miserable...

—Señora — interrumpió el mancebo, desplegando una burlona sonrisa, — por quien soy os juro que he de devolveros esas palabras.

—¿Aun os atrevéis...?

—Hablo con su majestad.

—Callad, doña Ana — interrumpió Felipe II.

La princesa se mordió el labio inferior y guardó silencio.

Hízose más densa la palidez de Antonio Pérez.

—Señor — dijo Luis con perfecta calma, — vuestra majestad es el juguete de esa mujer y...

—Las pruebas, las pruebas — interrumpió Felipe II.

—Antes, si vuestra majestad me lo permite, daré algunas explicaciones sobre mi conducta y los últimos sucesos.

—Hablad.

—Señor — dijo al fin el paje, — en momentos más solemnes que estos dí a conocer a vuestra majestad las causas que me habían impulsado a seguir una conducta criminal en las apariencias. No quiero evocar recuerdos tristes, y tampoco entraré en minuciosas explicaciones sobre mi proceder en Flandes, diciendo no más sobre este punto que el funesto desenlace de los acontecimientos de la pasada época aumentó mi desesperación, mi sed de venganza, y me dejé llevar, como niño sin guía, de los arrebatos de mi exaltada mente. Si entonces hubiese yo sabido que el marqués de Poza vivía, no fuera aquélla mi conducta; pero lo ignoraba; esto era un secreto que no se me reveló, ni tampoco a mi señora, porque las personas que lo guardaban no sabían que éramos los interesados en tal asunto, y sus dudas no pudo aclararlas el marqués porque estaba loco y no recobró la razón sino pocos meses hace. Si vuestra majestad pone la mano sobre su corazón y con la severa rectitud y la imparcialidad

de sus sentimientos y de sus intenciones, le pregunta a su conciencia, tendrá más lástima al niño extraviado que al hombre vengativo, y comprenderá que no fueron los malos instintos, sino un juicio débil, enfermo, hijo de una razón débil también por los pocos años, lo que me colocó al borde de un abismo en medio de las tinieblas. Por mi parte, señor siento tranquila mi conciencia en cuanto a la rectitud de mis intenciones, porque entonces tenía yo por un deber, el más sagrado, vengar a los que debía más que la vida, y por cumplir con ese deber lo arrostré todo. Me equivoqué, lo reconozco, y en esto consiste mi crimen, pero un crimen cometido de buena fe y que puede compararse al del médico que mata con un medicamento que administra creyendo de buena fe que va a dar la vida al paciente, que lo administra con alegría, con entusiasmo, hasta con vanidad, porque se lisonjea de haber podido con su ciencia y sus afanes salvar la existencia a una criatura, cumplir un deber santo, una misión sagrada, y, sin embargo, mata asesinando impunemente, y esto es un crimen, pero un crimen cometido por la fatalidad, no por él, y del cual no puede hacérsele responsable. Y es tal el convencimiento de que merezco perdón, que he venido a presencia de vuestra majstad sin miedo alguno, pudiendo escaparme.

—Es incontestable — dijo el rey para sí — que su conciencia está pura y tranquila por más que sus obras sean criminales. ¡Desdichado, cuánto habrá sufrido y sufrirá!

—Sobre este punto —— prosiguió el mancebo, — vuestra majestad fallará, y no me quejaré si me impone el más severo de los castigos; ya no me importa morir, porque he concluído mi obra haciendo felices a doña Blanca y al marqués de Poza, a quienes he visto por fin abrazados, y he logrado también evitar qeu profese doña Ana de Austria, que a estas horas llorará de alegría en los brazos de su madre más digna de compasión que de castigo.

El monarca miró con sorpresa a Luis.

—¡Doña Ana — dijo — en los brazos de su madre!

—Sí, señor; la saqué del convento...

—¡Imposible!... — exclamó la princesa — Yo la ví partir para Burgos...

—Como siempre — dijo Luis, — os equivocásteis. Los asesinos que me buscaban hace algunos días cortaron la cabeza del señor Antonio Mena por cortármela a mí...

—¡El señor Antonio!...

—Sí, señora princesa, y en lugar de marchar a Burgos doña Ana, marchó la hija de don Juan Pecheco...

—¡Todo lo comprendo!

—Y será abadesa de las Benedictinas, y su padre guardará este secreto mientras todo el mundo cree que aquélla es la hija de don Juan de Austria. Cuando profese, podrá tomar otro nombre, como se acostumbra y se llamará sor Jesús de la Transfiguración.

La admiración del rey pudo en él más que su enojo y difícilmente siguió aparentando una fría calma.

La princesa se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—Ahora, señor — repuso el mancebo, a la vez que su frente se contraía, — ahora me falta dar a conocer a los criminales y devolver a la princesa de Eboli sus palabras.

—¡Oh, sí! — exclamó el monarca. — ¡Señaladlos con el dedo y dadme pruebas!

Luis extendió tranquilamente su brazo derecho hacia doña Ana, y dijo:

—Además, vuestro secretario Antonio Pérez.

La princesa dejó escapar un grito de espanto.

—¿Qué decís, miserable? — exclamó, mientras que sus ojos despedían centellas.

—¡Las pruebas, las pruebas! — repuso con exaltación Felipe II.

El paje, con su terrible calma, sacó las cartas robadas por Inés y se las entregó al rey.

Este las leyó con toda la avidez que puede considerarse, y cuando iba a estallar en amenazas su terrible cólera, el mancebo volvió a señalar a la princesa, y dijo:

—Vuestra majestad es el juguete de esa mujer.

Doña Ana dejó escapar un segundo grito, encorvó su esbelto talle y bajó la cabeza como agobiada por un enorme peso, mientras que apretaba convulsivamente los puños y en la sombría mirada de sus grandes ojos negros se pintaba a la vez la rabia y el terror.

—¡Oh! — exclamó el monarca, medio levantándose de su asiento y estrujando las cartas. — ¡Yo, Felipe II, el juguete de una mujer!

Mucho significaban estas palabras en boca de aquel hombre.

Reinó un profundo silencio.

El monarca contempló a los criminales, y después de algunos minutos, desplegó una leve sonrisa.

Lo que significaban las sonrisas de aquel tirano, lo sabían muy bien lo mismo doña Ana, que Antonio Pérez y el paje.

Para los dos primeros no había ya salvación posible.

Se habían burlado de Felipe II, le habían engañado, eran traidores, y, como si fuese poco este crimen para encender la cólera del monarca, sintió éste destrozada el alma por el dardo venenoso de los celos.

¡Tenía un rival Felipe II! ¡Un rival!...

Esto debió parecerle inverosímil, y, sin embargo, era verdad.

Luis se arrodilló, inclinó la cabeza y dijo:

—Señor, espero la sentencia de vuestra majestad.

—Levantáos — respondió Felipe II, con una calma que era espantosa en aquellos momentos.

Luis se puso en pie, quedando en actitud tan digna como respetuosa.

Felipe II miró alternativamente a la princesa y a su secretario.

Reinó un silencio absoluto, y en aquellos momentos hubieran podido oírse y contarse los latidos violentos y desiguales de los corazones de la dama y de Antonio Pérez.

Ambos conocían demasiado bien al monar-

ca, y con sobrado fundamento estaban poseídos de pavor.

Después de algunos minutos, el gran tirano, con una calma espantosa, dijo a la viuda:

—¿Y vos, no os arrodilláis?

Doña Ana levantó la cabeza.

Dos llamaradas del fuego de su soberbia escapáronse de sus ojos, y exclamó:

—¡Yo arrodillada ante quien he visto a mis pies y esclavo de una pasión!

El rey extendió un brazo hacia la puerta.

La princesa salió, convulsa de ira.

Entonces el monarca dijo al señor Antonio Pérez:

—Volved a vuestra casa, y esperad allí mis órdenes.

Ni una palabra se atrevió a pronunciar el ministro, que también salió, mientras decía para sí:

—Mi cabeza no está segura sobre mis hombros.

Cuando el monarca y Luis quedaron solos, dijo el primero:

—Ahora, dadme explicaciones sobre lo sucedido en el convento de Santo Domingo el Real.

El paje explicó detalladamente todos los sucesos que hemos dado a conocer, siendo escuchado con atención profunda por el monarca, y diciendo luego:

—La hija del ilustre hermano de vuestra majestad está enamorada.

—¡Enamorada!... ¿De quién?

—Lo ignoro, señor, y no puedo decir más que lo que he observado.

—¿Y queréis que se case?

—Quiero que sea completamente feliz —dijo el mancebo con voz insegura.

—No habéis pensado en todos los inconvenientes.

—Señor, principio por hacer el mayor de los sacrificios, puesto que estoy enamorado de la hija de don Juan.

—¿Y, sin embargo, deseáis...?

—Hacer lo último que puedo en bien de mis amigos, y después... ¡Oh!... ¿Qué me importa lo demás?... Nunca he vivido para mí, y la costumbre...

—Tanta generosidad no se concibe.

—Señor, tal vez soy el mayor de los criminales; pero no egoísta. Si la hija de don Juan conociese mi amor, se casaría conmigo por gratitud, se violentaría, fingiría y sería la más desdichada de las criaturas, y no la he librado de un sacrificio para imponerle otro mayor.

—Todo eso está bien; pero... No lo entiendo, no lo entiendo.

—Ha concluído mi misión, y el Omnipotente me mirará con misericordia y pondrá fin a mi existencia. Dígnese vuestra majestad hacer feliz a esa criatura; quédese en las Benedictinas de Burgos la hija de Pacheco, y, olvidando su nombre y su real estirpe...

—Comprendo.

—Seguro estoy de que don Juan de Pacheco consentirá que la hija de don Juan de Austria le llame padre por una vez, y como nadie conoce a la una ni a la otra...

—¡Pobre mancebo! — murmuró el rey.

Luis se oprimió el pecho.

No era posible comprender lo que en aquellos momentos sufría.

El monarca reflexionó algunos momentos, luego dijo:

—Inmediatamente saldréis de Madrid, y co vuestros amigos esperaréis mis órdenes.

—Señor, deseo la ocasión de hacer por vues tra majestad un sacrificio de algo que se estim en más que la vida.

—Por de pronto, tengo que agradeceros un cosa que me habéis enseñado, y es que los reye no deben tener favoritos, sino servidores.

Así terminó aquella escena.

Felipe II se había visto últrajado por doñ Ana de Mendoza y Antonio Pérez, y ya no er posible que pensase en más que en el castig de éstos.

¿Qué le importaba el paje, ni su sobrina, n el marqués de Poza?

¿Por qué no había de dejarlos en libertad

Luis había presentado la prueba de la tra ción de doña Ana, y, por consiguiente, mereci una recompensa.

Si en otra época ayudó al príncipe don Ca los, si en Flandes había servido a los partida rios de la Reforma, y si se había burlado mu chas veces de la justicia, no tenía ningún valo ante la falsía de la ilustre viuda y la traició del ministro.

De éstos únicamente quería ocuparse el mo narca, y para castigarlos le sobrarían pretexto sin necesidad de dar a conocer el verdader motivo de su enojo.

Capítulo LXXXI

LA NOVEDAD QUE ENCONTRO LUIS EN EL CASTILLO

EL monarca llamó y dió las órde nes más terminantes para que no die molestara a Luis y por cons guiente, éste salió envuelto en s blanca capa y siendo contempl do por los palaciegos con tant sorpresa como asombro.

Rápidamente cundió la noticia de que el dia blo se encontraba en palacio y en las habita ciones por donde había de pasar, reuníans muchas personas para verle.

Luis, envuelto en su capa con la cabeza er guida y los labios entreabiertos para sonreí avanzaba, miraba a los curiosos y saludaba co un ademán a los conocidos de otro tiempo.

Así continuaba representando su papel

¿Quién hubiera sospechado que el infeli mancebo tenía destrozada el alma en aquello momentos en que acababa de conseguir el ma yor de los triunfos?

Cuando estuvo fuera del alcázar y para evita que le molestasen los curiosos transeuntes, vo vió su capa y ya no pudo verse de ésta m que el lado negro.

Rápidamente siguió Luis hacia Santa Mar y al doblar la esquina del templo, encontrós con dos hombres.

Eran el capitán y Santiago.

—¡Tripas de Lucifer! — exclamó el primero.

—¡Rayos! — murmuró sordamente el segundo.

—¿Qué os sucede? — preguntó Luis, que ya no sonreía.

—Nos habéis hecho sufrir mucho.

—Tardábais y...

—Ya nada tenemos que temer.

—¡Truenos...!

—¡Vive Dios...!

—Tranquilizáos, que todo ha concluído.

—Hemos visto a la princesa en su silla de manos.

—Y al señor Antonio Pérez en un coche.

—Y como no salíais — añadió el capitán, — creímos que os habían encerrado y yo calculaba de qué manera me sería más fácil prender fuego a ese nido de cortesanos.

—Pues he conseguido cuanto deseaba y ya el rey es mi mejor amigo y protector.

—No lo entiendo.

—Os lo explicaré más claramente; pero no debemos permanecer aquí, porque tenemos que ir al castillo.

Pero León, en el colmo del entusiasmo, juraba y maldecía sin cesar, dejando apenas que se explicase Luis.

Llegaron a su morada y acabaron de entenderse.

—El vino, Santiago, el vino — gritaba Pero León, — porque es muy justo que nos emborrachemos, además tengo hambre... Que me traigan la princesa de Eboli y me la comeré cruda y...

—Olvidáis que tenemos que partir — interrumpió el paje.

—¿Y no hemos de comer...? ¡Dios de Dios...! ¿Adónde hemos de ir con el estómago vacío...? Puesto que ya no nos persiguen y que no importa que sepa todo el mundo dónde estamos, gritaré me sublevaré... ¡Cuernos de Satanás...! La comida, Santiago y vino, mucho vino; y después los caballos y cuando os dé la gana; y desdichado del que se me ponga delante... Conque es decir, que el gran Felipe II nos protege... ¡Viva el rey...! Me darán el mando de un regimiento, iré a Flandes, acuchillaré a esos pícaros herejes... ¡Cien legiones...! Han sido nuestros amigos; pero ¿qué importa...? Yo soy católico y vasallo leal y español neto por todos cuatro costados... Lo único que siento es que no me acompañaréis...

—Estáis equivocado.

—¿De veras?

—¿Qué tengo que hacer aquí? — replicó el paje.

—¡Fuego de Satanás...! Ahora que hemos triunfado estáis triste... ¿Qué os sucede?

—Comamos, puesto que en ello os empeñáis y a caballo.

Durante la comida, Luis permaneció silencioso.

Preguntábase si tendría valor y fuerzas para ver a la hija de don Juan en brazos de otro y he ahí por qué empezaba a pensar en separarse de sus amigos y salir de España apenas se lo permitiese Felipe II.

Preocupábale también el recuerdo del dominico, pues no creía que éste renunciase a satisfacer su venganza y bien podía hacerlo, a pesar de las órdenes del rey.

Dos horas después salieron de Madrid.

El capitán y Santiago hablaban alegremente.

Luis iba silencioso y meditabundo.

Inclinaba tristemente la cabeza sobre el pecho.

Habíase entregado a las más amargas reflexiones.

Después de tanto sacrificio y de una lucha tan espantosa, no había conseguido más que hacer felices a sus amigos, mientras que él era horriblemente desgraciado.

¿Qué objeto tenía ya su existencia?

Ninguno, puesto que no podía ser útil para él ni para los demás.

No encontró imposibles para favorecer a sus amigos y era impotente cuando se trataba de su propia dicha.

En verdad que su situación no podía ser más horrible.

Escapábase de su pecho suspiros dolorosos, o se entreabrían sus labios para desplegar sonrisas impregnadas de amargura desgarradora.

¡Pobre mancebo!

Ni remotamente podía sospechar que Ana se encontraba en la misma situación y sufría lo mismo que él.

Luis seguiría guardando el secreto de su pasión, porque no quería que la joven le correspondiese movida por la gratitud y ella continuaría siendo reservada para evitar que Luis llevase su generosidad hasta el punto de sacrificarle su corazón.

Mientras los dos callasen, era imposible su felicidad y claro es que habían de seguir callando.

Al día siguiente entraban en el castillo.

No puede describirse la escena que tuvo lugar en los primeros minutos: lágrimas, sonrisas, exclamaciones de júbilo y frases de ternura inmensa.

Cuando empezaron a recobrar la calma, dió Luis minuciosas explicaciones, y luego todos los semblantes empezaron a cambiar de expresión empezando a manifestar la tristeza.

¿Qué sucedía?

No pudo Luis adivinarlo; pero tenía necesidad de saberlo, y, apenas quedó solo con el marqués le preguntó:

—¿Qué pasa?... Doña María de Mendoza debe sufrir.

—Mucho.

—Y su hija...

—No os equivocasteis al creer que la joven estaba enamorada — dijo el de Poza.

Nerviosa palidez cubrió el rostro del paje.

—¿Y a quién ama? — preguntó, con una ansiedad indescriptible.

—Lo ignoro; pero entre ella y el hombre que ha encendido su corazón debe levantarse

un obstáculo insuperable, debe abrirse un abismo.

—Explicáos, marqués.

—Os hago sufrir; pero...

—Quiero conocer la verdad.

—Es horrible.

—¿Créis que el valor me falta?... ¡Oh!... Cuando todas mis esperanzas se han desvanecido, cuando la vida me es insoportable...

—Me hacéis temblar.

—Señor marqués aún no me conocéis.

—La situación exige...

—Que todos sepamos a qué atenernos.

—Y yo, que os debo tanto, no quisiera ser el que destrozase vuestra alma.

—¿Acaso podéis decirme algo que yo ignore? Si yo sabía que para mí no podía ser el corazón de esa mujer a quien por desdicha he conocido, ¿qué puede suceder que sea más horrible?

—Sin embargo...

—No he abrigado ninguna esperanza; y para probároslo así, os diré lo que me ha parecido prudente callar en presencia de Ana.

—Decid, que os escucho con tanta ansiedad como temor.

—He hablado al rey del amor de su sobrina, y le he suplicado que la case con el hombre a quien ama.

—¿Y no habéis hablado de vuestro amor?

—Sí.

—¿Y el rey...?

—Se ha mostrado dispuesto a completar la dicha de la hija de don Juan, y creo que si no me impone ningún castigo y me perdona, es porque considera que estoy sobradamente castigado con el sufrimiento de mi pasión contraída, con el tormento horrible de ver en brazos de otro a la mujer a quien adoro. ¡Oh!... Vos amáis, marqués, y podéis comprender mi sufrimiento, aunque nunca habéis llegado a perder la última esperanza.

—¿Y he de dejaros sufrir...?

—Nada podéis hacer.

—Es verdad — dijo tristemente el de Poza.

—Continuad, pues.

—La desgraciada joven, porque desgraciada es, ha determinado encerrarse en un convento; de manera que nada habéis conseguido con arriesgar la vida para sacarla del claustro.

—¡Otra vez en una celda!...

—Y es irrevocable su resolución, según me ha dicho su madre.

—¡Oh!...

—Y muy razonados y fundados deben ser los motivos, cuando doña María aprueba semejante determinación.

—Imposible, imposible...

—Desgraciadamente, es verdad.

—Cuando sepa que el rey está dispuesto a darle licencia para que se case...

—Sucederá lo mismo.

—Pero ¿quién es el hombre que ha interesado su corazón?

—Sobre ese punto ha guardado la mayor reserva doña María; pero la persona no tiene importancia, sino la situación.

—Es decir que, a pesar de mis sacrificios, esa criatura...

—Es desgraciada.

Luis elevó al cielo una mirada de desesperación.

Luego, y siguiendo la conversación sobre el mismo asunto, manifestó su resolución firmísima de salir de España para ir a buscar la muerte en Flandes, y en compañía del capitán Pero León; pero, de todas maneras, deseaba saber qué clase de obstáculos se oponían a la felicidad de Ana, pues estaba decidido a luchar nuevamente hasta morir o vencerlos, haciendo así el último y el mayor de los sacrificios.

Separáronse, y el marqués fué en busca de doña María.

Capítulo LXXXII

COMO SABEN BUSCARSE LOS CORAZONES QUE SE AMAN

DESPUES de comer, salió Luis del castillo para pensar solo y entregarse con entera libertad a sus tristísimas reflexiones.

Ana se retiró a su aposento asomándose a una ventana y mirando distraídamente el paisaje.

Sentía el corazón oprimido, y bien pronto sus ojos se humedecieron y dejaron escapar dos lágrimas.

—¡Nacer para sufrir siempre, siempre! — murmuró, con voz ahogada. — El más desdichado tiene alguna esperanza consoladora... ¡No hay esperanza para mí! ¡Qué hermoso es el cielo, qué bello es el mundo!... Y tengo que encerrarme en ese sepulcro de los vivos que se llama claustro; y.... ¡Dios misericordioso!... ¿Por qué no ha de haber para mí un goce, como para todas las criaturas?... Y no podré olvidarlo, y cuando a mi celda lleguen los rumores del mundo y me digan que ama con toda la ternura de que es susceptible su corazón, y que me ha olvidado y que... ¡Esto es horrible!

No pudo Ana proseguir.

Por un momento se tornaron rojas sus mejillas, que palidecieron después mortalmente.

También a ella le atormentaban los celos, y ya odiaba a la mujer que amase Luis.

Entre tanto, doña María de Mendoza, Blanca y el marqués paseaban por los alrededores del castillo.

Sentáronse para hablar más sosegadamente.

—Señora — decía el marqués a la madre de Ana, — la experiencia os ha probado que para nuestro amigo Luis no hay nada imposible, y por consiguiente, estáis obligada a darle a conocer los obstáculos que se oponen a la felicidad de vuestra hija, pues de seguro los vencerá.

—No — dijo, tristemente, doña María.

—Si os obstináis en callar...

—Amigos míos, tenéis derecho a mi franqueza, y todo lo sabréis, aunque con una condición.

—Derecho, no; pero...

—Jurad que guardaréis el secreto que voy a revelaros, y que lo guardaréis hasta para nuestro amigo Luis, a quien tanto debemos.

—Señora...

—Es preciso.

—Pues bien: lo juro — dijo el marqués.

—Yo también — añadió Blanca.

—Mi hija no puede ser feliz, porque ama a quien no le corresponde.

—¿Y el hombre amado...?

—Es nuestro amigo...

—¡Luis!

—¡Ah!... ¡Somos dichosos! — exclamó Blanca.

Y abrazó a su amiga, mientras que el llanto salía en abundancia de sus ojos.

—Ya lo veis, lloro de alegría... ¡Cuánta felicidad!

—¿Qué estáis diciendo?

—¿No habéis visto a Luis preocupado y triste, a pesar de sus triunfos? ¿No habéis comprendido que sufre horriblemente?

—¡Dios mío!...

—¡Ama a vuestra hija!...

—Y está resuelto a salir de España para ir en busca de la muerte en los campos de batalla...

—Hace muchos días que me confió el secreto de su amor...

—Y, con una generosidad que no se concibe, ha suplicado al rey que case a vuestra hija con el hombre a quien ama.

—Luis, mi querido Luis — gritó Blanca, poniéndose en pie y queriendo correr en busca del mancebo.

—¿Qué hacéis? — dijo doña María.

—¡Serán dichosos también!...

—Estoy aturdida... ¡Ah!... Esto es un sueño...

—Es la realidad...

—¿Por qué nos detenemos? ¿No pensáis que sufren esas criaturas?... Vamos, vamos...

—Sí, sí...

—Esperad...

—Ni un instante.

—¡Hija mía!... ¡Gracias, Dios misericordioso!

Profundamente agitados, corrieron al castillo.

¿Y Ana?

Había salido sin que nadie la viese.

Tampoco se encontraba allí el paje.

Corrieron otra vez para buscarlos

Atravesaron algunas praderas, y se internaron en un bosque.

Media hora después se detenían, sin haber encontrado a los dos jóvenes.

—Es extraño — dijo Blanca.

—No me sorprende que Luis se aleje demasiado; pero mi hija, por estos sitios sola...

—Busquemos.

—Por aquí.

Tomaron por un tortuoso sendero.

Allí el ramaje formaba una bóveda, a través de la cual no podían penetrar los rayos del sol, que tocaba a su ocaso.

A los pocos minutos, percibieron el murmullo de un arroyo cristalino que serpenteaba por entre la espesura.

Avanzaron más, y se detuvieron al llegar a una pequeña explanada o claro del bosque.

Allí estaba el suelo tapizado por menuda hierba salpicada de flores silvestres.

En los líquidos cristales del arroyo reflejaban los últimos rayos del sol.

Los pájaros revoloteaban y se ocultaban entre el ramaje en busca de sus nidos.

La tórtora dejaba oír sus últimos arrullos, lánguidos, melancólicos e impregnados de amorosa dulzura.

Nada más encantador que aquel lugar.

Allí era forzoso sentir; allí se sublimaba el espíritu hasta las regiones más elevadas de los purísimos goces.

Blanca puso el dedo índice de su diestra sobre sus labios para que sus amigos guardasen silencio.

Sus miradas se fijaron en un mismo punto

Sus rostros se dilataron con una sonrisa de inmensa satisfacción.

Sobre un banco, junto al arroyo, y bajo el frondoso ramaje, estaban Luis y la encantadora Ana.

Contemplábanse como extasiados.

Parecía que sus almas se habían reconcentrado en sus ojos.

Guardaban silencio, sin duda porque con palabras no podían expresar lo que sentían.

Sus miradas eran sobradamente elocuentes.

Veíanse sus pechos levantarse a impulsos de su violenta respiración.

Sus labios se entreabrieron, desplegando una leve, muy leve, sonrisa.

¿Qué había sucedido?

Lo que era absolutamente preciso que sucediese, lo que era lógico y natural: aquellos dos corazones se amaban, se atraían mutuamente, y debían encontrarse y entenderse, sin pronunciar apenas una palabra, y aun contra la voluntad de ambos.

Bien pudiera decirse que habían nacido el uno para el otro, y como separados no podían vivir, habían de reunirse.

Blanca, el marqués y doña María permanecieron inmóviles por espacio de cinco minutos.

Gozaban como nunca habían gozado, se consideraban dichosos al contemplar aquel cuadro de dicha inmensa.

—Me parece — dijo, en voz baja, el marqués a doña María — que ahora me autorizaréis para revelar el secreto.

La tierna madre no pudo ya contenerse, ni Blanca tampoco, y avanzaron ambas, seguidas del marqués.

Ana y Luis dejaron escapar un grito de sorpresa, y se pusieron en pie.

—¡Madre mía!...

—¡Hija de mi alma!...
—¡Hermana mía!...
—¡Luis!...

Estas exclamaciones se oyeron.

Ana se arrojó en los brazos de su madre, y Luis, en los de su señora.

Ni unos ni otros pudieron articular una sílaba.

Sentíanse medio ahogados.

El llanto corría por sus mejillas.

El marqués, profundamente conmovido, contemplaba aquel cuadro, y también de sus ojos se escaparon dos lágrimas.

Cuando pudieron dominarse, diéronse algunas explicaciones, de que ninguna necesidad tenían, y luego, dirigiéndose a Luis, exclamó Blanca:

—¡Por fin, eres dichoso!

—Dios lo quiera — murmuró el mancebo, haciendo un gesto de duda.

—¿Qué temes?

—¿Os habéis olvidado de doña Ana de Mendoza?

—Ya es impotente...

—Para cierta clase de intrigas; pero no para cometer un crimen. ¿Acaso es posible que me perdone?... Y Antonio Pérez le ayudará, y también fray Bernardo, cuya última esperanza se ha desvanecido. No quisiera turbar vuestra alegría en estos momentos; pero nos conviene pensar en todo. Por una parte, me amenaza el puñal de un asesino, y por otra, la Inquisición. ¿Qué importa que el rey me proteja? Si se empeña el Santo Oficio, me encerrará en un calabozo, y allí, sigilosamente, me harán sufrir todos los tormentos imaginables. Muy terrible es la venganza de una mujer; pero la de un fraile...

—Nos iremos de España.

—Eso no — replicó enérgicamente Luis.

—Entonces, no debemos considerar terminada la lucha.

—No.

El mancebo no se equivocaba, pues era imposible que doña Ana de Mendoza lo perdonase, así como el dominico tampoco perdonaría al que en un momento había desbaratado todos sus planes, inutilizándolo para satisfacer su ambición.

A pesar de todo esto, aquella noche durmieron tranquilamente nuestros amigos, y el señor Pero León, Juan y Santiago, en el colmo de la alegría, cenaron y vaciaron varias botellas, cuyo contenido, como era consiguiente, les hizo también dormir a pierna suelta.

Los dejaremos entregados a su dicha, y volveremos a Madrid para saber lo que el rey había determinado con respecto a doña Ana de Mendoza y al señor Antonio Pérez, así como también hemos de averiguar en qué disposición de ánimo se encontraba el dominico, pues no era posible que hubiese renunciado al único placer que le quedaba: el de la venganza.

Capítulo LXXXIII

EL POSTIGO DE LA IGLESIA DE SANTA MARIA

RETROCEDAMOS a la mañana en que tuvieron lugar los sucesos que decidieron la suerte de doña Ana de Mendoza y del secretario Antonio Pérez.

Cuando el rey quedó solo, dió varias órdenes y despachó algunos correos. En apariencia continuaba tranquilo; pero en el fondo de su alma se desencadenaba una borrasca espantosa.

Le habían herido en la fibra más delicada, en la única sensible: la de su soberbia.

Con toda su grandeza, con todo su poder, había representado el papel más triste, había sido engañado por las personas en quienes tenía más ciega confianza, se le había burlado una mujer.

Felipe II se vió objeto de la burla, experimentó el tormento espantoso del ridículo.

No encontraba castigo bastante para los autores de la ofensa.

Y, sin embargo, no se atrevía a entregar al verdugo la cabeza de la mujer a quien había amado, porque esto le parecía indigno de su propia grandeza.

Felipe II era un gran tirano, era un déspota insensible; pero era también un caballero, caballero español y antes hubiera consentido morir que dejar de guardar ciertas consideraciones a la que había sido su dama.

En cuanto al señor Antonio Pérez, sobrarían pretextos para acusarlo de cualquier delito y castigarlo severamente, haciendo pasar por acto de justicia lo que realmente no era más que una venganza.

Ya la opinión pública acusaba al ministro de ser el autor del asesinato de Escobedo, secretario particular de don Juan de Austria y que con una comisión de éste había venido a España.

En voz muy baja, se atrevían algunos a decir que, efectivamente, el ministro había dispuesto el asesinato de Juan de Escobedo; pero que lo hizo para cumplir una orden, más o menos importante del monarca.

Los historiadores no han podido comprobar nada de esto con documentos ni razones incontestables; pero la verdad es que de todo lo que se ha conseguido investigar parece resaltar que Felipe II pronunció algunas palabras dejando entender que Escobedo merecía la muerte y que la razón de Estado exigía que desapareciese del mundo semejante hombre, que poseía secretos muy trascendentales y se había metido en cierta clase de intrigas políticas.

Estas o parecidas palabras en un rey como Felipe II eran una sentencia irrevocable y su ministro debió creerse en el deber de cumplirlas.

No había medio de probar nada contra Escobedo y por consiguiente, era inútil acudir a

los Tribunales, quedando solamente el recurso del asesinato.

Sabemos ya que a este recurso se apeló muchas veces en aquella época y por consiguiente, no es absurda la suposición de que Felipe II mandase matar a Escobedo, así como también es posible que el célebre ministro lo hiciese por su propia cuenta, queriendo luego justificarse y diciendo que se había concretado a obedecer al rey.

Aquel mismo día quedó Antonio Pérez constituído en prisión en su propia casa y los Tribunales de justicia empezaron a instruir la causa, considerándole como presunto autor del asesinato de Escobedo.

Una vez hecho esto, no necesitó el monarca ocuparse por entonces de su antiguo secretario y pudo fijar toda su atención en doña Ana de Mendoza.

Esperó ésta en su morada.

El estado de su espíritu puede comprenderse.

Con frecuencia se entregaba a todos los transportes de la desesperación.

No le tenía miedo al enojo de Felipe II; pero sí le hacía sufrir horriblemente su derrota.

¡Había triunfado el paje, había triunfado doña Blanca!

La ilustre viuda, en el delirio de la desesperación, pidió a gritos la muerte.

Nunca como entonces anhelaba vengarse.

Cuando cerró la noche se habían agotado las fuerzas de doña Ana, lo cual no debe extrañarse, porque había sufrido mucho y porque apenas había tomado alimento durante el día.

Las horas pasaban con lentitud verdaderamente horrible para la princesa.

Dieron las diez.

A sus oídos llegó el ruido de un coche, que se detuvo junto a la esquina de la iglesia de Santa María.

Tras el coche iban algunos soldados a caballo.

Un lacayo abrió la portezuela y dos hombres salieron.

Entraron en la calleja, que ya no existe y que corría a lo largo del costado izquierdo de la iglesia.

Esta tenía un postigo por allí, postigo que aquella noche se hizo célebre y que muchas veces hemos contemplado mientras recordábamos los pasados siglos y la tenebrosa política del tirano de dos mundos.

Aquellos dos hombres avanzaron sin pronunciar una palabra.

Uno de ellos se metió en el hueco del postigo y envuelto en su negra capa, quedó inmóvil.

No era posible distinguirlo.

El otro dió algunos pasos más y penetró en la suntuosa vivienda de doña Ana de Mendoza.

A los pocos minutos la traviesa y bonita Inés que estaba pálida y parecía muy preocupada, entró en el aposento donde su señora se encontraba recostada en un diván.

—¿Qué quieres? — preguntó ásperamente la viuda.

—Un caballero desea ver a vuestra señoría...

—No recibiré a nadie y te prohibo que vuelvas a entrar mientras yo no te llame.

—Es que...

—Basta.

—En nombre del rey.

Doña Ana se incorporó, estremecióse violentamente, fijó una mirada intensa en Inés y exclamó:

—¡El rey...! ¿Qué estás diciendo?

—Que ese caballero es un gentilhombre y viene a cumplir una orden de su majestad.

—¿Y no es el mismo rey?

—No, señora.

—¡Ah...! No se siente con fuerzas bastantes... ¡Pobre rey...! Que entre ese caballero.

Salió Inés.

Presentóse el gentilhombre, que parecía bastante turbado y que saludó a doña Ana muy ceremoniosamente.

—Me han dicho que venís por orden de su majestad.

—Así es, señora y siento haber merecido esta prueba de confianza.

—¿Y por qué? — replicó la viuda, que hacía sobrehumanos esfuerzos para aparecer tranquila y sonreír.

—Es tan desagradable el cumplimiento de mi deber...

—Sentáos y explicáos.

—No puedo detenerme un solo minuto.

—Entonces...

—Tendréis la bondad de seguirme.

—¡Seguiros!

—Y os permitiré deteneros nada más que para tomar un abrigo y dar a vuestros criados las órdenes que os parezcan convenientes a fin de que os envíen ropa, dinero o lo que hayáis de necesitar.

—Esto es incomprensible.

—Si ahora no lo entendéis...

—Me lleváis presa, ¿no es verdad?

—Tendré el honor de acompañaros hasta el convento de las Huelgas, de Burgos y allí os quedaréis.

—¡Oh! — exclamó la princesa, cuyos ojos centellearon.

—Señora...

—Otra vez encerrada en las Huelgas...

—No sé más sino que he de dejaros allí y he de entregar a la abadesa una orden de su majestad.

—¿Y si hago resistencia?

—La escolta que traigo entrará en esta casa y empleando la fuerza...

—¡Caballero...!

—Lo manda el rey.

Sintióse anonadada la viuda.

Convencida estaba de que la resistencia no hubiera servido más que para acusarla de haberse revelado contra el rey, en cuyo caso el castigo sería terrible.

No le convenía agravar su situación.

Mientras la dejasen en el convento, con sus riquezas y el auxilio de los criminales que la servían, no le sería imposible satisfacer su sed

de venganza. Además, de su celda no sería tan difícil salir como de un calabozo.

Reflexionó algunos momentos.

—Está bien — dijo con breve tono.

Púsose en pie, y preguntó:

—¿Puedo dar reservadamente las órdenes a mis criados?

—Sí, puesto que su majestad no lo ha prohibido.

—¿Me permitiréis salir de esta habitación?

—También; pero os recuerdo que no puedo esperar mucho.

Doña Ana salió.

No abusó del permiso, pues antes de diez minutos volvió envuelta en un ancho y negro abrigo, diciendo:

—Vamos.

Salieron de la casa.

El gentilhombre ofreció el brazo a la viuda, y ésta aceptó el apoyo.

Como la calle era muy estrecha, el ropaje de la dama rozó al pasar con la negra capa del que estaba oculto en el postigo.

Viéronse brillar como dos luces fosfóricas los ojos del embozado.

La princesa y el gentilhombre entraron en el carruaje, que inmediatamente se puso en movimiento seguido por la escolta.

Debilitóse y se extinguió el ruido que producía el pesado vehículo y las pisadas de los caballos.

Del postigo salió el de la negra capa.

Percibíase el ruido de su respiración trabajosa.

Aun relumbraban intensamente sus ojos.

Era el gran Felipe, que había querido ver alejarse para siempre a la mujer cuyos encantos habían encendido en su pecho una pasión, que debió extinguirse al sentir herida su soberbia.

Otros dos embozados siguieron al monarca, y todos entraron en el alcázar real.

A la mañana siguiente cundió la noticia del destierro y encierro de la ilustre viuda, que había representado en la corte un papel de tanta importancia y que había sido el alma de todas las intrigas.

Entonces como nunca se desataron las lenguas de los murmuradores, y los que más duramente acusaron a doña Ana fueron los que más la habían adulado o mayores beneficios habían recibido de ella.

Capítulo LXXXIV

LO QUE HACIA FELIPE II CON ALGUNAS DULCES PALABRAS

AL día siguiente Felipe II mandó que se le presentase fray Bernardo.

Recibió éste la orden con aparente calma, pero palideció y su mirada se tornó sombría.

Nadie hubiera creído que aquel hombre se alterase.

Había empezado a desconfiar de sus propias fuerzas.

Acordábase del cardenal Espinosa y temíala, pues conocía demasiado bien a Felipe II.

Cuando los ambiciosos pierden su última esperanza y ven los peligros que ellos mismos han buscado, son cobardes hasta el último grado de la cobardía.

Fray Bernardo no podía defenderse, tenía que renunciar a sus ambiciones y no le quedaba más consuelo que el de la venganza.

¿Le estorbarían este único placer?

Obedeció la orden, porque así le era preciso y se presentó al monarca con el aire de humildad que le había dado tan envidiable reputación.

La calma glacial de Felipe II era aquel día verdaderamente terrible, espantosa.

No debía pronunciar más que palabras sencillas, casi a media voz, con dulce y grave tono; pero así también y con una sola frase y una sola mirada había matado a su ministro, el honrado y noble Santoyo.

Cuando aquel gran tirano quería, una mirada no más anonadaba al más grande, al más valeroso.

Ante la mirada de Felipe II había temblado el gran duque de Alba y temblaron muchos hombres que no valían menos que éste.

El dominico, con la cabeza inclinada y cruzadas las manos, esperó a que el rey le hablase.

—Todo lo sé — dijo pausadamente Felipe II — y por consiguiente, no os he llamado para pediros explicaciones.

—Señor, suplico á vuestra majestad...

—Ahora habla el rey — interrumpió Felipe II.

No sabemos cómo pronunciaría estas palabras; pero es lo cierto que el dominico sintió que le faltaban las fuerzas y apenas podía sostenerse.

Su rostro se tornó lívido y se desfiguró.

Frío sudor corrió por su frente.

El rey añadió:

—La Inquisición tiene calabozos y tormentos y el rey tiene prisiones de Estado y verdugos.

Lo que sintió Fray Bernardo no puede explicarse; faltó muy poco para que cayese.

—Tenéis mucho talento y podéis aprovecharlo en servir a vuestro rey.

—Mi vida es de vuestra majestad.

—No necesito que me ofrezcáis lo que es mío.

—¡Ah! — suspiró el desalichado fraile, que en aquel momento era digno de compasión.

—Hoy mismo saldréis de Madrid y por el camino que se os trace iréis a Roma, esperando allí mis órdenes que os comunicará mi embajador, cuando yo tenga a bien dictarlas. Y no haréis más que esperar, entendedlo bien, solamente esperar, sin ocuparos de otro asunto, absolutamente de ninguno, como no sea de cumplir las obligaciones propias de vuestro sagrado ministerio. Tampoco os ocuparéis ni directa ni indirectamente de persona alguna de las que dejéis en España y si consiguiéseis olvidarlas, ganaríais mucho. ¿Me habéis entendido?

—Sí, señor.

—Os conviene guardar en la memoria todas mis palabras. Supongo que me conocéis, fray Bernardo.

—Creo que sí.

—Nada más tengo que deciros.

—Señor, mis superiores...

—Son también mis vasallos y acatarán mis órdenes.

—Mi cargo de inquisidor...

—Los inquisidores también tienen la obligación de obedecerme.

—Señor...

—He concluído — interrumpió el monarca. — Salid.

El dominico no se atrevió a pronunciar una palabra ni a levantar la cabeza.

Maquinalmente se movió y salió de la cámara con pasos vacilantes.

Volvió a su convento.

Sus ideas eran confusas.

Parecíale que la luz del sol había perdido su brillo.

Respiraba con dificultad.

Dejóse caer en un sillón y quedó inmóvil.

Después de algunos minutos se pasó la mano por la frente.

—¡Oh! — murmuró con voz sorda. — ¿Qué se ha hecho de mi inteligencia?

Aquella inteligencia tan clara, tan grande, empezaba a obscurecerse como la luz, que se anulaba gradualmente.

—Sufro — dijo fray Bernardo con voz oscurecida.

Y añadió, llevando las manos a la cabeza y oprimiéndose la frente y el cerebro.

—¿Qué tengo aquí...? No lo sé... No lo comprendo.

Miró a todos lados.

Hubiérase dicho que le habían cambiado los ojos, pues ya no tenían la misma expresión de siempre.

Sus pupilas empezaban a dilatarse y a perder el brillo.

—¡Quiero vivir! — exclamó, haciendo un esfuerzo supremo.

Intentó ponerse en pie; pero en aquel instante se abrió la puerta de la celda y entró un anciano religioso

Era el superior, que con pausado y grave tono dijo mientras presentaba un papel a fray Bernardo:

—Acabo de recibir órdenes de su majestad... Aquí tenéis el itinerario de vuestro viaje... El dolor purifica las almas... Resignación hermano y tened presente que la verdadera justicia no está en este mundo.

Fray Bernardo se puso en pie, apoyándose en el sillón.

—Soy víctima de una injusticia, de un abuso de una intriga infame...

—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

—Pero mi reputación, mi honra...

—Sufrís mucho, ya lo veo.

—Sí; sufro horriblemente.

—Bienaventurados los que sufren y lloran, porque ellos serán consolados.

—¡Oh...!

—Partiréis hoy mismo.

—No, no — replicó desesperadamente fray Bernardo.

—Sí — repuso el superior con la misma calma y dulzura que antes, — partiréis y la Comunidad ,congregada en el coro, elevará sus preces al Señor para que os dé fortaleza de espíritu y consuelo.

—Reverendo padre, mis derechos...

—Bajo santa obediencia...

—¡Ah...!

—Que Dios os bendiga como yo hago en su santo nombre.

Y al decir esto el superior, salió de la celda.

Fray Bernardo volvió a caer pesadamente en el sillón.

Un sudor frío y copioso inundaba su frente pálida y contraída.

Abriéronse sus ojos como si fuesen a saltar de sus órbitas.

Miró ansiosamente el papel que el superior le había entregado.

No distinguía las letras.

Pocos momentos después quedó inmóvil. Sus manos estaban crispadas y frías.

Media hora después la Comunidad se ponía en conmoción y por todas partes se decía.

—Fray Bernardo se muere.

No exageraban.

El dominico estaba en el lecho sin dar apenas señales de vida.

El médico había declarado que la enfermedad consistía en una gravísima alteración del cerebro y que se había producido un derrame seroso.

Se hizo cuanto es imaginable.

El resto de aquel día y toda la noche la pasó fray Bernardo sumido en profundo sopor unas veces y otras hablando de sus intrigas, de sus aspiraciones y del paje.

Al día siguiente se encontraba peor.

La vida sostenía una lucha tenaz con la muerte.

Cerró la noche.

Dos horas después el célebre fray Bernardo exhaló el último suspiro.

Al otro día su cadáver estaba en el templo, bajo cuyas bóvedas resonaba imponente el "De profundis", entonado con voz grave por la Comunidad.

Ya no tenía Luis más que un enemigo, doña Ana de Mendoza y de la Cerda, pero enemigo sobradamente terrible.

Como veremos, la lucha iba a principiar muy pronto, pues la derrota de la ilustre viuda no significaba más que una tregua.

¿Le esperaba a Luis la muerte en los momentos en que la loca fortuna le brindaba con la dicha?

Capítulo LXXXV

DONDE SE VERA QUE EL PAJE ERA SIEMPRE EL MISMO

Si queréis que una mujer se empeñe más y más en cualquier lucha que haya entablado, haced de manera que experimente contrariedades, que su amor propio se sienta herido y sobre todo, que se vea humillada por otra mujer. Cuando esto sucede, consiente mil veces en morir antes que retroceder y todo, absolutamente todo, lo sacrifica a su anhelado triunfo, aunque éste no haya de proporcionarle otra ventaja que la del halago de su vanidad.

¿Qué podía esperar ya doña Ana de Mendoza?

Nada, porque había pasado la época de su esplendor.

No era posible que Felipe II la amase otra vez y por consiguiente, ya no había de representar en la corte el brillante papel que había representado.

Sus enemigos no habían de respetarla, porque no la temían y nuevos amigos no había de tener, porque había perdido su influencia. Tampoco le hubiera sido posible conseguir nada con su belleza, que ya no tenía encantos sino para los que la habían conocido en otra época.

Doña Ana de Mendoza, como toda mujer que se deja cegar por la soberbia, no había pensado que el tiempo pasaba y lo destruía todo y que era forzoso que tras la juventud llegase la vejez con las canas, las arrugas y las deformidades.

Era la ilustre viuda una de esas mujeres que tienen el raro privilegio de conservarse mucho tiempo en la plenitud de su hermosura; pero a éstas les sucede que en un solo día envejecen luego lo que no han envejecido en muchos años, viéndose desaparecer casi de repente todos sus atractivos.

¿De quién debía esperar ayuda doña Ana?

El desdichado Antonio Pérez nada podía hacer por ella, puesto que necesitaba el auxilio de todos.

Empero era rica, muy rica y mientras dispusiese de montones de oro, tendría miserables que la sirvieran, como la había servido el señor Antonio de Mena.

En el aturdimiento de la desesperación, no le había ocurrido pensar que un traidor había dentro de su casa y por consiguiente, siguió mirando con entera confianza a la traviesa Inés.

Con ésta y con Ginés contó por de pronto la viuda y les dió las órdenes convenientes; pero la doncella estaba decidida a continuar sirviendo a Luis, con quien esperaba casarse, sin pensar que semejante hombre no podía ser el marido de una mujer vulgar y que en último caso, se había vendido por un puñado de oro.

Así, el antiguo paje podía conocer los planes de doña Ana de Mendoza.

Un mes había pasado desde los últimos sucesos que hemos referido.

Felipe II dió licencia a Luis, al marqués y a Blanca, a doña María y a su hija para volver a la corte y arreglar las cosas de manera que los enamorados se casasen.

No era esto generosidad del monarca, sino deseo de atormentar a la princesa; pero ello es que nuestros amigos recibían el beneficio.

Luis y Ana debían esperar un año para casarse y entretanto, don Diego de Mendoza, aunque muy contra su voluntad y su gusto, tuvo que abrir las puertas de su casa a su hija y a su nieta, si bien diciendo a todo el mundo que ésta era hija de su amigo don Juan de Pacheco.

Antonio Pérez fué tratado como el último criminal y como no pudieron conseguir que confesase ser el autor del asesinato de Escobedo, apelaron al recurso de aquellos tiempos bárbaros y se le puso en el tormento, llegando alguna vez hasta a aplicarle tres cuñas; pero mostró tanta entereza, que fué preciso pensar en otros medios para hacer que él mismo se condenase y que en la opinión pública quedase así a salvo el rey.

Según ya dijimos, no habían llevado al ministro a la cárcel; pero estaba en su casa tan bien vigilado que la fuga parecía imposible.

No podemos ocuparnos de este grave asunto con la extensión que requiere su importancia, pues está fuera del de este libro.

Antonio Pérez estaba casado con doña Juana de Coello, mujer cuya hermosura igualaba a su virtud y cuya virtud era tanta que apenas se concibe.

Tal vez estas consideraciones, más que ninguna otra, movieron al paje a favorecer al ex ministro. Siempre se había colocado Luis al lado de la víctima inocente y no era posible que en aquella ocasión dejase de proporcionar algún consuelo a la infeliz esposa.

Antonio Pérez consiguió huir.

El mismo día de la fuga, Luis, fué al alcázar real, donde permaneció hasta después de anochecido.

El monarca dijo a Luis:

—Lo que ha hecho Antonio Pérez lo hará también doña Ana de Mendoza.

—Si vuestra majestad quiere evitarlo...

—A toda costa.

—No ignoro que la princesa trabaja para salir del convento.

—¿Y qué has hecho?

—Señor, nada puedo hacer, a menos que vuestra majestad se digne autorizarme...

—Para todo.

—Entonces respondo de que la princesa no saldrá de su encierro.

Felipe II tomó la pluma escribió y entregó luego a Luis el papel, diciéndole:

—Así quedas facultado para todo y en todas partes encontrarás el auxilio que necesites.

—Vuestra majestad me honra más de lo que merezco.

—En cuanto a Pérez, no quedará sin castigo.

—Temo, señor, que paguen justos por pecadores.

—Lo sentiré; pero ante nada me detendré.

No volveremos a ocuparnos de Antonio Pérez, porque según hemos dicho, este asunto nada tiene que ver con el de la presente obra y por consiguiente toda nuestra atención la fijaremos en doña Ana de Mendoza.

Capítulo LXXXVI

DOÑA ANA DE MENDOZA EMPIEZA A TRABAJAR

LA superiora de las Huelgas recibió las más claras y minuciosas instrucciones, llegando así a conocer la verdad y siendo imposible que va la princesa de Eboli la engañase con mentiras y fingimientos.

Mucho le desagradaba a la abadesa que se le confiase la guarda de aquella mujer peligrosa; pero era su deber contribuir en cuanto le fuese posible a que la justicia cumpliese su misión y a que la pecadora se arrepintiese y pasase el resto de su vida implorando la misericordia del Omnipotente.

Gravísima era la responsabilidad que contraía la anciana; pero estaba decidida a cumplir sus deberes a toda costa y no puso ningún obstáculo.

Su verdadera situación la conocía perfectamente la princesa y como sabía muy bien que ya no le era posible engañar, no intentó justificarse ante la superiora de las Huelgas, sino que, por el contrario, se presentó tal cual era, con todo su orgullo indómito, con toda su soberbia insolente.

Había sido derrotada; pero ¿no había luchado contra el hombre más grande de su siglo, contra Felipe II, que era casi el rey del mundo? ¿No había visto a sus pies al gigante que con una sola palabra infundía espanto a todas las naciones?

Motivos sobrados tenía la princesa para sentir halagada su vanidad y por consiguiente no se consideró humillada ni mucho menos.

Con más precauciones que consideraciones fué recibida en el monasterio de las Huelgas, donde se le destinó una celda espaciosa con grandes ventanas a la huerta; pero aquellas ventanas tenían fuertes rejas que hubiera sido muy difícil romper sin el auxilio de herramientas y una mano vigorosa.

Al instalarse allí la ilustre viuda, le dijo la abadesa:

—Siento mucho tener que trataros con cierta severidad; pero a ello me obliga mi deber. Yo hubiera deseado que su majestad designase otro lugar para vuestro retiro, porque así me evitaría ocuparme de las cosas del mundo; pero tendré paciencia y haré cuantos sacrificios sean necesarios, porque se trata de la salvación de vuestra alma.

La princesa desplegó una sonrisa irónica y amarga y replicó:

—Reverenda madre, esta celda no es mi retiro, sino mi prisión; no es la mansión de la paz donde debo arrepentirme y llorar por mis culpas, sino el encierro donde debo expiar mis supuestos crímenes. Soy víctima de injusticias atroces...

—Señora...

—No — prosiguió diciendo doña Ana, — no temáis que intente justificar mi proceder; pero no debemos olvidar las culpas que los demás han cometido. He sido débil; pero no son mis debilidades las que he de expiar aquí, sino las de Felipe II, que dejándose dominar por una pasión impura, apeló a todos los medios hasta conseguir que la esposa manchase el honor de su esposo. Así pagó el gran rey los servicios del más leal de sus vasallos; así con la deshonra y con la traición...

—Basta, señora.

—¿Y por qué no he de decir la verdad?

—En esta santa mansión de paz, de humildad y de ternura es preciso olvidar todos los odios.

—Mis liviandades no han sido un crimen hasta el día en que el justiciero monarca supo que tenía un rival. Antes encontraba razones sobradas para justificar nuestra pasión, nuestros extravíos, para justificar el adulterio...

—¡Horror!

—Y ahora...

—Basta, he dicho — interrumpió severamente la anciana.

—Podéis hacerme callar; pero no hacer cambiar mis sentimientos.

—Os recordaré que mi autoridad no tiene límites en esta santa mansión y que la justicia aquí se ejerce con tanta severidad...

—No lo he olvidado.

—Se han adoptado todas las precauciones imaginables y el solo intento de fuga os costaría la vida, pues cierta clase de escándalos no pueden tolerarse aquí y es preciso castigarles terriblemente para evitar el contagio y la relajación. Ya estáis advertida y no podréis alegar ignorancia.

—¿Nada más tenéis que decirme?

—Nada más.

—Está bien — dijo desdeñosamente la princesa.

No tardó en convencerse de que la abadesa no había exagerado al hablar de las precauciones adoptadas.

Excusado es decir que la princesa no aceptaba aquella situación y que estaba decidida a poner en juego toda clase de recursos para salir de su encierro y sobre todo para vengarse, haciendo sufrir horriblemente lo mismo a Luis que a Blanca y al marqués.

Mil planes trazó para conseguir su deseo; pero mientras encontraba la ocasión de ponerlos en práctica, ocupóse exclusivamente en hacer observaciones.

Cuantas cartas escribía a sus criados, tenía que entregarlas abiertas para que las leyese la superiora y ésta examinaba también, abriéndolas sin ningún reparo, cuantas llegaban para la viuda.

Se le dejaba cierta libertad para asistir o no al coro; podía salir de su celda a todas horas, recorrer el convento y pasear en la huerta; pero siempre que esto hacía, encontrábase con dos monjas que la seguían a corta distancia y como la sombra sigue al cuerpo, de manera que era imposible que la viuda diese un paso, ni hablase una palabra sin que llegase a oídos de la abadesa.

Las dos religiosas que la seguían no eran las mismas siempre, pues cada dos o tres días se relevaban, resultando así que nada se hubiera conseguido con sobornar a las unas, si posible era el soborno, mientras no se hiciese lo mismo con toda la comunidad y como si todo esto no fuese bastante, habíase llevado hasta el último refinamiento la precaución y de las dos religiosas que vigilaban, una era siempre joven y la otra vieja, lo cual hacía doblemente difícil que se pusiesen de acuerdo para favorecer a doña Ana.

Empero ésta no se había descuidado y al dar instrucciones a Ginés, había convenido en usar cierto lenguaje que solo ellos debían entender.

Ginés no sabía escribir; pero esto no era una dificultad, pues contaba con otras personas de completa confianza.

A la viuda se le había dejado la libertad más absoluta en el manejo de sus intereses, es decir, que podía disponer de mucho dinero, lo cual no era despreciable recurso en su situación.

Una vez que conoció todos los obstáculos con que tenía que luchar, dió principio a su obra y escribió a Ginés la siguiente carta:

"Buen Ginés: Dos meses hace que me encuentro en este santo retiro y ahora comprendo el goce de la paz del alma. Mucho he luchado y mucho he sufrido y quiero descansar, de manera que probablemente determinaré pasar aquí el resto de mi vida y por consiguiente debo pensar en mis intereses que se encuentran en el más triste abandono.

No pongo en duda tu lealtad ni tu honradez; pero debes reconocer que no sirves para cierta clase de asuntos, pues desgraciadamente te falta instrucción. Tengo, pues, necesidad absoluta de una persona que me sirva como deseo; lo que puede convenirme, lo sabes tan bien como yo y confiando en tu buena voluntad, quiero que inmediatamente te ocupes en satisfacer mi deseo, sin perjuicio de que continúes sirviéndome como hasta hoy y estés a la mira de cuanto pueda ocurrir. No descuides el asunto, ni dejes de escribirme con frecuencia, pues las cartas de mis fieles criados son mi única distracción.

No puedo decir que estoy enferma y sin embargo tampoco me siento sompletamente bien. Mi malestar lo achaco al cambio de vida y al recuerdo de mis pasados sufrimientos, pues muchas noches las paso en vela y algunas he tenido que abrir las ventanas para aspirar el aire frío, porque se abrasaba mi cabeza; pero todo esto pasará, Dios mediante, pues no me parece cosa de gravedad. No olvido a ninguno de mis fieles servidores, a los que espero recompensar como merecen. Dios te dé salud como lo desea tu noble señora".

La carta no podía ser más sencilla; pero Ginés comprendería que lo que la princesa deseaba era contar con un hombre que fuese parecido al señor Antonio de Mena, es decir, un miserable capaz de todo lo malo y que además fuese ingenioso, astuto y travieso.

Muchos había con tales condiciones en aquella época; pero no en todos podía depositar ciega confianza.

Llegó la carta a manos de Ginés, que aunque había sido preso, según vimos, recobró inmediatamente la libertad, gracias a la influencia de doña Ana y nadie había vuelto a pensar en él para hacerle pagar lo mucho que debía. Verdad es que el paje no se había dignado nunca tomar en consideración a tan grosero enemigo. El desorejado escudero comprendió perfectamente el significado de la carta y caviló, repasando en su memoria los nombres de todos los espadachines y miserables a quienes conocía.

—Me parece que podrá sernos muy útil el señor Pablo Cornejo. Es astuto y travieso como la misma travesura y por su calidad de hidalgo y por la educación que ha recibido, sabe tratar con toda clase de gente. No tiene mucho valor; pero esto es precisamente una garantía para mí, porque como tiene miedo a mis puños y a mis malas intenciones, será leal. Mucho tiempo hace que no lo he visto; pero me será fácil encontrarlo y supongo que su situación será la misma de siempre y que para mal vivir no contará con más recursos que los de sus malas mañas.

Así con pocas palabras pintó Ginés al llamado Cornejo, que, efectivamente, era un hidalgo bien nacido y bien criado; pero extraviado desde su juventud y consumado criminal.

Si no tenía valor para arrostrar ciertos peligros, le sobraba para dar una estocada alevosamente.

Hecha la elección, que fué muy acertada, salió Ginés para buscar al hidalgo, sin conseguir encontrarlo después de andar más de tres horas y preguntar por él a cuantos amigos encontraba.

—Hoy no lo hemos visto — contestaban todos al desorejado y éste, fatigado y mohino, se volvía a su vivienda, cuando al pasar por frente al convento de San Felipe, se detuvo y exclamó:

—¡Ah!

En las célebres gradas del convento, lugar adonde acudían todos los ociosos y murmuradores, yendo y viniendo lentamente entre la multitud, volviendo a todos lados la cabeza y fijando en todos miradas escudriñadoras, había un hombre de regular estatura, rostro aguileño, enjuto de carnes, vestido con pretensiones de caballero, pero en realidad poco menos que cubierto de harapos. Tenía ese aire peculiar de los espadachines y bastaba mirarlo para conocer que era uno de esos miserables que han llegado al último punto de la depravación y que viven con el crimen. Sin embargo, había

en su figura y en sus maneras cierta distinción y no era posible confundirlo con los criminales groseros como Ginés. Representaba treinta y cinco años y su rostro revelaba inteligencia.

Ginés lo miró y dijo para sí:

—Flaco ha estado siempre; pero aun esta más que la última vez que lo vi. Creo que tiene hambre y anda en busca de negocios, porque parece un perro que olfatea.

Esta comparación no podía ser más exacta. El desorejado escudero subió las gradas, acercóse al señor Pablo Cornejo y le tocó en un hombro.

Volvióse el hidalgo con la viveza que lo caracterizaba, miró a Ginés y sonrió maliciosamente.

El escudero golpeó en uno de sus bolsillos, haciendo sonar las monedas que llevaba, guiñó un ojo y se alejó.

Aquellos dos hombres se habían entendido perfectamente. El hidalgo siguió a Ginés, llegaron a la plazuela de Herradores y entraron en un bodegón, donde según la fama, se comía muy bien y se bebía el mejor vino manchego.

Sentáronse junto a una mesa y en el más apartado rincón, donde podían hablar descuidadamente y Ginés pidió lo mejor que hubiese para comer y vino abundante.

Llenaron y vaciaron los vasos, diciendo los dos:

—A tu salud.

Y entonces fué cuando dieron principio a la conversación.

—¿Y qué tal? — preguntó el escudero.

—Tengo los bolsillos llenos de aire y lo mismo el estómago — respondió el hidalgo.

—Mucho tiempo hace que no nos vemos.

—Pero ya sé que tú eres muy afortunado.

—De todo hay.

—Me buscabas, ¿no es verdad?

—Por si te convenía un negocio.

—Antes dime lo que ha sido de ti, porque sin conocimiento de causa...

—Después.

—Como quieras — repuso el señor Pablo encogiéndose de hombros.

Y volvió a beber.

—De todas maneras te agrada la comida.

—Como todo lo que pide el cuerpo.

—Pues escúchame, porque el asunto merece la pena.

—¿Me necesita algún marido celoso?

—No.

—¿Algún padre ofendido?

—Tampoco.

—¿Un amante desdeñado?

—No.

—Entonces.

—Te necesita una señora de noble alcurnia, hermosa y...

—¡Vive Dios! — exclamó el hidalgo fijando su mirada penetrante en Ginés. — Lo que dices es muy grave... ¡Una mujer, una dama rica y noble!

—Muy noble y muy rica.

El señor Pablo Cornejo se miró como para convencerse de que podía inspirar una pasión y luego soltó una carcajada burlona.

—Entiendo — dijo — hay una mujer que siente herido su amor propio y...

—Te acercas a la verdad.

—Escucho querido Ginés.

—No puedo darte explicaciones sin revelarte secretos de mucha importancia.

—¿Desconfías de mí?

—Somos dos bribones capaces de todo.

—Es verdad.

—Necesito una garantía.

—Pues aquí tienes mi cuerpo, porque otra cosa no puedo ofrecerte.

—Si me engañas si eres indiscreto..

—Ginés...

—Una puñalada — murmuró el escudero — con voz sombría.

Y dos centellas se escaparon de sus ojos.

Se arrugó el entrecejo del hidalgo, que muy pronto desplegó una sonrisa y dijo:

—Nunca he sido traidor para con mis compañeros y aunque soy un miserable capaz de todo lo malo...

—Basta... Ya sabes lo que te espera, la muerte o mucho oro, mucho.

—¡Cuernos de Lucifer...! En gran cuidado me pones y te ruego que me dés explicaciones claras y terminantes.

—Pues escúchame.

—Déjame beber.

Llenaron y vaciaron los vasos.

—¿Conoces a doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli? — preguntó Ginés, mientras fijaba en su amigo una mirada penetrante.

—¡Vive el cielo...! ¿Quién no conoce a la princesa?

—Ya he pronunciado la primera palabra y no puedes retroceder. Tú lo has querido y por consiguiente...

—No me quejo ni me arrepiento.

—Haces muy bien.

—Supongo, mi querido Ginés, que esa ilustre dama necesita mis servicios y con la mejor voluntad haré cuanto quiera, porque ya sé que paga muy largamente. Como no tengo que hacer más que ocuparme de cuanto se murmura en la corte, estoy al corriente de todo lo que ha sucedido desde que doña Ana de Mendoza salió del convento y volvió a la gracia del rey...

—Es decir, que no ignoras...

—Que para servir a la princesa es menester habérselas con el mismo diablo y aunque esto es demasiado peligroso, como tengo hambre y espero que la lucha sea más de ingenio que de cuchilladas, me parece que podré hacer algo de provecho.

—Todo es posible y como no quiero que te llames a engaño. .

—¡Vive Dios! Aunque soy joven, tengo ya sobrada experiencia.

—Te advierto que ese hidalgo a quien con sobrada razón llaman el diablo, se ha burlado del rey, de la inquisición, de doña Ana, del señor Antonio Pérez...

—Y de todo el mundo.

—Y cuenta con la ayuda...

—Del marqués de Poza y de un tal Pero León — prosiguió el hidalgo.

—Que tiene los puños de hierro y no goza sino cuando dá cuchilladas.

—Hace algunos años que lo conozco y él a mí y más de una vez lo he visto manejar la tizona.

—¿Y no tiemblas?

—¡Bah! — murmuró el hidalgo, fingiendo que no le infundía miedo el capitán.

—Además tenemos a un escudero del marqués que vale poco menos que el diablo, que se ha burlado de mí varias veces y... ¡Mil legiones de condenados...! Otro día te contaré todo esto, pues ahora debemos ocuparnos de lo que más nos interesa.

—Ante todo, fijaremos la situación.

—Eso es.

—La princesa de Eboli ha vuelto a caer en desgracia, y mucho me equivoco o para siempre ha concluído su influencia.

—Pero tiene dinero.

—Sí, mucho dinero podrá darnos; pero ninguna protección, de lo cual se deduce que si caemos en manos de la justicia, nos apretarán el pescuezo muy bonitamente.

—No se puede ganar mucho sin arriesgarse a perder mucho también.

—Ya lo sé, y por eso precisamente he aceptado lo que me propones. No soy viejo; pero ya estoy cansado de ser pobre y de vivir como vivo, y quiero de una vez sucumbir o cambiar de situación. Si hablo de los peligros que hay que arrostrar, es para que comprendas que no puedo meterme en este enredo si la recompensa no ha de ser muy crecida.

—Tendrás el oro a montones.

—Doña Ana de Mendoza está en las Huelgas de Burgos, no porque haya querido buscar la paz del claustro, sino porque la tienen allí encerrada, y sus enemigos están triunfantes y son felices, y se ríen de ella.

—¿Qué harías tú en su lugar?

—Ante todo yo haría lo que ha hecho el señor Antonio Pérez, salir de la prisión y luego me vengaría.

—Pues eso mismo piensa doña Ana.

—Cuenta con tu ayuda; pero tú no sirves para todo y acudes a mí...

—No te equivocas.

—Estoy, pues, a tu disposición.

—Así me gusta.

—No me parece imposible sacar a una mujer de un convento.

—Pues por ahí hemos de principiar.

—Y entretanto...

—Estaremos a la mira del paje, y si hay ocasión de hacer algo de provecho...

—Se hará.

Bien pronto se habían puesto de acuerdo aquellos dos miserables.

Era de mucha importancia el auxilio del señor Pablo Cornejo, que en caso de necesidad contaría con otros bribones que no valían menos que él.

Desde aquel momento puede decirse que a todas horas estaba amenazada la vida de Luis.

¿No había pensado éste adoptar ningunas precauciones? Debemos suponer que sí, pues ya sabemos que era precavido y que no se había hecho ilusiones en cuanto a su implacable enemiga.

Acabaron de comer.

Ginés entregó a su amigo algunas monedas de oro y convinieron en verse al otro día para tratar de todos los detalles del asunto.

—¡Vive el cielo! — exclamó el hidalgo mientras se alejaba. — Puedo ser rico; pero me desagrada tener que luchar con ese endemoniado paje, que tanto ha dado que hacer a todo el mundo, y me parece que deberíamos principiar por quitarlo de enmedio.

Ginés escribió inmediatamente a la princesa, diciéndole que ya podía contar con los servicios de un hombre tan inteligente como honrado.

El escudero terminaba así su carta:

"El señor Pablo Cornejo se presentará a vuestra señoría para recibir instrucciones y darse a conocer como me parece muy bien que haga.

"Ya sabe que lo tratado es a condición de que agrade a vuestra señoría, y en cuanto al salario nada he querido determinar, pues no me considero autorizado para semejante cosa. "Me alegraré haber tenido acierto. Todos vuestros criados os saludan respetuosamente y ruegan a Dios que os dé salud.

"Espera las órdenes de vuestra señoría su servidor más humilde y leal".

Tampoco hubo dificultad para que esta carta llegase a manos de la princesa, que esperó con ansiedad al nuevo servidor.

Veamos ahora si el señor Pablo Cornejo era digno de la reputación de ingenioso y astuto que tenía.

Capítulo LXXXVII

EN EL LOCUTORIO

PASARON ocho días, que fueron ocho siglos para la princesa de Eboli.

No había vuelto a recibir ninguna noticia de su casa, ni se le había presentado el señor Cornejo.

¿Había sido descubierto su plan?

¿Había vuelto la justicia a ocuparse de Ginés?

Todo era posible, y aun probable cuando había que luchar con un adversario como Luis.

Ignoraba la ilustre viuda que cuatro días antes había llegado a Burgos un hidalgo muy decentemente vestido y con la bolsa repleta de escudos, y que no había hecho otra cosa que pasearse, mostrando predilección por los alrededores del antiquísimo monasterio de las Huelgas.

Con tanta atención miraba el célebre edificio, que hubiera podido tomársele por un aficionado a la ciencia arqueológica o por un artista entusiasta, pues muchas veces parecía que

hasta contaba las piedras de aquellos sombríos muros.

Habíase instalado en la mejor posada, y muchas veces habló del monasterio con su huésped, haciéndole mil preguntas y pudiendo así conocer muchos detalles que le interesaban.

El hidalgo admirador de aquellas antigüedades y aquellas glorias, era el señor Pablo Cornejo, y así principió a dar pruebas de ser muy cauto y muy prudente.

—¿Debo escribir? — se preguntó una mañana la princesa.

Y después de meditar, acercóse a una mesa y tomó la pluma; pero dos monjas la interrumpieron para decirle:

—Os espera en el locutorio un hidalgo que se llama Cornejo, y nuestra muy reverenda madre os permite hablar con él.

—¡Cornejo! — exclamó la dama, de cuyos ojos se escaparon dos centellas de júbilo.

—¿No lo conocéis?

—Es uno de mis criados.

—Pues si queréis verlo..

—Sí, sí.

Doña Ana salió de la celda.

Las dos religiosas la siguieron a poca distancia.

Ya se habían disipado los temores de la viuda; otra vez consideraba casi seguro el éxito de sus planes, se entregaba a las más risueñas ilusiones, y levantaba la cabeza orgullosamente.

Se le permitía recibir aquella visita, pero en el locutorio, es decir, que ni siquiera podría acercarse a él, ni casi verlo con claridad, puesto que entre ambos debía quedar la doble reja de espesos barrotes, y la luz era muy oscura en aquel sitio. También le sería preciso hablar en voz alta, y de cuanto dijesen se enterarían las dos monjas.

No era, pues, posible que doña Ana ni el hidalgo tratasen de ninguna intriga; pero ella, mientras atravesaba habitaciones y pasillos, decía para sí:

—Si ese hombre vale algo, habrá buscado un medio para entenderse conmigo, aunque sea en presencia de todo el mundo.

Entraron en el locutorio. Las dos monjas se situaron en un rincón, quedando inmóviles.

La princesa de Eboli se acercó a la doble reja, sentóse y vió al otro lado al señor Cornejo, que hizo una profunda reverencia y dijo:

—Señora, supongo que habéis recibido una carta de vuestro criado Ginés...

—Sí, y hace ocho días que os espero.

—Si antes no me he presentado, no ha sido por negligencia, pues no hay nadie que sea perezoso ni descuidado, cuando se trata de lo que le conviene y le honra, como a mí me sucede en el presente caso. Pero yo soy de los que no hacen las cosas si no han de hacerlas bien, y ante todo he querido hacerme cargo de mis obligaciones, y medir mis fuerzas para que no me quedase duda de que con buena voluntad no sería posible y hasta fácil corresponder dignamente a la confianza qeu habéis de depositar en mí.

—Bien me parece lo que acabáis de decir, señor hidalgo.

—Me felicito, señora.

—Y supongo que cuando habéis venido es porque contáis con fuerzas para cumplir con toda exactitud las obligaciones que aceptáis.

—Si mi inteligencia es poca, mi voluntad es mucha, y espero que con la ayuda de Dios quedaréis bien servida. Según lo que he podido ver, vuestros intereses han padecido bastante, no por falta de lealtad de vuestros criados, sino por errores cometidos de buena fe; pero de todas maneras resulta que vos habéis sufrido las consecuencias, y que es preciso acudir al remedio.

—Y con urgencia — repuso la dama con una intención que nadie podía comprender más que el hidalgo.

—En cuanto a mis antecedentes...

—Buenos deben ser, cuando Ginés responde de vos.

—De hidalgos padres nací: tengo un tío capellán de las monjas Carmelitas de Granada, y una hermana mía vive en Sigüenza con su esposo, que es un caballero de mediana fortuna y honrado hasta el último punto de la honradez. Otra tía tengo que se estableció en Zaragoza, y aunque rica y todavía en buena edad, pues no tiene más que cuarenta años, ha hecho profesión de beata, y tiene otorgado testamento a mi favor. Han querido mis buenos parientes señalarme una renta, que me permita vivir con decoro; pero nada he aceptado, porque lo más honroso me parece vivir para trabajar, y trabajar para poder vivir, pues el hombre que tiene una ocupación, corre menos peligro de caer en las malas tentaciones, por aquello de que "la ociosidad es madre de todos los vicios". A mis parientes acudiré si quiere mi mala suerte que me falte el trabajo, a pesar de mis buenos deseos; pero mientras no suceda así, continuaré con mi sistema. Puedo presentar certificaciones de buena conducta y de haber prestado servicios de alguna importancia a personas tan respetables como el señor don Diego de Meneses y otras por el estilo.

—Muy bien, muy bien... Estoy satisfecha.

El señor Cornejo mentía con sin igual descaro, pues no tenía parientes, ni en toda su vida se había ocupado más que en cometer crímenes.

Así lo comprendió la princesa; pero esto no podía disgustarla, porque lo que necesitaba era un bribón tan desalmado como astuto.

—Gracias, mi noble señora — dijo Cornejo. — Espero vuestras órdenes.

—Sobre algunos asuntos de bastante interés, tengo que reflexionar, y para que no olvidéis ninguna de mis disposiciones, las escribiré y las recibiréis mañana. Entretanto, descansad.

—Tengo que cumplir un encargo de Ginés.

—¿En qué consiste?

—Me ha dicho que os traiga el libro de oraciones que usábais, y que según parece tenéis en grande estima.

—Es verdad.

—Antes debió enviároslo; pero se olvidó y os suplica que lo perdonéis.

—¡Pobre Ginés!

—Aquí está el libro — dijo el hidalgo, sa-

cando uno encuadernado ricamente y con broches de oro. — Como no cabe por aquí, me diréis a quién he de entregarlo.

—A la hermana tornera para qeu lo dé a la muy reverenda superiora, pues a mis manos nada puede llegar sin estas formalidades.

—Así lo haré al salir.

—¿Tenéis algo más que decirme?

—Nada, señora.

—Pues retiráos.

—Hasta mañana a estas horas, que volveré para tener el honor de recibir vuestras órdenes.

Hizo una profunda reverencia el señor Cornejo, y salió del locutorio.

La conversación, en apariencia, no podía haber sido más sencilla, y sin embargo tenía muchísima importancia.

—¡Ah! — exclamó doña Ana cuando estuvo sola en su celda. — Mucho me equivoco, o este miserable vale más que el señor Antonio de Mena... Mi libro debe contener algo de gran interés... Pronto saldré de dudas.

Efectivamente, antes de que transcuriesen diez minutos, se presentó una novicia y entregó a doña Ana el libro de oraciones.

Cuando volvió a quedar sola la viuda, abrió el devocionario y una por una empezó a pasar todas sus hojas, examinándolas con atención profunda.

Nada encontraba de particular.

Y sin embargo, ella no había pedido el libro y con algún fin se lo habría llevado el señor Cornejo.

Volvió a mirar inútilmente, inclinó la cabeza y reflexionó.

Luego rompió una de las tapas separando el cartón del tafilete.

Acababa de acertar con el secreto y no pudo contener un grito de júbilo.

Bajo el forro había una carta escrita con letra muy menuda y que decía lo siguiente:

"Mi respetable y noble señora: Comprenderéis que tengo absoluta necesidad de que hablemos muchas veces, muy despacio y sin testigos, y he buscado un medio que me parece practicable.

"Las rejas de vuestro aposento dan a la huerta y yo podré subir por una escala. En cuanto a la tapia no me ofrece inconveniente alguno.

"Colocado en la escala y asiéndome a los barrotes de la reja, podré permanecer una media hora, tiempo suficiente para que me digáis cuanto bien os parezca y quedemos de acuerdo.

"Si tenéis valor, por la ventana saldréis, pues os entregaré una lima para romper los hierros.

"Mientras todo se arregla aquí, en Madrid nos ocuparemos también de vuestros enemigos, y tengo la esperanza de que se me presentará ocasión de acabar con algunos de ellos, quizás con el de mayor importancia.

"Es preciso que la escala quede en vuestro poder, y así sucederá esta noche si dejáis caer a la huerta un hilo a las doce en punto. Esperaré al pie de las ventanas, ataré la escala al hilo y la subiréis, sujetándola convenientemente. Hilo encontraréis en la otra tapa de este libro.

"Para todo me tenéis dispuesto, y por cor siguiente no habrá nada que yo deje de hace para serviros.

"Me parece que lo dicho es bastante, y m despido hasta las doce de la noche".

Indudablemente el hidalgo era ingenioso astuto y quizás valía tanto como Luis.

Destellos de la más viva alegría se escapa ron de los ojos de la princesa.

Ya contaba su venganza segura con el aux lio del señor Pablo Cornejo.

—¡Ah! — exclamó. — Han triunfado, m han humillado, me han hecho sufrir horribl mente; pero no gozarán mucho tiempo de s dicha. Yo tendré que salir de España y prob blemente perderé una gran parte de mis riqu zas; pero, ¿qué me importa si he conseguid vengarme? Forzoso era que esta lucha term nase así, con sangre, con la muerte de un o de otros. Supongo que se han olvidado de m y me miran con desprecio... ¡Oh!... No m conocen.

Una y otra vez leyó la princesa la carta d hidalgo, pareciéndole que era muy sencillo practicable cuanto se proponía.

De noche la dejaban en libertad completa pa ra que se acostase cuando bien le pareciese, por consiguiente podía conferenciar con el señ Cornejo.

Este había aprovechado el tiempo muy bie y merecía ser recompensado largamente.

Doña Ana guardó el libro, acercóse a un de las ventanas y miró a la huerta.

Latía violentamente el corazón de la dam

En pocos minutos había recobrado toda s energía, todo su valor.

Examinó detenidamente los gruesos barrote convenciéndose de que para cortarlos era m nester emplear días; pero no le arredraba.

Media hora después fué a pasear a la huert y, como de costumbre, las dos monjas la s guieron.

Como distraídamente se detuvo muchas v ces la viuda, mirando a las tapias.

¡Qué largas le parecieron las horas aqu día!

Grandes esfuerzos tuvo que hacer para ocu tar su alegría.

Por fin desaparecieron los últimos rayos d sol.

Resonó el toque del "Angelus" mientras crepúsculo desplegaba sus últimas sonrisas.

Las tinieblas invadieron el espacio.

Otra vez se acercó la viuda a la ventan contempló el horizonte y aspiró con avidez aire húmedo y fresco de aquella noche seren

Bien pronto el silencio fué casi absoluto e el interior del histórico monasterio.

Aun debían pasar algunas horas antes de qu doña Ana tuviese la dicha de hablar con de cuido y ocuparse de sus asuntos; pero aquella horas, como debía suceder, pasaron, y las r ligiosas se entregaron al sueño.

A las doce y media encontrábase doña An de Mendoza sentada junto a una mesa y m rando distraídamente un libro que delant tenía.

Estaba su rostro pálido y contraída su frente, y su respiración era violenta y desigual.

Capítulo LXXXVIII

EN LA VENTANA

DIERON las doce.

Doña Ana de Mendoza se estremeció violentamente, se puso en pie, dió algunos pasos, detúvose junto a la puerta, inclinóse y escuchó.

Ni el ruido más leve llegó a sus oídos.

Aunque las religiosas vigilasen, nada sospechaban.

Tomó la viuda el hilo que había encontrado hecho dobleces y oculto bajo el forro del libro, y empezó a dejarlo caer por entre los hierros de la reja.

Luego quedó inmóvil.

Al sitio donde se encontraba no llegaba la luz, y en medio de la oscuridad veíanse brillar sus ojos como dos carbunclos.

Por momentos crecía la agitación de la dama.

Miró hacia la puerta; pero nada pudo distinguir.

Quedó inmóvil como una estatua.

Entre tanto por los alrededores del monasterio se movían dos bultos, que se acercaron a la tapia.

Eran dos hombres envueltos en sendas capas.

Uno de ellos le dijo al otro:

—Sin que de esta noche pase, ha de quedar terminada la obra y con habilidad bastante para que nadie sospeche.

—Terminada quedará.

—De otra manera no me considerarás con obligación de darte lo prometido.

—Descuida.

—Y prepárate para marchar al amanecer.

—¿A Madrid?

—Sí.

—¿Tú has de quedarte?

—Ni lo sé, ni te importa.

—Es verdad; ¿qué me importan estos enredos? Si estás enamorado de una monja, peor para tí.

—Eso es cuenta mía.

—Me pagas bien, me prometes nuevos negocios, y por consiguiente...

—Te aseguro que serás rico si continúas sirviéndome con lealtad.

—Adelante, pues.

—¿Está bien colocada la escalera?

—Sí.

—Pues ahí quedan mi capa y mi espada; que no me servirán más que de estorbo.

De ambas prendas se despojó el hidalgo, porque no era otro el que así acababa de hablar.

Luego subió ligeramente por una escalera de mano y bien pronto quedó montado sobre la tapia.

Apenas se le distinguía, porque la luna no había tenido por conveniente dejarse ver.

Como iba provisto de dos escalas, colocó la una en la tapia, descendió y avanzó hacia el edificio.

Por una sola ventana escapábanse débilmente algunos rayos de luz.

—Me espera — dijo el hidalgo.

Y al llegar al muro, buscó y encontró el hilo o delgada cuerda, a la que ató la escala.

Doña Ana de Mendoza, apercibiéndose al momento, tiró de la cuerdecita.

Poco después aseguraba la escala y esperaba ansiosamente.

No tardó en aparecer el hidalgo, que asiéndose a los barrotes quedó sostenido en la escala.

Semejante posición, sobre ser incómoda era peligrosa.

—Mi noble señora — dijo, — aquí me tenéis a vuestra disposición.

—¡Ah! — exclamó la viuda con tono que revelaba su alegría. — Mucho os debo y mucho valéis, y a proporción de lo que valéis y os debo será la recompensa.

—Señora...

—Os haré rico, muy rico si sois leal y me servís con acierto, pues toda mi fortuna la daré, sin vacilar por verme libre y aniquilar a los miserables que me han hecho sufrir. No os detengáis, pues, ante ningún obstáculo; no vaciléis; a nada tengáis miedo; arriesgad la vida si es preciso, pues debéis tener en cuenta que son imposibles los términos medios en nuestra situación. Triunfar o morir; estos son los dos únicos caminos que se nos presentan.

—Ya lo sé.

—No quiero que os hagais ilusiones, y por si Ginés no os ha hablado con bastante claridad..

—Sí.

—Mis enemigos son muy temibles.

—Los conozco demasiado bien.

—Particularmente el paje...

—Y los demás también valen mucho.

—Los encontraréis donde menos los esperéis, y si no vivís muy prevenido...

—Perdonad, señora; pero todo eso lo sé, y nos conviene aprovechar el tiempo en algo más que en hacer comentarios.

—Pues os escucho.

—No puedo duplicarme o triplicarme, no puedo estar en dos o tres partes a la vez.

—Pero no sois solo.

—Ya cuento con Ginés y sus camaradas, si bien debe tenerse en cuenta que no sirven para cierta clase de cosas, para todo aquello que exija un brazo fuerte, para dar una puñalada, y...

—Ciertamente.

—Necesito la ayuda de algún otro desalmado más astuto y con cierta clase de condiciones.

—¿Y no la tenéis?

—Sí, aunque será preciso pagarle caro.

—¿Qué importa eso?

—Hay en Madrid un bribón, hijo de Florencia, que no puede vivir en su patria, porque allí ha dejado pendientes algunas cuentas de cierta clase.

—Comprendo.

—Es muy hábil para representar toda clase de papeles y mucho más hábil para manejar la

espada, pues conoce algunos golpes de los que no es posible que se libre el más consumado maestro; pero como todo en este mundo tiene su lado feo y su lado bonito, el italiano en cuestión presenta el inconveniente de que sirve al que mejor le paga, y si hay quién le ofrezca un escudo más que nosotros, se venderá sin miramiento alguno.

—Eso se remedia fácilmente, pues dándole siempre nosotros más de lo que pueda darle nadie, no tendremos motivo para abrigar ningún temor.

—Tal creo.

—Además, no me parece preciso revelar al italiano todos los secretos, ni siquiera decirle con quién tiene que habérselas, sino mandarle que descargue el golpe cuando sea preciso y conveniente. Dispondréis de cuanto dinero se os antoje, pues mañana mismo enviaré las órdenes convenientes.

—Estamos de acuerdo.

—Ahora decid lo que habéis pensado para sacarme de este maldito encierro. Estoy vigilada hasta el punto de que ni por la huerta puede pasear enteramente sola, sino llevando dos espías, que me siguen como la sombra al cuerpo, que me observan y escuchan y van luego a dar parte de todo a la abadesa.

—Por de pronto no veo más medio sino que salgáis por una de estas ventanas.

—¿Y la reja?

—Iréis limando estos hierros. La operación es larga y penosa, y sobre todo indigna de vuestras ilustres y delicadas manos.

—Eso no importa.

—De todas maneras nada tenéis que hacer.

—Necesito una herramienta.

—Tomad — dijo el hidalgo sacando un pequeño envoltorio que contenía las limas de que la dama debía servirse. — Los hierros los carcomeréis por esta parte, evitando así que las monjas que entren en vuestra celda se aperciban de vuestra obra.

—Entendido.

—Vendré mañana para recoger las instrucciones de que me habéis hablado, porque es preciso seguir representando nuestro papel.

—¿Y cuándo partiréis?

—Mañana mismo.

—¡Oh! — exclamó la princesa, cuyos ojos volvieron a relumbrar con el fuego de la ira. — Acabad con la vida del paje y apoderáos de doña Blanca, y os daré el oro a montones.

—Abrigo la esperanza de que muy pronto quedaréis complacida.

—Olvidaos de mí, si así es preciso para que aniquiléis a mis enemigos, y os advierto que me agradará mucho tener en mi poder a doña Blanca...

—Y al diablo también, ¿no es verdad?

—Sí; pero...

—No me fío de ese condenado paje y será preciso darle una estocada, pues si lo dejamos con vida...

—No, no.

—Siempre que sea preciso, vendré a veros, y por consiguiente todas las noches a estas horas estaréis atenta

—¿Y si yo tengo necesidad de deciros algo?

—Me escribiréis, dándome una orden cualquiera y vendré sin perder un minuto.

—No olvidéis que os haré rico, muy rico.

—Tranquilizáos, que todo se arreglará a medida de vuestro deseo.

—Idos, pues.

—Recogeréis la escala y la guardaréis — repuso el hidalgo.

Muy poco más hablaron.

El señor Pablo Cornejo descendió.

Doña Ana de Mendoza subió la escala y la guardó entre los colchones de su lecho.

Felizmente atravesó la huerta, y llegó a la tapia, subió, bajó al otro lado y le preguntó a su compañero:

—¿Qué tal?

—Todo está concluído y aquí tienes huecos suficientes para poner los pies y las manos y trepar sin que necesites la ayuda de la escalera.

El señor Pablo Cornejo examinó a tientas la tapia, encontrando las hendiduras que había hecho el otro miserable.

Alejáronse y se perdieron muy pronto entre la oscuridad.

Doña Ana de Mendoza se acostó sin que le fuese posible conciliar el sueño, hasta que empezaba a sonreír la aurora.

Cuanto más meditaba sobre el plan del señor Cornejo, mejor combinado lo encontraba.

Efectivamente, era bien fácil que la ilustre viuda saliese de su encierro, y quizás más fácil que Luis fuese asesinado.

El valor de nada sirve, cuando acecha la alevosía, pues no hay defensa posible contra el golpe que no se aguarda.

Suponemos que Luis creía que ante todo la princesa de Eboli se ocuparía en salir de su encierro; pero no debió creer que al mismo tiempo pensase aquella mujer satánica en cometer ningún otro crimen.

Lo mismo de día que de noche, andaba Luis por las calles, unas veces solo, y otras en compañía de sus amigos, y descuidado siempre, pues ya sabemos que rayaba en temeridad la confianza que tenía en su buena estrella.

¿No era muy fácil que descargara el golpe el asesino que esperaba a todas horas y que estaba preparada para cuando se le presentase la ocasión primera?

En aquellos tiempos que afortunadamente no han de volver, no había nada más fácil que cometer un asesinato. Eran éstos muy frecuentes y más lo hubiera sido si la prudencia no obligase a la gente honrada a guarecerse en sus viviendas apenas se ocultaba el sol.

Mayores dificultades presentaba el apoderarse de Blanca; pero para que ésta fuese la más desdichada de las criaturas, no era menester más sino que sucumbiese Luis.

Excusado es decir, que tampoco debían considerarse seguros ni el capitán Pero León ni el escudero Juan, pues ambos eran un estorbo para los traidores, y éstos harían cuanto es imaginable hasta aniquilarlos.

¿En qué se ocupaba Luis?

Ya no tenía que pensar en Antonio Pérez y no parece creíble que permaneciera ocioso.

Aun contaba con el auxilio de Inés, a la que no había permitido que abandonara la casa de la princesa; pero es el caso que la sirviente no sabía hasta entonces más, sino que su señora estaba decidida a continuar la lucha, ya para salir de su encierro, ya para satisfacer su sed insaciable de venganza. Esto era muy vago y Luis lo adivinaba sin que nadie se lo dijese.

Veamos si alguna casualidad favoreció a nuestros nobles amigos.

Capítulo LXXXIX

ENCUENTRO INESPERADO

A las diez de la siguiente mañana el señor Pablo Cornejo salió de su cuarto y atravesaba un corredor cuando dos jinetes entraron en la posada, deteniéndose en el patio. Por uno de esos movimientos instintivos de que no nos damos cuenta, volvió la cabeza el hidalgo y fijó la mirada en los jinetes, que descabalgaban mientras uno de ellos gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Posadero de Satanás...! ¿No hay en esta casa gente para servir a los nobles hidalgos que la honran...? ¡Mil legiones de condenados...! Si se me sube la sangre a la cabeza, os pesará, villanos.

El señor Cornejo palideció aunque nada tenía que ver con aquellas terribles amenazas.

Su frente se contrajo y su mirada se tornó sombría.

—¡Vive el cielo! — murmuró sordamente.

Y por algunos minutos quedó inmóvil y contemplando a los dos viajeros, que no eran otros que Luis y el capitán.

El posadero acudió presurosamente y pidiendo mil perdones, llamó a un criado para que llevase los caballos a la cuadra.

El señor Pero León seguía jurando y maldiciendo y pedía la mejor habitación de la posada y una comida abundante con el mejor vino.

Entre tanto, el señor Cornejo decía para sí:

—¿Para qué han venido a Burgos? ¿Sospechan la verdad? No lo sé, pero sí tengo la seguridad de que por puro placer no han emprendido este viaje.

De todas maneras era muy desagradable para Cornejo la presencia de los dos adversarios de la viuda y le pareció bien volverse a su habitación para desaturdirse y reflexionar.

En la inmediata se instalaron nuestros dos amigos y ya porque no tuviesen que hacer entonces otra cosa o para complacer al señor Pero León, ocupáronse ante todo en comer.

Ya lo vemos, Luis era siempre el mismo, no descansaba ni podía descansar, pues había nacido para la lucha y le era preciso estar siempre en movimiento.

Después de meditar, haciendo toda clase de suposiciones, el señor Pablo Cornejo, comprendió la necesidad de decir a la princesa que sus enemigos se encontraban en Burgos; pero no podía darle la noticia hasta las doce de la noche y por consiguiente le era preciso dilatar su viaje hasta el otro día.

Por de pronto y para seguir representando su papel, parecióle bien ir al convento a recoger las instrucciones de la dama, evitando así que se hiciesen comentarios por no haberse presentado.

—Bien — dijo el señor Pablo, disponiéndose otra vez a salir; — este asunto se complica; pero no retrocederé porque se trata de mi porvenir y estoy firmemente resuelto a salir para siempre de penas o acabar de una vez con esta pícara vida. Ahora nada puedo hacer y mientras ellos comen iré al monasterio.

Salió el criminal de la posada.

Lo mismo que el día anterior, cuando llegó al monasterio fué introducido en el locutorio, donde se presentó la ilustre viuda seguida por dos monjas y diciendo:

—Señor Cornejo, no esperaba veros hoy y dejé un papel para que os lo entregasen.

—Ni yo pensaba haberos molestado; pero acabo de encontrarme con un amigo de mi padre, que en el cielo está y me ha suplicado que me detenga hasta mañana, porque necesita de mí. Es persona a quien mi familia debe muchos favores y como soy agradecido, me alegraría mucho poder complacerlo.

—Nadie os lo estorba — respondió la princesa mientras fijaba en el hidalgo una mirada

Se arrugó el entrecejo del criminal y con esto quiso decir que la situación se complicaba.

La viuda comprendió perfectamente y también su frente se contrajo.

—Señora, soy vuestro criado y nada debo hacer sin vuestra licencia.

—Es verdad, pero...

—Os dije que hoy mismo emprendería mi viaje, y mi obligación era venir para deciros lo que me pasaba.

—Mucho me agrada veros tan respetuoso.

—Es mi obligación, señora.

—Pues licencia tenéis para deteneros todo el tiempo que sea menester.

—Sois muy bondadosa.

—De todas maneras, un día más o menos no tiene ninguna importancia.

—Soy vuestro más fiel servidor.

—El cielo os proteja, señor Cornejo.

Salió el hidalgo.

Entonces tuvo lugar un incidente que le pareció muy desagradable.

Cuando daba los primeros pasos fuera del monasterio, se le puso delante un hombre que le miró de pies a cabeza, soltó una ruidosa carcajada y exclamó:

—¡Cuernos de Lucifer!

—¡Ah!...

—¡Mil rayos!...

—¡Oh!...

—¡Vos aquí!...

—Yo... sí.

—Ya lo veo.

—Y vos.

—Viéndome estáis.

—¿Quién había de creer que andábais por esta tierra?

—¡Fuego de Satanás!... ¿Y quién había de suponer que vos estábais de visita en un convento? ¿Os ocupáis en seducir alguna pobre monja? ¿Os habéis hecho beato y habéis venido para rezar?... Aunque esto último no puede ser, porque no salís de la iglesia, sino del convento... ¡Rayos!... ¿Qué os sucede?... Estáis como aturdido... No soy ningún fantasma, sino vuestro amigo Pero León... Hace ya mucho tiempo que no nos hemos visto. ¿En qué os ocupáis? ¿Para qué habéis venido a esta santa casa?

La sorpresa siempre aturde, y aturdido se sintió el señor Cornejo.

¿Qué debía contestar?

¿Cómo justificaría su presencia en aquel sitio?

¿Y por qué el capitán se encontraba allí?

¿Y el paje?

Las vacilaciones darían lugar a sospechas, y, comprendiéndolo así el señor Cornejo, respondió con cuanta prontitud le fué posible.

—He venido para hacer un encargo bien desagradable. Hay aquí una monja parienta de un amigo mío, o más bien amigo de mi difunto padre, y está enferma, y como él no ha recibido noticias hace bastante tiempo y le interesa mucho la salud de la monja...

—Entiendo. Habéis venido a preguntar.

—Sí.

—Y como sois tan buen amigo de vuestros amigos, os habéis tomado la molestia de hacer un viaje...

—Porque me pagan bien.

—¿Habéis cambiado de fortuna? — preguntó el capitán, mientras examinaba atentamente la ropa nueva de su amigo.

—Ahora no puedo quejarme de la fortuna.

—Yo tampoco, y os lo participo para vuestra satisfacción.

—¿En qué os ocupáis?

—Me aburro, porque nada tengo que hacer; pero muy pronto el rey me dará el mando de un regimiento.

—¡El mando de un regimiento!...

—¿Os parece que no merezco tanto?

—Y mucho más.

—Entonce...

—Pero bien sabéis que los merecimientos de nada sirven.

—Cuento con la influencia de Satanás.

—¡Señor Pero León!...

—No lo toméis a broma, porque es la verdad que el mismo diablo me protege.

—No lo entiendo.

—Pues qué, ¿no tenéis noticias de que hay un hombre a quien llaman el diablo?

—Sí, el de la capa blanca.

—Pues hace siete años que estoy a su servicio; hemos trabajado mucho, hemos hecho diabluras a más no poder, y ahora nos toca pasar buena vida, porque ya la misión de ser diablo ha concluído; hemos ganado la batalla, hemos triunfado.

—Empiezo a comprender, y supongo que habéis venido a Burgos...

—Porque algo tiene que hacer aquí mi amigo y señor, el ilustre Satanás. ¿Acaso ignoráis que en este santo retiro se encuentra doña Ana de Mendoza?

—Algo he oído decir de eso.

—Nos volveremos muy pronto a Madrid.

—¿Cuándo?

—Tal vez hoy mismo.

—Yo, mañana o pasado.

—¿Dónde tenéis vuestra vivienda?

—En la posada de San José.

—¡Vive Dios!... Allí estamos nosotros también.

—Soy muy afortunado.

—Luego os presentaré a mi amigo, si queréis vaciar en nuestra compañía unas cuantas botellas.

—Mucho me honráis.

—Soy siempre el mismo.

—Yo también.

—Y os ofrezco protección.

—¡Por Dios vivo! — exclamó el señor Cornejo, que ya se había desaturdido completamente. — Sois el mejor amigo del mundo.

—Si os decidís a cambiar de vida, emplearé toda mi influencia para que os nombre capitán.

—¡Capitán yo!...

—Ni más ni menos.

—Hace un mes llovían sobre mí todas las desdichas, y ahora...

—Cuando empieza a soplar el viento de la fortuna, no tenemos que hacer más que dejarnos llevar.

—Puesto que con tan buena voluntad me ofrecéis vuestra protección...

—Ya lo he dicho.

—Probablemente aceptaré.

—Pues hablemos más despacio.

—Bien, luego nos veremos en la posada.

No quiso el señor Cornejo continuar aquella conversación, y, despidiéndose de su amigo, se alejó y desapareció.

—¡Tripas de Lucifer! — exclamó el capitán en tanto que de sus ojos se escapaban dos centellas. — ¿Qué hace este bribón por aquí? Creo que miente en lo que dice de esa monja enferma, pues si fuese verdad, no tenía para qué turbarse. ¿Estará en relaciones con nuestra enemiga? ¿Ocupará el lugar que ocupó el señor Antonio de Mena? Pronto lo averiguará el señor Luis, y, si no me equivoco... ¡Mil rayos!...

No hizo más comentarios el capitán.

Empezó a pasearse.

Media hora después salió del monasterio el antiguo paje.

El señor Pero León le preguntó:

—¿Habéis visto a la abadesa?

—Sí.

—¿Y qué os ha dicho?

—No hay novedad, pues nada se ha observado que sea digno de tomarse en consideración.

—¡Rayos y truenos!

—Pero no me hago iluciones...

—¡Fuego de Satanás!

—¿Qué os sucede?

—¡Dios de Dios!...

—¿Por qué os enfadáis así?

—Escuchad.

—Pues os escucho.

—Hay en Madrid un bribón que se llama Pablo Cornejo; es hidalgo, tiene talento y no es enemigo despreciable.

—¿Y bien?

—Acabo de encontrarle... Salía del convento, y... ¡vive Dios!!!... hace pocos días que estaba medio muerto de hambre y cubierto de harapos, y ahora va muy bien vestido.

—¿Y qué tenía que hacer aquí?

—Dice que le ha enviado un amigo de su padre para preguntar por la salud de una monja que está enferma.

—¿Y sospecháis...?

—Que ha sustituído al hidalgo que murió descabezado. Se turbó al verme, no acertaba a responder a mis preguntas, y... ¡tripas de Satanás!... no sirvo para estos enredos, ya lo sabéis; pero vos...

—Necesito ver a ese hombre.

—Ante todo, debéis averiguar si es cierto que hay una monja gravemente enferma, y siendo así, preguntad cómo se llama y...

—Basta, basta — interrumpió Luis.

Y retrocedió, volvió al convento y pidió ser otra vez recibido por la superiora, para hacerle una advertencia que había olvidado.

—Reverenda madre — dijo Luis a la anciana, — necesito saber si alguna de las religiosas está enferma.

—A Dios gracias, todas disfrutan de perfecta salud.

—¡Oh!...

—¿Por qué me preguntáis eso?

—Hace poco ha entrado un hombre en esta santa casa.

—El criado de la princesa, ya os lo dije.

—¡El señor Pablo Cornejo!...

—Sí, me parece que ese es el nombre que me han dicho.

—Es un miserable como el señor Antonio de Mena.

—¡Dios bendito!...

—Os engañan, reverenda madre, abusan de vuestra buena fe.

—Pero esto es horrible, insoportable — dijo la anciana. — ¿Cómo hubiera yo podido adivinar que ese hombre era un intrigante? Os diré lo que ha sucedido, y os convenceréis de que no hay defensa posible contra tales intrigas. La princesa escribió a uno de sus criados...

—A Ginés, ¿no es verdad?

—Sí.

—Es un asesino.

—¡Horror!

—Proseguid.

—Le encargaba que buscase un hombre inteligente y honrado para que se encargase de los asuntos de mayor interés, lo cual nada de particular tenía, y, por consiguiente, dejé correr la carta.

—Hicísteis muy bien.

—Luego se presentó este tal Cornejo, y no habló con la princesa nada que diese motivo para sospechar.

—¿Cuándo vino?

—Ayer, y hoy ha vuelto para recoger las instrucciones de su señora y decirle que deseaba permanecer en Burgos un día más con el fin de complacer a un pariente a quien debe muchos favores.

—¿Y nada más?

—Nada.

—Reverenda madre, recordad bien, pues los detalles tienen muchísima importancia.

—Repito que nada más.

Luis inclinó la cabeza y reflexionó.

—Está bien — dijo después de algunos minutos.

—¿Qué debo hacer?

—Dejadlos, como si nada comprendiéseis.

—Señor hidalgo, me parece que no es justo echar sobre mí la responsabilidad de esas intrigas horribles, y os suplico que habléis con su majestad para que adopte la resolución que mejor le parezca. ¿No estaría doña Ana de Mendoza mejor guardada en un castillo? Su presencia turba la paz de esta santa mansión, y me veo obligado a ocuparme del mundo cuando no quiero ni debo pensar más que en Dios. Además, lo que está sucediendo puede servir de ejemplo pernicioso para nuestras hermanas en Cristo, y las consecuencias...

—Tranquilizáos.

—¡Que me tranquilice!...

—En este recinto sois tanto como el rey.

—Ya lo sé.

—Doña Ana de Mendoza está sometida a vuestra autoridad, y, por consiguiente, vos podéis tomar la determinación que mejor os parezca. Si el ejemplo es malo, ejemplar puede ser el castigo. No es posible que su majestad se decida a producir un escándalo, encerrando en un calabozo a la ilustre princesa de Eboli, pues si bien es verdad que ha cometido muchos crímenes, son éstos de tal naturaleza, que no pueden hacerse públicos.

La anciana exhaló un suspiro.

El paje prosiguió diciendo:

—Reverenda madre, no os olvidéis de que vuestra autoridad no tiene límites.

—No lo olvido.

—Esa mujer pecadora ha sido puesta a vuestra disposición.

—Pero es el caso...

—Yo no soy más que un auxiliar vuestro, ni otra cosa es tampoco el mismo rey, pues ante todo debemos respetar vuestros derechos.

—Entonces...

—Cumplid vuestro deber, y cuando dudéis, preguntadle a vuestra conciencia, pues no al mundo, sino a Dios habéis de dar cuenta de vuestro proceder.

—Tenéis razón — dijo la anciana después de algunos momentos. — Quizá he sido débil; pero ya no lo seré.

El paje había conseguido cuanto entonces deseaba, y, despidiéndose, salió.

Entretanto, el señor Pablo Cornejo aprovechaba el tiempo y escribía la siguiente carta:

"Ginés; Al salir del convento me encontré con el maldito Pero León, que ha venido en

compañía del diablo. Creo que sospechan, y que al volver a Madrid harán algo que nos desagrade. Te lo advierto para que decidas lo que mejor te parezca.

"Yo no emprenderé mi viaje hasta mañana al amanecer, porque me es absolutamente preciso pasar la noche en esta población".

Ni una palabra más contenía la carta.

Apenas escrita, el hidalgo llamó al posadero y le dijo:

—Tengo necesidad de un hombre que monte a caballo y vaya corriendo a Madrid para entregar una carta.

—No es posible — respondió el huésped.

—Pagaré con largueza.

—Entonces, todo se arreglará.

—Si es preciso reventar un par de caballos, que se revienten.

—Entiendo.

—El mensajero ha de partir inmediatamente.

—Cuento con un mozo listo.

—Pués aquí está la carta y algún dinero a cuenta, — dijo el hidalgo, poniendo sobre la mesa algunas monedas de oro.

El dinero ha sido siempre el rey del mundo, el medio de allanar todos los obstáculos, y el posadero se mostró activo, fiel y hasta inteligente.

Antes de que transcurriese un cuarto de hora, el mensajero partía, y suponemos que la carta llegaría pronto a su destino.

Otros quince minutos pasaron, y Luis y el capitán volvieron a la posada.

Capítulo XC

EL HIDALGO EMPIEZA A TEMBLAR

EL señor Fabio Cornejo se había desaturdido ya, había recobrado por completo la calma, y, por consiguiente, era otra vez el zorro astuto, el hábil intrigante que podía competir con el más temible adversario.

Al atravesar el corredor el señor Pero León empezó a gritar:

—¡Cien legiones!... ¿Dónde os habéis metido, señor Cornejo?... Venid, que os aguardo con un par de botellas y algo más, si es que tenéis el estómago tan bueno y la cabeza tan firme como en otro tiempo.

Abrióse una puerta y asomó el rostro del señor Pablo, que sonreía picarescamente y que dijo:

—¿Por qué alborotáis así?... No es menester que gritéis para que yo acuda, y... ¡Ah!... Supongo que este señor hidalgo que os acompaña...

—Es mi amigo.

—El gran hombre...

—El mismo Satanás.

—Mucho me honraré si mi amistad acepta.

—Con la mejor voluntad del mundo os la ofrezco — dijo Luis, tomando parte en la conversación.

—Gracias, señor Luis.

—Entrad en nuestro aposento, nos haréis compañía y puesto que sois buen bebedor, según ha dicho el capitán, remojaremos los labios y comeremos algunas magras o lo mejor que tenga nuestro huésped.

—Aceptaré, a condición de que esta noche cenéis conmigo.

—Es justa correspondencia.

—Estoy, pues, a vuestra disposición.

Mientras Luis hablaba, había examinado muy atentamente el semblante del señor Cornejo.

A los pocos minutos sentábanse los tres alrededor de una mesa donde el huésped dejó el vino, el jamón y unas aceitunas muy bien aderezadas.

Ante todo se llenaron los vasos, diciendo el capitán:

—Principiemos por limpiar el tragadero, por si tiene algunas telarañas.

Bebieron, brindando mutuamente por su salud y felicidad, y después de engullir algunas aceitunas y un trozo de jamón, dieron principio a la conversación, que para todos presentaba grandes dificultades.

¿Esperaba Luis engañar al señor Cornejo?

¿Se había hecho éste la ilusión de que podía engañar a aquél?

No, y, sin embargo, ambos pensaban que podían serles muy provechosa aquella entrevista.

El paje había trazado su plan, y se contentaba con satisfacer su amor propio, probando que no era un hombre vulgar.

En cuanto al señor Pero León, nada decimos, porque creía que ya había hecho bastante, y su único propósito consistía en beber mucho, para dormir luego hasta la hora en que fuese preciso ponerse en movimiento.

Después de algunas frases sin importancia, dijo Luis:

—Bendigo la casualidad que me ha proporcionado el gusto de conoceros.

—Yo también — respondió el señor Pablo, — pues es mucho honor y mucha fortuna la de ser amigo de un hombre como vos, cuya importancia envidian hasta los magnates más poderosos.

—Esa importancia me ha costado mucho, y el que la envidie no sabe lo que se hace

—Ciertamente, habéis tenido que sostener una lucha que apenas se concibe; habéis arriesgado mil veces la existencia, y milagrosamente os habéis salvado; pero ¿y la satisfacción que ahora debéis experimentar? ¿Y los goces que os esperan? Habéis triunfado, ya nada tenéis que temer...

—Os equivocáis, señor Cornejo, pues no solamente no ha terminado la lucha, sino que es mucho más difícil y más peligrosa, y esto no es posible que se os oculte.

—Pues confieso mi torpeza.

—¿Acaso créeis que ya he triunfado definitivamente?

—Me parece que sí.

—¿Y en qué os fundáis?

—¡Truenos! — exclamó el capitán. — Os olvidáis del jamón, y hasta del vino.

—Razón tenéis.

Volvieron a vaciar los vasos.

—Esto no es nada para hombres como nosotros.

—Pues brindemos — respondió el señor Pablo.

—Por la salud de la princesa de Eboli — dijo Luis.

—¡Mil legiones!... Yo brindo por Satanás.

—Y yo por mi fortuna, que me ha proporcionado tan buena compañía.

—Mejor la tuvísteis esta mañana — dijo el paje.

—No, por cierto — replicó el señor Pablo.

—Pues en el convento...

—No he conseguido ver más que a una vieja horrible.

Luis soltó una carcajada burlona.

—¡Hígados de Lucifer! — exclamó el capitán.

—¿Por qué os réis? — preguntó el señor Cornejo.

—Porque llamáis vieja a doña Ana de Mendoza.

—Os advierto que...

—Bebamos, bebamos...

—¡Fuego de Dios!...

—Me aturdís...

—Tomad el vaso, vaciadlo y escuchad...

—Obedezco — dijo el señor Pablo.

Y cuando bebió, apoyó los brazos en la mesa y fijó la mirada en Luis.

Este sonreía, y después de algunos momentos dijo:

—Señor Cornejo, suponed que cuando hemos entrado aquí tenía yo puesto un antifaz.

—Lo supongo, porque lo deseáis.

—Y suponed que el antifaz me molesta y ahora me lo quito.

—¿Y qué más?

—Lo que es consiguiente, lo que se cae de su peso, como suele decirse.

—Otra vez confieso mi torpeza.

—Desde el momento que me quité el antifaz, me presento tal cual soy.

—¿Pues qué, antes habéis fingido?

—No; pero tampoco os he dejado ver lo más interesante para vos, y vais a tener la prueba.

—No os parecéis a ningún hombre.

—Eso lo diréis con más razón dentro de algunos minutos.

—Veamos.

—¿No sabéis para qué he venido a Burgos?

—Lo sospecho.

—Para averiguar lo que hace y lo que piensa doña Ana de Mendoza, pues la lucha, como antes os dije, no ha terminado, sinó que está en su punto más interesante, y de lo que ahora suceda depende el triunfo definitivo, el verdadero triunfo.

No sabía el señor Cornejo en qué sentido contestar, y para no comprometerse, guardó silencio, llenó su vaso y bebió.

Luis prosiguió diciendo:

—La princesa de Eboli no puede perdonarme, y ahora me aborrece más que nunca.

—Me parece natural.

—Tampoco ha de resignarse a pasar el resto de su vida encerrada en una celda.

—Todos amamos la libertad.

—Si no tiene muchos amigos, tiene mucho dinero, y su gran inteligencia y su habilidad para ciertas intrigas.

—¿Y qué me importa todo eso?

—Mucho.

—Seguid escuchando, señor Cornejo, que llegaremos muy pronto a lo que más os interesa.

—Escucho, pues.

—Doña Ana de Mendoza se prepara para salir de su encierro.

—Es posible.

—Y, además, busca el medio de asesinarme.

—¡Señor Luis!...

—Ni más ni menos.

—No conozco de esas intrigas más que la superficie, puesto que no sé más que lo que sabe todo el mundo.

—Es bastante.

—Sin embargo, me parece que exageráis, porque después de lo que ha sucedido, doña Ana de Mendoza debe contentarse con recobrar la libertad, dejando al tiempo y a la ocasión lo demás que desea para que su amor propio quede satisfecho.

—Señor Pablo, si yo me he quitado el antifaz, ¿por qué vos no hacéis lo mismo? ¿Acaso tenéis miedo?

—¡Cuernos de Lucifer! — exclamó Pero León, mientras llenaba su vaso. — Eso está bien dicho. ¿Por qué no os quitáis el antifáz, señor Cornejo? ¡Mil rayos! ¿Habéis creido que se nos engaña con facilidad? Ya habéis visto nuestra franqueza. Hemos venido a Burgos para saber lo que la princesa hacía, y ya lo sabemos, y os diremos también lo que pensamos hacer nosotros.

—Dudáis de mi buena fe...

—Dudamos, porque sabemos que habéis ido a las Huelgas como criado de doña Ana de Mendoza, y ayer la vísteis, y hoy también, y habéis determinado permanecer en Burgos un día más de lo que pensábais y...

—Señor Pero...

—¡Vive Dios!... No hay ninguna monja enferma, ni de la salud de ninguna os habéis ocupado. Servís a doña Ana de Mendoza, esta es la verdad, y para este negocio os ha buscado el miserable Ginés, y os han ofrecido montones de oro.

Convencióse el señor Cornejo de que era completamente inútil negar, y guardando silencio, volvió a llenar su vaso.

Luis saboreaba el vino y sonreía burlonamente.

—Somos adversarios — añadió el capitán: — pero bien podemos ser buenos amigos, Trabajad, haced cuanto os sea posible para aniquilarnos; pero no olvidéis que al señor Antonio de Mena le costó la vida su temerario empeño, y que nos hemos burlado de todo el mundo, hasta de un fraile, que es el más temible de los enemigos. ¡Mil rayos!... Mucho sentiré

verme obligado a romperos el pellejo; pero si es preciso, lo haré.

—Señor Cornejo — dijo Luis, — os habéis metido en mal negocio, y os lo advierto lealmente para que no tengáis derecho a decir que habéis pecado por ignorancia. Ni la princesa de Eboli saldrá de su encierro, ni a mí me mataréis. Ahora reflexionad y decidid. Yo no os ofrezco montones de oro, sino solamente mi amistad.

—¡Por quien soy que me ponéis en grandísimo aprieto! — dijo por fin el señor Pablo. — Puesto que es preciso quitarse el disfraz, me lo quito.

—Así me agrada.

—Llegué al último grado de la perdición, de la miseria, me moría de hambre...

—¡Vive el cielo! ¿Por qué no habéis acudido a mí?

—Ya hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Pues ahora nos vemos.

—Me comprometí, acepté y... no, no puedo retroceder.

—¿Quién os lo estorba?

—Primeramente mi conciencia, pues a pesar de que soy un desalmado, no olvido que nací en noble cuna, y cuando doy una palabra la cumplo.

—Y además de vuestra conciencia, tenéis el estorbo de Ginés, ¿no es verdad?

—Algo; pero eso no me detiene tanto como mi palabra.

—¿Esperáis triunfar?

—Haré lo posible.

—Señor Cornejo — dijo Luis, — a nada quiero obligaros, aunque nada me sería más fácil que hacer que ahora mismo os encerrasen en un calabozo.

—¡Oh!...

—Pero os dejo en completa libertad. Pensadlo bien y si os decidís a abandonar a la princesa, esta noche cenaremos juntos, y mañana temprano nos volveremos a Madrid.

—Imposible.

—Pues entonces no volveremos a vernos sino cuando la casualidad o las circunstancias nos reunan.

—Tendré paciencia.

La alegría desapareció del semblante del señor Pablo Cornejo.

Quedó pensativo y desde aquel instante fueron muy pocas las palabras que pronunció.

Media hora después se dispuso a salir.

El paje le dijo:

—Si no queréis abandonar a doña Ana de Mendoza, aprovechad desde esta noche cuantas ocasiones se os presenten para contrariarnos o hacernos mal, en la inteligencia de que nosotros haremos lo mismo con respecto a vos.

—No olvidaré el consejo.

—Esperaremos hasta las ocho y media.

El hidalgo salió muy preocupado.

No estaba tranquilo, y la verdad es que motivos sobrados tenía para abrigar temores.

Cuando vió al paje, comprendió que éste valía mucho.

De buena gana hubiera abandonado el señor Cornejo a doña Ana de Mendoza, poniéndose bajo la protección de Luis; pero tuvo miedo a la venganza de Ginés.

El capitán Pero León ocupóse en apurar el vino que quedaba, y Luis empezó a reflexionar y a trazar planes, porque deseaba hacer desde luego una diablura.

—¿Qué opináis de esto? — preguntó el capitán cuando acabó de beber.

—Que tenemos la ventaja de conocer al nuevo adversario lo cual es una gran fortuna.

—Acabará por ser nuestro amigo.

—Pronto se desvanecerá esa esperanza.

—Nosotros le ofrecemos más que la princesa, y con menos peligro.

—No es bastante.

—Veremos.

—Si habéis de dormir hacedlo ahora, porque esta noche tendremos ocupación.

—Sí, cenar con el señor Pablo Cornejo.

—Os equivocáis, porque habremos de darle un disgusto.

—¿Pues qué intentáis?

—No puedo decíroslo, porque aun tengo que perfeccionar mi plan.

—¿Y qué haréis mientras duermo?

—Cavilaré.

El capitán se dejó caer en una de las camas que había en el aposento y casi inmediatamente se quedó dormido.

Capítulo XCI

EMPIEZA LUIS A TRABAJAR

La noche cerró.

El buen capitán se restregó los ojos, estiró los brazos, bostezó y se incorporó en el lecho, fijando la mirada en Luis, que estaba sentado y con los brazos apoyados en una mesa.

No había en la habitación más luz que la del velón que pocos minutos antes había llevado el posadero.

—¡Rayos! — exclamó el capitán mientras se pasaba las manos por la frente. — Debo haber dormido mucho, ¿Qué hora es?... Muy tarde, si he de dar crédito a mis tripas, que se revuelven y piden a gritos algo que no sea el aire que las llena.

—Aun es temprano — dijo Luis.

—¿No ha vuelto mi amigo Cornejo?

—Ni volverá.

—Peor para él.

—Ya os dije que tiene miedo a Ginés.

—¿Y no teme que yo le retuerza el pescuezo?

—Vos no sois un asesino.

—Es verdad... ¡Dios de Dios!... Pero frente a frente y en buena lid, bien puedo ensartarlo.

—Ese caso no puede llegar, y bien lo sabe el pobre hidalgo.

—Cornejo es un estúpido, no lo dudéis; se le presenta la fortuna y le vuelve la espalda. ¡Fuego de Satanás!... No tiene derecho a quejarse.

—Dejadlo, que no ha de tardar en arrepentirse.

—¿Qué pensáis hacer?

—Algo que os divierta y desagrade mucho a vuestro amigo.

—Es decir, que tendremos broma...

—Me parece que sí.

—¡Vive el cielo! — exclamó entusiasmado el capitán mientras saltaba del lecho. — Explicáos, señor Luis, y si bien os parece, y puesto que no debemos esperar al señor Pablo, pediremos la cena para fortificar el estómago, pues ya sabéis que cuando tengo hambre no sirvo para nada.

—Cenaremos más tarde, cuando ya no pueda dudarse de que no ha de acompañarnos vuestro amigo.

—Tendré paciencia.

—Además, me conviene hablar con el posadero y no ha de ser ahora mismo.

—Obedezco como es mi obligación.

Hablaron el paje y el capitán, dando el primero explicaciones sobre lo que había proyectado, y así pasaron el tiempo hasta que dieron las nueve.

Ya podían estar completamente seguros de que no iría el señor Pablo Cornejo.

—Cenemos ahora — dijo Luis.

Pero León se asomó a la puerta, y jurando y amenazando según costumbre, llamó al posadero, que acudió presurosamente, porque sabía que, sobre ser peligroso no obedecer con prontitud al capitán, le convenía mostrarse atento y respetuoso con Luis, que pagaba con mucha largueza.

Era Lucas un posadero como casi todos, indiscreto, charlatán, hipócrita, embustero y sin más ley que su conveniencia, de modo que todo se conseguía de él con el dinero.

—La cena, pronto y bien servida — le dijo el capitán.

Iba el huésped a salir, pero lo detuvo el paje, diciéndole:

—¿Ha cenado ya el señor Pablo Cornejo?

—Cenando está; pero con él se entiende Bartolo, porque yo no tengo para qué servirlo.

—Está bien.

—¿He de decirle algo?

—Ni siquiera verlo.

Hizo Lucas una reverencia y salió, volviendo poco después con la cena.

Ante todo comieron nuestros amigos, y luego el paje detuvo al posadero, diciéndole:

—Escuchadme con atención, respondedme con claridad, y sobre todo, cuidad de no mentir, porque...

—¡Rayos y truenos! — interrumpió el capitán. — ¿Cómo ha de mentir nuestro huésped, si no tiene ganas de que le arranque la lengua?

—Señores...

—Ya me conocéis, maese Lucas y ¡por las narices de Satanás! que si os atrevéis a engañarme...

—Dios me libre.

—Y si nos dejáis complacidos... Mirad — repuso el paje, sacando algunas monedas de oro y echándolas en el plato de que acaba de servirse. — Para vos, y aun más.

—¡Oh! — exclamó el posadero, cuyos ojos brillaron con el fuego de la codicia.

—¿Habéis entendido?

—Perfectamente; pero os advierto que para serviros con lealtad no es menester que me ofrezcáis dinero.

—Lo tomaréis, porque así es de mi agrado.

—Gracias...

—Escuchad.

—Escucho con el respeto que merecen personas tan ilustres.

—¿Cuánto tiempo hace que está en vuestra posada el señor Pablo Cornejo?

—Diez días.

—¿En qué se ha ocupado?

—Entraba, salía, comía y... nada más.

—¿Nadie lo visitaba?

—Una sola persona vino a buscarlo hace tres días.

—¿Quién era? — preguntó Luis, fijando una mirada escudriñadora en el posadero.

Este vaciló como si no quisiera contestar inmediatamente.

—¡Truenos! — gritó el capitán. — Os olvidáis de lo que os hemos dicho... Responded.

—Caballero...

—¡Por el rabo de Lucifer!... Os parecerían muy bien las monedas: pero...

—Me aturdís... No ha sido mi intención...

—Acabad.

—La persona que viene a ver al señor Pablo Cornejo es un pobre diablo a quien apenas conozco.

—Un bribón.

—Eso dicen algunos.

—¿Y qué clase de relaciones tienen?

—No lo sé.

—Mentís — replicó el paje con breve acento.

—Sí — repuso el capitán, poniéndose en pie, — mentís, sois un bellaco, y como no tolero que nadie se burle de mí, ahora mismo os arrancaré la lengua y con ella os azotaré para escarmiento de bribones.

Era terriblemente amenazador el aspecto del capitán.

Tembló el posadero y retrocedió mientras decía:

—No miento..

—¡Villano!...

—Diciendo todo lo que sé, todo lo que por casualidad he averiguado, cumplo, y nada más podréis exigirme.

—Tampoco deseo otra cosa.

—Entonces...

—Hablad, hablad — dijo el señor Pero, asiendo por un brazo al huésped y sacudiéndolo sin compasión.

—Si no me dejáis.

—Sentáos, capitán.

—¡Rayos del infierno!

—Ya os escucho, maese Lucas.

—Pues bien, ese hombre, a quien se le conoce en Burgos por el apodo de "Cucaracha", ha ayudado al señor Cornejo a escalar las tapias del convento de las Huelgas. Primeramente se sirvieron de una escalera de mano; pero después lo han arreglado mejor, haciendo en la

pared algunas hendiduras donde pueden apoyar los pies y las manos.

—¿Y qué más?

—Es cuanto sabe "Cucaracha", porque otra cosa no se le ha dicho, y como le han pagado generosamente, no se ha metido en más. Supone que el señor Cornejo está enamorado de alguna monja o novicia; pero esto no es más que una suposición.

—¿A qué hora iba al convento?

—A las doce de la noche.

—¿Y ya no entiende en el asunto el tal "Cucaracha"?

—No, porque nada más tiene que hacer.

—Proseguid.

—Es cuanto sé.

—Necesito conocer el sitio por donde han escalado la tapia.

—Me parece que buscando se encontrarán las señales.

—De día sí; pero no de noche.

—Si esperáis hasta mañana...

—No puede ser.

—Pues ahora...

—Me entenderé con ese otro bribón, y vos iréis a buscarlo, y lo traeréis sin que se aperciba el señor Pablo Cornejo, y haciéndole las advertencias convenientes.

—Pensad que...

—Es preciso — interrumpió Luis con imperioso tono.

Y sacó otras dos monedas y las echó en el plato.

No era posible resistir a razonamientos semejantes.

El huésped tomó el dinero y dijo:

—En cuerpo y alma soy de vuestra merced.

—Lo veremos.

—Aunque parezco torpe, no lo soy, y bien comprendo lo que necesitáis y debo hacer.

—Supongo que el tal "Cucaracha"...

—A todo lo encontraréis dispuesto si le pagáis tan generosamente como a mí.

—Pues aguardamos.

El posadero salió, frotándose las manos y dejando ver en su semblante la más viva alegría.

Media hora después el paje se entendía con el llamado "Cucaracha", que era un miserable por el estilo de Ginés.

No hubo ninguna dificultad para que quedasen de acuerdo.

Luego salieron de la posada.

Entre tanto el señor Cornejo permanecía en su habitación y seguía reflexionando mientras llegaba la hora de ir al convento.

No había sospechado que se le preparaba un golpe terrible, y creía que cuando llegase a Madrid sería cuando habría de guardarse de Luis y del capitán.

Estos reconocieron detenidamente el sitio por donde aquél se introducía en la huerta, y siempre acompañados por "Cucaracha", ocultáronse en sitio conveniente para poder observar sin ser vistos.

El paje había trazado su plan como los trazaba todos, y no había olvidado ningún detalle.

El señor Pero León gozaba anticipadamente con la idea de lo que haría sufrir a su amigo Cornejo.

Las horas pasaron.

A las once y media salió de su aposento el señor Pablo, y preguntó al huésped:

—¿Y mis amigos?

—Supongo que duermen, pues desde que cenaron no han vuelto a llamar.

—Sin embargo, es posible que pregunten por mí.

—Les diré que habéis salido...

—No, ¡vive el cielo!

—Espero vuestras órdenes.

—Responderéis que estoy durmiendo.

—Descuidad.

—Y si cometéis alguna torpeza...

—Es imposible, porque tratándose de servirvos, no pronuncio una sola palabra con ligereza...

—Seréis recompensado como merecéis.

—Gracias, señor hidalgo.

—Se trata de un asunto muy grave, y si fuéseis indiscreto, no solamente yo os castigaría, sino que provocaríais el enojo de personas muy elevadas, y acabaríais vuestra vida en una prisión.

—¡Oh!...

—Tenedlo entendido.

—No lo olvidaré.

Cornejo salió.

—Esto marcha bien... ¿Qué clase de intriga traerá entre manos esta gente?... Lo que me importa es el dinero que me dan.

Un silencio profundo reinó en el interior de la posada.

No menos absoluto era el silencio en la población y sus alrededores.

Cornejo, prevenido con la escala se encaminó al célebre monasterio de las Huelgas.

Capítulo XCII

EL SEÑOR CORNEJO EMPIEZA A SABER LO QUE ES EL DIABLO

LLEGO a la tapia el señor Pablo Cornejo, detúvose, miró a todos lados y escuchó.

No percibió el más leve ruido.

No distinguió ningún bulto, ni era fácil que lo distinguiese, pues la oscuridad era tan densa, como absoluto el silencio.

Nada tenía, pues, que temer.

Palpó y encontró los pequeños huecos donde debía apoyar las manos y los pies, y con la agilidad de un gato, subió, púsose a caballo sobre el muro y sacó y enganchó la escala, dejándola pendiente hacia la huerta.

Volvió a escuchar, porque mirar era inútil, y como siempre era el mismo el silencio, descendió, y bien pronto se encontró en la huerta.

Al otro lado, y porque le servían de estorbo, había dejado la capa y la espada, creyendo que aunque alguien pasase por allí no las vería.

Atravesó la huerta a tiempo que las doce daban, y mirando al edificio, vió que algunos

rayos de luz se escapaban de una de las celdas.

Era la de doña Ana de Mendoza.

—Malas noticias le llevo — decía para sí el hidalgo; — pero paciencia habrá de tener, pues en esta clase de asuntos no todo sale a pedir de boca, y es preciso luchar con muchos obstáculos, y sufrir muchas contrariedades, y digerir más de un disgusto. No estoy tranquilo, porque ese paje endiablado me infunde terror; pero ya no puedo retroceder, y he de seguir adelante hasta vencer o morir. Si triunfamos, haré mi fortuna; pero si nos derrotan..... ¡Oh!... No quiero pensar lo que en semejante caso ha de sucederme.

Estremecióse el hidalgo; pero hizo un esfuerzo de voluntad, y desechando en cuanto pudo sus temores, siguió avanzando, detúvose, extendió los brazos y encontró la escala que ya había dejado caer la princesa.

No tenía el señor Cornejo para qué detenerse trepó con la agilidad que le era propia, y se encontró muy pronto frente a la dama.

—¿Qué sucede? — preguntó ésta con tono que revelaba la intranquilidad.

—Algo que no deja de tener importancia; pero que no es bastante para que nos desalentemos, ni mucho menos para que yo deje de serviros hasta morir.

—Explicáos.

—Lo que pasa no me sorprende, pues nunca cometí la tontería de creer que habían de dejarnos tranquilos, y que con ningún obstáculo tendríamos que luchar. Que son muy temibles nuestros enemigos no se me ocultaba, y ahora veo más claramente, que para habérselas con ellos se necesita no menos ingenio y astucia que valor.

—No podéis alegar ignorancia, y si la empresa es difícil...

—Ni me quejo, ni me arrepiento, ni quiero dar a lo que hago más importancia de la que tiene; sí aguardo que hagáis justicia a mi lealtad, no para que me recompenséis con mayor largueza, sino para que me sirva de estímulo y de satisfacción.

—El resultado final ha de ser el mejor testimonio de vuestro proceder.

—En Burgos está el paje.

—¡Oh! — exlamó doña Ana, de cuyos ojos se escaparon dos centellas.

—Y en este santo recinto lo tuvísteis esta mañana, de manera que...

—Comprendo.

—Le acompaña el capitán Pero León, que, aunque de entendimiento muy corto...

—No es menos temible.

—No pueden haber venido...

—Para observar, para vigilarme, para dar instrucciones a la abadesa...

—Eso es.

—¿Cómo lo habéis averiguado?

—Al salir esta mañana me encontré con el capitán, que esperaba a su amigo.

—¿Os conoce?

—Hace algunos años.

—Es una desgracia

—Que no tiene remedio.

—Continuad.

—Me saludó, me hizo muchas preguntas y le contesté que había venido al convento, por encargo de otra persona, para preguntar por la salud de una monja.

—Ya sabrán que habéis mentido.

—Lo averiguaron muy pronto, y así me lo dijeron con toda claridad, añadiendo que lo único que yo tenía que hacer era ayudaros a salir de vuestro encierro y a continuar la lucha.

—¿Y entonces vos?...

—Respondí con la misma franqueza, puesto que las negativas no habían de servir, sino para que de mí se burlasen.

—Hicísteis bien.

—Como si se tratase del asunto más sencillo, el endiablado paje me ofreció su amistad, advirtiéndome que no hacía lo mismo con su bolsillo porque como no necesitaba mi auxilio no tenía para qué pagarme.

—Siempre el mismo — murmuró sordamente la princesa; — no se parece a ningún hombre.

—Tiene el don de adivinar, de leer los pensamientos, no lo dudéis, señora.

—Lo sé por mi desgracia.

—Rechazé el ofrecimiento sin mostrarme ofendido, y queriendo corresponder a su franqueza, le manifesté mi propósito firme de luchar hasta morir.

—Se reiría de vos.

—Me miró compasivamente, porque está convencido de que ha de triunfar.

—Alguna vez ha de equivocarse.

—También el emperador triunfaba siempre y llegó un día en que la fortuna le volvió la espalda. ¿Quién sabe si yo, que soy el último infeliz, estoy destinado a ser el obstáculo donde se estrelle ese mancebo audaz? Con desdén me mira el paje, sin pensar que no hay enemigo pequeño, y él puede muy bien ser el águila; pero si Dios me da vida, juro que he de representar el papel del escarabajo.

—Ya os conocen, y esto es una desventaja; pero a pesar de todo, lucharemos.

—Me conocen, es verdad; pero no sucede lo mismo con mi amigo el italiano.

—Adelante, señor Cornejo, adelante...

—Tranquilizáos, señora.

—Gastad el oro a manos llenas.

—Cuanto sea preciso se hará

—Creo que Ginés debería...

—Perdonad; pero no he sido descuidado hasta el punto de olvidar a Ginés, y esta mañana le escribí, advirtiéndole que corría peligro y que debía ocultarse. La carta la ha llevado un hombre de mi confianza, y le he mandado correr sin detenerse un minuto.

—Bien, muy bien.

—No se me oculta que lo primero que hará el paje al volver a Madrid será disponer que encierren a Ginés, y como hay sobrada razón para que así lo haga la justicia, nos veríamos privados del más fiel auxiliar.

—¿Cuándo partiréis?

—Al amanecer.

—Esperaré vuestras cartas y vuestras visitas.

—Advertida estáis ya, señora, y si prudente habéis sido hasta hoy, más prudente habéis de ser.

—Esta lucha es de disimulo, de astucia...

—Y de paciencia.

—¡Oh!... Mil veces morir antes que ceder.

—Señora, si me dais licencia me iré.

—Mucho cuidado.

—Por hoy nada temo.

—Os equivocáis si creéis que nuestros enemigos permanecerán ociosos esta noche.

—Dormidos los he dejado.

—El paje es tan peligroso cuando duerme como cuando está despierto.

—¡Bah! — dijo el señor Pablo, que aunque tenía mucho miedo, aparentaba tranquilidad. — No es tan fiero el león...

—Se trata del diablo.

—Me bañaré en agua bendita.

—Apenas lleguéis a Madrid, escribidme para que yo sepa que ninguna desgracia os ha sucedido.

—Señora, soy vuestro criado más leal.

—Y yo quiero ser vuestra mejor amiga.

Descendió Cornejo.

Atravesó la huerta.

Ya la luna se había dejado ver.

Cuando el hidalgo llegó a la tapia, miró a uno y otro lado y murmuró:

—Este es el sitio, no me equivoco...

La escala había desaparecido.

Para que no le quedase ninguna duda, el hidalgo se inclinó. examinando el suelo, donde encontró las huellas de sus pasos

Si aquel era el sitio, ¿por qué no estaba la escala?

Acercóse otra vez a la tapia y la miró y palpó, yendo de un lado para otro.

Densa palidez cubrió el rostro de Cornejo.

Se acordó de lo que acababa de decirle la princesa al advertirle que el diabólico paje era quizás más temible cuando dormía que cuando estaba despierto.

¿Quién había quitado la escala?

Nadie más que Luis.

El desdichado Cornejo quedó inmóvil

Viósele temblar.

Para mayor desdicha encontrábase sin espada, es decir, casi sin defensa para en el caso en que fuese objeto de un ataque más peligroso que la burla que sufriendo estaba.

No habían perdido el tiempo sus adversarios.

Después de reflexionar, se convenció de que no le quedaba más recurso que tener paciencia y buscar un sitio por donde poder salir, aprovechando algunas grietas o hendiduras de la tapia.

Quiso hacerlo así, pero al moverse oyó una carcajada burlona.

Levantó la cabeza, y a favor de los resplandores de la luna, pudo ver a un hombre que sobre la tapia había.

La escena que entonces tuvo lugar fué muy breve, y apenas puede describirse con exactitud.

—¿Qué tal, señor hidalgo? — preguntó Luis

—¡Por el infierno! — gritó fuera de sí el señor Pablo.

Y sintió que a su cabeza afluía toda su sangre, y que le ahogaba la más reconcentrada ira.

—¿Por qué os enfadáis? ¿Acaso no os advertí lealmente para que a todas horas entuviéseis prevenido?

¡Fuego de Satanás!...

—Nada temáis, señor Cornejo, porque respetaremos vuestra vida; pero si habréis de tomaros la molestia de buscar alguna traza para salir antes de que amanezca y se levante el hortelano. No habéis querido ser mi amigo, y ahora es preciso que arrostréis todas las consecuencias. De todas maneras tenéis mucho que agradecerme, pues he podido avisar a la justicia para que os prendan, y a estas horas estaríais en un calabozo, no solamente como ladrón sino como sacrílego; y si la Inquisición no os quemaba, la abadesa reclamaría el uso de sus derechos, y de seguro os encerraría en el "in pace".

No exageraba Luis, pues nada le hubiera sido más fácil que aniquilar al pobre hidalgo.

Si éste no temblaba, era porque se sentía dominado por la cólera.

Su amor propio estaba vivamente herido, es decir, que le sucedía lo mismo que a Ginés cuando las cinchas de su caballo fueron cortadas por el astuto Juan.

—¡Oh! — exclamó con voz reconcentrada el señor Cornejo. — Me parece que debiérais haberme dejado salir y tomar mi espada, y luego, como hidalgos que somos...

—No — interrumpió el paje

—Esto es una villanía.

—Bien se os alcanza, señor Pablo, que no puedo batirme con cada uno de los miserables que sirven a la princesa de Eboli.

—Olvidáis que no soy un villano como Ginés...

—Pero sois un bribón como el señor Antonio de Mena, a quien no me ligné matar y dejé hasta que fué víctima de sus torpezas.

—Poned la escala, ¡vive el cielo! Dejadme salir y veremos después quién queda con vida. Así este negocio terminará más brevemente.

—¿Y qué me quedaría para divertirme? — replicó burlonamente el paje.

—¡Dios de Dios!...

—Señor Cornejo, si perdéis la calma peor para vos.

—Bajad, si no queréis dejarme subir.

—¿Y por qué he de entrar como un ladrón, cuando puedo hacerlo por la puerta y a la vista de todo el mundo?

—Tengo mi daga, vos la vuestra, y...

—No quiero que corra la sangre.

A este punto llegaba la conversación, cuando otra persona se dejó ver sobre la tapia

Era el capitán, que exclamó:

—¡Por los hígados de Lucifer!... Apuráis mi paciencia, señor Cornejo... ¡Cien mil legiones de condenados!... Si no fuese mi obligación obedecer al señor Luis, os dejaría salir y tomar vuestra espada; pero os juro que no ha-

bía de quedar hueso sano en vuestro cuerpo. ¿Por qué provocáis a los que valen más que vos? ¿Cuándo os habéis atrevido a poneros frente a mí? Y si siempre habéis tenido miedo a mis puños, ¿cómo no tembláis en presencia de mi amigo? Callad, porque si se me sube la sangre a la cabeza, bajaré, os desollaré y...

—Sí, bajad — dijo el señor Pablo, que estaba cada vez más ciego por la ira

—¡Truenos!...

—Basta... Ya es hora de descansar — interrumpió el paje.

—Es que ese bribón...

—Vamos, vamos.

Tuvo el capitán que obedecer.

Cornejo vió que sus adversarios desaparecían, y pocos momentos después no percibió el más leve ruido.

Su situación no podía ser más crítica.

Horrorizábale la sola idea de que lo sorprendiesen en aquel sitio.

Ante todo debía pensar en salir de la huerta.

¿No encontraría por allí una escalera de mano? Abrigó la esperanza de que la casualidad no le negaría este recurso.

Favorecido siempre por el resplandor de la luna, empezó a recorrer la huerta

Más de una escalera tenía el hortelano; pero no las dejaba fuera de su habitación, y por consiguiente el hidalgo perdió un tiempo precioso.

Fatigado, trastornado por la ira y por el terror, volvió junto a la tapia.

No le quedaba más recurso que buscar un sitio donde las grietas le permitiesen ascender.

Anduvo de un lado para otro

El fuego de la alegría brillaba en sus ojos cada vez que encontraba alguna pequeña concavidad.

Por fin, después de media hora de investigación, llegó a un sitio donde el escalamiento se presentaba fácil.

No vaciló el pobre hidalgo.

Empezó a subir, dando pruebas de una agilidad nada común.

Sus manos se desollaban y ensangrentaban; pero consiguió colocarse sobre el muro.

—¡Ah! — exclamó como el que acaba de salir ileso de las garras de una fiera.

Miró a su alrededor sin descubrir alma viviente.

Ya había subido; pero ¿cómo bajaría?

Ocurriósele buscar el sitio donde la tapia estaba preparada al efecto, y empezó a recorrerla, siempre montado, pues de otro modo no le hubiera sido posible moverse.

Ya fuese por efecto de su turbación, o porque no conocía bastante bien aquellos sitios, no consiguió encontrar el que buscaba.

En tal apuro, midió con la mirada la elevación en que se encontraba sobre el suelo.

Dejarse caer era muy peligroso; pero mucho más peligroso era permanecer allí.

Cornejo blasfemó como un condenado.

Reflexionaba, y comprendía más y más todo lo horrible de su situación.

Le era preciso jugar el todo por el todo.

La muerte es siempre desagradable; pero mucho más en ciertos momentos y con ciertas circunstancias.

Morir de una caída, quedar allí reventado era demasiado horrible.

Se inclinó el hidalgo, palpó la tapia por la parte de afuera y encontró algunas grietas.

Si conseguía descender hasta la mitad del muro, podría luego saltar sin temor de morir.

Era un bribón; pero buen cristiano, a la manera de los fanáticos de aquella época, y encomendando su alma a Dios, empezó a descolgarse, apoyando las puntas de los pies en los pequeños huecos que encontraba.

Creyóse ya en salvo, bajó algo más, y...

Resbaló, faltáronle los puntos de apoyo, y dió con su cuerpo en tierra.

Exhaló un grito desgarrador.

Revolvióse, quiso levantarse y no pudo.

Sin pensar que se comprometía, volvió a gritar.

Instintivamente pedía socorro.

Su voz se perdía en la inmensidad del espacio.

En el centro de la población, alguien hubiera acudido en su auxilio; pero en aquella soledad no había ningún alma noble que lo socorriese.

Sentía todo su cuerpo magullado y como si no le quedase ningún hueso sin romper.

Después de algunos minutos y en virtud de sobrehumanos esfuerzos, consiguió incorporarse.

—¡Virgen Santísima!... — exclamó. — Si no estoy reventado, me falta muy poco... Este brazo y este pie... Y la cabeza, y los riñones... ¡Ay!...

Levantóse.

Se apoyó en la tapia.

Quiso andar y no pudo.

Si no tenía roto un pie, se le había desconcertado.

Empezó a sentir dolores insoportables en el brazo derecho.

La necesidad hace prodigios, y a pesar de los dolores y del trastorno, púsose en movimiento el señor Pablo, si bien apoyándose en la tapia y avanzando con mucha lentitud

Lo que sufría no puede concebirse.

Le convenía callar; pero no podía dominarse y de vez en cuando exhalaba desgarradores lamentos.

Tropezó y volvió a caer.

El obstáculo que había encontrado era su capa.

La recogió, echándola sobre uno de sus hombros, y tomó también su espada.

Supuso que estaban observándolo el paje y el capitán, y esto hacía doblemente horrible su sufrimiento.

Digno era de compasión.

Una hora tardó en llegar a la posada.

Apenas lo vió el posadero, exclamó:

—¡Jesús!... ¿Qué os sucede, señor Pablo? Estáis pálido como un difunto, y os tambaleáis y... ¡Dios bendito!... Tenéis sangre en las manos... ¿Pues y la ropa? Llena de lodo, destrozada...

—¡Ay!...

—Venid... En lance apurado debéis haberos visto... Y vuestra espada...

—Ayudadme.

—Como es mi obligación.

—Y corred en busca de un cirujano.

—Me parece que bien lo necesitáis.

—¡Horribles dolores!... No me toquéis este brazo... Lo tengo roto... Y también una pierna, y la cintura...

—¿Pero quién os ha puesto así?

—Mi desdicha... ¡Vive el cielo!...

—Os han apaleado...

—No, no.

—Entonces...

—Una caída.

—Buena ha sido.

—Milagro que he salido con vida.

Mientras así hablaban, subieron.

Entraron en el aposento del hidalgo, que se dejó caer en el lecho.

—Voy en busca del cirujano.

—Y volved pronto, porque tenéis que darme cuenta de vuestra conducta.

—¿Qué queja tenéis de mí?

—Me habéis engañado.

—No, y mil veces no.

—Me dijísteis que esos dos miserables dormían...

—¿De quién habláis?

—¡Ah!... Ese hidalgo... Y el capitán Pero León...

—Después se levantaron y salieron.

—¡Traidores!...

—¿Los habéis visto?

—Les ha faltado el valor para ponerse frente a mí...

Me han tendido un lazo y... A Dios gracias conservo la vida, me curaré y pagarán con creces su ruindad... ¡Cobardes!

—Cuidado, que si vuelven y el capitán os oye...

—¿Qué me importa?

—Os matarían.

—Buen Lucas, id en busca del cirujano, porque ya las fuerzas me faltan... ¡Ay, ay!

El posadero salió.

Media hora después el cirujano declaraba que el señor Cornejo tenía el brazo derecho roto y desconcertado el pie izquierdo, amén de un centenar de contusiones.

Entre tanto Luis y el capitán entraban y el primero le preguntaba a maese Lucas:

—¿Cómo se encuentra el pobre señor Cornejo?

—Mal, muy mal.

—¿Y qué ha dicho?

—Que sois unos traidores, y que se las pagaréis.

—Debemos dejarle el triste consuelo de decir cuanto se le antoje.

—Da lástima verlo...

—No tiene derecho a quejarse, porque lealmente le advertimos lo que había de sucederle.

—Pues si lo sabía...

—Se mete en intrigas peligrosas y debe sufrir las consecuencias.

—¿Qué tenéis que mandar?

—Al amanecer ensillaréis nuestros caballos, nos despertaréis y nos dareis el almuerzo.

—¿Y si el señor Pablo me pregunta por vosotros?

—Le diréis que aquí estamos y que nos avise si desea vernos.

—Así lo haré.

Pocos minutos después nuestros dos amigos dormían con la más perfecta tranquilidad.

En cambio el pobre Cornejo sufría horriblemente.

Pasaron las horas de aquella noche y apenas el alba sonreía, el posadero despertó a Luis y al capitán, sirviéndoles el almuerzo.

Media hora después nuestros dos amigos cabalgaban y partían tomando el camino de Madrid.

El capitán iba muy alegre, porque se había divertido mucho la noche anterior viendo cómo su amigo se rompía los huesos y pedía socorro, sin que nadie acudiese.

En Burgos quedaban muy contentos también el posadero y "Cucaracha", porque habían sido recompensados muy largamente por Luis.

Y nosotros nos trasladaremos también a la corte sin detenernos en el camino, donde nada de particular debía suceder.

Capítulo XCIII

GINES DESAPARECE Y CAMBIA LA SITUACION ENTRE INES Y LUIS

APENAS se encontró en Madrid el antiguo paje y habló con sus amigos, fué el alcázar real, conferenciando reservada y detenidamente con el monarca.

Dos horas después el mismo alcalde a quien ya hemos visto en otras ocasiones, seguido por seis alguaciles, se presentó en la morada de la princesa de Eboli.

Acudieron presurosos los pocos criados que en la casa había, y muy respetuosamente preguntaron al severo juez qué era lo que deseaba.

—No veo entre vosotros a la persona a quien busco — respondió el alcalde.

—Si vuestra señoría tiene la bondad de darnos más explicaciones...

—¿Dónde está Ginés?

Los sirvientes se miraron unos a otros.

—Señor alcalde — respondió la doncella, — en gran apuro nos vemos para contestar a vuestra señoría.

—¿Y por qué?

—Anteayer por la tarde salió Ginés sin decir una palabra, y pasó la noche sin que volviese, y el día de ayer pasó, también, hoy dando lugar a que estemos con muchísimo cuidado, pues tememos que le haya sobrevenido alguna desgracia.

El buen alcalde arrugó el entrecejo.

—Esa es la verdad — respondieron todos los criados.

—Pero una de esas verdades que no lo parecen — replicó el severo juez.

—Señor...

—Cuidado, mucho cuidado, porque la mentira puede costaros muy caro.

—¿Y por qué habíamos de mentir?

—Os advierto que voy a registrar la casa hasta el último rincón.

—Bien puede hacerlo vuestra señoría, porque autoridad tiene para eso y para mucho más.

—Ya lo sé, y como mucho más puedo, si a mi disposición no queda Ginés ahora mismo, iréis todos a la cárcel, y estaréis incomunicados, y sufriréis el tormento...

—¡Dios bendito!...

—Y así diréis lo que ahora calláis.

—Pero...

—Una cuña, dos, tres, el potro... Cuanto sea necesario.

—¿Y qué hemos de decir si nada sabemos?

—Basta...

El alcalde dispuso que las puertas fuesen guardadas por dos de los alguaciles, y con los otros cuatro empezó a registrar la casa.

El trabajo era completamente inútil, pues efectivamente Ginés había desaparecido apenas recibió la carta del señor Pablo Cornejo.

Inés estaba tranquila, porque contaba con la protección de Luis; pero los demás criados temblaban.

El alcalde dudó en cuanto a la determinación que debía tomar, y al fin dispuso que quedasen allí dos corchetes con orden de no dejar salir a ninguno de los criados y apoderarse de Ginés, caso que se presentase.

Esto no lo había previsto Luis, y cuando lo supo comprendió que se le había anticipado Cornejo, lo cual probaba que era previsor y bastante astuto.

De la inocencia de los sirvientes no podía dudarse, y aquel mismo día quedaron en completa libertad.

Entonces Luis fué a ver a la doncella.

—Ah! — exclamó ésta apenas vió al mancebo. — Mucho me alegro verte, porque te amo; pero además...

—¿Qué temes?

—Nada mientras tú me protejas; pero no quiero seguir pasando esta vida. Ya nada tengo que hacer en esta casa, ningún servicio puedo prestar, ni puedo favorecer en ningún sentido a tu antigua señora ni al señor marqués.

—Todo eso estaría muy bien dicho si fuese exacto.

—Ha faltado muy poco para que me lleven a la cárcel.

—Amenazas que no serán cumplidas.

—Luis...

—Mi querida Inés, todo se ha hecho de acuerdo conmigo.

—¿Y qué me importa si no tengo un instante de sosiego? Ha llegado el día en que ha de verse si tu amor es una verdad.

—Sobre ese punto hablaremos, y nuestra situación quedará tan clara, que no dé lugar a dudas.

—Tú eres un personaje, yo una pobre criada...

—Escúchame, Inés; respóndome y luego te convenceré de que has hecho tu fortuna y vas a ser la criatura más feliz.

—Dios lo quiera.

—¿Desde cuándo no has visto al bribón de Ginés?

—Al alcalde le hemos dicho la verdad.

—¿No vino nadie a buscarle anteayer?

—Sí, un hombre con la ropa cubierta de polvo y que parecía muy fatigado.

—¿Quién era?

—Lo ignoro.

—¿Qué observaste?

—No sé más sino que le dijo que traía una carta.

—¿Y de dónde venía?

—También lo ignoro.

—¿Y cómo se arregló Ginés para leer la carta?...

—Salió inmediatamente, y supuse que iba a buscar quien leyese la carta, porque no se fiaría de Antonio, que pudo hacerlo.

—¿Y después?

—No lo hemos visto.

—Lo adivino todo.

—¿Y sabes dónde está Ginés?

—Oculto para que la justicia no lo atrape.

—¿Pero qué sucede ahora?

—Que la princesa quiere salir del convento.

—Eso ya lo sé.

—Y no renuncia a vengarse, es decir, que hará cuanto le sea posible para que yo pague con la vida los disgustos que le he dado, y como también odia a mi señora y al marqués...

—Me haces temblar.

—La situación es grave, y como doña Ana no desconfía de ti, puedes prestarnos grandes servicios.

—Comprendo.

—La princesa tiene un nuevo auxiliar buscado por Ginés, un desalmado como el señor Antonio de Mena.

—¿Se llama Cornejo?

—Sí.

—Dos veces vino ese hombre a buscar a Ginés, y hablaron largamente; pero me fué imposible escuchar la conversación.

—¿Reconocerás al señor Pablo Cornejo cuando le veas?

—Aunque se disfrace — respondió sin vacilar.

—Basta de farsas, de engaños y mentiras, y voy a cumplir mi deber, siendo leal contigo — dijo Luis, cuyo semblante cambió de expresión.

—¿Por qué te pones tan serio? — preguntó la doncella.

—Porque voy a ocuparme de tu suerte.

—Si me amas...

—Soy tu mejor amigo, y lo seré.

—¡Luis!...

—Y tu protector más decidido...

—¡Ah!... — exclamó Inés cuyas mejillas palidecieron.

Y fijó en Luis una mirada profunda y que revelaba lo mismo la ansiedad que el temor.

—Eres digna de ser amada por mí y por quien valga más que yo; pero por más que lo merezcas, si no sucede...

—No — interrumpió la doncella, — no me amas, no me has amado. no has de amarme... ¡Pobre corazón mío!...

Y dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

—Inés, voy a decirte la verdad y tienes la obligación de hacer lo mismo.

—Me aturdes...

—Tú tampoco te has enamorado de mí.

—Juro que...

—Sí, jura que necesitas y quieres un marido honrado y que tenga medios para vivir con decoro. Esta es la verdad, y si en vez de casarte conmigo te casas con otro cualquiera que tenga las condiciones deseadas, serás la mujer más feliz, y tu marido será también dichoso, y un día llegará en que os améis. No te tomes la molestia de mentir puesto que la situación ha de quedar lo mismo.

Muy turbada se sintió la doncella.

Guardó silencio por algunos minutos, y convencida al fin de que la farsa era inútil, se limpió los ojos, volvió a sonreír y dijo:

—No te has equivocado.

—Bien, Inés, muy bien.

—¿Quieres más franqueza?

—No te pesará.

—Prosigue.

—Cualquiera que sea el hombre con quien te cases, os protejeré y puedes contar desde luego con que seréis ricos.

—Ningún hombre puede agradarme como tú; pero... En fin, tendré paciencia... ¡Pobre de mí!... Se desvanecen mis ilusiones y a nadie puedo culpar. He ambicionado mucho, muchísimo, y ahora...

—Has conseguido bastante.

—No hablemos más de este asunto, mi querido Luis. Nuestra situación ha cambiado; tú eres el gran señor y yo la infeliz que se pone bajo tu protección y todo lo espera de tu generosidad.

—¿Te pesa?

—No.

—Entonces...

—Aun puedo estar orgullosa, porque me ha galanteado el hombre cuyo corazón ha de ser codiciado por damas tan nobles como ricas.

—Tienes buen corazón y mucha inteligencia, y por consiguiente...

—Dispón de mí a tu antojo.

—Gracias, bella Inés.

—¿Aun te parezco bonita? — preguntó la doncella, haciendo un gesto encantador.

—Y mucho.

—Pues estoy satisfecha.

—Algún día conocerás las razones que tengo para no ser tu marido, y te convencerás de que no soy ruin hasta el punto de despreciarte por la humildad de tu cuna.

—Tú estás enamorado — repuso la sirviente mientras fijaba una mirada penetrante en Luis.

—¡Yo enamorado!...

—Y por eso no te casas conmigo.

—¡Ah!...

—Esa es la razón, el motivo... ¡Dios te haga feliz! Segura estoy de que será acertada tu elección; la mujer a quien amas debe ser un ángel y tener mucho talento; pero en cuanto a fuego en el alma... ¡Oh!... No, no podrá competir conmigo. Yo no te convengo, Luis, no ten convengo, porque en fuerza de amarte...

Se interrumpió la doncella. Su semblante cambió de expresión.

Flamearon sus ojos.

Entreabriéronse sus labios, que en aquellos momentos eran tentadores como Satanás.

Comprendió el mancebo todo lo peligroso que era continuar aquella conversación, pues la belleza de Inés era entonces seductora, tenía un encanto irresistible.

Lo que no había hecho la pasión, lo hizo el amor propio, la venidad herida.

Bien puede decirse que en un solo instante la sirviente se había transformado y tenía el atractivo de la mujer delicada y más sublime.

Luis se puso en pie.

—¿Te vas? — dijo ella acercándose al mancebo.

—Me esperan.

—¿Y qué he de hacer ahora?

—No es menester que yo te dé instrucciones, puesto que conoces la situación

—Bien.

—Adiós, Inés...

—Vaya con Dios el muy noble hidalgo — dijo tristemente la doncella.

Estrechó Luis la diestra convulsa y ardorosa de la doncella y salió, diciendo para sí:

—¡Vive el cielo!... Es encantadora; pero... Carne, no más que carne.

Y mientras se alejaba hacia la Puerta del Sol exclamaba:

—¡Ana mía!

Capítulo XCIV

GINES SE AGITA INUTILMENTE

OCHO días pasaron.

Ginés había esperado al señor Cornejo, y éste no se presentaba.

¿Qué había sucedido?

El criminal caviló y calculó, dudando si debía ir a Burgos, pero no lo hizo, porque dudaba si podría hablar con su señora.

Sin embargo tenía necesidad de poner en claro la situación, y al fin salió de la corte, pues ya que otra cosa no consiguiese, esperaba adquirir noticias del señor Pablo.

Con toda felicidad llegó a Burgos y a la posada que ya conocemos, diciéndole al huésped:

—Aquí habéis tenido a un hidalgo que se llama Pablo Cornejo.

—Es verdad.

—Soy su amigo y necesito noticias suyas.

El posadero miró con desconfianza a Ginés, y para no comprometerse, respondió:

—Poco puedo deciros.

—Poco es algo.

—Pues bien: el señor Pablo Cornejo no me ha dado ningún motivo de queja; pero al fin se trata de una persona...

—¡Vive Dios! — interrumpió Ginés, fijando una mirada terrible en el posadero. — Sabed que soy hombre de poquísima paciencia.

—Pero...

—Os he preguntado, y es preciso que me contestéis con claridad.

—Os he dicho que en mi casa se presentó ese buen hijodalgo y...

—¿Cuando se fué?

—No se ha ido.

—¡Rayos de Satanás! Por ahí debiérais haber empezado.

—Yo no sabía que lo buscábais.

—¿Dónde está?

—En su habitación.

—¿Cuál es?

—Os advierto...

—No necesito advertencias.

—Es que...

—¡Truenos!

—El señor Pablo Cornejo tiene un brazo roto

—¡Oh!...

—Y un pie desconcertado...

—¡Tripas de Lucifer!

—Y magullado todo el cuerpo, y...

—¿Pues qué le ha sucedido?

—Salió anoche y volvió que daba lástima mirarlo.

—Quiero verlo ahora mismo.

—Venid.

Subieron, y mientras avanzaban por el corredor Ginés decía como si hablase para sí.

—Todo esto debe ser obra del maldecido paje, y del capitán y...

—Cuidado — interrumpió el huésped

—¿Qué queréis decir?

—Que supongo que habláis del señor Pero León.

—Sí.

—Y como es un hombre peligroso...

—¿También lo conocéis?

—Aquí estuvo.

—Sí, en compañía de un mancebo.

—Que debe ser muy rico.

—Sin duda lo sabéis porque os ha sobornado, y tal vez es vuestra una parte de culpa...

—No, no.

—Os digo que sí.

—Buen hombre, mi conciencia está tranquila y el señor Cornejo os dirá...

—Basta, que si algo debéis, no os quedareis sin pagarlo.

Y esto diciendo, Ginés entró en el aposento del hidalgo.

No quedó tranquilo el huésped.

Aquellas intrigas llenaban sus bolsillos de oro; pero eran peligrosas.

El aspecto de Ginés, como ya sabemos, no era para inspirar confianza.

Una exclamación de sorpresa y de alegría exhaló el señor Cornejo al ver a su amigo.

—¿No me esperabas? — preguntó éste

—No.

—¡Truenos y rayos!... ¿Qué haces en esa cama?... ¡Vive Dios! Tienes cara de difunto.

—¡Oh!...

—Se han burlado de tí, ¿no es verdad?

—El paje, el condenado paje.

—Te lo advertí; pero sin duda has creído que yo exageraba. ¿Acaso ignoras que se burlaron de mí también? Y no soy torpe, ya lo sabes... Rayos! Cuando en aquella ocasión cortaron las cinchas y quedé magullado...

—Y yo con un brazo roto... ¡Ah!... Estoy completamente inútil para muchos días.

—Así se aprende, amigo Pablo, así se aprende.

—Todo me parece poco para vengarme.

—Si se nos presenta la ocasión, porque ya empiezo a dudar...

—No dudes, porque nada harás de provecho.

—¡Rayos!... Me parece que concluiremos bailando en la horca.

—Tengo mi plan, y...

—Ante todo, cuéntame lo que ha sucedido.

—¿Recibiste mi carta?

—Sí.

—¿Y te has ocultado?

—No perdí un instante y te agradezco mucho el aviso, pues apenas llegó el paje a Madrid, fué la justicia a buscarme.

—Pues bien: yo no puedo ocultar que sirvo a la princesa, porque nuestros enemigos lo averiguaron inmediatamente. El paje me convidó a comer, adivinó mis pensamientos y me ofreció su amistad, y como no acepté, aquella misma noche se divirtieron quitando la escala de que yo me había servido para entrar en la huerta del monasterio, y se burlaron de mí mientras yo me desesperaba...

—Y luego te apaleó el capitán.

—Me dejaron, y como me era preciso salir, subí a la tápia como mejor pude, y al bajar caí, rompiéndome un brazo, y un pie, y todo el cuerpo...

—Así Pero León no tuvo que tomarse la molestia de sacar la espada.

—¿Y por qué los miserables no respondieron a mis provocaciones?

—¿Creías que habían de batirse contigo?

—Debieron hacerlo, puesto que siendo yo hidalgo...

—Como si fueres el verdugo.

—¡Vive Dios! Han de pagármela o yo dejaré de ser quien soy.

—Yo también vivo con esa esperanza.

—Creo que mañana podré dejar el lecho; pero no iré a ver a la princesa, pues con el brazo inútil...

—¿No sabe nuestra señora lo que ha sucedido?

—Cree que estoy en Madrid, buscando la ocasión de aniquilar para siempre al paje.

—Perdemos un tiempo precioso.

—Ginés, tú podrás ir esta noche al monasterio.

—Iré.

—Y le dirás a doña Ana lo que ha sucedido, porque como no recibe ninguna noticia, habrá empezado a impacientarse.

—En cuanto a mí, ya sabe que no tiene que temer ninguna traición.

—Sin embargo...

—Aunque no me pagase, yo la serviría con lealtad, pues desde que se burló de mí el escudero del marqués, esta cuestión la hice mía y

or amor propio, por mi propia honra, he de er enemigo de los enemigos de doña Ana.

—Pues bien: ya que defendemos nuestra ropia causa...

—Haremos cuanto nos sea posible hasta vener o morir.

Cornejo dijo a Ginés lo que tenía que hacer para hablar con la princesa.

Contaba con el auxilio de "Cucaracha," que onocía el sitio por donde era fácil escalar el muro.

Cuando terminaron la conversación, el hidalgo llamó al posadero y le dijo:

—Pondréis aquí otra cama para mi amigo Ginés.

—Así se hará.

—Y ahora mismo iréis a llamar a "Cucaracha".

—Hace tres o cuatro días que no lo veo.

—Buscadlo.

—Seréis obedecido inmediatamente.

Y el posadero salió, volviendo al cabo de media hora para decir:

—"Cucaracha" no está en Busgos.

—¡Que no está en Burgos!

—He podido averiguar que se fué a Madrid.

—¡Otro traidor!

—¿Mandáis algo más?

—Dadme la comida — dijo Ginés.

La desaparición de "Cucaracha" no podía ser un obstáculo, era simplemente una contrariedad.

Ginés comió, salió, fué al monasterio de las Huelgas y examinó la tapia palmo a palmo hasta encontrar el sitio por donde era muy fácil escalarla.

Ya no necesitaba el auxilio de nadie para ver a la princesa.

Volvióse a la posada.

Siguió hablando con su amigo, y así llegó la noche. Otra escala tenía, y a las once y media se encaminó al monasterio

No dudó, ni vaciló.

Nadie le observaba

Pocos minutos después se encontraba en la huerta.

Dieron las doce.

Brillaba la luz en la celda de doña Ana.

—Me espera — murmuró el bandido.

Avanzó, tosió y muy pronto encontró la escala que ya había colocado su señora.

Trepó no menos agilmente que Cornejo, y dijo al asirse de la reja:

—Aquí me tenéis, siempre leal y decidido.

—¡Ah!

—No debíais esperarme.

—¡Ginés!

—Una desgracia más o menos no importa.

—¿Qué te ha sucedido? ¿Y Cornejo? Sin duda nos ha hecho traición.

—No, señora.

—Entonces...

—Está enfermo, tiene roto un brazo y desconcertado un pie, y todo su cuerpo estropeado, de manera que no ha podido moverse de Burgos.

—¡Aún está aquí!

—La última noche que vino a veros, lo acecharon nuestros enemigos, le quitaron la escala de la tapia, cayó y...

—¡Oh!

—Y entretanto a mí me buscaba la justicia, invadiendo vuestra casa, y gracias al aviso del señor Cornejo he podido librarme.

—¡Siempre derrotados! — exclamó la princesa con acento de desesperación.

—Pero aún no ha terminado la lucha y ¡vive el cielo!...

—Ginés, es preciso que el paje muera... Gasta el dinero sin consideración, paga a los que te ayuden...

—Si eso fuese bastante...

—Es preciso, es preciso.

—Yo lo deseo tanto como vos.

—Vuelve a Madrid.

—Mañana mismo.

—No te ocupes de nada más que del paje, solamente de él, y observas y como es imprudente...

—Entiendo...

—Debe salir esta noche.

—A todas horas, eso ya lo sé.

—Pues si un hombre no basta, diez, veinte, ciento pueden acechar, y como una puñalada es bastante...

—Eso lo hemos intentado muchas veces.

—Quieres decir que no nos queda ningún recurso...

—Muchos, señora...

—Si yo pudiese hacer lo que vosotros...

—Perdonad; pero olvidáis que en lo que a vos os tocaba os ha sucedido lo mismo, y burlada habéis quedado también.

—Cuanto poseo te daré si consigues acabar con la vida del paje.

—No necesito que me ofrezcáis nada.

—No dejes de cavilar, y no descanses...

—Pensad si tenéis que darme alguna orden.

—Puesto que Cornejo es leal...

—A toda prueba

—Recuérdale que estoy decidida a recompensarlo con tanta largueza que a él mismo le parezca demasiado.

—No podrá venir a veros, pues como el brazo lo tiene por ahora inútil...

—Que se vuelva a Madrid cuanto antes.

—Allí podrá servirme de mucho, porque su ingenio alcanza más que el mío.

—A pesar de su astucia y de toda su cautela se han burlado de él.

—No hay deuda que no se pague.

—Adiós, buen Ginés.

—Señora...

—Ya sabes que aunque no estés en mi casa, tendrás a tu disposición cuanto dinero necesites.

No hablaron más.

Felizmente descendió Ginés, atravesó la huerta y encontró la escala donde la había dejado.

Media hora después entraba en la posada y conferenciaba con el señor Pablo Cornejo.

Al amanecer salió de Burgos, tomando el camino de Madrid.

Capítulo XCV

NUEVO PLAN

DEBEMOS decir cómo vivían nuestros amigos mientras acababa de resolverse la situación y hasta que Luis y el marqués tuvieron licencia para casarse.

A su casa había vuelto doña María de Mendoza con su hija y Blanca, sin que ya don Diego se atreviera a manifestar enojo ni rencor, pues se había convencido de que para satisfacer su deseo de venganza no había de encontrar apoyo en el rey, sino todo lo contrario.

El marqués de Poza se había instalado en la casa ocupada en otro tiempo por el noble comendador, y que ya era suya como heredero del barón. Con el marqués estaba su escudero Juan.

Luis, Pero León y Santiago se habían vuelto a la hostería de maese Mancioni, y éste ya se consideraba feliz porque ganaba mucho sin tener que arrostrar ningún peligro. Además estaba orgullosa por tener en su casa a persona tan distinguida como el célebre diablo.

Muchas veces al día se reunían nuestros amigos, y tenían adoptadas todas las precauciones imaginables para prestarse auxilio en ciertos casos, puesto que sabían perfectamente que la princesa y sus cómplices no descansaban un instante y contaban con medios para cometer toda clase de abusos. En todo obraban de común acuerdo, y siempre el antiguo paje representaba el principal papel, la inteligencia, y los demás no eran realmente más que sus instrumentos o sus auxiliares.

De muy buena gana hubieran abreviado el plazo para realizar su dicha; pero no pensaba lo mismo el rey, y aun parecía que se olvidaba de semejante asunto, ocupándose exclusivamente de su antiguo ministro, que se había refugiado en Aragón, produciendo allí el grave conflicto cuyas tristísimas consecuencias conocen todos.

Ginés, teniendo que ocultarse y sin la ayuda de Cornejo, nada era posible que hiciese, y esto lo sabía muy bien el antiguo paje; pero apenas recobrara la salud el señor Pablo, la lucha se renovaría con más encarnizamiento que nunca.

Así pasaban los días, y doña Ana de Mendoza, para quien eran siglos los minutos, perdía la paciencia.

No podía saber cómo se encontraba Cornejo, y de Ginés no tenía noticia alguna.

Siempre que la ocasión le era favorable, la ilustre viuda se ocupaba en limar los hierros de la reja, y en esto consistía su distracción más agradable.

Por fin el hidalgo dejó el lecho. Tenía curado el pie, y aunque en vías de curación el brazo, no le servía para nada, porque lo llevaba en cabestrillo.

Dudó si volverse inmediatamente a Madrid o quedarse en Burgos hasta que pudiese hablar con doña Ana. Por de pronto nada tenía que hacer en la corte, y queriendo de alguna manera aprovechar el tiempo en Burgos, escribió a Ginés para que fuese a verlo.

El bandido obedeció inmediatamente, y otra vez Lucas tuvo el disgusto de ver al desorejado escudero.

—Aquí me tienes — dijo éste al presentarse a su amigo.

—Me aburro, Ginés — respondió el señor Pablo.

—Pero ya estás bueno, y por consiguiente...

—¡Vive Dios!... Mientras me falte el brazo derecho, poco me importa lo demás. ¿Qué puedo hacer ahora? Ni siquiera ver a doña Ana, y para que en esto me ayudes es para lo que te llamo. Tengo necesidad de volver a Madrid para entenderme con algunos amigos y sin embargo...

—Paciencia.

—Sobrada he tenido

..—¡Mil rayos!... El tiempo se pierde, cada día sufrimos un descalabro, y así, de esperanza en esperanza... ¡Truenos!... No acierto a explicarme; pero tú debes entenderme. El negocio va muy mal, y mientras no se nos presente la ocasión de dar una puñalada al maldito paje, estaremos lo mismo, que es estar peor.

—En cuanto a dar la puñalada...

—No podemos.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razón de que el paje es mucho más listo que nosotros. Aun tienes el brazo inútil y no debes haberte olvidado de la burla de la otra noche.

—Calla, Ginés, calla, no me recuerdes eso...

—¿Acaso es posible que lo olvides?

—¡Oh! — murmuró sordamente el señor Cornejo.

Y su frente se contrajo, y su mirada se tornó sombría.

—En fin, aquí me tienes. ¿Para qué me has hecho venir?

—Con el brazo inútil, no puedo ir a ver a nuestra señora.

—¿Y yo he de hacerlo?

—Sí, porque conviene que sepa cómo me encuentro, y si algo tiene que mandar...

—Entendido.

—Iremos esta noche. Tú entrarás y yo te aguardaré.

—No necesito tu compañía.

—Me parece que no está de más, porque si alguien nos observa...

—¿Aún tienes miedo de que se nos presente el paje?

—Sí, lo digo con franqueza.

—En Madrid se ha quedado.

—Ya tuve la prueba de que cuando duerme es más temible que cuando está despierto, y de esto deduzco que cuando está lejos debe temérsele más que estando cerca.

—Bien pensado.

—De todas maneras, nada tengo que hacer.

Así continuaron la conversación.

Eran inútiles las precauciones que adoptaban, puesto que Luis no se había movido de la corte, ni sabía dónde se encontraba Ginés.

La noche llegó, y poco después de las once salieron de la posada.

Hablando tranquilamente llegaron al monasterio.

A nadie encontraron.

Cerca de las doce eran cuando Ginés escaló la tapia.

Atravesó la huerta.

Algunos rayos de luz se escapaban por las ventanas de la celda de la viuda.

Esta esperaba todas las noches y cada vez con mayor impaciencia.

Había trazado un plan digno de su alma diabólica. y tenía necesidad de entenderse con sus cómplices.

Las doce dieron.

Ginés buscó y encontró la escala que había dejado caer su señora, y trepando llegó a la reja.

Con más luz hubiera podido verse pálido y contraído el rostro de la ilustre viuda.

Borrasca espantosa agitaba su espíritu.

—¡Por fin! — exclamó al ver a Ginés.

—Señora.

—¿Qué tienes que decirme?

—Poco, muy poco.

—¡Oh!...

—Me aburro, me desespero, o para decirlo mejor, nos desesperamos.

—¿Y Cornejo?

—Se ha quedado al pie de la tapia, vigilando por lo que pueda suceder.

—¿Ya está bueno?

—Sí, pero con el brazo inútil todavía, y por esta razón no ha podido tener el honor de hablaros.

—¿Para qué has venido a Burgos?

—Porque el señor Pablo lo ha dispuesto así, y aquí me tenéis, esperando vuestras órdenes.

—Ante todo, dime cómo se encuentran nuestros enemigos.

—Doña Blanca vive con doña María de Mendoza.

—¿Y el marqués?

—Con su escudaro Juan, a quien Lucifer confunda, habita la casa que fué del comendador Maldonado.

—¿Y el paje?

—En la hostería de Mancioni, con el maldecido capitán y el bribón de Santiago.

—¿Qué hacen?

—Van y vienen, esperan como nosotros y...

—Se acerca la hora.

—¿Habéis trazado algún plan?

—Sí.

—Me alegro, porque ya tengo gana de quo este enredo concluya. ¡Vive el cielo! Si hubiésemos de continuar así, preferiría que me matasen.

—Ahora no puedo darte muchas explicaciones.

—Dadme órdenes, y no necesito más.

—Mañana mismo saldrás de Burgos, y a toda prisa volverás a Madrid.

—Si conviene, partiré ahora mismo.

—No es menester.

—¿Qué he de hacer en la corte?

—Te llevarás una carta que es preciso llegue a manos del paje, haciéndole creer que el mensajero va desde esta población.

—Entiendo.

—Los detalles los dejo al ingenio y astucia del señor Pablo.

—¿Y qué más?

—Si conseguimos que el paje crea que la carta se la envía la abadesa, se pondrá en camino sin otra compañía que la de Pero León, según costumbre.

—Me parece que adivino lo demás.

—¿Qué crees que me propongo?

—Sabiendo cuándo el paje y el señor Pero León emprenden el viaje, podremos esperar en el camino, y acometiendo de repente...

—Ese es uno de los medios.

—¿Y el otro?

—Pueden sucumbir en estos alrededores, y aunque sea en medio del día.

—Me ocurre otra idea... ¡Por Satanás!... Perdonadme... Habéis despertado mi entendimiento... ¿Por qué no hemos de matar al señor Luis en su propia vivienda? Con ingenio y valor, no es imposible...

—Primero en el camino, después aquí, luego en su habitación.

—Morirá, morirá.

—¡Ah!...

—No lo dudéis.

—Tanta dicha me parece imposible.

—Si logra salvarse en el camino y aquí, no ha de suceder lo mismo después, y entre tanto vos...

—Poco falta para que queden limados estos hierros.

—¡Rayos!

—Cornejo dispondrá cómo ha de hacerse todo esto...

—Es ingenioso, ya lo sabéis.

—La carta no ha de llegar a manos del paje, sino después que tengáis hechos todos los preparativos.

—¿Ha de quedarse en Burgos el señor Pablo?

—Sí.

—Pues no necesito por ahora más explicaciones.

—Pues vete, vete, y ten entendido, que si ahora también se desvanecen nuestras esperanzas, buscaré quien me sirva con más acierto o con más fortuna.

Una imprecación horrible fué la contestación de Ginés, que sin detenerse, descendió y volvió hacia la tapia.

Diez minutos después se encontraba al lado de Cornejo.

—¿Hay novedad? — preguntó éste.

—Que el negocio va a concluir.

—Explícate.

—Primeramente en el camino, luego aquí, después en su posada, y de las tres veces, alguna ha de caer.

—No entiendo una palabra de lo que dices.

—Y si no andamos listos, la princesa nos volverá la espalda y no nos quedará más recurso qeu ahorcarnos como Judas.

—Si quieres explícate más claramente.

—¡Tripas de Lucifer! Si las cosas pudieran hacerse dos veces, no sería el hijo de mi madre

quien serviría a doña Ana de Mendoza.

—Pues lo que es por mi parte, te aseguro...

—Ya es tarde, amigo Pablo.

—Sí, porque si ahora fuésemos a ofrecer nuestros servicios al endiablado paje, se reiría de nosotros.

—Y haría muy bien.

—En fin, sepamos lo que te ha dicho la princesa — replicó el señor Cornejo.

Iba a contestar Ginés; pero se detuvo, apretó los puños y exclamó desesperadamente:

—¡Cien mil legiones de condenados!

—¿Qué te pasa? — le preguntó Cornejo con tono de extrañeza. — Yo aseguro por quien soy, que empiezo a creer firmemente que se te ha trastornado la cabeza, o estoy soñando.

—¡Me he venido sin la carta!

—¡Sin la carta!

—Y ahora he de volver, y como no me espera, y no puedo llamarla, y... ¡Rayos y truenos!

Te has vuelto loco, Ginés, te has vuelto loco, ya no lo dudo.

—Perderemos un día...

—Pero...

—¡Fuego de Satanás!

—Me apuras la paciencia

—¡Vive Dios!... ¿Qué más he de decirte?

—¿Qué carta has olvidado?

—La que había de darme la princesa.

—Como nada me has dicho...

—Volvamos.

—Y en cuanto a lo demás del paje...

—Hablaremos después.

Habíanse alejado ya buena distancia del monasterio y les fué preciso retroceder.

Otra vez escaló el bandido la tapia y atravesó presurosamente la huerta.

Ni el más débil rayo de luz se escapaba ya por ninguna ventana del monasterio.

Ginés tosió varias veces y aun se atrevió a silbar a riesgo de ser oído; pero inútilmente.

El silencio que reinaba era profundo y absoluta la calma.

Largo rato pasó y al fin tuvo que convencerse de que nada conseguiría.

Volvió a salir, reuniéndose con su amigo y dándole entonces las explicaciones que éste deseaba.

Habían perdido veinticuatro horas, que en su situación eran un tesoro; mal que les pesase tuvieron que aguardar y a la noche siguiente Ginés volvió al monasterio.

La princesa, aunque no tenía para qué, esperaba.

—Señora — le dijo su escudero, — la culpa no es del todo mía.

—Ya lo sé.

—Como estoy tan desesperado...

—Toma, buen Ginés — dijo la dama, dando un papel al bandido.

Era la carta que debía ser entregada a Luis.

No conocía éste la letra de la superiora del monasterio, y, por consiguiente, era muy fácil que cayese en el lazo.

Poco hablaron aquella noche la dama y Ginés.

El señor Pablo Cornejo había combinado el plan con todos sus detalles.

A la mañana siguiente, partió el bandido.

Bien pronto, a todas horas y en todas partes, amenazaría la muerte a Luis.

Capítulo XCVI

SE DESCUBRE LA TRAMA

LAS once de la mañana acababan de dar.

Luis y Pero León se encontraban en la hostería y en la habitación que ya conocemos.

El primero se paseaba y parecía muy preocupado.

El segundo bostezaba, estiraba los brazos y las piernas, y de vez en cuando decía:

—Me aburro.

La puerta se abrió, presentándose maese Mancioni con un papel en la diestra.

—¿Venís a preguntarnos si queremos comer? — le dijo el capitán.

—No, porque aun es temprano — respondió el hostelero, — y sobre todo porque cuando tenéis apetito sabéis pedir sin esperar a que os ofrezcan.

—Señor Macarroni, sois un desvergonzado.

—Vuestro más humilde servidor.

—¡Truenos!... Si se me sube la sangre a la cabeza.

—No os ofendéis, porque no he querido faltaros al respeto, y además...

—¿Para qué habéis venido?

—Señor Luis — dijo maese Mancioni dirigiéndose al paje. — Acaba de llegar un jinete muy empolvado y muy fatigado.

—¿Y me busca? — preguntó Luis.

—Trae para vos una carta.

—¿De quién y de dónde?

—Viene de Burgos, y no sé más...

—¡De Burgos!...

—Me la entregó y se fué, porque necesitaba descanso.

Tomó el paje la carta.

Salió maese Mancioni.

—¿Quién me escribe? ¡Ah!... Es de la abadesa... ¿Qué ocurre?

Desdobló el papel.

Con gran habilidad estaba puesta la carta.

La princesa, en cuanto le había sido posible, había imitado la letra de la superiora, aunque esta circunstancia era la de menos interés en aquella ocasión, puesto que según ya hemos dicho, nunca el paje había visto cartas de la anciana.

—¿Qué sucede? — preguntó el capitán, poniéndose en pie. — ¿Tenemos que volver a Burgos? ¿Ha llegado ya el día en que yo me divierta en retorcer el pescuezo a doña Ana de Mendoza?... ¡Vive Dios!... Leed, que os escucho con la atención que el caso merece.

La carta no podía ser más lacónica, pues después de las fórmulas de costumbre, decía:

"Venid cuanto antes os sea posible, porque el caso es gravísimo y nada quiero determinar sin vuestro consejo.

"No os digo más, porque no es prudente fiar al papel ciertas cosas, y os suplico que guardéis la mayor reserva hasta para vuestros amigos, en cuanto os parezca bien".

—¿Y qué quiere decir eso? — preguntó el capitán.

—No lo entiendo.

—¡Vive Dios!

—Que el caso es grave.

—Y que seáis reservado... ¡Truenos!... Todo eso me huele mal, muy mal... ¿Y por qué no le escribe la abadesa a doña Blanca?

Luis volvió a leer, inclinó la cabeza y quedó pensativo.

Hacía suposiciones; pero no adivinaba.

¿Por qué había de ser tan reservado?

¿Acaso había motivo para desconfiar de doña Blanca ni del marqués?

Largo rato pasó sin que Luis pronunciase una palabra.

—Pues no lo entiendo — murmuró al fin.

—Pues yo me he quedado aturdido.

—De todas maneras resulta...

—Que debemos ir a Burgos, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues a caballo.

—Antes de hablar con mi señora y con el marqués.

—Si se hubiese aguardado el mensajero...

—Todo es raro.

—Y sospechoso, ¡vive Dios!

—¿Me tienden un lazo? — dijo Luis, que por costumbre y por necesidad desconfiaba de todo.

—Es posible; pero ¿qué adelantarían con haceros ir a Burgos?

—Si buscan una ocasión para asesinarme...

—¡Rayos y truenos!... Habéis acertado... Pero son muy torpes, porque la experiencia les ha probado ya que valen muy poco para luchar con vos. Vamos a Burgos, señor Luis, que si en el camino nos esperan, podremos divertirnos dando algunas cuchilladas.

—Venid.

Salieron de la hostería, y diez minutos después entraban en al vivienda de don Diego de Mendoza y eran recibidos por doña María y doña Blanca.

Se enteraron éstas de lo que sucedía.

La noble doncella tomó la carta, la leyó y exclamó:

—¡Dios misericordioso!... No irás a Burgos, Luis, no irás.

—¿Y por qué?

—Mira...

Levantóse Blanca, abrió una papelera y sacó dos cartas de la superiora, entregándolas al paje.

No necesitó éste más que mirar para comprenderlo todo.

Desplegó una sonrisa desdeñosa.

—Iré a Burgos — dijo.

—¡Luis!

Dejadme reflexionar, y si cambio de opinión lo sabréis esta noche.

—En nombre del amor que me tienes...

—Tranquilizáos.

Inútil fué que se esforzase la doncella, ni que doña María de Mendoza apelase a todos los razonamientos para hacer desistir al paje de su temerario propósito.

Este y el capitán volvieron a su posada.

¿Cometería Luis alguna locura que le costase la vida?

Capítulo XCVII

DONDE SE VERA QUE TODAVIA REPRESENTABA UN GRAN PAPEL LA CAPA DEL DIABLO

BLANCA no quedó tranquila, porque conocía demasiado bien a su antiguo paje y sabía que éste gozaba buscando los peligros y arrostrándolos por el solo placer de triunfar.

Ya hemos visto que así lo había hecho muchas veces y ni el cambio de situación ni nada era bastante para que Luis dejase de ser lo que siempre había sido.

Ninguna necesidad tenía de ir a Burgos, ni era menester que hiciese otra cosa que romper aquella carta y continuar observando hasta que llegase el día de dar el último golpe. Esto hubiese hecho cualquiera; pero él no hacía nunca lo mismo que los demás y comprendiéndolo así Blanca y queriendo evitar que aquella nueva locura costase la vida al mancebo, apeló a la influencia que sobre éste debía tener la hija de don Juan.

Ambas se molestaron inútilmente.

Aquella misma tarde habló Ana con Luis, le rogó, le suplicó, hizo cuanto es imaginable y al fin tuvo el disgusto de que su amante le dijese:

—Aun no he determinado nada; pero si debo ir a Burgos, iré, y no serás tú quien me lo estorbe, Ana mía, porque no es posible que tú quieras que en ninguna ocasión retroceda ante el peligro el hombre a quien amas.

—Pero buscas los peligros sin necesidad, luchar estérilmente, es una locura.

—¡Estérilmente...! Te equivocas.

—Luis, escucha...

—Me has dicho cuanto podías decirme sobre este asunto. Quiero de una vez quedar tranquilo y no podré estarlo mientras no se inutilice completamente a doña Ana de Mendoza. De esto también depende nuestra dicha, pues ya sabes que el rey me dijo: "uníos en hora buena, pero cuando la lucha haya terminado, porque antes no es prudente ni conveniente".

Ana no encontró respuesta para este razonamiento y además su amor propio se sentía halagado con la temeridad de su amante.

No quiso darse Blanca por vencida y acudió al rey para que éste prohibiera terminantemente al paje salir de la corte.

Escuchó Felipe II el relato, los razonamientos y las súplicas de la noble doncella; pero con su indiferencia glacial, contestó:

—No quiero que doña Ana de Mendoza salga del convento y bien sabéis que he facultado a Luis para que haga lo que mejor le parezca.

—Eso es verdad; pero...

—¿Cómo queréis que ahora ponga trabas a vuestro antiguo paje? Si tiene sobre sí una grave responsabilidad, claro es que hay que concederle el derecho de obrar a su antojo, pues de otra manera sucedería que cuando yo lo reconviniese por haber dejado escapar a la princesa, él me respondería que pudo evitarlo yendo a Burgos cuando recibió la carta y que no fué por habérselo yo prohibido.

—Señor...

—Nada puedo hacer — interrumpió el monarca, con tanta dulzura como frialdad.

—¡Ah...!

—O Luis es un hombre extraordinario, o no vale más que cualquiera. En el primer caso, descuidad, que ninguna desgracia ha de acontecerle; y en el segundo, poco se pierde si sucumbe, puesto que cualquiera lo sustituiría.

—No quiero que se salve Luis por lo que vale, sino porque lo amo, le debo mucho, más que la vida y...

—Eso no puede tomarlo en consideración el rey.

Ya no se atrevió Blanca a replicar.

Suspiró tristemente y volvió a su morada para llorar con sus amigas.

Y la noche cerró.

Y a las ocho y media, el capitán bostezaba y exclamaba:

—¡Por las barbas de mi abuelo...! Estoy desfallecido.

—Vamos a cenar — le dijo Luis.

—¡Maese Macarroni! — gritó Pero León, asomándose a la puerta. — La cena al instante... ¡Truenos...! Corred, si no queréis que me divierta en agujerear vuestra barriga.

—Voy al momento — respondió el italiano.

Así lo hizo y muy pronto nuestros dos amigos empezaban a cenar.

—Tengo sed — decía con frecuencia el capitán.

Y llenaba y vaciaba su vaso.

—Bebéis mucho — dijo el paje, — y luego...

—Dormiré mejor.

—Tal vez.

—¿Lo dudáis?

—Lo por venir no es seguro.

—Pues ya veréis cómo apenas me deje caer en la cama y cierre los ojos...

—¡La cama! — murmuró el paje con tono burlón.

—Eso he dicho.

—Bienaventurados los que pueden dormir a pierna suelta.

—Y por eso yo soy bienaventurado...

—Y feliz que se alimenta con ilusiones.

—Eso no, ¡vive el cielo!, que yo necesito magras.

—Pues comed.

—Y buen vino.

—Bebed, que es es puro y añejo.

—A vuestra salud.

—Y cuándo ya estéis harto, decídmelo y os probaré que os habéis alimentado con ilusiones.

—¡Rayos de Satanás! ¿No es esto un pichón?

—Sí.

—Pues mirad.

Y el señor Pero, en cuatro bocados, engulló se el ave, bebiendo luego y diciendo:

—Ya estoy harto.

—Pues bien decidle a maese Mancioni que tenga la bondad de subir.

—¡Que tenga la bondad...! ¡Vive Dios...! Ahora veréis.

El capitán se asomó otra vez a la puerta y gritó:

—¡Maese panzudo...! Pronto arriba.

El hostelero subió con cuanta prisa le permitió su obesidad.

—Aquí me tenéis — dijo.

—Ensillad nuestros caballos.

—¡Cien legiones!

—Y si alguien viene a buscarnos, diréis que hemos partido para Burgos.

Mancioni salió para obedecer.

—¿Qué os parece? — preguntó el paje a su amigo.

—¡Truenos!

—Habéis sido feliz con una ilusión que se ha desvanecido instantáneamente.

—¡Vive Dios!

—Creíais que íbais a dormir descuidada y tranquilamente en vuestra cama y tendréis que estar despierto y a caballo toda la noche.

—¡Oh!

—Si os desagrada el viaje...

—No, ¡por Satanás!

—Pues entonces...

—A caballo.

—Si nos espera Ginés en el camino...

—Quiéralo Dios.

—Preparad las manos, pues en caso de lucha tendremos que habérnoslas con doce o catorce hombres.

—Tanto mejor.

—La oscuridad de la noche los favorece para una emboscada.

—¡Vive el cielo! Sois un gran hombre.

No habló más el paje.

Sacó de un cofre su capa blanca y negra, que no se había puesto desde que no tenía necesidad de ocultarse.

Diez minutos después montaban a caballo y partían.

Las puertas de Madrid se abrían a todas horas para el paje.

No se había dejado ver la luna y por consiguiente no había más claridad que la muy débil de las estrellas.

Menester era el valor más temerario para que dos hombres, sin otra defensa que la espada, se aventurasen en los sitios donde sabían que positivamente los esperaban muchos asesinos.

Ni sombra de miedo experimentaban.

No aparentaban tranquilidad, sino que realmente estaban tranquilos.

Hablaban de su situación, de sus planes y de otros muchos asuntos y de vez en cuando escuchaban, pues mirar era completamente inútil, porque la mirada se perdía en las negras tinieblas.

No percibieron ruido alguno, como no fuese el del graznido de algún ave nocturna.

Dejaron que las cabalgaduras caminasen a su placer.

Así pasaron las horas.

De vez en cuando bostezaba el capitán.

—¿Ya tenéis hambre? — le preguntó el paje.

—Con el movimiento se abre el apetito.

—Al amanecer hemos de encontrar una posada.

—Y creo que es la misma donde Juan se burló de Ginés, cortando las cinchas del caballo.

—Sí.

—Pues yo renunciaría al almuerzo, con tal de tener la ocasión de encontrar a Ginés y cortarle la oreja que le queda.

—Todo es posible.

—Han tenido esta noche la mejor ocasión, porque si hubieran caído sobre nosotros...

—Vengan cuando quieran — dijo Luis.

Y volvió la cabeza a todos lados.

Empero la casualidad no quiso complacerlo y nadie se presentó.

Palidecieron las estrellas.

Esparcióse la dulce claridad del crepúsculo.

Los viajeros pudieron distinguir la posada y las cabalgaduras redoblaron el paso sin necesidad de que las obligasen.

Diez minutos después se detenían y el paje volvía su capa, dejando ver el lado blanco.

Acababa de abrirse la puerta de la posada, en cuyo interior había bastante movimiento.

El posadero, a quien conocemos ya, acudió presuroso y al ver la blanca capa, quedó inmóvil y exclamó:

—¡Jesús!

—Aquí... Estos caballos... ¡Por Lucifer! — gritó el capitán. — ¿Qué os sucede? ¿No estáis viendo que somos personas que merecen respeto?

—Perdonad; pero...

—Acabad...

..—Es que... ¡Dios bendito...! Nunca lo sospeché y...

—Sí, villano — interrumpió el señor Pero, — ya otras veces vuestra casa se ha visto honradísima por este hidalgo que es el mismo Satanás y si no lo habéis sospechado, ni lo habéis adivinado, ni lo habéis imaginado, ni comprendido, culpa es de vuestra torpeza. Yo soy el capitán Pero León y ambos somos los más íntimos amigos del ilustre marqués de Poza y los favoritos de su majestad nuestro gran rey... ¡Cuernos de Lucifer...! ¿Qué esperáis para llevar los caballos a la cuadra y aposentarnos como merecemos y darnos de almorzar?

—Os escuchaba...

—¡Cien mil legiones...! ¡Por San Pedro y su calva...! Si la sangre se me sube a la cabeza.

—Perdone vuestra señoría — dijo el posadero mientras tomaba las riendas.

—Esperad — dijo Luis.

—¿Qué tiene que mandar vuestra merced?

—¿En vuestra posada hay gente?

—Trece viajeros: pero no os molestarán, porque ahora mismo van a partir. Me hicieron levantar a media noche, han cenado, han almorzado mucho...

—¿Qué clase de gente es esa?

—Villanos.

—¿Todos ellos?

—Según he podido entender, uno es escudero de la señora princesa de Eboli.

—Y le falta una oreja...

—No se equivoca vuestra merced.

—¿Dónde están?

—En la cocina, echando el último trago, pues no se cansan de beber y parece mentira que tengan la cabeza tan firme.

—No necesito saber más.

—Supongo que queréis un aposento...

—El mejor de vuestra casa.

El posadero se alejó con los caballos.

—Disponed — le dijo el capitán a Luis.

—Vamos.

—Seguidme.

—Haréis lo que yo haga.

—Comprendo.

—Y no hablaréis sino cuando yo os lo mande.

—¿Y si esos bribones...?

—Basta — interrumpió Luis.

—Me alegraría que me permitiéseis agujerearle el pellejo, para que saliese el vino que han bebido.

—Me parece que por ahora no se realizará vuestro deseo.

En su blanquísima capa envolvióse el paje y entró en la posada seguido del capitán.

Atravesaron el zaguán.

Volvieron a la izquierda y penetraron en la cocina que era el aposento más espacioso de la casa.

Allí, alrededor del hogar, había muchos hombres, cuyo aspecto era bastante para calificarlo de bandidos.

Entre ellos se encontraba Ginés.

De mano en mano pasaba un jarro lleno de vino y todos bebían y todos hablaban a la vez y reían y gritaban.

Algunos tenían en el rostro las señales inequívocas de la embriaguez.

Silencioso, recatando el semblante y con lentos pasos, avanzó el antiguo paje.

Entonces pudieron verse los efectos de la sorpresa.

La presencia de Luis fué como la aparición de un fantasma.

Aquellos miserables exhalaron un grito de terror al ver la capa blanca.

Quedaron inmóviles por algunos momentos.

Siniestro fulgor escapóse de los ojos de Ginés.

Indudablemente, los bandidos creyeron que tras el paje iba la gente de justicia y algún pelotón de soldados.

¿Qué extraño era que los miserables se sintiesen poseídos de pavor?

Todos ellos tenían muchas cuentas pendientes con los tribunales y Ginés tampoco estaba libre de gravísimas culpas.

¿Cómo habían de sospechar que la audacia de aquellos dos hombres llegase hasta el punto de provocar una lucha contra trece enemigos desalmados?

No, esto no podía creerlo nadie.

—¡El diablo! — se oyó decir.

Rugió sordamente el desorejado escudero. Se crisparon sus puños.

Reinó un silencio absoluto.

El capitán miró desdeñosa y provocativamente a los asesinos.

Luis siguió avanzando y con una audacia que apenas se concibe, metióse dentro del círculo formado por aquella gente.

Luego tomó el jarro, bebió, se lo dió al capitán, que hizo lo mismo y ambos se sentaron tranquilamente.

Poco a poco, mirando hacia todos los lados recelosamente y sin articular una sílaba, los bandidos fueron retirándose hacia la puerta y uno a uno salieron.

Ginés desapareció el último.

Entonces Luis soltó una carcajada burlona.

—¿Ya puedo hablar? — preguntó el señor Pero León.

—Sí.

—¡Higados de Lucifer...! ¡Cien mil condenados! ¡Rayos y truenos! ¡Fuego de Satanás! ¡Vive Dios!

—¿Acabaréis?

—¡Por San Pedro mi patrón...! ¡Mil condenados que me lleven!

—¿No sabéis decir otra cosa?

—Dejadme que os abrace, que os bese, que...

—Eso no.

—¡Vive el cielo!

—¿Os divertís?

—Dadme licencia para salir y medir con mi tizona las costillas de esos tunantes.

—¿Y el almuerzo?

—No tengo hambre más que de apalear, de acuchillar, de agujerear.

—Vamos a nuestro aposento.

—¡Oh...!

—Han podido acabar con nosotros y no lo han hecho.

—¡Cobardes!

—Si hubiese estado aquí la princesa...

—A uñaradas les sacaría los ojos y les arrancaría el corazón.

—Dejadlos, que harto castigados están con su propia cobardía.

Entre tanto, los asesinos se alejaban presurosamente y sin que Ginés pudiera contenerlos.

Con el mayor descuido pudieron nuestros dos amigos descansar y almorzar.

Dos horas después cabalgaban y continuaban el viaje.

Aquella mañana gozó Luis como pocas veces en su vida.

Capítulo XCVIII

DE LA VISITA QUE EL PAJE HIZO A DOÑA ANA

FELIZMENTE llegaron a Burgos el paje y el capitán, entrando en la posada donde otras veces se habían hospedado y encontrándose de buenas a primeras con el señor Pablo Cornejo, que aún llevaba el brazo en el cabestrillo.

No pudo el hidalgo contener una exclamación que lo mismo revelaba sorpresa que el disgusto, pues no era a sus adversarios a quienes esperaba, sino a Ginés, con la noticia de haber dejado sin vida al travieso paje.

Una leve sonrisa desplegó éste.

—¡Vive Dios! — dijo el capitán, acercándose a Cornejo, como si aun fuesen los mejores amigos. — No nos esperábais, ¿verdad...? ¡Rayos...! Pues aquí nos tenéis y como vamos a comer, podéis hacernos compañía.

—Gracias — respondió Cornejo.

—Veo que aun tenéis el brazo inútil y lo siento..., porque...

—Yo lo siento más — interrumpió bruscamente el señor Pablo.

—Lo creo.

—¡Oh...!

—De mal humor estáis.

Escapáronse dos centellas de los ojos del hidalgo.

Su mirada se tornó profundamente sombría.

—Sí — dijo después de algunos instantes y con voz reconcentrada, — inútil estoy para manejar el acero y aprovecháis la ocasión y me insultáis...

—¡Dios de Dios!

—Callad — dijo Luis.

—Tan hidalgo soy como vos — repuso Cornejo, dirigiéndose al paje, — y por consiguiente, no habéis podido negaros a cruzar vuestra espada con la mía.

—Sin embargo no lo hice.

—Os provoqué...

—Estábais desesperado.

—Puedo decir que sois...

—¡Rayos! — gritó el capitán fuera de sí. — No acabáis.

—Os he mandado callar — interrumpió Luis.

Y añadió dirigiéndose a Cornejo.

—Decid que el diablo de palacio, el de capa blanca, es cobarde y se reirán de vos. Además, ¿por qué hemos de batirnos? No defendéis causa propia, sino que servís a la princesa y como no os he ofendido ni vos a mí, no hay motivo para terminar con la espada querellas que no existen. Al quitar aquella noche la escala, no quise haceros ningún mal, sino burlarme de vuestra señora y a ella solamente le debo satisfacción si quiero dársela. Yo hice lo que me convenía, vos cumplísteis vuestro deber y ahora cada cual hará lo que mejor le parezca. Con la mejor buena fe, con el mejor deseo, os ofre-

cí mi amistad; no quisisteis aceptarla y la culpa no es mía.

—¿Acaso puedo retroceder? Mi honor está ya interesado, bien lo estáis viendo.

—Peor para vos.

—Tendré paciencia.

—Un lazo acaban de tenderme y aunque desde luego adiviné el plan, sin más compañía que la de mi amigo Pero León, he venido a Burgos atravesando en medio de la noche los sitios más peligrosos y sin detenerme hasta encontrar a los asesinos que me esperaban.

—¿Y vosotros dos, sin otro auxilio?

—No hemos tenido que sacar la espada, porque los asesinos huyeron apenas nos presentamos.

—¡Imposible!

—Os lo dirá Ginés

—No es cobarde.

—Tiene el valor de los criminales de su estofa.

—Lo que decís...

—Os parece inverosímil y es verdad.

Cornejo miraba con asombro a Luis.

Este continuaba tranquilo y sonriente.

El capitán dudaba entre enfadarse y reirse.

—¿Queréis algo para doña Ana de Mendoza? — preguntó el paje.

—¿Habéis de verla?

—Sí y os prometo decirle palabra por palabra cuanto os convenga.

—Nada quiero.

—Pues que Dios os dé alivio, porque deseo que vayáis a Madrid para que continuemos la lucha.

Así terminaron la conversación.

No hay que decir, que ante todo el paje y el capitán se ocuparon de comer.

Luego salieron, encaminándose a las Huelgas.

La ilustre viuda contaba entre tanto con ansiedad los minutos y decía:

—¿Vendrá? ¡Oh! Creo que sí. Y supongo que Ginés estará en el camino... ¡Tal vez no existe a estas horas...!

Los ojos de la dama brillaron con el fuego de un júbilo criminal.

Muy pronto debía desvanecerse su ilusión.

Se acercó a una de las ventanas.

Contempló el purísimo cielo y la campiña.

Parecióle que con más intensidad brillaba aquel día la luz del sol.

Como sus esperanzas eran risueñas, todo su alrededor sonreía.

Dejó la ilustre dama que se remontase su imaginación ardiente.

Figuróse ver al paje rodeado de asesinos, cubierto de heridas y haciendo el último esfuerzo para defenderse, para que siquiera lo dejasen morir en paz.

Y para que fuese completa su ilusión, creyó que oía los lamentos angustiosos que en su agonía espantosa exhalaba el desdichado paje.

Entreabriéronse los labios de la dama.

—¡Ah! — exclamó.

Empero al mismo tiempo crujió y se abrió la puerta de la celda.

La ilustre dama se estremeció violentamente, volvióse y vió a una novicia, que le dijo:

—Señora princesa, este caballero tiene que hablaros.

Y la novicia desapareció.

Y en el umbral, inmóvil, estaba el paje envuelto en su blanquísima capa y dejando ver el rostro, que revelaba la tranquilidad más perfecta.

Sonreía el mancebo con un sí es no es de burla.

Doña Ana de Mendoza no pudo contener un grito.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Sombría se tornó su mirada. También quedó inmóvil.

Su ilusión se había desvanecido.

Luis vivía y se encontraba allí triunfante como siempre.

Momentos hubo en los que la dama sintió que las fuerzas le faltaban y le costó mucho trabajo sostenerse; su situación era entonces horrible como nunca.

Luis rompió el silencio para decir:

—Señora, mi visita os sorprende y es natural, puesto que esperaríais la noticia de que me han asesinado.

—¡Oh! — murmuró la viuda con voz reconcentrada.

Y dió algunos pasos y se sentó.

Avanzó Luis, sentándose también y diciendo:

—Cuando no es bastante cortar la cabeza a un hombre, como hicieron conmigo, hay que buscar medios extraordinarios para quitarle la vida. Sedienta de sangre estáis señora y a mí me sucede todo lo contrario: la otra noche pude matar a Cornejo y no lo hice y hoy he podido apoderarme de Ginés y lo he dejado en completa libertad.

—¿Venís a gozaros con mi tormento?

—Os equivocáis, pues he venido solamente para cumplir un deber de caballero. Recibí una carta, qeu aunque parecía ser de la superiora de esta comunidad, estaba escrita por vos. ¿Y como dejar de acudir al llamamiento de una ilustre dama? Inmediatamente tomé el camino de Burgos y al encontrar a vuestra gente, comprendí el lazo, si es que alguna duda me quedaba. Los miserables asesinos huyeron apenas me vieron, de manera que nos ha sido absolutamente imposible luchar

—¡Que han huído...!

—Y con mucho apresuramiento.

—Eso no puede ser.

—La verdad os la dirán vuestros servidores.

—Ginés es un miserable; pero tiene valor.

—¿Y para qué le servía, si el espanto se apoderaba de los que debían ayudarle?

—Pues bien — replicó la princesa, cuyos ojos centellearon: — yo he dispuesto esa emboscada.

—Lo cual no me sorprende; pero tan torpemente lo habéis hecho...

—¡Oh! — interrumpió la viuda sin poder ya contenerse. — Habéis venido para mortificarme. Salid, que nadie puede obligarme a que

os escuche. Perseguidme, haced cuanto sea posible para aniquilarme, que yo...

—Haréis lo mismo, ya lo sé.

—Hemos concluído.

—Perdonad, señora; pero habréis de tener paciencia por algunos minutos más.

—No y mil veces no.

—Digo que sí.

—Estáis cometiendo un abuso.

—Vos me habéis dado el ejemplo.

—Idos, que no podré contenerme.

—¿Y que haréis? — preguntó desdeñosamente el paje.

La princesa se puso en pie.

Su rostro se tornó lívido y se contrajo hasta el punto de desfigurarse horriblemente.

—Si tuviéseis un puñal...

—¡Con cuánto placer os lo clavaría en el corazón!

—Os ofrezco mi daga.

—¡Y de sufrir tan sangrienta burla...!

—Más he sufrido yo, señora.

—Puede el rey quitarme la vida; pero autorizar que así se ultraje a la primera dama de Castilla.

—La primera cortesana, debiérais decir.

—¡Basta, basta! — gritó la princesa.

—Escuchadme, que aun tengo que deciros algo que os interesa mucho.

—No escucharé y si permanecéis aquí, me iré, pediré protección, porque tengo el derecho de estar sola — replicó la dama.

—¡No queréis vuestra carta! — dijo el paje sacando un papel.

—Nada quiero.

—Sin embargo, aquí os la dejaré mal que os pese me escucharéis, pues si intentáis salir os lo estorbaré a viva fuerza.

Sordo rugido resonó en el interior del pecho de la viuda y como si sus fuerzas se agotasen repentinamente, volvió a dejarse caer en el sillón, quedando inmóvil.

Luis puso la carta sobre la mesa y luego dijo:

—Me veo en la dura necesidad de evocar algunos recuerdos. Supongo que no habréis olvidado nada de lo que sucedió aquella terrible noche en que perdieron la vida el príncipe don Carlos y vuestro esposo, así como también os acordaréis de que juré que mi capa blanca había de ser vuestro sudario de muerte.

Ni una palabra pronunció la princesa.

Luis prosiguió diciendo:

—Después de vuestra última derrota, abrigué la esperanza de que despertase vuestra conciencia; pero veo que me equivoqué y que esto no sucederá sino en los momentos de vuestra agonía. Embriagada por vuestros triunfos, trastornada por la vanidad, no habéis pensado que había de llegar un día en que vuestra belleza perdiese su encanto y que entonces perderíais la mágica infleuncia con que habéis hecho lo que parecía imposible. Tras la juventud viene la vejez y aunque esto lo sabe todo el mundo y no puede ponerse en duda, llegásteis a creer que teníais un privilegio y que la mano implacable del tiempo no haría en vos los estragos que hace en todas las criaturas.

Estas palabras mortificaban horriblemente a doña Ana de Mendoza, porque a una mujer como ella, lo que más le hace sufrir es recordarle que ha de llegar a la vejez o morir joven y cuando más goces le ofrece la vida.

Luis añadió:

—Supongamos que salís de este encierro y que el rey os perdona y volvéis a la corte. ¿Qué conseguiréis? Nada, porque no encontraríais un hombre a quien vuestros hechizos trastornasen puesto que los hechizos desaparecieron. En el poco tiempo que lleváis aquí encerrada, habéis envejecido mucho y si esto no es verdad, que os lo diga el espejo.

Tampoco este nuevo insulto fué bastante para que hablase la viuda.

—Señora, os conviene arrepentiros, porque así al menos tendréis una vejez honrada y os respetará el mundo y os llamará desgraciada en vez de llamaros criminal.

—Ya ofrecéis transacciones..

—Os doy un buen consejo.

—¿Acaso os lo he pedido?

—No, pero cumplo mi deber.

—Pues si otra cosa no os proponíais, ya lo habéis hecho. Dejadme.

—Voy a concluir.

—Pronto, pronto.

—Recordáis que la noche terrible me llevé la copa que había contenido el veneno...

—No lo he olvidado.

—Pues bien: puesto que no estáis arrepentida, os devolveré la copa, por si al verla...

—No la quiero.

—La recibiréis, señora y si tenéis valor para rechazarla o para mirarla con tranquilidad...

—No la miraré.

—Es la última prueba, el último esfuerzo que hago y mi conciencia quedará tranquila para siempre. Aun podéis ser útil a la humanidad porque con vuestras riquezas...

—Tenéis bien estudiado el sermón — interrumpió la viuda; — pero no produce efecto.

—Peor para vos.

—Mía es la responsabilidad de mis acciones y como yo soy mayor de edad y tengo sobrada experiencia, no necesito consejeros.

—Esta bien, señora.

—Os odio con toda mi alma y para mí no hay ya en el mundo más goce que veros sufrir.

—Me inspiráis compasión.

—Aborrecedme, aborrecedme...

—¿Y por qué, si sois la más desdichada de las criaturas?

—Seré la más dichosa si os veo morir.

—Mañana saldré de Burgos y os lo aviso para que me preparéis una emboscada.

Al decir esto, el paje salió.

La princesa se entregó a todos los transportes de la desesperación.

Transcurrió más de una hora antes de que pudiera sosegarse.

¿De qué le servían Ginés y el señor Cornejo?

Ambos eran impotentes para luchar con el diabólico paje; pero si la ilustre viuda rompía

sus relaciones con aquellos dos miserables, ¿a quién acudiría?

No era fácil que encontrase otros que valiesen más, ni siquiera tanto.

Cuando Luis y el capitán entraban en la posada, encontraron a Ginés, que acababa de llegar y descabalgaba.

La ira hizo palidecer el bandido, que lanzó una mirada terrible al paje.

Este soltó una carcajada burlona.

Cuando llegó la noche, Luis llamó al posadero y le preguntó:

—¿Y el señor Pablo Cornejo?

—En su habitación.

—En compañía del desorejado, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues decidles que pueden ir descuidadamente al monasterio, porque esta noche los dejaré en paz.

Y efectivamente, el paje cumplió su palabra, acostándose a las nueve y durmiéndose muy pronto.

Después de las once salieron de la posada el señor Pablo Cornejo y Ginés, encaminándose a las Huelgas.

Con más ansiedad que nunca esperaba la viuda, que exclamó al ver a su escudero:

—¡Torpes, cobardes, villanos!

—Señora...

—¿Para qué servís?

—¡Vive el cielo!...

—Habéis huido sin intentar siquiera acometer.

—Yo no.

—También tú, miserable.

—¿Y qué había de hacer cuando me dejaron solo, y tal vez amenazado por la justicia, que muy cerca debía estar? Ese mancebo no se parece a nadie, y con su maldita capa blanca...

—Es un hombre como todos.

—Ya lo sé; pero los que me seguían...

—Si el valor les faltaba, ¿por qué prometieron ayudarte?

—Yo no les dije a quién habíamos de acometer, pues si hubieran sabido que se trataba del diablo de la capa blanca, ni por todo el oro del mundo me hubieran seguido. No sabéis lo que puede la fama de nuestro enemigo, y todo el mundo ha llegado a creer que es imposible matarlo. La verdad es que yo no creí que se atreviese a emprender el viaje en medio de la noche y sin más compañía que la del capitán.

—Pues habéis debido suponerlo.

—Esperamos en sitio conveniente hasta después de anochecido, y luego nos retiramos a descansar en una posada.

—Y entre tanto...

—Nuestros enemigos avanzaban tranquilamente, y cuando al amanecer nos disponíamos a salir, se nos presentaron, y al ver la capa, los míos se consideraron perdidos y huyeron. Les he ofrecido el oro a montones para tranquilizarlos y que me sigan, y ni siquiera han querido escucharme ni detenerse, como no sea para amenazarme, porque dicen que los he engañado, llevándolos a una muerte cierta

—De manera que ahora...

—Yo daré el golpe, os lo juro, y lo daré sin el auxilio de nadie, y el endiablado mancebo morirá en su propia casa.

—Vales poco para tanto.

—¡Por el infierno!

—Esta es la última prueba, entiéndelo bien, y si nada consigues...

—Si ese hombre no muere, yo moriré

—Mañana debe salir de Burgos.

—Lo supongo.

—Hoy ha venido para ultrajarme, para gozar viéndome sufrir.

—No volverá otra vez.

—Vete, Ginés, y dile a Cornejo, que si pronto no recobra la salud, que busque la fortuna por otro lado, pues para lo que ahora hace no lo necesito.

—Así se lo diré, aunque debéis pensar que por serviros tiene el brazo roto.

—¿Que me importa el motivo?

—Ya lo veo, ¡vive Dios!

—No basta que triunféis, si no ha de ser pronto.

—Entiendo.

Descendió Ginés sin decir una palabra más, porque la conversación era demasiado desagradable y no quería prolongarla.

Nada más digno de mención sucedió aquella noche.

Siempre cumpliendo su palabra, el paje y el capitán salieron de Burgos a la mañana siguiente.

Lo que Ginés se proponía no era posible que lo adivinara Luis; pero sí estaba seguro de que sus ruines enemigos prepararían otro golpe.

Sin novedad llegaron a la coronada villa nuestros dos amigos, y no hay que decir que fué grande la alegría de los demás.

Dos horas después llegaban también a la corte el señor Pablo y el desorejado escudero.

Por entonces nada tenía que hacer en Burgos el criminal hidalgo, y siquiera fuese con su ingenio, podía ser muy útil a su camarada.

Véamos como aquellos miserables continuaron la lucha.

Capítulo XCIX

EL NUEVO PLAN DE CORNEJO

DICE el adagio que "del dicho al hecho hay gran trecho", y de esta verdad tuvo que convencerse muy pronto Ginés.

Quería el miserable asesinar a Luis en su aposento de la hostería, y cuando este plan hubo de realizarse, encontró muchos inconvenientes.

¿Cómo introducirse en la habitación?

¿Cómo quitar el obstáculo que ofrecía a todas horas la presencia del capitán?

Por más que caviló el desorejado escudero, no encontró el medio que buscaba.

Tampoco sirvió el ingenio del señor Pablo, y ambos tuvieron que declararse vencidos, si bien abrigaron la esperanza de conseguir el mismo resultado con distintos recursos.

—A ti te toca — le dijo un día Ginés al hidalgo — y espero tus órdenes.

Encontrábanse en una taberna de la plaza del Arrabal, donde habían almorzado y apurado buena cantidad de vino.

El señor Pablo, en vez de contestar, apoyó los codos en la mesa y la frente con las manos, quedando inmóvil.

—¿Te has dormido? — le preguntó Ginés después de algunos minutos.

—Despierto estoy como nunca, — respondió Cornejo levantando la cabeza.

—Como nada dices...

—Le doy tormento a mi pobre caletre.

—¿Qué piensas de todo esto?

—Amigo Ginés, estamos mál, muy mal.

—Ya lo sé.

—Busco un medio honroso para...

Se interrumpió el hidalgo y fijó en Ginés una mirada escudriñadora.

—Acaba, — dijo el desorejado escudero.

—Te advierto que no hago más que suposiciones, y sobre todo jamás daría un solo paso sin tu aprobación.

—No te entiendo.

—Y como soy leal y estoy dispuesto a morir antes que darte al más leve motivo de queja...

—¡Rayos!... ¿Quieres explicarte con claridad?

—Así lo haré en seguida.

—Pues ya te escucho.

—Antes has de responderme a una pregunta.

—A cuantas quieras.

—¿Crees que es posible que nuestra señora triunfe algún día?

—Lo dudo.

—Entonces...

—Pero de todas maneras estamos perdidos, y por consiguiente no nos conviene retroceder. ¿Adonde iremos que no nos persigan?

—Me parece que si hubiésemos vuelto la espalda a doña Ana de Mendoza, el maldito paje no se ocuparía de nosotros, sino que, por el contrario, nos protegería, y tal vez haríamos nuestra fortuna.

—¡Vive Dios...! ¿Es que piensas pasarte al enemigo?

—Hablamos, hacemos suposiciones y nada más.

—Pues bien: ten entendido que si abandonásemos a nuestra señora, el paje se encogería de hombros y nos miraría con desdén, de manera que nuestra situación, en vez de mejorar, sería doblemente crítica.

—Quizás no te equivocas.

—Ahora tenemos siquiera la ventaja de disponer de mucho dinero y poder pasar buena vida, salvo los disgustos que tenemos que sufrir, como el de estos días pasados en el camino de Burgos. Desengáñate, que el paje para nada nos necesita, y, por consiguiente, no nos ofrecerá un solo maravedí por nuestros servicios.

—Cenvencido estoy.

—Si te has arrepentido...

—No, no.

La mirada de Ginés se tornó sombría.

—¡Oh! — murmuró con voz sorda. — Recuerda lo que hablamos...

—No lo olvido.

—La lucha está empeñada y es menester concluir.

—Adelante.

—Tú no eres el diablo, y si me haces traición, no vivirás más de veinticuatro horas, Con esta franqueza debemos hablar y así te hablo. Ahora determina lo que mejor te parezca, en la inteligencia de que no puedes engañarme, aunque seas más astuto que yo.

—Ya he dicho que nada haré sino de acuerdo contigo.

—Pues yo estoy resuelto a seguir adelante hasta vencer o morir. Si triunfamos, seremos ricos; y fuera de España, siquiera lejos de Madrid, pasaremos nuestra vejez tranquilamente y como dos hombres honrados

—Y si sucumbimos...

—Todo se acabó.

—Ya no vacilo.

—Ante todo, es menester que el paje muera.

—No es posible que te introduzcas en su posada para asesinarlo.

—Por eso a ti te toca trazar otro plan.

—No encuentro más que uno.

—¿En que consiste?

—Un duelo

—¡Vive Dios...! Crees que el paje ha de batirse con nosotros?

—No.

—Pues si así no sucede...

—Para eso está mi amigo, el italiano.

—¿Y querrá servirnos?

—Sí; pero ofreciéndole mucho dinero.

—Si con eso basta...

—Pronto saldremos de dudas.

—Pero es menester que sepa con quién ha de habérselas, porque al encontrarse luego con el célebre diablo, tal vez haría lo que esos bribones que fueron conmigo a Burgos.

—Lo sabrá todo.

—Y si acepta...

—Puede ir a instalarse a la hostería después de haberse vestido con lujo, y una vez allí, no le sería difícil buscar querella con el mancebo.

—¿Y tanto vale tu amigo, tan hábil es para manejar la espada que pueda tener la seguridad del triunfo? — proguntó Ginés.

—Ha vencido a los más afamados maestro de Flandes, en Italia, en Francia y en España, sin que ninguno consiga hacerle un rasguño. Si lo vieras manejar el acero, no lo dudarías; pero de todas maneras él es quien ha de decir si se atreve.

—Pues queda a tu cuidado arreglar este asunto, y cuanto más pronto mejor.

Bien sabía manejar la espada Luis; pero no era un consumado maestro. Valor le sobraba, pero el valor no es bastante para triunfar en semejante caso.

Al italiano en cuestión no lo conocían ni el paje ni el capitán, y por consiguiente, no podían mirarlo con desconfianza.

Con alguna habilidad podría fácilmente pro-

ocar un lance el espadachín y después el resultado sería por lo menos muy dudoso.

¿Cómo se libraría el noble mancebo de tanta asechanza?

Parecía imposible que más o menos tarde no cayese en uno de los lazos que se le tendían.

Cuando llegó la noche, el señor Pablo Cornejo se fué a la Morería y entró en un bodegón o taberna donde había algunos hombres, cuyo aspecto decía claramente lo que eran.

Nada más repugnante que aquel lugar iluminado por un candil.

La atmósfera, impregnada de humedad, era insoportable para pulmones delicados.

En un rincón sentado y en actitud meditabunda, encontrábase el personaje que ahora merece nuestra atención.

Parecía tener unos treinta y cinco años.

Era de muy elevada estatura, muy flaco, de rostro aguileño, ojos pequeños, redondos, negros y hundidos, cejas salientes y pobladas, y más saliente pómulos cuya circunstancia hacía que pareciesen doblemente hundidas sus mejillas.

Sus labios parecían dos trozos de pergamino y se entreabrían constantemente para sonreir con una dulzura sin igual, dejando ver dos hileras de dientes pequeños, blanquísimos, afilados, parecidos a los del chacal.

Indudablemente, aquel hombre era la personificación de la astucia, de la malicia, de la perversidad y de todas las pasiones más ruines.

No debía estar dotado de valor; pero lo que de éste le faltaba, sobrábale de habilidad para manejar el acero, y he aquí por qué había tomado el oficio de espadachín y con serenidad completa se ponía frente a frente a los más valerosos.

El señor Cornejo no había exagerado, pues era verdad que todavía el napolitano no había recibido un leve rasguño, a pesar de que eran muchísimos los lances en que había representado el principal papel.

Honradísima estaba su tizona con la sangre de muy nobles caballeros.

Vivía como pueden vivir estos miserables, y unas veces tenía dinero para pasarlo bien, mientras que otras no contaba ni para cubrir las más perentorias necesidades de la vida.

Con la espada en la mano no le tenía miedo a ningún hombre; pero un puñal le espantaba.

Las mujeres eran su mayor debilidad, su verdadero flaco, y fácilmente una mujer joven y bonita podía dar al traste con toda la astucia y la avaricia del italiano.

Esta debilidad lo había puesto más de una vez en grandes apuros; pero nunca escarmentó, ni era posible que escarmentase, porque su voluntad no bastaba para hacer cambiar las condiciones de su organización.

Después de las mujeres, o sea el amor puramente carnal, la gula ocupaba el segundo lugar en los vicios de nuestro italiano.

No hay que decir que por naturaleza y por costumbre era indolente y perezoso hasta el último grado de la pereza.

Ambicionaba dinero; pero no para atesorarlo, sinó para proporcionarse goces, y aunque en algunas ocasiones había ganado mucho, nada había guardado para cuando no encontrase negocios.

Sus palabras eran siempre dulces, a nadie decía nada desagradable, y muy rara vez desaparecía la sonrisa de sus labios.

Debía encontrase en una de las épocas de apuro, porque su ropaje era muy pobre, circunstancia que debía tenerse muy en cuenta para graduar los recursos del italiano, pues era vanidoso, y cuando contaba con dinero, engalanábase cuanto le era posible.

Para darlo a conocer con todos sus detalles, no nos falta decir más sino que usaba una espada larguísima, proporcionada a su estatura, con hoja más estrecha que las que comúnmente se gastaban, lo cual le daba siempre grandes ventajas sobre sus adversarios. Larga y ligera la espada, el brazo largo también, flexible el cuerpo, perpicaz la mirada y con la escuela de los mejores maestros florentinos, el italiano era un adversario muy temible.

De sus antecedentes no sabemos más, sino que hacía diez años que se encontraba en Madrid y que siempre había sido un truhán de siete suelas y no se había ocupado más que en los criminales negocios de que ya hemos hecho mención.

El señor Pablo Cornejo se detuvo y lo miró diciendo para sí:

—Está triste, preocupado, mal vestido... ¡Oh!... Le hace falta dinero y puede contarse con él para todo. La ocasión es propicia y sabré aprovecharla.

Acercóse luego a Leontín, que así se llamaba el italiano le tocó en un hombro y le dijo:

—Buenas noches.

El espadachín levantó la cabeza, desplegó su dulce sonrisa y exclamó:

—¡Ah!... El señor Pablo, mi amigo carísimo... ¡Oh!... Soy feliz... Te doy la enhorabuena, ilustre Cornejo. Ya sabes que nunca he sido egoísta y que me regocijo con el bien de los demás. No es menester que me digas nada, porque todo lo dice tu aspecto; has hecho fortuna... Calzas finas, gregüescos que valen un dineral, y este coleto... ¡Ah! ¡Oh!... Me felicito... Pero desgraciadamente no puedo ofrecerte una cena digna de tu paladar delicado.

—En cambio yo te la ofrezco, y algo más, porque hay ocasión de que hagas un buen negocio.

—Siéntate, hablaremos y...

—Cenaremos también, porque tengo apetito.

—Es una dicha tener apetito cuando puede satisfacerse; pero cuando en los bolsillos no tenemos más que aire, y descrédito entre nuestros amigos, y esperanzas en el magín, entonces el apetito es el mayor de los tormentos, porque no es apetito, sino hambre y...

—Tras de lo malo viene lo bueno.

—¡Carísimo Pablo!

—Veo que te agrada mi visita.

—Esta noche tu voz es dulcísima como los cantares de Salomón, como las armonías del arpa de David, como el amoroso murmullo de la

tórtola, como el murmurio del arroyuelo en cuyos líquidos cristales baña sus hojas de terciopelo el lirio, y como...

—Sí, — interrumpió el señor Pablo, — dulce como la voz que nos ofrece comida cuando tenemos hambre, y dinero cuando en nuestros bolsillos no hay ni un solo maravedí.

—Eso es muy expresivo, — repuso Leontín, desplegando otra sonrisa.

Pidieron la cena, que debía componerse de lo mejor que hubiese en la taberna, y cuando hubieron remojado el paladar y no temían que nadie los interrumpiese, dieron principio a la interesante conversación.

—Ahora explícate, — dijo el italiano.

—Hace seis años se habló mucho de ciertas intrigas en el interior del alcázar real cuando vivía el príncipe don Carlos.

—Y luego resultó que un niño era quien se había burlado del rey, de doña Ana de Mendoza, de Ruy Gómez de Silva y de los cortesanos más astutos, dando lugar a que se creyese que el diablo estaba en palacio.

—Estás bien informado.

—La ilustre viuda, astro refulgente de la corte, a cuyo alrededor giraban como satélites los más elevados personajes, se encuentra hoy encerrada en el monasterio de las Huelgas, y allí tendrá que consumir lo que le queda de vida, muriendo completamente olvidado. Tu acudes a mí...

—Porque he trazado un plan que no puede realizarse sin tu auxilio.

—Entendido y con tal que me paguen...

—Recibirás la cantidad que se estipule, y quedarás en libertad completa de hacer todo aquello que te parezca bien.

—Mataré al célebre diablo de la capa blanca; pero la princesa me dará cuatro mil ducados.

—Tendrás los cuatro mil ducados, y para que te convenzas de que soy digno de representar a doña Ana de Mendoza, te ofrezco otros mil si el negocio termina en breve plazo.

—¡Oh...!

Brindaron por última vez.

El señor Pablo Cornejo dió a su amigo cuantas explicaciones podía éste necesitar, y una hora después estaban completamente de acuerdo con todo.

También recibió el italiano doscientos escudos para hacer los primeros gastos.

Capítulo C

COMO LEONTIN SUPO APROVECHAR LA OCASION PARA CUMPLIR INMEDIATAMENMENTE LO QUE HABIA PROMETIDO

Y el siguiente día llegó, como debía llegar, puesto que el tiempo no interrumpe su marcha.

Las nueve acababan de dar, cuando en la hostería de maese Mancioni se presentó Leontín vestido lujosamente.

El hostelero le recibió, haciendo profundas reverencias y preguntándole qué era lo que deseaba.

—Ayer tarde llegué a Madrid, — dijo el nuevo auxiliar de la princesa, — y me metí en una posada que hay junto a la Puerta de Moros, creyendo que allí me sería posible pasarlo medianamente.

—Se equivocó vuestra merced, — respondió el hostelero mientras desplegaba una dulce sonrisa y examinaba atentamente al lujoso vestido del espadachín. — Ni en esa posada ni en ninguna otra de Madrid puede acomodarse un caballero que esté acostumbrado a vivir con cierto decoro.

—No he podido dormir en toda la noche, y en cuanto a la comida...

—¡Horror...! Ni siquiera habrá podido probarla vuestra merced.

—He preguntado, me han hablado de vuestra casa, y he venido inmediatamente para saber si aquí puedo instalarme. Quiero el mejor aposento, el servicio más delicado, lo mejor, en fin, de todo, porque pagar con largueza no me duele. Un mes hace que salí de mi casa, donde tengo comodidades y lujo, y aunque a nadie conozco en Madrid, como traigo la bolsa bien provista, me parece que puedo pasarlo bien.

—No es por alabarme, señor caballero, — repuso Mancioni haciendo otra reverencia; — pero todo el mundo os dirá más de lo que yo puedo deciros sobre mi casa. Lo único que siento es que dos personas ocupan lo mejor del piso principal, y aunque hay otras habitaciones, no les agrada tener vecinos y...

—¿Son caballeros?

—Muy nobles hidalgos, muy ricos y representan un gran papel en la corte.

—Pues me parece que no han de llevar a mal que una persona como yo ocupe el aposento inmediato al suyo, pues no he de molestarlos para nada, ni de ellos he de ocuparme sino cuando por casualidad los encuentre al entrar o salir.

—Les preguntaré y les suplicaré que me permitan la honra de tener en mi casa a vuestra señoría.

—En cuanto al precio no hay nada que hablar, pues lo que me pidáis os daré.

—Soy hombre de conciencia.

—Ya lo sé.

—Sentáos y esperad.

—Si bien os parece, yo les hablaré también, porque las personas de cierta clase se entienden pronto y con facilidad.

—Es una buena idea.

—Pues dadles aviso.

—Subid, y yo entraré primero.

Sienpre con el gorro en la mano, subió el hostelero.

El espadachín lo siguió

Entró el primero en la habitación que ocupaban nuestros amigos, que acababan de almorzar.

Pero León saboreaba todavía el último vaso de vino y al ver al hostelero le preguntó ásperamente:

—¿Qué queréis?

—Perdonad.

—No hemos llamado.

—Pero necesito haceros una súplica, y como sois tan bondadosos y...

—¡Cuernos de Lucifer!

—No os enfadéis, porque...

—Me desagrada la adulación

—Dejadlo que se explique — dijo Luis.

—Ha llegado un caballero muy principal, y necesita una habitación, y como le he dicho que sin vuestra licencia no quiero ni debo disponer de mi casa, ha mostrado el deseo de hablaros y...

—¡Vive el cielo! ¿Acaso no sabéis que deseamos estar solos en el piso principal?

—Lo sé; pero cuando una persona de cierta clase...

—Decid a ese caballero...

—Que entre — interrumpió Luis, — pues no podemos negarnos a recibirlo y escucharlo, que el ser corteses es obligación de hombres bien nacidos.

—Al momento entrará — dijo el hostelero, aprovechando la ocasión saliendo y diciendo a Leontín:

—Esos hidalgos os aguardan, y os advierto que las palabras del uno no debéis tomarlas en consideración, pues como soldado, es rudo; pero en cambio el otro se ha educado en la corte, en el alcázar, y os tratará como mereréis...

—Comprendo.

—Entrad — dijo entonces maese Mancioni abriendo la puerta.

Leontín era un cómico hábil y debía representar su papel a las mil maravillas.

Dándose los aires de un caballero, y sonriendo según costumbre se presentó a nuestros amigos.

No necesitaba que le dijesen quién era Luis y quién el capitán, pues para distinguirlos le bastó el primer golpe de vista.

Su saludo fué para ambos; pero se dirigió luego al paje y le dijo:

—Perdonad si os molesto sin título alguno, puesto que os soy enteramente desconocido.

—Sentáos, caballero — respondió el paje en tanto que su mirada fijábase escudriñadora en el espadachín.

El señor Pero León lo contemplaba también y decía para sí:

—¿Dónde he visto a ese hombre? No lo sé; pero ello es que lo he visto otras veces. Tengo mala memoria y sin embargo... No sé, no sé.

—¿En qué puedo serviros?—preguntó Luis.

—Llegué ayer a la corte y me fuí a una posada...

—¡Vive el cielo! — interrumpió el capitán, que nunca se cuidaba de ciertas conveniencias absolutamente precisas y de gran importancia en el trato social. —— ¿Nunca habéis estado en Madrid?

—No — contestó sencillamente el italiano.

—Pues yo juraría que os he visto otras veces.

—¿Habéis viajado?

—Mucho.

—¿Habéis estado en Italia?

—Bastante tiempo.

—Pues es posible que allí me hayáis visto, porque en Italia nací.

—Eso debe ser.

—Pues como os decía, llegué a la corte y me instalé en una posada donde es imposible que viva una persona de mi clase, y preguntando, me dijeron que sólo en esta casa podría encontrarme bien; pero vuestro huésped...

—Sin mi licencia no puede ceder a nadie las habitaciones de este piso.

—Y esa licencia es la que vengo a solicitar, pues según entiendo no necesitáis todas las habitaciones. Para nada os molestaré, y como no he de permanecer en Madrid más que una semana, os veréis muy pronto libre de mi presencia.

—Maese Mancioni está equivocado.

—No comprendo...

—Os ha dicho que no necesitamos todas las habitaciones y no es verdad.

—Otra vez os pido perdón — dijo el italiano con la dulzura que le caracterizaba, — pero si me permitiéseis manifestar lo que siento...

—Os escucharé con mucho gusto.

Leontín desplegó una sonrisa y repuso:

—Me negáis el favor que os pido y lo siento.

—Hay en Madrid otras hosterías.

—No lo dudo.

—Y lo que encontréis aquí lo tendréis en otra parte.

—¿Y el disgusto de que mi súplica haya sido desatendida?

—Caballero — dijo el capitán, que no pudo ya dominarse, — me parece que no tengo la obligación de complaceros.

—¡Oh! Ya lo sé y precisamente por eso he suplicado...

—Y como a nosotros no nos conviene acceder a vuestra súplica os lo decimos con franqueza, y queda terminado el asunto.

El italiano se puso de pie.

Su sonrisa era cada vez más dulce.

Acercóse a Luis y le dijo con la más perfecta calma:

—Sois hidalgo y debéis saber lo que se siente cuando uno ruega y no se le escucha...

—¿Y bien?

—Las personas de mi clase se consideran ofendidas en casos como este.

Aunque levemente, se arrugó el entrecejo de Luis, y su mirada se fijó penetrante en el italiano.

—No os he ofendido — replicó el mancebo.

—Parece que por vivir cerca de vos os voy a deshonrar, y es que sin duda no habéis pensado que soy un caballero.

Pero León sintióse arrebatado por la ira, y su primer impulso fué rechazar enérgicamente las palabras del espadachín; pero lo contuvo el paje con una mirada. Los tres quedaron silenciosos por algunos minutos, que fueron bastante para que reflexionara Luis.

Tenía éste razones sobradas para no querer

que nadie ocupase los aposentos inmediatos al suyo; pero hubiera accedido al fin a la petición del italiano, si éste no diera a la conversación nuevo giro.

A conceder estaba siempre dispuesto el paje; pero jamás a someterse a voluntad ajena.

¿Con qué derecho el desconocido, dejando de suplicar, empezaba a exigir?

Creyó el mancebo que sin mengua de su honor no podía ya mostrarse condescendiente y replicó con tranquilidad, aunque con energía:

—A lo que acabáis de decir nada tengo que contestar.

—Entonces...

—Hago uso de mi derecho, y vos me respetaréis, porque así es vuestra obligación.

—Entiendo, entiendo — dijo el italiano con voz melíflua.

—He concluido, caballero.

—Me despedís...

—Doy por terminada esta conversación, y si de otro asunto no tenéis que hablarme...

—¡Oh! Más ofensas y más graves.

—Si os empeñáis...

—Me llamo Colonna.

—No os he preguntado vuestro nombre, porque no necesito saberlo.

—Es un nombre ilustre, nadie lo ignora.

—¡Vive Dios! — exclamó el capitán. — Pues que os haga buen provecho.

—No hablaba con vos.

—¡Tripas de Lucifer!

—Callad — dijo Luis a su amigo.

Y volvieron a quedar silenciosos.

Después de algunos minutos , el espadachín hizo una reverencia, sonrió y dijo:

—Estrechas obligaciones me han impuesto el nombre ilustre que sin mancha me legó mi padre y por consiguiente, después de la ofensa, es absolutamente precisa la reparación. Sois hidalgo, yo caballero, y abrigo la esperanza de que nos entenderemos fácilmente, quedando cada cual en el lugar que le corresponde.

Hecha estaba la provocación con toda la delicadeza que podía exigir el más cumplido caballero.

No había medio de excusarse sin declarar o reconocer tácitamente que el miedo era un estorbo para dar a la honra lo que ésta exigía.

En realidad, no había motivo para que a tal extremo llegasen las cosas; pero ello es que así había sucedido, y ya no era posible retroceder.

Después de haberle amenazado, ¿cómo había de conceder el paje lo que se le pedía?

Ya le era preciso olvidarse de todo para pensar solamente en la cuestión de honor.

Entre personas distinguidas no es menester que se crucen palabras groseras, ni ofensas de cierta clase, pues para cruzar la espada es sobrado con mucho menos. Del valor de Luis no tenemos que hablar.

Desagradábale aquella cuestión, no por el peligro que ofreciese, sino porque la consideraba absurda.

En cuanto al capitán Pero León, debemos decir que no pensaba lo mismo, y tenía que esforzarse para no echar mano a la espada. p opinaba que el impertinente extranjero no r recía ninguna clase de consideraciones.

De muy buena gana el capitán hubiera cho salir a cintarazos a Leontín, considera que éste no merecía que le tratase de otra r nera, por haberse tomado la libertad de met se donde no le llamaban, y sobre todo, por reconocer el derecho que cada cual tiene p hacer en su casa lo que mejor le parezca.

Miradas furibundas lanzaba Pero León italiano; pero éste fingía no apercibirse de demostraciones de aquél, y continuaba sonri do dulcísimamente.

Después de algunos momentos, dijo el pa

—Os he negado lo que pedís, porque e habitaciones las necesito para un amigo q ha de llegar muy pronto a la corte.

—Si eso me lo hubiéseis dicho antes...

—Lo digo ahora y es igual...

—Después de la ofensa parece una ex sa, y...

—¡Caballero!

—¡Rayos de Satanás! — gritó el capitán poder ya dominarse y llevando la diestra a empuñadura de su espada. — ¿Acaso tenem la obligación de daros cuenta de nuestros as tos ni de complaceros en cuanto se os ant pedirnos? ¿Quién os ha llamado? ¡Truenos centellas!... Me parece que acabaremos m y debéis tener entendido, que he callado p respeto a mi amigo el señor Luis.

El extranjero no tuvo por conveniente tom en consideración las palabras del capitán, dirigiéndose a Luis, le dijo:

—Veamos cómo hemos de arreglar e asunto.

—Si habéis creído que vuestras provocac nes me hacen temblar...

—Un hidalgo español no puede tener mie

—¿Sabéis quién soy?

—Lo ignoro, pues no lo he preguntado hostelero ni él me lo ha dicho.

—Me llaman el diablo, y tantas veces arriesgado la vida..

—¡Ah!...

—Ahora no os quedará duda...

—Grandísimo honor para mí... ¡El ho bre que se ha hecho célebre en España y Flandes!... Soy muy desgraciado; pero ya tiene remedio. ¡El honor lo manda!... ¡El d blo! Ni siquiera lo sospeché. Mi muerte es ci ta; pero en cambio será muy honrosa.

—¿Es decir, que insistís?...

—La honra, señor hidalgo, la honra.

—No he pensado ofenderos.

—Pero ello es que me habéis ofendido.

—Repito que nó.

—Si nuestras espadas no se cruzasen, q daríamos deshonrados y esto es más grave ra nosotros, porque somos muy conocidos. V el diablo de la capa blanca, y yo, un Colonna. ¡Diantre! Es preciso.

—Sea — repuso Luis, que ya no podía hac más observaciones sin dar motivo para que le llamase cobarde.

—¿Cuando y cómo? — preguntó dulcemente italiano.

—Cuando bien os parezca, ahora mismo.

—Dentro de dos horas, en la pradera del anzanares, al otro lado del puente, a la decha.

—Allí estaré.

—Y allí acudiré con los que han de ser tes-os.

—Pues ahora salid — dijo el paje con al-ez.

—Carísimo hidalgo, que el cielo os prote-, y...

—Con Dios id.

Hizo el italiano una muy profunda reveren-a, volviéndose, dió un paso...

Volvió a detenerse, porque la puerta se abrió, esentándose un hombre.

Era Santiago.

La presencia de éste nada tenía de particular.

—Buenos días — dijo.

Y al mirar a los unos y a los otros, excla-ó, dirigiéndose a Leontín:

—¡Vive el cielo!... Tú por aquí. Me alegro, rque ya hacía mucho tiempo que no nos veía-os. ¡Rayos! Has hecho fortuna, según lo ueba tu ropa. ¿En qué negocios te has me-do?

No fué menester más para que el paje com-endiese que el caballero era un farsante, un ribón, un miserable como Ginés, pues de otra anera, Santiago no podía conocerlo, ni lo hu-era tuteado y hablado en el sentido en que le abló.

Lo mismo entendió el capitán, y no pudiendo dominarse ni teniendo para qué guardar nin-una clase de consideraciones, desenvainó la pada y se lanzó sobre el italiano.

La escena que tuvo lugar apenas puede des-ibirse. Leontín desnudó también el acero, re-ocedió y se dispuso a defenderse; pero entre nto dijo:

—Queréis asesinarme... Esto es una cobar-a. Antes os he provocado y vacilais para ceptar. ¿Por qué me acometéis ahora?

—¡Quieto! — gritó el paje, poniéndose en-e el capitán y el italiano.

Empero Santiago también sacó la espada, ues aunque ignoraba lo que había sucedido, upuso que su amigo Leontín había intentado ometer algún abuso.

Muy crítica, verdaderamente horrible era la tuación para el italiano.

No le servían entonces sus habilidades para anejar la espada, puesto que debían tratarlo omo merecía y sin dignarse hacer más que paleario.

—¿Pero qué hace aquí? — le preguntó San-ago.

—Ninguna queja pueden tener de mí estos aballeros...

—Ha querido engañarnos

—No y mil veces no.

—Sí.

—Verdad es que he tomado un nombre que o me pertenece; pero ¿qué os importa? Así me convenía y así lo hice. Deseaba vivir en esta casa, pedí un aposento, y...

—¡Cuernos de Lucifer! — interrumpió el capitán. — Y nuestras primeras palabras las habéis considerado como una ofensa y habéis retado al señor Luis, lo cual significa...

—Qué quería matarme — decía el mancebo.

—¡Cuernos de Satanás! Con vida saldrá de aquí este hombre, pero con los huesos sanos, eso no, porque he de darle tan tremenda paliza, que no pueda olvidarla en cien años. Ahora lo comprendo todo. Yo lo ultrajaba y no hacía caso, y vuestras palabras corteses le parecían una ofensa, y era con vos con quien quería batirse.

—Empiezo a comprender — murmuró Santiago. — y Dios me ha traído, porque no es posible que Dios nos abandone en esta lucha.

Luis cerró la puerta, echó la llave y la guardó.

Mortal palidez cubrió el rostro del espadachín.

—¿Qué intentáis? — preguntó con voz alterada.

—Convenceros de que todo lo adivino y que es imposible engañarme, porque cuando yo no acierto a defenderme, la casualidad viene en mi ayuda, como ahora ha venido.

—Supongo que me permitiréis hablar.

—Sí.

—¡Ah! Entonces me he salvado.

—Sentáos, sosegáos y escuchadme, y vosotros, mis queridos amigos, callad, porque este asunto he de arreglarlo yo.

Aunque de mala gana sentáronse el capitán y Santiago, y luego hicieron lo mismo el paje y Leontín, que volvió el acero a la vaina.

—Servís a doña Ana de Mendoza, ¿no es verdad? — dijo el paje.

—Sí — respondió sin vacilar el italiano, — o si he de hablar con más exactitud, me había comprometido a servir a la princesa y al empezar he concluido.

—¿Conocéis al señor Pablo Cornejo?

—Hace algunos años.

—¿Y a Ginés?

—Desde hoy.

—Os han buscado para que provoquéis conmigo un lance.

—Sí, y no llevéis a mal que os diga...

—Todo lo que sea verdad.

—Si Santiago no hubiese venido, dentro de dos horas estarías en el otro mundo.

—¿Tanta confianza tenéis en vuestro brazo?

—Os ofrezco la prueba.

—Y yo la acepto.

—Pondremos en la punta de nuestras espadas los tapones de esa botella, y veremos si conseguís tocarme.

—¿Y cuanto os daban por tan importante servicio?

—Una gran fortuna: cinco mil ducados.

—Que los habéis perdido en un instante.

—Pero puedo ganar lo que vos tengáis a bien ofrecerme, porque de mejor gana os serviré a vos que a la princesa. Tenéis de vuestra parte la fortuna, y a vuestro lado es imposible per-

der. No he cometido ninguna torpeza, y la prueba está en que caísteis en el lazo. Sin embargo, como era posible que sufriéseis una desgracia, la loca fortuna quiso que Santiago se presentase. Sólo así se comprende que hayáis podido sostener contra todo el mundo una lucha y salir triunfante. Serviré a la princesa en cuanto me pida, menos contra vos, pues aunque no sois más que un hombre, valéis tanto como el mismo Satanás.

—Por eso me llaman el diablo.

—Aquí me tenéis a vuestra disposición.

—No tengo necesidad de vuestros servicios.

—Podéis tenerla el día menos pensado.

—Entonces os buscaré, y si os conviene...

—Lo siento mucho — dijo el italiano.

Y exhaló un triste suspiro.

—Me habéis ofrecido la prueba de vuestra habilidad en el manejo de la espada...

—Ahora mismo.

—¡Bien! — exclamó el capitán con entusiasmo. — Esto empieza a divertirme y me parece que aun hemos de ser los mejores amigos del mundo.

—Si mi amigo Leontín principió mal, concluye bien — dijo Santiago, — y por consiguiente no tenemos por qué mirarle con rencor.

—Mientras ellos tiran, nosotros beberemos — dijo el capitán tomando una de las botellas que aún estaba llena de vino.

—Siquiera porque nos hemos librado de una gran desgracia.

—¿Acaso creéis que con la espada en la mano vale más vuestro amigo que el señor Luis?

—Yo apuesto cien contra uno.

—¡Vive Dios! Lo conozco demasiado bien.

—Si eso fuese verdad...

—Pronto lo veréis.

Según lo convenido, Luis y el italiano pusieron los tapones de las botellas en la punta de sus espadas.

El juego era arriesgado, pues muy fácilmente podían herirse; pero el italiano fiaba en su habilidad y el paje era temerario lo mismo que siempre.

Colocáronce a conveniente distancia.

Brindaron el capitán y Santiago y fijaron toda su atención en los combatientes.

—Mucho cuidado — dijo Leontin, poniéndose en guardia.

—No necesito el consejo.

Las espadas se cruzaron; no jugaba la vida, pero era una cuestión de amor propio, casi cuestión de honra, que para ciertos hombres tiene tanta importancia como la existencia.

Desde aquel momento no se percibió otro ruido que el de los aceros al chocarse.

Los dos adversarios, más que herir, procuraron ante todo medir sus fuerzas.

El italiano sonreía siempre.

Luis estaba completamente tranquilo.

El capitán Pero León no articulaba una sílaba y hasta se había olvidado del vino.

Como inteligente en la materia iba apreciando la destreza de cada cual y le pareció que Leontín no era un maestro tan consumado como se decía; pero no le ocurrió pensar qué el italiano fingía ser torpe para inspirar co[illegible] tianza.

Pasaron cinco minutos.

—¡Oh! — exclamó Leontín. — Tenéis un[illegible] muñeca de hierro.

—Gracias por la adulación — dijo el paj[illegible]

—Nunca creí que fuéseis un competidor ta[illegible] temible — añadió Leontín.

—Veremos.

—Una... dos...

El espadachín se tiró a fondo.

Luis paró admirablemente el golpe.

—¡Ah! — merecéis el título de maestro [illegible] reconozco que la vanidad me ha cegado — d[illegible] jo Leontín como si empezara a preocuparse.

—¡Muy bien! — exclamó el capitán entu[illegible] siasmado. — ¡Por las uñas de Lucifer! ¡True[illegible] nos y centellas...!

Leontín, con cuanta dulzura que le fué po[illegible] sible, dijo entonces:

—Este ejercicio es muy saludable; pero n[illegible] quiero que os fatiguéis mucho. Preparáos.. ¡Oh...! La primera.

No sabemos cómo sucedió: pero ello es qu[illegible] el paje recibió una estocada en el pecho.

Sintió que toda su sangre afluía a su cabe[illegible] za; pero disimuló.

—¡Por Satanás! — gritó el capitán fuer[illegible] de sí.

—La segunda — dijo el italiano.

Y otra vez tocó con la punta de su tizona e[illegible] pecho de Luis.

Ya no era posible poner en duda la supe[illegible] rioridad del napolitano.

Quiso el paje atacar y herir; pero en u[illegible] abrir y cerrar de ojos recibió otras dos esto[illegible] cadas.

Forzoso le fué declararse vencido.

El célebre diablo había encontrado quie[illegible] valiese más que él en algún sentido.

—Basta — dijo.

—Soy vuestro servidor más humilde — con[illegible] testó el italiano.

Pero León empezó a jurar, blasfemar y mal[illegible] decir.

Hubiera preferido que lo matasen antes qu[illegible] ver a Luis vencido.

El peligro de que éste acababa de librarse pudo comprenderse entonces.

—Viéndolo estáis — dijo el italiano; — s[illegible] se lleva a cabo el duelo...

—Yo hubiera dejado de existir.

—Santiago ha sido el estorbo para que yo haga fortuna, pues por lo menos cinco mi[illegible] ducados quedarían hoy en mi bolsillo.

—Ahora yo — dijo el capitán, poniéndose en pie y sacando la espada.

—Perdonad...

—¿No queréis hacer la prueba conmigo?

—Sí; pero desde luego os diré que no valéis tanto como vuestro amigo.

—Lo veremos.

Muy pronto dió principio un segundo combate.

Leontín no se había equivocado.

Con rapidez inconcebible dió una, dos, tres

y cuatro estocadas al capitán sin que éste consiguiera tocar a su adversario.

—Líbreme Dios de hacer la prueba — dijo Santiago.

—¡Rayos de Satanás!

—¿Y qué hemos de hacer ahora?

—¡Cien legiones!... Maese Macarroni tiene algunas botellas de jerez, las vaciaremos y nos alegraremos. En buena lid nos habéis vencido. ¡Hígados de Lucifer!... No podemos quejarnos. Acertado anduvo el señor Pablo Cornejo cuando os buscó para que lo ayudáseis en su difícil y arriesgada empresa.

—Con la espada en la mano valéis mucho más que yo — dijo Luis, — y así lo declaro, porque es verdad.

Llamaron al huésped, pidiéronle el jerez y lo demás que fuese a propósito para hacer boca, y pocos minutos después comían y bebían alegremente, y como los mejores amigos del mundo.

Luego hablaron del motivo de aquella reunión.

—Ya me conocéis — dijo el italiano. — y por consiguiente no podré servir a doña Ana de Mendoza.

—Tened paciencia — le contestó el capitán.

—Pero si no puedo servirla, puedo engañarla, porque no hay necesidad de que sepa lo que ha sucedido — replicó Leontín

—Haced lo que mejor os parezca.

—Si aceptáseis mi ayuda...

—No la necesito — dijo Luis.

—Entonces no tengo para qué engañar a la princesa.

—Acabáis de probar que con la espada en la mano valéis más que yo, y si aceptásemos vuestros ofrecimientos, se creería que tenemos miedo a una estocada.

—Como nadie ha de saber lo que tratemos...

—Lo sé yo, mi conciencia, y esto es bastante.

—Sois demasiado escrupuloso.

—Así he nacido.

No, no era posible que Luis aceptara los servicios del espadachín.

Este suspiró tristemente.

Tenía que contentarse con los doscientos escudos que había recibido, a menos que se le diese tiempo para buscar otra ocasión en que hacer uso de su habilidad.

Una hora después se separaron.

Cuando el italiano iba a salir lo detuvo maese Mancioni, preguntándole:

—¿Ya os habéis arreglado?

—Sí, perfectamente.

—Entonces...

—Ese diabólico mancebo os dirá lo que habéis de hacer.

—Bien, señor caballero, muy bien.

Poco tuvo que andar Leontín, porque Cornejo y Ginés lo aguardaban en la taberna de la misma plaza del Arrabal.

—¿Qué tenemos? — preguntó el hidalgo apenas vió a su amigo.

—"El hombre propone y Dios dispone" — respondió el italiano.

—Tus palabras significan...

—Que os olvidásteis de decirme que Santiago era uno de los auxiliares del diabólico mancebo.

—¿Y qué te importa Santiago?

—Nada me importaría si no me conociese lo mismo que tú, o si no hubiese llegado precisamente cuando el señor Luis y yo conveníamos en la hora en que habíamos de batirnos.

—Pero...

—Aproveché la ocasión, provoqué el lance, y cuando el asunto marchaba a las mil maravillas, entró Santiago.

—¡Truenos!

—¡Vive Dios!

—No os enfadéis, porque la culpa no es mía, sino vuestra.

—¿Y ya no te atreves?

—A todo, y con seguridad completa del triunfo; pero es necesario buscar otro medio.

—Di lo que ha sucedido.

Leontín refirió detalladamente cuanto acababa de suceder.

Creyeron que no había motivo para perder las esperanzas. Puesto que ya era cosa cierta la superioridad del italiano cuando se trataba de batirse, podían esperar hasta que se presentase ocasión propicia.

Bien fuese de noche, en Madrid o en Burgos, podría Leontín acometer al paje, y éste se defendería, porque no era hombre que volviese la espalda, y el resultado no sería dudoso.

La presencia del capitán no sería en ningún caso un estorbo, pues le acometerían los que acompañasen al italiano, mientras éste se entendía con el paje.

De una vez para siempre se desechó el descabellado plan de introducirse en la hostería para asesinar a Luis, pues se convencieron de que ésto era impracticable.

—¿Y qué diremos a nuestra señora?

—No le diremos nada — respondió Cornejo, — y así saldremos del apuro.

He ahí cómo quedó la situación: la vida de Luis dependía de una casualidad cualquiera.

Capítulo CI

SE ACERCA EL DIA

SI astuto era el señor Pablo Cornejo, mucho más astuto era Leontín, y sobre todo discurría con mayor claridad y acierto.

Cubiertas estaban por de pronto las necesidades todas de Leontín, y por consiguiente con tranquilidad pudo entregarse a profundas reflexiones sobre la situación de los unos y de los otros.

Los sucesos que acababan de tener lugar, diéronle la medida de lo que debía suceder y no le quedó duda en cuanto a la suerte que aguardaba a la princesa.

De ésta podía esperarse dinero; pero no protección, sino que por el contrario era muy peligroso ser su amigo, su auxiliar o servidor, pues esto casi constituía un crimen en el pun-

to a que habían llegado las cosas.

En vista de todas estas razones y de otras muchas, el italiano decidió representar un doble papel, aunque le desanimasen las negativas terminantes de Luis.

¿Qué había de hacer éste con quien le prestase un servicio de gran importancia?

Era el paje demasiado noble y generoso, y si no grandes recompensas, por lo menos protección había de dispensarle a quien lo auxiliase.

Lo que valía en aquellos momentos la protección de Luis, lo sabía muy bien el napolitano.

Conferenció con el señor Pablo y con Ginés, discutió y los dejó convencidos de que era conveniente y aun inexcusable ir a Burgos, decir a doña Ana la verdad, y de acuerdo con ella trabajara sin descanso y como quien al tiempo da el valor inmenso que tiene.

Inmediatamente emprendieron el viaje, y llegaron a Burgos y Leontin tuvo la honra de hablar con la ilustre viuda, lo cual no pudo hacer Cornejo, porque todavía su brazo no le permitía trepar por la escala.

Aunque desagradó mucho a la princesa lo que había sucedido en la hostería, parecióle que el italiano podía ser un gran auxiliar, pues aunque sólo en un sentido, era superior al diabólico paje.

¡Superior en algo a Luis!...

Esto parecía inverosímil, y sin embargo, era verdad, puesto que la prueba ya la tenía.

Opinaba Leontin que ante todo la princesa debía salir de su encierro, sin perjuicio de aprovechar entre tanto cualquiera ocasión que se presentase para matar a Luis, y ella quedó también convencida de que éste era el plan más acertado.

Poco faltaba para que la reja quedase en disposición de romperla con un solo esfuerzo, y por consiguiente pensaron que ya debían hacerse todos los preparativos para que la viuda se ocultase.

Con todos sus detalles quedó trazado el plan.

Ginés continuaría escondido en Madrid; el italiano se instalaría en la casa de la princesa, y el señor Pablo Cornejo quedaría en Burgos para enviar y recibir noticias.

Desde luego se hizo así y la traviesa Inés vió con sorpresa al nuevo compañero, así como él miró a la sirviente con excesivo agrado.

Luis no pudo saber más que lo que se veía, es decir, que Cornejo se quedaba en Burgos y que los otros dos criminales estaban en Madrid.

¿Qué debía deducir de ésto el paje? Nada.

Caviló, hizo suposiciones y deducciones aproximadas a la verdad, y comprendiendo que se acercaba el instante decisivo, quiso también aprovechar el tiempo, trazó su plan y dispuso que el escudero del marqués, desconocido completamente para Cornejo, se fuese a Burgos y observase al hidalgo.

Ya sabemos que Juan era para semejante comisión muy a propósito, pues a travieso y listo, ni el paje le ganaba, y a Burgos marchó muy contento, yendo a instalarse en la posada de Lucas, con el que tuvo la siguiente conversación:

—Supongo — dijo Juan al posadero, — que no ignoráis hasta qué punto es poderoso ese mancebo ilustre a quien llaman el diablo, y que más de una vez ha honrado con su presencia vuestra casa.

—¿Le conocéis? — preguntó Lucas, mirando con un si es no es de temor al escudero.

—Soy su criado.

—¡Ah!...

—Y he recibido la orden de trataros como merecéis.

—Entiendo.

—Con facilidad adivinaréis para qué he venido a Burgos. Traigo la bolsa llena de oro; pero también una orden del rey, orden que ahora mismo os enseñaré, para que la justicia esté a todas horas a mi disposición y por consiguiente...

—Basta, basta.

—Los calabozos, el tormento, la horca...

—No llegará ese caso — replicó vivamente Lucas.

—Mucho me alegraré.

—Disponed de mí a vuestro antojo; soy vuestro en cuerpo y en alma; y aunque ignoro qué clase de asunto es el que traéis entre manos, todo cuanto sea preciso haré para que complacido quedéis.

—¿Y el señor Pablo Cornejo?

—Lo mismo que siempre; sale y entra, y ayer escribió una carta que envió a Madrid.

—¿Tiene completamente bueno el brazo?

—Parece que sí, porque se ha quitado ya el cabestrillo y si del todo no lo tiene ya bueno, muy poco debe faltarle.

—Tengo necesidad de ponerme en relaciones con él, de ser su amigo.

—Pues es cosa muy fácil, y él se alegrará mucho, porque no tiene con quien hablar y se aburre.

—Si os pregunta mi nombre, le diréis que me llamo José Mediavilla, porque es preciso evitar...

—No soy torpe.

Muy poco más hablaron.

Contentísimo quedó el huésped, porque veía que la fortuna se había entrado de rondón por las puertas de su casa.

Al día siguiente Juan y Cornejo se trataban ya como los mejores amigos del mundo, y pasaban el tiempo comiendo, bebiendo y jugando.

El escudero, que mentía con tanto descaro como habilidad, representó el papel de un intrigante que estaba metido en graves negocios para favorecer una conspiración en favor del señor Antonio Pérez.

Sobre este punto no hizo más que figurar indicaciones, pero sus palabras fueron bastante para que el astuto Cornejo hiciese deducciones que creía muy acertadas.

Así el hidalgo no extrañó que su nuevo amigo gastase el dinero a manos llenas, ni mucho menos que saliese de la posada a ciertas horas de la noche.

Una semana transcurrió y en sus dos últimos días el señor Pablo fué a ver a doña Ana

de Mendoza, si bien no pudo detenerse para hablar mucho, porque no se lo permitía la debilidad de su brazo derecho.

Convinieron entonces en escribirse, pues así no tendría Cornejo que hacer más que subir hasta la reja y entregar su carta, si es que la llevaba, o recibir la que ya tuviese escrita la viuda.

Juan había seguido al hidalgo, y esperaba que sus observaciones fuesen muy provechosas.

Sobre este punto no se equivocó.

Doña Ana de Mendoza acabó de limar los hierros en la parte que era necesaria y ya se consideró libre, puesto que no tenía que hacer más que salir protegido por sus servidores.

—¡Por fin! — exclamó la ilustre dama.

Y sus ojos relumbraron con el fuego de su incomparable alegría.

Terminada su obra, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

"El jueves a las doce de la noche podré ya salir.

"Cornejo permanecerá en Burgos.

"Ginés y Leontin vendrán inmediatamente, y los tres estarán aquí a las doce de la noche.

"La rapidez es de tanta importancia como el sigilo.

"Si algo falta arreglar en Madrid, se hará inmediatamente.

"No se olvide cuanto he dicho sobre mis joyas y dinero, y en todo lo demás, pues una torpeza la más leve, podría costarnos muy caro.

"Repito que ha de ser el jueves a las doce de la noche.

"Entre tanto debe permanecer Cornejo en su posada, y así evitaremos que una desgraciada casualidad trastorne nuestros planes".

Ni con más claridad ni con más lucimiento podía explicarse la princesa.

Antes de la hora convenida esperó para entregar el papel al hidalgo y éste salió para ir al monasterio.

Una hora antes había hecho lo mismo Juan.

Con el mayor descuido llegó el señor Pablo a la tapia, y aunque trabajosamente, la escaló, atravesando la huerta.

El escudero se había ocultado en sitio conveniente, y observaba con toda la atención que el caso requería.

Apenas doña Ana vió al hidalgo, le dijo:

—El día llegó... Tomad, enviadla a Madrid y... Nada más.

—Señora...

—Vuestro brazo no os permite estar aquí mucho tiempo.

—Aun está débil, es verdad; pero cuando se trata de serviros...

—Ya lo sé.

—Puesto que aquí se me dan las instrucciones convenientes...

—El jueves recobraré la libertad.

—¡Ah!...

—Más cuidado que nunca.

—Dios nos proteja.

—O el demonio — dijo doña Ana.

—Siempre soy vuestro servidor más leal.

El hidalgo descendió.

Mientras atravesaba la huerta, alejábase el escudero y volvía a la posada, donde un cuarto de hora después entró el señor Pablo.

—¡Gracias a Dios! — exclamó Juan, que como casualmente se hizo el encontradizo con el hidalgo.

—Aquí me tenéis, amigo mío.

—Pocos minutos hace que yo he vuelto.

—Entonces...

—Y no he querido acostarme sin veros.

—Os agradezco mucho la atención.

—He de partir muy pronto, al amanecer o antes; y no me parecía bien hacerlo sin despedirme de tan buen amigo.

—¡Ya me dejáis!...

—No será para siempre, puesto que he de volver antes de ocho días.

—Eso me consuela.

—Y después en Madrid...

—También nos veremos.

—Sabed que no he cenado, pues por ser la última noche que paso aquí, he querido vaciar una botella en vuestra compañía.

—Pues ahora nos servirá el buen Lucas.

—¿Dónde?

—En mi aposento, si bien os parece.

—Bien me parece todo a vuestro lado.

Entraron en la habitación de Cornejo.

—Con vuestra licencia — dijo éste, — voy a leer una carta que acabo de recibir.

—Entretanto nuestro huésped nos dará el vino, algunas magras y golosinas para que brindemos.

El señor Pablo se acercó a la mesa, se inclinó, sacó el papel que le había dado doña Ana y leyó.

Pudo verse cómo se alteraba su semblante.

—¡Por fin! — exclamó como si hubiese querido repetir la frase de la princesa.

—¡Vino, magras, y lo demás que se os antoje y que sea digno de nuestro paladar! — gritó al escudero, asomándose a la puerta.

Y luego observó al señor Pablo, que por segunda y aun tercera vez y muy atentamente, leyó el escrito de la viuda.

—¿Tenéis buenas noticias? — preguntó sencillamente Juan.

—Sí.

—Yo también las he recibido esta noche muy buenas.

—Entonces nada tenemos que envidiarnos.

—Espero tener fortuna.

—Y yo.

—Seré rico muy pronto.

—Lo mismo ha de sucederme a mí.

—Pues brindemos por la loca fortuna.

—Por el dinero.

—Por los placeres.

—Por la alegría.

Y llenaron y vaciaron los vasos.

—Buen jamón es este — dijo el escudero.

—Sí; pero se atasca — replicó el hidalgo.

—El remedio es fácil.

—Lo tenemos en estas botellas.

—Pues limpiemos la calle del pan, y cuando haya pasado el vino, pasará el jamón.

—Bebieron.

—Esta noche tengo buen apetito — dijo el señor Pablo

—Y yo mucha sed.

—Pues cuidado con el vino.

—Ya sabéis que tengo la cabeza firme.

—Sin embargo...

—Mirad.

El escudero tomó una botella y la empinó, permaneciendo buen rato sin cambiar de postura.

—¡Vive Dios! — exclamó el hidalgo

—¿Me miráis con envidia?

—Yo haría lo mismo si no tuviese que escribir; pero temo la cabeza...

—Dejad la pluma para mañana

—Es preciso hacerlo esta noche.

—Pues yo he de beber hasta que me harte — repuso Juan.

Y desde aquel momento menudeó los brindis.

Media hora después se cerraban sus ojos y su lengua estaba torpe.

Aun bebió.

—¿Qué tal? — le preguntó Cornejo, sonriendo maliciosamente.

—Bien, muy bien... Pero como tengo que madrugar... En fin, no creáis que estoy borracho... ¿Lo entendéis?

—Entiendo

—Y no lo dudéis — repuso el escudero con voz insegura, — triunfaremos, porque si... Los aragoneses tienen el alma bien puesta... ¡Bah!... Se defenderán, y no quedará un soldado... ¿Qué opináis?

—Lo mismo que vos.

—El señor Antonio Pérez... Ya me entendéis... Adelante... Tengo calor, tengo sed.

—Pues brindemos a la salud del señor Antonio Pérez.

—Sí, sí.

Juan bebió.

—Tengo que madrugar — dijo.

Se puso en pie.

Se tambaleaba y se cerraban sus ojos.

—Pues sí — balbuceó, — cuando lo digo... ¿Me entiendes?... Porque los aragoneses son siempre los aragoneses... ¡Rayos!... Nos veremos en Madrid... Y como tengo que madrugar...

Dió el escudero algunos pasos describiendo un zig-zag.

—Buenas noches — le dijo el señor Pablo.

—Porque sí.

—Ya veo que tienes la cabeza firme.

—Doña Juana... Ya se ve, como es tan buena... Y el que caiga que se aguante...

No pudo hablar más.

Llegó a la cama que había ocupado Ginés y que estaba para éste siempre preparada, y creyendo Juan en su trastorno que era la suya, subióse, dejóse caer y quedó inmóvil.

—¡Vive el cielo! — exclamó el hidalgo. — Está como una cuba, y tendré que sufrir su compañía; ¿pero qué me importa? No creo que despierte tan temprano como desea, y si de esta circunstancia depende la salvación del señor Antonio Pérez, ya puede considerarse perdido.

El hidalgo era curioso, y se le ocurrió pensar que tal vez su nuevo amigo llevara algún papel que pusiese en claro la intriga en que se ocupaba.

Hay secretos que se explotan muy fácilmente, y el cómplice de la princesa decidió cometer un abuso por si se le proporcionaba ocasión de hacer un buen negocio.

El escudero estaba completamente embriagado, y por consiguinte de nada había de apercibirse.

—Vamos — murmuró Cornejo.

Y se acercó a Juan, lo llamó y lo sacudió sin que éste diera señales de vida.

Seguro de la impunidad, el ruin hidalgo registró los bolsillos del escudero, pero no encontró más que algunas monedas de oro y plata, pero ningún papel.

—¿Y en su habitación? — dijo el señor Pablo.

Tomó lo luz, fué al aposento de Juan, lo registró sin encontrar nada tampoco, y volvióse al suyo.

Ya no pensó más que en cumplir las órdenes de la princesa.

Tomó la pluma y escribió a Leontin para que inmediatamente y con el mayor sigilo, fuese a Burgos con Ginés.

Aquella carta debía enviarla a la mañana siguiente en cuanto encontrase un mensajero.

Ya nada tenía que hacer, y como eran las tres de la madrugada, decidió descansar.

Desnudóse el hidalgo, se acostó y se quedó muy pronto dormido, confiando en que despertaría más temprano que el escudero.

No se percibió otro ruido que el de la respiración de aquellos dos hombres.

No sabemos si deliberadamente o por olvido, el señor Pablo dejó encendida la luz, que gradualmente se amortiguaba.

Transcurrió una hora.

Juan se incorporó.

Desplegó una sonrisa burlona.

No estaba borracho.

Dejó el lecho.

—Muy bien — dijo: — esto marcha a las mil maravillas. ¿Qué papel era ese que con tanto interés leía este bribón?... ¡Infeliz!... Es astuto; pero no tanto que pueda engañarme. Debo haber fingido bien, puesto que ha caído en el lazo.

Bien pronto el travieso Juan tomó la revancha, registrando los bolsillos de Cornejo, sacando el papel y leyéndolo con tanta atención como alegría.

—¡El jueves! — exclamó. — Que el diablo me lleve si no acabáis para siempre de intrigar. ¡Mil rayos!... Bien dice doña Ana, se acerca el gran día... A caballo, pues.

Volvió el escudero a colocar el papel en el bolsillo del coleto de hidalgo, y saliendo sin hacer el ruido más leve, fué a su aposento, encendió luz, porque para hacerlo así tenía todo lo necesario, tomó su capa, su sombrero, sus armas y sus alforjas, y fué al dormitorio de Lucas, dando algunos golpes en la puerta y diciendo:

—Levantáos.

—¿Quién es?

—El criado del demonio...

—¡Ah!...

—Dáos prisa.

Aunque de mala gana, levantóse el posadero, salió en ropas menores y preguntó con tono de profunda sorpresa:

—¿Qué sucede?

—Que me voy.

—¡A estas horas!...

—He bebido mucho, he caído borracho y he dormido hasta muy pocos minutos antes de despertar el señor Cornejo, y como ya era más tarde de lo que me convenía, jurando y maldiciendo, he cabalgado y partido.

—Pero...

—Eso habéis de decir, ¡vive Dios!

—Empiezo a entender.

—La borrachera ha sido fingida..

—No necesito más explicaciones.

—Creo que el señor Pablo tendrá necesidad de enviar una carta a Madrid, y no me conviene que el mensajero salga muy temprano, ni corra mucho.

—Me aturdís...

—Arregláos como mejor os parezca.

—Descuidad; pero es el caso...

—El diablo lo manda y...

—No es menester que digáis más. Voy a vestirme...

—Tomad — interrumpió el escudero, dando al huésped algunas monedas de oro. — Acostáos y dormid, que yo ensillaré mi caballo. Voy a Madrid y volveré muy pronto en compañía de mi señor y del capitán, y si nos habéis servido fielmente...

—Con toda mi alma.

—Que Dios os guarde.

Encaminóse Juan a la cuadra.

El posadero, aunque se le daba licencia para acostarse, vistióse para abrir la puerta de la casa y despedir al escudero con palabras aduladoras.

Quince minutos después, Juan partía.

—Pero señor — decía Lucas, — ¿qué clase de enredo es éste? La verdad es que voy ganando, y si mucho dura este negocio, acabaré por hacerme rico, tan rico que podré dejar de ser posadero y a nadie tendré que envidiar y pasaré la más regalada vida que puede imaginarse.

Las horas transcurrieron.

Y la aurora desplegó sus sonrisas.

Y en Oriente se dejó ver el sol.

Todavía pasó otra hora, antes de que el señor Pablo Cornejo despertase.

Se restregó los ojos, miró a todos lados, y luego exclamó:

—¡Vive el cielo!... Muy tarde debe ser... Verdad es que muy tarde me he dormido... ¿Y el buen José?

Incorporóse el hidalgo, miró a la otra cama, y con sorpresa vió que su compañero de cena había desaparecido.

—Borracho estaba y muy borracho; pero ¡por Satanás!, que pronto ha sacudido la borrachera. Es mozo listo, y aunque tenga un momento de debilidad, vuelve en sí y cumple su deber. Seremos amigos y me parece que más o menos tarde haremos algún buen negocio.

Se levantó y vistió el hidalgo.

Llamó al huésped, que acudió presuroso y sonriente como sonríe la criatura que es feliz.

—Habéis dormido bien — dijo.

—Me acosté muy tarde.

—Pues todavía no hace cinco minutos que partió vuestro amigo, y por cierto que juraba y maldecía como un condenado.

—Motivo tenía.

—Pero yo no era culpable de su descuido, pues no me advirtió que necesitaba madrugar, y porque quise tranquilizarlo con buenas palabras, me amenazó y echó mano a la espada.

—¿Y no os dió ningún encargo para mí?

—Ninguno.

—Está bien.

—Supongo que queréis el almuerzo.

—Sí; pero antes necesito un hombre que vaya a Madrid con una carta, y no ha de ser un bribón como aquel otro...

—Descuidad.

—Si me servís bien...

—Con la cabeza os respondo de la persona que he de presentaros; pero os advierto que no podrá partir antes de dos horas.

—Si la tardanza se compensa con lealtad...

—Eso sí.

—Pues me conviene.

No dos horas, sino tres tardó el mensajero en salir de Burgos.

Esta circunstancia no era una contrariedad, pues había tiempo sobrado para que Ginés y Leontín se encontrasen en Burgos el jueves.

—¿Hará el diabólico mancebo alguna de las suyas? — se preguntaba sin cesar el señor Pablo Cornejo.

No estaba completamente tranquilo, y la verdad es que sobrados motivos tenía para abrigar temores.

Su carta llegó felizmente a Madrid y fué entregada al italiano, que la leyó y dijo:

—Esto concluye y no podré hacer el doble negocio; pero en fin, como doña Ana de Mendoza ha de pagarme con mucha largueza, bien puedo considerarme afortunado. ¿Y qué conseguirá con salir del convento? Nada o muy poco, porque siempre ha de quedar en la más crítica situación. Ella lo quiere, y cuando su voluntad se cumpla no tendrá derecho para quejarse de nadie.

Inmediatamente Leontín fué a buscar a Ginés.

Hablaron muy detenidamente del asunto, hicieron todos los preparativos y partieron, sin que el italiano hubiese dicho a Inés ni a nadie que se ausentaba.

Si les había parecido muy difícil acabar con la vida del paje, creyeron que ningún obstáculo encontrarían para que doña Ana saliese de su encierro.

Volvamos a Burgos, dejando pasar el tiempo suficiente para que los unos y los otros lleguen también.

Capítulo CII

DONDE SE VERA QUE NO INUTILMENTE HABIA HECHO EL PAJE EL SACRIFICIO DE SU AMOR PROPIO

HABIA llegado el jueves, el día deseado, el gran día para todos. Las diez de la mañana acababan de dar. Profunda era la agitación de doña Ana de Mendoza y grandes esfuerzos tenía que hacer para disimular lo que sentía.

Encontrábase en su celda, recostada en un sillón, con la cabeza inclinada sobre el pecho y medio cerrados los ojos.

Meditaba y sus ideas eran unas veces tristes y otras agradables, como quien entre temores y esperanzas se agita.

Aquella era su intriga última y si el resultado no correspondía a sus deseos, le sería forzoso renunciar para siempre a su venganza.

La venganza tiene atractivos, esto es indudable por más que sea horrible y doblemente seductora para una criatura de las condiciones de la princesa.

El más indiferente se hubiera horrorizado el penetrar en el alma ed aquella mujer.

¿Qué haría la ilustre viuda si no conseguía salir de su encierro? Decidida estaba a morir y su resolución era tan firme como lo fué la noche en que dejó de existir el príncipe don Carlos

Como quien guarda un tesoro, conservaba la princesa el veneno de que en otra ocasión había querido hacer uso para acabar con su existencia y que puso fin a la de su marido y aquel veneno debía servirle también entonces si llegaba a sufrir una nueva derrota.

La puerta de la celda se abrió, presentandose una novicia con una caja forrada de terciopelo negro.

—¿Qué queréis? — preguntó la viuda.

—La muy reverenda madre superiora me manda entregaros esta capa, que acaban de traer. Según parece, debe abrirse por medio de no sé qué resorte.

—Ya lo habréis buscado...

—No, porque nuestra muy reverenda madre dice que sin examinar el contenido de la caja se os puede entregar, por venir de parte de quien viene.

—¿Quién la ha traído?

—Un hombre que acaba de llegar de Madrid, enviado por el señor Luis... No recuerdo el apellido.

—¡El paje! — murmuró la dama con voz sorda.

La novicia dejó la caja sobre una mesa y salió.

Mortal palidez cubrió el rostro de la viuda.

Muy bien sabía que su adversario no hacía nada por el solo placer de hacerlo. ¿Qué contenía la caja?

A poco que reflexionó la princesa lo adivinó. Estremecióse y su mirada se tornó sombría.

Largo rato permaneció inmóvil.

Por fin se levantó, acercóse a la mesa, buscó el resorte, que encontró muy pronto y abrió la caja.

Había en el interior de ésta la copa tristemente célebre donde Ruy Gómez bebió el veneno.

También había un papel, donde decía lo siguiente:

"Señora: Cumplo mi promesa y os devuelvo la copa Aún es tiempo, arrepentíos".

Ni una palabra más decía el paje.

Tembló la viuda.

Retrocedió como espantada; pero fué recuperando poco a poco el valor y las fuerzas, desplegó una sonrisa amarga y exclamó:

—¡Oh! No seré débil en el último instante... Podré morir: pero no me humillare. ¡Que me arrepienta...! Sí: me arrepiento de no haber aprovechado alguna ocasión para acabar con la vida de mis enemigos. Ya no es posible la vacilación, no es posible la duda. Mi venganza o la muerte... Puesto que me envía la copa, en ella beberé si no consigo salir de este encierro.

Y no vaciló ya.

Tomó la copa, la examinó atentamente, volvió a sonreír y la dejó sobre la mesa.

—Pocas horas faltan — murmuró, — aunque son muchas para mi anhelo.

Volvió a sentarse.

Ideas verdaderamente horribles brotaron en su mente. Contaba los minutos con ansiedad inconcebible.

Una hora después examinaba los hierros de la reja, para convencerse de que ninguna dificultad encontraría.

¿Y sus criados y cómplices?

Muy cerca de Burgos estaban ya Ginés y Leontin. Habían hecho felizmente el viaje.

—Llegamos muy a tiempo — decía el italiano, — porque podremos descansar hasta la noche.

—Con tal de que el maldito paje no se presente...

—Gran fortuna sería que lo encontrásemos por aquí.

—¿Y qué ganaríamos?

—Que saldrían a relucir las espadas, cuyas puntas no tendrían ahora tapones de botella y el resultado no sería dudoso.

—Pero si nos acometían diez o doce hombres...

—El paje tiene demasiada vanidad y antes que hacer semejante cosa, consentiría morir.

—Sin embargo, me alegraré mucho que no se nos presente, porque tendríamos que sufrir una burla más.

—Veremos.

Siguieron hablando y avanzando hacia la población, de la que ya se encontraban a poca distancia.

Al volver uno de los recodos del camino dijo Leontin:

—Gente de a caballo.

—Cuatro son.

—Y a buen paso caminan.

—Corren... Mirad.

Efectivamente, cuatro jinetes se alejaban de Burgos y sus caballos avanzaban al galope.

Una nube de polvo los envolvía y por consiguiente, no podía distinguirse qué clase de gente era.

Nada tenía eso de particular y el italiano y Ginés continuaron su marcha, pues ni el sitio ni la hora eran para infundir temores, por más que en aquella época no fuese posible hacer un viaje con seguridad completa del dinero y de la vida.

En el interior de las poblaciones era peligroso salir de casa después de anochecido y en despoblado amenazaba el peligro a todas horas.

¿Qué podían temer dos bribones como el desorejado y Leontín?

Ellos eran dos bandidos y de ellos debían guardarse los demás.

Siguieron tranquilamente y conversando sobre el asunto que tanto les interesaba.

A los pocos minutos el italiano exclamaba:

—¡Diantre!

—¡Rayos! — murmuró Ginés, con voz sorda.

Y ambos se estremecieron y tiraron de las riendas.

Quedaron inmóviles sus caballos.

—"¡El diávolo!" — dijo Leontín.

—¡Fuego de Satanás...! ¡Que el infierno me trague...! ¿Pues no se ha quedado en Madrid ese demonio?

—En Madrid estaba pocas horas antes que recibiésemos la carta de Cornejo.

—Pues ya véis...

—¿No puede ser alguno que por capricho o por otra razón cualquiera haya querido ponerse una capa blanca?

—Sí, puede ser; pero...

—¿Y por qué nos paramos?

—No lo sé.

—Adelante, pues para ocultarnos ya no es tiempo — dijo el italiano.

Dos llamaradas se escaparon de los ojos de Ginés.

No se habían equivocado, pues capa blanca llevaba uno de aquellos caminantes y era efectivamente el travieso Luis.

Su presencia en aquel sito no necesitaba muchas explicaciones.

Recordará el lector que el astuto Juan había salido de Burgos mientras que el señor Pablo Cornejo dormía y por consiguiente llegó a Madrid algunas horas antes que el mensajero que llevaba la carta a Leontín.

Inmediatamente Juan participó a Luis lo que sucedía y éste, sin perder un instante, conferenció con sus amigos y todos montaron a caballo y salieron de la corte.

Claro es que llegaron a Burgos antes que los otros y pudieron descansar y tomar alimento, así como hacer otros preparativos y luego dijo Luis:

—A caballo otra vez.

—¿Adónde hemos de ir? — preguntó el capitán.

—Saldremos al encuentro del espadachín y el desorejado y mientras ajusto cuentas con el primero, evitaréis que el segundo tome parte en la cuestión.

—Entendido.

—Os prohibo que crucéis vuestra espada con el miserable Ginés, porque es indigno de semejante honor,

—Pero si se desmanda, le daremos una paliza — repuso el capitán.

—Si no hay otro remedio..

—Proseguid...

—Lo demás ya lo veréis.

—Perdonad — dijo Santiago.

—¿Qué quieres decir?

—Deseo saber de qué manera os entenderéis con el italiano.

—Nos batiremos

—¡Vive Dios...!

—¿Qué temes?

—¿Os habéis olvidado de lo que sucedió en la hostería?

—No.

—Pues bien; si tenéis la prueba de que con la espada es Leontín más hábil que vos, me parece una locura arriesgar la vida en los momentos más críticos y cuando la lucha va a terminar.

El paje soltó una carcajada burlona.

—¿Por qué os reís? — le preguntó Santiago.

—Porque he conseguido engañaros a vosotros también.

—¡A nosotros!

—Suponed que Leontín hubiese tenido la prueba de que no valía más que yo con la espada.

—Supuesto.

—¿Qué hubiera sucedido?

—Fácil es adivinarlo — dijo Juan; — no quedándoles otro recurso, hubieran acechado a todas horas y encontrado al fin la ocasión para daros una puñalada alevosamente; pero mientras ese bribón creyese que podía mataros en buena lid, se descuidaría con la seguridad de su triunfo.

—Pues eso es lo que he querido, que se descuide, pues al fin hubieran conseguido asesinarme.

—Eso significa...

—Que fingí ser torpe cuando hicimos la prueba en la hostería y que entonces sacrifiqué mi amor propio a miras de mayor importancia.

—¡Vive Dios! — exclamó el capitán. — ¡Fuego de Satanás! Dejadme que os abrace... ¡Hígados de Lucifer! Me habéis quitado un gran peso de encima. ¡Y yo que creí que ese tunante sabía manejar la espada mejor que vos...¡ Soy un estúpido... Bien, señor Luis muy bien... Hoy nos divertiremos! ¡Rayos...! No sabéis lo que sufrí aquella mañana. Pero en cambio ahora voy a gozar mucho.

Poco después salieron de la posada donde se habían instalado y tomaron el camino de Madrid.

Encontráronse los unos y los otros y apenas el italiano y Ginés se habían convencido de su

desgracia, viéronse rodeados por los otros.

—¡Por Satanás! — gritó fuera de sí el desorejado escudero. — Queréis asesinarnos cobardemente; pero ha de costaros muy cara vuestra traición.

Todas las espadas salieron a relucir.

—¡Silencio! — gritó el capitán.

—Calma — dijo Luis, que sonreía como siempre. — No hemos venido para matarós como cobardes traidores, sino porque me ha parecido que este lugar es más a propósito que otro para que el señor Leontin y yo arreglemos nuestras cuentas. No os dejéis, pues, arrebatar; escuchadme, que tiempo nos queda para sacar la espada.

—Sois un verdadero hidalgo — dijo Leontin.

—Y si alguna duda puede quedar, ha de desvanecerse muy pronto.

—Señor Luis, estoy a vuestra disposición, porque lo cortés no quita lo valiente.

—Ya sé que esta noche a las doce ha de salir doña Ana del convento.

—¡Oh...!

—Si llegáis a ver al señor Pablo Cornejo, preguntádle por su nuevo amigo el señor José, que tan fácilmente se emborrachó y...

—¡Rayos! — exclamó Ginés.

—Ese amigo lo tenéis aquí, es Juan, que engañó a Cornejo, que se ha burlado de él lo mismo que de vos...

—Basta, basta.

—No me conviene que prestéis auxilio a la princesa y he ahí por qué he venido a estorbarlo. Además, tengo una cuenta pendiente con el señor Leontin y necesito arreglarla. En la hostería me dió pruebas de su habilidad para manejar la espada y como mi amor propio quedó herido, aunque mi cuerpo quedase sano, he querido hacer otra prueba para vencer o morir, pues ahora no hemos de poner tapones de corcho en la punta de la espada.

—Me honráis — dijo el italiano, desplegando una dulce sonrisa.

—Pues descabalguemos y principiemos y testigos serán Ginés y mis amigos.

Leontin fijó una mirada escudriñadora en el paje.

El espadachín empezaba a ponerse en gran cuidado al ver la tranquilidad de su adversario.

—Nosotros podemos hacer lo mismo — dijo Ginés, dirigiéndose a Juan, a quien ya sabemos que odiaba.

—No — respondió el escudero.

—¿Tienes miedo?

—Es que no quiero rebajarme hasta tal punto.

—¡Por Satanás!

—Silencio, señor desorejado, porque si habláis mucho os daremos una paliza y no os quedará un hueso sano.

—Sí, esperad — dijo Leontin, — porque es preciso ver cómo quedo con mi adversario.

Hizo Ginés de la necesidad la virtud y se contentó con lanzar una mirada terrible al escudero del marqués.

El paje y Leontin descabalgaron.

Pusiéronse en guardia.

Reinó un profundo silencio.

Las espadas empezaron a moverse.

Entonces jugaban con la vida aquellos dos hombres y no podían descuidarse.

Se atacaron y defendieron.

Pasaron ocho o diez minutos sin ningun resultado.

Leontin palideció.

Empezaba a comprender que Luis le había engañado en la hostería.

Era cobarde el espadachín y muy pronto debía turbarlo el miedo, cuya circunstancia daría grandes ventajas a su adversario.

—Tuve un maestro hijo de Florencia — dijo por fin el paje.

—Y aprovechásteis sus lecciones.

—Después tuve el honor de que me diese también algunas el ilustre príncipe de Orange.

—¡Oh!

—Os lo advierto lealmente.

—Ahora la lealtad y antes...

—Me burlé de vos en la hostería.

—Señor Luis, quiero ser vuestro servidor y aun es tiempo...

—Ya es tarde — interrumpió el audaz mancebo mientras su frente se contraía.

Tembló el italiano.

Su turbación llegó al último punto.

Luis supo aprovechar la ocasión y su espada fué a clavarse en el pecho de su adversario.

Exhaló éste un grito angustioso, vaciló y cayó sin conocimiento.

No había dejado de existir; pero la herida debía ser bastante peligrosa.

—¡Fuego de Satanás! — gritó Ginés.

—Me quedaré y uno de vosotros se batirá conmigo, porque necesito morir o matar... ¡Rayos...! Este enredo debe concluir hoy y como después no me aguarda más que la horca...

—Si no envaináis la espada, os mataremos.

—¡Cobardes!

—Nuestra obligación es permitiros algún desahogo.

—Esperad.

—No — dijo Luis.

Y en compañía del capitán, del escudero y de Santiago, se alejó.

Sus caballos avanzaron al galope y desaparecieron muy pronto.

No es posible pintar la desesperación de Ginés.

El miserable no sabía qué determinar

Empezaba Leontin a recobrar el conocimento y a ezhalar gritos angustiosos.

—¿Por qué te dejaste engañar en la hostería? — le dijo Ginés.

—¡Socorro!

—Muérete como un perro.

—Ginés...

—¿Qué me importa tu vida...? Ya me considero completamente perdido y lo demás no me importa. ¡Y no podré vengarme...!

Dudó Ginés entre volverse a la corte o seguir hacia Burgos.

Creyó que al hacer lo primero nada conseguiría.

Ya no abrigaba esperanza de que la prince-
saliese del convento, pues no era posible
e el paje la dejara salir, conociendo el plan,
mo lo conocía; pero ya que no otra cosa, so-
e Cornejo podría el desorejado desahogar su
con el pretexto de la torpeza que había co-
tido dejándose engañar por el escudero del
rqués.

Sin cesar pedía socorro el desdichado Leon-
; pero su compañero no quiso hacer más
e ver la herida y ponerle allí un pañuelo mo-
lo en vino para restañar la sangre.

—¡Me abandonáis! — dijo tristemente el
liano.

—¡Truenos...! Hasta Satanás me abandona
por consiguiente nadie me mueve a compa-
n.

—Pensad que nuestra señora...

—Ya estamos todos perdidos y si queréis to-
r mi consejo, pedidme, que os acabe de ma-
para evitaros sufrimientos, que con la me-
voluntad del mundo lo haré aunque no lo
recéis.

—Dejadme vivir y que sea lo que Dios quiera.

—Pues voy a Burgos y ¡vive Dios que no ha
pasarlo muy bien el señor Pablo Cornejo!

Volvió a cabalgar Ginés.

A los pocos momentos había desaparecido.

Capítulo CIII

OTRA DESGRACIA

A las puertas de Burgos llegaba el desorejado escudero con el alma rebosando ira, lívido y descompuesto el semblante, crispados los puños y lanzando centellas por los ojos, cuando se le pusieron ante diez hombres vestidos de negro, los les sacaron las espadas y exclamaron:

—¡En nombre del rey!

Eran alguaciles con un alcalde.

No necesitó explicaciones Ginés y compren-
perfectamente por qué lo habían dejado
vida.

o que sintió no puede explicarse

En manos de la justicia y a bien escapar, lo
riarían a galeras por toda su vida, que ca-
era peor que entregarlo al verdugo.

Si hacía resistencia se agravaría su situa-
n; pero a pesar de esto, trastornado como
aba por la ira, determinó no entregarse.

caballo, con su espada, sus fuerzas her-
das y su valor, parecióle que no le era impo-
le atropellar a la alguacilesca tropa y esca-
, ocultándose cuando hubiese perdido de
a a sus perseguidores.

—Está bien — dijo, haciendo un esfuerzo
a dominarse. — Soy un hombre honrado y
eto a la justicia.

—Pues descabalgad — replicó el alcalde
intras los alguaciles rodeaban al criminal.

—Así lo haré, pero antes ruego a vuestra
oría que me diga por qué me prende.

—Se os dirá después.

—Debéis haberme confundido con otro.

—No.

—Repito que sí y perdone vuestra se-
ñoría.

—Os llamáis Ginés.

—Yo...

—Y como os falta una oreja, la equivocación
no es posible.

Convencióse el escudero de que ya era inútil fingir y queriendo aprovechar el aparente descuido de los otros, clavó espuelas en los ijares de su caballo al mismo tiempo que echaba mano a la espada y que gritaba:

—¡Por el infierno!

Empero al mismo tiempo también dos de los alguaciles tomaron las riendas y otro descargó tan terrible cintarazo sobre la cabeza de Ginés, que lo dejó aturdido. El caballo se agitó y revolvió sin poder partir.

El criminal sacó la espada, la levantó y dejó caer y aunque hirió a uno de los corchetes que sujetaban las riendas, asestáronle un segundo golpe, acometiéronle por otro lado y perdió uno de los estribos al querer acudir a todas partes.

Aun consiguió herir al otro alguacil que sujetaba al caballo y sintiéndose éste libre, dió un resoplido, se recogió sobre sus patas, saltó dejando caer al alcalde y a un alguacil y partió como una centella.

La violencia de la sacudida, que Ginés no esperaba, lo hizo caer y quedando enganchado uno de sus pies en el estribo, fué arrastrado por el brioso corcel.

Resonaron lamentos y maldiciones, ayes y amenazas y por las calles de Burgos entróse el caballo, llevando siempre al criminal, que debía sufrir lo que apenas se concibe.

Acudió mucha gente, prestaron los unos auxilios a los heridos y otros corrieron y gritaron para que los transeuntes detuviesen al cuadrúpedo.

La escena aquella fué breve; pero tuvo mucho de horrible.

Pocos minutos después ya no existía el desorejado escudero.

El caballo se detuvo porque resbaló y cayó.

Cundió rápidamente la noticia del suceso; pero nadie sabía el nombre del criminal a quien habían intentado prender y por consiguiente el señor Pablo Cornejo siguió esperando a sus amigos.

Cuando el sol se ocultaba, decía el hidalgo:

—¿No han recibido mi carta? Así debo creerlo, porque tiempo les ha sobrado para venir; pero de todas maneras iré al monasterio, pues doña Ana esperará y bien puede salir aunque nadie la acompañe más que yo.

Poco después cenaba el hidalgo y le preguntaba a Lucas:

—¿Tenéis completa confianza en el hombre que llevó la carta a Madrid?

—Ya os dije que respondía con mi cabeza.

—Sin embargo la carta no ha llegado a su destino.

—¡Bah...!

—Os digo que no.

—Y yo os digo que sí, porque lo sé.

—¡Qué lo sabéis...!

—Como que acaba de llegar el mensajero para que le paguéis según lo convenido y como estábais cenando, le dije que esperase, porque no me parecía bien molestaros ahora.

—Quiero ver a ese hombre.

—Trae un papel para acreditar que ha cumplido con toda exactitud.

—No lo entiendo

—Pues ahora lo veréis.

Salió el posadero y poco después se presentó el que había llevado la carta.

—¿Habéis hecho el viaje sin novedad? — le preguntó el hidalgo.

—A Dios gracias.

—¿A quién habéis visto en Madrid?

—A la persona a quien me mandásteis ver, que es un caballero muy alto, muy flaco...

—¿Qué os dijo?

—Escribió y me dió este papel.

—Veamos.

El señor Cornejo tomó el papel que le presentó el mensajero y leyó lo siguiente:

"Recibo tu carta. Saldremos hoy. Los demás se quedan".

No era posible la duda.

—¿Habéis venido muy de prisa? — preguntó el señor Pablo.

—No, porque he querido volver cómodamente — contestó el mensajero.

—Cada vez lo entiendo menos.

—Ya veis que he cumplido bien.

—Sí.

—Y con vuestra licencia...

—¿Y nada os dijo la persona a quien entregásteis la carta?

—Me saludó con palabras muy agradables. me dió un vaso de vino añejo y me regaló un ducado, cuya cantidad dijo que nada tenía que ver con lo demás.

—Tomad y retiráos.

A las nueve y media, muy disgustado y muy preocupado salió Cornejo de la posada, encaminándose al monasterio de las Huelgas.

—¡Vive Dios! — decía. — ¿Por qué no han venido...? ¿Se burlará también esta noche de nosotros el diabólico paje? ¡Oh...! No estoy tranquilo.

Llegó al monasterio.

Escaló la tapia.

Atravesó la huerta sin percibir más ruido que el de sus pasos y viendo la luz que salía por la ventana de la celda de doña Ana de Mendoza.

Capítulo CIV

DONDE TERMINA ESTA HISTORIA

MIENTRAS el señor Pablo Cornejo se preocupaba, temía nuevos golpes y se encaminaba al monasterio, encontrábase la viuda en su celda, sentada en un sillón y junto a la mesa donde había una copa de plata cincelada, la copa terrible que por tanto tiempo había guardado Luis como se guarda un tesoro.

El mismo veneno que acabó con la vid Ruy Gómez, había echado en la copa doña y estaba dispuesta a beberlo y morir, si a lla noche se le presentaba un nuevo obstá para recobrar la libertad. Había hecho el timo esfuerzo, había apelado al último r so y comprendía perfectamente que si su se frustraba, ya no debía abrigar la esper de vengarse, que era la única esperanza co ladora para ella.

Repasaba en su memoria todos los sucesc su borrascosa vida.

Algunas veces se entreabrieron sus labio ra sonreir con amargura desgarradora.

—¡Oh! — murmuró sordamente. — atormentarme me ha enviado esta copa, recuerdo es espantoso; pero me servirá poner término a mi vida. Sí, antes que est tuación horrible quiero la muerte.

Doña Ana se levantó, abrió un cofre y un pequeño espejo, donde pudo contempla imagen.

Densa palidez cubrió el rostro de la d

Muchos de sus cabellos habían encaneci empezaban a verse en su rostro las señale una vejez prematura.

Había concluído su gloriosa carrera, y podía arrebatar con sus encantos, ya no r sentaría en el mundo más que un triste p el que representan los viejos cuando no prenden que con el talento, la experienc las virtudes se puede aspirar a una gran más honrosa y más positiva que la de los t fos efímeros de la vanidad.

En pocos instantes sufrió doña Ana lo no puede concebirse.

Guardó el espejo y volvió a sentarse.

Los minutos le parecían siglos, eternid

Las doce dieron.

Se contrajo más y más la frente de la v

Se puso en pie, fué hasta la puerta la a miró y escuchó.

No percibió el más leve ruido y su m se perdió en las tinieblas de una galería.

Nada más podía pedir a la fortuna.

No la espiaban y esto era cuanto neces entonces.

Fué hasta la reja, llevando la escala, qu jó caer y enganchó.

Luego, con las fuerzas de su excitació bril, asió los hierros, los empujó y vió qu dían, rompiéndose los unos y doblándose otros.

Tanto había limado, que faltó muy poc ra que la reja acabara de desprenderse y yese.

Quedó suficiente espacio para que en y saliese una persona.

—¿Tendría valor la viuda para bajar p escala?

El valor le sobraba para todo en aqu momentos.

Se asomó por la ventana, miró a todo dos y aspiró con avidez el aire húmedo y

Ni la más ligera nube empañaba el zonte.

Innumerables estrellas brillaban.

ermosa noche!
ilustre dama miró a la huerta y le parecer un bulto que se movía al pie del muro.
Son ellos — murmuró.
n desigual violencia empezó a latir su co-
n.
bía llegado el momento y el diabólico pa-
o se presentaba.
¡Ah! — exclamó la princesa. — Hoy ga-
la partida. Tal vez acudirá mi enemigo,
... ¡Será tarde!
y poco después de haber pronunciado es-
alabras, se presentó el hidalgo.
¡Cornejo! — exclamé la viuda.
Aquí me tenéis, señora y...
Entrad.
¿No hay temor de que nos escuchen?
No.
¡Vive el cielo! — exclamó el señor Pablo.
tras entraba en la celda. — Perdonad;
...
¿Venís solo?
Viéndolo estáis.
¿Y vuestros compañeros?
No han aparecido y la verdad...
Si les escribísteis...
Y recibieron la carta, como lo justifica es-
apel que me envió Leontin.
yó la princesa.
s manos temblaron.
¡El diablo! — dijo con voz sombría.
Indudablemente alguna desgracia les ha
ido.
¡Oh...!
Pero recobraréis la libertad ahora mismo
bremos adelantado mucho.
Sí, me vengaré — repuso la princesa, cu-
ojos relumbraron.
Señora, debemos aprovechar los momentos.
¡Adiós copa fatal...! Ya no necesito tu
io, quiero vivir, porque podré vengarme.
Bajaré primero y os esperaré.
Antes, yo.
Pensad que...
¿No comprendéis el valor que tienen los
tos para mí?
Cúmplase vuestra voluntad.
ó la princesa un paso para dirigirse a la
ana; pero en aquel momento se abrió la
ta, presentándose Luis envuelto en su ca-
lanca y seguido por Pero León, Juan, San-
o, la abadesa y muchas monjas.
ilustre viuda dejó escapar un grito de ra-
y de terror, quedando inmóvil y con la m-
fija en el paje.
te parecía completamente tranquilo.
gunos momentos pasaron de silencio ab-
o.
y el señor Pablo Cornejo?
o hay que decir que el pavor se había apo-
do de su espíritu; pero comprendió que su
ación dependía de aprovechar aquellos ins-
es y se dirigió a la ventana, saltó y des-
eció.
—¡Rayos del infierno! — gritó fuera de sí
apitán.

Y a la ventana llegó también y sin más miramiento ni reflexión, desenganchó la escala y la dejó caer.

Inmediatamente resonó un ruido sordo y luego un lamento de agonía.

El infeliz hidalgo había dejado de existir.

—Que el diablo cargue con tu alma — dijo el capitán. — Ya has hecho el gran viaje y no has de incomodarnos.

La anciana superiora avanzó algunos pasos, volvióse a las monjas y dijo con tono grave:

—Al "in pace".

—¡Al "in pace"! — exclamó la dama. — ¡No me enterraréis viva!

Y agarró la copa y bebió sin que fuese posible evitarlo.

Resonó un grito de horror.

—¡Envenenada! — murmuró el paje.

—Sí — respondió la viuda mientras se dejaba caer en el lecho. — Voy a morir, pero no el "in pace" con una agonía tan espantosa que apenas se concibe... Este veneno es muy activo, ya lo sabéis...

Interrumpióse la dama y miró a su alrededor.

—¡Oh! — murmuró con voz insegura — Cuando mis ojos se cierran para dormir eternamente, empieza a despertar mi conciencia... Ahora deseo vivir... ¡Es imposible...! Vuestra capa... Cubridme con ella..

—No, no.

—Moriré más tranquila.

—Ya os he perdonado...

—¿Y vuestros amigos?

—También.

—Vuestra capa...

—Señora...

—Sí, os lo suplico... Será una expiación... Rogad a Dios por mi alma... Un sacerdote... Pero vuestra capa... Quiero imponerme esta penitencia.

El paje cubrió con su capa a la viuda.

Se había cumplido la profecía de Blanca y la capa del diablo fué el sudario de muerte de doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

Llamaron a un sacerdote, que aun pudo escuchar la confesión de la moribunda y concederle la absolución.

Aquella mujer singular dejó de existir cuando brillaban los primeros rayos del sol, sin que pudiesen salvarla los recursos de la ciencia que se le prodigaron.

A la misma hora moría Leontin.

Nuestros amigos pudieron realizar su dicha, casándose el paje y el marqués con las mujeres a quienes adoraban.

Inés dejó de ser doncella en todos sentidos, pues se casó con el escudero Juan, recibiendo ambos lo recompensa que merecían.

El capitán Pero León se aburría en la corte y obtuvo el mando de un regimiento, yendo a pelear con los enemigos de su patria.

No hay que decir que Santiago fué recompensado también con largueza y vivió feliz.

F I N

SU HOGAR...
SU MUNDO...

Se equivoca quien cree que la CASA PROPIA, sana, linda, y alegre implica un lujo. Vivir en lo suyo es la aspiración de todos. Si fué siempre una inclinación natural del hombre, es hoy más que nunca una imperiosa necesidad económica.

¡no tire su dinero en ALQUILERES!

ARCA

Asociación Recíproca de Crédito Argentino S. A.
Av. P. R. Sáenz Peña 943
BUENOS AIRES

ARCA

mediante un sistema desconocido aquí pero consagrado en Europa desde hace más de 150 años, le proporciona SU CASA PROPIA, AUNQUE USTED NO TENGA HOY DINERO NI TERRENO

ARCA

NO CONSTRUYE

USTED PUEDE EDIFICAR DONDE QUIERA Y EN LA FORMA QUE MAS LE GUSTE

DESDE EL PRIMER MOMENTO, USTED ES EL DUEÑO EXCLUSIVO DE LA PROPIEDAD

ARCA

NO COBRA INTERESES

Envíe hoy mismo este cupón

Sr. Gerente de ARCA
Av. P. R. S. Peña 943
Estimaré me remita los informes ofrecidos
Sr. .....
Calle .....
Localidad ..... F. C. .....